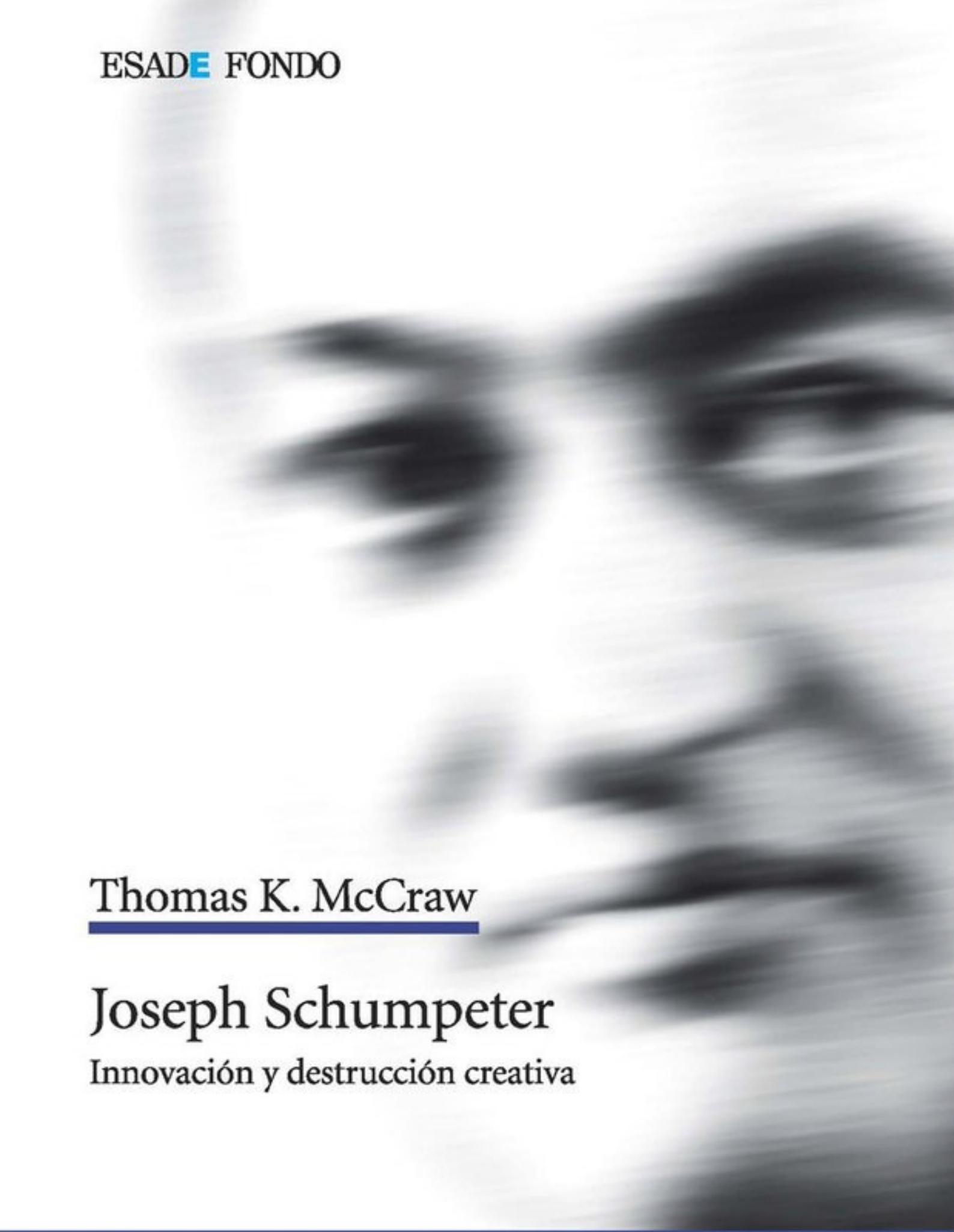
ESADE FONDO



Thomas K. McCraw

Joseph Schumpeter

Innovación y destrucción creativa

Belloch

Biblioteca de Gestión

Joseph Alois Schumpeter (1883 – 1950), el conservador más sofisticado del siglo xx en opinión de John Kenneth Galbraith, fue el profeta de la innovación, el primer economista en razonar que las empresas fracasan victimas de la innovación de sus competidores, y que la “destrucción creativa” –neologismo casi contradictorio inventado por él– es el verdadero motor del capitalismo, un sistema que genera una prosperidad mucho mayor que los despojos que causa. Los empresarios parecen ignorar esta lección, repetía Schumpeter: que para sobrevivir deben seguir siendo emprendedores, innovando y re-innovando sin cesar.

Durante una tumultuosa vida que abarcó dos guerras mundiales, la gran depresión y la temprana guerra fría, Schumpeter se reinventò a sí mismo en múltiples ocasiones. Desde niño prodigio en la Viena de fines del XIX a ministro de Austria, banquero, catedrâtico en Alemania o influyente profesor en Harvard, en el XX, acechado por la pérdida de sus seres queridos y ensombrecido por el fulgor académico de su principal rival teòrico, John Maynard Keynes.

Este libro es también la historia de un hombre repetidamente rescatado por las mujeres que le amaron y que antepusieron el bienestar de él al suyo propio. Basândose en todas sus anotaciones, incluidas cartas y diarios íntimos nunca antes utilizados, la biografia intelectual que dibuja McCraw nos muestra un Schumpeter cautivador, que aspiraba a convertirse en el más grande economista, en el mejor jinete y en el más solicito de los amantes, y que concedía que últimamente no le iba muy bien con los caballos.

Director de la Biblioteca de Gestión: Javier Nieto Santa

Título original: Prophet of Innovation. Joseph Schumpeter and Creative Destruction

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-Nocomercial-Compartir igual)

Todos los derechos reservados. Traducción autorizada de la edición en inglés publicada por
The Belknap Press of Harvard University Press
©2007 by the President and Fellows of Harvard College.

Traducción: Pedro González Celada
© de la traducción española, Ediciones de Belloch, S.L
Revisión: Javier Nieto Santa

De la presente edición
© 2013 Ediciones de Belloch S.L., Barcelona
Primera edición, mayo 2013

Fotografía de portada: Cordon Press

Este libro ha sido compuesto con tipografía Sabon, diseñada por Jan Tschichold, en cuerpo 10,5 e interlineado de 12,5 puntos.

Coordinación editorial: Pilar Nieto
Producción: Carlos Gamboa
Impresión: Litosplai, S.A.

ISBN: 978-84-936162-3-6
Depósito legal: B. 6949-2013
Impreso en España

Joseph Schumpeter

Innovación y destrucción creativa

Thomas K. McCraw

Traducción
Pedro González Celada

Belloch

Índice

Prefacio

Primera parte:
L'enfant terrible, 1883-1926. Innovación y economía

Prólogo. Quién fue y qué hizo

1. Dejando el hogar

2. La configuración de la personalidad

3. El aprendizaje de la economía

4. Los traslados

5. El despegue de su carrera

6. Guerra y política

7. *Gran Rifiuto*

8. Annie

9. Con el corazón roto

Segunda parte:
El adulto, 1926-1939. Capitalismo y sociedad

Prólogo. Lo que había aprendido

10. Nuevos rumbos intelectuales

11. Política y espíritu empresarial

12. A caballo entre Bonn y Harvard

13. Harvard

14. Sufrimiento y consuelo

Tercera parte:
El sabio, 1939-1950. Innovación, capitalismo e historia

Prólogo. Cómo y por qué se aferró a la historia

15. Ciclos económicos, historia empresarial

16. Cartas desde Europa

17. ¿Abandonar Harvard?

18. A contracorriente

19. El coraje de las convicciones de Elizabeth Schumpeter

20. Alienación

21. Capitalismo, socialismo y democracia

22. Guerra y perplejidad

23. Introspección

24. Reconocimientos y crisis

25. Hacia la economía mixta

26. Historia del análisis económico

27. Un principio de indeterminación

28. La consagración

29. Epílogo. El legado

Notas

Prefacio

Prólogo: Quién fue y qué hizo

1. Dejando el hogar

2. La configuración de la personalidad

3. El aprendizaje de la economía

4. Los traslados

5. El despegue de su carrera

6. Guerra y política

7. *Gran Rifiuto*

8. Annie

9. Con el corazón roto

Prólogo. Lo que había aprendido

10. Nuevos rumbos intelectuales

11. Política y espíritu empresarial

12. A caballo entre Bonn y Harvard

13. Harvard

14. Sufrimiento y consuelo

Prólogo. Cómo y por qué se aferró a la historia

15. Ciclos económicos, historia empresarial

16. Cartas desde Europa

17. ¿Abandonar Harvard?

18. A contracorriente
19. El coraje de las convicciones de Elizabeth Schumpeter
20. Alienación
21. Capitalismo, socialismo y democracia
22. Guerra y perplejidad
23. Introspección
24. Reconocimientos y crisis
25. Hacia la economía mixta
26. Historia del análisis económico
27. Un principio de indeterminación
28. La consagración
29. Epílogo. El legado

Agradecimientos

Créditos de las ilustraciones

Índice onomástico y de materias

A Susan, con cariño

Prefacio

Esta biografía, por necesidad, tiene dos protagonistas: Joseph Alois Schumpeter (1883-1950) y el fenómeno de la innovación capitalista. Schumpeter fue uno de los economistas más grandes que hayan existido y, además, tuvo una personalidad electrizante. El estudio del capitalismo fue su obsesión y el profundo conocimiento que adquirió del mismo estuvo, a su vez, modelado por las vivencias tumultuosas que experimentó en un período de guerras, agitación económica y desgracias personales.

La obra de Schumpeter tiene tanta fuerza que el pensamiento de hoy en día en torno al capitalismo es en gran parte el suyo propio, sobre todo en lo que a sus centros de interés se refiere: la innovación, el impulso emprendedor, la estrategia empresarial y la "destrucción creativa". Los especialistas en gestión empresarial lo identifican con los dos primeros términos, pero Schumpeter ayudó también a popularizar el tercero de ellos y él mismo acuñó el cuarto. Supuso para el capitalismo lo que Freud para la mente: alguien cuyas ideas han llegado a ser tan omnipresentes y a estar tan arraigadas que no podemos separar sus pensamientos fundamentales de los nuestros. El objeto de este libro es revisar su vida y su obra para que podamos valorar mejor tanto al hombre como su influencia.

Este libro no contará con una gran carga estadística a pesar de la atracción que el propio Schumpeter sentía por los números. Sin embargo, antes de conocer al hombre, les propongo que abordemos el tema de sus estudios (el capitalismo) de un modo que a él le hubiera gustado: a través de una exposición estadística rápida.[1]

Los ingresos actuales del estadounidense medio son ahora veinte veces superiores a los de 1800. Si usted fuera estadounidense podría imaginarse cómo vivir con una vigésima parte de lo que gana hoy. Entre otros cambios que afectarían a su vida, probablemente tendría que empezar a cultivar su propia comida como lo hacían la mayoría de nuestros antepasados en 1800.

Hoy en día, en el siglo XXI, alrededor de un 80% de la población mundial es todavía muy pobre. Muchas personas de los países ricos son conscientes de ello y sin embargo la espantosa realidad de la pobreza de masas es difícil de imaginar, sobre todo la situación acuciante de los desesperadamente pobres. Casi la mitad de la población mundial lucha por sobrevivir con menos de dos dólares al día, en comparación con los cerca de cien dólares de los Estados Unidos. La renta per cápita de los veinte países más ricos es treinta y siete veces mayor que la de los veinte más pobres. Y a pesar del gran avance de algunas zonas de China y de la India, la mayoría de los países todavía no han conseguido tener éxito a la hora de hacer que el capitalismo trabaje en favor

de sus habitantes.

No obstante algunos sí que lo han conseguido, y de qué modo. Recuerde la gran velocidad a la que Japón y Alemania occidental se recuperaron del caos de la II Guerra Mundial; convirtiéndose en ejemplos vivos de innovación dirigida por emprendedores locales y políticas de crecimiento nacionales. Los Estados Unidos les ayudaron porque querían que tanto Japón como Alemania fuesen aliados fuertes para su Guerra Fría contra la Unión Soviética.

Otro ejemplo lo constituye la República Checa, el país natal de Schumpeter, que está situado entre Alemania y Austria, dos países en los que también vivió antes de emigrar a los Estados Unidos. Los checos poseen una dilatada historia de industrialización próspera. Sin embargo cuando los nazis, y más tarde los soviéticos, les impusieron sus sistemas políticos y económicos les causaron graves daños que perduraron hasta mucho después del advenimiento de la democracia en 1990. Todavía en 1995, la renta per cápita de los checos era solo una tercera parte de la que tenían los alemanes o los austríacos. Y no es hasta 2005 cuando alcanzó a ser dos terceras partes.

La mayoría de estas cifras reflejan el poder *acumulativo* del capitalismo. En un plazo de tiempo dilatado, digamos mil años antes del siglo XVIII, los ingresos personales de Europa occidental se doblaban a un ritmo de una vez cada seiscientos treinta años. Pero tras la implantación del capitalismo moderno, empezaron a doblarse cada cincuenta o sesenta años. En los Estados Unidos se doblaban cada cuarenta años y en Japón cada veinticinco, ya que inició su carrera más tarde y supo aprovechar la experiencia ejemplar de Europa y de los Estados Unidos. Incluso Karl Marx y Friedrich Engels admiten en *El Manifiesto Comunista* que cien años escasos de capitalismo habían “creado fuerzas productivas masivas y enormes de mayor dimensión que todas las producidas por las generaciones precedentes en su conjunto”. Cuando se publicó *El Manifiesto Comunista* por primera vez, en 1848, el “motor capitalista” (como lo llamaba Schumpeter) apenas estaba en fase de calentamiento. Marx y sus seguidores fueron los primeros en utilizar la palabra capitalismo, término que inventaron para contraponerlo como antónimo de socialismo. Pero sería Schumpeter quien nos diría lo que verdaderamente significa esta palabra.[2]

Este libro no trata sobre el pensamiento económico de Schumpeter específicamente considerado sino que se ocupa de su vida turbulenta y de su interés compulsivo por entender el capitalismo, con toda su vigorosa mezcla de elementos económicos, sociales, culturales y políticos, y sus cualidades y defectos (ambos muy marcados) y su impacto en las personas, las familias y las naciones.

Schumpeter rasgó el velo del capitalismo al desafiar una de las tendencias intelectuales más fuertes de su época, que también lo es de la nuestra: la tendencia a una especialización limitada. En vez de concentrarse en la mera teoría económica, también se sumergió en las aguas de la historia, la literatura, el comercio, la sociología, la psicología, las matemáticas y las ciencias políticas. El capitalismo es más que un sistema económico por lo que él hizo de sí mismo algo más que un economista. En palabras de un coetáneo suyo: "Quizá fuera el último de los grandes eruditos".[3]

En el transcurso de su odisea intelectual, que por lo demás fue continua, hubo tres notorios puntos de inflexión; las tres partes en que se divide este libro corresponden a esos giros intelectuales. En su primera parte, Schumpeter se centró en la economía del capitalismo; en la segunda, en su estructura social, y en la tercera –la más satisfactoria para él–, en su acontecer histórico. En algunas ocasiones, al resolver tantos enigmas en campos tan diversos, el placer que experimentó Schumpeter estuvo cerca de la exultación, y en este libro intento exponer las razones que le suscitaron tal entusiasmo.

1

"Sin innovación no hay emprendedores; sin los logros de los emprendedores no hay retornos sobre el capital, ni empuje capitalista. La atmósfera de las revoluciones industriales (de "progreso") es la única atmósfera en la que el capitalismo puede sobrevivir."

Joseph Schumpeter: *Ciclos económicos*, 1939

Primera parte

L'enfant terrible, 1883-1926:
Innovación y economía

Prólogo.
Quién fue y qué hizo

Nada estable hay en el mundo; el bullicio es tu única música.

John Keats: Carta a su hermano, 1818.

Schumpeter utilizó por primera vez el término de "destrucción creativa" en 1942 para describir el modo en que los productos y los métodos capitalistas innovadores desplazaban continuamente a productos y métodos antiguos. Ofreció muchos ejemplos: las fábricas acabaron con las herrerías, el coche reemplazó al caballo y a la calesa, y la sociedad anónima destronó a la empresa en propiedad limitada. Según escribió: "La destrucción creativa es el hecho esencial del capitalismo. El capitalismo estable supone una contradicción de sus propios términos."[1]

La noción de destrucción creativa une dos ideas que se enfrentan entre sí, lo que no debiera resultar sorprendente en alguien cuya vida personal conoció gran número de paradojas. Schumpeter era la personificación de la prueba de F. Scott Fitzgerald para alguien que posee una inteligencia de primer orden: la capacidad "de albergar dos ideas opuestas en la mente al mismo tiempo y aun así mantener la capacidad de seguir operativo". En la época en que creció Schumpeter se consideraba a Austria, el país imperial del que era originario, una civilización "tecno-romántica", adjetivo que resultaría tan adecuado para la persona como para el país.[2]

En cierta ocasión, un crítico inglés escribió que Schumpeter "era todo un carácter cuya historia personal podía haber servido para escribir el guión de una miniserie de televisión." Le gustaba interpretar el papel de un aristócrata a pesar de sus orígenes de clase media y de que él mismo hubiera construido su eminencia. Empezó siendo un joven prodigio en el ámbito académico y asombró a personas mayores que él con los libros que había escrito con veintitantos años. A los treinta, comenzó una breve carrera pública como Ministro de Hacienda de Austria. Más tarde se reinventó a sí mismo al trabajar en un banco y hacer fortuna, que no tardaría en perder tras el *crash* de la Bolsa. Tras regresar al mundo académico, se trasladó a los Estados Unidos para ser profesor en Harvard. En aquella época ya era mundialmente conocido pero al mismo tiempo carecía de recursos, así que tuvo que dar una serie de conferencias remuneradas para reunir el dinero necesario para su billete en el transatlántico.[3]

En el curso de estas aventuras sufrió diversas desgracias demoledoras que hubieran acabado con personas de menor fortaleza. No obstante, como se dice en el lenguaje brutal del boxeo, sabía encajar un golpe. Al margen de sus problemas siempre se comportó en público como un *bon vivant* del

continente, el tipo de personaje pícaro y encantador que interpretaba Cary Grant en las películas en blanco y negro. Al contemplar sus propias recreaciones, Cary Grant dijo en una ocasión que “fingía ser alguien que quería ser y finalmente llegaba a ser esa persona. O esa persona se convertía en mí mismo.”

Así le sucedía a Schumpeter. Era un derroche de conversación llena de ingenio. Su barbilla prominente se agitaba con un movimiento exuberante; su rostro ligeramente bronceado cambiaba rápidamente de expresión y sus ojos marrones brillantes atrapaban la atención de quien le escuchara. Le gustaba alardear de su atractivos al mismo tiempo que se reía de sí mismo. En el fragor de sus triunfos de juventud decía haber adquirido “una cierta reputación y popularidad de ámbito local que con los años será sin duda reducida hasta el puro nivel cero.” Llevaba ropa cara hecha a medida y confesaba “tardar una hora en vestirse.” Muchas mujeres se enamoraron de Schumpeter y él, a su vez, de ellas. “Bueno, tengo un don para las mujeres” – llegó a escribir en su diario. Consideraba que la audacia era la mejor parte de la discreción y se divertía diciendo que aspiraba a ser el mejor economista, jinete y amante del mundo. Y entonces culminaba la ocurrencia: las cosas últimamente no iban muy bien con los caballos.[4]

Sin embargo, con su trabajo nunca fue displicente. Como suele suceder con los genios, antes se obsesionó con él. Del mismo modo que Benjamin Franklin dejó por escrito numerosos ejemplos numéricos de sus logros diarios y semanales, Schumpeter estableció un sistema de clasificación que iba desde el 0, para el fracaso, hasta el 1, para lo que denominaba un buen “resultado” intelectual. Se juzgaba a sí mismo con severidad y se anotaba ceros incluso en muchos días en los que trabajaba hasta bien entrada la noche. A menudo se atribuía un 0.5 y, de vez en cuando, un 0.66 pero rara vez se anotó un 1.

Schumpeter ocultó bajo una capa de efervescencia su lado emocional apasionado y oscuro, incluso a veces muy oscuro. A lo largo de su vida libró una fiera batalla interna consigo mismo en la que con frecuencia mantenía media docena de ideas opuestas al mismo tiempo y no solo dos. Por ejemplo, creía que Karl Marx estaba profundamente en lo cierto en muchos aspectos, pero que estaba equivocado en otros, porque tenía una ideología inflexible o, como Schumpeter lo llamaría, una “visión” de las cosas. Aplicó el mismo tipo de valoración a John Maynard Keynes, que fue contemporáneo suyo. El propio Schumpeter aspiraba a ser un científico con un valor social neutro cuyo trabajo se mantuviera libre de las máculas e impurezas de una ideología. Creía que podía librarse de la trampa que había atrapado a Marx y a Keynes.

No obstante, el tiempo dejaría claro que poseía su propia visión particular. Su más poderosa fuerza analítica era producto de la tensión entre el

determinismo, por un lado, y la contingencia, por el otro. Esta tensión estuvo siempre presente en el trabajo de su vida y eludió tomar una resolución sobre ella hasta bien alcanzados los sesenta años. Mientras tanto, cuanto más estudiaba los diferentes sistemas económicos, más se convencía de las ventajas únicas que ofrecía el capitalismo en términos de productividad y crecimiento.

Schumpeter soñaba con desarrollar lo que llamaba una "economía exacta": una ciencia pura como la física con un poder de predicción determinado. Creía que podría reconciliar los modelos matemáticos procedentes de teorías abstractas con la totalidad de las pruebas históricas y sociológicas de las que se tiene evidencia. Sin embargo, su elección de trazar el camino por la exactitud técnica era una misión esencialmente romántica, inalcanzable a gran escala para el propio Schumpeter o para quien sea. Pues aun así, con su lucha por resolver los problemas de la neutralidad de valores, por la precisión científica y por la fidelidad a la experiencia histórica rindieron unos dividendos colosales en sus análisis del capitalismo.[5]

Algunas preguntas sobre el capitalismo (qué es, por qué ha funcionado bien en algunos lugares y no en otros, cómo, …) están entre las más importantes a las que se hayan enfrentado las personas y los gobiernos. Esto ha sido así durante cerca de trescientos años y en rara ocasión ha sido más cierto que en el presente, o en el pasado reciente. Basta recordar la turbulenta transición de la última década del siglo XX a la primera del siglo XXI: la repentina caída del comunismo que durante setenta años había supuesto un serio desafío para el capitalismo; la prosperidad desenfrenada de los años noventa en la que los emprendedores llegaron a ser héroes populares; la posterior epidemia de escándalos empresariales que produjo la bancarrota de sus accionistas y empleados y que desacreditó al propio capitalismo; el ulterior azote del terrorismo internacional que anuncia una guerra sin fin, y, por último, las espectaculares ganancias económicas de muchas zonas del mundo, sobre todo en China, que combinan un sistema económico neocapitalista con un antiguo régimen político comunista.

¿Cómo pueden entenderse estos acontecimientos? ¿Por qué venció el capitalismo al comunismo después de siete décadas de lucha? Los salarios exorbitantes de los ejecutivos y los continuos fraudes contables, ¿son una corrupción del capitalismo o son parte de su estado natural? Cuando las personas dicen: "¿Por qué nos odian tanto?" refiriéndose a los terroristas, ¿qué papel juega el capitalismo en el significado de ese "nos"? ¿Cuánto tiempo pueden sostener su progreso económico China y otros países sin garantizar más libertades políticas a su población?

Schumpeter ofreció algunas de las guías más transparentes para afrontar

este tipo de preguntas. Consideró el capitalismo como una expresión de la innovación, del drama humano y de la pura confusión, todo al mismo tiempo. Habló del capitalismo de la forma en la que la mayoría de las personas lo vivían: como los deseos del consumidor que se despiertan ante una publicidad incesante, pero también como sacudidas violentas por encima y por debajo de la jerarquía social, y como objetivos que se alcanzan, se agotan y se alteran, y que una vez más se logran según las personas lo intentan una y otra vez, puesto que para el capitalismo, y para el propio Schumpeter, nada se mantiene estable para siempre. Su única música es el bullicio.

Schumpeter, al igual que casi todas las personas que han reflexionado sobre el capitalismo en profundidad, tenía impresiones enfrentadas al respecto. Se consideraba un conservador y tuvo la intención de escribir un libro sobre el significado del conservadurismo. Sin embargo según le contó a John Kenneth Galbraith, economista amigo: “Estoy seguro de que ningún conservador que haya conocido se identificaría con el retrato que voy a dibujar.” Schumpeter aborrecía de algunas de las banalidades de la cultura empresarial y veneraba los logros artísticos del viejo mundo. Sabía que la destrucción creativa fomentaba el crecimiento económico pero también era consciente de que debilitaba los valores humanos más preciados. Se dio cuenta de que la pobreza traía consigo la miseria y también vio que la prosperidad no podía asegurar la tranquilidad de espíritu.[6]

Un aumento considerable del nivel de vida podría parecer una recompensa de enorme valor para cualquier sociedad. Aun así, el capitalismo posee la espantosa reputación de robar a los pobres en provecho de los ricos y nunca ha logrado alcanzar lo que la mayoría considera que es una distribución justa de sus virtudes. En algunos países todavía se le representa como una maldición a la que hay que resistirse, o tratar de superar. Incluso a sus afortunados beneficiarios de los países ricos a menudo les recorre un sentimiento de culpabilidad, de que el capitalismo sea una búsqueda indigna, algo que puede aceptarse pero que no puede ser celebrado. En sus propias palabras: “La Bolsa de valores es un pobre sustituto del Santo Grial.”[7]

Schumpeter empleó su inmensa energía en analizar y explicar la innovación capitalista tanto a otros expertos como, en reiteradas ocasiones, a personas legas en la materia. A través de la ejemplar historia de su vida y de su obra, cualquier lector puede llegar a comprender el mecanismo básico del motor capitalista prácticamente tan bien como si tuviera acceso a toda una estantería de manuales. El tema en cuestión es de capital importancia y el conjunto de sus mecanismos sociales bastante complejo. No obstante, su esencia *económica* no es muy complicada. Según escribió el propio Schumpeter en 1946, al inicio del largo artículo que escribió sobre el capitalismo para la

Encyclopaedia Britannica: “Una sociedad es considerada capitalista cuando encomienda la tutela de su proceso económico al empresario privado. Ello vendría a suponer, en primer lugar, la propiedad privada de los medios de producción no personales (…) y, en segundo lugar, la producción con interés privado, es decir, una producción en manos de la iniciativa privada para beneficios privados.” Y seguía con estas explicaciones hasta afirmar que hay un tercer elemento que “es tan esencial para el funcionamiento del sistema capitalista” que debería añadirse a los otros dos.[8]

Ese tercer elemento es la creación de crédito. La esencia del espíritu del capitalismo es una mirada constante al futuro basada en la confianza en el crédito para la propulsión de nuevas empresas. El crédito, desde el propio origen latino de la palabra *credo* (“creo”), representa una apuesta por un futuro mejor. A los empresarios y consumidores que hacen estas apuestas a menudo les preocupa poco el pasado y son poco pacientes en cuanto al presente. Emprenden proyectos innovadores y realizan compras onerosas (casas, por ejemplo) que requieren muchos más recursos de los que tienen al alcance de la mano. Si no existiera el crédito, los consumidores y los empresarios sufrirían frustraciones constantes.

En cierta ocasión, Schumpeter escribió que el empresario es “el pivote sobre el que gira todo”. Los empresarios que están al frente de una sociedad –ya sean empresas grandes o pequeñas, ya sean empresas antiguas o de reciente creación– son los agentes de la innovación y de la destrucción creativa. Sus proyectos son una fuente de nuevos empleos, de mayores ingresos y de progreso económico general. Pero ello es simultáneo a que los empresarios emergentes, al desplegar sus energías creativas, echen a un lado a los más antiguos y destruyan sus sueños y, a menudo, su fortuna. La mayoría de las personas, incluso en los países ricos, nunca serán empresarios. Algunos ni siquiera encontrarán un empleo en una empresa de éxito. Más tarde o más temprano, la mayoría de las empresas fracasan y algunas veces con su caída dañan a comunidades enteras y a personas concretas.[9]

En su peor expresión, el capitalismo reduce las relaciones humanas a ser burdos cálculos de los costes y beneficios que obtienen las personas; antepone los valores materiales a los espirituales; saquea el medio ambiente planetario y explota los aspectos más abyectos de la naturaleza humana. En un escenario en el que todo está a la venta, las empresas pueden sacar provecho de cualquier cosa, incluyendo todos y cada uno de los siete pecados capitales, con excepción probablemente de la pereza. “A menudo me pregunto …” –escribió Schumpeter en su diario– “… si existe en la historia alguna causa que se haya desarrollado y haya tenido éxito, y que no haya supuesto ser negocio para alguna persona.”[10]

No obstante, si el capitalismo pudiera llegar a reconciliarse de alguna manera con los propósitos humanos más nobles entonces se convertiría en el equivalente económico de la célebre definición de democracia que hizo Churchill: el peor sistema posible si exceptuamos todos los demás. Y es que, a pesar de todos sus defectos, el capitalismo por sí solo ha fomentado las innovaciones científicas, técnicas y médicas necesarias para rescatar a la humanidad de un Estado natural hobbesiano, en el que la vida fue solitaria, pobre, repugnante, brutal y corta.

Cientos de pensadores destacados han lidiado con estos problemas. Dos de los más insignes, Adam Smith y Karl Marx, llegaron a conclusiones opuestas. Smith (1723-1790) vió la economía de mercado como el sistema prácticamente ideal mientras que Marx (1818-1883) la denunciaba como intervalo desagradable en el ineludible camino hacia el socialismo. Schumpeter, que nació lo suficientemente tarde como para estudiar el capitalismo en su época de madurez en el siglo XX, sobrepasó a sus dos predecesores más famosos en la sofisticación de su análisis.[11]

Durante el transcurso de su vida diversos acontecimientos mostraron que el capitalismo podía adoptar diferentes formas en escenarios distintos. Una vez escribió: “La sociedad capitalista es un organismo infinitamente complejo.” El capitalismo, que es un sistema social y cultural en igual medida que es un sistema económico, puede funcionar con buenos o malos fines, puede ser moral, inmoral o, la mayoría de las veces, amoral. Todo depende del contexto, principalmente del grado en que un grupo o nación pueda maximizar los componentes creativos al mismo tiempo que mitiga los efectos secundarios destructivos.[12]

Muchas personas de la generación de Schumpeter crecieron con una perspectiva demasiado esperanzadora del capitalismo. Estaban empapados de la fe que se tenía en el siglo XIX en que la democracia y la tecnología traerían consigo una paz y una prosperidad duraderas, y sin embargo fueron testigos durante el siglo XX de algo muy diferente: guerras, depresiones, totalitarismos y genocidios. La carnicería de la Gran Guerra acabó con su optimismo. La Gran Depresión de la década de los treinta hizo tambalear su fe, tanto en la democracia como en el capitalismo. Para muchos, la Gran Depresión y el inicio de la II Guerra Mundial fueron la confirmación del fracaso de los mercados y de la superioridad del socialismo.

Esta no fue la opinión de Schumpeter. Observó durante el período de paz y de guerra como se batían a muerte los sistemas económicos y las ideologías políticas en pos de la supremacía; vio oscilar de un lado a otro, de la riqueza a la pobreza, a familias y comunidades. No se hizo ninguna ilusión con respecto al capitalismo pero tampoco tuvo duda alguna en su propio dictamen: sus

beneficios económicos mejoraban en tal medida la vida de una persona media que compensaban ampliamente sus efectos negativos. ¿Qué suponía la bancarrota de un solo empresario o la obsolescencia de unos millares de artesanos en comparación con la mayor libertad y comodidad de millones de personas con acceso a bienes nuevos y económicos?[13]

Schumpeter escribió sus obras en el momento álgido del sentimiento anticapitalista que se suscitó tras la Gran Depresión: “Los logros típicos de la producción capitalista son los tejidos, algodón y telas de rayón baratos, los barcos, automóviles, etcétera y no, por norma general, mejoras que afecten sobremanera a las personas más acaudaladas. La reina Isabel tenía medias de seda [en el siglo XVI]. La mejora capitalista no consiste propiamente en proporcionar más medias de seda a las reinas sino en ponerlas al alcance de las obreras de las fábricas a cambio de esfuerzos cada vez menores … El proceso capitalista, no por azar sino gracias al mecanismo que emplea, aumenta progresivamente el nivel de vida de las masas.”[14]

No obstante, el capitalismo no constituye el estado natural de la existencia humana. Si así fuera habría surgido en un período mucho más temprano de la historia y sería el sistema prevaleciente en estos momentos en todas partes. Se trata, por el contrario, de un sistema inusualmente difícil de construir y sostener. La “mano invisible” de Adam Smith todavía sigue siendo esencial, aunque no sea suficiente, como no lo son las ruedas hidráulicas del siglo XVIII que tanto admiraba Smith. El capitalismo *moderno* debe nutrirse y controlarse de manera activa, con inteligencia y resolución; sin la promoción constante de los empresarios y sin la supervisión esmerada de los reguladores (una necesidad que muchos defensores del libre mercado, incluido el propio Schumpeter, han subestimado en demasía) no puede alcanzar o mantener todas sus posibilidades. Por igual que los motores (ya fueran de vapor, eléctricos, diésel, de gasolina, o a propulsión) que han ido ocupando el lugar preponderante en un proceso de destrucción creativa, el motor capitalista puede también aminorar su marcha, echar chispas, sobrecalentarse, explotar o sucumbir.

Schumpeter creía que el mundo podría beneficiarse completamente del capitalismo solo en el caso en que las personas entendieran cómo funcionaba. Este es uno de los motivos por los que pasó tanto tiempo intentando entenderlo y explicarlo. El motor capitalista puede funcionar a toda máquina y hacer cosas maravillosas para la humanidad si (y solo si) se le entiende correctamente.

Capítulo 1
Dejando el hogar

Al poco me cogen y me ponen en una cama. Dormido, con una ligera sonrisa, me llevan a ella. Y aquellos que en silencio se ocupan de mí me reciben como a uno de los seres queridos de ese hogar. Pero no me lo dirán, ¡ah, no me lo dirán!, ni ahora, ni nunca: no me dirán quién soy.

James Agee: ***A death in the family*****, 1957**.

En el año 1887 Joseph Schumpeter, a quien su familia siempre llamara Jozsi, tenía cuatro años. Había vivido desde su nacimiento en una pequeña ciudad en la que la familia de su padre dirigía una fábrica textil. Todo el mundo en esa ciudad sabía quién era Jozsi. No había razón alguna para que el presente le inquietara o para que reflexionase en profundidad sobre el futuro. Sin embargo, en esa época su padre murió en lo que pareció ser un accidente de caza a la edad de treinta y un años. Su madre, Johanna, una mujer orgullosa y atractiva, se quedó por completo aturdida. En el espacio de un año, los dos padres de Johanna también murieron.

En 1888, poco después de estas vivencias traumáticas, Jozsi y su madre dejaron la ciudad para dar comienzo a una aventura inimaginable: subieron a un tren que les llevó tras un largo viaje a una ciudad que nunca antes habían visto. Allí, se instalaron como desconocidos y empezaron una vida muy diferente. Jozsi comenzó a crecer y a convertirse en un hombre que el entorno de su ciudad natal nunca hubiera podido generar, ni tampoco hubiera podido prever. Aquel viaje en tren cortó de forma permanente su relación con el resto de la familia de su madre o de su padre. Y la separación empezó a sembrar dudas en su mente sobre su identidad.

Durante aproximadamente cuatrocientos años (el mismo tiempo que ha transcurrido desde el primer asentamiento inglés en Norteamérica hasta nuestros días), las sucesivas generaciones de la familia Schumpeter habían vivido en un único lugar. Este lugar se llamaba Triesch, y era una pequeña ciudad situada en el valle de un río a unos ciento veinte kilómetros de Praga, en la provincia de Moravia. En la actualidad, la ciudad sigue siendo muy pequeña y prácticamente no ha cambiado. Los que la visitan reciben un folleto que afirma que de no haber muerto su padre cuando era joven, “lo más probable” es que Schumpeter hubiera podido residir allí durante toda su vida.

El personal de la oficina de turismo señala con orgullo la casa, grande y de piedra, en la que nació y que todavía adorna la calle principal de la ciudad. El folleto que distribuye esta oficina afirma que Schumpeter es “uno de los economistas más importantes del siglo XX, que empezó siendo Ministro de Hacienda de Austria para luego ser profesor de la Universidad de Harvard” y que fue “artífice del milagro económico japonés”. La palabra “artífice” tiene,

por supuesto, demasiada envergadura. No obstante, el logro alcanzado por Japón se derivó efectivamente de los principios de Schumpeter sobre la empresa, el crédito y la creación destructiva. Y todavía en la actualidad sigue siendo más conocido en Europa y en Japón que en los Estados Unidos.[1]

La familia Schumpeter fue una de las principales familias de Triesch durante mucho tiempo. El abuelo y el bisabuelo de Jozsi fueron unos católicos burgueses con antepasados de lengua alemana y alcaldes de la ciudad. Pero asimismo, desarrollaron su propia carrera en el mundo de los negocios, y sus innovaciones seguramente influyeron en el énfasis que el Schumpeter maduro haría en torno al espíritu empresarial. Su bisabuelo fundó el negocio textil familiar en un marco rural y tranquilo. Su abuelo y su padre lo continuaron, mejorándolo con la instalación de la primera máquina de vapor de Triesch.[2] Hoy en día están enterrados con otros familiares en un mausoleo sobre una gran colina, el único mausoleo que hay en el cementerio municipal. El gobierno municipal mantiene inmaculada esta pequeña y elegante construcción neoclásica y a menudo vuelven a pintarla con el color dorado de los palacios reales de Viena, ese color que se conoce bajo el nombre de amarillo Habsburgo, por el nombre de la dinastía imperial. La serenidad de esta escena sorprende al visitante, ya que se trata de un pequeño santuario en honor a una familia prominente pero también un reconocimiento intelectual a su miembro más destacado.

En la fecha en que Jozsi nació, la gran mayoría de los 4.400 habitantes de Triesch hablaban checo. La mayoría de ellos pertenecía a la clase trabajadora o eran campesinos y la elite de habla alemana, que solo representaba el 9% de la población, los miraba con desprecio. Muchos de los habitantes de lengua alemana, incluyendo a la familia Schumpeter, tenían criados que hablaban checo. Algunos de los habitantes de lengua alemana eran judíos y el resto eran católicos, quienes a su vez por lo general no alternaban socialmente con los judíos y solo de forma moderada con los habitantes de lengua checa. Aun así, había un importante número de matrimonios entre habitantes de lengua alemana y de lengua checa, y los dos abuelos de Jozsi se habían casado con mujeres de habla checa. Los católicos que hablaban alemán ocupaban los mejores empleos y disfrutaban de un poder de voto desproporcionado gracias a las propiedades que poseían.[3]

La familia materna de Jozsi, también católica, se situaba al lado de la familia Schumpeter en lo alto de la escala social de la región. Su madre, Johanna, procedía de Iglau, una ciudad de los alrededores que era mayoritariamente de lengua alemana y en la que su padre y su abuelo habían sido médicos prominentes.[4]

En Triesch, como en la mayoría de las poblaciones del Imperio austro-

húngaro de la época, los habitantes de lengua alemana se esforzaban en mantener su posición privilegiada. Menospreciaban a los numerosos grupos étnicos que se encontraban en el interior de las fronteras del Imperio: checos, croatas, eslovenos, polacos, ucranianos, etcétera. Pero cuando empezaron a acentuarse las poderosas fuerzas de la democracia, el capitalismo y el nacionalismo, la situación se volvió cada vez menos estable. Este era el clima que imperaba cuando nació Jozsi, en 1883.

Cuando el padre de Jozsi murió, Johanna se quedó sola en una ciudad aislada y repleta de familiares políticos destacados. En aquel momento tenía veintiséis años y podría haber permanecido al cuidado de la familia Schumpeter disfrutando de todo tipo de comodidades durante el resto de su vida. Sin embargo, pudo darse cuenta de que esto podía ser un callejón sin salida para ella. Además, empezó a desarrollar una gran ambición para el futuro de su único hijo, que no podría verse colmada en la humilde ciudad de Triesch. Después de pensarlo detenidamente decidió trasladarse a Graz, una atractiva ciudad austríaca con 150.000 habitantes de lengua alemana situada a unos 500 kilómetros al sur de Triesch y a 225 kilómetros al sudoeste de Viena. Graz albergaba una de las escasas universidades del Imperio y Johanna creyó que este nuevo entorno le ofrecería a ella más oportunidades y a Jozsi la posibilidad de desarrollarse plenamente.

En aquella época y en aquel lugar, que una madre viuda y joven se desarraigara de ese modo era poco corriente, muy poco corriente. Johanna no poseía una verdadera fortuna pero tampoco se encontraba en la necesidad. Había heredado parte de las propiedades de sus padres y algunas participaciones de su marido en los negocios familiares. Se instaló con Jozsi en el centro de Graz donde, al principio, alquiló un pequeñísimo piso y, más tarde, alquiló uno mayor en la calle Mozart, cerca de la universidad.[5]

Las provincias de habla alemana del Imperio austrohúngaro contaban con mejores sistemas educativos que la mayoría del resto de Europa. En Graz, Jozsi tuvo una buena escuela primaria. Como Johanna le había trasladado con cinco años de edad a una región de habla alemana de Austria, siempre se consideró a sí mismo austríaco y no checo. Aun así, se cuestionó a menudo su identidad.[6]

Mientras Jozsi crecía, su emprendedora madre empezó a concebir maneras de que ambos pudieran ascender socialmente en la estratificada escala social austríaca. Una parte de su motivación estaba basada en su propio interés de mujer, pero también estaba orientada a conseguir ventajas para Jozsi, ventajas que pensaba que él se merecía, pero que nunca lograría siendo solo el hijo huérfano de un empresario de provincias.

Cuando Jozsi tenía cerca de nueve años, Johanna puso en su punto de mira a un hombre llamado Sigmund von Kéler, un general condecorado con tres estrellas que era treinta años mayor que ella. Kéler había servido en el ejército austrohúngaro durante cerca de cuatro décadas. Luego se había jubilado e instalado en Graz (ciudad que recibía el sobrenombre de "Jubiladópolis", porque era el paraíso favorito para los oficiales del ejército con alto grado, del mismo modo que hoy sucede en Florida y en el sur de California en los Estados Unidos). Había estado soltero durante toda su vida y no era un hombre excesivamente rico, aunque disfrutara de una generosa pensión obtenida gracias a su larga carrera militar. Pero lo más importante para Johanna era que Kéler pertenecía a la nobleza austríaca. Casi no podría haber encontrado un mejor instrumento para alcanzar sus objetivos.[7]

Se casó con él en 1893. Él tenía sesenta y cinco años, ella treinta y dos y Jozsi diez. Al margen de los motivos que tuvieran los novios para casarse, el matrimonio tuvo grandes consecuencias en el joven Schumpeter. A partir de entonces, pudo continuar su formación en las escuelas más selectas del Imperio gracias al estatus social de su nuevo padrastro, un privilegio que no podría haber alcanzado de ningún otro modo. La mayoría de los jóvenes de Austria abandonaban sus estudios a una edad temprana y no proseguían en el *Gymnasium*, una especie de instituto de preparación para los estudios universitarios.[8]

Son numerosos quienes en el último milenio han escrito sobre la relación entre madre e hijo. Sófocles ya escribió en el 400 a. C. que "los hijos son las anclas que atan a la vida a las madres", y Emerson señaló en 1860 que "los hombres son lo que sus madres hacen de ellos". Evidentemente hay muchas excepciones, pero la relación afectuosa entre Johanna y Jozsi no fue una de tales. Se mantuvieron extraordinariamente próximos y Johanna se convirtió en una especie de madre de una estrella, siempre a la búsqueda de escenarios mayores en los que Jozsi pudiera exhibir sus aptitudes. Johanna fue, en el sentido amplio de la palabra, "emprendedora", una de las emprendedoras más eficientes que su hijo llegó a conocer, porque se ajustaba al modelo perfectamente. Al ser una joven viuda sin posibilidades en Triesch, decidió trasladarse a una ciudad mucho mayor y cuando sus familiares se opusieron al traslado, los ignoró. Cuando pensó que su hijo necesitaba un padrastro con título, se casó con uno. Y cuando creyó conveniente un escenario aún mayor para sus talentos o los de su hijo, supo encontrarlo.

Poco tiempo después de su boda, Johanna organizó el traslado de la nueva familia a Viena, una ciudad de cerca de dos millones de habitantes y muy distinta de Graz, y más aún de Triesch. En Viena, inscribió a Jozsi en una escuela preparatoria de renombre fundada en el siglo XVIII por la emperatriz

María Teresa, que llevaba su nombre. El *Theresianum* era una de las mejores escuelas de su tipo del mundo y una de las más demandadas. La incorporación de Jozsi a esta escuela era algo más que entrar en una institución académica de prestigio. Por lo mismo que John Maynard Keynes (que también nació en 1883) acudiera a Eton, o Franklin D. Roosevelt (nacido en 1882) fuese alumno de Groton (que seguía el modelo de Eton), Jozsi accedió académicamente al mundo social de la aristocracia. Según escribió uno de los amigos que más tarde tuvo en Harvard, en el *Theresianum* adquirió "los agradables modales del viejo mundo, en ocasiones pintoresca y excesivamente educados, junto con su encanto, vitalidad y simpatía naturales, modelaron el carácter del Schumpeter que conocimos".[9]

A diferencia de Keynes y Roosevelt, Schumpeter no estuvo internado en su nueva escuela y siguió viviendo en su casa. El ser estudiante diurno implicaba un caché social ligeramente inferior, pero en su caso le proporcionó verdaderas ventajas. El *Theresianum*, a diferencia de Eton y Groton que están emplazados en un marco rural, está en el centro de una gran capital, en el centro de un gran centro cultural. Todos los días, el joven Schumpeter pasaba por delante de algunos de los edificios más soberbios de Viena en su camino hacia el nuevo tranvía eléctrico que le llevaba a la escuela.

Su familia había alquilado una planta entera de uno los inmuebles de lujo que se encuentran cerca de la famosa Ringstrasse. Se trata de una de las avenidas más grandiosas de Europa, un bulevar semicircular de cuatro kilómetros en el que se alinean edificios imponentes que albergan las instituciones más destacadas de Austria, y entre ellas el Parlamento, el Ayuntamiento y la Universidad de Viena, así como el principal teatro y la ópera. El edificio de seis plantas en el que se encontraba la residencia de los Kéler estaba situado a tan solo treinta metros de la fachada trasera del Parlamento. Los paseos diarios de Schumpeter le llevaron por lugares del pasado anclados en la historia, en un momento en que la historia todavía seguía escribiéndose.

Era como si viviera a treinta metros del Capitolio de los Estados Unidos en Washington, al lado del Parlamento en Londres o cerca del Vaticano en Roma y rutinariamente pasara por delante de ellos todos los días. Así lo hizo desde los diez hasta los veintitrés años. Al margen de las actividades de ocio que tuviera, ningún joven con tanta sensibilidad y ambición podría haber evitado absorber conocimientos de arquitectura, arte o política, simplemente por el mero efecto de la proximidad. Creció amando tanto el Imperio como su capital y nunca se sentiría tan en su casa como durante esos años que pasó en Viena.

El *Theresianum* exigía un trabajo mucho más riguroso que la mayoría de

los institutos de hoy en día. En él se impartían cursos de Matemáticas, Ciencias, Historia y Literatura y la educación también se apoyaba en los clásicos antiguos, del mismo modo que en las instituciones académicas británicas de aquella época. Schumpeter estudió latín todos los días durante ocho años y griego durante seis. Asimismo, dedicó una cantidad ingente de tiempo al inglés, al italiano, al francés y a su lengua materna, el alemán.

Muchos estudiantes, como en todos los institutos del mundo de entonces y de ahora, intentaban holgazanear y estudiar lo menos posible. Sin embargo, Schumpeter, aunque fuera sociable y le gustara jugar, tenía una verdadera curiosidad por el mundo, propia de un intelectual. Estas características, junto con la insistencia de las ambiciones de su madre, hicieron que despuntara académicamente y le convirtieron en uno de los mejores estudiantes del instituto. Al final de su estancia en el *Theresianum* había logrado obtener una soberbia educación secundaria, además de un conocimiento fluido de seis lenguas. Gracias a la amplitud y a la constancia de sus lecturas y a su portentosa memoria retuvo esos conocimientos durante el resto de su vida. En la noche del año 1950 en que murió, en su mesita de noche descansaba un libro con las obras de teatro de Eurípides en su versión original en griego.[10]

Entre otros propósitos, el *Theresianum* formaba a jóvenes para que administraran el vasto Imperio austrohúngaro. Al igual que en el Eton de Keynes, había un sentido de responsabilidad imperial que impregnaba el plan de estudios y la estructura del instituto. Esto no solo era así en el *Theresianum*, también era el caso de la Universidad de Viena a la que Schumpeter acudiría después. La Universidad de Viena era una universidad de primera clase: era la versión austríaca de Oxford o Cambridge.

Para un estudiante aplicado como Schumpeter, una educación en el *Theresianum* y después un título de la Universidad de Viena eran unos activos intelectuales de un valor incalculable. Tanto él como sus compañeros fueron educados para emular el pensamiento abstracto de los antiguos griegos y romanos. Aprendieron a hablar de forma improvisada sobre una amplia variedad de temas y soportaron la intensa presión de los períodos de exámenes difíciles. Uno de los libros más famosos de Sigmund Freud, *La Interpretación de los Sueños*, describe el miedo al fracaso de los “sueños sobre exámenes” que pueden persistir en la edad adulta. Este libro se publicó en 1900, cuando Schumpeter tenía diecisiete años y Freud ejercía de psicoanalista en Viena.[11]

Tanto el *Theresianum* como la Universidad de Viena hacían hincapié en lo que hoy en día se conoce como redes de contactos o *networking*. Muchos estudiantes, sobre todo los de lengua materna alemana, se veían a sí mismos como miembros de un grupo selecto que se preparaba para los deberes

imperiales. Daban por hecho que poseían una superioridad intelectual, social y, a veces, "racial". Los años que Schumpeter pasó en Viena coexistieron con un período en el que la palabra "raza" se usaba sin excesivo rigor, como nunca antes había sucedido. Las personas de toda Europa y de los Estados Unidos hablaban de modo informal de la raza alemana, la raza eslava, la raza judía y otro tipo de razas, además de las razas basadas en el color de la piel de todo el mundo. Así que, junto con otro tipo de enseñanzas, Schumpeter se impregnó de los prejuicios de su época.

A veces estos prejuicios se volvieron en contra suya. A menudo transmitía la impresión de ser judío, parece ser que por su aspecto físico, y durante toda su vida la gente habló de lo que llamaban una apariencia exótica "del Este". En la primera fotografía que se le conoce tenía quince años, y únicamente a través de esta fotografía es difícil saber algo de sus características étnicas. Esa fotografía podría ser la de un joven indio, libanés o de cualquier otra "raza".[12]

En el Imperio de Habsburgo los estudiantes universitarios gozaban del privilegio de una reducción de sus obligaciones militares, y muchos de ellos se imaginaban que después de graduarse opositarían para desempeñar altos cargos en la administración pública. No obstante, los contactos seguían siendo algo fundamental. El respaldo de un miembro de la nobleza o de la aristocracia inclinaba a menudo la balanza de la competencia por los mejores empleos. Este también era el caso de los profesores de universidad, también miembros de la administración pública. En las primeras etapas de su carrera, Schumpeter descubriría que él también necesitaba un respaldo de alta cuna.[13]

Johanna empujó su carrera de manera firme. Le introdujo en los círculos sociales más altos a los que tenía acceso y Schumpeter accedió con gusto a asumir el papel de un caballero de clase alta. A veces copiaba los aires arrogantes de su madre. Johanna insistía en que se dirigieran a ella llamándola "Exzellenz" en reconocimiento del estatus de Sigmund von Kéler, incluso después de asegurarse la separación. Esta tuvo lugar, ya sea o no por coincidencia, en el año en que su hijo se licenció en la Universidad de Viena. Kéler tenía setenta y ocho años y estaba deseoso de seguir su propio camino.

Años después, Schumpeter trabajó de forma intermitente en una novela autobiográfica. En esta obra fragmentada aparece bajo la forma de un personaje inglés llamado Henry, cuyo padre procedía de la ciudad adriática de Trieste. A Schumpeter le encantaba Inglaterra y la similitud entre el nombre de Trieste y Triesch es evidente. Merece la pena citar el siguiente fragmento en su totalidad por lo que en él revela en cuanto a su sentido de la identidad:

> Pues sí, los orígenes raciales y sociales son fundamentales a la hora de entender lo que es un hombre … La familia [de Henry] se situaba en los márgenes del conjunto comercial y financiero de Trieste que, racialmente, era una combinación que desafiaba cualquier análisis: con elementos

> griegos, germanos, serbios e italianos … [Henry, que era hijo único,] tenía cuatro años cuando su padre, que se estaba forjando una posición financiera considerable, murió en un campo de caza. Su madre fue desde entonces el único factor humano de envergadura en la vida de Henry. Era una mujer extraordinaria, fuerte y amable y le proporcionó los encantadores anteojos de la sociedad inglesa. Realizaba sus tareas de un modo que solo puede definirse como masculino aunque, cuando pienso en ello, era verdaderamente femenino. Su único propósito en la vida era hacer de él un caballero inglés … No disponía de mucho dinero. Su marido estaba en camino de labrarse una fortuna, pero no había avanzado mucho en dicho camino. No obstante, tenía contactos que explotó con resolución en beneficio de su querido hijo … A él se le consideraba de igual a igual en casas cuyo rango era muy superior a lo que se denomina la buena sociedad … Sin embargo, quiero dejarlo bien claro, la puerta del mundo de la sociedad estuvo abierta para él desde un principio y cerrada únicamente cuando él ya no se molestó en acercarse a este mundo, lo que tiene mucha importancia. Sin complejos. Sin falso desdén. Sin una melancolía oculta.[14]

Schumpeter casi nunca escribió sobre sí mismo. Este fragmento lo redactó unos años después de la muerte de Johanna. Para entonces había viajado por todo el mundo y quizá pruebe, mejor que cualquier otra muestra, su persistente sentido de desarraigo:

> ¿Se encontraba como en su casa? En Inglaterra, no mucho. A menudo lo había creído así, pero al final el pasado de sus ancestros le transportaba de nuevo a la realidad. Ni tampoco en Francia o en Italia, a pesar de que cada vez que tenía una semana o un mes libre se dejara arrastrar a estos países. Desde luego que tampoco en Alemania o lo que había sido el Imperio aus-trohúngaro.
>
> Pero eso no era el punto más importante. La clase tiene mayor importancia que el país. Sin embargo, no pertenecía con una lealtad subconsciente a la sociedad, o a la clase empresarial, o a la profesional, o al mundo sindical. Todas estas clases proporcionaban un hogar verdaderamente confortable a todas las personas que conocía. Pero sí, el rincón social de su madre había sido el suyo propio mientras vivió … ¡Oh madre, madre![15]

Dondequiera que se encontrara, Schumpeter nunca tuvo un sentimiento pleno de pertenencia a ese sitio. Muchos años después un destacado estudiante suyo de Harvard observó en él "… una inseguridad en su naturaleza, quizá típica de un hijo único precoz". Con la desaparición de la metódica sociedad de la Viena de su juventud "pasó a estar completamente capacitado para desempeñar el importante papel sociológico del desconocido alienado".[16]

A lo largo de los años, se reinventó a sí mismo en multitud de ocasiones completando el trabajo que Johanna había empezado. Al pensar más en cómo podía avanzar que en dónde había empezado se ponía en una excelente situación para captar el pensamiento del empresario. Su propia tenacidad, oportunismo y flexibilidad le llevaron a aprender y destacar en diferentes circunstancias, de modo muy similar a los actores económicos que triunfan en el sistema capitalista. Su objetivo más importante siguió siendo ganarse la aprobación de su madre, incluso después de su muerte. Sus propias calificaciones parecían reservadas implícitamente para ella, eran informes escolares de un hijo aplicado.

En uno de sus muchos autoengaños Don Quijote decía: "Yo sé quién soy". Schumpeter nunca sintió tanta seguridad en sí mismo. En la época en que

llegó a Viena, a la edad de diez años, se había mudado ya dos veces y era un heredero de empresarios de Moravia cuyos antepasados habían vivido durante cuatro siglos en una pequeña y remota ciudad. Una vez que había abandonado esa ciudad solo le quedaron sus propias competencias y el amor categórico de su madre para guiarle en su camino. Durante el resto de su vida vivió estrictamente de su inteligencia y talento, como un artista del trapecio que actuara sin red.

Con independencia de sus raíces, lo que *llegó a ser* fue producto de su intelecto, su temperamento optimista y el impulso de su energía. También se derivó de la forma en que su madre manejó su pequeño barco de dos pasajeros por los traicioneros bancos de arena de Viena y del Imperio. De esa forma aprendió que la identidad de uno mismo en el seno de un mundo que cambia vertiginosamente puede proceder en mayor medida de la innovación que de los legados, que el cambio de la seguridad por las oportunidades puede traer consigo grandes recompensas y que para alguien con su talento casi todo era posible.

1.1

La casa de Triesch (actualmente Třešt', República Checa) en la que nació Schumpeter en 1883. Esta es la apariencia que tenía en 2001, después de algunas renovaciones. Cuando se acabó la remodelación en 2004 pasó a ser el Museo Schumpeter. (Créditos imágenes 1.1)

1.2

El mausoleo de Třešť en el que los antepasados paternos de Schumpeter están enterrados. Este elegante edificio tan solo tiene tres metros de ancho y tres metros y medio de profundidad. (Créditos imágenes 1.2)

1.3

En 1888 Johanna y Jozsi se mudaron de Triesch a un pequeñísimo piso situado en este modesto edificio cerca del centro de Graz. Johanna tenía veintisiete años y Jozsi, cinco. (Créditos imágenes 1.3)

1.4

De 1889 a 1893 vivieron aquí, en el piso más económico del edificio en una zona de la planta superior. Actualmente este edificio alberga el Departamento de Alemán de la Universidad de Graz. (Créditos imágenes 1.4)

1.5

El *Theresianum* de Viena en el que Schumpeter estudió de 1893 a 1901. El edificio y los terrenos ocupaban un bloque entero de la ciudad. (Créditos imágenes 1.5)

1.6

La entrada principal del *Theresianum* según se encontraba en la época en que Schumpeter fue alumno del centro y como se mantiene a principios del siglo XXI. (Créditos imágenes 1.6)

Joseph Schumpeter a la edad de quince años. En esta foto no parece distinto al joven Mohandas Gandhi o a W. E. B. Du Bois, ambos catorce años mayores que él. (Créditos imágenes 1.7)

Capítulo 2
La configuración de la personalidad

Cuando un hombre ha sido indiscutiblemente el hijo preferido de su madre, este hombre mantiene durante toda su vida ese sentimiento de triunfo y esa confianza en el éxito que no pocas veces conduce hasta el verdadero éxito.

Sigmund Freud: ***Un Recuerdo Infantil de Goethe***, **1917**.

Cuando llegó a Viena, el joven Schumpeter se mudó con su madre y su padrastro a un piso nuevo y elegante situado cerca de la Ringstrasse, el céntrico bulevar de la capital. El Gobierno de Austria y la ciudad de Viena garantizaban una deducción fiscal de los impuestos sobre la propiedad durante treinta años para fomentar que el tipo "adecuado" de personas ocuparan estos pisos. A principios de la década de 1860, ambas administraciones habían promovido también una serie de nuevas edificaciones públicas a lo largo de la Ringstrasse mediante el uso de terrenos que se obtuvieron a través del derribo de unas fortificaciones que habían protegido a la ciudad del asedio de los turcos en 1683. La diversidad de diseños y usos de los nuevos edificios eran un reflejo de los ideales vigentes tanto de la ciudad como del Imperio.[1]

En una ciudad tan antigua como Viena toda nueva ola arquitectónica conlleva una especie de destrucción creativa, pero eso no es lo que sucedió en el bulevar de la Ringstrasse. Los arquitectos echaron la vista hacia el pasado y no hacia el futuro. La Universidad de Viena, que había sido fundada en 1365, fue reconstruida en 1884 según el estilo renacentista italiano del siglo XV. Otros edificios nuevos de la Ringstrasse imitaron la moda barroca del siglo XVI. El impacto del conjunto reflejaba una especie de nostalgia institucionalizada, en ese intento de relacionar los distintos diseños con el período en que los ideales que representaba cada edificio habían alcanzado su punto culminante: así, la arquitectura griega clásica en el caso del Parlamento, el estilo gótico en el del Ayuntamiento, etcétera.[2]

Aunque la apariencia exterior de Viena parecía haberse detenido en el tiempo, su mundo cultural estaba progresando muy deprisa empujado por la fuerza del modernismo. Quizá no había ninguna otra ciudad en el mundo que fuera el escenario de una vida intelectual tan efervescente: tanto en las artes (con la pintura de Egon Schiele y Gustav Klimt, la arquitectura de Otto Wagner y Adolf Loos, o los manuscritos de Karl Graus y Robert Musil), como en las ciencias sociales, sobre todo con la psicología freudiana y la "escuela austríaca" de economía, un movimiento en el que Schumpeter tendría un papel destacado, había todo tipo de cambios en el aire. Un historiador perspicaz escribió que en Austria (así como en Alemania) la transición de las viejas formas a las nuevas no fue una evolución que tuvo

lugar en un período de doscientos años como en Inglaterra, que dio tiempo a las personas a que se ajustaran gradualmente e impidió que hubiera una alteración social. Al contrario, el proceso se produjo “en el espacio de una sola generación en la que los órdenes medievales y modernos colisionaron frontalmente”.[3]

Esa única generación fue la de Joseph Schumpeter, que creció en medio de una época marcada por algo más que una agitación cultural, creció en un período en el que el motor del capitalismo moderno estaba transformando el Imperio de los Habsburgo. La mayoría de los habitantes todavía vivían en granjas y su economía comercial e industrial estaba basada fundamentalmente en pequeños negocios cuyos métodos se estaban volviendo obsoletos con rapidez vertiginosa. La propia Viena era una mezcla de intereses económicos y grupos étnicos rivales, muchos de los cuales se oponían a la modernización. Estas tensiones que existían en Viena y en el Imperio moldearon el carácter y el comportamiento de Schumpeter de un modo que ninguna influencia posterior alteraría. La cultura de Viena y del Imperio marcó sus gustos, su opinión en torno a la conducta humana, sus ideas sobre la empresa y los gobiernos y, sobre todo, sus ambiciones.

En la época en que Johanna von Kéler decidió el traslado de Graz a Viena, la capital se había convertido desde hacía tiempo en un lugar en el que se sucedían actividades de ocio y espectáculos públicos a los que los asistentes acudían para divertirse. Estaban los jardines al aire libre dentro de la ciudad, los cercanos bosques de Viena y sus magníficos parques municipales. La Escuela Española de Equitación, adyacente al Palacio Imperial y que incluso hoy en día sigue siendo una joya de la industria turística de Viena, tenía ya más de dos siglos de antigüedad cuando Schumpeter y su madre llegaron a esta ciudad en 1893. También había un parque de atracciones, el Prater, en el que destacaba una noria de algo más de 60 metros de alto que fue construida en 1897, que sigue hoy en funcionamiento y que da una majestuosa vuelta cada diez minutos, en los que ofrece a sus ocupantes unas vistas incomparables de la ciudad.[4]

Asimismo, Viena reclamaba con orgullo la capitalidad mundial de la música clásica. Algunos de los compositores y músicos más brillantes de todos los tiempos habían trabajado en ella: los austríacos Haydn, Mozart, Schubert y Johann Strauss (quien, junto con sus tres hijos, compuso los valses vieneses de mayor renombre), además de otros compositores alemanes como Beethoven y Brahms. En la época de Schumpeter, las operetas de Johann Strauss hijo (cuya obra maestra, *El murciélago*, se estrenó en 1874) competían con ahínco con las de otros compositores e impulsaron considerablemente este género popular. Mientras tanto, los músicos

modernistas como Gustav Mahler o Arnold Schönberg desafiaban el orden establecido.[5]

El escritor Stefan Zweig recordaba que “el verdadero genio de esta ciudad de la música consistió en refundir armónicamente todos estos contrastes”. Zweig llegó a Viena cuando era un niño, prácticamente al mismo tiempo que Schumpeter, y llegó a ser un biógrafo y novelista destacado. “Vivir aquí era agradable, en esa atmósfera de conciliación espiritual donde cada ciudadano, de forma inconsciente, pasaba a ser alguien supranacional y cosmopolita, un ciudadano del mundo.”[6]

Aun así, a pesar de su alegría y su modernismo, Viena continuaba siendo la capital de una amalgama medio feudal de provincias en continua disputa, gobernada desde hacía seis siglos por una dinastía en decadencia. La mayor parte de la corriente de innovación de aquella época se rebeló directamente contra el estancamiento de la vieja Viena. Un grupo destacado subrayó su ataque al autodenominarse secesionistas y construyeron un museo ultramoderno en el que podían mostrar su trabajo.[7]

En el resto de Europa, el nacionalismo y la democracia desafiaban los regímenes tradicionales mientras la industrialización avanzaba rápidamente. Sin embargo, la mayor parte del pequeño comercio de Viena y de otras ciudades del Imperio de los Habsburgo seguía fabricando bienes que estaban perdiendo la partida frente a productos de menor precio procedentes de Alemania, Gran Bretaña o Francia, bien que en algunos lugares del Imperio surgieron nuevos emprendedores que prosperaron y no se quedaron rezagados con respecto a la competencia de los países más avanzados. Pero el propio Gobierno mostraba escaso interés por cambiar sus políticas.

¿Durante cuanto tiempo podría resistir la antigua cultura el cerco de la modernidad? Este era el debate sobre el que, por encima de otros, Schumpeter y sus colegas de Viena discutieron sin cesar en los numerosos cafés de la ciudad, con su amplia oferta de periódicos de toda Europa. Los cafés tenían un ambiente agradable en el que los nuevos cosmopolitas intercambiaban ideas en torno a la política, los negocios o las artes y, a menudo, sobre todos estos temas a la vez.[8]

Algunos de los debates más encarnizados sobre política o arte además de ocuparse de los cánones establecidos trataban del modo en el que el modernismo se enfrentaba a la tradición. Viena empezaba a idealizar a sus escritores, músicos y actores y, de este modo, se formó una nueva atmósfera de celebridad. Este entorno resultó ser muy atractivo para Schumpeter, que no tardaría en albergar la aspiración de ser famoso.[9]

En 1897, Mark Twain estaba de viaje por Europa desde donde enviaba

artículos a la revista estadounidense *Harper's New Monthly Magazine*. Durante su estancia en Viena escribió: "En países como Inglaterra o los Estados Unidos, en los que hay una única lengua y en los que el interés público es común, el Gobierno debe tener en cuenta la opinión pública. Sin embargo, en el Imperio austrohúngaro hay diecinueve opiniones públicas (una para cada Estado). Ni siquiera eso, hay dos o tres para cada Estado puesto que hay dos o tres nacionalidades distintas en cada uno." Los 425 miembros del Parlamento Imperial hablaban once lenguas distintas. Las restricciones sobre el voto conferían un poder desequilibrado a los propietarios, la mayoría de los cuales eran germanófonos.[10]

Los dominios de los Habsburgo se habían extendido de forma desordenada durante varios siglos, principalmente a través de tratados y enlaces reales. Aspiraban a ser "un Imperio con setenta millones" de súbditos y, en realidad, al llegar a los cincuenta y dos se había convertido en una de las mezclas más eclécticas que el mundo conociera en toda su historia. Físicamente era tan grande como la suma de Inglaterra y Francia y comprendía lo que actualmente son Austria, Hungría, la República Checa, Eslovaquia, Eslovenia y Croacia, además de ciertos territorios de Polonia, Ucrania, el norte de Italia y Rumanía. La lectura de la lista completa de las decenas de títulos reales del emperador Francisco José podía parecer una especie de broma de corte histórico. Al igual que Schumpeter, el Imperio parecía estar a la búsqueda de una identidad estable.[11]

Mark Twain escribió acerca del Parlamento Imperial que nunca había visto una cámara tan "suntuosamente dorada" y al mismo tiempo tan arruinada por una confusión constante de tales dimensiones. Los diputados que se enfrentaban entre sí "procedían de todo tipo de condición y escala social. Había príncipes, condes, barones, curas, campesinos, mecánicos, peones, abogados, jueces, médicos, profesores, comerciantes, banqueros y tenderos."[12]

Al margen de Viena, en otras grandes ciudades como Praga, Cracovia o Budapest, los asuntos locales eclipsaban los intereses del Imperio, quien estaba al cargo de las fuerzas armadas y de la administración de las relaciones exteriores. La autoridad del emperador también se extendía a otra amplia variedad de asuntos. Si así lo deseaba, podía gobernar sin el Parlamento y a menudo tuvo que promulgar decretos "de emergencia" para que el Gobierno pudiera seguir actuando.

¿Qué impedía que este rompecabezas de Imperio se desbaratara? En primer lugar, las estrategias militares de los ambiciosos vecinos. Las grandes potencias europeas deseaban mantener la monarquía de los Habsburgo intacta para controlar mutuamente su grado de ambición. Al norte de sus fronteras

estaba Alemania, al nordeste Rusia, al sudeste Serbia y el Imperio Otomano y al sur Italia. Al oeste estaba Suiza, que actuaba como una especie de zona de contención contra Francia (aunque ni siquiera los Alpes pudieron evitar la invasión napoleónica acaecida unas décadas antes, ya que los franceses se desplazaron siguiendo una ruta hacia el norte, alrededor de las montañas).

En el seno del propio Imperio, los rescoldos incandescentes del nacionalismo étnico con frecuencia amenazaban con estallar en un conflicto abierto. En Viena había un grupo de funcionarios de gran competencia que se comportaba como una suerte de cuerpo de elite de bomberos que se enfrentaba constantemente a este problema. Cuando se desataba un incendio en una provincia lo sofocaban mediante el uso del compromiso político, la acción militar o el soborno económico que se ocultaba bajo el disfraz de las obras públicas. El numeroso ejército unificado del Imperio austrohúngaro mantenía pequeñas guarniciones en grandes y pequeñas ciudades de todas las provincias y su visibilidad contribuía a crear un sentimiento común de cohesión imperial sin que existiera un sentido proporcional de coerción.[13]

La Iglesia Católica Romana, a la que pertenecía la mayoría del pueblo incluyendo los Schumpeter, era un segundo elemento unificador. Se trataba de toda una red de conexiones clericales que se extendía desde las parroquias locales hasta el Vaticano. El emperador Francisco José, al que llamaban Su Apostólica Majestad, creía firmemente que la mano de la Providencia guiaba sus asuntos terrenales. En general, la Iglesia tendía a mostrar una oposición moderada contra el nacionalismo, el modernismo, el liberalismo y contra una mayor democracia. En ocasiones, también entorpeció indirectamente la industrialización. Durante los siglos XVIII y XIX, el control que ejercía sobre la educación y sobre otros asuntos cotidianos había sufrido un cierto declive, pero su influencia nunca desapareció. Incluso hoy en día, los chapiteles de las iglesias dominan las grandes y pequeñas ciudades del antiguo Imperio, aunque los bancos de su interior suelan estar vacíos.

Había una tercera fuerza unificadora, un aliado muy cercano de la Iglesia Católica: el culto a la persona real que encarnaban los Habsburgo. Durante siglos habían gobernado una gran parte de Europa, incluyendo zonas muy distantes unas de otras. La mayor parte de la tierra de aquellas zonas pertenecía a la propia familia de los Habsburgo. El emperador podía convertir a quien quisiera en una persona influyente y tanto él como sus Ministros acogían con agrado a personas con talento para la administración imperial, a menudo sin prestar atención a su nacionalidad. No obstante, el emperador Francisco José frecuentaba, casi exclusivamente, los círculos sociales de la alta nobleza con los que estaba relacionado y a los que consideraba “dignos de la corte”.[14]

La mayoría de los nobles todavía se comportaban como si la historia estuviera atrapada en un patrón feudal precapitalista. La “sociedad de primera” se divertía celebrando una serie constante de bailes, fiestas, aventuras sexuales extravagantes, escaladas montañesas y juegos de tiro. Un conde del Imperio exclamó en su lecho de muerte: “Y cuando el Señor me pregunte: ¿Qué has hecho con tu vida?, yo deberé responderle: “¡Oh, Señor! He cazado liebres, he cazado liebres y he cazado liebres.” Muchos aristócratas sentían una atracción especial por las apuestas y en aquella época el pasatiempo de jugar a las carreras de caracoles era una actividad muy conocida en uno de los clubes más distinguidos de Viena.”[15]

De alguna manera, a pesar de la decadencia de la nobleza austríaca, el emperador Francisco José mantuvo su Imperio unido a través de la fuerza de su personalidad y del rigor de sus costumbres personales. Reinó durante sesenta y ocho años, desde 1848 hasta su muerte en 1916 a la edad de ochenta y seis años. Vivió en enormes palacios, pero sintió cierta inclinación por la rutina espartana de los catres de hierro y los baños fríos. Se levantaba a las 4 de la mañana, de forma que a las 5 podía empezar su larga jornada de firma de documentos, reuniones con Ministros y recepción de visitas. Cuando aparecía en público llevaba su uniforme militar cubierto de medallas. Este atuendo, acentuado por sus patillas blancas y arregladas, confería una cierta gravedad a su presencia. Además, cumplía con sus responsabilidades con suma formalidad. Aun así, en una era de constante innovación, el emperador mostró escaso interés por los avances económicos. No quiso saber nada de teléfonos, trenes, máquinas de escribir, automóviles, ni de la luz eléctrica. Sin embargo, no fue un gobernante mezquino y supo mostrar su lado humano de muchas distintas maneras. Gozó de gran respeto popular y, al envejecer, fue reverenciado como un símbolo real. Durante toda su vida se afanó junto con sus Ministros en mantener sus reinos y sus variopintas provincias intactos, y en gran medida lo consiguió. Hasta 1914, cuando Schumpeter tenía treinta y un años, el Imperio se mantuvo unido, razonablemente próspero y pacífico.[16]

Schumpeter, como muchos de sus compañeros intelectuales cuya tendencia política tendía hacia la izquierda, tuvo una sensación de ruptura y dolor cuando el Imperio finalmente llegó a su fin. Dada su propia atracción por el capitalismo como vehículo de cambio orientado al futuro, su nostalgia reflejaba las tensiones internas de su alma. Verdaderamente nadie sabía mejor que él que el Imperio había estado aferrado al pasado durante uno de los períodos más vibrantes de la historia humana.

El final del siglo XIX y el principio del siglo XX fue una época de cambio radical en la ciencia, los negocios, el arte y la propia sociedad. En los Estados Unidos y en Europa occidental multitud de personas emigraron en masa del

campo a la ciudad conforme se aceleraba el ritmo de la industrialización. Entre 1850 y 1900 la población de la propia Viena se cuadruplicó hasta llegar aproximadamente a los 2 millones de ciudadanos. La oleada de recién llegados incluía a personas de clase media como los Schumpeter, aunque la mayor parte eran pobres polacos, rumanos, rusos y, sobre todo, checos. Todos ellos se reunían en la capital del Imperio en búsqueda de una vida mejor. Viena, con su rica combinación de variedades étnicas, llegó a parecerse a Nueva York o Chicago en mayor medida que a cualquier otra ciudad europea. Durante la década de 1890, mientras Schumpeter y su familia vivían en un cómodo piso, muchos de los recién llegados tenían que contentarse con viviendas con escaso espacio, así que empezó a crecer de forma acusada el número de viviendas precarias y con ellas el malestar político y social.

Un cambio llamativo fue la presencia creciente de judíos en un entorno que por lo demás era fuertemente católico. Durante el tiempo en que la población de Viena se cuadruplicaba el número de ciudadanos judíos en la ciudad creció veintisiete veces hasta llegar a contar más de 175.000 en una afluencia que estaba compuesta por grupos de personas muy diversos. Algunos eran ricos pero muchos más eran campesinos pobres que huían de la persecución que sufrían en el Imperio ruso, Rumanía y otras zonas. Esta llegada fue acogida con hostilidad por muchos cristianos. Hay que precisar en favor del emperador Francisco José que hizo cuanto pudo para salvaguardar los derechos de los judíos. Durante la década de 1890 ordenó al Primer Ministro austríaco lo siguiente: “Todo movimiento antisemita debe ser cortado de raíz en seguida … Toda reunión antisemita deberá ser disuelta inmediatamente. Los judíos son hombres valientes y patriotas que arriesgan sus vidas de buen grado para servir al emperador y a su patria”.[17]

En 1897, cuando Schumpeter tenía catorce años, el carismático populista Karl Lüger asumió la alcaldía de la ciudad. Lüger había cursado sus estudios en el *Theresianum*, como Schumpeter, donde había sido admitido porque su padre, miembro de la clase trabajadora, era uno de los porteros de la escuela. Era un político muy hábil y había ganado ya las elecciones municipales en cuatro ocasiones, pero el emperador había vetado sus victorias por desacuerdo con sus tácticas políticas antisemitas. Ante la apabullante popularidad de Lüger, el emperador Francisco José finalmente transigió en admitirle. Del mismo modo que muchos de sus políticos coetáneos en los Estados Unidos fustigaban a los afroamericanos para ganarse los votos de los blancos pobres, Lüger hizo de los judíos su chivo expiatorio para ser elegido.[18] Se convirtió en un portavoz eficaz de los pequeños fabricantes y comerciantes y también de las masas de personas que llegaban a Viena procedentes del campo, siempre que no fueran judíos. Consciente de los problemas económicos de Viena, Lüger intentó modernizar la ciudad impulsando obras públicas, uno de

los pocos medios de los que disponía, y entre otras iniciativas construyó parques y habilitó playas nuevas a lo largo del Danubio. Sin embargo, a la larga, su conducta traería consecuencias funestas. Adolf Hitler que justamente vivía en Viena en aquella época más tarde mencionaría en su libro *Mi lucha* lo mucho que aprendió de los movimientos populares mediante la observación de las técnicas políticas de Lüger. Hitler añadió que la combinación de grupos étnicos que existía en Viena le repugnaba, sobre todo después de dejar la capital austríaca para dirigirse a Múnich: "¡Una ciudad *alemana*! ¡Qué diferencia con respecto a Viena! Me pongo enfermo con solo pensar en esa babilonia de razas."[19]

Los efectos de las migraciones en los territorios de los Habsburgo contrastaban con los que se produjeron en los Estados Unidos o en las naciones de Europa occidental. La pobreza urbana también asoló a estos países, pero el progreso económico general se aceleró de forma tan rápida que los historiadores actuales hablan de una segunda revolución industrial. El motor eléctrico y la combustión interna fueron para esta segunda revolución industrial lo que la máquina de vapor había sido para la primera. La invención de estas máquinas, junto con el teléfono y la eclosión de la construcción ferroviaria precipitaron el crecimiento económico y sustituyeron los viejos métodos de hacer negocios.

Cuando empezaba a llegar a su edad adulta, el interés de Schumpeter hacia el cambio económico empezó a rayar en la obsesión. Sabía que zonas del Imperio de los Habsburgo estaban quedándose rezagadas y leía con avidez todo tipo de noticias sobre las innovaciones que se producían en los países más avanzados industrialmente. Se empapó de cuanto llegaba de los Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña, al principio en el *Theresianum* y más tarde en la Universidad de Viena.

La escala de las operaciones comerciales generadas por el capitalismo se estaba volviendo inmensa y no solo en aquellas economías nacionales, sino que también sucedía lo mismo en las propias empresas. En 1901, el año en que Schumpeter inició sus estudios en la Universidad de Viena, las tres mayores empresas industriales del mundo eran United States Steel, American Tobacco y Standard Oil. U. S. Steel empleaba por sí sola a 170.000 trabajadores, más que ninguna otra empresa del mundo y al menos veinte veces más que cualquiera empresa del Imperio austrohúngaro.

Más cerca de casa, empresas alemanas como Krupp y Thyssen en el sector del acero, Siemens en el del equipo eléctrico o los gigantes Bayer, Hoechst y BASF en el químico, se habían convertido ya en enormes centros industriales. Estas compañías alemanas prosperaban tanto en territorios cercanos al Imperio de los Habsburgo como en otros mercados de exportación. Los

historiadores difieren en sus estimaciones sobre el crecimiento económico del Imperio, pero actualmente resulta evidente que muchos de los dominios del emperador Francisco José no eran precisamente los grandes rezagados que anteriormente se había pensara de ellos puesto que algunas zonas del Imperio realizaban progresos económicos sustanciales, sobre todo las provincias de Bohemia y de Moravia. La ruptura final del Imperio se produjo principalmente por culpa de los nacionalismos acusados y por la Gran Guerra, y no por su debilidad económica.[20]

Así que a pesar de algunos avances económicos, la renta per cápita de la Austria germana en 1913 era solo la mitad de la de Gran Bretaña aproximadamente, bien que todavía fuese dos veces superior a la de Hungría. La mayor parte de la población del Imperio, y la de los recién llegados a Viena, no disponía de fácil acceso a una instalación de agua potable interior, o al uso de zapatos o ropa producidos masivamente. Los teléfonos eran escasos y solo las viviendas más lujosas disponían de calefacción central. En el seno del Gobierno, los funcionarios garabateaban a mano los montones de papeles necesarios para administrar la burocracia imperial. En el resto del mundo las máquinas de escribir eran desde hacía veinte años una herramienta de uso común. La provincia de Galicia disponía de la tercera reserva más importante de petróleo, solo por detrás de los Estados Unidos y del Imperio Ruso. Sin embargo, tanto el gobierno provincial como el imperial, así como las empresas involucradas, gestionaban con gran torpeza la extracción y el refinado de este “oro negro”.[21]

Mientras tanto en Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, la producción en serie y el *marketing* masivo de todo tipo de productos continuaban pujando, estimulados por la nueva tecnología industrial en la producción, un rápido transporte por ferrocarril y por la explosión de la publicidad ubicua. De repente aparecieron vestidos y camisas de tallas estándar en los grandes almacenes. En las tiendas de comestibles locales, los consumidores encontraron una amplia variedad de sopas, legumbres enlatadas, cigarrillos y jabones de diferentes marcas, empaquetados separadamente. En Londres, Berlín y Nueva York empezaron a aparecer grandes carteles eléctricos que proclamaban las virtudes de los chocolates Cadbury, la aspirina de Bayer, los pepinillos Heinz y otra gran cantidad de productos de consumo. El capitalismo empezaba a incrementar el nivel de vida de casi todo el mundo, a pesar de que siguiera existiendo una enorme disparidad de ingresos en la población.

Schumpeter nunca olvidó las lecciones que aprendió durante este período de estancamiento del Imperio de los Habsburgo en medio de una serie de tumultos económicos. Durante los últimos años de su vida habló con agrado

de la “visión” de un economista, una especie de intuición pre-analítica del modo en que funcionaba el mundo. Tras haber presenciado el modo en que su emprendedora madre fraguaba su serie de desplazamientos de Triesch a Graz y luego a Viena, se percató de la rapidez con que las circunstancias pueden alterarse y de los tipos de mecanismos sociales y económicos que entran en juego. Durante su propia juventud y al principio de su edad adulta fue testigo de primera fila de los rápidos cambios de orden cultural y económico que se produjeron en Viena y sus lecturas trataron el desarrollo de este tipo de cambios en el resto del mundo. Schumpeter comprendió extraordinariamente bien estos cambios y empezó a escribir sobre ellos a una temprana edad.

Según maduraba sentía que aquella destrucción creativa que se producía en la esfera *económica* podía ser violentamente perjudicial y empezó a atribuir una importancia considerable al orden político, llegando a estar convencido de que la suplantación de una serie de elites empresariales por otra podía traer a una confusión social tal que incluso podría calar el motor capitalista. Por consiguiente, el crecimiento económico exigía un gobierno con pulso firme. Schumpeter consideró entonces que el progreso capitalista requería como condiciones necesarias el ejercicio del Estado de derecho y de la propiedad privada. A su juicio, la mejor forma de supervisión la encarnaba una administración independiente y un líder simbólico cuya legitimidad no fuera puesta fácilmente en tela de juicio por las masas. El Imperio gozaba de todas estas ventajas, pero todavía forcejeaba con los persistentes movimientos nacionalistas que existían dentro de sus fronteras y con la resistencia a una modernización económica.

Tampoco beneficiaba al Imperio el caos patente que había en el Parlamento, a escasos treinta metros de la casa donde Schumpeter vivía. Allí, la legislatura había asumido el papel de un tenor de vodevil o, como lo había descrito un historiador, el de “un manicomio”. Un visitante procedente de Berlín comentó que cualquiera podía ir al Parlamento y “divertirse gratis. El modo en que los propios diputados ‘se echaban encima’ unos de otros ofrecía tanto entretenimiento a los vieneses como las representaciones de teatro.”[22] Día tras día y año tras año, incesantes debates parlamentarios continuaban sin llegar a ninguna resolución. Los delegados pasaban la mayor parte de su tiempo insultándose personalmente los unos a los otros en el hemiciclo legislativo. Mark Twain recogió muchos de estos dardos envenenados durante su visita de 1897: “Usted viene de un tugurio”, “¡es usted un Judas!”, “¡caballero de burdel!”, “¡despojo de Alemania oriental!”, “¡mocoso piojoso e infame!”, “¡árabe callejero!”, “¡cachorro despreciable!”, “¡alcahuete!”, “¡masculladorl”, “tú, judío, sí, tú”, “¡payaso borracho!”, “¡papaíto de burdeles!”, “¿qué es más duro, el cráneo de un polaco o el de un alemán?”, “¡perro polaco!” (este último, dirigido al noble que el emperador había

nombrado Presidente del Parlamento).[23]

El clamor de las constantes disputas nacionalistas también era patente en las reiteradas peleas entre estudiantes que se producían en la Universidad de Viena. Los duelos eran algo frecuente y el objetivo no era matar al otro oponente sino derramar sangre, preferentemente de la cara, de forma que se dejara a la vista una cicatriz. Mientras tanto en los tribunales los juicios por difamación empezaban a multiplicarse. En general terminaban con la absolución de los periodistas que habían publicado material antisemita o historias que atacaban a la Iglesia Católica. Un abogado que defendía estas causas explicó en una ocasión que al final todo quedaba en agua de borrajas. Esta grandilocuencia febril era una simple manera de desahogarse en Viena y todo el mundo lo sabía.[24]

Muchos años después los amigos estadounidenses de Schumpeter se preguntarían por qué a veces soltaba frases escandalosas que con toda seguridad ofenderían a su audiencia. Sus diarios privados también contienen comentarios inflamatorios sobre un amplio abanico de temas. Pues porque era como si estuviera de nuevo en Viena, descargando sus opiniones por medio de una retórica altisonante pero vacía de significado.

Schumpeter llegó a ser conocido incluso desde muy joven por ser un maravilloso conversador con un ingenio muy afilado. Como a otros grandes oradores (Samuel Johnson en el siglo XVIII, Oscar Wilde en el XIX o H. L. Mencken y Dorothy Parker en el XX) le parecía difícil trazar la línea que divide la prudencia y el sarcasmo. Uno de los profesores de Schumpeter dijo de la excesiva inteligencia de su lenguaje que era “un regalo peligroso de los dioses”. Felix Somary, un amigo y compañero de clase, recordaba que “podía ser extremadamente irritante para la autoestima de uno”. La gente pensaba de él erróneamente que era un cínico y esto, decía Somary, “le costó muchos reveses durante toda su vida”. Las costumbres que adoptó en Viena de ningún modo llegaron a proporcionarle ningún provecho.[25]

Al observar el caos parlamentario un año tras otro, Schumpeter llegó a desconfiar de la política de masas. Como muchos intelectuales alemanes y austríacos, detestaba sobre todo el bolchevismo al que consideraba un completo fraude. Aunque no se quedaba todo ahí. Creía que incluso en los gobiernos democráticos, los políticos de todas las orientaciones adulaban a los electores, y compraban sus cargos con la promesa de tomar medidas que trajeran beneficios a los electores rápidamente, incluso si estas medidas perjudicaban al país a la larga.

Schumpeter tenía una vena elitista que anhelaba la paz electoral aunque solo fuera como alternativa al caos. El sistema político que más admiraba era

el británico. Su monarquía constitucional y sus dos cámaras, la de los Comunes y la de los Lores, le parecían la forma óptima de organizar un gobierno. Admiraba a Benjamin Disraeli, aunque su héroe particular era William E. Gladstone, el hombre de Estado imperialista que había favorecido una fiscalidad baja combinada con una asistencia apropiada a los más pobres. Schumpeter tenía en gran estima la administración británica, bien formada y sin orientaciones políticas, y el sistema británico en su conjunto resultaba atractivo para su sentido del orden y de la estabilidad. Así que estaba de acuerdo con la declaración del conservador Edmund Burke: "Un buen orden es la base de todas las cosas buenas."[26] Sin embargo, había una gran diferencia entre el Imperio británico y el Imperio austrohúngaro, con su multiplicidad de etnias. La mayor parte de las posesiones británicas estaban en el exterior, lejos de la homogénea madre patria. No había grupos étnicos celosos que se apiñaran en un espacio reducido y que chocaran entre sí constantemente, como canicas tintineando en una bolsa.[27]

El propio Schumpeter formaba parte del enorme flujo de personas que habían acudido a Viena y algunos de sus amigos le conocían lo suficientemente bien como para tomar su indiferencia exterior literalmente. Felix Somary suponía que el origen estaba sobre todo en su escuela preparatoria: "… el *Theresianum* de Viena, en donde se enseñaba a los alumnos a ceñirse a los temas que se trataban y a no involucrarse personalmente. Las reglas del juego de cada partido e ideología eran ser un completo erudito, pero nadie debía adherirse a ningún partido o suscribir ningún dogma. Schumpeter era un virtuoso en cualquier juego político, ya fuera de la extrema izquierda o de la extrema derecha." Según crecía, Schumpeter empezó a comportarse de un modo cordial y cortés que transmitía la menor información posible de lo que realmente pensaba.[28]

Cuando entró en la Universidad de Viena ya había decidido convertirse en una celebridad, como la nueva generación de músicos y artistas que veía y sobre los que también leía. El modo exacto en que iba a conseguirlo no estaba nada claro puesto que tenía escaso talento como artista y aún menos como músico. No obstante, en unos años la respuesta empezó a tomar forma con su visión de cómo el capitalismo estaba cambiando el mundo. Sería un artista *intelectual* al que reconocerían como el mejor de su clase, el Miguel Ángel de la economía, o, incluso, de forma más versátil, el Leonardo da Vinci de las ciencias sociales. Según puso de manifiesto más tarde un alumno suyo, Paul Samuelson, el Schumpeter adulto "se esforzó por ser el número uno, el número uno para siempre". Esa ambición nació en los últimos años de su adolescencia, en el seno de la cultura técnico-romántica y plagada de celebridades de la ciudad de Viena.[29]

El emperador Francisco José que reinó durante sesenta y ocho años hasta su muerte, acaecida en 1916 a la edad de ochenta y seis años. (Créditos imágenes 2.1)

El Parlamento Imperial de Viena. A su lado, en el bulevar Ringstrasse, se encuentra el Ayuntamiento, aún más ornamentado, con sus altas torres y un poco más abajo la Universidad de Viena. En frente de estos edificios pueden verse los tranvías y los caminos que llevaban al joven Schumpeter al *Theresianum*. (Créditos imágenes 2.2)

2.3

La familia von Kéler ocupaba una planta entera de este gran edificio, uno de los “palacios de alquiler” libres de impuestos que se construyeron en Viena a finales del siglo xix. (Créditos imágenes 2.3)

2.4

La fachada trasera del Parlamento vista directamente desde el edificio de los apartamentos de los von Kéler. (Créditos imágenes 2.4)

Capítulo 3
El aprendizaje de la economía

Dadme al economista político, al reformador sanitario, al ingeniero, y quedaos con vuestros santos y vírgenes, con los relicarios y con los milagros.

Charles Kingsley: ***Levadura*****, 1848**.

Ninguna ciudad podía resultar más adecuada para las obsesiones intelectuales del joven Schumpeter que Viena. Después de acabar ocho años de formación en el *Theresianum*, en 1901 entró en la Universidad de Viena situada a escasas manzanas del piso en el que seguía viviendo con su madre y su padrastro. La remodelación de la universidad había terminado en 1884, un año después del nacimiento de Schumpeter, y los arquitectos habían ornamentado su enorme estructura con una decoración elaborada. En décadas posteriores se añadieron construcciones modernas pero los edificios por los que Schumpeter deambulaba entre clase y clase seguían prácticamente igual. Las estatuas y los bustos de los gobernantes de la dinastía de los Habsburgo y de las varias celebridades académicas adornaban estos espacios, con placas con bajorrelieves incrustadas en las columnas en memoria de profesores distinguidos, entre los que se encontraban algunos profesores del propio Schumpeter, a lo largo del patio interior.

Como había sucedido en el *Theresianum*, Schumpeter y sus compañeros de clase tuvieron un plan de estudios mucho más difícil que la mayoría de los estudiantes actuales. Mientras que la carga de horas lectivas de un estudiante medio en nuestros días oscila entre doce y quince horas semanales, Schumpeter por lo general tuvo entre veinticinco y treinta y cinco. Las clases empezaban a las 7 de la mañana y a veces mucho más temprano: a las seis y cuarto. Las últimas clases acababan a las 8 de la tarde. Los estudiantes eran un grupo privilegiado pero los que se lo tomaban en serio, como Schumpeter, trabajaban con ahínco. Sus cursos hacían especial hincapié en el derecho, la economía y la historia.[1]

3.1

Universidad de Viena. Fundada en el siglo xiv y reconstruida en 1884 siguiendo el estilo del renacimiento italiano. Su planificación se consideró adecuada para un gran centro de aprendizaje. Entre 1901 y 1906, Schumpeter acudió a esta universidad que se encontraba a escasa distancia a pie del piso familiar, situado detrás del Parlamento.(Créditos imágenes 3.1)

3.2

Una vista lateral de los soportales del patio interior de la universidad, tal y como se encuentra hoy en día. Las placas de bronce de las columnas de la izquierda fueron colocadas en reconocimiento a algunos profesores de Schumpeter: Friedrich von Wieser, Eugen von Böhm-Bawerk o su tutor Carl Menger. Los bustos que se encuentran a la derecha hacen referencia fundamentalmente a científicos naturales. (Créditos imágenes 3.2)

El emplazamiento de la universidad entre los grandes edificios públicos que se situaban a lo largo del bulevar Ringstrasse subrayaba su función principal: formar a las personas que administrarían el Imperio. Más de la mitad de los alumnos de la Facultad de Derecho formarían parte de la administración imperial y todos los profesores universitarios eran por otra

parte funcionarios cuya designación requería la aprobación del emperador. En el momento de su designación se vestían de uniforme para acudir a una audiencia con él (el propio Schumpeter, ya adulto, pasaría por esta interesante experiencia). Los profesores universitarios gozaban de una posición social superior a la de hoy en día y sus torres de marfil eran mucho menos distantes. Además del trabajo académico muchos de ellos escribían artículos para la prensa popular y mantenían su cargo público incluso cuando abandonaban la enseñanza.[2]

Como en otras muchas universidades europeas, los profesores de economía de Viena formaban parte de la Facultad de Derecho. La licenciatura que Schumpeter finalizó en 1906 no era por lo tanto en Economía sino en Derecho Civil y Romano, una formación que profundizó su percepción de la política y de la historia. Más tarde ejercería brevemente como abogado y esa experiencia desarrollaría su concepción del modo en que verdaderamente funcionan los negocios.

En los inicios del siglo XX las universidades germanófonas eran líderes mundiales en la mayoría de las ciencias físicas y sociales. La Universidad de Viena era uno de los tres o cuatro mejores lugares del mundo para estudiar economía y a Schumpeter no le llevó mucho tiempo descubrir que estaba especialmente capacitado para esta materia. Aunque había preferido la historia y la sociología, supo entonces que la economía tenía la posibilidad de integrar otras áreas de conocimiento y llevar el orden a la confusión. Aun así, según sus propias palabras: “Uno tiene que recordar que la economía es una disciplina muy joven que prácticamente acaba de dejar pequeños sus zapatos de bebé.” Los profesionales todavía no se definían a sí mismos como especialistas técnicos, como muchos de ellos lo hacen hoy en día. En su lugar, desfilaban bajo una pancarta más amplia, según la cual los “economistas políticos” podían reformar la sociedad.[3]

El conocimiento económico estaba muy rezagado con respecto al jurídico, que muchos académicos habían analizado durante miles de años. Sir William Blackstone, autor de los famosos *Comentarios* sobre Derecho, había vivido en la misma época que Adam Smith: ambos nacieron en 1723. Sin embargo, los *Comentarios* de Blackstone representaban una especie de punto culminante del mundo intelectual mientras que *La riqueza de las naciones* de Adam Smith tan solo era un inicio, la primera gran síntesis de la materia que trataba. Su libro salió a la luz en 1776, siendo Smith profesor universitario de retórica y filosofía moral, no de economía (ya que solo había algunos pocos profesores de economía en aquella época). Smith retrató un mundo de pequeñas empresas y tiendas y no un mundo con una industria altamente mecanizada y con grandes empresas, un mundo este último que todavía

tendría que formarse.

El estudio de la economía empezó a despegar después de la publicación de *La riqueza de las naciones*. Durante el siglo XIX los economistas políticos escribieron sobre el gobierno, el bienestar de la sociedad y la naturaleza de sus instituciones. Discutían a favor o en contra del socialismo ("la cuestión laboral"), el patrón oro ("la cuestión monetaria") y el libre comercio en contraposición al proteccionismo. Este centro de interés en cuestiones controvertidas y actuales continuó incluso después de que la economía se convirtiera en una profesión académica consolidada durante la década de 1880. No obstante, en la Universidad de Viena, la inquietud por la política era mucho menos preponderante que en cualquier otro sitio. En Viena, los miembros de la "escuela austríaca" estaban intentando que la disciplina fuera más rigurosa al reducir su obsesión por los asuntos políticos.[4]

No era tarea fácil. La práctica de mezclar la economía con la política, con frecuencia al servicio de alguna ideología preconcebida, sigue vigente hoy en día en un mundo que cuenta con treinta mil doctores en economía en el sector académico, empresarial y gubernamental. Sin embargo, la obsesión política chocaba con el concepto de Schumpeter de la economía como "ciencia" (una disciplina que pudiera ilustrar el debate público al proporcionar un conocimiento libre de intereses particulares y que debería aspirar por sí misma a la neutralidad). Durante toda su vida, Schumpeter creyó que cuando los economistas incorporaban la política a sus discusiones técnicas contaminaban su integridad científica.

Durante los años que Schumpeter pasó en la universidad, las obras de Karl Marx y sus apóstoles socialistas merodeaban por doquier en casi todos los trasfondos, bien que no se impusieran en casi ninguna situación. En mayor medida que cualquier otro economista anterior al propio Schumpeter, Marx había insistido en la *dinámica* del capitalismo (en su naturaleza siempre cambiante cuya única música era el bullicio). Esa fue la mayor contribución de Marx y tuvo una considerable influencia en Schumpeter. No obstante, Marx continuaba su teoría sacando conclusiones sin fundamento sobre lo que denominaba los resultados "inevitables" del capitalismo. Sus predicciones sobre "la dictadura del proletariado" y la "desaparición del Estado" nunca llegaron a producirse, pero así el marxismo ejerció un papel de control sobre las teorías más ortodoxas porque planteó un cuerpo doctrinal contra el que se podían medir otros enfoques rivales.

Cuando Schumpeter entró en la Universidad de Viena se enfrentó a tres métodos preponderantes en el estudio de la economía. El primero, la escuela clásica, había sido fundado por Adam Smith y desarrollado por David Ricardo y otros. Su máxima expresión fue la publicación en 1848 de los

Principios de economía política de John Stuart Mill. La mayoría de los economistas clásicos eran británicos y estuvieron profundamente interesados en cuestiones de políticas públicas. Schumpeter encontró muchos aspectos dignos de admiración en esta escuela clásica. No le parecía que Adam Smith fuera muy original pero lo consideraba un notable artista literario, aunque más tarde llegaría a manifestar que *La riqueza de las naciones* era "el libro más logrado que hay y no solo entre todos los libros de economía sino que, con la excepción del *Origen de las especies* de Darwin, también lo es frente a todos los libros científicos que se han publicado hasta la fecha". La larga experiencia que Smith había adquirido como profesor de retórica le había servido de gran ayuda y ninguna metáfora económica ha sobrepasado a la "mano invisible", el modo que tuvo Smith en señalar que millones de decisiones simultáneas tomadas por consumidores individuales de forma automática servían al "interés público". Smith criticaba en *La riqueza de las naciones* la intervención gubernamental en los mercados y para las economías nacionales de 1776, fuertemente reglamentadas, ese era el mensaje adecuado.[5]

Al igual que Adam Smith, Schumpeter creía plenamente en las virtudes del mercado. No obstante, además de oponerse a la fijación de los clásicos por las políticas públicas, Schumpeter pensaba que prestaban una atención demasiado escasa a la industrialización. *La riqueza de las naciones* de Smith, al margen de todas sus excelencias, retrataba una economía fundamentalmente preindustrial. En la obra de David Ricardo, publicada en la década de 1820, Schumpeter y otros autores detectaron un principio posiblemente erróneo. Ricardo, en lo que se convertiría en un análisis célebre de la agricultura, señaló que los agricultores cultivaban sus mejores tierras primero, sus segundas mejores tierras después y sus peores tierras en último lugar (puesto que solo de esta manera podían conseguir el mejor rendimiento de sus cultivos). A partir de este principio válido continuó hasta inferir una ley general de "rendimientos decrecientes" según se incrementaba el volumen de producción. Y este concepto ha modelado la enseñanza de la economía desde la época de Ricardo hasta nuestros días.[6] Pues bien, el principio de Ricardo resultaba estar completamente atrasado y era totalmente erróneo para muchos productos. La revolución industrial estaba ganando velocidad, precisamente en el momento en que Ricardo desarrollaba su teoría, y en vez de rendimientos *decrecientes* por la escala de la producción, la mayoría de los industriales gozaban de rendimientos *crecientes*. Cuantos más metros de tela produjera una fábrica textil moderna más barato resultaba producir cada metro, lo que repercutía en un precio menor para los consumidores. Más tarde, Schumpeter hablaría con agrado del "vicio ricardiano" de ceñirse a un único principio válido frente a una serie de contextos completamente distintos

y de aplicar ese principio indiscriminadamente a las políticas públicas. A veces incluso lo tildó de "pecado".[7]

Schumpeter criticaba a los economistas británicos de la tradición clásica de mediados del siglo XIX por la "completa falta de imaginación" de su visión sobre el capitalismo. "Esos escritores vivieron en el umbral de los desarrollos económicos más espectaculares que jamás se habían visto. Ante sus propios ojos maduraron enormes posibilidades que se convirtieron en realidades. Sin embargo, no vieron nada más que economías apretadas que luchaban por su pan de cada día con un éxito en continua disminución." En el fondo, "eran todos inmovilistas". Incluso Mill, el más optimista de todos ellos, "no tenía ninguna idea de lo que el motor de producción capitalista iba a conseguir".[8]

Un segundo enfoque preponderante sobre la economía, el de la escuela histórica alemana, también influyó en el pensamiento de Schumpeter. Este método consistía fundamentalmente en escribir historias detalladas de varias industrias e instituciones. La influencia de esta escuela histórica centrada en Berlín provenía en parte del vigor de su estrella más destacada, Gustav von Schmoller. En palabras de Schumpeter, Schmoller "descubrió en sus trabajos sobre el liderazgo algo más que energía, espíritu combativo y una enorme capacidad de trabajo; sino también una capacidad organizativa y estratégica considerable." Fue editor de un periódico que le sirvió para dar salida a artículos de investigación y también estuvo detrás de la publicación de una serie de libros históricos. Schmoller y otros miembros de la escuela histórica, por igual que los clásicos británicos, se centraron en el papel que los economistas debían jugar en la construcción de las políticas públicas.[9]

Al propio Schumpeter le encantaba la historia pero tenía un gran problema con la escuela de Schmoller: minusvaloraba a la teoría económica. Ninguna monografía histórica, por muy bien hecha que estuviera, podría dar como resultado una teoría coherente. Para que esto ocurriera se tendrían que construir y probar hipótesis y proposiciones generales y, más tarde, mantenerlas, ajustarlas o descartarlas. La reticencia de los miembros de la escuela histórica a llevar a cabo este proceso lógico implicaba que a veces se dedicaran a llevar a cabo tareas poco menos que banales.[10]

No obstante, sus esfuerzos no acabaron de ningún modo en agua de borrajas. Una de las figuras más importantes de las ciencias sociales, Max Weber, autor de muchas obras fundamentales y entre ellas principalmente *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905), surgió en parte de la escuela histórica alemana. Weber *deseaba* teorizar. Era un académico prodigioso que expuso numerosas y amplias proposiciones que apoyó con datos empíricos. Schumpeter admiraba a Weber, que era diecinueve años mayor, y en cierta ocasión llegó a trabajar directamente con él. Sin embargo,

Weber era sociólogo, no era un economista, y no se involucró personalmente en la enconada lucha sobre la metodología que entablaron la escuela histórica alemana y la escuela austríaca de economía, liderada por los profesores que Schumpeter tenía en Viena.[11]

Este tercer grupo destacado de economistas fue el que ejerció mayor influencia en el pensamiento de Schumpeter durante sus años universitarios. Entre otras cosas, le enseñaron la nueva y revolucionaria doctrina del marginalismo, que se ocupaba del conjunto de elecciones que tomaban los consumidores y los productores en la vida económica diaria. Más que centrarse en las políticas públicas, el marginalismo mostraba el modo en que los individuos optimizan su propia combinación particular de bienes de consumo y de métodos de producción. Durante las tres últimas décadas del siglo XIX esta nueva doctrina empezó a agitar los mismísimos pilares de la economía, dando paso a una etapa temprana de la llamada revolución neoclásica.[12]

Los padres del nuevo pensamiento eran tres economistas de países distintos: el franco-suizo Léon Walras, el inglés W. Stanley Jevons y el austríaco Carl Menger. De los tres pioneros, Menger fue el más influyente durante su propia vida aunque Walras fuera mucho más influyente en el largo plazo. Las ideas de Menger y las de sus discípulos dominaron la nueva rama de la economía en la época en que Schumpeter estudiaba en Viena, aunque Menger se jubiló en 1903 y no fue profesor directo de Schumpeter.[13]

Schumpeter consideraba que Léon Walras era un economista más importante que Menger debido a su innovador trabajo sobre la teoría del equilibrio. Uno de los principios determinantes del razonamiento económico es que todo está conectado a todo lo demás, y si los precios suben, por ejemplo, entonces menos consumidores comprarán (es decir, la demanda caerá) y aparecerá más adelante un nuevo equilibrio. Walras amplió enormemente esta idea y la trabajó matemáticamente. Más tarde Schumpeter escribiría que “por primera vez en la historia de nuestra ciencia” Walras dio al mundo un patrón coherente que abarcaba “la lógica pura de la interdependencia de las cantidades económicas”. Su sistema de ecuaciones sobre el equilibrio “constituye la carta magna de la teoría económica”. Pues bien, sin el marginalismo, el pleno desarrollo de la teoría del equilibrio hubiera sido extremadamente difícil, por no decir imposible.[14]

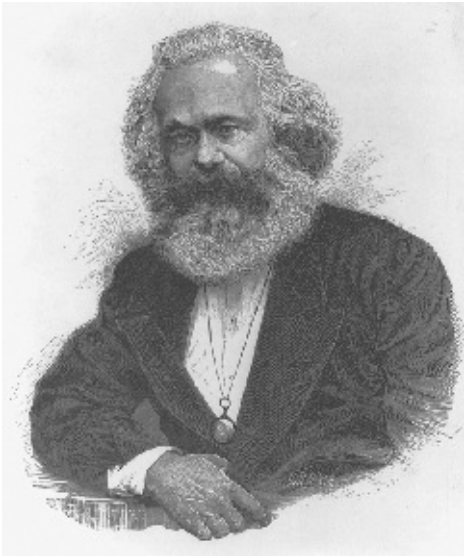
En general, el marginalismo se convirtió en una forma completamente diferente de analizar asuntos económicos: teorías sobre el valor, los precios, costes de producción y relaciones entre productores y consumidores. Menger se mostró particularmente sagaz en este último tema y llevó los conocimientos profundos de la psicología a su análisis de las preferencias de

los consumidores (mediante el concepto de “utilidades”). Menger era un teórico sobresaliente y, gracias a su altura y a su barba negra teatral, también era un profesor inolvidable. Y fue Menger el propulsor de la lucha austríaca en un enconado enfrentamiento contra la escuela histórica alemana que duró décadas.[15]

El pensamiento de Menger perfiló la obra de Schumpeter puesto que había sido una fuente de inspiración de los propios profesores de Schumpeter en la universidad. Uno de los profesores favoritos de Schumpeter fue un sucesor de Menger, Friedrich von Wieser, del que diría en una ocasión que su percepción de la economía era la más parecida a la suya. Wieser utilizó un término muy similar al moderno de “utilidad marginal” para expresar la esencia de las ideas de Menger. Wieser también fue uno de los pioneros de la teoría del coste de oportunidad, un principio fundamental de la economía (esto es, que si emplea un dólar o una hora de tiempo en algún fin entonces se pierde la oportunidad de emplearlos en otro fin alternativo).[16]

El profesor de Schumpeter más importante fue otro antiguo estudiante de Menger: Eugen von Böhm-Bawerk, que había ejercido de Ministro de Hacienda de Austria en tres ocasiones antes de incorporarse a la facultad de Viena. Böhm-Bawerk tenía una presencia imponente en cualquier polémica y sabía blandir lo que Schumpeter llamaba un “bisturí afilado”. Schumpeter había recibido incisiones de Böhm-Bawerk y aún así encomiaba su figura: “Era un oponente temible en un debate y muchos adversarios le concedían el mayor cumplido que un hombre puede hacer: rehuir enfrentarse a él.”[17]

Durante la década de 1880, Böhm-Bawerk publicó dos libros en los que criticaba a Karl Marx que le hicieron famoso en toda Europa. La experiencia más crucial en la maduración de la propia visión del capitalismo de Schumpeter tendría lugar en 1905 cuando se inscribió en un seminario sobre Marx que impartía Böhm-Bawerk. Participó en una clase extraordinaria en la que estaban presentes otros cuatro estudiantes que también desarrollarían carreras verdaderamente distinguidas: Otto Bauer, Rudolf Hilferding, Emil Lederer y Ludwig von Mises. Todos ellos judíos. Bauer, Hilferding y Lederer eran marxistas. Por el contrario, Mises se convertiría en el fundamentalista del libre mercado más influyente del siglo XX, tanto a través de sus prolíficos escritos como de los de su pupilo más destacado: Friedrich von Hayek. La propia postura de Schumpeter era supuestamente conservadora, con una visión muy clara de lo que significaba el conservadurismo. Como resaltaría él mismo unos años después, se trataba de “provocar la transición de nuestra estructura social a otras estructuras sociales con una pérdida mínima de valores humanos”.[18]



3.3

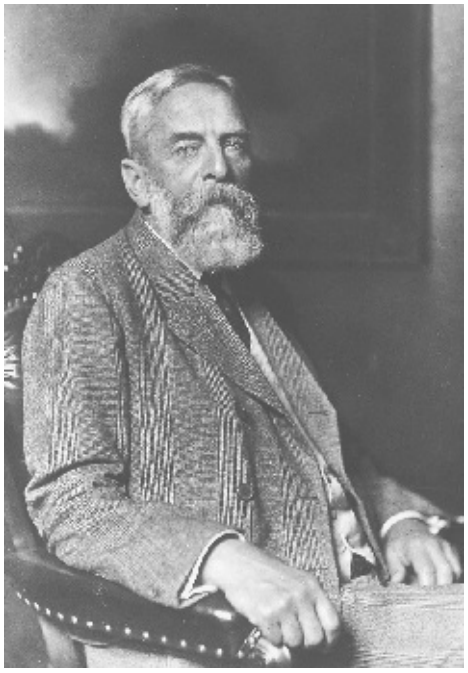
Karl Marx (1818-1883), una fuente de inspiración fundamental en la obra de Schumpeter y un eterno antagonista para su pensamiento sobre el capitalismo y las clases sociales. (Créditos imágenes 3.3)

3.4

Carl Menger (1840-1921) fue fundador de la escuela austríaca de economía, uno de los principales actores de la revolución marginalista y tuvo, como sugiere la fotografía, una personalidad muy poderosa. (Créditos imágenes 3.4)

Las discusiones de un punto a otro que estos cinco portentosos estudiantes mantuvieron en el seminario de Bawerk, dirigidas por un profesor que era a su vez una de las máximas autoridades a escala mundial en el estudio de Marx, constituyeron una experiencia transformadora para Schumpeter. En los años siguientes llevó a cabo un diálogo interno continuo con la obra de Marx y escribió algunas de las críticas a Marx más reflexivas que se hayan vertido nunca en ningún otro artículo. Más tarde, Paul Samuelson diría que el elogio

que Schumpeter dedicó sin complejos a Marx, de “ser instruido, audaz en la especulación y tener una visión dinámica y amplia” describía realmente al propio Schumpeter. A pesar de todo, Samuelson comprendió perfectamente que en el campo político Schumpeter no era de izquierdas y que “de todos mis profesores era el único cuya *economía* era fundamentalmente la más alejada de Marx”.[19]



3.5

Friedrich von Wieser (1851-1926), sucesor de Menger en la cátedra de la Universidad de Viena, uno de los profesores de Schumpeter más importantes y el economista cuyo pensamiento era más próximo al suyo propio. (Créditos imágenes 3.5)

3.6

Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914), mentor, patrocinador y un modelo de conducta para Schumpeter. También era cuñado de Wieser. Fue Ministro de Hacienda del Imperio en tres ocasiones. En esta foto aparece con el uniforme típico de la administración pública. (Créditos imágenes 3.6)

La escuela austríaca en su conjunto sería conocida posteriormente por su oposición ardiente al socialismo y a otras formas de injerencia gubernamental en los asuntos económicos. Schumpeter siempre se consideró a sí mismo un conservador pero nunca se opuso a las intervenciones públicas en la forma extrema en que lo hicieron Mises, Hayek y otros miembros de la escuela austríaca sino que procuró empaparse de los conocimientos especializados que le ofrecían las distintas orientaciones más destacadas: la escuela clásica, la escuela histórica alemana, la escuela austríaca y el análisis del capitalismo de Marx. Al final no fueron los economistas clásicos los que desarrollaron el análisis del capitalismo más riguroso y preciso. Tampoco fue Karl Marx, ni los miembros de la escuela histórica alemana, ni Carl Menger, ni los neoclásicos británicos. La figura clave de este desarrollo analítico fue el propio Schumpeter[20], que apoyaba sus propias teorías en el hecho primordial de que el capitalismo es más que un simple sistema económico. Según escribió en 1914: “La realidad en la que pensamos cuando utilizamos este término [capitalismo] ha sido objeto evidentemente de interpretaciones muy diferentes: no solo científicas, políticas y éticas sino que también ha habido interpretaciones dentro del mundo de las ciencias, que han discurrido por los derroteros de la sociología, la psicología social, el análisis cultural y la historia”. Schumpeter se las arregló para sintetizar las amplias enseñanzas que ofrecían todas estas disciplinas en una teoría del capitalismo coherente y completa. Sin embargo, la ejecución de esta tarea le llevó muchos años y

mientras tanto continuó con su lucha ambiciosa, y al mismo tiempo imposible, por lograr obtener unas “ciencias económicas exactas” fundamentalmente a través del uso de las matemáticas.[21]

Los compañeros de clase de Schumpeter en el seminario sobre Marx de Böhm-Bawerk

3.7

Ludwig von Mises (1881-1973) fue el economista más destacado del “libre mercado” del siglo xx, según sus propias palabras y las de su pupilo Friedrich von Hayek (Créditos imágenes 3.7)

3.8

Otto Bauer (1881-1938) fue un teórico socialista, escritor y el primer Ministro de Asuntos Exteriores de la República de Austria (Créditos imágenes 3.8)

3.9

Rudolf Hilferding (1877-1941) fue un economista, un erudito del socialismo y Ministro de Hacienda de Alemania en 1923 y 1928-1929. (Créditos imágenes 3.9)

3.10

Emil Lederer (1882-1939) fue economista, socialista e ilustre profesor de universidades de Japón, Alemania y Estados Unidos. (Créditos imágenes 3.10)

Schumpeter tuvo la suerte de conocer la nueva doctrina del marginalismo en sus inicios puesto que su enfoque novedoso (y en parte matemático) llegó en un momento crucial del ascenso del capitalismo industrial. Menger, por ejemplo, había estudiado minuciosamente los nuevos y profundos cambios en el comercio internacional de las materias primas y las rápidas variaciones de los precios de las acciones en las Bolsas. Menger llegó a escribir en el prefacio de su obra fundamental de 1871: “Nunca ha habido una era que situara los intereses económicos en un lugar más elevado que la que vivimos.

Nunca se ha sentido de forma más generalizada o acusada la necesidad de una base científica para los asuntos económicos. Y nunca ha existido una capacidad mayor de disponer de hombres pragmáticos que utilicen los logros de la ciencia en todos los campos de la actividad humana como la que conocemos en nuestros días."[22]

Menger, Jevons y Walras (los pioneros del marginalismo) eran prácticamente coetáneos de los titanes empresariales que estaban en pleno ascenso en Europa y, sobre todo, en los Estados Unidos: empresarios como Andrew Carnegie, John D. Rockefeller, Marshall Field, J. P. Morgan, Jay Gould, James J. Hill o Gustavus Swift. En una notoria confluencia de genios paralelos, la totalidad de estos diez grandes hombres (tres economistas y siete empresarios) nacieron entre los años 1834 y 1840. Existen escasas pruebas que demuestren una influencia recíproca entre los teóricos y los titanes empresariales pero, según escribió Schumpeter más tarde, "la teoría surge de la observación de la práctica empresarial".[23]

Uno de los mejores ejemplos del modo en que tanto los economistas como los empresarios utilizaron los principios del marginalismo está relacionado con la teoría del valor, uno de los puntos más importantes de toda la ciencia económica. Por supuesto, también se trata de una cuestión fundamental de la operativa empresarial diaria. ¿Cuál es, exactamente, la *importancia* de un bien o servicio concreto? ¿Qué valor tiene? ¿A qué precio debería venderse?[24]

¿Debería existir un "precio justo" para todo que no solo fuera determinado por las fuerzas del mercado sino que también pudieran establecerlo los líderes comunitarios, el clero o los gremios? Por extraño que parezca hoy en día, este tipo de solución (que en cierta manera Tomás de Aquino y otros grandes pensadores de la Edad Media definieron vagamente así) tuvo una influencia considerable durante siglos, sobre todo en los países cristianos, ya fueran católicos o protestantes. Las autoridades civiles realmente fijaban los precios de algunos artículos y las oscilaciones excesivas de precios justos menos formalizados a veces traían consigo la ira de las autoridades eclesiásticas y la marginación de los comerciantes que cobraban demasiado o demasiado poco.[25]

Sin embargo, en los siglos XVII y XVIII la noción de precio justo comenzó a ceder el paso a la realidad comercial, sobre todo en lo que se refería a bienes que se comercializaban en mercados muy competitivos. Consecuentemente, empezaron a progresar formas de pensamiento más prácticas en cuanto al precio y al valor. Un enfoque aparentemente fructífero terminó siendo el de sumar el coste de la mano de obra y de todos los materiales que se empleaban para producir un determinado artículo y añadirle un porcentaje apropiado que correspondiera al beneficio: el resultado sería el precio adecuado.

Esta teoría laboral del valor, como se la llamaría, se convertiría en la doctrina de muchos miembros de la escuela clásica. Más tarde ligaría aspectos de su teoría económica con los de Karl Marx, que estaba prácticamente obsesionado con la teoría laboral. Marx, con una elocuencia que procedía de la indignación, denunció los beneficios fastuosos que obtenían los productores que fijaban unos precios para los bienes que producían que estaban muy por encima de su valor al calcularlos mediante la teoría laboral. Este era el estado de las cosas cuando Walras, Jevons y Menger se incorporaron al escenario intelectual. Cada uno de los tres, trabajando de forma individual, descubrió una definición mucho mejor de valor y lo hizo dando el simple paso de desplazar el foco de atención de los productores a los consumidores. El valor de algo era "subjetivo" (es la palabra que utilizó Menger) porque dependía de circunstancias concretas. El precio adecuado de cualquier producto era cualquiera que un consumidor particular pagara por él en un momento determinado: ni superior, ni inferior.[26]

Esta comprensión proporcionaría a la larga una forma de dar un sentido a la razón de por qué un consumidor puede pagar el mismo precio por bienes y servicios muy diferentes: una entrada de teatro, una habitación de un hotel, un frasco de perfume, un viaje en un coche de caballos o una caja de clavos. Estos artículos no tienen "un precio justo". Tampoco pueden tener de ninguna manera el mismo valor que establece la teoría laboral. Sin embargo, sí que pueden tener el mismo grado de atracción para un consumidor concreto en un momento determinado.

Menger demostró que los consumidores alterarían el valor que asignaban a cada artículo según cambiaban sus propias posesiones. Aunque las matemáticas no le interesaban, ideó un cuadro numérico simple aunque ingenioso que mostraba que una vez que un consumidor disponía de suficiente comida para su sustento diario, el valor que atribuía a una cantidad mayor de comida disminuía gradualmente. Al mismo tiempo, el mismo consumidor podría también querer comprar tabaco. El tabaco tendría menor valor en relación con la comida al principio, pero tendría más valor una vez hubiera logrado tener la cantidad suficiente de comida. "Por consiguiente, el individuo se esforzaría a partir de ese momento en equilibrar la satisfacción de su necesidad de tabaco con la satisfacción de su necesidad de comida."[27]

Menger continuó en esta línea para mostrar como se comportaba su principio cuando una multiplicidad de consumidores se confrontaba a una multiplicidad de productos. Las décimas camisas o los décimos vestidos de los consumidores eran obviamente menos útiles que los primeros y por consiguiente tendrían menos valor para ellos. Así que en vez de adquirir una décima camisa o vestido gastarían el dinero que disponían en otra cosa. Las

elecciones de los consumidores sobre qué bienes y servicios compraban dependía de sus deseos y sus necesidades relativas en el momento y lugar de la compra, es decir, de la utilidad marginal de los bienes y servicios en cuestión.[28]

Como el propio Schumpeter expresó en 1909: “Las utilidades marginales no dependen de lo que la sociedad como tal posee sino de lo que los individuos que la componen tengan ya. Nadie valora el pan en función de la cantidad que se puede encontrar en su país o en el mundo, sino que todo el mundo evalúa su utilidad en función de la cantidad que posea cada uno”. Si tuvieran libertad de elección, todos los consumidores tomarían sus decisiones de forma que obtuvieran la combinación pretendida de las cosas que desean comprar. Los precios seguirían sus preferencias y estarían determinados por lo que los consumidores, en su conjunto, estuvieran dispuestos a pagar.[29]

Los regímenes socialistas y comunistas rechazaron totalmente esta idea. En su lugar, optaron por la vía de que los organismos centrales establecieran los precios. Sin embargo, las economías capitalistas se enamoraron de este nuevo pensamiento. Millones de consumidores individuales, libres del constreñimiento de los precios justos y las teorías laborales, pudieron entonces votar con sus billeteras. El valor de todas las cosas empezó a depender de su elección del modo en que gastaban su dinero. Schumpeter acuñó el término “individualismo metodológico” para expresar esta forma de observar las cosas y este término todavía se utiliza hoy en día.[30]

Se podía aplicar el mismo tipo de análisis con la misma intensidad a los productores y a los consumidores. La teoría de la productividad marginal ofrecía a los economistas un nuevo modo de pensar en la cantidad de productos que los fabricantes debían producir y el modo más beneficioso en que debían utilizar las diferentes combinaciones de capital, materias primas y fuerza laboral. La nueva técnica demostró ser especialmente útil en el análisis de industrias que requerían ingentes cantidades de capital.[31]

Por ejemplo, imaginemos la diferencia existente entre una pequeña lavandería a mano y una enorme acerería. La mayoría de los costes de la lavandería corresponderían a los salarios de los trabajadores puesto que el jabón, el agua, las pilonas y las tablas de lavar son baratos. Cuando la demanda de servicios de lavandería afloja (como en invierno, cuando las personas transpiran menos) entonces a los dueños les basta con despedir trabajadores para poder recortar los gastos. Por el contrario, en el caso de la acerería los costes enormes de la construcción de la fábrica y de la adquisición de materias primas no pueden reducirse tan fácilmente cuando los negocios van mal. La mayor parte del capital necesario para la construcción de la acerería probablemente proceda de un préstamo y los dueños de la

acerería no pueden prescindir de sus prestamistas del modo en que los dueños de la lavandería pueden prescindir de los empleados.

El resultado es que para los dueños de la lavandería el coste total de hacer negocios está estrechamente vinculado a sus costes laborales. El coste de una camisa lavada a mano es prácticamente el mismo con independencia del número de camisas que se laven. Sin embargo en el caso del acero cuanta más cantidad se produzca menor coste tendrá para el operador la fabricación de una cada cantidad adicional (marginal). Así que la lógica de la industria acerera es construir fábricas enormes que operen con un mínimo de interrupciones. Este principio está relacionado con la idea más familiar de las economías de escala: cuanto más grande sea el horno de acero (dentro de lo razonable) más cantidad de acero podrá producir y más baratas serán las últimas unidades que produzca. Y cuanto más bajos sean los costes para los productores, más bajos podrán ser los precios que cobren a sus consumidores por un kilo de acero. [32]

En 1890 el gran economista británico Alfred Marshall de la Universidad de Cambridge sintetizó las doctrinas de la escuela clásica con la nueva idea del marginalismo. En su metáfora de las “tijeras”, que se convirtió en un elemento básico y famoso de la educación económica durante las siguientes dos generaciones, Marshall mostró cómo los precios estaban fijados tanto por las utilidades de los consumidores (la cuchilla de la demanda en las tijeras) como por el coste de producción de esos bienes concretos (la cuchilla de la oferta).

A pesar de la potente lógica que tenía para los consumidores y los productores, la idea del marginalismo, tan intuitiva para Schumpeter, demostró ser una venta intelectual difícil. En primer lugar, carecía del atractivo moral del precio justo y de la teoría laboral. Además, en la práctica empresarial desafiaba directamente al método consagrado de la simple contabilidad de los costes de producción. Antes de que la revolución industrial alcanzara su máximo desarrollo la mayoría de los empresarios solo tenían una noción vaga de la diferencia entre los costes “fijos” (la construcción de un horno de acero) y los “variables” (los salarios de las lavanderas que lavaban a mano), confiando en el sentido común y en los pocos factores para hacer negocios que *podían* calcular. Y uno de ellos eran los costes promedio.

Supongamos que un horno de acero produce diez kilos al día. Como el horno debe utilizar una gran cantidad de combustible para generar el calor necesario para producir cualquier cantidad de acero, el coste de producir el primer kilo sería, digamos, 10 dólares. Pero una vez que el horno tiene el calor suficiente, el operador puede producir más acero utilizando un poco

menos de combustible. Así que el coste medio de producir el segundo kilo podría caer hasta los 9 dólares, el tercero hasta los 8 dólares y así sucesivamente, hasta que el coste del décimo kilo sería de 1 dólar únicamente. El coste promedio de todos los diez kilos sería entonces la suma de 10 + 9 + 8 + 7 + 6 + 5 + 4 + 3 + 2 + 1 (un total de 55 dólares), dividido por 10, es decir, 5,5 dólares. Así que el productor cobraría como mínimo 5,5 dólares por cada kilo de acero. La mayoría de los fabricantes de todo tipo de artículos han seguido este tipo de lógica de establecimiento de precios según el coste medio durante cientos de años.[33]

No obstante, después de la revolución industrial la fijación de precios por los costes medios tenía menos sentido tanto para los fabricantes como para los consumidores de bienes producidos en masa. Al utilizar el método de los costes medios los fabricantes harían menos productos de los que los consumidores desearían adquirir y establecerían precios demasiado elevados. Los consumidores solo podrían permitirse una fracción de los productos que podrían comprar con un sistema de fijación de precios mejor. Con ese nuevo sistema, basado en los costes marginales, el precio adecuado para el acero debería estar más cerca del dólar, el coste de producción de la unidad final, que del coste medio de 5,5 dólares de todo el lote. Por supuesto, si el productor realmente estableciera un precio de 1 dólar por kilo para todo el lote de diez kilos de acero la empresa perdería una media de 4,5 dólares por cada kilo que vendiera. Por consiguiente la idea en su conjunto parecería una locura: una fórmula para ir rápidamente a la bancarrota.

Sin embargo, esta perspectiva se olvidaba de un hecho vital: en una economía dinámica y cambiante que comprende un vasto número de consumidores, la demanda crecería enormemente si se recortaran los precios. Un fabricante de acero produciría mucho, mucho más que diez kilos, para satisfacer esta demanda sin precedentes y el coste marginal de cada kilo adicional continuaría cayendo. El fabricante de acero tendría entonces mayores beneficios si estableciera precios *por debajo* de los costes medios antiguos. Está claro que el fabricante debería apostar por el aumento exacto que tendría la demanda de los consumidores en respuesta a unos precios inferiores. No obstante, pronto quedó patente que los consumidores comprarían mucho más acero a unos precios que tendieran a 1 dólar por kilo que al antiguo precio de 5,5 dólares. (En contraposición a esto, los consumidores seguirían comprando artículos a los que estuvieran habituados como el licor y el tabaco incluso a precios extremadamente altos. Hace mucho tiempo que los gobiernos entendieron las nociones elementales de este principio y gravaron fuertemente el licor y los cigarrillos del mismo modo que siguen haciéndolo hoy en día.)[34]

El acero es un indicador fundamental para industrias importantes como las del ferrocarril, la automoción o la construcción. Así que la disponibilidad de enormes cantidades de acero a precios más bajos beneficia a la economía de cualquier país. Precisamente el año en que Schumpeter entró en la Universidad de Viena, la gigantesca empresa de Andrew Carnegie en los Estados Unidos producía unas cantidades de acero tan inmensas que recortó sus propios costes hasta cerca de un céntimo por kilo. Esto significaba que el acero pasaba a ser entonces lo suficientemente barato como para ser utilizado de todo tipo de formas que nunca antes se habían imaginado.[35]

En el siglo XXI las mayores reducciones de costes de la historia empresarial se dieron en las industrias basadas en las tecnologías de la información. El coste extremadamente alto de producir los primeros semiconductores, unidades de disco, cables de transmisión de datos y ordenadores cayó en proporciones increíbles al tiempo que la ciencia y la ingeniería subyacentes progresaban y los volúmenes de producción se disparaban. Gracias a la caída de precios, el uso de chips, microprocesadores y software se extendió rápidamente a una legión de productos cuyo bajo coste damos ahora por seguro: termostatos, reguladores de motores o productos de la electrónica de consumo (casi cualquier artículo que contenga semiconductores).[36]

Estas ilustraciones del declive diario de los precios ponen de manifiesto no solo el poder del marginalismo como forma de pensamiento sino que también revelan la naturaleza del capitalismo como sistema económico y social. Hay un ingrediente fundamental en ese sistema que anima a los empresarios que fabrican muchos tipos de productos a buscar beneficios basándose en una expectativa *futura* de altos volúmenes. Por consiguiente, este sistema promueve el consumo masivo y depende de él. A su vez, esto significa que los consumidores tienen que estar convencidos con frecuencia de la necesidad de nuevos productos, teniendo en cuenta que esta necesidad puede ser cierta únicamente en un sentido psicológico.[37]

El establecimiento de precios al consumidor y los programas de producción industrial que se situaron al amparo de la influencia de los costes marginales constituyeron una auténtica revolución intelectual. Esta situación abordaba directamente el cambio económico y Schumpeter siempre insistió en que esta era la esencia del capitalismo. Redirigió el pensamiento empresarial alejándolo del pasado y lo situó en la senda del futuro. El resultado fue una producción de acero, de coches y de otra larga lista de productos que aumentó colosalmente. Como había masas de consumidores que podían comprar en ese momento productos a un precio muy inferior, su calidad de vida pudo mejorar de forma acusada, incluso de forma desproporcionada en relación con el incremento de sus ingresos o de su riqueza acumulada. Y eso fue exactamente

lo que pasó en las economías capitalistas avanzadas durante la época en que vivió Schumpeter.

Cuando finalizó su carrera en la Universidad de Viena en 1906, Joseph Schumpeter se encontraba en un estado de entusiasmo intelectual elevado y le invadía una gran ambición. Este recién licenciado se vestía como un dandi, gastaba su dinero con total liberalidad y mantenía relaciones habituales con mujeres dispuestas a ello. Llevaba la cabeza bien alta e inclinada ligeramente hacia atrás, lo que acentuaba su barbilla prominente y, pese a solo medir 1,75 metros y pesar 66 kg, hacía que pareciese un poco más voluminoso de lo que era. Además de seguir siendo optimista y píca-ro, se había hecho un poco arrogante y rígido. A menudo se comportaba como si fuera un miembro de la nobleza, aunque sus orígenes burgueses en Triesch fueran un secreto de dominio público y que tuviese una piel demasiado morena para parecer un aristócrata austríaco.

La administración imperial se mostraba receptiva con los nuevos talentos y sus Ministerios albergaban un grupo de personas cuya principal cualificación era la pura pericia; de otro modo el Imperio no hubiera podido prosperar durante tanto tiempo. Sin embargo, Schumpeter era demasiado inconformista para la rutina burocrática y demasiado impaciente para pasar décadas a la espera de ascender en el escalafón. Con su título de Derecho podía llegar a ser miembro de la abogacía austríaca pero su admisión en este cuerpo requería una pasantía de siete años. ¿Sería esa la mejor forma de utilizar su tiempo?

Después de cinco años en la Universidad de Viena, Schumpeter había disfrutado de una de las mejores educaciones en economía que había en todo el planeta. En aquel momento, con veintitrés años de edad, se había forjado una visión del modo en que funcionaba el mundo. Comprendía cómo el análisis económico podía aclarar muchos aspectos de esta perspectiva, pero no todos ellos. Aunque la economía se mantuviera en primer lugar, no podía permanecer sola. Schumpeter sabía que el derecho, las matemáticas y la historia tenían una importancia tan poderosa como los nuevos campos de la sociología, la psicología y las ciencias políticas.

Schumpeter ya había publicado tres artículos cuando todavía era estudiante, cada uno de ellos con naturaleza estadística. Aparecieron en 1905 cuando tenía veintidós años pero dos de ellos los había escrito con veinte años. También publicó un texto sobre la importancia de las matemáticas en la economía, a pesar de que no tuviera un talento especial para ellas, ya que podía llevar a cabo los cálculos necesarios pero siempre tenía que esforzarse para conseguirlo. Aun así, a partir de ese momento emprendió una cruzada en pos de un mayor uso del cálculo y del álgebra avanzada. Y así empezó, en esta temprana fecha, la lucha personal del propio Schumpeter consigo mismo

en la búsqueda de una “economía exacta”. Fue una de las eternas paradojas de su vida y de su trabajo: que alguien con una mentalidad tan abierta como para apreciar por delante de su época todo lo que hay de incierto y de psicológico en la conducta económica llegara a estar también interesado en lograr unos niveles matemáticos de determinación y de precisión cada vez mayores.[38]

Con sus artículos sobre estadística, su texto sobre las matemáticas y un pequeño artículo de investigación en torno al gran economista estadounidense John Bates Clark (pionero de la teoría de la productividad marginal), Schumpeter había metido la yema de sus dedos en las aguas de la publicación académica. La respuesta positiva de los lectores sugería que podría irle bien como economista y la oportunidad de combinar una carrera de profesor universitario de economía con un puesto de alto nivel en la administración pública parecía ajustarse bien a su talento. Su tutor Eugen von Böhm-Bawerk había seguido antes que él este camino precisamente. En tanto que profesor y Ministro de Hacienda se había convertido en el tipo de intelectual públicamente conocido y en el personaje célebre que Schumpeter quería ser.

Sin embargo, un plan de estas características entrañaba una serie de graves problemas. En el Imperio de los Habsburgo había solo un puñado de universidades y los puestos de profesor, en cualquier campo, eran difíciles de conseguir. Por otro lado, Schumpeter tampoco deseaba empezar inmediatamente con una larga “habilitación” que pudiera cualificarle para un puesto como profesor. La habilitación era un rudo camino acreditativo equivalente al doctorado moderno que requería la redacción de un tratado de importancia, un examen llevado a cabo por profesores consolidados y haber ofrecido varias conferencias públicas. Además, estaba también el problema del dinero. Durante los trece años que llevaba en Viena había adquirido unos gustos caros y, como más tarde diría un amigo suyo, “quería un puesto académico pero no deseaba tener un salario académico.”[39]

El dilema de su propia identidad no había desaparecido y a pesar de su talento no estaba preparado para decidirse por una carrera profesional. La clase social y la herencia todavía eran tremendamente importantes en Viena. Böhm-Bawerk tenía mayor alcurnia y Schumpeter sabía que ser un prodigio intelectual no bastaba por sí solo para llevar el tipo de vida próspera y excitante que deseaba.

Así que, ¿qué debía hacer?

Capítulo 4
Los traslados

La fama es la sed de juventud.

Byron: ***El peregrinaje de Childe Harold***, **1816**.

Con su futuro en el aire, Schumpeter decidió hacer lo que a menudo hacían los jóvenes con pretensiones aristocráticas: un gran viaje. Además de visitar otras partes del mundo, también quería conocer a los economistas europeos a los que había estado leyendo. Los siguientes tres años resultaron ser todo un torbellino de actividad. Viajó por Alemania, Francia, Inglaterra y Egipto, mientras probaba diferentes identidades y decidía su vocación.[1]

Schumpeter fue a Alemania poco tiempo después de graduarse en la Universidad de Viena. Durante unos meses estudió en la Universidad de Berlín y participó en el seminario de política económica. Allí, en el centro de la escuela histórica alemana trabó conocimiento con Gustav von Schmoller, Werner Sombart y otras figuras importantes de la economía. Asimismo, empezó a pensar en escribir un libro que pudiera reconciliar en cierta forma la escuela histórica con la escuela austríaca, más teórica y que él mismo prefería. Habida cuenta de la enconada historia de luchas entre estas dos ramas de la disciplina, este propósito era prácticamente una misión imposible. Sin embargo, el joven Schumpeter parecía creer que podía contribuir a ello de algún modo.

Después de impregnarse de todo lo que creía que Berlín podía ofrecerle, se fue a Francia donde pasó algunas semanas inmerso en la cultura de París y de la Sorbona. A continuación viajó hasta Inglaterra donde permaneció durante más de un año. A los ingleses que conoció, en el mundo académico y en la vida social, les parecía que hablaba con el acento de la clase alta de Viena y que actuaba como un aristócrata austríaco. Se procuró un apartamento en el centro de Londres y compró un caballo con el que paseaba con frecuencia por Hyde Park. Utilizaba las habilidades para ascender socialmente que le había enseñado su madre, conversaba con facilidad e ingenio y se las arregló para acceder a círculos todavía más altos. Cuanto más tiempo permanecía en Londres, más ardientemente anglófilo se volvía. Se deleitaba con la cultura inglesa de la embriagadora década que precedió a la Gran Guerra y encontraba en ella pocas cosas que le disgustaran.

John Maynard Keynes, coetáneo suyo, dejó escrita una descripción memorable de este entorno social y de las liberalidades que otorgaba “a cualquier hombre con capacidad o carácter que excediera la media”. Una vez que una persona escapaba de la rutina del necio trabajo y entraba en una clase social superior, la vida en Londres

> Ofrecía, a un coste bajo y con el mínimo esfuerzo, una serie de complacencias, comodidades y servicios que iban más allá del límite de lo que habían gozado personas más acaudaladas y monarcas más poderosos de otras épocas. Un habitante de Londres podía pedir por teléfono, mientras sorbía su té de la mañana en la cama, una amplia gama de productos de todo el mundo, en la cantidad que deseara, y podía esperar casi con seguridad que se los servirían con prontitud y en su propia puerta … Podía disponer inmediatamente, si así lo deseaba, de medios de transporte baratos y confortables a cualquier país o clima sin pasaporte u otro tipo de formalidad, podía enviar a un sirviente a la oficina de un banco de los alrededores para procurarse los metales preciosos que le pudieran parecer convenientes y podía entonces irse fuera, a pueblos extranjeros, sin conocer su religión, lengua o costumbres, llevando dinero de cuño encima. Por otra parte, se consideraría tremendamente afligido y muy sorprendido por cualquier interferencia que impidiera el curso de estas acciones. No obstante, lo más importante de todo, consideraría esta situación como algo normal, seguro y permanente, a no ser que fuera para mejorar aún más sus condiciones y cualquier alteración le parecería aberrante, escandalosa y eludible.

Como escribió un amigo de Schumpeter más tarde: “La Inglaterra de la preguerra suponía para Schumpeter la apoteosis de la civilización del capitalismo”. Dio por sentado que los criados y las demás personas se ocuparían de sus necesidades y siguió este modelo toda su vida. Ni entonces ni después vivió de acuerdo con sus posibilidades. Nunca aprendió a cocinar, a lavar su ropa, a arreglar un grifo, a conducir un coche o a escribir a máquina sus propios manuscritos.[2]

Aun así, rara vez estuvo desocupado. Mantenía la rutina diaria de un académico obsesivo y absorbía conocimientos a una velocidad extraordinaria. Se forjó una sólida base académica en tanto que estudiante especial de la nueva London School of Economics, fundada en 1895, y también paso cierto tiempo en las asociaciones profesionales de abogados (Inns of Court), que eran el antiguo terreno de formación de los abogados ingleses. Por encima de todo, pasó muchísimas horas investigando en la biblioteca del British Museum, del mismo modo que Marx había hecho medio siglo antes. Tomo notas pormenorizadas de lo que leía y estas notas, junto con su extraordinaria memoria, le permitieron retener durante muchos años la mayor parte de lo que había aprendido. En concreto, estudió artículos publicados en Gran Bretaña y en los Estados Unidos que todavía no estaban disponibles en la Europa continental. Al sumergirse en esta literatura escribió con cierta presciencia: “No puedo dejar de pensar que el futuro de nuestra ciencia está en los Estados Unidos.”[3]

Por la noche y durante las vacaciones, se despojaba de su piel de académico y se disfrazaba de persona de la alta sociedad con mucho mundo. Disfrutó de muchas estancias de fin de semana en casas de campo, asistió a numerosas fiestas y explotó su apariencia “del Este” y su travieso encanto al máximo. Actuaba como “un gran esnob” (según sus propias palabras) y no dejaba entrever de ninguna manera que pasaba sus días encerrado en la biblioteca. Modeló su persona para adecuarse al ideal inglés de amateur con talento y digería sin esfuerzo cantidades ingentes de información sobre todo

tipo de materias.[4]

Como había hecho en Berlín, se reunió con todos los economistas importantes que se encontraran a una distancia de viaje razonable. Después de absorber todo lo que los mejores cerebros de la London School of Economics podían ofrecerle, tomó el tren rumbo a Cambridge. Allí desayunó con Alfred Marshall, que era cuarenta años mayor que él y el economista más conocido del mundo, "un hombre autoritario", escribiría más tarde Schumpeter. "A algunos les parecía un pontífice". Debatió con Marshall sobre la idea de que la economía o bien debería estudiarse por sí misma (el punto de vista de Schumpeter) o bien los profesionales en esta materia deberían ayudar a orientar a los empresarios y a los funcionarios (la posición de Marshall, como Schumpeter bien sabía). También pasó una hora con Philip Wicksteed, un teólogo cuya contribución a la teoría económica aún tardaría muchos años en granjearse la consideración que merecía.

En Oxford, disfrutó sobremanera de sus encuentros con Francis Y. Edgeworth, el editor de sesenta y dos años del periódico más importante del sector, el *Economic Journal*. En opinión de Schumpeter, los avances de Edgeworth en materia de economía científica eran tan importantes como los de Marshall, pero el propio Edgeworth era "personalmente ineficaz, distraído hasta un grado patológico y el peor orador y conferenciante que uno pudiera imaginarse". Así y todo, Edgeworth adoraba la economía en sí misma y su enfoque teórico se aproximaba más al de Schumpeter que al de Marshall.[5]

Aunque la sociedad y el gobierno británicos le atrajeron casi de forma irresistible, Schumpeter reprochaba el trabajo de muchos economistas británicos por estar demasiado orientados al terreno político. Edgeworth y Marshall eran excepciones parciales. Edgeworth, porque se deleitaba con la economía como si fuera tanto un ejercicio intelectual lúdico como una herramienta política, y Marshall porque fusionaba el nuevo marginalismo con conocimientos teóricos anteriores y por su comprensión de la forma en que funcionaban las empresas.[6]

Mientras tanto, según era su costumbre, Schumpeter utilizó sus encantos para intimar con algunas jóvenes hasta llegar a ese momento improbable: terminó por casarse con una de ellas. En agosto de 1907 se comprometió con Gladys Ricarde Seaver, la hija de treinta y seis años de un prelado de la Iglesia anglicana. Un joyero de Londres le adjuntó una lista de precios en una misiva en la que le decía: "Nos permitimos informarle con todos nuestros respetos de que hoy le hemos enviado 8 anillos a la señorita Ricarde Seaver de acuerdo con las instrucciones que nos transmitió". El 5 de noviembre de 1907, dieciocho meses después de haberse ido de Viena y poco antes de cumplir veinticinco años, Schumpeter y Gladys contrajeron matrimonio.

Gladys era una mujer hermosa, bien relacionada y (como no tardaría en ponerse de manifiesto) aventurera. A Johanna von Kéler no le agradó el giro que tomaron las cosas y no asistió a la ceremonia. Después de haber monopolizado el afecto de su hijo durante mucho tiempo, no encajó bien la aparición de una rival seria y, sin lugar a dudas, aún menos al tratarse de una nuera inglesa.[7]

La razón por la que Schumpeter tomó una decisión tan importante en ese momento sigue siendo un misterio. No estaba locamente enamorado de Gladys, que era doce años mayor que él, ni tenía la posición económica necesaria para mantener una familia. Todavía tenía que encontrar su vocación, por no hablar de un trabajo. Quizá se tratara, una vez más, de una cuestión de identidad, de intentar reinventarse a sí mismo bajo la forma simultánea de un aristócrata continental y de un caballero inglés. Gladys, que formaba parte de la alta sociedad, podría ayudarle en este empeño. Con independencia del motivo que le hubiera impulsado a casarse, lo cierto es que Schumpeter necesitaba en aquel momento un empleo. Era licenciado en Derecho pero no tenía experiencia y su titulación no le cualificaba para ejercer la profesión ni en Viena, ni en Londres. No obstante, Schumpeter descubrió que sí podía ejercerla en El Cairo y se las arregló para encontrar un puesto en un despacho de abogados de esa ciudad. Así que Schumpeter y Gladys tomaron un barco con destino a Egipto (que en aquella época era un protectorado de hecho de Gran Bretaña aunque en teoría estuviera administrado por el Jedive, un funcionario egipcio del Imperio Otomano).[8]

Schumpeter en Inglaterra a la edad de veintiséis años, poco después de contraer matrimonio con Gladys Ricarde Seaver. (Créditos imágenes 4.1)

En El Cairo Schumpeter representó a sus clientes en casos ante el Tribunal Internacional Mixto, un tribunal que británicos y egipcios habían constituido. El ejercicio de la abogacía le reportó muy buenos ingresos, que complementó con otros procedentes de la gestión de una parte de las finanzas de la hija del Jedive, una princesa egipcia. Este papel le concedió más oportunidades de satisfacer sus predilecciones aristocráticas y, lo que es más importante, este trabajo para la princesa le proporcionó unas compensaciones adicionales cuando las inversiones que hizo en su nombre reportaron buenos rendimientos. Durante los diez meses que pasó en El Cairo amasó una

cantidad sustancial de dinero gracias a la cual Gladys y Schumpeter vivieron con holgura durante los siguientes seis años.[9]

Antes incluso de ir a El Cairo, Schumpeter había decidido vagamente ser economista. Durante su viaje por Europa y su año en Inglaterra había empezado a escribir un tratado sobre teoría y métodos económicos y su manuscrito continuaba alargándose. Su objetivo era replantearse este campo de la forma más amplia que pudiera y reconciliar la escuela histórica alemana con los marginalistas austríacos. Después de todo, Alfred Marshall había progresado de forma notable en la combinación del nuevo marginalismo con la vieja tradición clásica de Smith y Ricardo. ¿Por qué no podría hacer Schumpeter algo similar con la economía de la Europa continental y así poner fin a la *Methodenstreit* (la lucha de métodos)?

Cuando puso el punto final a su manuscrito, éste se había alargado prodigiosamente y el libro impreso alcanzó las 626 páginas. Lo publicó en 1908 bajo el título *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* (Naturaleza y esencia de la teoría económica) y se lo dedicó a Johanna. Había escrito la integridad del texto en tan solo dieciocho meses y lo había acabado con solo veinticinco años de edad. En aquel momento se sintió preparado para dejar El Cairo y volver a Viena.[10]

El primer libro de Schumpeter no tuvo éxito en la forma en que él esperara. El objetivo de su escritura no era tanto forjar un nuevo camino como reconciliar las escuelas existentes y con esta acción dar a conocer teorías avanzadas a los economistas de lengua alemana. Pensaba que podría transformar de este modo el estudio de la disciplina económica del centro de Europa y lograr una celebridad inmediata para sí mismo. La energía para escribir un libro tan extenso en tan poco tiempo provenía de esta doble motivación.

Sin embargo, como casi cualquier persona familiarizada con los entresijos de la vida académica hubiera predicho, ninguno de sus objetivos logró tener éxito rápidamente. Había estado viviendo engañado todo ese tiempo por lo que se sintió profundamente defraudado. Se vendieron menos de un millar de ejemplares de su libro y los académicos alemanes a los que buscaba impresionar le prestaron escasa atención. Ningún economista joven asociado a la escuela austríaca, por muy brillante que fuera, tenía posibilidades de reorientar la escuela histórica alemana hacia la teoría abstracta. Como Schumpeter recordaría más tarde, su propio profesor Eugen von Böhm-Bawerk “había dicho una vez a un joven incansable y recalcitrante” (el propio Schumpeter) que la ciencia no progresa necesariamente a través de nuevos conocimientos profundos y brillantes sino “porque los viejos profesores se van muriendo”.[11]

Y aun así, *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* era una obra impresionante por diferentes motivos y contenía algunos de los aspectos que se repetirían en las obras con más éxito de Schumpeter que llegarían después. Como escribió en su prefacio: "He guardado una cierta distancia con respecto a la práctica política y reconozco que no persigo ningún otro propósito que no sea el conocimiento", una descarga de responsabilidad que incluiría en numerosas ocasiones en el futuro. En el texto de su libro el estilo es sencillo y los términos que en él aparecen se definen con esmero. Schumpeter exploraba la producción y el consumo, la determinación del precio, la importancia de la utilidad marginal, la necesidad de las matemáticas (a pesar de que el libro contenga pocas menciones matemáticas) y la utilidad del equilibrio como forma de pensamiento.[12] La mayoría de lo que escribió se enmarcaba en el ámbito del equilibrio estático. Describió un cosmos puramente teórico y no el mundo en continuo cambio de la verdadera empresa. El libro no hacía ninguna recomendación de política pública, a diferencia de las obras de Mill, Marshall y otros economistas británicos, y tampoco se hacía eco de forma significativa del pensamiento psicológico de los austríacos Menger y Wieser.

La influencia más acusada de su perspectiva se la debía a Léon Walras, a la obra innovadora de Walras sobre el equilibrio general. Schumpeter envió una copia del libro al anciano Walras y después (una vez más continuó con su esmerado empeño de conocer a las grandes figuras de su disciplina personalmente) viajó a Suiza para reunirse con él. Walras, a quien sorprendió la juventud del visitante y que no tenía muy claro quien había escrito exactamente el libro, elogió a Schumpeter por la magnífica obra que había escrito su padre. Entonces Walras le dijo, según recordaba Schumpeter, "que, por supuesto, la vida económica es esencialmente pasiva", se reduce a la mera adaptación de sí misma a las influencias externas. Por consiguiente, "la teoría de un proceso estacionario constituye en realidad el conjunto de la teoría económica". A pesar de la admiración que sentía por Walras, Schumpeter estaba rotundamente en desacuerdo: "Creía firmemente que eso era incorrecto".[13]

Aun así, Schumpeter hizo escaso hincapié en su primer libro en los temas del cambio y de la innovación que dominaron su obra posterior. Los empresarios salen a escena de vez en cuando pero no tan a menudo como podría esperarse. En general, el libro hace gala de ser un ejercicio de aclaración, un análisis de lo que Schumpeter llama el "estado estacionario": el sistema económico sería un "flujo circular" en el que compradores y vendedores intercambian productos sin alterar nada esencial del sistema.[14]

Schumpeter tomaba efectivamente algunos apuntes de lo que se llegaría a

conocer como estadística comparativa, que ya habían anunciado Alfred Marshall y otros autores. Este método retrataba el antes y el después de lo que sucedería si un elemento del equilibrio se alteraba. Sin embargo, la estadística comparativa no dice nada sobre el *proceso* de cambio y el texto de Schumpeter apenas argumentaba el hecho de una economía capitalista que fuera un motor de destrucción creativa. Aunque el análisis tuviera algunos rasgos en común con sus escritos posteriores no se trata de una obra típicamente "schumpeteriana".

En sus propias palabras, el libro era incluso demasiado largo y repetitivo y hacía requerimientos innecesarios al lector. En parte esto se debía a su organización temática que exigía que el autor expusiera sus argumentos fundamentales una y otra vez. La longitud también tenía algo que ver con las lecturas de juventud de Schumpeter de los tomos enormes de Hegel, Marx y otros grandes académicos alemanes que intentaba emular.

El libro, en tanto que obra magna de un chico prodigio, no tuvo éxito. No obstante, granjeó a Schumpeter la atención respetuosa de muchos economistas importantes. Friedrich von Wieser escribió una buena reseña del libro de su antiguo estudiante en un periódico en lengua alemana, del mismo modo que hizo un académico inglés en una publicación trimestral destacada de Gran Bretaña. John Bates Clark, uno de los economistas estadounidenses más influyentes, escribió en *Political Science Quarterly* que "esta obra es crítica y constructiva a la vez y en cada dirección que toma contribuye de forma clara al progreso de las ciencias económicas. Uno de los propósitos que busca es señalar los puntos débiles de las teorías actuales y en este sentido se muestra controvertida; sin embargo, su objetivo es reducir el nivel de controversia existente más que aumentarlo y el candor con el que trata las obras de otros autores da pie a esperar que esta meta pueda conseguirse. La obra se mantiene al margen de la posibilidad de suscitar un enredo entre controversias y métodos y se sirve del método que mejor se adapta a sus propósitos en cada momento dado".[15] En este comentario, Clark señalaba una característica que sería un sello distintivo de los escritos de Schumpeter: su generosidad con respecto a las obras de otros autores. En el prefacio de este primer libro, Schumpeter hacía un llamamiento a favor de la paciencia intelectual y el aprendizaje mutuo. "Queremos comprender, no luchar; aprender, no criticar; analizar y trazar para cada principio lo que es correcto y no simplemente aprobar o reprobar." Este tipo de generosidad intelectual no es habitual entre los grandes académicos. Schumpeter tenía muchos defectos pero la mezquindad no era uno de ellos.[16]

Por encima de todo, no podía tolerar la insistencia dogmática de alguien que propugnara un enfoque único del estudio de la economía. En 1911, tres

años después de que apareciera su libro, escribió que este tipo de discusiones eran en general inútiles incluso en el ámbito académico: “Las personas pueden tener opiniones diversas sobre el valor de las discusiones generales de las cuestiones metodológicas … No obstante, para afrontar los problemas no hacen falta muchos principios metodológicos como podría parecer. Es más, las discusiones en torno a ellos son más bien un signo de lo infructuoso de los logros concretos.” En un texto breve que publicó en 1931 advertía del peligro de mezclar los juicios de valor con la ciencia. Schumpeter defendía en su lugar la adopción de análisis de valor neutrales que tuvieran en cuenta múltiples perspectivas.[17]

En 1914, al examinar una colección de ensayos de un sociólogo francés prominente, Schumpeter se lamentó de que el autor exhibiera “una pequeña mentalidad casi infantil que defiende que su propio modo de trabajo es el único posible … y que considera que el primer paso a dar es la aniquilación de todos los demás en un arrebato de cólera divina.” Schumpeter escribió que como la economía y el capitalismo tenían tantas facetas múltiples, requerían personas que lo enfocaran desde muchas perspectivas distintas. Concluyó su crítica de la obra del sociólogo francés con estas palabras: “En última instancia, ¿cuándo llegará por fin el día en que todos caeremos en la cuenta de que en primer lugar deben forjarse las armas necesarias para afrontar la vasta cantidad de hechos, cada una por sí misma?, ¿que esta vasta cantidad de hechos posee innumerables aspectos distintos que requieren innumerables enfoques distintos? ¿Cuándo aprenderemos por fin nuestro oficio científico hasta el punto de que podamos captar lo que nuestro vecino hace y cultivar tranquilamente nuestro propio terreno en vez de atacarle?” De alguna manera, el propio Schumpeter permanecía inmune a las manías que caracterizaban la vida académica de la época (y que todavía existen hoy en día).[18]

Cuando volvió a Austria desde Egipto, en 1908, su nuevo libro se había convertido en el punto central para su habilitación en la Universidad de Viena. Presentó el libro en la Facultad de Derecho, la cual encomendó a Böhm-Bawerk y a Wieser que lo evaluaran. El elogio de las matemáticas de Schumpeter estaba en desacuerdo con los enfoques que estos dos antiguos profesores defendían. Sin embargo, el libro era evidentemente la obra de un joven académico superior así que no tuvieron problema en dar su conformidad. Después de recibir su apoyo, Schumpeter finalizó su examen de economía y dio la serie de conferencias que generalmente se debían dar para obtener la habilitación. Poco tiempo después lograba tener todos los certificados necesarios para enseñar en cualquier universidad del Imperio austrohúngaro.”[19]

El éxito del proceso de habilitación no garantizaba de ningún modo la

obtención de una plaza. Sin embargo, Schumpeter deseaba y probablemente esperaba poder permanecer en la Universidad de Viena en calidad de profesor interino. Durante un breve período de tiempo efectivamente dio alguna clase en esta institución académica pero tenía un carácter tan voluble que suscitó poca predisposición para que lo invitaran a integrar la plantilla de la Facultad. Además, tampoco había una plaza vacante para un puesto fijo en cualquier otra universidad del Imperio.

Afortunadamente, sus tutores pudieron garantizarle un puesto temporal de profesor en la Universidad de Chernivtsi. Se trataba de una escuela relativamente nueva en una ciudad de ochenta y cinco mil habitantes que estaba situada en el extremo oriental de las fronteras del Imperio, a más de seiscientos kilómetros de Viena. Chernivtsi era la capital de la pequeña provincia de Habsburgo de Bukovina, cerca de la frontera con Rusia y con Rumanía, y era un territorio que anteriormente había estado bajo el gobierno del Imperio otomano. La mayoría de su población era ucraniana, rumana o húngara. Cerca de un tercio de los habitantes de Chernivtsi eran judíos y en esta ciudad también residía un número importante de católicos de habla germana.[20]

Actualmente Chernivtsi no mantiene el nombre germano de Czernowitz y forma parte de Ucrania y sigue siendo en cierto modo la misma ciudad a la que se mudó Schumpeter, una ciudad situada en un lugar especialmente remoto. No obstante, actualmente la población de hablantes de lengua alemana y de judíos se ha reducido considerablemente como consecuencia de la II Guerra Mundial. En 1909 no era el tipo de lugar en el que Schumpeter hubiera esperado lanzar su carrera académica, pero el éxito en la profesión que había elegido no le quedaría muy lejos.

Capítulo 5
El despegue de su carrera

El encumbramiento de los genios desdeña un camino señalado. Busca regiones hasta entonces inexploradas … Tiene ansias y arde de deseos de distinción

Abraham Lincoln: ***Lyceum speech*****, Springfield, Illinois, 1838**.

Con tan solo veintinueve años en aquella época, Lincoln, una persona que también era extremadamente ambiciosa, continuaba su reflexión diciendo que en la búsqueda de "celebridad y fama" las personas que poseían un talento singular casi siempre emprendían caminos nuevos y audaces. Esto es lo que hizo el joven Schumpeter de veintiséis años en Chernivtsi de forma deliberada. El libro que escribió en esa ciudad, *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (Teoría del desarrollo económico), es un fiel reflejo de su genio: lanzó su ascenso a la celebridad y se convirtió en uno de los textos clásicos del siglo XX de la disciplina económica.[1]

La total aceptación del puesto de Chernivtsi ponía de relieve la resolución de Schumpeter de intentar alcanzar la celebridad académica a cualquier precio. Su decisión era equivalente a la de un brillante doctor británico que obtuviera un primer trabajo en, digamos, la Universidad de Singapur anterior a la II Guerra Mundial. Al igual que Singapur, Chernivtsi era una ciudad lejana, exótica y multiétnica situada en la frontera de imperios hostiles. Contaba con una animada vida cultural local pero su universidad no tenía renombre internacional. Aun así, Schumpeter aceptó el reto con gran energía y sacó el máximo provecho de una situación poco prometedora.

Parece ser que también disfrutó de la vida que llevó en Chernivtsi. Durante muchos años después obsequió a sus amigos con relatos escandalosos sobre orgías y clases de sexualidad avanzada que le dieron las mujeres de esa ciudad y sus alrededores. Es difícil saber cómo tomar estas historias puesto que la única fuente de las mismas era el propio Schumpeter y es por tanto imposible el corroborarlas. No obstante, a menudo dijo que ni él ni Gladys pusieron grandes restricciones a los impulsos de su libido y, sin lugar a dudas, mantuvo su reputación de donjuán durante décadas hasta que tuvo cincuenta y tantos años.[2]

Una de las anécdotas más vistosas de ese período pasado en Chernivtsi, aunque esté un tanto adornada, fue la historia de un duelo entre dos empleados de la universidad. En una mañana de principios de otoño en 1909 cada uno de ellos se situó en el campo de honor acompañado por otra persona, según requería el *code duello*. Ninguno de ellos tenía gran destreza en el manejo de la espada. Después de innumerables y torpes choques de ambos metales, el filo de una espada provocó un pequeño corte en el hombro del otro

duelista. Los acompañantes, al aparecer sangre, intervinieron rápidamente y señalaron el final del duelo.

¿Se trataba de pretendientes rivales que competían por el favor de una mujer? ¿Eran oficiales del ejército que liquidaban un asunto de honor? No. Uno era un profesor de la universidad y otro un bibliotecario que estaban luchando por culpa del acceso de los estudiantes a los libros. El profesor, que ganó el duelo, era el propio Schumpeter. Había llegado a Chernivtsi hacía apenas unas semanas aunque pronto se había corrido la voz de su inteligencia privilegiada y de su tendencia a la teatralización. (Le gustaba interrumpir las reuniones de la facultad llegando tarde y llevando todavía los pantalones de montar y el casco, de vuelta de sus diarios paseos a caballo). En clase era un profesor exigente que ponía a sus alumnos una cantidad importante de ejercicios para las horas no lectivas. Cuando sus alumnos se quejaron de que el bibliotecario les prohibía consultar algunos libros que les había mandado, Schumpeter se precipitó a la biblioteca y se enfrentó al infractor. La discusión subió de tono y Schumpeter empezó a alzar la voz y a prorrumpir en insultos. El bibliotecario, que veía como se ponía en cuestión su integridad personal, aumentó bruscamente la discusión en juego y retó a Schumpeter a un duelo. A pesar del desconcierto inicial, Schumpeter aceptó. Estaba dispuesto a arriesgarse a sufrir heridas, aunque probablemente no pusiera en peligro su vida puesto que estos asuntos rara vez terminaban con heridas peligrosas, en defensa del principio del préstamo de libros. Al final del duelo, el bibliotecario abandonó el terreno con un corte en su hombro y la satisfacción de haber defendido su honor. Schumpeter también consiguió su objetivo: a partir de entonces los estudiantes tuvieron acceso a los libros. Schumpeter y el bibliotecario se hicieron buenos amigos pese a este comienzo tan poco propicio.[3]

Al margen de las aventuras sexuales y de los duelos, la auténtica historia de los dos años que Schumpeter pasó en Chernivtsi fue la escritura de su brillante obra *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*. Este libro, lleno de originalidad y de un conocimiento profundo de la materia, sentó las bases de su propio análisis del capitalismo y de una inmensa tarea de investigación para otros escritores. Entre otras nuevas interpretaciones, Schumpeter se rebeló contra Karl Marx. Las odiadas bandas de capitalistas parásitos se convirtieron en manos de Schumpeter en emprendedores innovadores y benéficos.[4]

La Universidad de Chernivtsi (Créditos imágenes 5.1)

Schumpeter empieza su libro con una revisión convencional de la doctrina económica: el flujo circular hipotético de la producción y el consumo. Esta idea, que se había desarrollado por primera vez en el siglo XVIII, describe en términos simples el modo en que funciona la economía. Los empresarios producen bienes y prestan servicios y pagan a sus trabajadores. A continuación, los trabajadores, en su papel de consumidores, adquieren estos bienes y servicios. Entonces los empresarios utilizan el dinero de los consumidores para invertirlo, producir más, pagar los salarios y generar beneficios; por consiguiente, empiezan de nuevo el ciclo. El flujo circular es como un río que fluye constantemente y que puede aumentar o descender ligeramente. Sin embargo, no hay lugar para verdaderas inundaciones o sequías y el río nunca puede salirse de su curso.

Esta economía de estado estacionario, que Schumpeter había descrito en su primer libro, vuelve a aparecer en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* en calidad de punto de partida del verdadero interés de Schumpeter: el continuo cambio económico que se produce en el seno del capitalismo. Mientras que el objetivo de su primer libro había sido reconciliar las escuelas económicas enfrentadas, en este caso abordó un nuevo terreno. En su nueva teoría, el flujo circular pasaba a ser altamente irregular. Las inundaciones y las sequías se convertían en algo común y los emprendedores aventureros abrían rutinariamente nuevos caminos en el paisaje económico.[5]

Este concepto fundamental, a pesar de que sea un eco de la experiencia de casi todos los hombres de negocios, no ha sido tenido en cuenta más que en raras ocasiones por los académicos economistas. La razón de su rechazo es que, a diferencia de la idea de equilibrio, es casi imposible “modelar” el

fenómeno del espíritu empresarial a través del uso de ecuaciones que ofrezcan una prueba matemática. Por lo tanto, aunque los académicos economistas se hayan situado más allá del estado estacionario, no han prestado mucha atención al emprendedor, incluso hoy en día.[6]

Sin embargo, en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* Schumpeter analiza sin miedo alguno el papel fundamental de los emprendedores en el mundo real del capitalismo. En su definición del término, el emprendedor no es un ejecutivo de negocios normal y corriente, ni siquiera el propietario o el director gerente de una empresa de éxito. El emprendedor es "el tipo moderno de 'capitán de la industria'" que busca de forma obsesiva la orilla de una innovación.[7]

En el desarrollo de este tema, Schumpeter además de explorar la parte económica también examina la sociología del espíritu empresarial; su papel en las socavadas y tradicionales estructuras de clases y la eterna escasez de competencias que sean de un verdadero alto nivel: "Podemos admitir que cada hombre sano puede cantar si así lo desea. Quizá la mitad de los individuos que pertenecen a un grupo étnicamente homogéneo posean esta capacidad con un cierto grado medio de calidad, una cuarta parte cante de manera progresivamente peor y una cuarta parte, supongamos, cante mejor que la media. En esta cuarta parte [de calidad superior], mediante el análisis de dotes de canto cada vez mejores, que posean un número progresivamente menor de individuos, llegamos finalmente a los Carusos."[8]

Schumpeter se adentra en el terreno de las especulaciones psicológicas (más allá de las fronteras disciplinarias de casi todos los trabajos económicos anteriores) y, a continuación, aborda la motivación de los empresarios. Una vez más muestra el tipo de conocimiento profundo que, a pesar de ser imaginativo, no se aviene a cuantificaciones matemáticas: "El empresario típico es más egocéntrico que otro tipo de personas porque confía menos en las conexiones y en la tradición que estas otras personas y porque su tarea habitual (tanto teórica como históricamente) consiste precisamente en romper tradiciones antiguas y crear nuevas."[9]

El proceso de ruptura de tradiciones antiguas y de creación de otras nuevas podría también describir lo que el propio Schumpeter estaba haciendo en el ámbito de la economía. En pasajes como este, define el perfil conductista del empresario como un tipo específico. Defiende que el empresario, a diferencia del fabricante ordinario o del comerciante, no se dedica a la mera supervisión del flujo diario de producción y consumo sino que realmente está fabricando el futuro.

Al empresario de Schumpeter no le mueve únicamente un deseo de

aumentar su riqueza u cualquier otro “tipo de motivación hedonista”. En su lugar, el empresario tiene “el sueño y la voluntad de fundar un reino privado” (por lo general, una dinastía familiar de negocios). “Entonces encontramos la voluntad de conquista: el impulso de lucha, de probar la superioridad personal con respecto a los otros, de triunfar por el hecho de triunfar y no por los frutos del éxito sino por el éxito en sí mismo … Por último, está el goce de crear, de hacer cosas o simplemente de ejercitar la energía y el ingenio propios … Nuestro tipo de hombre busca las dificultades, el cambio por el cambio, las delicias de la aventura.” El empresario de Schumpeter posee algunas características comunes con el líder carismático de Max Weber pero se queda corto en relación con el “superhombre” que retratara Friedrich Nietzsche.[10]

Schumpeter observa algunas implicaciones sociales profundas en el proceso de ascenso de un conjunto de empresarios y el declive simultáneo de otros. “El estrato superior de la sociedad se parece a los hoteles que están siempre llenos, pero con personas que cambian continuamente.” Del mismo modo que los negocios suben y bajan, también lo hacen los empresarios y sus familias. “Esto supone el elemento más importante de ascenso en la escala social del mundo capitalista ya que se produce a través de la destrucción competitiva de negocios antiguos y, por consiguiente, las vidas que dependen de ellos. Siempre les corresponde un proceso de declive, de pérdida de casta, de eliminación.” En muchos de sus escritos, Schumpeter dio una gran importancia a las familias –tanto en el caso de los empresarios que fundaron nuevas empresas como en el caso de la atenuación gradual de la energía empresarial que se producía generalmente en las generaciones sucesivas–. (Thomas Mann explota este tema en *Los Buddenbrook*, una obra publicada en 1901 y que es una de las mejores novelas que se han escrito nunca sobre los negocios).[11]

En *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* Schumpeter expone lo difícil que es destronar las formas de pensamiento implantadas y, a continuación, establece un paralelo entre esta barrera intelectual y los impedimentos similares que existen en los negocios. “La historia de la ciencia supone una gran confirmación del hecho de que encontramos sumamente difícil adoptar un nuevo método o punto de vista científico … Esto mismo también sucede en el mundo económico.” Las barreras en los negocios son tanto sociales como económicas y aquellos que sienten que sus intereses están amenazados lucharán ferozmente contra las innovaciones.[12]

Schumpeter continúa su discurso, quizá con su propia experiencia pionera en mente, con una secuencia de oposiciones testarudas contra cualquiera que quiera hacer algo nuevo. “Esta resistencia se pone de manifiesto en primer lugar en los grupos amenazados por la innovación, a continuación en la

dificultad a la hora de encontrar la cooperación necesaria y, por último, en lo complicado que resulta conquistar consumidores.” En los negocios, el desarrollo de una empresa a gran escala constituye un reto particular porque tan solo existen algunos modelos. “Todas las condiciones necesarias faltan: los trabajadores, el personal cualificado o las condiciones de mercado necesarias. Hay una serie innumerable de resistencias de orden social y político que luchan en su contra.” Superar todas estas barreras exige tener una “aptitud especial”. Lo mismo podría decirse en cuanto a la reformulación de una disciplina académica, que era lo que Schumpeter estaba intentando hacer.[13]

En el ámbito de los negocios se necesitó del concurso del supremo talento organizativo de empresarios de la talla de John D. Rockefeller (petróleo), August Thyssen (acero), George Eastman (fotografía) o H. J. Heinz (alimentos procesados), para concebir cómo podría funcionar una empresa de enorme tamaño y complejidad. Eran los Carusos de la gran empresa en la época en que Schumpeter escribía su libro, él, que sería el Caruso de la economía,. Tuvieron que supervisar constantemente sus empresas para asegurarse que los diseños que habían trazado no solo se materializaban sino también que seguían funcionando.[14]

Schumpeter defiende en su libro que las intervenciones empresariales hicieron del concepto de estado estacionario una mera ficción; no fue nada más que un recurso hipotético para la enseñanza. La propia idea de equilibrio se volvía problemática, puesto que la variación incesante es el fundamento del desarrollo económico y la encarnación de la esencia del capitalismo.

Una parte de esa esencia es la creación de nuevos mercados. Después de tratar la importancia capital de la innovación, Schumpeter sugiere que las empresas a menudo tienen que adoptar medidas para crear la demanda de sus productos. “La espontaneidad de los deseos [humanos] es escasa”. Por consiguiente, “es el productor el que generalmente tiene que iniciar el cambio económico y, si fuera necesario, educar a los consumidores; es como si aprendieran a desear nuevas cosas, o cosas que difieren en algún aspecto de aquellas que estaban acostumbrados a utilizar. Por lo tanto, aunque sea aceptable, e incluso necesario, tener en cuenta los deseos de los consumidores como la fuerza independiente y de hecho fundamental de una teoría del flujo circular, debemos adoptar una actitud diferente tan pronto como analizamos *el cambio*.”[15]

A pesar de que esta declaración parezca totalmente natural en el siglo XXI, se trataba de una afirmación bastante contundente en el año 1911. Suponía que el conjunto de deseos humanos no es intrínsecamente amplio pero que si se le estimula de manera adecuada puede llegar a ser insaciable. El sociólogo

francés Emile Durkheim mantuvo, casi en la misma época, un discurso bastante similar: “Nuestras necesidades son ilimitadas. Cuanto más se tiene, más se desea.” La base del capitalismo, tanto económica como socialmente, reside por tanto en la insaciabilidad de los deseos que los empresarios han conseguido inculcar a los consumidores para que estos los perciban como necesidades.

Schumpeter enlaza estas ideas con sus definiciones de innovación y desarrollo y en este caso se esfuerza de manera particular en ser preciso (revisa, condensa, enumera y clarifica algunos pensamientos que en sus primeros borradores resultaban oscuros). Señala cinco tipos de innovación que definen el hecho empresarial. Citamos directamente su enumeración:

> 1. La introducción en el mercado de un nuevo producto (es decir, uno con el que los consumidores no están todavía familiarizados) o de una nueva calidad de un producto.
>
> 2. La creación de un nuevo método de producción, o sea, uno que la experiencia de la rama de fabricación en cuestión todavía no ha probado.
>
> 3. La apertura de un nuevo mercado; un mercado en el que la rama de fabricación concreta del país en cuestión nunca ha estado presente, tanto si este mercado ya existía como si no.
>
> 4. La conquista de una nueva fuente de suministro de materias primas o productos semielaborados; con independencia, una vez más, de que esta fuente exista anteriormente o se haya creado previamente.
>
> 5. La explotación de la nueva organización de cualquier industria, como la creación de una posición de monopolio (por ejemplo, a través de la creación de cárteles) o la ruptura de una posición de monopolio.[16]

En muchas ocasiones los economistas, historiadores y otros autores que estudian la anatomía de la innovación han citado este pasaje. Si algunos elementos de esta lista parecen de Pero Grullo es porque han pasado a ser parte de la sabiduría popular (algo que casi a ciencia cierta no era el caso cuando Schumpeter los enumeró en 1911). El propio Schumpeter proporcionó en sus libros posteriores muchísimos ejemplos de cada categoría de innovación.

En *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* Schumpeter hace hincapié de forma particular en el papel que juegan las *nuevas* empresas al realizar innovaciones que interrumpen el flujo circular. Las nuevas compañías “no surgen a partir de otras antiguas sino que inician su producción al lado de ellas”. En el sector del transporte, por ejemplo, “no es el propietario de las diligencias el que construye el ferrocarril”. Schumpeter también defiende que “el empresario nunca es el que soporta el riesgo. El que concede el crédito [es

decir, el que proporciona el capital necesario] se va al traste si la empresa fracasa … Aunque [el empresario] pueda arriesgar su reputación, la responsabilidad económica directa del fracaso nunca recae sobre él”.[17]

En este apartado, Schumpeter parece estar aclarando el papel del capital en el capital*ismo*. El diccionario *Oxford English Dictionary* define el capital como “la riqueza acumulada que se emplea reproductivamente”. Es una definición maravillosa. Sin embargo, el capitalismo es, de nuevo, algo más, puesto que se sustenta de forma muy importante en el crédito (la riqueza que todavía no se ha acumulado). El crédito no debe crearse por nada más que por las expectativas futuras, lo que constituye una de las razones básicas de por qué el capitalismo, en relación con todos los demás sistemas económicos, está tan claramente orientado hacia el futuro.

Schumpeter afirma que “el cuartel general del sistema capitalista” es el mercado monetario, el lugar en el que se conceden los créditos. Los inversores agrupados en centros monetarios como Nueva York, Londres o Berlín (y hoy en día también en Tokio, Shanghai, Silicon Valley y otros lugares) deciden qué proyectos empresariales merecen un respaldo financiero y qué proyectos no lo merecen.[18] A este mercado llegan todo tipo de solicitudes de crédito; todo tipo de proyectos económicos se ponen en primer lugar en relación unos con otros y luchan por conseguir materializarse.”[19]

Schumpeter sostiene también que “al realizar nuevas combinaciones, la ‘financiación’ en particular” es fundamental para que una innovación tenga éxito. “La mayor parte no procede, ni de lejos, del ahorro en sentido estricto, de abstenerse de consumir parte de los ingresos habituales que se tienen, sino que proviene de fondos que son a su vez el resultado del éxito de la innovación en los que más tarde reconoceremos el beneficio empresarial.” En otras palabras, la base financiera del desarrollo no viene impulsada por la cicatería sino más bien por nuevas fuentes de financiación, que incluyen el dinero facilitado por los bancos cuando financian nuevos proyectos. Los actores principales de este proceso son los empresarios y los bancos de negocios que generan “un nuevo poder adquisitivo de la nada”. El responsable del banco de negocios no es un simple intermediario que se sitúa entre los ahorradores y los usuarios de capital, al contrario, es “un *productor*” de dinero y crédito, “el capitalista por excelencia”.[20]

Durante su carrera, Schumpeter resaltó en numerosas ocasiones la necesidad del crédito y la función de los bancos en la creación de dinero. Este hecho de la vida económica (la creación de dinero por parte de los bancos) a menudo le parece discutible incluso a personas de gran inteligencia y aún bien entrado el siglo XX todavía fue rechazado por algunos teóricos. Una vez Schumpeter comentó a un grupo de economistas japoneses que Keynes le

había dicho “que no había más de cinco personas en todo el mundo que entendieran la teoría monetaria” y añadió que él mismo asumió que era una de esas cinco personas.[21]

Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung es un libro ejemplar pero el momento en que apareció no fue el oportuno. Muy pronto, la Gran Guerra desvió totalmente la atención de los lectores del desarrollo económico en tiempos de paz. La pérdida de la guerra por parte de Alemania disminuyó la audiencia a la que iba dirigido el libro. La edición en lengua inglesa no apareció hasta 1934 y para entonces el foco de atención en el espíritu empresarial de Schumpeter estaba de nuevo desfasado en relación con los problemas de la época. En medio de la Gran Depresión mundial apenas había energía empresarial suficiente para alimentar a las personas, como para ponerse a discutir sobre la necesaria para establecer un nuevo negocio dinámico.[22]

Aun así, las reseñas del libro fueron unánimemente entusiastas tanto en el período en que se publicó la primera edición en lengua alemana como en la etapa posterior de su publicación en lengua inglesa.[23] Al reseñar la versión original, un profesor de Harvard alabó la revisión de la doctrina de Adam Smith que hacía al señalar que el interés propio económico siempre es el factor de motivación principal de la conducta humana. “La psicología del empresario de Schumpeter incluye elementos como el gusto por la actividad en sí misma, por la actividad creativa, por la distinción, por la victoria sobre los otros competidores, por el juego y por otros rasgos que la psicología reciente ha venido resaltando.” En otra reseña de la edición alemana original, el economista de Columbia John Bare Clark refrendó las conexiones que Schumpeter establecía entre la teoría y el acto. Clark escribió que la teoría económica estaba realizando un nuevo tipo de progreso: “Todavía es teoría, pero estudia los hechos en su conexión con las causas y tanto las causas como los hechos son de interés vital para la humanidad.”[24]

En una crítica de la traducción inglesa de este libro que apareció en 1934, Alvin Hansen, que estaba entonces en la Universidad de Minnesota y que más tarde sería colega de Schumpeter en la de Harvard, se prodigó en elogios: “En ningún otro lugar encontramos un tratamiento tan penetrante como el que este libro hace de las características determinantes del proceso de desarrollo económico, de la dinámica económica, en contraposición con el ‘flujo circular’ de una sociedad esencialmente estática.” De igual modo, el análisis de Schumpeter era “uno de los primeros en esclarecer el efecto de la expansión del crédito sobre la distribución de los ingresos y la formación de capital”.[25]

Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung es una obra que impresiona

incluso más con el paso del tiempo. En tanto que ejercicio analítico es un *tour de force* evidente y merece destacarse todavía más por proceder de un joven de veintiocho años que lo escribió en Chernivtsi, un lugar que parecía estar en medio de ninguna parte. Schumpeter había asentado las bases de la obra gigantesca que constituiría su posterior trabajo, porque *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* anunciaba una larga serie de ensayos perspicaces que Schumpeter escribiría sobre asuntos económicos, sociales e históricos y también conformaba el núcleo de ideas al que daría cuerpo en *Ciclos económicos* (1939) y en su obra más popular: *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942).[26]

En 1911 Schumpeter dejó Chernivtsi para aceptar un puesto más prestigioso en la Universidad de Graz, la ciudad en la que había vivido durante su infancia. Cuando la facultad de Graz valoró la incorporación de Schumpeter a la cátedra de Economía Política, *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* todavía estaba en curso de publicación así que no pudo tener gran incidencia en la deliberación. Si los profesores de Graz hubieran tenido acceso a esta gran obra su tarea habría sido más sencilla. Sin embargo no tomaron en consideración alguna este libro y la decisión de contratarle se convirtió en una disputa académica menor.

El predecesor de Schumpeter en el puesto de Graz era un hombre llamado Richard Hildebrand, había sido uno de los pilares de la facultad durante cuarenta años y en ese momento encabezaba la comisión de tres personas encargada de elegir a su propio sucesor. Hildebrand era un discípulo de la escuela histórica alemana (de la que su padre había sido un miembro destacado) y no quería saber nada de la teoría moderna. La lista de candidatos de su comisión que podrían aceptarse excluía a Schumpeter y a otros teóricos importantes, y tampoco mencionaba en ella a un solo economista austríaco.[27]

Hildebrand se esmeró en denigrar el trabajo de Schumpeter: “Adopta un enfoque totalmente estéril, abstracto y formalista en el que solo juguetea con conceptos matemáticos o mecanicistas y con analogías que no tienen ninguna relación con la vida real. Su [primer] libro [*Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*] solo contiene lugares comunes vacíos y trivialidades que, no obstante, son presentados con una gran autocomplacencia y énfasis como si fueran hallazgos importantes.”[28]

El informe de la comisión que recomendaba a tres candidatos mediocres y rechazaba a Schumpeter y a otros dos teóricos, se granjeó la aprobación de la mayoría de los miembros de la Facultad de Derecho de Graz. Sin embargo, los ataques gratuitos a la teoría suscitaron la sospecha de cuatro miembros de la Facultad de Derecho que votaron entonces en contra de las recomendaciones de Hildebrand. Dos de ellos tomaron la iniciativa inusual de

elaborar informes alternativos en los que proponían otros candidatos y el nombre de Schumpeter figuraba en ambas listas. El disidente más antiguo, un distinguido profesor de Derecho Comercial y Romano, describió a Schumpeter como “un hombre que poseían un talento extraordinario y una fuerza especial” y añadió que “no se debe ignorar a un autor de su importancia”. Estos y otros comentarios, junto con la réplica del presidente de la comisión, Hildebrand, se enviaron al Ministerio de Cultura e Instrucción sito en Viena.[29]

Nunca ha estado claro lo que sucedió después por falta de documentos escritos pero se ha especulado sobre el posible papel que pudo jugar Eugen von Böhm-Bawerk a la hora de apoyar a su antiguo pupilo. Böhm-Bawerk era uno de los economistas más famosos a escala mundial y además era el presidente entrante de la Academia Imperial de Ciencias. Conocía al emperador Francisco José personalmente y había ejercido en tres ocasiones de Ministro de Hacienda del país. Dentro de la tradición auspiciadora de Austria, cualquier recomendación de Böhm-Bawerk habría tenido un enorme peso y no solo ante el Ministro sino también ante el emperador, que detentaba la autoridad para realizar todos los nombramientos de profesores.

Al final, el Ministro eligió a Schumpeter y el emperador lo recibió en el marco de una ceremonia formal. El recién nombrado profesor apareció con el uniforme típico de los funcionarios, que incluía un sombrero de tres picos como el que llevaban los oficiales del ejército del siglo XVIII. Con veintiocho años de edad Schumpeter se convertía en el profesor de Economía Política más joven del Imperio y en uno de los más jóvenes de cualquier disciplina. Mientras tanto, en Graz, el humillado Hildebrand empezó a gestar su venganza incluso antes de que Schumpeter abandonara Chernivtsi para emprender el largo viaje que le llevaría hasta su nuevo puesto.[30]

La Universidad de Graz (oficialmente Universidad Carlos-José, en honor a los dos emperadores Habsburgos) se fundó como escuela jesuita en 1585 como parte de la Contrarreforma y se reconstruyó en 1827. El impresionante edificio de la fotografía abrió sus puertas en 1885 y hoy en día todavía se utiliza. (Créditos imágenes 5.2)

Después de llegar a Graz, Joseph y Gladys alquilaron un apartamento en un edificio estrecho situado al final de una manzana puntiaguda que dejaba entrar la luz por las tres fachadas del edificio. El salón tenía vistas al hermoso parque municipal de Graz, cuyo principal atractivo era una colina tan empinada que incluso hoy en día hay un teleférico para ascender a ella, ya que tiene un ángulo de sesenta y un grados, y cuyo trayecto tarda unos diez minutos. El piso estaba a escasas manzanas del alojamiento de la avenida Mozart en el que Johanna y el Jozsi de cinco años habían vivido después de abandonar Triesch veintitrés años atrás.

El auditorio principal de la Universidad de Graz como aún se conserva en la actualidad. La enorme estatua situada en el centro de la parte delantera representa al emperador Francisco José. (Créditos imágenes 5.3)

En la otra dirección, el profesor Schumpeter podía ir caminando cuatro manzanas hasta llegar a su nuevo despacho en la universidad. “Me gusta esta hermosa ciudad rodeada de colinas boscosas” –escribió a un amigo estadounidense–. Graz está situada en el valle de un río, justo debajo de los Alpes, “y mi mujer se siente muy *bien* en este clima húmedo como el de Inglaterra.”[31]

Durante su primer año como docente, que empezó en el otoño de 1911, Schumpeter trabajó arduamente al ser el único *economista* de la facultad. En el segundo año aceptó dar clases en la Universidad de Tecnología de Graz, una escuela de ingeniería cercana. Además, comenzó a aceptar numerosas invitaciones para dirigirse a grupos empresariales y cívicos locales, que sabían que era un orador pintoresco. Por consiguiente, Schumpeter dispuso de poco tiempo para la investigación y ningún momento libre para cuidar de sus alumnos universitarios. Pronto se ganó la reputación de ser exigente y duro.

Por desgracia para Schumpeter, los estudiantes de Graz se mostraron menos diligentes que los estudiantes de Viena o Chernivtsi. Bajo la mano indulgente de Richard Hildebrand se habían acostumbrado a trabajar muy poco para sus cursos de economía. Además, eran un grupo mucho más unido que el de Chernivtsi y Viena y por lo tanto era mucho más fácil que se organizaran. Así que cuando el joven Schumpeter impuso un régimen severo de lecturas, realizó exámenes difíciles y no ocultó la baja estima en la que tenía al popular Hildebrand, los estudiantes reaccionaron con una rebelión abierta.

Una mañana, al inicio de su clase de las 9:30 los estudiantes ahogaron con un alboroto de protesta su discurso. Atónito ante esta muestra de falta de respeto Schumpeter trató, en vano, de apaciguarlos. El 14 de octubre de 1912 los estudiantes comenzaron a boicotear las clases de Schumpeter y acudieron a los responsables universitarios para que le destituyeran. Era una situación prácticamente sin precedentes en las universidades del Imperio Habsburgo. Los compañeros docentes de Schumpeter se unieron y le apoyaron pero este suceso fue toda una pesadilla para él.[32]

La situación empeoró cuando la controversia se extendió hasta los círculos políticos locales, provinciales e incluso nacionales ya que las autoridades universitarias comunicaron al Ministro de cultura e instrucción de Viena este suceso. El gobernador de Estiria, la provincia austríaca de la que Graz era capital, acudió al rector de la universidad para que le informara de estos sucesos y el rector comenzó a mediar entre el profesor y los estudiantes. Schumpeter se resistió y argumentó que su curso proporcionaba a los estudiantes los mejores estudios de economía que había en el mundo. Sin embargo, en realidad, estaba escarmentado y después de tres semanas de negociaciones el rector y el decano pusieron fin al boicot.[33]

Toda esta terrible experiencia hizo que Schumpeter se replanteara su papel de profesor y compañero de trabajo. Como había sucedido en Chernivtsi no figuraba entre los favoritos de los otros profesores a los que desanimaba con su desparpajo. Además, a pesar del aparente apoyo que le habían prestado durante el boicot, una mayoría de los miembros de la Facultad de Derecho habían votado en contra de su nombramiento al principio de todo. A partir de ese momento Schumpeter adoptó una actitud menos arrogante. Se volvió más amable con sus colegas de Graz y, más tarde, con los de otras universidades. Continuó dando tareas arduas a sus estudiantes pero empezó a evaluar su rendimiento de manera menos severa. También prestó mucha más atención a lo que sucedía en sus clases. No se despojó de sus dotes teatrales, pero, como seguía siendo un soberbio actor, en ese momento representó el papel de tutor amable. Amplió sus horas de visita y les sirvió de guía a través de la densidad de la economía. Nunca mencionó este suceso a los colegas de Harvard o de otras instituciones que tuvo más tarde. A pesar de lo dicharachero que era con respecto a todas sus otras aventuras europeas (con el duelo de Chernivtsi o sus numerosas hazañas sexuales) mantuvo siempre silencio sobre la rebelión de sus estudiantes.[34]

Graz era una ciudad muy agradable pero no era Viena, que seguía siendo el centro del universo de Schumpeter. Desde la lejana Chernivtsi los viajes a Viena habían sido imposibles pero desde Graz había trenes que llegaban a la capital en tres o cuatro horas, montados sobre unas líneas férreas que

rodeaban con sus curvas las bellas colinas. Los Schumpeter visitaron la capital con frecuencia para ver a Johanna y a algunos viejos amigos y también para disfrutar de la prodigalidad de las artes, la arquitectura y la cultura en cafeterías propia de la ciudad de Viena.

Al final de su segundo año en Graz, en 1913, la Universidad de Columbia invitó a Schumpeter a que participara en un programa de intercambio durante los siguientes dos semestres como profesor de esta universidad en Nueva York. Austria nunca había enviado a un profesor a Columbia y la elección de Schumpeter era un signo honorable, sobre todo para una persona tan joven. La invitación probablemente procediera de John Bates Clark, el eminente marginalista que ocupaba una cátedra en el Departamento de Ciencias Políticas de Columbia y que era el encargado de enseñar economía. Bates y Schumpeter habían mantenido correspondencia y es evidente que se tenían mutuo respeto a la luz de las reseñas que cada uno escribió del libro del otro. Clark acababa de publicar una crítica favorable del libro de Schumpeter, *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (Teoría del desarrollo económico), y esta reseña le proporcionó al joven austríaco una elogiosa carta de presentación ante los economistas estadounidenses.[35]

En octubre de 1913 un complacido Schumpeter embarcó en el *Lusitania* en Liverpool para un viaje de seis días con destino a América. Gladys, lo que resulta elocuente, no eligió ni quedarse en Graz ni acompañar a su marido a Nueva York; en su lugar, volvió a su casa de Inglaterra.

Durante los meses que pasó en Nueva York, Schumpeter se alojó en el enorme Hotel Marseilles situado en la esquina de Broadway y la calle 103, cerca del campus de Columbia. Durante su clase inaugural, ante un auditorio abarrotado con estudiantes y profesores, realizó una presentación deslumbrante. El profesor E. R. A. Seligman, otro economista de renombre de Columbia, relató al presidente de la Universidad “el carácter insólito del acto”:

> El profesor Schumpeter mantuvo toda la atención de su auditorio hasta el mismo final de la clase. Fue una actuación extraordinaria desde muchos puntos de vista. Su dominio del inglés es espectacular: habló sin notas, utilizando un lenguaje que además de fluido era exquisito y elevado y mostró una familiaridad con los aspectos más delicados del lenguaje con un nivel que estoy seguro de que nunca antes ninguno otro profesor invitado hasta la fecha haya podido alcanzar.

La intervención de Schumpeter no solo abarcó el ámbito de la teoría económica sino que también englobó (según lo describió Seligman) “la relación de la economía con la psicología y la sociología. Fue al mismo tiempo brillante y profundo, lo que es poco habitual; su selección de ejemplos originales tomados de una amplia variedad de campos distintos hacen gala de un acervo cultural sorprendentemente amplio que es poco habitual en un especialista … La Facultad de Ciencias Políticas se tiene que considerar muy

afortunada de poder presentar a sus estudiantes un exponente tan brillante de la doctrina económica. Es fácil vaticinar una estancia de gran éxito en este país al profesor Schumpeter."[36]

Cuantas más clases impartía Schumpeter, más se extendía su reputación y pronto recibió peticiones para que interviniera en otras grandes universidades. La propia Universidad de Columbia le concedió un título honorífico a pesar de que solo tuviera treinta años. Todas estas alabanzas y la atención que suscitaba contrastaban con la tibia acogida que había tenido en Graz, que era una buena universidad pero que desde luego no competía en la misma liga que Columbia. Schumpeter no pudo haberse sentido más satisfecho.

Seligman le pidió más detalles de su historial académico y su respuesta manuscrita muestra hasta que punto podía ser auto-reprobatorio al tiempo que tenía conocimiento de su creciente importancia:

> Todo lo que tengo que decir es que después de haber sobrevivido a lo que era una educación convencional … pasé algunos años viajando hasta que, tras la publicación de unos artículos y de mi primer libro, que en un ámbito local tuvo cierto éxito (inmerecido, por supuesto), me propusieron obtener la habilitación para la docencia [una calificación de profesor] de Política Económica en Viena, que realicé en 1909 … [entonces llegué a ser] el profesor más joven de Austria y Alemania en ser ascendido para ocupar la Cátedra de Economía Política en la Universidad de Chernivtsi a la edad de 26 años. Allí publique algunos artículos sobre aspectos teóricos y mi segundo mayor libro (en tamaño), que parece haber caído en el más amplio olvido aunque yo mismo piense que algunos de los resultados que perseguía son explicaciones nuevas y que no carecen totalmente de importancia; evidentemente se trata de un caso proverbial de amor maternal por un monstruo. En 1911 fui nombrado catedrático de Economía Política de la Universidad de Graz, la universidad más agradable de Austria y la segunda por tamaño después de Viena.[37]

Schumpeter aprovecho al máximo el tiempo que pasó en los Estados Unidos. Con su eterna curiosidad, decidió emprender un viaje en tren de ida y vuelta hasta California. Este viaje de cerca de diez mil kilómetros le enseñó el inmenso tamaño y variedad de los Estados Unidos. Además, también confirmó (de forma categórica) su creencia en la importancia del espíritu empresarial y de la creación de crédito para la promoción del crecimiento empresarial. Se quedó asombrado ante la velocidad del ritmo de desarrollo de la industria estadounidense. Vio de primera mano el modo en que la liberación sin límites de energía empresarial, la mayor parte de ella financiada con dinero prestado, había hecho de los Estados Unidos el país más rico del mundo. Como más tarde diría, el "esquema de valores" de la nación durante el siglo XIX "atrajo a casi todos los cerebros al ámbito empresarial e imprimió la actitud empresarial en el alma de la nación". (Felix Somary, su compañero de clase en Viena, había señalado en una ocasión que "la asimilación de un nuevo invento o de un procedimiento moderno llevó tantos años en Austria como meses tardó en los Estados Unidos"). La estancia de Schumpeter en los Estados Unidos le proporcionó amplias razones para pensar que el análisis del

capitalismo que había realizado en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* había dado en el blanco.[38]

Schumpeter se esforzó en reunirse con tantos economistas importantes como le fue posible, casi de igual modo a como antes había hecho en Europa continental y Gran Bretaña. “Mi misión” –escribió a Jacob Hollander de Johns Hopkins– “es conocer tantas universidades estadounidenses y eminencias como pueda”. En Minneapolis asistió a la reunión anual de la American Economic Association (Asociación económica estadounidense). En New Haven pasó la cena de Acción de Gracias con Irving Fisher de Yale, uno de los economistas matemáticos más destacados a escala mundial. En Cambridge visitó a Frank Taussig, en el que fue el inicio de una larga amistad que sería fundamental para su traslado posterior a Harvard. En Princeton se quedó a pasar la noche en casa de Frank Fetter, catedrático del Departamento de Economía de la universidad.[39]

Después de cinco meses de intensa actividad volvió a Austria. En una carta de despedida a Fetter escribió: “He conocido diecisiete universidades estadounidenses, en las que he dado conferencias y me llevo las impresiones más agradables que se pueden tener de los hombres y de las instituciones. En verdad este es un gran país y me entristece tremendamente tener que abandonarlo. Siempre he sentido que con la inspiradora compañía de mis colegas estadounidenses podría alcanzar mejores objetivos de los que podré lograr allá. Además, el encanto personal de muchos de ellos hace realmente dura la marcha.”[40]

La economía como disciplina académica estaba entonces en los Estados Unidos al mismo nivel que en Oxford o Cambridge. Había adelantado a cualquier institución académica de la Europa continental, a excepción de Viena, y el mero número de universidades de primera clase asombró a Schumpeter. Mientras tanto, su propia reputación internacional seguía creciendo como la espuma. En 1914, cuando volvió a Europa, se encontraba en la cima del mundo.

Sin embargo, había un enorme problema. El propio mundo estaba a punto de explotar. El acontecimiento que más afectaría a Schumpeter durante los siguientes diez años no tendría nada que ver con el mundo académico de Austria o de los Estados Unidos. Este acontecimiento sería la Gran Guerra. La guerra y sus secuelas transformaron casi todo para una enorme cantidad de personas. Para Schumpeter supuso un cambio en su matrimonio, su trabajo, sus finanzas, su reputación y, en último término, del país en el que decidiría vivir.

Capítulo 6
Guerra y política

Las luces se están apagando en toda Europa.

Nunca más las volveremos a ver encendidas durante el resto de nuestras vidas.

Edward Grey, Ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, 1914.

La Gran Guerra, como se la llamó, demostró ser una catástrofe para el capitalismo empresarial y orientado hacia el futuro que Schumpeter había descrito en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (Teoría del desarrollo económico). También supuso una derrota para Schumpeter personalmente, porque cuanto más intentó introducirse en los asuntos de Estado más claramente puso de manifiesto su propia ineptitud política.

La guerra interrumpió el comercio de bienes fuera de las fronteras nacionales, la migración de las personas y la transferencia de capitales sencilla. La tendencia hacia mercados más liberalizados sufrió una marcha atrás. Nadie había acuñado todavía la palabra "globalización" pero este fenómeno estuvo más cerca de culminar su desarrollo en 1914 que en cualquier otro momento de los siguientes setenta y cinco años.

Diez millones de soldados, marineros y aviadores murieron en la Gran Guerra y veinte millones fueron heridos. Además, unos veinte millones de civiles perdieron la vida. La guerra creó las condiciones que condujeron luego al comunismo soviético, al fascismo alemán y a la II Guerra Mundial. No hubo una destrucción creativa, solo puras ruinas.[1]

La Gran Guerra se había estado forjando durante veinticinco años. Tenía numerosas causas, estando entre las más notorias la red de alianzas que habían diseñado los países europeos para protegerse unos de otros. Así, la Triple Entente (Francia, Rusia, Gran Bretaña) se formó para contrarrestar la Triple Alianza (Alemania, Italia, Imperio austrohúngaro). La rapidez con la que Alemania había ascendido al puesto de nación más fuerte de Europa había preocupado a muchas personas reflexivas, entre las que se encontraba Schumpeter.

Antes del ascenso de Alemania, Gran Bretaña había sido la potencia industrial líder a escala mundial. En 1870 los británicos habían elaborado más de la mitad de la producción mundial de hierro en lingotes, un producto fundamental para la industria pesada. Sin embargo, en 1914 la producción de hierro en lingotes de Alemania era 1,5 veces superior a la británica y Alemania exportaba más hierro y acero que cualquier otro país del mundo. Las empresas alemanas también exportaban el 35 % de los productos eléctricos que se comercializaban en los mercados de todo el mundo, el 27 %

de los productos químicos y el 90 % de los pigmentos. Se había desatado una carrera armamentística frenética entre Alemania y Gran Bretaña y una serie de nuevas armas letales (el submarino, el acorazado gigante, el tanque, la ametralladora, el gas venenoso, la artillería de largo alcance o el entonces primitivo avión) llevaría la guerra al nivel más letal de la historia.[2]

La chispa que desató el incendio fue el asesinato del presunto heredero del emperador Francisco José, el archiduque Francisco Fernando, junto con su esposa, la archiduquesa Sofía. Las muertes se perpetraron durante la desacertada visita del archiduque a Sarajevo (Bosnia) que el Imperio austrohúngaro se había anexionado en 1908. El autor de los disparos, un joven serbo-bosnio de dieciocho años llamado Gavrilo Princip, era un agente de un movimiento organizado en pos de la independencia de los Balcanes eslavos. A raíz del asesinato, los diplomáticos de Viena invocaron los términos de la Triple Alianza. Solicitaron al Káiser Guillermo II de Alemania lo que se conocería como un "cheque en blanco" para invadir Serbia (y para su sorpresa, lo obtuvieron).

Los serbios, que vieron rechazados todos sus esfuerzos destinados a aplacar a Viena, apelaron entonces a sus amigos eslavos, los rusos. Cada miembro de la Triple Alianza declaró entonces la guerra a cada miembro de la Triple Entente (los Aliados) y viceversa. Mientras tanto, Turquía y Bulgaria se unieron a Alemania y al Imperio austrohúngaro y formaron las Potencias Centrales. Entonces empezó en Sarajevo la guerra menos justificable e importante que nunca se haya librado y, con mucho, la más sangrienta que había tenido lugar hasta la fecha.[3]

El primer disparo tuvo lugar solo tres meses después de que Schumpeter volviera de su excitante viaje por los Estados Unidos. Ni él, ni ninguna otra persona esperaba entonces que el conflicto persistiera no ya unos meses sino cuatro años. En toda la historia de la humanidad, el cataclismo de la Gran Guerra solo ha sido sobrepasado por el de la II Guerra Mundial que se originó directamente por la Gran Guerra. A pesar de la atroz carnicería que se produjo de 1914 a 1918, ninguna parte involucrada gano o perdió una cantidad importante de terreno durante tal lucha.[4]

Sin embargo, las agresivas maniobras diplomáticas que tuvieron lugar después de la guerra lograron algo que la fuerza militar por sí misma no había podido lograr. Los tratados de paz rediseñaron las fronteras de Europa central, algunas zonas de África y la mayor parte de Oriente Medio. Crearon nuevos países inestables como Irak, Siria o Jordania. La victoria aliada también escindió el Imperio de los Habsburgo en media docena de países distintos. Afortunadamente, el emperador Francisco José no vivió para ver la desintegración ya que murió en 1916, en su sexagésimo quinto año de

reinado. Los tratados redujeron Austria, que en otro tiempo había sido el núcleo del cacareado “Imperio de los setenta millones”, a un país insignificante de seis millones “demasiado pequeño para vivir y demasiado grande para morir” como los propios austríacos lo definieron. Mientras que el antiguo Imperio había tenido un tamaño similar a la combinación de Francia e Inglaterra, la nueva Austria era más pequeña que Portugal.[5]

Durante la propia guerra, hubo pocas batallas que tuvieran lugar en los territorios de habla alemana del Imperio y sus fuerzas ganaron algunas victorias. Sin embargo, el ejército imperial sufrió pérdidas terribles en los frentes de Rusia, Rumania, Serbia e Italia. El recuento final rozaba lo increíble: el 90 % de los 7,8 millones de soldados imperiales o bien murieron (1,2 millones), o bien fueron heridos (3,6 millones) o bien fueron capturados o desaparecieron (2,2 millones). Ningún otro ejército soportó una proporción de bajas tan alta, ni ningún ejército grande ha igualado nunca estos porcentajes en toda la historia de los conflictos bélicos. Los mismos problemas que habían asolado al gobierno imperial inutilizaban en aquel momento su ejército. La mayoría de los oficiales eran germa-nófonos y solo una cuarta parte de los hombres que se habían alistado entendían el idioma alemán.[6]

En los meses que precedieron y que siguieron al armisticio de los Aliados con Alemania, concluido en noviembre de 1918, una gran parte de Europa central derivó hacia la revolución de las izquierdas. Después de la abdicación del emperador Carlos I, que había sido el sucesor de Francisco José, Austria formó su primera república, pronto dominada por los socialistas electos por un pueblo descontento. De los seis millones de personas que vivían en la nueva república, un número desproporcionado, un tercio, vivían en la capital. Se produjo una escisión ideológica entre la “roja Viena” y el resto de Austria, que todavía se mostraba reacia a aceptar la repentina expulsión de los Habsburgo de su trono (así como la supresión del propio trono). La mayoría de la población quería que Austria formara parte de Alemania. Algunas personas del oeste montañoso deseaban la escisión y empezar una nueva vida como ciudadanos de Suiza. Mientras tanto, la Revolución rusa inauguró una sangrienta guerra civil en Eurasia, que fue seguida por setenta años de dictadura totalitaria.[7]

Durante los dos primeros años, de 1914 a 1916, la guerra tuvo escasas consecuencias para Joseph Schumpeter que continuó con su rutina de profesor de la Universidad de Graz. Llegó incluso a ser decano de la Facultad de Derecho durante un breve período de tiempo. No obstante, las restricciones de la guerra tuvieron un efecto indirecto muy importante en su vida personal. Gladys Schumpeter, que había decidido permanecer en Inglaterra durante la

estancia de su marido en los Estados Unidos y durante los meses que habían seguido a su vuelta, se encontró a sí misma aislada de Austria. Joseph le escribió muchas cartas desde Graz que a todas luces ella recibió. Sin embargo, pocas de las cartas que Gladys envió lograron que el sistema postal austríaco las entregara, probablemente por culpa de la censura.

En noviembre de 1915, Gladys (que tenía entonces unos cuarenta y cinco años) intentó contactar con su marido a través del profesor Jacob Hollander de la Universidad Johns Hopkins, un economista de lengua alemana que había estado de visita en Europa en el momento en que había estallado la guerra. Los dos economistas habían entablado amistad cuando Schumpeter había impartido unos seminarios en Hopkins. Gladys, creyendo que las cartas procedentes de los neutrales Estados Unidos podrían llegar mejor a su destino a través de una Europa desgarrada por la guerra, escribió a Hollander:

> Espero que no le moleste que le importune en estos tiempos de tristeza. Soy la mujer del profesor J. A. Schumpeter de la Universidad de Graz, en Austria, que le visitó en febrero de 1914. Aunque le he escrito regularmente una gran cantidad de cartas, mi marido no ha recibido noticias mías desde el pasado marzo. A menudo recibo cartas suyas en las que me insta a que le informe cómo estoy. Así que se me ha ocurrido que quizá usted tenga más fortuna a la hora de conseguir enviar una carta a Austria, sobre todo si estuviera escrita en alemán. Si tuviera la amabilidad de decirle que ha tenido noticias mías, que me encuentro bastante bien y tan feliz como uno puede estarlo en estas tristes circunstancias, que le he escrito constantemente y que he recibido muchas cartas suyas.[8]

Hollander transmitió las noticias de Gladys a Schumpeter, que le agradeció su actuación "de mensajero del afecto conyugal … como efectivamente no he tenido noticias de mi mujer durante meses, su amabilidad ha mitigado la considerable ansiedad que padecía". Hollander escribió entonces a Gladys y le adjuntó la carta que Schumpeter le había dirigido. Ella le respondió afectuosamente y le agradeció también su adicional ofrecimiento de apoyo financiero. "Por fortuna, no tengo ese problema pero me siento tan conmovida y agradecida como si hubiera aceptado su ofrecimiento, tan considerado y tan generoso." Schumpeter probablemente mandó a Gladys todo el dinero que le fue posible enviar durante la guerra junto con sus numerosas cartas.[9]

Sin embargo, las líneas de comunicación seguían estando perturbadas. La guerra duró cuatro años y el estado de las cosas continuó siendo caótico durante unos tres años más. El contacto entre los esposos se redujo gradualmente. En 1920, después de no haber visto a Gladys desde 1913, Schumpeter empezó a considerarse "soltero". De este modo, el matrimonio se acabó de facto sin que hubiera una ruptura formal. Schumpeter no se molestó en pedir el divorcio y ese descuido le causaría graves problemas en el futuro.[10]

En el verano de 1914 reanudó sus clases en la Universidad de Graz. En diciembre de ese mismo año recibió un comunicado de alistamiento al ejército

pero fue declarado exento al ser el único profesor de economía de la universidad. Continuó con su trabajo académico y, a pesar de tener una fuerte carga docente, elaboró un conjunto de escritos voluminoso. Asimismo, empezó a planificar la creación de una nueva publicación económica. Al estar tan frustrado por la soledad que padecía en Graz, mantuvo correspondencia con las muchas personalidades académicas de Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos que tanto se había esforzado en conocer. Mientras tanto, publicó decenas de reseñas y artículos, un breve tratado sobre el pasado y el futuro de las Ciencias Sociales (*Vergangenkeit und Zukunft der Sozialwissenschaft*) y un tercer libro que era una pequeña y excelente historia del pensamiento económico de 1750 a 1900. En algunos de estos escritos continuó pidiendo un enfoque amplio y metodológicamente tolerante para la economía.[11]

En 1916 escribió una carta extensa y tremendamente reveladora a su amigo Paul Siebeck, un destacado editor alemán. No solo le propuso seguir adelante con la nueva publicación económica sino que además le propuso desarrollar otros proyectos. Describió dos grandes proyectos en los que había estado trabajando y destacó una serie de seis libros más cortos en los que incorporaría los resultados que había obtenido a través de la investigación, la docencia y las conferencias públicas recientes. Siebeck respondió con entusiasmo, un tanto templado únicamente por las incertidumbres de la guerra.[12]

El plan de Schumpeter de embarcarse en tantos proyectos resultaba a grandes líneas audaz y ambicioso. Aun así, era bastante serio y el detalle que había enviado a Siebeck no estaba falto de realidad. En 1915, año en que cumplió 32 años, había escrito ya tres libros importantes, veinte artículos que aparecieron en seis publicaciones de cuatro países distintos y unas sesenta reseñas de libros. No obstante, por culpa de la guerra, la mayoría de sus planes conjuntos con Siebeck nunca llegaron a fructificar. Continuó escribiendo artículos y reseñas desde 1916 hasta el final de la guerra en noviembre de 1918, aunque a un ritmo más lento, porque se involucró profundamente en los asuntos públicos. Así y todo, dos de los artículos que consiguió publicar se convirtieron en clásicos.[13]

Mientras tanto, el paso de Schumpeter a la escena pública hizo emerger de nuevo el problema de su identidad personal. ¿Estaba casado? Sí y no. No estaba soltero pero no había visto a su mujer desde el inicio de la guerra. ¿Era un profesor de la Universidad de Graz? Sí y no. Continuaba enseñando en dicha universidad pero viajaba a Viena siempre que podía. E incluso si en su mente tenía totalmente claro lo que quería hacer con su vida, la aplastante realidad de la guerra empujaba sus emociones en varias direcciones distintas.

En el fondo, Schumpeter era un pacifista que no veía razón alguna por la que Austria debiera estar inmersa en esa guerra. No tenía ninguna afición a la mentalidad belicosa "de la cervecería nacional alemana", como la denominaba él mismo. Era un anglófilo impertérrito que al mismo tiempo seguía siendo un súbdito leal a los Habsburgo y, en este sentido, no quería que ninguna de las partes ganara o perdiera. Le hubiera gustado hacer todo lo que fuera posible para minimizar los horrores de la guerra pero en Graz se sentía "bastante aislado … totalmente alejado de cualquier posibilidad de ser útil." Y se mostraba sumamente cauteloso en cuanto a la motivación y los métodos de Alemania, el aliado de Austria.[14]

Al tiempo que la guerra se prolongaba con muertes en el campo de batalla que alcanzaban los millones de bajas, la escasez de comida y petróleo empezó a ser habitual y los precios se dispararon siguiendo una espiral inflacionista. En 1916 a Schumpeter le quedó claro que, ganara quien ganara la guerra, las cosas no volverían a ser iguales. "Los signos de estos tiempos son desalentadores" –escribió– y las posibilidades de lograr la paz se estaban tirando por la borda. Su propio gobierno no prestaba atención a los ofrecimientos de mediación que venían de los Estados Unidos, un país neutral del que Schumpeter había aprendido mucho durante su todavía reciente visita. "Financiera y políticamente," –escribió– "los Estados Unidos pueden ser ahora de máxima importancia para nosotros". Al tiempo que el gobierno de Viena vacilaba, Schumpeter predijo con precisión que "la intensificación de la guerra con submarinos [por Alemania] alineará a los Estados Unidos además de fortalecer el sentimiento militar en Inglaterra".[15]

Pronto llegó a estar obsesionado con las posibles consecuencias que acarrearía la guerra y con tres de ellas en particular: el destino de la monarquía de los Habsburgo, la viabilidad de la economía austrohúngara y el futuro de la relación entre Austria y Alemania. Este último problema se había estado exacerbando desde hacía más de doscientos años. Durante todo el siglo XVIII y la mayor parte del XIX, Austria se había enfrentado a Prusia por la influencia de pueblos de otros principados de lengua alemana. Algunos de ellos eran de gran tamaño y otros pequeños. Algunos eran gobernados como ciudades libres y otros como diminutos restos del sacro Imperio romano. Según avanzaba el siglo XIX se desarrolló una unión aduanera de unos cuarenta estados de habla alemana que no incluía a Austria. Esta disposición presagiaba un movimiento encabezado por Prusia hacia una Alemania unificada.

Aunque Prusia tenía una población mucho más pequeña que la de la monarquía de los Habsburgo, derrotó a Austria en 1866 después de una breve guerra. Entonces, bajo la dirección de su gran líder Otto von Bismarck, Prusia

unió numerosos estados independientes en la Confederación Alemana del Norte y derrotó a Francia en la guerra franco-prusiana que tuvo lugar de 1870 a 1871. En 1871 Bismarck estableció el nuevo Imperio alemán con capital en Berlín. Dotado de una extraordinaria habilidad política, Bismarck llevó a Alemania a una posición de supremacía en Europa. En 1890 el joven e impulsivo emperador Guillermo II forzó a Bismarck para que abandonara el gobierno pero para entonces su trabajo ya se había consumado.

Bismarck no había querido incluir las regiones de habla alemana de la Austria de la monarquía de los Habsburgo en el Imperio alemán y había preferido, en su lugar, utilizar el dominio de Francisco José como un intermediario cuya política extranjera podía guiar él mismo desde Berlín. La propia monarquía de Habsburgo tampoco comulgó con la idea de la unificación. Alrededor del 97 % de los austríacos de habla alemana eran católicos y desconfiaban de los prusianos protestantes. Los Ministros de los Habsburgo sabían que ante cualquier confrontación, Berlín dominaría Viena, Austria perdería su independencia y el Imperio austrohúngaro fenecería.[16]

Aun así, una vez que empezó la Gran Guerra, la perspectiva de la unificación atrajo a muchos ciudadanos de habla alemana de las provincias occidentales de Austria. La unión con Alemania podría dividir la monarquía de los Habsburgo pero de ese modo liberaría a los austríacos germanófonos puesto que ya no tendrían que discutir más con húngaros, checos, eslavos de los Balcanes u otros pueblos que habían convertido la administración del Imperio en una locura. Al margen del resultado de la guerra, la relación del Imperio con Alemania iba a cambiar con toda seguridad. En 1916, los defensores austríacos de la unificación empezaron a presionar para lograr su objetivo. Algunos lo hicieron desde unas premisas de derechas enfocadas a una “Alemania mayor”. Otros vieron la oportunidad de aunar las clases obreras de ambos países para formar una mayoría socialdemócrata de izquierdas que pudiera marcar el comienzo de una sociedad más justa y moderna.

Schumpeter decidió introducirse en el mundo político para hacer frente a este entorno enrevesado. Como a muchos otros intelectuales austríacos, la guerra en curso le había desilusionado y le horrorizaba la perspectiva de una unificación con Alemania. Pensó que era factible que el Imperio de los Habsburgo negociara la paz de forma aislada con los Aliados, preservando así la monarquía al tiempo que se mantenía a distancia a los seductores de Alemania. De acuerdo con lo que escribió a un amigo suyo en 1916, el gobierno austrohúngaro podría de hecho haber tomado la iniciativa y “entonar un discurso firme de reconciliación”. A buen seguro, “no tenía relación con la gran confrontación existente entre Alemania e Inglaterra”.[17]

En la primavera de 1915, un miembro del Parlamento alemán publicó un libro que proponía una unión aduanera con las regiones de habla alemana del Imperio de los Habsburgo. Más tarde, en ese mismo año, el gobierno alemán envió una misiva confidencial al Ministro de Asuntos Exteriores de Viena en la que sugería un nuevo acuerdo aduanero que incluyera un arancel externo común. Este plan mejoraría la seguridad económica de todos los pueblos de habla alemana y los defendería de enemigos futuros, con independencia de quién ganara la Gran Guerra.

Schumpeter sabía que la consolidación de la propia Alemania había empezado justamente de esta manera unas décadas antes. Temía que se produjera una fusión similar entre Alemania y Austria y envió una carta a Heinrich Lammasch, uno de sus antiguos profesores de la Universidad de Viena. Lammasch era un miembro del Parlamento, un abogado constitucionalista de renombre internacional y un pacifista. “Piense en lo que todo esto significa” –le escribió Schumpeter–. “Una Europa central militar, luterana y prusiana que a partir de ahora se enfrentaría al resto del mundo como un depredador.” La esencia de “esa Austria que conocemos y amamos dejaría de existir.”[18]

Schumpeter preparó un memorando para uso privado de Lammasch en el seno del gobierno en el que advertía del peligro de una relación más cercana con Alemania. Sugería con vehemencia que se tomaran diversas medidas para prevenir que esto sucediera. En primer lugar, que se volviera a convocar el Parlamento que el emperador había disuelto temporalmente al inicio de la guerra. El Parlamento, que trabajaría con la administración pública, podría diseñar un nuevo imperio federado que se gobernara mediante una “democracia conservadora, ‘tory’” al estilo británico, que Schumpeter tanto admiraba (utilizó exactamente esas palabras).[19]

Más tarde, en 1916, envió un segundo memorando a Lammasch y a otros colegas de Viena. Señalaba que la posición diplomática austrohún-gara se había deteriorado gravemente e insinuaba que en ese momento debería reconciliarse con los Aliados de forma independiente. De otro modo, “los alemanes nos conquistarán económicamente y los húngaros nos dominarán políticamente”. Además, el Imperio caería hasta tener “una posición precaria con respecto a Rusia”, se encontraría con “una incertidumbre completa en su posición con Italia” y “estaría permanentemente enemistada con las potencias occidentales.” La monarquía de los Habsburgo sería por consiguiente de entre todos los participantes en la Gran Guerra la gran perdedora.[20]

Carlos I, el nuevo emperador, que solo contaba con veintinueve años de edad en 1916, tenía una menor predisposición para continuar con el conflicto que Francisco José, y sus consejeros intentaron dar pasos hacia una paz

firmada aparte. Esta actuación, escribió Schumpeter en otra carta, “ha despertado la sensibilidad imperial alemana” y ha creado así “una situación extremadamente delicada”. El Imperio austrohúngaro estaba entonces atrapado por un lado por el enorme poder de Alemania y, por el otro, por la creciente fuerza de los Aliados. En Viena, las numerosas facciones que competían por ganar influencia estaban empezando a endurecer sus posturas y el nivel de intriga política crecía constantemente.[21]

Schumpeter para entonces ya estaba inmerso completamente en la esfera política y había empezado a imaginarse un papel activo en el gobierno para sí mismo. Esta actitud era bastante natural en un patriota que veía dónde estaba llevando la guerra a su país. Sin embargo, sus nuevas ambiciones le condujeron a una especie de construcción de alianzas políticas para la que no tenía ningún talento. En palabras de un amigo suyo, lo que quería “era la conversión gradual de una monarquía absoluta en una monarquía constitucional” del tipo británico. No obstante, no tenía experiencia alguna en el campo de las luchas internas maliciosas por asuntos de verdadera gran importancia. Había pasado su carrera enclaustrado en universidades y el ejercicio de la política internacional en el marco de una guerra mundial mortal era algo muy distinto a entablar duelos con bibliotecarios o afrontar boicots de estudiantes. “No me siento completamente a gusto en este ambiente, por decirlo de una manera suave” –escribió en 1917.[22]

Estaba inmerso en la agitación de los asuntos públicos y, de nuevo, volvía a sentirse inseguro de su propio papel. De todas formas uno no puede saber cómo van a irle las cosas hasta que lo intenta y Schumpeter tenía abundantes razones para creer en sí mismo. Había viajado por todo el mundo y medido sus competencias con las de otras personas brillantes. En 1917 tenía treinta y cuatro años y no estaba dispuesto a observar cómo los grandes acontecimientos le dejaban de lado. Quería tener algún tipo de papel influyente en los asuntos públicos, como Ministro del gobierno preferentemente o quizá como columnista de un periódico. Muchas de sus cartas instaban a la creación de un periódico en Viena que promoviera las políticas que él defendía.[23]

En este punto, la incertidumbre personal de Schumpeter reflejaba los dilemas de su generación. Era muy difícil para los europeos que vivieron la Gran Guerra reconciliar los horrores de ésta con la cultura que creían conocer. Habían crecido con la convicción de que la ciencia, el capitalismo y la expansión de la “civilización europea” conllevarían un progreso continuo. Sin embargo, de 1914 a 1918 fueron testigos, un año tras otro, de un espectáculo interminable de matanzas sin sentido: la antítesis del progreso. En medio de semejante apocalipsis parecía inimaginable quedarse sentado sin hacer nada.

En abril de 1917 –mes en que los Estados Unidos entraron en guerra debido al uso que los alemanes hacían de sus submarinos, que utilizaban sin restricciones contra navíos tanto neutrales como de países enemigos– Schumpeter aún mandó un tercer memorando a Viena. En treinta páginas enérgicamente redactadas, denunciaba la nueva dimensión de la guerra submarina de la que decía que era un terrible error "en cuyas consecuen-cías … se había llegado a enredar a la monarquía [austrohúngara]", exactamente del modo que había predicho hacía más de un año. Confiaba en que la atención de los Estados Unidos se pudiera fijar en la guerra naval del Atlántico y en las batallas terrestres del frente occidental, donde los ejércitos enemigos continuaban masacrándose unos a otros. Dejaba entrever que Austria solo podría sobrevivir si instauraba una paz firmada aparte mientras todavía existiera la rendija de una oportunidad de hacerlo. Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania en abril de 1917 pero todavía no se la había declarado al Imperio austrohúngaro.[24]

Ocho meses después de que Schumpeter enviara su tercer memorando los Estados Unidos declararon la guerra a Austria. La rendija de la mediación se cerró entonces para su gran decepción. Más tarde escribió que los Estados Unidos no habían declarado la guerra a Alemania en abril por sus propios intereses nacionales o económicos, sino porque "las fuerzas morales tenían un poder real para las personas de aquel lugar. La Gran Guerra, fuera justa o no, era a ojos del pueblo estadounidense un acto ilegal de agresión. Un acto que toda persona civilizada estaba obligada a rechazar, de igual modo que todos los hombres tienen la obligación de apresurarse a prestar ayuda cuando observan que alguien es asaltado en la calle".[25]

Schumpeter estuvo muy satisfecho cuando en 1917 Heinrich Lammasch, a quien había enviado sus memorandos, fue nombrado Primer Ministro. En aquel momento, redactó un cuarto memorando, esta vez sobre el auge del nacionalismo checo. Respetaba a los checos y creía que se podría preservar el Imperio de los Habsburgo haciendo de él una triple monarquía más democrática, con una tercera capital en Praga, además de las dos que había en Viena y Budapest. "Todos los grupos nacionalistas" –escribió– "se han radicalizado demasiado últimamente". Esto era algo peligroso en sí mismo y Schumpeter buscaba una política "que los pacificara fundamentalmente y que eliminara los peores motivos de fricción o por el contrario la monarquía perecería."[26]

En ese momento, Schumpeter empezó a imaginar un puesto en el gabinete ministerial para sí mismo, quizá como Ministro de Comercio. En junio de 1918, estuvo a la espera de que Joseph Redlich, que había llegado a ser Ministro en el gobierno de Lammasch, le concediera este puesto. El registro

de esta conversación, que guarda el diario de Redlich, revela la ineptitud política de Schumpeter: “En la mañana de ayer tuve una visita de dos horas del profesor Schumpeter. Infiero de su conversación que los círculos ‘conservadores’, de los que le gusta considerarse asesor, creen que va a ser Ministro … pero que estos círculos no confían en mí. No obstante, él ha utilizado su influencia con éxito para que no se opongan … ¡De eso nada! ¡Son tonterías! … La combinación de sus elogios, de su adulación y de una descarada muestra de su desconfianza con respecto a mi persona constituye una mezcla extraña. Este hombre realmente cree que estoy intrigando para alcanzar el poder.”[27]

Schumpeter nunca llegó a conseguir el puesto que deseaba durante la guerra, a pesar de que lograra ser más conocido en los círculos gubernamentales, y de que nadie dudara de sus capacidades intelectuales. Simplemente carecía del tacto y de la discreción necesarios para triunfar en la vida pública. En 1918, por ejemplo, Schumpeter y su amigo Felix Somary mantuvieron una larga conversación con Max Weber, cuyo trabajo Schumpeter admiraba considerablemente. La reunión tuvo lugar en una cafetería situada justo en frente de la Universidad de Viena, donde Weber había sido nombrado profesor hacía poco tiempo. La conversación pronto giró hacia el tema de la Revolución rusa y Schumpeter dijo que finalmente el marxismo pasaría un examen práctico. Weber respondió que el resultado sería probablemente catastrófico al ser los bolcheviques tan crueles. “Quizá sea así,” –dijo Schumpeter– “pero será un buen laboratorio para probar nuestras teorías”. “Un laboratorio lleno de cadáveres humanos” –exclamó Weber–. “Todas las clases de anatomía son iguales” –le respondió Schumpeter.

Somary recordaba que según avanzaba la conversación “Weber se volvía más vehemente y alzaba la voz, mientras que Schumpeter por su parte se volvía más sarcástico y bajaba la suya. Los clientes del café que estaban a nuestro alrededor dejaron sus juegos de cartas y escucharon ávidamente su conversación hasta el momento en que Weber se alzó bruscamente y se marchó apresuradamente por la Ringstrasse gritando ‘¡Esto es intolerable!’.” Mientras tanto, “Schumpeter, que se había quedado atrás junto a mí, simplemente sonrió y exclamó: ¿Cómo puede alguien montar este escándalo en una cafetería?”[28]

En 1918, Schumpeter dio una conferencia en Viena que transformó a continuación en un artículo sobre las perspectivas de Austria durante y después de la guerra. Sus razonamientos anticipaban los problemas a los que él mismo pronto se enfrentaría como Ministro de alto rango. Su análisis es tan amplio y profundo que hoy en día todavía es una lectura obligatoria en muchos cursos universitarios. Este artículo que llevaba por título “La crisis

del Estado fiscal" analizaba las conexiones existentes entre la guerra, la fiscalidad y el capitalismo. (Con el termino "Estado fiscal", Schumpeter se refería al gobierno de un país capitalista). Los contenidos del ensayo comprendían aspectos históricos, económicos y sociológicos que mostraban rotundamente la originalidad y los conocimientos del autor.[29]

Con su característica perspectiva de largo plazo, Schumpeter empieza su escrito haciendo referencia a los tiempos precapitalistas. Afirma que alguien que pueda analizar la historia fiscal de un Estado (es decir, el modo en que elige cómo gastar sus ingresos) "discierne en el estruendo de la historia mundial de forma más clara que cualquier otro". Sostiene que de todas las fuerzas, la guerra era la más importante en el surgimiento de grandes naciones-Estado. Una vez que se inicia una guerra importante, la supervivencia nacional requiere un sistema fiscal moderno que sufrague los gastos militares. Históricamente, los desafíos que plantearon Francia a Gran Bretaña, Turquía a Austria y Rusia y Francia a Alemania tuvieron un papel fundamental en la agrupación más estrecha que tuvieron estos países, unos a un lado y los otros al otro.[30]

Para los constructores de naciones de la época el hecho de que sus aventuras militares coincidieran con el ascenso del capitalismo empresarial había resultado ser algo casual. Solo un sistema económico productivo de este calibre podía hacer posible que los gobiernos nacionales recaudaran los impuestos necesarios para librar sus guerras sin que al mismo tiempo destruyeran los incentivos individuales para trabajar. Si los impuestos se elevaran en alguna ocasión hasta alcanzar una magnitud que comprometiera estos incentivos, entonces el espíritu empresarial vacilaría y el Estado fiscal podría venirse abajo.

Sin embargo, si asumimos que esto no ha sucedido, entonces el Estado se convertiría en una entidad cuyas funciones van más allá de la acción militar. En este nuevo escenario, "los impuestos no se elevaban simplemente para alcanzar unos determinados objetivos para cuyo cumplimiento el príncipe había solicitado este aumento" sino que también se elevaban para cumplir funciones no militares como impartir una educación pública gratuita. A través de una gestión inteligente, el Estado podía incluso reducir el *tipo* impositivo de tal forma que los *ingresos* fiscales aumentaran; el beneficio empresarial es "la prima que el capitalismo liga a la innovación". Schumpeter, siempre tan anglófilo, citaba a Willaim E. Gladstone y al joven William Pitt como ejemplos de personas que habían diseñado buenas políticas fiscales.[31]

En el caso de la Austria de los Habsburgo, los impuestos excesivos habían disminuido la innovación al hacer que los empresarios "migraran a países con menor imposición". Schumpeter, generalizando ampliamente, proseguía su

discurso y argumentaba que las demandas excesivas de servicios sociales en cualquier país podían detener el flujo de los huevos de oro al matar a la gallina capitalista.[32]

Sin embargo, el capitalismo es un sistema tan excepcionalmente poderoso que puede resistir presiones inmensas. Al referirse a la Gran Guerra, Schumpeter señalaba la capacidad que tenían estados fiscales fuertes como Gran Bretaña, Francia o Alemania para financiar "la locura asesina que devasta Europa". Había Estados más débiles como el Imperio de los Habsburgo que también conseguían hacerlo pero, únicamente, a costa de hipotecar su futuro.[33]

¿Era posible que su propio país sobreviviera económicamente después de 1918? Schumpeter decía que sí aunque solo fuera con grandes dificultades. El camino adecuado para la recuperación era suficientemente sencillo: en primer lugar, una "imposición al capital" (un impuesto sobre los activos líquidos) para controlar la inflación; después, un plan para saldar gradualmente la deuda de la guerra; a continuación, la toma de medidas para atraer flujos de capital extranjero, y, por encima de todo, el estímulo a las iniciativas empresariales domésticas.

Se debían utilizar todos los medios posibles para fortalecer el espíritu empresarial, el crédito y la innovación. "No tengo por costumbre honorar a nuestra burguesía con coronas de laureles" –escribió Schumpeter–. "No obstante, ella puede hacer *exactamente* lo que hoy se necesita … El propio Marx, de vivir, no podría tener una opinión distinta. Y se reiría lúgubremente ante aquellos discípulos que recibieran con agrado la economía administrativa [dirigida por el Estado] actual que es la cosa menos democrática que existe." Una socialización generalizada de la industria podía ser necesaria como modo de alcanzar la equidad política pero cualquier tipo de movimiento de ese sentido debería haber estado precedido durante muchos años de un tipo de "economía competitiva" que pudiera generar por si sola la suficiente riqueza material como para rescatar a Austria de la ruina.[34]

Por consiguiente, los políticos *podían* lograr "salvar al Estado de la vergüenza y del mal". Por supuesto, "necesitaban no fallar ante las dificultades técnicas." El quid de la cuestión estaba en si tendrían valor para tomar las medidas oportunas. "El hombre que vaya a acometer esta tarea necesita verdaderas competencias políticas y fiscales, y además necesita tener esa fuerza de voluntad y ese don de palabra brillantes en el que confían las naciones."[35]

Cuando dio la conferencia que se convertiría en "La crisis del Estado fiscal", Schumpeter pudo haberse tenido en mente a sí mismo, o no, al hablar

del hombre que resolvería la crisis económica. Sin embargo, unos meses después se incorporó al gabinete en calidad de Secretario de Estado de Hacienda de la Primera República de Austria (un puesto equivalente al de Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, al de Canciller del Tesoro británico o al de Ministro de Hacienda de Alemania, Francia u otros países).

El camino de Schumpeter hasta este alto cargo fue extremadamente tortuoso. Pasó por Berlín y no se apoyó en sus colegas conservadores sino en los marxistas Rudolf Hilferding, Emil Lederer y Otto Bauer. Todos ellos habían sido amigos suyos y compañeros de clase durante el seminario que Böhm-Bawerk impartió en 1905 en la Universidad de Viena. Tras graduarse, Hilferding había empezado a estar activo en el mundo de la política y se le había encomendado una función fundamental en el Ministerio de Hacienda de la Alemania de la posguerra. Lederer se había embarcado en una productiva carrera en el campo de la enseñanza universitaria. Y Otto Bauer, tras haber servido en el ejército y haber sido herido en el frente ruso, había vuelto a Viena para convertirse en uno de los líderes del movimiento socialista austríaco. A diferencia de Schumpeter, Bauer era partidario de una unificación con Alemania; soñaba con promover los derechos humanos en una república socialista de posguerra a la que pertenecieran todos los pueblos germanófonos.

Muy pronto, en 1919, Hilferding y Lederer se las arreglaron para que Schumpeter se incorporara a la Comisión de socialización alemana, un organismo con 11 miembros que se reunía en Berlín. Su tarea era la recomendación de mejoras para la reestructuración de la industria minera alemana, entre cuyos trabajadores había numerosos revolucionarios de izquierdas. Hilferding y Lederer eran ellos mismos miembros de la Comisión de socialización y su propia orientación política se situaba a la izquierda de la de Schumpeter. No obstante, sabían que su amigo era un economista astuto y que en cualquier caso la misión de la comisión era más técnica que política.

Schumpeter aceptó la invitación y se trasladó a Berlín, con otra excedencia de la Universidad de Graz. Durante dos meses de trabajo en esa comisión defendió que cualquier política alrededor de la industria del carbón debería estar conducida por el principio de la eficacia económica. Recomendó una empresa pública que pudiera convertirse en una entidad que generara beneficios y que se crearan fondos para paliar la escasez de comida. Al final, la comisión propuso “socializar” la industria (hacerla más responsable de los intereses del país) sin que realmente se nacionalizara. Schumpeter firmó el informe final sin que le pesara refrendar unos principios casi socialistas. Los acuerdos a corto plazo de este tipo no eran más que meros detalles para él.[36]

En febrero de 1919, mientras todavía estaba en Berlín, la República de

Austria celebró sus primeras elecciones. El amigo de Schumpeter, Otto Bauer, que era un líder parlamentario del partido socialdemócrata, se convirtió en el Ministro de Asuntos Exteriores del nuevo gobierno de coalición que presidía el canciller Karl Renner, otro socialista. Además de proclamar la Primera República, el Parlamento declaró la intención de Austria de formar parte de Alemania, una medida que había sido uno de los primeros objetivos de Otto Bauer. A continuación, Bauer presentó el nombre de Schumpeter para el Ministerio de Hacienda, por recomendación de Rudolf Hilferding.[37]

A través de este peculiar camino, Schumpeter, un conservador que no estaba afiliado a ningún partido y que carecía de una zona de influencia independiente, pasó a ser un alto miembro del gabinete, un Ministro de un gobierno austríaco socialista. El racionamiento de la comida que había empezado durante la guerra todavía era efectivo, la inflación estaba desbocada y nadie sabía cuánto tiempo permanecería Austria como nación independiente de Alemania. Había un verdadero potencial para una revolución comunista, como había sucedido, además de en Rusia, en Múnich y en Budapest. El hecho de que Schumpeter aceptara un trabajo que cualquier persona con sus conocimientos hubiera visto que era imposible de llevar a cabo era una prueba de su patriotismo, de su ambición o de su ingenuidad (o quizá una combinación de todas ellas). Había alcanzado su objetivo de llegar a ser una celebridad, pero lo hacía en un momento en el que las probabilidades de éxito de su misión no podían ser más escasas.[38]

Entonces, se trasladó a la grandiosa y barroca sede del Ministerio de Hacienda y empezó su trabajo. Sin consultar a nadie, prácticamente, trabajó para concebir un programa de rescate económico para Austria. Como siempre, se fijó en el largo plazo y en el papel fundamental del espíritu empresarial y el crédito. Su plan tenía por objetivo abrir los mercados extranjeros a los productos austríacos y atraer la inversión extranjera hacia las empresas austríacas. Su programa de libre comercio y de préstamos internacionales anticipaba en muchos aspectos el Plan Marshall de 1947.

El plan financiero (*Finanzplan*) de Schumpeter poseía, técnicamente, una serie de méritos. Según lo describiría posteriormente uno de sus estudiantes: “El plan era el único que hubiera podido salvar la situación.” Sin embargo, la posibilidad de que se adoptara era prácticamente nula debido a la venganza con la que los Aliados estaban redactando los tratados de paz. Los duros términos de estos acuerdos implicaban que las gestiones de Schumpeter y los colegas de su gabinete carecían prácticamente de importancia. Los Aliados victoriosos no iban a garantizarles ni la libertad, ni los recursos necesarios para poder gobernar de manera eficaz.[39]

Y aunque no hubiera sido así, el *Finanzplan* podría haber sido un fracaso

debido a cuestiones puramente nacionales. En primer lugar, necesitaba que la inflación estuviera bajo control durante la recaudación de capital que el gobierno llevaría a cabo mediante la confiscación de un porcentaje de todos los activos líquidos que poseían las empresas y los ciudadanos. A través de este proceso, se retiraría de la circulación una cantidad de dinero suficiente como para detener la espiral inflacionista. La idea de imponer una recaudación de estas características había sido el centro de muchas discusiones durante la guerra, pero su ejecución se enfrentaba a obstáculos enormes.

Lo mismo sucedía con la propuesta de Schumpeter de vender acciones de empresas austríacas a inversores extranjeros como medio de captar nuevo capital para el país. De nuevo, la política en cuestión tenía mucho mérito pero a ciencia cierta suscitaría una fuerte oposición. Muchos votantes la veían como una liquidación total de los pocos activos que quedaban en Austria y la reputación de Schumpeter sufrió durante los años siguientes debido a una gran transacción que efectivamente tuvo lugar.[40]

Schumpeter en 1919 cuando había sido ya nombrado Secretario de Estado de Hacienda de la nueva República de Austria. Tenía entonces treinta y seis años de edad y esta fotografía oficial refleja el conocimiento que tenía de la tarea de enormes proporciones a la que se enfrentaba. (Créditos imágenes 6.1)

De forma general, su *Finanzplan* estuvo condenado al fracaso desde el principio. Además de no ser socialista siendo miembro de un gobierno socialista, demostró no tener capacidad alguna a la hora de hacer avanzar su propuesta. Realizó numerosos discursos públicos pero presentó sus ideas de una manera demasiado rotunda. Después de mantener una entrevista con Schumpeter en torno a la recaudación de capital, uno de los periódicos líderes de Viena informó que los ciudadanos serían responsables de registrar en el

gobierno la mayoría de sus “propiedades muebles” (efectivo, acciones y obligaciones, oro, plata y joyas por encima de un valor determinado). El Ministerio de Hacienda asignaría a continuación un impuesto sobre el capital apropiado para cada ciudadano. Según expuso, con poco tacto, el propio Schumpeter: “La operación acaba en el horno en el que todo el dinero y todos los títulos que caigan en manos del Estado deberán ser quemados.” Frases de este tipo cargadas de metáforas solo podían confundir y alarmar al pueblo austríaco.[41]

No se podía esperar de los colegas de gabinete de Schumpeter, de los cuales solo unos pocos le conocían bien, que apoyaran las declaraciones de sabelotodo de un joven profesor de la Universidad de Graz, al margen de lo brillante que se supusiera que fuese. Tampoco apreciaban las intrigas de Schumpeter con diplomáticos extranjeros y, a veces, con sus propios enemigos políticos. Su costumbre de examinar las propuestas con la prensa antes de aclararlas con los miembros del Parlamento tampoco sentaba bien. Como tampoco gustaban sus conversaciones abiertas con los periodistas sobre la financiación del derrocamiento del régimen comunista de Budapest.[42]

El Ministro de Asuntos Exteriores Otto Bauer, que obviamente no tenía conocimiento alguno de los escritos de Schumpeter en los que denunciaba la unificación con Alemania, se enfadó mucho con él por este asunto. La unión con Alemania no era únicamente un objetivo personal de Bauer sino que se trataba de la política oficial del nuevo gobierno y, según valoraría el propio Schumpeter más tarde, el deseo de “al menos tres cuartas partes de la población”. Bauer también quería socializar la industria austríaca y se oponía al plan de Schumpeter de pago integral de todas las deudas del Estado. En poco tiempo quedó claro que el mandato de Schumpeter iba a ser breve. Al final, su Ministerio duró de marzo a octubre de 1919, un período de complejas maniobras políticas, de violencia en las calles de Viena y próximo a la hambruna para miles de habitantes de la ciudad.[43]

Además de todas estas complicaciones, los vencedores de la guerra estaban negociando los acuerdos de la posguerra mientras Schumpeter todavía ejercía sus funciones y su conducta tuvo un efecto delicado. Según escribió un famoso periodista de Viena en diciembre de 1919: “Lo que hizo imposible su continuidad en el gabinete fue sobre todo su oposición objetiva a la política del Gobierno … Mientras el Gobierno y sus negociadores del período de paz hacían todo lo que estaba en su poder para demostrar la imposibilidad económica del tratado de paz, Schumpeter no dejaba de pronunciar discursos optimistas en los que explicaba que podía restaurar la salud económica de Austria en un plazo de tres a cuatro años.”[44]

Estos discursos se basaban en el poder flexible del capitalismo y en la

voluntad de Austria de pagar el precio necesario para la recuperación. De todos modos, Schumpeter también pronunció algunos discursos pesimistas. Al observar el conjunto de su mandato, su antiguo profesor Friedrich von Wieser se preguntó en primer lugar las razones por las que alguien así, un "amigo de Inglaterra que aborrecía a los alemanes", había entrado a formar parte de ese gabinete. A pesar de ello, Wieser no podía dejar de admirarlo. "No se llevó a engaño por un sentimiento de superioridad" –escribió el profesor en su diario–. "Schumpeter tenía coraje, un activo que nunca se podrá alabar en exceso".[45]

Europa central continuó en estado de agitación durante mucho tiempo después del fin de la guerra, en parte porque el Tratado de Versalles (que se ocupaba del Imperio alemán) y el Tratado de Saint Germain (que se refería al Imperio austrohúngaro) habían sido tremendamente despiadados. En noviembre de 1918, Alemania había solicitado la paz, pero también había empezado a perder la guerra, aunque su propio ejército aún estuviera instalado muy en el interior de Francia. La propia Alemania no había sido invadida bien que los graves apuros que pasaba en el frente nacional habían empezado a fomentar la revolución. A los ojos de los negociadores alemanes y austríacos, la paz debería basarse en los catorce puntos de Woodrow Wilson (unas condiciones aceptables, que eran muy diferentes de las que realmente se aplicaron). En vez del sueño de Wilson de "una guerra que acabara con todas las guerras", la realidad mostró ser "una paz para terminar con toda la paz".[46]

Schumpeter nunca olvidó los términos de estos tratados y lo que consideraba la falta de honradez esencial de los Aliados con respecto a Alemania y a Austria. Veinticinco años después, durante la II Guerra Mundial, se encontró a sí mismo irremediablemente en conflicto con la perspectiva de otro 1919 (o de algo mucho peor). En 1943, los estadounidenses no ofrecían nada parecido a los catorce puntos de Wilson o cualquier otro tipo de acuerdo negociado. En su lugar, exigían la "rendición incondicional" tanto de Alemania como de Japón, una perspectiva que hacía estremecer a Schumpeter. Las diferentes ideas de los estadounidenses en 1918 y en 1945 todavía pueden observarse en el lenguaje de la memoria de la nación. El 11 de noviembre de 1918 se llama el Día del Armisticio o el Día de los Veteranos en contraste con el Día V-E y el Día V-J de 1945 en el que no se conmemora la paz o el sacrificio personal sino la victoria en Europa y en Japón.

En 1919, John Maynard Keynes asesoró a los negociadores británicos en Versalles y propuso algunas de las mismas disposiciones económicas para Alemania que contenía el *Finanzplan* de Schumpeter para Austria. No obstante, cuando Keynes se dio cuenta de lo que estaba pasando (en su lugar,

el tratado iba a exigir enormes indemnizaciones financieras al mismo tiempo que privaba a Alemania de los recursos para sufragarlas) abandonó bruscamente Versalles y volvió a Inglaterra. Allí, con una elocuencia nacida de la furia, escribió *Las consecuencias económicas de la paz*, un libro que le daría fama mundial.

Entre tanto, el Tratado de Saint Germain coincidía con el de Versalles en su falta de piedad: disolvía el Imperio de los Habsburgo y diseñaba el escenario de la ruina económica de Austria. Cuando en el verano de 1919 apareció el borrador de este documento, Schumpeter, todavía en ejercicio, lo denunció públicamente y lo calificó de "sentencia de muerte" para su país. El tratado no tenía "ningún sentido en absoluto" en cuanto a sus disposiciones económicas. "Con esto, Austria ha perdido toda posibilidad de continuar con vida. Ninguna institución crediticia, ningún banco, ninguna sociedad de ahorro podrá sobrevivir si esta decisión se hace efectiva. La población de Viena se volverá más y más pobre." Schumpeter añadió que el tratado "solo necesitaba ser ratificado para provocar una catástrofe inevitable". Imponía, incluso, precios desfavorables para la exportación de madera, uno de los pocos productos que Austria podía vender en el extranjero y con el que podía conseguir beneficios. Según reflejaba un aforismo de la época, los Aliados vencedores habían dado la industria del viejo Imperio a los checos y la agricultura a los húngaros; habían dejado a los austríacos germanófonos un paisaje alpino, la burocracia vienesa y la deuda imperial de la guerra.[47]

El tratado debilitó todos los lazos entre Austria y Hungría, concedió la provincia de Transilvania a Rumanía y cedió la gran provincia de Galicia situada al nordeste a la nueva República de Polonia. Al oeste, otros territorios fueron a parar a Italia; al sur, las provincias de Habsburgo de Eslovenia, Bosnia y Croacia se unieron a Serbia para formar lo que finalmente sería Yugoslavia.[48]

De manera más dolorosa para la Austria alemana, el tratado reunió las zonas industrializadas checas de Bohemia y Moravia con las eslovacas de Hungría y Rutenia para crear un nuevo país: Checoslovaquia. Casi cuatro millones de austríacos germanófonos que podrían haberse situado en Austria o en Alemania se encontraron entonces en el interior de Checoslovaquia. Veinte años después, en octubre de 1938, esta situación proporcionó un pretexto a la invasión de Adolf Hitler de la *Sudetenland*, justo al otro lado de la frontera sudoriental alemana para así "liberar" a los germanófonos del control extranjero de los checos.

Los tratados de 1919, excepto por la prohibición de la unificación con Alemania, ratificaron las peores pesadillas de Schumpeter. A partir de entonces no hubo posibilidad alguna de que se produjera una recuperación

austríaca encabezada por las empresas locales. En su lugar, los sucesores de Schumpeter en el Ministerio de Hacienda (muchos de los cuales también permanecieron en el cargo durante breves períodos de tiempo) tuvieron que confiar en los Estados Unidos y en Gran Bretaña para que les enviaran remesas que aliviaran su situación. En esa época, los ciudadanos de Viena subsistían con alrededor de 1.300 calorías al día, cerca de dos tercios de la cantidad nutricional necesaria. Del mismo modo que en Alemania, la inflación del tiempo de guerra se convirtió en hiperinflación en el tiempo de paz. En 1922, las carretillas proverbiales de monedas necesarias para comprar una barra de pan se habían convertido en una realidad. En palabras de Schumpeter, los tratados podrían defenderse en cierto modo en términos políticos pero de ninguna manera en términos económicos. Hicieron saltar en pedazos la unidad económica y los modelos comerciales de la cuenca del Danubio, cuya posición central ocupaba Viena.[49]

Con la adopción de estas medidas, la “paz cartaginesa”, como la denominó Keynes, se había consumado. Keynes aludía con este término a la decisión de los antiguos romanos que salaron las tierras de la Cartago conquistada para evitar nuevas cosechas. Pero lo que se había efectivamente sembrado eran las semillas de una segunda guerra mundial.

Para Schumpeter, personalmente, se trataba de treinta años de relativa buena suerte que concluían en 1918. La odisea que le había llevado desde Triesch hasta Graz y luego a Viena (y después a Inglaterra y Egipto, a Chernivtsi, de nuevo a Graz, y a Estados Unidos para finalmente llegar a la celebridad como Ministro de Hacienda austríaco) era en aquel momento un simple cúmulo de memorias, artefactos del mundo de antaño. En 1920, con treinta y siete años de edad, se enfrentaba a un futuro muy inseguro.

Capítulo 7
Gran Rifiuto

Un hombre debe aprender de sus errores …

al COMETERLOS, no cuando le evitan que los cometa.

Shelby Foote: carta a Walker Percy, 1952.

A Schumpeter le gustaba hablar de aquellos años, cuando fue Ministro de Hacienda y los posteriores, como su *gran rifiuto* (expresión italiana que significa un gran rechazo). Durante esos años formó parte activa del ámbito gubernamental y empresarial. Aprendió los peligros de crear nuevas empresas, los riesgos del comercio y la industria y volatilidad de las finanzas. Cometió muchos errores pero las enseñanzas de primera mano que aprendió sobre la naturaleza del capitalismo demostraron ser inestimables cuando volvió a la senda de su verdadera vocación: la académica.

En 1922, tres años después de que abandonara el Ministerio de Hacienda, Austria todavía sufría graves problemas. Las condiciones económicas parecían haber mejorado, pero solo para decaer de nuevo otra vez más. En un artículo de prensa Schumpeter resumía la situación: “Austria es como un paciente que tiene prácticamente todos sus órganos dañados a causa de una catástrofe explosiva. Un paciente de este tipo no puede simplemente ir al médico y pedir una pastilla que le haga sentirse bien, sino que necesita una cura para cada órgano a través de métodos específicos … Por supuesto, se trataría de un proceso que duraría varios años, pero vendría a colación inmediata el importante efecto psicológico [en los empresarios] que sobrevendría si se acometiera en serio.”[1]

En el momento en que escribía estas palabras en 1922 Schumpeter no era un observador académico, era precisamente uno de esos empresarios. Después de dejar su cargo al servicio del gobierno en 1919 volvió a Graz y se dio cuenta de que tenía pocos ánimos para enseñar. Ser un profesor de universidad en aquel período parecía un mero modo de ganarse la vida así que no se esforzó por fortalecer su carrera académica. Luchó por obtener una oferta de profesor titular para enseñar en la escuela de comercio y negocios de Berlín pero después rechazó el cargo. En 1921, después de haber disfrutado ya de varias excedencias, presentó su dimisión en la Universidad de Graz.[2]

Le había entusiasmado la celebridad de ser Ministro de Hacienda y, como muchas personas que han estado en el poder, decidió intentar hacerse rico. Había ganado una pequeña fortuna años atrás en El Cairo y no veía ninguna razón por la que no podría hacerlo de nuevo. Esta vez asumiría una identidad nueva y todavía inédita: banquero e inversor profesional.

Sus aventuras dieron comienzo en el invierno de 1920 a 1921 cuando el parlamento austríaco le otorgó una licencia para explotar un banco en Viena. Sus amigos del gobierno pensaban que no había recibido un buen trato como Ministro de Hacienda y le dieron una recompensa apropiada con esta "concesión" bancaria. La concesión no tenía un valor específico pero el privilegio de operar un banco ofrecía grandes posibilidades puesto que solo había una veintena de bancos importantes en Viena. Schumpeter podría haber vendido la concesión en seguida o haberla guardado hasta que llegaran tiempos mejores pero, en su lugar, decidió utilizarla él mismo rápidamente.[3]

Esa decisión le llevó a establecer una alianza con un financiero llamado Artur Klein, un socio senior del banco privado Biedermann Bank, el más antiguo de Viena. La familia Biedermann, de origen judío y procedente de cerca de Bratislava, había fundado el banco en 1792. Durante el siglo XIX había financiado el primer ferrocarril de Austria y otras muchas empresas. En asociación con los Rothschild había abierto una filial del banco en Londres. Entre tanto, los Biedermann se habían vuelto católicos y se habían unido a la "segunda sociedad" aristocrática de Viena. El último representante masculino de los Biedermann había muerto en el campo de batalla durante la Gran Guerra.

Después de la guerra, el banco comenzó a tener problemas como casi todos los bancos de los países del bando de los perdedores. Todavía gozaba de gran prestigio pero carecía de fondos. El competente Arthur Klein, a la cabeza de la empresa, decidió que el mejor camino para lograr nuevos recursos sería la constitución formal del banco, que durante 130 años había operado en calidad de sociedad colectiva. Si ofrecía acciones a inversores podría recaudar dinero nuevo. El banco podría entonces prestar este dinero y operar del modo en que lo hacen hoy en día los bancos de inversiones. Sin embargo, para tener el derecho de constituirse Klein necesitaba una concesión del Parlamento.

Klein sabía que Schumpeter contaba con una concesión de estas características por lo que ofreció al antiguo Ministro de Hacienda un gran número de acciones del Biedermann Bank, además de la dirección y la presidencia. A cambio, Schumpeter daría su concesión al banco lo que permitiría su constitución. El papel que tendría en la gestión operativa del banco no quedaba claro.[4]

Desde el punto de vista de Schumpeter, este acuerdo cumplía varios objetivos: quedarse en Viena y hacerse probablemente rico. Su salario anual se fijó en una suma equivalente a 250.000 dólares de principios del siglo XXI. En tanto que empleado del banco, también disfrutaría de una línea de crédito automática. Podía recurrir a este crédito para sus propias inversiones y tenía razones para estar esperanzado con el futuro de las empresas austríacas.

Como dijo en 1921 con su optimismo característico: “Los niveles de negocio están en aumento a pesar de todo y las infraestructuras financieras y comerciales todavía están intactas en su mayor parte.” Además, lo que era más importante, recibiría acciones del banco con un valor significativo. Al cabo de dos años, tendría 90.000 de las 780.000 acciones en circulación, lo que le convertía en el segundo mayor accionista del banco.[5]

En aquel momento Schumpeter tenía una oportunidad para poner en práctica los principios que había subrayado en sus escritos académicos: la importancia del espíritu empresarial para el crecimiento económico y el papel fundamental de los bancos al crear crédito para financiar nuevas iniciativas. Sin embargo, en la situación concreta de 1921 había una gran cantidad de veneno en su nuevo jardín del Edén. La espiral inflacionista de Austria continuaba su curso, de un modo muy parecido al que el propio Schumpeter había predicho en su artículo sobre “La crisis del Estado fiscal”. Entre 1920 y finales de 1922, la moneda nacional se multiplicó por un factor de 2.100 y entre las múltiples consecuencias enfermizas de tal expansión monetaria estaba que la alta tasa de inflación entrañase, para cualquier banco que prestara fondos sin tomar ajustes provisionales, el riesgo de que le devolvieran el dinero en una moneda devaluada y, por consiguiente, perdiendo una gran cantidad del mismo.

Los problemas de gestión a los que se enfrentaba cualquier banco en este contexto de alta inflación eran sobrecogedores. Los clientes que trataban de mover su dinero rápidamente lo introducían y retiraban de sus cuentas y causaron un aumento gigantesco del número de transacciones. Durante los años que Schumpeter estuvo en el Biedermann Bank, por ejemplo, las presiones inflacionistas obligaron al Deutsche Bank, la empresa de servicios financieros más fuerte de Alemania, a doblar su personal aunque el número de cuentas solo hubiera aumentado en algo menos del 10%. La plantilla del Deutsche Bank creció hasta tener 37.000 empleados, una cifra muy elevada para una institución financiera de esa época.[6]

Cuando tomó posesión de su nuevo cargo, Schumpeter dejó las cuestiones de personal y casi todas las otras decisiones de gestión operativa a Artur Klein, el verdadero profesional. Tampoco se ocupó de la rutina diaria de introducir los saldos deudores y acreedores o incluso la planificación estratégica necesaria para garantizar la prosperidad del banco. Schumpeter supervisó las reuniones del Consejo de Administración pero, de mutuo acuerdo con Klein, no ejerció papel alguno en el funcionamiento del banco. En su lugar, consagró sus energías a sus inversiones personales y durante cerca de tres años obtuvo un buen rendimiento como administrador financiero. Sus riquezas no crecieron fabulosamente pero sí que acumuló una

fortuna considerable en un clima económico desfavorable.[7]

Mientras tanto, disfrutó de una vida muy acomodada. Mantuvo dos residencias muy cuidadas además del piso original de Johanna Kéler, cenaba en los restaurantes más caros de la ciudad y se compró un caballo de carreras y un caballo de montar. Continuó con su vida de donjuán y parecía divertirse con la burla de protocolos de toda clase. A menudo se comportaba más como un artista de espíritu libre que poseía una herencia sustanciosa que como un hombre de negocios convencional y menos aún como un banquero. De manera inevitable, su conducta atrajo la atención de la prensa. En un artículo crítico y de larga extensión, un periodista de la versión vienesa del *Wall Street Journal* lo describía de esta manera: "Un cerebro brillante, un escritor ingenioso y un joven agraciado cuyo sombrero de doctor reposa ladeado de alguna forma en su cabeza y sobre él flota una nube de un azul pálido de comediante, ese es Schumpeter."[8]

Entonces, justo cuando se acercaba a su meta de poseer su propia gran riqueza, el desastre golpeó a una Austria que ya tenía problemas económicos serios. En 1924 el mercado de acciones de Viena sufrió un *crash* y perdió tres cuartas partes de su valor. Esta calamidad cogió totalmente por sorpresa a muchos inversores, incluyendo a Schumpeter, que tenía acciones en un gran número de empresas, entre las que había algunas de reciente creación. Cuando el mercado se hundió, acabó con estas empresas y Schumpeter perdió la mayor parte de su dinero. Aún conservaba su puesto en el Biedermann Bank pero pronto se encontró sumergido en las deudas debido a que el banco rechazó satisfacer sus compromisos con las empresas en las que él tenía grandes inversiones.[9]

En ese momento, presentó la dimisión de su cargo en el Biedermann Bank bajo la presión de los otros miembros del Consejo de Administración y reembolsó el dinero de sus descubiertos al banco a través de los préstamos que le hicieron algunos amigos. Finalmente, consiguió abonar el importe de todas sus deudas después de muchos años de duro trabajo que "no deseo a ninguno de mis enemigos". Como diría un amigo suyo más tarde, Schumpeter poseía "un sentido del honor casi feudal".[10]

Aunque no había hecho nada poco ético, su reciente estatus de Ministro de Hacienda le había convertido en blanco de los periodistas. La nueva acusación más llamativa que le hicieron estaba relacionada con sus relaciones comerciales con un antiguo compañero de clase del *Theresianum* que de hecho había cruzado la línea de la ilegalidad. Schumpeter había garantizado personalmente préstamos que este conocido suyo había utilizado para la construcción de una nueva fábrica de vidrio. Las investigaciones oficiales absolvieron a Schumpeter pero su desacertada garantía de préstamo le

condujo a la bancarrota.[11]

Como escribiría más tarde, ese juicio erróneo por sí solo "le llevó a la completa ruina financiera". Molesto por las acusaciones de engaño cuando la verdadera razón de su ruina era haber depositado su lealtad en quien no la merecía, continuó afirmando que "quienquiera que manifieste reparos morales sobre mi conducta debería pasar por esto por sí mismo", es decir, por la misma terrible experiencia, si quería que se le tomara en serio. Durante más de una década, desde 1925, Schumpeter dedicaría casi todo el dinero que recibía de sus escritos y de sus muchas conferencias públicas a liquidar las deudas de este incidente.[12]

Debido a la mala situación económica de la posguerra en Austria, es difícil valorar el rendimiento de Schumpeter como hombre de negocios. Por un lado, amasó una gran cantidad de dinero durante los inicios de su nueva carrera y esto constituye un logro impresionante. Por otra parte, le faltó el sentido de frialdad de la adecuación del momento que caracteriza a los grandes administradores financieros. Reacio a disminuir su posición cuando el valor de sus acciones caía, siguió siendo fiel a empresas que se malograban (sobre todo a empresas emprendedoras con las que compartía una afinidad personal además de tener en ellas una posición financiera activa).[13]

Al final, la experiencia de hacer una gran suma de dinero para luego perderla le procuró sobre temas vitales para su investigación más enseñanzas que las que nunca le hubieran podido proporcionar los libros. Más tarde escribiría que en las economías capitalistas, las recompensas y los castigos para buenos y malos juicios aparecen rápidamente y de forma cruel. "Los premios y las sanciones se miden en términos pecuniarios. Subir y bajar significa hacer y perder dinero … Las promesas de riqueza y las amenazas de desposesión que [este sistema] mantiene, las cumple con una presteza despiadada". A diferencia de muchos académicos, tenía un conocimiento de estas cosas de primera mano. Del mismo modo que el período que ejerció de Ministro de Hacienda le expuso a los dilemas políticos, sus años en el mundo de los negocios le proporcionaron una educación directa de la naturaleza del capitalismo.[14]

Schumpeter en 1923 a la edad de cuarenta años; un banquero privado y un hombre de mundo. (Créditos imágenes 7.1)

El filósofo Alfred North Whitehead señaló en cierta ocasión que “la inteligencia es la rapidez de aprehender a diferencia de la competencia que es la capacidad de actuar sabiamente en relación con la cosa aprehendida.” El despistado Whitehead tenía incluso menos competencia en cuanto a asuntos prácticos que Schumpeter. Sin embargo, su comentario retrata la esencia de la carrera de Schumpeter en el mundo político y empresarial en contraposición con su vida académica de economista. Tanto su actuación como inversor como su experiencia como Ministro de Hacienda acabaron siendo un fracaso.[15]

En un contexto más amplio, la mayoría de personas de Europa central que intentaron triunfar como inversores o funcionarios durante este período también sufrieron un *gran rifiuto* de algún tipo. La razón era bastante sencilla: estaban en el bando de los que habían perdido la Gran Guerra. Ninguno de los muchos Ministros de Hacienda de Austria o de Alemania tuvo gran éxito. Algunos salieron mejor parados que Schumpeter, pero a otros les fue incluso peor (uno de ellos fue asesinado). La situación política de Austria siguió siendo inestable, los precios continuaron aumentando, el dinero destinado a la inversión era escaso y los trabajos dignos aún más. Un gran número de personas erraban por las calles de Viena, desnutridas y con los ojos hundidos.[16]

Eran tiempos especialmente duros para las iniciativas emprendedoras a las que Schumpeter tenía en tan gran estima. Según describió esta situación en 1921, la esencia de la economía no yacía en los valores de papel o incluso en el equipo de producción "sino en las relaciones psicológicas entre las personas y en el estado mental del individuo". El elemento fundamental era la orientación del capitalismo hacia el futuro, pero cuando el futuro parece sombrío las personas son reacias a tomar riesgos. "La comunidad espiritual es un organismo infinitamente complejo y sensible" y "cada industrial o comerciante es quien mantiene a flote su propia barca".[17]

Schumpeter recalcaba una vez más el papel crucial del crédito. Austria tenía que modernizar su sistema de negocio puesto que "ahora estamos ante el caso más significativo de la necesidad de crédito que tiene la sociedad capitalista, el caso con mayúsculas en el que el crédito es indispensable". Austria, para sobrevivir y prosperar, necesitaba desesperadamente la inyección de dinero nuevo. Sin embargo, el Tratado de Saint Germain de la posguerra había paralizado grandes sectores de la economía nacional y había hecho muy difícil la atracción de inversores extranjeros. Incluso cuando el crédito extranjero aparecía el gobierno lo gestionaba mal.[18] Austria "está mendigando para conseguir capital extranjero" –escribió Schumpeter– "y cuando llega grita porque se siente arrollada por los extranjeros". El país se estaba comportando "como algunas ciudades con el turismo: no pueden vivir sin el turismo pero cuando llegan los turistas, los insultan, los importunan o tratan de explotarlos con unos modales mezquinos." Mientras tanto, Austria utilizaba tanto su capital como los préstamos extranjeros para financiar el consumo y la inversión. Incluso necesidades cotidianas como la comida y el vestido se pagaban a crédito. "Por supuesto, este estado de cosas no puede durar."[19]

Como el retorno de Austria a un estado de salud económica requería una balanza de comercio más favorable, a Schumpeter le pareció que la tendencia

hacia el proteccionismo mundial era especialmente perturbadora. Al hablar con la Austrian League of Nations Club en 1922, Schumpeter dijo que la Liga debería luchar contra los aranceles elevados no solo por razones económicas sino para minimizar las posibilidades de que hubiera otra guerra. “En un mundo capitalista, el libre comercio es el cemento que mantiene unida la idea de paz”.[20]

En resumen, la industria austríaca carecía de crédito y de tecnología moderna, su sistema fiscal era desatinado, los salarios eran demasiado elevados en comparación con la productividad laboral y sus empresas exportadoras hacían frente a aranceles elevados en casi todos los países, incluidos aquellos que habían formado parte del Imperio austríaco de antes de la guerra. Hasta el futuro de Viena como centro financiero importante estaba en el alero.[21]

A Schumpeter le exasperaba sobre todo el hecho de que el nivel del comercio y de las finanzas hubiera caído en picado en el área del antiguo Imperio. Después de la guerra, el odio étnico había encontrado nuevos mercados y las naciones que acababan de independizarse parecían obtener un placer perverso en frustrarse las ambiciones recíprocas, las unas a las otras. Parecían concentrarse en establecer identidades diferenciadas con desprecio del coste que les supusiera. Austria no encontró apoyo alguno a sus políticas de reintegración económica. Las pasiones nacionalistas de cada uno de los nuevos países impedían la toma de medidas de cooperación que hubieran beneficiado a todos ellos. Además, guardaban un odio especial a Viena, como núcleo financiero del antiguo Imperio.[22]

Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía rechazaron las propuestas de Viena relativas a una unión monetaria y de libre comercio. Hungría, el Estado más nacionalista de todos los estados sucesores del Imperio de los Habsburgo, quería elevar sus aranceles a lo largo de todas sus fronteras y confiaba plenamente en sus propios recursos. La política y la búsqueda de una identidad nacional anulaban simplemente el interés económico propio, en todas partes. La nación más avanzada de todos los nuevos países era Checoslovaquia, el país donde había nacido Schumpeter, en el que había vivido una cuarta parte de la población del antiguo Imperio y que había sido el lugar donde se concentraba más de la mitad de su capacidad industrial. Los catorce millones de habitantes de Checoslovaquia de aquel momento doblaban la población de Austria en una relación superior a 2 a 1 y su rendimiento industrial era cerca de seis veces mayor. Los checos recordaban ampliamente la altanería de la Viena de los Habsburgo y mostraron poca simpatía por sus vecinos del sur que en aquel momento estaban debilitados.[23]

Este era por tanto el telón de fondo de los cinco años durante los que

Schumpeter fue banquero e inversor en Viena. Austria no podía encontrar una vía de salida para su dilema económico y en este contexto Schumpeter fracasó en los negocios, tanto como había fracasado en su cargo de Ministro de Hacienda. Cometió muchos errores, pero las circunstancias desesperadas de su país le arrastraron otro tanto, como mínimo. Como él mismo escribió en su diario muchos años después: “Realmente no me arrepiento mucho de mis esfuerzos y fracasos; cada uno de ellos me enseñó algo sobre la vida y sobre mí mismo, que un éxito uniforme me habría ocultado.”[24]

Afortunadamente, pronto iba a encontrar una doble liberación: en su retorno al mundo académico y en el único amor de su vida verdaderamente romántico.

Capítulo 8
Annie

En la vida solo hay una felicidad: amar y ser amado.

George Sand: carta dirigida a una amistad suya, 1862.

Durante su *gran rifiuto*, Schumpeter realizó una buena inversión que tuvo rendimientos importantes: se enamoró de una hermosa joven, Anna Josefina Reisinger. Annie era la hija de Franz Reisinger, el portero del edificio de Viena en el que creció Schumpeter. Annie y sus hermanos, Willy y Emilie (Milly), compartían las modestas habitaciones que tenían sus padres en el edificio. La familia también tenía una pequeña tienda en ese mismo lugar.[1]

Schumpeter era veinte años mayor que Annie y la conocía desde que era una niña. A los quince años había empezado a trabajar de empleada en un banco al mismo tiempo que continuaba sus estudios en el instituto. Annie tenía escasas pretensiones intelectuales pero sí tenía un serio interés por desarrollarse personalmente. Hizo cursos de taquigrafía, correspondencia comercial y contabilidad, además de las asignaturas del instituto. En la Universidad Popular de Viena estudió también inglés, francés, italiano y español. Aparte de su excepcional hermosura y de su porte entusiasta, era una joven de su tiempo y clase social.[2]

Annie tenía un diario en el que anotaba casi todas las actividades del día. Iba al cine y al teatro a menudo, le gustaba la música y bailar y caminaba con frecuencia con su familia y sus amigos por los bosques de Viena. En su diario no hay muestras de que reflexionara sobre grandes temas, a pesar de las tensiones políticas que se estaban forjando en Viena. Sin embargo, en una anotación fechada el 15 de junio de 1919 escribió lo siguiente en relación con los disturbios callejeros de los comunistas que empezaban a propagarse por la ciudad: “Manifestación, multitud de tiroteos, 12 muertos, 80 heridos, horrible, mucha sangre. Me quedé en casa.” Esto sucedió durante el mandato de Schumpeter como Ministro de Hacienda.[3]

Annie tenía atractivo entre los chicos y tuvo numerosas aventuras, todas ellas en apariencia inocentes hasta que sobrepasó los veinte. Cuando tenía diecisiete años y Schumpeter treinta y siete, él empezó a darse cuenta de que la chica de la puerta de al lado estaba convirtiéndose en una joven y hermosa mujer. Schumpeter se había mudado otra vez a Graz después de abandonar el Ministerio de Hacienda pero visitaba a menudo Viena y debía de toparse con Annie al entrar o salir del piso de su madre. Annie y él empezaron a mantener correspondencia y alguna que otra vez salieron juntos. Al principio sus padres (de los que ella se sentía muy cercana) le prohibieron que tuviera más citas con Schumpeter, que era mucho mayor que ella. Por otra parte, era alguien

que habían conocido y respetado durante muchos años y era prácticamente el único hombre en la vida de Annie. Cuando tuvo dieciocho años transigieron y permitieron que lo viera, dentro de unos límites bastante estrictos. Su padre, mientras tanto, hizo que dejara de salir con otro de sus amigos arguyendo que él era demasiado joven.[4]

Da la impresión de que Annie anotó en su diario todas las veces que se encontró con Schumpeter durante los siguientes años. Hay cientos de anotaciones que muestran cómo se desarrolló su relación, que dio comienzo cuando tenía diecisiete años:

> *26 de mayo de 1920*. [Schumpeter] me llamó por mi nombre por primera vez.
> *17 de junio de 1920*. Schum [y yo] salimos a las 6 de la tarde [para ver un musical], después cenamos en Hupfer's en la sala anexa. ¿Llegaré a ser su novia? No.
> *18 de junio de 1920*. Carta de Schumy desde Graz. Gracias a Dios mamá [no la ha encontrado].[5]

Continuó viendo a Schumpeter y manteniendo correspondencia con él pero durante ese mismo período de tiempo también salió con hombres de su misma edad o más jóvenes.[6]

Los padres de Annie eran conscientes de su belleza y la mantuvieron a raya. Le permitían ir a carreras de caballos con Schumpeter cuando iban con un grupo más grande de personas pero no le dejaban ir al teatro sola con él. En una ocasión, lo dejó plantado en un restaurante en el que habían quedado y luego le escribió lo que llamó una "carta grosera". Le dijo que sabía que estaba casado (aunque desde hacía siete años Schumpeter no hubiera visto a Gladys), que era "un gran egoísta" y que mantenía relaciones con muchas mujeres. "¿Por qué no podemos vernos? En resumen, porque mi buena reputación no lo permitiría." Sin embargo, justo después de haber enviado la carta, a Annie empezó a preocuparle que Schumpeter se enfadara ya que "después de todo era una persona agradable". Al ser tan joven, tenía multitud de sentimientos caprichosos y no estaba preparada para mantener una relación estable, como tampoco lo estaba en aquella época el propio Schumpeter.[7]

"Por fin he recibido una respuesta de Schummy" –escribió en su diario poco después de haberle enviado la carta grosera–. "No se siente insultado pero está triste. Yo también. Pero no hay nada que podamos hacer … En todo caso estoy a la espera de tener la oportunidad de hablar con Schump. Me da lástima. No lo sé pero me da la impresión de que podría ocupar un lugar en mi vida. Tengo también este sentimiento vacío ahora, ¡ojalá fuera así! Pero los orígenes tan diferentes que tenemos … la gente diría que es solo por dinero … Pero al mismo tiempo me da tanta lástima Schump, casi podría decir que le quiero, no, sé que sí que le quiero."[8]

Continuó manteniendo correspondencia con él mientras estaba en Graz y viéndolo cuando iba a Viena. Después de que despidieran a Annie,

Schumpeter escribió recomendaciones sobre ella para varios bancos. Sin embargo, no encontró trabajo y los tiempos económicos seguían siendo duros. Una vez "un colega de Schumy me pidió una cita", que declinó. "Se trataba de un granuja picarón".[9]

Durante la primera parte de 1921, año en que Annie cumplió los dieciocho, sus anotaciones en el diario fueron menos regulares y explicaba pocas cosas de Schumpeter o de cualquier otro tema. Su principal problema durante este período era ganar suficiente dinero para vivir (esta era la cruda realidad para muchas personas que vivían en Viena y sin lugar a dudas para la familia Reisinger). El hermano de Annie, Willy, trabajaba de forma intermitente en la tienda de la familia pero su hermana, Milly, tuvo que irse a Alemania donde trabajó de criada en una casa acaudalada. Annie no lograba encontrar un trabajo satisfactorio para sí misma. Trabajó una breve temporada como asistenta y luego como costurera.[10]

Decidió seguir el ejemplo de su hermana al ver como empeoraban los malos tiempos. Dejó Austria con solo dieciocho años para trabajar para una familia adinerada en Francia. La familia pasaba la mayor parte del tiempo en París pero para disgusto de Annie la mandaron a su granja cerca de Pontagny. Trabajaba durante largas jornadas pero se llevaba bien con otros miembros del personal y se las arreglaba para tener al menos un poco de vida social. También puso un gran empeño en aprender la lengua del nuevo país en el que se encontraba; su diario durante este período está escrito en un francés rudimentario.[11]

Después de pasar dieciocho meses en Pontagny abandonó su trabajo para probar fortuna en París. Su primer trabajo en esa ciudad no le salió bien: "La señora no sabe tratar al servicio." Además, sus compañeros de trabajo eran maleducados. No obstante, al menos consiguió mandar dinero a su madre que estaba en Viena. Pronto encontraría un trabajo más agradable, de *au pair*, también en París. Le gustaba trabajar con niños y en su nueva casa le cogió especial cariño a uno de los jóvenes hijos de la familia. "Me gustaría tener un niño como Frangois" –escribió–. Un comentario que llegaría a rondar los oídos de Schumpeter. A pesar de todo, durante su estancia en París fue "infeliz casi todo el tiempo"; disponía de poco dinero y de pocas horas de ocio para disfrutar de los encantos de la ciudad.[12]

En el otoño de 1923, después de casi dos años y medio en Francia, Annie volvió a Viena. Encontró un empleo a tiempo parcial que solo le duró cuatro meses. Durante su larga ausencia no había visto a Schumpeter ni una sola vez y solo había mantenido correspondencia con él durante sus primeras semanas en Francia. Sin embargo, en la nochevieja de 1923 fue a visitar el piso de Johanna donde encontró a Schumpeter por primera vez después de más de

tres años. En aquel momento era un hombre rico, todavía bien parecido a sus cuarenta años aunque, aparentemente, un poco menos interesado en ella. Durante los siguientes diecisiete meses vio a Annie, habló con ella por teléfono y salió con ella de vez en cuando. En esa época estalló la crisis del Bolsa de valores de Viena y los problemas financieros de Schumpeter empezaron a ser serios. Y menos de un año después dimitió de su cargo en el Biedermann Bank.[13]

Mientras las dificultades económicas de Austria proseguían, Annie siguió buscando trabajo y al final consiguió un buen trabajo en una tienda. No obstante, una vez había calmado sus problemas económicos, se permitió el lujo de meterse en dificultades importantes en su vida amorosa. En aquel momento tenía veintiún años y era extraordinariamente atractiva. Ella misma se previno en una anotación de su diario del 5 de abril de 1924: "¡No llames la atención de hombres casados!"[14]

Ignoró su propio consejo y pronto se vio envuelta en una relación turbulenta con un hombre al que llama en su diario "Gerhard L" o "G". Se trataba de un hombre de negocios con mujer e hijo que viajaba con frecuencia a Suiza, Hungría y Alemania. Alternaba la crueldad y la amabilidad en su trato con Annie y una vez le robó su diario ("¿Para qué lo quiere? ¿Para chantajearme?"). Otras veces le traía regalos. Después de varios meses con esta relación se dio cuenta de que estaba embarazada. Estaba aterrorizada con la posibilidad de que su familia pudiera enterarse y de perder su trabajo. "¡Qué horror!" –escribió–. "Ese hombre me da náuseas".[15]

En octubre de 1924, cuando G. "se fue a Suiza con su mujer", Annie de mala gana decidió abortar. Viajó hasta Linz, una pequeña ciudad al noroeste de Viena, en la que había un médico que realizaba este tipo de operaciones.[16]

Annie pasó entonces unos momentos difíciles:

> *30 de octubre*. Dormí en casa … Todo el mundo lloraba [porque] tenía un aspecto deplorable.
> *4 de noviembre*. G. vuelve de Suiza. Me alegra saber que está cerca de mí y me entristece saber que es la persona que quiero.
> *7 de noviembre*. Cita [con G.] … Me trajo dulces y fue agradable conmigo después de tanto tiempo.
> *19 de noviembre*. He vuelto a ser muy desagradable, a mediodía le gruñí, ¿y qué?

Durante los meses siguientes Annie trató de romper su relación pero no pareció dar el paso final. Su encaprichamiento, junto con la irresponsabilidad de G., la pusieron en un dilema emocional.[17]

Entre tanto, empezó a volver a relacionarse con Schumpeter. Visitó a su madre el día de Navidad de 1924 y salió con él de vez en cuando. Empezó a pensar en él de otra manera, al comparar el vivo contraste de su cortesía y respeto con la conducta zafia de G. Además el propio Schumpeter empezaba a

estar embelesado con Annie. La jovencita que había conocido, la hija de su portero, había crecido hasta ser una hermosa mujer de veintidós años (que todavía poseía su característico buen ánimo aunque en ese momento tuviera mayor desenvoltura y sofisticación). Empezó a pensar que quizá sería alguien con quien quisiera casarse.

En la primavera de 1925 se veían ya casi todos los días. Una vez más, el diario de Annie muestra el curso de su relación que entonces empezaba a avanzar de forma muy rápida:

> *13 de mayo*. Carta con un trébol para Schumy.
> *15 de mayo*. Hablé con Schumy por teléfono. El trébol le había encantado.
> *16 de mayo*. En la tienda del fotógrafo. Cita con Schumy y Milly. Fuimos a pasear … Cenamos, bailamos y después volvimos en coche.
> *17 de mayo*. Fui a Baden [cerca de Viena] con Milly y Schumy. Comimos en el "Árbol verde", en el parque del balneario.
> *18 de mayo*. Schumy en casa de su mamá.
> *21 de mayo*. Con Schumy (con esmoquin) en la ópera, "La novia vendida", después fuimos al Hotel Imperial a cenar y en coche al cenador. Petición de matrimonio.[18]

Annie, Schumpeter y la madre de Annie a mediados de 1925, cuando el noviazgo de Schumpeter empezaba a ser algo serio. (Créditos imágenes 8.1)

Annie conocía a Schumpeter desde hacía muchos años pero su petición tuvo lugar de forma inesperada y no le dio una respuesta inmediata. En

decenas de anotaciones del diario de los dos meses siguientes escribe acerca de sus contactos ocasionales con G. y de las citas constantes con Schumpeter: excursiones de un día, mañanas en museos de arte o veladas y cenas. Ante este aluvión de atenciones empezó a decidirse:

> *3 de julio de 1925*. Cena en el Kobenz [en los bosques de Viena], después un paseo hasta Grinzing [un barrio de Viena], [Schumpeter] habló con su madre [sobre la idea de casarse con Annie].
> *6 de agosto*. Atmósfera tensa [posiblemente, debido a una conversación mantenida con Schumpeter sobre G. y quizá incluso sobre su aborto].

Al día siguiente escribió una carta sobre "lo agradecida que estoy por tu comportamiento de ayer. Eres tan bueno; esta cuestión siempre ha sido como una sombra entre nosotros y ahora estoy tan contenta y feliz de que se haya esclarecido. Gracias por ayudarme … No te lamentarás del amor que sientes por mí. Tengo las mejores intenciones y también creo que ahora nos comprendemos y que podemos ser felices juntos. Tu Annie, que te besa con ternura." El 14 de agosto de 1925 como recordaría más tarde Schumpeter, Annie le dijo "que era el único con el que se había planteado casarse y que sabía que se 'preocuparía' de ella". Entonces tuvieron una pequeña charla "sobre el cuadernito" y sobre el enfado de Annie con respecto a G. Decidida a casarse con Schumpeter, Annie vio a G. el 22 de agosto y rompió con él para siempre. A principios de septiembre, acosada por problemas de conciencia, Annie volvió a asegurarse de que Schumpeter tenía claros los detalles de su anterior relación con G. A Schumpeter no le importaba.[19]

Durante estos meses su diario contiene anotaciones casi diarias de Schumpeter y de sus actividades con él: compras, preparativos para la boda y viajes de vacaciones:

> *4 de septiembre*. Cita a mediodía. Viaje al hotel Puchberg [un centro vacacional], después del regreso de la cascada de Sebastián … la primera noche juntos a solas. [Hicieron el amor por primera vez, según confirmaría más tarde Schumpeter. Merece la pena destacarlo a la vista de la relación que Annie tuvo con G. y la reputación de vividor de Schumpeter; se habían estado viendo de forma intermitente durante seis años y casi todas las noches durante seis meses sin haberse acostado].
> *5 de septiembre*. Por la mañana Schneebergbahn [el tren alrededor de la montaña], después al hotel Hoch Schneeberg … Estuvimos en la habitación bastante tiempo, hasta mediodía.[20]

Aunque Annie le deslumbrara, Schumpeter no había perdido la cabeza en cuanto a las cuestiones prácticas. Durante estos meses de intenso cortejo había decidido retomar su carrera académica y había empezado a escribir artículos y buscar un puesto de profesor de universidad. Era demasiado orgulloso para ponerse en contacto con la facultad de Graz que podría rechazarle de todos modos. En cuanto a la ambición que había tenido durante mucho tiempo de enseñar en la Universidad de Viena, tanto la política académica como su propia conducta imprudente habían cerrado esa puerta para siempre.

No obstante, seguía disfrutando de una gran reputación de académico creativo no solo en Austria y en Alemania sino en todo el mundo. Las universidades de Tokio y Kobe le habían invitado para dar una serie de conferencias y quedarse en Japón durante al menos dos años. Nunca olvidaría este oportuno cumplido pero no tenía ningún deseo de pasar dos años en lugares tan lejanos. Mientras tanto, acudió a todas las personas que conocía que pudieran ayudarle a encontrar un buen trabajo en Europa.[21]

Dos amigos influyentes se ocuparon de su caso y sus esfuerzos dieron fruto en octubre de 1925. Algunas autoridades de Berlín le invitaron para que se entrevistara con el Ministro de Arte, Ciencia y Educación Pública que tenía bajo su dirección las universidades de la mayor parte de Alemania. Muy pronto la prestigiosa Universidad de Bonn le hizo una oferta que aceptó inmediatamente. Entusiasmado con la idea de que ya podían casarse envío un telegrama a Annie: “Bonn erobert” (Bonn conquistado).[22]

Annie recibió ese mensaje el 5 de octubre y escribió “¡Alegría!” en su diario. Los acontecimientos se sucedieron rápidamente.

> *12 de octubre*. Reunión con J. a mediodía aproximadamente, [boda] aconfesional [planificada].
> *13 de octubre*. Anillo de compromiso. Muy feliz.
> *5 de noviembre*. Boda.[23]

El matrimonio de Schumpeter con Annie parecía desafiar todos los aspectos de su cuidada y trabajada identidad. Después de décadas de relaciones poco serias y de dandismo despreocupado se volvió un marido devoto y un hombre locamente feliz. A pesar de las pretensiones que albergaba tanto su madre como él mismo, el origen de clase obrera de Annie nunca le importó lo más mínimo. Algunos amores rompen todas las reglas establecidas y éste acabó con la persona de Joseph Schumpeter. No obstante, no rompió el hechizo del hábito de construir imágenes del nuevo novio. Pronto se encomendó a la tarea de inventar una identidad pública nueva para la joven Annie como la digna esposa de un gran economista.

La madre de Schumpeter no se tomó tan alegremente el verdadero origen de Annie; para ella era muy importante. Annie era una persona extraordinariamente atractiva pero la clase social significaba mucho para Johanna y el monopolio del afecto de su hijo aún más. Años atrás se había opuesto a su matrimonio con Gladys Seaver, una mujer inglesa de alta condición social. Además, no había gastado tanta energía para ascender en la escala social vienesa simplemente para ver como su hijo se casaba después con la hija de su portero. En cuanto a la diferencia de edad de veinte años, la propia Johanna se había casado con un hombre treinta y tres años mayor que ella aunque con un objetivo muy distinto en mente: se había casado para ascender socialmente y no para descender y, sin duda alguna, no se había

casado por amor. Su único consuelo era que la vida mujeriega de Schumpeter en el lado más sórdido de Viena cesaría a partir de entonces. Al menos, Annie era respetable. Aun así, a Johanna todo este asunto le causó un gran impacto y todavía más por el hecho de que su hijo partiría al lejano Bonn inmediatamente después de casarse.

Los propios padres de Annie tampoco estuvieron encantados con la boda. Schumpeter casi doblaba en edad a su hija y tenía reputación de ser un vividor. Además estaba el asunto de su relación con Gladys, a la que no había vuelto a ver desde hacía una década pero con la que estaba legalmente casado. Sin embargo, los padres de la novia no tomaron ninguna iniciativa para evitar este matrimonio.

En la primavera de 1925, época en la que ya se había tomado en serio la relación con Annie, Schumpeter había perdido su fortuna en el *crash* del mercado y se había visto forzado a abandonar su cargo en el Biedermann Bank. Su situación financiera era un caos y tenía pocas perspectivas de futuro. En cierto modo, como todas las cosas de su vida parecían debilitarse tanto, Schumpeter tendía a idealizar a Annie, su vivacidad, belleza y juventud eran un refugio grato en el que cobijarse del caos y del pesimismo que por lo demás le envolvían. Pero dejando todo esto a un lado, no hay duda del amor total que sentía por ella. Por primera y única vez en su vida estaba totalmente sometido.

La propia Annie podía haber estado al corriente del verdadero alcance de los problemas económicos de Schumpeter o tal vez no. No obstante, y sin lugar a dudas, sabía que sufría un serio bajón financiero. Había perdido su dinero, debía enormes sumas a un cierto número de acreedores y no tenía trabajo. Annie podía ser muchas cosas pero no era una cazafortunas. Su diario muestra sin ambages lo muchísimo que quería a “Schumy”.

Aun así, la pasión más fuerte venía del lado de Schumpeter. A raíz de su enamoramiento estaba preparado para dejar a un lado sus prejuicios sobre la importancia de las clases sociales, así como la posibilidad de recuperar su fortuna al casarse con una heredera que estuviera disponible. A sus cuarenta y dos años se había enamorado perdidamente de una mujer de veintidós de la clase trabajadora. La razón no tenía nada que ver en todo esto. La oposición de Johanna o de los padres de Annie no tenía ni un ápice de importancia.

Y todavía quedaba el fastidioso problema de su matrimonio anterior con Gladys. La Iglesia no permitía a los católicos el divorcio o el matrimonio con personas divorciadas. Pero en Viena el gobierno socialista de la ciudad había adoptado precisamente en esa época una disposición civil que permitía poner término a una unión insatisfactoria siempre que los contrayentes así lo desearan. La Iglesia se opuso a esta medida categóricamente e incluso su

legalidad bajo la perspectiva del derecho civil seguía estando poco clara. Schumpeter sabía perfectamente que si Gladys hubiera estado al tanto de sus intenciones habría impedido su matrimonio con Annie o, por lo menos, habría exigido alguna compensación, pero de alguna manera se las ingenió para asegurar la dispensa civil sin el conocimiento de Gladys.[24]

Mientras tanto, durante las semanas que precedieron a su boda, Schumpeter y Annie actuaron como si no hubiera ningún obstáculo. Schumpeter pidió prestado aún más dinero y compró a su prometida regalos costosos en tiendas de élite de Viena. Cualquiera que no conociera su situación financiera hubiera pensado que se trataba de un hombre rico de mediana edad que no escatimaba regalos para su futura esposa y que la escoltaba por centros vacacionales de toda Europa a lo largo de un viaje prematrimonial feliz. Así es como se comportaba Schumpeter y bien podría haberse sentido así. Después de haber sufrido toda una larga serie de experiencias dolorosas desde el estallido de la guerra en 1914 era como si fuera un hombre nuevo.

El 5 de noviembre de 1925, dieciocho años después del día de su primer matrimonio, Joseph Schumpeter se casó con Annie Reisinger en una iglesia luterana de Viena. No habían querido renunciar al catolicismo pero las normas imperantes no les habían dejado otra elección. Ni los padres de Johanna, ni los de Annie acudieron a la ceremonia. El hermano de Annie la entregó y su hermana fue dama de honor. Schumpeter eligió como padrino a Hans Kelsen, un antiguo colega de Graz que era judío y que también era un abogado eminente que había contribuido a la redacción de la constitución republicana de Austria. Después de la boda, la nueva pareja se fue de viaje de novios durante una semana al norte de Italia. Después visitaron Colonia y otras ciudades alemanas hasta de detenerse en último término en Bonn, donde buscaron un lugar para vivir. Después de volver por un breve período a Viena se mudaron a su nueva casa cerca de la universidad, donde el trimestre académico había comenzado ya.[25]

Casarse con alguien mientras los obstáculos del matrimonio anterior todavía estaban delante de sus narices era una apuesta bastante audaz para Schumpeter. Cuando Gladys se enteró de lo que había pasado, le amenazó con demandarle y pudo incluso haber interpuesto una demanda por bigamia. Por otro lado, su propia renuncia a volver a Graz en 1914 no le daba mucho crédito y podría haber sido una prueba de abandono del hogar en el supuesto de que el caso hubiera llegado a los tribunales. No obstante, no hay prueba alguna de que Schumpeter hiciera ningún esfuerzo serio para reconciliarse. Siempre había visto a Gladys como una especie de ornamento, una referencia de sus pretensiones de pertenecer a la clase alta, un accesorio de moda del que podía deshacerse una vez que ya había servido a su propósito, pues de este

modo había visto obrar a Johanna en su matrimonio con Sigmund von Kéler.[26]

Además, durante la década que había seguido a su separación de Gladys no había buscado tener ninguna relación seria con mujeres que pudiera considerar como iguales. En su lugar, había tenido amantes y había formado pareja sexual con espíritus dóciles. La conducta libertina no era del todo inusual en los hombres de Viena de esa época, pero como Schumpeter había logrado tener un papel destacado en ese ambiente sus relaciones se habían vuelto más notorias. No habría sido probable que su conducta hubiera escapado de la atención de las mujeres que pertenecían a la clase a la que él aspiraba y que Johanna habría posiblemente aceptado. Tampoco habría animado a sus colegas de Graz o a sus antiguos compañeros de clase del *Theresianum* y de la Universidad de Viena para que le escogieran como pareja de sus hermanas, primas o respetables amigas.

Quizá la propia y poderosa influencia que Johanna ejercía en la vida de Schumpeter le habría llevado, ya fuera de forma deliberada o de manera inconsciente, a evitar tener una relación cercana con sus iguales, incluso con hombres, pero sobre todo con mujeres fuertes. Tenía pocos amigos masculinos entre sus contemporáneos y con personas de cualquier sexo siempre pareció estar más cómodo con aquellos que pertenecían a una generación más antigua o más joven que la suya. Tampoco tenía a mano un modelo de matrimonio basado en el amor y el apoyo mutuo a largo plazo. Su padre había muerto cuando tenía cuatro años y Johanna le había llevado lejos de Triesch donde siguieron viviendo sus tíos y primos. Ni Johanna, ni Schumpeter mantuvieron contacto con sus familiares checos, como tampoco visitaron su antiguo hogar. Hay muchos aspectos de este tipo en su historia personal que hacen que su amor incondicional por Annie sea todavía más extraordinario e inesperado.

Por supuesto, los traslados a Graz y luego a Viena habían abierto una ventana de valiosas oportunidades a Schumpeter. Desde sus inicios en el *Theresianum* había desempeñado muchos papeles: niño prodigio, aristócrata austríaco, caballero inglés, abogado en El Cairo, economista vienés, profesor de universidad, Ministro de Hacienda, banquero de inversiones, vividor y Casanova de espíritu libre. Si se hubiera quedado en Triesch, lugar de residencia de la familia Schumpeter durante cuatrocientos años, no habría sido posible que interpretara semejante variedad de papeles.

Casi se podría decir lo mismo de la creación de unos nuevos orígenes para Annie Reisinger que Schumpeter llevó a cabo. Ante sus colegas de la Universidad de Bonn, y más tarde ante sus amigos de Harvard, describió a Annie más bien como a una mujer distinguida que como a la plebeya hija del

portero de los Kéler. Sus años de servicio doméstico se convirtieron en estancias en instituciones académicas de elite en Francia y Suiza, cuyos gastos de educación y alojamiento fueron costeados por Johanna y el propio Schumpeter. Eran mentiras piadosas y síntomas de impulsos psicológicos profundos: una ambición feroz, la protección de Annie y la vieja cuestión de su propia identidad.[27]

No sabemos si antes de dejar Austria había imaginado ya los detalles del nuevo pasado de Annie. Sea como fuere, cuando llegaron a Bonn presentó tanto a su mujer como a sí mismo como miembros de la clase alta de Viena. Schumpeter retomó su estilo de vida dispendioso y ambos empezaron a tener una vida social activa en la que recibían invitados con opulencia en su nuevo domicilio, ayudándose de nuevo de dinero prestado.

Schumpeter por fin se había fijado una identidad estable. Era Herr Professor Doktor Joseph Schumpeter en la Universidad de Bonn, tenía un trabajo espléndido con cargo vitalicio y estaba casado con una joven a la que adoraba. Mantenía sus costumbres obsesivas de trabajo intactas por lo que todavía podía albergar la esperanza de obtener grandes honores académicos. Además, tenía un plan razonable para saldar sus deudas. Profundamente endeudado, pero aún más profundamente enamorado, era mucho más feliz que nunca. El futuro parecía tremendamente prometedor.

Annie-Reisinger con veintidós años de edad en la época en que se casó con Schumpeter. (Créditos imágenes 8.2)

Capítulo 9
Con el corazón roto

Muchas veces pensé que la paz había llegado. Y la paz estaba muy lejos.

Emily Dickinson, publicado en 1890.

Bonn, el nuevo hogar de los Schumpeter, está situado en un agradable paraje a orillas del Rin en la parte occidental de Alemania, a unos veinticinco kilómetros al sur de la gran metrópolis de Colonia. Ambas ciudades están próximas a la frontera de Alemania con Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia y están mucho más cerca de París y Londres que de Viena. Bonn se había originado como centro del gobierno regional y sus fundadores habían disuadido activamente la presencia de fábricas y otros desarrollos industriales. Su economía estaba organizada en torno a los servicios y el comercio y durante el siglo XIX se convirtió en una especie de retiro para millonarios. Cuando Joseph y Annie Schumpeter se trasladaron a Bonn en 1925 tenía una población de unas setenta mil personas. Era una tranquila ciudad académica emplazada en el pacífico valle de un río y atraía a jubilados acaudalados, del mismo modo, prácticamente, en que lo hacía Graz.

En la jerarquía del espléndido sistema educativo alemán, la Universidad de Bonn estaba situada entre las cinco mejores junto con Berlín, Gotinga, Heidelberg y Múnich. En 1925 se inscribieron unos cuatro mil estudiantes, muchos de los cuales habían crecido en la región colindante. Mucho tiempo atrás, uno de aquellos estudiantes había sido Karl Marx que provenía de una familia próspera de la cercana ciudad de Tréveris. Marx estuvo allí durante un breve período de tiempo, fue miembro de una fraternidad y se fue de correrías como cualquier estudiante de primer año antes de dejar esta universidad por la de Berlín. Otro estudiante que estuvo allí durante una breve temporada fue el príncipe Guillermo de Prusia, quien más tarde sería *kaiser* del Imperio alemán durante la guerra.

En 1925 la mayoría de los espacios de la universidad se alojaban, como todavía es el caso hoy en día, en un hermoso edificio estucado de tres plantas con una forma inusual: tenía unos 100 metros de largo y 40 metros de profundidad con una torre en cada una de sus cuatro esquinas. En un lado de este edificio había 135 ventanas enormes (cada una de ellas tenía cuatro cristales de ancho y siete cristales de alto). Estas ventanas daban a un jardín de césped sobre un terreno hundido rodeado de largas hileras de árboles. Hasta finales de la década de 1920, los jardineros inundaban en invierno el césped para formar una vasta pista de hielo para patinar. En el otro lado de la universidad estaba el centro de Bonn, con su animada plaza pública y su vistoso ayuntamiento.

La Universidad de Bonn en la época en que Schumpeter se incorporó al claustro profesoral de la misma. En esta foto se puede ver alrededor de la mitad del amplísimo edificio y una pequeña esquina de la gran extensión de césped en un terreno hundido. Justo detrás está el centro de Bonn. (Créditos imágenes 9.1)

Después de que llegaran a Bonn, los Schumpeter alquilaron la casa en la que había vivido el príncipe Guillermo de Prusia durante su época de estudiante. Se trataba de una gran mansión en lo alto de un risco con una gran sala acristalada con vistas al Rin. La elección de una residencia tan llena de particularidades era algo típico de Schumpeter, y resultaba a la vez un regalo para Annie y una forma de mantener su representación de aristócrata acaudalado. No le preocupaba el modo en que podría encontrar suficiente dinero para abonar el alquiler, considerando que su salario en Bonn era espléndido para un académico aunque no llegase a suponer ni siquiera una cuarta parte (como mucho) de la retribución del Biedermann Bank. Sus desventuras financieras en Viena casi le habían costado, por la vía de los hechos, su nuevo puesto de profesor. Debía su nombramiento a sus propios logros académicos y a los denodados esfuerzos de dos amigos prominentes: Arthur Spiethoff, un profesor de la Universidad de Bonn, y Gustav Stolper, un periodista de Viena.[1]

Spiethoff, un personaje digno y con pretensiones de superioridad moral, parecía ser el polo opuesto al pícaro Schumpeter que tenía diez años menos que él. Había estudiado en la Universidad de Berlín con Gustav von Schmoller y otros líderes de la escuela histórica alemana pero, a diferencia de sus mentores de Berlín, Spiethoff tenía una cierta afinidad con la teoría económica. Nunca llegó a ser un teórico de primera categoría pero sí que comprendía ampliamente los ciclos económicos, que se estaban convirtiendo en un tema de plena actualidad de la economía.

A pesar de lo diferentes que pudieran parecer, Spiethoff y Schumpeter

tenían mucho en común y entablaron una gran amistad. Quince años antes, cuando la Facultad de Derecho de Graz estaba en curso de decidir quién iba a suceder a Richard Hildebrand tras su jubilación, los informes alternativos mencionaron a Spiethoff como un gran candidato, junto con Schumpeter, que finalmente logró el puesto como sabemos. Cinco años después, en 1916, Spiethoff escribió a Schumpeter para prevenirle del acuerdo arancelario que Alemania había planificado con Austria. Este fue el asunto que apartó a Schumpeter del mundo académico y le llevó a desarrollar su carrera pública.

Spiethoff era alemán de nacimiento y en aquella época, en 1916, enseñaba en la Universidad de Praga donde los profesores podían impartir clase en alemán. Después de la creación de Checoslovaquia tras la guerra y de que los checos se hicieran cargo de la universidad, se trasladó al oeste de Bonn. En 1921 escribió a Schumpeter sobre la posibilidad de que se uniera a él en la Universidad de Bonn pero Schumpeter rechazó la propuesta. También había desestimado un cargo en la Universidad de Berlín. Sin embargo, Schumpeter dijo que si decidía abandonar su cargo en el Biedermann Bank para volver al mundo académico aceptaría gustoso la oportunidad de ir a Bonn.[2]

Tres años después, en abril de 1924, mientras su situación financiera continuaba deteriorándose, Schumpeter escribió a Spiethoff: “No puedo dejar de pensar en la universidad y en la vida académica como en un hogar distante e inalcanzable”. En cartas posteriores añadiría que la calma relativa de Bonn le resultaba especialmente atractiva y que si le llegara una invitación en este sentido, probablemente se uniría a Spiethoff en la Universidad de Bonn para el otoño de 1925. Entonces surgió una oportunidad clara cuando uno de los cuatro economistas de Bonn (Heinrich Dietzel, un teórico competente pero mayor) anunció su jubilación. Esta situación allanó el camino a Spiethoff para reclutar a su amigo Schumpeter.[3]

No obstante, del mismo modo que había sucedido en Graz en 1911, hubo una multitud de obstáculos que impidieron el desarrollo de una transición sin problemas. La Universidad de Bonn había enviado ya el nombre de dos candidatos al Ministerio de educación de Berlín y Schumpeter no estaba entre ellos. El Ministerio rechazó a ambos candidatos por no estar a la altura y pidió a Bonn que propusiera otros candidatos nuevos. Spiethoff, presionando con insistencia, se las arregló para que el nombre de Schumpeter figurara en la segunda lista. Según escribió al Ministro de Ciencia, Arte y Educación Pública:

> Schumpeter es un genio y, con una precocidad fabulosa, publicó con 27 años de edad un libro sobre el contenido esencial de la teoría económica que fue recibido mayoritariamente como una demostración de talento excepcional. Desde entonces, todo lo que ha publicado ha estado a un altísimo nivel y siempre se le ha considerado como un personaje singular en el mundo académico … En el ámbito de la historia del pensamiento económico, Schumpeter es el académico más

> destacado, y con diferencia, de Alemania. En el campo de la sociología, a tenor de lo que hemos visto, no se amedrenta ante comparación alguna. Sus competencias en el mundo de las finanzas se han visto probadas durante el ejercicio práctico de las mismas, como Ministro de Hacienda y como político. En cuanto a su capacidad de conferenciante y orador, Schumpeter ha tenido el mayor de los éxitos. La facultad ganaría con él a un miembro brillante.[4]

El propio Schumpeter, que se encontraba en medio de su noviazgo con Annie, hizo todo lo que estuvo en su mano para promover su candidatura. Escribió a Spiethoff varias cartas en las que expresaba lo mucho que le gustaría trabajar con él y le envió decenas de referencias personales de Viena. Además, dejó entrever que si Bonn no tomaba una decisión rápidamente se iría a Tokio "por al menos un par de años". Allí sería el sucesor de su viejo amigo, Emil Lederer, que volvía para ocupar un puesto en la Universidad de Heidelberg.[5]

En las mejores universidades de todo el mundo, antes y ahora, cuando se va a nombrar a un profesor titular a menudo hay una gran cantidad de chismorreos y de personas que ejercen de abogado del diablo. Estos puestos son permanentes y comportan un elevado prestigio por lo que se producen elecciones muy reñidas. Algunas veces tanto los partidarios como los detractores de un candidato concreto intentan debilitar a otros candidatos, ya sea abiertamente o, con más frecuencia, de forma oculta, o con difamaciones de puertas para adentro.

En 1925 los que se oponían a la elección de Schumpeter tenían abundante munición para atacarle: su carrera académica en esos tiempos había sido errática y su vida personal ofrecía material más que suficiente para lanzar chismorreos de lo más jugoso. Era fácil ir en contra suya. Después de un inicio precoz con su brillante *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (Teoría del desarrollo económico), de otros dos libros y de varios artículos fundamentales, había abandonado de hecho el mundo académico. Había renunciado a un puesto permanente de profesor en la Universidad de Graz y después de haber iniciado una campaña por un puesto similar en una universidad de segunda fila de Berlín lo había rechazado cuando se lo habían ofrecido. En cinco años no había publicado ningún escrito importante. Había iniciado una carrera en el mundo de la política y en el de los negocios y había fracasado en ambos. Se había comportado como un despilfarrador y un vividor. Y lo peor de todo es que corrían rumores de que había llevado a cabo negocios oscuros en el Ministerio de Hacienda austríaco y en el Biedermann Bank.

Estos asuntos ya se habían aireado en una ocasión anterior, en 1923, cuando Spiethoff había propuesto la posible candidatura de Schumpeter. En 1925 escribió al Ministro una carta confidencial en la que le decía que en 1923 los rumores sobre "X" habían sido "tan desfavorables que la

presentación de su nombre ante el comité había parecido imposible por lo que había desechado su candidatura". Sin embargo, en aquella época Spiethoff empezó a investigar a fondo todo este asunto y desde entonces había continuado haciéndolo.[6] Con todo, todavía había muchas preguntas a las que no podía dar respuesta. Por consiguiente, pidió consejo a Gustav Stolper, economista y periodista, que era uno de los nombres de la decena que le había mandado Schumpeter como referencia. Stolper, cinco años más joven que Schumpeter, fue compañero suyo en la Universidad de Viena. Era descendiente de cuatro abuelos judíos que habían emigrado de la "Polonia del este" del Imperio (Galicia) y se había criado en Viena. Schumpeter y él se conocían y se respetaban el uno al otro a pesar de que a menudo no estuvieran de acuerdo en asuntos de política. En 1925 todavía no eran amigos tan íntimos como más tarde serían.[7]

Stolper estaba en una posición privilegiada para ayudarle. Era el periodista económico más destacado de Viena y tenía contactos cercanos en el mundo de los negocios, en el del gobierno y en el académico; podía dar cumplida respuesta a todas las preguntas que formularan los oponentes de Spiethoff. Una de estas preguntas prevalecía sobre el resto: las operaciones de Schumpeter en el Ministerio de Hacienda y en el Biedermann Bank. Spiethoff pidió a Stolper que le hablara sobre estos "rumores acerca del profesor Schumpeter".[8]

En su respuesta a Spiethoff, Stolper no tuvo pelos en la lengua a la hora de evaluar a Schumpeter. No obstante, concluía diciendo que sería inexcusable que lo descalificaran sobre la base de chismorreos sin fundamento sobre su integridad. Era cierto, escribió, que:

> Schumpeter siempre ha tenido muchos enemigos. En la raíz de ese problema no solo está su ascenso meteórico sino el hecho de que el conjunto de su estilo de vida no es austríaco, o si prefiere, no es burgués. Y Schumpeter fue lo suficientemente descuidado para no solo no ocultarlo sino, por el contrario, para recalcarlo de una forma que solo puede explicarse por un conocimiento inapropiado de la naturaleza humana o por una falta de experiencia vital. Que un profesor universitario no vaya al bar local o que repita sin pensarlo los es-lóganes políticos del momento de izquierdas o de derechas, que un Ministro burgués en un gobierno formado por pequeños burgueses lleve guantes y camisas de seda o que posea un caballo de carreras, todo esto no puede ser, dado el horizonte mental de estas personas, muy legítimo.
>
> Sé como se ha utilizado en su contra todo ello. Este estilo de vida no podía financiarse con su sueldo de profesor o de Ministro, por supuesto. De ahí [que surgieran rumores de] que tenían que proceder de fuentes de ingresos turbias. En realidad, es probable que Schumpeter viviera de las rentas de su capital y como éste no bastaba para cubrir sus necesidades de la época se vio forzado tras su mandato en el Ministerio a aceptar un puesto [en el Biedermann Bank] que le proporcionó ingresos elevados y la posibilidad de acumular rápidamente una gran fortuna. Con la misma inexperiencia que un político que piensa que puede navegar entre los partidos y que en realidad se hace enemigo de todos ellos, desempeñó su cargo en el campo de los negocios, que le era todavía más desconocido. Mucho antes del *crash* [de la Bolsa de valores] del año pasado le aconsejé que dimitiera de su cargo en el banco y volviera a su campo: la ciencia.[9]

9.2

Gustav Stolper, periodista y académico vienés, un defensor de Schumpeter cuya intervención resultó crucial en 1925 y un amigo de Schumpeter durante toda su vida a partir de entonces. (Créditos imágenes 9.2)

9.3

Schumpeter con sus nuevos colegas del Departamento de Economía de la Universidad de Bonn. De izquierda a derecha: Arthur Spiethoff, su protector y amigo íntimo, Herbert von Beckerath, Schumpeter y Karl Friedrich Roessle, un profesor auxiliar. (Créditos imágenes 9.3)

Stolper continuaba diciendo que resultaba atroz que Schumpeter tuviera que tener dificultad alguna para encontrar una buena posición académica. Un viejo enemigo había minado ya sus posibilidades de conseguir una plaza de profesor en la Universidad de Viena. Esta persona, cuya promoción había evitado el propio Schumpeter en la Universidad de Graz, y que se había vengado ahora, era un alto cargo del gobierno austríaco. "Creo que para las universidades [de habla] alemana[s] es simplemente una cuestión de honor reparar este agravio" –escribió Stolper–. "Sería un crimen que las universidades alemanas dejaran que unos chismorreos maliciosos de gente malévola dejaran de lado a una persona de esta envergadura de la que hay que decir en su favor que ya ha realizado espléndidos avances científicos y pedagógicos y que podría desarrollar más en el futuro."[10]

Al final, Spiethoff y Stolper lograron imponerse. El Ministro finalmente escogió a Schumpeter después de meses de negociaciones (que se alargaron hasta unas semanas después del inicio del trimestre académico de otoño). No fue contratado para enseñar teoría económica porque Spiethoff deseaba reservarse para sí mismo esta asignatura prestigiosa. En su lugar, sería profesor de finanzas públicas. Esta asignación tenía sentido a la vista de su famoso artículo "La crisis del Estado fiscal" y de su experiencia como Ministro de Hacienda de Austria. No obstante, no tardaría mucho en deslizar una cantidad sustancial de teoría en sus clases de la Universidad de Bonn.

El año 1925 era ya un buen momento para que un teórico como Schumpeter marcarse su impronta, y no solo en Bonn. Las universidades alemanas todavía carecían de teóricos de primera clase, y el empuje de la escuela histórica había empezado a debilitarse. Ya desde antes de dejar Viena para irse a Bonn, Schumpeter había reanudado la escritura de artículos sobre asuntos teóricos importantes y muy pronto su vieja costumbre de publicar con profusión estuvo en plena forma. Entre otros muchos temas planeó el lanzamiento de una edición revisada de *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (Teoría del desarrollo económico), que en aquel momento estaba agotada. Después de su experiencia en el gobierno y en el mundo de los negocios tenía muchísimas ideas nuevas sobre el capitalismo como sistema social. "La recepción que me dieron mis colegas y estudiantes fue extremadamente amistosa"-escribió a un amigo de Viena– y "espero meterme de lleno en tareas de investigación muy pronto".[11]

Como recordaría uno de sus estudiantes más tarde, la llegada de Schumpeter a Bonn "causó sensación en el mundo académico de la economía [alemana]" ya que la teoría actualizada de aquella época consiguió ser

expuesta en su totalidad. En las clases de Schumpeter “nombres como los de Cournot, Walras, Pareto, Wicksell, Böhm-Bawerk, Wieser, Edgeworth y otros más eran plato diario. El uso del lenguaje matemático … se convirtió en algo natural en conferencias y seminarios”. El programa de economía de la Universidad de Bonn empezó a atraer a estudiantes de toda Alemania y también de otros países. “Lo que Gotinga era para las matemáticas y la física, fue en lo que se convirtió Bonn para la economía, a pesar de que Schumpeter no se ocupara oficialmente de la teoría económica como asignatura”. En sus seminarios, Schumpeter no dudaba en presentar su característica mezcla de teoría, estadística e historia. En este caso contaba con el acuerdo tácito de su amigo Spiethoff, que ostentaba la cátedra de teoría y que podría haberse quejado de la aproximación furtiva de un colega más joven. Sin embargo, Spiethoff conocía el alcance del talento de su amigo. Más tarde escribiría que “Schumpeter nunca fue un principiante sino un genio precoz, se introdujo en el ruedo científico como un maestro hecho y derecho.”[12]

La experiencia de Schumpeter en Graz le había hecho mejor profesor y en las aulas de Bonn impartió clases memorables. En palabras de un alumno suyo, todos “sentían que una mente original, repleta de nuevas ideas, estaba funcionando de forma creativa, dejando que la audiencia tomara parte en el proceso de razonamiento, exponía realidades conocidas con una nueva perspectiva al tiempo que desarrollaba nuevas ideas dando la clase. No recuerdo haber escuchado nunca a un profesor más estimulante que Schumpeter.”[13]

Otros dos estudiantes escribieron algo por el estilo sobre las clases de Schumpeter: “Al principio podía dar la impresión de ser afable pero inmediatamente te dabas cuenta de que tenía una vena inquisitiva y firme. Pero también tenía una mirada tranquila, fija y con frecuencia un tanto pícara.” Si alguien formulaba una pregunta comprometida “cobraba nueva vida mientras respondía y se lanzaba completamente cuando su contraataque le llevaba a la victoria.” Siempre “hablaba de forma clara y amable como los vieneses suelen hacer, era un tanto juguetón pero al mismo tiempo era comedido y tajante.” Gesticulaba muchísimo, sus manos cortaban el aire mientras dejaba las cosas bien claras.[14]

A Schumpeter siempre le había gustado dar espectáculo y una vez más estaba en su elemento. Sin embargo, el reajuste fue más duro de lo que parecía. “El inicio” –le escribió a un amigo– “le golpea a uno como a un extraño, todos esos chicos jóvenes y profesores con mentalidades de chicos jóvenes.” Él mismo estaba “más envejecido y tenía más experiencia y, como lo diría, no es fácil para mí tomarme *en serio* lo que mueve a este mundo [académico].”[15]

Schumpeter tampoco redujo sus actividades a la enseñanza y la escritura. Se desvivió por conseguir que la biblioteca de Bonn tuviera más material para sus estudiantes y para sus propias labores de investigación. Tan solo tres meses después de su llegada pidió al Ministerio de Berlín un enorme lote nuevo y tuvo éxito al insistir en la compra de más libros y publicaciones periódicas de economía y sociología, sobre todo en lengua inglesa.[16]

Mientras tanto, Annie y Schumpeter se convirtieron rápidamente en personajes muy conocidos de la sociedad de Bonn. El profesor Spiethoff y su mujer les abrieron muchas puertas y las dos parejas salieron juntas con asiduidad. Los Schumpeter aceptaron las numerosas invitaciones para cenar en casa de colegas y nuevos amigos y ellos mismos también recibieron visitas a menudo. Los invitados que venían de otras universidades pasaban con frecuencia los fines de semana en su opulenta mansión.[17]

El único problema serio que tuvieron durante los primeros meses que pasaron en Bonn lo originó Gladys, que para entonces ya estaba al corriente de su matrimonio. Según explicó Schumpeter a un amigo en enero de 1926, Gladys le había escrito desde Inglaterra "una carta incendiaria en la que le amenazaba con llevarle a los tribunales y provocar un escándalo". No obstante, con la habilidad que tenía para dividir en secciones su vida, continúo como si nada pudiera amenazar su nueva felicidad. Prosiguió con su agenda frenética: clases, revisión de *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, elaboración de artículos y demás conferencias en otras universidades alemanas.[18]

En abril de 1926 Annie se fue a París de vacaciones durante dos semanas y se quedó prendada de todos los encantos de la ciudad. Cuando había estado en París de sirvienta no había tenido ni tiempo, ni dinero para disfrutar de la ciudad. En aquel momento se sintió un tanto dividida entre sus orígenes de clase obrera y su situación más elevada en Bonn y finalmente no buscó a sus viejos amigos como ella misma habría esperado que hiciera.[19]

A Annie ya se le notaba que estaba embarazada. Salía de cuentas en agosto de 1926, que era justo nueve meses después de su boda, celebrada en noviembre. Schumpeter estaba entusiasmado con la perspectiva de ser padre pero ninguno de los dos escribió a Johanna o a los Reisingers para contárselo. Querían que el bebé fuera una sorpresa y empezaron a hacer planes para que ambas familias visitaran Bonn a finales del verano. Schumpeter pidió a su madre que fuera allí a finales del trimestre académico de julio y Annie invitó a su hermana Milly. Sin embargo, mientras se acercaba el verano hubo signos de que el embarazo de Annie iba a ser problemático. Un médico le dijo que el parto probablemente sería complicado y otro le aconsejó que abortara. No se pudo determinar si los problemas tenían algo que ver con el aborto practicado

dos años antes.[20]

Poco después, en el tercer trimestre, Annie empezó a tener hemorragias intermitentes aunque aparentemente poco graves. Hoy en día, a la vista de tales síntomas cualquier médico competente la hubiera hospitalizado en seguida. Sin embargo, en aquella época muchos médicos todavía pensaban que había poco que hacer en el caso de molestias, interrupciones o abortos. Annie no quiso tomar esa decisión y no hay pruebas de que discutiera ninguno de sus problemas con su marido. Schumpeter, por su parte, no ignoró demasiado las señales de advertencia (como después se acusaría de haber hecho) sino que le resultó difícil imaginar que algo malo pudiera sucederle a Annie. Continuaba idealizándola como su joven, hermosa y fuerte esposa, el vivo retrato de la salud.

Lo que sucedió después fue una serie de acontecimientos de pesadilla que Annie anotó vivamente en su diario:

> *18 de junio de 1926*. Hemorragias. Recibí un telegrama por la noche.

Este telegrama, de Viena, decía que Johanna von Kéler, con sesenta y cinco años de edad, había sufrido un problema cardiovascular que ponía en peligro su vida. Deseaba que su hijo fuera a la cabecera de su lecho en seguida. Una vez más, Schumpeter no creyó posible que las noticias fueran tan malas como en realidad eran. Durante dos días intercambió mensajes con Viena y deliberó sobre la decisión de cuándo ir allí. Finalmente, según escribió Annie en su diario:

> *21 de junio*. J. se marcha a Viena.
> *22 de junio*. Muerte de la señora Kéler, el Dr. Spiethoff vino a casa.[21]

Schumpeter había llegado justo antes de que Johanna muriera. Al día siguiente, Annie le escribió a Viena:

> Mi querido y dulce amor. Recibí tu telegrama por la tarde y lo siento tanto por ti, que no puedas ya hablar con tu mamá sobre nuestro bebé, ella habría estado tan contenta junto a nosotros … Pienso en nuestro bebé todo el tiempo y no debería excitarme tanto ahora. He aguantado desde las cuatro en punto hasta ahora, que son las ocho, pero no puedo aguantar más y realmente es mejor cuando uno chilla, resulta más fácil.
>
> Un poco después. Acabo de comer con la Sra. Spiethoff y los chillidos estúpidos se han acabado … Todo fue muy bien y ya no me duele. El pequeñito es muy vivo y me hace tan feliz ahora, espero que continúe siendo así … Ves, querido, verdaderamente no necesitas preocuparte por mí. Estoy completamente sana de verdad y solo necesito tener cuidado … Espero con impaciencia una carta tuya y te quiero tanto … Te beso tiernamente y solo puedo repetirte que te quiero más allá de toda medida y que pienso en ti todo el tiempo. Tu Annie.[22]

Después hay más anotaciones:

> *25 de junio de 1926*. Funeral de la Sra. Kéler [Annie todavía estaba en Bonn y no asistió].
>
> *27 de junio*. (Domingo) los Dölles [unos amigos de Bonn] y Spiethoff están aquí. Por la noche llega Jozsi.
> *19 de julio*. La Sra. Spiethoff está conmigo. Estoy en cama [con complicaciones del embarazo].

20 de julio. Fui al cine con la Sra. Spiethoff. Luego de compras … La Sra. Dölles vino a comer. Después fui a casa de los Spiethoff. Pelea.[23]

La pelea era entre Annie y su marido por culpa de otra carta horrible de Gladys. Esta carta cambió el punto de vista de Schumpeter sobre la cuestión de la bigamia y la posible ilegitimidad del niño que Annie estaba a punto de tener.

Schumpeter todavía estaba aturdido por el funeral de su madre. No podía aceptar que Johanna, la luz de su juventud, los cimientos de su vida, se hubiera ido sin avisar en un abrir y cerrar de ojos. La única conexión con su infancia en Triesch, Graz y Viena, la única constante en una vida turbulenta llena de conflictos de identidad, de repente había desaparecido. “Es como si el ángel de la guardia nos abandonara en cuanto nuestra madre se va” –escribiría más tarde–. Pidió a los Reisinger que cuidaran de la tumba de Johanna en Viena hasta que pudiera volver. No podía pensar en nada más que en la muerte de Johanna.[24]

Desgraciadamente, había muchas otras cosas en las que pensar. Y las amenazas de Gladys, por molestas que fueran, no eran nada en comparación con el problema real. Según relata el diario de Annie:

23 de julio. Hemorragias muy fuertes.
25 de julio. (Domingo) hemorragias, en la cama, en el porche. La Sra. Husserl [otra amistad] estuvo aquí a mediodía; más tarde también estuvo la Sra. Dölles y por la tarde los Spiethoff. Muy cansada.
26 de julio. Gracias a Dios el problema de las hemorragias mejora. [No tuve que ir] al hospital Johanniter. Muy cansada. La Sra. Schulz [otra amiga] también siempre tan amable. La Sra. Dölles estuvo aquí. No he recibido nada de J., solo bordados de mamá.

Se trataba de la festividad de Anna Christa, la patrona de Annie, y era tradición celebrar “la onomástica” con regalos. Annie se había sentido herida porque su marido, distraído con su dolor, había olvidado hacerle un regalo.

27 de julio. Sigo estando muy cansada aunque mi estado es algo mejor. Todavía estoy en cama, tengo mucho cuidado. Estuve muy ocupada cosiendo y por la tarde vinieron los Spiethoff a casa.
28 de julio. En cama. J. ha estado fuera casi todo el día. Los Dölles estuvieron aquí esta tarde.
29 de julio. ¡Ojalá Milly estuviera aquí! Por la tarde la vino la Sra. Schulz con una amiga suya. La señora Dölles y el señor Spiethoff pasaron por aquí.
30 de julio. ¡Mi estado no es precisamente bueno! Hace frío. ¿Vendrá Milly hoy?

Finalmente, Milly fue a Bonn pero las palabras del 30 de julio fueron las últimas que Annie anotó en su diario. Dos días después, Schumpeter escribió a Gustav Stolper para decirle que, preocupado por la salud de Annie, le parecía imposible que pudiera llevar a cabo su trabajo y cumplir con los compromisos de entrega de sus artículos. Dos días después, Annie se puso de parto y fue llevada al hospital a toda prisa: sangraba mucho.[25] Murió en el parto el 3 de agosto de 1926 cuando aún no tenía veinticuatro años de edad. Schumpeter y Milly cogieron un taxi rápidamente para llevar al bebé, que se

encontraba en una situación crítica, a otro hospital mejor. Pero también era demasiado tarde para él, apenas vivió cuatro horas.

Aturdido por la triple pérdida de su madre, su esposa y su hijo recién nacido, Schumpeter escribió a un amigo íntimo y antiguo secretario del Biedermann Bank lo siguiente: “Mi amada Annie no está ya aquí … Todo me parece tan desalentador ahora que no me importa lo que pase … Puede que me mereciera muchas cosas pero no esto”.[26]

Después del funeral de Annie escribió otras cartas en las que describía “la expresión de tortura impresa en sus ojos” durante la agonía final aunque “incluso en los últimos segundos mostraba una belleza estética y una majestuosidad sosegada en su ataúd … con el niño en sus brazos.” Completamente ido, estaba traumatizado, temeroso de lo que le quedaba por delante. “Sufro como un alma condenada en el infierno … Amé a Annie apasionadamente, como ella merecía. Ahora vivo en silencio con el dolor del recuerdo del gran milagro de mi vida. No tengo lo que otros usan para anestesiarse: la resignación ante el destino o ante Dios o lo contrario, pelearme con el destino o con Dios, algo que me parece que no tiene ningún sentido … Intento entender el milagro y vivir mi dolor … Solo salgo de casa para ir a su tumba.”[27]

Escribió que a su vuelta a Viena para ocuparse de las cosas de su madre tuvo que volver a su piso. Y allí “había otra sombra que me hablaba”, la de Johanna. “No busco consuelo; me despreciaría si pudiera encontrar consuelo.” Hubiera recibido de buen grado toda manera de calmar su dolor pero no podía encontrar ninguna vía de salida, tan solo una “desesperación infinita”. Los días pasaban bajo una nube negra de aletargamiento. “Pienso constantemente en Annie. Hoy quería empezar a trabajar a las 7 de la mañana y al final me pasé sentado toda la mañana hasta la 1 de la tarde delante de sus fotos con una especie de devoción.” Había “amado de verdad por una vez en mi vida … a otro ser humano que lo era todo para mí y yo lo era todo para ella.” Pocos años después, después de volver a leer las últimas anotaciones del diario de Annie, escribió en el primer aniversario “del primer día que pasé solo en nuestra casa”:

> Los años que vendrán me hacen estremecer,
> La vida sin ti me estremece.[28]

La enterró en un cementerio en Bonn, cerca de la cima de una colina. Pensó que podría yacer junto a ella cuando muriera por lo que alquiló una tumba doble. Sin embargo, hoy en día la tumba de Annie y de su hijo no está marcada como tal, aunque sea posible localizar el lugar exacto. El cementerio de Bonn alquila las tumbas por períodos de tiempo específicos. Más tarde, una misma tumba puede ser alquilada a otra persona distinta por otro

intervalo de tiempo; así que otras personas están ahora enterradas en la suya.

En la *Oda a la Melancolía* Keats escribía: “Enjuga tu tristeza en una rosa temprana”. Eso es lo que Schumpeter hizo. Todas las mañanas, durante el resto del tiempo que pasó en Bonn, caminó cerca de un kilómetro hasta el cementerio y dejó una única rosa en la tumba de Annie. Guardó unas máscaras mortuorias de ella y de su hijo en un lugar destacado, y mantuvo el resto de la casa como antes. Durante años fue incapaz de recoger la ropa de Annie del armario.[29]

A finales de agosto de 1926, cuatro semanas después de la muerte de Annie, escribió una larga carta a su amigo estadounidense, Wesley Clair Mitchell, a quien no había visto desde hacía doce años y que era entonces un famoso economista. Quería contarle todo lo que le había sucedido en el campo de los negocios, del gobierno y de la universidad. “Empecé a ejercer [en Bonn] en noviembre de 1925 y me sentía extremadamente feliz. Y creo que debería haber seguido sintiendo esa felicidad y haber tratado de recuperar el tiempo perdido y de explotar mi ‘experiencia práctica’ y mis nuevas ideas. Sin embargo me casé, casi al mismo tiempo, con una mujer veinte años menor que yo a quien adoraba y que me enseñó que era posible vivir un paraíso en la tierra. Hace cuatro semanas, al dar a luz antes de salir de cuentas, murió de forma terrible. Esta es una de las primeras cartas que escribo. Por supuesto, mis días están recuperando poco a poco un nuevo orden pero. toda la luz que había en ellos se ha apagado.”[30]

Las muertes de Annie, Johanna y su hijo recién nacido fueron acontecimientos esenciales de la vida de Schumpeter. Marcaron el tardío comienzo de su edad adulta. En aquel momento era demasiado mayor para ser un *enfant terrible* y estaba demasiado marcado también para volver a su imprudente existencia de soltero *bon vivant*. “Ahora todo reposa en mi capacidad de trabajo” –escribió a Stolper–. “Si funciona, el motor seguirá en marcha, incluso si mi vida personal ha tocado a su fin.”[31]

Y mientras el tiempo pasaba, de alguna manera fue capaz de recuperarse de la triple tragedia de 1926. Se volvió más serio y explotó rasgos de su carácter que no sabía que tenía. Se valió del recuerdo de Annie y de Johanna y empezó a escribir plegarias en las que les pedía ayuda para su labor, del mismo modo que un católico como los que conoció en su infancia habría invocado a los santos. Bajo la carga de un dolor casi insoportable, retomó su misión de intentar descifrar los enigmas del capitalismo y de la sociedad humana. Y durante los veintitrés años siguientes, a menudo soportando un grave abatimiento, produjo una obra vasta e incomparable.

Dienstag, den 3. August, um ½5 Uhr nachmittags, verschied an den Folgen einer Frühgeburt meine Gattin, unsere Tochter und Schwester

Frau Annie Schumpeter
geb. Reisinger

im 24. Lebensjahr.

Joseph Schumpeter
Franz und **Anna Reisinger**
Emilie Reisinger
Willy Reisinger.

Bonn, den 4. August 1926.
Koblenzerstr. 39

Die Trauerfeier findet Freitag, den 6. August, nachmittags um 3 Uhr im Trauerhause, die Beisetzung anschließend auf dem Poppelsdorfer Friedhof statt.

Esquela enviada a amistades de la familia. En ella figura el día y la hora de la muerte, debida a “un parto prematuro de la Sra. Annie Schumpeter, de soltera Reisinger, esposa, hija y hermana, fallecida a los 24 años de edad”. En la parte inferior se indica la hora y lugar del funeral de Annie y el nombre del cementerio. (Créditos imágenes 9.4)

2

Segunda parte

El adulto, 1926-1939:
Capitalismo y sociedad

Prólogo.
Lo que había aprendido

Preferimos la ruina al cambio.

W. H. Auden: ***La edad de la ansiedad*****, 1948**.

La aparición de un capitalismo empresarial generalizado es algo muy reciente. Hubo algunos atisbos precursores en Venecia, Florencia y Holanda, pero no llegaron a desarrollarse como economías de mercado completas. Estas economías tuvieron una breve historia, si se observan desde la perspectiva del siglo XXI: el equivalente a cuatro vidas humanas de setenta y cinco años de edad cada una. Antes de 1700 aproximadamente, los seres humanos se habían organizado prácticamente en todas partes según los modelos tradicionales.

Por consiguiente, el aspecto más chocante del capitalismo, aparte de su eficacia económica, es su tardía aparición. ¿Por qué tardó tanto tiempo en aparecer? Y una vez que surgió, ¿por qué se le opuso resistencia en tantos sitios distintos, durante tantos años? ¿Y por qué hay tantísimas personas inteligentes en tantas partes del mundo que todavía luchan contra su adopción? ¿Por qué prefieren arruinarse antes que cambiar? Obviamente, estas preguntas pertenecen tanto al mundo cultural y social como al económico. En el período de tiempo que siguió a las muertes de Johanna y Annie, Schumpeter desvió gran parte de su atención de la teoría económica al análisis de los fenómenos culturales y sociales.[1] Sabía ya, o estaba a punto de descubrir, que los modelos de las sociedades precapitalistas reflejaban algunos valores y tradiciones humanas verdaderamente arraigados:

—La convicción de que la vida espiritual sufre un daño de extrema gravedad cuando las personas se ven inmersas en el materialismo. En el siglo VI a. C. el griego Solón, poeta y hombre de Estado, observó que “muchos hombres malvados son ricos y muchos hombres buenos son pobres”. La mayor parte de las religiones también alertan sobre el peligro de la corrupción que acompaña a toda búsqueda de riqueza. Confucio dijo: “La caza de fortuna es rica en odio”. La Biblia de los hebreos asegura que “el amor por el dinero es la raíz de todo mal”. Y el Evangelio según San Mateo de los cristianos afirma que “es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de los Cielos”.

—La falta de creencia en una movilidad ascendente en la sociedad o en la economía. Antes de la Revolución industrial, cuyos inicios se sitúan en torno a 1760 y que tuvo su apogeo a partir de 1840, la mayor parte de las personas creían que debían permanecer en la situación en la que se encontraban y vivir conforme a los medios que tenían. Se suponía que sabían y aceptaban lo que les había tocado en la vida. “Hay lugar y recursos para todo hombre vivo”,

escribió Shakespeare en *Bien está lo que bien acaba* (1602). La noción de una movilidad social y económica extendida habría parecido incomprensible, por lo mismo que la idea de movilidad geográfica, a no ser que uno fuera comerciante, marinero o miembro de una tribu nómada. Los propios viajes de Schumpeter, que tuvieron lugar después de que sus ancestros mantuvieran durante cuatrocientos años su residencia en Triesch, constituyen un ejemplo de un nuevo sentido de la movilidad que nació en el siglo XVIII y floreció en el XIX. Los vaivenes financieros de Schumpeter también ejemplifican los rápidos cambios en el estatus social y económico de una persona, que caracterizan al capitalismo moderno (y que difieren totalmente de la experiencia humana anterior).

—*No hay un sentido extendido de la libertad personal y de la autonomía individual*. En 1772, cuatro años antes de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, solo un 4% de la población de la Tierra era "libre", según las estimaciones del escritor economista inglés Arthur Young. El 96% restante trabajaba bien como esclavo, servidor, sirviente por contrato o vasallo. Debían la mayor parte de su trabajo o la integridad del mismo a sus propietarios, reyes, caudillos, terratenientes, jefes tribales u otro tipo de señores. Los incentivos que tenían para trabajar duro eran muy escasos, puesto que las personas generalmente trabajan e innovan más cuando es para su propio beneficio y no cuando es en beneficio de otros.

Prusia no liberó a sus siervos hasta 1805 y Rusia hasta 1861. Estados Unidos no prohibió la esclavitud hasta 1865, Brasil hasta 1888 y Arabia Saudita hasta 1962. A pesar de los progresos recientes que se han hecho en muchos países, las mujeres y algunos grupos étnicos oprimidos ven como las oportunidades de que disponen todavía están constreñidas, en casi todas partes. El potencial de la energía económica que nunca se vio liberada por culpa de todas estas subyugaciones, durante un período de tiempo tan largo, es incalculable.[2]

—*El gobierno de la mayor parte de las ocupaciones y de los oficios por cárteles (acuerdos para dividir los mercados y mantener los precios altos) y gremios (asociaciones exclusivas de artesanos)*. Estas condiciones feudales dominantes implicaban que la gran mayoría de los trabajadores, ya fuera en la agricultura o en la artesanía, no podían cambiar de trabajo. Los sistemas de aprendizaje duraban generalmente siete años. Los empresarios podían contratar a pocas personas fuera del gremio o despedir a pocas de las que estaban agremiadas en él. Lo que los economistas modernos llaman "movilidad laboral" era algo prácticamente inexistente y Schumpeter estaba a punto de analizar las razones que había detrás de ello.

El impulso humano que hay detrás de esta tendencia posee un poder

extraordinario incluso hoy en día. La mayoría de las personas, de forma consciente o inconsciente, ven en sus trabajos una especie de propiedad personal. En gran parte del mundo contemporáneo, incluso en el mundo capitalista, sigue siendo muy difícil despedir a los empleados. Los empresarios o los jefes que se ocupan de esta tarea lo hacen poniendo en riesgo su propia seguridad o incluso sus propias vidas. (Si esta afirmación suena exagerada, pregúntenle a alguien de la India, México u otros países donde el despido es algo difícil o imposible). En un contexto mundial, la tradición estadounidense de libertad para el despido, que legalmente se denomina "*employment at will*" (empleo sin preaviso), es la excepción y no la regla.

—*Derechos de transmisión marcados por la primogenitura*. La limitación a la libre disposición (la imposición de una sucesión de herederos específica) y la primogenitura (la herencia únicamente le corresponde al mayor hijo varón de la familia) tuvo numerosas implicaciones y prácticamente ninguna de ellas promovió el progreso económico. En primer lugar, disuadía la innovación porque no estimulaba la toma de riesgos. La mayoría de los propietarios se comportaban como administradores preservando la propiedad que ya tenían antes que como emprendedores esforzándose por ganar más. Además, se esperaba de los hijos mayores que realizaran alguna provisión al menos para sus hermanos, y estos subsidios personales agotaban el capital al que se le podría haber dado un uso mejor en cualquier otra actividad. Lo más grave era que la limitación a la libre disposición prevenía la venta y la consiguiente propagación de la propiedad de la tierra. En la propia Austria de Schumpeter, algunas leyes de limitación a la libre disposición estuvieron en vigor hasta 1919. En la mayor parte del mundo, a partir del siglo XVII, la dispersión gradual de la propiedad de la tierra se convirtió en un movimiento democrático fundamental que tuvo una fuerte incidencia en el crecimiento económico. Las personas trabajan más y de forma más inteligente en su propia tierra que cuando trabajan por cuenta ajena.

—*Un sistema financiero primitivo que carecía de papel moneda, valores, bonos o cualquier otro tipo de mecanismo de crédito*. Esta fue una razón particularmente reveladora de la tardía aparición del capitalismo y un asunto fundamental de por qué Schumpeter hizo tanto hincapié en la creación de crédito. Durante más de mil años, mucho después de la Edad Media, la mayoría de las religiones principales prohibieron el préstamo de dinero con intereses. Entre estas religiones estaban tanto el cristianismo como el Islam. En 1910, cuando Schumpeter ejerció de abogado en Egipto, consiguió a duras penas evitar un incidente desagradable con un acreedor al quien insultó sin pretenderlo al ofrecerle el pago de intereses por un préstamo entre ellos.

Hubo importantes excepciones, por supuesto, como los banqueros Medici, los Fugger o banqueros judíos que no impusieron barreras religiosas a su profesión. No obstante, como consecuencia en gran parte de los tabúes del cristianismo y del Islam, los bancos no fueron algo común en la mayor parte del planeta hasta el siglo XIX. En una fecha tan tardía como 1790 no había más que tres en los Estados Unidos; cien años después había treinta mil. Sin los fondos de la realeza y la aristocracia o del patrocinio de la religión (que eran las fuentes de dinero de iniciativas como los experimentos de Galileo o los viajes del descubrimiento de América de Colón, además de serlo también para las artes y la arquitectura) los inventores y los empresarios no podían encontrar crédito para financiar sus proyectos. Esta situación casi por sí misma era suficiente para sofocar el surgimiento de la tecnología y la cultura empresarial que por contraposición llegaron a definir el capitalismo moderno.

—*La ausencia de los dos pilares que soportan todos los sistemas de negocio con éxito: un concepto moderno de la propiedad privada y un marco para el Estado de derecho*. Sin la institución de la propiedad privada (la libertad de que los individuos puedan poseer, comprar o vender) ningún sistema capitalista podría prosperar. Y en ausencia de una protección jurídica eficaz, los frutos del capitalismo serían robados por delincuentes, capitalistas sin escrúpulos o gobiernos corruptos y por lo tanto aniquilarían los incentivos de las personas para trabajar más. Además, el capitalismo es un motor tan poderoso que puede escaparse fuera de todo control fácilmente. El capitalismo es tan innovador que avanza continuamente hacia zonas jurídicas grises. Incluso los escándalos empresariales, sobre todo en las finanzas, han sido tan frecuentes que pueden ser considerados como una característica endémica del sistema. En consecuencia, el capitalismo requiere continuos ajustes de la ley, mecanismos de ejecución creíbles y vigilancia constante. La regulación pública a través de marcos legales complejos (ley de contratos, de la competencia, de la asociación, de las grandes empresas, etcétera) es fundamental.

Schumpeter ya había entendido muy bien todos estos aspectos en 1925. Sabía que el capitalismo podía adoptar formas muy distintas en países diferentes y que tenía implicaciones políticas fuertes pero no necesariamente decisivas. Como súbdito que había sido durante largo tiempo de la monarquía de los Habsburgo, sentía que el capitalismo promovía una forma de gobierno democrática y representativa, aunque no la necesitara. La distinción entre las variedades de capitalismo se hizo especialmente patente en Alemania durante los años 30 del siglo pasado, cuando el gobierno nazi adoptó la forma exterior de una economía de mercado al mismo tiempo que enterraba los derechos individuales bajo un régimen totalitario. Un caso similar ha vuelto a aparecer en el siglo XXI, cuando China y otros países se han convertido parcialmente al

capitalismo mientras mantienen regímenes políticos autoritarios.

Mientras tanto, en las naciones democráticas apareció la “economía mixta”, durante los años 30 del siglo XX en adelante, en la que los gobiernos adoptaban papeles reguladores más férreos y empezaban a construirse los Estados de bienestar. La posibilidad de la existencia de economías mixtas *estables* fue uno de los pocos aspectos del capitalismo moderno que Schumpeter no fue capaz de prever. El éxito espectacular de economías mixtas en Europa, Estado Unidos y Japón que continuó durante largo tiempo solo llegó a ser evidente a finales de la última mitad del siglo XX. Su éxito demostró que el capitalismo es un sistema social y económico más flexible de lo que incluso el propio Schumpeter había pensado, con muchas combinaciones posibles de los sectores público y privado.[3]

En 1911 Schumpeter ya había afirmado rotundamente en su *Teoría del desarrollo económico* que el espíritu empresarial individual era la llave del crecimiento económico de cada país. Reconocía que cuanto más libre se volviera un sistema (cuantos más derechos garantizara un gobierno a los individuos) más oportunidades habría para que se desatase el espíritu empresarial y por consiguiente hubiese una mayor posibilidad de crecimiento económico. En este sentido fue uno de los primeros que señaló la conexión entre el capitalismo y la libertad personal.

Como podía haberse previsto para un profeta de la innovación, Schumpeter desarrolló una fascinación especial por los Estados Unidos. En un articuló que publicó en 1919 escribió que en los Estados Unidos del siglo XIX, a diferencia de lo que había sucedido en otros países, los mejores cerebros habían acudido en masa a las empresas. Sin embargo, Schumpeter bien podía haberse retrotraído más en el tiempo. Los Estados Unidos alcanzaron su posición de economía líder a escala mundial en gran medida porque desde su origen ya poseían un fuerte espíritu empresarial. Como lo explicó en cierta ocasión el historiador Carl Degler: “El capitalismo llegó en los primeros barcos”. Las colonias que más tarde formarían los Estados Unidos fueron creadas en su mayor parte por emprendedores europeos en los siglos XVII y XVIII, en un momento preciso de la historia en el que el capitalismo moderno empezaba a apartar a un lado a los sistemas tradicionales.[4]

Schumpeter mantenía que una vez que se llegaba un sistema capitalista completo, este sistema mejoraba principalmente la vida de la gente corriente y no la de reyes, caudillos o aristócratas. Decía también que el sistema ayudaba a unos mucho más que a otros, porque distribuía sus frutos de manera desigual, tanto dentro de un país como entre diferentes países. En cuanto a esta afirmación, tanto Schumpeter como muchos de los otros que llegaron a pensar lo mismo, estaban en lo cierto por muy injusto que parezca el

resultado. Incluso en el siglo XXI los así llamados países ricos están haciéndose más ricos a pesar de que solo representen el 15% de la población mundial. (De los aproximadamente 190 países que existen actualmente solo hay 25 que el Banco Mundial y otros organismos incluyen en la categoría de ricos). El 15% de la población del planeta que vive en los países ricos disfruta de ingresos que son seis veces superiores a los del 85% restante.[5]

La lista completa de razones por las que estas diferencias existen es larga y empieza con las características de los sistemas tradicionales enumerados anteriormente. No solo incluye factores económicos sino que también hay culturales, religiosos y socioculturales. El número de refranes y proverbios que advierten contra los cambios son legión en muchas lenguas. Todavía en el siglo XIX el dicho español "Que no haya novedad" se utilizaba como fórmula de despedida diaria entre amigos. Muchas personas han tenido miedo de forma inherente a la incertidumbre y no se apresuran a asumir los riesgos que acompañan a la destrucción creativa del capitalismo. Por lo general, aquellos que más se han beneficiado de las bondades del capitalismo tampoco han mostrado un ansia particular por compartir su buena fortuna con los desfavorecidos, ya fuera en su propio país o en el extranjero. Una vez más hay excepciones manifiestas: Andrew Carnegie, Henry Ford, Bill y Melinda Gates o Warren Buffet. Sin embargo esta generalización todavía se cumple.[6]

Schumpeter pasó el resto de su carrera explicando los elementos necesarios para tener una compresión total del capitalismo como sistema económico, social, político e incluso psicológico. En lo que queda de este libro explicaremos el modo en que lo hizo, el coste que esto tuvo para él y lo mucho que el mundo se ha beneficiado de ello.

Capítulo 10
Nuevos rumbos intelectuales

Quemé mi vida, lo que puedo considerar Una pasión solo mental.

Louise Bogan: ***El alquimista, 1922***.

Después de las muertes de Johanna y Annie, Schumpeter apenas podía concentrarse en nada excepto en su dolor. Le parecía inconcebible que tantos golpes le alcanzasen en tan rápida secuencia. Además de sus tragedias personales, también le preocupaba la enorme cantidad de deudas que había contraído en Viena, que le hacía temer una serie de citaciones, acusaciones y escándalos que podría "dañar su estatus de profesor de universidad". Esta pesadilla, que sus penas exacerbaban, no era totalmente irracional y vivió con ella durante muchos años.[1]

Entre tanto, Schumpeter intentó enterrar sus sufrimientos trabajando de forma incesante. Según escribió a Gustav Stolper: "Ahora sé lo que se siente dentro de los muros inalterables e inexpugnables de las celdas en las que se encierran a los locos. Cuando el lunático tiene momentos de lucidez, solo entonces quizá reconoce, yo lo hago al menos, que está mejor en la celda con sus paredes acolchadas. Mis paredes acolchadas son mis apuntes, los libros abiertos, etcétera, a los que me puedo asir y con los que reacciono."[2]

Incluso la inmersión en su trabajo demostró ser algo muy difícil. Buscó alguna manera de seguir contando con el apoyo de Johanna y Annie para poder valerse. En su diario empezó a referirse a ellas como sus *Hasen*, un nombre cariñoso en alemán para las personas más allegadas (literalmente significa "liebres" y en el sentido que Schumpeter le daba, "conejitas"). Semana tras semana, escribiría "¡Oh madre y esposa, ayudadme!" y les pediría la fuerza necesaria para llevar a cabo su investigación y completar sus escritos. A veces las anotaciones en el diario y las notas de sus clases empezaban con las iniciales H s D (*Hasen sei Dank*, una expresión para dar gracias a sus *Hasen*). La salvación le llegó a través de trabajo y más trabajo, sostenido todo ello por estos rituales invocatorios a su esposa y a su madre.[3]

Al tiempo que intentaba ahogar sus emociones y vivir estrictamente con su intelecto, empezó a buscar un nuevo hogar "científico" más allá de las estrechas constricciones de su disciplina. Lo encontró a través de la fusión creativa de la teoría económica y social, que configuró a través de un nuevo y amplio flujo de trabajo. Pronto sus publicaciones le trajeron más invitaciones para dar conferencias ante grupos académicos y empresariales en Alemania, Gran Bretaña y otros países. Los viajes le alejaron de Bonn, el escenario de su desgarro emocional, y además le hicieron ganar un dinero que le servía para pagar sus deudas. Viajó solo e intentó perderse en este errar. Conoció a

nuevas personas, cautivó a un nuevo público y difundió su fama. Asimismo, visitó decenas de catedrales y dibujó vidrieras, ornamentaciones en piedra e incluso edificios enteros. Realizó estos dibujos un año tras otro y los guardó como recuerdo.[4]

Sin darse cuenta estaba a la búsqueda de un nuevo hogar físico y también científico. Más inquieto que nunca, Schumpeter viajó por toda Europa y en 1931 hizo un largo viaje por Asia en el que pasó tres semanas en Japón dando conferencias y, lo que es más importante, empezó a dar clases tanto en Bonn como en Harvard. Entre 1927 y 1932 realizó cinco viajes transatlánticos.

Sin embargo, su tarea más inmediata era preparar una nueva edición de la *Teoría del desarrollo económico*, obra que había empezado a revisar antes de que Annie muriera. Las conclusiones de esta obra fundamental habían empezado a desdibujarse después de los trastornos que había traído consigo la Gran Guerra y en la década de los veinte la edición estaba agotada. El editor quería sacar una nueva edición y, además, una traducción al inglés, un deseo que compartía Schumpeter quien se puso manos a la obra con nuevo fervor. La consecuencia de todo esto es que la *Teoría del desarrollo económico* se convirtió en la única de sus grandes obras a la que consagró el tiempo y la energía suficientes para volver a meditar sus ideas, revisarlas o condensarlas. La segunda edición en alemán apareció en 1926, la tercera en 1931 y la traducción al inglés en 1934. Añadió un subtítulo a la obra para subrayar la perspectiva del libro: *An Inquiry into Profits, Capital, Credit, Interest, and the Business Cycle*.[5] (Una indagación sobre los beneficios, el capital, el crédito, los intereses y el ciclo económico).

La versión inglesa solo tiene 235 páginas, menos de la mitad de las 548 páginas del original alemán de 1911. Muchas de las traducciones del alemán al inglés suponían una reducción de la extensión de un 15% a un 20% sin ningún tipo de condensación. Sin embargo, Schumpeter ya había recortado la edición revisada alemana de *Teoría del desarrollo económico* a 369 páginas y recortó el texto aún más para la versión inglesa, haciendo así el libro más accesible a sus lectores. La segunda edición alemana es menos técnica y más sencilla de seguir que la primera original, y su aparición en 1926 recibió artículos muy favorables en muchas publicaciones. *The American Economic Review* lo consideró “uno de los libros más estimulantes y fascinantes que se haya escrito sobre teoría económica. Es tremendamente revolucionario porque proporciona la primera *economía dinámica* elaborada, en sentido propio.”[6]

Schumpeter delegó la práctica totalidad de las decisiones relacionadas con la publicación en inglés al venerable economista Frank Taussig, al que había conocido hacía veinte años y que en 1927 le había contratado como profesor visitante en Harvard. Taussig escribió a un posible traductor que Schumpeter

“tenía una mente rebosante de ideas que siempre iba hacia nuevos espacios y nuevos pensamientos. Sus oraciones están llenas de incisos y por lo general son demasiado largas … a menudo será necesario dividir una de sus frases en alemán en dos o tres en la versión inglesa.” Al final Taussig encontró al traductor perfecto: su propio yerno, Redvers Opie, un joven y brillante economista inglés que conocía a Schumpeter y que admiraba enormemente su trabajo. Taussig escribio a Schumpeter para decirle que: “no hay razón para que se preocupe por la profesionalidad del traductor. Le doy mi palabra de que es una persona competente.”[7]

Opie empezó la traducción a principios de 1931. Durante el verano de aquel año viajó a Bonn y se encerró con Schumpeter durante varias semanas en las que mantuvieron debates intensos. Después volvió a Harvard y trabajó hasta mediados de 1932, momento en que envió el manuscrito a Schumpeter. En septiembre, después de más revisiones, Schumpeter se lo envió por correo de vuelta. Un exuberante Opie le escribió entonces: “Mi admiración ante su inglés no tiene ahora límites … Realmente creo que se ha expresado con más claridad en inglés que en alemán”. Y ciertamente la versión inglesa es mucho más fácil de leer que la alemana.[8]

Taussig ofreció la traducción acabada en inglés a la Harvard University Press que lo publicó en 1934. En el nuevo prefacio, Schumpeter afirmó que “algunas de las ideas que presenta este libro son muy antiguas y datan de 1907 y todas ellas fueron pensadas en 1909”. En otras palabras, había realizado la base del análisis durante la época que había pasado en Chernivtsi y los años que precedían a esta etapa. Se había beneficiado de su experiencia en el mundo de la política y de los negocios pero estas experiencias no habían hecho más que reforzar su pensamiento sobre la esencia del capitalismo. Creía más que nunca que el espíritu empresarial y la creación de crédito eran la fuente del crecimiento económico.[9]

Schumpeter con Redvers Opie en 1931, cruzando una calle del centro de Bonn que estaba a solo una manzana, aproximadamente, de la universidad. (Créditos imágenes 10.1)

Schumpeter trabajó enérgicamente en otro gran manuscrito mientras revisaba la *Teoría del desarrollo económico*, al que llamaba su "libro sobre el dinero". El dinero es uno de los temas más difíciles de entender y explicar en economía pero Schumpeter había publicado ya un largo y excelente artículo sobre este tema en 1917. En aquel artículo inicial, que como es habitual en Schumpeter comprendía varios siglos de historia, hacía hincapié en el papel del dinero y del crédito en el progreso económico y ampliaba lo que había escrito a este respecto en la *Teoría del desarrollo económico*.[10]

Pero cuanto más trabajaba en su libro sobre el dinero (“día tras día como un loco” según escribió a Gustav Stolper en 1930), más inabordable parecía ser la tarea. Le dedicó miles de horas a este libro pero nunca llegó a publicarlo. Al final evaluó todo el esfuerzo y lo consideró “un resultado completamente malo”. Aunque nunca entendió del todo qué había ido mal, la respuesta era en realidad bastante sencilla: había intentado abarcar demasiados detalles. Schumpeter creía que para estudiar el dinero, o cualquier otro tema económico, de manera adecuada uno debe prestar atención a la historia, a la sociología y a otras materias. Sin conocimientos profundos en estas áreas nunca podrá entender las instituciones que afectan al crecimiento económico, como los mercados de capitales, los sistemas jurídicos y los organismos políticos, todos los cuales están relacionados directamente con el fenómeno del dinero.[11]

En 1930, John Maynard Keynes publicó su propio libro sobre la materia que tituló *Tratado sobre el dinero*, que aún conteniendo como libro muchos defectos, en él conseguía expresar la mayoría de las cosas que Schumpeter tenía intención de contar pero de forma más compacta. Y pese a que Schumpeter creyó que Keynes se había apropiado de algunas de sus ideas, sin atribuírselas a él, de todos modos le escribió para felicitarle profusamente por un “logro espléndido”.[12] Uno de los distintivos propios de los teóricos económicos de primera fila es su habilidad para presentar modelos desmontables de la realidad, y que no por eso ella pierda su esencia, y en este arte Keynes era superior a Schumpeter. En palabras de Einstein: “Todo debería hacerse tan sencillo como sea posible, pero no más sencillo”. Y desde otra perspectiva sobre el mismo tema, T. S. Eliot señalaba que “cualquiera podría trinchar un ganso si no tuviera huesos”. Cuando Schumpeter eligió un tema como el dinero, insistió en trabajar con el ganso entero, con huesos y con todo. Sabía tantísimo sobre tantas cosas que a veces perdía de vista el pensamiento “tan sencillo como sea posible” de la sentencia de Einstein. Schumpeter deseaba crear un campo económico “exacto” para el dinero y otras materias complejas. Sin embargo, con frecuencia había demasiadas variables y no quería dejarlas de lado aunque tuviera que trabajar más para incluirlas en su modelo.[13]

Su erudición era mucho mayor que la de Keynes, quien tenía menos conocimientos sobre historia, escasos sobre sociología y no podía leer alemán correctamente. Por otra parte, Keynes tenía un verdadero don para simplificar las cosas de manera persuasiva y no dudaba en utilizarlo, ya fuera con el tema del dinero o con cualquier otro. Como Schumpeter diría más tarde sobre el tipo de análisis en el que Keynes había destacado: “siempre pondremos por delante, a costa de los fuertes sacrificios que conlleva, su virtud más importante: la simplificación.” Por supuesto, manifestaba implícitamente el

peligro de la simplificación *excesiva*. En una ocasión, Schumpeter escribió a un antiguo alumno suyo lo siguiente: “Mi modelo [de espíritu empresarial] puede parecer confuso y difícil de manejar matemáticamente pero es *real* y puedes verlo. Los [llamados] determinantes keynesianos son una pantalla que se interpone entre los estudiantes y la realidad.” La fascinación de Schumpeter por el crecimiento de la sociedad industrial (y por consiguiente, por su historia y su sociología) enriquecieron enormemente su análisis. Sabía que muchos “diletantes”, como decía él, se tomaban la práctica de la sociología como un medio de escape de las constricciones de otros campos. Pero no se consideraba a sí mismo un diletante y sabía, por su trabajo con Max Weber, que la sociología era disciplina indispensable para analizar el capitalismo y las clases sociales.[14]

En 1927, cuando estuvo un año en Harvard como profesor visitante, los sociólogos de la universidad todavía no se habían separado del Departamento de Economía para formar su propio grupo independiente de Relaciones Sociales. Esto fue una circunstancia afortunada para Schumpeter puesto que su propio enfoque de la economía se estaba volviendo cada vez más sociológico, y así tuvo la oportunidad de conversar con algunos de los jóvenes más brillantes de este campo. La economía seguía siendo el centro de su pensamiento, la habitación principal de su intelecto, pero la historia, la sociología y la psicología también reivindicaban su propio espacio.[15]

Schumpeter iba en contra de la tendencia académica predominante al evitar para sí una especialización concreta y, en su lugar, seguía una larga tradición europea que tenía por objetivo construir una magna teoría social. Esta costumbre tenía como ejemplos a autores del tamaño de Hegel, Comte, Nietzsche, Mill, Marx, Freud o Weber, quienes habían buscado conceptualizar la condición humana como un todo unitario, cada uno a su manera, y evitando una simplificación excesiva. Muchos de ellos cruzaron las líneas disciplinarias libremente y se acercaron a la filosofía, la historia, el derecho y la economía, así como a disciplinas más jóvenes como la sociología, la psicología o las ciencias políticas. En concreto, los escritos de Marx y de Weber influyeron directamente en Schumpeter, que volvió a trabajar y a absorber sus ideas para formar su propia y original síntesis. Entre tanto, leyó todos los escritos importantes que se habían escrito sobre economía, desde la antigüedad hasta el momento presente en que vivió.

Su acercamiento a un enfoque más histórico y sociológico se hace especialmente claro en un artículo que publicó en 1926 bajo el título “Gustav von Schmoller y los problemas actuales”. En él alababa a Schmoller por pretender llevar a la economía más allá de la pura teoría. Se trataba de un cambio con respecto a los primeros enfoques de Schumpeter, cuando no había

sido tan generoso con la escuela histórica alemana. Sin embargo en aquel momento pensaba que Schmoller, junto con Weber, había señalado el camino a un nuevo tipo de sociología económica fundamentada en la historia, que también podríamos llamar como "economía social", que es quizá la mejor traducción posible del original alemán *Sozialökonomie*. Schumpeter había cambiado de opinión por su propio estudio y por su experiencia en la política y en los negocios que habían fortalecido su estimación de la importancia de las instituciones. En ninguna parte se ejemplifica mejor su grandeza como pensador que en cambios como estos: momentos en los que su inquietud intelectual le conducía a nuevos formas de pensar, incluso cuando esto implicaba cambiar la perspectiva que cuidadosamente había construido con anterioridad.[16]

Mientras estaba a caballo entre Bonn y Harvard (seguía intentando escapar de su dolor a través de un trabajo incesante) elaboró dos artículos más en relación con la *Sozialökonomie*. Ambos se enmarcaron en la tradición europea de magnas teorías y ambos constituyeron puntos de referencia del crecimiento de Schumpeter como pensador social.

En el primer artículo, "Las tendencias de nuestra estructura social" (1928), examina las relaciones entre los modos que tiene una nación de organizarse política, social y económicamente. Lo escribió en una Alemania que por entonces tenía numerosos problemas, que derivaban en su mayor medida de un desajuste entre el orden económico del país y su estructura social. Decía que Alemania era en aquel momento completamente capitalista en su organización económica pero que el nuevo orden había llegado tan rápidamente que las costumbres sociales del país seguían ancladas en formas de pensar rurales o incluso feudales. Señalaba que en un año tan reciente como 1871, casi dos tercios de la población alemana vivían en granjas o en ciudades de menos de dos mil habitantes y menos del 5% vivía en ciudades de más de cien mil habitantes. Sin embargo, en 1925 la proporción de personas que vivían en grandes ciudades se había más que quintuplicado al tiempo que el porcentaje que vivía en zonas rurales se había reducido a la mitad.[17]

Las causas de este cambio habían sido los grandes saltos en la productividad agrícola. Mientras que en 1882 solo el 4% de las granjas alemanas utilizaban maquinaria, en 1925 era más de un 66%. Muchos agricultores no crecieron cuantitativamente en este período, pero la mecanización permitió a los propietarios producir mucho más con menos mano de obra contratada. La mecanización echó a los trabajadores de la tierra y los envío a las ciudades. El número de trabajadores sin tierra cayó por lo tanto drásticamente y el problema político que tanta división había provocado anteriormente entre los pequeños agricultores y las grandes propiedades dejó

de ser una controversia nacional. Aquellos que se quedaron para trabajar la tierra llegaron a ser agricultores autónomos prósperos que trabajaban tierras de tamaño medio con maquinaria moderna. “Por mucho que las reformas agrarias todavía susciten agitación” –escribió Schumpeter– “*en la esfera rural* el agricultor ha conseguido lo que deseaba”. Y en este proceso, los agricultores pasaron de ser el segmento de la sociedad más radical a ser el más conservador.[18]

Por otra parte, para los trabajadores de la industria la estructura social evolucionó de forma bastante diferente. Los artesanos tradicionales, que consideraban su oficio como una propiedad personal, detestaban el nuevo orden capitalista basado en las fábricas. Los gremios exclusivos de artesanos lucharon arduamente contra la industrialización, incluso pidiendo a veces la prohibición de las propias máquinas. Sin embargo estos artesanos anclados en el pasado estaban librando una batalla que no podían ganar. El capitalismo no estaba solo mecanizando la producción industrial sino que también traía consigo la afluencia de trabajadores del campo que llegaban a las ciudades para trabajar con las nuevas máquinas.[19]

Seguía Schumpeter afirmando que a principios del siglo XX algunos segmentos de las antiguas clases de artesanos hicieron francos esfuerzos de adaptación mediante la búsqueda de su propia industrialización. Como ejemplo cita “a los panaderos de Danzig y de Berlín, que construyeron una fábrica de pan en la que eran obreros, ‘capitalistas’ y vendedores al mismo tiempo”. Muchos de los que habían sido artesanos se convirtieron en propietarios de pequeños negocios y después se alinearon políticamente con las clase medias. Por consiguiente, era más fácil predecir cómo podría evolucionar su pensamiento que prever la ideología de los antiguos campesinos que vivían ahora en las urbes.[20]

Mientras tanto surgieron también negocios de gran tamaño aunque no eran tan numerosos en Alemania como se solía pensar. “Este es un reflejo interesante de la actitud pequeñoburguesa … tan característica de los alemanes. Pero si definimos un gran negocio como aquel que emplea a más de 1.000 personas, entonces solo hay 892 empresas de este tipo con unos 2,1 millones de empleados en total”, una pequeña fracción de la fuerza laboral total. Schumpeter predijo que la tendencia hacia empresas más grandes continuaría. Sin embargo, en cualquier economía moderna la estructura de clases no presenta divisiones acusadas entre la fuerza laboral y el capital, “ni siquiera está tan cerca de ser algo tan simple como la teoría marxista”.[21]

Schumpeter decía que las verdaderas divisiones se encuentran *dentro* del nuevo orden industrial. “Las diferencias entre un magnate y el dueño de una fábrica mediana son tan grandes que uno podría hablar de dos clases

diferentes". De todos modos, aunque estos dos grupos rara vez lo reconozcan, tienen un punto en común importante: su posición social es más inestable que la de cualquier otra clase. En la nueva economía las familias de negocios se encumbran y caen tan rápidamente que se hace difícil hablar de ellas como clases sociales de cualquier forma. En "el cambio rápido de la posición de las familias de las clases altas" –decía Schumpeter– "se está produciendo claramente una selección de cerebros muy democrática y eficaz." La economía ha entrado en el domino de la meritocracia, que es inherentemente hostil a la clase hereditaria. El espíritu empresarial se ha convertido en una *función* y no en una marca de clase.[22]

En el caso de los trabajadores se produjo la evolución de una división similar. "Quizá no sea ni siquiera apropiado hablar de batallas sociales contemporáneas como la existente entre la fuerza laboral y el capital, haciendo uso de la tradición marxista, sino que quizá sea más una batalla entre diferentes categorías de fuerza laboral", entre los capacitados y los no capacitados. El número de empleados industriales seguiría creciendo pero entre tanto era simplemente inadecuado "decir que el trabajador es el proletario explotado, que es solo un instrumento en las manos de otra persona y que nunca puede ganar su propio espacio vital. De hecho, el trabajador actual es el mayor participante en la economía capitalista."[23]

En el nuevo sistema industrial de altos salarios, los trabajadores capacitados e incluso los que no lo estaban podían llevar una vida burguesa. "Esto es exactamente lo que desprecian tanto los socialistas como los visionarios intelectuales" –afirmaba Schumpeter. "Argumentar que el trabajador está excluido de cualquier avance social es la mayor tontería. Uno no debe nunca olvidar que los emprendedores de hoy en día son con gran frecuencia antiguos trabajadores o hijos de trabajadores." Por consiguiente, "la fuerza laboral no es una masa homogénea. La consciencia proletaria y unida de clase es solo una idea utópica con escasa conexión con la realidad." Los trabajadores capacitados y no capacitados piensan de maneras muy distintas y los trabajadores capacitados, en particular, tienen un verdadero interés en el nuevo orden social y económico. El trabajador que carece de formación es el que con mas probabilidad se radicalizará políticamente y aquel cuya actitud futura será menos predecible.[24]

El enfoque único de Schumpeter de la teoría social, que ejemplifica este artículo de 1928, mostraba una visión totalmente novedosa del capitalismo y de la estructura de clases. Sus profundas ideas se extendían mucho más allá de lo que la mayoría de los otros economistas y sociólogos de la época estaban escribiendo. En su lugar, Schumpeter estaba integrando ambas disciplinas en una economía social fresca y valiosa que ilustraba la naturaleza

fundamental del capitalismo. Haciendo uso de su dolor personal, Schumpeter se había entregado a un problema intelectual intransigente y se había abierto paso hasta lograr algo muy similar a una explicación.

Schumpeter publicó el artículo de 1928 en una revista que patrocinaba la industria química alemana y por tal razón no fue considerado como "científico" en el sentido académico. Pero en el mismo período, más o menos, publicó otro artículo relacionado ("Las clases sociales en un ambiente étnicamente homogéneo") que pronto se consideraría como una contribución mayor a la joven disciplina de la sociología. Este nuevo artículo abarca un período amplio de la historia europea, desde la época medieval hasta el presente. En sus primeras páginas Schumpeter alude una vez más a los pensadores marxistas que en aquella época tenían gran influencia en el pensamiento social europeo. Se dio cuenta de la tentación del teórico "de echar combustible a su motor balbuciente con la potente gasolina de la lucha de clases" y procedió a continuación a desmontar las premisas sobre las que se basaba la presunta lucha.[25]

En una formulación notablemente simple, define el "fenómeno de clases" al decir que los miembros de una clase se comportan entre ellos de forma distinta, homogénea, a como lo hacen con las otras clases. Y eso es prácticamente todo: "Están en una asociación más cercana unos con otros, se entienden mejor entre sí, trabajan más fácilmente coordinados, cierran filas y erigen barreras contra el exterior, prestan especial atención a la misma parte del mundo, con los mismos ojos, con las mismas miras, en la misma dirección." Así que la mejor prueba de la existencia de una clase es "aquella que la hace aparentemente reconocible y que no involucra ninguna teoría de clases: es el mero hecho de la endogamia, que es predominante entre sus miembros."[26]

Aunque Schumpeter abjurara explícitamente de la palabra "élites", en este artículo en realidad estaba escribiendo sobre el auge y caída de las élites capitalistas. Apenas comentaba algo sobre las clases medias o bajas, excepto para señalar su posible elevación por sí mismas al estatus de élite mediante su espíritu empresarial. De forma más chocante, mantiene que el estatus de una clase en un momento dado es el resultado de los acontecimientos anteriores y, por consiguiente, es probable que esté caduco. Por lo tanto, gran parte del orden social existente en un momento concreto "puede explicarse únicamente por la supervivencia de elementos que en realidad son ajenos a sus propias tendencias." La unidad inicial de las clases era la familia y el camino más común para ascender de clase (para los individuos o para las familias) era "una política de matrimonios resuelta, y llevada a cabo durante siglos." La revolución industrial hizo este tipo de política matrimonial más difícil pero de

ningún modo puso fin a ella.[27]

"¿Cómo sucede esto –se preguntaba Schumpeter– de que una familia ascienda mientras otra cae?" Se trataba de un verdadero puzle pero creía tener la respuesta. Señalaba que la mayor parte de las familias acaudaladas que lideraban la sociedad a mediados del siglo XIX no se encontraban después, apenas tres generaciones más tarde, en lo más alto. Esta situación contradecía completamente la insistencia de Marx en el hecho de que el rico se haría más rico y el pobre más pobre. "Esta visión [marxista] es un ejemplo típico del modo en que los prejuicios en favor de una teoría ocultan al teórico los hechos más sencillos para distorsionar grotescamente sus proposiciones."[28]

Hay una valoración más cierta que descansa en las innovaciones competitivas y el dinamismo incesante que tienen lugar en los negocios capitalistas. El propio Marx vio este dinamismo, mucho mejor que cualquier otro economista de su época, pero aun así no aprovechó el conjunto de sus implicaciones. Marx creía que nunca es suficiente, que no bastaba con "reinvertir" los beneficios en el negocio familiar. Ninguna empresa, refutaba Schumpeter, puede nunca retener una posición en lo más alto de su industria sin comportarse en gran medida así: "sin abrir nuevos caminos, sin consagrarse en cuerpo y alma al negocio, únicamente."[29]

Uno podría pensar que la práctica firme del ahorro, de la vida frugal y del mantenimiento de la empresa sobre una base sólida bastarían. Pero Schumpeter defiende que cualquier empresa que siga estas rutinas (por muy admirables que parezcan a primera vista) pronto se verá sobrepasada por emprendedores agresivos, que tomen riesgos y que sean competitivos. Hizo mucho hincapié en este punto: "La introducción de nuevos métodos de producción, la apertura de nuevos mercados (en efecto, la realización con éxito de nuevas combinaciones de negocio en general), todo ello implica riesgos, ensayos y errores, la superación de resistencias; y son factores que no figuran en la rueda de la rutina." Concluía diciendo lo siguiente: "En cuanto a la pregunta de por qué esto es así, la respuesta la da la teoría del beneficio empresarial." Los recién llegados a la industria traen ideas nuevas, tienen beneficios mucho mayores y llevan a los ya instalados fuera del negocio, mediante el simple recurso de fijarse en el crecimiento económico como único objetivo.[30]

Schumpeter admitía que esto es muy difícil de hacer. La mayoría de las personas con éxito, especialmente una vez que han hecho fortuna, no quieren continuar obsesionándose con el crecimiento económico. Llegan a detestar la demanda implacable de innovación continua. Quieren divertirse y vivir una vida más completa. Estas son las razones por las que a las grandes empresas generalmente se les quedan pequeñas las capacidades de las familias

fundadoras para sostener su puesto en lo más alto de su industria. “La mera conservación de los recursos ya existentes, por muy meticulosa que sea, es siempre característica de una posición en declive.”[31]

La tarea de mantener una posición en la primera fila se vuelve algo incluso más difícil en el caso de formas de capitalismo verdaderamente modernas. “Los líderes industriales deben echarse encima una carga de trabajo a menudo irracional que les ocupa la mayor parte del tiempo de su jornada.” Los emprendedores necesitan “tener una extraordinaria energía física y nerviosa”. Los mejores entre ellos solo pueden sostener a gran nivel sus esfuerzos si poseen “ese tipo de ‘visión’ especial … la capacidad de concentrarse en los negocios y excluir otro tipo de intereses, una sagacidad fría y práctica; unos rasgos que no son de ninguna manera irreconciliables con la pasión”. Los emprendedores que trabajan en empresas de gran tamaño deben tener aún más habilidades. Deben saber cómo “granjearse el apoyo” de sus colegas, “tratar con personas de gran talento” y dar amplio crédito a otras personas en beneficio del éxito de la organización.[32]

Sin embargo, el mero hecho de haber nacido en una familia prominente no concede ninguna de estas competencias. Por lo tanto, en una sociedad industrial moderna “la persistencia de la posición de clase es una ilusión. Las barreras de clase *deben* poder superarse, tanto en las clases inferiores como en las superiores”. El camino de un individuo a una posición de clase superior surge cuando sigue la senda “de vías que no son convencionales. Esto siempre ha sido así pero nunca ha sido tan patente como en el mundo del capitalismo.” La mayor parte de las familias industriales han ascendido desde la clase de los trabajadores y artesanos “porque uno de sus miembros *hizo algo novedoso*” y este es “prácticamente el único método por el que pueden dar el gran salto de su clase a otra.” Una de las razones por las que Schumpeter admiraba a la aristocracia británica era precisamente por su carácter versátil y permeable, bastante distinto del de la sociedad estática de degenerados que había conocido en Viena, que se dedicaba a las carreras de caracoles. En Gran Bretaña, una persona podía ascender a una clase superior mucho más rápidamente que en Austria.[33]

La conclusión de Schumpeter era que “las barreras de clase son siempre superables, sin ninguna excepción”. ¿Cómo? A través de “aptitudes [superiores] en aquellas funciones que el entorno considera como ‘socialmente necesarias’.” Cuando el progreso económico se convirtió en *la* función socialmente necesaria, entonces los emprendedores altamente capacitados alcanzaron la cima. No obstante, la naturaleza dinámica del capitalismo hizo que su posición (y la de sus familias) fuera inherentemente inestable, lo que suponía un cambio trascendental en la historia. “El caudillo

solía ser automáticamente el líder de su pueblo en prácticamente todos los aspectos. El industrial moderno, sin embargo, es cualquier cosa menos un líder de ese tipo."[34] De forma general, el ensayo de Schumpeter sobre las clases sociales contiene pertinentes anotaciones históricas, observaciones de gran agudeza y realidades que difieren de lo que se podría pensar. Estas son las razones por las que ha sido una obra básica de la sociología desde su primera publicación y ha ilustrado los seminarios de universidades de todo el mundo.[35]

Un tercer artículo importante que Schumpeter escribió durante el largo trauma que sufrió tras la muerte de sus *Hasen* fue "La inestabilidad del capitalismo", escrito en 1928, y que apareció en la publicación trimestral más importante del mundo de aquella época (en esta disciplina), el *Economic Journal*, cuyo editor era Keynes. En él Schumpeter sostiene que el rasgo de innovación y cambio constante que define al capitalismo hace que la idea de un "equilibrio" capitalista sea engañosa,[36] pero asimismo insistía en el hecho de que la economía no podía confinarse a la teoría abstracta sino que debía incorporar las realidades empíricas de la empresa moderna. A la inversa, las realidades por sí solas no bastan sin teoría que las ilumine. En palabras de Schumpeter: "El mero 'reconocimiento' de un hecho no significa nada a menos que el hecho se inserte en el resto de la argumentación y sirva para un trabajo teórico."[37]

Schumpeter mantiene que el modo de comprender las expansiones generales de la economía es descomponerlas mediante la observación minuciosa de ciertas industrias. Los orígenes de expansiones amplias siempre proceden de innovaciones que surgen en industrias específicas, que después se ramifican a otras partes de la economía (a los proveedores de estas industrias, a los distribuidores y, por último, a los clientes). En el siglo XIX y a principios del siglo XX, el crecimiento económico derivó de secuelas claras de avances significativos en sectores líderes: primero el textil, luego la máquina de vapor y el hierro, y después la electricidad y la química. En general, la innovación de una industria específica "no *sigue*, sino que *crea* una expansión."[38]

Schumpeter añade que no se podría explicar nada de todo esto con los conceptos habituales sobre el equilibrio económico. Por el contrario, la innovación requiere un *des*equilibrio continuo, conducido por emprendedores obsesionados con lo que están haciendo. La innovación en sí misma es principalmente "una proeza que no viene del intelecto sino de la voluntad. un caso especial del fenómeno social del liderazgo." Las barreras a la innovación constan de "problemas de incertidumbre y resistencias a hacer lo que no se ha hecho antes". Estas dificultades a menudo son inmensas y vencerlas "es la

función característica del emprendedor”.[39]

Con esta idea Schumpeter pone de relieve una vez más el papel fundamental del crédito (no el crédito habitual necesario para el funcionamiento de un negocio ya existente, sino el de las importantes cantidades de dinero que se ponen sobre la mesa para apostar por el éxito de un nuevo proyecto empresarial; un dinero que puede perderse por completo si el proyecto fracasa). “La innovación, que es discontinua y que conlleva una cambio considerable y que … encarnan típicamente las nuevas empresas, requiere de enormes gastos antes de empezar a ver ingreso alguno. Por consiguiente, la ‘creación de crédito’ se convierte en una parte esencial tanto del mecanismo propio del proceso como de la teoría que lo explica”.[40]

Schumpeter escribió que todos estos elementos son endémicos de la rutina capitalista. Las influencias exteriores (guerras, terremotos, incluso muchas de las nuevas tecnologías e inventos) no son la fuente de los cambios perpetuos que caracterizan al capitalismo. El cambio es, bien al contrario, una parcela del propio capitalismo y proviene de la conducta empresarial presente en el sistema. “Este elemento del proceso capitalista por sí solo, caracterizado por el tipo y la función del emprendedor, destruirá cualquier equilibrio”. En otras palabras, el bullicio implacable es el estado natural del capitalismo y el único equilibrio real es un estado constante de desequilibrio.[41]

En 1928, cuando Schumpeter publicó este artículo, las empresas de ciertos sectores industriales de Alemania, los Estados Unidos y casi de cualquier otra parte, estaban aumentando su tamaño considerablemente. Al ocuparse de este tema Schumpeter defendió que la innovación se beneficiaba con frecuencia del surgimiento de grandes empresas, ya que las empresas de tamaño muy grande pueden permitirse el lujo de apostar por nuevas técnicas. Estaban dispuestas a enjugar las pérdidas de algunos proyectos nuevos porque podían confiar en los beneficios que extraían de otros recurrentes. “En cualquier caso, el fracaso pierde su peligro y [la innovación] tiende a llevarse a cabo habitualmente siguiendo el consejo de los especialistas.” El crédito de los bancos se vuelve menos importante porque las empresas grandes pueden retener sumas importantes de sus ingresos y tienen mejor acceso al mercado monetario exterior.[42] Ahí cita a los Estados Unidos como su mejor ejemplo. A principios del siglo XX, empresas como American Telephone and Telegraph, General Electric, Eastman Kodak o DuPont, crearon departamentos de investigación dedicados específicamente a desarrollar nuevos productos y procedimientos. Hicieron de la propia innovación una parte de su rutina empresarial y esto supuso un cambio profundo. Más tarde, en el siglo XX, la mayoría de las grandes empresas de todos los países añadieron un departamento de investigación y desarrollo a sus estructuras empresariales.

Mientras tanto, y como Schumpeter había predicho, siguieron surgiendo nuevas empresas que operaban al lado de las ya muy grandes empresas existentes. Al contrario de lo que muchos otros analistas esperaban, el capitalismo "de *trusts*" (conglomerados) ni reprimió la innovación, ni evitó la creación regular de empresas de nueva creación. Una vez más, Schumpeter había ido en contra de los principios imperantes con sus análisis y sus predicciones y vivió lo suficiente para ver confirmada su visión de las cosas con el transcurso del tiempo.

El análisis de las grandes empresas, junto con la incursión de Schumpeter en la sociología de clases, requería de un trabajo intenso y muy atento. Schumpeter seguía con su empeño por llegar a la base del proceso capitalista para lo que trabajó durante interminables horas y exprimió todo su talento en ello. A veces, como en el estéril esfuerzo de escribir su "libro sobre el dinero", no conseguía nada, pero con mucha más frecuencia tenía un éxito brillante. Las nuevas ediciones de *Teoría del desarrollo económico*, su fusión de la sociología y la economía en la *Sozialökonomie*, sus artículos pioneros en materia de clases sociales y de la inestabilidad del capitalismo, fueron todos ellos grandes avances conceptuales, que ayudaron a modelar el futuro de las ciencias sociales.

Durante el resto de su vida, Schumpeter desarrolló su labor con la carga de estrés emocional que le suponía el ser incapaz de huir de las tragedias de 1926, excepto a través del olvido que procuraba el trabajo incesante. Y en la travesía de su tortura, que duró desde 1926 hasta mediados de la década de los 1930s, tanto Johanna como, sobre todo, Annie siguieron teniendo para él una presencia real y formaron una parte muy importante de su vida cotidiana; tan importante que las hacía intervenir en su trabajo. Una noche tras otra componía plegarias en las que invocaba a sus *Hasen* para que le ayudaran a completar las tareas que se había impuesto. Hay miles de plegarias de este tipo en su diario. Además, copiaba compulsivamente el diario de la propia Annie, día tras día, año tras año, y a menudo añadía anotaciones de sus propios recuerdos. A veces, el diario de Annie y el suyo se fusionaban en un solo texto. Durante ese mismo período mantuvo también correspondencia con miembros de la familia de Annie y recibió constantemente muestras de consuelo, especialmente de su hermana Milly Reisinger. Cuatro años después de la muerte de Annie, Milly respondió a una carta de Schumpeter así: "Escribe que se está volviendo mayor, más triste y gris … Se siente así simplemente porque aparte de todo su trabajo no tiene entretenimiento alguno y está demasiado solo." Poco después, Milly le envió de improviso lo que era prácticamente una propuesta de matrimonio:

> Sin lugar a dudas, Annie fue feliz con usted. Yo lo vi y ella me lo dijo repetidamente en aquellos escasos días que estuve en Bonn. Antes de que la llevaran al hospital me dijo a mí: podría

> cuidarte para que no te faltara nada y no te sintieras sola. He pensado en esas palabras una y otra vez y me ha venido la idea a la cabeza de que con mucho gusto me casaría con usted y que le querría. De todos modos, realmente no querré a cualquier otro hombre mientras usted esté tan triste y solitario.

Como Schumpeter no mostró ninguna intención a este respecto, Milly se casó con uno de sus varios pretendientes. No obstante, Schumpeter envió dinero a Viena para la familia Reisinger durante el resto de su vida.[43] En un fragmento de la novela autobiográfica que escribió unos años después de la muerte de Annie y Johanna aparece lo siguiente:

> Y para el hombre moderno este trabajo lo es todo –todo lo que le queda.
> Realizar las tareas con eficacia sin perseguir un objetivo, sin esperanza …
> Sin familia.
> Sin amigos de verdad.
> Sin una mujer en cuya feminidad se pueda uno anclar.

Así que Schumpeter continuó trabajando sin cesar y no únicamente para eliminar su dolor. Todavía tenía enormes deudas en Viena que tenía que pagar y esa tarea requería un tipo de labor diferente del camino que quería seguir en la sociología y la economía “científicas”.[44]

Capítulo 11
Política y espíritu empresarial

Si pasa a cualquier asunto de política, Desatará el nudo gordiano.

Shakespeare: ***La vida del rey Enrique V***, **1599**.

Como la carga de trabajo que había acometido en Bonn crecía enormemente, Schumpeter decidió contratar a alguien que se ocupara de la casa. Afortunadamente había cerca una buena candidata. En enero de 1926, tres meses después de que Annie y él hubieran llegado a Bonn, había contratado como secretaria a Maria Stöckel, una joven inteligente que venía de la ciudad de Jülich, a unos sesenta kilómetros al noroeste de Bonn. Aproximadamente un año después de la muerte de Annie, Schumpeter pidió a Mia, que así era como la llamaba, que se mudara a su mansión y se hiciera cargo de la casa. Mia no tardó en demostrar que era una asistente excepcionalmente competente. Continuó su trabajo de secretaria mecanografiando sus manuscritos y organizando su correspondencia y también puso orden en la caótica casa de Schumpeter.[1]

En 1927 Mia tenía veintidós años y era una mujer atractiva y a la moda. A menudo su cara traviesa expresaba el mismo centelleo que había caracterizado a Schumpeter en épocas más felices. Pero tras la pérdida de Annie y Johanna estaba tan abatido que además de la ayuda de alguien como Mia necesitaba también compañía. En los años que siguieron a su trabajo con Schumpeter, Mia se consagró cada vez más a lograr su bienestar. Era tan eficaz que podía mecanografiar el texto completo de sus cartas y artículos casi tan rápido como si se lo hubieran dictado.[2] Durante el tiempo que pasó en Bonn (de 1925 a 1932) el número de publicaciones de Schumpeter excedió a cualquier otro período comparable de su vida (lo que sirve para medir el grado de fijación en el trabajo que tuvo como método de escape de su constante dolor). Escribió un total de sesenta y cinco artículos en comparación con tan solo ocho entre 1920 y 1924. La mayor parte de estas nuevas obras eran “ciencia” como llamaba a sus libros y a sus ensayos publicados en revistas profesionales. Asimismo, también escribió decenas de escritos con orientación política dirigidos a un público más amplio. Estos artículos reunidos serían el equivalente de dos libros de tamaño medio.[3] En parte, realizó este trabajo menos técnico para ganar dinero y pagar las deudas que había contraído en Viena. Los artículos difundieron su reputación de experto económico que, a su vez, trajo consigo una lluvia de invitaciones para dar conferencias ante grupos cívicos e industriales. Schumpeter, al que le gustaba dar espectáculo, a veces encontraba divertido el circuito de conferencias que daba. “Después de mi discurso ante los industriales del

vidrio alemanes" –escribió desde Berlín a Ottilie Jäckel, su antigua secretaria en el Biedermann Bank– "casi he tenido un momento de alivio. Es extraño pero algo irradia desde mí cuando hablo en público, que además de llegar a los otros me alcanza también a mí." Ottilie Jäckel era catorce años menor que Schumpeter y una de sus confidentes más íntimas. Schumpeter le envío muchas cartas en las que se expresaba con gran sinceridad.[4]

Sin embargo, a menudo manifestaba el odio que sentía por el trabajo que hacía. En septiembre de 1928 le dijo a Ottilie Jäckel que "lo que me trae aquí [a Múnich] (dar una conferencia en un congreso de la asociación alemana de exportadores y comerciantes al por mayor) y lo que hice en Colonia el día 18 (una conferencia ante el sindicato alemán del cemento) es la [parte] más insoportable de mi existencia." Estas actividades le apartaban de su trabajo "científico" y le degradaban ante sus propios ojos. "Esto es prostitución" –escribió. "¡Se trata de dar conferencias y de escribir por dinero!" No obstante, sabía que tenía que seguir con ambas ocupaciones si quería liquidar algún día sus muchas deudas, que seguían siendo una cantidad muy importante al punto que había estimado que tardaría veinte años en reintegrarlas por su importe total. En realidad solo le llevaría siete años más, hasta 1935.[5]

En publicaciones similares a las actuales *Fortune, Financial Times* o *Wall Street Journal,* Schumpeter lanzó sus mensajes fundamentalmente al sector de los negocios. Muchos artículos aparecerían en periódicos editados por su amigo vienés Gustav Stolper que se había trasladado a Berlín poco tiempo después de que el propio Schumpeter se fuera a la Universidad de Bonn. Stolper fundó y editó con la ayuda de Schumpeter *Der deutsche Volkswirt* (El Economista Alemán) a imagen y semejanza de la publicación londinense *The Economist,* que era entonces la revista líder en todo el mundo en el campo de la economía y los negocios, como probablemente siga siéndolo hoy en día. En 1926, Schumpeter prometió a Stolper que él mismo escribiría artículos para la nueva publicación y que conseguiría que otras personas con talento también se prestaran a ello. Después de unos comienzos tambaleantes la revista demostró tener mucho éxito.[6]

Aunque Schumpeter fuera un analista político de primer orden que iba directo al centro de cualquier problema económico no le gustaba prescribir remedios públicos, porque pensaba que podría comprometer su objetividad científica. "No tengo una farmacia" –espetó en una ocasión a un grupo de negocios de los Estados Unidos. "No tengo píldoras que pueda recetar, ni soluciones bien definidas para cualquier problema práctico que pueda surgir." Debido a su compostura, los economistas y los historiadores no hablan generalmente hoy de activistas "schumpeterianos" del mismo modo que hablan de regímenes marxistas o keynesianos. Y tampoco hoy se identifica a

Schumpeter con los enfoques estrictos de libre mercado, como es el caso de Adam Smith, Friedrich von Hayek o Milton Friedman.[7] Pero aun así no es difícil identificar un programa schumpeteriano, sea cual sea el nivel de análisis que se elija: el emprendedor individual, la empresa, el sector industrial o incluso el país. En todos los niveles la prueba de acidez de Schumpeter es ver si los participantes están buscando innovación y ocasionado una destrucción creativa. Si es así, entonces el programa es schumpeteriano; en caso contrario, no lo es.

Cuando rompía su propia regla de no tener una farmacia y se ponía a recomendar políticas específicas (como hizo en muchos de los artículos que escribió para *Der deutsche Volkswirt* y otras revistas similares), siempre promocionó la adopción de medidas vigorosas que fomentaran el espíritu empresarial. Sin embargo, a finales de los años 20 y principios de los 30 del siglo pasado, ni Alemania ni ningún otro país importante se encontraba en un posición de ventaja para aplicar un programa Schumpeteriano a largo plazo. La convulsión de la Gran Depresión puso muy difíciles las cosas a los emprendedores a la hora de contemplar nuevos proyectos.

En 1925, cuando Schumpeter se trasladó a Bonn, Alemania no estaba en una situación tan caótica como la que había vivido Austria durante la época en que él había sido Ministro de Hacienda, en 1919. Aun así Alemania todavía estaba muy lejos de gozar de estabilidad económica y política. “Verdaderamente, muchas veces, cuando observo sus líderes en el campo de la política y de la economía –escribió Schumpeter en 1928–, Alemania me da pena.” Al hablar de la “incompetencia” y de la “falta de principios” del gobierno, Schumpeter comparó a sus políticos y funcionarios de entonces con aquellos otros de las monarquías de los Hohenzollern y de los Habsburgo que habían gobernado en Alemania y en Austria con anterioridad, llegando a una contrastación desfavorable. En la época en que Schumpeter llegó a Bonn, Alemania ya se había recobrado de su período de hiperinflación pero todavía soportaba apabullantes cargas por las reparaciones de la guerra de Gran Bretaña y Francia. Además, en 1919 el ejército francés ocupó Renania (la región occidental de Alemania en la que se encuentra Bonn), lo que supuso un insulto adicional, y permaneció allí hasta 1930.[8]

A mediados de los años 20 llegó al país una asistencia financiera crucial en forma de enormes préstamos de Estados Unidos en favor del gobierno alemán y de las empresas comprometidas con la reconstrucción de la industria nacional. Estas compañías ayudaron con sus sueldos y sus beneficios al sistema fiscal nacional para que produjera dinero con el que continuar con los pagos por las reparaciones que se habían suspendido en 1923. A su vez, Gran Bretaña y Francia utilizaron gran parte de este dinero para pagar sus propias

deudas de guerra que a su vez habían contraído con los Estados Unidos. En este sentido se formó un flujo de fondos triangular con origen en los Estados Unidos que apoyaba a las economías de Gran Bretaña, Francia y Alemania y que sentaba las bases para cualquier progreso económico que pudieran tener durante la década de los años 20. Alemania sufrió una recesión durante los dos primeros años que Schumpeter pasó en Bonn y hasta el año 1928, el producto interior bruto del país no alcanzó los niveles anteriores a la guerra.[9]

La estancia de Schumpeter en Bonn se produjo entre el fin de la Gran Guerra y la ascensión al poder de Adolf Hitler en 1933, durante esos años a los que se les suele denominar como la Alemania de "la República de Weimar". Weimar es una ciudad pequeña, en donde se reunieron para trabajar los redactores de la nueva constitución alemana de la posguerra, intentando huir del malestar revolucionario de Berlín. La constitución creó un gobierno democrático que, sin embargo, fue demasiado débil y estuvo demasiado fragmentado como para funcionar con eficacia. Había más de doce partidos políticos que competían por el poder, muchos de los cuales lograron sus escaños en virtud del sistema de representación proporcional, y a menudo mostraron una escasa voluntad de llegar a compromisos. Su orientación política iba desde la izquierda más pronunciada hasta la más extrema derecha, o representaban algún interés concreto, o una región del país. Con frecuencia se anulaban sus influencias los unos a los otros, de manera no muy distinta a lo que sucedía con las facciones existentes en el Parlamento austrohúngaro durante la juventud de Schumpeter.

Algunos de ellos incluso se opusieron a la constitución de Weimar y la judicatura alemana no les infligió pena ninguna, aunque fuera responsabilidad suya velar por la constitución. El poder judicial era mucho más severo con los comunistas que con las ideologías de derecha: Adolf Hitler solo estuvo unos meses en prisión por haber intentado abiertamente derrocar al gobierno. Como ningún partido ostentaba la mayoría se hacía necesario un gobierno de coalición, pero ninguno de tales gobiernos duró mucho tiempo. Los enfrentamientos constantes entre los gobiernos autonómicos (de los *länder*) y el gobierno federal paralizaron aún más la elaboración de políticas. Así que los únicos sentimientos políticos que unían al pueblo alemán eran la resistencia a las duras disposiciones del Tratado de Versalles (en concreto, a las reparaciones de guerra) y un nacionalismo creciente, encaminado a restaurar el alto puesto del país entre las grandes potencias.[10]

Durante este período Alemania albergó a algunos de los partidos comunistas y socialistas más fuertes del mundo. En las elecciones de 1928, el partido socialdemócrata ganó 153 de los 491 escaños del parlamento y el partido comunista 54. El partido Nacionalsocialista Alemán de los

Trabajadores de Adolf Hitler (cuyo nombre no dejaba traslucir su ideología) solo obtuvo 12 escaños en ese año de 1928, menos de una cuadragésima parte del total. En las elecciones de 1930, nada menos que 16 partidos diferentes obtuvieron representación parlamentaria. Una vez más los socialdemócratas lideraron los resultados con 143 de los 577 escaños totales. El partido comunista obtuvo 77 mientras que el porcentaje de los nazis se incrementó notoriamente hasta casi una quinta parte del total, con 107 escaños, una evolución siniestra que sin embargo pasó demasiado desapercibida. A partir de su propio análisis de las cambios de la estructura social alemana, Schumpeter debería haber prestado atención a la madurez de la respuesta a la llamada de Hitler, de los artesanos desplazados y de los campesinos recién urbanizados, pero no lo hizo.[11]

En esa época, las instituciones comerciales de Alemania estaban mucho mejor organizadas que su gobierno y los siete años que Schumpeter pasó en Alemania le ofrecieron un primer encuentro prolongado con un sistema de negocios verdaderamente moderno. Había empresas sofisticadas que destacaban en industrias pesadas como la del acero (Krupp, Thyssen) y en vehículos motorizados (Mercedes, BMW). Las empresas alemanas lideraban a escala mundial el sector químico y ocupaban la segunda plaza, después de las estadounidenses, en el del equipo eléctrico.

En los años 20 se desarrolló una tendencia importante entre el empresariado alemán: un movimiento hacia la autorregulación industrial a través de la creación de normas. Las asociaciones del sector privado dirigían estos esfuerzos que después el gobierno aprobaba, dándoles fuerza de ley. En 1926 se creó la Comisión de Normalización de Alemania que se convirtió en un modelo para otras organizaciones similares en otros países. Esta comisión creó sus propias normas DIN nacionales muchas de las cuales serían finalmente normas internacionales. Durante la época que Schumpeter pasó en Bonn, el número de normas industriales en Alemania creció de las 1.110 de 1925 a las 4.500 de 1932.[12]

Incluso hoy en día los logros de la economía capitalista tienen una gran deuda con la adopción de normas y estándares como el caballaje para los motores, el tamaño de corte en los aserraderos, el grosor de las hojas de acero o las normativas de seguridad para el equipo eléctrico. Los Estados Unidos adoptaron las medidas de dos por cuatro en la industria de la construcción, la etiqueta UL (Underwriters’ Laboratories) para electrodomésticos y la de SAE (Society of Automotive Engineers) para los grados de la gasolina para motores, por citar algunas de estas normas. En ausencia de estándares, muchas operaciones rutinarias que damos por hechas como el cambio de velocidad en un coche, la sintonización de una emisora en AM o FM, o el uso

de un ordenador, serían prácticamente imposibles. La normalización puede utilizarse para excluir a nuevas empresas de una industria pero en general ha beneficiado a los productores y a los consumidores a todos los niveles.

Muchísimas empresas alemanas se reestructuraron durante los años en que Schumpeter estuvo en Bonn, un fenómeno que le dio más pruebas de las transformaciones constantes del capitalismo. Las pequeñas y medianas empresas (la mayoría de ellas familiares) mejoraron su funcionamiento y se ganaron una reputación mundial de alta calidad. Muchas de estas empresas *Mittelstand* todavía existen hoy en día tanto en el sector manufacturero como en el de servicios. La mayoría de ellas mantiene lazos estrechos con sus comunidades y en muchos aspectos siguen siendo el corazón de la economía alemana. Otras han sido adquiridas por algunas empresas mayores pero muchas de las marcas originales todavía son conocidas en todo el mundo (Stihl, por sus motosierras; Zeiss, por las lentes, o Hohner, por las harmónicas). Además hubo marcas más nuevas que se desarrollaron durante la última mitad del siglo XX (Tetra, comida para peces; Krones, maquinas de etiquetado, o Hugo Boss y Jil Sander, ropa).[13]

Las grandes empresas también cambiaron de manera importante entre 1925 y 1932, sobre todo como consecuencia de una ola de fusiones a gran escala. Cuando Schumpeter se mudó a Bonn, cinco de las diez empresas de mayor tamaño del país se dedicaban a la industria del acero. Cuando se fue, cuatro de las cinco (todas menos Krupp) se habían unido para formar el grupo Vereinigte Stahlwerke (Acererías Unidas), la mayor empresa del país. En 1925, tres de las doce mayores empresas de Alemania pertenecían al sector químico (BASF, Bayer y Hoechst). En 1932 estas tres empresas junto con otras compañías del sector se fusionaron para constituir IG Farbenindustrie, que sería la segunda empresa de mayor tamaño del país. En el sector bancario también hubo muchas fusiones. Schumpeter quedó fascinado con este proceso al que llamo “trustification”, utilizando el término estadounidense (*trust*).[14]

Desde el punto de vista de los directivos, las fusiones estaban motivadas principalmente por una reducción de la competencia de precios y una mejora en los procesos de producción y comercialización. Con frecuencia, como era el caso de la gran fusión de acererías, la reorganización imitaba el modelo estadounidense (United States Steel). A veces la estrategia funcionaba bien pero por lo general no era así. El veredicto final estaría empañado por la llegada de la Gran Depresión que inicialmente afectó a Alemania con una caída de las exportaciones.[15]

El declive económico mundial se hizo primero evidente en Gran Bretaña y se extendió rápidamente de un país a otro. Cuando llegó a los Estados Unidos, en 1929, se cortó el flujo monetario al exterior del país y la economía alemana

empezó a precipitarse hacia una depresión de gran envergadura. La tasa de desempleo era del 10% en 1929 y del 25% en 1931, hasta llegar al enorme 33% del invierno de 1932 a 1933. Eran unos acontecimientos extraordinarios y Schumpeter trató de ellos directamente en muchos de sus artículos sobre políticas públicas.

Al tiempo que Alemania se sumergía gradualmente en la crisis económica, Schumpeter dio un paso adelante con la elaboración de análisis y propuestas más accesibles formalmente que sus típicos escritos académicos. Entre 1925 y 1932 escribió una serie importante de artículos sobre el estado de la economía alemana y las políticas económicas del gobierno. Estos artículos, escritos para *Der deutsche Volkswirt* (El Economista Alemán) y otras revistas no especializadas, muestran a un Schumpeter en el punto álgido de su retórica que intenta alejar a sus nuevos compatriotas del desastre y acercarlos a un criterio comercial sensato. Se centró en cuatro temas que en aquella época causaban una enorme controversia en el debate nacional alemán: los baremos fiscales y los presupuestos públicos frente a la cuestión de las reparaciones de guerra; los salarios y el desempleo; la prosperidad y la quiebra de negocios; y la naturaleza subyacente de la sociedad capitalista.

El primero de esos artículos empezaba atacando la política de salvamento pública de industrias antiguas o de bajo crecimiento (un problema que todavía resulta familiar en muchos países hoy en día, porque hay una enorme cantidad de votantes en tales sectores), aunque apoyaba la intervención del gobierno. Schumpeter escribió que la vuelta al progreso de Alemania consistía en conceder préstamos de forma selectiva a empresas que estuvieran en industrias con un alto potencial de crecimiento. “Hay que fortalecer a las fuertes, o a aquellas que están volviéndose fuertes, pero a las débiles no hay que amamantarlas.” Manifestaba que las compañías deberían verse obligadas a adoptar prácticas innovadoras como condición para recibir asistencia pública. Sabía que sería difícil aplicar este tipo de programa porque los políticos necesitan votos y los votos tienden a mirar hacia atrás, pero Schumpeter insistía en la adopción de una perspectiva de largo plazo que mirara hacia adelante y que evitara cualquier parche económico rápido.[16]

Luego retomó el tema de por qué los sistemas presupuestarios y fiscales alemanes no funcionaban bien. Mostró cómo bajo la constitución de Weimar el gobierno central prestaba servicios básicos mínimos y dejaba que la mayoría de las funciones públicas fueran sufragadas por los impuestos regionales y locales, para después especificar el modo en que la reforma debería tener por objetivo un “equilibrio fiscal”, es decir, la coordinación del sistema fiscal a todos los niveles de gobierno.[17] Schumpeter abogaba por impuestos adicionales sobre artículos de lujo, rentas por alquileres y, sobre

todo, sobre el alcohol. Decía que el grado de imposición de la cerveza y los licores de alta graduación era tan bajo que podían soportar un aumento tanto para el gobierno municipal, como el regional o el federal, todos a la vez. Los ciudadanos aceptarían este tipo de impuesto siempre que la mayoría de los ingresos permanecieran estables en las regiones en las que se aplicara dicha imposición.[18]

Schumpeter escribió muchos de sus artículos sobre política fiscal antes de que la economía alemana iniciara su declive. En 1929 el país se dirigía hacia un terreno de graves problemas y sus escritos empezaron a ser más inquisitivos e insistentes. En aquel momento se preguntó por qué Alemania se estaba dirigiendo a esas aguas tan turbulentas. Se podía echar la culpa, parcialmente, a unas políticas presupuestarias y fiscales pobres, pero ambas podían mejorarse fácilmente. Las palabras mágicas eran “acumulación de capital”, para la inversión pública y privada dirigida a sectores de crecimiento empresarial. A la objeción de que favorecer un sector en vez de otro podría parecer injusto, Schumpeter alegaba que las inversiones dirigidas rinden beneficio al conjunto de la economía en pocos años y, por consiguiente, ayudan a todos.[19]

En cuanto al delicado asunto del impuesto sobre la renta, Schumpeter defendía que estaba justificado tal impuesto pero que se había fijado en un extremo demasiado alto. Desde su punto de vista, los impuestos sobre la renta son eficaces únicamente si son lo suficientemente bajos como para ser aceptados por el conjunto de la sociedad. En épocas difíciles, si un impuesto retiene una cuarta o quinta parte de los ingresos de una persona, entonces será algo destructivo: inhibirá la inversión, reducirá el consumo y fomentará la evasión de impuestos. Eso fue exactamente lo que sucedió en Alemania durante los años 20. Por supuesto, estos niveles de imposición en comparación con los de hoy en día pueden parecer bajos, pero en aquella época eran extremadamente altos. Cuando Schumpeter se mudó de Alemania a los Estados Unidos, su propia retención cayó de un 25% a un 4% aproximadamente, y eso que su nuevo salario era mucho mayor.[20]

Schumpeter también advertía sobre el uso excesivo de impuestos de sucesiones, sobre todo como medio para reducir el déficit del gobierno. Este impuesto afecta a todos menos a las grandes fortunas, por lo que desincentiva el ahorro y promueve el consumo como forma de evitar una imposición futura sobre las propiedades. Un impuesto de sucesiones bajo es aceptable, pero el gobierno siempre debería tener en cuenta la psicología del consumidor. El tipo de gravamen debería ser bajo, a un nivel tal que los posibles ahorradores lo consideren como razonable, de manera que las personas puedan desear constituir un ahorro para la familia.[21]

A medida que la economía alemana empeoraba los escritos de Schumpeter aumentaban la urgencia de su tono, sobre todo en lo que tenía que ver con la extendida demanda de los consumidores de precios más bajos. Si los precios se reducen durante un tiempo demasiado largo, decía, los inversores se desanimarán. Un enfoque mejor sería aplicar las medidas que había defendido durante todo ese tiempo: fijar el impuesto sobre las ventas a un mínimo de 1,5% (por encima de un 1% aproximadamente); introducir tasas sobre el tabaco y el alcohol, y promover la inversión y el ahorro de todas las formas posibles. Si se hubieran adoptado esas políticas desde un primer momento, decía, la economía habría estado en mucho mejor estado en 1930. A través de un recorte simultáneo de impuestos "hostiles al capital" la nación podría haber logrado un nivel de inversiones mayor. El "destino" de Alemania dependía en aquel momento de la adopción de una política fiscal y presupuestaria sólida, pues el país se encontraba en una encrucijada económica.[22]

A Schumpeter le había empezado a preocupar que los votantes y líderes de grupos con bajos ingresos se desesperaran y, por consiguiente, fueran más propensos a la demagogia tanto de la izquierda como de la derecha. De hecho, en un artículo publicado en 1930 utilizaba la palabra *Führer*, en posible alusión a Hitler o a algún líder comunista. Un demagogo de este tipo podría hacer que "las masas" exigieran un programa socialista dirigido en contra de los negocios. Schumpeter defendía que si se instalaba una forma ligera de socialismo y este sistema no funcionaba, había posibilidades de que se sucediera una forma de socialismo más estricta y si esto sucedía, entonces el crecimiento económico se estancaría y el nivel de vida de casi todo el mundo caería en picado.[23]

En cuanto al asunto de la política de salarios y de empleo, Schumpeter argüía que en Alemania el poder de los sindicatos no había provocado una situación de salarios altos y desempleo como muchas personas creyeran. Al contrario, estos problemas procedían fundamentalmente de unas estructuras industriales obsoletas; los sectores de negocio apiñados en gremios, los cárteles y otras situaciones de casi monopolio que restringían la producción y reducían el empleo. El movimiento de fusiones que había en aquella época, si no se gestionaba de manera adecuada, podía hacer aumentar la tasa de desempleo todavía más.[24]

En un discurso dirigido a la asociación alemana de fabricantes textiles, Schumpeter mantuvo que los incrementos salariales deben estar ligados a un incremento de la productividad (producción por hora trabajada). La mera distribución de los beneficios empresariales de los empresarios a los empleados no ayudaría en mucho a los trabajadores y dañaría la prosperidad

económica general. Y si los salarios crecían sin que hubiera un aumento similar en la productividad (como sucedía en Alemania), entonces el nivel de vida pronto caería de manera generalizada. Los incrementos salariales por sí mismos no podían llevar a un desarrollo más rápido, sobre todo si se producían a expensas de la inversión. La redistribución adicional del dinero de los ricos a los pobres no podría ser sostenible porque no podía llevar a un incremento de la producción y, de todos modos, no se habría generado suficiente dinero para la redistribución como para marcar una gran diferencia.[25]

En esa época Alemania tenía el movimiento laboral más poderoso y el sistema de reparto de beneficios a los trabajadores más generoso de todos los países importantes. Los directivos, aunque aceptaban la idea del bienestar social, argüían que sus empresas no podían competir con una carga tan pesada. En 1924 el director del consejo económico del *Reich*, un grupo empresarial destacado, afirmó: "No necesitamos seguir la política de los estadounidenses de 'ajo y agua' en materia de política social, que se traduce simplemente por un 'trabaja o muere'. En Estados Unidos no hay ningún tipo de política del bienestar social. Sin duda alguna, no es eso lo que deseamos." Por otra parte, "necesitamos crédito extranjero y el mundo exterior pregunta: ¿qué vais a hacer con ese crédito? No podemos nosotros permitirnos los lujos que ellos no pueden permitirse."[26]

Schumpeter solo estaba parcialmente de acuerdo con esta línea de pensamiento porque no consideraba que los gastos de las prestaciones sociales fueran el problema más importante. En un artículo publicado en 1928 admitía que la *suma* de los pagos de las empresas alemanas en concepto de salarios, impuestos y prestaciones sociales era demasiado alto. Con el paso del tiempo esta situación llevaría a un declive económico y, a continuación, a la decadencia social. Proponía como remedio para el problema de los niveles de retribución que se crearan dos nuevas instituciones bajo patrocinio público y privado (una que representara a los empresarios y otra, a los trabajadores). Ambas se reunirían continuamente para coordinar esos niveles de retribución. La cuestión primordial no era una de corte ideológico del tipo de "la fuerza laboral en oposición al capital", como en el modelo marxista, sino que, al contrario, se trataba de un asunto práctico de gestión en cooperación, en aras del bien común.[27]

El desempleo de larga duración, escribía, puede atenuarse mediante la lucha contra las tendencias monopolistas, pero la situación de la época en Alemania era inoportuna para semejante política. En su lugar, decía, para los tiempos que estaban viviendo, las grandes empresas y algunos carteles eran precisamente lo más apropiado, sobre todo en las industrias en que se tenía

que hacer frente a competencia extranjera de alta tecnología. Schumpeter defendía que la existencia de carteles durante un período limitado de tiempo era beneficiosa para el desarrollo económico y empleaba el argumento de "industria infantil": las empresas de reciente creación necesitan una protección temporal en el mercado nacional. No obstante, insistía en que esta práctica no debía limitar artificialmente la producción como generalmente sucede con los carteles.[28]

En cuanto a los salarios y a otros problemas, Schumpeter era consciente de que las políticas del gobierno pueden allanar los ciclos de negocio y prevenir crisis graves, pero advertía del peligro de intentar eliminar los ciclos completamente. Esta estrategia, decía, dificultaría la innovación necesaria para una prosperidad futura. Reconocía que todavía quedaba mucho que aprender sobre los ciclos de negocio pero que no veía casi ninguna posibilidad de eliminar los ciclos totalmente porque son parte endémica del capitalismo y son esenciales para la innovación.[29]

Para Schumpeter no había límites para la innovación y, por consiguiente, tampoco para el progreso económico auspiciado por el capitalismo. En un ensayo de 1930 titulado "El cambio en la economía mundial" criticaba con vehemencia una idea muy popular en aquella época: que los límites del progreso tecnológico estaban acercándose rápidamente. Schumpeter afirmaba que esta noción era absurda. Las nuevas oportunidades abundaban y las nuevas innovaciones interactuarían con las anteriores para dar como resultado un progreso incluso más rápido.[30]

También se cuestionaba otra afirmación preponderante: que las secuelas de la Gran Guerra habían concedido a los Estados Unidos una ventaja económica tan pronunciada que los europeos nunca podrían competir nuevamente de manera eficaz. Los pesimistas, señalaba Schumpeter, siempre citan las ricas reservas de materias primas de los Estados Unidos como la razón de su robusto crecimiento. Sin embargo, para él, lo que había empujado a los Estados Unidos por delante de Europa era un *uso* eficiente de estos recursos.[31]

En un artículo de 1932 titulado "Crisis persistente" se preguntaba si habría períodos de prosperidad y depresión incluso en el caso de que las economías no se vieran afectadas por circunstancias externas y respondía que se trataba de una pregunta falsa, puesto que siempre había cambios externos. Pues de la misma forma actúan también los cambios que se derivan de iniciativas empresariales. Por definición la innovación provoca la obsolescencia, y Schumpeter aconsejaba que no se permitiera que lo viejo bloqueara la entrada de lo nuevo. Las nuevas formas de hacer las cosas deben ajustarse al "organismo" de la economía existente mediante la eliminación de métodos

obsoletos, y esto es lo que sucede en algunas fases de una depresión.[32]

En un importante escrito titulado “La función de los empresarios y el interés del trabajador”, que publicó en 1927 en una revista de trabajadores, Schumpeter intentó mostrar cómo, a largo plazo, los intereses de los empresarios y de los empleados eran prácticamente idénticos. Empezaba el artículo con un panorama sobre la industrialización del siglo XIX en Gran Bretaña y encontraba que aunque había un aumento inmenso de la riqueza, la distribución de los ingresos había permanecido prácticamente igual. Por consiguiente, la idea ampliamente extendida de que la industrialización llevaba consigo un empobrecimiento de las masas estaba equivocada.[33] A continuación se preguntaba si las personas acaudaladas de Gran Bretaña recibían una porción demasiado grande de la recompensa de la industrialización, y decía que la respuesta podía ser afirmativa pero que la pregunta en sí misma era imperfecta. El asunto más apropiado era el modo en que los ingresos altos motivan a los emprendedores para traducir sus innovaciones a la producción real (y por consiguiente aumentar el nivel de vida general). Apuntalaba su argumento con un simple cálculo de la cantidad de dinero que poseían realmente las personas de fortuna en Gran Bretaña; una cantidad que si se dividía entre el resto de la población apenas contribuiría a aumentar el nivel de vida, pues se trataría de una cantidad ínfima.[34] En este caso el argumento principal de Schumpeter es uno que recalcó en numerosas ocasiones: la insaciable búsqueda de éxito, y la altísima prima que éste abona, como motor que mueve a los emprendedores y a los inversores a poner tanto tiempo, esfuerzo y dinero de su parte para un nuevo proyecto cuyo futuro es completamente incierto. Es esencial que haya unos rendimientos empresariales altos para generar beneficios que repercutan además de en el individuo también en la sociedad, mediante la creación de nuevos empleos. La “especulación” financiera, aunque tenga muy mala prensa, es una parte importante de este proceso. Los especuladores a menudo pasan a ser los banqueros de fondos de inversiones que financian a los emprendedores, que a su vez introducen las innovaciones en la economía.[35]

Schumpeter también mantiene que es un mito el concepto de que las personas se vuelven emprendedoras solo si ya disponen de suficiente dinero como para crear una nueva empresa. La historia muestra que las nuevas empresas casi siempre empiezan con un trabajador “normal” (pero uno que tiene una visión de negocio y la fortaleza para convertir esta visión en una realidad). Los hijos de emprendedores con éxito mantienen la posición del fundador solo en el caso de que la empresa familiar continúe innovando, pero a menudo esto no sucede así. Haciéndose eco de las ideas de su artículo sobre las clases sociales, Schumpeter escribe que la historia empresarial muestra un modelo de continuos altibajos de familias que alcanzan posiciones elevadas

para luego perderlas. A diferencia de la aristocracia hereditaria, la mayoría de las personas acaudaladas de cualquier economía capitalista tienden a ascender y caer de forma rápida de una generación a la siguiente. En esta ocasión Schumpeter cita un dicho que oyó en Estados Unidos: “Tres generaciones separan una ropa de trabajo de otra”.[36]

Concluía el escrito con la cuestión de por qué los trabajadores y los empresarios a menudo se enfrentan unos contra otros aunque compartan las mismas raíces sociales. Encontraba la respuesta en los contactos diarios, en los que los empresarios deben organizar y gestionar los horarios de trabajo. Esto, a su vez, lleva a desacuerdos y a percepciones de que el empresario no está actuando en interés de los trabajadores. Por consiguiente, la atención se centra en las consecuencias negativas de corto plazo que sufren los individuos en vez de en los beneficios a largo plazo que las innovaciones generan en la sociedad en su conjunto, ya que se crean nuevos empleos. Los políticos oportunistas y los intelectuales radicales hacen hincapié de forma invariable en los costes a corto plazo, y una vez que la imagen de la explotación llega a fijarse en las mentes de las personas no es fácil desterrarla después.[37]

En un artículo similar que escribió como capítulo de un libro titulado *Strukturwandlungen der deutschen Volkswirtschaft* (Cambios estructurales de la economía nacional de Alemania), Schumpeter señalaba que la función del empresario cambia cuando las empresas se vuelven demasiado grandes para que las gestione un solo individuo. En las empresas de grandes dimensiones el empresario esencial ha evolucionado, por consiguiente, de una persona que simplemente crea nuevas ideas a alguien que también ratifica o rechaza sugerencias innovadoras que proceden de especialistas que están dentro de la empresa. El empresario necesita algún tipo de conocimiento técnico en el caso de las grandes empresas, e incluso más, requiere tener la habilidad de visualizar lo bueno de la empresa en su conjunto. Por lo tanto, el surgimiento de los *“trusts”* ha modificado el catálogo de competencias que deben tener los empresarios de grandes compañías, y ha excluido a los miembros de la familia en favor de verdaderos profesionales.[38]

En resumen, según Schumpeter, las funciones habían progresado en aquel momento en relación con dos tipos de empresarios distintos. Un primer tipo era el directivo de las grandes empresas, que acaba de describir. Pero la continua aparición de nuevos empresarios en competencia que crean nuevas empresas sigue siendo innegable. Los reguladores deberían tener esto presente cuando se plantean trocear a las grandes empresas a través de procesos antitrust demasiado agresivos. Schumpeter dejaba bien claro que no se oponía a la intervención económica del Estado, pero deseaba recalcar la importancia incesante del espíritu empresarial. Para Schumpeter, cuando el

Estado interviene en el “organismo” económico (que es una entidad viva y no una abstracción), debe recordar que sin espíritu empresarial no puede haber crecimiento.[39]

Generalmente Schumpeter se abstuvo de recetar programas económicos para ningún país. Por consiguiente, los artículos divulgativos que escribió de 1925 a 1932 son una importante excepción a su enfoque habitual. Durante toda su carrera afirmó que los economistas académicos no debían separarse del camino científico para no emborronar su criterio o teñir sus análisis con intercesiones políticas. Al mismo tiempo siempre apoyó las políticas que promovieran la innovación.

La prueba de una innovación schumpeteriana es de fácil aplicación en cuanto al empresario y solo un poco más difícil para la empresa. Los estudiantes de historia empresarial están familiarizados con una larga lista de grandes innovadores: Josiah Wedgwood o Richard Arkwright en el siglo XVIII; Andrew Carnegie, John D. Rockefeller, August Thyssen o Alfred Nobel en el siglo XIX; Henry Ford, Giovanni Agnelli, Estée Lauder, Akio Morita o Sam Walton en el siglo XX; Bill Gates, Oprah Winfrey, Richard Branson o Toshifumi Suzuki a finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Lo mismo es válido para la mayoría de las historias de empresas innovadoras del siglo XXI como Microsoft, IKEA, Nokia o Google. No obstante, según la definición de Schumpeter, *todas* las empresas con éxito han sido fruto del emprendimiento en algún momento de su historia, aunque una determinada compañía haya tenido un mayor espíritu emprendedor en un cierto momento y menos emprendedor en otro. Cuando sus innovaciones disminuyen, estas empresas empiezan a morir.

Schumpeter en un inusual paseo por las colinas arboladas que rodean Bonn, en 1931, en tiempos en que escribía de manera frenética, y predicaba su devoción por la innovación como elemento esencial del progreso económico. (Créditos imágenes 11.1)

Para el conjunto de un sector industrial la prueba de fuego de la innovación se vuelve un asunto más complicado. Cualquier industria que cuente ya en su haber con unos años de existencia contiene elementos poderosos que tiran en direcciones opuestas. Algunas empresas, a menudo las empresas que dominan el mercado, tienden a ser más conservadoras y a rechazar el riesgo más que las empresas de reciente creación. Por el contrario, en las nuevas industrias con apenas unos cientos de empresas (como la de los automóviles en 1900) cuanto más schumpeteriana sea la cultura de la empresa en cuestión, más

probabilidades tendrá de ganar la carrera. Las empresas de sectores industriales “maduros”, como hoy en día son los neumáticos, el textil, el acero o los automóviles, a menudo no parecen ser en ningún modo schumpeterianas porque las innovaciones esenciales se han abierto camino hace ya tiempo, hasta incorporarse a la rutina cotidiana. Pero una vez tras otra, como le gustaba señalar a Schumpeter, ha habido empresas innovadoras que han alterado de forma inesperada la aparente madurez de una industria.

Un ejemplo moderno es el de la empresa francesa Michelin, que cuando empezó la producción masiva de neumáticos radiales en los años 40 inició una secuencia de destrucción creativa. En los años 80 hizo añicos el largo dominio estadounidense de esa industria. El cambio a los radiales borró del mapa a las cinco grandes empresas de neumáticos a excepción de Goodyear y acabó con el reinado de Akron (Ohio) como la capital mundial de la goma. Una cultura de empresa basada en la complacencia, derivada de un largo éxito, fue simplemente la causa que evitó que las empresas estadounidenses dieran una respuesta eficaz. Durante el siglo xx, las empresas innovadoras también transformaron la industria “madura” del textil con el desarrollo del rayón, el nylon, el poliéster, el spandex y otras fibras sintéticas. Y en la industria del acero la llegada de hornos de oxígeno básico y de minihornos acabaron con la supremacía de United States Steel, British Steel y otras grandes empresas.

Uno de los mejores ejemplos de todo esto ha sido el sistema revolucionario de Toyota, el Toyota Production System. Toyota Motor, fundada en los años 30 del siglo xx, fabricaba solo 42.000 coches en 1960, pero en 1980 producía ya 2,3 millones, con un aumento del 5.240%. Su nuevo sistema de producción no solo transformó la fabricación de coches (poniendo fin a las siete décadas de supremacía de la industria de Detroit) sino que también le cambió la cara al proceso de fabricación en general. Desde los años 70, el procedimiento de control de la calidad de Toyota, su producción ajustada y la cesión de autonomía a los trabajadores de la cadena de ensamblaje se ha extendido a innumerables fábricas de todo el mundo.

¿Y qué sucede con los países? ¿Es posible identificar un programa schumpeteriano coherente para el crecimiento económico de una nación? ¿Hay modelos concretos de políticas económicas, fiscales, monetarias y de empleo? ¿Especificó en alguna ocasión Schumpeter medidas políticas para la promoción sistemática de la salud económica de una nación?

La respuesta es afirmativa. Nunca llegó a ser un economista obsesionado por la política como Ricardo, Marx o Keynes y tampoco denunció el activismo gubernamental con la pasión de su colega austríaco Friedrich von Hayek o de su colega estadounidense Milton Friedman, pero Schumpeter

tampoco prestó consejo con frecuencia a políticos, como miles de otros economistas han hecho (incluyendo a sus propios estudiantes ganadores del Premio Nobel, Paul Samuelson y James Tobin). Sin embargo, hay un sinnúmero de pruebas de que Schumpeter prefería determinadas políticas, que proceden fundamentalmente de dos fuentes: su ejercicio del cargo de Ministro de Hacienda austríaco y las decenas de artículos sobre política pública que escribió durante los años que pasó en Bonn.[40]

La prueba en cuanto a los *resultados* de las políticas que Schumpeter favorecía es circunstancial: hay tantos factores que afectan al comportamiento económico de una nación que lo contrario puede ser cierto casi con cualquier conjunto de políticas. En el transcurso del último siglo, la muestra de ideas schumpeterianas aplicadas a políticas y resultados es quizá más clara en las economías de alto rendimiento del este asiático, de finales del siglo XX, sobre todo en Japón, Corea, Taiwán y Singapur. En Japón, durante el período comprendido entre la marcha de las fuerzas de ocupación estadounidenses en 1952 y la crisis del petróleo de 1973, los creadores de políticas adoptaron muchas de sus sugerencias de manera bastante precisa. Se hizo especial hincapié en el ahorro y la inversión, en un amplio abanico de innovaciones en muchas industrias y en una tremenda explosión del espíritu empresarial en nuevas empresas como Sony, Sanyo u Honda. Durante esos años Japón logró el mayor crecimiento económico sostenido que cualquier país importante haya tenido nunca en toda la historia del mundo.[41]

Durante los años 1925 a 1932 Schumpeter prestó una atención inusual a la política, aunque no pasó todos estos años en Alemania. Antes incluso de haberse incorporado a la Universidad de Bonn, había empezado a recibir numerosas invitaciones de sitios tan lejanos como Tokio o Kobe. Y una vez que se hubo incorporado no tardó en convertirse en un activo y deseado académico. En 1926 una universidad técnica de Berlín le invitó a que se uniera a su personal académico, en 1927 le llegó una oferta de la Universidad de Praga y, poco después, otra de la Universidad de Friburgo, esta última con un salario muy superior al que percibía en Bonn. Al poco tiempo recibió una propuesta más de la Universidad de Kiel. Pensó en la posibilidad de mudarse pero al final rechazó todas estas ofertas.[42]

En 1927 la Universidad de Harvard llamó a su puerta. Era la segunda oferta que recibía en dos años pero esta vez era demasiado atractiva como para hacer caso omiso. Aunque era vienés de corazón y sintiera poco amor por Alemania, Schumpeter había hecho de Bonn su hogar. Sus artículos periodísticos estaban dirigidos a un público alemán y no vienés, y realmente no quería abandonar el país. Su peregrinaje diario al cementerio con una rosa hasta la tumba de Annie se había convertido en una ayuda para su estabilidad

emocional. Su fama creciente había atraído en torno suyo a un grupo de estudiantes de primera clase, a los quienes se sentía ligado como un segundo padre. Además, había algunas personas como Arthur Spiethoff con las que había iniciado algunas de las mayores amistades de su vida.[43]

Sin embargo, Harvard, con su enorme y elitista Departamento de Economía y sus elevadísimos salarios, era diferente de otros pretendientes. Schumpeter todavía estaba sepultado en sus deudas y podría emplear de forma positiva el dinero de Harvard para reducir su "ejercicio de la prostitución" en el circuito de conferencias. Algunas de sus antiguas deudas de Viena estaban a punto de vencer y su ausencia de Alemania podría retrasar el pago un año más; según escribió a un amigo: "¿Acaso no es una oportunidad de huir de una manera digna?" Por consiguiente, decidió aceptar su designación de profesor visitante por un año, a pesar de que tuviera que dar todavía más conferencias para sufragar el billete del transatlántico. Solicitó al Ministerio alemán de Ciencias, Artes y Educación Pública que continuara abonándole su retribución durante su año sabático en Harvard e informó a los responsables de que Spiethoff daría sus clases mientras estaba fuera. De este modo podría tener ingresos tanto de Bonn como de Harvard y lo que era igualmente importante, en los Estados Unidos podría sentir de nuevo el estímulo intelectual que había tenido catorce años antes en la Universidad de Columbia.[44]

Si se adaptaba bien a Harvard y le llegaba una oferta de un puesto fijo podría incluso dejar Bonn para siempre. Era demasiado pronto para tomar una decisión de este tipo, que le cambiaría la vida, pero ir a Harvard en calidad de profesor visitante le hacía correr pocos riesgos. Mia Stöckel podría estar dispuesta a cuidar de su casa durante su ausencia y atender sus obligaciones en Alemania. Así que, con el consentimiento de esta última, Schumpeter aceptó pasar el año académico de 1927-1928 como profesor en Harvard. Su misión allí empezaría cerca de trece meses después de la muerte de Annie.

Capítulo 12
A caballo entre Bonn y Harvard

El mundo emerge a cada lado

Sin alcanzar la amplitud del corazón.

Edna St. Vincent Millay: *Renacimiento*, 1912.

Mucho antes de que Schumpeter revisara su *Teoría del desarrollo económico* o de que se publicara la edición en inglés, el libro había ya suscitado el interés del Departamento de Economía de Harvard. Uno de sus miembros había publicado una reseña favorable de la versión original en alemán de este libro escrito en 1911. La propia universidad también había mostrado un temprano interés por Schumpeter como una gran promesa de la profesión. Frank W. Taussig, que durante mucho tiempo lideró el Departamento de Economía, había mantenido correspondencia con él en 1912 y lo había conocido durante el trimestre del programa de intercambio que había disfrutado el profesor Schumpeter en Columbia. En octubre de 1913 Taussig escribió al presidente de Harvard (A. Lawrence Lowell) y le dijo que deberían invitar a este "académico tan conocido y respetado" para que presentara su investigación en Harvard. "Schumpeter habla un inglés excelente y sin lugar a dudas puede impartir clases de forma aceptable." Durante ese año académico, Schumpeter dio conferencias en Harvard, se reunió con Taussig e inició una de las amistades más íntimas de su vida.[1]

Taussig se había formado en Harvard y a los veinticuatro años se había incorporado al personal docente. Esto sucedió en 1883, el año en que nació Schumpeter. Durante los siguientes 50 años Taussig se convirtió en el alma de la universidad. Como muchos de los profesores de Schumpeter en Viena, solicitó excedencias regularmente para trabajar para el gobierno (fue consejero de Woodrow Wilson en la elaboración del Tratado de Versalles, además de ser el primer presidente de la Comisión aduanera de los Estados Unidos.[2]

Frank Taussig, el economista eminente que llevó a Schumpeter a Harvard y que se convirtió en su más íntimo confidente. (Créditos imágenes 12.1)

Taussig era un hombre de envergadura, una figura que imponía físicamente en las aulas. Utilizaba un estilo socrático y sutil que le hacía, según escribiría Schumpeter más tarde: “uno de los mejores profesores de economía que haya existido.” Sacaba lo mejor de sus estudiantes y también tenía un talento especial para descubrir nuevos profesores con talento. En 1927, cuando convenció a Harvard de que le propusiera a Schumpeter una plaza de profesor visitante, Taussig tenía sesenta y ocho años y se había ganado un respeto en la universidad que rozaba la reverencia. Schumpeter no podría haber pedido mejor mecenas que él.[3]

Ni tampoco un alma más gemela. El padre de Taussig, un judío inmigrante de Praga, había prosperado como empresario en Saint Louis. Su madre procedía de una familia inmigrante de alemanes protestantes y el propio Taussig hablaba con fluidez alemán. Había sido como Schumpeter un niño prodigio, había entrado en Harvard con dieciséis años y se había licenciado a los veinte. Como Schumpeter, también se había licenciado en Derecho y había obtenido un doctorado en Economía. Ambos habían estudiado durante un breve período de tiempo en la Universidad de Berlín y ambos mostraron un gran interés por la historia y la sociología. En cuanto a su labor docente, ambos pasaban una enorme cantidad de tiempo revisando el trabajo de sus estudiantes y de sus colegas. Y lo que era mucho más importante: simplemente se caían muy bien. Del mismo modo que Spiethoff lo había sido en Bonn, Taussig se convirtió en una especie de padre adoptivo de Schumpeter. Como otros grandes amigos y miembros de la familia de

Taussig, Schumpeter, el más joven, le llamaba “pa”.[4]

Taussig se había ganado un prestigio internacional como experto en comercio exterior, sobre todo debido a sus muchas publicaciones sobre temas arancelarios. Además, había escrito un libro de texto muy popular y compartía parte de la fascinación de Schumpeter por el empresario. Entre sus libros destaca el volumen que publicó en 1915 con el título de *Inventors and Money Makers* y otro que salió a la luz en 1932: *American Business Leaders*. Schumpeter escribiría más tarde que el ejemplo de Taussig que cruzaba los límites de diferentes disciplinas conducía a un futuro “prometedor, en el que el analfabetismo teórico ya no será una insignia honorífica para el historiador económico, ni el desconocimiento de la historia lo será para el teórico.” Se podría haber descrito a sí mismo con la misma precisión.[5]

En los años 20 del siglo XX, el Departamento de Economía de Harvard necesitaba desesperadamente nuevos talentos ya que sus mejores profesores estaban haciéndose todos ellos mayores. La economía era el departamento de Harvard para el que se esperaba un mayor número de matrículas de estudiantes para el curso 1927-1928 y los profesores con más experiencia fijaron su mirada en Europa como el mejor terreno de caza para reclutar nuevos profesores. A principios de 1927 recomendaron que la universidad invitara a Schumpeter para que fuera profesor visitante durante un año con posibilidad de que obtuviera una designación para un puesto fijo. La propuesta del departamento fue aprobada siguiendo la escalera burocrática: por el decano Clifford Moore, el presidente Lowell y el consejo de gobierno de Harvard (conocido como *the Corporation*). En esta época solo había unos cien profesores titulares en la Facultad de Artes y Ciencias (en comparación con los casi quinientos que hay hoy en día).[6]

Schumpeter tenía sentimientos enfrentados en cuanto a la decisión de irse de Bonn aunque solo fuera temporalmente. Había perdido a Johanna y a Annie solo unos meses antes y todavía se encontraba en medio de la agonía del duelo, por lo que vaciló durante semanas sobre la oferta de Harvard. El director del departamento, Allyn Young, envió un telegrama a Bonn el 12 de mayo de 1927: “Esperamos su respuesta ansiosamente”. Schumpeter respondía sin decir gran cosa. El 31 de mayo de 1927: “Todavía estoy decidiéndome”. El 15 de junio de 1927: “Casi seguro que aceptaré. Estoy escribiendo [una carta]”. No deseaba mudarse, pero no quería perder la oportunidad de entrar en una universidad con tanto prestigio. Finalmente decidió ir a Harvard. Después de dar algunas conferencias en Europa para sufragar el precio del pasaje, se embarcó en el transatlántico *Amsterdam* el 20 de octubre de 1927 y llegó a Boston diez días después. Era un sábado. El lunes siguiente dio su primera clase en Harvard de la asignatura “Dinero y

banca”.[7]

Una vez en Cambridge, Schumpeter se mudó a unas habitaciones del Colonial Club adyacentes al Harvard Yard, que en aquella época servía de club para los profesores de la universidad. El edificio había sido el antiguo hogar de Henry y William James y de otros miembros de la familia James. Taussig propuso a Schumpeter el estatuto de miembro residente visitante del club, que disponía de algunas suites en la planta de arriba. Para Schumpeter su nueva zona de residencia no solo era conveniente (a solo unos pasos de su oficina y de las aulas) sino que además era barata y tenía mucha vida social. A diferencia de su mansión en Bonn donde solo tenía contacto diario con Mia Stöckel, el club de los profesores hervía de ajetreo, sobre todo a las horas de las comidas.[8]

Lo que más le chocó a Schumpeter de Harvard era la magnitud y el tamaño del Departamento de Economía y la atención de sus estudiantes y colegas. “Doy clase todos los días durante una hora y tengo un auditorio muy serio que me devora; ¡eso me encanta!” Mientras que en la Universidad de Viena solo había tres profesores titulares y otros cuatro profesores como docentes de la disciplina económica, a pesar de toda la importancia que tenía allí la economía, en Harvard había ocho profesores titulares y otros treinta y dos profesores. El número de estudiantes de la licenciatura era de cerca de cien. “No hay comparación” –escribió a su amiga Ottilie Jäckel– “Me quedaría aquí si Bonn no fuera Bonn … Me estoy instalando en mi monasterio psíquico lentamente de manera que a menudo tengo una sensación de alivio cuando el trabajo funciona bastante bien. Sucede que realmente espero con ganas que llegue la hora de mi clase.”[9]

En otra carta a la señorita Jäckel, Schumpeter manifestaba el placer que sentía por el hecho de que los “estudiantes y los profesores jóvenes vienen a mí con toda amabilidad; es una delicia trabajar con estas personas.” Como siempre, se sentía más a gusto en sus contactos personales con generaciones mayores o más jóvenes que la suya, personas con las que podría comportarse de forma filial o patriarcal. Taussig hacía el papel de padre adoptivo y los estudiantes y los profesores jóvenes de Harvard el de niños. En el departamento había muchos académicos jóvenes y brillantes como Edward Mason y Seymour Harris (ambos llegaría a ser economistas famosos) o Talcott Parsons (que más adelante sería el sociólogo más influyente de su generación). Todos ellos proporcionaban a Schumpeter la excitación intelectual que necesitaba y él se deleitaba con su compañía.[10]

Pero mientras tanto las sombras de sus *Hasen*, Johanna y Annie, poblaban su mente todos los días. “Ambos sabemos” –le decía a la señorita Jäckel– “que esto no es vida, es un sucedáneo”. Incluso cuando se instaló en

Cambridge continuó con su actividad incesante. Apenas transcurrido un mes después de su llegada, tomó un tren hasta Nueva York para hablar ante la Academy of Political Science (Academia de Ciencias Políticas). Al mes siguiente fue a Washington D. C. para asistir a la reunión anual de la American Economic Association (Asociación Económica de Estados Unidos). Diez días después, a principios de enero de 1928, inició un crucero de dos semanas por el Caribe.[11]

Al volver del Caribe comenzó las clases del semestre de primavera y continuó disfrutando con los vivos debates que entablaba con sus alumnos y con Taussig y otros colegas. Trabajaba muchísimo tanto enseñando como escribiendo y una vez más intentó poner orden en su "libro sobre el dinero" aunque de nuevo sus esfuerzos fueron en vano. Sin embargo, tuvo mucho éxito con sus artículos sobre las clases sociales y su escrito sobre "La inestabilidad del capitalismo" que escribió para la publicación de Keynes, el *Economic Journal*.

En abril de 1928 pidió permiso a la universidad para irse antes de lo previsto porque tenía que impartir clases en Bonn durante el trimestre de verano. Su designación en Harvard tenía una duración de un año natural, de septiembre de 1927 a septiembre de 1928, pero la universidad le permitió sin mucha voluntad irse en abril. Había pocos profesores que dieran clase durante el verano pero en lugar de eso realizaban labores de investigación, así que efectivamente Harvard le había contratado para un período docente de nueve meses. Aun así permaneció allí algo menos de seis meses: desde finales de octubre hasta mediados de abril.[12]

En general, su primera visita a Harvard había sido un gran éxito para alguien que todavía sufría un profundo dolor. Su estancia había sido lucrativa y estimulante intelectualmente. También le había servido de válvula de escape, de diversión, para echar un vistazo a una posible nueva vida. Según escribió a Gustav Stolper, Harvard ofrecía atractivos que "no tenía ninguna otra universidad del mundo". Se sintió tentado de quedarse permanentemente allí como Harvard hubiera deseado que hiciera, pero todavía se encontraba en una mala situación financiera y se había comprometido a volver a Bonn para enseñar durante la mayor parte del verano. "Descansaré en agosto" –le dijo a Stolper.[13]

Sin embargo Schumpeter rara vez descansaba más allá de unas horas incluso cuando estaba de vacaciones. Trabajaba constantemente y se perdía entre sus discursos y escritos. Durante este período tuvo una producción prolífica tanto en sus escritos académicos como en sus artículos periodísticos. Ya fuera en Harvard o en Bonn, también pasaba más y más tiempo en disertaciones intelectuales con los estudiantes, ayudándoles a pensar a través

de su propio trabajo. Lo venía haciendo desde la muerte de Annie y a menudo se reunía con alumnos brillantes de uno en uno. Esta costumbre se hizo más habitual durante el tiempo que pasó en Harvard y se desarrolló todavía más cuando volvió a Bonn en 1928.

Volvió a ocupar la mansión que había compartido con Annie y que ahora compartía con Mia Stöckel. Mia había seguido viviendo allí y se había mantenido al cuidado tanto de la casa como de los otros compromisos que Schumpeter tenía en Europa. Pronto la relación adquirió tintes sexuales: "Deja que vuelva otra vez a examinar los detalles, los recuerdo vivamente, arrodillándome ante tu cama."

> Era una tarde de primavera. Volvía a casa después de haber ido al cine y me alegró ver que todavía había una luz encendida en tu habitación. Fui a desearte que pasaras una buena noche y tú, probablemente enfrascado en tu trabajo, ni siquiera me miraste y me dijiste con un tono casi desagradable: "¡Qué pases un buen día!" Me quedé de piedra … Fui a mi habitación tambaleándome y me eché sobre la cama llorando amargamente. La idea de que estuvieras enfadado conmigo, de que hubiera hecho algo que te pusiera contra mí, me hacía profundamente infeliz. No podía consolarme. Al final, me armé de valor y fui hasta donde estabas tú para saber que era lo que había hecho mal. Y entonces fuiste tan dulce y me acariciaste y me aseguraste que no había nada malo que nos separara y luego me besaste con tus labios suaves y cálidos … La sensación de pertenecerte, que quizá hubiera rondado mi inconsciente durante mucho tiempo, se me hizo entonces completamente real.[14]

La relación de Schumpeter con Mia no parece que tuviera ningún efecto en su adoración constante de Annie. Continuó copiando su diario e invocándolas, a ella y a Johanna, para que le ayudaran con su trabajo. Se tomó en serio la relación con Mia pero nunca tuvo intención de casarse con ella. Ella esperaba que pudiera ser así, pero en su escala afectiva, nunca podría rivalizar con las *Hasen*. Schumpeter siguió con su peregrinaje diario con la rosa hasta la tumba de Annie y por fin pudo permitirse la compra de una lápida cara y de grandes dimensiones. Durante el tiempo que se ausentó de Bonn, la propia Mia cuidó de la tumba que sabía que era una especie de santuario para Schumpeter.[15]

Muchos economistas visitaron a Schumpeter en Bonn y con frecuencia se quedaron en su casa. A Schumpeter todavía le gustaban esas visitas aunque sus conversaciones giraban más en torno a temas intelectuales que sociales. La alegría que había llenado la casa antes de que Annie muriera nunca volvió. Mia nunca ejerció abiertamente el papel de anfi-triona pero la vida de Schumpeter en esas enormes habitaciones habría sido muy difícil si ella no hubiera estado allí. Nunca había sido capaz de ocuparse de sus necesidades diarias sin la ayuda de familiares o sirvientes. Poco importa si esta conveniente incapacidad venía de sus pretensiones aristocráticas o de una verdadera ineptitud. En aquella época tenía ya cuarenta y cinco años y no iba a cambiar las costumbres de toda una vida si podía evitarlo.

También había retomado su antigua costumbre de hacer viajes frecuentes

en tren. Visitó casi todas las universidades importantes de Alemania e impartió en ellas conferencias y seminarios. Además dio numerosas conferencias a grupos empresariales con lo que seguía ganando dinero para pagar sus deudas. Se tomó breves períodos de vacaciones que pasó en Suiza, Francia o Italia. Como no quería hacer pública su relación con Mia, en la mayoría de estos viajes ella se quedó en Bonn.[16]

La docencia y la escritura consumían de tal modo toda su rutina diaria que apenas participó en la administración de su hogar o en asuntos administrativos o sociales de la universidad. No obstante, nunca descuidó a sus alumnos. Muchos de ellos le ensalzaban y lo tenían por modelo intelectual: el tipo de profesor y persona académica que ellos mismos querrían ser.

Uno de los estudiantes favoritos de Schumpeter era Cläre Tisch, que tenía un gran talento y escribió una tesis influyente sobre el socialismo bajo su dirección. Era judía y permaneció en Alemania después del ascenso al poder de Hitler en 1933; los nazis la asesinaron en 1941. Otro de sus estudiantes judíos, Hans Singer, escapó a Gran Bretaña, después trabajó en la U. S. Development Agency (la Agencia de desarrollo económico de los Estados Unidos) y por último enseñó en la Universidad de Sussex. Singer recuerda que como profesor “Schumpeter descubrió un nuevo mundo para la economía y el pensamiento en general”. La actividad del seminario de Bonn giraba en torno a él. “Era nuestro ídolo y mentor. El cliché de que un buen profesor ‘abre’ la mente de sus alumnos parece ser totalmente cierto en este caso.”[17]

Mia Stöckel a la edad de veintitrés años. (Créditos imágenes 12.2)

Algunos de los estudiantes de Schumpeter desarrollaron carreras profesionales destacadas: August Lösch y Erich Schneider fueron académicos economistas importantes; Herbert Zassenhaus ocupó un alto cargo del Fondo Monetario Internacional; el hijo de Gustav Stolper, Wolfang, siguió a Schumpeter a Harvard y tuvo una larga carrera de economista académico y consejero de países en vías de desarrollo, y E. F. Schumacher llegó a ser nada menos que un autor de culto tras la publicación en 1973 del superventas *Lo pequeño es hermoso*.[18]

El mensaje de *Lo pequeño es hermoso* no es precisamente uno de los que

Schumpeter habría aprobado. Pero a diferencia de muchos profesores, nunca imponía puntos de vista en sus estudiantes. Le encantaba actuar desde la tarima y había pocas cosas con las que disfrutara más que con los debates intelectuales de cafetería. Sin embargo, siempre intentaba educar y entretener pero nunca convertir. A menudo era imposible saber que postura mantenía sobre algo. En el aula y fuera de ella daba argumentos elocuentes a favor de ambos puntos de cualquier controversia, del mismo modo que un abogado con talento. Había algunos aspectos de su educación que contribuían a este rasgo distintivo: su formación en el *Theresianum*, sus estudios jurídicos en Viena, su breve experiencia como abogado y su forma de absorber ideas de diferentes escuelas económicas. Lo más importante de todo era su temperamento intelectual dispuesto al juego. Cuando Schumacher todavía era estudiante en la Universidad de Bonn, escribió a su familia diciendo que Schumpeter era "¡un personaje tremendo! Espero con ansia la próxima clase del lunes. No nos enumera una serie de argumentos escolares áridos sino que nos ofrece conocimientos increíblemente vivos. Uno siente que pone toda su persona en cada frase que pronuncia."[19]

La devoción de sus estudiantes infundía energía a Schumpeter. Aun así a menudo se quejaba de que las cosas nunca serían como deberían haber sido. "Me da la impresión de que no disfruto de la vida, ni me siento feliz" –escribió en su diario a finales de 1931–. "Quiero jugar y hablar y reír y flirtear siempre que tenga fuerzas y ganas." Pero su obsesión con el trabajo seguía dominándole. "Una y otra vez, trabajo, para ganarme el pan y tener a Dios en mi corazón y por las *Hasen*."[20]

Escribió decenas de artículos durante el período de su trabajo a caballo entre Bonn y Harvard, pero siguió sintiéndose frustrado porque no progresaba con su libro sobre el dinero. Como le dijo a Ottilie Jäckel en septiembre de 1929: "Tengo un sentimiento de impotencia, de fracaso … y por consiguiente de depresión y continua lucha y agonía." Le sorprendía que después de la muerte de Annie y Johanna tuviera que emplear tanto esfuerzo para sacar su trabajo. Estaba logrando alguno de sus objetivos pero "la facilidad anterior de mi poder creativo se ha acabado." Sus conferencias iban suficientemente bien pero no sus escritos: "Todos los días descarto todo lo que he escrito el día anterior. Es verdaderamente triste."[21]

Schumpeter todavía no había decidido dónde pasaría el resto de su carrera. Cuando dejó Harvard en abril de 1928 ambas partes asumieron que probablemente volvería. La correspondencia que intercambiaron habla de su marcha como de una excedencia. Más adelante, en ese mismo año, Harvard inició otro gran intento por atraerle de nuevo. La campaña empezó con una larga misiva del nuevo jefe de departamento, H. H. (Bur-bie) Burbank, un

economista voluminoso y jovial al que a diferencia de sus colegas con más talento le gustaba asumir las responsabilidades administrativas. En diciembre de 1928 escribió a Schumpeter: “Como cada mes que pasa la necesidad que tenemos de usted se hace más apremiante, cada vez estamos más impacientes por conocer sus planes.”[22]

En una larga carta manuscrita, Schumpeter le contestó: “Con el mayor pesar le manifiesto que debo dar una respuesta negativa a su carta … La situación es la que es y han surgido ciertas circunstancias a raíz de su invitación por lo que en parte me debo al Ministerio [de Educación]. La respuesta [del Ministerio] que debo acatar es un no. Quizá la situación hubiera sido distinta si hubiera podido retrasar la marcha al extranjero durante unos años. Por el momento no tengo otra opción que quedarme.”[23]

Schumpeter añadió que había intentando renunciar a su puesto en Bonn pero “hace una semana el ministro me comunicó que no tenía medios para *evitar* mi renuncia, pero que pensaba que estaría haciendo caso omiso a sus obligaciones si *aceptaba* mi marcha.” Es muy probable que el hecho de que Bonn le hubiera abonado un salario durante su primera visita a Harvard complicara su petición, ya fuera de una segunda excedencia, ya fuera de una renuncia en toda regla. En su correspondencia no parece que estuviera enfrentando a ambas universidades entre sí como algunos profesores de cierta fama hacían a veces. Al contrario, parecía verdaderamente indeciso sobre el lugar en el que quería vivir.[24]

La siguiente carta que Schumpeter recibió de Harvard la remitió el presidente Lowell directamente: “Desde la última vez que tuve noticias suyas, ha ocurrido un nuevo suceso: el profesor Allyn Young ha fallecido [de forma repentina a la edad de 53 años]. Es una triste pérdida para nosotros y deja un hueco importante en nuestro Departamento de Economía … ¿No podría reflexionar de nuevo sobre la cuestión de aceptar una cátedra aquí?” Schumpeter respondió que quizá podría llegar a una solución intermedia con Harvard. “Ha surgido la esperanza de que haya un acuerdo intermedio que me permita participar en las grandes tareas de Harvard al tiempo que guardo parte de mis responsabilidades aquí.”[25]

El jefe de departamento, Burbank, volvió a escribirle de nuevo y después de recibir una segunda respuesta negativa de Schumpeter, actuó conjuntamente con Frank Taussig y en mayo de 1929 le envió un telegrama conjunto: “Lo lamentamos profundamente, pero lo entendemos. Piense en el siguiente plan: viene durante un trimestre cada año, preferentemente durante la primera mitad del año, durante tantos años como desee. El resto del tiempo puede encargarse de su trabajo en Bonn como ahora. Envíenos un telegrama cuando pueda si este tipo de acuerdo le parece posible y le agrada tanto a

usted como al Ministerio.”[26]

Schumpeter respondió que la nueva propuesta podría ser viable a partir del año académico 1930-1931. Propuso dar dos cursos de medio año: uno sería en torno al pensamiento de las escuelas económicas, al que propuso darle el nombre de “Problemas actuales de la teoría económica”, el segundo recibiría el nombre de “Ciclos económicos”, que era uno de los temas más sobresalientes de la época debido a la eclosión de la Gran Depresión. “Me alegro de tener la oportunidad de tratar en profundidad esta materia” –escribió Schumpeter–. Su nuevo curso precedía al enorme libro que con el mismo título acabaría publicando en 1939. Schumpeter pidió tener clase todos los días en vez de tener dos cursos a la vez y dos o tres días libres. Además, “en la medida de lo posible, me gustaría tener aulas que no estén reservadas para la hora siguiente a mi clase puesto que a menudo resulta agradable y útil continuar el debate con aquellos estudiantes que así lo deseen.”[27]

El nuevo club de la facultad de Harvard todavía no estaba acabado y quedaba por resolver la cuestión de dónde viviría Schumpeter. La universidad estaba transformando en aquel momento su estructura de un sistema de residencias a su sistema de “casas” en las que estudiantes, profesores y tutores estarían juntos en unos edificios grandes y nuevos de ladrillo. Los miembros de la facultad con más experiencia, muchos de ellos con sus esposas, las presidirían como “house master”, siguiendo el modelo de Oxford y Cambridge. Las nuevas casas tenían suites, habitaciones, salas comunes, comedores y pequeñas bibliotecas. A los administradores de Harvard, Schumpeter les parecía el candidato perfecto para residir en la primera de estas nuevas instalaciones: Dunster House, una edificación elegante a orillas del río Charles. El “house master” de esta casa le escribió y le habló de la “oportunidad inigualable de llegar a conocer a los estudiantes e influir positivamente sobre ellos con su presencia”.[28]

La invitación incluía una habitación libre y la manutención, lo que constituía una gran ventaja ya que Schumpeter todavía estaba pagando sus deudas. Pero entonces murió la esposa de Frank Taussig y Schumpeter aceptó la propuesta de Taussig de tener un apartamento en su propia y elegante casa situada a escasas manzanas de Harvard Yard. “Es una invitación muy amable por su parte y, a la vez, un gran ahorro aunque yo, el cangrejo ermitaño, preferiría estar completamente solo.” Más tarde Schumpeter guardaría contacto durante mucho tiempo con Dunster House, donde dispuso de una suite y donde su joven colega Edward Mason, un prometedor economista, era el tutor jefe. Sin embargo, nunca vivió allí.[29]

Antes de que Schumpeter se fuera a los Estados Unidos, comunicó al Ministerio de Ciencia, Arte y Educación Pública de Berlín que tenía intención

de pasar la mayor parte del tiempo en Harvard pero que también daría conferencias en otras universidades estadounidenses. Una vez más solicitó que la Universidad de Bonn siguiera abonándole su salario durante el semestre que estaba ausente.

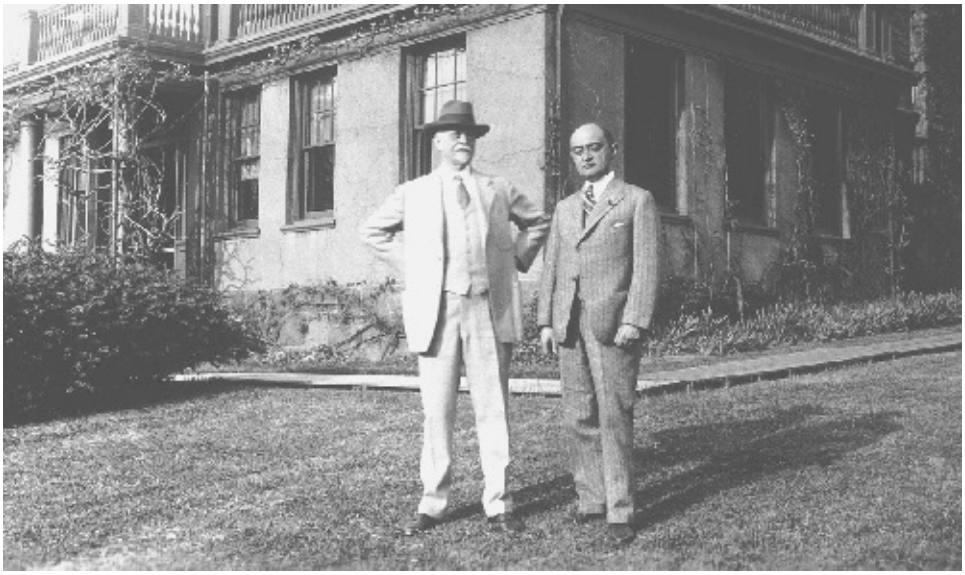
Entre tanto, se había vuelto cada vez más pesimista en cuanto al futuro de Alemania. El día que embarcó en Europa rumbo a Harvard le escribió a Keynes lo siguiente: “Me alegra alejarme de nuestra situación financiera y política. Si acaso, esta vez verdaderamente las imperfecciones personales [en el seno del gobierno] han creado lo que puede convertirse fácilmente en una catástrofe nacional.”[30]

Cuando llegó a Boston en 1930 para su segunda visita a Harvard, se mudó a la espaciosa casa que Taussig había hecho construir en el número 2 de Scott Street en los años 80 del siglo XIX. A partir de aquel momento los dos viudos, uno de cuarenta y cinco años y el otro de setenta y uno, empezaron a pasar la mayor parte de su tiempo libre juntos. “Mi vida es tan poco romántica” –escribió Schumpeter a Ottilie Jäckel– al tiempo que añadía que se sentía incómodo en los Estados Unidos. “Sin embargo, Cambridge, con sus mansiones, todavía es un lugar bastante civilizado, mis colegas son agradables, el interés científico está en todas partes muy vivo y yo no pienso en otra cosa.” Muy pronto manifestaría haberse “enamorado de mi amigo y anfitrión.” Taussig “es un ser humano tan encantador, tan amable y sabio, amable en el sentido de los caracteres fuertes que quieren cuidar de los demás y mimarlos; esto es lo que ha hecho conmigo, y muy bien, durante los tres últimos meses.”[31]

Schumpeter disfrutó enormemente de su segunda visita a Harvard y escribió a un amigo diciéndole que en algún momento se instalaría en Harvard de forma permanente. Hacia finales del trimestre de otoño de 1930 volvió a pedir permiso para marcharse un poco antes y saltarse el período de vacaciones previo a los exámenes que empezaba en diciembre y duraba hasta las primeras semanas de enero (Reading Period). Si hacía su examen en la primera quincena de diciembre se podría ahorrar un mes. Durante ese período podría asistir a la reunión anual de la American Economic Association (Asociación económica estadounidense) y después empezar su crucero alrededor del mundo. El jefe de departamento, Burbank, se adaptó a sus necesidades como hacía siempre e hizo lo que Schumpeter pedía. Schumpeter le dijo a Burbank que volvería definitivamente a Harvard en 1932-1933.[32]

La casa de Frank Taussig en Cambridge donde Schumpeter vivió durante un breve período de tiempo de 1930 a 1931 en su segunda visita a Harvard y después durante cinco años a partir del otoño de 1932. La casa es mucho más grande de lo que se ve en la foto y actualmente está dividida en varios apartamentos. La foto fue tomada en la primavera de 2003. (Créditos imágenes 12.3)

En la reunión de la American Economic Association que se celebró en Cleveland a finales de diciembre de 1930, Schumpeter dio una conferencia sobre “La depresión mundial actual: un diagnóstico tentativo”. Un acontecimiento más importante fue la reunión de dieciséis economistas que presidió el 29 de diciembre de 1930, y donde se creó la nueva Econometric Society (Sociedad de Econometría). Los espíritus inquietos de la reunión eran el propio Schumpeter, el economista noruego Ragnar Frisch e Irving Fisher de Yale. Los tres querían fomentar métodos matemáticos y estadísticos más precisos. Aunque Frisch había inventado el término “Econometría”, Schumpeter se opuso a su propuesta de que el grupo se afiliara con la Universidad de Oslo o con cualquier otra universidad. Schumpeter creía que la organización debería ser de carácter mundial, pero con sede en los Estados Unidos.



Schumpeter con Irving Fisher de Yale en la casa que Fisher tenía en New Haven [Connecticut). Ambos fueron impulsores fundamentales de la creación de la Econometric Society. (Créditos imágenes 12.4)

En su primera reunión el grupo eligió a Fisher como presidente y a Schumpeter, Frisch y otros siete integrantes como miembros del primer consejo, que incluía a representantes de siete países. Después de la fundación de la Econometric Society el número de sus miembros ha ido creciendo con los años hasta contar con varios miles de personas, residentes en multitud de países distintos. Schumpeter escribió el artículo principal de la primera edición de la revista de la sociedad, *Econometrica*, una publicación de prestigio que inició su andadura en 1933 y que todavía sigue una línea boyante hoy en día.[33]

Después de las reuniones de la American Economic Society de enero de 1931, Schumpeter viajó de Cleveland a San Francisco y de San Francisco a Japón. Y, a pesar de que cosechara éxitos en todos los frentes había dos pensamientos que centraban su atención: su creciente preocupación por los acontecimientos que tenían lugar en Alemania y la soledad morbosa que le acompañaba allá donde fuera. En una carta dirigida a la Universidad de Bonn solicitaba a Arthur Spiethoff que anunciara que retomaría su labor docente en dicha universidad en abril. A continuación la carta giraba en torno al creciente conflicto político de Alemania: el socialismo por un lado contra el fascismo por el otro. Schumpeter esperaba (y creía) que cada fuerza mantendría a la otra bajo control y que la ansiada recuperación económica mundial podría desplazar a los votantes lejos de los extremistas de cada lado.[34]

Schumpeter escribió a Moore, decano de Harvard, y le hizo una descripción de su viaje a través del Pacífico y sus tres semanas en Japón: “Mi viaje ha sido un fracaso en lo que al objetivo de tomarme un descanso se refiere … Aun así, lo he disfrutado enormemente y me llevo una muy buena impresión de mis colegas japoneses, de los estudiantes y también de los líderes

empresariales y políticos. En cuanto a esto último, quizá sea precisamente el elemento aristocrático de la política japonesa lo que les da una buena imagen, si la comparamos con la que uno encuentra en Europa. ¡Y ahora tengo que trabajar en la publicación de media decena de conferencias! He ahí lo bueno de todo esto."[35]

Las conferencias de Schumpeter por todo Japón fueron altamente elogiadas. Sus presentaciones fueron cubiertas al detalle por los medios japoneses (*Radiobombardement*, como lo llamaba él) de una manera que sería difícil de imaginar para cualquier académico de nuestros días. Japón le fascinó. "Esta es una cultura" –escribió a Gustav y Toni Stolper–"que se considera no solo igual a la nuestra sino superior y está preparada para adaptar cualquier dispositivo técnico, pero nada más". El sentido japonés de la estética atrajo a Schumpeter particularmente y le dijo a Stolper que sentía haber tenido tan poco tiempo para el turismo. En realidad, visitó santuarios de Tokio, Hakone, Nara, Kobe, Nikko y la antigua ciudad de Kioto, donde se quedó maravillado con la arquitectura serena de los templos japoneses, muchos de los cuales, como sus catedrales europeas preferidas, tenían siglos de antigüedad.[36]

A pesar de los triunfos que cosechó en Japón y de detenerse en otros lugares de Asia, el viaje apenas le proporcionó una paz interior. "No hay viajes" –escribió desde Singapur a Ottilie Jäckel–"Uno siempre está encerrado en sí mismo. Y no hay una verdadera liberación." Al tratar de analizar su propio estado mental decía que "no deja de ser interesante desde el punto de vista psicológico que los errores, los fracasos, la angustia, etcétera y el año 24 [en 1924 fue cuando perdió toda su fortuna] nunca estuvieron tan claros para mí como cuando viajaba en un hermoso navío, en apariencia seguro y cómodo, a través del océano Índico. Y el sentimiento de decadencia, mental y física, que a menudo se condensa en un presentimiento instantáneo de muerte, siempre está conmigo."[37]

Schumpeter durante su visita triunfal a Japón a principios de 1931. Durante el resto de su vida siguió fascinado por la cultura japonesa y por la industrialización extremadamente rápida del país. (Créditos imágenes 12.5)

A su vuelta a Bonn retomó una agenda cargada de clases, investigación y "sobre todo de las invitaciones de Copenhague, Estocolmo … Chrstiania [Oslo] y media docena de universidades holandesas cuya visita había pospuesto antes de mi marcha [y] que no podían aplazarse más." Según pasaba el tiempo se sentía todavía más preocupado por el malestar político de Alemania. Acababa de viajar por todo el mundo y creía que el resto de países no tenía interés en ayudar a Alemania con sus dificultades económicas. No obstante, esto solo era la única diferencia importante entre la situación de

aquel momento y aquella vivida justo después de la Gran Guerra.[38]

Durante la primavera de 1931, dos meses después de su vuelta a Bonn después de haber estado en Harvard y Japón, fue candidato para una plaza de profesor en la Universidad de Berlín. Su economista más destacado se acababa de retirar y Schumpeter, uno de los académicos más conocidos en Europa, era una opción obvia para reemplazarle. Además, había otro puesto vacante en Berlín en esa misma época.

La mayoría de los profesores de economía de la universidad, todavía adscritos a la escuela histórica, miraban a Schumpeter con recelo pues lo veían como a un teórico de altos vuelos. “Los economistas de Berlín no son amigos míos” –escribió Schumpeter a Stolper–. No quería ir a Berlín precisamente, pero sí que ansiaba el honor de recibir una oferta. Stolper había sido elegido en representación de un partido de izquierdas en 1930 para ocupar un escaño en el Parlamento alemán y había empezado a hacer presión en el Ministerio a favor de Schumpeter. Ambos habían discutido sobre la posibilidad de una designación justamente como esa desde 1929.[39]

Los economistas de Berlín que se oponían a Schumpeter se encontraban en una posición incómoda debido a sus credenciales. Sin embargo, como a menudo sucede en el campo de la política académica, se las arreglaron para cambiar el fondo del debate. En primer lugar, argumentaron que necesitaban a un economista agrícola y no a un teórico como Schumpeter. “Esta es la primera vez que puedo admirar el genio de mis colegas berlineses” –escribió Schumpeter a Stolper–. “Esta es una forma de dejarme de lado sin necesidad de ponerse en ridículo diciendo tonterías sobre mi trabajo.”[40]

Al fracasar con esta estratagema y tener que hacer frente al fuerte apoyo que Schumpeter recibía del Ministerio, sus opositores empezaron a difamar su integridad. Volvieron a sacar a la luz las antiguas acusaciones sobre su conducta en el Biedermann Bank y empezaron una investigación formal sobre lo que había sucedido siete años atrás. Schumpeter respondió enérgicamente y escribió un largo informe sobre este asunto. Aun así, se sintió muy frustrado. Escribió a Stolper comentándole que en lo referente a la vida académica, “ahora comprendo que la calumnia es una práctica al uso” y que “cada una de mis cartas puede malinterpretarse si cae en manos malintencionadas”. Stolper instó a Schumpeter a que pleiteara y si hubiera elegido luchar hasta el final bien podría haber ganado. Pero con independencia de lo que sucediera en el tribunal, no iba a conseguir una oferta de la Universidad de Berlín y, de cualquier modo, ya había decidido volver a Harvard.[41]

“Ya no tengo ningún deseo de ir a Berlín” –diría al poco tiempo a Stolper–. En Harvard tendría “acceso inmediato a un círculo más amplio en un entorno

en el que la competencia académica es imperativa y no la afiliación a un partido. Por esta razón y por respeto a mí mismo no puedo correr detrás [del puesto] de Berlín" Sin embargo, también sentía que no podía ignorar los ataques personales. Todo ello le enfurecía y, como en todo momento era consciente de la cuestión de su honor personal, quería que la investigación continuara. Al final, la controversia quedó en tela de juicio y Schumpeter estuvo encantado de que Emil Lederer, su viejo amigo y compañero de seminarios en Viena, obtuviera una de las vacantes de Berlín.[42]

A principios de 1932 Schumpeter escribió un artículo sobre las reparaciones de la guerra, un tema que todavía suscitaba amargas divisiones doce años después del Tratado de Versalles. Cuando el ensayo, publicado en *Lloyd's Monthly Review*, sufrió el ataque de un periódico alemán, Schumpeter le dijo a un responsable de la Universidad de Bonn que el autor de la crítica no era lo suficientemente inteligente para entender su artículo. Comparó el enfoque de su atacante con el modo inarticulado de Adolf Hitler de hacer frente a problemas complejos.[43]

Ninguno de los estudiantes de Schumpeter llegó a ser nazi, aunque les dijera en su discurso de despedida que siguieran su propio camino (si sentían alguna afinidad por los nacionalsocialistas entonces podrían utilizar sus conocimientos avanzados para producir algún bien económico en el seno del partido). Su antiguo estudiante Hans Singer escribió más tarde que "en los días previos al ascenso de Hitler nuestro grupo [el seminario de Schumpeter en Bonn] dominaba la Fachschaft (una asociación de estudiantes) económica de la facultad, desde luego intelectualmente y hasta cierto punto también organizativamente en una dirección liberal y antinazi." El propio Schumpeter fracasó a la hora de tomar consciencia de la seriedad del movimiento nazi y para cuando así fue, era demasiado tarde. Seis meses antes de que Hitler llegara al poder escribió a su amigo Gottfried Haberler lo siguiente: "No creo que vaya a suceder nada importante [en la política alemana]. Alemania tiene el gobierno al que está acostumbrada desde hace 500 años." Pero como él mismo discurrió de manera correcta una década después: "No dice mucho de mí como analista político el hecho de que no tuviera ni idea del ascenso inminente al poder de Hitler."[44]

Durante mucho tiempo Schumpeter no percibió una diferencia acusada entre el antisemitismo de los nazis y la idea de hacer de los judíos el chivo expiatorio que había presenciado en Viena con Karl Lueger veinte años antes (una práctica horrenda pero que no fue nada en comparación con las décadas de sangrientas matanzas y progromos antijudíos que se llevaron a cabo en Rusia). Como muchas personas de la época, Schumpeter tenía escaso conocimiento de los planes de los nazis, a pesar de las diatribas de Hitler en

Mein Kampf. Su verdadera preocupación era que los votantes alemanes (insensibles por culpa de las malas condiciones económicas y a los que todavía les escocía la herida abierta con el Tratado de Versalles) escucharan las promesas imposibles de demagogos de todas las tendencias: comunistas, fascistas y socialistas extremos. Schumpeter tenía poca fe en la capacidad del electorado del cualquier lugar de mantener la cabeza en su sitio durante una verdadera crisis económica. Este sentimiento persistió incluso después de que se mudara a los Estados Unidos donde rápidamente tuvo sospechas de que Franklin D. Roosevelt tuviera ambiciones de llegar a ser un dictador.

En su conjunto, los escritos de Schumpeter de carácter público y privado de finales de los años 20 a principios de los 30 muestran una combinación compleja de actitudes ante la situación política europea. Estaba convencido de que Alemania había sido fuertemente maltratada en Versalles pero al mismo tiempo estaba harto del propio gobierno irresponsable del país. Desde 1919 el parlamento y una serie de gabinetes de ministros habían fracasado sistemáticamente a la hora de seguir políticas constructivas (como el propio Schumpeter había documentado en muchos de sus artículos destinados a la prensa de corte más popular). No consideraba que Hitler fuera un pensador competente, sobre todo en materia económica. No obstante, le gustaba que al menos alguien estuviera reafirmando con firmeza el lugar legítimo que ocupaba Alemania en la comunidad de naciones. Schumpeter dudaba que Hitler realmente llegara al poder y no tuvo el presentimiento de que si lo hiciera podría tener la libertad de convertirse en un dictador asesino.

Una mayoría de alemanes no judíos, así como muchos británicos, estadounidenses y europeos continentales compartían probablemente estos puntos de vista antes de que Hitler ascendiera al gobierno (sobre todo aquellos que no se habían molestado en leer *Mein Kampf* y no hay ninguna prueba de que el propio Schumpeter lo hubiera leído). Huelga decir que todos los que no tomaron en serio a los nazis, incluyendo a Schumpeter, fueron deplorablemente ingenuos y poco críticos (y de forma retrospectiva todavía lo parecen de forma más terrible).[45]

En febrero de 1932 el jefe del departamento, Burbank, retomó desde Harvard la táctica de presión para que Schumpeter volviera a los Estados Unidos. “He tenido mis dudas antes de escribirle por miedo a que pueda parecer que estamos insistiendo excesivamente para que tome una decisión.” Sin embargo, el Departamento de Economía necesitaba estar seguro de que iría para incluirle en su presupuesto y programar sus clases. Burbank volvió a garantizar a Schumpeter que Harvard estaba haciendo todos los esfuerzos posibles para atraer a Wassily Leontief, un joven y brillante economista judío de Rusia que en aquel entonces estaba en Berlín y que Schumpeter había

insistido vehementemente en que contrataran. La universidad también intentaría retener a Gottfried Haberker, otro joven amigo de Schumpeter que había pedido una excedencia en la Universidad de Viena. “Esto es realmente algo más que confidencias interesantes” –escribió Burbano–. “Es de imaginar que la política de contratación de ambos esté de alguna forma relacionada con su decisión. Todos estaremos muy satisfechos cuando recibamos su aceptación.”[46]

Schumpeter respondió que aunque su dimisión de la Universidad de Bonn no se había aceptado formalmente, “ahora *puedo* escribirle casi como si fuera ya su colega, lo que le aseguro que me produce un verdadero placer”. Desde Harvard, el jefe de departamento Burbank le escribió lo siguiente: “Querido Joe: la carta del profesor Taussig y los telegramas te habrán informado que tu designación ya ha sido aprobada por el consejo de gobierno y ya está lista para hacerse pública.” El proceso se había cerrado después de cuatro años de incertidumbre. “¡Por Dios que fue una decisión dura!” –escribió Schumpeter a Stolper–. “Pero quizá sea algo bueno que se haya producido esta dolorosa ruptura”[47]

Todavía le quedaban dos despedidas difíciles. La primera era con su amante, Mia Stöckel, que se había ocupado de forma excelente de su casa y de su correspondencia durante cinco años, incluyendo el período en que estuvo en Harvard. Se sentía culpable por dejar a Mia que en aquel momento tenía veintiséis años y todavía tenía esperanzas de casarse con él.

Un mes antes de su marcha la llevó con él a un pequeño viaje de vacaciones y después escribió en su diario: “Quiero concentrarme en el trabajo. Y si no trabajo, lo que realmente quiero hacer es descansar.” Mia era mucho más joven y podría interferir con su plan de una manera en la que sus *Hasen* silentes no lo harían. Como dejo escrito: “Vosotras sois mi hogar, *Hasen*”. Habló con toda franqueza con Mia y le explicó que el matrimonio era algo impensable para él. Luego evaluó este asunto en su diario. “Durante más de un año, Mia ha estado descontenta e infeliz y se aleja de mí. Si me casara con ella, a pesar de las perturbaciones [que pudiera causar] en Harvard, ella seguiría igual de infeliz. Es bueno que hayamos hablado y es bueno que me vaya. Si no, habría habido un malestar cada vez mayor.” De ninguna manera sería la última vez que Schumpeter veía a Mia; le garantizó que pasaría el verano siguiente en Europa. Mientras tanto, Mia prometió que visitaría la tumba de Annie con frecuencia, una promesa que cumplió durante muchos años.[48]

La segunda despedida estaba dirigida a su círculo de colegas y estudiantes de Bonn. Seguía sintiéndose muy cercano a Arthur Spiethoff, que le había traído a esa universidad siete años antes y que le había ayudado a sobrellevar

las muertes de Johanna y Annie. También sentía devoción por sus estudiantes que le dieron una fiesta de despedida que resultó ser memorable. A petición de la universidad dio un largo discurso y sus observaciones expresaban su credo personal del papel de la economía en la ciencia y en la política:

> Un hombre que expresa su voluntad política y ese mismo hombre que explica una teoría en un aula son dos personas distintas … Sobre todo en mi caso, damas y caballeros, porque *nunca fue mi deseo llegar a una conclusión*. Si tengo una función, esta no es entonces la de cerrar, sino la de abrir puertas y nunca sentí el impulso de crear algo similar a una escuela de Schumpeter …
>
> Bastantes personas están contrariadas por este punto de vista porque en la propia Alemania hay una media docena de personas que sienten que son líderes de escuelas de ese tipo, que se sienten como guerreros en pos de la luz absoluta en su batalla contra la oscuridad total. Esto queda patente en las duras críticas que vierten unas escuelas contra las otras. Pero no tiene ningún sentido luchar por este tipo de cosas. Uno no debe luchar por cosas que la vida va a eliminar de todas formas en algún momento. En la ciencia el éxito momentáneo no es tan importante como lo es en la economía o en la política. Solo podemos decir que si algo prevalece en el ámbito de la ciencia es porque ha demostrado su derecho a existir y si no tiene valor alguno, entonces va a caer en desuso de todas maneras. En lo que a mí concierne, acepto completamente el veredicto de las generaciones venideras.[49]

Después de dejar Alemania y cruzar el Atlántico, Schumpeter envío una última carta (muy emotiva) a Gustav y Toni Stolper. En ella expresaba lo difícil que le había resultado irse. Había llegado a sentirse como en casa en su mansión del Rin y la larga amistad que había mantenido con los Stolper era algo valioso para él "que no quiero echar en falta nunca más en mi vida. ¿Me oís? No podéis dejar que esta sólida relación se desvanezca, lo que quiere decir más o menos que uno de los dos tiene que escribirme con frecuencia." Tenía intención de ir de visita a Europa cada verano pero a partir de ese momento su nuevo hogar serían los Estados Unidos.[50]

Capítulo 13
Harvard

Esas nuevas regiones que hallamos y exploramos con la flota … bien podríamos llamarlas un nuevo mundo.

Americo Vespucio: carta a Lorenzo de Medici, 1503.

Cuando Schumpeter llegó a Harvard en 1932, el punto central del campus era Harvard Yard, el bosquecillo sombreado donde se había fundado la universidad en 1636. Había estado franqueado por viejas estructuras de ladrillo de entre las que todavía se conservaba una del siglo XVII. La disposición de numerosos edificios de pequeño y mediano tamaño de Harvard contrastaba fuertemente con los modelos de Viena, Chernivtsi, Graz y Bonn, donde una única estructura imponente albergaba la mayoría de las aulas, bibliotecas y oficinas.

Hoy en día Harvard Yard constituye un museo arquitectónico vivo que atrae a cientos de miles de turistas cada año. Pero el Harvard del siglo XXI es un lugar muy diferente de la comunidad provinciana y tranquila que encontró Schumpeter en 1932. Se han construido decenas de nuevos edificios fuera del Harvard Yard en diferentes y periódicos booms de la construcción y la inmensa capacidad financiera de Harvard la ha convertido de lejos en la universidad más rica del mundo.[1]

Aunque Harvard tenga nueve escuelas de formación profesional, sus estudiantes universitarios y su Facultad de Artes y Ciencias son el corazón de la universidad, como también lo eran en la época de Schumpeter. Actualmente, sus estudiantes, de gran cualificación académica, proceden de cada uno de los cincuenta estados del país y de unas setenta y cinco naciones distintas de todo el mundo. En el año académico 2010, el 52% de los estudiantes admitidos eran mujeres, el 18% estadounidenses asiáticos, el 11% afroamericanos, el 10% latinos y el 1,4% estadounidenses nativos.[2]

Cuando Schumpeter se incorporó a la facultad en 1932 la universidad aceptaba unas 1.000 candidaturas de las 1.200 presentadas (un 83% del total, en contraposición con el 9% actual). Los propios candidatos eran extraordinariamente homogéneos en 1932: todos de sexo masculino, casi todos blancos y, de forma mayoritaria, del país. Cerca de un 40% eran originarios de Massachussets y el resto procedía en su mayor parte de otros estados del nordeste del país. Más de la mitad de los estudiantes habían acudido a escuelas preparatorias privadas y entre el 30% y el 40% no tenía muy buenos resultados académicos a su llegada. Lo más usual, tanto antes como después de su admisión, era que tuvieran una calificación de “Gentleman’s C” (una especie de aprobado de señoritos) y esto no era solo un

estereotipo, era una realidad. Mientras que solo un 12% de las familias de los estudiantes universitarios de Estados Unidos ganaba más de 2.500 dólares anuales en 1932, en el caso de Harvard esta cifra era del 84%.[3]

Así que Harvard era esencialmente una universidad para los descendientes de las ricas familias locales de abolengo. Durante generaciones, sus hijos (algunos brillantes, otros mediocres y otros torpes) se habían inscrito a esta universidad casi como si fuera un rito de iniciación. La política de la universidad, y sobre todo de sus alumnos, era fuertemente republicana. En 1934 una encuesta de estudiantes y profesores mostró su reprobación del *New Deal* de Franklin D. Roosevelt con una relación de dos a uno. Había pocos estudiantes católicos y los judíos tenían una cuota limitada al 12%. El antisemitismo dominaba la cultura de Harvard con frecuencia en todas sus formas. Muchas organizaciones de estudiantes no admitían a judíos y algunos de los registros oficiales de la universidad incluían un asterisco en frente del nombre de cualquier estudiante que se supiera que era judío. Pocos profesores eran judíos y aquellos que lo eran a menudo ocultaban esta parte de su identidad. En este apartado el amigo y mecenas de Schumpeter, Frank Taussig, era un caso típico.[4]

Harvard trataba con poco respeto al Radcliffe College, la escuela de mujeres adyacente asociada. Las estudiantes de Radcliffe podían asistir a la mayoría de las clases de Harvard pero se les impedía el acceso a muchos espacios universitarios (incluso a la sala de lectura de la biblioteca Widener que entonces era la segunda más grande del país por detrás de la biblioteca del Congreso). La escuela de Medicina admitía a pocas mujeres pero las de Derecho y Economía rechazaban a todas las estudiantes. Cuando Gustav y Toni Stolper visitaron a Schumpeter en 1937, éste organizó una cena en el nuevo club de la universidad. Sin embargo, sintió vergüenza al tener que escribir a su viejo amigo que “únicamente puede ser si vienes solo porque no se admiten mujeres.”[5]

Harvard podía representar muchas otras cosas pero no era un mundo nuevo de educación superior abierto a masas de estudiantes de la clase media. Ese ideal americano encontraba mejor expresión en el amplio abanico de universidades estatales diseminadas por todo el país, muchas de las cuales rivalizaban con cualquier institución privada, como sigue siendo el caso hoy en día. En una clasificación de 1937 del conjunto de programas universitarios de las universidades estadounidenses tres de las diez mejores universidades eran estatales y una de ellas (Cornell) era un híbrido que contaba con el sustancial apoyo de fondos tanto estatales como privados: 1) Harvard, 2) Chicago, 3) Columbia, 4) Yale, 5) California, 6) Johns Hopkins, 7) Cornell, 8) Princeton, 9) Michigan y 10) Wisconsin.[6]

Harvard funcionaba a través de un sistema federal de gobierno de forma más acusada que la mayoría de universidades y todavía sigue siendo así. Las escuelas profesionales disfrutan de un grado de independencia inusual y son casi enteramente responsables de su captación de fondos, su contratación de personal y sus promociones. Tanto las escuelas profesionales como la Facultad de Artes y Ciencias comprenden en la actualidad una profusión de puestos ocupados por divos. En los años 30 Harvard tenía numerosas estrellas académicas pero tenía una proporción menor de divos. Entre las lumbreras del personal académico estaban el propio Schumpeter (que era de lejos el economista más destacado), el filósofo Alfred North Whitehead, los historiadores Samuel Eliot Morison y Arthur Schlesinger Sr., los científicos políticos Arthur Holcombe y Charles Mcllwain, los críticos literarios George Lyman Kittredge e Ivor A. Richards y el sociólogo Pitirim Sorokin y su joven rival Talcott Parsons.[7]

Schumpeter mantuvo una relación especial con Parsons, que había sido estudiante de economía cuando Schumpeter fue profesor visitante a finales de los años 20. Más tarde Parsons llegaría a ser uno de los científicos sociales más influyentes de su generación y a menudo decía que Schumpeter le había enseñado a pensar de forma sistemática. Como Parsons también había traducido una gran parte de la obra de Max Weber y había atraído la atención sobre él en los Estados Unidos, la rica línea de influencia intelectual que iba de Weber a Schumpeter hasta Parsons cerraba un círculo.[8]

Durante los años 30 las ciencias naturales también podían alardear de poseer un buen ramillete de académicos en Harvard. Entre ellos estaban el astrónomo Harlow Shapley y el químico James Bryant Conant, que en 1933 sucedió a A. Lawrence Lowell como presidente de la universidad. Conant solo tenía cuarenta años, era una persona brillante, en ocasiones exaltada, y perfectamente consciente de su pertenencia a la clase media. Rápidamente se embarcó en una campaña para reemplazar la cultura elitista y complaciente de Harvard por algo más cercano a una meritocracia. Revisó el sistema endogámico de contratación y promoción e intentó con denuedo incorporar a estudiantes mejor cualificados. Durante sus veinte años de mandato como presidente hizo más que cualquier otra persona en la historia de la universidad para mejorar la envergadura intelectual de la institución.[9]

Schumpeter respaldaba estos esfuerzos como meritócrata que era y llegó a Harvard justo en el momento en que Conant sustituía a Lowell. Incluso antes de que se produjera este cambio Schumpeter sabía que entraba en un mundo muy diferente al de Bonn o Graz y dependía de los consejos de su amigo Taussig para saber cómo tenía que comportarse. “Nunca se me ha dado bien el trato con los cuerpos académicos o los consejos de administración y todo

ese tipo de cosas y busco una manera de guiarme por ellos a través de sus enseñanzas … Espero, o quizá debiera decir temo, que comprenda demasiado bien lo que quiero decir.”[10]

Apenas un mes después de su llegada en el otoño de 1932, Schumpeter aceptó la invitación a pronunciar una conferencia en el Seminario de Economía de Harvard sobre “La legislación monetaria de la administración republicana”. Al darse cuenta de que sus observaciones llegarían justo una semana antes de las elecciones presidenciales de Roosevelt y Hoover escribió al presidente Lowell lo siguiente: “Cuando di mi consentimiento para tomar parte en ese debate pensé que giraría en torno a un problema profesional de forma totalmente apolítica y no esperaba que esta declaración pudiera dar lugar a tener connotaciones políticas”. Cuando esto sucedió así, “sentí que no tenía otra elección más que disculpar mi presencia.” Lowell respondió: “Ha elegido el mismo camino que yo debería haber elegido si me hubiera encontrado en una situación similar en una universidad de cualquier otro país y le agradezco enormemente que me haya escrito para informarme de ello.”[11]

Cuando Taussig, Lowell y otros empezaron el intenso procedimiento de contratación de Schumpeter había habido un gran debate en torno a su remuneración. Taussig propuso que recibiera el máximo de la universidad, un nivel que solo igualaba el propio Taussig en el Departamento de Economía. Desde la primera visita de Schumpeter en 1927, Harvard había aumentado el salario anual máximo de los profesores titulares de 10.000 a 12.000 dólares.[12]

En octubre de 1930 el decano Clifford Moore escribió al presidente Lowell: “Entiendo que si hablo con Schumpeter estoy autorizado a ofrecerle 12.000 dólares anuales, pero quizá prefiera hablar con él usted mismo.” Lowell le dio una respuesta detallada:

> Frank Taussig ha venido a verme y me ha comentado el salario, pensión, etcétera de Schumpeter en Bonn y en Harvard:
>
> | | |
> |---|---|
> | Salario de Bonn y honorarios por conferencias | 36.000 marcos |
> | Menos el impuesto sobre la renta del 25% | 9.000 marcos |
> | | 27.000 marcos |
>
> Pensión 20.000 marcos [al año]
> Salario de Harvard 12.000 dólares
> Impuestos federales y del Estado de Massachussets 500
> Deducción (¿pensión?) de Harvard 600
> Indemnización por cese unos 2.800 dólares [anuales]
>
> A la vista del diferente poder adquisitivo del dinero en Alemania y Estados Unidos esto supone un cierto sacrificio en cuanto a su salario, sobre todo en el caso de la pensión. ¿Hay algo que debamos hacer al respecto? En caso afirmativo, ¿qué?

Uno de los dos, Lowell o Taussig (que a ciencia cierta había ofrecido estos datos al presidente) estaba mal informado. El salario de Schumpeter en Harvard sería mucho más elevado que el de Bonn incluso antes de impuestos.

Según los tipos de cambio de aquella época 36.000 marcos equivaldrían a unos 8.600 dólares, que habría que comparar con la oferta de 12.000 de Harvard.[13]

Por el contrario, el contraste en cuanto a las pensiones era correcto, los 20.000 marcos equivalían a 4.761 dólares. Por lo tanto Taussig propuso que la pensión de Harvard de Schumpeter se incrementara desde los 2.800 dólares anuales hasta los 4.000. El decano se opuso a esta sugerencia ya que Schumpeter tenía cuarenta y siete años y para la edad de su jubilación no tendría suficiente dinero ahorrado para justificar una pensión tan generosa. Sin embargo, Taussig se mantuvo firme y al final consiguió que su petición fuera aprobada por el consejo de gobierno de Harvard. Como escribió el presidente Lowell: "Sin que sirva de regla general, la opinión de la "Corporation" es que sería acertado garantizar al profesor Schumpeter una pensión que no fuera inferior a los 4.000 dólares a condición de que se mantenga en su cátedra durante quince años, es decir, durante un período de tiempo razonablemente largo."[14]

Estos números resultan reveladores por varias cosas. Obviamente, el régimen impositivo en Alemania para personas con el nivel de ingresos de Schumpeter excedía ampliamente al de los Estados Unidos. Además, en el año de depresión de 1932 la renta per cápita media en los Estados Unidos se mantenía en una cifra muy baja, 394 dólares, aproximadamente una trigésima parte de los 12.000 dólares en cuestión. En el propio Departamento de Economía el miembro que menos cobraba ganaba 1.375 dólares. Schumpeter estaba soltero y no tenía ningún miembro de la familia desempleado a su cargo. En 1930 había escrito a un amigo europeo y le había explicado que sobre la base de la época en la que visitó Harvard estimaba que se necesitaban de 150 a 200 dólares al mes para vivir, es decir, de 1.600 a 2.400 al año. Así que su retribución de 12.000 dólares era muy lucrativa.[15]

Al final de las negociaciones (que contaron con la casi total intermediación de Taussig), Schumpeter escribió al presidente Burbank: "No voy a unirme a un grupo de desconocidos sino, si me atrevo a decirle así, de amigos." Siempre tan cortés y con un lenguaje tan florido en su correspondencia, escribió al presidente Lowell diciéndole que "mi principal deseo siempre será mantener la dignidad del gran nombre de Harvard en el mundo de la ciencia y poner de manifiesto la esperanza de que nunca pueda encontrar ninguna razón que le lleve a estar decepcionado por la elección que ha hecho."[16]

Desde la fecha de su nombramiento en 1932 hasta su muerte en 1950, Schumpeter recibió el salario máximo de los profesores de Harvard. Su nueva prosperidad era algo muy importante para él. No solo disfrutó de una vida holgada sino que también pudo enviar dinero regularmente a sus amigos y

antiguos estudiantes de Europa que estaban en apuros: los Reisinger, Mia Stöckel, Cläre Tisch y otros. En 1935 liquidó el saldo de sus deudas en Viena que durante diez años le habían llenado de preocupación.[17]

Schumpeter pronto se convirtió en todo un "carácter" del campus cuando empezó a ejercer como profesor en Harvard: no era un excéntrico, pero sin duda alguna tampoco era un profesor convencional. En palabras de Paul Samuelson: "No conocía casi nada de los Estados Unidos de Mickey Rooney y de Coca Cola." Durante todo el tiempo que pasó en Harvard nunca fue a un partido de fútbol. Había asistido a uno en 1913 durante su etapa de intercambio como profesor visitante de Columbia y le había bastado. Tomó el metro que retumbaba bajo Harvard Square una única vez exactamente. Era incapaz de conducir un coche y viajaba en taxi o con amigos que conducían. Incluso para los viajes muy largos prefería ir en tren. Su primer vuelo fue en 1937, cuando fue desde una reunión académica en Chicago hasta Miami para pasar una vacaciones en pleno invierno. Escribió desde Miami que medio esperaba que el avión sufriera un accidente en su vuelo de regreso a Boston.[18]

Su colega economista John Kenneth Galbraith que llegó a Harvard dos años después que Schumpeter, lo recordaba como a "un hombre ligeramente moreno, robusto y ligeramente más bajo que la media". Con algo más de 1,70 m, en realidad Schumpeter tenía una estatura media aunque para Galbraith, que medía dos metros, casi todo el mundo le parecía bajo. Schumpeter tenía "una cara divertida y expresiva y un amor inconmensurable por la compañía y la conversación … Entre la opción de ser correcto o ser memorable Schumpeter nunca dudó".[19]

En cualquier ocasión siempre estaba "dispuesto". Como escribió Samuelson más tarde: "La ropa era algo importante para él: vestía una variedad de trajes de paño de excelente corte con camisas cuidadosamente combinadas, corbata, medias y pañuelo. Mi mujer [una compañera de estudio] solía llevar la cuenta en aquella época de la reaparición cíclica del número de combinaciones aparentemente infinitas que tenía su armario: el ciclo no era simple y distaba de ser aleatorio."[20]

Cada mañana después del elaborado ritual de vestirse, Schumpeter caminaba las seis manzanas que separaban la casa de Taussig de Harvard Yard. Hacía su entrada en el aula repleta de alumnos a la hora precisa exactamente, se quitaba su abrigo de marca, su sombrero de fieltro y sus guantes, "lentamente, dedo a dedo, mientras todo el mundo miraba" recordaba un estudiante. "Era todo muy teatral." Luego escribía algo en la pizarra, se daba medía vuelta y empezaba su clase. Hablaba con un acento vienés aristocrático y daba una impresión de espontaneidad total aunque preparara todas sus clases con cuidado y meticulosidad. No utilizaba apuntes y los

estudiantes quedaban deslumbrados con su erudición. “Nunca hacía bromas” –recordaba Samuelson– “pero de alguna manera conseguía que la clase tuviera su gracia.” Se embarcaba en una conversación que iba de un lado a otro y “te sacaba del mundo de los libros de texto, planos y simples, y te llevaba a un mundo tridimensional de una economía y unos economistas vivos”.[21]

Schumpeter no perdía el ritmo de estos debates y a menudo anotaba alguna idea nueva en un pedazo de papel que guardaba en su bolsillo. Los estudiantes se daban cuenta de que era el único profesor que iba a clase sin ningún tipo de material escrito pero que dejaba el aula con la chaqueta y los pantalones llenos de anotaciones. Tanto dentro como fuera del aula garabateaba este tipo de anotaciones dirigidas a sí mismo de forma compulsiva. Incluso llegó a recortar cuadraditos de cartas que había recibido para satisfacer la necesidad de tener más trozos de papel. En cierta ocasión se refirió a su sistema de archivo como el de “una persona tremendamente desordenada” y algunos de sus archivos llegaban a parecerse a cajas de confeti. Sin embargo, utilizaba casi todas las notas que tomaba, ya fuera como una anotación mnemotécnica de un solo uso o como fuente para su trabajo posterior.[22]

Había pocos profesores a los que les entusiasmara tanto la docencia como la escritura y solo una diminuta fracción de ellos dominaba con maestría ambos terrenos. Este era el caso de Schumpeter. Publicó millones de palabras, literalmente, al tiempo que seguía teniendo una actuación memorable en la tarima del aula: era el profesor que más entretenía y también el más accesible. Exigía una gran cantidad de lecturas, pero ponía muchos sobresalientes. En sus informes oficiales sobre los estudiantes siempre encontraba algo que decir en favor de casi todos ellos.[23]

En público era alegre y animado, pero en privado llevaba una vida totalmente diferente: una lucha interna continua y desesperada contra la melancolía. Sus anotaciones semanales en su diario todavía empezaban con agradecimientos e invocaciones a sus *Hasen* y después se perdían en una especie de autoflagelación sobre la lentitud con la que avanzaba en sus investigaciones. Durante los primeros años de la década de los 30 dedicó toda su energía a su desafortunado libro sobre el dinero y aún más esfuerzos al que denominaba su “libro sobre la crisis” (el colosal *Ciclos económicos* que finalmente terminaría en 1939). Su diario expresa una amalgama de emociones revestidas con la frustración de distraerse con minucias académicas:

> *1933, del lunes 9 de octubre al domingo 15 de octubre:*
> Esta semana la cierro con la noche del domingo, el día de mi compromiso [con Annie], con agradecimiento a las *Hasen* por haber podido cumplir con mis obligaciones, no fue un período infeliz sino alegre y sin dolor aunque no obstante estoy triste; mis pensamientos, clases y demás

> fluyen sin que pueda anclarlos y mi trabajo actual impide que progrese en materias importantes e incluso en mi actividad docente.[24]

Durante los primeros años que pasó en Harvard almorzaba y cenaba casi todos los días con estudiantes y otros profesores, con una compañía que variaba desde los adolescentes de Dunster House a la del propio Taussig, que tenía más de setenta años. Un estudiante afirmó que nunca había "conocido a un profesor que se interesara de forma más personal y atenta por sus alumnos … Era el profesor tutor del club universitario de economía y siempre prestaba su ayuda para la configuración de su programa. Organizaba grupos de discusión y seminarios privados y les procuraba buena comida y vino para que los estudiantes, con frecuencia de muchas nacionalidades distintas, se relacionaran más estrechamente los unos con los otros." Schumpeter pagó la cuenta de innumerables comidas con sus alumnos. También asistió a muchas de sus fiestas donde se comportaba "como uno de los más animados y como uno de los asistentes más jóvenes de espíritu."[25]

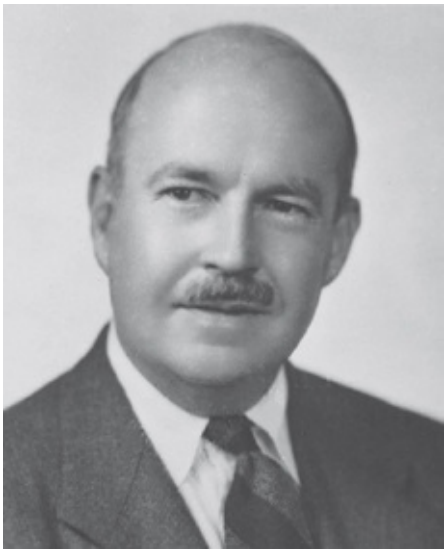
Además, organizó numerosos grupos de discusión de pocos participantes, que estaban formados principalmente por una selección de jóvenes colegas, a los que se refería en su diario como "el círculo íntimo" y por él mismo. Un grupo se hacía llamar el club de la oportunidad, el amor y la lógica y otro el grupo de Cournot, en honor del economista y matemático francés del siglo XIX. Y aún estaba el grupo de Schumpeter de los siete sabios, la mayoría de los cuales eran economistas considerados como jóvenes promesas.[26]

Había reuniones informales de estos grupos de forma semanal, quincenal o mensual, en algunas ocasiones para almorzar y más a menudo para cenar. Un miembro presentaba un artículo de investigación y el resto debatía sobre este tema durante al menos dos horas. Las cenas tenían lugar en buenos restaurantes de Boston y el vino corría libremente y las conversaciones con frecuencia duraban hasta más allá de medianoche. La mayoría de los grupos de discusión y especialmente el de los sabios contaban entre sus filas con la flor y nata del Departamento de Economía: Schumpeter, Edward Mason, Seymour Harris, Edward Chamberlin, Gottfried Haberler, D. V. Brown, O. H. Taylor y el preferido especial de Schumpeter, Wassily Leontief, que había emigrado de Rusia y que más tarde ganaría el Premio Nobel. Schumpeter, en calidad de miembro con más edad y experiencia de los presentes, se divertía enormemente y se las ingeniaba para reproducir un ambiente de alguna manera similar al de los cafés de Viena de su propia juventud.[27]

Consagraba su atención a los esfuerzos que realizaban sus colegas más jóvenes tanto si su trabajo era merecedor de ella como si no. El interés de un académico tan reputado halagaba a estos aunque en ocasiones podía ser desalentador. Harris, un incondicional del equipo docente de economía

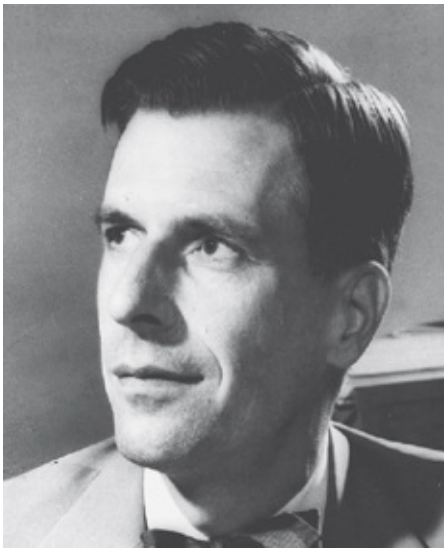
durante décadas posteriores, recordaba que a menudo “sentía pavor” ante sus comidas con Schumpeter. Con suma cortesía, este hombre mayor que él destrozaba cualquier argumentación que Harris hiciera y, por ende, empañaba el resto de su jornada.[28]

Schumpeter hizo todo lo que estaba en su mano para empujar a sus estudiantes a rendir lo mejor de sí mismos y a salvaguardar su tiempo para la investigación. El sistema de Harvard requería que los instructores jóvenes pasaran muchas horas en tutorías individuales con los estudiantes de grado. Este hábito, un legado del encomiable énfasis que el presidente Lowell ponía en la actividad docente, hubiera tenido mucho más sentido si Harvard hubiera sido un establecimiento más basado en la meritocracia y sus estudiantes más diligentes. Sin embargo, Schumpeter odiaba el sistema.



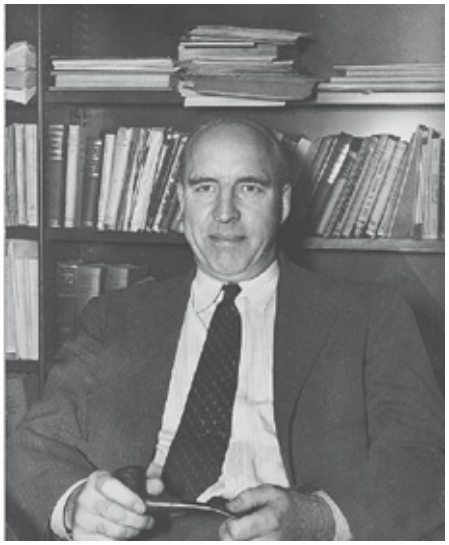
13.1

Talcott Parsons, que Schumpeter conoció en su primera visita a Harvard. Los dos compartían muchos intereses comunes y desarrollaron una enorme admiración mutua. Parsons se convertiría en el sociólogo más destacado de su generación. La foto fue tomada en 1949, cuando su influencia estaba en máximos. (Créditos imágenes 13.1)



13.2

John K. Galbraith que llegó a Harvard en 1934 en calidad de economista agrícola. Schumpeter y él nunca entablaron amistad, pero se respetaron mutuamente. Galbraith dejó Harvard en tres ocasiones durante la época en que Schumpeter estuvo allí: para estudiar en Inglaterra, para trabajar en el gobierno durante la II Guerra Mundial y para escribir para la revista *Fortune* durante varios años. Volvió en 1948 y consiguió una cátedra en 1949. Los numerosos libros que escribió (dirigidos al público general y escritos con un ingenio sin parangón) hicieron de él en los años 60 el profesor más famoso de la universidad. (Créditos imágenes 13.2)



13.3

Edward Mason, uno de la media docena de jóvenes economistas con talento a los que Schumpeter les gustaba denominar su “círculo íntimo”. Como otros miembros de ese círculo, Mason tendría una carrera profesional destacada. Se especializó en el campo de la organización industrial que incluía el antimonopolio. (Créditos imágenes 13.3)

13.4

Seymour Harris, otro miembro del círculo íntimo y uno de los economistas más prolíficos de Harvard (escribió o editó más de cuarenta libros). A Harris le concedieron su puesto más tarde que a los otros miembros de su grupo debido, quizá, a que era judío. (Créditos imágenes 13.4)

13.5

Wassily Leontief, un judío inmigrante procedente de Rusia al que Schumpeter consideraba su colega más brillante. Poseía unas dotes matemáticas de primera categoría y fue el creador del análisis input-output, un método complicado que se volvió más asequible con la llegada de los ordenadores. Fue uno de los tres futuros premios Nobel con los que Schumpeter estuvo estrechamente relacionado. (Créditos imágenes 13.5)

13.6

Wolfgang Stolper, otro miembro más del círculo íntimo. El hijo de Gustav Stolper siguió a Schumpeter hasta Harvard procedente de la Universidad de Bonn y a partir de entonces tuvo una larga y productiva carrera en la Universidad de Michigan y como consejero de países en vías de desarrollo. (Créditos imágenes 13.6)

Como escribió Harris le "irritaba" ver como "los jóvenes académicos tenían que dar el máximo de sí mismos en cansados debates con unos estudiantes que en su mayor parte no serían ciudadanos importantes en vez de dedicar esta energía al trabajo científico."[29]

Schumpeter solía decir que los años más creativos de un académico estaban comprendidos entre los veinte y treinta años, la "sagrada tercera década". Por esta razón instaba a estudiantes y colegas a que evitaran la distracción de casarse jóvenes. En lugar de esto debían concentrarse en su trabajo, estrujando su cerebro en busca de nuevas ideas. Después de persuadir al brillante Leontief de veintiséis años de que enviara un artículo al *Economic Journal* escribió a Keynes: "Quiero disculparme por Leontief. Sin dudas ha producido lo que para mí es una obra extremadamente original e interesante pero en vez de acabar su artículo se ha casado a pesar de que yo reprobara este paso. De ahí el retraso. Lo siento terriblemente."[30]

Mientras tanto, Schumpeter por su parte tenía una carga docente muy pesada. Un profesor afirmó que "predicaba las bondades del vino para los demás y él se quedaba con el agua". Harris escribió que "era una completa pérdida de energía para él enseñar tres cursos (y si por él fuera daría casi todos los cursos)" y consagraba innumerables horas a las "consultas" de los estudiantes durante las horas de visita. En estas sesiones daba consejos sobre

la propia vida además de sobre asuntos académicos. En una carta dirigida a un antiguo estudiante que había finalizado derecho y estaba pensando en ese momento en inscribirse en un MBA, Schumpeter le dijo que sería un placer para él escribir una carta de recomendación a la Escuela de Negocios de Harvard. “Sin embargo, hay una cosa por la que tengo que regañarle y es esa frase de ‘una herramienta hinchada con intereses personales’. No hay peor política en la vida que criticar su propio ámbito de actividad y meterse así en una especie de hostilidad contra lo que uno tiene que hacer todos los días. ¿Por qué la actividad de un abogado mercantilista sería peor que la de un sindicalista, por ejemplo? Ambos son un obstáculo para sus modelos de civilización humana.”[31]

Estaba disponible para casi cualquier persona que le buscara. Después de una agotadora reunión de economistas en una ciudad lejana, Harris y Schumpeter se encontraron por casualidad con un estudiante con unas competencias corrientes en su tren de vuelta a Boston. “Schumpeter pasó exactamente siete horas revisando el esbozo de la tesis del estudiante con su característico vigor y entusiasmo (que se oían por todo el vagón). ¿Era generoso? Sí. ¿Hacía un uso sensato de su energía menguante? No. ¿Era entrañable? Sí.”[32]

A finales de 1933 Schumpeter escribió una anotación poética en su diario en la que mostraba una rara tranquilidad de espíritu:

> *1933, semana del 25 de diciembre hasta fin de año:*
> Mamá y Annie
> ¡Estad vigilantes durante la última semana del año!
> Gracias por todo: no lo merezco.
> Y salvadme de las consecuencias de mi estupidez.
> ¡Ah, os doy gracias por este año!
> Me habéis guiado maravillosamente
> y habéis esparcido cosas hermosas a lo largo de mi camino.
> Venga lo que venga …
> Y por dejarme sentir que estoy vivo.
> Suceda lo que suceda
> Nosotros, *Hasen*, seguiremos igual, ¿verdad?

En muchos escritos durante sus primeros años en Harvard, Schumpeter mencionaba que estaba trabajando muchísimo y que le era muy difícil equilibrar la actividad docente con la escritura.[33]

Schumpeter seguía teniendo un enfoque abierto en cuanto a la investigación que rayaba el exceso. Su colega austríaco Fritz Machlup que enseñaba en Columbia recordaba que “cuando otros insistían con pataletas fanáticas, Schumpeter no podía evitar volver a su propia esencia que alentaba la tolerancia metodológica y solo era intolerante con la ignorancia y la propia intolerancia.” Su amigo noruego Ragnar Frisch, ganador ex aequo del primer

Premio Nobel de Economía, dejó escrito que las principales cualidades de Schumpeter eran “la generosidad y una buena disposición a la escucha”. Frisch añadió que “debemos apreciar esta actitud todavía con más razón cuando pensamos en lo diferente que es de la que encontramos con más frecuencia entre economistas, estadistas y matemáticos”.[34]

El propio apego de Schumpeter a las matemáticas, una disciplina en la que no destacaba, demostraba su actitud. Los primeros artículos que publicó en 1905 tenían un enfoque matemático y a menudo abogaba por una economía “exacta”, refiriéndose a una ciencia apoyada en las matemáticas y la estadística (algo más parecido a la física que a la sociología o a la historia). Fue uno de los fundadores del club de econometría y más tarde fue durante dos años su vicepresidente y durante dos años más su presidente. Entabló buena amistad con economistas matemáticos de primer orden: Frisch, Fisher y su propio alumno Samuelson, el primer estadounidense que ganó el Premio Nobel de Economía.[35]

La declaración más completa y representativa de Schumpeter sobre el papel de las matemáticas la encontramos en 1933. En su artículo de cabecera para la primera edición de la revista *Econometrica*, escribió lo siguiente:

> No imponemos ningún credo (científico o de otro tipo) y no *tenemos* un credo común más allá de las siguientes convicciones: uno, que la economía es una ciencia y dos, que esta ciencia tiene una faceta cuantitativa muy importante. No somos una secta. Tampoco somos una “escuela”. No hay nada que esté más lejos de nuestra mente que una creencia enconada en la excelencia exclusiva de los métodos matemáticos o cualquier deseo de denigrar el trabajo de historiadores, etnólogos, sociólogos y otros. No queremos luchar contra nadie o, más allá del diletantismo, contra nada.[36]

Estas afirmaciones son las que mejor describen la mentalidad de Schumpeter. Al mismo tiempo que predica una mayor precisión y rigor matemáticos (nada menos que en el artículo que inaugura la revista *Econometrica*) advierte del hecho de que las matemáticas no son el único campo posible y que las contribuciones de otras disciplinas no son menos válidas. Únicamente es un zelote en su oposición a una actitud zelote. Schumpeter creía en la necesidad de utilizar las matemáticas en la economía, pero era un pensador demasiado excelso para creer únicamente en los números y en las ecuaciones. Para él, el álgebra y el cálculo nunca podrían capturar totalmente la amplitud y complejidad de la vida. Durante toda su carrera animó la causa de las matemáticas, al tiempo que siempre fomentó también la integración de la historia, la sociología y la psicología en la economía, sin tener ningún sentimiento de contradicción.

Sus declaraciones en *Econometrica* continuaban con la afirmación de que los economistas iban a tener que aprender más cosas sobre los negocios puesto que necesitaban una enorme cantidad de datos cuantitativos. Señalaba que ya en 1826 el economista alemán J. H. von Thünen había mostrado que

“la contabilidad analítica, la contabilidad y otros campos afines cubrían una enorme cantidad de material que los economistas habían descuidado completamente”. Los economistas, por un lado, y “los especialistas de la ‘administración de empresas’”, por el otro, habían abandonado estos temas para seguir direcciones opuestas en detrimento de ambos. Schumpeter recalcó que la Economía tenía que ser un empeño cooperativo. “Nuestros objetivos son en primer y último lugar científicos, [para contribuir a] la construcción de la teoría económica del futuro.”[37]

Schumpeter se esforzó al máximo en estar al día de la economía matemática como forma de lograr más exactitud principalmente en su propio trabajo, pero también en sus clases, en mayor medida que en Bonn, ya que inauguró un seminario con el nombre de “Introducción al tratamiento matemático de la teoría económica”. Confesó tener “un objetivo humilde”. Quería “proporcionar a los que empezaban en el campo de la economía tantas herramientas matemáticas como fuera posible para que así no tuvieran que hacer nada en este sentido por ellos mismos” más que ser capaces de entender los textos de Cournot, Walras, Marshall, Edgeworth, Pigou, Pareto o Fisher. “Por supuesto” –escribió en 1934– el seminario está dirigido a estudiantes de grado pero “el pasado año asistieron principalmente todos los miembros del personal”.[38]

Como se consideraba pobremente cualificado para las Matemáticas buscó a otro profesor que pudiera hacerlo mejor. Así encontró al profesor Edward B. Wilson, un destacado estadista cuatro años mayor que él. Wilson enseñaba en la School of Public Health (Escuela de sanidad pública) y era presidente de la American Academy of Arts and Sciences (Academia estadounidense de las Artes y las Ciencias). “Quería expresarle una vez más el profundo agradecimiento que siento por consagrarse a este tema y a esta causa” –escribió Schumpeter a Wilson–. “Es usted el primer científico eminente que lo hace hasta este punto y, si pudiéramos ser capaces de obtener resultados en Harvard y convertirnos en uno de los viveros del pensamiento económico en este campo, será mérito suyo”. Él mismo asistía a los seminarios de Wilson como si todavía fuera un estudiante. Los cuatro miembros de una clase eran Samuelson de veinte años, otros dos genios de las matemáticas de diecinueve y veinte años y el profesor Schumpeter que a sus cincuenta y dos años todavía se esforzaba al máximo.[39]

En su propio curso de teoría económica avanzada nunca se llegó a molestar cuando el audaz Samuelson le corregía algún error matemático que pudiera cometer en su clase. En su lugar, según recordaba un estudiante “lo aplaudía. Admiraba a las personas brillantes.” En 1937 Schumpeter escribió al decano de Harvard: “Estoy seguro de que [Samuelson] es el estudiante con más

talento que hemos tenido en muchos años.” No obstante, a Schumpeter le preocupaba que “debido al carácter matemático de la mente [de Samuelson], no será muy aceptado entre los economistas al uso” cuyos métodos convencionales estaban amenazados por la Econometría. Sin embargo, durante la siguiente era de la historia de la economía, Paul Samuelson contribuyó más que nadie a desplazar las matemáticas al núcleo de la disciplina, con el apoyo integral de su mentor.[40]

Schumpeter proclamaba la necesidad de enseñar más matemáticas y pidió consejo en muchas partes. En 1933 escribió a Theodore Schultz, un economista de la Universidad de Chicago: “Mientras estaba en Alemania consideraba natural que los modelos exactos no tuvieran verdaderamente cabida en el currículo del estudiante medio y estaba bastante satisfecho de dar de vez en cuando un curso sobre economía matemática a un grupo pequeño.” Por el contrario, en las mejores universidades de los Estados Unidos, donde la economía se enseña con un nivel mucho más alto, “sentí verdaderamente que era un deber hacer lo que estuviera en mi mano para ayudar a enseñar nuestra ciencia.”[41]

Casi en la misma época instó a su joven amigo y futuro colega, Gottfried Haberler, que entonces enseñaba en la Universidad de Viena, que acordara mayor importancia a las matemáticas:

> A veces me siento como Moisés debió de sentirse cuando contempló la tierra prometida con el conocimiento de que a él le estaba prohibida la entrada. Pero cuando eres joven no ves la tierra prometida en la que ciertamente podrías entrar, sino que siempre insistes en negar su existencia. Perdóname por el sermón. Eran tus observaciones sobre la utilidad de las medidas las que lo han desatado … Si nos limitamos a nosotros mismos diciéndonos que es imposible, entonces nunca iremos más allá de lo que es una etapa de transición bastante incómoda. Ahora lo que se necesita es un coraje supremo.[42]

Uno de los mayores admiradores de Schumpeter era Paul Sweezy, un joven economista marxista que era asistente suyo en el curso de teoría económica. Sweezy se maravillaba de que en todas las clases de Schumpeter éste omitiera completamente toda referencia a obras suyas. “Traté de convencerle de que a menudo los estudiantes venían a Harvard para estudiar con él y que les debía una exposición y elaboración de sus propias teorías. Me escuchaba comprensivamente, pero nunca hizo nada al respecto.” Cuando hubo quien argumentó que Schumpeter nunca intentó establecer una escuela schumpeteriana similar a la escuela histórica alemana o a la escuela de Austria, Samuelson respondió que “dejó tras de sí el único tipo de escuela apropiada para una disciplina científica: una generación de teóricos de la economía que floreció a través de sus enseñanzas.”[43]

Schumpeter tenía “la calidad más difícil de encontrar en un profesor” – escribió Sweezy. “Nunca mostró la más ligera inclinación por juzgar a sus

estudiantes o colegas en función de que estuvieran de acuerdo con él. Los keynesianos (que generalmente eran una mayoría importante tras 1936) y los marxistas (que con frecuencia estaban en una minoría de una sola persona cuando yo estaba en Cambridge) eran igualmente bienvenidos a su círculo. No le importaba *qué pensáramos* siempre y cuando *pensáramos*." Por otra parte, con aquellos que no reflexionaban Schumpeter podía comportarse burlonamente (a menudo ridiculizaba la debilidad intelectual de sus colegas conservadores). "Cuando veo a aquellos que se unen a mi causa, empiezo a plantearme la validez de mi postura."[44]

Al evaluar su rendimiento diario se concedía a sí mismo una nota numérica para sus labores de escritura e investigación (incluyendo su incesante esfuerzo por dominar las matemáticas), pero rara vez lo hacía para su actividad de profesor, de tutor de alumnos o de cualquier otra tarea. Disfrutaba leyendo textos latinos y griegos, así como novelas europeas y biografías (*Ana Karenina* de Tolstoi, los varios volúmenes de *Gladstone* de Morley o *Victorianos eminentes* de Lytton Strachey). A veces se permitía el capricho de leer a Ellery Queen y a otros autores de novelas de detectives. Le encantaba cenar fuera y asistir a exposiciones de arte o conciertos de música clásica. Pero consideraba la mayoría de estas actividades como distracciones indecorosas. Lo único que verdaderamente contaba era su trabajo. En este apartado Schumpeter se marcó normas inalcanzables y luchó constantemente con su conciencia. Todavía estaba intentando construir una "economía exacta" y en el curso de este lance se construyó una verdadera trampa intelectual para sí mismo.

Capítulo 14
Sufrimiento y consuelo

Los problemas del corazón humano en conflicto consigo mismo.

William Faulkner: Discurso de aceptación del Premio Nobel, 1950.

Durante sus primeros años en Harvard Schumpeter intentó escribir dos grandes libros al mismo tiempo, uno sobre el dinero y otro sobre los ciclos económicos. Había empezado ambos proyectos antes de llegar a los Estados Unidos y en cada uno de ellos quería alcanzar un nivel de exactitud científica sin precedentes. Aspiraba a conseguir este objetivo imposible mediante la fusión de la estadística, las matemáticas, la economía, la historia y otras ciencias sociales en una enorme síntesis que abarcara todas ellas para cada uno de sus dos temas. El libro sobre el dinero consumió años de esfuerzos y a pesar de las frecuentes afirmaciones de Schumpeter de que estaba casi terminado, los borradores de los capítulos que lo componían nunca vieron la luz (siguiendo una sabia decisión propia a la vista de sus defectos). El libro sobre los ciclos económicos se publicó finalmente en 1939.[1]

Obviamente, Schumpeter debería haber dedicado su tiempo y sus energías a solo uno de sus grandes libros durante ese período de esfuerzo. Incluso para escribir uno de ellos tendría que haber disminuido sus otras responsabilidades a la mínima expresión. Aun así, algunas de sus propias tendencias le dirigieron en dirección opuesta. Como estrella indiscutible del Departamento de Economía, organizó grupos de discusión de profesores, pasó incontables horas con estudiantes de posgrado y dio consejo a numerosos estudiantes de grado. Como hombre de espectáculo inveterado que era necesitaba un público y asumió una enorme carga lectiva. Ser Joseph Schumpeter era tan importante para él como ser un gran economista.

También era pródigo con el tiempo que consagraba a los muchos economistas de Europa y Japón que visitaban Harvard. Como siempre, disfrutaba especialmente con la compañía de los académicos más jóvenes. Le gustaba entablar conversación con una gran cantidad de jóvenes pertenecientes a los Rockefeller Fellows y British Commonwealth Fellows; muchos de ellos serían más tarde profesores de renombre como Fritz Machlup y Oskar Morgenstern, de Austria; Nicholas Kaldor y Abba Lerner, de Inglaterra; Oscar Lange, de Polonia; Nicholas Georgescu-Roegen, de Rumania, y Arthur Smithies de Australia. (Smithies sería después estudiante de doctorado de Schumpeter, después se uniría al cuerpo docente de Harvard y además sería un gran amigo suyo). Era el anfitrión de numerosos almuerzos y cenas para estos huéspedes extranjeros y a menudo conversaba con ellos hasta altas horas de la noche. Así que, como muchos otros académicos

famosos de entonces y de ahora, Schumpeter se permitía ciertas libertades todos los días para distraerse de sus labores de investigación a largo plazo.[2]

El resultado inevitable era la frustración que sentía por la lenta evolución de los libros que había proyectado escribir y el inicio de una falta de confianza en sí mismo y en sus propias competencias. Esto era algo nuevo para Schumpeter. De joven había sido extraordinariamente productivo (había sido capaz de tener en el aire muchas ideas y producir un trabajo de primera clase a una velocidad prácticamente increíble). Había escrito su primer libro de 626 páginas en dieciocho meses, mientras ejercía de abogado a tiempo completo en El Cairo. Terminó *Teoría del desarrollo económico* en menos de dos años, mientras daba clases en Chernivtsi y publicaba numerosos artículos y reseñas. Y todo esto cuando todavía tenía veintitantos años.

No obstante, muy pocas personas creativas, tengan el talento que tengan, pueden trabajar a sus cincuenta y tantos años al ritmo de "la sagrada década de los treinta" como la llamaba Schumpeter. Todavía estaba ungido con una energía y un empuje inmensos, pero ahora tenía que soportar las cicatrices del tiempo y de la tragedia. "Mi trabajo es mi único interés en la vida" –escribió a su amigo Irving Fisher de Yale– y parecía ser incapaz de ajustar sus metas a un nivel realista. En consecuencia, sufría de una creciente insatisfacción, de hipocondría y de ataques de abatimiento que rozaban el grado clínico de la depresión.[3]

En muchas ocasiones creyó estar enfermo físicamente. "¡Qué débil y viejo me siento!" –escribió en su diario– "¿Me estaré muriendo?" Y aun así, como le contó a Fisher, siempre que iba "a la consulta de algún médico, el resultado ha sido hasta ahora el mismo, que no tengo ningún problema orgánico y que por lo tanto no hay nada que hacer. Esto es precisamente lo contrario de la verdad. La investigación tiene que mostrar los puntos débiles antes de que se produzca una caída definitiva para poder ocuparse de ellos cuando todavía se está a tiempo." Sin embargo, los doctores tenían razón. Sus problemas no eran principalmente físicos. Su persistente dolor, su ambición investigadora, su necesidad de tener un público y su sentido del deber chocaban constantemente y su incapacidad de reconciliar estos sentimientos era la fuente de su malestar psicológico.[4]

En rara ocasión dejó Schumpeter que sus emociones más oscuras salieran a la superficie en público, puesto que siempre mantenía su apariencia chispeante. Pero en privado y sobre todo por la noche atravesaba momentos de sufrimiento más o menos continuo. Abría su alma a sus *Hasen* suplicándoles ayuda:

> *21-27 de mayo de 1934:*
> ¡Oh madre y señora!, sea lo que deseéis,

¡Tan solo permaneced junto a mí!
¡No hay atisbos de descanso! Tan solo, la tortura y un trabajo bastante infructuoso [el libro sobre el dinero] y ningún resultado para las matemáticas.

11-17 de febrero de 1935:

¡Oh madre y *Hase*! Te doy las gracias por tantas cosas hermosas, pero por favor, por favor, ¡préstame más ayuda con mi trabajo!
De nuevo una semana llena de actividades agradables y de lo más alegres y algún que otro conocimiento profundo pero ¡no avanzo en mi trabajo! [Cenas, un concierto]
¡Ni una noche tranquila! Un nuevo plan aunque el domingo no pude trabajar. El martes y el jueves estuve cansado y paralizado.

6-12 de mayo de 1935:

No fue como había esperado que fuera: aún tuve demasiadas distracciones, una charla en el Boston Economic Club, una mañana dictando cartas, consultas [de estudiantes] … El domingo tampoco hice nada, pero por la noche realicé cuatro horas [de trabajo]. No obstante, no llegué lo suficientemente lejos, un intento fallido, y está claro que solo avanzo cuando estoy solo y no tengo nada más que hacer.

Lunes 19 de octubre-domingo 25 de octubre de 1936:

¡Oh madre y señora! Gracias por todo.
¡Por toda la ayuda, de cada día!
De nuevo una semana que se desvanece con esfuerzo y sin duda alguna con momentos de desesperación. Esta semana terminó con un resultado desconcertantemente pequeño y con la temible duda de que mi cerebro no pueda realmente dar más de sí. Me muevo en círculos únicamente, pero no completamente sin éxito. Después de un colapso total de dos días (incluso mi voluntad rehusó trabajar), había algunas cosas que parecían en cierta manera un acierto.
0, 4/6, 0, 0, 1/3, 5/6, 1 [notas diarias]
1/2 [nota global de la semana]

Cuanto más tiempo enseñaba en Harvard, más rencor sentía hacia las rutinas burocráticas de la vida académica que afectaban a sus labores de investigación y escritura. Le disgustaban particularmente las reuniones del departamento y después de varios años empezó a referirse a sus colegas llamándoles los “fools” (idiotas) –un juego de palabras con la pronunciación alemana de “full” (“full professors”, profesores titulares)– o los “asses” (imbéciles) –por “associate” y “assistant professors”, profesores ayudantes y asociados). “¡Estas comisiones!” –escribía a un amigo suyo–. “Esta mentalidad de creer que el centro del mundo es la cena de una comisión y hacer un informe para otra comisión que a su vez va acompañada de una cena.” Aunque siguió manteniendo su talante educado, empezó a tener menos cuidado a la hora de camuflar sus sentimientos. Como recordaba Seymour Harris: “Su esporádica falta de tacto, la tendencia al exhibicionismo, el deseo de ser el centro de atención, la pobre consideración en la que tenía a algunos de sus colegas que no disimulaba demasiado bien y su popularidad entre los estudiantes y los colegas más jóvenes, todo esto hacía que algunos de sus contemporáneos se alejaran de él y contribuyó a reducir su influencia.”[5]

En algún lugar de la mente de Schumpeter se empezó a gestar la acusación de que Harvard tenía la culpa de sus problemas. En 1934 escribió a Abraham

Flexner, director del Institute for Advanced Study (Instituto de estudios avanzados) de Princeton dándole a entender que recibiría con agrado una invitación para incorporarse a esta institución. El instituto se había creado recientemente para acoger a académicos eminentes de todo el mundo que, despojados de la carga de las obligaciones docentes, podían consagrar todo su tiempo exclusivamente a su propio trabajo, ampliamente apoyado por ayudas a la investigación. El miembro más conocido de este instituto ha sido Albert Einstein.

Schumpeter habló a Flexner de la "incómoda etapa de transición" por la que estaba atravesando la economía "que iba desde las filosofías inexactas hasta los métodos exactos." Mencionó algunos centros de investigación con mucha vitalidad, como la London School of Economics. "No puedo describir adecuadamente el sentimiento de frustración que siento por mi incapacidad de crear otro de ellos como había esperado que sucediera primero en Bonn y luego en Harvard." El apoyo de los burócratas era esencial pero ellos no entendían la importancia de sus objetivos. "Verdaderamente creo que usted tiene una buena oportunidad de crear lo que pueda que sea finalmente el centro de estudios económicos exactos más importante, ya que creo que es el único hombre que conozco que tiene tanto el conocimiento como los medios necesarios." Flexner estaba a punto de ir a Inglaterra y Schumpeter le enumeró los siete economistas británicos más importantes que Flexner debería tomar en consideración. Sin embargo, la invitación que Schumpeter probablemente tenía en mente para sí mismo nunca llegó a materializarse.[6]

Un año después, en 1935, escribió estas líneas a su amigo Ragnar Frisch que se encontraba en Oslo: "He pasado un trimestre muy agradable. A veces incluso parecía como si después de todo se fuera a constituir aquí un entorno intelectual de cierta intensidad." Algunas visitas brillantes de Europa habían animado la atmósfera del Departamento de Economía de Harvard. "Sin embargo, todos estos debates y el trabajo que me rodea exigen mucho de mí y mi propio avance y progreso se ha frenado proporcionalmente." De ahí que su objetivo de terminar rápidamente un borrador de *Los ciclos económicos* se volviera imposible.[7]

En 1936, Schumpeter redactó una larga carta dirigida al presidente Conant sobre el estado del Departamento de Economía de Harvard. Recomendaba que la universidad contratara a varios profesores nuevos y nombraba a seis candidatos extraordinarios, todos extranjeros: Oscar Lange, de Polonia; Nicholas Georgescu-Roegen, de Rumanía; Arthur Smithies, de Australia; Ragnar Frisch, de Noruega, y dos economistas británicos: John Hicks y su esposa Ursula Webb Hicks. Al sugerir a cinco hombres y a una única mujer Schumpeter explicó a Conant que se "sometía al prejuicio aparentemente

insuperable de Harvard contra las mujeres". A continuación añadió otra recomendación: "Joan Robinson de Cambridge (Inglaterra), una economista de fama internacional que sería una incorporación extremadamente buena y que probablemente se podría incorporar a la plantilla por 4.000 dólares o poco más. Me permito añadir que si hubiera algún tipo de deseo por romper esa tradición antifeminista que a mí, francamente, me parece un tanto reaccionaria, su designación ofrecería una oportunidad excelente."[8]

Schumpeter continuaba su carta diciendo que en las políticas internas de Harvard "el ascenso está regulado casi tan rígidamente como en el antiguo ejército prusiano." Si un candidato se las arreglaba para permanecer en la universidad durante suficiente tiempo su ascenso parecía casi garantizado. Sin embargo, el proceso llevaba tanto tiempo que, a menudo, los "profesores verdaderamente capaces" se marchaban. Mientras tanto, "otras universidades no se ven sistemáticamente expurgadas de sus jóvenes promesas."[9]

Las propias exigencias docentes de Harvard, le decía a Conant, eran una carga tan pesada que los profesores "apenas son capaces de concentrarse en una tarea más ambiciosa [y] en muchos casos no son siquiera capaces de mantenerse al día sobre el progreso general de la ciencia. En los distintos grupos de debate que tengo por costumbre reunir, he observado una y otra vez que tenía ante mí (y esto es válido también para los rangos superiores) un grupo de profesores cansados, completamente reacios a emprender una nueva carrera agotadora en busca de nuevas verdades … ¿Qué beneficios trae la insistencia de lograr resultados si al mismo tiempo se incide en una carga de trabajo presente que hace estos logros imposibles?" Schumpeter añadía que muchos de sus colegas de más edad del Departamento de Economía "han aceptado esta situación y han renunciado a la esperanza de colmar sus propias ambiciones intelectuales por lo que no estarán de acuerdo conmigo". No obstante, incluso sin hacer referencia a los proyectos de investigación "para enseñar mejor debemos enseñar menos y enseñar menos implica reducir el número de citas."[10]

Durante estas luchas relativas a su situación en Harvard, Schumpeter no pareció tener intención alguna de cortar sus lazos con el Viejo Mundo. En 1933 se había interesado por el procedimiento para conseguir la nacionalidad estadounidense, pero en realidad no tomó ninguna resolución al respecto hasta 1939. Entre tanto, enviaba con frecuencia cartas a Mia Stöckel y a antiguos estudiantes y colegas y pensó mucho en Europa. Consideraba que la mayoría de los estadounidenses estaban completamente perdidos y desinformados sobre la situación mundial y anotó en su diario que la relación amorosa entre el príncipe de Gales y Wallis Simpson, una divorciada estadounidense, acaparó más atención en la prensa de los Estados Unidos que la conquista de

Etiopía por parte de Italia.[11]

Aun así Schumpeter continuó su crítica de los académicos que mezclaban la universidad con la política. Mostraba dudas a la hora de recomendar profesores que tuvieran fuertes posiciones políticas aunque fueran amigos personales. Ya en diciembre de 1932, por ejemplo, al escribir a Keynes sobre quién debería reemplazarle como corresponsal alemán en el *Economic Journal*, Schumpeter expresó sus dudas en torno a Emil Lederer. Aunque fuera un gran economista Lederer era también un socialista fervoroso, "un hombre de partido de los que obedece órdenes sin formular pregunta alguna. Y en todos los asuntos que puedan tener cualquier tipo de relación con la política es absolutamente incapaz de observar estos asuntos de otra manera que no sea con las lentes del partido." El problema no era el socialismo de Lederer sino su parcialidad. Si de todas formas Keynes quería nombrar a Lederer, Schumpeter estaría satisfecho de que honraran "a un conocido mío cuyo prestigio data de hace tiempo y por el que siempre he sentido gran simpatía".[12]

Su amigo Gustav Stolper le escribió una carta desde Berlín el 31 de enero de 1933 que resultó ser "el día en que el pueblo alemán había experimentado la vergüenza de [la designación de] Adolf Hitler como canciller." Sin embargo, el objeto de la carta era enviar a Schumpeter una felicitación de cumpleaños:

> ¿Qué deberíamos desearle al que tiene cincuenta años? Tuviste en tu juventud lo que pocas personas elegidas por el destino tuvieron: disfrutaste de la fama y del poder, del amor de las mujeres y de las maravillas de esta tierra, has experimentado la buena fortuna de estar inmerso en logros inolvidables que están escritos con letras de oro en la historia de nuestra ciencia y ahora tú, con cincuenta años, eres libre de empezar una segunda juventud o ser un sabio que arranca los espléndidos frutos que empiezan a madurar en su jardín. Si estuviera en tu lugar, optaría por ambas cosas al mismo tiempo.

En cuanto al siniestro nombramiento de Hitler, Stolper llegaba a la conclusión de que "cuando uno ha experimentado los años 1914, 1918 y 1923, uno ya tiene una cierta experiencia en aceptar de forma fatalista las catástrofes. Quizá esta vez incluso no llegue a ser algo tan tremendamente malo como parece por el momento." Sin embargo, Stolper (que era judío) era demasiado inteligente como para no tener un mejor conocimiento de las cosas.[13]

Cuando Hitler ascendió al poder en enero de 1933, la Gran Depresión había impactado de lleno a la economía mundial. Los precios bajaban en casi todas partes (aunque habían empezado a aparecer unos meses antes algunos signos de recuperación en Alemania). Surgieron debates en muchos países sobre medidas públicas sobre la inflación como medio de detención de las bajadas de precios. Schumpeter había sido testigo de la hiperinflación austríaca una

década antes y creía que las políticas de “reactivación económica” eran una mala idea. No era un economista no intervencionista y pensaba que las obras públicas y un desbordamiento ocasional del gasto de los gobiernos recurriendo a un déficit masivo eran la mejor manera de salir de la depresión. Sin embargo, se mostraba suspicaz con respecto a una intervención pública de más amplio calado.[14]

En febrero de 1933 escribió a Irving Fisher que “por supuesto, el acceso al poder del gobierno de Hitler implicó una especie de choque para la confianza empresarial alemana puesto que cuando llegaron al gobierno la recuperación estaba ya totalmente en marcha. Se había logrado un avance considerable en el camino de un estado normal de las cosas y este progreso se había realizado sin ningún tipo de medida de reactivación de la economía”. Schumpeter añadió que “soy incapaz de considerar todo el sufrimiento [internacional] de los dos últimos años como si fuera pura maldad”. Como la mayoría de otros economistas veía la depresión (que entonces aún estaba en su tercer año y que en los Estados Unidos duraría doce años) como un ajuste grave pero normal del ciclo económico. Por consiguiente, no le pareció algo sensiblemente distinto de lo que había sucedido en las décadas de los años 1870 y 1890. Todos los que pensaron así, incluyendo a Schumpeter, se equivocaron y entendieron mejor la diferencia en 1933 cuando la tasa de desempleo alcanzó el 25%.[15]

Al mes siguiente escribió lo siguiente a Gottfried Haberler que en aquella época estaba en la Universidad de Viena y que más tarde estaría con él en Harvard: “Me ha hecho muy feliz saber que los tiempos que corren no afectan a la actividad científica del círculo de Viena … En lo que se refiere a Alemania me resulta muy difícil formarme una opinión. Los acontecimientos recientes podrían traducirse en una catástrofe, pero también podrían implicar la salvación.”[16]

Sin embargo, en ese mismo mes de marzo de 1933 el gobierno de Hitler suspendió de su cargo a académicos judíos, socialistas, comunistas y de otros grupos. Unas semanas después los nazis destituyeron a cerca de tres mil profesores de estas categorías adscritos al sistema educativo alemán. Entre las víctimas hubo cientos de economistas incluyendo a algunos de los mejores amigos de Schumpeter.

Esta medida drástica atrajo inmediatamente su atención. En colaboración con Wesley Clair Mitchell de la Universidad de Columbia se esforzó al máximo por lanzar una campaña de rescate. Propuso la creación de una comisión con “entre seis y diez economistas de prestigio” que debían:

1. Actuar como agencia de empleo … para las víctimas del ardor

hitleriano …

2. Hacer uso de salarios temporales, becas de investigación, etcétera de grandes fundaciones y también de miembros de las comunidades hebreas estadounidenses de los que se pudiera esperar que mostraran cierta simpatía por sus semejantes …

3. Estar preparados para prestar ayuda si se diera el caso de que algunos de estos alemanes llegaran algún día [a los Estados Unidos] sin medios económicos …

Me puedo ocupar de Harvard y [sus] aledaños pero no conozco en absoluto lugares como Baltimore, Washington, San Luis, Denver, la costa del pacífico o las universidades estatales del medio oeste.

Además, para Schumpeter la situación en Alemania podía ser peor de lo que muchos creían. Un antiguo colega de Bonn acababa de escribirle y se preguntaba "durante cuánto tiempo más sería posible servir al mismo tiempo a la ciencia y a Alemania de forma honorable. Ahora bien, esta pregunta es tremendamente reveladora porque este hombre no es judío. Al contrario, es incluso un redomado antisemita. Nació en una antigua familia industrial renana y es tan conservador y nacionalista como se pueda imaginar. Pero si él empieza a sentirse incómodo es que las cosas deben verdaderamente estar un tanto turbias."[17]

Schumpeter creía que la comisión de rescate debería estar presidida por un estadounidense y solicitó a Harry Emerson Fosdick, ilustre reverendo de la iglesia de Riverside en Nueva York, que la presidiera. Fosdick rechazó la propuesta, pero Schumpeter continuó su campaña. Envió a Wesley Clair Mitchell una lista de nueve economistas judíos bloqueados que él conocía bien y cuyos logros hacían de ellos excelentes candidatos para un puesto de trabajo en cualquier parte. "Por supuesto, todos ellos quieren irse y, además, todavía está en el aire la cuestión de durante cuánto tiempo más seguirán cobrando su sueldo. Recibí una carta de [Emil] Lederer que a pesar de ser perfectamente digna mostraba una situación de desesperación y ansiedad horribles."[18]

A Alvin Hansen, un economista que entonces estaba en la Universidad de Minnesota, le recomendó al sociólogo Karl Mannheim de la Universidad de Frankfurt, que en una ocasión había intentado que contrataran en la Universidad de Bonn. "Claro que es judío", uno de los muchos "a los que el gobierno alemán está destituyendo de sus cátedras". En mayo de 1933, Schumpeter recomendó a dos economistas a Edmund Day de la Fundación Rockefeller que proporcionaba fondos a corto plazo a académicos eminentes. Schumpeter quería que Day entendiera que sus propios esfuerzos eran en nombre de "personas excepcionales" y que no deberían interpretarse como

“una actuación poco amistosa hacia el gobierno alemán”. Añadió además que “probablemente haya ya oído hablar del plan integral de Alvin Johnson”.[19]

Johnson era un economista estadounidense de cincuenta y nueve años de la New School for Social Research (la nueva escuela de investigación social) de Nueva York que él mismo había fundado en 1918 como un experimento sobre la educación de adultos. El plan de Johnson de 1933, que desarrolló en colaboración con E. R. A. Seligman de la Universidad de Columbia, era crear una “University in Exile” (universidad en el exilio) para académicos refugiados que albergaría en el seno de la New School. Schumpeter escribió a Johnson en mayo de 1933 y le dijo que él mismo había estado trabajando para aliviar la situación de los economistas alemanes. Frank Taussig ha “atraído mi atención sobre su excelente plan y, por supuesto, ahora siento que no debo interponerme en su camino siempre que haya alguna oportunidad de que su plan se materialice.” Schumpeter adjuntó a su carta la misma lista de nueve académicos que había enviado a Mitchell.[20]

Ese mismo día escribió a Mitchell que el plan Johnson-Seligman que contemplaba una remuneración de 3.000 a 4.000 dólares anuales para quince economistas durante dos años y que por lo tanto requería una financiación de 120.000 dólares podría funcionar en realidad. No obstante, “si fracasa y tenemos que empezar de nuevo no solo habremos perdido mucho tiempo sino que además algunas personas que hubieran cooperado con nosotros serán más difíciles de encarar después de haber rechazado a otro.” Al final, Johnson consiguió los fondos para su University in Exile que demostró ser una gran ayuda para varias decenas de académicos refugiados.[21]

A principios de abril de 1933 Schumpeter tuvo noticias de la situación de Berlín a través de Stolper una vez más. Con su característica perspicacia Stolper –cuya revista *Der deutsche Volkswirt* (el economista alemán) era demasiado liberal para los nazis– había hecho planes para abandonar su país tan pronto como le fuera posible. Schumpeter lo recomendó a Mitchell en su lista de nueve académicos en el puesto número uno y también escribió de parte de Stolper a Johnson de la New School, a Day de la Fundación Rockefeller y a Thomas Lamont, un destacado antiguo alumno de Harvard que era socio en el banco J. P. Morgan. Schumpeter explicó a Lamont que durante varios años Stolper “había estado luchando contra el movimiento de Hitler con todo el furor de su alma democrática. Y el gobierno de Hitler, tan pronto como había ocupado el poder, estaba tomándose su venganza” con el cierre de la revista *Der deutsche Volkswirt*. Stolper conseguiría escapar y emigrar a los Estados Unidos antes de finales de 1933.[22]

Los esfuerzos de Schumpeter para ayudar a “colegas desplazados” dieron algunos buenos frutos según escribió a Haberler. Mientras tanto prosiguió con

sus intentos por correspondencia y por conseguir financiación en Harvard. Escribió al Smith College y a Bryn Mawr para recomendar a la profesora Frieda Wunderlich, una judía cuyo "caso es todavía más difícil que el de los otros economistas que han sido despedidos ya que es una mujer y esta condición restringe en gran medida el abanico de posibles empleos que puede encontrar." Wunderlich lograría obtener un puesto en la New School. En 1934 Schumpeter recomendó a Karl Bode a la Catholic University of America, puesto que era un "ferviente católico" que había sido "uno de mis mejores alumnos" en Bonn. "Cuando el gobierno alemán actual llegó al poder por supuesto a él no le afectó ya que no es ni socialista, ni judío. Sin embargo, encontraba que el espíritu de la nueva era política era tan repulsivo y contrario a sus convicciones que se fue a Viena para continuar con sus estudios."[23]

En 1935 Schumpeter escribió al Social Science Research Council (Consejo de investigación de ciencias sociales) para insistirles en que le prestaran ayuda con otro miembro más de su círculo de Bonn: Herbert Zassenhaus. "En el curso ordinario de las cosas podría haber conseguido con extremada facilidad la ayuda de una Rockefeller Fellowship. Esto no ha sido así porque no podía mostrar una posibilidad razonable de ser designado académicamente en Alemania, lo cual es evidente que no era posible puesto que su actitud hacia el régimen existente es totalmente negativa. Sin embargo, las diversas organizaciones que ayudan a los académicos alemanes desplazados no le ayudarán porque no es en ningún caso una 'persona perseguida' (no es ni judío, ni socialista) y el hecho de que no sea objeto de una designación académica en Alemania se debe únicamente a sus convicciones."[24]

Schumpeter envió muchas cartas, pero los trabajos académicos escaseaban durante la Gran Depresión y sin una fuente de financiación independiente no podía hacer mucho más. Mitchell y Schumpeter redirigieron sus esfuerzos al programa Rockefeller que ayudaba a numerosos académicos a conseguir visas de salida y a la University in Exile de Johnson de la New School, que Schumpeter apoyó durante toda la década de los 30. Sus amigos Emil Lederer (que sería el aliado europeo fundamental de Johnson), Adolph Löwe de la Universidad de Frankfurt y algunos economistas más encontraron empleo en la New School como muchos otros académicos de otras disciplinas (ciencias políticas, psicología o musicología). A finales de esa década la guerra empezó a aproximarse y la propia Harvard finalmente se decidió a instalar un pequeño programa de becas.[25]

Un recuento cuidadoso establece que unos 221 economistas emigraron con éxito de Alemania, Austria y los territorios ocupados: 151 a los Estados Unidos, 35 a Gran Bretaña y el resto a otros países. 131 de los 221 encontraron trabajo en universidades. Un número importante de ellos no

escapó. Muchos perecieron a manos de los nazis y algunos de ellos se suicidaron.[26]

La vinculación emocional de Schumpeter a Europa nunca llegó a extinguirse y su actitud hacia su viejo hogar siguió siendo algo complicada durante el resto de su vida. A veces no parecía sentirse como un expatriado, ni siquiera como un exiliado, sino como algo peor: un hombre sin absolutamente ningún país, condenado a deambular para siempre. No sentía ningún afecto particular por Alemania y la amada Austria de su juventud había desaparecido para siempre. La mayoría de sus amigos habían dejado Viena y el otrora espléndido claustro de profesores de economía de su universidad se había degradado fuertemente, sus profesores de élite habían sido reemplazados por personas mediocres. En la década de los 30 ni siquiera quiso ir de visita a Viena.[27]

Aun así, Schumpeter de corazón era europeo y pasó en Europa casi un tercio de sus primeros tres años de Harvard (el intervalo de tiempo máximo posible dadas sus obligaciones académicas). Cada mes de junio desde 1933 hasta 1935 tan pronto como entregaba las calificaciones de los exámenes de sus estudiantes partía para “mi estancia de verano anual”. No volvía hasta finales de septiembre junto antes de que las clases de otoño empezaran. Por lo tanto, mantuvo un pie en el Viejo Mundo sin poner el otro enteramente en el Nuevo.[28]

Después de atravesar el Atlántico en barco, Schumpeter por lo general se quedaba durante una semana o dos en Gran Bretaña. Visitaba a economistas de Londres, Oxford y Cambridge y hacía siempre gala de su carácter pletórico. Lionel Robbins, un académico destacado de la London School of Economics recordaba que en 1934 Schumpeter “apareció inesperadamente procedente de los Estados Unidos en el día de la excursión anual del seminario … Era un precioso día de junio y descendimos por el Támesis desde Twickenham hasta Datchet. Todavía puedo verle ahí alegremente instalado en la proa de nuestro barco rodeado de los más entusiastas del día: Nicky Kaldor, Abba Lerner, Victor Edelberg y Ursula Hicks” (todos ellos grandes economistas). Schumpeter se encargó de ser “el organizador y maestro del grupo, con sus cuatro dedos y el pulgar de cada mano presionando los de la otra, debatiendo con urbanidad e ingenio sobre teoremas y personalidades.”[29]

Desde Inglaterra cruzaba el Canal de la Mancha hasta Ostende en Bélgica. Allí se reunía con Mia Stöckel que entonces rayaba los treinta años y seguía sin haberse casado. Con Mia al volante de un coche alquilado recorrían Francia, Italia y Suiza deleitándose con la libertad de la carretera. De vez en cuando conducían unos kilómetros por Alemania y hacían una parada en

Bonn o en la ciudad natal de Mia, Jülich. Después pasarían dos o tres semanas en alguna ciudad vacacional como Bad Kissingen en Alemania, Biarritz en la costa atlántica de Francia o Spa, en Bélgica, a unos ochenta kilómetros al suroeste de Bonn. A Schumpeter no le gustaba Spa pero creía que su salud requería que tomara las aguas allí.[30]

Durante estos viajes Mia servía a Schumpeter de compañera, de pareja de cama frecuente y como le gustaba decir a ella, de “chofer”. Como en los viejos tiempos también tomaba nota de sus dictados y mecanografiaba sus cartas y pequeños manuscritos. Schumpeter por lo general mantenía su generoso modelo de trabajo durante el verano, escribiendo artículos y recuperando sus lecturas. Rara vez se sentía capaz de trabajar de forma significativa en su libro sobre el dinero o en el de los ciclos económicos, aunque pensara mucho en estos dos proyectos y debatiera en torno a ellos con economistas británicos y europeos.

Schumpeter y Mia Stöckel en un frío día de junio en 1933 delante de la Universidad de Bonn. Después de que fuera obvio que el régimen nazi iba a ser despiadado, Schumpeter se aventuró con menos frecuencia en Alemania durante sus estancias estivales con Mia. (Créditos imágenes 14.1)

En sus estancias en Europa se evaluaba de forma todavía más severa que la que tenía por costumbre. Durante un cierto período anotó ceros durante catorce semanas consecutivas. En el verano de 1934 visitó media docena de países y más de treinta ciudades (muchas de las cuales albergaban en su seno una catedral interesante que Schumpeter dibujaría en uno de sus numerosos dibujos a lápiz). También continuaba con las anotaciones en su diario, con agradecimientos para sus *Hasen* y con detalles de sus viajes:

18-24 de junio de 1934, en Inglaterra:

¡Oh madre y esposa! ¡Gracias por todo!
Por esta hermosa semana.
Aniversario de la muerte de mamá … El lunes todavía estamos en Laconia [abordo del transatlántico]. Martes y miércoles en Londres (escuela y galería). Jueves en Oxford. De ahí el viernes y el sábado a: Winchester, Salisbury, Wiltshire y Malmesbury.

9-15 de julio de 1934:

¡Oh madre y esposa! ¡Gracias por todo!
Verdaderamente no lo merezco.
Amiens, Beauvais, Mantes, Chartres, París, Sens, Auxerre, donde estuvo Annie [en su época de criada en Francia], Vezelay …
Muchísimas cosas hermosas … Gracias, *Hasen*. Merecía la pena sin lugar a dudas. Sin embargo, todo sería mucho más completo y más provechoso si no estuviera solo. [Aunque en realidad estaba con Mia].

23 de julio-5 de agosto de 1934 [un resumen de dos semanas]:

Viaje a través de Alsacia, Sauerland, valle del río Mosela, en Bonn, y después … Kissingen. El sábado 4 empecé a trabajar en el libro sobre el dinero.

27 de agosto-2 de septiembre de 1934 [todavía en Bad Kissingen tratando de trabajar]:

Spa, algo de tenis, aunque también algo de bacará, un concierto, literatura … sin embargo toda la semana ha estado bajo el dominio del libro sobre el dinero. Cuatro veces al máximo [una evaluación de 1] pero atormentándome a mi mismo los otros tres días por el escaso resultado obtenido.

Después de 1934 Schumpeter realizó otro viaje de verano más con Mia. En aquella época su relación se había vuelto menos física y más de compañía mutua y durante toda la década mantuvieron una correspondencia intensa. La familia Stöckel y Mia siguieron siendo extremadamente importantes para Schumpeter como una especie de cuerda de salvamento que lo unía a Europa. Pero mientras tanto había conocido a otra mujer que tendría un papel fundamental en su vida.

Cuando Schumpeter conoció por primera vez a Romaine Elizabeth Boody Firuski en 1933, ella tenía treinta y cinco años y era una estudiante de un posgrado de economía de Harvard. Lizzie, como la llamaban sus amigos, había crecido en Lawrence (Massachusetts), en una ciudad situada a unos cincuenta kilómetros al norte de Cambridge (Estados Unidos). Su madre era una inmigrante sueca y su padre procedía de una próspera y antigua familia de Nueva Inglaterra. Se educó en las escuelas públicas de Lawrence (donde la conocían como Romaine Boody) y después fue a la facultad de Radcliffe College. Allí obtuvo una mención especial (Phi Beta Kappa), jugó en el equipo universitario de hockey, ejerció de historiadora de la clase y redactora en jefe de la revista de Radcliffe, *News*, y fue elegida presidenta del club socialista. En 1920 obtuvo el primer título en economía *summa cum laude* que Radcliff había dado en toda su historia.[31]

Después de pasar un año lejos de la escuela y de un viaje de tres meses por Gran Bretaña, Francia y la Escandinavia natal de su madre, Elizabeth volvió a Cambridge para empezar a estudiar un máster. Encontró un trabajo en el

Harvard Economic Service (un instituto de recopilación de datos asociado al Departamento de Economía) para autofinanciarse. Obtuvo su máster en 1925 y después pasó casi dos años en Inglaterra con una beca Whitley Travelling Fellowship de Radcliffe. Asistió a las clases de la London School of Economics y consagró muchísimas horas a tareas de investigación en el British Museum y en la Public Record Office (la Oficina del archivo público). Trabajó con paquetes de documentos oficiales del siglo XVIII para compilar un registro estadístico del comercio exterior de Inglaterra durante la época de gran expansión del Imperio británico. Al mismo tiempo aceptó un trabajo de profesor asistente en la universidad Vassar College. De enero de 1927 a junio de 1928 enseñó problemas laborales y teoría e historia económica con un salario de 2.500 dólares al año.[32]

Elizabeth estaba indecisa en cuanto a su futuro académico por lo que renunció a su trabajo en Vassar y con treinta años se casó con Maurice Firuski, un librero de Cambridge cuatro años mayor que ella. Firuski era originario de Brooklyn y tenía una tienda en Harvard Square y no tardaría en comprar una segunda librería en Salisbury (Connecticut) cerca de la frontera occidental con Massachusetts. A veces también enseñó en las escuelas públicas de Salisbury. Tenía unas propiedades en las montañas de Berkshire cerca de Taconic, una diminuta ciudad de Connecticut que no estaba muy lejos de Salisbury. El edificio principal, Windy Hill, era un refugio rural extraordinariamente agradable. En el terreno que rodeaba a la casa Elizabeth inició lo que se convertiría en un proyecto que duraría toda su vida de desarrollo y diseño paisajístico. Según lo explicaría ella misma más tarde: “De principios de 1929 a finales de 1933 fui simplemente un ama de casa que vivía en el campo en Connecticut.”[33]

Sin embargo, no tardaría en empezar a echar de menos el estímulo intelectual de Cambridge y a sentirse infeliz en su matrimonio con Firuski. Se separaron y desde marzo hasta junio de 1933 estuvo de vacaciones en Grecia e Italia. Después volvió a Cambridge y se divorció de Firuski. Ella se quedó con la propiedad de Taconic.[34]

Elizabeth volvió a Radcliffe donde ya era muy conocida entre los otros economistas de Harvard. Participó en sus seminarios, trabajó de asistente de investigación de profesores (con Schumpeter, entre otros) y retomó la redacción de su ensayo sobre el comercio exterior de Inglaterra. El director de su tesis fue Abbot Payton Usher un distinguido historiador económico de la misma edad de Schumpeter. Schumpeter terminó codirigiendo la tesis debido al propio interés que manifestó en la materia. Elizabeth obtuvo el doctorado en 1934.[35]

Schumpeter tenía cincuenta años de edad en 1933, quince años más que

Elizabeth. Pesaba unos 73 kg para una altura de unos 1,75 m (quince kilos más que cuando era joven). Ya no era tan elegantemente atractivo como antes pero su sofisticación y sus calurosas atenciones todavía atraían a muchas mujeres. Elizabeth medía unos 1,62 m y pesaba unos 57 kilos. Emocionalmente sólida y muy atractiva (en sus fotografías tiene el aspecto que hubiera podido tener Annie a los treinta años) era una combinación de una desenvoltura tranquila y de un fuerte y formidable intelecto. Como recordaba un amigo íntimo, Elizabeth "fue una erudita toda su vida, pero también toda una mujer. Sus intereses profesionales nunca disminuyeron su feminidad esencial … Era un mujer de carácter: directa y honesta, una amiga incondicional y leal".[36]

Elizabeth estuvo más cerca de ser para Schumpeter un intelectual a su altura que cualquier otra mujer de su vida romántica. Tenía una mente analítica soberbia, un estilo de redacción elegante y unas habilidades matemáticas que en algunos aspectos eran superiores a las suyas. Estaba resuelta a continuar su trabajo académico preferentemente en Harvard a pesar del sexismo flagrante que imperaba allí. De 1934 a 1937 trabajó como profesora asociada de investigación en Radcliffe y para el Bureau of International Research (Oficina de investigación internacional) de Harvard, empezó con un sueldo de 2.400 dólares al año y recibió aumentos que lo llevaron hasta los 3.000 dólares. Era más de los que algunos profesores cobraban y un muy buen salario en la época de la Depresión. Trabajó como parte del personal de la revista *Review of Economic Statistics* (Revista de estadística económica) de la que más tarde sería la editora. No era una persona adinerada, pero además de su retribución contaba con algo de dinero de su familia y del divorcio de Firuski.[37]

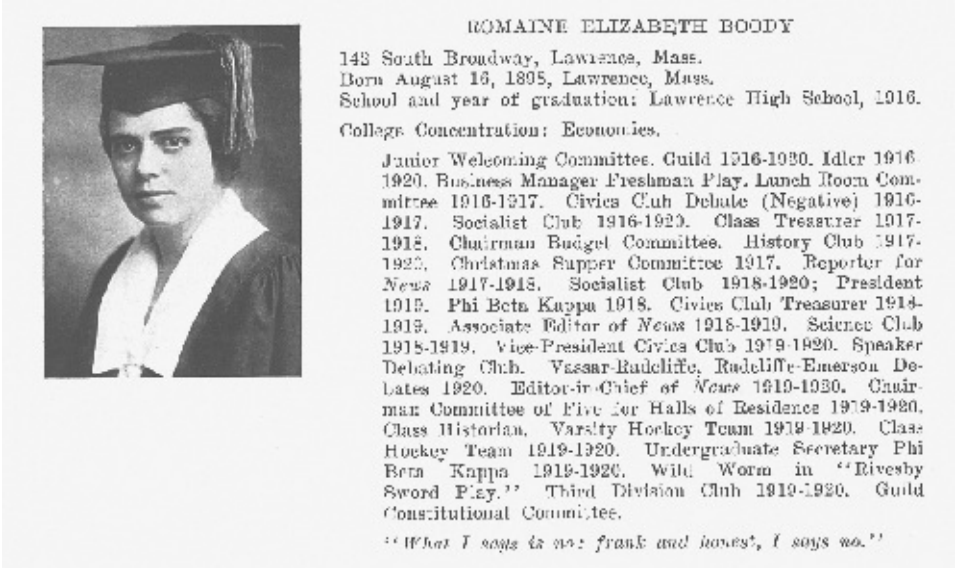
Vivía la mayor parte del tiempo en una casa cercana a Radcliffe y el resto de días los pasaba en Windy Hill, a unos 185 km al oeste de Cambridge. Trabajaba en su tesis en ambos lugares y en agosto de 1934 volvió a Londres para dedicar seis meses de investigación a algunos temas que iban más allá de su tesis. Muy pronto quedaría fascinada por el rápido desarrollo industrial de Japón, un interés que le causaría alguna pena que otra durante los siguientes años en los que las relaciones entre Estados Unidos y Japón se deterioraron.

Elizabeth cenó con Schumpeter de vez en cuando después de obtener el doctorado en 1934. Después empezarían a verse más a menudo y en 1935 se convirtieron en una pareja habitual del circuito social de Harvard. Schumpeter encontró en Windy Hill un lugar inmensamente atractivo: el escenario ideal para lograr una relajada concentración. Estaba muy preocupado por los dos libros que tenía en proyecto y cada vez era más vulnerable a cambios repentinos de humor. En la primavera de 1936 decidió no llevar a cabo un

cuarto viaje estival por Europa a pesar de las fuertes protestas de Mia. En aquella época tenía muchas citas con “E. B. F.”, como la llamaba en su diario, y pasaba muchos días y muchas noches en Windy Hill.[38]

Elizabeth no era una divorciada despreocupada sino una mujer madura, modesta y circunspecta cuyo mayor interés estaba en el mundo académico. A pesar de su belleza y de su matrimonio anterior tenía mucha menos experiencia con hombres que Schumpeter con mujeres. Estaba un tanto deslumbrada por Schumpeter, pero a diferencia de la mayoría de sus colegas masculinos en rara ocasión se dejó engañar por su aspecto exterior alegre. Al contrario, en seguida percibía su lado melancólico. Sabía que tenía un gran corazón y creía que ella le podía proporcionar el soporte emocional que de manera tan obvia necesitaba.

Elizabeth llegó a la conclusión de que Schumpeter corría el peligro de perder todo su equilibrio debido a todas las cosas que le habían sucedido. Sus anotaciones en el diario en las que se acusaba a sí mismo muestran que Elizabeth estaba en lo cierto:



ROMAINE ELIZABETH BOODY

143 South Broadway, Lawrence, Mass.
Born August 16, 1895, Lawrence, Mass.
School and year of graduation: Lawrence High School, 1916.
College Concentration: Economics.

Junior Welcoming Committee. Guild 1916-1920. Idler 1916-1920. Business Manager Freshman Play. Lunch Room Committee 1916-1917. Civics Club Debate (Negative) 1916-1917. Socialist Club 1916-1920. Class Treasurer 1917-1918. Chairman Budget Committee. History Club 1917-1920. Christmas Supper Committee 1917. Reporter for *News* 1917-1918. Socialist Club 1918-1920; President 1919. Phi Beta Kappa 1918. Civics Club Treasurer 1918-1919. Associate Editor of *News* 1918-1919. Science Club 1918-1919. Vice-President Civics Club 1919-1920. Speaker Debating Club. Vassar-Radcliffe, Radcliffe-Emerson Debates 1920. Editor-in-Chief of *News* 1919-1920. Chairman Committee of Five for Halls of Residence 1919-1920. Class Historian. Varsity Hockey Team 1919-1920. Class Hockey Team 1919-1920. Undergraduate Secretary Phi Beta Kappa 1919-1920. Wild Worm in "Rivesby Sword Play." Third Division Club 1919-1920. Guild Constitutional Committee.

"What I says is me: frank and honest, I says me."

Foto del anuario de Elizabeth Boody de la licenciatura de Radcliffe que acabó en 1920. La lista de actividades es una de las más largas de todos los estudiantes. (Créditos imágenes 14.2)

> Eres un idiota incompetente
> Se ríen de ti
> Y tienen razón
> Y no puedes defenderte
> Y a nadie le importa.[39]

En la época en que escribió estas líneas, en 1937, Elizabeth se sentía irresistiblemente atraída por él. “Eres el único hombre (junto con mi ex marido) a quien realmente he querido y conocido con todo grado de

intimidad.” Y en otra carta decía que “aunque sucumbo en muy rara ocasión, me parece que estoy cayendo profundamente.”[40]

Había tomado la resoluta decisión de casarse con Schumpeter, pero él no estaba preparado. Sabía que nunca se casaría con Mia Stöckel pero todavía era esclavo de la memoria de Annie y, de tal forma, que le resultaba difícil hacerse a la idea de comprometerse con cualquier otra mujer. Al mismo tiempo, Elizabeth le gustaba mucho hasta el punto de poder pensar en este asunto de manera racional; se daba cuenta de que sería complicado imaginar una pareja mejor. Elizabeth era una economista de profesión y podía hablar con él sobre su trabajo con conocimiento de causa. Había vivido en Cambridge ocasionalmente durante veinte años y no era una desconocida para la sociedad local de la ciudad o para la comunidad académica. Había soportado ya un matrimonio fallido por lo que no se haría ilusiones sobre las tensiones de la vida doméstica. Y era alguien que no solo le quería profundamente sino que también se daba cuenta de su grandeza académica: le había dejado bien claro que haría todo lo posible para facilitar su trabajo.[41]

El único verdadero obstáculo era su salud. Era diabética y Elizabeth no sabía si sería sensato intentar tener niños. Schumpeter no había abandonado la esperanza de ser padre desde la muerte de su hijo recién nacido en 1926, a pesar de que en aquel momento tuviera ya más de cincuenta años. Elizabeth también dejó claro que si se casaban estaba dispuesta a arriesgar su bienestar para adecuarse a sus deseos. El problema era que Schumpeter no sabía cuáles eran sus deseos. Sus evasivas, que se alargaron durante muchos meses, la pusieron en una situación extremadamente incómoda.[42]

En el verano de 1937 llegaron a un punto crítico. “Cariño,” –le escribió Elizabeth– “recuerda por favor que me has comprometido completamente y que todas las decisiones son por consiguiente automáticas. Lo que resulta *tan* difícil es sentir alguna responsabilidad sobre las decisiones. E. B. F.” En otra carta le escribió:

> ¿Soy una molestia? Si lo soy –y sospecho que eso es lo que piensas ahora-es algo de lo que te puedo responsabilizar totalmente. Fuiste tú quien me dijo una y otra vez que uno debe luchar por las cosas (o por las personas) que a uno verdaderamente le importan. Yo me sentía inclinada a pensar que en las relaciones personales el orgullo y la dignidad requerían que uno se retirara sin plantar batalla ante una apariencia de dificultad o rechazo. No deberías enfadarte mucho conmigo por seguir tu consejo y luchar …
>
> Es cierto que tus movimientos pendulares hacen que la vida sea a veces incierta y difícil, pero estas dificultades son el resultado de tu vida y tu temperamento y las acepto tal y como son …
>
> Lo que es importante es que nos queremos y que tú estás luchando contra este amor, pero no has luchado contra él sistemáticamente. Sabes que para mí no es algo liviano.[43]

Al darse cuenta de que iba a tener que forzar las cosas, Elizabeth le presentó prácticamente una serie de ultimátums. Desde Windy Hill le escribió lo siguiente:

Durante los últimos tres años te habrás dado cuenta de que no soy una persona muy feliz. Me apoyaba bastante en el orgullo y en el respeto por mí misma y ahora que ambos se han esfumado es natural que decaiga ligeramente …

Realmente es una manera de "despedirse" a menos que sientas que estás preparado para seguir las implicaciones de algunas de tus conductas y de tus conversaciones. Por favor, no te molestes en llamarme por teléfono o en escribirme a no ser que verdaderamente quieras concederme un poco de tiempo y de consideración. No espero una gran cantidad de ambos, dejaste bastante claro que esto sería inútil, pero no puede existir una verdadera amistad cuando una de las personas hace todos estos cambios.

Con todo mi amor y mis mejores deseos. Elizabeth.[44]

Como Schumpeter seguía vacilando, decidió darle una última oportunidad. En una última carta criticó abiertamente su indecisión, sus cambios de humor, su abatimiento y su hipocondría. Y esta vez no había ningún "Cariño" en el encabezamiento:

Querido J. A. S.:

No estoy enfadada pero estoy desconcertada, desanimada e infeliz. Estoy terriblemente cansada de la incertidumbre que rodea a todo. Hay dos problemas inmediatos. Uno de ellos eres tú y el otro es la casa de Taconic. [Había dos casas en la propiedad y tenía intención de vender una de ellas].

Tu comportamiento casi más difícil es la manera en que te balanceas de un lado a otro como un péndulo. Avanzas un poco, llegas hasta ti mismo y entonces te vuelves desconfiado, y vuelves hacia atrás a tu posición inicial. En el curso de este movimiento puedes llegar a ser un poco cruel como lo fuiste ayer por la noche. Y no lo digo con ninguna intención que busque la crítica o la desaprobación, sino como una constatación de un hecho.

En las condiciones actuales es más importante de lo que tú piensas para ti no defraudarme en el último minuto. Tú tomas todas las decisiones como las de dónde y cuándo vernos. No puedo hacer ninguna cosa normal como llamarte por teléfono para "hablar" un poco o acercarme a tu estudio para verte unos minutos. Tengo que esperar las órdenes del rey.

Te suavizas con mi compañía y luego te vas y tienes pensamientos oscuros. He sentido el deseo de intentar hacerte retroceder una y otra vez porque te quiero y porque me parece que casi cualquier vida sería preferible a la que llevas ahora con ese estado mental que lleva parejo. Por supuesto, es en mucha mayor medida tu mente y no tu cuerpo la que te hace sentirte tan enfermo y tan débil.

Elizabeth Boody Firuski en 1936, época en la que estaba muy enamorada de Schumpeter. (Créditos imágenes 14.3)

> No puedo seguir así. Debes comprender que esta incertidumbre añadida al resto de incertidumbres (como el trabajo, la economía, Taconic, etcétera) y la inseguridad de los últimos cinco años quizá sean demasiado incluso para una persona estable y serena.
>
> Si vas a las montañas de Big Horn [donde tenía planeado pasar unas vacaciones de verano relacionadas con una conferencia a la que se había comprometido], volverás otra vez a tu solitaria melancolía y a tu desconfianza en el futuro. Y esta vez no estaré a tu disposición cuando regreses y no seré capaz de sacarte de tu melancolía. Por mucho que te quiera no lo intentaré otra vez más.[45]

Al llegar a este punto, Schumpeter se rindió. Consintió en casarse con

Elizabeth y le dejó a su cargo todos los detalles de la boda incluyendo la elección del anillo de compromiso. Elizabeth se informó de que les resultaría más fácil casarse en Nueva York porque en ese Estado el período de espera era inferior, al menos durante un tiempo: “He sabido por el New York Times de ayer que durante dos meses más es posible hacer las cosas rápidamente.” Fue a Manhattan durante unos días para hacer las gestiones pertinentes y le escribió de nuevo para decirle que “puedes llamarme aquí cuando vuelvas de cenar. Si piensas que de madrugada estaré durmiendo profundamente es que no eres suficientemente consciente de tus propios encantos”.[46]

En Nueva York también fue a la consulta de un médico para analizar su diabetes e informó a Schumpeter de la recomendación negativa que recibió sobre la idea de tener hijos. Era algo totalmente diferente a lo que otros médicos le habían dicho. (“Me parece que se tarda mucho tiempo en saber todo lo que rodea a la vida.”) Esto supuso una decepción para Schumpeter pero no titubeó, sin duda al recordar la muerte de Annie durante el parto. Después, Elizabeth se reunió con él en Boston y unos diez días después, la mañana del 15 de agosto de 1937, viajaron en tren hasta Manhattan y reservaron una habitación en el Waldorf Astoria. Contrajeron matrimonio al día siguiente en una iglesia de la comunidad que no pertenecía a ninguna confesión religiosa concreta. Fue una pequeña ceremonia privada. Dado el estado emocional de Schumpeter (sus diarios dan a entender que estaba muy cerca de venirse abajo) casarse por tercera vez fue una de las cosas más duras que hizo en su vida. Sin embargo, resultaría ser una de las más acertadas.[47]

3

Tercera parte

El sabio, 1939-1950:
Innovación, capitalismo e historia

Prólogo
Cómo y por qué se aferró a la historia

La historia había vencido al tiempo y aparte de ella solo la eternidad lo había vencido.

Sir Walter Raleigh: ***History of the World***, **1614**.

A mediados de la década de los 30, Schumpeter ya había marcado el camino que seguiría su nuevo enfoque de la economía que integraría a la sociología. En ese momento, en vísperas de la II Guerra Mundial, la historia ocupó un lugar central tanto en el mundo en general como en el trabajo de Schumpeter. Este nuevo énfasis en la historia que recogía su pensamiento no era algo ni radical, ni abrupto, ni tampoco suponía una renuncia a sus primeras inquietudes. Había dirigido su mirada a otras disciplinas para ampliar la capacidad de la economía de comprender la enorme complejidad de la vida. En aquel momento empujaba esa amplitud de miras más lejos incluso, al asentar el estudio del capitalismo en el rico suelo de la historia.

El propio Schumpeter había soportado una gran cantidad de episodios tumultuosos de la historia y todavía quedaría atrapado en más situaciones a contracorriente. Era originario de Austria y había emigrado a los Estados Unidos desde Alemania por lo que desarrolló unos sentimientos muy contradictorios sobre los acontecimientos que sucedieron en la década de los 30 y sobre la política exterior de los Estados Unidos. Pronto se sintió alejado de sus compatriotas, cuya apatía ante las cuestiones mundiales le descorazonaba. Después, cuando los Estados Unidos se sumaron a la guerra, hizo frente al problema opuesto de la patriotería, que quizá encontró su mejor expresión en la insistencia de la nación en una “rendición incondicional” de sus enemigos. Esta idea, que a lo mejor resultaba familiar a los estadounidenses por su propia guerra civil, chocó a muchas personas de otras partes del planeta que la consideraban una doctrina nueva y potencialmente brutal.

Elizabeth Schumpeter compartía las dudas de su marido respecto al grado de acierto de determinadas políticas. Ambos asumían que solo se podría derrotar a los nazis con la ayuda de la Unión Soviética, a pesar de que ambos consideraran a los soviéticos como una amenaza a largo plazo más imponente que la amenaza de los alemanes o los japoneses. Elizabeth era una de las pocas personas de los Estados Unidos que no tenía ascendencia asiática y que tenía un conocimiento profundo de la economía japonesa y predijo con gran claridad lo que sucedería en el caso de que se produjera una guerra en el Pacífico. Desde finales de los años 30 hasta el mismo momento en que se produjo el ataque a Pearl Harbor, lanzó advertencias sobre el creciente fortalecimiento industrial de Japón. Fue autora de un libro de varios autores

sobre Japón y en numerosos artículos predijo que una guerra en el Pacífico sería un episodio largo, despiadado y en último término beneficioso para la Unión Soviética. Sin embargo, la mayoría de los estadounidenses todavía consideraban a Japón una nación débil y lejana y sus previsiones fueron desestimadas (hasta el 7 de diciembre de 1941).

Después del ataque japonés, el FBI llevó a cabo una investigación primero en torno a Elizabeth y luego en torno a Joseph por sospecha de deslealtad (a ella debido a sus escritos sobre Japón y a él, por ser un antiguo ciudadano alemán). Fueron dos de los varios miles de "sospechosos", muchos de los cuales habían huido de Europa precisamente a causa de la persecución que sufrían por parte de los nazis o de los soviéticos. Al mismo tiempo, el gobierno también internó a unos cien mil estadounidenses de ascendencia japonesa. Schumpeter y Elizabeth consideraban estas políticas incivilizadas y el bombardeo masivo sobre civiles en Japón y en Alemania (una campaña que mató a cerca de un millón de personas) poco menos que una acción de bárbaros. Su punto de vista sobre estos temas les atrajo una cierta impopularidad incluso entre algunos de sus amigos. Sin embargo, en vez de luchar contra lo que creían que eran políticas estadounidenses equivocadas, se refugiaron en el mundo académico.

Schumpeter estaba cada vez más absorto en su trabajo y ponía cada vez más atención en la historia como clave para entender no solo el capitalismo sino la vida económica en general. Este cambio se observa perfectamente en los tres grandes libros que escribió durante la década de los años 30 y 40: *Ciclos económicos*, que publicó en 1939; *Capitalismo, socialismo y democracia*, que vio la luz en 1942, e *Historia del análisis económico*, publicado póstumamente en 1954. Entre los tres libros suman un total de dos millones de palabras. Un libro normal de 300 páginas tiene alrededor de 100.000 palabras. Así que entre la década de los 30 y el momento de su fallecimiento Schumpeter produjo el equivalente a veinte libros de una extensión convencional. Durante ese mismo período también escribió unos cuarenta artículos, conferencias públicas y homenajes conmemorativos.

En casi todas estas obras, ya sean los libros, ya sean los otros escritos, tomó una perspectiva fundamentalmente histórica. Nunca abandonó su fascinación por la teoría social, las matemáticas, el derecho o las ciencias políticas. Sin embargo, en esos momentos consolidó todas esas disciplinas bajo el paraguas de la historia y de la teoría económica. El resultado fue una combinación interdisciplinar en la que desplegaba todos sus intereses, conocimientos y habilidades literarias.

Algunas veces, como sucede en *Ciclos económicos*, la combinación no funciona bien. En este libro Schumpeter intentó alojar su mensaje central

sobre la dinámica del capitalismo en un marco posible pero dudoso que tomó prestado de otros teóricos. Sin embargo, en los otros dos libros el resultado nunca deja de ser por lo menos convincente y persuasivo. El académico holandés Hendrik Wilm Lambers escribió en relación con *Capitalismo, socialismo y democracia*, que Schumpeter había logrado "la hazaña de mover cinco capas de pensamiento (la empresa, los mercados, las instituciones, los valores culturales y los líderes sociales) como si fuera un proceso dinámico entrelazado. Con una pericia incomparable ha hecho que la historia discurra por el tiempo como un único flujo."[1]

El último libro de Schumpeter también es fundamentalmente una obra histórica, como su propio título sugiere. En este enorme volumen recoge la historia intelectual de su disciplina durante más de dos mil años y en este proceso de revisión ahonda en la sociología del conocimiento en general. El economista de Chicago Jacob Viner describió el libro de Schumpeter, *Historia del análisis económico*, como "la contribución más constructiva, más original, más docta y más brillante, por mucho, que se ha realizado nunca en favor de la historia de las fases analíticas de nuestra disciplina." Algo que sigue siendo cierto en nuestros días.[2]

Hacia el final de su vida Schumpeter compuso un credo extraordinario sobre la primacía de la historia. Dejó escrito que de los tres bloques básicos sobre los que se construye la economía (la teoría, la estadística y la historia) el último de ellos "es con mucho el más importante".

> Me gustaría decir desde ya que si al empezar de nuevo mi trabajo sobre la economía me dijeran que solo podría estudiar uno de los tres, pero que podría elegir, el que elegiría sería la historia económica. Y tendría tres razones. En primer lugar, el tema del que se ocupa la economía es esencialmente un proceso único en el tiempo histórico. Nadie puede esperar entender el fenómeno económico de cualquier época, incluyendo la presente, sin tener un conocimiento profundo y adecuado de los *hechos* históricos y una cantidad apropiada de *sentido* histórico o de lo que se podría describir como *experiencia histórica*. En segundo lugar, el informe histórico no puede ser puramente económico sino que también debe reflejar inevitablemente los hechos "institucionales" que no son puramente económicos: por consiguiente, permite que se dé el mejor método para comprender el modo en que los hechos económicos y no económicos *están* relacionados unos con otros y el modo en el que las diversas ciencias sociales *deben* relacionarse entre sí. En tercer lugar, creo que la mayor parte de los errores fundamentales que se cometen actualmente en el análisis económico se deben con mayor frecuencia a una falta de experiencia histórica que a cualquier otra carestía en el bagaje del economista. [3]

La creencia de Schumpeter de que la historia era indispensable aumentó mientras escribía sus tres grandes libros, pero su desencanto con respecto a sus prójimos también siguió creciendo. Al tiempo que mantenía su apariencia exterior de buen ánimo, en ocasiones iba a la deriva desalentado por un mundo que bordeaba la desesperación. Cuanto más de cerca observaba la política y la diplomacia, más insensatez encontraba. Creía que las catástrofes de la Gran Guerra y sus horribles secuelas, que habían destruido la cultura de

su juventud, iban entonces a repetirse con la II Guerra Mundial. Tenía especial pavor al triunfo del estalinismo en Europa y predijo íntegramente la llegada de la Guerra Fría y lo que implicaría en cuanto a una militarización permanente de los Estados Unidos.

Durante los primeros años de la década de los 40 escribió en su diario cientos de "aforismos" mordaces, como los llamaba él, sobre todo tipo de temas desde la economía y la política hasta la vida académica y la naturaleza de la humanidad. Casi de una forma consciente adoptó el papel de sabio. A menudo pensó que nadie le escuchaba, pero no estaba en lo cierto. Algunos de sus escritos fueron efectivamente ignorados pero su *Capitalismo, socialismo y democracia* estaba destinado a ser una de las obras fundamentales del siglo XX para todas las disciplinas. Y la aparición de su último libro, *Historia del análisis económico*, todavía constituyó un acontecimiento destacado, un *tour de force* no solo desde el punto de vista de la economía, sino también de la historia intelectual y de la biografía.

Capítulo 15
Ciclos económicos, historia empresarial

La Historia detesta la determinación, pero no puede tolerar la casualidad.

Bernard de Voto: *The Course of Empire***, 1952**.

Durante los cinco años anteriores a su matrimonio con Elizabeth y los dos años posteriores a la boda, Schumpeter dedicó más tiempo a la investigación y redacción de su libro *Ciclos económicos* que al resto de todas sus otras obligaciones juntas. La tarea le llevó el doble de tiempo del que había previsto y Elizabeth le ayudó enormemente al mantenerle en un buen estado mental. En 1939 apareció por fin este enorme tratado en dos volúmenes que sumaban un total de 1.095 páginas.[1]

Si se mide en términos de objetivos declarados y en función de algunos otros criterios, *Ciclos económicos* fue una de las obras con menos éxito de la carrera de Schumpeter. Aun así, esta primera incursión en un período histórico cambió su pensamiento sobre el capitalismo. La prodigiosa tarea de investigación que había conllevado la escritura del libro restringía (aunque no acababa con ella) su búsqueda quijotesca de la "economía exacta". Y con sus potentes secciones narrativas, *Ciclos económicos* presagiaba el surgimiento de una historia de las empresas moderna y rigurosa, que conformaría un nuevo campo académico de la disciplina económica. El libro también sentaba unas bases extraordinariamente sólidas para la siguiente obra fundamental de Schumpeter, la brillante *Capitalismo, socialismo y democracia*.

Hoy en día los esfuerzos investigadores del calibre de *Ciclos económicos* emplean a equipos de media docena de estadistas, economistas y otros científicos sociales. Sin embargo, en los años 20 y 30 este método de organización de grandes proyectos solo empezaba a nacer y Schumpeter acometió la tarea prácticamente solo. En 1937 informó a la Comisión de investigación en Ciencias Sociales de Harvard (que ofrecía una algunos servicios mínimos de asistencia) que el esfuerzo había "resultado ser mucho más laborioso y haber llevado más tiempo del que había previsto". A principios de 1938 escribió al director del Departamento de Economía, Harold Burbank, que "estoy medio muerto y sin duda totalmente aturdido por la cantidad de horas ingente que he tenido que pasar volviendo a leer el manuscrito y retocándolo".[2]

La estructura de *Ciclos económicos* (un estudio sobre tres países que abarca toda la época capitalista) era simplemente demasiado monumental para que Schumpeter pudiera manejarla por sí mismo y al mismo tiempo continuar con sus otras responsabilidades académicas. Como le dijo a Wesley Clair Mitchell en 1937, se había comprometido a sí mismo a realizar "un análisis

inmensamente laborioso de todos los modelos históricos relacionados con el objeto de nuestro material". El proyecto amenazaba con tener unas proporciones tan grandes que "para llevar a cabo una investigación tan detallada como sería necesario que fuera tendría que tener todo un equipo de investigación trabajando para mí". A otro amigo le escribió lo siguiente: "Todavía soy un esclavo de mi manuscrito y por ejemplo, … ayer por la noche me quedé hasta las 2 de la mañana dándole vueltas a cuestiones como si las patatas fueron lo suficientemente importantes en Alemania en 1790 como para tener un papel activo en el ciclo económico."[3]

Schumpeter eligió el título de *Ciclos económicos* no solo porque el tema estaba de moda en aquel momento (era el puzzle económico de la época por excelencia y lo había sido desde antes de la Gran Depresión) sino porque también quería hacer hincapié en el flujo y reflujo económico que define al capitalismo. "Los ciclos" –escribió en el prefacio– "no son, como las amígdalas, cosas individuales que se pueden tratar por sí mismas sino que son, como los latidos del corazón, la esencia del organismo que los exterioriza."[4]

Esto es bastante cierto. Sin embargo el punto de vista de Schumpeter sobre los ciclos gira peligrosamente cerca del determinismo histórico. En su búsqueda de una disciplina económica más exacta se embarca en la tarea imposible de ajustar los modelos históricos de eclosiones y quiebras económicas a periodos oscilantes predecibles con duraciones estándar. "Salvo los escasos casos en los que surgen dificultades" –escribía– "es posible hacer un recuento, de forma histórica y estadística, de seis ciclos de Juglar [de 8 a 10 años] hasta un ciclo de Kondratieff [de 50 a 60 años] y de tres ciclos de Kitchin [40 meses] hasta un Juglar; no como una media sino para cada caso aislado".[5]

Clément Juglar, Joseph Kitchin y Nikolai Kondratieff fueron teóricos destacados de los ciclos económicos. Hay cientos de referencias a su trabajo en el texto de Schumpeter que complican extremadamente su lectura. Esta es una cita representativa: "Ambas crisis [la de 1826 y la de 1836] tuvieron lugar cuando, tomando conjuntamente las fases de Juglar y Kondratieff, debemos estar preparados para encontrar caídas importantes en los precios y valores: una recesión de Juglar sobre una depresión de Kondratieff forman el escenario de la primera, y una depresión de Juglar sobre una recuperación de Kondratieff, el escenario de la otra." Paul Samuelson comentaría más tarde que los argumentos del libro "empezaban a sonar como pamplinas pitagóricas".[6]

Schumpeter tenía sentimientos ambivalentes sobre su propio esquema de trabajo. Como le dijo a Mitchell: "Debo repetir otra vez, no sea que surjan

malentendidos, que no presento ninguna reivindicación teórica para el esquema de tres ciclos. Principalmente se trata de un mecanismo descriptivo que me parecía útil.” En el texto de *Ciclos económicos* admite que “es verdaderamente difícil observar” por qué los modelos de expansión y contracción pueden darse en tales intervalos determinados. Efectivamente es así y la propia postura de Schumpeter era cautelosa y fundada empíricamente: “Cualquiera de estos diagnósticos se mantiene y se viene abajo con las pruebas históricas sobre las que descansa”. La teoría es indispensable para entender los ciclos económicos y el propio capitalismo. Sin embargo, el análisis histórico y pormenorizado no lo es menos.[7]

Un crítico perspicaz valoró *Ciclos económicos* como “la interpretación de Schumpeter de la historia del capitalismo. Este y no otro es el verdadero objetivo del libro.” El propio Schumpeter señala que el subtítulo del libro, *Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, “traduce verdaderamente lo que he intentado hacer”. Su preocupación por la evolución de los negocios y la mención de numerosas empresas por su nombre comercial confirman que *Ciclos económicos* es un libro de historia en igual medida que lo es de economía.[8]

Aunque resulte bastante extraño, en los escritos profesionales de los economistas de aquella época las referencias a empresas reales no eran frecuentes, siendo también hoy en día prácticamente inexistentes. El análisis histórico riguroso de empresas e industrias se ha convertido en el objeto de la historia empresarial. La historia empresarial existía desde poco antes de la aparición de *Ciclos económicos*, y su práctica estaba principalmente confinada a los estudios de casos que se hacían en las clases de la Escuela de Negocios de Harvard.[9]

Por supuesto, esto no quiere decir que nadie escribiera en la prensa popular sobre negocios o sobre la historia de las empresas. En los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y algunos países más había multitud de obras sobre determinadas empresas y empresarios, pero muchas de ellas eran tan encomiadoras que llegaban a carecer de valor intelectual. En el extremo opuesto, el movimiento sensacionalista en los Estados Unidos y la tradición socialista en Europa habían producido una rica serie de polémicas que atacaban a empresas, industrias y al propio capitalismo. Los escritores estadounidenses a menudo denunciaban a empresas concretas (*History of the Standard Oil Company* de Ida Tarbell en 1904), a empresarios (*The Robber Barons* de Matthew Josephson en 1934) o a industrias enteras (*La Jungla* de Upton Sinclair en 1906 sobre la industria cárnica o *El dinero de los demás* de Louis D. Brandeis en 1914 sobre la banca). Los libros y los artículos sobre las empresas, ya estuvieran a favor o en contra de ellas, poseían cierto valor,

sobre todo un valor literario puesto que eran historias completamente narradas con tramas y personajes memorables. Sin embargo, la mayoría de los retratos los pintaban con los colores crudos del bien contra el mal y, al menos en los Estados Unidos, carecían en gran parte de una posición teórica.[10]

Por el contrario, el libro de Schumpeter, *Ciclos económicos*, estaba repleto de teoría económica y sociológica. Además, tenía la virtud adicional de contar con poderosos fragmentos históricos que completaba con personajes reales y una trama central. Schumpeter escribió poco después de finalizar esta obra que "he sido principalmente un teórico casi toda mi vida y me siento bastante incómodo al tener que predicar la fe de los historiadores. Aun así, he llegado a la conclusión de que si el aparato teórico no está complementado con unas profundas bases de la historia del proceso económico es peor que la ausencia total de teoría."[11]

La parte central de *Ciclos económicos* es una profusión de detalles sobre el florecimiento de diferentes sistemas empresariales en Gran Bretaña, Alemania y, sobre todo, en los Estados Unidos. Schumpeter se centra en las empresas de cinco industrias que lideraron el crecimiento económico: el textil del algodón, los ferrocarriles, el acero, los automóviles y la energía eléctrica. También subraya tres innovaciones institucionales que fueron fundamentales para la ascensión del capitalismo: la fábrica, la gran empresa y el sistema financiero moderno.

Empieza con el establecimiento de una teoría general de la evolución capitalista que está cerca de ser una alegoría. En este modelo, la "Innovación" recurrente propulsa la economía que existe en un estado tumultuoso continuo. Los "Hombres nuevos" o "Emprendedores" que se encargan del funcionamiento de "Nuevas empresas" mueven la Innovación. (Como muchos escritores de su época Schumpeter escribía en mayúsculas algunos de sus términos fundamentales). Todas las empresas reaccionaban "de forma adaptativa" al cambio, pero las "respuestas" creativas solo procedían de actuaciones innovadoras de los emprendedores. Sus innovaciones podían adoptar diferentes formas: por ejemplo, "el caso de una nueva materia prima", "una nueva organización como resultado de una fusión", o "la apertura de nuevos mercados". Las empresas innovadoras no surgen uniformemente en toda la economía. Al contrario, los grupos de este tipo de empresas surgen justo después de una ruptura organizativa o tecnológica de una industria particular, ya sea en la misma industria o en otras ligadas a ella.[12]

Mientras tanto, los elementos más poderosos de la sociedad se resisten a las innovaciones más importantes porque tienden a causar estragos en las estructuras existentes. El resultado es que "la historia del capitalismo está salpicada de catástrofes y rupturas violentas". No se trata de un proceso de

ajuste suave sino de algo “más parecido a una serie de explosiones”. La construcción de una vía férrea donde nada había existido anteriormente, por ejemplo, “altera todas las condiciones de localización, todos los cálculos de coste y todas las funciones de producción en todo su radio de influencia”. La innovación, por lo tanto, es algo muy parecido a una espada de doble filo.[13]

A continuación, Schumpeter dirige su atención al principal protagonista del sistema, el emprendedor (o el “Hombre nuevo”), y al necesario acompañante del emprendedor, el “Beneficio”. Admite que en ocasiones es difícil identificar al emprendedor. En el mundo de lo negocios real “nadie es continuamente un emprendedor todo el tiempo y nadie puede ser siempre un emprendedor únicamente”. En particular en las grandes empresas el emprendedor no solo innova sino que a menudo se ocupa de la gestión diaria de la empresa.[14]

Para cualquier tipo de innovación el emprendedor “puede ser la persona que provee el capital aunque no es necesario”. De todos los sistemas económicos solo el capitalismo permite a las personas ser emprendedores antes de que posean los fondos necesarios para fundar una empresa. Al final “lo que cuenta es el liderazgo más que la propiedad”. El fracaso de los economistas clásicos y de Karl Marx “a la hora de visualizar claramente la actividad empresarial como una función distinta sui géneris” (una distinción que Schumpeter había siempre entendido) era un error crucial de su análisis del capitalismo.[15]

Por supuesto, la posesión previa de capital facilita la tarea de un emprendedor y los que tienen éxito generalmente se enriquecen. Sin embargo, el registro histórico muestra sin lugar a confusión que (en los países que Schumpeter estudiaba) los emprendedores proceden de todos los grupos de ingresos y de todas las clases sociales. “La asunción del riesgo no forma parte de la función emprendedora. Quien soporta el riesgo es el capitalista. El emprendedor lo soporta solo en la medida en que … también es capitalista, no obstante, en su condición de emprendedor pierde el dinero de otros”.[16]

Después de haber estudiado minuciosamente el particular papel del emprendedor, Schumpeter señala que el beneficio empresarial es la motivación principal, “la prima que explota la innovación que logra el éxito”. Cuando los otros actores de una misma industria observan el nuevo nivel de altos beneficios, intentan imitar rápidamente esta innovación. El emprendedor intenta preservar sus altos beneficios durante tanto tiempo como le es posible, a través de patentes, de más innovación, de procedimientos secretos y de la publicidad (cada actuación es un acto de “agresión directa contra los competidores actuales y futuros”). Son formas del famoso término “destrucción creativa” que Schumpeter emplearía en *Capitalismo, socialismo*

y democracia.[17]

Por consiguiente, la intrusión de una nueva empresa en una industria existente siempre conlleva "un enfrentamiento con la 'vieja' esfera" que trata de prohibir, desacreditar o sino restringir la ventaja de la que goza la nueva empresa gracias a su innovación. Sin embargo, con independencia de lo que suceda en un caso particular, *cada* beneficio alto conseguido por un emprendedor es temporal porque los competidores copiarán la innovación y harán que los precios de mercado bajen. Esta secuencia de recorte de precios, que Schumpeter llama "*competing down*" (descenso por competencia, o banalización), se puede observar en todas las industrias excepto en aquellas que están protegidas por un monopolio gubernamental. Este proceso puede llevar varios años y a menudo es difícil que las personas contemporáneas a él lo vean. Pero de una manera u otra, este descenso por competencia siempre se produce y esa es la razón por la que Schumpeter raramente se preocupó de la fijación de precios por monopolios distintos de los que fomentaban o apoyaban los gobiernos (como había sido el caso de muchas empresas del Imperio austrohúngaro).[18]

Después de trazar este modelo básico de conducta capitalista, Schumpeter procede a inundar al lector con ejemplos históricos. Comienza con los orígenes del sistema de fábricas de Gran Bretaña, la primera gran nación que se industrializó. A finales de 1700, escribe, unos emprendedores británicos recortaron sistemáticamente sus costes de producción para poder reducir sus precios de venta. Los precios más bajos estimularon la demanda y permitieron a los productores fabricar volúmenes más grandes y distribuir sus productos de manera más amplia. A largo plazo, el nuevo sistema de fábricas floreció más allá de los sueños de los que lo propusieron. Reunía enormes cantidades de trabajadores en un solo lugar, estableció normas uniformes de calidad y dividió la producción en diferentes etapas que realizaban especialistas (todos bajo la disciplina del reloj).[19]

Schumpeter tuvo el cuidado de señalar que el sistema de fábricas introdujo una forma de producción más eficaz incluso en "viejas industrias" como la textil. El cambio del hilado y tejido en el hogar a una producción mecanizada de tela fue tan profundo que lanzó la primera revolución industrial (1760-1840). La demanda de los consumidores de telas hechas en fábricas y asequibles se convirtió en una demanda casi ilimitada. A partir de entonces los hombres podían tener en vez de una o dos camisas y uno o dos pantalones, seis o siete de cada y las mujeres en vez de algún vestido y alguna blusa una gran cantidad de vestidos y blusas. Y lo que era más importante, el nuevo tejido de algodón podía ser lavado con frecuencia, a diferencia de los tejidos de lana.[20]

El sistema de fábricas modernizó otras muchas industrias. En el caso del hierro y del acero, los hornos de mayor tamaño facilitaron “una producción a gran escala de bienes intermedios normalizados como lingotes, láminas, varillas o cables”. Las fábricas incrementaron la producción de un amplio abanico de productos: carpintería de cobre y de latón, papel hecho en molinillos “alimentados por molinos de agua … cerámica, refinerías de azúcar, … vidrio, jabón, fábricas de pólvora y evaporadoras de sal”. Las fábricas fueron el detonante de una nueva era de la vida económica de Gran Bretaña, incrementaron el nivel de vida general y proveyeron de grandes fortunas a los emprendedores.[21]

Sin embargo, el cambio no tuvo lugar fácilmente. Uno de los grandes temas de *Ciclos económicos* es la extremada dificultad de modificar formas tradicionales de hacer las cosas. En mayor medida que la mayoría de analistas, Schumpeter hacía hincapié en el hecho de que la parte destructiva de la destrucción creativa siempre ha sido muy real y subrayaba que aquellos cuyos intereses se están viendo destruidos lucharían con firmeza para preservar su cultura y su estatus. En Gran Bretaña y en cualquier otra parte, los artesanos de pequeña escala y sus gremios apreciaban más el lado artístico, comunitario y tradicional que los precios bajos, el incremento de la producción y la expansión de las exportaciones. Estas predilecciones habían existido desde hacía siglos y la única forma de cambiarlas era a través de una derrota económica arrolladora.[22]

Los intereses afianzados lucharon tenazmente contra la mecanización y el sistema de fábricas. A diferencia del inventor prusiano de un telar de cintas al que se condenó a muerte en 1957 por orden de la autoridad municipal de Danzig, “no se ahogaba necesariamente a los emprendedores” pero “no era raro que sus vidas corrieran peligro”. Los gremios artesanos de Gran Bretaña apelaron a las leyes medievales para evitar que tanto personas externas como miembros del gremio utilizaran métodos innovadores. Solicitaron reglamentaciones que proscribieran las fábricas y los dispositivos mecánicos particulares. Schumpeter menciona la ley de tejedores de 1555 y “una proclamación real de 1624 que establecía que se destruyera una nueva máquina para la fabricación de agujas”. Y al margen de lo que la ley permitiera en un momento concreto, los propios artesanos destrozaban las nuevas máquinas continuamente.[23]

La respuesta de los emprendedores británicos a menudo era la de desplazar sus fábricas lejos de ciudades dominadas por gremios. Al situar su funcionamiento en el campo podían hacerlo sin sentirse prisioneros de la represión oficial y con la ventaja de contar con una mano de obra más barata. A pesar de todo, incluso en estos lugares, en la nueva avanzadilla, los

innovadores tenían que “arreglar asuntos” con las autoridades locales. Aun así, a pesar de todos los obstáculos, en determinadas industrias estaban casi seguros de ganar a largo plazo. La producción a gran escala en fábricas ofrecía más trabajos a los trabajadores, bienes más baratos a los consumidores, una base fiscal más rica para los gobiernos y una posición dominante en el comercio exterior para Gran Bretaña. En Londres, “el mundo político titubeaba en su actitud y motivación”, pero pronto los intereses comerciales se convirtieron en una fuerza mayor de la política y en el siglo XVIII el Parlamento se había entregado a la causa en su mayor parte.”[24]

Además de innovar en la producción, los emprendedores a menudo tienen que cambiar los hábitos de consumo. Los empresarios industriales deben convencer a los reacios consumidores de que realmente *necesitan* esos nuevos productos. Aquí Schumpeter pone especial énfasis en el papel del marketing en el consumo masivo y en el propio crecimiento económico: “No bastaba con fabricar un jabón satisfactorio,” –escribió– “además había que incitar a las personas a lavar, una función social de la publicidad que a menudo no se ha apreciado adecuadamente”.[25]

Desde la perspectiva de los productores y de los inversores, el hecho de que los nuevos deseos fueran necesidades reales o no, no tenía importancia. “Las necesidades,” –decía Schumpeter– “cualesquiera que sean, nunca son otra cosa más que factores condicionantes y en muchos casos el mero producto de la acción empresarial”. Las necesidades innegables como la comida, el vestido y el alojamiento no pusieron por sí mismas “el motor capitalista en marcha”. Por esta razón “el desarrollo económico (incluyendo el consumo de capital) *nunca* ha sido manifiesto en los países que al observador pueden parecerle que son los más pródigos en necesidades”. Por lo tanto, para comprender el capitalismo el mejor consejo para los analistas es que estudien las industrias de los países más avanzados económicamente y no los del mundo subdesarrollado. Esto es exactamente lo que hizo Schumpeter en *Ciclos económicos*: sustentó su exposición de la evolución capitalista en las auténticas historias industriales de Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos.[26]

El primero de sus casos era el de la industria textil del algodón que tiene sus orígenes en la Alemania y la Suiza medievales. No obstante, la historia del algodón no es una historia de agricultores sino de emprendedores. De este modo los principales acontecimientos de la historia que relata Schumpeter suceden en Gran Bretaña, gracias a las importaciones de algodón de East India Company. Esa etapa por sí sola contribuyó al desencadenamiento de la primera revolución industrial y como es habitual, el cambio hizo frente a una feroz resistencia. En 1721 las viejas empresas que fabricaban lanas y sedas

“garantizaron, con la debida referencia al interés del trabajador inglés, una prohibición para la venta y el uso de calicó [indiana] estampado, pintado o teñido”.[27]

En aquella época había una pequeña industria del algodón de Gran Bretaña que proporcionaba hilos para la trama del urdimbre de lino de telas mixtas. En 1736, el gobierno concedió a la industria una exención de la prohibición sobre el algodón y al hacerlo suscitó una nueva demanda de hilo. Más tarde revocó toda la normativa contra el algodón en 1774 y desde entonces los fabricantes británicos pudieron hacer telas únicamente de algodón. En la década de 1780, la abundancia de innovaciones había creado el escenario propicio para un salto gigantesco en la producción. El uso de telas de algodón se extendió rápidamente e indujo “mejoras, deslocalizaciones y absorciones, copias, imitación y competencia”. Según caían los precios “llegó la verdadera avalancha de productos”.[28]

Una vez más, los artesanos tradicionales reaccionaron con violencia. Durante los primeros años los tejedores destrozaron el nuevo telar de John Kay con su lanzadera volante (como se la llamó) que había inventado en 1733. Kay se trasladó a Francia. Otros opositores rompieron muchas de las nuevas máquinas de hilar de James Hargreave (las “jennies”, patentadas en 1770). En 1792 todavía hubo otros manifestantes que acabaron con la fábrica que producía los telares mecánicos de Edmund Cartwright. Y por último, de 1811 a 1816 los célebres luditas hicieron pedazos la maquinaria textil.[29]

En su descripción de la revolución industrial (y en su investigación de la naturaleza del cambio, que es el verdadero núcleo de su tesis), Schumpeter señaló unas diferencias marcadas entre los inventores y los emprendedores y entre los inventos y las innovaciones: “La creación del invento y la materialización de la innovación correspondiente son dos cosas totalmente distintas tanto económicamente como sociológicamente.” A menudo interactúan, pero nunca son la misma cosa y las innovaciones son generalmente más importantes que los inventos.[30]

La carrera de Richard Arkwright (1732-1792) ejemplifica particularmente bien estas distinciones. Arkwright era un inventor, pero de manera más destacada era un emprendedor innovador. Antes de que desarrollara sus máquinas, que hilaban algodón más rápidamente y producían hilos más fuertes, los tejedores tenían problemas al mezclar los hilos de algodón con las fibras hechas a base de lino. Sin embargo, las innovaciones de Arkwright, que incluían su propio y emergente sistema fabril, pronto empezaron a revolucionar la industria. Otros industriales le pagaron sumas considerables por utilizar sus máquinas patentadas y él mismo tenía varias fábricas propias. No tardó en hacerse muy rico y en recibir el título de caballero. En términos

de Schumpeter, Arkwright era un Hombre Nuevo que organizó una Nueva Empresa y que cosechó unos altos Beneficios empresariales.[31]

Las múltiples innovaciones de Arkwright y su habilidad para organizar todo el sistema sobrepasaban de largo la importancia de sus inventos aislados. "Hacer las cosas," –en palabras de Schumpeter– "la verdadera creación de nuevas funciones productivas, es un fenómeno distinto." El dominó en marcha de una innovación desencadena el siguiente dominó en una serie sin fin que se difunde en todas direcciones. "Podemos ver fácilmente como cada paso condiciona otros pasos, el hilo y la tela, por ejemplo, se alternaban al provocar una nueva demanda uno del otro, que al acumularse formaba cuellos de botella cuya eliminación suscitaba a su vez el siguiente avance."[32]

La necesidad puede ser la madre de la innovación pero no la produce automáticamente. Las nuevas personas que tenían nuevas empresas (como Richard Arkwright en el textil, Josiah Wedgwood en la cerámica, James Watt y Matthew Boulton en el motor de vapor y otros muchos) tenían que "hacer las cosas". En el sector de las sedas y las lanas que había dominado previamente el mercado textil británico no se tomaron las acciones necesarias. Ambas industrias tuvieron que reorganizarse en la primera década del siglo XVIII. A pesar de todo, como señala Schumpeter, "la industria de la lana, rica y bien asentada, fue a la zaga hasta bien entrada la tercera década del siglo XIX. Aceptó el progreso bajo la presión [del algodón] y su hermana más pequeña y activa la ahogó." La industria de la seda mantuvo el tipo, pero no se expandió. Mientras tanto, la producción del sector textil del algodón simplemente explosionó, produciendo miles de millones de metros de tela para exportar a los mercados que Gran Bretaña tenía en todo el mundo.[33]

Al final, después de muchas décadas de prosperidad, la industria del algodón cayó en el sopor. Las empresas británicas habían prosperado de manera tan maravillosa que tenían pocos incentivos para seguir innovando. Hicieron de la maquina de hilar "mule-spinning" una máquina tradicional y dieron la espalda a la técnica enormemente superior del hilado de anillos. Además rechazaron la sensata idea de tener una misma empresa para hilar y para tejer telas. Durante 150 años, después de los grandes avances de Hargreaves, Cartwright y Arkwright, miles de empresas familiares se especializaron únicamente en una o dos fases del largo proceso de producción y se mostraron muy lentas a la hora de innovar. La industria declinó por "la presencia de muchas empresas de pequeño y mediano tamaño que eran ineficaces pero que no tenían capital comprometido [con deudas] y podían así continuar embarullándose indefinidamente". Schumpeter observaba que "la jenny manual y el telar manual siguieron existiendo durante la mayor parte de este período e incluso al final del mismo parece ser que había empresas que

no solo utilizaban maquinaria mecanizada anticuada sino que había algunas que no utilizaban ningún tipo de maquinaria mecanizada”.[34]

Mientras tanto, los estadounidenses ya habían iniciado sus innovaciones en la década de 1830 y habían integrado el hilado y el tejido bajo un mismo techo en fábricas gigantescas. A finales del siglo XIX los británicos empezaron a ceder terreno a empresas más eficaces de Estados Unidos y de Europa y cuando finalmente modernizaron sus fábricas ya era demasiado tarde. Tanto el auge como el declive de la industria textil del algodón de Gran Bretaña ilustran el argumento de Schumpeter casi a la perfección. La industria más importante de Gran Bretaña había descuidado las innovaciones *organizativas*, tan importantes en el esquema de Schumpeter. Por culpa de esta negligencia empresarial la industria textil del algodón pagó un precio de extrema gravedad, sobre todo en el siglo XX.[35]

En Alemania, la industria textil del algodón se benefició de los esfuerzos pioneros de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Alemania no se unificó como nación hasta 1871, un siglo después de las innovaciones más importantes de Gran Bretaña. Los alemanes no se convirtieron en líderes mundiales del textil, como lo serían más tarde en el sector químico y del equipo eléctrico. En su lugar, los empresarios textiles alemanes se contentaron con “introducir métodos que habían resultado ya un éxito en el extranjero, mecanizar los procesos mediante maquinaria parcialmente importada, crear nuevas fábricas y, sobre todo, resolver los problemas de una fábrica a gran escala”. Los alemanes eran mejores que los británicos en cuanto a la organización de su industria textil, a pesar de que contribuyeran muy poco a su tecnología mecánica.[36]

Schumpeter termina su análisis de la industria textil con el relato del auge del rayón, la primera fibra sintética del mundo. Esta historia tipifica la forma en que la innovación puede revolucionar industrias que ya se pensaba que eran “maduras”. En el caso del rayón la figura clave fue la del francés conde de Chardonnet, “un tipo muy característico de emprendedor”. A finales del siglo XIX Chardonnet estableció los procesos químicos necesarios y después abrió fábricas nuevas en Francia y en Suiza. “Se convirtió en el fundador de la industria, el Hombre Nuevo cuya estela muy pronto seguirían las huestes.”[37]

Otras personas innovadoras en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos desarrollaron rápidamente sus propios modos de producir rayón. Al final, lo que había empezado como un intento modesto de fabricar seda artificial económica creció hasta ser una gran industria que en 1924 producía trece millones de kilos de tela al año.[38]

El rayón trajo consigo un nuevo tipo de competencia en el sector textil, no

entre miles de empresas pequeñas sino entre varias grandes empresas químicas. La demanda creció muy rápido y los beneficios empresariales se dispararon al principio y unas cuantas empresas con mucho dinero se erigieron en líderes del mercado. En los Estados Unidos, después de una reestructuración de numerosas compañías, tres empresas llegaron a dominar el mercado: American Viscose, Celanese e Industrial Rayon. Cada una de ellas estaba afiliada a una empresa europea que había sido pionera en el sector del rayón, pero que no estaba capacitada para vender en el mercado estadounidense debido a la protección aduanera de los Estados Unidos.[39]

El ejemplo de innovación llevado a cabo por hombres nuevos y empresas nuevas favorito de Schumpeter era el de la industria del ferrocarril estadounidense. En la década de 1830, unos emprendedores iniciaron unas líneas férreas para poder mover materias primas de los centros de producción situados en el interior hasta los puertos marítimos. Poco tiempo después, mientras las máquinas de vapor se hacían más eficaces y las minas de carbón se desarrollaban mejor, el ferrocarril casi desplazó por completo los sistemas de canales y de peaje.[40]

El desarrollo del ferrocarril en los Estados Unidos, que empezó en la década de 1840, fue un avance de la ingeniería monumental y un hito en los Estados Unidos del desarrollo de los negocios y de la propia nación. Durante las siguientes décadas millones de inmigrantes procedentes de Europa inundaron todo el país, atraídos por la gratuidad o bajo precio de las tierras situadas a lo largo de las nuevas vías férreas. Las enormes concesiones de terreno del gobierno tanto a las compañías ferroviarias como a los colonos subsidiaron una frenética migración hacia el oeste a lo largo de todo el continente.[41]

En la década de 1890 había una inmensa red ferroviaria que conectaba todas las regiones de los Estados Unidos entre sí. Con el concurso de un medio de transporte tan barato y rápido surgió un mercado nacional unificado con una variedad sin precedentes de productos industriales y de bienes de consumo. Los fabricantes, distribuidores y vendedores al detalle podían entonces enviar y recibir los productos de forma muy rápida. Además, con la ayuda del telégrafo podían comunicarse entre ellos en cuestión de segundos o minutos.[42]

Entre tanto, la multitud de programas de construcción que realizaban los ferrocarriles estimularon a un sinfín de industrias. “Todo lo demás,” –escribía Schumpeter– “avivaba la industria del ferrocarril y era algo que esta industria creaba o bien condicionaba”. Los ferrocarriles incrementaron enormemente el uso de carbón, hierro, acero, maquinaria, lubricantes derivados del petróleo y combustibles. Crearon nuevas comunidades de todos los tamaños por todo el

subcontinente, desde pequeños cruces a nuevos centros industriales gigantescos. Chicago fue un hijo del ferrocarril como lo fueron Omaha, Fort Worth, Denver y otros miles de ciudades más pequeñas. Incluso ciudades manufactureras más arraigadas como Pittsburgh volvieron a expandirse vertiginosamente.[43]

Muy pronto el elemento de descenso de precios por la competencia, "*competing down*", golpeó a la propia industria del ferrocarril desde dentro. Bajo la intensa presión de nuevas compañías ferroviarias, algunas compañías arraigadas rebajaron drásticamente las tarifas para mercancías y pasajeros, a veces hasta niveles por debajo de sus propios costes. La actividad de construcción se ralentizó, apenas aparecieron nuevas empresas y la industria soportó una violenta reestructuración, con fusiones, refinanciación y pérdida de fortunas personales.

En este punto, el ferrocarril llegó a formar parte del "organismo" general de los negocios, como lo llama Schumpeter, con una "dependencia mutua" completa. Esta era una evolución típica del capitalismo. "Cuanto más arraigada está una innovación, más carácter de innovación pierde y en mayor medida empieza a seguir impulsos en vez de provocarlos." Las fusiones del sector ferroviario y la refinanciación tuvieron lugar "mediante luchas espectaculares entre grupos de control". La convulsión apareció ante los ojos del gran público bajo la forma de "guerras de transporte, una competencia salvaje, la discriminación y demás males de las empresas sin regular". Sin embargo, la verdadera historia fue la de "la consolidación, una administración más eficaz y unas finanzas más sólidas, por lo tanto se dio paso a la etapa final del desarrollo del ferrocarril en los Estados Unidos".[44]

Como los costes del ferrocarril requerían sumas colosales y tardaban meses o años en construirse, los emprendedores necesitaban más capital del que podían proporcionar sus propios fondos y los ingresos del negocio. Por consiguiente, la construcción fue "financiada principalmente mediante la creación de crédito". Hubo cantidades ingentes de dinero que volaron desde Gran Bretaña y Europa hasta los Estados Unidos mediante la compra de obligaciones de empresas ferroviarias y el uso de descubiertos bancarios (líneas de crédito). Algunas de estas operaciones al descubierto en Gran Bretaña se garantizaron "con una libertad y falta de atención casi increíbles". En los propios Estados Unidos la creación de crédito a menudo fue todavía más imprudente, aunque también fue extremadamente innovadora.[45]

El modelo de las finanzas del ferrocarril es un ejemplo para los inversores de los tumultuosos ciclos económicos típicos de las economías capitalistas. En la época de la depresión mundial de 1873, los altibajos del ferrocarril habían evidenciado que el proceso de "liquidación, absorción y adaptación"

(compañero frecuente de la innovación) iba a ser “un asunto inusualmente largo y doloroso”. El ferrocarril había traído consigo un nivel de financiación totalmente nuevo, en concreto a través de la emisión de acciones y obligaciones. En Estados Unidos, este movimiento dio origen al Wall Street moderno que nació en la década de 1850. En 1897 el “capital neto” de las empresas ferroviarias alcanzó los 9.168.072.000 dólares, una suma prácticamente inimaginable en aquellos días.[46]

El desarrollo del ferrocarril fue entonces para Schumpeter “el ejemplo estándar para ilustrar el funcionamiento de nuestro modelo”. Surgieron cientos de innovaciones, tanto grandes como pequeñas. Hubo grandes cantidades de dinero que pasaron de unas manos a otras, la velocidad del comercio dio un salto adelante y una vasta gama de nuevos productos llegó a los mercados nacionales. Todas estas características “se combinaron para hacer más obvios en este caso que en cualquier otro los rasgos esenciales de nuestro proceso de evolución”.[47]

Además de fomentar nuevos instrumentos de financiación, el ferrocarril estimuló el nacimiento de las sociedades mercantiles. Las sociedades mercantiles representaban una innovación organizativa vital, pero su desarrollo llevó mucho tiempo. Las primeras fueron concebidas en Inglaterra y Holanda principalmente en los siglos XVI y XVII. Servían de forma jurídica para enmarcar un propósito público particular, como la creación de municipios, universidades, gremios o empresas de comercio exterior.[48]

Sin embargo, del siglo XVII al siglo XIX la función de las sociedades mercantiles cambió gradualmente. “Implicaba una captación de ‘capital’” –escribió Schumpeter– “que se llevaba a cabo en primer lugar (incluso en el caso de East India Company) para cada proyecto individual.” De esta práctica surgió “el capital independiente e impersonal de la empresa” que no era únicamente el que habían aportado los accionistas individualmente. [49]

Mientras los negocios financiaban los proyectos de duración limitada, la vieja forma de asociación para el comercio funcionó bien. Cada participante compartía todas las cargas y todos los beneficios. Cada parte era evaluada en función de su contribución y podía ser responsable del pago de las deudas del conjunto de la asociación con sus propios activos. Este tipo de acuerdos funcionó mientras la financiación de los proyectos no excedía la suma de las fortunas personales de los socios individuales.

Sin embargo, empresas industriales como las mineras y algunas de las primeras fábricas requerían una financiación permanente más allá de los medios de los que disponía incluso un gran grupo de socios acaudalados. Los gobiernos, con objeto de apoyar la nueva realidad económica de la

industrialización, crearon entonces mediante leyes una nueva estructura que se conoció como sociedad anónima y sentaron así las bases de las sociedades mercantiles modernas. En este tipo de empresas se podían comprar y vender las acciones de la misma entre un número de inversores potencialmente ilimitado. Para que esto sucediera, decía Schumpeter, "se tuvieron que inventar dispositivos jurídicos y financieros casi del mismo modo en que se tuvo que inventar la máquina de vapor". En la mayoría de las naciones en las que las sociedades mercantiles llegaron a ser algo común, los monarcas o las asambleas legislativas las creaban de una en una mediante leyes específicas. Por lo general los certificados de constitución se concedían a inversores de empresas auspiciadas por el estado como empresas de canales y bancos, algunas de las cuales funcionaban en régimen de monopolio. En el siglo XIX las sociedades mercantiles se extendieron a otro tipo de negocios.[50]

Hoy en día las ventajas más importantes de la sociedad mercantil con respecto a la asociación siguen siendo su durabilidad (no se extingue cuando sus fundadores fallecen) y su responsabilidad limitada (el riesgo de los accionistas se restringe a sus inversiones en dicha sociedad y no al conjunto de su riqueza personal). Se produjo una mejora sustancial con la llegada del privilegio de la libertad de constitución que reemplazó al anterior sistema que requería una promulgación real o jurídica. A mediados del siglo XIX los emprendedores de Gran Bretaña, Estados Unidos y de algunos países más podían lanzar sus nuevas sociedades mediante el simple registro de las mismas en las jurisdicciones en las que operaban.[51]

La sociedad mercantil resultaría ser una innovación fundamental. Su durabilidad evitaba la liquidación forzosa de un negocio cuando uno o varios de los socios al estilo antiguo deseaba dejar de ser socio o fallecía. La responsabilidad limitada permitía que las personas participaran con mayor libertad en la economía como inversores sin correr un riesgo personal ilimitado. La separación de la propiedad y del control creaba oportunidades para gestores con talento que podían ascender en la escala empresarial y liderar grandes empresas. Al mismo tiempo, el mercado secundario de participaciones empresariales, gestionado por las bolsas de valores, permitía a los tenedores de acciones o bonos convertir sus inversiones en dinero en cualquier momento en que así lo decidieran.[52]

En la mente de Schumpeter el desarrollo del ferrocarril era el mejor ejemplo de todos del modo en que las formas mercantiles facilitaron el espíritu empresarial. "Había nuevos tipos de hombres que se involucraron [en el sector del ferrocarril], muy diferentes del tipo de los primeros emprendedores de este sector." Aunque esta tendencia ya había dado comienzo en la década de 1850, la necesidad de una nueva clase de gestores

alcanzó su punto álgido en la década de 1890. En aquel momento, escribió Schumpeter, los nuevos gestores sirvieron de "organizadores y financieros" y realizaron tareas complejas de "liquidación y reconstrucción … combinación, reunión y fusión". De los cientos de compañías ferroviarias independientes que se formaron durante el siglo XIX, la consolidación del sector alcanzó su punto culminante a principios del siglo XX con el establecimiento de diez ejes principales de varios miles de kilómetros cada uno.[53]

El ferrocarril fue el primer ejemplo verdadero de gran negocio aunque apenas fue el único. La consolidación del sistema ferroviario presagiaba otros cientos de fusiones en los sectores de fabricación, distribución o venta al detalle, además del crecimiento interno de muchas otras empresas. De 1897 a 1904 se fusionaron 4.227 empresas estadounidenses que formaron 257 entidades de gran tamaño. Muchos de sus nombres, junto con aquellos de empresas que crecieron internamente, todavía nos resultan familiares hoy en día: Goodyear, Pepsico, General Dynamics, Kellogg's, Gillette, Monsanto, 3M o Texaco. Este movimiento no hubiera tenido lugar sin la finalización de la red ferroviaria, que creó por primera vez un mercado verdaderamente nacional. A través de fusiones, adquisiciones y del crecimiento interno los emprendedores buscaron estabilizar los precios y reducir lo que sus contemporáneos llamaban "la competencia de cuello de botella".[54]

Schumpeter consideró el auge de las grandes empresas, incluyendo el movimiento de las fusiones, como una innovación de gran importancia en el campo de las finanzas y en el de la gestión, que llevaron a cabo hombres nuevos y empresas nuevas. A diferencia de los críticos sociales a los que les preocupaba el tamaño gigantesco de las nuevas empresas, Schumpeter creía que traían consigo grandes ventajas: "nuevas unidades de control, nuevos principios de gestión, nuevas posibilidades de investigación y, por lo menos al final, nuevos tipos de fábricas y de equipamiento". Facilitaban el modo "absolutamente óptimo" de comercializar nueva tecnología.[55]

Al tiempo que admitía la existencia de algunos abusos destructivos asociados con la gran empresa, Schumpeter defendía en *Ciclos económicos* que el movimiento era una etapa lógica del crecimiento de las economías industriales. Sin embargo, las empresas de reciente creación de los emprendedores siempre surgen y crecen de forma ininterrumpida al lado de las grandes empresas. Expuso, por ejemplo, el caso de un "viajante que se convierte en promotor de uniones de negocios [fusiones y adquisiciones]". Este fenómeno se le antojaba obvio a Schumpeter, puesto que ya había sucedido antes incluso de que se trasladara a los Estados Unidos. Siempre rechazó la idea de que las oportunidades de éxito de los emprendedores a través de nuevas empresas se habían disipado en un abrir y cerrar de ojos.[56]

Como siempre Schumpeter enfocó este problema desde una perspectiva amplia. Entendió por qué muchos políticos y críticos sociales protestaban contra los daños causados a artesanos del ramo, pequeños negociantes y trabajadores no cualificados. Sin embargo, para Schumpeter seguía estando claro que las innovaciones hacían avanzar las economías nacionales en su conjunto y que el progreso a largo plazo que se conseguía era mucho mayor que el dolor a corto plazo. En cuanto al gran poder político de las grandes empresas creía que la función de regular era propia principalmente de los gobiernos y no del sector privado. No obstante, como escribió en muchas de sus obras, esto requería contar con funcionarios inteligentes que ajustaran el motor del capitalismo con mano cuidadosa, para no sofocar el espíritu empresarial.

Además del ferrocarril, otro de los ejemplos favoritos de crecimiento económico de Schumpeter era el automóvil. La fabricación de automóviles combinaba muchas innovaciones: piezas intercambiables, maquinaria moderna, el motor de combustión interna y nuevas formas de producir acero. El proceso en su conjunto era “un avance puro del espíritu empresarial que daba nuevos usos no solo a recursos existentes sino que también daba nuevos usos a la tecnología existente”. Schumpeter señaló que la mayoría de los problemas tecnológicos fueron solventados en Francia y en Alemania durante la década de 1890 y principios de siglo. Sin embargo, la verdadera innovación de la automoción tuvo lugar en los Estados Unidos donde unas 322 empresas iniciaron su actividad en el sector durante los cinco años posteriores a 1902. En 1907 se vendieron un total de 8.423 unidades por unos 5,5 millones de dólares de los que quizá 1 millón de dólares serían beneficios. Entonces, en 1908, llegó el modelo T de Ford (una “cosa nueva y grande” según la define Schumpeter) que no estaba diseñado para los ricos sino para las masas. En 1925, después de solo veintidós años en el negocio, Ford había vendido doce millones de unidades del modelo T, a precios cada vez más bajos para el consumidor.[57]

Schumpeter escribe que en el ámbito de la invención de nuevas técnicas financieras la industria del automóvil fue “casi una clase aparte de por sí”. La introducción del pago a plazos por parte de General Motors creó una inmensa cantidad de crédito al convertir a los consumidores en prestatarios importantes. El pago a plazos incrementó el número de personas que podían comprar un coche por primera vez, animó a los compradores a adquirir modelos más prestigiosos y proporcionó un flujo de ingresos adicional formado por los intereses de los préstamos. Los clientes que no querían comprar “a crédito” también podían comprar su coche con el dinero que podían obtener a través de préstamos bancarios. Con tantos clientes que pedían dinero prestado y que abonaban sus deudas para poseer un coche, los

fabricantes de automóviles fueron capaces de minimizar su propia deuda. “No se puede encontrar un ejemplo mejor” –escribía Schumpeter– “para mostrar el modo en que la creación de crédito puede *ocultarse* en aras de la innovación”, es decir, el modo en que puede ser introducido de manera invisible y sutil. Las innovaciones en materia de financiación de General Motors (así como las que introdujo en el ámbito del diseño, el marketing y la organización) fueron tan importantes para la industria como la línea de ensamblaje de Ford lo había sido para la producción y permitieron a GM superar a Ford a finales de la década de 1920.[58]

En aquella época, los vehículos motorizados que apenas habían existido en 1900 se alzaron hasta la primera posición en la clasificación de empresas estadounidenses por coste de materiales adquiridos, salarios abonados y valor de los productos. Al principio habían iniciado su actividad en este sector cientos de empresas, pero a partir de 1920 la industria estuvo dominada por una pequeña cantidad de ellas. En palabras de Schumpeter, no había “absolutamente ninguna otra razón para explicar esto que la que comprende nuestra teoría de la actividad empresarial. La coincidencia de una alta mortalidad y un alto beneficio expresa de forma ideal esta situación”. La historia del automóvil muestra “el grado de realidad de la distinción fundamental que existe entre la conducta del mero hombre económico y la del emprendedor”.[59]

Los emprendedores construyeron sus imperios del coche basándose de forma significativa en los cimientos de la industria del acero, que posee su propia historia de avances tecnológicos y organizativos. Como Schumpeter pone de relieve, la clave del desarrollo de ambas industrias, la de los coches y la del acero, fue el acusado declive de precios. El cambio en la industria del acero empezó en Gran Bretaña con la introducción del proceso de Henry Bessemer de producción masiva en la década de 1850. Schumpeter alaba a Bessemer como a uno de los ejemplos más puros del espíritu empresarial en acción.[60]

Al principio, los contemporáneos de Bessemer lo consideraban un inventor. Sin embargo, era mucho más que eso. “El verdadero genio, del tipo típicamente emprendedor, estaba en ver las enormes posibilidades de un acero *barato*.” En la búsqueda de este objetivo Bessemer combinó métodos existentes con otros nuevos, después patentó su sistema y esperó a que le llegaran una avalancha de peticiones de licencias.[61]

Al recibir pocas solicitudes Bessemer inició él mismo su actividad en el campo de la fabricación de acero. Fue directamente a Sheffield que entonces era la ciudad que lideraba la industria del acero, aunque ese acero todavía no era tan económico como Bessemer sabía que podía llegar a ser. Muy pronto él

y sus seguidores empezaron a fabricar vías para la floreciente industria del ferrocarril, chapas de acero para barcos y cables de acero para la construcción de puentes. Aun así, la resistencia tradicional a la innovación de la década de 1860 junto con los precios relativamente altos de Bessemer restringieron el uso extensivo del acero que más tarde llegaría.[62]

En este punto la competencia entre el proceso de Bessemer y el método todavía más reciente de los hornos Martin-Siemens que introdujo de forma pionera William Siemens empezó a hacer aumentar la producción y a disminuir los precios. Las empresas británicas produjeron 77.500 toneladas de acero Martin-Siemens en 1873 una cifra que se dispararía hasta las 436.000 toneladas de 1882. En 1896 la producción alcanzó las 2,4 millones de toneladas, a las que había que añadir las 1,8 millones de toneladas que se producían siguiendo el proceso de Bessemer.[63]

Las innovaciones generadas por el acero barato se extendieron entonces a otras muchas industrias. Las máquinas de vapor se volvieron más robustas y eficaces y los tornos también. Los fabricantes pudieron en aquel momento permitirse el lujo de utilizar el acero en "prácticamente todas las partes del organismo económico": para fabricar vías mejores, cables y estructuras para puentes, bombas, bicicletas, grúas y marcos estructurales para edificios. Podían mejorar la calidad de los barcos mediante el uso de propulsores, quillas y planchas más fuertes. Al añadir una pequeña cantidad de estaño al acero podían retardar la oxidación y desarrollar nuevos mercados de techos de hojalata para edificios y latas para comida. También pudieron revolucionar muchas industrias (máquinas de coser, armas) a través del uso de piezas intercambiables de acero.[64]

En los Estados Unidos, la producción de acero en un principio se quedó rezagada con respecto a la británica y después, de forma muy rápida, la sobrepasó en las últimas décadas del siglo XIX. Cerca de Pittsburgh, la empresa de hierro de Andrew Carnegie construyó la planta Edgar Thomson Steel Works. Se trataba de la primera fábrica de Carnegie que utilizaba el proceso de Bessemer y, gracias a un avezado conocimiento de estrategias comerciales, la llamó así en honor de su mejor cliente, el presidente de Pennsylvania Railroad. Carnegie continuó después su expansión mediante la construcción o adquisición de acerías todavía más modernas en las cercanas poblaciones de Homestead y Duquesne. Illinois Steel, Colorado Fuel and Steel y algunas empresas más siguieron rápidamente el ejemplo de Carnegie.[65]

Todavía más importante que el acero barato fue el desarrollo de la electricidad que Schumpeter consideró una "nueva revolución industrial". Las aplicaciones empresariales de la electricidad dieron ya comienzo en la década

de 1840 con el telégrafo. Aun así, como sucede con la mayoría de novedades, transcurrió mucho tiempo y se sucedieron cientos de fases, de mayor o menor calado, antes de que la electrificación alcanzara todo su impacto. Las innovaciones fundamentales fueron la lámpara incandescente de Thomas Edison y el triunfo de la corriente alterna sobre la corriente directa que hizo posible la transmisión a larga distancia de la energía eléctrica. [66]

Las turbinas gigantescas de las cataratas del Niágara (fabricadas por empresas alemanas, dato que Schumpeter olvida mencionar) se pusieron en marcha en 1895. Las compañías hidroeléctricas de otras regiones, capitaneadas en su mayor parte por emprendedores locales, siguieron rápidamente el ejemplo: "En Nueva Inglaterra (Holyoke Water Power Company), en el Mississippi (Keokuk), en Montana (Great Falls), en el río St. Mary (Consolidated Lake Superior Company)." Muchas empresas prosperaron en la costa del Pacífico y en el sur, además de otras grandes empresas como Southern Power Company, Alabama Power Company o las plantas hidroeléctricas de Alcoa en Tennessee. Cuando estas empresas empezaron a comprar y vender corriente entre ellas, el sistema eléctrico nacional se expandió del mismo modo que la red de ferrocarril tiempo atrás.[67]

Schumpeter destacó el hecho de que "una peculiaridad esencial del funcionamiento del sistema capitalista es que impone secuencias y reglas de despliegue en momentos temporales adecuados". Casi todas las empresas que pudieron beneficiarse de la energía eléctrica en ese momento *tuvieron* que innovar, tanto si querían como si no. Schumpeter recalcó este punto repetidamente para muchas industrias distintas. La electricidad proporcionaba el calor necesario para refinar el cobre y el mineral de aluminio. Los motores eléctricos hilaban y tejían productos textiles, bombeaban aguas en las minas, serraban madera con sierras de alta velocidad y daban forma al metal con fresadoras eléctricas y estampadoras. "Para conseguir el éxito en la sociedad capitalista," –argumentaba Schumpeter–"no basta con estar en lo cierto *de manera abstracta*, hay que estar en lo cierto en momentos determinados". La mayoría de los éxitos que lograron los emprendedores procedían de su talento a la hora de aprovechar las oportunidades del momento.[68]

A pesar de escribir *Ciclos económicos* en medio de la Gran Depresión, Schumpeter concluía su historia de la electrificación con un mensaje optimista. Los nuevos usos de la electricidad estaban en todas partes: radios, neveras, teléfonos, etcétera. Ninguna industria, señalaba, había sido todavía enteramente electrificada, por no hablar de los hogares, y la electrificación de las granjas apenas había empezado.[69]

Como era costumbre en él, Schumpeter se tomó la molestia de citar las empresas que lideraban la industria. "El equipo eléctrico lo producen General

Electric y Westinghouse, además de otras muchas empresas. Algunas datan de la década de 1880 (como por ejemplo the Electric Storage Battery Company) y algunas de las más importantes están altamente especializadas (Electric Boat Company, National Carbon Company).” La industria también desarrolló un mercado a la exportación saludable: “El equipamiento de la compañía ferroviaria del metro de Londres, London Underground Railway, fue suministrado en 1897 por empresas estadounidenses.” Por supuesto, no todos los intentos del período lograron tener éxito: “No hay que olvidar que en 1914 todavía había más de 40 empresas que luchaban en la batalla perdida del automóvil eléctrico.”[70]

Schumpeter recalcaba una y otra vez que “la evolución capitalista atraía los disturbios”. “El capitalismo es esencialmente un proceso de cambio económico (endógeno).” Sin cambios “la sociedad capitalista no podría existir”. Si el motor capitalista se cala, el sistema económico se desintegraría. Y la llave que pone en marcha el motor y que lo mantiene en movimiento es la innovación: “Sin innovación, no hay emprendedores; sin los logros de los emprendedores no hay retornos sobre el capital, ni empuje capitalista. La atmósfera de las revoluciones industriales (de “progreso”) es la única atmósfera en la que el capitalismo puede sobrevivir.” De ahí que tenga que haber un cambio constante generado internamente. “En este sentido” –concluye Schumpeter– “el capitalismo estable es una contradicción en sus propios términos.”[71]

Los dos volúmenes que componen la obra *Ciclos económicos* poseen méritos extraordinarios tanto en el ámbito de la historia económica como en el de la historia empresarial. Sin embargo, al ser juzgado por el propósito de Schumpeter de explicar modelos cíclicos complejos, el libro no fue un éxito y la tibia recepción que tuvo le decepcionó amargamente. La mayoría de las reseñas fueron favorables aunque también estaban teñidas de quejas. Hans Neisser de la Universidad de Pennsylvania observó varios problemas en los argumentos de Schumpeter aunque estaba asombrado por su vasta erudición: “Siempre parecerá algo maravilloso que un libro de estas características haya podido ser escrito por una única persona”. Oscar Lange valoró que en su “intención y horizonte, el libro del profesor Schumpeter puede compararse a *El capital* de Karl Marx” y añadió que “esta comparación por mi parte debe entenderse como una gran alabanza”. En *American Historical Review*, Hans Rosenberg del Brooklyn College escribió que “este libro no puede simplemente leerse, hay que estudiarlo”.[72]

Simon Kuznets de la Wharton School de la Universidad de Pennsylvania, teórico de ciclos económicos y pionero en macroeconomía, escribió la crítica más importante en *American Economic Review*. Kuznets adoptó un tono

agradable, pero expuso un análisis largo y escéptico. Encomiaba a Schumpeter por haber escrito un “tratado monumental” que formulaba todas las preguntas pertinentes. Sin embargo, Kuznets sostuvo que Schumpeter se había alejado demasiado de la variedad de tests cuantitativos sólidos que el tema de los ciclos económicos requería. El libro contenía una gran cantidad de números, pero el tratamiento que Schumpeter les daba junto con sus numerosos ejemplos históricos parecía el de un “un diario intelectual”. Hablaba de su “viaje a través del reino de los ciclos económicos y de la evolución capitalista” y mostraba “los encuentros que tuvo con numerosas hipótesis, diversos hechos históricos y experimentos estadísticos”. Estos esfuerzos eran dignos de alabanza pero no podían sustituir a un análisis matemático riguroso.[73]

En un seminario de Harvard que habían organizado los estudiantes de Schumpeter en 1939 para debatir en torno al libro, resultó obvio que casi nadie lo había leído. Más tarde, algunos estudiantes dijeron que nunca antes habían visto a Schumpeter realmente tan furioso como lo estuvo en aquella ocasión. Uno de ellos recordaba que “durante el debate todo el mundo hablaba de Keynes [que acababa de publicar *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*] y no sobre el libro [de Schumpeter]. Así que al final dijo ‘si están de acuerdo con su contenido o no es asunto suyo pero me hubiera gustado que al menos lo hubieran leído’. Después de esto nos sentimos avergonzados y le escribimos una carta a Schumpeter.” Unos años después Schumpeter diría a su amigo Gottfried Haberler que sus razonamientos no se habían entendido bien porque “verdaderamente casi nadie ha leído mi voluminosa obra directamente”.[74]

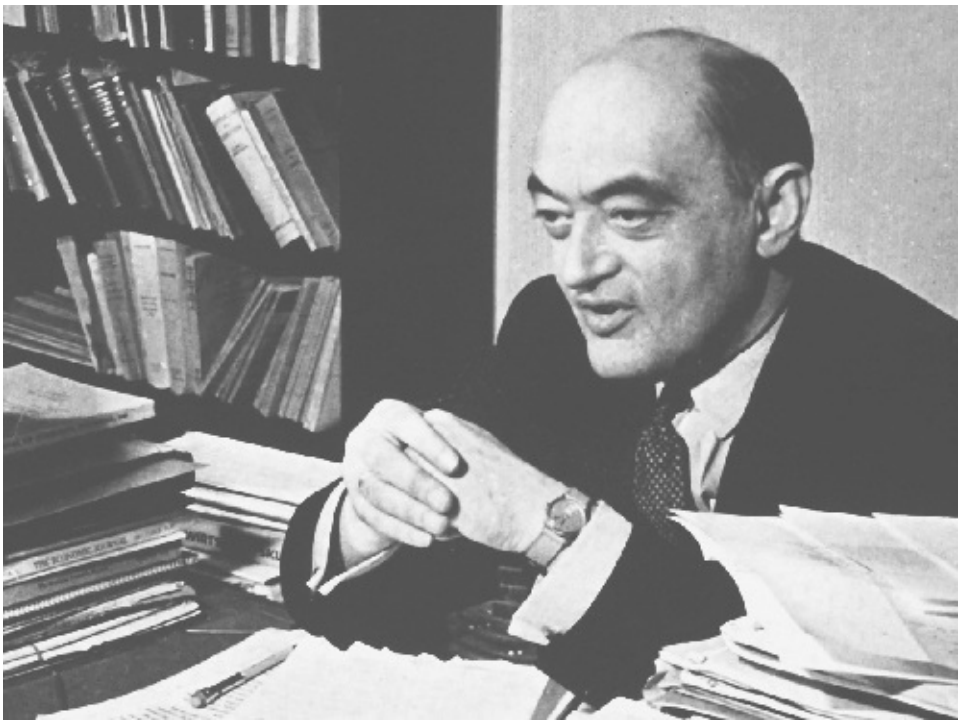
Aunque la excesiva extensión de *Ciclos económicos* era un verdadero problema, había otro problema más grave, la fútil búsqueda de Schumpeter de una economía exacta. Se tomó muchas libertades al construir sus ciclos, como ajustar sus datos numéricos para reflejar acontecimientos exteriores. Si una guerra o una calamidad natural habían interrumpido la prosperidad de un período, él seguía contando ese período como parte de un ciclo próspero. Esta alteración era, aunque fuera lógica, una situación resbaladiza que se alejaba de la exactitud. Schumpeter y otros analistas podían seleccionar sus acontecimientos exteriores pertinentes de forma arbitraria, realizar cualquier ajuste que desearan y por lo tanto provocar los datos resultantes que se ajustaran a su marco teórico pre-concebido.[75]

La idea en sí de una economía exacta, en el sentido de que pudiera tener la precisión de la física o la química, había sido un sueño imposible desde hacía mucho tiempo. El fracaso de *Ciclos económicos* representó por lo tanto una especie de punto de inflexión en la lucha intelectual de Schumpeter contra sí

mismo que había durado décadas. No abandonó su búsqueda pero su preocupación por la economía exacta disminuyó después de la publicación de *Ciclos económicos*.

Otra razón que también se puede dar para explicar la decepcionante acogida de su libro fue la inoportunidad del momento en que vio la luz. Schumpeter ya había pasado por esta experiencia anteriormente, cuando el avecinamiento de la Gran Guerra había distraído la atención de su brillante *Teoría del desarrollo económico*. En aquella ocasión publicó *Ciclos económicos* poco después de la obra fundamental de Keynes, *Teoría general*, que apareció en 1936.

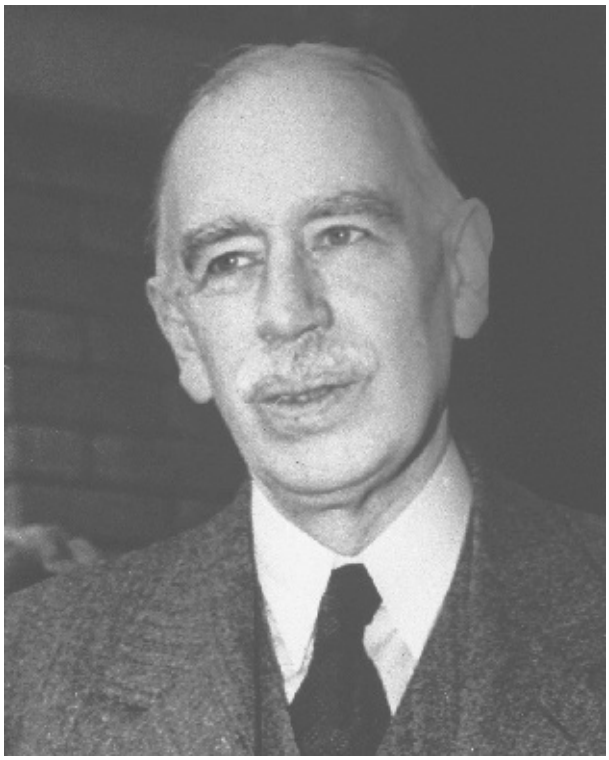
Desde 1936 hasta el final de sus días un espectro obsesionó a Joseph Schumpeter: John Maynard Keynes. Al contrario que *Ciclos económicos*, la *Teoría general* de Keynes ofrecía una nueva explicación de la Gran Depresión y trazaba una vía por la que se podía rescatar a la economía mundial. A través de un método que todo el mundo acabaría llamando macroeconomía, el enfoque de Keynes trataba los "agregados" (la cantidad total de recursos que las economías nacionales consagraban al consumo, por una parte y la inversión, por otra). En el modelo keynesiano y en otros modelos macroeconómicos los emprendedores individuales, las empresas y las industrias simplemente desaparecen del escenario. De forma reveladora, en las 403 páginas de *La teoría general* no se menciona ni una sola empresa.



15.1

Schumpeter en su despacho de Harvard poco después de la publicación de *Ciclos económicos*. (Créditos

imágenes 15.1)



15.2

John Maynard Keynes, cuya obra *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* eclipsó completamente el libro *Ciclos económicos* de Schumpeter. (Créditos imágenes 15.2)

Keynes nombra a una docena de economistas, la mayoría de ellos británicos, y expone con detalle sus ideas (a menudo con una devastadora pormenorización). Sin embargo, no menciona a Schumpeter y apenas cita a otros teóricos europeos de los ciclos económicos. No rinde un homenaje suficiente a los titanes de las grandes tradiciones económicas alemanas y austríacas: a Gustav von Schmoller, Werner Sombart, Max Weber, Arthur Spiethoff o Adolph Löwe; a Carl Menger, Friedrich von Wieser, Eugen von Böhm-Bawerk, Ludwig von Mises o Friedrich von Hayek.

Cuando apareció el libro de Keynes en 1936 muchos críticos de renombre lo valoraron negativamente. Además del propio Schumpeter, entre estos críticos estaban los académicos británicos Dennis Robertson y A. C. Pigou y los estadounidenses Frank Knight y Alvin Hansen. Jacob Viner, eminente profesor de la Universidad de Chicago, en la reseña de *La teoría general* que escribió para la revista *Quarterly Journal of Economics* alabó algunas partes del libro, pero se quejó de que “no se ha usado un término antiguo para un concepto antiguo cuando se podía acuñar uno nuevo y cuando se usan términos antiguos generalmente se le asignan nuevos significados”.[76]

Schumpeter empezaba su crítica con un toque hábil y generoso: “Aquellos

que han tenido la oportunidad de ser testigos de la expectación desatada en nuestros mejores estudiantes, la impaciencia que mostraban por el retraso con el que conseguían sus ejemplares [de *La teoría general*], el entusiasmo con el que devoraban el libro y el interés que manifestaban todos los sectores de las comunidades angloamericanas que tienen este tipo de lecturas (y algunas que no las tienen) deben antes de nada felicitar al autor de un éxito personal rotundo." A continuación exaltaba la figura de Keynes como "una de las personas más brillantes de entre todas las que han consagrado su energía a los problemas económicos".[77]

Ahí acababa la cortesía y comenzaba el ataque, casi tan fundamentado en simples celos como en el desacuerdo intelectual. Schumpeter reprochaba a Keynes que llamara a su teoría "general" cuando en realidad se aplica a una situación muy concreta: un tipo particular de economía capitalista en depresión. Y lo que es peor, bajo el disfraz de una "discusión puramente teórica" la lógica de Keynes se desplazaba de la política que favorecía a una teoría que la sustentaba. Esto, según decía Schumpeter, era algo simplemente inaceptable: una "alianza impura" que no "tiene nada que ver con la ciencia". Durante toda su obra Keynes "implora el uso de una política concreta y en cada página el fantasma de esa política observa desde el hombro del analista, enmarca sus presunciones y guía su pluma". Esta política (gastos deficitarios del gobierno durante un largo período) puede que fuera el remedio adecuado para la situación de aquella época de Gran Bretaña. Sin embargo, Schumpeter aducía que este tipo de argumento confundía los asuntos prácticos con los científicos y dividía a los economistas en grupos por preferencias políticas en vez de por competencia analítica.[78]

Se trataba de críticas justificables, pero ni Schumpeter ni la mayoría de los otros críticos reconocieron el valor que tenían una serie de ideas de Keynes que estaban destinadas a convertirse en parte del vocabulario diario de la economía: el efecto multiplicador, la propensión al consumo, la preferencia de liquidez y otras muchas. Todas ellas se prestaban a una útil matematización y tenían la apariencia (si no eran más bien una realidad) de lo que Schumpeter consideraba una economía exacta. Desechó cada una de ellas por considerarlas impuestas por necesidad, *deus ex machina*, y con ellas "hay todo un Olimpo".[79]

Por otra parte, su crítica de la distorsión que hacía Keynes de la esencia del capitalismo es totalmente válida. En primer lugar, el modo en que Keynes explica que los negocios son reacios a invertir le fuerza a restar importancia al papel de la innovación. Schumpeter se queja de que de ese modo Keynes desestima "la extraordinaria característica del capitalismo", en el que tanto la tecnología como los métodos de hacer negocios "sufren revoluciones

incesantes". En suma, "el proceso capitalista es esencialmente un proceso de cambio del tipo que se pasa por alto en este libro". Los hallazgos de Keynes pueden "aún ser de alguna utilidad para los teóricos, pero para la teoría de otro mundo, un mundo fuera de todo contacto con el hecho industrial moderno".[80]

Schumpeter fue tan crítico en su correspondencia privada como lo había sido en la reseña que había publicado aunque adoptó un tono aún más áspero. "No me cabe la menor duda de los méritos de la personalidad vital de Keynes," –escribió a Lange en Chicago– "pero lo que me cuesta tanto entender es que la gente que sabe lo que es un buen trabajo apruebe tan fácilmente un trabajo tan obviamente malo". Aunque *La teoría general* parecía representarse a sí misma como una economía exacta se malograba casi tanto en ese apartado como *Ciclos económicos*. Además, a Schumpeter le molestaba sobre todo la popularidad que Keynes tenía entre los economistas jóvenes. Al hablar a Lange de un debate en Harvard entre estudiantes y profesores sobre *La teoría general* le explicó que "no participé en absoluto precisamente porque no quería dar pie a mostrar lo que podía parecer, y quizá fuera, mezquindad y mal humor".[81]

Lo que atrajo a los lectores de *La teoría general* fue el aspecto que más ofendía a Schumpeter: su receta de una cura para la Gran Depresión. Por muy legítimas que pudieran haber sido las protestas de Schumpeter con respecto al insulto para la ciencia que suponía el libro (y de hecho muchos miembros de la comunidad universitaria acabaron con partes sustanciales del argumento de Keynes durante las cuatro décadas siguientes), naturalmente, en aquella época la mayoría de las personas se preocupaban más de cómo terminar con la Depresión que de cualquier otra cosa. Quizá Keynes no había tenido precisamente razón *in abstracto*, pero estuvo lo suficientemente cerca de estar en lo cierto en ese momento histórico concreto como para marcar la diferencia. Ofreció una buena ruta para salir de la Depresión y eso fue una contribución que tenía un valor incalculable.

A la inversa, el rechazo de Schumpeter a prescribir algún tipo de remedio redujo enormemente el atractivo de *Ciclos económicos*. El libro, un ejercicio "científico" neutral, difícilmente podía haber aparecido en un momento peor que en el albor de la era keynesiana. "No recomiendo política alguna, ni propongo ningún plan" –explica Schumpeter en el prefacio–."Sin embargo, no admito que se me condene por ello por indiferencia con respecto a la labor social de la ciencia." La necesidad acuciante no es la polémica sino el entendimiento, que es "el único servicio que el trabajador científico como tal está cualificado para prestar". Por consiguiente, *Ciclos económicos* puede "ser utilizado para llegar a conclusiones prácticas tanto de la índole más

conservadora como de la más radical". Sin embargo, la mayoría de lectores querían remedios detallados y en este apartado el contraste entre Schumpeter y Keynes era absoluto. Keynes tenía poco interés en la apreciada neutralidad de Schumpeter. En su lugar, casi siempre tenía un objetivo político específico en mente cuando se ponía a escribir.[82]

El enfoque de Keynes tomaba un camino directamente opuesto al de Schumpeter. No adoptaba una perspectiva de abajo a arriba basada en los emprendedores, las empresas y las industrias sino que aplicaba un punto de vista de arriba a abajo basado en las políticas públicas. Dos críticas de *Ciclos económicos* señalaron esta diferencia y hubo un crítico que se encargó de señalar la "postura vigorosa contra 'la corriente de pensamiento agregativo'" que mantuvo Schumpeter.[83]

Durante los siete años que invirtió en la escritura de *Ciclos económicos*, Schumpeter había probablemente esperado que este libro confirmara su estatus como uno de los mayores economistas de su época. El subtítulo del libro: *Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista* expresaba la grandiosidad de sus ambiciones. Sin embargo, además de verse eclipsado por el libro de Keynes y de fracasar en la búsqueda de Schumpeter de alcanzar la exactitud, *Ciclos económicos* tiene numerosos defectos internos. Si se leen desde el principio hasta el final los dos volúmenes se tiene la impresión de que el autor intenta introducir desesperadamente un vasto abanico de asuntos mal coordinados en una única obra.

Schumpeter había crecido leyendo tratados alemanes voluminosos que contenían frases con cientos de palabras y su verbosidad en *Ciclos económicos* contrasta con la ajustada prosa de Keynes. El libro que había hecho famoso a Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz* (1920), es un modelo de concisión y de fácil lectura. *La teoría general* es mucho más técnico y difícil pero sigue siendo también un triunfo retórico. Keynes no se aleja en ninguno de sus libros de su tema principal. Escribe con una confianza en sí mismo plena, ridiculiza los argumentos contrarios y no concede nada a los adversarios. Con una consumada habilidad conduce a los lectores hasta las conclusiones a las que quiere que lleguen, incluso cuando sus pruebas a menudo son poco sustanciosas. [84]

Nada de esto era accidental. Durante los años en que estuvo escribiendo *La teoría general*, Keynes probó sus ideas una y otra vez en su círculo de elite de la Universidad de Cambridge formado por jóvenes economistas. Incorporó muchos de sus hallazgos, sobre todo los de Richard Kahn que prácticamente inventó la idea del efecto multiplicador, tan importante en el discurso de Keynes. Al mismo tiempo, Keynes descartó algunos de sus propios razonamientos desatinados y el exceso de verborrea.

Schumpeter trabajaba prácticamente solo y nunca expuso las ideas sobre las que estaba trabajando a nadie. Necesitaba desesperadamente lo que Keynes tenía, un grupo de colegas que le dijeran: “No, eso no está muy bien”. Sin embargo no hizo nada por reunir a un grupo de este tipo. Algunos de sus colegas y estudiantes –Wassily Leontief, Paul Samuelson, James Tobin (los tres ganaron el Premio Nobel posteriormente), Gottfried Haberler o Paul Sweezy– podrían haberle ayudado. Pero Schumpeter nunca se lo pidió. Ni siquiera se lo pidió a Elizabeth, su mujer. En su lugar, continuó hundiéndose, escribiendo demasiadas palabras y publicando numerosas ideas que no había probado y manuscritos sin corregir.[85]

James Tobin recordaba que “escribió *Ciclos económicos* prácticamente solo. No reclutó a estudiantes que le ayudaran, no sugirió temas que surgieran en su propia investigación a sus estudiantes para que los utilizaran como temas de sus trabajos y no intentó exponer las ideas o los resultados de su borrador durante los seminarios. Este enorme logro fue el producto de una investigación solitaria y pone de manifiesto la grandeza académica de Schumpeter.” El método que empleaba supone otra paradoja personal más, puesto que era bien conocida su generosidad a la hora de evaluar el trabajo de sus amigos y estudiantes. No obstante, sea cual fuere el origen de ello, el carácter prolijo y caótico de *Ciclos económicos* disminuyó considerablemente su influencia en el público general y en otros economistas.[86]

En efecto, Schumpeter se comportó como si los autores no necesitaran a los editores y los científicos no tuvieran necesidad de críticas previas a la publicación. Mientras que *La teoría general* de Keynes mantiene un enfoque agudo y no contiene desacuerdo alguno, la obra de Schumpeter se desvía por todo tipo de temas tangenciales que interesaban a su autor. Con su típica picardía intelectual Schumpeter dejaba un gran espacio a opiniones discrepantes y si esto hacía que su libro fuera más difícil, pues entonces que así fuera. Schumpeter exponía en el prefacio de *Ciclos económicos*, casi con un tono desafiante, que “el lector encontrará que la estructura de la línea argumental es compleja. Ante su justificada queja no tengo nada que oponer excepto la pregunta de si esperaba algo sencillo”. Por mucho que el alcance de un autor deba exceder a su comprensión, no tiene que ser por tanto.[87]

Su enfoque se parecía al del novelista estadounidense Thomas Wolfe, otro genio indómito que más o menos durante la misma época estaba escribiendo manuscritos pesados y de enorme extensión. La mente fértil de Wolfe, como la de Schumpeter, estaba repleta de asociaciones interiores de corrientes de pensamiento que garabateaba con un lápiz en el calor de la composición. Sin embargo, Wolfe, a diferencia de Schumpeter, tenía un editor brillante: Maxwell Perkins de Scribner’s. Perkins reorganizó la gran novela de Wolfe *El*

ángel que nos mira y recortó aproximadamente una tercera parte de su longitud.[88]

Si un editor de la calidad de Perkins hubiera dedicado su competencia a *Ciclos económicos*, el libro bien podría haber colmado las ambiciones de Schumpeter. Probablemente no hubiera aparecido como una larga obra de dos volúmenes sino como tres libros totalmente distintos. La primera parte se ocuparía de deshacer el difícil esquema de los tres ciclos del texto y de publicarlo como una hipótesis provocativa de períodos de bonanza y depresión económica. Un segundo libro hubiera extraído unas 250 páginas de las 309 que la obra dedica a resumir los acontecimientos sucedidos entre la década de 1920 y la de 1930.[89]

El tercer ejemplar habría reunido los espléndidos pasajes dedicados a la evolución a largo plazo de la economía en Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, de forma más o menos parecida a la que he utilizado en este capítulo. De ese modo el libro bien podría haber sido una obra maestra, un extraordinario matrimonio entre la historia y la teoría. Entre otras contribuciones, habría señalado el nacimiento de una nueva y rigurosa sub-disciplina: la historia empresarial.[90]

Las imperfecciones de *Ciclos económicos* de la forma en que fue realmente publicado junto con el enorme éxito que tuvo Schumpeter con su siguiente obra, *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942), hicieron que la contribución de su anterior libro haya sido subestimada. Sin embargo, todavía hay una rica abundancia de conocimientos profundos de la historia empresarial en esa obra, que supone el cuerno de la abundancia para aquel lector paciente y sagaz. Además, está claro que Schumpeter nunca podría haber escrito una maravillosa secuela del calibre de *Capitalismo, socialismo y democracia* sin haber llevado a cabo una investigación tan profusa y directa como la que había realizado para *Ciclos económicos*. Sus años de trabajo intenso en ese libro supusieron un inmenso complemento a su conocimiento empírico y absorbió grandes cantidades de información sobre el funcionamiento interno de los negocios. Su inmersión en la historia de empresas e industrias le llevó hacia una comprensión poderosa y única del capitalismo moderno.

Capítulo 16
Cartas desde Europa

Trabajamos en la oscuridad, hacemos lo que podemos, damos lo que tenemos.

Henry James: ***La edad madura*****, 1893**.

Schumpeter había empezado a inquietarse cada vez más por la situación política de Alemania, que estaba en continuo deterioro antes incluso de escribir *Ciclos económicos*. Había muchos asuntos por los que preocuparse como mostraban las numerosas cartas que recibía de Mia Stöckel. Los problemas tampoco se reducían a Alemania. Muchas de las otras nuevas repúblicas democráticas que se habían creado con tantas esperanzas tras la Gran Guerra habían empezado a debilitarse y a desmenuzarse. Lo que a los diseñadores del Tratado de Versalles les había parecido un programa universal de pluralismo democrático se convirtió, en la práctica, en un modelo de parlamentos incapaces de gobernar.[1]

Durante los veinte años que separaron al Tratado de Versalles de 1919 de la publicación de *Ciclos económicos* los sistemas políticos de más de una docena de países europeos experimentaron dos cambios profundos: primero hacia la democracia parlamentaria y después hacia el autoritarismo, que a menudo pasó a ser una dictadura en toda regla. Antes de la Gran Guerra solo había tres repúblicas en Europa (Suiza, Francia y Portugal) en comparación con las diecisiete monarquías, que incluían los imperios de los Habsburgo en Austria y Hungría, el de los Romanov en Rusia y el de los Hohenzollern en Alemania, además del régimen otomano de Turquía. Cada una de estas dinastías había gobernado territorios inmensos, en algunas regiones durante siglos. Sin embargo, en 1919, en un breve lapso de tiempo de cinco años, todos estos regímenes se esfumaron hasta convertirse en meras reliquias históricas.

El cambio de la posguerra de un gobierno imperial a un gobierno republicano, en el que participó el propio Schumpeter en calidad de ministro de Hacienda de Austria, tuvo también lugar en muchos otros países. A principios de la década de 1920 había en Europa trece repúblicas y trece reinos; la mayoría de los reinos eran monarquías constitucionales con una amplia política de sufragio, parlamentos electos y derechos ampliados para los ciudadanos. En general este cambio supuso un gigantesco paso adelante para la democracia.

Sin embargo, en un enorme país como la Unión Soviética, los bolcheviques revolucionarios habían instalado un régimen totalitario y de corte izquierdista que ninguna nación europea, ya fuera grande o pequeña, podía ignorar. Muchos hombres de estado miraban al este con un sentimiento de pavor y

muchos intelectuales de izquierda miraban con euforia. Los partidos comunistas activos prosperaron en Alemania, Polonia, Francia, Italia y otros países y pareció surgir una competencia a largo plazo entre el capitalismo y el comunismo. Esta situación dejaba a Schumpeter consternado, que veía en el comunismo de los soviéticos (y en la propia Rusia con independencia de su forma de gobierno) una nefasta amenaza para la estabilidad mundial.[2]

El fascismo también había entrado en escena durante la década de 1920, alimentado por los miedos al comunismo y por la aparente inutilidad de los sistemas parlamentarios. En muchas constituciones nacionales del período posterior al Tratado de Versalles la representación proporcional había multiplicado el número de partidos políticos involucrados en el gobierno y casi nunca hubo un partido que tuviera una mayoría de escaños. En estas condiciones fragmentarias algunos parlamentos empezaron a parecerse más al Parlamento austrohúngaro que había descrito Mark Twain en 1897, que al sistema de dos o tres partidos de Gran Bretaña, Canadá o Estados Unidos. Esto no solo era cierto para la República de Weimar de Alemania, en la que dieciséis partidos obtuvieron escaños en 1930 (incluyendo a uno llamado el partido de la renovación espiritual), sino que también era el caso de los parlamentos de Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Letonia y Estonia, algunos de los cuales tenía veinte partidos o más. El resultado era unas coaliciones inestables y una parálisis electoral. En Alemania y en Austria, el término medio que duró un gabinete de gobierno fue de ocho meses, en Italia, cinco, y en España, cuatro.[3]

Ante tales circunstancias a los gobiernos les llegó a resultar muy difícil conseguir hacer cualquier cosa. El descontento crecía en la población y el control empezó a gravitar sobre los hombres fuertes nacionalistas. En un augurio de lo que estaba por venir, Benito Mussolini fue nombrado primer ministro de Italia en 1922 y amplió sus poderes hasta llegar a la dictadura en 1925. Mussolini proclamó la necesidad de una disciplina estricta y declaró que “el fascismo rechaza la mentira convencional de la igualdad política de la democracia … Este siglo es el siglo de la autoridad, un siglo de la derecha, un siglo fascista”. Mussolini pronto “hizo que los trenes circularan a la hora”, una frase que se convertiría en un cliché internacional. Su eficiencia aparente le granjeó el tributo de figuras públicas prominentes de todo el mundo, incluyendo a británicos y estadounidenses.[4]

Más de una decena de países se orientaron hacia la derecha autoritaria: Italia en 1922, España, Bulgaria y Turquía en 1923, Albania en 1925, Portugal, Polonia y Lituana en 1926, Yugoslavia en 1929, Alemania en 1930 (donde el parlamento iba a la deriva, a una parálisis, y el nuevo canciller de derechas tuvo que apoyarse en los decretos de emergencia estipulados en el

artículo 48 de la constitución de Weimar), Austria en 1933 y Letonia y Estonia en 1934. Solo Suiza, los países escandinavos y el Benelux parecieron ser inmunes a esta tendencia.[5]

En 1937 los dictadores gobernaban abiertamente en muchos países con grados de brutalidad variables. Stalin en la U.R.S.S., Hitler en Alemania, Mussolini en Italia, Franco en España, Salazar en Portugal, Horthy en Hungría, Metaxas en Grecia, etcétera. Durante este mismo período, gran parte de América Latina también estaba bajo el poder de los dictadores: Batista en Cuba, Vargas en Brasil, Somoza en Nicaragua, Trujillo en la República Dominicana, Ubico en Guatemala, Hernández en El Salvador, Carias en Honduras y Contreras en Venezuela. En 1943 el fascista Juan Perón se hizo con el poder en Argentina.

Incluso las grandes democracias parlamentarias mostraron signos de inestabilidad durante la década de 1930 y una ceguera absoluta ante la nueva realidad. Los hombres de estado británicos, que temían otra guerra europea, mostraron una actitud vacilante sobre Alemania y la Unión Soviética. En Francia el mandato del gabinete de gobierno, que nunca había durado mucho tiempo desde la proclamación de la constitución de la III República en la década de 1870, se redujo entonces hasta una media de cuatro meses. Entre 1931 y 1939 hubo veintitantos gobiernos en el poder en Francia. Mientras tanto, la Gran Depresión seguía estando ahí como un tiempo estacionario de lluvia y oscuridad constante. En sus políticas económicas casi todos los países dieron un paso atrás, con estrategias de rearme, de ajuste de sus monedas y de promulgación de barreras arancelarias contra el “mendigo de tu vecino”. El comercio internacional se hundió a uno de los niveles más bajos que había habido en muchas generaciones durante épocas de paz.[6]

Para disgusto de las democracias capitalistas, las nuevas dictaduras (tanto de izquierdas como de derechas) parecían estar funcionando mucho mejor que ellas mismas al reintegrar a las personas al mercado de trabajo. Cuando Hitler llegó al poder en enero de 1933 había más de seis millones de alemanes en situación de desempleo (una tercera parte de la población activa del país aproximadamente). En dos años esa cifra cayó hasta los tres millones y en seis años a solo trescientos mil, una vigésima parte de la cifra de 1933. El resurgir económico de Alemania se debía en parte a la recuperación empresarial que había empezado antes del nombramiento de Hitler, pero le debía mucho más a las vastas obras públicas que financió el régimen nazi y aún más a la movilización para la guerra.[7]

Durante la segunda mitad de la década de 1930 Schumpeter llegó a estar tan inmerso en la redacción de *Ciclos económicos* y en su cambiante relación con Elizabeth que la atención usual que dedicaba a los asuntos mundiales

empezó a disiparse. A partir de 1935 interrumpió sus vacaciones de verano anuales en Europa, en parte debido al caos político existente. Rara vez escuchaba la radio aunque sí leía “muchas noticias inquietantes”. La mayoría de las noticias que tenía procedían de informes de primera mano de sus amigos europeos.[8]

Entre estas amistades la más importante, con diferencia, era la de Mia Stöckel que desde que Schumpeter dejó Bonn en 1932 le escribió largas cartas semanalmente durante casi una década. Antes de su marcha Mia había vivido con Schumpeter durante unos tres años en total, sin contar sus períodos de profesor visitante en Harvard. Después de que se trasladara a los Estados Unidos para siempre, Mia pasó tres veranos más de viaje con él por Europa occidental con visitas cada vez menos frecuentes a Alemania ya que el régimen nazi se volvió más restrictivo. Entre los muchos papeles de Mia (secretaria, conductora, confidente, amante y encargada de cuidar la tumba de Annie) también estaba la de ocuparse de la mansión con vistas al Rin y de los asuntos europeos de Schumpeter. Después de la marcha definitiva de Schumpeter en 1932, Mia alquiló la casa a un abogado berlinés.

Mia tenía un hermano, Otto, y dos hermanas, Toni y Treschen. Una de las tres hermanas o su padre, que también se llamaba Otto, se encargaron de colocar flores en la tumba de Annie varias veces al año durante veintidós años y de abonar el importe del alquiler al cementerio. Los miembros de esa familia mantuvieron correspondencia con él hasta la muerte de Schumpeter. Los Stöckel representaban su conexión vital con Europa y junto con los Taussig en Cambridge eran la relación familiar más importante que había tenido hasta su matrimonio con Elizabeth en 1937.[9]

Desde 1927 hasta 1949 Schumpeter envió una cantidad innumerable de regalos a los Stöckel, generalmente se trataba de dinero y, a veces, de grandes sumas. Obró de igual forma con los miembros de la familia Reisinger en Viena. En la década de 1920 les había dado la mayoría de los muebles del piso de Johanna y durante una parte de la década de 1930 envió 200 marcos al mes a la madre de Annie. El importe equivalente hoy en día sería de unos 7.000 a 8.000 dólares al año.[10]

En cuanto a Mia Stöckel, Schumpeter le financió varios cursos en Grenoble, Francia, donde estudió literatura francesa. También le proporcionó una generosa asignación mensual que a ella le gustaba llamar “la propina”. Compró muebles nuevos para los Stöckel y les dio los suyos propios de su casa de Bonn. Un año tras otro les envió ropa y les pagó la mayor parte de sus facturas médicas (para la apendicitis de Mia, las anginas de Toni, las varias enfermedades que sufrió Treschen y la radioterapia de su madre durante su batalla contra el cáncer). Cuando la señora Stöc-kel perdió esta batalla,

Schumpeter sufragó los gastos de su tumba. Envió sumas generosas como regalo de bodas para los matrimonios de Treschen en 1934, de Mia en 1936 y de Toni en 1939. En moneda corriente actual el regalo de la boda de Mia serían más de 6.000 dólares. Durante la II Guerra Mundial y después de ésta envió fondos y paquetes de ayuda de CARE para los Stöckel que habían sobrevivido a la guerra.[11]

En cierto modo Schumpeter llegó a ser un miembro de la familia Stöc-kel. A excepción de sus *Hasen,* Schumpeter nunca había tenido relación con una verdadera familia propia y se comportó con los Stöckel como un yerno atento y generoso. Escribió cientos de cartas a Mia a la que le dijo cosas que aparentemente nunca dijo a nadie más. Schumpeter recibió un número de cartas de Mia todavía mayor y también de algunas de sus hermanas. En Harvard cortaba en cuadraditos casi toda la correspondencia que recibía sobre los que escribía sus propias anotaciones. Sin embargo, guardó todas las cartas que recibió de los Stöckel. Las cartas que él escribió no sobrevivieron a la guerra, ni tampoco su biblioteca, sus apuntes personales de Europa o las notas de recuerdo que escribió de Annie y de Johanna, que estaban almacenados en la casa de los Stöckel en Jülich. En noviembre de 1944 los bombarderos de las fuerzas aéreas estadounidenses arrasaron la ciudad, que estaba a solo quince kilómetros de la frontera con Bélgica.

Las vicisitudes de la familia Stöckel proporcionan un retrato en miniatura de las agitaciones que sacudieron a millones de ciudadanos de toda Europa durante las décadas de 1930 y 1940. Como muchos otros alemanes, Mia y otros miembros de su familia (no todos) recibieron inicialmente con agrado el ascenso al poder de Hitler. Tenían esperanzas en que su país podría de algún modo librarse del yugo de Versalles y recuperar su dignidad y prosperidad. La rápida condenación del mundo no solo de Hitler sino también del pueblo alemán irritó a Mia e incrementó sus prejuicios contra los judíos. En una carta a Schumpeter describía un acontecimiento social que “podía haberte convertido a ti en antisemita para siempre”.[12]

Sin embargo, Mia no tardaría en empezar a ver las realidades represivas de la vida bajo el gobierno de los nazis. En 1934 se dio cuenta de que las cartas de Schumpeter procedentes de Estados Unidos habían sido abiertas y presumiblemente leídas por agentes del gobierno. A Mia le preocupaba que los artículos que Schumpeter había publicado en las revistas alemanas pudieran causarle problemas si volvía e incluso provocar su detención. Durante el tercer y cuarto trimestre que estudió en Grenoble Mia empezó a sentirse reacia a abandonar Francia y volver a Alemania. Según avanzaba la década tenía más claro que el futuro estaba lleno de peligros. Los comentarios antisemitas que habían aparecido en una ocasión en sus cartas dieron paso a

sentimientos de aprensión y quejas del régimen de Hitler.

Mia y Schumpeter no tenían una relación sencilla. Había empezado siendo su secretaria académica y podía haber sido una de las muchas mujeres con las que Schumpeter tuvo relaciones. Sin embargo, su relación se hizo mucho más íntima. Cuando se conocieron Schumpeter tenía el doble de edad que Mia y en sus cartas se dirigía a él con el diminutivo alemán de *Vater* (padre) que se podía traducir mejor como "papi". A ella misma se llamaba *Mädi*, un diminutivo intraducible de *Mädchen* (muchacha). Estaba apasionadamente enamorada de él, fascinada por la importancia académica de esta estrella y, según pasaron los años, se volvió dependiente de su apoyo económico.

Para el propio Schumpeter Mia pasó gradualmente a representar algo menos que una compañera de cama para ser un vínculo continuo con la europea Bonn y (aunque sea bastante extraño) con la memoria de Annie. De vez en cuando, cual Hamlet, se referiría vagamente a algún tipo de futuro que Mia y él podrían compartir en Europa. A principios de la década de 1930 dejó entrever que dejaría Harvard después de unos años o en cualquier caso después de los quince años necesarios para poder solicitar una pensión. Sin embargo, en 1936 Mia se dio cuenta de que Schumpeter quizá nunca volvería a vivir en Europa y de que no era probable que se casara con ella y la llevara a los Estados Unidos. Así que en diciembre de aquel año se casó con un joven economista serbio llamado Stojan Bicanski que había conocido en Grenoble. Stojan trabajaba para el gobierno yugoslavo y después de su matrimonio los dos se mudaron a Novi Sad, una ciudad de tamaño medio de Yugoslavia situada a orillas del Danubio y a algo más de veinte kilómetros al sur de la frontera con Hungría.

La relación de Schumpeter con Mia y su familia se ilustra intensamente en las largas cartas, a menudo muy íntimas, que Mia le enviaba antes y después de su boda. Las cartas de Mia describen ese microcosmos y narran la épica tragedia de Europa durante las décadas de 1930 y 1940 desde una conmovedora primera línea. Nunca antes han sido traducidas y publicadas y ofrecen una información sobre la vida y el carácter de Schumpeter que no proporciona ninguna otra fuente. Por esta razón merece la pena citar breves extractos de las mismas de todo ese período de diez años que abarcan.[13]

> *9 de noviembre de 1932, Jülich*. Una carta tuya significa para mí lo mismo que una primavera para el viajero sediento … Tus palabras sobre nuestro futuro en casa me hacen infinitamente feliz.
>
> *3 de diciembre de 1932, Jülich*. Hoy han nombrado [canciller] a [el general] Schleicher. La situación se vuelve cada día más colorista y al final tenderemos a Hitler o a Heil Moscú. [Schleicher duró en su cargo dos meses y Hitler fue nombrado canciller el 31 de enero de 1933].[14]
>
> *8 de diciembre de 1932, Jülich*. El celo por tu trabajo es mayor del que a mí me gustaría que tuvieras y me preocupa. Los estadounidenses te exprimen como a un limón y deberías poner

freno a esta situación. Demasiadas clases … ¿todavía no has aprendido a decir no?

15 de marzo de 1933, La Tronche [en el sur de Francia donde Mia había empezado sus estudios de francés en Grenoble]. Recibí justamente ayer tu última carta con aquella frase perturbadora: "Espero que no haya una guerra entre Francia y Alemania antes de que nos vayamos a ver otra vez." Querido Jozsi, ¿en serio crees que algo así puede suceder?

5 de abril de 1933, Zürs. Hitler parece haber conseguido ya grandes cosas. Madre ha escrito sobre los trabajos que han surgido con el ferrocarril y la creación de grandes fábricas.

9 de abril de 1933, Zürs. Así que los judíos no pueden irse al extranjero para poder vivir allí en paz con sus posesiones, les han retirado sus pasaportes. Todo el que quiera ir al extranjero necesita un visado, incluidos los que no son judíos.

14 de abril de 1933, Jülich. La paz y el orden reinan en todas partes, finalmente hay una disciplina férrea entre los jóvenes. Las cosas están siendo controladas con determinación y firmeza. Ya hay 90.000 personas que trabajan en el ferrocarril.

29 de abril de 1933, Jülich. No sabía que el *Volkswirt* [la revista de Gustav Stolper] había sido prohibido. Lo siento … Por cierto, no me sorprende oír ciertas cosas de ti, así que me gustaría contarte todas las noticias … Jozsi, por favor, no te eches a tus espaldas a esos judíos [se refería a la campaña de Schumpeter para rescatar a profesores destituidos por los nazis]. Encógete de hombros con lástima, qué tiene esto que ver contigo … Jozsi no lo sé, en realidad estoy contenta de que no hayas estado aquí durante esta transformación. Casi me gustaría llamarlo ansiedad, incluso podrías estar en alguna lista negra por algún artículo que esa gente no entendiera. ¡Piensa en el artículo sobre Lloyd![15]

21 de septiembre de 1933, Oxford. En el fondo de mi corazón no estoy a favor de Hitler, nunca lo estuve y según las cosas que veo nunca lo estaré. Sin embargo, no puedo evitar que cuando estoy en el *extranjero* y oigo ciertas cosas, con el tono tan desdeñoso con el que se discuten, tenga que defender a A[lemania]. No puedo hacer otra cosa. [Estas palabras hacen alusión a la famosa declaración de Martín Lutero en la Dieta de Worms de 1521 que se convirtió en una frase popular] … Quiero que el camino a Alemania siga estando abierto para ti.

Mia escribió esta última carta justo después de haber pasado el verano con Schumpeter, que había vuelto a Europa cumpliendo su promesa. En aquella época todavía no estaba seguro de cuánto tiempo se quedaría en Harvard. ¿Sería por cinco años como a veces había especulado con Mia? ¿O los quince años necesarios para causar derecho a una pensión? Él también quería que el camino a Alemania continuara abierto para él tanto para las largas visitas estivales que tenía intención de hacer como quizá para una eventual vuelta permanente. Esto era así al margen de que su decisión de casarse con Mia fuera irrevocable o no. En aquel momento tenía más de cincuenta años, la vida sexual de ambos se había empezado a enfriar y (como no tardaría en verse claramente) tenía una menor oposición que ella misma a que Mia viera a otros hombres.

26 de noviembre de 1933, Jülich. [En respuesta a una pregunta de Schumpeter Mia dice que está leyendo obras de historia del arte para construir un vínculo entre ambos.] Hay otro vínculo que nos une a partir de ahora. No quiero decir que sea un vínculo de amor porque éste siempre existirá, sino el vínculo de la pasión que sentía que se había apartado de nosotros.

28 de marzo de 1934, Jülich. Tu carta en la que decías que estabas enfermo, deprimido y desgastado al límite por el trabajo me ha impresionado profundamente. Estoy aquí sentada con una impotencia total … Me estrujo el cerebro. Los buenos consejos se alejan de mí como el polvo

que lleva el viento. Tengo la impresión de que apenas podrás resistir cinco años en Estados Unidos y menos aún quince.

5 de abril de 1934, Jülich. [La hermana de Mia estuvo enferma y Schumpeter le envió 200 marcos para su tratamiento] Ha sido un donativo afortunado para nosotros, [su familia] había gastado ya los últimos ahorros. Mis padres están en apuros, nunca antes habían estado así.

12 de abril de 1934, Jülich. También hay algunas noticias de tu *Mädi* … hay un joven economista yugoslavo que se declaró a *Mädi* no hace mucho tiempo y que alberga grandes esperanzas al respecto … La respuesta todavía está abierta porque *Mädi* no tomaría ninguna decisión sin Padre. Me gustaría que lo conocieras porque es una persona extremadamente agradable. Se llama Stojan Bicanski.

16 de abril de 1934, Jülich. [Vuelve a tratar el tema de Stojan] Qué despreocupada, tranquila y feliz había sido mi vida hasta ahora. Sin duda había habido alguna tormenta sobre todo en la época, querido Padre, en la que me quedó claro que mi cuerpo joven y descansado era más una carga que una bendición para tu organismo cansado y agotado. No obstante, hubo una suerte tranquila del destino que supo transformar este amor temperamental del amado en un amor tranquilo, como el de un hijo que honra a su padre. Y yo era tan feliz con esta solución que parecía superar todas las dificultades. Sin embargo, estaba llamada probablemente a traer un segundo hombre en mi vida … La idea de ser capaz de tener hijos, de poder ser madre algún día se vuelve tan vívida … No olvides que te pertenezco y que nunca seguiré la estela de otro hombre si no es tu deseo.

29 de abril de 1934, Jütlich. [En cartas fechadas el 15 y el 20 de abril Schumpeter había manifestado que no planteaba ninguna objeción a la proposición de Stojan.] Como ya te había dicho es yugoslavo, estudió Derecho y Ciencias Políticas en Viena y obtuvo el doctorado a los 22 años de edad, después estudió por su cuenta Derecho Internacional para hacer carrera en el servicio diplomático, a sabiendas de que el gobierno probablemente estaría satisfecho con su elección. Naturalmente, en caso de hacer carrera debía contraer matrimonio de conformidad a los deseos del gobierno por lo que abandonó sus planes cuando me conoció. [Stojan tendría que hacer el servicio militar y no hubiera podido casarse hasta 1936.]

23 de mayo de 1934, Jülich. [Mia le dice que está impaciente por] Trabajar juntos este verano [pero que le preocupa que Schumpeter necesite] descansar todo el tiempo [puesto que está tan agotado]. Me alegra saber que la carta de Bicanski te ha causado buena impresión … le he dicho que … incluso cuando estemos casados me gustaría pasar al menos tres meses al año contigo. Y no ha expresado ninguna contradicción, ni ninguna pregunta curiosa, solo esta respuesta: “Estar sin ti durante tanto tiempo me resultará sin duda alguna muy difícil pero para mí tus deseos son sagrados. Puedes viajar siempre que quieras.” No se le ocurrirá pensar en nada si estoy contigo durante el verano, dice que está contento de saber que estoy en compañía de una persona tan eminente.

29 de mayo de 1934, Jülich. Parece ser que Spiethoff es santo de devoción del NSAP [el partido nazi], da conferencias, escribe artículos y los periódicos están llenos de alabanzas hacia él. Con todo lo que pasa este hombre puede seguir tranquilo mientras gente verdaderamente válida está siendo perseguida. Estoy terriblemente enfadada con él.

En esta época Mia tenía veintinueve años. La situación de Alemania había continuado su deterioro bajo la opresión nazi y estaba forzosamente preocupada por el futuro de su país y el curso de su propia vida. Quería tener hijos y estaba dispuesta a casarse con Stojan Bicanski pero no quería perder los consejos de Schumpeter (o su continuo apoyo económico para cursar sus estudios en Grenoble). Además, estaba sorprendida de la pasión de su propia libido. Mia escribió a propósito de todos estos asuntos al final del segundo verano que pasó de ruta por Europa con Schumpeter.

27 de septiembre de 1934, Jülich. En realidad el final de la novela me ha dejado muy insatisfecha [*El amante de Lady Chatterley*]. Me da la impresión de que ella está demasiado detrás de él, más que demasiado. Él simplemente no tiene ningún deseo de casarse con ella. ¡Dios!, las mujeres son criaturas lujuriosas, qué duda cabe de que también se podría cantar una canción sobre este tema.

27 de octubre de 1934, Jülich. [Agradece a Schumpeter su carta] Así que todas las cartas sin excepción parecen haber sido abiertas. ¡Dios, qué importa! Al final una se acostumbra a todo.

30 de noviembre de 1934, La Trouche, de vuelta en Grenoble. Incluso los acontecimientos políticos no causan mucha impresión en este entorno agradable y tranquilo. En casa, por el contrario, una vive constantemente una agitación nerviosa al ver esta catástrofe ante sus ojos todos los días. Así que tú también has sido víctima del pesimismo … De ninguna manera paso por alto el momento de peligro en el que estamos, pero aún así pienso menos que nunca en una guerra.

10 de diciembre de 1934, La Trouche. Me hace muy infeliz saber que trabajas la mitad de la noche, ¡ningún caballo podría aguantar ese ritmo! … No sabes ser moderado con tus fuerzas y al parecer nunca aprenderás a serlo.

18 de diciembre de 1934, La Trouche. [Le agradece todo lo que ha hecho.] En primer lugar está esa preciosa propina que hace que mi vida sea hermosa, fácil y agradable. Luego están los incontables regalos que me haces, sin olvidar los viajes estivales con todas sus visitas, alegrías y el placer de conducir. Ahora que mis doce niños y yo estamos en la miseria, ¡cuánto pensaré en aquellos tiempos!

14 de enero de 1935, La Trouche. Si hubiera visto las cosas en Bonn tan claras como las veo ahora habría sido capaz de aprovechar de forma muy diferente nuestra vida juntos. Me gusta tanto cuando filosofas un poco en tus cartas, entonces veo el mundo actual con unos ojos totalmente distintos … Sí, eso está claro para cualquiera: desde un punto de vista económico realmente parece que las políticas las están llevando a cabo unos idiotas.

31 de marzo de 1935, La Tronche. Tu carta del 19 suena deprimente [el hecho de ser incapaz de conseguir acabar su trabajo] … Probablemente eso también explica por qué ves la situación política tan negra. Si supieras con que tranquilidad estoica se ha aceptado aquí [en Francia] el rearme de Alemania estarías menos preocupado por el futuro.

5 de mayo de 1935, La Trouche. [Ha comprado algunos libros, incluyendo] *Las amistades peligrosas* de Laclos. Tu Olle degenerada [un apodo que se daba a ella misma] posee un gusto adulto por este tipo de lecturas. ¿Qué daño puede hacerme a mi edad? En unos meses tendré treinta años.

Mia y Schumpeter pasaron su tercer verano consecutivo juntos, fueron de ruta por Europa y pasaron la mayor parte de este tiempo en Italia. Al final del verano Mia envió un artículo sobre sus viajes junto con muchas fotografías a una revista patrocinada por el club de automóviles de Alemania. Rechazaron su artículo con una hoja con el membrete del club que estaba decorada con una esvástica. La comunicación se cerraba con un “Heil Hitler!”. Mia escribió en el reverso de la carta “¡Cerdos! Casi lloro.”

Durante los siguientes meses las cartas de Mia tratan de la melancolía persistente de Schumpeter, de la vida que podrían haber tenido juntos, de la resolución que había tomado con respecto a su relación con Stojan Bicanski y de la situación europea que empeoraba cada vez más.

12 de octubre de 1935, Jülich. He recibido la dulce carta que me enviaste el 27 de septiembre … Te quejas por no tener algo por lo que merezca la pena vivir, ¿acaso no hace ya mucho tiempo

que creaste este motivo? ¿No has hecho ya que tu nombre sea inmortal en el campo de la ciencia? ¿Qué más quieres? ¿Quién preguntará si has escrito un libro más o menos? ¿Por qué te buscas complicaciones en el atardecer de tu vida con metas inalcanzables?

17 de octubre de 1935, Jülich. Sí, ya han pasado 10 años desde entonces [desde la muerte de Annie]. Hace solo unos días al ordenar el secreter pequeño cayó en mis manos tu anuncio de compromiso y por mi mente pasaron algunos pensamientos sobre vuestro matrimonio que según lo imaginaba fue corto y feliz. Entonces llegué a la siguiente página. Era el anuncio de defunción de Annie. Unas lágrimas cálidas inundaron mis ojos. Rápidamente doblé el papel otra vez y los puse juntos en el sobre grande en el que hace unos años escribí “chers souvenirs” (recuerdos queridos).

13 de noviembre de 1935, Jülich. El padre [Otto] estuvo en Bonn el día de tu boda para llevar una cruz de rosas a la tumba [de Annie]. Las flores de la corona de Todos los Santos todavía estaban frescas y a su lado había un cúmulo de flores que habían puesto algunas manos extrañas así que nuestra querida colina era un mar [de flores].

10 de enero de 1936, La Trouche. Cuando hayas recibido esta carta ya habrá pasado el décimo aniversario del día en que nos conocimos … ¿Por qué no te casaste conmigo papá? Me dirás que estuvo bien que no lo hicieras, me hablarás de tus nervios y de mi pérdida de fortaleza … y aún así, ¡creo que te equivocaste! Es cierto que la última vez en Bonn estaba intratable: nerviosa, irritable e improcedente. No obstante, nuestra relación era la única causa de mi estado. Creí tenerte y no fue así. Antes del mundo había una gran barrera entre nosotros. Ahora entiendo mejor que nunca que tenías que tener en cuenta el medio social e intelectual en el que vivías. Y aún así hubo momentos que me hicieron daño para siempre … La satisfacción de ser tu mujer habría contrarrestado completamente las relaciones íntimas limitadas e incluso el deseo de ser madre … No es el vínculo de la sensualidad el que ata con más fuerza sino el de la confianza y de amistad mutua. A pesar de Stojan, mi vida será pobre y sobria y no tendrá sentido si no puedo encomendarte mis pensamientos y sentimientos. ¿Podrías alguna vez negarme esto, incluso si tuvieras a una decena de mujeres a tu lado?

2 de febrero de 1936, Grenoble. Adolf [Hitler] está gravemente enfermo. Si quiere que su pueblo lo guarde eternamente en su memoria, ¡debe morirse pronto!

25 de marzo de 1936, La Trouche. ¿Crees que surgirá un juego entre Mussolini y Hitler. Nunca. El primero de ellos se divierte sin duda alguna con este asunto, pero no tardará en llegar su ruina … No he pensado en la guerra ni por un minuto. Después de todas sus declaraciones pacifistas Francia no puede empezarla. Y Alemania no confía en sí misma como para tirar el primero disparo, sería el final de todo. Además, están al límite de su fortaleza … Uno puede contar con la racionalización de alimentos y con el agravamiento de la situación social. Las elecciones no traen nada nuevo (están controladas por el Estado, no puede haber una derrota). En mi opinión, [Hitler] espera ganarse de nuevo el amor de su pueblo que siempre está listo para embeberse [y llenarse a sí mismo] de vanidad. Y cuando lo logre el siguiente paso será la anexión (*Anschluss*). Solo está esperando a que Mussolini flaquee para hacerse con Austria … Se puede leer en las caras asustadas de las madres y de las abuelas el miedo a la guerra.

2 de abril de 1936, La Trouche. Tu carta del 23 me ha hecho caer en una profunda depresión [Schumpeter le decía que no iría a pasar el verano como lo había hecho durante los tres últimos años] … Nos separas, poco a poco y con caridad, pero sin dudas. Me da la impresión de que te vas a volver a casar con una pelleja estadounidense [*une vieille carne americaine*; durante la mayor parte de 1936 y 1937 las cartas de Mia a Schumpeter están escritas en francés] que te llamará Jooo, te quitará los zapatos por la noche y te hará el nudo de la corbata por la mañana.

El 18 de abril de 1936, Mia le escribió desde la ciudad natal de Stojan, Beocin (Yugoslavia), y le dijo que Stojan y su familia le habían recibido calurosamente. Los trenes funcionaban bien a pesar de la situación política y Stojan, según le decía, era dulce, amable y le guardaba devoción. Iban a ir a

Belgrado para conocer a sus amigos y al resto de su familia.

> *1 de mayo de 1936, Beocin*. [Mia le comenta la inminencia de la anexión (*Anschluss*), de la incursión en Austria de los nazis] Para restablecer una vez más el prestigio y el lugar que ocupa Hitler al frente de su pueblo. Italia está al límite de sus fuerzas; Francia sola no cambiará su postura e Inglaterra estará encantada de saber que la influencia de Italia no se extenderá hacia el Este … Todo el mundo [en Austria], a excepción de los judíos, es nacionalsocialista y se recibirá a Hitler con los brazos abiertos … Dios nos guarde, será una guerra terrible. Si hay guerra estaré más segura aquí [en Yugoslavia] que en casa.
>
> *18 de mayo de 1936, Beocin*. [Mia describe a Mussolini como una amenaza para Europa.] Alemania es el paraíso en comparación [con Italia]. Francia ha tenido lo que se merecía. Estaba en malas relaciones con Inglaterra y después con Italia, ahora solo le queda Rusia. Se ha cumplido incluso la profecía de Hitler puesto que varios ministros [franceses] de izquierda han propuesto una república soviética. ¡Adiós a la libertad!
>
> *25 de junio de 1936, Jülich*. [No ha tenido noticias de Stojan, al parecer sus cartas se han perdido en correos.] Supongo que la policía las ha abierto y como nuestras cartas están en francés no se han tomado la molestia de descifrar su contenido.
>
> *3 de agosto de 1936, Bonn*. [Mia ha aceptado la petición de matrimonio de Stojan, después de] Largas noches de llanto, de preocupaciones, de tener el corazón en un puño y de estar atormentada … Siempre fuiste tan bueno conmigo … Te he traicionado.

Este último comentario, más que ningún otro que hubiera escrito, muestra el dilema psicológico en el que estaba atrapada Mia a raíz de su relación con Schumpeter. Estaba a punto de cumplir treinta años y quería tener hijos, pero se sentía culpable de forma inexplicable y sin ningún tipo de fundamento. Por supuesto que no había traicionado a Schumpeter. Si había habido una traición, ésta era la de Schumpeter. Había dejado que su relación continuara viva durante cerca de una década y por consiguiente había hecho que Mia tirara por la borda su década de los veinte años con la vana esperanza de que algún día se casaría con ella. Por otro lado, Mia había demostrado ser una persona necesitada, que a menudo se dejaba llevar por los mismos tipos de cambios de humor que afligían al propio Schumpeter. No obstante, por muy condenada que hubiera estado su relación no habrían mantenido un vínculo tan íntimo y tan prolongado si no se hubieran querido mucho. Schumpeter escribió más cartas a Mia Stöckel durante el curso de su vida que a cualquier otra persona.

Después de que Schumpeter dejara de pasar sus veranos en Europa las cartas de Mia se centraron aún más en la situación política, así como en su nueva vida con Stojan Bicanski.

> *8 de septiembre de 1936, Saint Hilaire*. Me da la impresión de que los movimientos contra los alemanes crecen día a día y que los acontecimientos que suceden en España [guerra civil] no parecen ayudar a la situación en la que se encuentra Europa. Todas las naciones se declaran a sí mismas neutrales y todas envían tantas armas como pueden. Por el momento tengo una perspectiva pesimista. Cada vez parece más seguro que tendremos una guerra mundial.
>
> *14 de diciembre de 1936, Jülich*. [Mia y Stojan van a casarse dentro de dos semanas y Mia le agradece a Schumpeter todo lo que ha hecho por ella durante estos años]. Y por último, por tu amor paternal y por toda tu generosidad.

9 de enero de 1937, Beocin (Yugoslavia). [Le relata su noche de bodas.] Fue delicado y dulce. Saltaba sobre mí como una pequeña pulga. No tenía ningún tipo de experiencia [*un débutant*]. Estaba de mejor humor con respecto a mi querida patria cuando puse mis pies en este país disfuncional y mal organizado. [Se habían instalado en Yugoslavia después de haber pasado la luna de miel en Viena]. Sin embargo, al echar un vistazo al periódico esta mañana me he enterado de la ocupación alemana del Marruecos español. ¿Qué significa esto? Hitler lo ha puesto todo en manos de Göring. Lo veo todo negro. No se podrá tener muchas cosas: aceite para cocinar, huevos, etcétera, ¿qué quieres? Caminan hacia la guerra.

17 de febrero de 1937, Novi Sad. [Se alegra de escuchar por boca de Schumpeter que se siente mejor y que está recuperando algo de su vieja vitalidad.] Perdona mis estúpidos celos por albergar la idea de que puedas ser capaz de tener una relación con una mujer.

19 de marzo de 1937, Jülich. [La madre de Mia se está muriendo y su hermana Toni la ha mandado llamar a Novi Sad.] ¡Dios mío!, de todas formas, ¿qué es la vida? ¿Acaso merece de algún modo ser vivida? Doquiera que uno mira no ve nada más que infelicidad y miseria.

2 de abril de 1937, Jülich. Casi he querido llorar, lágrimas calientes y gruesas porque no he sabido nada, absolutamente nada, de ti. Y sobre todo ahora que necesito tanto consuelo y tanta fuerza porque papi tengo que sostenerme a mí misma como todos aquí aunque esté extenuada y revuelta por todo el sufrimiento que contemplo. [Sin embargo, mientras escribía esta carta le llegó otra de Schumpeter con fecha del 11 de marzo y "que Stojan, con discreción, no había abierto" junto con otras cartas para Toni y su padre, Otto; esta última con un cheque de 300 marcos] es la acción de buen samaritano más grande que has hecho nunca y nunca jamás podremos resarcirla.

18 de mayo de 1937, Novi Sad. Mi marido se toma las mayores molestias para hacerme paladear nuestros momentos más dulces. No obstante, en rara ocasión, en muy rara ocasión, estoy completamente excitada. Estoy segura de que no es culpa suya, se trata de una frialdad inexplicable que yo siento. De todas formas le quiero.

10 de septiembre de 1937, Novi Sad. Estamos pensando en mandar paquetes de comida a Jülich. Da miedo el modo en que todo está racionado allí. Un cuarto de kilo de manteca por semana y familia, sin panceta, poca mantequilla y nada de aceite. ¿Sabías que están echando a los curas de las escuelas? Ya no hay educación religiosa. En su lugar, los niños irán en lo sucesivo a clases de tiro.

6 de octubre de 1937, Novi Sad. Cuando no recibo la carta semanal durante seis semanas solo puedo decir frunciendo el ceño: ¡hay una mujer detrás de esto! Realmente me alegraría saber que durante este tiempo estás navegando por algún lugar en un océano tranquilo, pero que estés con una chica en tu regazo. ¡Dios me libre de sufrir unos celos salvajes! ¿O estás enfermo? Pero entonces Taussig me lo hubiera dicho, ¿verdad? [Schumpeter pasó todo el otoño sin contarle a Mia que se había casado con Elizabeth Boody el 16 de agosto de 1937.][16]

20 de noviembre de 1937, Novi Sad. ¿Sabías que el otro día soñé que te habías casado con una joven hermosa y que el dolor hacía que me viniera abajo? Hubo un millar de sentimientos y de ideas estúpidas que pasaron por mi cabeza para explicar tu silencio … Envío provisiones regularmente a Jülich porque al parecer Alemania está sumida en la miseria. Las personas que vuelven cuentan cosas irreales, casi increíbles.

30 de noviembre de 1937, Novi Sad. [Finalmente, Schumpeter le ha escrito y le ha explicado que se ha casado en agosto.] Después de pasar varios días llevando a cabo grandes esfuerzos para calmar los sentimientos que tu carta había despertado en mí, hoy estoy preparada para desterrar todos estos sentimientos egoístas y felicitarte. Espero que tengas una gran fortuna que te proporcione en el otoño de tu vida un giro radiante y luminoso. ¡Te lo mereces!

1 de diciembre de 1937, carta de Toni desde Jülich. [Contesta preguntas sobre las fotografías de la tumba de Annie que Toni adjunta a la carta.] Ya había hecho fotografías de la tumba el día de Todos los Santos pero no había conseguido que me las revelaran. Me pareció que la tumba estaba

muy hermosa, era un mar de flores de crisantemos blancos … Gracias a usted, querido Herr Professor, padre pudo proporcionar a madre este auxilio [el tratamiento de radiaciones]. Te lo agradecemos desde lo más profundo de nuestros corazones.

22 de febrero de 1938, Novi Sad. [Mia ha tenido su primer hijo, una niña llamada Zora.] La reciente madre anuncia que está sana y que ha vuelto a su vida diaria. [Le agradece una vez más el dinero que ha enviado a sus padres.] No podrías creer con qué frecuencia están necesitados.

15 de marzo de 1938, Novi Sad. [Hitler ha entrado en Austria.] Este acto violento me ha dejado sin leche y no solo sin aliento; mi hija ahora padece hambre. No es ninguna broma, una cada vez se siente más avergonzada de ser alemana.

4 de abril de 1938, Novi Sad. [El cuidado de su bebé ha mejorado el ánimo de Mia.] Sabes papi, solo ahora me he reconciliado con mi propia existencia. Ahora conozco el sitio al que pertenezco. Debo confesar que incluso en los momentos más felices de mi matrimonio mi último pensamiento era siempre el modo y el momento en que algún día podría volver contigo. Entonces tú pusiste fin a todo y no pude reconciliarme conmigo misma hasta que estuve ante la cuna de mi hija.

8 de julio de 1938, Jülich. [Stojan ha intentado conseguir una beca de investigación Rockefeller y Mia deja entrever que Schumpeter ha recomendado más a sus propios estudiantes que a Stojan, lo que en realidad no fue cierto.] Quizá prefieras que no vaya y sobre todo que yo misma no vaya. Sin embargo, en mi caso ya he abandonado todos los planes [de ir a Estados Unidos] y me hubiera quedado modestamente en Jülich.[17]

A partir de este momento las cartas de Mia se vuelven más tristes y menos frecuentes. Los acontecimientos la estaban echando abajo y ya no hay más conversaciones animadas sobre libros o viajes como en sus primeras cartas. En aquellos momentos estaba lidiando con la presión de múltiples problemas: la lenta muerte de su madre aquejada de cáncer, el combate contra el tifus de Stojan, unos apuros económicos persistentes, la soledad y la situación política con malos presagios que había en Europa.

La noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, una muchedumbre agitada por el gobierno llevó a cabo un saqueo antisemita en Alemania. Asesinaron a decenas de judíos, golpearon brutalmente a otros y saquearon las tiendas que eran propiedad de judíos. Destrozaron los cristales de los escaparates de estas tiendas y con ello dieron pie al término *Kristallnacht* (la noche de los cristales [rotos]) que se convirtió en el símbolo del inicio de esta fase todavía más violenta del antisemitismo. Mia escribió al respecto:

5 de diciembre de 1938, Novi Sad. ¡Qué bien que madre no ha visto el último golpe contra los judíos! Siempre los protegió y condenó profundamente la línea de actuación del gobierno … Podría llenar páginas con la descripción de todas estas atrocidades inhumanas.

1 de marzo de 1939, Novi Sad. No había recibido una carta tan larga y tan dulce desde hacía mucho tiempo. Hace algunos días no podía alejar el miedo a que nuestra correspondencia y con ella nuestra estrecha relación hubiera amainado o incluso hubiera sufrido una ruptura. Y ahora el sol brilla de nuevo. [Recibe con aprobación su relato de sus estancias en Taconic y su vida y trabajo más tranquilos.] ¡Cuánto me gustaría ir a verte algún día! ¿Todavía pones el dedo en la boca cuando piensas detenidamente en algo y todavía cierras siempre tu ojo izquierdo cuando lees? [Schumpeter nunca llevó gafas hasta el final de sus días. Sin embargo, leía tanto que sufría persistentemente de vista cansada.]

18 de mayo de 1939, Novi Sad. Te agradezco de forma especial el tratamiento preciso que has

dado a la más delicada de todas las cuestiones. [Mia le había pedido consejo sobre su vida sexual con el inexperimentado Stojan y Schumpeter le había ofrecido consejos pormenorizados sobre el modo de guiarle para que desarrollara sus competencias amatorias.]

1 de junio de 1939, Novi Sad. Dios te preservó de un gran mal cuando nos separó, incluso yo lo tengo que ver ahora. Rezo y espero que esta situación [política en Europa] cambie pronto o de otro modo nos amenazará a mí y a mi familia con una gran desgracia. Hablo con total seriedad.

En agosto de 1939 Mia le escribió desde Jülich después de hacer una visita a su familia con motivo de la boda de Toni; después volvería a su casa en Novi Sad. Iría por Berlín donde Toni había pasado la luna de miel con su marido Hermann, un soldado de la marina alemana. Intentaría consolar a Toni porque solo dos semanas después de su matrimonio habían convocado a Hermann para que fuera a la frontera polaca. Antes de que Schumpeter recibiera la carta de Mia, Hitler había invadido Polonia dando inicio así a la II Guerra Mundial.

30 de octubre de 1939, Novi Sad. Una vez dijiste que una nueva guerra sería el fin de Europa y demasiado pronto parece ser que lo que dijiste, pero no fue una exageración. [A Stojan le va mejor profesionalmente.] Un ascenso suyo me reconfortaría mucho. Y otra cosa, nuestras relaciones íntimas también han mejorado.

28 de enero de 1940, Novi Sad. Te deseo lo mejor para lo que queda [de año], nuevos y grandes frutos de tu trabajo, salud y bienestar. Vives en un país en que tales deseos no necesitan ser descartados con una risa irónica. En este país los deseos de año nuevo para este año no han sido dichos. Realmente suenan demasiado cómicos a la vista de las circunstancias. [Toni no podía visitar a Mia en Yugoslavia porque el gobierno alemán había prohibido todos los viajes excepto en caso de muerte de un familiar.] Así que tengo pocas posibilidades de ver a mi familia otra vez en breve, ya que me he jurado a mí misma que no iré a Alemania de nuevo hasta que Hitler no se haya marchado.

1 de julio de 1940, Novi Sad. Espero que estés sano y que trabajes a pleno rendimiento, lo único que podría excusar tu silencio … No me olvidaré de la tumba el 3 de agosto [el día en que murió Annie] … El desdichado destino de nuestra querida Francia [que había caído rendida al ejército alemán en junio] me ha tocado en lo más profundo de mi corazón. Pero no está acabada todavía. Por favor, escríbeme aunque sea solo una línea, no sabes lo que me reconfortaría y ayudaría justo en estos momentos.

6 de diciembre de 1940, Novi Sad. [Mia está embarazada otra vez, el parto está previsto para la primavera de 1941.] Zora [que ya casi tiene tres años] ya está más alta que yo, es una granujilla de primera categoría.

8 de febrero de 1941, Novi Sad. Hoy es tu cumpleaños y no dejaré de desearte en este día todo lo mejor: paz interior, fortaleza para trabajar y alegría de vivir. Una vez más [desearía] simplemente mirar en tus queridos y buenos ojos, tan solo para estar una vez más cerca de ti … Te veo en espíritu, mientras creas, investigas sin descanso y trabajas y mi imagen seguirá igual mientras me queden fuerzas. Y del mismo modo tu Mädi llenará su vida a su manera, aunque solo sea dando palmadas en el trasero a los niños y lavando pañales. Otra vez estoy gorda como un tonel. En tres meses llegará el bebé. Solo tiene que ser un niño dicen los valerosos serbios, todo lo demás no importa. [Toni está de visita en Novi Sad pero está muy enferma.] Antes de que la guerra acabe se habrán consumido todos. Es una desgracia verlo. Sabes que yo misma soy pobre pero debo [entristecerme por ella]. Sin abrigo, sin zapatos y con todo este intenso frío. En 10 días debe volver [a Alemania]. Espero que haya salido ya de la cama. Tenía tantas ganas de que viniera y ahora estoy tan decepcionada, es tan triste y una no puede hacer nada. [Le pide 200 dólares de su propia cuenta que Schumpeter le ha abierto en Estados Unidos] si crees que más tarde será imposible hacer una transferencia, mándame el dinero antes del nacimiento, antes de que sea

demasiado tarde … Me ocuparé de las cosas de la tumba [de Annie] para el 22 de marzo. También me he ocupado de la factura del cementerio que había que abonar en enero.[18]

20 de marzo de 1941, Novi Sad. La ansiedad por el futuro, difícil e indeterminado, mis circunstancias y los numerosos y terribles rumores hacen que me dirija a ti con apremio, en parte por comodidad, en parte para desahogar mis quejas y con igual importancia para pedirte opinión y ayuda … las cosas pintan muy mal para nosotros aquí, todos están bajo las armas aunque cualquier tipo de resistencia me parece un derramamiento de sangre inútil … ¡La tumba de Annie no ha sido olvidada durante su cumpleaños! Dejaremos nuestras pequeñas cuentas [por las flores] para más tarde. ¿Recibiste el paquete y la carta de Navidad? Escribe, aunque solo sea un par de líneas. Te abrazamos y besamos calurosamente. Te envío muchos y sinceros recuerdos. Mia, Zora y Stojan.

Esta fue la última comunicación que recibió Schumpeter, aparte de una postal de Stojan con la noticia de que Mia había dado a luz un varón, al que habían llamado Vlado. Cinco días después de la carta de 20 de marzo de Mia, Yugoslavia se alió con la Alemania nazi. Una semana más tarde el gobierno yugoslavo fue derrocado y Hitler decidió invadir el país. El ataque alemán dio comienzo el 6 de abril de 1941 con el bombardeo de Belgrado, a unos ochenta kilómetros al sudeste de la ciudad en la que residía Mia, Novi Sad. Los yugoslavos se rindieron el 17 de abril. El control del país se dividió entonces entre los aliados de Alemania. Novi Sad fue a parar a Hungría. La fiera resistencia contra los nazis en los territorios de la antigua Yugoslavia trajo consigo represalias sanguinarias.

Después de la guerra Schumpeter recibió la siguiente carta de Otto, el padre de Mia:

Querido profesor:

Me permito informarle que me cuento entre los supervivientes junto con Treschen, su marido, mi yerno Hermann, el marido de Toni y mi hijo Otto. En el período que fue del 21 al 23 de enero de 1942 se declaró el estado de sitio en Novi Sad por orden del antiguo Reichsverweser húngaro von Horthy [el gobernador provisional de Hungría]. Sin más preámbulos se disparó contra un sinnúmero de habitantes, entre ellos había abogados, médicos, curas, funcionarios del gobierno, judíos, empresarios y terratenientes. Según las noticias que he tenido, los fusilamientos tuvieron lugar supuestamente porque estas personas se habían opuesto al gobierno nazi o habían pertenecido al club inglés. Mia y Stojan habían sido miembros del club inglés desde hacía años. Fusilaron a ambos en su domicilio y a otras personas de clase inferior en el Danubio. Unos conocidos nos informaron por telegrama y Treschen y yo fuimos inmediatamente allí y trajimos a los dos niños de vuelta. Zora tenía cuatro años y Vlado medio año de edad …

Todos nos oponíamos fuertemente al gobierno nazi. El sufrimiento, la necesidad y la miseria que ha llegado a Alemania son un castigo divino. Desgraciadamente los inocentes también tienen que sufrir, pero yo puedo contarme entre ellos y siempre les he dicho a mis hijos que nosotros, los alemanes, somos los únicos responsables de toda la miseria del mundo.[19]

En 1942, año en que fue asesinada, Mia Stöckel Bicanski tenía treinta y seis años.

Mia poco antes de morir (Créditos imágenes 16.1)

Capítulo 17
¿Abandonar Harvard?

No tientes a un hombre desesperado.

Shakespeare: *Romeo y Julieta*, 1596.

Schumpeter se casó con Elizabeth Boody en agosto de 1937, ocho meses después de que Mia se hubiera casado con Stojan, aunque todavía se sintiera unida a él. En aquella época se alojaba en unas dependencias modestas en casa de Frank Taussig, a seis manzanas de Harvard Yard, donde había empezado a residir cinco años antes. Durante ese intervalo de tiempo Elizabeth había vivido en una casa que estaba en la otra punta de Harvard. Unos meses después de su matrimonio, la pareja alquiló una casa pequeña no muy lejos de la antigua casa de Elizabeth. Y después compraron una gran casa de tablilla en el número 7 de la calle Acacia a solo cinco minutos a pie de Harvard Yard. La calle Acacia tiene una única manzana, una isla de reposo tranquila oculta en medio de bloques de pisos y de tráfico intenso. Su diminuto barrio en forma de laberinto con calles de un solo sentido está tan apartado que incluso hoy en día es difícil encontrarlo por casualidad.[1]

Durante el resto de su vida, Schumpeter y Elizabeth repartieron su tiempo entre la casa de la calle Acacia y Windy Hill, el retiro rural de Elizabeth cerca de Taconic (Connecticut). Ningún tipo de ruido distraía a Schumpeter de su trabajo y ambas residencias le ofrecían la tranquilidad que ansiaba. En Taconic disfrutaba de una tranquilidad casi total que Elizabeth protegía con celo; incluso el correo se lo entregaban en una tienda cercana. A finales de los años 30 cuando un vecino quiso instalar una vía de acceso cerca de Windy Hill, Elizabeth se opuso a sus planes y escribió a un abogado que este asunto "está directamente relacionado con el problema de salud y de nervios de mi marido".

> Ha tenido responsabilidades muy fuertes y muchas situaciones difíciles a las que hacer frente en el pasado. La consecuencia de todo esto ha sido que su sistema nervioso se ha vuelto más o menos desorganizado. Solo es capaz de llevar a cabo su trabajo en Harvard si dispone de períodos suficientemente largos de reposo y de calma total. Por supuesto, sigue un cuidadoso tratamiento médico. Es extremadamente sensible a ruidos de todo tipo y, sobre todo, al ruido que producen los automóviles al detenerse, ponerse en marcha, girar o transitar. Elegimos nuestra casa actual de Cambridge porque está situada lejos del tráfico en una calle lateral tranquila. El teléfono en nuestra casa solo suena en la cocina. Si se intenta [en Windy Hill] que los coches transiten por la zona restringida a lo largo de los grandes árboles en la esquina cerca de nuestra casa, mi marido será molestado cada vez que un coche transite por ese camino. También se despertará cada vez que alguien se vaya por la noche y tenga que arrancar el coche.[2]

De vez en cuando los Schumpeter recibían invitados en su casa de Windy Hill, los amigos de ella, sus estudiantes licenciados y jóvenes colegas y visitas de economistas del extranjero. A veces Schumpeter se aventuró a ir hasta la modesta pista de tenis de la propiedad. Nunca fue un atleta y a duras penas

blandía la raqueta, pero se divertía. A menudo daba largos paseos con Peter, su setter irlandés, por las cercanas orillas de los lagos Twin Lakes y le gustaba escalar las colinas arboladas que rodeaban la propiedad de Taconic. No obstante, tanto él como Elizabeth trabajaban en sus escritos académicos la mayor parte del tiempo. Durante los años siguientes empezaron a pasar más tiempo en Windy Hill y menos en Cambridge.[3]

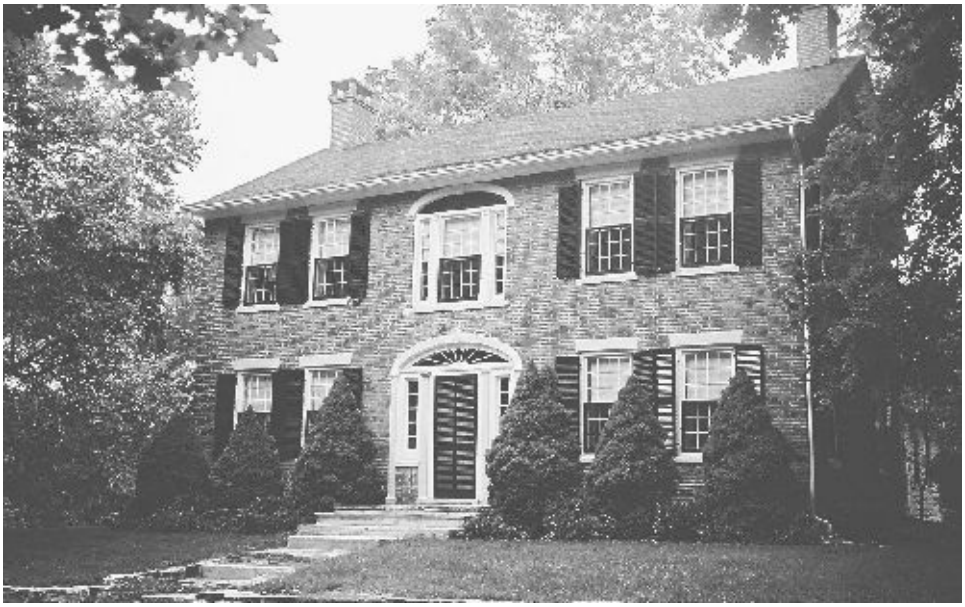
Después de la decepción que le supuso *Ciclos económicos*, Schumpeter empezó un proyecto que llamó en su diario "el libro de ensayos" y, en ocasiones, "el libro sobre el socialismo". Este proyecto sería *Capitalismo, socialismo y democracia* su obra mas leída en todo el mundo. Mientras lo escribía sentía cada vez mayores presiones por diferentes motivos: el fracaso de *Ciclos económicos*, el éxito del keynesianismo, la perspectiva de una guerra en Europa y la ansiedad del envejecimiento que a menudo asola a antiguos niños prodigio. En 1938 cumplió 55 años y en su diario hay anotaciones en las que se queja de su salud.

Schumpeter siguió enseñando convenientemente bien en Harvard y extrayendo el sustento intelectual de sus grupos de discusión de la facultad. En 1939 inauguró junto con el sociólogo Talcott Parsons un seminario sobre los problemas de "la racionalidad". La formación de este grupo estuvo estimulada inicialmente por un artículo de Schumpeter. Aun así, según escribió a Parsons, "había un sentimiento de futilidad que me hace sentir rancio y oprimido". Su insatisfacción con respecto a Harvard iba de mal en peor.[4]

Una política de Harvard que le molestaba especialmente era la insistencia en ofrecer tutorías individuales a los estudiantes universitarios. Creía que esta práctica derivaba en parte de la exposición inicial de los académicos estadounidenses a los pobres métodos de enseñanza europeos, y sobre todo los de Alemania donde "el profesor leía un manuscrito que con frecuencia ya amarilleaba por la edad que tenía o presidía lánguidamente las reuniones de los seminarios". Schumpeter pensaba que los visitantes de las universidades de elite estadounidenses vieron este tipo de cosas y se volvieron hostiles al método de dar clase con el que Schumpeter destacaba.[5]

17.1

La gran casa situada en el número 7 de la calle Acacia en Cambridge, tras una pequeña nevada de invierno a finales de la década de 1930. Actualmente está dividida en varios pisos. (Créditos imágenes 17.1)



17.2

Windy Hill, el retiro rural cerca de Taconic (Connecticut). Esta casa, incluso en los tiempos de Schumpeter, era más grande de lo que se ve aquí ya que se había construido un ala adicional de tamaño considerable y un patio en la parte trasera. Los jardines son extensos y todavía conservan el encanto que les confirió el talento paisajístico de Elizabeth. (Créditos imágenes 17.2)

Además, había empezado a tener menos paciencia con sus asuntos del Departamento de Economía. En octubre de 1938 escribió al presidente Conant para solicitar que le excusaran de un congreso de toda la universidad en torno

a las políticas de Harvard en el que los equipos docentes iban a discutir un largo informe. Schumpeter señaló que este congreso interfería con su agenda docente.

> Por supuesto, esto no me privaría de cumplir con mis obligaciones con la universidad si pensara que mi presencia podría ser útil. Permítame que le explique por qué dudo que pueda ser así. Cuando vine a Harvard admiraba profundamente la eficacia del sistema de enseñanza en general y del sistema de tutorías en particular. Pero la observación ha cambiado mi punto de vista en cierta manera [ya que las tutorías intensivas requerían mucho más personal del que Harvard estaba dispuesto a proporcionar].
>
> Sin embargo, en este aspecto, como en otros aspectos de la política universitaria, mi punto de vista difiere desesperadamente del de la mayoría de mis colegas. En la actualidad los departamentos son organismos vivos con intereses corporativos y puntos de vista propios y tienen tendencia a reivindicar que las perspectivas distintas no deben difundirse, sobre todo en discusiones con la administración. Admito hasta cierto punto que esta reivindicación es justa y que es una de las razones por las que nunca le he importunado con ninguna de mis perspectivas al respecto. Aunque al principio esperaba que mi larga experiencia en asuntos universitarios en otros países me capacitara para prestar consejo a Harvard, pronto descubrí que un intento de este tipo les parecería ofensivo a los colegas que respeto y con los que sinceramente deseo tener una cooperación fluida. Por razones similares me abstengo de comunicarle mi reacción al informe que nos ha proporcionado.

A continuación, Schumpeter procedió a hacer justamente lo contrario. Analizó el informe en detalle, explicando a Conant que algunas de las contrataciones recientes de Harvard eran poco lucidas y no solo en economía. Los profesores nuevos no tardaban en estar contrariados porque tenían que dedicarse a la investigación y a las tutorías individuales y estaban poco preparados para ello. La solución no estaba en contratar más profesores, ni tampoco en cualquier tipo de "democratización de las designaciones". En un comentario revelador Schumpeter escribió que "la felicidad y la satisfacción de la vida académica solo pueden venir de los logros intelectuales. Poner esto de relieve (si fuera necesario mediante pruebas institucionales formales del rendimiento científico como condición para la promoción) y reducir el número de designaciones al número de personas que están al nivel adecuado me parece la única salida a las dificultades actuales."[6]

Conant respondió al día siguiente: "Me permito señalarle que quizá tenga una tendencia a recalcar en exceso la divergencia entre sus puntos de vista y los de los otros miembros de su departamento … En cualquier caso, me complace haber recibido su carta y saber cómo se siente. Espero que me escriba en cualquier ocasión o que venga a verme para hacerme partícipe de los muchos problemas a los que todos nos enfrentamos." Sin embargo, esto no aplacaría a Schumpeter. Seguía siendo amigo íntimo de algunos profesores "estrella" jóvenes de su departamento (Gottfried Haberler, Edward Masen y, sobre todo, Wassily Leontief, que vivía al otro lado de la calle donde vivían los Schumpeter), pero sentía poco respeto por la capacidad intelectual de la mayoría de los profesores de economía más antiguos, que tenían más o menos su misma edad: Harold Burbank, Eli Monroe, J. H. Williams o John D. Black.

(Tenía mucha mejor opinión de Alvin Hansen, A. P. Usher o Sumner Slichter).[7]

Schumpeter tenía pocos confidentes de su propia generación y la jubilación de su estimado Frank Taussig, que en 1940 tenía ochenta y un años y una salud en declive, le dejó sin el tipo de figura paterna en la que había depositado su confianza en el pasado. En ciertas reuniones del departamento con sus colegas más antiguos escribió en su diario: “Hay una atmósfera lánguida que no tiene salida. Ni una sola vez ha sucedido, a ojos del que escribe estas líneas, que en una reunión de ‘profesores titulares’ haya una cuestión científica que les haya forzado a entablar una conversación, por no hablar de una debate apasionado. [Su] trabajo carece de ardor intelectual.” Se sintió extremadamente contrariado cuando a principios de 1940 la vieja guardia del departamento rechazó la idea de ofrecer un puesto de profesor asistente a Paul Samuelson.[8]

A finales de 1930 Schumpeter empezó a tomarse algunas liberalidades en su puesto como muchos profesores fijos hacían de vez en cuando. Pasaba el mayor número de días posible en Taconic. A menudo frustraba a la secretaría del departamento porque entregaba con retraso el programa de estudios de sus próximos cursos y porque determinaba también con retraso cuándo tendría sus horas de visita. Además, aunque seguía solicitando lecturas farragosas en sus cursos se había ganado la reputación de poner demasiados sobresalientes.

Este tipo de asuntos son rutinarios en la vida universitaria y la mejor manera de zanjarlos es mediante una discreta indicación desde la cátedra del departamento, uno a uno. Por el contrario, en enero de 1940 los profesores titulares del Departamento de Economía decidieron plantear estos problemas en una reunión general. A Schumpeter, que era con toda probabilidad la persona más distinguida que asistió a esta reunión y la envidia de aquellos que entonces vieron una posibilidad de atacarlo, le molestó sobremanera este episodio. Escribió en su diario que había “trabajado toda una vida para que el departamento decidiera entonces lo que podía o no podía hacer”. Se quejó de sufrir “una actitud desagradable, la mortificación y la humillación” y de “recibir una lección de humildad a sus años” (iba a cumplir cincuenta y siete años de edad).[9]

Este incidente, junto con el desencanto general que sentía Schumpeter, casi le costó caro a Harvard. En cualquier organización la gestión de los genios no es una tarea fácil y el Departamento de Economía estuvo a punto de causar un verdadero estropicio. (Aristóteles escribió en cierta ocasión que “la empresa de gestionar una casa está más relacionada con los seres humanos que con las propiedades inanimadas”.) Los que competían con Schumpeter en Harvard sintieron que tenían una oportunidad al alcance de la mano según se hacía

más notorio su descontento.[10]

En la primavera de 1940 Yale se esforzó de lleno en tratar de incorporarlo a su plantilla. El 1 de mayo el rector E. S. Furniss, que estaba justo después del presidente de la universidad en la escalera jerárquica de la institución, escribió a Schumpeter para ofrecerle el puesto de profesor Sterling, el puesto más alto que Yale otorgaba a un profesor. Furniss ignoraba que el salario de Harvard era de 12.000 dólares y sugirió una suma de 10.000 dólares a lo que se añadía "una pequeña suma para la secretaría con la que contara", un incentivo que Schumpeter no tenía en Harvard. Además, le decía que "en lo que respecta a sus obligaciones, prácticamente podrá escribir usted su propio programa". Le proponía que podría ofrecer un curso sobre los ciclos económicos pero que "en lo que se refiere a otras materias que tenga que enseñar así como a la cantidad total de horas lectivas que tenga, podrá confiar en que se ajustarán a sus propios deseos". Este tipo de libertad era extremadamente poco común en el mundo académico. Schumpeter reaccionó a esta propuesta mostrando un interés inmediato y subrayó las palabras "escribir su propio programa".[11]

A continuación invitó al rector Furniss a que le visitara en Taconic, que está a solo 105 kilómetros de New Haven en contraste con los 185 kilómetros de distancia que separan Taconic de Cambridge. Como Elizabeth y Schumpeter pasaban en aquel momento más tiempo en Windy Hill esta proximidad formaba parte por sí misma del atractivo de Yale. Taconic está situado cerca de la cima más elevada de Connecticut y conducir por las montañas durante los meses nevados de invierno a veces era imposible. Incluso durante el año Taconic era mucho más accesible desde New Haven porque en aquella época había trenes de pasajeros que conectaban ambos lugares, mientras que no había ninguno que uniera Taconic con Cambridge o Boston.

Después de recibir la respuesta de Schumpeter, Furniss fue hasta Taconic para empezar unas negociaciones más serias. Yale incrementó su oferta hasta 12.000 dólares junto con una pensión de 4.000 dólares, por lo que se alineaba así con la que Schumpeter tenía en Harvard. Después de regresar a New Haven, Furniss escribió a Schumpeter para agradecerle su hospitalidad "en esa casa de campo completamente encantadora". Señaló que la situación de las viviendas de New Haven era mejor y no solo porque hubiera precios inferiores: "La Universidad posee unas casas y si una de ellas le atrae no habrá ningún problema en concedérsela." Furniss hizo hincapié en que el Departamento de Economía de Yale "apoya esta invitación de forma unánime y entusiasta del mismo modo que el órgano dirigente de la universidad. Si viene a Yale haremos lo posible para que ocupe una posición de liderazgo en el desarrollo del trabajo de posgrado y nos apoyaremos en su asesoramiento

para seleccionar el personal adecuado para llevar a cabo el programa de posgrado.” Esta propuesta también era extremadamente inusual: la posibilidad de reconstruir el departamento de Yale según su propia perspectiva.[12]

Una vez más Schumpeter envió una respuesta alentadora. “Su carta, junto con lo que ya me había explicado sobre mis obligaciones, parece dejar zanjados todo los aspectos que se pueden rematar en este momento.” Deseaba informar a Harvard de estas discusiones antes de continuar con ellas porque ya estaban a finales de mayo y tenía cursos asignados para el semestre de otoño. Si se iba quería que fuera “de la forma más amistosa posible”. Por consiguiente preguntó a Furniss si podría enseñar en ambas instituciones durante el año académico 1940-1941. Ya había hecho esto mismo diez años antes cuando estuvo en Bonn y en Harvard. Daría su curso sobre los ciclos económicos en Yale a principios de enero y avanzaría bastante más “en lo referente a la dirección general de los estudios de posgrado de Economía”. La respuesta de Furniss dejó claro que Yale quería que Schumpeter se incorporara de forma permanente pero que estaría dispuesta contar con la mitad de su tiempo durante el primer año.[13]

Schumpeter verdaderamente quería irse a New Haven. La actitud desdeñosa de Harvard hacia *Ciclos económicos* le había herido profundamente y ahora Yale le invitaba a que se centrara en el tema principal de ese libro. Además, New Haven era el hogar de Irving Fisher, un economista que ya se había retirado y uno de sus mejores amigos. Schumpeter escribió al rector Furniss para explicarle que le llevaría algún tiempo realizar las gestiones de los pagos de las becas de investigación que recibía de la Fundación Rockefeller a través de Harvard. “Pero al mismo tiempo le aseguro que si veo la manera de aceptar la propuesta, lo haré con entusiasmo.” Mientras tanto, Schumpeter dio pistas evidentes en Cambridge de que tenía intenciones de irse.[14]

En el mundo académico los traslados de profesores de alto nivel a veces se reciben con afectado descuido; el consorte que ha sido rechazo se vuelve demasiado orgulloso como para protestar. Pero este caso fue diferente y el Departamento de Economía de Harvard, que por lo general adoptaba una actitud lacónica, se puso rápidamente en marcha. Los diecisiete miembros del departamento firmaron una carta en la que instaban a Schumpeter a que se quedara al tiempo que, al verdadero estilo de Harvard, no dejaban duda alguna de que se consideraban mejores que los economistas de Yale e que incluso sabían lo que era mejor para el propio Schumpeter:

> Los abajo firmantes, miembros del Departamento de Economía, desearíamos transmitirle nuestro profunda preocupación por su proyectada marcha de Harvard para unirse al departamento de Yale. Creemos que ejerce aquí un papel vital en un departamento que posee capacidades e intereses diversos por lo que su pérdida sería aún mayor *debido a* nuestra importancia y a las

> obligaciones que tenemos. Por el contrario, la mayor oportunidad que tendría en el departamento de Yale para desarrollar sus competencias se vería más que neutralizada por las obligaciones y las posibilidades más restringidas del propio departamento de Yale. Es más, creemos que su marcha iría en detrimento de sus propios intereses así como de los de la ciencia económica a la que tanto amor profesa. Le instamos a que conceda a estos elementos su debida importancia mientras toma su decisión final y esperamos y confiamos en que esta decisión sea permanecer con nosotros.[15]

Schumpeter recibió una carta aún más calurosa de sus veintiséis estudiantes de posgrado. En este grupo había dos futuros premios Nobel (Samuelson y Tobin) y al menos una docena de otros economistas que en el futuro liderarían la profesión:

> Hemos oído que está considerando la posibilidad de irse de Harvard. Para nosotros, que hemos estado tan estrechamente relacionados con usted como estudiantes durante muchos años estas noticias son de lo más perturbadoras.
>
> Cada uno de nosotros ha recibido el estímulo de la amplitud y de la perspectiva de su pensamiento. Siempre ha mostrado un gran interés en nuestros problemas con independencia de la esfera a la que pertenecían, como nadie más ha hecho, y siempre hemos tenido razones para estarle extremadamente agradecidos por la voluntariedad con la que nos concede su tiempo y su energía. Siempre ha contribuido considerablemente a nuestra labor de investigación mediante críticas constructivas y generosas muestras de ánimo. Ha sembrado en nosotros la creencia en la importancia de una ciencia económica más exacta y objetiva y el deseo de participar en su desarrollo. Por encima de todo, ha sido más que un profesor para nosotros, siempre hemos estado orgullosos de considerarle un verdadero amigo. Creemos que su marcha supondrá una pérdida irreemplazable para nosotros y para los futuros estudiantes de Harvard.
>
> Con razón se considera a Harvard el centro mundial de la investigación y de la docencia en los campos de la teoría y de los ciclos económicos y en gran medida esto ha sido un logro suyo. Sabemos que estas ramas sufrirán con su ausencia. Usted ha sido el núcleo a partir del cual han tomado forma debates económicos y relaciones personales. Tememos que este *esprit de corps* no sobrevivirá a su marcha.
>
> Quizá no hayamos sabido transmitir bien la pérdida que su marcha implicará para la Universidad y para nosotros mismos pero confiamos en que se dará cuenta de la sinceridad de esta expresión espontánea. Le rogamos que tenga en cuenta estas observaciones al tomar su decisión.[16]

Schumpeter habló con algunos de sus estudiantes y respondió a sus colegas con una carta que envió a cada uno de ellos: “Mi único deseo sería poder convencerme a mí mismo de que tienen razón. Estoy muy unido a Harvard y al Departamento de Economía y me doy perfecta cuenta del valor que tiene el privilegio de pertenecer a un grupo de tal excelencia. Pero a mis ojos mi marcha parece un alivio para la estructura del departamento, que podría mostrarse beneficiosa para el departamento y para mí mismo. Me alegra saber que no están de acuerdo conmigo en este punto y espero, sinceramente, estar equivocado.”[17]

Edward Mason, uno de los colegas más jóvenes y competentes que tenía Schumpeter, solicitó entonces una cita para entrevistarse con el presidente James Conant. El presidente de Harvard puso todo su empeño para apaciguar a Schumpeter, alabó su trabajo e hizo hincapié en su estatus, en que era la joya del Departamento de Economía. El 21 de junio de 1940, siete semanas después de haber recibido la primera carta de Yale, Schumpeter le dijo a

Elizabeth unas palabras que quizá tuvieran un viso freudiano: “Me estoy resignando a tener que declinar la oferta de Yale.”[18]

Después de escuchar las noticias de Schumpeter el rector Furniss le escribió desde Yale: “No intentaré ocultar el hecho de que su decisión me ha decepcionado profundamente. Ya habíamos puesto todas nuestras ilusiones en tenerle aquí.” No “le avergonzaré con ningún intento para disuadirle.” Furniss añadía que estaba “encantado de que esté dispuesto a venir el próximo año mediante algún tipo de colaboración a media jornada.” Más tarde el presidente de Yale, Charles Seymour, le escribiría para decirle que “no necesito explicarle lo contento que estoy de que haya encontrado la manera de prestarnos este servicio.”[19]

Schumpeter esperó hasta el otoño de 1940 para hacer las gestiones finales para quedarse en Harvard al tiempo que enseñaba en Yale un día por semana durante el siguiente semestre académico. E. H. Chamberlin que dirigía el departamento de Harvard en aquella época y que conocía el reciente artículo sobre la racionalidad que había escrito Schumpeter le escribió para decirle que “esta decisión tiene toda la apariencia de ser una decisión ‘racional’.” El decano de Harvard, William Scott Ferguson, le transmitió su propia “felicitación por la decisión … Mi única preocupación es que ambos, Yale y nosotros, vamos a hacerle trabajar demasiado”.[20]

La carta de sus colegas y sobre todo la de sus estudiantes probablemente tuvieron mucho que ver con su decisión de quedarse en Harvard. Los ánimos de Elizabeth también tuvieron una cierta influencia puesto que deseaba empezar de nuevo en una nueva ciudad. Desde que había sido estudiante de primer año en Radcliffe y durante veinticinco años más, Elizabeth había vivido principalmente en Cambridge, cerca de sus amigos, de sus contactos profesionales y de ciertas perspectivas de empleo.

Aún así, la oferta de Yale había complacido a Schumpeter sobremanera y estuvo muy cerca de aceptarla. Como los emprendedores empresariales de los que había escrito, siempre se había mostrado confiado con los nuevos inicios y él mismo había empezado de nuevo muchas veces: en el *Theresianum*, en la Universidad de Viena, en la Universidad de Chernivtsi, en la Universidad de Graz, en el Ministerio de Hacienda austríaco, en el Biedermann Bank, en la Universidad de Bonn y finalmente en Harvard. Yale suponía una oportunidad de reinventarse a sí mismo una vez más. Si hubiera sido un poco más joven o hubiera estado todavía soltero, probablemente habría ido a Yale. Y de haber sido así el daño sufrido por Harvard habría sido grave. El traslado no solo le habría costado a la universidad la pérdida de una de sus estrellas más rutilantes, sino que también habría implicado que dos años después el hombre que publicó *Capitalismo, socialismo y democracia* (uno de los libros más

importantes del siglo XX) no habría sido un profesor de Harvard, sino de Yale.

Capítulo 18
A contracorriente

¿Acaso me contradigo?

Muy bien, entonces me contradigo,

(Soy inmenso, contengo en mí multitudes.)

Walt Whitman: “Canto de mí mismo”, 1851.

En la época en que Schumpeter reflexionaba sobre Harvard en contraposición a Yale, los acontecimientos internacionales dominaron la atención mundial. En este aspecto, como en todos los demás, la previsión de Schumpeter y su independencia como pensador lo diferenciaron de la mayoría de sus colegas y amigos estadounidenses. Él mismo se dio cuenta de que sus pensamientos sobre la crisis que se avecinaba eran a veces paradójicos, inconsistentes o simplemente incorrectos.

Sentía poco afecto por Alemania como vienés, pero aún le irritaban las injusticias que le habían inflingido los vencedores de 1918. Tendía a pensar a muy largo plazo, como un atento estudioso de la historia que era, en el marco de una política de grandes potencias y de esferas de influencia cambiantes. La potencia que más le preocupaba no era Alemania sino la Unión Soviética, un país mucho mayor cuyo gobierno pedía abiertamente el final del capitalismo y de la democracia.[1]

Durante la década de 1930 consideró tanto a Alemania como a Japón como barreras vitales a largo plazo para contener la expansión de Rusia y por esta razón valoraba los errores de estos gobiernos en términos relativos y no absolutos. Creyó que los excesos espantosos del nazismo no durarían más allá de unos años. Se trataba de ilusiones en su carácter más extremo y de uno de los errores más grandes de su vida. Después de todo había visto como desposeían de su cargo académico a decenas de sus amigos judíos y socialistas en Alemania y recibía de Mia Stöckel un flujo constante de noticias sobre la crueldad nazi. Sin embargo, nunca creyó que Alemania fuera una amenaza tan grande como la Unión Soviética, ni tampoco pensó que Hitler fuera un líder a largo plazo casi tan peligroso como José Stalin.[2]

Según transcurría la década de 1930 Schumpeter se sintió abatido y a menudo mostró cierto cinismo con respecto a la posibilidad de que se produjera otro conflicto mundial. En 1937 escribió a un economista francés y le dijo lo siguiente: “En efecto, la invasión de la política de todos los ámbitos constituye por supuesto una lacra para todos los objetivos y valores culturales … Esa lucha por sí misma engulle cada problema, cada vínculo, cada valor y cada ambición intelectual y apenas diferencia el hecho de que lo que amenaza

con engullir, lo que entendemos por civilización, no es una fase ascendente sino dos", el comunismo y el fascismo.[3]

En Europa a finales de la década de 1930 los movimientos fascistas y comunistas se enfrentaban unos contra otros, ya fuera nación contra nación o, más a menudo, distintas facciones dentro de un mismo país. En ocasiones luchaban mediante representantes: en la Guerra Civil española que tuvo lugar de 1936 a 1939 los soviéticos comunistas ayudaron a un bando mientras que los nazis fascistas auxiliaron al otro. Los gobiernos democráticos parlamentarios se vieron acorralados en el medio y trataron desesperadamente de evitar otra guerra general en Europa, aunque ellos mismos también empezaran a gastar sumas colosales en armamento.

Schumpeter intuyó de forma mucho más clara que muchos analistas que ninguno de los tres sistemas contendientes (fascismo, comunismo y capitalismo democrático) sería capaz de derrotar a los otros dos militarmente. Antes de que sobreviniera la guerra previó que habría una alianza victoriosa de parejas extrañas (capitalista y comunista, demócrata y autócrata, socialista y fascista). Pero, ¿quién se aliaría con quién? ¿Y qué resultado tendría esta alianza?

Primero tuvo lugar una alianza entre el fascismo y el comunismo bajo la forma del Pacto de no Agresión Nazi-Soviético de agosto de 1939. De manera pública, se prometía la neutralidad en caso de que uno de los dos países entrara en guerra con otra nación, pero en un protocolo secreto las dos potencias acordaron invadir y dividir a su vecino: Polonia. La firma de este documento trascendental catapultó el ataque relámpago de Alemania sobre el oeste de Polonia el 1 de septiembre (*Blitzkrieg*). Los soviéticos invadieron el este de Polonia tres semanas más tarde para reclamar su parte del territorio. Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania y la II Guerra Mundial se puso en marcha.

Después de que Hitler y Stalin desmembraran Polonia, los soviéticos siguieron su actuación bajo otro acuerdo secreto con Alemania y ocuparon Estonia, Letonia y Lituania. Después lanzaron la invasión de Finlandia. Pocos meses después Alemania conquistó rápidamente Holanda, Bélgica y Francia. En aquel momento Stalin controlaba el este de Europa y Hitler dominaba el oeste. Tan solo Gran Bretaña quedó fuera del alcance de Alemania. Después de que la Luftwaffe fracasara en su intento de ganar la Batalla de Gran Bretaña durante el otoño de 1940, Hitler se volvió hacia el este en junio de 1941 y atacó a su conspirador comunista. Hitler escandalizó al mundo al lanzar una invasión masiva de la Unión Soviética y romper directamente el pacto de 1939. Este paso llevó a los soviéticos a una nueva alianza de conveniencia con Gran Bretaña. Como la supervivencia de los británicos

estaba en juego, el enemigo de su enemigo se convirtió en un amigo con independencia de su ideología.

Al igual que muchos estadounidenses, Schumpeter temía que Gran Bretaña llevara entonces a los Estados Unidos a la guerra. Según escribió en su diario, su país de adopción estaba "a merced de grupos que no están orientados hacia sus intereses, a nadie le preocupa sus intereses excepto, por supuesto, a la mayoría de los estadounidenses, pero esos no cuentan; desconcertados e intimidados farfullan obedientemente: 'Tenemos que estar preparados' y con mudo disgusto pronto mascullarán: 'No podemos quedarnos al margen'." Sentía por los Estados Unidos algo muy parecido a lo que sentía por Austria en 1915 y 1916, cuando estaba atrapado en Graz. Según dejo escrito en aquella época, antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, en una especie de poema de examen de sí mismo:

> Ver a este país apresurarse hacia un futuro desconocido
> Echando a perder todas las oportunidades a derecha e izquierda
> Y tener que estar sentado aquí sin ser capaz de prevenir, de ayudar …

Pero después de haber experimentado una frustración tan grande cuando estuvo involucrado en el gobierno en 1916 se previno a sí mismo en 1940: "Reflexiona antes de dejarte arrastrar por el 'conflicto político' … Recuerda: si lo haces debes hacerlo con voluntad." Al final, no hizo nada de eso en absoluto.[4]

La primera reacción de Schumpeter tras el estallido de la guerra en Europa había sido una incredulidad entumecida. "Dolor, por supuesto," –escribió en su diario– "pero por lo demás es como siempre, como todas las grandes catástrofes que he experimentado y vivido, *no* hay reacción, mi jardín secreto está enmudecido, los pájaros están callados; *esa vieja sensación de aturdimiento* … es extraño, ni siquiera siento que haya una guerra mundial."[5]

Pensó que la guerra europea era una lucha entre Gran Bretaña y Alemania que, en primer lugar, quizá no tendría que haber comenzado nunca. "No hay guerras porque las personas quieran luchar por algo, sino porque quieren luchar." Las anotaciones de su diario muestran un estado de confusión provocado por sentimientos contradictorios. Tres semanas después de que empezara la guerra y diez meses antes de la invasión de Hitler de la Unión Soviética, Schumpeter escribió lo siguiente:

> Tan pronto como, de forma bastante estúpida, Alemania sea conducida [por la política británica y francesa] a alzar las armas contra Rusia, la posibilidad de que Alemania tenga éxito será considerable.
>
> Sí, puede que haya errores, una mala gestión del frente occidental, etcétera, un ataque a los países neutrales y por consiguiente una guerra mundial (que *todavía* no es mundial), además, puede ganar probablemente a Italia y Japón. Sin embargo, en el curso normal de las cosas la guerra está realmente marcada en favor de Alemania e incluso [la participación] de los Estados Unidos no cambiarán necesariamente el resultado.

> No obstante lo que resulta reconfortante es que si Alemania gana en el sentido de rechazar el ataque y asegurarse lo que pueda en el este, habrá … un estado de cosas mucho más estable, la estructura de Europa estará mejor equilibrada, se eliminará la tensión y habrá más esperanzas de paz que las que han existido durante mucho tiempo atrás.
>
> ¿Pero qué sucede con el hitlerismo? Bien, la historia debería habernos enseñado que no merece la pena luchar contra la religión (por eso nadie pensará en luchar contra el bolchevismo): si está para quedarse, se quedará. Pero aunque sea así, no es improbable que se asiente (precisamente después de tener éxito) mientras que no veo qué es lo que se haría si Alemania fuera *vencida*. No veo nada más que otra estructura inestable.

En este caso Schumpeter subestimó radicalmente la fortaleza y capacidad maléfica de los nazis, pero al mismo tiempo anticipó con gran perspicacia la situación que llevaría a la Guerra Fría que se desató entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y que duró de 1945 a 1989.[6]

Era, prácticamente, la única persona confundida de los Estados Unidos. Una gran parte de los estadounidenses estaba convencida de que en 1917 se había embaucado a su país para que entrara en la Gran Guerra, y respondió a los acontecimientos de las décadas de 1920 y 1930 con un intento de no pensar en absoluto en asuntos del exterior. El Congreso rechazó el Tratado de Versalles y rehusó formar parte de la Liga de Naciones. En 1932, cuando los japoneses ocuparon Manchuria y establecieron un estado títere, Manchukuo, los Estados Unidos (y la Liga de Naciones) no hicieron prácticamente nada. Y en 1935, cuando Mussolini invadió Etiopía, el Congreso aprobó la primera de una serie de leyes de neutralidad (Neutrality Acts) cada vez más rígidas que prohibía cualquier tipo de colaboración con contendientes extranjeros.

El término “aislacionista” puede ser demasiado exagerado para referirse a la actitud estadounidense, pero a mediados de la década de 1930 su perspectiva consensuada respecto a los asuntos del exterior fue la postura más parecida a la postura del avestruz que había adoptado la nación en toda su historia. Las encuestas de opinión durante esta década mostraron un desagrado fuerte y constante en lo tocante a conflictos en el extranjero y la determinación de mantenerse al margen de la guerra. Incluso el presidente Roosevelt que era un gran internacionalista creyó necesario afirmar durante la campaña electoral de su tercer mandato en 1940 que “no se enviará a vuestros muchachos a ninguna guerra extranjera”. E incluso en fechas tan avanzadas como octubre de 1941, un año entero después de la Batalla de Gran Bretaña y justo unas semanas antes del ataque japonés de Pearl Harbor, las encuestas de opinión seguían mostrando que una mayoría de los estadounidenses se oponía a la participación militar de la nación en la guerra.[7]

Lo mismo sucedía con la Universidad de Harvard que antaño había sido un bastión del internacionalismo. Un miembro de la promoción de 1940, Thornton Bradshaw (que más tarde sería un respetado empresario, presidente ejecutivo de Atlantic Richfield y de RCA), creía que la Guerra Civil española

“no era asunto nuestro. Si la Alemania y la Italia fascistas y la Rusia comunista están involucradas en ella, entonces mi punto de vista queda reflejado por la invocación: ‘que mal rayo los parta a ambos’.” Otro estudiante, Arthur M. Schlesinger, Jr., recordaba que “Harvard vivía en una burbuja” y su legión de estudiantes fue “una generación inocente”.[8]

Schumpeter también quería mantenerse al margen de la guerra, pero no podía reclamar para sí la inocencia como excusa de su ceguera parcial con respecto a las crueldades nazis. Aunque compartiera el desagrado que la guerra causaba en sus conciudadanos, Schumpeter era consciente de que muchas de sus opiniones sobre otros temas le mantenían en contra de la mayoría. A Schumpeter no le agradaba Franklin D. Roosevelt particularmente, una persona a la que no comprendió bien y a la que infravaloró. Hoy en día se considera a Roosevelt de forma generalizada como el mejor presidente estadounidense del siglo XX. Empezó su mandato en 1933, año en que los Estados Unidos hacían frente a una catástrofe económica. El programa de su *New Deal*, que se aprobó durante los primeros cinco años de su presidencia, se ocupó casi por completo de los problemas nacionales que provocó la Gran Depresión.[9]

Los estadounidenses más acaudalados se opusieron al *New Deal* de forma implacable por las medidas económicas innovadoras de Roosevelt, entre las que había una serie de leyes complejas que regulaban los valores que eran absolutamente necesarias para hacer que Wall Street y los mercados de capitales estuvieran sujetos a una regulación pública eficaz. La ley del impuesto sobre la riqueza de 1935 incrementó el impuesto sobre la renta de las sociedades y de los individuos con altos ingresos y creo un impuesto de sucesiones importante, el primero de la historia de la nación. Mientras los ricos echaban chispas contra “ese hombre” de la Casa Blanca, el astuto Roosevelt encontró la manera de explotar su hostilidad. En la brillante y exitosa campaña para la reelección de 1936 les acusó de ser unos “monárquicos de la economía”. Y en un discurso que ofreció la víspera de la elección en el Madison Square Garden de Nueva York dijo a su público desenfrenado que los ricos “me odian de forma unánime y yo recibo con gusto su odio”. (Roosevelt era capaz de usar la demagogia aunque lo hacía en raras ocasiones. El discurso de Madison Square Garden disgustó incluso a Eleanor Roosevelt, la primera dama).

A tenor de su origen y de sus inclinaciones conservadoras, Schumpeter quizá considerara de forma inevitable a Roosevelt como a un político peligroso. Su punto de vista respecto al New Deal era el de un intelectual europeo que había presenciado personalmente la caída de numerosos gobiernos democráticos. Había visto el ascenso posterior de hombres

poderosos y temía que este mismo modelo pudiera surgir en los Estados Unidos. Desconfiaba de todos los políticos y en su diario dejó escrito que "hay más mentiras en un gobierno que en el argumentario de venta de cualquier regenerador capilar".[10]

Sin embargo, Schumpeter había malinterpretado la voluntad del presidente Roosevelt de aprobar todo tipo de medidas que aceleraran la recuperación y había confundido esta voluntad con un impulso sin escrúpulos encaminado al autoritarismo. Era bastante cierto que la filosofía económica del *New Deal* no era muy coherente. No obstante Schumpeter obvió los poderosos efectos psicológicos del programa activista de Roosevelt y su atracción para los millones de ciudadanos marginados de la nación. El *New Deal* no solucionó ninguno de los problemas principales de la nación: la economía, la injusticia estructural que sufría la clase trabajadora, el racismo o la grave pobreza que asolaba a algunas regiones concretas del país. Sin embargo, contribuyó a la mejora de todos estos problemas. A pesar de haber nacido en el seno de familias acaudaladas y de elevada posición social, a la mayoría de estadounidenses tanto Franklin como Eleanor Roosevelt les parecieron ser unos amigos con carácter humano que se interesaban por ellos personalmente.

Schumpeter no formaba parte de esa mayoría. El *New Deal* le chocó como si todavía fuera otro preludio del autoritarismo y llegó a estar convencido de que el programa de Roosevelt representaba un paso hacia el fascismo o el socialismo o, en cualquier caso, hacia una posible dictadura. Escribió a un amigo que Roosevelt era como un niño que rompía sin motivo alguno una máquina porque no entendía su diseño. El presidente "va a convertirme en un admirador de [Ludwig von] Mises", su compañero de clase en la Universidad de Viena que había llegado a ser un fundamentalista del libre mercado y que se oponía a casi todas las intervenciones del gobierno. En la primavera de 1937, cuando el presidente intentó sembrar de simpatizantes el Tribunal Supremo con nuevos nombramientos, la sospecha de sus intenciones también pasó por la cabeza de muchos estadounidenses. Como escribió Schumpeter en su diario, "Roosevelt no puede y no cogerá ninguna manzana sin desequilibrar todo el carro de frutas".[11]

A finales de la década de 1930, mientras la guerra se venía encima en Europa, Schumpeter creyó que el presidente intentaría alguna maniobra para introducir a los Estados Unidos en el conflicto, del lado de Gran Bretaña. En este caso estuvo mucho más acertado que en su valoración del *New Deal*. Aun así, le seguía pareciendo que las políticas de Washington eran difíciles de entender. Cuando la administración empezó a realizar más gastos tanto en proyectos nacionales como en preparativos militares Schumpeter se quejó en su diario: "*Los nuevos gastos de Roosevelt*, ¿son una buena señal? Si consigue

su guerra, [el gasto nacional] no sería necesario y como está intentando disolver toda oposición, honor o responsabilidad en un torrente de dinero, ¿no debe de pensar que no puede tener la guerra? ¿Es ésta la última baza del *New Deal*?" A pesar de todo lo que el gobierno estadounidense pudiera hacer (y de hecho intentó casi todas las medidas razonables) la recuperación económica siguió siendo escurridiza. En 1933 la tasa de desempleo se mantuvo en el 25 %. Con las nuevas políticas del *New Deal*, la tasa declinó inicialmente pero solo para volver a incrementarse. En 1939 todavía se encontraba en niveles de depresión: el paro alcanzaba al 17,6 % de la fuerza laboral.[12]

Una de las pocas medidas que Roosevelt no intentó fue un paso radical que el propio Schumpeter había sugerido durante los inicios de la década de 1930: una única inyección de gasto público de emergencia de 9.000 millones de dólares. Esta suma, inmensa para la época, excedía ampliamente cualquier medida que se hubiera intentado realizar en el marco del *New Deal* o que hubieran sugerido otros economistas importantes. Era tres veces mayor que el presupuesto federal anual de la época en la que Roosevelt había iniciado su mandato. En general, Schumpeter se oponía al tipo de manipulación fiscal que recomendaba Keynes, con su gasto deficitario crónico y su desincentivación del ahorro, pero pensaba que, como medida de emergencia, la economía estadounidense necesitaba una enorme inyección de inversión pública.[13]

Aunque no tuviera ningún papel en el diseño de las políticas de su país de adopción Schumpeter encontró diversas maneras de hacer que sus opiniones fueran conocidas. En 1940, justo después de haber declinado la oferta de Yale para quedarse en Harvard, empezó a trabajar en un proyecto que le llevaría a organizar y refinar sus puntos de vista. El Lowell Institute, una prestigiosa organización que tenía su sede en Boston, le invitó a dar ocho conferencias públicas a partir de marzo de 1941 con el título de "Una interpretación económica de nuestros tiempos". Para el Lowell Institute se trataba de la 102ª edición de una tradición que se había iniciado en 1839 y que había tenido anteriormente a conferenciantes como Oliver Wendell Holmes ("El camino de la ley"), William James ("Pragmatismo"), Alfred North Whitehead ("La ciencia del mundo moderno") o Bertrand Russell ("Nuestro conocimiento del mundo exterior").

Schumpeter aceptó la invitación a pesar de que tanto él como Elizabeth estuvieran extraordinariamente ocupados en aquel momento. Durante algunos períodos del año académico 1940-1941 enseñó un día a la semana en Yale además de cumplir con sus obligaciones habituales de Harvard. Asimismo, al ser el presidente de la Econometric Society estaba al cargo de planificar el programa de su reunión anual, una tarea que llevaba mucho tiempo y que implicaba mantenerse en contacto con decenas de posibles oradores y

comentaristas. Además, había empezado a trabajar con tesón en el libro que aparecería bajo el título de *Capitalismo, socialismo y democracia*.

En las conferencias Lowell prefiguró muchas de las ideas que desarrollaría con más detalle en el libro. Durante cuatro semanas del mes de marzo de 1941 intervino los lunes y los viernes desde las cinco de la tarde. Algunas de las conferencias muestran destellos marca de fábrica de Schumpeter, con su forma de dar la vuelta a una frase o su memorable sentido del espectáculo. Sin embargo, por lo general adoptó un tono sombrío. Estaba muy afectado por la carnicería que tenía lugar en Europa y Asia y convencido a su pesar de que los Estados Unidos pronto tomarían parte en ambas guerras.[14]

Empezó su primera conferencia contrastando los sentimientos populares de aquel momento con aquellos que el mundo occidental había tenido setenta años antes. Durante las décadas que precedieron al estallido de la guerra de 1914 Schumpeter observó que "prácticamente todas las naciones civilizadas profesaron lealtad al ideal democrático" y había una amplia base para el optimismo. "La educación popular y la continua extensión del sufragio fueron políticas aceptadas generalmente. La libertad del individuo para expresarse, pensar y hacer lo que deseara también estaba, dentro de unos límites muy amplios, garantizada."[15]

La civilización anterior a 1914 "era esencialmente racionalista y utilitaria. No era favorable a rendir culto a la gloria nacional, la victoria y demás." Tendía a considerar la guerra como un artificio poco económico. En resumen sus perspectivas reflejaban "las creencias y actitudes de la clase empresarial". Sin embargo, con el tiempo las personas empezaron a dar por sentado el éxito económico y a perder la visión de los principios económicos fundamentales. En la década de 1930 el mundo había "desarrollado su mal humor contra el sistema capitalista". El resultado fue que "ahora encontramos con frecuencia que los hechos más obvios de este proceder están siendo amainados o incluso denegados rotundamente". La Gran Depresión había exacerbado los sentimientos anticapitalistas y antidemocráticos que habían ido en aumento incluso antes del crash del mercado de valores de 1929.[16]

En lo que a este asunto se refiere, las tendencias intelectuales habían empezado a minar los valores burgueses antes incluso de que estallara la pólvora de agosto de 1914. "Habíamos tenido a Nietzsche, luego estaban Bergson, y Sorel, y Pareto. Ninguno de ellos era socialista y ninguno de ellos había sido amigo del capitalismo o de las éticas que congeniaban con el capitalismo." Por consiguiente, "la Gran Guerra afectó a un mundo esencialmente inestable".[17]

Y después, en vez de zanjar las disputas como es el caso de la mayor parte

de las guerras, “el huracán de 1914” multiplicó de forma extraordinaria los problemas del mundo. Los tratados de paz impusieron cargas económicas imposibles a los perdedores. Los intentos de establecer gobiernos democráticos se fueron a pique en muchos países. Y lo más grave de todo es que la Unión Soviética empezó a amenazar tanto al capitalismo como a la democracia al combinar con éxito el socialismo estatal con la eliminación de las libertades civiles.

Schumpeter creía que la mayoría de los intelectuales occidentales habían perdido la cabeza en cuanto a la Unión Soviética y estaban dando un cariz desenfrenadamente romántico a sus prácticas. El respetado periodista estadounidense Lincoln Steffens al volver de un viaje a Rusia afirmó: “He visto el futuro y es un futuro que funciona.” Los intelectuales parecían estar ciegos ante la brutalidad del régimen estalinista. Sin embargo, en 1940 la implacable colectivización de la agricultura y el desvío forzoso de alimentos a las ciudades había llegado a matar por inanición entre 5 y 8 millones de personas. Estas cifras increíbles no fueron totalmente conocidas hasta después de la II Guerra Mundial, del mismo modo que sucedió con las del Holocausto. No obstante estuvo claro incluso antes de la guerra que millares de ciudadanos soviéticos habían muerto o desaparecido en los juicios políticos y los traslados forzosos que se produjeron entre 1933 y 1939. En palabras de Schumpeter el comunismo ruso mostró “mucho más afinidad con Iván el Terrible que con Karl Marx”.[18]

Mientras tanto, en los países capitalistas el crash de los mercados de 1929 los había golpeado con una dureza desproporcionada por culpa del legado de 1919. Por su propia naturaleza, “el capitalismo no se muestra delicado con el capitalista” y el bajón económico de 1929 había caído encima de una economía mundial debilitada con una fuerza maligna. La crisis que le siguió “constituyó una catástrofe sin precedentes que dio paso a una parálisis completa del sistema capitalista que, aunque actualmente podría ser remendado mediante la acción del gobierno, ha sido desacreditado para siempre.”[19]

A sabiendas de que su análisis tenía visos de gustarle poco a su público, Schumpeter continuó su discurso diciendo que la Gran Depresión había empezado como una caída normal, un crash habitual del mercado de valores capitalista “por el que personalmente nunca he sido capaz de derramar lágrima alguna. Por razones morales, fue una operación de lo más sanitaria”. Durante la década de 1920 los mercados de valores se habían visto acosados por “ciertos procesos patológicos”: se habían cortado monopolios, se habían saltado leyes y los precios se habían inflado en pos de obtener beneficios rápidos. Schumpeter mantenía que se trataba de una reacción capitalista

normal, aunque muy poco atractiva, a un período en el que se había producido un boom. También lo fue la caída del mercado una vez que explotó la burbuja. Las acciones estadounidenses perdieron cerca de un 90 % de su valor entre 1929 y 1933, aunque la mayor parte de las pérdidas se produjeron después de 1931, el año en que la banca estadounidense empezó a hundirse.[20]

Schumpeter defendía que la crisis bancaria fue la verdadera calamidad y que la política del gobierno la hizo mucho peor. El sistema bancario estadounidense debido a su extrema descentralización era "de lejos el más débil de todo el mundo". En la mayoría de países había bancos por decenas o centenas y se fomentaba la existencia de múltiples oficinas. Por el contrario, el halo histórico de sospecha estadounidense sobre el poder centralizado había evitado que se produjera una concentración financiera y las redes de oficinas bancarias o los bancos interestatales todavía estaban prohibidos en muchos estados. En la época del crash de 1929 había unos treinta mil bancos independientes estadounidenses y la gran mayoría de ellos eran pequeños y carecían de reservas suficientes.[21]

Alrededor de siete mil de esos bancos quebraron en el breve espacio de tiempo de 1931 a 1933 y llevaron a la ruina económica a millones de ciudadanos. Según Schumpeter el resultado para la opinión pública fue una acusación generalizada al conjunto del sistema económico: "El capitalismo estuvo condenado hasta tal punto que era casi imposible exponer en 1933 a un público cualquiera una visión de los hechos imparcial … cualquier cosa que no acabara en una condena del sistema se rechazaba de plano en la época en la que apareció el *New Deal*. No critico esta mentalidad del pueblo estadounidense y de otras muchas personas, solo quiero atraer su atención sobre ella."[22]En este contexto y habida cuenta de los escándalos indefendibles y notorios de Wall Street, un gran número de empresarios perdieron su coraje. "Actuaron todos ellos como si tuvieran algo terrible que esconder y, a decir verdad, no había nada tremendamente malo que esconder." Mientras tanto, "los intelectuales dieron vueltas en torno a lo que creían que era el sol naciente [del socialismo]" y se pusieron a hacer propaganda contra el capitalismo. "Incluso las personas sensatas creyeron estas intrigas que eran de lo más alocadas puesto que estaban desconcertados por los hechos que no podían entender y que les aterraban." Aunque no diera nombre alguno, Schumpeter suponía que su público conocía los programas radicales que habían propuesto el populista Huey Long y el "cura de las ondas" antisemita, el padre Charles Coughlin.[23]

Schumpeter continuó en sus conferencias con el análisis económico de las políticas aprobadas en la década de 1930 en diversos países. En muchos de ellos, incluyendo a los Estados Unidos, los gobiernos pusieron en práctica

algún tipo de planificación. Schumpeter se preguntó qué significaba "planificación" en una economía de mercado. "Se trata de sustituir las decisiones empresariales de cómo, qué y cuánto producir por la decisión de algún otro organismo social". Los experimentos del *New Deal* no siguieron un modelo definido y no mostraron ninguna coherencia. Aún así, algunos organismos representaban el tipo de sistema que se encontraba en la Italia de Mussolini, como era el caso particular de la National Recovery Administration (la Administración para la recuperación nacional) que suponía un cártel de numerosas industrias. En tanto que europeo que había sido testigo de la gravitación del poder hacia hombres fuertes en un país detrás de otro, Schumpeter no veía razón alguna para creer que el mismo tipo de situación no podía darse en los Estados Unidos. Sabía que Roosevelt era tan carismático como cualquier autócrata europeo y un político mucho más hábil que la mayoría de los líderes de cualquier otra parte.[24]

A continuación se ocupó de la diplomacia internacional. Schumpeter hizo de la política de sanciones económicas contra países agresivos su blanco de ataque y afirmó que "nunca existió una idea más desafortunada". En primer lugar, las sanciones forzaban a las naciones a proseguir con la autarquía (la autosuficiencia económica). Al proceder de este modo reducían el comercio internacional que era en sí mismo una fuerza poderosa para la paz y un compromiso diplomático continuo. Las graves sanciones que se impusieron a Japón, por ejemplo, les llevaron a desarrollar sus propios suministros de materias primas y a buscar nuevas fuentes mediante más agresiones. "Esta creencia casi infantil que mantienen muchas personas … de que por medio del control de las materias primas se puede forzar a las naciones extranjeras a postrarse a sus pies ha sido de gran ayuda a autarquistas, militaristas y dictadores de todo el mundo."[25]

Las sanciones también alejaron a la economía mundial del ideal de libre comercio. Schumpeter especuló con la idea de que después de que las guerras acabaran en Europa y en Asia se podrían desarrollar bloques de comercio interno liderados por cuatro grupos: los estadounidenses, los europeos, los rusos y los japoneses. Si cada uno de los cuatro bloques llegaba a tener una esfera de influencia relativamente independiente, que se completara con la integración económica, entonces la necesidad de más guerras podría disminuir. Esto difícilmente era la situación ideal que el libre comercio representaba pero era mejor que otras alternativas.

> Déjenme que les haga una analogía. No todos nosotros somos unos entusiastas de las prácticas de los líderes sindicales modernos, pero no por eso defendemos que se les abata a tiros. Podemos pensar que no son ni razonables ni éticos, y aún así los aceptamos. Del mismo modo, en nuestros hogares aceptamos a los niños contumaces. De forma similar, dejar estar a las grandes zonas [del mundo] en las que se divide el grupo es la mejor posibilidad que se tiene para evitar la guerra o sino habrá guerra y en la guerra, en una guerra sin fin, solo puede haber un vencedor: Rusia y el

bolchevismo.[26]

En su última conferencia (“Las posibles consecuencias para los Estados Unidos”) Schumpeter explicó a su público todavía más cosas que probablemente no querían oír. Afirmó que en muchas partes del mundo prevalecía una hostilidad bien extendida contra lo que se percibía como la arrogancia del poder anglo estadounidense. Este resentimiento venía de la era imperial del siglo XIX, cuando “Rule, Britannia”, y se había visto considerablemente agravado con la Gran Guerra y los severos tratados de 1919. “Sin embargo, con bastante independencia de ello, el mero sentido de estar frustrado, de no ser tan bueno como otras personas, actúa en mayor medida en las políticas nacionales y exteriores de las potencias europeas y de Japón de lo que ustedes estarían inclinados a admitir.”[27]

Entre tanto, muchos veían a los Estados Unidos como una herramienta al servicio de los intereses británicos. Estados Unidos gozaba de una seguridad automática debido a su autosuficiencia y a las inmensas barreras oceánicas. No podía ser amenazado directamente por Alemania o Japón. Aún así, “entrará en guerra enseguida, mantendrá el punto de vista inglés del problema europeo y únicamente añadirá a la perspectiva inglesa su resuelta hostilidad contra Japón. Esta visión despliega la idea de lo que llamo imperialismo ético, un imperialismo cuyo *ethos* consiste en poner en orden al mundo de acuerdo con las ideas estadounidenses.” En este punto Schumpeter claramente anticipaba el marketing entusiasta existente en el extranjero de los productos y de la cultura estadounidense que a día de hoy sigue resultando ofensivo a ciudadanos de muchos países.[28]

El daño más serio se produciría según Schumpeter (y de nuevo su afirmación era bastante profética) “si los Estados Unidos se embarcan en una carrera militar” a largo plazo. Esto podría ser algo fatídico para la democracia de esta nación. “El estadounidense que observa estas posibilidades y espera evitarlas en caso de que el país se embarque en una guerra prolongada es un optimista. El estadounidense que las observa pero que desde sus consideraciones morales dice que de todas formas entrará en el juego, que le parece correcto, es un santo. El estadounidense que no observa estos peligros es un idiota.”[29]

A pesar de su tono pesimista, Schumpeter se detuvo antes de predecir una catástrofe para los Estados Unidos. “La gripe no evoluciona necesariamente hasta la neumonía” dijo en su última conferencia. Aún así las sospechas que le infundía el presidente Roosevelt habían llegado a ser extremas y poco después de haber intervenido en las conferencias Lowell escribió a un amigo que “una guerra de diez años y una dictadura de Roosevelt durante diez años alterarían completamente la estructura social”. Y estaba incluso empezando a

dudar de su propia capacidad para juzgar los hechos de su época. “Bueno, no previ ni la perdurabilidad del bolchevismo, ni la del fascismo, ni la del hitlerismo” –escribió en su diario–. “Eso no dice mucho de mí y ahora, después de haber creído que esto no sucedería aquí … veo que la nación corre detrás del fascismo y del imperialismo [bajo el] camuflaje freudiano de la defensa.” Y en otra anotación, en un momento en que estaba desconcertado una vez más por sus fuertes sentimientos escribió: “¿Por qué *siempre* estoy tan en desacuerdo con mi entorno?”[30]

Capítulo 19
El coraje de las convicciones de Elizabeth Schumpeter

No hay nada más dañino para una nueva verdad que un viejo error.

Goethe: ***Proverbios en prosa***, **1819**.

Joseph Schumpeter sentía ansiedad y aislamiento por sus perspectivas sobre Europa y Alemania. Elizabeth Schumpeter se vio en apuros similares por sus opiniones sobre Asia y Japón. Mientras la década de 1930 tocaba a su fin Elizabeth, como su marido, estuvo extremadamente ocupada. En el año académico 1938-1939 enseñó economía como profesora visitante en el Wheaton College, una pequeña escuela situada a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de Boston. Sin embargo, su mayor esfuerzo intelectual de esa década fue un libro sobre la historia industrial moderna de Japón, un proyecto de colaboración con tres expertos de reconocido prestigio radicados en Japón que había dado comienzo en 1934.

En 1940, cuando apareció el libro, las relaciones entre Japón y Estados Unidos no habían hecho más que romperse y el tema de su libro había llegado a ser un tema muy actual y muy controvertido. La propia Elizabeth se había involucrado en este debate de forma más directa de la que hubiera deseado al escribir artículos y dar conferencias en un intento de comunicar a los estadounidenses algunas verdades complejas e incómodas. Al llevar a cabo esta actuación ella también empezó a sentirse en desacuerdo con su entorno.[1]

Durante la década de 1930 Japón se había embarcado en un crecimiento militar paulatino en el que el ejército había ganado mucho más peso en el gobierno. En medio de este recrudecimiento nacionalista algunos destacados empresarios y ministros del gobierno habían sido asesinados. Al final de la década el país estaba dividido entre lo que Elizabeth denominó el “elemento liberal” (políticos, periodistas y otras personas de inclinación democrática) y los “extremistas locos” que defendían la ejecución de acciones agresivas de expansión territorial.

Japón ya era una potencia importante del este asiático. Taiwán había sido una colonia japonesa desde 1895. Corea se convirtió en protectorado en 1905 y fue anexionada en 1910. No obstante, los militaristas japoneses querían mucho más y estaban determinados a conseguirlo. Pronto su vista se detuvo en Manchuria, una enorme zona de tres provincias chinas al norte de la Gran Muralla situada cerca de Mongolia y Siberia. Durante varias décadas los intereses chinos, rusos y japoneses habían entrado en conflicto por culpa de Manchuria y a menudo de forma violenta. Los japoneses habían mantenido allí establecimientos comerciales y pequeñas guarniciones desde su victoria en la guerra ruso japonesa que duró de 1904 a 1905. En 1931 los japoneses

diseñaron la conquista de Manchuria y en 1932 crearon un estado títere llamado Manchukuo (que significa país de manchú). Instauraron como soberano del mismo al último emperador manchú de China, Pu-Yi, que había sido derrocado en Pekín veinte años atrás cuando tenía cinco años de edad.[2]

Los japoneses continuaron las escaramuzas con los rusos en Manchuria, pero no les perturbaron en las cercanías de Vladivostok. Además de ser la ciudad rusa importante más cercana a Japón, Vladivostok era la estación final oriental del ferrocarril transiberiano de unos tres mil kilómetros de longitud y una parte de este ferrocarril transitaba por un corredor de Manchuria. Rusia y Japón recelaban el uno del otro desde antes de la guerra de 1904-1905. En el Tratado de Portsmouth, por mediación del presidente Theodore Roosevelt, Rusia concedió la mayor parte del sur de Manchuria a Japón, la nación victoriosa.

A pesar de sus dos milenios de existencia como imperio, China era en aquella época un país abrumadoramente rural que estaba gobernado en su mayoría por caudillos regionales. La dinastía Qing (manchú) había gobernado durante tres siglos y cayó en 1911 ante los revolucionarios que lideraba el Dr. Sun Yat-sen. Este líder había llegado a ser considerado como un héroe en los países occidentales, incluyendo los Estados Unidos, al ser el fundador del partido Kuomindang, un partido que defendía el nacionalismo y una especie de democracia.

En los años que siguieron a la Gran Guerra el Kuomindang diseñó algunas de sus políticas económicas basándose en las de la Unión Soviética. A principios de 1923 reunió a los comunistas entre sus filas. Entonces, al intentar unir las vastas regiones chinas, muchas de las cuales todavía estaban gobernadas por caudillos, la corrupción empezó a crecer de forma gradual en su seno. Al final progresó hasta ser una dictadura militar liderada por el yerno de Sun Yat-sen, el general Chiang Kai-Shek. En 1927 Chiang, de cuarenta años de edad, expulsó a los comunistas del Kuomindang y consolidó el país en 1928 bajo su gobierno nacionalista. Pero poco tiempo después Mao Tse Tung y Zhou Enlai lanzaron una revolución comunista contra el régimen de Chiang. Tanto Mao (que entonces solo tenía treinta y cuatro años) como Zhou (que solo tenía treinta) eran verdaderos creyentes de la doctrina marxista-leninista.

La guerra civil entre nacionalistas y comunistas chinos había sido encarnecida y en 1937 las tropas japoneses, con el pretexto de una serie de “incidentes”, invadieron a partir de Manchukuo otras zonas de China. Como respuesta a la acción japonesa los ejércitos chinos que estaban en conflicto declararon una tregua y forjaron una alianza temporal uno con otro, se trataba de otro matrimonio de extrañas parejas en cierta forma similar al que iba a

producirse en Europa. Mao Tse Tung cedió el liderazgo general a Chiang Kai-shek y sus ejércitos, en ocasiones pobremente equipados, que lucharon valerosamente contra los invasores japoneses. La guerra se volvió extremadamente brutal y las atrocidades cometidas por el ejército japonés (la más notoria fue la "expoliación de Nanking") fueron conocidas en todo el mundo.

En los Estados Unidos la opinión pública se posicionó fuertemente a favor de los chinos. Las campañas privadas de asistencia fueron lideradas por antiguos misioneros cristianos y por un "lobby chino" bien organizado en el que había algunos miembros del Congreso. Muchos estadounidenses tenían una noción idealizada de las convicciones democráticas y capitalistas de Chiang Kai-shek y de su gobierno nacionalista. La señora Chiang, la hija de Sun Yat-sen, hablaba inglés con fluidez y fue un símbolo excepcionalmente atrayente. Sin embargo, en su conjunto, había muy pocas personas que no fueran de origen asiático en los Estados Unidos que conocieran algo de China o Japón.

Elizabeth Schumpeter se introdujo en este debate enmarañado y apasionante casi sin darse cuenta. Su interés académico principal no era el lejano oriente de su época sino la Inglaterra del siglo XVII. Aún así, en 1934 le habían pedido que dirigiera un proyecto de investigación importante sobre la economía japonesa y no iba a abandonar esta tarea. Entre 1937 y 1940, fecha en que apareció su libro, Elizabeth publicó siete artículos en revistas como *Pacific Affairs, Far Eastern Survey, The Oriental Economist* o *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. Se dirigió a numerosos grupos y mantuvo una viva correspondencia con personajes públicos que compartían algunos de sus puntos de vista sobre Japón: los periodistas Walter Lippmann y David Lawrence; los profesores A. Whitney Griswold y Charles A Beard, o los filántropos David y John D. Rockefeller, Jr. La fundación Rockefeller financió el proyecto de su libro por medio de la Oficina de investigación internacional de Harvard y Radcliffe.[3]

Al igual que su marido, al que durante su visita de tres semanas en 1931 le había impactado el progreso económico de Japón, Elizabeth estaba más interesada en la rápida industrialización del país que en las cuestiones de la guerra y de la diplomacia. Había tomado nota de la velocidad sin parangón de la modernización económica del país durante los años posteriores a la restauración de los Meiji en 1868. La más reciente y rápida recuperación de Japón de la Gran Depresión también había atraído su interés como el de otros economistas.

En 1936 la revista económica estadounidense *Fortune* (que entonces era una publicación gruesa, fastuosa y muy cara) dedicó todo su número de

septiembre a Japón. (Hoy en día esta edición es un artículo de coleccionistas). Los artículos recogidos en esta revista incluían análisis largos y sofisticados con títulos como “The Rising Sun of Japan” (El sol naciente de Japón) o “The Proof of the Pudding” (La prueba del postre). Este ejemplar apareció algunos meses antes de que Japón invadiera China y adoptó un tono generalmente favorable y admirativo. La mayoría de los artículos apenas incluían comentario alguno sobre las políticas de Japón o su política exterior.[4]

Sin embargo, la actitud hacia Japón cambió rápidamente después de que invadiera China en 1937. En uno de sus propios artículos de 1938, “Japanese Economic Policy and the Standard of Living” (La política económica japonesa y el nivel de vida), Elizabeth Schumpeter escribió que “la amenaza más grave que existe por el momento es la ambición del ejército japonés. Si se les pudiera controlar se podría esperar un progreso aún mayor en la mejora del nivel de vida en Japón.” En otro artículo mantenía que las sanciones económicas adicionales que impusieran los Estados Unidos u otros países a Japón (como por ejemplo prohibir las exportaciones de acero o de petróleo) probablemente no funcionarían. Japón podría continuar su guerra contra China mediante la obtención de estas materias a través de otras fuentes (el petróleo de las Indias Orientales Holandesas, por ejemplo), una posibilidad que en sí misma contenía muchos peligros.

Elizabeth anticipó un tema impopular que su marido afrontaría tres años más tarde en las conferencias Lowell cuando en 1938 escribió lo siguiente: “Las sanciones económicas todavía no han demostrado por sí mismas ser un método efectivo que ‘no lleve a una guerra’. Las sanciones parciales no pararán a una nación que está preparada para hacer todos los sacrificios necesarios en pos de algo que considera que está relacionado con su existencia nacional. Las sanciones fuertes que se aplican después de que una nación esté profundamente implicada llevarán con toda probabilidad a una guerra.”[5]

En su intento de informar a la opinión pública sobre la fortaleza de Japón, Elizabeth se enfrentó a una ardua lucha contra el lobby chino que solicitaba cada vez más sanciones. En una carta dirigida a Frederick V. Field del Institute of Pacific Relations (Instituto de relaciones del Pacífico) de San Francisco, los editores de las publicaciones *Far Eastern Survey* y *Amerasia*, Elizabeth escribió: “Creo que sus colaboradores han sido excesivamente pesimistas en cuanto a las condiciones económicas de Japón” y por consiguiente demasiado optimistas en relación con el éxito de las sanciones complementarias. “Desde el punto de vista político estoy de acuerdo en que la continuación de la lucha contra China por parte de Japón es una empresa sin esperanza, pero creo que está mucho mejor equipado para hacerlo que lo que

indican las publicaciones actuales.” Los artículos publicados hasta aquella época en las revistas de Field habían “enojado tremendamente a los japoneses. Quizá esto fuera inevitable o quizá no les importe a ustedes.” No obstante, el Institute of Pacific Relations sería más eficaz “si pudiera abstenerse de lo que parece que sea una propaganda extremadamente a favor de China. No conozco a nadie que desee que los japoneses tengan éxito en su campaña actual contra China. Por supuesto, se trata de un error terrible. No he conocido a ningún japonés que realmente apruebe sin reservas esta guerra.” Más tarde escribiría a Field que ella misma estaba a favor de extender el embargo económico por razones morales aunque “no esté en absoluto de acuerdo con usted en cuanto a que una guerra contra Japón ahora fuera una guerra fácil y no me he reunido con casi ningún experto militar o naval que creyera que sería una guerra fácil.”[6]

En un artículo publicado en 1940 bajo el título “The Policy of the United States in the Far East” (La política de los Estados Unidos en el lejano oriente), Elizabeth hizo una acusación infernal. Acusó a los Estados Unidos de moralizar a otros países sin ningún coste para sí mismo, de mantener sus mercados cerrados mientras Japón y otras naciones exportadoras sufrían y de no tener ni la más mínima idea de por qué unos países que de otro modo son civilizados “se acercaban a líderes como Mussolini o Hitler”. La mayoría de los estadounidenses no querían de ninguna manera luchar, pero muchos parecían estar animando a todos los demás para que lo hicieran. Desde el punto de vista de Elizabeth, los Estados Unidos no podían hacer gran cosa en Europa (escribía esta opinión en abril de 1940, antes de la caída de Francia y de la Batalla de Gran Bretaña), pero podían ejercer una presión efectiva en el lejano oriente. Allí los chinos estaban intentado conseguir la ayuda de la Unión Soviética en su guerra contra Japón y la situación en su conjunto era mucho más enrevesada de lo que los responsables políticos estadounidenses parecían capaces de entender:

> Si los Estados Unidos deben ampliar su asistencia activa a China a gran escala para evitar esta creciente influencia de Stalin en China, entonces existe la misma razón para un pacto entre Rusia y Japón como lo hubo para el pacto entre Rusia y Alemania [el que se firmó en 1939]. A largo plazo los intereses de Japón y de Rusia entrarán en conflicto, pero en el futuro inmediato ambos países estarán interesados en debilitar la posición de las “democracias” del “capitalismo imperial”. Esta posibilidad no puede ser ignorada en una época en la que Francia e Inglaterra están comprometidas en una lucha a vida o muerte en Europa y en la que la India es pasto de tanto descontento que ofrece un terreno fértil para la propaganda comunista. La amenaza de un gran cinturón comunista que vaya desde el Báltico y el Mar Negro hasta el Océano Pacífico puede ser un asunto mucho más preocupante que las aspiraciones del ejército japonés. Rusia podría ser la verdadera ganadora de la guerra actual no solo en Europa sino también en el lejano oriente, sin que su fortaleza se hubiera visto deteriorada puesto que otras naciones habrían librado sus batallas.

Según predijo Elizabeth, Japón y la Unión Soviética firmaron en efecto un pacto de no agresión en abril de 1941 en el que cada país protegía su flanco

contra contingencias que se produjeran en cualquier otro lugar.[7]

Elizabeth continuaba diciendo que las sanciones económicas contra Japón y el no reconocimiento de su influencia en Manchukuo podrían hacer que la guerra en China no tuviera fin. “Japón se ha comportado de forma abominable con China, pero debemos compartir la responsabilidad.” Las potencias occidentales habían entablado discursos morales contra la expansión territorial agresiva de Japón, pero al mismo tiempo habían bloqueado cualquier tipo de expansión económica pacífica. “Las exportaciones japonesas estaban limitadas en un principio mediante altos aranceles y reglamentaciones de intercambio y finalmente por aranceles y cuotas discriminatorias.” Es más, debido a un prejuicio racial “la inmigración japonesa estuvo prohibida o virtualmente prohibida en los Estados Unidos, los dominios británicos, Siberia y África”.[8]

Por consiguiente, Elizabeth defendía que, al margen de lo que uno pudiera pensar sobre la agresión japonesa, el país tenía algunos motivos de queja legítimos. Este caso era especialmente irónico puesto que las vastas posesiones asiáticas de Gran Bretaña, Francia, Holanda y los Estados Unidos “se habían obtenido mediante la exploración, el comercio y la conquista. Sin embargo, tales métodos ya no estaban permitidos. Ante estas circunstancias parecería que las diferentes potencias deberían al menos abrir sus colonias bajo unas condiciones razonables como mercados y fuentes de materias primas. Si desean prevenir la expansión territorial entonces deben permitir que existan oportunidades para la expansión industrial y comercial”. Pero en lugar de esto las naciones occidentales habían hecho exactamente lo contrario. Habían cerrado al comercio japonés sus mercados coloniales en Malaya, India, Indochina francesa, las Indias Orientales holandesas y Filipinas, unos mercados que anteriormente habían sido cruciales para Japón puesto que en ellos se aprovisionaba de materias primas.[9]

Elizabeth proseguía su discurso afirmando que las potencias occidentales estaban totalmente en lo cierto al insistir en que las tropas japonesas abandonaran el territorio chino, pero que también estaría bien recordar que durante un siglo los barcos de guerra occidentales habían recorrido arriba y abajo los ríos chinos además de patrullar en los puertos del país. Era cierto que algunos extremistas peligrosos de Japón tenían perspectivas grandiosas de conquista, pero Elizabeth creía que eran una minoría en el seno de un gobierno profundamente dividido. La mayoría de los japoneses deseaban contar con un sistema político más democrático en su país y poner término a la política de agresión en el extranjero. Elizabeth aducía que incluso el ejército japonés tenía en sus filas a oficiales “que querían retirarse de China para estar preparados para el verdadero enemigo: la Rusia soviética.” Sin

embargo, en vez de apoyar estos intereses simpatizantes los Estados Unidos y otras potencias occidentales estaban humillándoles mediante la expresión de su indignación moral y el bloqueo de las rutas de comercio naturales de Japón.[10]

La posición de los japoneses que se oponían al gobierno militarista "se había hecho mucho más complicada por culpa de las restricciones a la inmigración y al comercio y por la discriminación racial por parte de las potencias occidentales." Elizabeth tenía razón en su idea sobre los prejuicios raciales, como probaría el "internamiento" en época de guerra de más de cien mil estadounidenses de ascendencia japonesa que llevó a cabo el gobierno. Entre tanto, los funcionarios del gobierno federal rechazaron la propuesta de Elizabeth de emplear y albergar a algunos internos para que se ocuparan de su vivero hortícola de Taconic. Y en 1943, después de dieciséis meses de guerra contra Alemania y Japón, una encuesta realizada a estadounidenses a los que se preguntó "¿Con qué país podremos llevarnos mejor después de la guerra?" arrojó el siguiente resultado: un 67 % pensaban que con Alemania, un 8 % con Japón y un 25 % no tenía opinión alguna al respecto.[11]

Muchas de las cosas que Elizabeth escribió estaban empañadas por el recelo que le suscitaba la Unión Soviética: la continua presencia de las tropas soviéticas en algunas zonas de Manchuria, el apoyo soviético a la revolución comunista que Mao Tse Tung estaba llevando a cabo en China y la rivalidad tan antigua que existía entre Rusia y Japón. Japón siempre se había mantenido como una barrera para la expansión soviética por el lejano oriente desde los tiempos de la revolución bolchevique. Así que al igual que su marido temía a la Unión Soviética por considerarla la amenaza más grave a largo plazo para Europa, Elizabeth Schumpeter también la consideraba una amenaza para Asia.

Los artículos de Elizabeth dieron pie a objeciones vehementes por parte de grupos de interés a favor de China, pero ella nunca se doblegó. En una larga respuesta a una carta hostil publicada en *Pacific Affairs*, Elizabeth repetía que las sanciones económicas no tenían ninguna posibilidad de tornar al pueblo japonés en contra del ejército de su nación. "La naturaleza humana no reacciona de esta manera a no ser que se encuentre en un estado de agotamiento." Por el contrario, una política de mayores sanciones "uniría al conjunto de la nación [japonesa] y haría que incluso los moderados creyeran que no queda otra solución que apoyar al ejército hasta el amargo final y, si fuera necesario, establecer una alianza infame con Rusia." Continuó el contenido de su réplica diciendo, de nuevo con un poder de predicción notable, que "si Japón se ve confrontado a la decisión de elegir entre una sumisión completa (que le reduciría a ser una potencia de tercera clase) o un

ataque final desesperado en los mares del sur, creo que es probable que el partido militarista elija el ataque.” Escribió estas frases en julio de 1940 con más de un año de antelación del ataque que verdaderamente se produciría en Pearl Harbor en diciembre de 1941.[12]

Elizabeth siguió publicando una serie de artículos, pero su exposición más importante llegaría con el libro que apareció en 1940: *The Industrialization of Japan and Manchukuo, 1930–1940: Population, Raw Materials and Industry* (La industrialización de Japón y Manchukuo de 1930 a 1940: población, materias primas e industria). Además de organizar este proyecto y de editar el libro escribió seis de los veintiocho capítulos de los que consta, entre ellos la introducción y la conclusión. El libro en su conjunto es un intento académico y concienzudo de 944 páginas de entender los problemas y las capacidades de Japón. Estaba plagado de números y cuadros y con casi toda probabilidad contenía el conjunto de estadísticas más completo sobre la progresión de la economía japonesa que existía en un único libro escrito en lengua inglesa.[13]

Sin embargo, en el contexto de la guerra de Japón con China el tema del libro era también casi demasiado controvertido como para que lo tratara un académico. Según escribió Elizabeth en el prefacio: “Para un profesor es difícil hoy en día ser honesto sobre las condiciones políticas y económicas de los estados llamados totalitarios. Cualquiera que llegue a la conclusión de que un país como Japón tiene ciertos motivos de queja legítimos de orden económico, de que algunas de sus políticas y prácticas económicas han tenido éxito y de que es más poderoso económicamente de lo que comúnmente se cree, caerá bajo profundas sospechas de ser un simpatizante de la agresión y un miembro de la ‘quinta columna’. Esta tendencia parece ser bastante desafortunada puesto que para vencer a la agresión necesitamos saber lo que contribuyó a que se produjera y la fuerza con la que se ha arraigado.”[14]

Al final del libro Elizabeth llegaba a la conclusión de que Japón tenía problemas graves, pero no insuperables. Estos problemas eran fundamentalmente políticos y no solo se derivaban de militaristas desquiciados dentro del país sino que también eran consecuencia de las políticas de exclusión de las potencias occidentales. Si estas naciones, incluyendo los Estados Unidos, abrieran sus colonias al comercio entonces “los mercados potenciales para los productos de las industrias japonesas serían enormes”. Sin embargo, si la guerra con China debía continuar el pueblo japonés “sería llamado a hacer sacrificios cada vez mayores puesto que es muy fácil iniciar una guerra y muy difícil negociar una paz acertada y generosa.”[15]

En la época en que apareció el libro, en 1940, la guerra de Japón con China había durado ya tres años y la guerra de Hitler en Europa había empezado el

año anterior. Como era de esperar, en este contexto las críticas del libro manifestaron un amplio abanico de opiniones. Casi todas ellas comentaron la ignorancia general de la mayor parte de las personas en relación con Japón y alabaron este ejemplar por ser una obra de referencia valiosa. Mientras que algunos críticos admiraron la esmerada recopilación de estadísticas de los autores, algunos cuestionaron la exactitud de las cifras provistas por el gobierno japonés y algunos defendieron que el libro debería haberse publicado en varios volúmenes. No obstante, la mayor parte de las reseñas fueron favorables.[16]

Las críticas desfavorables tuvieron por objetivo concreto la aparente inclinación que Elizabeth mostraba en favor de Japón, en detrimento de China. Algunos también se sintieron molestos por su observación de que la recuperación de Japón de la Gran Depresión había sido la más impresionante de todas las naciones industrializadas y mucho más poderosa que la de los Estados Unidos o la de Francia. Escribió que las democracias occidentales podrían tener algo que aprender de su rendimiento superior incluso si desafortunadamente coincidía con el auge del autoritarismo.[17]

Una de las críticas más inteligentes fue la de C. R. Fay de la Universidad de Cambridge, que ensalzó las labores de investigación de los cuatro autores y terminó diciendo que "la conclusión que este libro saca para Occidente es doble: 1) las sanciones económicas retraen a aquellos que las imponen mucho antes que infligen daño a aquellos a los que se les han impuesto; 2) el esfuerzo de Japón por la guerra no depende de nada que Estados Unidos o Europa suministren." Fay añadía que si se agravaban las sanciones a Japón "le faltaría petróleo, pero si no se lo envían de Estados Unidos o de Méjico entonces puede que se lo procure en las Antillas Holandesas. Los autores de este libro podrían quizá haber explicado mejor que estaban escribiendo sobre un Estado en guerra (ya sea verdadera o deseada). En Japón, el ejército asesinaba a los ministros de Hacienda que no eran de su agrado. Esto es una barbarie y es una pena que los autores no lo digan en algún momento."[18]

Elizabeth sabía muy bien que su actitud hacia Japón no se correspondía con los puntos de vista más populares en los Estados Unidos. El American Council (Consejo estadounidense) del Institute of Pacific Relations que favorecía la toma de medidas muy duras contra Japón dejó de invitarla para que participara en sus actividades. Según contó Elizabeth en una carta a David Lawerence, un periodista destacado además de editor del *United States News*: "Por lo general el público estadounidense ha sido muy mal informado de la situación de Japón por medio de misioneros, compañeros de viaje [intelectuales que admiraban el comunismo] y periodistas incompetentes." Todos ellos estaban subestimando infinitamente la fortaleza industrial de

Japón.[19]

Mientras tanto, el gobierno de Japón estaba deslizándose rápidamente hacia las manos del ejército que defendía una expansión agresiva en el este de Asia y era conocido por su brutalidad. En octubre de 1941 el asediado primer ministro Fumimaro Konoye dimitió porque el ejército no transigiría. Fue substituido por el autoritario general Hideki Tojo, uno de los imperialistas líderes de Japón. Konoye había buscado durante mucho tiempo establecer algún tipo de acuerdo con Estados Unidos, pero el imprudente Tojo y su gabinete no tenían un objetivo de esas características.

Sus propias labores de investigación habían convencido a Elizabeth Schumpeter de que Japón era un adversario muy poderoso y no vio razón alguna para cambiar de opinión según se acumulaban las nubes de la guerra. Además, se sentía cada vez más frustrada por la nula respuesta que recibían sus advertencias. Según escribió a David Rockefeller en 1940: “No tiene por qué sentirse obligado a mostrarse tan amable al expresar su conocimiento de todo los escritos que envío. Se está convirtiendo en una mala costumbre para mí ya que simplemente no me gusta ser censurada.” Antes de la caída del gobierno de Konoye había seguido escribiendo artículos en los que advertía de las consecuencias que tendría ejercer una presión torpe sobre Japón. En otoño de 1941 escribió a varios miembros del Congreso que durante marzo de ese año el Post Office (el equivalente estadounidense de Correos) había detenido la entrada de publicaciones periódicas japonesas en los Estados Unidos. Esta acción había privado a los investigadores de disponer de información actual y era según escribió Elizabeth “una censura sistemática e indiscriminada a revistas y periódicos extranjeros sin que se haya enviado notificación alguna a los suscriptores estadounidenses o haya sido comunicada al público en general.” En noviembre de 1941 Elizabeth llegó a la conclusión de que la probabilidad de que se produjera una guerra de Estados Unidos contra Japón era del cincuenta por ciento.[20]

El 7 de diciembre los japoneses lanzaron un ataque sorpresa a la base naval de Pearl Harbor. Al día siguiente los Estados Unidos declararon la guerra a Japón. Tres días después Adolf Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos.

El 15 de diciembre de 1941 Elizabeth escribió a Frederick Lewis Allen, editor de la revista *Harper’s Magazine*, para ofrecerle su colaboración mediante un análisis de la fortaleza de la economía japonesa y para advertir al pueblo estadounidense de la posibilidad de que se tratara de una guerra de larga duración.

> Si vamos a derrotar a los japoneses y a los alemanes debemos ser mucho más realistas y tenemos que dejar de subestimarlos. Por ejemplo, si Japón ocupara Singapur solucionaría probablemente sus problemas de materias primas. Tendría acceso a todo el mineral de hierro, bauxita y petróleo

que necesita y también sería capaz de considerar que Alemania consiguiera amplios suministros de caucho, estaño y tungsteno.

Allen no aceptó la propuesta del artículo de Elizabeth. Justo dos meses después, de nuevo ante el asombro de todo el mundo, treinta mil miembros de las tropas japonesas tomaron Singapur. Capturaron ochenta y cinco mil personas que organizaban la defensa en lo que Winston Churchill denominó "el peor desastre y la capitulación más importante de la historia de Gran Bretaña".[21]

Alrededor de la época en que se produjo la caída de Singapur, el periodista William H. Chamberlin escribió una reseña para el *New York Times* de dos nuevos libros sobre Japón. Hizo un análisis especial de la visión inocente de Japón que tenían la mayoría de estadounidenses antes del ataque a Pearl Harbor. "En aquel período lejano el optimista era aquel que creía que Japón podía ser borrado del mapa en seis semanas, el pesimista era aquel que sugería que el imperio isleño podría resistir durante seis meses." Al final la guerra duró casi cuatro años. Como los dos libros de los que hablaba eran demasiado cortos, entre los dos no sumaban más que 247 páginas, Chamberlin aconsejó a los lectores que "utilicen una enorme obra de investigación que había atraído menos atención de la que merecía en el momento de su publicación: *The Industrialization of Japan and Manchukuo, 1930–1940*, escrita por E. B. Schumpeter y otros."[22]

Entre tanto, la Office of Production Management (Oficina de gestión de la producción) situada en Washington quería hacerle una entrevista para que trabajara con ellos en una agencia de movilización en la que la gran mayoría de sus empleados serían economistas. "Lo hablé con Joe y decidimos que debería ir si realmente podía ser de alguna utilidad". Su marcha habría supuesto un enorme sacrificio para la propia Elizabeth y una perturbación radical de la vida de su marido. Sin embargo, Elizabeth no tardó en ser desestimada; le hacían el vacío por su valoración del poder de Japón. Elizabeth explicó por carta a un amigo que "puesto que has conseguido hacerte perdonar por acertar en tus consideraciones sobre Alemania quizá puedas aconsejarme cómo puedo volver a contar con sus favores a pesar de haber sido razonablemente acertada en mis predicciones sobre la fortaleza de Japón." Pero nunca volvió a contar con esos favores y pronto tanto ella como su marido empezaron a sufrir todavía más castigos por sus puntos de vista impopulares.[23]

Capítulo 20
Alienación

Las habladurías son maliciosas, livianas y fáciles de despertar, pero solo con dolor se soportan y es difícil librarse de ellas.

Hesíodo: ***Los trabajos y los días*****, c. 700 a. C**.

Los puntos de vista de los Schumpeter con respecto a los adversarios potenciales de los Estados Unidos les introdujeron a ambos en aguas revueltas según se acercaba la nación a la guerra. En abril de 1941 el FBI inició una investigación a Elizabeth Schumpeter por sus escritos sobre Japón. En un período posterior de ese mismo año la investigación se amplió e incluyó a Joseph Schumpeter. Ambos expedientes del FBI crecieron hasta tener un grosor de unos cinco centímetros, con un total de 330 páginas. En virtud de la Freedom of Information Act (Ley de la libertad de información) se puede tener acceso a estos expedientes, pero numerosos pasajes (y páginas enteras en las que aparentemente figurarían nombres de agentes, informadores y otras personas) están censurados (o como se dice en terminología jurídica "retocados"). Muchos de los pasajes que han sobrevivido están llenos de información errónea o errores de incompetencia. En las citas que siguen he incluido las correcciones entre corchetes.[1]

La primera carta del FBI del archivo tiene fecha de 18 de abril de 1941 e identifica a Elizabeth como residente en Cambridge y con domicilio en el número 7 de la calle Arcadia [Acacia] y editora de la obra *The Industrialization of Japan and Manchuko* [Manchukuo]*, 1930 to 1940*. En este documento se explica que "el mencionado individuo podría estar comprometido en actividades que vayan en detrimento de la defensa nacional de este país", además de en otras "actividades posiblemente anti-estadounidenses". La carta en cuestión no aconsejaba entrevistar "al sospechoso".

Joseph Schumpeter aparece por primera vez como sujeto de investigación en un informe del FBI de 1 de julio de 1941. Este documento lo identifica como "un antiguo ministro de Hacienda austríaco del que se ha informado que escapó a los Estados Unidos con una suma de dinero considerable". En este archivo se registran con precisión los salarios que Schumpeter percibió en Harvard y en Yale en el curso académico de 1940-1941. Un directivo del FBI dio instrucciones a la oficina de New Haven para que "localizara el paradero actual" de Elizabeth y "llevara a cabo una investigación sobre sus actividades a día de hoy". La oficina de Boston se encargó de realizar una investigación similar de Joseph Schumpeter. Por lo tanto, ambos Schumpeter llegaron a formar parte de la misma investigación y sus actividades fueron

tratadas como si pertenecieran a un único caso.

Un informe del 22 de julio de 1942 revela que Joseph Schumpeter se casó con Elizabeth D. [Romaine Elizabeth] Boody en 1935 [1937]. Joseph "simpatiza de manera considerable con los alemanes según un informante, pero por lo demás es un estadounidense leal. No hay pruebas de espionaje. Elizabeth B. Schumpeter ha escrito libros en los que elogia a Japón y, antes de Pearl Harbor, a favor de Japón con respecto a China." Más adelante en ese mismo año 1942 el director del FBI, J. Edgar Hoover, ordenó al agente especial encargado del caso (Special Agent in Charge, o SAC) de Boston que investigara la conexión de Elizabeth con "la Universidad de Harvard y la Universidad [College] de Radcliff[e]". Dio instrucciones al agente para que entrevistara "a informantes japoneses" y para que intentara "asegurarse de tener pruebas de que había actuado como una propagandista pagada". Hoover informó en una nota de enero de 1943 que había "una posibilidad bastante importante de que hubiera una violación" de la Espionage Act (Ley sobre el espionaje). Ordenó que se intensificaran las investigaciones.

En una comunicación fechada tres meses después, Hoover identificaba a Elizabeth como "un miembro del Bureau of National [International] Research de la Universidad de Howard [Harvard] y del Radcliffe College". El jefe del FBI orientó la investigación del SAC de Boston para que preguntara a los antiguos empleados del consulado japonés, de la cámara de comercio japonesa y del instituto japonés "sobre su conocimiento de la difusión de propaganda a favor de Japón por parte de la Sra. Schumpeter". El 15 de abril el SAC informaba que en la conferencia semanal del FBI con la ONI (Office of Naval Intelligence, oficina de inteligencia naval) y con el G-2 (la unidad de inteligencia del ejército) el agente de la ONI "señaló que conocía bien al sujeto de este caso, que su mujer era especialmente amiga de la esposa de Schumpeter, que Schumpeter era un antiguo banquero de Viena y que era estrictamente antinazi", pero que el FBI debería interrogarle.[2]

Al mes siguiente Hoover instó a que se realizara una investigación más detallada del libro de Elizabeth que citó bajo el título de *The Industrialization of Japan and Manchukuo –1930-1931* [1930–1940] que incluyera "un examen del registro del editor McMillan [Macmillan] Publishing Company". Mandó que "se tuviera en consideración la posibilidad de que este libro haya sido publicado deliberadamente como un artículo de propaganda japonesa y que la Sra. Schumpeter haya buscado la colaboración de otros escritores reconocidos con objeto de eliminar toda sospecha de que el libro contenga propaganda". En una segunda orden, Hoover ordenó a la oficina de Boston que determinara la fuente de los enormes depósitos bancarios que había abierto Elizabeth Schumpeter.

En mayo de 1943 un agente de Boston envió a Washington su propia valoración del libro de Elizabeth. Los cuatro autores figuraban en la portada únicamente con sus iniciales, así que Elizabeth es E. B. Schumpeter, “con los sobrenombres de Elizabeth Romaine Boody [Romaine Elizabeth] y Elizabeth Romaine Furski [Firuski]”. El informe de nueve páginas del agente no emite una opinión concluyente aunque especula sobre el hecho de que “el diez por ciento del material escrito por el sujeto, ELIZABETH SCHUMPETER, es propaganda que expresa su punto de vista o el de otros sobre la cuestión japonesa y es pro japonés. El resto del libro se considera bastante sensato desde una perspectiva económica.”

El informe continúa con las siguientes afirmaciones: “El material de la Sra. Schumpeter refleja los puntos de vista y la actitud de una estadounidense leal, con ansias de asegurar una política estadounidense hacia Japón que sea más aceptable para este último país y que tenga menos probabilidades de conducir a una situación de fricción en el ámbito internacional. En cualquier caso, esta unidad no dispone de información que muestre claramente cualquier tipo de intención ya sea de colaboración, ya sea de oposición a Japón con la escritura de este material. Asimismo, tampoco se dispone de información que nos indique que los propagandistas pro japoneses hicieran algún tipo de esfuerzo para utilizar este material.” El informe añade que la búsqueda de más información “en la biblioteca Widner [Widener] de Harvard” no dio ningún resultado. El agente termina con un resumen de “pistas sin explotar” como por ejemplo: “Hay que señalar que la Sra. Schumpeter estuvo en cierta ocasión casada con un hombre cuyo nombre es Romaine Furski [Maurice Firuski] y vivió cerca de Hartford” [en realidad, a unos 90 kilómetros de Hartford].

En una anotación escrita dos semanas después (el 27 de mayo de 1943), J. Edgar Hoover informó a sus agentes de campo que “este caso presenta un buen número de buenas posibilidades de conducir finalmente a una acción judicial”. En consonancia, ordenó que se tuviera “una atención continua e investigadora”. La oficina de Boston dio como respuesta la comunicación de que en octubre de 1939 Joseph Schumpeter había dado una conferencia en el club de Cambridge sobre la guerra en Europa. Según el informe del FBI había dicho que incluso si ganaban los Aliados Alemania terminaría con toda probabilidad bajo un gobierno tiránico, ya fuera de los nazis, ya fuera de los bolcheviques y que la mejor forma de detener la guerra sería hacer algunas concesiones a Alemania.

En el mismo documento el FBI exponía con cierto detalle las conferencias Lowell que Schumpeter había dado en marzo de 1941. De acuerdo con la información del agente, Schumpeter habría dicho que incluso aquellos

alemanes que no simpatizaban con Hitler lucharían con ardor para preservar las fronteras del país y evitar otra humillación del tipo del Tratado de Versalles. Schumpeter había señalado que la posibilidad más probable era que "pasara lo que pasara Rusia sería la vencedora y al este de Rusia las cosas se harían según los deseos de Rusia y no según los deseos de los Aliados". Schumpeter "se declaraba a sí mismo un campeón de los demócratas y por consiguiente enemigo de las doctrinas nazis y señalaba que era realista y no se dejaba llevar por ilusiones y sentía la obligación de afrontar los hechos y aceptarlos como medio de minimizar el triste estado del mundo". El agente del FBI se percató de que en su propio análisis de las conferencias Lowell se había apoyado en explicaciones de los periódicos. "Creo que el único modo de poder hacerse con el objeto y la sustancia de estas conferencias es preguntarle si las ha llegado a publicar o si ha guardado notas de la exposición que ofreció."

Entonces el FBI dirigió su atención a los artículos de Elizabeth. El informe de este organismo cita detalladamente su artículo "The Policy of the Unitades States in the Far East" publicado en julio de 1940. Cuando Elizabeth escribió este artículo en abril de aquel año, la guerra en Europa ya llevaba ocho meses, y en China tres años. La entrada en la guerra de Estados Unidos todavía no sería sino veinte meses después.

En el artículo Elizabeth juzgaba la política estadounidense y la consideraba ineficaz, era el producto "obvio de la ilusión" de subestimar enormemente el poder industrial de Japón. "Los países que se encuentran en la situación que tienen Italia, Alemania o Japón no se pueden coaccionar mediante sanciones económicas con la facilidad que anteriormente habríamos considerado posible." Los esfuerzos que se hicieran en este sentido "pueden incluso parecer que dan una especie de justificación moral a lo que de otro modo sería una campaña de pura agresión".

Un agente del FBI informó en agosto de 1943 que "se ha informado al FBI que hay posibilidades de llevar a cabo una acción judicial en este caso", es decir, en el caso conjunto contra ambos Schumpeter. En sus conferencias Lowell, continuaba diciendo el informe, Schumpeter había "dicho que Alemania tenía la guerra ganada y que la única cosa con sentido que se podía hacer era concederle a Alemania sus ganancias y establecer la paz". No se trataba de una caracterización correcta como tampoco había constancia de la afirmación que se hacía en ese mismo informe de que Elizabeth se habría casado con Joseph después de que "los dos matrimonios anteriores de Elizabeth hubieran fracasado". Y como tampoco había constancia de otra manifestación que aparecía en otra anotación complementaria que decía que Elizabeth había "viajado a Japón". Nunca viajó a Japón, ni antes, ni después

de la guerra.

Después de varios meses de relativa quietud el director del FBI, Hoover, hizo una recriminación al agente especial a cargo de la investigación de los Schumpeter en una nota con fecha de 17 de marzo de 1944: “Su oficina lleva con extremo retraso este caso y sería de desear que se trataran las pistas pendientes y que en un futuro próximo se llegara a una conclusión con respecto al mismo.” Hoover ordenó a la oficina de Boston que entrevistara a Elizabeth y proporcionó dos guías a seguir con unas veinticinco preguntas que se debían formular como por ejemplo: ¿Por qué había elegido Elizabeth el estudio de las condiciones económicas de Japón? ¿Creía que alguna parte del libro que había editado, y del que era autora conjunta, era propaganda? ¿Pensaba que los Estados Unidos estaban tratando a Japón de forma injusta? ¿Sabía que los japoneses comprarían su libro antes incluso de escribirlo? ¿Le ayudaron con sugerencias o lo corrigieron antes de que fuera publicado?

Los agentes entrevistaron a Elizabeth en julio de 1944. Ella les contó que en 1934, aproximadamente, [alguien cuyo nombre había sido tachado] le había pedido que supervisara un trabajo de investigación sobre Japón. En aquella época se conocía muy poco sobre la economía japonesa y “los Estados Unidos y sobre todo varios economistas del país estaban interesados en Japón por su capacidad de competidor en el campo comercial. Observó que en aquella época no se pensaba en una guerra y que ella, como la mayoría de los estadounidenses, no tenía conocimiento alguno de que más tarde habría un conflicto.”

Las fuentes de su trabajo eran principalmente publicaciones japonesas. Además, la mayoría de las personas que vivían en Japón con las que mantenía correspondencia eran profesores que a su vez “se oponían al grupo militar de Japón … eran en su conjunto contrarios a Tojo y pensaban que se podía evitar que ocurriera una catástrofe en Extremo Oriente. Mantenía que este grupo no estaba a favor de la guerra y creyeron hasta el último momento que los problemas se resolverían mediante negociaciones”.

Su libro trataba de las condiciones económicas generales y “no se ocupaba de ningún modo de material estratégico”. Nunca solicitó o recibió dinero alguno del gobierno japonés por esta obra. “Mantuvo que había señalado que Japón estaba preparado para ir a la guerra y que las sanciones económicas que impusiera cualquier nación a Japón probablemente tendrían que apoyarse en la fuerza. Manifestó que las opiniones que había expuesto en aquella época se vieron corroboradas más tarde por el conflicto actual … la mayor parte las labores de investigación relacionadas con el libro acabaron en 1938, con anterioridad pues al momento en que la situación en Extremo Oriente se puso tensa … Al haber finalizado de examinar todas las pistas lógicas de esta

investigación se da el caso por cerrado.”

Sin embargo, J. Edgar Hoover tenía otra opinión. Al juzgar insatisfactoria la entrevista que le había hecho el agente a Elizabeth no aceptó el cierre del caso. Observó que el libro se había publicado a expensas del Bureau of International Research de Harvard sin que se hubieran previsto derechos de autor. Esto le llevó a suponer que se podría haber canalizado algún tipo de subsidio de fuentes japonesas a la editorial del libro. Además, había anotaciones bancarias que mostraban que la Sra. Schumpeter había depositado una suma importante de dinero a finales de la década de 1930. Hoover ordenó que el FBI averiguara el origen de estos fondos. Acabó con la amonestación siguiente: “El FBI se ve obligado a llegar a la conclusión de que antes de entrevistar al sujeto se ha llevado a cabo una revisión muy somera del expediente. Deberá ser entrevistada por un agente que se haya preparado con antelación para esta tarea. Deben ocuparse de que esto se haga así y de que se vuelve a entrevistar a la Sra. Schumpeter en una fecha próxima.”

La nueva entrevista se llevó a cabo en tres partes a finales de octubre y primeros de noviembre de 1944 en la casa de campo que los Schumpeter tenían en Taconic. El entrevistador tuvo conocimiento de que “los importantes depósitos bancarios que se hicieron en 1938 [12.000 dólares en varios ingresos] procedían de la venta de la casa de Taconic” (que correspondían a la casa vieja que Elizabeth y Joseph no habían ocupado nunca). Elizabeth “niega que haya obtenido ninguna ganancia de cualquier tipo por las ventas del libro. No obstante, admite que le pagaron un total de 55 dólares por dos artículos que escribió sobre Japón, uno para el <Oriental Economist> y otro para <Living Age>. Mantiene que el artículo que escribió para <Living Age> nunca se llegó a publicar. Elizabeth recalcó el hecho de que todos lo libros que publica el Bureau of International Research son editados por la empresa McMillan” en el marco de un contrato vigente. El agente que llevó a cabo la nueva entrevista llegó a la conclusión de que puesto que “no parece que existan más pistas lógicas que se tengan que cubrir en este caso, se procede a su cierre, a la espera de que pueda volver a abrirse por petición de investigaciones adicionales por parte de la oficina central.”

Tres semanas después, el 1 de diciembre de 1944, el asistente del fiscal general (y futuro miembro del Tribunal Superior de Justicia) Tom C. Clark informó a J. Edgar Hoover “que la sección penal no contemplaba entablar una acción judicial contra cualquiera de los dos sujetos anteriores [Joseph y Elizabeth].” Esto ponía término a la investigación de los Schumpeter, al menos por el momento. En ninguna parte del grueso expediente del FBI se menciona la obra fundamental de Schumpeter que se publicó en 1942,

Capitalismo, socialismo y democracia, que de forma evidente escapó de la atención del FBI.

Después de la guerra, en una anotación con fecha de 19 de abril de 1948, el FBI informaba que el nombre de Joseph Schumpeter había aparecido en una serie de artículos del periódico *The Chicago Tribune* "en relación con la actividad y la infiltración comunista que se había comunicado en la Universidad de Harvard". En 1950 y 1951 Elizabeth fue interrogada de nuevo una vez más.[3]

La principal investigación de los Schumpeter transcurrió durante tres años y ocho meses, desde abril de 1941 hasta diciembre de 1944. Durante este período los directivos del banco de Elizabeth proporcionaron extractos de sus cuentas, tanto Harvard como Yale divulgaron el salario de Joseph Schumpeter y los agentes del FBI además de entrevistar a los dos "sospechosos" también entrevistaron a sus amigos, colegas y vecinos. Rápidamente se extendió la noticia de que la lealtad de los Schumpeter estaba en entredicho por Cambridge, Taconic, New Haven y por todas partes, en una época en la que los Estados Unidos estaban inmersos en una guerra mortal que tenía un escenario doble. De forma inevitable muchos de sus conocidos empezaron a verles desde una perspectiva distinta y sufrieron algunos rechazos y desaires. En este sentido simplemente no tuvieron suerte, como otra gran cantidad de ciudadanos que habían tenido algún vínculo con Alemania o Japón antes de la guerra.[4]

Durante los años de la guerra ambos abandonaron sus relaciones sociales habituales. Cientos de sus amigos, estudiantes y colegas se habían alistado en el ejército o en la marina. Otros se habían ido a Washington para trabajar en organismos de movilización como la propia Elizabeth habría hecho de no haber sido proscrita. En el período de guerra, Harvard adoptó en cierta medida la atmósfera de una academia militar. La inscripción de estudiantes normales había disminuido y una gran parte de la universidad se dedicó a la formación de oficiales.

Mientras tanto, los contactos de Schumpeter con Europa también se habían reducido puesto que la guerra había sepultado este continente. Un profesor de la Universidad de Kiel le había escrito en 1940 que "en lo que a su trabajo se refiere parece que hasta ahora no se ha divulgado suficientemente en el centro de Europa". El propio profesor había recibido finalmente su copia de *Ciclos económicos* con mucho retraso. "En Alemania he oído una y otra vez que mis colegas decían que no lo habían visto" ya que las conexiones postales con los Estados Unidos se habían vuelto cada vez menos fiables. Además, las cartas semanales que Mia Stöckel escribía a Schumpeter cesaron de llegar inexplicablemente a partir de marzo de 1941. "¡De qué modo se vuelve

fascista este mundo!" –escribiría en su diario ese mismo año en fechas posteriores– "Nadie lo *desea* pero viene como si fuera una era geológica."[5]

Como el año académico finalizó en junio de 1941, los Schumpeter se retiraron a Taconic y empezaron a llevar una vida apartada del resto del mundo. Schumpeter escribió a su amigo Redvers Opie lo siguiente: "Quiero enterrarme en mi trabajo, principalmente de carácter puramente teórico, y hacer todo lo que pueda para sobrevivir a la más irritante de todas las situaciones: la de observar los acontecimientos sin ser capaz de prestar ayuda."[6]

La enseñanza fue para ambos su mayor consuelo. Elizabeth continuó escribiendo sobre el Extremo Oriente y Joseph trabajó duro y de forma obsesiva tanto en Taconic como en Cambridge y produjo una cantidad de trabajo inmensa. Escribió sus conferencias Lowell y trabajó intensamente en *Capitalismo, socialismo y democracia*. Además, empezó lo que sería una historia monumental del análisis económico. Durante el año académico, que iba de septiembre a junio, Schumpeter daba clase de teoría económica, ciclos económicos e historia del pensamiento económico. Por lo general, daba una clase diaria, seis días a la semana (en aquella época los sábados todavía eran días laborables en las universidades estadounidenses). A pesar de que a menudo diera los mismos cursos en años sucesivos, Schumpeter nunca repitió una clase dos veces, ni en aquel momento, ni en cualquier otra etapa de su carrera. Esta especie de atención renovada por la enseñanza es inhabitual en el mundo académico; muchos profesores hablan sirviéndose de las mismas notas gastadas año tras año, sin introducir apenas cambios.[7]

Schumpeter también siguió dando charlas y conferencias en otras universidades aunque con menos frecuencia que en el pasado. "Me encanta entablar relación con grupos de estudiantes de posgrado" –escribió en 1940 a su anfitrión académico de la Universidad Johns Hopkins– "y espero que me permita tener horas de consulta para cualquier persona que pueda estar interesada en mantener una conversación privada conmigo". Sin embargo, la fiebre keynesiana todavía estaba en boga y se quejaba en su diario con las siguientes palabras: "El ser incapaz de hacer llegar mi mensaje a los jóvenes me *irrita*."[8]

El estado del mundo deprimió a Schumpeter de forma cada vez más acusada en la época en que trabajó en el manuscrito de *Capitalismo, socialismo y democracia*. Las anotaciones de su diario en este período de tiempo contienen escasas referencias a amigos, colegas o a Elizabeth. Tampoco aparecen con su frecuencia habitual las *Hasen*. Apenas escribe, incluso, sobre aspectos específicos de su propio trabajo. De forma ocasional hace referencia a un nuevo proyecto de enormes proporciones sobre la

historia del análisis económico y hace una alusión reveladora a los continuos esfuerzos que dedica a *Capitalismo, socialismo y democracia*: "He presionado a fondo mi trabajo en ese libro sobre el socialismo y este problema me enseña de nuevo simplemente que cualquier logro por pequeño que sea requiere una concentración desesperada además de desatender cualquier otro plan … ¡Dios mío qué dolorosa resulta la 'escritura'!"[9]

En este período de aislamiento que se había impuesto a sí mismo, con una rutina de trabajo rigurosa, su correspondencia se redujo hasta prácticamente desaparecer. Durante varios meses incluso dejó de abrir su correo. Justo antes del ataque japonés a Pearl Harbor escribió una confesión extraordinaria del modo en que vivía su vida en un correo que envió a un profesor de la Universidad de Florida al que apenas conocía. En esta carta se disculpaba por no haber respondido a las invitaciones reiteradas que le había hecho esta universidad para dar conferencias:

> Mi conducta me avergüenza … sus cartas, aunque no hayan obtenido respuesta alguna, me han hecho reflexionar y esto es lo que he descubierto. No trabajo menos de lo que solía hacer en años anteriores sino bastante más e incluso no me doy cuenta de que la calidad de mi trabajo disminuye (aunque otras personas puedan haberse percatado de ello). En ocasiones puedo debatir con estudiantes hasta altas horas de la madrugada y hasta ahora no he tenido dificultades para aprender nuevas técnicas. El secreto de todo esto sin embargo es que el resto de mi vida ha dejado prácticamente de existir al completo. He abandonado mi interés por el arte, nunca salgo si puedo evitarlo y descuido gravemente todas mis obligaciones sociales. Por ejemplo, tengo aquí en Cambridge algunos amigos bastante íntimos a los que nunca veo. En fin, esto explica la actitud casi patológica que adopta mi correspondencia. Se acumula en pilas y la mayoría de ella ni siquiera está abierta excepto la que se muestra de forma inmediata como parte de mis obligaciones profesionales, como las que recibo de la Econometric Society. La razón de que mi explicación sea tan extensa es que no quiero que haya ningún malentendido y solo la perfecta explicitud y franqueza sirven para evitarlos. No obstante, después de esto espero albergar la esperanza de que pueda remediar mi comportamiento al menos en lo que a usted y algunos otros se refiere.[10]

Durante esta época de aislamiento y de falta de confianza en sí mismo Schumpeter continuó trabajando sin descanso en *Capitalismo, socialismo y democracia*. Su agonía emocional no disminuyó su genio de ningún modo e incluso pudo haber alimentado su creatividad.

Sin lugar a dudas no parece que tuviera mucho conocimiento de estar redactando un libro que estaba destinado a ser un clásico. En abril de 1942 escribió a una destacada editorial de Nueva York, Cass Canfield de Harper & Broters:

> Gracias por su carta. Le envío el manuscrito junto con mis disculpas por el retraso. Como no conozco en absoluto como está organizada su empresa se lo dirijo a usted personalmente.
>
> Solo hay un ejemplar del original: el que le envío. Por esta y otras razones le agradecería sobremanera que en el caso de que tuviera reparos en aceptarlo, tuviera la bondad de devolverme el original tan pronto como le fuera posible.[11]

Harper hizo una fortuna con *Capitalismo, socialismo y democracia* y hoy

en día todavía obtiene excelentes ingresos con este libro. Por suerte para todas las partes involucradas (el autor, la editorial y el mundo en general) el servicio de correos entre Cambridge y Nueva York era en aquella época muy fiable y esta obra maestra ha podido llegar así a las manos de varias generaciones de lectores.

Capítulo 21
Capitalismo, socialismo y democracia

El vicio inherente al capitalismo es la distribución desigual de los beneficios; la virtud inherente al socialismo es la distribución igualitaria de la miseria.

Winston Churchill, en un almuerzo en la Casa Blanca en 1954.

Solo tres años después del fracaso relativo de *Ciclos económicos,* Schumpeter se recuperó de forma espectacular al publicar en 1942 su libro más popular: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Escribió la mayor parte de este libro en treinta meses, durante los cuales también tuvo que hacer frente a muchas otras actividades que le robaban tiempo. Lo escribió basándose prácticamente en su propio fondo intelectual, haciendo una amalgama de todos los conocimientos y de toda la pasión de cuarenta años de docencia en una síntesis genial. *Capitalismo, socialismo y democracia* expone sus ideas a lo largo de 381 páginas en su edición inglesa, una tercera parte de la extensión de *Ciclos económicos,* y carece de todas las minucias académicas que estaban presentes en su obra anterior. Aun así irradia una gran erudición. Se trata de un libro elocuente, repleto de metáforas acertadas y de incisos reveladores que recorre la literatura y la historia mundial desde la antigua Grecia y Roma hasta la época en que se publicó.[1]

Hoy en día *Capitalismo, socialismo y democracia* está traducido a más de dieciséis lenguas y todavía goza de buenas ventas en ediciones en rústica de todo el mundo. Aunque al autor le gustaba desacreditarlo al considerarlo una obra hecha de prisa y sin esmero, y lo comparaba de forma desfavorable con sus libros más académicos, el libro ha suscitado varios miles de citas y referencias de periodistas, politólogos, sociólogos, economistas e historiadores.

Schumpeter empezó a escribir el libro como si fuera una colección de artículos, en parte como respuesta a la popularidad creciente del pensamiento marxista durante la década de 1930. En su diario se refiere a él como “ese libro sobre el socialismo”. No obstante, el argumento de mayor peso de *Capitalismo, socialismo y democracia* es el capitalismo, lo que se corresponde además con el hecho de ser la primera palabra del título. Schumpeter muestra el modo en que el capitalismo modela no solo la vida económica de las comunidades en las que opera sino que también configura su cultura intelectual, social y política. El libro contiene uno de los análisis más perspicaces del capitalismo que se haya escrito nunca.

Uno de los puntos especialmente fuertes del libro es su tratamiento de las grandes empresas y Schumpeter no podría haberlo escrito si no hubiera dedicado tanto tiempo a la investigación de este tema para *Ciclos económicos*.

A raíz de la decepcionante recepción que había tenido la obra y de su comparación desfavorable con la *Teoría general* de Keynes, el contenido y el tono irónico de *Capitalismo, socialismo y democracia* asumió un punto de vista diferente. Era como si Schumpeter hubiera decidido rechazar todo tipo de precauciones y se hubiera visto libre para tratar un amplio abanico de temas además de la economía, con escasa interpretación. De ahí surge la inusual amplitud y el sigiloso ingenio del libro. Algunas partes están escritas con un estilo deliberadamente inexpresivo y satírico propio de un Jonathan Swift o de un Mark Twain. Schumpeter no deseaba golpear al lector en la cabeza con una loa al capitalismo y no se puede interpretar literalmente la mayor parte de lo que escribe (sobre todo los fragmentos en los que da la impresión de apoyar las ideas socialistas).[2]

Aunque recurre a casi todas las obras anteriores de Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* se fija particularmente en el contexto de la Gran Depresión y de la II Guerra Mundial. Schumpeter formula tres preguntas trascendentales:

> En primer lugar, ¿está el capitalismo por su propia naturaleza y desarrollo condenado al fracaso?
>
> En segundo lugar, si el socialismo substituye al capitalismo, ¿podrá producir un éxito económico comparable?
>
> Y en tercer lugar, ¿existe la probabilidad de que la democracia vaya de la mano de cualquiera de estos sistemas?

El libro empieza con un análisis en profundidad de cincuenta y ocho páginas y completamente serio de la obra de Karl Marx articulado en cuatro capítulos: Marx como profeta, como sociólogo, como economista y como profesor. Es difícil evitar el pensamiento de que Schumpeter se aplicara a sí mismo estos papeles. Sin lugar a dudas otorga a Marx una visión dinámica del capitalismo muy similar a la suya: “Ahora bien, Marx observó de forma más clara este proceso de cambio industrial y comprendió mucho mejor su importancia fundamental que cualquier otro economista de su época.” Marx “fue el primer economista de alto nivel que observó y enseñó de forma sistemática el modo en que la teoría económica podía virar hacia el análisis histórico y como la narrativa histórica podía transformarse en una historia razonada”. Logró llevar a cabo una combinación de la historia y de la teoría cuyo resultado comportaba algo diferente de estos elementos por separado.[3]

No obstante, Schumpeter rechaza la versión de Marx de las cosas. Marx el sociólogo estaba equivocado debido a su perspectiva demasiado simplificada de las clases sociales. En el sistema marxista la sociedad capitalista solo tiene dos clases: los capitalistas, que poseen y controlan los medios de producción, y los proletarios, que ni los poseen ni los controlan. La respuesta de Schumpeter a esta postura es que los trabajadores no son todos iguales y que en la era moderna “una energía y una inteligencia fuera de lo normal” habían

permitido a numerosos proletarios fundar empresas y convertirse ellos mismos en capitalistas.[4]

Y todavía más equivocado estaba Marx el economista. Entre sus muchos errores Marx insistía en que según maduraba el capitalismo, la cuota de los trabajadores en los ingresos totales de la sociedad descendería progresivamente, y su miseria se incrementaría, por lo que finalmente se sublevarían y se harían con los medios de producción de los capitalistas. Después de esta acción en la que "los expropiadores serían expropiados" los trabajadores controlarían la economía en beneficio de todos.[5]

La refutación de Schumpeter fue doble. En primer lugar, señaló que según los hechos históricos la cuota de los trabajadores de los ingresos totales no había disminuido durante el auge de la industrialización. Si se medía porcentualmente, se había mantenido estable o se había incrementado y en términos absolutos los ingresos de los trabajadores habían crecido de manera espectacular y su nivel de vida había mejorado gracias a que el capitalismo redunda tanto en un incremento de los ingresos como en una reducción del precio de los bienes.[6]

Marx también había sostenido que la mecanización de la producción supondría la creación de un "ejército de reserva" de parados, una masa creciente de trabajadores a punto para una explotación todavía mayor. Esto tampoco había sucedido. Marx había "engullido de cabo a rabo" la tesis de David Ricardo sobre los efectos dañinos de la mecanización sobre el empleo al tiempo que había prestado escasa atención a las cuidadosas reservas de Ricardo. Estos no eran los únicos errores graves de Marx, y Schumpeter recita una letanía de otros errores y omisiones. Marx no tenía "una teoría empresarial adecuada". No fue capaz de "distinguir entre el emprendedor y el capitalista". No tenía ningún concepto defendible sobre las grandes empresas, su sistema no trataba de forma eficaz los ciclos económicos y, como los economistas clásicos, con frecuencia pensaba en función de lo que se llegó a llamar "la competencia perfecta".[7]

Al margen de los errores que había hallado en el discurso de Marx, Schumpeter apreciaba plenamente la amplitud y la profundidad de su influencia al establecer el orden del día del discurso público. Además, era particularmente sencillo observar por qué Marx el profeta y Marx el profesor habían estado tan a la moda durante la década de 1930. Las personas hacían suyo su "mensaje del paraíso terrenal del socialismo" no solo porque parecía una mejora importante de las condiciones de la época sino porque también llevaba consigo "ese sentimiento de frustración y maltrato que se corresponde con la actitud auto terapéutica de muchos fracasados". El marxismo prometía que "la liberación socialista de esos males era una certidumbre susceptible de

tener una demostración racional". Al crear un sistema que explicaba los hechos históricos además de la economía, Marx permitió a las personas normales "dejar de sentirse excluidos de él en los grandes temas de la vida, de repente podían mirar a través de las marionetas presuntuosas de la política y de los negocios".[8]

Durante la Gran Depresión de la década de 1930 no había duda de que las masas de trabajadores desempleados tenían cierto parecido con el ejército de parados de reserva de Marx. En palabras de Schumpeter, "los burgueses desanimados y los intelectuales eufóricos" interpretaron la Gran Depresión y la tibia recuperación que siguió a ésta como "síntomas de un cambio estructural en el proceso capitalista como Marx habría esperado que sucediera". Sin embargo, Schumpeter defendía que otras depresiones igualmente graves habían tenido lugar y habían terminado y que el carácter esquivo de una recuperación fuerte durante los años 30 podría explicarse de modos que Marx nunca había tenido en cuenta. Keynes había ofrecido una explicación posible: la insuficiencia del poder adquisitivo de los consumidores. Y según el análisis del propio Schumpeter, "las dificultades y problemas a la hora de adoptar una nueva política fiscal, una nueva legislación laboral y un cambio general en la actitud del gobierno con respecto a la empresa privada" habían empeorado la Gran Depresión. Y lo más grave de todo (sobre todo en los Estados Unidos) es que había habido una epidemia completamente innecesaria de quiebras bancarias.[9]

A partir de la simplicidad y de la supuesta certidumbre de la utopía económica de Marx, Schumpeter formula su propia pregunta, aparentemente inocente, a la que también da respuesta: "El capitalismo, ¿puede sobrevivir? No. No creo que pueda."[10]

El razonamiento que sigue a este inicio memorable de la segunda parte de *Capitalismo, socialismo y democracia* es complejo, está minuciosamente argumentado y contiene un sinnúmero de detalles históricos. La propia afirmación se verá respaldaba con mucho cuidado por numerosos pasajes del libro. El verdadero objetivo de Schumpeter no es profetizar la caída del capitalismo sino explicar su modo de funcionamiento. Se afana en demostrar por qué el capitalismo ha sido algo muy bueno y después subraya su fragilidad.[11]

Era consciente de que muchos lectores carecerían de la paciencia necesaria para conceder a su debate la suficiente atención. Se atrevería a afirmar que "en estos momentos la mente del público ha llegado a estar completamente fuera de sintonía con él hasta hacer de la condena del capitalismo y de todos sus procedimientos una conclusión inevitable". Escritores y oradores de casi todas las corrientes políticas creían en "la inadecuación de los logros

capitalistas". Muchos han terminado por considerar al propio capitalismo como algo antisocial e incluso inmoral. Por consiguiente, el camino de refutación que Schumpeter se había marcado a sí mismo no sería sencillo.[12]

Iniciaba su razonamiento con la demostración de que el capitalismo industrial moderno había provocado la mayor producción de bienes per cápita que nunca antes se hubiera registrado. Y, en oposición directa a la previsión marxista de que el porcentaje de ingresos de los trabajadores caería progresivamente, Schumpeter reiteraba que "los porcentajes relativos han variado substancialmente en favor de los grupos con ingresos más bajos". Con independencia de las valoraciones subjetivas de escritores populares e intelectuales literarios, las estadísticas muestran que el trabajador medio, sumido en "una avalancha de bienes de consumo", goza de una existencia material mejor que la que nunca antes había tenido. En otras palabras, "el proceso capitalista, no de forma casual sino gracias a su propio mecanismo, aumenta progresivamente el nivel de vida de las masas".[13]

James Tobin, uno de los mejores estudiantes de Harvard de Schumpeter, que sería recompensado con un Premio Nobel, escribiría más tarde: "Siempre he pensado que la meta de Schumpeter era desarrollar una teoría de la historia que tuviera el mismo alcance y extensión que la de Marx y que al mismo tiempo diera la vuelta al marxismo." Y una de las vías fundamentales por las que Schumpeter rebatía a Marx era su tratamiento de la controvertida cuestión del monopolio. La época en la que Schumpeter escribía su obra, la década de 1930 y principios de 1940, era un período en el que el enfado público contra la concentración industrial estaba en aumento. Schumpeter subrayaba el hecho de que las enormes mejoras que habían experimentado las vidas de la clase trabajadora se habían "desarrollado durante la etapa en que las 'grandes empresas' (*big business*) no tenían restricciones". Lejos de disminuir los beneficios que los consumidores obtenían del funcionamiento del motor capitalista, las empresas de gran tamaño los habían aumentado.[14]

Schumpeter introduce su famoso término de la "destrucción creativa" para explicar el modo en que esto ha sucedido: "La apertura de nuevos mercados, exteriores o nacionales, y el desarrollo organizativo desde la tienda de un artesano hasta una fábrica de la amplitud de U. S. Steel ilustra el mismo proceso de mutación industrial –si se me permite el uso de este término biológico– que revoluciona de forma incesante la estructura económica *desde su interior* y que destruye la anterior de forma continua creando una nueva de forma ininterrumpida. Este proceso de destrucción creativa es el elemento esencial del capitalismo: es en lo que consiste el capitalismo y el espacio en el que tiene que residir toda actividad capitalista."[15]

Como la destrucción creativa es un proceso evolutivo, el rendimiento del

capitalismo debería ser juzgado “a lo largo del tiempo, según se despliega después de décadas o siglos”. En este punto Schumpeter criticaba el punto de vista que sus colegas economistas aplicaban al estudio de las grandes empresas. Afirmaba que resultaba inútil analizar el comportamiento de una gran empresa en un único punto temporal, es decir, “aceptar los datos de una situación momentánea como si no hubiera habido un pasado o no hubiera un futuro por delante de ella”. Aun así, este es el método habitual. El teórico económico o la comisión gubernamental de turno no consideran la conducta de una empresa importante “por un lado, como resultado de una historia del pasado y, por el otro, como un intento de manejar una situación que con toda seguridad va a cambiar actualmente, como un intento de esas empresas de mantenerse en pie, sobre un terreno que se escurre por debajo de ellas. En otras palabras, el problema que se observa por lo general es el modo en que el capitalismo administra las estructuras ya existentes, cuando el problema importante es el modo en que las crea y las destruye.”[16]

La destrucción creativa barre constantemente los restos de viejos productos, viejas empresas y viejas formas organizativas y los substituye por otros nuevos. “Una estrategia empresarial solo adquiere su verdadera importancia cuando se opone al contexto de ese proceso y a la situación que lo creó.” La estrategia “debe considerarse en el papel que desempeña en el temporal perpetuo de la destrucción creativa, no puede entenderse al margen de él o, de hecho, sobre la base de la hipótesis de que hay una calma perpetua”. Schumpeter concluye su discurso diciendo que cualquier investigador que no reconozca estas características esenciales “lleva a cabo un trabajo sin sentido”.[17]

Al utilizar el término de “estrategia empresarial” y al comparar las iniciativas empresariales con la conducta militar, Schumpeter contribuyó a iniciar una revolución en el análisis de los negocios que hoy en día todavía sigue su curso. La “estrategia económica” y la “estrategia empresarial” se han extendido ampliamente tanto en la prensa económica como en los medios de comunicación generales. Hay un gran número de empresas de consultoría especializadas en la estrategia y todas las escuelas de negocio imparten cursos sobre este tema. La mayoría de estas escuelas poseen todo un departamento con la palabra “estrategia” o “estratégico” en su nombre. Hay cientos de libros económicos y miles de artículos publicados durante las últimas seis décadas que incluyen el término “estrategia” en sus títulos. Se trata de una de las nuevas ideas más importantes del pensamiento empresarial de todas las que han surgido desde 1940.[18]

Schumpeter continúa su exposición en *Capitalismo, socialismo y democracia* con un asalto enérgico a la “competencia perfecta”, una

herramienta teórica fundamental que utilizaban los economistas académicos en la época de Schumpeter y también en nuestros días. Los modelos de competencia perfecta no pueden tener en cuenta la estrategia empresarial porque asumen que cada industria contiene un sinnúmero de empresas, cada una de las cuales es por definición demasiado débil para incidir en el escenario económico a través de una conducta estratégica determinada. La competencia perfecta presupone un número ilimitado de compradores y vendedores y todos ellos poseen una información completa de todos los productos y servicios que se compran y se venden. Este tipo de modelos contemplan transacciones sin fricciones, que no precisan abogados, contables, agentes, asociaciones, sociedades, contratos u otros accesorios fundamentales del verdadero mundo de los negocios.

Sin embargo, la competencia perfecta se presta muy bien al uso de modelos matemáticos y esta ventaja ha sido algo prácticamente irresistible para los economistas. Pero como desdeña la dinámica de la destrucción creativa, para Schumpeter la competencia perfecta era totalmente inadecuada para entender una economía capitalista moderna. Por ejemplo, cuando un nuevo producto o procedimiento se introduce en un negocio no es posible que todos los compradores y vendedores tengan información completa de sus mercados potenciales. “De hecho,” –escribe Schumpeter– “la competencia perfecta está y siempre ha estado temporalmente suspendida cuando se introduce cualquier novedad.” Y la aparición continua de nuevos productos y de nuevas maneras de producir las cosas es “el impulso fundamental que pone a punto y que mantiene el motor capitalista en marcha”.[19]

A pesar de la irrelevancia de la competencia perfecta, prosigue Schumpeter, el capitalismo de las grandes empresas ha demostrado a largo plazo su superioridad al expandir totalmente la producción y al aumentar el nivel de vida: “La eficacia actual del motor capitalista de la producción en la era de unidades de mayor escala ha sido mucho mayor que en la era precedente de unidades pequeñas o de medio tamaño. Se trata de un hecho registrado estadísticamente … las posibilidades tecnológicas y organizativas [de empresas inmersas en el modelo de competencia perfecta] nunca podrían haber producido resultados similares. Así que el modo en que el capitalismo moderno habría funcionado bajo la competencia perfecta es una pregunta que carece de sentido.”[20]

Schumpeter subraya las deficiencias de cualquier sistema conceptual que funcione con presunciones estáticas o de competencia perfecta. Al hacerlo compara el universo de Adam Smith y otros economistas clásicos con la realidad del capitalismo industrial moderno. Ni Smith, ni la mayoría de los otros economistas clásicos y neoclásicos “observaron que la competencia

perfecta es la excepción y en el caso de que fuera la regla habría muchas menos razones para regocijarse de lo que se podría pensar". En la vida real las cosas que se aproximan a la competencia perfecta son extremadamente raras.[21]

En su lugar, la mayor parte de los negocios modernos de los países industriales avanzados han evolucionado hacia una forma de organización conocida como "oligopolio". Sir Thomas More introdujo esta palabra en su obra *Utopía* (1516) y E. H. Chamberlin, un colega de Schumpeter de Harvard, la resucitaría 410 años después. Hoy en día se refiere a industrias en las que un pequeño número de empresas grandes y poderosas compiten unas con otras en una misma línea de negocio: petróleo, acero, automóvil, químicos y algunos otros sectores más. La mayoría de estas empresas se dedican a la producción en masa, a la distribución masiva o a ambas, y a menudo requieren inversiones de capital de enormes proporciones. Schumpeter manifestó que en los oligopolios "no hay, de hecho, un equilibrio determinado en absoluto y existe la posibilidad de que se produzca una secuencia sin fin de ataques y contraataques, un estado indefinido de guerra entre las empresas". De ahí la analogía con la estrategia militar. Sin embargo, estas nuevas situaciones (del mismo modo que otros aspectos de las teorías de Schumpeter como la importancia fundamental del espíritu empresarial) no se prestan fácilmente a un análisis del equilibro o a un modelo matemático.[22]

Una consecuencia de la perspectiva alternativa que propone Schumpeter sería un enfoque más agresivo sobre la calidad del producto y del marketing como elementos competitivos. Esta nueva perspectiva reduciría lo que ha sido una acentuación incontenible del análisis de precios. "En la realidad capitalista por contraposición a la imagen de su libro de texto, no es [ese tipo de] competencia la que cuenta sino la competencia de la nueva materia prima, de la nueva tecnología, de la nueva fuente de suministro, del nuevo tipo de organización." Este tipo de competencia "no golpea en los márgenes de los beneficios o de la producción de las empresas existentes sino que sacude sus cimientos y su propia existencia". Es eficaz incluso "cuando es una mera amenaza omnipresente. Impone disciplina antes de atacar." Un analista teórico que "obvia este factor esencial del caso, descuida todo lo que es más puramente capitalista de él; aunque sea correcto desde la lógica y desde los hechos, es como *Hamlet* sin el príncipe de Dinamarca."[23]

El lector de estos pasajes no debe cometer ningún error con respecto a la naturaleza radical de las aseveraciones de Schumpeter. Está acusando a su propia profesión de economista de lo que constituye un delito merecedor de la pena capital: no ser consciente de que la innovación continua es "endógena" (e inherente) al capitalismo. Bastaría que se adoptara esta alteración

conceptual en la economía ortodoxa para que entonces le siguieran toda una serie de cambios metodológicos. Hasta el punto de que los economistas llegarían a estar más centrados en el cambio, pondrían más atención en el *historial* de cambios. Tendrían que seguir una investigación mucho más completa de la historia económica y empresarial, como el propio Schumpeter había hecho en *Ciclos económicos*. Y con ese contexto histórico reconocerían que las unidades de control a gran escala no deberían meramente ser toleradas como males necesarios. En su lugar, observarían a las grandes empresas como parte fundamental del "motor más poderoso del progreso [económico] y, en concreto, de la expansión a largo plazo de la producción total" que el mundo haya visto nunca.[24]

Entonces Schumpeter volvía a tratar la cuestión del monopolio y orquestaba un ataque contra la idea equivocada que tenían muchos estadounidenses de que los monopolios y las grandes empresas eran la misma cosa. Según decía, la propia palabra monopolio es una etiqueta "que con toda seguridad suscita la hostilidad pública" debido a su asociación con los privilegios que la monarquía británica había otorgado durante la época colonial de los Estados Unidos. Además, numerosos hombres de estado habían invocado los demonios del monopolio, desde Andrew Jackson hasta Theodore Roosevelt o Woodrow Wilson y, en aquellos momentos, Franklin D. Roosevelt. Sin embargo, en el capitalismo moderno casi no existen casos de monopolios *a largo plazo*, son incluso menos frecuentes que los casos de competencia perfecta. Por consiguiente, los altos beneficios empresariales son siempre temporales. Y a fin de cuentas, las grandes empresas son incuestionablemente una fuerza positiva para la innovación y el crecimiento.[25]

Schumpeter creía que el hecho de que tantas personas en los Estados Unidos hubieran confundido los monopolios con las grandes empresas y que hubieran hecho de las grandes empresas un chivo expiatorio era algo malsano. Después de todo, el país era un terreno fértil para los gigantes empresariales. Gracias a su enorme mercado interno y a su cultura emprendedora, albergaba en su seno a casi la mitad de las empresas más grandes del mundo. Este tema le parecía muy importante a Schumpeter, más incluso de lo que deja ver en *Capitalismo, socialismo y democracia*. Además, creía haber encontrado una razón psicológica para él. Según dejó escrito en su diario: "La opinión estadounidense es tan contraria a las grandes empresas precisamente porque las grandes empresas han configurado el país tal y como es hoy en día y en este proceso han establecido el estándar secreto del espíritu estadounidense: quien no está involucrado en los grandes negocios (*big business*) siente que no satisface la norma, y para compensarlo se vuelve contra ella."[26]

A Schumpeter le parecía que estaba claro que eran la continua innovación técnica y la remodelación organizativa y no los beneficios mono-polísticos los que estaban detrás de la prosperidad de la mayor parte de las grandes empresas. “Estas unidades” –decía en *Capitalismo, socialismo y democracia*– “no surgen únicamente en el proceso de destrucción creativa y funcionan de un modo completamente distinto al del esquema estático” aunque a menudo crean en realidad sus propios mercados: “En gran parte crean lo que explotan.” Los beneficios del monopolio pueden manar durante un tiempo, aunque solo por un período breve de tiempo, en forma de grandes recompensas que se obtienen, no obstante, una única vez, “recompensas que la sociedad capitalista ofrece al innovador con éxito”. Schumpeter lleva su análisis hasta el límite de asociar el espíritu empresarial capitalista con el propio progreso tecnológico. En realidad, según los registros históricos, eran “fundamentalmente una misma cosa”, el primero de ellos sería “la fuerza impulsora” del segundo.[27]

Schumpeter finalizaba esta parte de su discurso sobre el capitalismo con una declaración extraordinaria que prefiguraba el estilo irónico que usaría más tarde en el libro:

> No voy a hacer un resumen como el lector espera probablemente que haga. Es decir, no voy a invitarle a que, antes de que decida confiar en una alternativa que no se ha puesto a prueba por unos hombres que no se han sometido a juicio alguno, observe una vez más los impresionantes logros económicos y los todavía más impresionantes logros culturales que ha obtenido el orden capitalista y la inmensa promesa que ofrecen ambos. No voy a defender que esos logros y esa promesa: bastan por sí mismos para apoyar un argumento que permita al proceso capitalista seguir funcionando y a levantar, como podría fácilmente verse llevado a hacer, la pobreza de los hombros de la humanidad … No voy a sostener que a la vista de esta actuación el *intermezzo* capitalista vaya a prolongarse. En realidad, en este momento voy a establecer la inferencia exactamente opuesta.[28]

A continuación expone las bases de su argumentación, tan citada, de que el capitalismo ha desarrollado las semillas de su propia destrucción y no por razones económicas sino por motivos sociales. Con objeto de mostrar como sucedió tal cosa, traza de manera directa la evolución del capitalismo desde sus orígenes hasta la actualidad.[29]

En épocas precapitalistas, escribía, ningún logro económico por sí mismo podría hacer progresar a nadie hasta alcanzar el nivel de vida de las clases dirigentes. Sin embargo, cuando el capitalismo empezó a extenderse, las personas que poseían una “ambición y capacidad fuera de lo normal” podían entonces alcanzar un nivel de vida muy superior, siempre que prosiguieran con su carrera empresarial. Aun así, el éxito empresarial no confería el carisma asociado a señores feudales y otros líderes de tiempos anteriores: “no había espadas que florecieran con él, no había casi ninguna destreza física, ni ninguna oportunidad de galopar sobre un caballo con armadura en pos del

enemigo”.[30]

Sin embargo, según pasaba el tiempo el gigante económico del capitalismo empezó a socavar las bases de la mayor parte de los pilares de la sociedad feudal: el servicio de caballero, los gremios de artesanos, los pueblos, los feudos. En lugar de las antiguas redes de responsabilidades personales recíprocas (señor y caballero, propietario de las tierras y campesino, el patrono y el artesano), el capitalismo instauró la oportunidad y la eficacia personal. Las personas ya no formaban parte de un sistema social orgánico, podían obtener ganancias materiales pero además también llegaron a tener “libertad para hacer de sus vidas un caos”. En ese momento tenían la suficiente “soga individualista” como para colgarse a sí mismos.[31]

Por otra parte, el talento necesario para tener éxito en los negocios no se trasladaba correctamente a otras realidades de la vida. “Un genio en la oficina de una empresa puede ser, como a menudo sucede, totalmente incapaz de matar una mosca en el salón de su casa o en la tribuna [política].” Así que, sin contar con la protección de cualquier otra fuente “la burguesía no sirve para nada políticamente y no es capaz de liderar a su nación, ni de ocuparse de sus intereses de clase concretos”.[32]

Dicha protección, afirmaba Schumpeter, la habían provisto (y todavía era el caso en la época)aquellos a los que los capitalistas habían superado parcialmente. Al tiempo que los comerciantes y los fabricantes empezaron a dominar la vida económica, los grupos que habían conducido a la sociedad precapitalista mantuvieron en gran medida su posición social y política anterior. Vivían cada vez más de las rentas del capital que habían invertido y que las nuevas clases empresariales acrecentaban. Y a cambio, en aras del negocio, ocuparon la posición de gobierno tradicional.[33]

De todos modos, el auge del capitalismo y en particular de las grandes empresas no solo debilitó a señores y reyes, también debilitó a muchos comerciantes y productores a pequeña escala y ésta, no era una consecuencia nimia. Los dirigentes y propietarios de pequeñas y medianas empresas, al ser numerosos, poseían una gran influencia política y social. Sin embargo, las grandes empresas que en ocasiones las suplantaron carecían en cierto modo del mismo espíritu de propiedad, de ese derecho y capacidad de “obrar como les placiera”. En el capitalismo moderno la sustitución de activos tangibles por una participación de acciones “le quita el ánima a la idea de propiedad”. Y si esta tendencia prosigue durante suficiente tiempo “no quedará *nadie*” que defienda los valores burgueses con vigor y determinación. Además, las grandes empresas no exigen el mismo grado de lealtad a sus trabajadores que las propiedades o las asociaciones. Los empleados están seguros del progreso económico aunque tengan escasa vinculación emocional con el éxito de sus

empresas o del sistema capitalista en su conjunto. Se sienten personalmente inseguros, como piezas que se pueden cambiar en el enorme engranaje de la empresa.[34]

Schumpeter afirmaba que todavía había otros efectos sociales y psicológicos que podían perjudicar al éxito capitalista. Como las personas habían llegado a tener esperanzas de contar con un flujo continuo de nuevos productos y métodos, "la propia innovación se ve reducida a una rutina … el progreso económico tiende a ser despersonalizado y automático". Los procedimientos burocráticos y los tediosos proyectos de comités de empresa desplazan a los momentos de genialidad. La innovación no cesa (de hecho puede incrementarse), pero el espíritu empresarial individual se vuelve menos sobresaliente.[35]

Asimismo, el capitalismo produce cambios graduales en la mente de los individuos. Al reducirlo todo a un cálculo de costes y beneficios "racionaliza" los hábitos de pensamiento de las personas. "Crea un marco mental crítico que, después de haber acabado con la autoridad moral de otras muchas instituciones, al final se vuelve contra sí mismo." Y desgraciadamente la justificación filosófica del capitalismo es demasiado compleja y complicada para la capacidad intelectual del ciudadano medio.[36]

Según Schumpeter el caso del capitalismo "debe descansar en consideraciones a largo plazo". A corto plazo en general es imposible que las personas, e incluso los intelectuales, ignoren lo que parecen ser "beneficios e ineficacias" que no son razonables. Por consiguiente, tienen dificultad a la hora de observar las tendencias de largo alcance con las que el capitalismo beneficia a la sociedad en su conjunto. Por lo tanto, el capitalismo, de forma singular en relación con otros sistemas económicos, "crea, educa y subsidia un interés que se genera por el malestar social". Con su producción abundante apoya la educación de una clase intelectual hostil, que no tiene "responsabilidad directa con asuntos prácticos" y poca experiencia en la gestión de cualquier cosa.[37]

En un sentido más amplio, los sentimientos emocionales de los seres humanos son tan complicados que no se puede asegurar que las personas en general sean "más felices" o "estén mejor" cuando se encuentran en un sistema capitalista industrial que cuando habían estado en pueblos o feudos medievales. La eficacia económica solo es uno de los muchos objetivos humanos y no es necesariamente el más importante para todos los individuos. El futuro del capitalismo, por ende, no puede asegurarse en función únicamente de su rendimiento económico superior.[38]

Gran parte de la argumentación que expone Schumpeter en torno al declive

social del capitalismo podría interpretarse como un grito que sale del corazón de un elitista europeo brillante, aunque crónicamente deprimido, que ha sido testigo de una catástrofe tras otra durante la sangrienta primera mitad del siglo XX. Sin embargo, desde el punto de vista de Schumpeter, incluso en los Estados Unidos de su época, había una oportunidad única para el desarrollo de una sociedad capitalista avanzada que parecía tambalearse sobre el filo del desastre (por culpa de la Gran Depresión, el ascenso del fascismo y el comunismo en Europa y el comienzo de la II Guerra Mundial). Con independencia del propio estado mental de Schumpeter, el clima intelectual de la década de 1930 fue casi con seguridad más hostil al capitalismo que durante cualquier otra década de la historia estadounidense.

Schumpeter explicaba que anteriormente no había surgido ninguna amenaza grave para el capitalismo en los Estados Unidos ya que "la escala de valores que emanaba de la tarea nacional de desarrollar las posibilidades económicas [de los Estados Unidos] llevó a casi todos los cerebros al campo de los negocios e imprimió una actitud empresarial en el alma de la nación". La deslucida calidad de los presidentes estadounidenses de finales del siglo XIX corrobora esta idea. Entre 1865 y 1901 ocuparon la Casa Blanca hombres olvidables como Rutherford B. Hayes o Chester A. Arthur, mientras que el liderazgo empresarial de Andrew Carnegie, John D. Rockefeller y muchos otros dejaba huella en la historia de los Estados Unidos. No obstante, para la década de 1940 la era de "trasladar todos los cerebros al campo de los negocios" hacía tiempo que había ya tocado a su fin.[39]

Schumpeter abarcaba todos estos temas (su crítica de Marx y la profunda disección del capitalismo) únicamente en las dos primeras partes de *Capitalismo, socialismo y democracia*. La tercera parte, ¿Puede funcionar el socialismo?, quizá constituya su mayor logro como escritor narrativo. En esta parte Schumpeter utiliza desde un estilo de exposición sencillo hasta un grado de ironía que no se conocía en general en la disciplina económica. Su método consiste en una defensa del socialismo mediante el uso de argumentos de una lógica que parece estar a prueba de todo y que sin embargo llevan a conclusiones muy dudosas. El reto al que se enfrenta el lector es el esclarecimiento de ambas cosas para descubrir así la verdad sobre las deficiencias del socialismo.

En respuesta a la pregunta con la que se inicia la tercera parte: "¿Puede funcionar el socialismo?", la contestación de Schumpeter toma la forma de una afirmación provocativa: "Por supuesto que puede funcionar." Sin embargo, una lectura más detenida de las líneas que siguen a esta afirmación muestra lo que verdaderamente quiere decir. "Por supuesto que no puede funcionar", al menos en comparación con el capitalismo. En ese momento

escribe con toda su ironía, como si fuera un satírico Jonathan Swift. “Una propuesta modesta” (el famoso panfleto que Swift había hecho público en 1729) había sugerido que los problemas de hambre y sobrepoblación podían resolverse tomando una sola y simple medida: hacer alimentar a los niños de las familias pobres por los ricos. Swift argumentaba que su propuesta era “inocente, barata, sencilla y eficaz”.[40]

El enfoque swiftiano de Schumpeter con respecto al socialismo trae a la memoria el placer que experimentó durante su juventud en los cafés de Viena, en los que las discusiones políticas y artísticas se extendían hasta bien entrada la noche. En este tipo de escenario, no había ninguna proposición que fuera demasiado absurda o que estuviera demasiado amparada por condiciones y excepciones. Los tertulianos se granjeaban la admiración gracias a su sarcasmo y a su ingenio, tanto como por la convicción de sus argumentos. Desinflar un punto de vista al mismo tiempo que se daba la impresión de recomendarlo era algo especialmente exquisito.[41]

Fritz Machlup, un colega austríaco de Schumpeter, en una reseña sobre *Capitalismo, socialismo y democracia* reflejó su reconocimiento de su estilo “humorístico e irónico rococó”. Machlup conocía bastante bien a Schumpeter y tenía pocas dudas sobre la alta estima en la que su amigo tenía al capitalismo. Además, “tengo la firme impresión de que a Schumpeter le disgusta el socialismo, es más, lo desprecia”. Con todo, Machlup reconoce que a partir del texto únicamente la argumentación del libro es tan sutil que “solo puedo leer esto entre líneas”.[42]

Schumpeter aseveraba en su tratamiento anterior del socialismo (en oposición a casi todo lo demás que se había escrito hasta entonces) que él mismo no atribuye a la esfera económica de la vida “nada más que una importancia secundaria”. A continuación afirmaba que “hay fuertes razones para creer en la superioridad económica [del socialismo]”. Pero muy pronto queda claro que su perspectiva supuestamente afirmativa depende de una larga serie de condiciones rocambolescas, aunque no completamente imposibles. Mediante una argumentación que parece estar profundamente razonada describe estas condiciones y declara que prevé el triunfo probable del socialismo.[43]

Empezaba diciendo que para que un sistema socialista tenga éxito debía reemplazar a una economía basada en un capitalismo maduro de grandes empresas. Debía ver la luz a través de una acción cotidiana del gobierno más que a través de una revolución violenta. El proceso tenía visos de durar entre cincuenta y cien años antes de completarse. El enfoque de Schumpeter en este caso es principalmente abstracto en contraposición con el análisis del capitalismo que presenta anteriormente en el libro. En dicho análisis recurre

ampliamente a su vasto conocimiento de Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania, cuyas historias económicas conocía profundamente gracias a la investigación exhaustiva que había desarrollado para su obra *Ciclos económicos*. La única nación socialista que había en 1942 era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas cuyo régimen había sido instalado mediante una revolución sangrienta y una guerra civil en un país esencialmente preindustrial. Schumpeter sostenía que, sin embargo, un sistema socialista genuino "no era todavía más que una imagen mental; ningún socialista aceptará la experiencia rusa como una realización plena".[44]

Tanto el capitalismo como el socialismo, escribía Schumpeter, son algo más que meros fenómenos económicos. Para muchos socialistas (igual que para muchos capitalistas) los atributos y las aspiraciones que no son de orden económico pueden no solo ser importantes sino incluso ser los motivos *fundamentales* para mantener su lealtad. Por consiguiente, las recompensas psíquicas de los que se adhieren al socialismo tienen el valor de una eficacia económica potencialmente reducida. "El pan socialista bien puede tener un gusto más dulce para ellos que el pan capitalista simplemente porque es un pan socialista, y esto seguiría siendo así aunque encuentren ratones dentro de él".[45]

También es verdad que el socialismo podía ser bastante flexible. Existía, según Schumpeter que utilizaba las mayúsculas, una "Indeterminación Cultural del Socialismo". Podía ser aristocrático o proletario, autoritario o democrático, teocrático o ateo, pacífico o beligerante, enérgico o perezoso. Incluso podía *permitirles a algunas personas la búsqueda de una creatividad individual*. En un amago de ingenio retórico Schumpeter se detenía entonces para preguntarse, por otra parte, si el socialismo liberaría los mismos impulsos innovadores que el capitalismo liberaba con su forma distintiva de proporcionar "escaleras al talento para que pueda ascender". En este momento Schumpeter trazaba lo que parecía ser una concesión inofensiva al contrario, cuando en realidad estaba diseñando una estocada letal *del* contrario (él mismo).[46]

Dejaba de lado esta estocada por un momento y aseguraba de manera insulsa que no había nada "malo en la lógica pura de una economía socialista". De hecho, "hay fuertes razones" para creer que un sistema socialista podría generar en un período de tiempo determinado un volumen de bienes al consumidor mayor que el de la economía capitalista y regulada de las grandes empresas de los Estados Unidos. Del mismo modo que haría un abogado de la defensa inteligente con un caso que sabe que es poco convincente, Schumpeter aportaba con timidez como prueba cinco beneficios que acrecentarían la productividad con el control socialista.[47]

En primer lugar, los gestores no tendrían que lidiar con las incertidumbres que los competidores suscitan en los hombres de negocios capitalistas. La autoridad central socialista podría "actuar como una cámara de compensación para la información y una coordinadora de decisiones" del mismo modo (en gran medida) que lo hace un cártel capitalista. La energía que se gasta en los "ataques y contraataques incesantes" de la estrategia competitiva podrían transformarse en objetivos más productivos y "el funcionamiento de un sistema de este tipo requeriría mucha menos inteligencia" que la que necesitan los negocios capitalistas modernos.[48]

En segundo lugar, las mejoras tecnológicas y organizativas podrían difundirse a la fuerza por una autoridad central, en vez de extenderse gradualmente de una empresa capitalista a otra. Esto podría vencer la resistencia pertinaz que pudiera surgir en el curso de su introducción.[49]

En tercer lugar, una autoridad central en el socialismo podría eliminar el ciclo económico. La planificación central "sería incomparablemente más eficaz a la hora de prevenir que la economía se dispare en ciertas ocasiones y que tenga reacciones depresivas en otras". A través de una coordinación esmerada, un régimen socialista "suprimiría los elementos que causan los vaivenes cíclicos mientras que en el orden capitalista solo es posible mitigarlos".[50]

En cuarto lugar, el desempleo sería un problema menos grave. Los trabajadores cuyos empleos desaparecieran por culpa del avance de la tecnología podrían ser reubicados en otros puestos preparados para ellos por la autoridad de planificación central. De nuevo, las acusadas caídas de los ciclos económicos se verían minimizadas, de hecho, estarían totalmente proscritas.[51]

En quinto lugar, y que constituye el beneficio más importante, la desaparición de la esfera privada de la economía eliminaría la fricción y los antagonismos entre las empresas y el gobierno que en ese momento "dificultan y paralizan el motor privado de la producción". Entre los costes que se desvanecerían estarían aquellos ligados a los "requerimientos y procesos judiciales continuos" que suponen "una parte considerable del trabajo total de los abogados". Los impuestos, que en el capitalismo se incautan "bajo el ejercicio de la fuerza política", sencillamente desaparecerían. En una economía socialista la autoridad central podría simplemente establecer niveles salariales más bajos en vez de "correr detrás de los destinatarios para recuperar una parte".[52]

En este punto Schumpeter había dibujado lo que llamaba el "patrón" de una economía socialista. A partir de esta perspectiva de ventajas pretendidas

giraba su discurso hacia las condiciones prácticas y las excepciones de su argumentación. A partir de ese momento se movía de forma sutil entre el terreno del abogado de la defensa y el de la acusación y, como buen practicante de la ironía, en rara ocasión dejaba ver sus intenciones.

Comenzaba con otra concesión en apariencia anodina: “Nunca podrá existir un caso general para el socialismo, sino que tan solo puede existir un caso que hace referencia a las condiciones sociales dadas y a escenarios históricos determinados.” Las condiciones y los escenarios son aquellos del “capitalismo de nuestra propia época, es decir, del capitalismo de las grandes empresas *sujeto con grilletes*”. En esta situación, el gobierno ha asumido desde hace mucho tiempo una función más amplia y más activa en los asuntos económicos. Y en el campo de los propios negocios, la burocracia empresarial, los comités de gestión y los accionistas sin rostro han llegado a superar a los emprendedores individuales. En el marco de estas condiciones la transición al socialismo puede iniciarse mediante una simple etapa de nacionalización de las partes de la economía de las grandes empresas. Entre tanto, el gobierno adoptaría una visión provista de una negligencia benigna con respecto a los campesinos, los pequeños artesanos, los comerciantes de pequeña escala, los trabajadores y los oficinistas. Podrían continuar su modo de trabajo “de forma indefinida” sin operar ningún cambio sustancial en su actitud o en su modelo laboral.[53]

La prueba crucial surgiría con el grupo más simbólico del capitalismo: la burguesía. La prestación o la retirada de su cooperación “puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso del orden socialista”. Lejos de liquidar a este grupo, Schumpeter sugiere que una economía socialista de éxito debía promover que continuara desempeñando sus funciones de gestión vitales. De no ser así la economía no podría prosperar.[54]

Sin embargo, ¿cómo motivaría el régimen socialista a sus directivos sin acordarles altos ingresos? ¿Cómo les proporcionaría “el más sutil de todos los bienes económicos: la distancia social”? Schumpeter señala que en la Unión Soviética el gobierno había afrontado este problema mediante la creación de una clase de directivos “a los que se les compensaba no solo con honores sino que también disponían de residencias oficiales cuyos gastos corrían a cargo del erario público, complementos para disponer de hospedamiento <oficial>, uso de barcos de la marina y de otras instituciones, disposiciones especiales para prestar servicios en comisiones internacionales” y otros emolumentos. Otro tipo de régimen socialista podría conseguir una distancia social mediante otras formas alternativas. Por ejemplo, podría utilizar el mecanismo de autorizar a las personas con mayores rendimientos “a pegar un sello de un penique en sus pantalones”. La sociedad reconocería el sello como una marca

de rendimiento superior. (En este comentario el carácter satírico que se deleita con su propio ingenio le traiciona).[55]

Schumpeter prosigue sus referencias en apariencia aleatorias a la Unión Soviética y afirma que la función del ahorro (que es tan importante para la provisión de fondos para la inversión) podría decretarse en vez de ser simplemente fomentada. La Rusia soviética había procedido así mediante el sencillo método de minimizar los ingresos disponibles de las personas al tiempo que conservaba fondos de dinero común para la inversión. “Se había impuesto una serie de privaciones y de ‘abstinencias’ que ninguna sociedad capitalista habría podido nunca conseguir que fueran acatadas.” Sin embargo, bajo el estandarte del socialismo este tipo de disciplina “controlaría aparentemente la lealtad moral que se le había rehusado de forma creciente al capitalismo”. La motivación individual de supervivencia económica que es tan necesaria en el capitalismo desaparecería. El estado se ocuparía del 25 % de la población “retrasada” que es incapaz de valerse por sí misma.[56]

A continuación, después de haber tratado ostensiblemente los problemas de la motivación y el ahorro, Schumpeter considera el modo en que la obediencia en el lugar de trabajo había sido “inculcada por los predecesores feudales”, cuyos herederos capitalistas habían preservado en cierto modo durante tres siglos. No obstante, en tiempos más recientes, “al aceptar la igualdad en la esfera política, al enseñar a los trabajadores que simplemente eran ciudadanos tan valiosos como cualquier otro, la burguesía había perdido esa ventaja”. Además el estrato protector de la vieja aristocracia ya no contribuía mucho a mediar entre directivos y trabajadores.[57]

Schumpeter mantenía que dentro del socialismo los directivos industriales podían utilizar las herramientas de la disciplina autoritaria con mucha más libertad y que “el grupo de los intelectuales no les sería ya hostil”. Oponerse al director de la empresa “supondrían un ataque al gobierno” y el público general consideraría la resistencia de los trabajadores como una “práctica pseudodelictiva. Una huelga sería considerada como un motín”.[58]

Schumpeter cita de nuevo la Unión Soviética y sostiene que en 1932, hacía el final del primer plan quinquenal, “el proletario de la industria estaba más controlado que con el último zar”. Al mismo tiempo que pretendía ser el defensor de los sindicatos, el gobierno los utilizaba en realidad para servir sus propios intereses disciplinarios. Los responsables de las fábricas habían instaurado políticas de horarios más largos, despidos a su propia discreción y primas para trabajadores con un alto rendimiento o que gozaban de su favor. Consiguieron llegar a esta situación con pocas objeciones por parte de la fuerza laboral. Por lo tanto, el sistema de los bolcheviques había sido efectivo, cualesquiera que fueran sus deficiencias y sus “connotaciones siniestras”.

> El hecho de que el Estado ruso, a diferencia del Estado capitalista, esté en una posición de imponer tanto en la enseñanza como en la formación de los jóvenes la conformidad con sus fines y sus ideas estructurales incrementa su capacidad para crear una atmósfera favorable para la disciplina en las fábricas. Los intelectuales no disponen evidentemente de la libertad de inmiscuirse. Y no hay ninguna opinión pública que anime a la infracción … las "visitas" de las brigadas de choque y en ocasiones también de los camaradas del Ejército Rojo son, al margen de su construcción jurídica, medios prácticamente independientes en manos del gobierno con los cuales puede salvaguardar el rendimiento. Hay razones para utilizarlos y, es un hecho universalmente admitido, han sido usados impávidamente.[59]

Schumpeter señala que incluso este tipo de brutalidad (sigue manteniendo su estilo irónico) no supone necesariamente un caso teórico que menoscabe el socialismo. En la Rusia soviética, la "falta de madurez" de la situación industrial fomentó los vicios del régimen. Por consiguiente, todas las objeciones deben interponerse contra un cierto tipo de socialismo y no contra "el socialismo en sí mismo". "Otra cuestión es si este tipo de socialismo es compatible con lo que por lo general entendemos por democracia."[60]

Pronto se hace evidente que Schumpeter cree que algo similar a la experiencia rusa es probable que suceda en otros regímenes socialistas. Y solo la que denomina una "clase idílica" de socialismo puede "conseguir tener una comparación con el encadenado capitalismo que no se muestre desfavorable para la alternativa socialista". En el marco de su propia y larga lista de condiciones y supuestos solo surge un único lugar posible para su "clase idílica": la Gran Bretaña de mediados del siglo XX. En cualquier otra parte los socialistas no podrían obtener el control del gobierno sin llevar a cabo una revolución sangrienta en la que "utilizarían la fuerza no contra los individuos aislados, sino contra grupos y clases".[61]

¿Por qué Gran Bretaña? En primer lugar porque ya poseía una fuerte tradición sindicalista. Además en los años que siguieron a la Gran Guerra los británicos se habían convertido en personas "desarticuladas por el Estado", es decir, acostumbradas a un gobierno férreo. Estas condiciones, junto con la madurez industrial de la nación, habían hecho que Gran Bretaña estuviera más preparada que cualquier otro país para iniciar una transición al socialismo.[62]

Como parte del programa global para conseguir "la socialización en el marco de un Estado maduro", los ejecutivos de empresas importantes podrían ser invitados a formar parte del sistema mediante el uso de incentivos y honores. No sería necesaria económicamente la expropiación de los tenedores de acciones, bonos, hipotecas o seguros. En su lugar, sus derechos podrían convertirse en anualidades temporales o vencer gradualmente. Por supuesto, no se produciría ninguna creación de nuevas empresas. Sin embargo, el cambio, si se llevara a cabo con cuidado y sin fervor revolucionario, podría tener lugar sin complicaciones, quizá mediante escasas modificaciones de la

constitución del país.[63]

En un escenario menos hospitalario que el de Gran Bretaña, un movimiento socialista podría aprovechar una oportunidad política para gobernar incluso antes de que la economía del país hubiera alcanzado la madurez capitalista. Schumpeter admitía en este supuesto, con aparente desgana, que el panorama se nublaba. “La afirmación drástica de los ideales igualitarios puede por supuesto estropearlo todo.” Fue una desgracia que este tipo de aseveración fuera tan tentadora para los socialistas comprometidos. La mayoría de ellos “serían incapaces de soportar cualquier cosa menos fascinante que el asesinato espectacular del dragón capitalista a manos del San Jorge proletario”.[64]

Sin embargo, el liderazgo socialista podía evitar en teoría las demandas de sus partidarios de una expropiación por la fuerza aplicada a los capitalistas en vez de conseguir sus objetivos mediante una estrategia de inflación monetaria. “Ya que, según había señalado Lenin, nada desorganiza tanto como la inflación: ‘para destruir la sociedad burguesa hay que corromper su dinero’.” Se podría pagar en apariencia a los propietarios “cualquier cantidad en concepto de indemnización” pero no tendrían ningún recurso si el estado determina que la moneda en la que se les paga pronto carecerá de valor. Schumpeter parecía regocijarse en la observación de que “la inflación expropia a los tenedores de derechos en moneda de una forma deliciosamente sencilla”.[65]

En esa situación, por supuesto, sería imposible retener el saber hacer de los gestores capitalistas en ejercicio y substituirlos con personas de talento similar sería muy problemático. Aun así, la transición al socialismo todavía podría completarse como demostraron los bolcheviques rusos después de 1917. Si los líderes socialistas eran suficientemente brutales con “un ejército rojo suficientemente fuerte para sofocar la resistencia abierta … disparando de forma imparcial a diestra y siniestra y con el suficiente juicio para dejar en paz a agricultores y ganaderos” entonces todavía se podría llevar a cabo esta acción. De forma lamentable, los líderes socialistas “apenas serán capaces de prestar ayuda comportándose con una ferocidad criminal”.[66]

La aversión de Schumpeter frente a esta posibilidad es manifiesta, según se detiene (esta vez sin ironía) a comentar la función del analista en contraposición con la del agitador:

> Debería ser obvio que la socialización en cualquier situación lo suficientemente inmadura para hacer necesaria una revolución no solo en el sentido de romper una continuidad legal sino también en el sentido de un reino posterior del terror no puede beneficiar, ya sea a corto o a largo plazo, a nadie excepto a aquellos que la tramaron. Despertar el entusiasmo en torno a ella y glorificar el coraje de tomar todos los riesgos que puede conllevar, puede ser una de las tareas menos edificantes del agitador profesional. No obstante, en lo que respecta al intelectual

académico, el único valor que puede reflejar de forma posible cualquier mérito suyo es el valor de criticar, advertir y contener.[67]

La organización del discurso de Schumpeter sobre el socialismo en su conjunto tiene algunos elementos comunes con un juego de trilero. Al principio sus argumentos parecen trazados con objeto de establecer la viabilidad del socialismo y su posible papel de sustituto del capitalismo, pero a este inicio le sucede una larga serie de tales presunciones y reservas enrevesadas como para suscitar dudas sobre su inocencia. Aunque adopta la forma externa de una investigación más que de una polémica, una lectura cuidadosa deja pocas dudas sobre el hecho de que su propósito es ensalzar el capitalismo y condenar el socialismo.

De todos modos, muchos lectores no captaron la ironía de Schumpeter. Al menos una reseña concluyó diciendo que el libro mostraba que su autor era "un socialista". Y con toda certeza apenas extrañaba que los admiradores del socialismo probablemente leyeran *Capitalismo, socialismo y democracia* con el mayor interés, mientras que no se habrían molestado en leer un ataque frontal. En palabras de Swift: "La sátira es una especie de espejo en el que los que se miran generalmente descubren el rostro de todo el mundo menos el suyo propio; esta es la principal razón que tiene esa especie de recepción que recibe en todo el mundo y el motivo de que sean tan pocos los que se sienten ofendidos por ella."[68]

Schumpeter tituló "Socialismo y democracia" la siguiente parte de su obra. Pero como ocurre con el resto del libro el análisis tiene tanto que ver con el capitalismo como con el socialismo y la democracia. En esta parte da respuesta a una de las preguntas que inspiraban el libro: ¿Puede sobrevivir la democracia bajo el capitalismo o el socialismo? Iniciaba su respuesta con el ensayo de una crítica socialista del capitalismo: la propiedad de los medios de producción proporciona a la clase capitalista el poder para explotar a la fuerza laboral y para tener bajo su dominio a la política. Incluso si un gobierno capitalista tiene la forma exterior de una democracia, esa forma no es más que una farsa o así lo expresa la tesis socialista estándar.[69]

A continuación Schumpeter abandonaba completamente el estilo irónico y señalaba lo sombrío que es el registro histórico de los propios socialistas en cuanto al establecimiento de verdaderas democracias en cualquier país. Como sistema económico el socialismo "no tiene ninguna implicación en cuanto al procedimiento político. La única cuestión como tal es si *puede* ser democrático y de qué modo". Los socialistas en Alemania, por ejemplo, tanto antes como después de la Gran Guerra utilizaban el lenguaje de la democracia para mantener un estatus político apetecible. Sin embargo, ni lograron la verdadera democracia, ni gobernaron efectivamente. Incluso se mantuvieron

displicentes mientras el fascismo hitleriano empezaba a encaramarse al poder. Entonces tanto en Rusia bajo los bolcheviques como en Hungría durante los meses del gobierno comunista de Bela Kun, el mundo observó "dos acontecimientos que representaban en ambos casos la combinación esencial de una posibilidad de conquista del poder con la imposibilidad de hacerlo con medios democráticos".[70]

Después de sembrar la duda sobre la capacidad de los socialistas de construir una democracia Schumpeter se acercó a los problemas inherentes a la propia democracia. En el fondo, dice, "la democracia es un *método* político" para llegar a tomar decisiones legislativas y administrativas. Por consiguiente, la democracia es "incapaz de ser un fin por sí misma … y este debe ser el punto de partida de cualquier intento de definirla." El significado literal de la palabra, que deriva del vocablo griego *demos*, significa el gobierno del pueblo. Aun así, durante toda la historia las definiciones de "pueblo" a menudo han excluido a mujeres, esclavos, extranjeros u otros grupos.[71]

El libro entonces se vuelve tremendamente serio mientras el autor invita al lector a llevar a cabo un "experimento mental". Imaginar una sociedad democrática, que por definición está gobernada por un gobierno mayoritario, que toma "la decisión de perseguir la discrepancia religiosa". La República de Ginebra, por ejemplo, había quemado a brujas durante el siglo XVI. Y en muchos países modernos "el antisemitismo había sido una de las actitudes más profundamente arraigadas de todas las posturas populares" que los aspirantes a cargos públicos oportunistas habían explotado fácilmente. Durante la propia juventud de Schumpeter el político vienés más celebrado, Karl Lueger, sacó provecho del antisemitismo para ganar numerosas elecciones municipales.[72]

> Entonces, para nuestro experimento, transportémonos a un país hipotético que de forma democrática practica la persecución de cristianos, la quema de brujas y la masacre de judíos. Sin lugar a dudas, no aprobaríamos estas prácticas solo porque se han decidido de acuerdo con las normas de un proceso democrático. Sin embargo, la cuestión fundamental es la siguiente: ¿estaríamos de acuerdo con la propia constitución democrática que genera tales resultados y la preferiríamos a una no democrática que los evitara? Si no estamos de acuerdo con ello nos comportamos exactamente igual que los socialistas fervorosos para los que el capitalismo es peor que la caza de brujas, y que por consiguiente están preparados para aceptar métodos no democráticos con objeto de abolir esta práctica.[73]

Entonces, ¿cómo "es técnicamente posible que las 'personas' gobiernen?" La respuesta es que la verdadera democracia solo es viable en el caso de que cada adulto vote cada asunto como en una reunión municipal. En recintos más grandes "estamos preparados para descartar el gobierno del pueblo y substituirlo por un gobierno aprobado por el pueblo". Sin embargo, esta característica no es propia únicamente de la democracia. Hay numerosos

regímenes no democráticos (la Francia de Napoleón por ejemplo) que gozaron de una exuberante aprobación popular.[74]

Schumpeter se preguntaba si el gobierno en interés del bien común (en oposición a los gustos de la mayoría) no es un criterio suficiente para la democracia. Afirmaba que sin duda alguna es algo deseable, pero que hay dos problemas. El bien común tiene un significado diferente para personas distintas y a menudo no se puede alcanzar un acuerdo mediante argumentos racionales. Proseguía su discurso con la suscitación de dudas en torno a "la determinación y la independencia de la voluntad del votante, su poder de observación y de interpretación de los hechos y su capacidad de realizar … inferencias racionales de ambas". En este punto Schumpeter establece una analogía con la conducta económica de los consumidores. Los deseos de los consumidores en el capitalismo moderno son "tan racionales" como aparecen en los libros de texto de economía. Entre otras razones, los consumidores han demostrado ser blancos fáciles para los anunciantes inteligentes.[75]

Lo mismo sucede con los votantes y los políticos. Los votantes a menudo son "malos jueces de sus propios intereses a largo plazo, ya que solo las promesas a corto plazo marcan la diferencia política y solo la racionalidad a corto plazo se afirma a sí misma de manera eficaz". Cuanto más lejos de la vida diaria de los votantes esté un asunto, más remota se vuelve la racionalidad del mismo para ellos. Y cuanto más distante esté de la racionalidad, "más oportunidades tienen los grupos que tienen un interés personal" de incidir en los resultados electorales a través de "técnicas psicológicas". En última instancia, la voluntad del votante no es "en gran medida una voluntad genuina sino una voluntad fabricada … de forma exactamente análoga a la manera utilizada en la publicidad comercial".[76]

No obstante, Schumpeter sostenía que el socialismo da más problemas a la democracia que el capitalismo. El capitalismo tiene ventaja puesto que la vida burguesa restringe "la esfera política mediante la limitación de la esfera de la autoridad pública". Una vez que se establece el marco legal requerido el negocio capitalista se autorregula ampliamente. No necesita de una interferencia política constante porque sus leyes salvaguardan hábilmente la autonomía y la libertad individual. "La democracia moderna emerge con el capitalismo y mantiene una conexión causal con él."[77]

Por consiguiente, cuando los socialistas defienden que la democracia burguesa es un fraude se comportan de manera "absurda". Esto era válido incluso durante períodos de crisis como la Gran Depresión cuando los regímenes autoritarios realmente se comportaron mejor a la hora de combatir el desempleo y de restaurar la prosperidad. Pero ese dato no era más que un mero detalle histórico. Incluso con el obstáculo del estrés económico, la

democracia burguesa destacaba en “el modo amplio e *igualitario* en el que se ofrecen las oportunidades …, el modo tan extenso en que se garantiza la libertad personal a aquellos que superen sus pruebas … y el modo tan bueno en que funciona, al afrontar demandas que sean ajenas a los intereses burgueses y que además les sean hostiles”. De forma lógica, la democracia burguesa es preferible al socialismo porque “es más sencilla para una clase cuyos intereses están mejor servidos si se le abandona a la práctica del dominio democrático de sí misma que para las clases que naturalmente intentan vivir del Estado”.[78]

¿Podría *existir* incluso un socialismo democrático? Sí, responde Schumpeter, aunque solo podría existir con grandes dificultades. No hay prácticamente ningún ejemplo histórico de socialismo democrático y Schumpeter cita en este contexto su experiencia personal como un buen ejemplo. En las deliberaciones de la Comisión de socialización del sector minero alemán de 1919 hubo pocas sugerencias de que el socialismo tuviera que proceder según principios democráticos. “La idea de que los directores de las fábricas tuvieran que ser elegidos por los trabajadores de esas mismas fábricas fue condenada abierta y unánimemente.” Los comités de trabajadores que habían surgido ya entonces “fueron objeto de sospecha y desagrado”.[79]

Aun así, si el capitalismo hubiera evolucionado hacia el socialismo del modo descrito anteriormente, en teoría se habría *podido* preservar la democracia moderna. Sin embargo, la democracia socialista no funcionaría “a no ser que la gran mayoría de las personas de todas las clases sociales estén resueltas a acatar las reglas del juego democrático”. Y esa condición no se mantendría en la época actual por el elevado número de personas que han sido tremendamente duras en su crítica al capitalismo. Quizá los socialistas del futuro puedan “reubicar el acuerdo en los principios tectónicos de la fábrica social”. Sin embargo, en las circunstancias prácticas de la mayoría de países “la gestión eficaz de la economía socialista no se traduce en la dictadura *del* proletariado sino en la dictadura *sobre* el proletariado”.[80]

En general, la discusión de Schumpeter sobre la democracia en *Capitalismo, socialismo y democracia* es un terreno fértil de ideas tan original como otras partes del libro. No obstante, no está tan bien fundamentado. Aunque era un teórico de la economía de primera clase y un estudioso entusiasta de la historia, no había llevado a cabo una lectura tan intensa de la teoría política. Los grandes estudiosos de la democracia (desde Platón y John Locke hasta Thomas Jefferson) apenas aparecían en las páginas de su libro. Sus líneas muestran la preocupación por una de las grandes tragedias del siglo XX (el fracaso de los experimentos democráticos que tuvieron lugar en Europa en el período de entreguerras). Si la democracia hubiera triunfado en

Alemania y en Italia, no habría habido probablemente ningún régimen fascista, ni una II Guerra Mundial.

La postura relativamente escéptica de Schumpeter en relación con la democracia supone un contrapunto extraño a su visión más favorable del capitalismo. Es como si estuviera hablando de capitalismo en Estados Unidos, pero de democracia en Europa. El historiador Eric Hobsbawn describió *Capitalismo, socialismo y democracia* como "una obra notable y muy centroeuropea". Uno de los antiguos estudiantes de Schumpeter subrayó el hecho de que escribía sobre la democracia como si fuera simplemente un mecanismo e ignoraba al mismo tiempo su poderosa dimensión ética y que probablemente no había leído nunca algunos clásicos estadounidenses de la teoría democrática como *The Federalist Papers*.[81]

En el momento de su publicación en 1942, *Capitalismo, socialismo y democracia* fue acogido favorablemente y con gran atención aunque no se convirtió de inmediato en un superventas. La II Guerra Mundial era predominante en todos los aspectos de la vida, incluyendo el discurso económico y político. Así que, por tercera vez, un gran libro de Schumpeter aparecía en un momento inoportuno.

Sin embargo, la segunda edición de 1947 de *Capitalismo, socialismo y democracia* atrajo más atención sobre el libro y la tercera de 1950 muchísima más. En aquella época los contenidos del libro no podían haber sido más pertinentes en relación con los hechos que se sucedían. El comunismo y el capitalismo (cada bloque disponía de armas nucleares) estaban inmersos en una lucha letal a escala planetaria en pos de la supremacía. La Unión Soviética había hecho explotar su primera bomba atómica en 1949 y la revolución comunista de Mao Tse Tung en China había logrado triunfar ese mismo año. Un gran número de antiguas colonias (entre las que sobresalía la India) habían entablado planes socialistas de desarrollo económico, a menudo con la ayuda de la Unión Soviética. El 40 % de la población mundial vivía bajo regímenes comunistas y en torno a un 25 % más en economías parcialmente socializadas.

Al revisar la primera edición de *Capitalismo, socialismo y democracia*, Joan Robinson, economista de Cambridge, manifestó que "este libro vale tanto como toda la estructura de todas las ortodoxias contemporáneas, ya sean de izquierdas, de derechas o centristas". Como revelan "muchas de las frases agrias" de Schumpeter, él mismo "siente poco afecto por el socialismo y ninguno por los socialistas. Su simpatía natural la dedica enteramente a la heroica era del capitalismo en expansión". Robinson, que era una teórica destacada de la competencia *im*perfecta, consideraba que el análisis de Schumpeter sobre esta materia constituía la parte "más brillante" del libro:

“Sus argumentos soplan como una brisa sobre la pedantería monótona del análisis estadístico”. Aunque Schumpeter tuviera poco que decir sobre pruebas contrarias a su irónica predicción de la posible desintegración del capitalismo y su substitución por el socialismo, “el lector se ve arrastrado por la frescura, el brío y la impetuosidad del flujo de argumentos del profesor Schumpeter”.[82]

En otra reseña admirativa, A. B. Wolfe del estado de Ohio indicaba que *Capitalismo, socialismo y democracia* era un “libro fundamental” que “a duras penas podría haber sido escrito por un académico nacido y formado en los Estados Unidos”. Wolfe consideraba que el “profesor Schumpeter es un Jeremías del capitalismo. A diferencia de Marx, a él sí le gusta el capitalismo, cree que es bueno y que si no es el sistema más eficaz y productivo de todos los sistemas posibles, al menos es el mejor que hasta ahora se ha concebido”. Y después de reflexionar detenidamente sobre el estilo de argumentar de Schumpeter y su tratamiento del socialismo (e incluso del capitalismo) Wolfe añade que “uno empieza a preguntarse si todo el libro no es en realidad una profunda sátira”.[83]

Algunos de los comentarios más gratificantes que recibió Schumpeter fueron las cartas de sus amigos y de antiguos estudiantes. En una carta de 1943 desde el Londres del período de la guerra, una conocida de Schumpeter, Barbara Wootton, una escritora y una pionera de la formación de adultos le dijo que “cuando se propuso por primera vez que se publicara aquí, Allen and Unwin me enviaron el libro para que lo leyera. Tenían prisa, pero a mí no me hizo falta leer muchas páginas para decir tan alto como pude: SÍ, PUBLÍQUENLO RÁPIDAMENTE”. Wootton explicaba que desde el momento en que lo tuvo entre sus manos “dije: este va a ser un libro sensacional. ¿Y no es precisamente así? Es un placer tan grande leer algo fresco y real que te estimula a pensar en temas que han sido objeto de tales clichés. Me sentí tremendamente motivada, reflexioné profundamente, con una cierta cantidad de discrepancias y una gran cantidad de zonas de acuerdo. Yo misma estoy empezando a escribir un pequeño libro (pero, ¡ay!, no es el resultado de cuarenta años de pensamiento) bajo el título de *Freedom Under Planning* (Libertad bajo la planificación), por lo que estaba particularmente interesada y encantada con gran parte de la sección que dedica a la democracia. No conozco otro momento en que haya extraído tanto provecho de cualquier otra cosa que haya leído”.[84]

David McCord Wright, un economista de la Universidad de Virginia que había estudiado con Schumpeter, le envió una carta de felicitación y recibió esta reveladora respuesta:

> En cuanto a la “tremenda” cantidad de conocimientos reales que tiene la bondad de atribuirme, le

> puedo dar un consejo muy sencillo: nunca pierda una oportunidad de sumar más conocimientos y escoja asimismo sus lecturas de ocio con objeto de incrementar la parte histórica de sus conocimientos, así esa cantidad de conocimientos crecerá automáticamente mucho más allá de lo que uno mismo se espera …
>
> Este es, verdaderamente, el aspecto singular de mi redacción teórica (si no es puramente técnica) del que me enorgullezco, todo es objeto de observación y en este sentido no hay nada en mis estructuras que no tenga detrás un fragmento de realidad. Pero esto no constituye en todos los casos una ventaja. Hace, por ejemplo, que sea difícil aplicar formulaciones matemáticas a mis teorías. Nunca pueden ser tan atractivas y secas como los esquemas de Keynes, pero hay ventajas que lo compensan y una de ellas es que muchas personas me han dicho, como usted: "Sí, es así. Lo sé por experiencia propia y por mis propias observaciones."[85]

En una reseña de la edición de 1947, Arthur M. Schlesinger, Jr. escribió que el libro "irrumpe en el ambiente generalmente estéril de la discusión política como una ristra de petardos y cohetes". El análisis de Schumpeter hacía que no tuviera sentido que los estadounidenses siguieran repitiendo mecánicamente sus eslóganes sobre la maldad de los monopolios. Incluso en el caso de que Schumpeter se equivocara "no sirve de nada evitar los temas incómodos que plantea. El rigor intelectual de su análisis establece una norma que los escritores liberales deberían intentar mantener". El libro "es el fruto de un intelectual virtuoso, brillante, complejo y perfectamente controlado".[86]

En 1981 se publicó un análisis retrospectivo con el título: *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism, and Democracy after 40 Years*, en el que algunos antiguos estudiantes de Schumpeter además de ciertos colegas suyos se unieron a varios académicos europeos destacados en una valoración del legado del libro. En uno de los comentarios más reveladores, el profesor universitario holandés Hendrik Wilm Lambers recordaba la influencia que Schumpeter había ejercido sobre él cuando era joven y la continua atracción que *Capitalismo, socialismo y democracia* ejercía sobre sus propios estudiantes. "Después de muchos exámenes orales de graduados he oído a menudo comentarios del tipo: 'Para ser sincero, el libro más estimulante es el de Schumpeter'." Tanto los estudiantes radicales como los conservadores "dicen cada uno a su propia manera, 'me mantiene perplejo y me digo, ¿es culpa mía o era su intención?'"[87]

El atractivo continuo del libro de Schumpeter tiene algo que ver con su estilo irónico, pero está todavía más relacionado con la insistencia del autor en la indivisibilidad de la investigación intelectual. Sin duda sabía que la especialización es un elemento esencial del progreso académico. También comprendió que el trabajo multidisciplinar entraña un riesgo constante de diletantismo. Sin embargo, si los profesores realizan sus tareas, como Schumpeter siempre hizo, entonces se puede superar este peligro. Su propio énfasis en un análisis multidisciplinar del capitalismo y del socialismo en vez de llevar a cabo uno únicamente economista está íntimamente relacionado con la máxima de Talleyrand: "La guerra es algo demasiado serio como para

dejarlo en manos de los generales."[88]

Por encima de todo, Schumpeter era consciente de que las síntesis parciales y generales de conocimientos avezados de todas las disciplinas afines en algún momento se vuelven esenciales si las personas quieren dar un sentido maduro al mundo. Desde el inicio de su carrera en 1905, Schumpeter había fustigado a los académicos que se parapetaban detrás de escudos disciplinarios. Por el contrario, él mismo absorbería conocimientos profundos de cualquier parte donde pudiera encontrarlos. Crearía algo nuevo a partir de múltiples fuentes, como si fuera un compuesto químico totalmente diferente de los elementos que componen su estructura molecular. ¿Cómo puede uno entender lo que es H_2O, un líquido, si solo conoce los gases hidrógeno y oxígeno de los que está hecho?[89]

Al final, *Capitalismo, socialismo y democracia* es el mejor tipo de ejemplo de análisis sintético. Continúa desconcertando y provocando a los lectores, con objeto de hacerles pensar, de hacerles medir sus ideas contra sus ideologías e incluso de hacer que se pregunten cuál es la verdadera intención del autor. Solo las obras más extraordinarias se comportan así y envejecen tan bien.

Capítulo 22
Guerra y perplejidad

Hace falta que tu enemigo y tu amigo actúen juntos para infligirte un daño que te llegue hasta el corazón.

Mark Twain: *Following the Equator***, 1897**.

Antes de la II Guerra Mundial, el punto de vista de Schumpeter había estado desacompasado con respecto a la opinión estadounidense. Durante la guerra, mientras escribía la mayor parte de *Capitalismo, socialismo y democracia*, la conducta de los combatientes de ambos lados le dejó perplejo y sus pensamientos se debatieron en un mar de contradicciones. Los años de la guerra fueron una tortura emocional para Schumpeter y tuvo grandes dificultades para decidir qué era lo que deseaba. En muchas de las anotaciones de su diario defendería primero una posición para después defender la contraria. En este caso no se trataba de astucias de tertulias de café sino de un intento serio de trabajar en medio de una mezcla caótica de sentimientos.

Durante los siete años que Schumpeter había vivido en Alemania, el hitlerismo había sido poco más que una locura marginal. Supo a través de las cartas de Mia Stöckel y de su propia implicación en la búsqueda de trabajo para intelectuales judíos que huían de la persecución oficial, que las acciones antisemitas del régimen nazi eran feroces, sistemáticas y de gran envergadura. Sin embargo, como muchos otros europeos (entre los que incluso durante un tiempo hubo un número considerable de judíos que eran esenciales en el tejido social de Alemania), Schumpeter pareció considerar la opresión nazi como una fase espantosa aunque temporal que Alemania no tardaría en superar. Este sentimiento tan extendido fue, por supuesto, un error de cálculo trágico para todos los afectados.

Durante la juventud de Schumpeter decenas de miles de judíos habían acudido a Viena para escapar de persecuciones y de *pogroms* asesinos (que no tenían lugar en Alemania sino en Rusia). Así que, como la mayoría de las personas del continente, estaba acostumbrado a pensar que Rusia era el país más antisemita. En efecto muchos de los judíos que abandonaron el territorio ruso se fueron a Alemania, del mismo modo que habían hecho exiliados políticos como los comunistas y los socialdemócratas durante el gobierno zarista y los emigrantes anti-bolcheviques después de 1917.

La idea que Schumpeter tenía tanto de Rusia como de Alemania reflejaba la composición que se había hecho durante el tiempo de su vida que había pasado en Europa antes de ir a los Estados Unidos en 1932. Esta perspectiva se oponía al punto de vista que la mayoría de los estadounidenses tenían a

finales de la década de 1930 y principios de los años 40. Para ellos Rusia estaba en un lugar tan remoto que apenas podían concebir que fuera una amenaza y al margen de todos los defectos que tuviera el régimen soviético, ¿acaso no había derrocado a una monarquía de derecho divino y a su aristocracia y la había substituido por un sistema en el que los trabajadores eran todos iguales? Numerosos intelectuales estadounidenses (Van Wyck Brooks, Louis Fischer, Dashiell Hammett, Lillian Hellman, Granville Hicks, Max Lerner, Lincoln Steffens, Richard Wright y muchos otros) alabaron el sistema soviético en artículos que publicaron en periódicos y revistas. Muchos de ellos, aunque no todos, suavizarían sus elogios tras el pacto entre nazis y soviéticos de 1939.[1]

En la mente de Schumpeter, la diferencia entre lo que Hitler estaba haciendo y lo que la guerra podría significar para los alemanes y para la cultura alemana fue algo que resultó imposible que algunos de sus amigos estadounidenses entendieran. Como recordaba un estudiante suyo, Seymour Harris: “Sus ataques feroces a la política exterior estadounidense durante los años 40 tampoco le ayudaron a granjearse la simpatía de sus colegas. Estas afirmaciones reflejaban un rasgo peculiar de Schumpeter: el hecho de que no deseara unirse a la mayoría.” Fue a menudo su mayor y peor enemigo y tendió a no cambiar su punto de vista sobre cualquier tema si con ello pensaba que complacería a la masa.[2]

Como escribió más tarde Gottfried Haberler, un colega y amigo suyo de Harvard: “Ni que decir tiene que no sentía simpatía alguna por el régimen nazi. Sabía y repetía con frecuencia que si se hubiera quedado en Alemania habría sido uno de los primeros candidatos a ir a un campo de concentración.” De hecho, “los escritores nacionalsocialistas le atacaron violentamente basándose en el hecho de que sus teorías económicas no tenían espíritu alemán”. Aun así, “creía que Alemania tenía auténticos motivos de queja, que había sido tratada de mala manera con posterioridad a la I Guerra Mundial y que el nacionalismo excesivo era la reacción desafortunada que había tenido”. Por ese motivo y debido al hecho de que preveía una grave amenaza a largo plazo por parte de la Unión Soviética, tanto para Europa como para los Estados Unidos, Schumpeter “reaccionó firmemente contra las políticas y la propaganda antialemana (diferente de las contrarias al régimen nazi). De ahí que los años de la guerra tuvieron que estar entre los años más sombríos y deprimentes de su vida.”[3]

22.1

Schumpeter en un almuerzo con un colega en el club de la facultad en torno a 1943. En esa época, posterior a la publicación de *Capitalismo, socialismo y democracia*, la tensión de los años de la guerra prácticamente le condujo a una pérdida total de su equilibrio emocional. (Créditos imágenes 22.1)

22.2

Un retrato oficial de 1942 utilizado en la sobrecubierta de *Capitalismo, socialismo y democracia*. La edad y la guerra se hacían sentir visiblemente. (Créditos imágenes 22.2)

En septiembre de 1941 Schumpeter escribió en su diario: "¿Por qué estoy tan a favor de Alemania? … Veo los titulares con temor, en Rusia los desastres aumentan [desde la invasión nazi] … y este odio contra Rusia, ¿de dónde procede?" En las anotaciones de su diario de la primavera y el verano de 1943 escribió frases como estas: "¿Por qué?, ¿por qué *sufro* tanto con esta guerra y su obvio resultado? ¿Por qué no acogerse a las posibilidades que se presentan?" Las personas parecen luchar menos por principios que "por el hecho de que les encanta hacerlo".[4]

El número de víctimas civiles, incluso en las primeras etapas de la guerra, horrorizó a Schumpeter. En ningún otro conflicto de la historia humana hubo la voluntad de matar a masas de no combatientes de forma corriente. Y muy pronto ese espeluznante número sería mucho peor, ya fuera por las víctimas de los japoneses en Asia, las de los rusos en Europa oriental o las de los nazis en sus campos de muerte. En noviembre de 1944, menos de seis meses antes de la rendición de Alemania, los encuestadores de Gallup formularon a una muestra de estadounidenses la siguiente pregunta: "¿Cree usted las historias que cuentan que los alemanes han matado a muchas personas en campos de concentración?" Aunque un 76 % respondió afirmativamente, sus estimaciones del número de muertos variaban ampliamente, un 27 % imaginaba que en torno a 100.000 o menos y un 25 % no deseaba realizar ningún tipo de conjetura. El resto de las otras opciones, que iban desde las 100.000 víctimas hasta los seis millones solo fueron seleccionadas por menos de un 9 % de los encuestados. Pero, de hecho, una gran parte del exterminio de judíos perpetrado por Hitler había tenido lugar en 1942 y 1943. Y en 1944, como se supo después, tomó la iniciativa casi inconcebible de desviar recursos militares del frente donde batallaban para que se encargaran de arrestar y asesinar a todos los judíos que pudieran tan rápido como fuera posible.[5]

Schumpeter creía desde hacía mucho tiempo que el pueblo estadounidense tenía ideales y principios. En un escrito de 1919 había atribuido la intervención de los Estados Unidos en la I Guerra Mundial a "razones morales" más que a intereses nacionales, razones que "allí tienen verdadero peso". Sin embargo en este momento empezaba a considerar que ciertos aspectos de la política estadounidense eran despiadados. Uno de ellos fue la doctrina oficial de la rendición incondicional, que se expuso por primera vez en una observación fortuita del presidente Roosevelt en la Conferencia de Casablanca de 1943. "¿Por qué tenemos que insistir en noquear?" –se preguntaba Schumpeter en su diario– "Porque a la gente le encanta noquear". Aunque la idea era conocida entre los estadounidenses debido a su propia

guerra civil (en la que al general U. S. Grant le apodaban general “rendición incondicional” Grant), en Europa era menos conocida ya que los países tenían una larga experiencia bélica y estaban acostumbrados a negociar acuerdos.[6]

La cuestión de la “culpabilidad de Alemania” también le angustiaba. En 1919 la insistencia de los aliados en la cláusula de “la culpabilidad de la guerra” había sentado las bases del desastroso Tratado de Versalles. La imposición que por virtud del mismo se hizo a Alemania de reparaciones extravagantes y otros castigos, junto con un gobierno parlamentario débil, habían sembrado las semillas de la II Guerra Mundial. “Otra vez se cometen todos esos errores” –escribió Schumpeter, “es un tema triste”. Una vez más, a los ojos del mundo, Alemania era una “nación malvada”. Schumpeter era contrario a la idea de “echar la ‘culpa’ a una nación” en vez de al régimen de Hitler. La mayoría de los estadounidenses compartieron este punto de vista, sobre todo durante los primeros años de la guerra. En una encuesta de 1942, cerca del 80 % de los participantes afirmaron que el “enemigo principal” era el gobierno alemán, en contraposición con un 6 % que señalaba al pueblo alemán. Como era costumbre en él, Schumpeter pensó en un contexto paralelo históricamente: después de las derrotas de Napoleón en 1814 y 1815 se consideró de forma equivocada que Francia era una nación malvada y fue culpada por países enteros como secuela de la Guerra de los Treinta Años del siglo XVII.[7]

Schumpeter temía, como muchos otros europeos, que lo sucedido en 1919 estuviera a punto de repetirse y que la dominación soviética hiciera que ocurriera algo todavía peor. Creía que el comunismo de estilo soviético no había triunfado en un período anterior solo por un estrecho margen. “Es cierto” –había escrito en *Capitalismo, socialismo y democracia*– “que [en 1919] las repúblicas comunistas solo estaban realmente instauradas en Baviera y Hungría. Pero en Alemania, Austria e Italia la estructura social estuvo peligrosamente cerca de ser derrocada y no se puede decir nada de lo que hubiera pasado en esos países y posiblemente en zonas más occidentales si la maquinaria de guerra trotskista hubiera estado en funcionamiento en aquella época en vez de estar involucrada en la guerra civil y en la guerra de Polonia”.[8]

En 1945 creyó que ya no había necesidad de seguir “fustigando” a los alemanes: “Han sido batidos.” El país quedó en ruinas, diecisiete millones de germanófonos fueron expulsados de otras naciones y acudieron a la madre patria al tiempo que aumentaban la posibilidad de una hambruna masiva. Y no había ninguna estructura de gobierno en marcha. En esta situación, ¿qué sentido tendría castigar “a un cadáver”? A Schumpeter le perturbaron las crueldades gratuitas que las tropas soviéticas inflingieron a los civiles

alemanes: una ola de violaciones y pillaje tan cruenta como la perpetrada por el ejército alemán en la invasión de Rusia cuatro años antes. Más allá de las atrocidades que sucedían en ese momento, a Schumpeter le preocupaba todavía más el nuevo y poderoso estatus geopolítico de la Unión Soviética. La única anotación llena de felicidad que escribió en su diario fue la del 14 de abril de 1945: "¡Austria ha sido liberada!" Pero incluso en ese caso el ejército rojo había tenido una gran implicación en la liberación y los soviéticos no apartarían su pesada mano del territorio conquistado en Austria hasta 1955.[9]

Cuando acabó la guerra en Europa, Schumpeter anotó en mayo de 1945: "*Finis Germaniae*". Añadió, de forma muy inocente, a la vista de lo acontecido en Múnich en 1938, que Alemania "podría haber recibido lo que verdaderamente necesitaba si hubiera rogado a las grandes democracias con humildad". Por encima de todo se preguntaba qué iba a suceder a continuación en una Europa que estaba desestabilizada después de que el ejército rojo hubiera invadido grandes extensiones de territorio. "Por una vez, creo que me gustaría contactar a aquellos que vivan dentro de 500 años" para ver cómo evolucionaron las cosas.[10]

Mientras tanto, Schumpeter creía que el pueblo estadounidense estaba "cerrando los oídos a un grito sordo de angustia". Los Estados Unidos "pueden defenderse a sí mismos de un mundo de enemigos, pero ¿quién va a protegerle de sus aliados?" Los objetivos de Gran Bretaña eran una molestia, pero los de los soviéticos eran terroríficos: "El mundo y la civilización están a merced de un gigante sin cerebro y con una armadura atroz."[11]

En las páginas que cierran *Capitalismo, socialismo y democracia* Schumpeter había predicho, además de la dominación soviética del este de Europa, lo que había llamado un "imperialismo ético" de Gran Bretaña y Estados Unidos. En los escenarios de guerra de los que habían salido victoriosos Schumpeter preveía que impusieran "un orden mundial de este tipo en el que los intereses y las ambiciones de otras naciones solo contarían siempre que fueran entendidos y refrendados por Inglaterra y por Estados Unidos". También preveía que el mantenimiento de este orden requeriría "una disponibilidad permanente del uso de la fuerza militar", que sería algo nuevo en la historia estadounidense, pero que realmente tuvo lugar después de la II Guerra Mundial.[12]

En una serie de anotaciones escritas desde 1943 y durante todo 1945, Schumpeter explicaba que una "alianza anglo estadounidense" para preservar el dominio del "hombre blanco en Asia" constituiría una progresión muy triste. Hacía referencia al "genio" de Churchill al utilizar a los Estados Unidos para contribuir a mantener el Imperio británico, una política que se basaba parcialmente en el propio "racismo" de Churchill. Y en Europa, "¡Ah, esa

cuestión insolente!: ¿qué haremos de Alemania? Roosevelt … no es más que una marioneta para Churchill y Stalin". Y entonces poco tiempo después escribiría: "Mientras este país está luchando en las batallas de Inglaterra, se permite ser desairado y sermoneado tan pronto como su gobierno de una forma modesta e informal intenta reivindicar sus intereses." (Por el contrario, muchos oficiales británicos sospecharon acertadamente que Roosevelt tenía una gran inclinación por poner término a su Imperio). Después de una serie de anotaciones telegráficas sobre Gran Bretaña y la Unión Soviética, Schumpeter escribió frases cortas del tipo "imperio expansivo", "origen de guerra", "también a la conquista del resto del mundo", "¡y por Dios que es lo que están intentando hacer!" Creía firmemente que durante el período de posguerra "una Alemania y un Japón descontentos" tendrían un papel en los planes británicos y soviéticos de dominar el mundo.[13]

En otro fragmento de su diario escrito durante la guerra señalaba lo siguiente: "¡De qué manera se sientan tranquilamente los ingleses mientras dejan que los otros luchen … y economizan así sus recursos!" Y de nuevo: "¡Ah, estos ingleses! ¡Lucharon con soldados estadounidenses y ahora gobernarán con dinero estadounidense!" Observó que en cierta ocasión Bertrand Russell había dicho: "Los sentimientos de Inglaterra hacia los Estados Unidos eran de 'odio'. Pero esto no es todo, este sentimiento es un desprecio fustigado hasta ser convertido en odio por la envida de lo que se considera que es la buena suerte inmerecida del Tío Sam."[14]

Schumpeter creía de forma mucho más inquietante que la política estadounidense estaba soplando a favor de la Unión Soviética. "Después de haber derribado a nuestros dos baluartes naturales, Alemania y Japón", el presidente Roosevelt que había "pensado que inauguraba el siglo de los Estados Unidos" en realidad estaba "marcando el preludio del siglo de Rusia … abrochándole la hebilla a Stalin". Todo esto era "¡algo horrible!" Consciente de la rica historia cultural de Europa central, Schumpeter esperaba que Estados Unidos "al margen de lo que haga en Alemania después de conquistarla, no olvide aprender de ella y respetar sus grandes logros. Tú que apenas acabas de emerger de la miseria de los gobiernos de cabecillas en tus ciudades." En mayo de 1945, mientras el ejército rojo sometía el este y el centro de Europa, conquistando un país tras otro, Schumpeter escribió a propósito de estadounidenses y británicos "que entregan a los pueblos a la tiranía más espantosa. están listos para dispararles si se resisten. Liberación, ¡ah, qué mentira infame sobre un delito infame!"[15]

Schumpeter se imaginaba las atrocidades cometidas por las tropas alemanas y soviéticas durante la guerra y conocía la propensión a la monstruosidad que tenía el ejército de Japón por los muchos escritos de Elizabeth. Sin embargo,

después de haber mantenido durante tanto tiempo que los Estados Unidos guardaban un nivel moral tan alto, el bombardeo orquestado contra civiles en Alemania y Japón le dejó estupefacto. Los propios alemanes y japoneses habían perpetrado ataques aéreos contra ciudades muy pobladas, pero los británicos y los estadounidenses (los británicos en mayor medida que los estadounidenses) aumentaron esta práctica en Alemania a niveles inimaginables. Se trataba de una política controvertida a la que se oponían en Europa muchos planificadores militares aliados porque desviaba parte de la potencia aérea fuera de los campos de batalla. Sin embargo, durante los primeros años de la guerra Churchill y Roosevelt solo podían golpear a Alemania desde el aire y necesitaban apaciguar a su aliado soviético mediante actuaciones dramáticas que al mismo tiempo retrasaran la apertura de un "segundo frente" en Europa occidental. De 1942 en adelante, Stalin pidió a los aliados que lanzaran una guerra terrestre en la parte occidental para mitigar la intensidad de la presión alemana sobre el ejército soviético en el frente oriental.[16]

Los aliados lucharon contra los alemanes y los italianos en el norte de África e invadieron la misma Italia en 1943. Pero como una posible cantidad importante de bajas de infantería era algo inaceptable para los británicos y para los estadounidenses, el segundo frente de importancia, en Francia, no se formó hasta el 6 de junio de 1944, el Día D. En aquella época, los soviéticos habían debilitado en gran medida al ejército alemán. Mientras tanto, el comando de bombardeo británico y, en menor medida, las fuerzas aéreas estadounidenses habían concentrado sus esfuerzos militares en Europa en lo que pasó a llamarse "el bombardeo por zonas" de ciudades. Esta práctica que continuó durante mucho tiempo después del Día D engendró en Schumpeter un sentimiento de indignación justificada y de una vergüenza casi insoportable.

En claro contraste con lo que sería su política en Japón, los planificadores estadounidenses intentaron llevar a cabo un bombardeo diario "de precisión" en Alemania, de objetivos militares o de municiones. El comando de bombardeo británico había sufrido pérdidas importantes en sus campañas anteriores por lo que prefirió llevar a cabo incursiones aéreas nocturnas, ya que las defensas aéreas eran mucho menos efectivas (pero su capacidad de bombardeo también era menos exacta). El asalto aéreo alemán de Londres, Liverpool y otras ciudades británicas había sido horrible, pero las cosas fueron mucho peores cuando cambiaron las tornas. Las bombas aliadas cayeron en los dos hogares de Schumpeter, Bonn y Viena. Y a finales de 1944 hubo enormes flotas de aviones británicos y estadounidenses que iniciaron un bombardeo extensivo y sistemático de la Alemania urbana. Por cada tonelada de explosivos que cayó en Gran Bretaña durante la guerra, se lanzaron

diecisiete toneladas en Alemania, a veces sobre ciudades con escasa importancia militar, como Dresde. En la primavera de 1945, casi todas las ciudades de tamaño medio y grande yacían en ruinas. Los libros y documentos privados que Schumpeter había dejado al cuidado de la familia Stöckel en Jülich fueron destruidos en su mayor parte junto con el 97 % de los edificios de la ciudad.[17]

En 1945 los B-29s estadounidenses empezaron a bombardear Tokio y otras ciudades japonesas día tras día, semana tras semana. En aquel momento Schumpeter estaba al borde de la desesperación y apenas podía creer lo que estaba sucediendo: "Titular: 'Cada ciudad japonesa será aniquilada'. Otro titular: 'Kilómetros de ruinas'. Y ni una sola voz incluso con un lamento decente, se regodean con ello y … sienten euforia por ser tan superiores sentimentalmente." Después del lanzamiento de las bombas atómicas en agosto de 1945 escribió: "Es una bestialidad estúpida o una estupidez bestial", "Se aprueba la violencia; no hay odio como el odio que siente el asesino por sus víctimas."[18]

El general Curtis LeMay, el principal arquitecto de esta campaña contra Japón, una vez que se tomó la decisión política admitió que, si los Estados Unidos hubieran perdido la guerra, su personal y él mismo habrían sido juzgados como criminales de guerra. Pero Schumpeter no necesitaba una derrota de los aliados para saber que su país de adopción, a pesar de luchar por lo justo, se equivocaba al conducir a la muerte a tantos civiles. En otra anotación de su diario expresó sus "dudas acerca de la posibilidad de una paz universal y una democracia bajo los bombarderos estadounidenses". En total, las bombas estadounidenses mataron a unos 400.000 civiles en Japón, prácticamente la misma cifra total de militares estadounidenses muertos en todos los frentes durante la guerra.[19]

Las bajas de militares de los combatientes principales durante el curso de la guerra totalizaron 11 millones de soviéticos, 2,5 millones de chinos nacionalistas, 5 millones de alemanes, 2 millones de japoneses y menos de medio millón de bajas en cada bando de británicos y estadounidenses. Durante la guerra tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos hicieron hincapié en el combate naval y aéreo como medio indirecto de contener las bajas de la infantería bajo mínimos. Y lo que fue más importante, *tuvieron* que ganar la batalla naval del Atlántico para que Gran Bretaña sobreviviera. En el Pacífico, la superioridad tanto naval como aérea fue esencial en la campaña anfibia de una isla a otra que llevó la guerra hasta las orillas de Japón. La infantería sufrió grandes estragos en el desembarco de Normandía, la batalla de las Ardenas y las contiendas en las islas del Pacífico. Pero nada de lo que pasó en el frente occidental o en el Pacífico emuló siquiera la

carnicería del frente oriental. Solo en la batalla de Estalingrado, los inmensos ejércitos de los soviéticos y del Eje se arrojaron uno sobre otro en una orgía prolongada de masacres que mató a 486.000 soviéticos y a 270.000 soldados de las tropas del Eje.[20]

Si bien estadounidenses y británicos trataron de evitar que sus ejércitos sufrieran grandes bajas en la guerra terrestre, la Unión Soviética no tuvo tal preocupación. El enorme y poderoso ejército rojo, después de recuperarse de sus primeras derrotas a manos de los nazis, avanzó en 1944 y 1945 por toda la Europa oriental hasta llegar al corazón de la Europa central. Durante las cuatro décadas que siguieron al final de la guerra, las tropas soviéticas permanecieron en los territorios que habían conquistado en 1944 y 1945 y por las que habían pagado un tremendo coste. El Kremlin instauró totalitarios regímenes de paja en Polonia, Alemania oriental, Hungría, Checoslovaquia y en algunos otros países.

A pesar de las terribles bajas sufridas, la Unión Soviética era a los ojos de Schumpeter el mayor y único ganador de la guerra tanto en territorio como en influencia. En las últimas páginas de *Capitalismo, socialismo y democracia* había escrito que "incluso ahora [en abril de 1942] muchos observadores esperan que Rusia emerja después de la guerra con un enorme acceso al poder y al prestigio y que, de hecho, Stalin emergerá como el gran vencedor." Creía que esta situación no solo supondría el final del capitalismo en los países controlados por los soviéticos sino que también entrañaría la extinción de los partidos socialdemócratas que habían gobernado en gran parte de Europa antes de la guerra. En la propia Unión Soviética, decía Schumpeter, "el aspecto verdaderamente terrible del régimen de Stalin no es lo que hizo a los millones de víctimas sino el hecho de que *tuvo que hacerlo si quería sobrevivir*. En otras palabras, esos principios [del estalinismo] y esa práctica de los mismos eran inseparables."[21]

Al final de la guerra todas las naciones del este de Europa y la mayor parte de las de Europa central habían caído bajo el control de los soviéticos. Despojaron a muchos de estos países de maquinaria industrial, de obras de arte y de otros activos muebles y los enviaron a Rusia. La cantidad total robada equivalía en valor a la ayuda que los países de Europa occidental recibieron del Plan Marshall sufragado por los Estados Unidos, el programa de ayuda extranjera más cuantioso de la historia. Mientras tanto, en China la larga guerra civil tocó a su fin en 1949 con la victoria de los ejércitos comunistas al mando de Mao Tse Tung y con la huída a Taiwán del resto de las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek.[22]

Al igual que su mujer Elizabeth, Schumpeter quedó consternado con la influencia que la URSS ejercía sobre China. "¡Ay, Estados Unidos!" –

escribió a principios de 1945– “Forzar a China a que se someta a Stalin. Los ingleses por lo menos son depredadores fuertes y poseen la estética de tales bestias, pero que los Estados Unidos fuercen a China a someterse a Stalin, simplemente porque un grupo del que Roosevelt no puede prescindir así lo quiere … Y el resto sencillamente balan con aprobación.” Como ambos, Elizabeth y Joseph Schumpeter, habían temido la Rusia soviética y la China comunista finalizaron el conflicto de la década de 1940 con la detención del control de cerca de un 40 % de la población de la Tierra.[23]

Las consecuencias de la II Guerra Mundial son tan profundas que casi desafían cualquier análisis. La guerra remodeló las fronteras nacionales, trajo consigo el fin de regímenes coloniales que habían durado mucho tiempo y creó docenas de nuevos países independientes. Además, introdujo una democracia eficaz por primera vez en su historia en Alemania, Italia y Japón. También dio un impulso tremendo a algunas de las industrias más importantes del futuro. En los Estados Unidos y en otros países, de Sudáfrica a la India, aceleró una serie de avances sociales revolucionarios en diversos campos: derechos humanos, derechos civiles, movimiento feminista, estado de bienestar y responsabilidades económicas del gobierno.

No obstante, al margen de todos los tipos de progreso que pudiera haber dejado la guerra, se trató del episodio más letal de la historia de la humanidad desde la peste negra que tuvo lugar de 1346 a 1353, atendiendo al resultado de estas fatalidades en porcentaje de la población mundial. En los cálculos finales figura la cifra de entre 60 y 70 millones de personas que perdieron la vida. De ellos, cerca de 21 millones fueron militares y por lo menos el doble de personas fueron civiles inocentes que murieron de hambre, a causa de los bombardeos o, en el caso de los seis millones de judíos y otros seis millones de no judíos, en campos de exterminio y de trabajos forzados nazis. Las muertes de civiles alcanzaron cifras especialmente astronómicas en el caso de los rusos, los chinos y los polacos. La proporción de civiles que murieron a manos de las potencias del Eje en comparación con la de los Aliados fue de aproximadamente nueve a uno.[24]

Schumpeter observó la guerra desde su propia y particular lente. Algunas partes eran muy nítidas, otras estaban fatalmente distorsionadas. Como muchas otras personas que vivieron durante los años de la guerra, subestimó miserablemente el poder de permanencia de Hitler y sobreestimó la durabilidad del Imperio británico. Tan solo en su valoración de la Unión Soviética dio totalmente en el clavo (su orientación hacia nuevos territorios durante la guerra, su posible paciencia después de la guerra antes de intentar una mayor expansión, su brutalidad).

Robert Skidelsky, el biógrafo de John Maynard Keynes, escribió más tarde

que “a Roosevelt nunca le preocupó quién debería liberar a quién porque soñaba con un condominio posterritorial con el ‘Tío Joe’ [Stalin] … Esta podría figurar como la apreciación equivocada más espectacular de la historia de los Estados Unidos, y contó con la ayuda y la incitación de una red de espías soviéticos instalada en los ministerios del Tesoro Público y de Asuntos Exteriores.” Esta acusación resulta exagerada pero también sugiere que las sensaciones de Schumpeter durante la década de 1940 eran compartidas por otras personas y no eran totalmente infundadas. No tenía sospechas de una red invasora de espías, pero sí creía que Stalin había sido más hábil que Roosevelt, ¡y de qué manera![25]

Schumpeter tenía un buen conocimiento de la economía estadounidense, pero su idea de la gobernanza del país era bastante pobre. Conocía mucho mejor las políticas y las tradiciones de países como Austria, Alemania, Gran Bretaña o incluso la Unión Soviética. Como otros europeos emigrados durante la década de 1940, también se dejó guiar por los paralelismos que observó entre la I Guerra Mundial y la II Guerra Mundial. Por consiguiente, creía que Roosevelt era tan inocente con respecto a los acontecimientos mundiales como lo había sido su jefe en una época anterior Woodrow Wilson, en relación con el Tratado de Versalles de 1919. Schumpeter sabía que Roosevelt era un maestro de la política nacional, un genio que Maquiavelo habría admirado. Sin embargo, el aislacionismo de los Estados Unidos durante la década de 1930 había reforzado la convicción de Schumpeter de que los estadounidenses eran unos neófitos ingenuos en lo que tocaba a los asuntos internacionales. En la década de 1940, la estrecha relación personal que Roosevelt mantuvo con Churchill refrendó la creencia de Schumpeter de que el gobierno de los Estados Unidos era incapaz de pensar de manera independiente sobre la política mundial.

Los extraordinarios logros de los Estados Unidos en la construcción de nuevas políticas para la movilización y la diplomacia durante la guerra no conquistaron su aprecio. Conocía las torpes investigaciones que llevaba a cabo el FBI sobre Elizabeth y sobre sí mismo, además de saber que la Office of Production Management había rechazado los servicios de Elizabeth. Sin embargo, la estructura de talentos de primera clase que trabajaban en Washington y en el extranjero sobre una gran variedad de temas (la gran estrategia de derrotar a Alemania antes que a Japón, la ayuda de préstamos y arriendos a británicos y soviéticos para ayudarles a aniquilar a los nazis, los planes de estabilización para la posguerra mediante una compleja red de agencias internacionales) le era prácticamente desconocida.

Poco sabía Schumpeter de los extraordinarios funcionarios militares que eran más o menos coetáneos suyos (los almirantes Chester Nimitz, William

Leahy, Ernest King y William Halsey; los generales George Marshall, Dwight Eisenhower, Omar Bradley y George Patton), ni de los soberbios diplomáticos del servicio de asuntos exteriores o prestados por firmas de abogados privadas (Henry Stimson, Averell Harriman, George Kennan, Dean Acheson, John McCloy), ni tampoco de los abogados y ejecutivos que fueron a Washington para gestionar la movilización estadounidense durante la guerra (Robert Patterson de la Oficina federal de la magistratura; James Forrestal y Ferdinand Eberstadt de Wall Street; Donald Nelson de Sears, Roebuck; Edward Stettinius de United States Steel; William Knudsen de General Motors). Estos funcionarios llenos de talento hicieron por los Estados Unidos en la década de 1940 lo que la administración austríaca había hecho por el emperador Francisco José durante muchas décadas, o lo que la administración pública británica (que el joven Schumpeter había admirado fervientemente) había llevado a cabo durante 150 años.

A pesar de haber enseñado en una universidad de elite durante más de una década, Schumpeter casi no había tenido contacto directo con estos integrantes de la sociedad estadounidense. Conocía a varias personas de Harvard que habían destacado en su trabajo como funcionarios durante la guerra, como James B. Conant o John Kenneth Galbraith, pero no tenía ni idea de que sus antiguos estudiantes y colegas como Abram Bergson, Edward Mason, Paul Sweezy o Wassily Leontief habían trabajado en secreto para la Office of Strategic Services (la Oficina de servicios estratégicos), la entidad precursora de la CIA, la Central Intelligence Agency. Pensaba que eran oficiales del ejército simplemente. Nunca mantuvo ningún contacto importante en Washington, D. C., al que consideraba como un destino de mala muerte en comparación con ciudades más grandes y más culturales como Londres, París, Viena, Roma, Berlín, Tokio o Moscú. Su vivencia de la política en Boston y en la mayor parte de Massachusetts estaba restringida al conocimiento del caudillismo corrupto del alcalde James Michael Curley y de los representantes públicos del Congreso, en su mayor parte mediocres.[26]

Schumpeter no empezó verdaderamente a cambiar su opinión de que los Estados Unidos carecían de refinamiento hasta después de la guerra. No había previsto su liderazgo en iniciativas vitales de la posguerra como las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Plan Marshall, la Organización del Tratado del Atlántico Norte o el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (actualmente, la Organización Mundial del Comercio). Tampoco predijo la inteligencia y la moderación que mostraron las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania, Japón, Italia y Austria desde 1945 hasta la década de 1950.[27]

Por otra parte, Schumpeter fue mucho más optimista que la mayoría de los

economistas (o el pueblo estadounidense en su conjunto) en cuanto a las posibilidades de prosperidad después de la guerra. El domingo de Pascua de 1942 escribió a Gustav Stolper para decirle que Washington estaba ya preparada para una "depresión de posguerra", una eventualidad que en realidad estaba completamente "fuera de lugar, a no ser que uno haga que suceda así". De todos modos, muchísimas personas esperaban la vuelta a algún tipo de depresión. En una encuesta nacional realizada en diciembre de 1944 a la pregunta: "Después de la guerra, ¿piensa que todo el que desee tener un puesto de trabajo podrá conseguirlo?", un 68 % de los encuestados contestaron que no y solo un 25 % respondió afirmativamente. Pocos economistas, a excepción de Schumpeter, predijeron que la demanda del consumidor ayudaría a generar una edad de oro de la empresa estadounidense. Aunque esto es lo que sucedió. Una era de prosperidad sin precedentes que empezó durante la guerra y que no se vio interrumpida de forma seria hasta la década de 1970.[28]

En 1939 la tasa de desempleo en los Estados Unidos se había situado en el 17,2 %. En 1944 era de solo un 1,2 %, la más baja de la historia de la nación hasta la fecha y desde entonces. El ejército de los Estados Unidos, con una tropa de 190.000 soldados, ocupaba el puesto número dieciocho en 1939, justo detrás de Bulgaria, y el número total de soldados del conjunto de las fuerzas militares estadounidenses solo era de 344.000. En 1944 esta cifra se había multiplicado por 34, resultando que hasta 11,5 millones de personas vestían uniformes militares.[29]

La industria estadounidense, completamente movilizada en aquella época, estaba funcionando con uno de los mayores rendimientos económicos de la historia mundial, tanto en la producción de bienes al consumo como de equipo militar. De 1940 a 1945 los Estados Unidos fabricaron la cifra casi increíble de 300.000 aviones y 813.000 motores para dichos aparatos. En comparación, durante todo el período de veinte años que precedió a 1939 la nación había producido únicamente un total de 13.500 aviones militares. Solo en 1944 los Estados Unidos fabricaron 96.000 aviones de este tipo, entre los que había un gran porcentaje de bombarderos pesados y de grandes transportadores. Ese mismo año Alemania y Japón fabricaron un total agregado de solo 68.000, de los cuales casi todos eran pequeños aviones de caza diseñados para defenderse de los bombarderos.[30]

El milagro de la movilización estadounidense durante la guerra confirmó numerosas proposiciones sobre la dinámica del capitalismo que Schumpeter había estado proclamando durante treinta años. De igual importancia es el hecho de que la organización de la producción de guerra en los Estados Unidos prestó apoyo a los argumentos de Schumpeter sobre la importancia y

la eficacia de las empresas que llegan a la gran escala. La detallada investigación que realizó para *Ciclos económicos* le había llevado a esta convicción y en *Capitalismo, socialismo y democracia* no oculta su creencia de que las grandes empresas (*big business*) están en el centro del éxito avanzado del capitalismo.

En el marco de la presión a vida o muerte de la movilización de la guerra, el gobierno de los Estados Unidos llegó a la conclusión de que las empresas de reconocido prestigio eran la fuente más fiable de armas, munición y equipamiento de todo tipo. La administración Roosevelt, que se había mostrado hostil con todos los presuntos monopolios, decidió entonces que las grandes empresas deberían liderar la tarea que había que acometer. En 1942 una subcomisión del senado criticó esta decisión y señaló que tres cuartas partes de los contratos relativos a municiones y otros bienes de índole militar habían ido a parar a manos de solo cincuenta y seis de las 184.000 empresas fabricantes del país. De los contratos de defensa más importantes realizados durante los primeros cuatro años de la movilización el 30 % (en valor) fueron adjudicados a solo diez empresas, clasificadas en el siguiente orden: General Motors, Curtiss-Wright (aviones y motores), Ford, Consolidated Vultee (aviones), Douglas Aircraft, United Aircraft, Bethlehem Steel, Chrysler, General Electric y Lockheed.[31]

Estas grandes empresas, y cerca de doscientas más como ellas, lideraron el camino hacia la producción de inmensas cantidades de material necesario para el combate en la guerra. En los primeros dos años, la organización de la producción para la guerra fue un caos. Había numerosas agencias cuyas jurisdicciones se solapaban y los servicios militares competían entre sí (e incluso *consigo* mismo, puesto que tanto el ejército como la marina pujaban uno contra el otro por el mismo tipo de material). Sin embargo, para 1943 el gobierno había simplificado la contratación mediante la centralización del proceso en tres grupos principales (acero, aluminio y cobre) y el racionamiento de estos tres “materiales controlados” en beneficio de los contratantes principales, que a su vez distribuían trabajo a cientos de miles de subcontratantes.[32]

Además, la War Production Board (Oficina de producción de guerra) prohibió la fabricación de toda una serie de artículos que competían con los bienes militares. Esta oficina prohibió la producción de equipos de radio para uso civil, lavadoras eléctricas, planchas, tostadores, hornillos, planchas para hacer gofres, almohadillas eléctricas y maquinillas de afeitar eléctricas. La producción de frigoríficos para el hogar descendió en un 99,7 % entre 1941 y 1943. Las agencias federales racionaron el caucho, el gasóleo, la gasolina, la carne, el nailon, el café, el azúcar, las grasas y los aceites. Y lo más

importante de todo, el gobierno prohibió la fabricación de automóviles: los últimos modelos dejaron las fábricas de Detroit en marzo de 1942, tres meses después de Pearl Harbor. No hubo nuevos modelos en el mercado de Chevrolet, Ford, Plymouth o de cualquier otra marca hasta 1946.[33]

Mientras tanto, la Office of Price Administration (la Oficina de la administración de precios) dirigida por John Kenneth Galbraith, gestionó con pericia el problema crucial de la inflación que inducía la guerra, el problema que había asediado a Schumpeter cuando fue ministro de Hacienda en Austria en 1919. Algunos de sus antiguos estudiantes y colegas de Harvard se unieron a otros economistas para trabajar en esta oficina y sin lugar a dudas su labor fue magnífica.[34]

Una de las numerosas quejas de Schumpeter sobre el New Deal de Roosevelt era lo que consideraba que eran sus políticas fiscales "de calar a los ricos". Se oponía a este modelo de imposición no por simpatía con las clases acaudaladas sino porque creía que privaba a los negocios de capital inversor. Schumpeter veía en medidas como la ley del impuesto sobre la fortuna de 1935 (que incrementó el gravamen tanto para las sociedades como para los individuos adinerados) una acción contraproducente para la recuperación económica. La II Guerra Mundial provocó otra marea de cambios en el sistema fiscal de los Estados Unidos, pero esta vez en la dirección opuesta: hacía una ampliación de su base.[35]

En 1932, cuando Schumpeter llegó a Harvard, menos de un 3 % de la población estadounidense (los contribuyentes y las personas a su cargo) debían realizar la declaración de la renta. Su generoso salario de 12.000 dólares lo situaba entre el 2 % de las personas con mayores ingresos por lo que Schumpeter presentó una declaración. Pero en 1942 el gobierno añadió un impuesto para la victoria ("Victory Tax") del 5 % a todos los que tuvieran ingresos brutos anuales superiores a 625 dólares y esta medida por sí sola casi cuadruplicó el número de contribuyentes. En 1943, debido a la necesidad de financiar la guerra, el 3 % de la población de 1933 que debía presentar una declaración había ascendido hasta el 69 %. En total, el número de contribuyentes individuales se disparó desde los 4 millones de 1939 hasta los 43 millones de 1945.[36]

Al inicio de la guerra el Congreso había insistido en gravar a la clase media más de lo que la administración Roosevelt deseaba, superando un veto presidencial. En 1943 para ayudar a ejecutar esta medida el gobierno promulgó el sistema moderno de retenciones salariales. Actualmente casi todo el que tiene un trabajo está familiarizado con esta ley, que en su momento reemplazó en gran medida a la vieja práctica del pago trimestral o anual voluntario de cada individuo. A partir de entonces los empresarios retendrían

los impuestos de los propios salarios de los trabajadores y enviarían estos fondos al Internal Revenue Service (la hacienda pública estadounidense). En términos globales, el gobierno financió algo menos de la mitad de todos los gastos de la guerra mediante el sistema impositivo en curso. El resto lo tomó prestado mediante la emisión de bonos de diferente denominación, desde cantidades muy pequeñas a cantidades muy elevadas.[37]

La guerra provocó otros numerosos cambios económicos y sociales: el acceso masivo de mujeres y minorías a los servicios militares y a trabajos de los que habían estado excluidas desde hacía mucho tiempo; el movimiento de nuevas poblaciones de gran tamaño al Sunbelt (la región estadounidense conocida como el cinturón del sol) ya que las bases de entrenamiento y de producción militar gravitaban en torno a Florida, Tejas y California; un enorme salto en investigación y desarrollo que impulsó o creó industrias totalmente nuevas (antibióticos, químicos sintéticos, telecomunicaciones avanzadas, aviación comercial y tecnología médica), y la relajación del ciclo económico, puesto que el gobierno federal y el de los estados adoptaron una mayor responsabilidad sobre la prosperidad general. Muchas de estas tendencias proporcionaron pruebas adicionales de la flexibilidad y la productividad inmensa del capitalismo como sistema económico.[38]

El sistema empresarial estadounidense además de fabricar aviones produjo durante los años de la guerra 86.000 tanques, 193.000 piezas de artillería, 17 millones de pistolas y rifles, 41.000 millones de cartuchos, 12.000 buques de guerra y navíos mercantes, 65.000 embarcaciones más pequeñas destinadas a patrullas de costa y a desembarcos anfibios, 2 millones de camiones militares y 600.000 todoterrenos. Casi toda esta producción colosal fue realizada por empresas privadas; el gobierno negoció 35.000 contratos con 40.000 contratistas principales. “Además” – según señalaba un documento del Ministerio de Comercio que se mostró después de la guerra– “ese número de contratos se multiplicó en otros muchos contratos celebrados entre estos contratistas principales y sus proveedores o subcontratistas.” Las semana laboral civil en las fábricas pasó de 38 a 45 horas y el empleo relacionado con el sector de la defensa aumentó del 9 % del total de 1941 al 40 % de 1943.[39]

La especulación bélica por parte de empresas privadas se redujo a mínimos bajo la amenaza de multas severas en caso de violación. El hecho de que la maldad del régimen nazi fuera tan detestable, de que el país hubiera sido atacado por Japón y de que la Office of War Information (la Oficina de información de guerra) transmitiera tan eficazmente un mensaje de patriotismo (que no dudó en utilizar el racismo para demonizar a Japón) hicieron que el pueblo estadounidense estuviera más unido que nunca, y como nunca lo ha estado desde entonces.[40]

Desde un punto de vista ampliamente retrospectivo, está claro que el rendimiento económico de la economía estadounidense durante la II Guerra Mundial validó las teorías tanto de Schumpeter como de Keynes. La receta keynesiana para acabar con la Gran Depresión mediante el uso de un déficit destinado a financiar la inversión pública tomó la forma del gasto de cantidades ingentes de dinero prestado para contribuir a sufragar la guerra. El argumento de Schumpeter de que una amplia creación de crédito y de que la innovación del sector privado llevaría a una producción económica inmensa demostró ser cierto incluso mucho más allá de sus propias expectativas. Como la economía estadounidense obró tales milagros durante la guerra (los ejemplos de innovación y de emprendimiento son tan numerosos que casi desafían cualquier cálculo), Schumpeter tenía todas las razones para creer que sus ideas sobre la naturaleza del capitalismo se habían confirmado de manera grandilocuente.

Asimismo, durante la guerra recibió un honor personal bastante insólito que podría haberle deleitado: para celebrar su sexagésimo cumpleaños, catorce amigos y estudiantes recabaron una serie de artículos que conformaron la edición de febrero de 1943 de *Review of Economic Statistics*, una elitista publicación trimestral de Harvard. En la introducción a la obra, los autores declaraban: “Que este número de la *Review* sea considerado por el profesor Schumpeter como una expresión de amistad y como prueba de gratitud y aprecio a sus contribuciones a la ciencia económica, y a la estimulante influencia de sus escritos y de sus intervenciones.”[41]

Este homenaje a Schumpeter sugiere que sus perspectivas poco populares de la política exterior estadounidense no afectaron de manera importante a la estima que le tenían las personas que más le importaban. Cerca de la mitad de los catorce articulistas eran judíos y cinco habían emigrado a los Estados Unidos procedentes de Europa durante la década de 1930. La mayoría de los artículos de esta edición especial trataban algún aspecto de la obra de Schumpeter de forma directa o indirecta. Todos, a excepción de dos de ellos, contenían el tipo de notación matemática que había promovido, aunque él mismo no lo había utilizado más que en alguna ocasión. Ninguno de ellos trataba principalmente de la economía de guerra aunque algunos hicieran referencia a la guerra. Cada uno de los artículos abordaba comprometida y esmeradamente una cuestión económica de importancia, y la calidad de todos ellos es muy elevada.[42]

A pesar de este tributo excepcional y del éxito de *Capitalismo, socialismo y democracia*, Schumpeter no fue feliz durante este período. Estaba descontento con el entorno de Harvard y la guerra le había sumergido en una confusión de emociones desesperada. Se sentía en general distanciado de la sociedad

estadounidense a la que todavía no entendía. Por ejemplo, en una encuesta llevada a cabo en noviembre de 1944, seis meses antes del final de la II Guerra Mundial en Europa, la organización Gallup preguntó a los estadounidenses cuáles eran sus perspectivas del mundo de la posguerra. A la pregunta de "¿Cree que se puede confiar en Rusia para que colabore con nosotros cuando la guerra haya finalizado?", un 47 % de los encuestados respondieron afirmativamente, un 18 % no tenía una opinión formada al respecto y un 35 % contestó que no. Schumpeter creía que este tipo de pensamiento era otro ejemplo más de la ignorancia casi obstinada que tenían los estadounidenses de la historia y de los asuntos internacionales.[43]

Por el contrario, cuando dirigía su mirada a Europa y a Asia a través de sus lentes habituales de un análisis bien documentado, veía la inestabilidad a largo plazo de la situación internacional mucho mejor que muchos de sus contemporáneos. Prácticamente predijo la Guerra Fría que se extendería durante cuarenta y cinco años después del final de la II Guerra Mundial. Cuando Franklin D. Roosevelt murió el 12 de abril de 1945, Schumpeter registró sus pensamientos en su diario una vez más:

> Puedo decir que no siento nada deshonesto pero me gustaría poner por escrito mis dos primeras impresiones:
>
> 1) Es un hombre afortunado: muere en la plenitud de poder y en lo que al hombre de la calle le parece que es un éxito, 4 años más tarde habría muerto en el descrédito y la derrota.
>
> 2) Su muerte *ahora* no tiene ningún impacto: el mal está hecho … ha balanceado el país hacia una nueva postura dictada por el tigre ruso.
>
> No sé nada de Truman pero me da la impresión de que hará suya la bandera de Roosevelt …
>
> Hemos fabricado lo que temíamos: la potencia mundial militar [la Unión Soviética] que gobierna Europa y Asia; con un poder mucho mayor también del que los germanófobos nunca hubieran creído, en sus imaginaciones más exacerbadas, que Alemania habría podido llegar a tener. Hemos creado justamente lo que fuimos a combatir.[44]
>
> En la década de 1990, después de que los checos se deshicieran del yugo soviético, se cambió el nombre de la calle en la que Schumpeter había nacido por el de Roosevelt, un hombre en el que nunca había confiado; no es más que otra ironía de una historia repleta de ironías.

Harper & Brothers, la editorial de *Capitalismo, socialismo y democracia*, pidió a Schumpeter que preparara una segunda edición para su publicación en 1947. Schumpeter no modificó el texto pero añadió un largo capítulo titulado "Las consecuencias de la II Guerra Mundial" que había escrito en 1946. La mayor parte del nuevo material trataba la amenaza a la paz mundial que suponía la Unión Soviética, que Schumpeter subrayaba en una larga sección titulada "Imperialismo ruso y comunismo". Como era su costumbre, lo relacionó con fuerzas históricas de hacía mucho tiempo así como con la situación del momento. En este apartado se centró en otro de sus temas favoritos, el papel del liderazgo individual, en este caso, el de la figura dominante de José Stalin.

Inicia su exposición con una declaración provocadora: "Si el lector

recuerda los objetivos en los que el gobierno de los Estados Unidos ha fundamentado su política desde 1939 (la democracia, la libertad frente al miedo y la miseria, las pequeñas naciones, etcétera), entonces tendrá que darse cuenta de que lo que ha tenido lugar es comparable a una rendición." Esta derrota no deriva de una victoria de Alemania o Japón sino "de una victoria militar de Rusia sobre sus dos principales aliados". Posiblemente, los Estados Unidos y Gran Bretaña no habrían deseado el tipo de poder que los soviéticos llegaron verdaderamente a detentar en Europa oriental y central. Y el modo en que se administró esta conquista (a través de estados cautivos con supuestas voces independientes) aumentó el poder soviético en mayor medida que una anexión abierta. Incrementó en cerca de diez veces el número de países que seguían la línea del partido del Kremlin en foros como el de las Naciones Unidas.[45]

Schumpeter creía que José Stalin había mostrado "la mano artesana de un maestro" en su gestión de la guerra:

> Los factores impersonales u objetivos estaban todos en contra de Rusia. Incluso su enorme ejército no era simplemente el producto de una población numerosa y una economía rica sino el fruto del trabajo de una única persona que era lo suficientemente fuerte como para mantener a esa población en un estado de sumisión y pobreza lamentables y de concentrar todas las fuerzas de un aparato industrial subdesarrollado y defectuoso en un único objetivo militar. No obstante, esto no hubiera bastado … El genio político consiste precisamente en la capacidad de explotar las posibilidades favorables y de neutralizar las desfavorables totalmente de forma que, después de lo sucedido, un observador superficial no ve nada más que lo primero.[46]

Schumpeter fue duro al acusar a los Estados Unidos de permitir que tuviera lugar la dominación soviética y creía saber por qué había sucedido así. "En la Rusia estalinista la política exterior continúa siendo la política exterior que había en la época del zar. En los Estados Unidos la política exterior forma parte de la política nacional." Debido a la antigua aversión del país a establecer alianzas con países extranjeros "no hay ninguna tradición y no hay ningún órgano que participe en el complicado juego de cualquier otro tipo de política exterior". (La antisoviética Organización del Tratado del Atlántico Norte no empezó a existir hasta 1949). La resolución nacional estadounidense que surgió a partir de Pearl Harbor, sostenía Schumpeter, estaba siendo superada por la nostalgia de volver a la vida familiar del tiempo de paz. Era un diagnóstico preciso del sentimiento mayoritario que había en los Estados Unidos en 1946.[47]

Según defendía Schumpeter, ningún grupo de interés estadounidense importante estaba predispuesto a desafiar a los soviéticos. Las fuerzas laborales eran todavía más contrarias a la guerra en 1946 de lo que lo habían sido en 1940 y, tanto si se daban cuenta de ello como si no, los puntos de vista de los empresarios equivalían a dar carta blanca a Rusia. Schumpeter presentó una amalgama de comentarios que había oído en boca de estadounidenses:

“La Rusia soviética puede convertirse en un cliente muy importante. Hasta ahora nunca ha dejado de pagar rápidamente … Dejemos que Rusia engulla uno o dos países más, ¿y qué? Dejemos que esté bien provista de todo lo que necesita y así dejará de fruncir el ceño. Después de veinte años los rusos serán tan democráticos y pacíficos como nosotros, y tendrán pensamientos y sentimientos similares a los nuestros. Además, para entonces Stalin ya estará muerto.”[48]

Sin embargo, Schumpeter temía que el problema de la Rusia soviética persistiera mucho después de la desaparición de Stalin. A pesar de no haberse comprometido nunca con la teoría histórica de un “gran hombre”, Schumpeter creía que “en una determinada situación, el cerebro y el coraje del hombre que está al frente son hechos tan objetivos como el contenido en hierro del mineral de hierro del país, o la presencia o ausencia de molibdeno o vanadio”. Aunque la capacidad de Stalin podría haber sido necesaria para crear el leviatán del poder soviético, “este leviatán no requiere ningún genio para funcionar una vez que se ha construido. El siglo ruso una vez que ha empezado puede seguir su curso prácticamente en ausencia de sí mismo.”[49]

A partir de las tendencias que había observado, Schumpeter estaba preparado para predecir que Stalin evitaría la provocación de una guerra durante cualquier período de tiempo que fuera necesario para permitir que la Unión Soviética restaurara su economía y desarrollara una fortaleza militar aplastante. “Por supuesto, la percepción de este hecho es la esencia de las advertencias de Churchill [como el discurso del telón de acero] y la base lógica de la carrera armamentística que ya se ha iniciado.”[50]

Schumpeter consideraba que la fuerza motriz de la expansión soviética era el simple imperialismo y no un deseo de convertir el mundo en una especie de paraíso marxista de igualdad sin clases. “El problema de Rusia no es el hecho de que sea socialista sino el hecho de que sea Rusia. En realidad, el régimen estalinista es fundamentalmente una autocracia militar.” Si llegaba a desatarse una nueva guerra, ésta sería tan brutal que las ideologías rivales solo serían un mero detalle.[51]

Al tiempo que escribía un nuevo capítulo para *Capitalismo, socialismo y democracia*, Schumpeter también estuvo trabajando en su nuevo y voluminoso libro *Historia del análisis económico*. Una sección breve pero significativa de ese libro está dedicada a lo que llama “La economía en los países ‘totalitarios’” (Alemania bajo Hitler, Italia bajo Mussolini y la Unión Soviética bajo Stalin). Schumpeter defiende que los modelos de gobierno económico en estos tres países eran mucho más diferentes de lo que uno podría esperarse.[52]

En Alemania, la doctrina básica de los nazis basada en la superioridad racial tenía poco que ver con la economía en sentido estricto. Por lo tanto era "compatible no solo con todo tipo de economía técnica sin con la defensa de políticas ampliamente discrepantes". En las universidades alemanas la politización de la economía había comenzado durante la República de Weimar de 1919 a 1933, bajo la presunción de que este campo se parecía más a la filosofía que a una ciencia pura como la física. Las propias universidades opusieron resistencia a esta presión pero el precedente ya existía y el régimen nazi procedió a beneficiarse completamente de él por lo que nombró a miembros del partido nazi y desposeyó de su cargo a judíos y socialistas. Los administradores de algunas universidades adoptaron una postura más dura que sus homólogos de cualquier otra institución alemana y en muchos casos los profesores de economía sintieron una fuerte presión para que se adaptaran a la línea marcada por el partido nazi.[53]

No obstante y por extraño que parezca, se permitió que prosiguiera la investigación profesional aunque menos en el campo económico que en el de las ciencias físicas. "Nadie habría tenido problemas por consiguiente por haber trabajado en nuevas herramientas teóricas o estadísticas. Una obra como la *Teoría general* de Keynes podría haberse publicado tranquilamente, como así fue." Esto era cierto. Muchos nazis defendieron el modelo de recuperación de Keynes a través de una financiación deficitaria del gobierno que se parecía bastante a lo que el gobierno de Hitler había estado haciendo desde 1933. (De hecho, los cancilleres de la República de Weimar que habían precedido a Hitler ya habían iniciado programas de gestión de la demanda de corte keynesiano en 1932). Uno de los principales puntos de Schumpeter en cuanto a la economía nazi fue el hecho de que el propio Hitler tenía poco interés en el tema y tenía tendencia a delegar las decisiones concretas a sus subordinados.[54]

Por el contrario, en Italia Benito Mussolini mantuvo una perspectiva económica más vigorosa y más definida que la de Hitler. Los pormenores de la economía fascista de Italia se plasmaron en un tipo de capitalismo sindicado en el que los grupos de interés privado se organizaban y se supervisaban a sí mismos bajo el control de la autoridad pública. Más allá del individualismo competitivo, estos grupos se mantendrían unidos para mayor gloria de la nación. Mussolini, un intelectual que había sido periodista anteriormente, escribió personalmente sobre estos temas y las medidas económicas de su gobierno, e incluso sus detalles, y fueron consideradas generalmente como sus propias políticas personales. Aun así, como sucedió en Alemania, se permitió el desarrollo de la investigación estrictamente científica sin demasiado hostigamiento.[55]

Este no fue el caso de la Unión Soviética. Allí las verdaderas *bases* del estado totalitario eran de carácter económico y nadie podía desviarse de las doctrinas oficiales en lo más mínimo. Esto fue especialmente cierto después de que Stalin ascendiera completamente al poder en 1927. En aquella época, la mayoría de los economistas rusos de elite o bien se habían exiliado, o bien habían sido eliminados, o incluso ambas cosas. Nikolai Kondratieff, en cuyo trabajo Schumpeter se había basado en *Ciclos económicos*, fue desterrado a Siberia en 1930 y ejecutado en las purgas de 1938. En palabras de Schumpeter: "La propia investigación científica, no solo la discusión de políticas, fue objeto de reglamentación de un modo que no se había visto en Alemania o en Italia, no solo por la naturaleza y los métodos de la administración bolchevique sino también por otras dos razones que se contradecían y que, no obstante, se reforzaban entre sí."[56]

La primera de estas razones era que los dogmas ideológicos fundamentales que subyacían en el estado soviético no eran raciales como en Alemania sino económicos. Por lo tanto, al igual que sucedía con el racismo alemán, no se podía tolerar ninguna desviación de la verdad doctrinal y sagrada por trivial o hipotética que fuera. La otra razón, en cierta manera paradójica, era que "el gobierno bolchevique explotaba al máximo y de forma muy natural la emocionalidad ingenua del 'pueblo revolucionario' que necesariamente creía que, una vez que había llegado el milenio, no existían ya cosas como 'las leyes económicas' y por consiguiente no había ninguna necesidad de ningún análisis económico". En este extraño escenario los debates económicos degeneraron en intentos de complacer a los funcionarios del Kremlin. La censura de los presuntos disidentes empezó a desplazar las disensiones científicas razonadas.[57]

La reivindicación de los bolcheviques de su propia versión de la pureza marxista no encontró apenas resistencia. En parte porque muchos economistas rusos habían sido marxistas antes incluso de la revolución de 1917. Aun así, los desacuerdos entre teóricos no estuvieron prohibidos hasta el triunfo del absolutismo estalinista en 1927. En este escenario previo a 1927 algunos pensadores importantes como Kondratieff o Nikolai Bukharin fueron capaces de aportar descubrimientos económicos originales. "Esta obra" –escribió Schumpeter– "a pesar de las siniestras implicaciones del hecho de que algunos de los autores no han vuelto a ser escuchados desde entonces, puede tomarse como prueba de que hubo una economía seria que sobrevivió hasta que los rigores del régimen estalinista se impusieron completamente a sí mismos."[58]

Después de que Stalin hubiera obtenido el control total, los hechos a menudo tomaron giros absurdos. En 1937 la junta del censo declaró que la

población soviética era de 162 millones. Como los demógrafos estatales habían dicho a Stalin que esperaban una cifra total de 177 millones, Stalin arrestó a la junta del censo y los fusiló por el crimen de haberse "dedicado a traición a disminuir la población del URSS" (fueron las palabras del propio gobierno). S. G. Strumilin, economista del partido comunista, manifestó que "nuestra tarea no es estudiar la economía sino cambiarla. No estamos limitados por ninguna ley."[59]

No obstante, incluso en la Unión Soviética el abandono del sentido común tenía límites prácticos. Los planificadores soviéticos siguieron utilizando las técnicas que habían heredado del período pre-estalinista, sobre todo los métodos estadísticos y matemáticos que eran demasiado sutiles para prestarse a un fácil asalto político. Algunas contribuciones soviéticas en estos campos recibieron incluso el reconocimiento internacional. Mientras escribía en la década de 1940, Schumpeter señaló que la tendencia actual en la economía rusa era "pasar de contrabando" principios básicos como "las normas actuariales y los conceptos de valor, productividad marginal e interés" dentro del sistema soviético disfrazando sus orígenes "capitalistas". Aunque el progreso sobre estos temas fue lento y era esclavo de una posible denuncia, Schumpeter previó que continuaría. La razón residía en que la propia economía tenía una lógica que iba más allá del capitalismo. Cualquier régimen, si de algún modo tiene que administrar un gobierno, necesita las herramientas de las técnicas de elaboración de presupuestos modernas y de la contabilización de ingresos nacionales, incluso la URSS.[60]

Schumpeter todavía continuó su exposición con la puesta de manifiesto de un problema concreto de la economía científica en la Unión Soviética. Los líderes bolcheviques (Trotski, Stalin y sobre todo Lenin) habían elaborado ellos mismos numerosos escritos sobre asuntos que habría sido mejor dejar en manos de economistas profesionales. Schumpeter manifestó que no había tratado sus argumentos con más detalle porque el libro en el que trabajaba era una historia de *análisis* serios y no simplemente sobre pensamiento económico, por muy poderosos que hubieran podido ser políticamente los pensadores en cuestión.[61]

Como demostraron los acontecimientos posteriores, Schumpeter estuvo parcialmente en lo cierto y en parte equivocado. Los burócratas soviéticos adoptaron en efecto métodos macroeconómicos sofisticados, pero la línea oficial del partido a veces requirió que distorsionaran los datos de forma que indicaran un progreso donde en realidad no había sucedido nada. Siguiendo un modelo orwelliano, la ideología soviética condujo a un sistema en el que diferentes secciones del gobierno se mentían de forma rutinaria entre sí y este fue un elemento importante del desmoronamiento final del comunismo

soviético que tuvo lugar en 1991.

Sin perjuicio de todo esto, ciertos aspectos del historial soviético del siglo XX siguen siendo extraordinarios e indiscutibles. Durante los setenta y cuatro años en los que estuvo al poder (de 1917 a 1991) el régimen comunista consiguió industrializar el país más allá de los sueños más inverosímiles de los zares; derrotar a los nazis en la gran guerra patriótica de 1941 a 1945; crear no solo el ejército más poderoso del mundo sino también un arsenal nuclear, unas fuerzas aéreas y una marina inmensas; gobernar el mayor país de la Tierra y a más de una docena de otros países mediante regímenes de paja; lanzar al espacio el primer satélite (*Sputnik*) y después al primer cosmonauta (Yuri Gagarin), y, durante siete décadas, ser una amenaza para el occidente capitalista en una competición a muerte por la supremacía mundial.

El modo exacto en el que los soviéticos fueron capaces de lograr estos objetivos en el marco de un sistema económico disfuncional de tal calibre sigue pareciéndose a algo así como un rompecabezas. Sin lugar a dudas la radical indiferencia que se mostraba a la producción de bienes de consumo tuvo un papel extremadamente importante. Y la naturaleza de economía planificada del gobierno soviético fue en ocasiones eficaz a la hora de perseguir proyectos de gran envergadura como los programas de armamento nuclear o del espacio. El asesinato masivo de prisioneros de todo tipo de opositores reales o imaginarios pudo haber sido algo necesario para mantener en funcionamiento el sistema o quizá no. Sin embargo, la tiranía del miedo demostró su eficacia a la hora de perpetuar uno de los regímenes más brutales de la historia de la humanidad.[62]

Capítulo 23
Introspección

Yo, un extraño asustado, en un mundo que nunca hice.

A. E. Human: "Las leyes de Dios", 1922.

Los años de la II Guerra Mundial fueron un tiempo de reflexión personal intensa para Schumpeter. Cuando entregó el manuscrito de *Capitalismo, socialismo y democracia* en 1942 tenía menos esperanzas puestas en ese libro que en cualquiera de sus otras obras importantes. Había aprendido, como todos los autores aprenden, que los libros poseen vidas propias impredecibles. Así que apenas se regocijó con su publicación. Su estado de ánimo general siguió siendo el mismo que había tenido mientras escribía el libro: ansiedad por su salud, nostalgia de tiempos más felices y abatimiento ante la guerra.

En las copiosas anotaciones que incluyó en su diario entre 1939 y 1945, Schumpeter escribió con profusión sobre la guerra e incluso en mayor medida sobre sí mismo. En ningún otro período había sido tan introspectivo, ni había estado tan obsesionado con sus éxitos y fracasos, su mortalidad y su legado. Sus comentarios sobre su entorno, y en particular sobre Harvard, son casi todos negativos. "Lo que es serio es mi reacción" –escribió en 1942–. "En vez de divertirme con travesuras maliciosas en una jaula de monos profesional estaba tan irritado que no podía trabajar en absoluto y me sentía tan derrotado, ¡tan derrotado! Tan frustrado y débil y viejo, tan perdido en esta atmósfera agobiante de Harvard que se parece tanto a una cervecería." Y en 1945: "Harvard, un patio de recreo despreciable de pequeños tiranos despreciables que se arruinan a sí mismos unas posibilidades espléndidas."[1]

En la mayoría de las anotaciones de su diario garabateaba comentarios inconexos sobre el estado de la humanidad, la guerra, la Unión Soviética, su estado de salud o el curso de su carrera. De vez en cuando mostraba una especie de alegría apagada con el florecimiento de la primavera o con otros cambios estacionales, pero esto sucedía en muy rara ocasión. Su diario también recoge observaciones negativas ocasionales sobre los negros, los judíos, los "subnormales" y los ingleses (su antigua anglofilia había sido víctima entonces de su anti-imperialismo). No obstante, estas anotaciones no se aproximan, ni en la frecuencia, ni en su sentimiento, a las censuras que dedica al presidente Roosevelt, la Unión Soviética y Harvard (un trío de villanos curioso).

Su preocupación más absorbente fue un sentido creciente de su propia mortalidad. Había engordado unos diez kilos a principios de la década de 1940 y había empezado a sufrir problemas de presión sanguínea alta. Hacía poco ejercicio, aparte de sus paseos junto a los lagos cercanos a Taconic; e

incluso a menudo no podía dar estos paseos debido a las malas condiciones meteorológicas del invierno.

Con frecuencia se sentía físicamente mal y mostraba sus aprensiones en apuntes de poemas que anotaba deprisa como este fragmento de su diario de 6 de septiembre de 1941 que escribió en Taconic:

Mi muerte viene como un sirviente
Que recorre la habitación
Para Apagar las lámparas
Tras la fiesta
No valdría apagarlas antes
Mientras hubo vida y regocijo
Ni valdría dejarlas prendidas
Tras la fiesta
Así que está bien
Lástima hubiera sido apagarlas antes
Aunque tampoco debieran seguir tras la fiesta
Para vivir nuestras vidas
Para ocuparnos en nuestros asuntos
Que es lo que la gente desea
Quienes crearon este recurso
Aquellas vidas se han ido para siempre
Y también nuestro quehacer
Ahora manejamos similares vidas y asuntos
¿Y qué?

Sin embargo, como siempre la salvación está en el trabajo como manifiesta en otro fragmento de enero de 1942:

No tengo tiempo para envejecer
Ni para lamentarme
Tengo
que hacer mi trabajo.

A veces adquiría tintes dramáticos, como a principios de 1942:

Y si fuera despreciable y frívolo
en muchas coyunturas de mi vida
… vano y esnob …
todavía hay tiempo ahora que el día
marcha hacia su ocaso
y que lo oscuro y lo lóbrego me invaden
y que en el último día que tenga fuerzas
al menos esté
cumpliendo mis obligaciones.
Proponiendo una lucha valerosa
en la última zanja
en el valle de la muerte.

Además de un sentimiento persistente de estar solo, de ser un peregrino en tierra extraña, como el 6 de enero de 1942:

Este ya no es mi mundo
Soy un extraño para los mortales y para sus trasiegos
hacia las sombras y para su teatro de marionetas.

Aunque en otra anotación de ese mismo día escribe: “He dado un gran paso hacia la vejez o más directamente hacia la muerte. El corazón y el cerebro y las extremidades, todo se irá … No sé si puedo hacer gran cosa o si es mi deseo. Esto debería dar color a mis planes pero, ¡gracias a Dios!, no es así. Puesto que son mi vida y mi alegría y mi corazón, debo contar con ellos tanto tiempo como pueda … Esto debería dar color a mi actitud y esto es lo peor, me preocupo tanto como si tuviera hijos y una vida por delante.”

Todas estas anotaciones en su diario las escribió antes de entregar el manuscrito de *Capitalismo, socialismo y democracia* en verano de 1942. Después, en octubre y noviembre, continuó con la misma vena introspectiva: “Creo que el hecho más interesante de la vida es la muerte. Dios tiene la gentileza de mostrarme que no pierdo gran cosa al morir. ¡Da un cierto consuelo! ¿Qué me importa este mundo cuyas pequeñas futilidades se esfumarán? ¿Qué me importa la civilización?”

Al considerar las fuerzas irracionales que parecían estar moviendo el mundo durante la guerra escribió:

> La preferencia y el prejuicio tienen un extraordinario papel
> … He dado mi vida al análisis y a la razón
> Creo en el valor de la razón.
> Y en la aplicación de la razón a los asuntos humanos…
> Qué queda entonces–[2]

Y después especula sobre las distracciones que le impidieron trabajar más. (Las palabras entre paréntesis fueron incluidas así por Schumpeter):

1. Las mujeres
2. El arte [y la arquitectura]
3. El deporte [y los caballos]
4. La ciencia [y la filosofía]
5. La política [carrera pública]
6. Los viajes
7. El dinero [los negocios]

Pero entonces llega a la conclusión de que “tampoco lo he hecho tan mal”.[3]

Escribió estos pensamientos durante los primeros años de la guerra. Aparecen de forma arbitraria, mezclados junto a otras anotaciones de su diario sobre política exterior, su falta de paciencia con los burócratas de Harvard y la posibilidad de una dominación soviética del mundo después de la guerra. Solo cuando se reúnen los pasajes que escribe sobre sí mismo se hace evidente que estas anotaciones constituyen la serie más sostenida de pensamientos reveladores que Schumpeter llegó a escribir.

“Carezco en particular de la cualidad del liderazgo, con una fracción de mis ideas se podría haber fundado una nueva economía” –escribió Schumpeter:

> Es gracioso. Cuando reviso mi vida y mi situación actual veo que en muchos aspectos he sido

favorecido y veo también un mosaico formado por muchos éxitos. No obstante, en su conjunto y en un sentido global y dejando aparte (aunque quizá no tan “aparte” al fin y al cabo) el hecho de que subjetivamente he sido infeliz durante la mayor parte del tiempo, ha sido un fracaso. Y la razón es bastante clara: incluso en mi quehacer científico y a pesar de tener una “obra” de la que hubiera bastado una pequeña parte para obtener la “fama”, no tengo ningún peso: puesto que soy típicamente “alguien que carece de liderazgo”, en realidad, soy un hombre sin aura (y sin conexiones) y como subordino todo al “análisis”, lo utilizaré incluso ahora para comprender mejor como se originó la historia. ¿Qué es ese “aura”? No es el sentido del humor de las personas, no es un simple enjuiciamiento. táctico, no es sencillamente una “actitud tranquila de fortaleza”, ni tampoco de “eficacia”. Todas ellas son los resultados necesarios de una fuerza (que quizá sea eléctrica), que todavía no he descubierto.

En un sentido puramente intelectual Schumpeter era alguien con mucho más liderazgo de lo que él mismo pensaba. No obstante, parece ser que se refería a un tipo de liderazgo (y la fama que lo acompañaba) que ejemplificaron economistas como Gustav von Schmoller, Alfred Marshall o John Maynard Keynes.[4]

En unos esbozos muy agudos que más tarde trazaría sobre cada uno de estos hombres, Schumpeter pondría de relieve su magnetismo personal y la energía que infundían en la escuela económica que llegarían a representar. Aun así, Schumpeter siguió despreciando todas esas escuelas (del mismo modo que rechazaba las escuelas matemáticas, físicas o de otras ciencias de peso. Insistía en que solo había buenos y malos economistas y no escuelas superiores o inferiores. Por consiguiente, liderar una escuela económica determinada hubiera violado uno de sus propios principios.

En cualquier caso, distaba mucho de ser espectacular, de ser un solista, de tener el liderazgo al que se refería. El número de teóricos y artistas de primera clase que también son profesionales de primera categoría sobre el escenario es muy pequeño. No hay prácticamente nadie que pudiera ser categorizado en el sentido que empleaba Schumpeter. Mozart no tenía ese liderazgo, ni Charles Dickens, Mark Twain o, más recientemente, Orson Welles, John Lennon o incluso el físico estadounidense ganador del Premio Nobel, Richard Feynman. Ninguno deseaba acabar con su papel de dar espectáculo en pos de reunir acólitos y fundar una escuela artística o de pensamiento.

La propia vena de hombre del espectáculo de Schumpeter iba mucho más allá de lo que él se daba cuenta. Necesitaba el aplauso del público, con toda su inmediatez, mucho más que tener seguidores. Incluso durante el período de fuerte introspección de la década de 1940, cuando ya había sobrepasado los sesenta años, todavía seguía desplegando sus números teatrales en el aula y también en las reuniones profesionales. En cierta ocasión Paul Samuelson estimó que ningún economista daba tanto de sí en sus intervenciones como Schumpeter que siempre ofrecía una interpretación estelar. Y en el aula, lugar en el que verdaderamente se desinhibía (deambulando con monólogos de economía, historia o sociología inmersos en corrientes internas de

pensamiento), seguía fascinando a los estudiantes como siempre había hecho. En 1944 un periódico de estudiantes de Harvard manifestaba que “Schumpy es simplemente maravilloso”. Como siempre, su personaje público continuaba estando lleno de vida a pesar de su confusión interior.[5]

Más allá de su desagrado por las “escuelas” y de sus dotes de animador había un tercer motivo para su supuesta falta de liderazgo: su afición a los “aforismos” como los llamaba en su diario. Estos comentarios que también aderezaban su conversación parecían reflejar su creciente sensación de ser un sabio apartado y escéptico:

9 de octubre de 1942. La humanidad está preparada para creer cualquier cosa menos la verdad.

25 de abril de 1943. El hombre en sus mejores momentos es un médico que al morir anota los síntomas.

20 de mayo de 1943. A la humanidad no le importa la libertad. Las masas de personas se dan cuenta de que no les atrae: lo que desean es que las alimenten, las dirijan, las diviertan y, por encima de todo, que las ordenen. Pero sí que les preocupa la palabra [libertad].

11 de noviembre de 1943. La caída del Imperio romano no se produjo cuando su administración fue brutal, ineficaz y corrupta sino cuando tenía razones para ser el centro cultural del mundo.

19 de noviembre de 1943. Lo que el hombre siempre ha deseado y desea hacer y para lo que fue diseñado es para cazar alimentos y mujeres y para matar enemigos, y para la mayor parte de los hombres esta es la mayor felicidad que existe.

12 de diciembre de 1943. El odio está bien. no debería estar escondido en un libro de oraciones.

21 de diciembre de 1943. Desconfío de dos tipos de personas: de los arquitectos que presumen de construir barato y de los economistas que presumen de dar respuestas sencillas.

2 de enero de 1944. ¿Qué es un día y qué es una vida? Un bloque de mármol que te concede Dios para realizar una obra de arte.

3 de enero de 1944. Y la humanidad no es más que mármol en manos de alguien que se preocupa tan poco de sus alegrías y de sus sufrimientos como el escultor de los sentimientos del mármol.

28 de febrero de 1944.

Vivir es amar
Y también odiar
Vivir es luchar
Y también mentir.

Junio de 1944. Los políticos son como los malos jinetes que están tan ocupados en mantenerse en su montura que no se preocupan de hacia dónde van.

En una fecha desconocida de 1944. Este país [los Estados Unidos] nunca ve los hechos. No hay nada que exista para él más que las consignas.

27 de mayo de 1944. Una rara avis: un idealista honesto.

Agosto de 1944. Cuanto más conozco la humanidad moderna más impresionado me deja la delicadeza comparativa de Genghis Khan.

Noviembre de 1944. Victoria-venganza-amor-odio: los cuatro pilares de la vida.

Febrero de 1945. Un hombre de estado es un criminal que trabaja con frases en vez de con la

palanca del ladrón.[6]

El humor negro de sus aforismos sería digno de Oscar Wilde, Ambrose Bierce, Noel Coward o del vienés Karl Kraus, pero no de alguien que aspira a tener liderazgo.

Schumpeter rechazó la simplificación de sus escritos con la misma rapidez con la que en las conversaciones o en el estrado era agudo. A diferencia de otros teóricos importantes, desde Adam Smith hasta Keynes, insistió en ofrecer argumentos opuestos y no solo los presentaba sino que iba mucho más allá: los desarrollaba completamente. Esta es una de las características que hace de *Capitalismo, socialismo y democracia* un libro tan atractivo, tan provocativo y tan desconcertante para lectores de cualquier orientación política. Al final, el libro proporciona unas conclusiones sólidas, pero no las presenta hasta que no ha expuesto toda la panoplia de razonamientos desde diversas perspectivas. Schumpeter dejaba entrever que ninguna pregunta importante tiene una respuesta fácil. Prefería dar información de todas las partes involucradas y no dedicarse a la defensa de una sola.

De modo más general, tanto en su propio trabajo como en sus gustos artísticos, Schumpeter desdeñaba cualquier mensaje que pudiera ser absorbido rápidamente por las masas. Justo en las mismas fechas en las que el periódico de estudiantes se deshacía en elogios sobre Schumpeter y decía que era un profesor maravilloso, él escribió en su diario que el curso de economía que daba uno de sus colegas era un elogio de los simples. Su popularidad "se debía en parte a su naturaleza didáctica accesible, de andar por casa. [Quizá como ciertos] éxitos del Arte. ¡Sí! ¡Basta con mirar a la Venus de Milo, Laocoonte o las Madonnas de Rafael!"[7]

En ese mismo período de tiempo trabajaba sobre el libro que se publicaría bajo el título de *Historia del análisis económico* y en él escribió algo similar sobre Adam Smith: que el atractivo de Smith derivaba de una presentación simple de pensamientos obvios. "Si hubiera sido más brillante, no le habrían tomado tan en serio. Si hubiera profundizado más, si hubiera sacado a la luz verdades más recónditas, si hubiera utilizado métodos difíciles e ingeniosos, entonces no le habrían entendido. Sin embargo, no tenía tales ambiciones; en realidad, le desagradaba todo lo que estuviera más allá del sencillo sentido común. Nunca consiguió levantar la cabeza de los lectores, incluso la de los más torpes. Les conducía amablemente y les animaba con trivialidades y observaciones caseras y hacía que se sintieran cómodos todo el tiempo." Y lo que era más importante, el atractivo de Smith estaba "animado por la defensa, que después de todo es lo que atrae a públicos más amplios".[8]

Si Schumpeter hubiera deseado verdaderamente tener liderazgo, habría adoptado el método de la defensa como lo habían hecho Smith, Ricardo,

Schmoller, Keynes y muchos economistas más jóvenes como Hayek, Friedman, Galbraith o Samuelson. Schumpeter no rechazaba únicamente la defensa sino todas las formas de controversia sostenida. Insistía en utilizar todas las contribuciones que se habían hecho que parecieran relevantes. Desde la época en que escribió su primer libro en el que intentaba reconciliar las facciones enfrentadas de las escuelas económicas de Alemania y Austria, estuvo convencido de que las polémicas eran enemigas del progreso científico.[9]

En este punto estaba terriblemente equivocado. Los anales de la ciencia están llenos de defensas y de polémicas que a menudo constituyen la única forma de superar puntos muertos y falsos paradigmas. En ciertas ocasiones las luchas internas de intelectuales han sido desperdiciadas en agitaciones políticas inútiles, pero más frecuentemente la controversia ha sido la energía que ha alimentado el progreso del conocimiento, desde la época de los *Diálogos* de Platón y la de las teorías heréticas de Galileo sobre el cosmos hasta las discusiones contemporáneas sobre el mejor modo de estudiar un campo como el de la biología. Los enfrentamientos académicos entre biólogos moleculares y evolucionistas han provocado muchas escisiones amargas, pero han hecho progresar las ciencias de la vida. A menudo ha sucedido lo mismo con la economía como en el enfrentamiento posterior a la II Guerra Mundial entre keynesianos y monetaristas.[10]

Sin embargo, Schumpeter intentó estar por encima de todo esto. Ni en sus clases de licenciatura, ni en sus seminarios de posgrado hizo nunca la más mínima mención a su propia y voluminosa obra. Separaba la enseñanza de las publicaciones de la misma forma que mantenía al margen de su imagen pública optimista la desesperación de su diario privado. En palabras del economista de Chicago George J. Stigler, “tenía un desapego que era prácticamente de otro mundo en lo que a teorías y políticas se refería, que se veía reforzado con el placer travieso que le producía mantenerse apartado de la masa”. Desde el inicio de su vida académica Schumpeter había insistido en adoptar una postura neutral. Esta es una de las cualidades que le hicieron mostrar una falta de liderazgo, no solo a sus propios ojos sino también a ojos de algunos de sus contemporáneos. Si hubiera deseado mostrarse como un líder habría adoptado la brusquedad de la controversia. (Samuelson acuñó una expresión memorable, “la preferencia revelada”, para evaluar por medio de la conducta de una persona “lo que la persona verdaderamente quiere”).[11]

En el fondo Schumpeter era un estudioso en el sentido más estricto, era una persona contemplativa pero que además resultaba ser también un magnífico hombre del espectáculo. Esta mezcla extremadamente rara de temperamento excluía casi por sí sola la capacidad de liderazgo. Schumpeter no utilizaba

tanto sus dotes de hombre espectáculo para persuadir a su público como para entretenerlo con su erudición y su ingenio y para regodearse con su respuesta. Estos eran valores supremos en la Viena de su juventud, y siguieron siendo fundamentales en su forma del ser.

En los últimos años de la II Guerra Mundial atravesaría también por un período de introspección similar al de la primera época de la guerra. De 1944 a 1946 escribió en su diario decenas de pensamientos que podrían haber sido expresados por un refugiado, una persona desplazada o un extraño en un mundo que nunca hizo. Como le dijo a su amigo Irving Fisher en febrero de 1946: “Me siento enfermo de cuerpo y de espíritu (y no solo por lo que ha sucedido durante la guerra), siempre estoy cansado y alicaído y me arrastro a mí mismo a trabajar, que de todas formas es *lo único que no odio*. Esto naturalmente queda entre tú y yo.”[12]

En la primavera de 1946 decidió no asistir a la reunión anual de la American Economic Association como había venido haciendo de forma regular durante muchos años. “Muy bien” –se dijo a sí mismo en su diario– “pero luego no te molestes de alguna manera si ‘te dejan fuera’ en lo que a la Asociación se refiere en el futuro. No hay duda de que hay [mucho] que decir sobre mi manera de guardarme las cosas, de seguir mi camino, de retirarme del mundo, pero entonces hay que aceptar que después no cuente”. Por el momento a Schumpeter le satisfacía que no le tuvieran en cuenta en el escenario mundial, siempre que el mundo no mirara detrás del telón del escenario. Pero estaba siendo demasiado pesimista. Tenía justo por delante la aparición de una parte de su mejor obra y estaba a punto de recibir un reconocimiento sin precedentes por parte de sus colegas.[13]

Capítulo 24
Reconocimientos y crisis

¡Enséñanos a contar nuestros días, para que nuestro corazón alcance la sabiduría!

Salmos 90, 12

Los años de la posguerra demostraron que Schumpeter se equivocaba: su influencia y prestigio en la escena mundial sobrepasaron largamente sus propias estimaciones. Sin embargo, su nueva aclamación no llegó acompañada de otras vivencias dolorosas en todos los otros aspectos de su vida. Las dos relaciones que habían estructurado su existencia (su matrimonio con Elizabeth y su puesto de Harvard) sufrieron en ambos casos alteraciones dramáticas.

En 1947 la segunda edición de *Capitalismo, socialismo y democracia* causó gran revuelo y para entonces Schumpeter había dado otro gran paso en su gran productividad escritora. Además de trabajar de forma casi constante en su *Historia del análisis económico* había empezado a escribir varios artículos importantes sobre un amplio abanico de temas: el espíritu empresarial, la inflación, la historia o la sociología del conocimiento. No acudía a tantas reuniones profesionales como había hecho antes pero había estado en tantas a lo largo de los años que una escasa reducción no significaba casi nada. Como siempre, se comportaba de modo afable en cada acontecimiento público, bromeaba con los demás, se presentaba bajo el nombre de "Joe Schumpeter" y ofrecía actuaciones memorables desde la tribuna.[1]

En diciembre de 1947 sus colegas le eligieron presidente de la American Economic Association, el puesto más prestigioso que existía en el país para un economista y fue la primera vez en los setenta y cinco años de historia de la asociación que se elegía a un estudioso nacido en el extranjero. Tampoco se trataba de un puesto meramente honorífico puesto que el presidente tenía que planificar y organizar el programa de la siguiente reunión anual. Esta tarea requería cientos de cartas y llamadas telefónicas, el uso de una diplomacia esmerada con egos frágiles (había que rechazar muchos de los artículos propuestos) y reuniones intermedias con la comisión encargada del programa. Schumpeter trabajó durante 1948 en la organización de un programa tan soberbio que, como recordaba un colega suyo, "disipó de manera eficaz la impresión de despreocupación e indefensión en cuestiones prácticas que Schumpeter se esforzó en cultivar con diligencia". Además, pudo encargarse de la correspondencia y de las llamadas telefónicas necesarias sin dificultad tanto desde Taconic como desde Cambridge.[2]

Vivía su vida entre los dos refugios para el estudio que Elizabeth le había construido como suerte de fortalezas que le protegían de las intromisiones del

mundo exterior. Durante toda la década de 1940 los esposos Schumpeter se consagraron casi completamente a sus tareas académicas. El esfuerzo principal de Schumpeter fue el libro que publicaría con el título de *Historia del análisis económico*. Otro proyecto que le consumió mucho tiempo fue un libro sobre "teoría general" que "tuviera por objeto llevar a cabo desde mi punto de vista el mismo objetivo que había perseguido Keynes con ese mismo título bajo *su* punto de vista". No obstante sus ánimos estaban verdaderamente orientados a su *Historia del análisis económico* y Elizabeth colaboró ampliamente en las labores de investigación. Le acompañó en cientos de viajes a la Escuela de Negocios de Harvard y le ayudó a descifrar tratados oscuros del tesoro de folletos y libros especiales de la biblioteca Kress.[3]

Además de asistirle en sus labores de investigación, Elizabeth continuó con su propio trabajo sobre la economía de Japón. Estudió japonés y albergó esperanzas de publicar más artículos en otro libro. Sin embargo, la guerra y sus secuelas habían hecho del material nuevo y esencial algo inaccesible. Al mismo tiempo, los prejuicios constantes de los estadounidenses con respecto a Japón incrementaron los tipos de problemas que había experimentado antes de Pearl Harbor, como resaltaba la aversión total del público lector a pensar sobre la vida en Japón incluso en el campo económico que es el que Elizabeth trataba.

Esta clase de desagrado popular no disuadía necesariamente a los estudiosos y durante mucho tiempo no alteró el compromiso con este tema de Elizabeth. Sin embargo, sí que afectaba al mercado potencial que tendría el libro que quería escribir. Harvard cesó sus subvenciones a Macmillan, la editorial que había publicado su primer libro, cuando las propias becas que la Fundación Rockefeller otorgaba a Harvard tocaron a su fin. McGraw-Hill, que había sacado al mercado *Ciclos económicos*, la rechazó entonces y otras editoriales tampoco fueron más receptivas.

Ante esta situación Elizabeth abandonó de mala gana su trabajo sobre Japón y volvió a retomar la historia del comercio internacional de Gran Bretaña que había sido el tema de su tesis. Al tiempo que ayudaba a su marido en su historia del análisis económico, prosiguió la compilación de estadísticas de comercio de Gran Bretaña desde los siglos XVII y XVIII. Oxford University Press publicó en 1960 su trabajo en un ejemplar fino pero de gran tamaño similar a una revista de tapa dura. El libro contiene un breve escrito al que le siguen decenas de páginas con estadísticas elegantemente transcritas por la propia mano de Elizabeth. Sin embargo, Elizabeth no pudo ver en vida este libro impreso.[4]

Desde que se casó con Schumpeter en 1937 Elizabeth se ocupó siempre de

las finanzas familiares, de todas las compras y de todos los aspectos de la vida diaria de ambos. Durante el año académico conducía a Schumpeter una y otra vez de Cambridge a Taconic. A finales de la década de 1940 Schumpeter empezó a recorrer los 185 km que separaban su casa de la universidad para impartir sus cursos, generalmente los lunes y los miércoles. Dividían la semana en dos mitades, llegaban a su casa de Cambridge el domingo y después se marchaban a Taconic en otro viaje de 185 km a última hora del miércoles o a primera del jueves, después de sus horarios de clase y oficina.

Los esfuerzos de Elizabeth aumentaron extraordinariamente la productividad de su marido. En ese momento la carrera de Schumpeter había resucitado totalmente y sus labores tanto de enseñanza como de escritura funcionaban bien. Elizabeth no puso objeción alguna en Cambridge cuando atesoró sus libros y manuscritos de manera caprichosa en media docena de habitaciones y librerías. En Windy Hill, en Taconic, Elizabeth transformó una habitación del piso superior en el despacho principal de Schumpeter, un lugar ideal para escribir cuyo silencio solo perturbaba el crepitar plácido de la chimenea durante el invierno. También transformó una despensa de la planta baja en otro despacho adicional. Como en Cambridge, no expresó queja alguna cuando Schumpeter dispersó sus notas, su material de investigación y su trabajo en curso por toda la casa. Como tampoco se opuso a que siguiera teniendo una foto de Annie en su mesita de noche, un recuerdo desconsiderado del gran amor de su marido que ella nunca pudo desplazar.[5]

A principios de 1948 Schumpeter empezó a considerar la idea de jubilarse y dejar su trabajo en Harvard para consagrar todo su tiempo a la escritura. Acababa de cumplir sesenta y cinco años y había completado los quince años de servicio en la universidad necesarios para disfrutar de su pensión. En 1931 había negociado con el presidente Lowell una jubilación de 4.000 dólares. Sin embargo, por culpa de la inflación esos 4.000 dólares de 1948 equivalían a algo menos de un tercio del poder adquisitivo que tenían en 1932 y eran también menos de una tercera parte del sueldo de Schumpeter de 14.000 dólares, el máximo de la universidad en aquella época.

Como escribió en su diario, “he planteado el tema de la jubilación y le he preguntado a E. si todavía creía que fuera algo posible. Con cierta vacilación me respondió que solo podría pedir la jubilación si se vendía Taconic. Eso es prácticamente lo mismo que decir no.” Elizabeth sabía el amor que su marido profesaba a su refugio idílico. En junio de 1948 se dio cuenta de “la imposibilidad de jubilarme. Aunque no existiera una amenaza de una mayor inflación tampoco podría seguir enviando cheques” –a los Reisinger de Viena, a los Stöckel de Jülich (donde Treschen estaba criando a los dos hijos de Mia) y a cerca de media docena de amigos europeos más que estaban en una

situación desesperada. Tampoco ansiaba Schumpeter la jubilación de forma especial. Necesitaba tener un público y todavía era una estrella en las aulas. Además, la reciente rutina que había adquirido de ir a trabajar a Cambridge desde Taconic había hecho que su vida nunca hubiera sido tan pacífica y estable como en ese momento.[6]

Entonces estalló el desastre. Justo antes de cumplir cincuenta años en agosto de 1948, Elizabeth se enteró de que tenía un cáncer de mama. Schumpeter se puso en lo peor puesto que nunca había llegado a olvidar que había hecho lo contrario cuando Annie se puso enferma veintidós años antes. En su diario escribió "Desesperación" en letras enormes que llenaban casi toda una página. Durante dos semanas pareció incapaz de recuperarse de una caída en picado cuando intentaba poner sus pensamientos en algún tipo de orden racional:

> Me ha caído un rayo del cielo. Hay que tener en cuenta: 1) Que el cielo estaba despejado. 2) Que dependo completamente de Elizabeth. Que mis sentimientos no eran percibidos [sic] y que aquellos que manifestaba no eran más que una farsa y una decepción. Que ella me dio más que yo a ella y que en realidad yo no lo sabía. 3) A pesar de todo esto hay un vínculo profundo producto de 11 años de convivencia. 4) No podría seguir sin ella. Todo eso no es más que un gemido. De repente ahora todo se vuelve serio. Como el final de todos modos se acerca y nada agradable sucederá de aquí a ese momento resulta irracional continuar viviendo.

La noche antes de que le practicaran una mastectomía a Elizabeth en un hospital cerca de Taconic Schumpeter escribió otra anotación larga. Una vez más parece pasársele por la cabeza la idea del suicidio:

> Mañana es el día de la operación. En este libro [su diario] hay pocas cosas sobre todo esto y sobre la bravura con la que esta mujer valiente afronta esta dura prueba. Y este es el principio del fin. No tengo ningún deseo de filosofar o de escribir sobre ello. Es demasiado serio. Uno no hace filosofía de un barco que se hunde. Además, tampoco queda mucho que planificar ya, solo los papelitos y la correspondencia pertinente. ¿Y ahora qué tienes? ¿Qué quieres? Lo que es tan increíble es el vacío y el misterio. ¿Se puede evitar la muerte? Si la respuesta es no entonces está claro que no hay nada. ¿Por qué no te vas tú mismo? No lo sentiré por Elizabeth cuando tenga que marcharse. Todo lo bueno ya ha sucedido y forma parte de su pasado y del mío.

Pero para gran sorpresa y alivio de Schumpeter, la operación y la radioterapia de mantenimiento de Elizabeth tuvieron éxito y su pronóstico fue bueno. Nunca más sería tan fuerte o vigorosa, pero no parecía tener una enfermedad terminal. Aun así, como otros pacientes de cáncer, tenía que estar preocupada porque la amenaza no había desaparecido.[7]

Mientras tanto Schumpeter prestó mucha más atención a las necesidades y las propias desilusiones de Elizabeth. Escribió en su diario que "esta pobre niña" había soportado una larga serie de vicisitudes: el fracaso de su matrimonio con Maurice Firuski, la extrema frustración de su trabajo sobre Japón, la incapacidad de atraer más la atención de Schumpeter y entonces aquella enfermedad que suponía una amenaza de por vida. Incluso recurrió a sus *Hasen* para conseguir la fortaleza para soportar esta situación (y también a

Dios con quien hablaba en aquella época con cierta regularidad). “Déjame que la ayude y que no falle y sea una carga”. En los meses siguientes se referiría ocasionalmente a la posibilidad de su propia “muerte voluntaria” como etapa que podría seguir a la eventual muerte de Elizabeth.[8]

En la primavera de 1949 y con la novedosa ayuda de su marido, Elizabeth se recuperó lo suficiente como para volver a enseñar en la Universidad de Wheaton. También disfrutó una vez más de sus trabajos de jardinería en Taconic aunque tuviera que tener cuidado para no cansarse en exceso.

La enfermedad de Elizabeth no fue todo lo que se torció en el mundo de Schumpeter. Durante los años 40 se había quejado con frecuencia en su diario de la situación que había en Harvard. En junio de 1947, un año antes del diagnóstico de Elizabeth, escribió: “¿Por qué estoy tan asqueado? ¿Por qué estoy tan triste? ¿Por qué tengo la impresión de que estas personas y yo no tenemos nada en común …? Ya no formo parte de ese mundo.” Y poco después, ese mismo año: “Puedes llorar por las ruinas de la civilización, pero Harvard no causa más que risas”. Incluso en su correspondencia criticaba de vez en cuando la universidad. A Shigeto Tsuru, un destacado economista japonés que había sido estudiante suyo antes de la guerra y que le escribió para decirle que probablemente visitaría Harvard, le respondió: “Por supuesto, la distancia siempre embellece las cosas pero yo estoy lo suficientemente cerca de Harvard y no puedo decir que sienta que lo que me rodea sea muy estimulante. Científicamente [Wassily] Leontief es la única persona que está verdaderamente viva e incluso él se encuentra ahora tan sumido en trabajos administrativos … que tampoco queda mucho de él. Las ideas fundamentales, los métodos y los enfoques [ya] los conoces y se pueden construir avances originales sobre estas bases igual de bien en Tokio que en Boston.”[9]

Harvard había sufrido una transformación durante los años de la posguerra ya que los veteranos de la guerra se habían inscrito en la universidad de forma masiva. Como el resto de la universidad, el Departamento de Economía no estaba bien preparado para esta nueva situación. Tampoco lo estaba el propio Schumpeter. Esa ráfaga de inscripciones implicaba una mayor cantidad de redacciones y exámenes de estudiantes que había que leer, más horas de visita y más peticiones de labores administrativas. Además, como recordaba uno de los estudiantes, muchos de los recién llegados “estaban casados y la mayoría tenían una orientación muy definida a hacer carrera y tenían prisa por empezar. Tan solo tenían un interés práctico en la teoría y veían en la economía un medio de participar en la vida del país, una visión que Schumpeter abominaba. Para Schumpeter no había entre ellos Samuelsons, Margets, Smithieses, Hoovers, Metzlers, Masons, Harrises, Chamberlins, Sweezys, Stolpers u otros de su calibre … Todos, tanto el claustro como los

alumnos, trabajaban en sus propios nichos de reducidas dimensiones con menos unidad que cuando el Departamento había sido más pequeño."[10]

Hubo una interrupción memorable de este nuevo proceder rutinario en forma de debate público entre Schumpeter y Paul Sweezy, un amigo íntimo y antiguo alumno de Schumpeter. Sweezy era hijo de un ejecutivo de J. P. Morgan Bank de Nueva York además de ser un marxista empedernido y un economista de primera clase. En 1947 el Socialist Club de Boston pidió al Departamento de Economía que celebrara un debate sobre las virtudes comparadas del capitalismo y del socialismo. Debido al gran éxito que había cosechado Schumpeter con *Capitalismo, socialismo y democracia*, el departamento le pidió que se ocupara de esta petición. Schumpeter comunicó al Socialist Club que pediría al Graduate Economic Club de Harvard que auspiciara el debate. Como el club opuso resistencia, Schumpeter acordó celebrar un foro público sin cooperantes en el Littauer Center de Harvard.

Allí, Sweezy y Schumpeter llenaron el auditorio. Samuelson describiría más tarde el acontecimiento con estas palabras:

> Los grandes debates merecen tener grandes moderadores y aquella noche [Wassily] Leontief estuvo en buena forma. "El paciente es el capitalismo. ¿Qué suerte correrá? De hecho, nuestros oradores coinciden en que el paciente está agonizando de forma inevitable. No obstante, las bases de su diagnóstico no podrían ser más distintas. Por una parte, Sweezy utiliza el análisis de Marx y de Lenin para deducir que el paciente muere a causa de un cáncer maligno … Por otra parte, Schumpeter admite alegremente también que el paciente se está muriendo … aunque para Schumpeter la causa de su muerte es una enfermedad psicosomática. No se trata de un cáncer sino de una neurosis. Repleto de odio a sí mismo, ha perdido su voluntad de vivir. Desde esta perspectiva, el capitalismo es un sistema que no se hace querer y lo que no se hace querer no será querido. El propio Paul Sweezy es un talismán y una profecía de esta alienación que sella la condena del paciente."

Después de las observaciones con las que iniciaron sus discursos Sweezy y Schumpeter, el moderador Leontief invitó al público a que participara en la discusión. Cuando Elizabeth Schumpeter se alzó para hacer algunos comentarios, Sweezy bromeó diciendo que el apoyo recibido por su oponente por parte de los "pesos pesados" de su familia violaba el espíritu de la reunión. Al final Schumpeter dejó que su joven amigo ganara el debate y todos volvieron contentos a sus casas.[11]

A pesar del desencanto general que Harvard provocaba en Schumpeter, éste no disminuyó la atención que prestaba a su labor docente. Los estudiantes de grado siguieron sintiendo que era el tipo de profesor que habían ido a escuchar a Harvard. Los estudiantes de posgrado también lo tenían en muy alta estima. En la década de 1930 lo habían situado en el puesto número uno de la clasificación de sus profesores con un margen muy amplio. Y en una encuesta confidencial de 1948 lo situaron en segunda posición solo por detrás de Alvin Hansen, un profesor muy agradable del medio oeste del país y uno

de los keynesianos más fervorosos del departamento. Puesto que muchos profesores jóvenes y brillantes ya habían destacado en esa época (Mason, Haberler, Leontief o Chamberlin) se trataba de una alabanza de peso. Cuando se pidió a los estudiantes de posgrado que enumeraran sus cursos favoritos y que justificaran su elección, escribieron los siguientes comentarios:

> La teoría avanzada de la economía de Schumpeter. La estimulación.
>
> Historia del pensamiento económico. Objetivo del profesor: hacer hincapié en los puntos más sobresalientes. Y más concretamente su propia persona, todo un caballero al que nunca se le podrá acusar de tener conocimientos únicamente de economía.
>
> El dominio técnico del campo de la economía y los conocimientos profundos y avanzados sobre el contexto social general en el que se enmarcan los problemas económicos.
>
> Historia del pensamiento económico de Schumpeter. La capacidad docente de Schumpeter.
>
> Historia de la teoría económica de Schumpeter. La esmerada organización del material de forma que cada clase desarrolla a las anteriores y que cada clase es interesante e informativa desde el principio hasta el final. El humor, los profundos conocimientos personales, etcétera con los que adereza el conjunto son una excelente contribución.

El profesor Schumpeter en todos sus cursos. Es el mejor economista del mundo.[12]

Después de décadas de experiencia en la vida académica (había enseñado en cinco universidades si se cuenta su estancia como profesor de intercambio en la Universidad de Columbia), Schumpeter entendía muy bien los mecanismos de funcionamiento de las facultades. Como escribió en 1946:

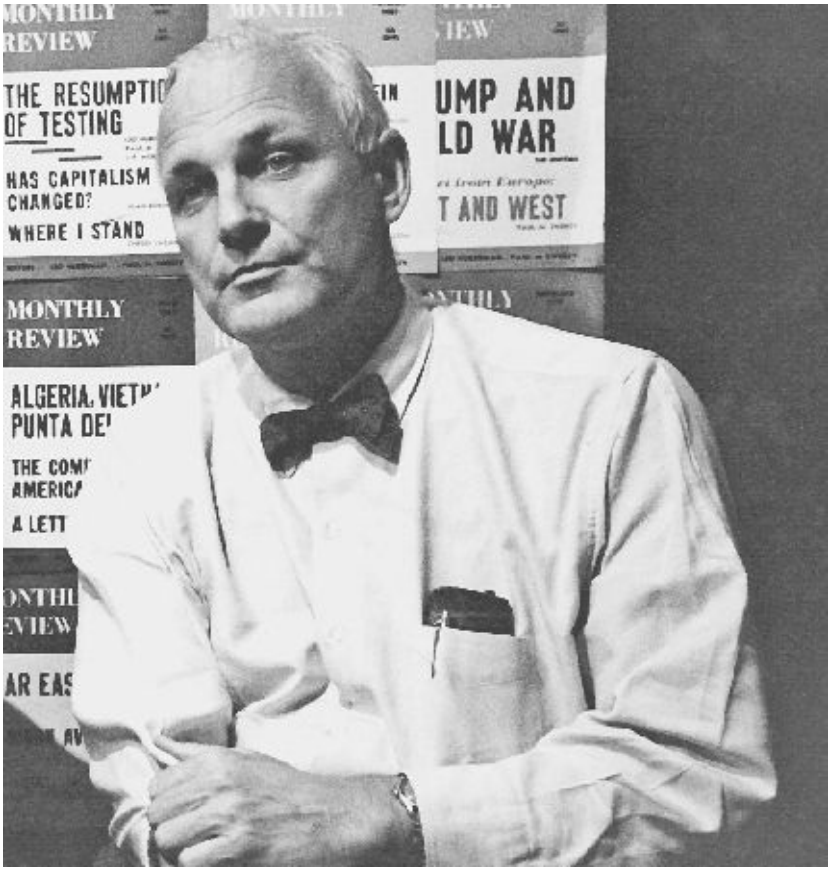
> El hombre de la calle piensa que sabe lo que es un profesor. Sin embargo este término hace referencia a un grupo de personas que difieren entre sí de forma acusada en su tipo, función y mentalidad. Está el administrativo académico, el político universitario, el profesor en el sentido de un hombre que imparte clases sobre el conocimiento actual, el profesor en el sentido de alguien que instruye sobre métodos o doctrinas particulares, el estudioso en el ámbito de la "erudición", el que organiza la investigación, el que trabaja en la investigación cuyo punto fuerte son las ideas o el que trabaja en la investigación cuyos puntos fuertes son la habilidad técnica, la experimentación y sus equivalentes en las ciencias sociales. Y todos estos (y otros más) son tipos muy distintos y que casi nunca se entienden o se aprecian completamente unos a otros. Aun así hacen falta todos ellos para construir una universidad moderna y es necesario reconocer todos estos tipos de personas y la forma en que cooperan o dejan de cooperar para entender lo que es una universidad y el modo en que funciona. Y aquel que insiste en fusionarlos a todos para formar un tipo de profesor unitario y dejarlo así establecido no solo acabará con aspectos secundarios sino que también eliminará aspectos esenciales.[13]

El propio Schumpeter representaba muchos más de estos papeles que la mayoría de sus colegas. Incluso en la etapa de su carrera en la que se encontraba en aquel momento, en la que estaba trabajando casi constantemente en su investigación y en sus escritos, seguía poniendo gran empeño en sus labores docentes y exigiendo a sus estudiantes una dosis de trabajo elevada. No solo establecía lecturas muy amplias sino que también impartía sus clases y seminarios con un nivel tan cultivado que sus alumnos tenían un trabajo adicional por delante para comprender la amplitud de su

discurso. Según recordaba uno de ellos, durante las clases “era de lo más diligente para responder a las preguntas de los alumnos, incluso las dudas estúpidas. Sus horas de visita se habían hecho famosas y pocos eran los estudiantes que no aprovechaban su ayuda.” Schumpeter dirigió menos tesis durante este período que las que había dirigido en la década de 1930 debido a que no había muchos estudiantes que escribieran sobre sus temas preferidos: la teoría económica, los ciclos económicos o la historia del pensamiento económico. Siguió dando conferencias en el Graduate Economic Students’ Club al menos una vez al año, con mayor asiduidad que cualquier otro profesor.[14]

También aconsejaba a numerosos estudiantes de doctorado incluso cuando no formaba parte de sus comités de evaluación. En 1947 se enteró de que el joven Harry Johnson había descubierto un error matemático (un ratio invertido) en los *Principios de economía política y de tributación* de David Ricardo. Miles de economistas habían leído el famoso libro de Ricardo que se había publicado por primera vez en 1817 pero aparentemente ninguno, a excepción de Johnson, se había percatado del error. Schumpeter le aconsejó inmediatamente que escribiera un artículo al respecto y después le ayudó a incluirlo en la edición de 1948 del *Quarterly Journal of Economics* que publicaba Harvard. Johnson, un canadiense que también había estudiado en la Universidad de Cambridge, diría más tarde que nadie en la institución inglesa le había apoyado tanto o con tanta generosidad. Más tarde se convertiría en uno de los economistas más avezados y prolíficos de su generación.[15]

Sin embargo, en general las tendencias del Departamento de Economía de Harvard exasperaban a Schumpeter profundamente. La demografía estaba cambiando de forma drástica según había puesto de manifiesto un informe del departamento elaborado en 1947 como marco referencial de un plan a largo plazo. El informe empezaba con una revisión de veinte años y el período coincidía con el tiempo que había pasado el propio Schumpeter en Harvard (había llegado primero como profesor visitante en 1927). Los efectos en el crecimiento de la Gran Depresión, de la guerra y de la posguerra eran notablemente evidentes. El documento de planificación observaba que el equilibrio entre la formación de estudiantes de grados y de posgrados, “que siempre había sido objeto de un ajuste delicado”, había sufrido un sesgo. Los profesores empleaban entonces la mayoría de sus horas docentes con estudiantes de posgrado y solo una tercera parte con los estudiantes de grado.[16]

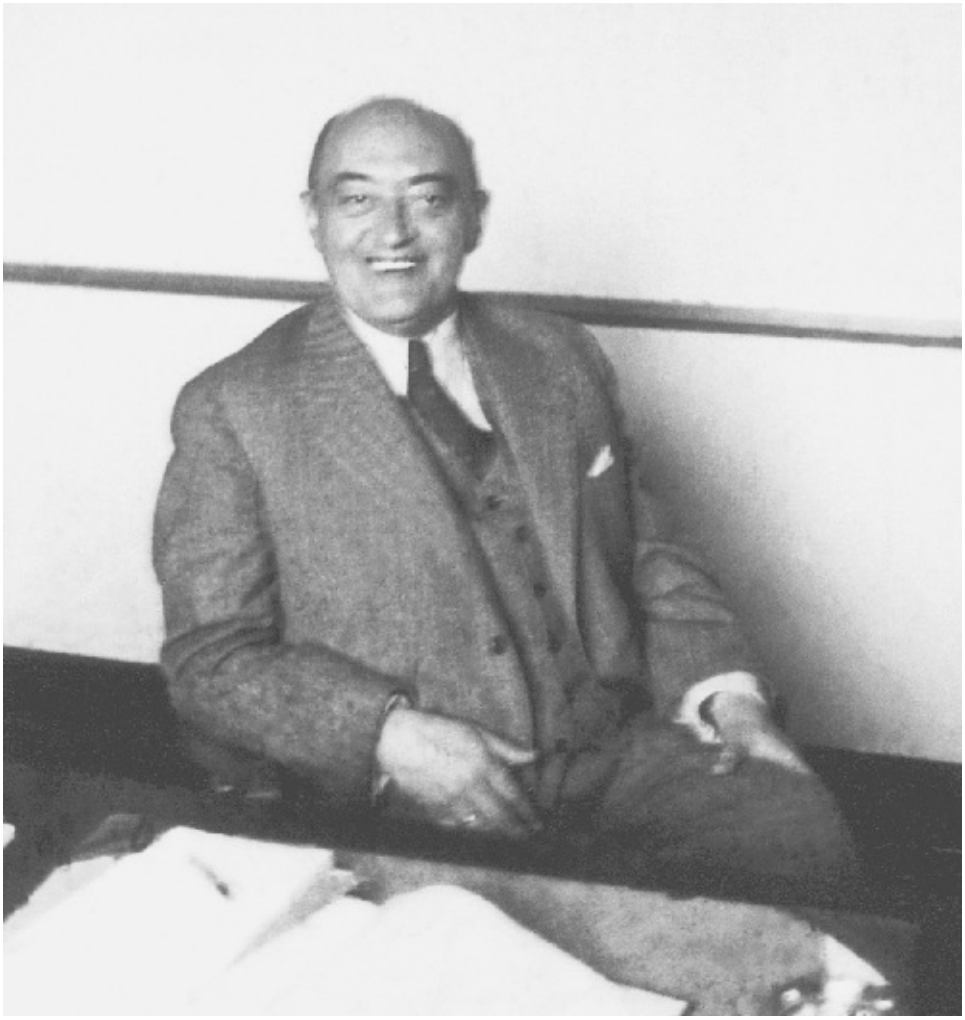


24.1

Paul Sweezy, uno de los estudiantes preferidos de Schumpeter. Fue un estudioso de primera clase y un veterano de la guerra, además de marxista. No consiguió ninguna promoción en Harvard y es casi seguro que esto se debió a su orientación política. La foto se tomó una década después del debate y en ella posa en frente de portadas de *Monthly Review*, una revista radical de la que era editor. (Créditos imágenes 24.1)

24.2

Littauer Center, el escenario del debate entre Schumpeter y Sweezy. Este edificio que se inauguró en 1937 estaba totalmente fuera de lugar en relación con los estilos arquitectónicos tradicionales de Harvard de tipo colonial y en ladrillo georgiano. El despacho de Schumpeter ocupaba dos habitaciones de este edificio. (Créditos imágenes 24.2)



24.3

Schumpeter después de impartir clase en un seminario de 1947, época en la que su equilibrio emocional ya se había restablecido. (Créditos imágenes 24.3)

Año académico	Puestos de profesores fijos	Estudiantes de especialización	Estudiantes de posgrado
1925-1926	10	324	75
1935-1936	13	376	47
1947-1948	17	726	264

El informe recomendaba entonces que se debía revisar en aquel momento

la decisión anterior del departamento de abolir el sistema de tutorías para estudiantes de grado (una decisión que Schumpeter había instado desde hacía tiempo y que se tomó a finales de la década de 1930), como así fue. El personal adicional que se necesitaba para ocuparse de las tutorías se obtendría mediante “la reconstrucción de un grupo férreo de profesores jóvenes con rango de profesor asistente y profesor auxiliar para ese año”. Puesto que el número de estudiantes de grado se había disparado el número de nuevas contrataciones de profesores tendría que ser muy elevado.[17]

El renovado énfasis que se ponía en las tutorías de estudiantes de grado no era una buena noticia para Schumpeter en ese momento de su vida. Implicaba que habría una multitud de profesores sin experiencia que se unirían entonces a las hordas de nuevos estudiantes de posgrado. Con ninguno de esos grupos sería capaz de desarrollar el tipo de relación a la que estaba acostumbrado. Tampoco había probabilidades de que ninguno de esos grupos adoptara su propia rama de la economía. La disciplina se estaba volviendo cada vez más angosta, especializada y orientada políticamente, para desgracia de Schumpeter. Los temas que le resultaban atractivos parecían menos importantes que los más inmediatos de la política pública, y por consiguiente atraían menos a los estudiantes de posgrado. La teoría económica que había enseñado desde que había llegado a Harvard se había vuelto cada vez más keynesiana. Como también había aumentado año tras año la atracción de una vida de erudición solitaria en Windy Hill y su retirada de los asuntos del departamento y de la universidad.

Schumpeter seguía acogiendo al flujo habitual de pensadores destacados que visitaban Harvard y a veces los invitaba a que durmieran en Taconic. Durante el verano podían acompañarles, a él y a Elizabeth, a los conciertos de la Orquesta Sinfónica de Boston cerca de Tanglewood. En una ocasión, Erich Schneider, un antiguo alumno de Schumpeter en Bonn, fue a visitarles. Como recordó más tarde un estudiante de posgrado: “El Dr. Schneider, un destacado economista alemán de la época, seguía a Schumpeter como un pequeño cachorro, al modo de los asistentes europeos con los profesores superiores”.[18]

Mientras tanto fuera de los dominios de Harvard el prestigio de Schumpeter seguía en aumento. Durante 1948 y 1949 retomó su vieja costumbre de aceptar invitaciones con frecuencia para dar conferencias en otras universidades o ante grupos profesionales. También impartió dos series de cinco conferencias cada una en Ciudad de México, así como su discurso presidencial ante la American Economic Association. En ninguna de estas numerosas apariciones repitió Schumpeter un mismo discurso preparado, como otros académicos y conferenciantes públicos suelen hacer. Su intervención era espontánea y se basaba en unas directrices escuetas que había

preparado con antelación y ofrecía sus habituales momentos estelares (en los que daba opiniones provocativas sobre un amplio abanico de temas como “la decadencia del capitalismo”, “antiguas ideas y nuevos hechos” o “la inadecuación de la economía”). En estas charlas él mismo estaba tratando de lograr una mejor comprensión de los nuevos tipos de economías combinadas, públicas y privadas, que emergían en Gran Bretaña, en la Europa continental y en los Estados Unidos.[19]

En 1949, justo un año después de haber sido elegido presidente de la American Economic Association, Schumpeter fue elegido presidente de una nueva asociación que contaba con 5.300 miembros y que tenía su sede en París, la International Economic Association. Estos tributos (el máximo reconocimiento que sus colegas podían otorgarle tanto en los Estados Unidos como en el extranjero) fueron muy importantes para Schumpeter. A pesar de las insatisfacciones que le daba el Harvard de la posguerra y el terror que había desatado el cáncer de Elizabeth, Schumpeter finalmente tuvo la satisfacción de alcanzar cimas profesionales de maneras que durante mucho tiempo le habían resultado esquivas. En aquel momento, con sesenta y tantos años, Schumpeter había logrado sin duda alguna uno de los objetivos que se había marcado cuando era un adolescente en Viena: la *celebridad*, y no por ser ministro de Hacienda durante un breve período sino por ser el economista vivo más famoso del mundo (Keynes había muerto en 1946). En aquella época no había un Premio Nobel de economía pero si lo hubiera habido no cabe la menor duda de que Schumpeter también habría recibido ese honor.[20]

Capítulo 25
Hacia la economía mixta

La economía mixta es mixta. Esa es su fuerza: movilizar para fines humanos los mecanismos del mercado y regular esos mecanismos de manera que se no alejen demasiado de los objetivos comunes deseados.

Paul Samuelson: "The *Public Role in the Modern American Economy", 1980.*

En 1943, poco después de que *Capitalismo, socialismo y democracia* viera la luz, Schumpeter escribió un breve artículo para un libro titulado *Postwar Economic Problems*, editado por Seymour Harris. Iniciaba su artículo con una visión general histórica y a continuación especulaba sobre el futuro. Observaba que incluso durante los períodos de una supuesta permisividad "la ley, la costumbre, la opinión pública y la administración pública impusieron un cierto grado de planificación pública … nuestra pregunta sobre el futuro inmediato no debería formularse en base a la cuestión de "capitalismo o socialismo": hay una gran variedad de posibilidades intermedias".[1]

En este punto, con su estilo típicamente pionero, Schumpeter casi anticipaba de manera perfecta lo que más tarde sería conocido como la economía mixta. Este tipo de sistema (en el que la asunción de responsabilidad del sector público en pos de la prosperidad es el fermento de la empresa privada) se convirtió en la norma en los países industrializados avanzados durante los años que siguieron a la II Guerra Mundial y se ha mantenido así hasta nuestros días. Sin embargo, a pesar de los comentarios de Schumpeter de 1943, ni él, ni muchos otros analistas creyeron que la economía mixta tuviera el poder de permanecer a largo plazo en vigor. Tendían a suponer que todos los sistemas gravitarían o bien en torno al capitalismo tradicional, o bien en torno al socialismo puro. De una forma similar a la división de la sociedad de Marx en solo dos clases enfrentadas, a Schumpeter (y a muchos otros) les costaba imaginarse que fuera posible que se estableciera un compromiso a largo plazo entre los dos sistemas.

La dificultad conceptual se muestra claramente en otros comentarios que hizo en ese artículo de 1943: "Por mucho que podamos estar de acuerdo con algunas o con todas las políticas del New Deal, no puede dejar de sorprendernos la ausencia de cualquier tipo de resistencia seria contra ellas … La opinión casi general parece ser la de que los métodos capitalistas no estarían a la altura de la tarea de la reconstrucción [de la posguerra] … Esta opinión en sí misma será un elemento político de capital importancia." Schumpeter temía que las adaptaciones económicas ad hoc del período de guerra pudieran pervertir el compromiso de la nación con el capitalismo, en el mismo momento en que estaba ejecutando su mayor triunfo, y le pusiera en la senda del socialismo.[2]

Se trataría de un resultado tremendamente irónico, a la vista de las marcas que la economía estadounidense había alcanzado durante la guerra. En 1944, en plena movilización, el producto interior bruto aumentó hasta alcanzar una cifra que doblaba la de 1939. A pesar del racionamiento del que fueron objeto muchos artículos de la vida diaria, Schumpeter creía que incluso la economía de consumo estaba creciendo en realidad de una forma rápida, al lado de la producción militar. En este aspecto tenía razón. Las estadísticas que se recogieron más tarde muestran que de 1938 a 1944 el gasto de consumo per cápita se incrementó en un 22 % en los Estados Unidos. Esto supuso un logro casi inolvidable para la economía estadounidense que ningún otro país que luchó en una guerra importante ha podido igualar. (En Gran Bretaña durante ese mismo período *cayó* en un 20 %). Estos logros ocurrían en un momento en el que cerca del 40 % de la producción económica de los Estados Unidos estaba destinada a material bélico y no a productos para el consumo.[3]

Schumpeter ya había observado en 1943 que lo que más tarde se llamaría "la demanda acumulada" podía sacar adelante a la economía estadounidense incluso después de una caída radical de la producción militar. Los ciudadanos habían ahorrado mucho durante la guerra y a pesar del incremento del gasto del consumidor no habían podido comprar nuevos coches, frigoríficos o muchos otros artículos. Los soldados estadounidenses que habían regresado de la guerra querían sentar la cabeza, comprar estos artículos y casas nuevas y fundar una familia. Así que la solución al problema económico iba a ser mucho más sencilla de lo que la mayoría de los expertos creían.[4]

El asunto preocupante para Schumpeter no era en absoluto de orden económico sino ideológico: los prejuicios extendidos contra los negocios que había mantenido el New Deal. "La mentalidad del público ha renunciado a ser leal al esquema capitalista de valores. La riqueza privada sufre una prohibición moral." Por consiguiente, los emprendedores tendrán que hacer su trabajo "encarando el antagonismo público, con cargas que destruirán la motivación capitalista y que harán imposible la acumulación de capital riesgo". (Al utilizar estas dos palabras Schumpeter hacía un uso temprano de un término que sería común cuatro décadas después. No inventó la expresión –su origen no está claro– pero fue uno de los primeros economistas que la utilizó). Schumpeter temía que la profusión de nuevas agencias federales que controlaban la economía no desapareciera rápidamente como había sucedido en 1919. En su lugar, se convertirían en instituciones permanentes gracias al apoyo que recibirían de agricultores y trabajadores. Por lo tanto, el país daría más pasos en el camino hacia al socialismo, no por razones económicas sino por conveniencias políticas de representantes electos. Schumpeter suponía que el conjunto de políticas resultante provocaría que las empresas de grandes dimensiones no pudieran volver a tener nunca más la necesaria falta de

injerencias gubernamentales. Las condiciones de trabajo y los niveles salariales se convertirían en asuntos políticos permanentes. Aunque la gente pudiera seguir llamando capitalista a su sistema, éste sería “un capitalismo encerrado en una cápsula de oxígeno”.[5]Schumpeter mantenía además que tanto en los Estados Unidos como en los países capitalistas del extranjero la elevada tasa de gasto público durante el período de la posguerra evolucionaría hasta ser un control de la inversión total del gobierno. Algunas industrias podrían ser nacionalizadas y si el gobierno “debiera intentar explotar las industrias nacionalizadas en función de los principios de racionalidad empresarial, el capitalismo orientado se convertiría en capitalismo estatal, un sistema que se podría describir a través de las siguientes características: propiedad del gobierno y gestión de sectores industriales seleccionados, control total del gobierno de los mercados de trabajo y de capital e iniciativa pública en las empresas nacionales y extranjeras.”[6]

Probablemente los gobiernos solo nacionalizarían las grandes empresas ya que los agricultores y los pequeños empresarios se resistirían a la nacionalización y en cualquier caso no había ninguna razón concreta para tener a las pequeñas empresas bajo el control público. El resultado general posiblemente sería “un estado anfibio para un futuro calculable”. El estado anfibio podría generar fricciones entre las empresas, los trabajadores y el gobierno y no se beneficiaría del “poder de motivación” del capitalismo o del socialismo. “Por otra parte, los estados anfibios conservan muchos valores humanos que en otros estados desaparecerían. Por consiguiente habría tan pocas razones para alimentar el miedo de algunos como para sustentar las esperanzas de otros.”[7]

En este punto Schumpeter estaba prácticamente reconociendo que gran parte de la legislación del New Deal (Social Security Act, National Labor Relations Act) había hecho que el capitalismo estadounidense fuera mucho más humano y que estas medidas no iban a ser revocadas. Otras medidas vitales de la década de 1930, como la Securities Act y la Securities Exchange Act, habían rescatado a los mercados de capitales de la nación de su propia corrupción habitual y también tenían vocación de permanencia. Sin embargo, para Schumpeter la cuestión más importante del período de 1943 a 1945 era si la gestión controlada de la producción y la distribución por el gobierno continuaría una vez que hubieran ganado la guerra.

Al escribir sobre estados anfibios y el capitalismo encerrado en una cápsula de oxígeno describía vivamente muchos aspectos de la economía mixta emergente. Al utilizar estas metáforas estaba poniendo de manifiesto su propia sensación de que nadie sabía verdaderamente lo que iba a suceder y que el futuro traería consigo unas condiciones novedosas que requerirían una

forma de pensar imaginativa. Sin embargo, Schumpeter se equivocó estrepitosamente al temer que las agencias del período de guerra perdurarían (por no hablar del grado importante de nacionalización). Al final, no se produjo ningún tipo de nacionalización. El Congreso de la República elegido en 1946 trató incluso de reducir algunas partes del New Deal, aunque su intento tuvo poco éxito. Y a excepción del Selective Service System (responsable del servicio militar) casi todas las agencias importantes estadounidenses del período de guerra fueron desmanteladas a partir de finales de 1945. (De 1947 a 1949 se restablecerían algunas de ellas al calor del desarrollo de la Guerra Fría). La mayor parte de lo que escribió Schumpeter en el artículo de 1943 podría haberse aplicado de manera más adecuada a Gran Bretaña y a la Europa continental que a los Estados Unidos. Este tipo de énfasis podría esperarse de una persona con su historial. Schumpeter tenía sesenta años cuando publicó este artículo en 1943 y solo había vivido durante doce años en los Estados Unidos.

Mientras que en Gran Bretaña y en Europa se produjo una amplia serie de nacionalizaciones durante el período de la posguerra, la economía mixta de corte estadounidense se fijó en la gestión macroeconómica del lado de la demanda. En línea con la ortodoxia keynesiana que imperó en Washington desde 1940 hasta mediados de 1970, se hizo especial hincapié en el apoyo público al poder adquisitivo del consumidor. Esta "revolución fiscal", como se la había llamado, incluyó varios impuestos sobre la renta fuertemente progresivos y otras medidas a las que Schumpeter se oponía. No obstante, al afirmar, como hizo en 1943, que "los estados anfibios conservan muchos valores humanos que en otros estados desaparecerían" apuntaba al atractivo de la economía mixta y al modo en que, a pesar del temor que le infundaba, preservaba y fortalecía el capitalismo estadounidense.

En un largo artículo titulado "Capitalismo" que escribió en 1945 para la *Encyclopaedia Britannica*, Schumpeter hacía un balance de la situación de la época y especulaba en torno a lo que sucedería a continuación. Estuvo en lo cierto al creer que la economía mundial atravesaba un momento histórico único y que posteriormente sucederían cosas o bien muy positivas, o bien muy negativas. Una vez más una gran parte de lo que decía se podía aplicar más a Gran Bretaña y a Europa que a los Estados Unidos. Y todavía tenía la sensación de que las economías mixtas emergentes lograrían mantenerse de manera más sólida:

> El futuro *inmediato* arrojará mucha luz al respecto al visualizar hasta dónde habrá avanzado ya el proceso de transformación. El control del gobierno de los mercados del capital y del trabajo, de las políticas de precios y, por medios fiscales, de la distribución de los ingresos ya está establecida y solo necesita complementarse sistemáticamente por iniciativas del gobierno que indiquen las líneas generales de producción (programas de viviendas, inversión extranjera) con objeto de transformar (incluso sin acudir a una nacionalización extensiva de industrias) el

capitalismo *regulado* o *preso* en un capitalismo *orientado* que podría ser llamado, casi con igual justicia, socialismo. Por lo tanto, predecir si el orden capitalista sobrevivirá o no es, en parte, una cuestión de terminología.

Schumpeter había hecho este tipo de comentarios anteriormente en épocas de crisis; en artículos escritos durante la I Guerra Mundial y la Gran Depresión y durante la II Guerra Mundial en *Capitalismo, socialismo y democracia*. En esos momentos, como en 1945, su mayor preocupación era la supervivencia del capitalismo.[8]

Schumpeter se acercó a este mismo tema desde una perspectiva aún distinta en una conferencia que ofreció en noviembre de 1945 con el título de "El futuro de la empresa privada ante las tendencias socialistas modernas". Schumpeter había aceptado la invitación de Emile Bouvier, un cura jesuita que había sido estudiante de posgrado suyo en Harvard, para dirigirse a una asociación de industriales católicos de Montreal. Además, Schumpeter estuvo encantado de poder hacerlo en francés.

Empezó su discurso afirmando que todos los argumentos en favor del socialismo parecían basarse en criterios económicos, como la explotación de los trabajadores del capitalismo, pero que los hechos los desmentían. Como había señalado en numerosas ocasiones, los salarios reales de los trabajadores en los países capitalistas habían estado aumentando durante décadas y este incremento solo se había visto interrumpido por las depresiones económicas. Habían permanecido estables en relación a la renta nacional excepto en los ciclos bajistas y su porcentaje se había incrementado en las democracias occidentales con los sistemas fiscales progresivos sobre la renta. Era bastante natural que el pensamiento socialista hubiera prosperado durante la Gran Depresión, pero carecía ya de sentido "en un momento en que podemos esperar un desarrollo industrial prodigioso". Las razones basadas en la lucha de clases resultaban especialmente inapropiadas porque el hombre de negocios moderno no poseía por lo general su propio capital (como Adam Smith y Karl Marx habían creído y habían incurrido ambos así un "profundo error"). En su lugar, la función del hombre de negocios "es comparable a la del comandante militar, el hombre de negocios es esencialmente un trabajador que lidera a otros trabajadores". Tiene tantos conflictos con sus propios banqueros como con sus trabajadores.[9]

Schumpeter hizo hincapié en el hecho de que en el bolchevismo no se podría encontrar respuesta alguna para los problemas económicos de la era de la posguerra. En su lugar, especialmente en los países católicos en los que la influencia del Vaticano podría tener un cierto peso, Schumpeter recomendaba "una organización corporativa en el sentido que mantiene *Quadragesimo Anno*", una encíclica del papa Pío XI publicada en 1931. La parte económica de la encíclica "reconoce todos los hechos de la economía moderna. Y al

tiempo que señala un remedio para la desorganización imperante nos muestra la función de la iniciativa privada en un marco de actuación nuevo. Los principios corporativos organizan, pero no ponen todo bajo control. Es una forma opuesta a todos los sistemas sociales que tienen una tendencia centralizadora y a todas las reglamentaciones burocráticas, de hecho, es el único medio de imposibilitar esto último."[10]

La doctrina de *Quadragesimo Anno* es lo que los teóricos políticos llaman "corporativismo". En este sistema las asociaciones voluntarias que surgen entre la agricultura, la industria, la minería, la construcción y la fuerza laboral se organizan para gobernarse a sí mismas y promover la armonía en su seno y entre los diferentes grupos (todo ello en pos del mayor interés social). Desde el punto de vista histórico, el corporativismo ha sido defendido especialmente por los teóricos católicos del siglo XIX como una alternativa tanto al socialismo como al capitalismo liberalista. El corporativismo concuerda mucho más con el capitalismo que con el socialismo. Sin embargo, impone algunos límites a la competencia con objeto de mitigar el impacto de la destrucción creativa en los valores humanos, sobre todo en los relacionados con la familia.

La famosa encíclica del papa León XIII, *Rerum Novarum*, de 1891 había apoyado al capitalismo (con ciertas reservas) al tiempo que se oponía categóricamente al socialismo. Abogaba por muchos principios corporativistas: la legitimidad de la propiedad privada, el derecho de los trabajadores a negociar colectivamente, la cooperación entre la fuerza laboral y el capital, y la intervención gubernamental cuando fuera necesaria para garantizar un salario mínimo para vivir. En 1931, *Quadragesimo Anno* de Pío XI (que se llamó así porque veía la luz en el cuadragésimo aniversario de *Rerum Novarum*) reafirmaba estos principios e iba más allá al reconocer que se deberían establecer niveles salariales que no llevaran a las empresas a la bancarrota y que promovieran la inflación. Ambos documentos fueron escritos con extraordinario esmero y precisión y siguen constituyendo hoy en día los pilares de la doctrina económica católica.[11]

Schumpeter había defendido algunas medidas corporativistas en artículos para revistas que había publicado en Alemania a finales de la década de 1920, principalmente como respuesta a la crisis emergente en torno a los niveles salariales. En aquella época había propuesto un sistema de organización cooperativa de industriales por un lado y de trabajadores por el otro. Estas organizaciones se reunirían de forma periódica para discutir sobre acuerdos en materia de salarios, precios y empleo que fueran justos para todas las partes. Durante la década de 1930, período en que tanto Alemania como Italia decían seguir los principios corporativistas, el corporativismo llegó a estar asociado

con el fascismo. No obstante, las sugerencias de Schumpeter de 1945 no eran más fascistas que las que habían defendido ambos papas en 1891 y 1931, ya que todos ellos se oponían al autoritarismo y al nacionalismo feroz que definía a los regímenes fascistas. Schumpeter estaba buscando más bien una especie de terreno medio entre un capitalismo ilimitado (del que se percibía su injusticia, lo que le estaba costando el apoyo popular en tiempos precarios) y el socialismo (que creía que era un movimiento disfuncional –y con casi toda seguridad autoritario– del futuro).[12]

Schumpeter era consciente de que no se podía hacer frente a los problemas económicos y políticos que tenían que resolverse en el mundo de la posguerra únicamente a través del capitalismo liberal. La intervención del gobierno para hacer respetar los acuerdos cooperativos a los que habían llegado en el sector privado los actores de una industria y los establecidos entre las industrias y sus trabajadores era necesaria:

> Veamos, solo por dar un ejemplo, lo que sucede en una depresión. La empresa A no puede estar en funcionamiento porque la empresa B no lo está y B no puede porque C es incapaz de producir, etcétera. Ninguna empresa puede, por sí misma, romper este "círculo vicioso". De ahí que el cierre de toda una industria, un cierre que acaba con demasiada facilidad en la ruina, amenaza a todas las empresas y los trabajadores son víctimas del mismo. Sin embargo, la acción corporativa de las asociaciones profesionales … es el remedio más natural para esta situación. De lo que se deduce que el corporativismo de las asociaciones eliminaría los obstáculos más serios a una cooperación pacífica entre trabajadores y empresarios.

Este tipo de acuerdos eran difíciles de lograr, en parte debido al poder creciente del comunismo en todo el mundo. No obstante, la utilidad del corporativismo no era meramente económica o social. También "implicaba una reforma moral".[13]

Las soluciones corporativas asumían por su propia naturaleza que se podía alcanzar una situación armoniosa entre las industrias y los trabajadores. A diferencia de Karl Marx, Schumpeter no creía que fuera inevitable que existiera un antagonismo entre los trabajadores y los empresarios para los que trabajaban. Históricamente los acuerdos corporativistas han funcionado bastante bien en algunos escenarios. Alemania había promovido el autogobierno (*Selbstverwaltung*) de la industria tanto antes como después de la I Guerra Mundial. El objetivo era alcanzar unos estándares para toda la industria, la conservación de los niveles de precios y salarios y la promoción de la paz laboral. Una de las claves del sistema alemán fue el establecimiento de cárteles en los que se asignaría a cada miembro de un grupo industrial una parte de un mercado existente y ningún miembro recortaría los precios o alzaría los salarios más allá de ciertos límites acordados. Japón, bajo la ocupación estadounidense, estaría a punto de adoptar unos acuerdos similares.

El problema de estas prácticas (sobre todo cuando se trasladaban a países

con fuerte tradición de una competencia despiadada como los Estados Unidos) era que las empresas de una misma industria firmarían acuerdos entre sí para luego romperlos rápidamente. Y como el derecho consuetudinario estadounidense torcía el gesto ante "restricciones al comercio", los acuerdos no podrían imponerse en el tribunal. Incluso cuando las empresas cumplieran efectivamente con sus acuerdos mutuos, los consumidores a menudo sufrirían precios más altos y producciones más reducidas. En general, esta había sido la experiencia de los Estados Unidos durante los años 1933-1935 cuando muchas industrias operaron en el marco de acuerdos corporativistas que estaban refrendados por la National Industry Recovery Act de 1933. Esta ley representaba el intento del Congreso de ayudar a los trabajadores y a las industrias, pero también supuso un gran estímulo para el movimiento obrero. En 1935 el Tribunal Supremo de los Estados Unidos invalidó la National Industry Recovery Act y fundamentó la invalidación en el hecho de que suponía la delegación ilícita del poder legislativo en el aparato ejecutivo. El Congreso entonces volvió a promulgar las disposiciones de la ley que afectaban a los trabajadores de forma reforzada y el tribunal refrendó esta nueva legislación.[14]

Como Schumpeter casi nunca abogó por ningún tipo de programa específico, el discurso de Montreal representa una desviación radical de su objetividad científica. También mostraba una vez más que no creía que la destrucción creativa dañara a masas de personas. Más bien laceraba principalmente a los propios capitalistas que se veían sobrepasados por empresas más innovadoras. El corporativismo podría suavizar la destrucción creativa pero a ciencia cierta no podría ponerle término. La razón por la que Schumpeter elogiaba la encíclica *Quadragesimo Anno* (a la que se referiría otra vez más unos años después en su discurso presidencial de la American Economic Association) era que representaba una ruta de escape de una situación que consideraba que era un giro político del mundo en ese período de posguerra hacia el socialismo. Buscaba, casi desesperadamente, *cualquier* alternativa no autoritaria al bolchevismo y al socialismo que había descrito tan vivamente en *Capitalismo, socialismo y democracia*.[15]

La ansiedad que suscitaba la posguerra en Schumpeter siguió estando de manifiesto en el nuevo capítulo que escribió en el verano de 1946 para la segunda edición de *Capitalismo, socialismo y democracia*. En esta ocasión Schumpeter defendía que la mayor esperanza de supervivencia del capitalismo podría no estar ligada a un compromiso con otros sistemas sino a la propia prosperidad estadounidense. Destacó (la cursiva es suya) que *"únicamente en los Estados Unidos no se necesita estar al acecho, detrás de programas modernos de mejoras sociales, de ese dilema fundamental … entre el progreso económico y el aumento inmediato de los ingresos reales de las*

masas”. Especulaba con la posibilidad de que durante los años de la posguerra la prosperidad y el ejemplo de los Estados Unidos pudieran extenderse por todo el mundo. Con un nivel de renta nacional suficientemente alto un país podría permitirse ser hospitalario con las empresas y al mismo tiempo sufragar programas de bienestar social. Si la economía de ese país fuera tan grande como la de los Estados Unidos podría incluso liderar el conjunto del mundo capitalista para volver a una prosperidad plena, como si fuera una poderosa locomotora que tirara de un largo tren. Sin duda, Schumpeter veía algunos problemas posibles: la elevada fiscalidad existente en los Estados Unidos, que había persistido como medio necesario para costear los gastos de la guerra; las poderosas fuerzas inflacionistas que asolaban a todos los países después de guerras importantes, y lo que Schumpeter llamaba la inmadurez burocrática del gobierno federal estadounidense.[16]

Sin embargo, en términos generales “el éxito colosal de la industria del que somos testigos” daba argumentos para mantener un verdadero optimismo. Tenía el potencial de apoyar unos niveles salariales muy elevados “hasta alcanzar tales cotas que pueda aniquilar toda la causa del socialismo en lo que concierne a su naturaleza puramente económica”. El sorprendente crecimiento del período de guerra de la economía estadounidense, si continuaba así durante unos años más “promete un grado de satisfacción de las necesidades económicas incluso de los miembros más pobres de la sociedad, incluyendo a ancianos, desempleados y enfermos, que acabaría (con una semana laboral de cuarenta horas) con cualquier cosa que pudiera llegar a describirse como causante de sufrimiento o necesidad”. Por supuesto, como Schumpeter había afirmado en la primera edición de *Capitalismo, socialismo y democracia*, la llamada del socialismo no era únicamente económica. Sin embargo, el rendimiento de posguerra de los Estados Unidos era tan exacerbado que podía arrojar a un lado a cualquier sistema rival basado en la defensa ideológica. La economía estadounidense había llegado a ser tan próspera que podía absorber una carga fiscal de alrededor de un 20 % sin dañar la producción industrial. Se trataba de una declaración muy seria puesto que procedía de Schumpeter que siempre se había mostrado reacio a la cuestión de los impuestos.[17]

Sin embargo, había varios obstáculos locales que amenazaban la prosperidad de los Estados Unidos. El primero de ellos era simplemente una mala gestión. Había una horda de organismos, agencias y otras instituciones imbricados unos sobre otros (a escala local, estatal y federal) y que se ponían en medio del camino unos de otros e impedían una coordinación racional. El gobierno estadounidense estaba fragmentado y subdesarrollado, le faltaba tener unos ministerios integrados y experimentados, típicos de las administraciones públicas avezadas de Europa y Gran Bretaña. Un segundo problema era el enjambre de controles impuestos políticamente sobre los

salarios y los precios, un resto de las necesidades de la época de la guerra. Schumpeter creía que estos controles pondrían trabas al espíritu empresarial e impedirían un desarrollo económico. Finalmente, "la hostilidad persistente de la burocracia a una autorregulación de la industria (organización y regulación propias y cooperación), apoyada firmemente por la opinión pública, constituye un tercer obstáculo a un progreso ordenado".[18]

Ese progreso podría comprender, entre otras cosas, la gestión de los ciclos económicos y una desincentivación indirecta de las tendencias socialistas. En este punto Schumpeter abogaba una vez más por el tipo de autogobierno corporativista que había elogiado en su conferencia de Montreal. No obstante, en vez de avanzar hacia ese objetivo la política estadounidense estaba debilitando el espíritu empresarial de un modo que muchos analistas ni siquiera habían reconocido. Como señalaba con enfado en un comentario aparte dirigido a los extremistas de izquierda "las lesiones al proceso económico del capitalismo son para algunas personas el aspecto de la reforma que precisamente más les gusta. La reforma sin tales daños sería todo menos algo atractivo para ellos. Y una reforma con una política paralela que asegure el éxito capitalista sería lo peor que podría sucederles." Por el contrario, la respuesta de Schumpeter a los problemas institucionales de la posguerra de los Estados Unidos era el tipo de programa que siempre había defendido en el pasado: un mayor apoyo al espíritu empresarial. El sistema fiscal que destacaba estaba diseñado a promover un ahorro que pudiera financiar nuevos proyectos empresariales y que asegurara la prosperidad futura estadounidense durante mucho tiempo.[19]

El énfasis opuesto de los keynesianos en el consumo, en vez de en la inversión, suscitó una crítica mordaz de Schumpeter. La doctrina keynesiana mantenía que solo la promoción pública del consumo incitaría de forma fiable a los ejecutivos empresariales a construir más fábricas y equipos. En otras palabras, la inversión no tendría lugar sin el estímulo artificial del consumo por parte del gobierno. Schumpeter consideraba que esta idea estaba equivocada y estaba convencido de que, excepto en períodos temporales de caídas en los ciclos económicos, los ahorros fluirían automáticamente hacia la inversión. Keynes creía que esto podría no suceder así, que podría haber equilibrios prolongados de bajos niveles de inversión y empleo (en una ocasión evocó el período anterior al capitalismo de la Alta Edad Media como ejemplo de esto). Sin embargo, la visión global del capitalismo de Schumpeter rechazaba la posibilidad de un estancamiento a largo plazo y solo podía encontrar una razón "para el hecho increíble de que la teoría en cuestión no se rechazara simplemente por su carácter ridículo".[20]

La razón era la Gran Depresión y el extendido temor de que volviera a

producirse en la posguerra. La tesis del estancamiento y su corolario de exceso de ahorro y falta de inversión estaba de actualidad desde la década de 1930. La experiencia de la Gran Depresión había sido tan profundamente perturbadora que las personas habían caído en la generalización de forma errónea, también desde la perspectiva de Keynes, su intérprete en jefe. Schumpeter veía en este fenómeno algo análogo al problema del Marx bueno/Marx malo: una conclusión de un analista brillante que es aceptada popularmente aunque se base en una visión inicial equivocada y por consiguiente se obstine en sostener algo equivocado. En este caso, la visión errónea de Keynes era la de un capitalismo flojo y gastado, en oposición no solo a la propia perspectiva de Schumpeter sino también a lo que estaba realmente sucediendo en la economía floreciente de los Estados Unidos.[21]

En 1948 Schumpeter dio una serie de conferencias en Ciudad de México (dos series de cinco conferencias cada una) invitado por las universidades más destacadas del país. Junto con Elizabeth, pasó tres semanas muy placenteras en México, deleitándose con la oferta cultural de la capital, visitando museos e iglesias e incluso los emplazamientos mayas en el Yucatán. En las conferencias que tituló “Wage and Tax Policy in Transitional States of Society” (Política salarial y fiscal en estados de transición de la sociedad) Schumpeter retomó una vez más la cuestión de los problemas económicos de la posguerra. Tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña decía que “no había ni un liberalismo clásico, ni un socialismo sino una combinación de ambos que quizá sea inevitable pero que no por ello deja de ser ilógica”. La política fiscal de ambos países continuaba siguiendo los modelos keynesianos de financiación mediante déficit (incluso para otras iniciativas diferentes de las medidas necesarias para costear la guerra), además de la redistribución de la riqueza a través de los impuestos de sucesión e impuestos sobre la renta fuertemente progresivos. Aunque la batalla política más importante parezca que se libra entre las clases sociales (como en los combates por los niveles salariales), Schumpeter pensaba que la verdadera lucha se producía “entre dos intereses de la sociedad: el interés por el placer del presente y el interés por el futuro económico de la nación”.[22]

Era otro ámbito más en el que Schumpeter no estaba de acuerdo con Keynes. Mientras que Schumpeter casi siempre consideraba las cosas a largo plazo Keynes había hecho famosa su afirmación de que “a largo plazo todos estaremos muertos”. Más tarde intentaría retractarse de esta aseveración, pero nunca pretendió que fuera una simple ocurrencia. Como muchos de sus escritos sugieren uno de sus deseos más preciados era lograr un umbral mínimo de prosperidad económica para arreglar los problemas materiales de una vez por todas. Cuando se alcanzara el objetivo del fin de la historia económica entonces las personas podrían concentrarse en asuntos más sutiles

de la vida y encaminarse a un plano cultural más elevado.

Schumpeter no tenía este tipo de ilusiones. Creía que el capitalismo, como prueban los cientos de comentarios al respecto que hizo durante toda su vida, es un proceso evolutivo continuo sin un punto final. Ni los emprendedores, ni los consumidores estarán nunca satisfechos con el lote material que les ha tocado. Siempre querrán más. La aspiración y el deseo están inamoviblemente ensamblados en el ser humano y las razones de su esfuerzo no están basadas en lo que Schumpeter a menudo llama motivos "hedonistas" únicamente. Los emprendedores desean sobresalir por el mero hecho de sobresalir, para satisfacer las expectativas propias que tienen de sí mismos, para lograr la "distancia social" del reconocimiento. Y en el capitalismo la comparación de riqueza e ingresos es el medio clave para mantener los resultados. Las sociedades capitalistas nunca evolucionarán hasta convertirse en el paraíso cultural de la imaginación de Keynes.

En cuanto al placer del presente contra el crecimiento económico a largo plazo, para Schumpeter era obvio (como para Keynes y el resto de economistas competentes) que el crecimiento requiere inversión y por consiguiente algún grado de gratificación diferida. En sus conferencias de México, Schumpeter señaló que las economías liberales resolvieron esta compensación de un modo y el socialismo de otro. Sin embargo, en los sistemas que se encontraban entre ambos, como los estados anfibios, las políticas explícitas eran esenciales para desincentivar un consumo destacado y dirigir los recursos hacia la inversión. El rendimiento posible en este caso era casi utópico en comparación con el de cualquier otro proceso anterior. El capitalismo moderno se había vuelto tan productivo que era incluso posible garantizar a todos los ciudadanos "un cierto nivel mínimo de ingresos anuales". Esta afirmación era una aseveración muy audaz y un indicador del grado de confianza que Schumpeter en 1948 tenía sobre el potencial del capitalismo.[23]

Los editores de *Nation's Business* le pidieron ese mismo año, después de que regresara de su viaje a México, que escribiera un artículo sobre la inflación, un asunto que estaba demostrando ser un problema difícil del período de la posguerra. Durante la II Guerra Mundial el gobierno federal había tomado iniciativas muy firmes y eficaces para limitar la inflación pero la mayoría de estas medidas se habían retirado después de la guerra. En aquel momento parecía necesario una vez más que se aplicara algún tipo de control y se había suscitado un debate nacional sobre hasta dónde debería llegar el gobierno.

Schumpeter casi nunca había aceptado invitaciones como esta para dirigirse directamente al gran público desde que había abandonado Alemania en 1932.

En este caso hizo una excepción porque creía que la inflación era la amenaza más inmediata para la economía estadounidense. Empezó su artículo con la observación de que él mismo había observado episodios de tasas de inflación extremadamente altas durante la I Guerra Mundial en Austria, Francia, Alemania e Italia. En aquella época el origen de la ruinosa hiperinflación en el conflicto bélico era fácil de seguir y se podría haber corregido fácilmente en un par de años. Sin embargo, el coste político de hacerlo era demasiado elevado para los dirigentes públicos de la mayoría de los países. La excepción fue Italia: "Mussolini quiso parar la inflación y así lo hizo." A principios y mediados de la década de 1920, antes de que se convirtiera en un villano internacional, Mussolini fue objeto de admiración por muchas personas influyentes de países occidentales, por este éxito y por otros. En Francia, por otra parte, los políticos fueron reacios, como era habitual, a tomar las medidas necesarias para limitar la inflación.[24]

Schumpeter mantenía que los Estados Unidos se estaban comportando en aquel momento como lo había hecho Francia. Los políticos y los grupos de interés importantes estaban evitado el problema por el malestar que a corto plazo causaría el control de los precios. Los inmensos gastos del Plan Marshall para ayudar a la recuperación europea habían añadido una nueva carga importante al presupuesto federal y, a pesar de sus méritos evidentes, harían que el control de la inflación fuera todavía más difícil. Las inminentes elecciones al Congreso de los Estados Unidos de noviembre de 1948 complicaban el problema todavía más. Schumpeter concluyó su artículo con la advertencia de que detener completamente la inflación probablemente trajera consigo una depresión. Así que únicamente debería ser *controlada*, mediante la restricción del crédito, la reducción del gasto público y el fomento del ahorro. Por supuesto, estas medidas no las podría llevar a cabo el sector privado sino que requerirían la acción del gobierno.[25]

En su búsqueda persistente de un modo de caracterización de la economía mixta en evolución, Schumpeter dio con el término de "laborismo". En el verano de 1949, en una presentación que dio en un seminario público Schumpeter rebatió a la doctrina marxista ortodoxa que el imperialismo fuera la fase final del capitalismo y sugirió un sustituto: "Introduzco la proposición de que el *laborismo* será la última etapa del capitalismo y no el imperialismo. En este contexto laborismo expresa … la sociedad capitalista en el momento en el que el interés laboral es predominante. Marx habría pensado que esto sería imposible." Sin embargo, Gran Bretaña ya había recorrido un largo trayecto hacia el laborismo, como también lo había hecho Suecia. Schumpeter añadió que la Unión Soviética no era un estado laborista en absoluto, sino una dictadura totalitaria.[26]

Una vez más, los rápidos cambios de la economía mundial estaban empujando a Schumpeter a tener más imaginación sobre lo que podría suceder en el futuro. Prosiguió con su tema del laborismo con más detalle en una amplia reseña de libros contemporáneos de seis economistas británicos. Al final de la II Guerra mundial, escribió, los electores británicos habían terminado con el gobierno conservador de Winston Churchill y habían elegido una mayoría laborista en la Cámara de los Comunes. Durante los años posteriores "prácticamente todo lo que fue patrocinado, realizado o propuesto por el partido laborista se enmarca de hecho mucho mejor en el 'laborismo' que en el 'socialismo'." El laborismo "no solo implica el mayor gasto público posible en beneficio de la fuerza laboral sino que también implica la reducción al mínimo de otros ingresos que no sean los salarios". Y el gobierno laborista británico estaba obrando justamente así: había promulgado leyes fiscales que se habían diseñado para separar a las personas acaudaladas de sus fortunas, paso a paso. Mientras tanto, la administración británica que Schumpeter había admirado desde su juventud vienesa se había enamorado de su nueva función en la planificación económica, una función estimulada por el gobierno laborista. Los funcionarios públicos se habían embarcado a la deriva en su actitud "de sadismo de oficina categórico" ante el mundo de los negocios.[27]

Schumpeter preparó para la reunión anual de la American Economic Association del 30 de diciembre de 1949 otro artículo más sobre los cambios recientes en las políticas económicas occidentales. Este breve artículo que se titulaba "The March into Socialism" (La marcha hacia el socialismo) fue publicado como un nuevo capítulo de *Capitalismo, socialismo y democracia* en su tercera edición que apareció en 1950. En él Schumpeter revisaba la larga lista de políticas que consideraba laboristas promulgadas durante los últimos veinte años en Gran Bretaña, Estados Unidos y otros países civilizados. Entonces decía (una vez más dejaba paso al hombre espectáculo y, en parte, al irónico):

> Si piensan que "desapruebo" o que deseo criticar alguna de estas políticas caerían en una malinterpretación total de mis argumentos. Tampoco soy uno de esos que etiquetan a todas o a algunas de ellas como "socialistas". Algunas de ellas fueron propugnadas, incluso en el siglo XVIII, por gobiernos conservadores o incluso autocráticos, otras han formado parte de programas de partidos conservadores y han sido puestas en práctica por estos partidos mucho antes de que llegara el New Deal. Lo que querría recalcar es que, de hecho, hemos ido más allá de los principios del capitalismo liberal y del hecho posterior de que es posible desarrollar y regular instituciones capitalistas para que condicionen el funcionamiento de la empresa privada de un modo que apenas difiere de la planificación genuinamente socialista. Los economistas que tengo en mente sin duda alguna hacen hincapié en las diferencias que piensan que probablemente persisten. Pero no están de acuerdo todos ellos en la situación precisa de su casa móvil localizada a medio camino.[28]

Schumpeter afirmaba que muchos economistas defendían en aquel

momento que los acuerdos laboristas podrían tener un verdadero poder de permanencia. Sin embargo, Schumpeter recalcaba una vez más que el capitalismo es mucho más que un sistema económico:

> El capitalismo no significa simplemente que el ama de casa puede influenciar la producción con su elección entre guisantes y alubias, o que el joven pueda elegir entre si quiere trabajar en una fábrica o en una granja, o que los directivos de una fábrica tengan alguna influencia en la decisión de qué producir y de qué modo. Es un esquema de valores, una actitud ante la vida, una civilización (la civilización de la desigualdad y de la fortuna familiar). Sin embargo, esta civilización está pasando a mejor vida rápidamente. Regocijémonos o por el contrario lamentémonos de este hecho tanto como deseemos, pero no cerremos los ojos a este proceso.[29]

Schumpeter conocía "el desarrollo espectacular actual de los poderes productivos de la sociedad" y notaba que los optimistas creían que podría continuar así siempre. No obstante, continuó con su argumento y defendió, como lo había hecho muchas veces antes, el hecho de que el capitalismo no era un sistema que se pudiera sostener fácilmente. Había una tentación constante de echar más gotas en el vaso colmado y había un verdadero peligro de que el vaso pudiera derramarse completamente. Si esto sucediera así, entonces la alternativa socialista aparecería como algo atractivo incluso para aquellos que se habían opuesto a ella en el pasado.[30]

En sus conferencias de México de 1948, Schumpeter había hablado de sociedades de estados transitorios que iban del capitalismo en dirección al laborismo. Pero el adjetivo "transitorio" no resultaría ser un adjetivo adecuado. Durante las dos generaciones que se han sucedido tras las conferencias de México de Schumpeter, el sistema capitalista no solo ha sobrevivido (bajo la forma de una economía mixta como la que reinaba en la época en la que daba las conferencias) sino que se ha extendido por la mayor parte del mundo y ha prosperado más allá de sus propias expectativas. El capitalismo moderno realmente vivió en ocasiones, parcialmente, en una cápsula de oxígeno. Durante los momentos de caídas en el ciclo económico y los períodos de alto nivel de desempleo tuvo que apoyarse en los pagos del bienestar público. Verdaderamente se trataba de un capitalismo anfibio. Sin embargo, en el mundo animal los anfibios prosperan de forma tan robusta como las criaturas que viven únicamente en el agua o en tierra y eso mismo sucedió con las economías mixtas modernas.

En 1952 John Kenneth Galbraith, un colega de Harvard de Schumpeter, publicó un libro titulado *El capitalismo americano. El concepto del poder compensador*. En él defendía que el antiguo dominio que la empresa tenía de la sociedad estadounidense se había visto compensado en aquel momento por la incipiente potencia del gobierno y de los sindicatos (ya que la afiliación sindical había aumentado constantemente desde la década de 1930 y siguió incrementándose hasta la década de 1960). Sin utilizar el término, Galbraith estaba describiendo la economía mixta. Cuando Schumpeter afirmó en sus

conferencias de México de 1948 que un arreglo de este tipo era “ilógico”, mostró su convicción (y la de la mayoría de los economistas de su generación) de que uno de los dos sistemas debería triunfar sobre el otro. Este pensamiento (irrefutable según sus propios términos) estaba condicionado a la incompatibilidad obvia entre el socialismo puro, por un lado, y el capitalismo puro, por el otro. Durante la década de 1940 ni Schumpeter, ni la mayoría de otros teóricos importantes, habían previsto una combinación viable que pudiera permanecer en equilibrio a largo plazo y traer consigo una prosperidad económica sin precedentes.

Aun así, a principios del siglo xxi la mayoría de los países democráticos han tenido éxito con sus economías mixtas durante al menos cuatro décadas y algunos incluso hasta durante siete décadas. En estos países la carga fiscal total en todas las escalas de gobierno (local, regional y nacional) ha estado situada entre un 25 % y un 60 % aproximadamente. Los diferentes porcentajes dependían de la serie concreta de servicios sociales (jubilación, sanidad, alojamiento, cuidado infantil) que se sufragaban con fondos públicos. Suecia y Holanda tuvieron tradicionalmente las tasas más elevadas, mientras que Japón, Suiza y los Estados Unidos registraron las menores. Por lo tanto, esta combinación variada e híbrida parece ser el resultado a largo plazo de lo que Schumpeter consideró la lucha entre capitalismo y socialismo en los países democráticos.

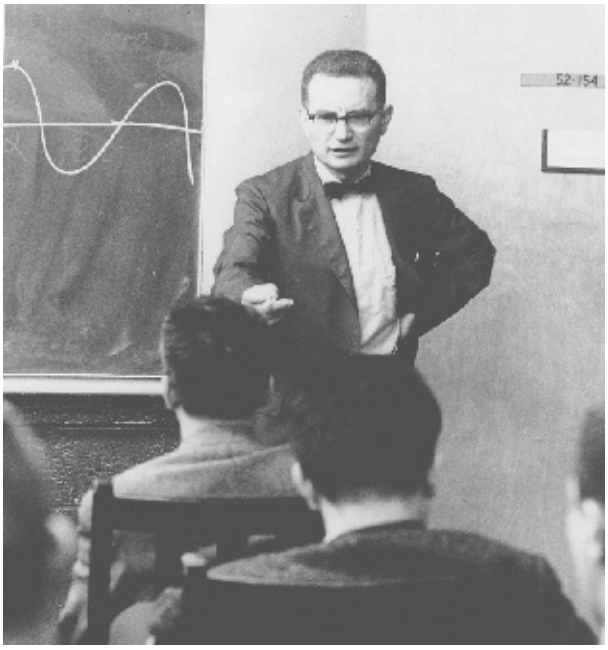
El pensamiento de Schumpeter durante la década de 1940 estuvo condicionado por dos tendencias extranjeras de la época extremadamente poderosas. La primera de ellas era la del “bloque comunista” totalitario que crecía en tamaño y fortaleza y que formaban la URSS, la Europa del este y también China (la revolución de Mao había triunfado en 1949). La otra tendencia era la elección frecuente de gobiernos socialistas en muchas zonas geográficas (muchos a nivel local y algunos a nivel nacional): en Gran Bretaña, en los países escandinavos, en Europa occidental y en antiguas colonias recientemente independizadas, cuyo caso más sobresaliente era la India. Cada una de estas tendencias parecía estar todavía más sólidamente afianzada habida cuenta de la potencia electoral continuada de partidos comunistas y pro soviéticos en Francia, Italia y otras democracias occidentales. Incluso a finales de la década de 1970 se daría el caso de que los candidatos comunistas al parlamento italiano recibirían un tercio de los votos o de que muchos representantes locales de Europa occidental serían comunistas.

Durante más de tres décadas después de las conferencias que Schumpeter impartió en México en 1948 hubo algunos signos que señalaban una aminoración efectiva de estas tendencias, tanto fuera de Estados Unidos como

dentro. En los Estados Unidos las elecciones de los presidentes republicanos Eisenhower (1952, 1956) y Nixon (1968, 1972) no dieron lugar a ningún desmantelamiento importante del estado de bienestar basado en el New Deal. Las propuestas de recortes de la seguridad social, las prestaciones por desempleo o los derechos de negociación colectiva de la fuerza laboral no progresaron o tuvieron escaso alcance. Durante el gobierno de Nixon, representantes del gobierno como Daniel Patrick Moynihan e incluso economistas muy conservadores como Milton Friedman reivindicaron unos ingresos anuales garantizados para remplazar las medidas tradicionales del estado de bienestar. Mientras tanto, en la mayoría de los países del norte de Europa el estado de bienestar se había vuelto incluso más omnipresente. Los analistas empezaron a hablar en particular del sistema exhaustivo sueco de asistencia social como una "via intermedia" o "la tercera vía" (tras el capitalismo y el socialismo) que podría ser la clave para el futuro.

Los movimientos de derechas que apoyaban el "libre mercado" no volvieron a escena con verdadera fuerza hasta el inicio del reaganismo y el thatcherismo en la década de 1980, tanto en su contenido retórico como en su contenido esencial. E incluso en aquel momento, en la mayoría de los países, la proporción de ingresos nacionales objeto de imposición no disminuyó substancialmente (en los Estados Unidos esto fue debido, en parte, al incremento del gasto militar). Lo que sucedió fue una combinación de una desregulación de numerosas industrias y una externalización de servicios públicos y de privatizaciones en aquellos países (entre otros Gran Bretaña) que habían incorporado al sector público industrias como la energía eléctrica, el transporte por ferrocarril, las telecomunicaciones, la minería o la industria del automóvil. Durante la década de 1980 y 1990 pocos temas económicos fueron objeto de más escritos que la desregulación y las privatizaciones.

Se convirtieron en términos que se repetían una y otra vez en un proceso que fue aclamado como el renacimiento de un capitalismo sin restricciones (pero que en realidad era una retirada estudiada del laborismo y un reajuste predecible de la economía mixta). El mayor perdedor fue la fuerza laboral organizada.



25.1

Schumpeter no aceptó completamente la economía mixta, pero algunos de sus mejores estudiantes se volvieron defensores ardientes de ella. Todos eran keynesianos, pero ninguno perdió nunca el respeto y la alta estima en la que tenían a Schumpeter. El más destacado de ellos fue el apasionado Paul Samuelson que vemos en esta fotografía mientras imparte una clase en el MIT durante la década de 1950. (Créditos imágenes 25.1)

25.2

Otro estudiante, James Tobin, que había vuelto a casa en las Navidades que siguieron al final de la II Guerra Mundial en 1945 justo después de haber sido dispensado del servicio activo. Uno de los oficiales compañeros de Tobin, el novelista Herman Wouk, retrató en su obra *El motín del Caine* a un personaje inspirado en él llamado Tobit. Tobin enseñó en Yale durante la mayor parte de su carrera profesional, trabajó para el presidente Kennedy en el Council of Economic Advisors y, como Samuelson, ganó el Premio Nobel. (Créditos imágenes 25.2)

25.3

Un tercer estudiante destacado de Schumpeter interesado en la economía mixta fue Arthur Smithies que estuvo primero en Harvard durante la década de 1930 en calidad de Commonwealth Fellow procedente de Australia. Smithies, que en 1949 fue nombrado profesor titular de Harvard, se relacionó especialmente con ambos Schumpeter. Con frecuencia iba a verles a Windy Hill en compañía de su esposa Katherine. (Créditos imágenes 25.3)

A pesar del poder de imaginación entusiasta de Schumpeter –que se veía reflejado en las metáforas brillantes y en otros términos que utilizaba para describir lo que observaba (sistemas anfibios, capitalismo en una cápsula de oxígeno, laborismo, casa móvil localizada a medio camino, sadismo de oficina)– seguía teniendo dudas sobre la viabilidad a largo plazo de una economía mixta. En este punto estaba prácticamente solo. Tanto los

economistas profesionales como los ciudadanos corrientes habían llegado a estar tan acostumbrados a pensar en blanco y negro (el capitalismo de Adam Smith contra el socialismo de Karl Marx) que las gamas de grises se les escapaban. Una de estas gamas de grises fue el keynesianismo. Para algunas personas que se consideraban a sí mismas conservadoras pronto se convirtió en un símbolo (de forma inapropiada y sin lugar a dudas esta no era la intención de Keynes) del extremismo político de la izquierda.

Esta forma acostumbrada de pensar, nutrida durante las batallas ideológicas de la Gran Depresión y el baño de propaganda de la II Guerra Mundial, se endureció todavía más durante la lucha mortal de la Guerra Fría. En los Estados Unidos el combate enfrentó “el modo de vida americano” contra “el comunismo ateo”. Estos eslóganes se convirtieron una vez más en sustitutos de un pensamiento claro y un análisis profundo, una situación de la que Schumpeter se quejó con frecuencia. Pocas personas dedicaron tiempo a comprender que la preservación del modo de vida estadounidense (y el británico, francés, alemán, japonés y todos los que estaban enmarcados en economías mixtas) dependía tanto del gobierno como de la empresa. Sin embargo, después de sesenta años de predomino en decenas de países (con combinaciones precisas que variaban de una nación a otra) en el siglo XXI las economías mixtas parecen ser tan duraderas como lo ha sido cualquier otro arreglo capitalista en el pasado o como probablemente lo será en el futuro.[31]

Capítulo 26
Historia del análisis económico

Para escribir un libro potente tienes que elegir un tema potente.

Herman Melville: *Moby Dick*, 1851.

Durante la década de 1940, Schumpeter trabajó intensamente en su libro más extenso y más ambicioso: *Historia del análisis económico*. En mayor medida que cualquier otro proyecto que hubiera emprendido, el éxito de la realización de este libro dependió del desinterés y del apoyo de Elizabeth tanto en la salud como en la enfermedad. Durante toda una década los Schumpeter pasaron juntos la mayor parte de sus días escondidos en su refugio de Taconic o aislados en la biblioteca Kress de la Escuela de Negocios de Harvard. Elizabeth tenía muchos deseos de trabajar con su marido: "Como no podemos tener un hijo, hagamos este libro juntos" –escribió Schumpeter en su diario citando a su esposa.–"¿Por qué no tenemos un hijo o muchos hijos?" O sea, muchos libros.[1]

Por supuesto, se trataba de un comentario tremendamente conmovedor y revelador. La posibilidad de trabajar con su eminente esposo tenía un valor para Elizabeth que iba más allá de solo asistirle en su proyecto. Colmaba una necesidad emocional profunda que las circunstancias de su vida profesional y matrimonial habían creado. Si hubiera sido una profesora titular de Harvard o de otra universidad importante podría haber continuado posiblemente con sus estudios sobre Japón. Sin embargo, las severas restricciones que sufrían las mujeres, típicas de aquella época, no hacían más que reducir esta opción. Como no podía ni dedicarse al estudio de Japón, ni a tener hijos, ayudar a su marido en su trabajo haría de substituto de todas estas posibilidades (y de otras más, que habían sido descartadas con su decisión de casarse con un hombre famoso, quince años mayor que ella, y al supeditar sus propias necesidades a las necesidades de su marido).

Cuando Schumpeter empezó este nuevo programa de investigación en 1940, pensó que podría escribir un libro corto cada año y un artículo cada semestre. Este plan recordaba a sus aspiraciones de 1916 cuando presentó una propuesta similar a su editor. Aunque la idea de sacar un libro al año suena demasiado ambiciosa, Schumpeter verdaderamente logró un objetivo parecido. Cuando finalmente se produjo el hito de su publicación, *Historia del análisis económico* tenía la extensión gigantesca de 800.000 palabras, que equivalen a la extensión de ocho libros de tamaño medio.[2]

Durante toda la década de 1940 Schumpeter se castigaba a sí mismo por los magros progresos que hacía e incluso por haber elegido el tema equivocado. A principios de 1943 escribió en su diario: "¿No debería más bien realizar un

borrador sobre teorías tan profundo como pueda?" Se reprendió a sí mismo otra vez unos meses después mientras Elizabeth y él trabajaban en Taconic. "Me he relajado mucho estos días … [el libro de historia] está prácticamente paralizado." Pero en realidad estaba haciendo buenos progresos. Y otra vez más, en febrero de 1945, escribía: "¿Cómo me he metido en este lío con esta historia? Nunca me compensará por el esfuerzo y estaba mucho mejor cuando tan solo era un esbozo. Pero la pregunta es, ¿qué voy a hacer *ahora*? La única respuesta que veo es acabarlo tan pronto como sea posible con razonable esmero." Y escribió a un colega de Harvard lo siguiente: "Estoy perdiendo la cabeza con esta maldita historia del análisis económico (que estoy seguro que me va a acabar matando)." Mientras tanto los años seguían pasando y en 1949 escribió a otro colega para decirle que el libro era "como una enfermedad y aún así no puedo obligarme a mí mismo a dedicarle menos esfuerzos."[3]

Schumpeter sabía que era un maestro de los esquemas breves, un crítico con talento de las teorías de otros economistas y un estudioso de sus vidas. Le divertía enormemente realizar este tipo de trabajo y al final su *Historia del análisis económico* se convirtió en una serie muy larga de críticas mayoritariamente breves de más de mil escritores. No obstante, el libro es mucho más que eso. Presenta con extremo detalle la evolución gradual del pensamiento económico. Como todas las grandes historias intelectuales retrata a generaciones sucesivas de analistas en proceso de construir su obra a partir del trabajo de sus predecesores o el modo en que dejaron de hacerlo. Realiza un seguimiento de los pensadores importantes tanto por caminos productivos como por vías no productivas. Muestra el modo en que algunas ideas potencialmente fundamentales llegan a menudo a perderse para ser únicamente redescubiertas décadas o incluso siglos más tarde.

Schumpeter pasó gran parte de los últimos nueve años de su vida trabajando en este libro y cuando murió todavía no lo había acabado completamente. A la vista de su propia enfermedad, Elizabeth llevó a cabo la proeza heroica de reunir las partes dispersas y prepararlo para su publicación. Oxford University Press lo publicó en 1954. Era un libro que tenía 1.260 páginas impresas con letra apretada, con cerca de 700 palabras cada una. Se trata de la obra más larga de Schumpeter y, en ciertos aspectos, la más impresionante. Una de sus características más destacadas es la omisión completa del autor del formidable cuerpo teórico que él mismo había escrito. Su nombre solo aparece en el libro en un par de comentarios entre paréntesis que añadió Elizabeth. Un lector que no tuviera grandes conocimientos podría llegar a la conclusión de que Schumpeter no había realizado ninguna contribución al estudio de la economía analítica.

Elizabeth describe la composición y su propio trabajo de preparación para

ser publicado en su larga introducción y apéndice del libro. Escribió que el proyecto se inició como un esfuerzo para "traducir, revisar y actualizar el 'pequeño esbozo de las doctrinas y de los métodos'" que Schumpeter había publicado en 1914. Se trataba del primer volumen de una serie famosa (Fundamentos de las ciencias sociales) que había editado Max Weber y que solo se había publicado en alemán.[4]

El libro de Schumpeter de 1914 había estado agotado desde hacía mucho tiempo y durante muchos años múltiples estudiosos habían instado a que se tradujera al inglés. Mientras tanto, en palabras de Elizabeth, "J. A. S. terminó en 1938 su monumental obra *Ciclos económicos* y buscó una cierta distracción en *Capitalismo, socialismo y democracia* que consideró que sería una propuesta 'popular' clara que esperaba escribir en unos meses." De 1939 a 1948 Schumpeter impartió un curso de historia del pensamiento económico y Elizabeth especuló con la posibilidad de que este curso lo animara a iniciar sus labores de investigación para su *Historia del análisis económico*.[5]

Situó el centro de su investigación en la pequeña biblioteca Kress en forma de L que se encontraba en una sala separada de la biblioteca principal de la Escuela de Negocios de Harvard. La biblioteca Kress era uno de los enclaves más hermosos de Harvard y, para regocijo de los Schumpeter, uno de los menos visitados. Sus paredes estaban forradas de ediciones originales de gran valor publicadas en muchas lenguas distintas en fechas que iban desde los tiempos antiguos hasta 1850. Trabajar en esta sala suscitaba un sentimiento de santidad académica, de participar en una liturgia del intelecto. Un tiempo después Elizabeth describiría la biblioteca Kress como "una especie de paraíso para los estudiosos".[6]

Para Schumpeter sumergirse cada vez más en este proyecto fue un modo agradable de combinar sus propios enfoques heterogéneos y de escapar de los horrores de la II Guerra Mundial. "Simplemente es el tema, de entre todos los que tengo a mano, que está más alejado de los hechos actuales" escribió a un antiguo estudiante en 1943. Como recordaba Elizabeth, "podía emplear los hilos de todos sus intereses (filosofía, sociología, historia, teoría y otros campos tan aplicados a la economía como el dinero, los ciclos, las finanzas públicas o el socialismo). También pienso que la guerra tuvo algo que ver … Le apartaba temporalmente de una realidad desalentadora que le hacía sufrir tremendamente ya que estaba convencido de que acabaría con la civilización que amaba.[7]

Sin embargo, en cierto sentido Schumpeter había estado trabajando en este libro "toda su vida", en palabras de Elizabeth. "Incluso las lecturas que hacía como entretenimiento (le encantaba leer biografías, sobre todo las que ocupaban varios volúmenes) contribuyeron a ahondar en ese conocimiento

fascinante de los hombres, los hechos y los escenarios que la *historia* ha mostrado durante todo su desarrollo." La investigación se convirtió en una tarea vocacional además de académica.[8]

Schumpeter escribió lo siguiente a su editor: "Este libro describirá el desarrollo y las peripecias del análisis científico en el campo de la economía, desde la época grecorromana hasta la actualidad." A lo largo de todo el texto hizo la distinción en el ámbito de los textos económicos entre "lo que es y lo que debería ser" e intentó reducir al máximo el espacio que consagraba a esto último.[9]

Schumpeter escribió a mano todo el libro como siempre había hecho con su trabajo científico. Como casi no tenía ningún apoyo administrativo, enviaba sus borradores manuscritos a mecanógrafos en los que confiaba. Su sistema de archivo seguía siendo caótico y después de su muerte Elizabeth encontró fragmentos del manuscrito en diversos lugares: "algunos de ellos en cajas de archivos, otros apilados en estanterías, en el despacho de Cambridge de la calle Acacia, en el de Taconic y algunos de ellos en su oficina del centro Littauer." Durante varios meses siguió encontrándose con todavía más fragmentos. Muchas páginas no estaban numeradas y aquellas que lo estaban solo mantenían su numeración en pequeños conjuntos de páginas.[10]

La inmensa extensión del libro suscitó enormes problemas en cuanto a su organización y orden. "A pesar de ser una economista con cierta experiencia editorial" –escribió Elizabeth – "no fue fácil ensamblar un trabajo tan largo que trataba de tantos economistas distintos, que escribieron en tantas lenguas diferentes, y durante un período de tiempo tan largo." Las constantes correcciones de Elizabeth, junto con la ayuda de algunos amigos de Schumpeter y del personal de Oxford University Press, dieron como resultado final un libro coherente.[11]

Schumpeter se había impuesto a sí mismo una tarea colosal. Al principio del libro escribe: "Para alguien que la ve desde fuera, a lo que más le recuerda la profesión económica es a la torre de Babel". A continuación aplica una especie de destrucción creativa a esa torre, es decir, a la disciplina económica. Su objetivo es describir "el proceso mediante el cual los esfuerzos del hombre para entender el fenómeno económico producen, mejoran y echan abajo estructuras analíticas de forma interminable."[12]

Schumpeter afirma que el mejor enfoque es el de un estudio pormenorizado de "la historia doctrinal". En la economía, a diferencia de una ciencia exacta como la física, "no se pueden entender totalmente los resultados, los métodos y los problemas modernos sin tener algún conocimiento del modo en que los economistas han llegado a razonar así." Una de las muchas virtudes del libro

es su serie de esbozos memorables de grandes personajes (además de otros menores) en el contexto de su época.[13]

> Sobre Platón (427-347 a. C.)
> El objetivo de Platón no era en absoluto el análisis sino las visiones extra empíricas de una *polis* ideal o, si se prefiere, la creación artística de una. El retrato que realiza del Estado perfecto en su *Politeia (La república)* tiene tanto de analítico como de anatomía científica tiene una ilustración de Venus de un pintor. Ni que decir tiene que en este contexto el contraste entre lo que es y lo que debería ser pierde todo su sentido.[14]

> Sobre Santo Tomás de Aquino (1225-1274)
>
> [Su] *Summa theologica* supone para la historia del pensamiento lo que el chapitel sudoccidental de la catedral de Chartres implica para la historia de la arquitectura …
> En el conjunto de la sociología de Santo Tomás discurre una vena individualista y utilitaria y el énfasis de un Dios público percibido racionalmente. Basta con un ejemplo: la teoría de la propiedad. Después de haber tratado los aspectos teológicos de la materia, Santo Tomás argumenta simplemente que la propiedad no es contraria al derecho natural sino un invento de la razón humana que se puede justificar porque … el orden social se preservará mejor si se diferencian las posesiones de modo que no haya ocasión para la disputa sobre el uso de los objetos que se poseen en común.[15]

> Sobre Adam Smith
>
> No es necesario dar muchos detalles o información sobre el hombre o sobre su vida tranquila y protegida (1723-1790). Es suficiente con observar lo siguiente: primero, que era un escocés puro y sin aditamentos hasta la médula; segundo, que su entorno familiar más inmediato era el de la administración escocesa … [con su] actitud crítica a la actividad empresarial …; tercero, que era un profesor nato …; y cuarto, un hecho que no puedo dejar de considerar que sea relevante; no, por supuesto, porque tenga relación directa con la economía sino porque ilustra perfectamente su percepción de la naturaleza humana: ninguna mujer, excepto su madre, tuvo un papel relevante en su vida. En este ámbito, y en otros aspectos, la sofisticación y las pasiones de la vida no fueron más que literatura para él.[16]

Schumpeter alababa la dedicación que Adam Smith consagró a su trabajo (con profusión de elogios), pero afirma que "*La riqueza de las naciones* no contiene una sola idea *analítica*, principio o método que fuera completamente novedoso en 1776. Aquellos que encomiaron la obra de Adam Smith por marcar una época, por sus originales logros, sin duda estaban pensando primordialmente en las *políticas* que defendía: el libre comercio, el liberalismo, la política colonial, etcétera." Los argumentos de Smith golpearon con fuerza algunas cuerdas de la armonía en la que numerosas personas ya creían. No obstante, Schumpeter observaba que ninguna de ellas había sido capaz hasta entonces de articular estas creencias con la elocuencia que Smith imprimió a su discurso, no en vano era un antiguo profesor de retórica y uno de los escritores más persuasivos de todo el siglo XVIII:

> ¿Qué sería de *La riqueza de las naciones* sin el libre comercio y el liberalismo? Además, tenemos a todas las partes importantes del espectáculo: los propietarios "sin piedad" e "indolentes" que cosechaban donde no habían sembrado, los empresarios que cada vez que se reunían desataban una conspiración, los comerciantes que se divertían mientras dejaban que el trabajo lo hicieran los oficinistas y los contables y los pobres trabajadores que sostenían al resto de la sociedad y sus lujos. Se ha mantenido que Adam Smith, muy por delante de su época, había hecho frente a cotas de impopularidad por expresar sus simpatías sociales. Esto no es verdad. No pongo en duda ni por un momento su sinceridad. Sin embargo, esas perspectivas no eran impopulares.[17]

Schumpeter encontró en Adam Smith un complemento perfecto para algunas de sus propias convicciones. Los seres humanos le parecían a Smith "que eran muy parecidos por naturaleza: todos reaccionan de formas similares y sencillas a estímulos muy simples". Y lo que era más importante, Smith "estaba totalmente en sintonía con las corrientes de su época" y sus "argumentos y su obra estaban coloreados con tintes de égida, que después de todo es lo que atrae a un público más amplio". Por el contrario, Schumpeter creía que las personas eran bastante distintas unas de otras, que tenían personalidades muy diferentes en cuanto a sus deseos, y sobre todo en cuanto a su talento. Schumpeter era un estudioso reacio a "rendirse" por escrito a sus lectores para mejorar su atractivo público. Por lo general no gozó de la simpatía de la casta económica de su época y rechazó completamente la propugnación de ideas al margen de lo que esta actitud hiciera pensar a la mayoría de su público.[18]

Schumpeter descubrió muchos defectos en *La riqueza de las naciones*. A veces parecía, inapropiadamente, que hacía equivaler el vigor de la retórica de Smith con algunas flaquezas como pensador. Sin embargo, al final Schumpeter manifestó que *La riqueza de las naciones* merecía todo su éxito. "Ante nosotros tenemos una obra maestra, una obra maestra que lo es no solo por sus alegatos sino por sus análisis." Adam Smith era con mucha diferencia el escritor del campo de la economía más influyente que jamás había existido.[19]

> Antes de que el siglo [XVIII] acabara *La riqueza de las naciones* había sido objeto ya de nueve ediciones inglesas, sin contar las que aparecieron en Irlanda o en los Estados Unidos, y había sido traducido (según me consta) al danés, holandés, *francés*, *alemán*, italiano y español (la cursiva indica más de una traducción; la primera traducción al ruso apareció en 1802-1806). Esto puede servir de indicador del grado de éxito que había tenido la obra en un primer momento de su carrera … Pero esto no fue nada en comparación con un éxito real e importante que no es tan fácil de medir: desde 1790 en adelante Smith se convirtió en algo más allá que el maestro de iniciados o del gran público, pasó a ser el maestro de los profesionales, sobre todo de los profesores … fue condecorado con la insignia de "fundador", una condecoración que ninguno de sus contemporáneos habría pensado en arrebatarle.[20]

Después de revisar con profusión de detalles a Adam Smith y a sus precursores, Schumpeter se detuvo para aplaudir la obra de algunos "panfletistas y asesores". Muchos de ellos resultaron ser estadounidenses. Elogiaba particularmente a Alexander Hamilton, el primer ministro de Hacienda, cuyo "*Report on Manufactures* de 1791 es verdaderamente una 'economía aplicada' en su mejor vertiente, a pesar de que sin lugar a dudas estuviera escrito con intención de ser una exposición de ideas que contuviera un programa económico". Schumpeter también cita de refilón los excelentes escritos de Benjamin Franklin sobre temas económicos "aunque pocas cosas sean dignas de recomendación por sus virtudes puramente analíticas".[21]

En un capítulo dedicado a los fisiócratas franceses, de los que Adam Smith aprendió tanto, Schumpeter escribió que la fuerza de este grupo derivaba de los esfuerzos de un solo hombre: François Quesnay, una figura que hoy en día sigue admirándose, ya se que se le considera uno de los mayores economistas de todos los tiempos. La devoción total que los fisiócratas profesaban a las enseñanzas de Quesnay "solo tenía dos parangones en toda la historia de la economía: la fidelidad de los marxistas ortodoxos al mensaje de Marx y la de los keynesianos ortodoxos al de Keynes". Cada uno de estos tres grupos constituyó una "escuela" que se mantenía unida a través de relaciones personales y acuerdos doctrinales. Sus miembros "siempre actuaban como un grupo, alabándose los unos a los otros, luchando cada uno en los combates del otro y ocupándose de la parte de propaganda del grupo que le tocaba a cada uno".[22]

Una vez más el análisis de Schumpeter revela mucha información sobre su propia actitud. A lo largo de toda su carrera renegó del concepto de las escuelas doctrinales. Aun así en su *Historia del análisis económico* concede una gran importancia al papel del liderazgo personal, y no solo en los casos de Quesnay, Marx o Keynes, también en los de David Ricardo, Gustav von Schmoller, Carl Menger o Alfred Marshall. En cada uno de estos ejemplos Schumpeter atribuía una gran parte del éxito de su mensaje económico al estilo y personalidad de su emisor. Aunque no utilice la palabra está claro que consideraba a estos autores emprendedores de su disciplina.[23]

Schumpeter hizo bastante hincapié en este punto. Al valorar las razones que motivaban la influencia de Ricardo (1772-1823) escribió:

> De lejos la más importante de ellas creo que fuera un don de liderazgo que no tenía precio. Era refrescante o irritante, pero en cualquier caso sacudía a su entorno … Sus enseñanzas, en su estrato medio o superior, se convirtieron en una novedad en sí misma y en comparación a ellas todas las demás eran inferiores, obsoletas o rancias. Muy pronto su círculo desarrolló la actitud (tan divertida, pero también tan lamentablemente melancólica, desde el exterior) de niños a los que se les habían mostrado un nuevo juguete. Sentían admiración. El mero hecho de que pudiera darse cuenta de que alguien era demasiado estúpido para alcanzar las cotas ricardianas les resultaba algo de un valor incalculable. Y todo esto significaba controversia, impulsos, nuevos bríos, una nueva vida.[24]

En cuanto a la esencia de la contribución de Ricardo, Schumpeter describe con detalle además de su mérito intrínseco el escenario en el que Ricardo escribió su obra. Y de nuevo el contraste entre la propia carrera de Schumpeter y su propio sentido de lo que es "carecer de liderazgo" es muy intenso. Ricardo se ganó su reputación a través de una vinculación ardiente con los asuntos políticos más destacados de su tiempo: la política monetaria y el libre comercio. Y siempre estuvo del lado que tenía más probabilidades de ganar el debate político: "La gente se aficionaba a sus teorías porque estaban de acuerdo con sus recomendaciones. Se convirtió en el centro de un círculo

que miraba hacia él para guiarse y que a su vez defendía las opiniones de Ricardo. Lo que hasta el día de hoy hace de él, para algunos, el primer economista de todos los tiempos no es ni su defensa de políticas ganadoras, ni su propia teoría por sí misma, sino una combinación acertada de ambas." Schumpeter invita al lector a observar las diferencias entre Ricardo y Keynes. "Cada palabra del párrafo anterior podría haberse escrito para referirse a este último." Como Keynes, Ricardo tenía una vida muy animada fuera de la economía académica. Estaba tan ocupado con otros asuntos que "teníamos ante nosotros a un luchador que libraba sus combates con su mano derecha atada detrás de la espalda".[25]

En opinión de Schumpeter este era una de las razones de los graves errores de los métodos de análisis de Ricardo (y de Keynes). Ninguno de los dos sondeó las amplias profundidades de su disciplina. Ninguno de ellos dio crédito a los argumentos que se les oponían. Ambos utilizaban algunos principios básicos en su enfoque de un asunto, tanto si esos principios bastaban como si no, o incluso si eran aplicables. Los propios principios constituyeron una "máquina" que "producía mecánicamente resultados, dentro de unos límites amplios, sin que tuviera importancia … si el problema era el efecto de un impuesto o de una política salarial o de una disposición jurídica o de la protección o lo que no era resultado de ello. Por consiguiente, la máquina, dentro de esos límites, podría haberse construido de una vez por todas para estar preparada para su uso siempre que se la necesitara y para una variedad de propósitos indeterminada … Pero, por supuesto, si una máquina defectuosa tiene éxito, ese avance puede probarse fácilmente que es un desvío. Y déjenme que lo diga así inmediatamente: *el análisis ricardiano supuso un desvío*." (Keynes estuvo de acuerdo con esta afirmación: "¡Qué mundo más rico y más sabio tendríamos hoy en día si en vez de Ricardo hubiera sido [Thomas] Malthus el tronco del que hubiera brotado la economía del siglo XIX!")[26]

No cabía duda de que la economía clásica, que auspiciaron Smith y Ricardo principalmente, condujo a la instauración de la economía como disciplina independiente. Fue un proceso que siguió un curso lento pero ininterrumpido durante el siglo XIX. Se crearon nuevas asociaciones y se fundaron nuevas publicaciones. En los Estados Unidos, la Universidad de Columbia instauró una cátedra de filosofía moral y economía política en 1818. En 1824 la Universidad de Carolina del Sur encomendó a un profesor de química un curso de economía. En Gran Bretaña, la Universidad de Oxford creó una plaza en 1825, el University College de Londres, en 1828 y la Universidad de Dublín, en 1832. Y antes que todas ellas el East India College de Haileybury había nombrado a Thomas Malthus para que ocupara un puesto de profesor de historia, comercio y finanzas en 1805.[27]

Durante el período victoriano todos los economistas siguieron la estela de los británicos a pesar de su visión errónea de que las economías capitalistas eran “estacionarias”. El liderazgo británico se derivaba en parte de la primacía económica del propio país que, de forma bastante irónica, tenía una economía dinámica que no era en absoluto estacionaria. Sin embargo, este aspecto era principalmente un reflejo de las grandes habilidades intelectuales que poseían un gran número de analistas británicos.[28]

La doctrina del libre comercio, por ejemplo, alcanzó su punto álgido en Gran Bretaña durante la época victoriana. Sus defensores “reivindicaban la perfecta generalidad de sus argumentos y para ellos se trataba de una doctrina que gozaba de una sabiduría absoluta y eterna y que era válida en cualquier momento y lugar; y el que rehusara aceptarla, era un idiota o un sinvergüenza, o ambas cosas a la vez.” No obstante Schumpeter señalaba que el libre comercio es una política que concede ventaja a los fabricantes menos costosos, y en aquella época en el caso de muchos productos estos fabricantes eran británicos. Esta circunstancia explicaba que el triunfo que el libre comercio obtuvo en Gran Bretaña hubiera sido mayor que la validez general de la doctrina. En la mayoría de países europeos había pocas personas que creyeran en el libre comercio. Y en los Estados Unidos esta política no fue puesta en práctica con mucha frecuencia, aunque los economistas profesionales la preconizaran.[29]

Bajo el punto de vista de Schumpeter el progreso intelectual de la economía durante esos años no se correspondió con el de la cultura occidental de forma general:

> Las clases profesionales y empresariales llevaban una vida insulsa generalmente, vivían en casas horribles que deshonraban los elementos de estilos pasados que combinaban en ellas, compraban objetos de decoración feos de estilo similar y cuadros anodinos, apoyaban una tradición dramática y musical que heredaba las glorias del pasado y leían obras que en su mayor parte desarrollaban lugares comunes en casi todos los géneros excepto en el caso de las obras científicas profesionales. Este estilo de vida y sus manifestaciones (que en Inglaterra se llamaría victoriano) es actualmente un sinónimo de aburrimiento o de monotonía pero en realidad es un testimonio de la falta de capacidad de liderazgo cultural de la que adolecía la burguesía, que era tan pronunciada como su falta de capacidad de desarrollar un liderazgo político.[30]

Sin embargo, Schumpeter añadió que la falta de distinción de la cultura burguesa provocó un contragolpe en lo que era otro tipo de creación destructiva más. A finales del siglo XIX emergió en Europa el modernismo cultural y artístico en la música, la pintura, la arquitectura y la literatura. Y este renacimiento tuvo sus orígenes fundamentalmente en el mismo entorno burgués que habían generado sus torpes predecesores. La sociedad capitalista estaba por consiguiente inmersa en el proceso de creación de un nuevo tipo de cultura “cuando se vio superada por la catástrofe sin sentido de 1914-1918 que dejó su mundo en punto muerto”.[31]

En los documentos de Schumpeter que tratan los cincuenta años anteriores a la I Guerra Mundial hay una tendencia principal que él denomina “la profesionalización y la profesorización” del análisis económico. Antes de 1870, aproximadamente, la mayoría de los economistas carecían o estaban escasamente afiliados y muy pocos eran profesores. No obstante, todo eso cambió en la siguiente generación. Harvard creó su propia cátedra de economía política en 1871 y Yale en 1872, después se produjo una ola expansiva espectacular en los Estados Unidos. Mientras tanto, “Alemania, Italia, España y otros países del norte [de Europa] siguieron desarrollaron la profesión económica sobre líneas preestablecidas. Francia, sin embargo, dio un gran paso en 1878 al establecer cátedras de economía en todas las facultades de derecho del país”. En muchos lugares, sobre todo en Alemania, las universidades solo tenían en plantilla a dos profesores titulares de economía y en Inglaterra o Escocia a menudo solo había uno. El resultado natural fue una competencia cuestionable que llevó a una serie de disputas desinformadas sobre los diferentes métodos. La profesionalización tampoco contribuyó en gran medida a acabar con la preocupación que la reforma social suscitaba en los economistas.[32]

En lo que al color político se refiere, se podían encontrar profesores ligados a cualquier punto del espectro ideológico. No obstante, la mayoría, sobre todo en Estados Unidos y en Francia, comulgaban con el liberalismo económico clásico. Sin embargo, en el país de nacimiento de esta doctrina, en Gran Bretaña, el profesor Alfred Marshall de Cambridge “manifestó su simpatía con los objetivos del socialismo y habló sin dar explicaciones y sin reservas de los ‘demonios de la desigualdad’.” En Alemania la mayoría de los economistas estaban más próximos a Marshall que a sus predecesores británicos clásicos. Los alemanes “eran el pilar de la *Sozialpolitik* y se oponían completamente al ‘smithianismo’ y al ‘manchesterismo’”, porque consideraban que hacían caso omiso del bienestar social de forma casi delictiva. Schmoller “aseguró públicamente en una ocasión que un ‘smithiano’ no era digno de ocupar una cátedra de universidad. Ni los defensores del New Deal estadounidense llegaron a ir tan lejos.”[33]

Schumpeter creía que durante el período de 1870 a 1914 Gran Bretaña gozó de los profesionales de la economía mejor cualificados (o, según sus palabras, los menos faltos de cualificación). En los Estados Unidos algunos economistas simpatizaron con el movimiento populista (un programa igualitario basado en la agricultura de los años 1880 y 1890 que tuvo una fuerte presencia en el sur y en el medio oeste). Otros apoyaron al reformista Henry George cuya propuesta del impuesto único mantenía que la apreciación de los valores inmobiliarios pertenecía verdaderamente al pueblo en su mayor parte y que por consiguiente debía orientarse al tesoro público. Los

profesionales expresaron de manera apagada sus puntos de vista verdaderamente hostiles al capitalismo, con la notoria excepción de Thorstein Veblen. “Ningún economista que alguien pudiera molestarse en llamar ‘destacado”, en el sentido que sea, se identificaría a sí mismo con cualquier modelo radical de reforma social.” Según Schumpeter los mejores economistas estadounidenses de principios del siglo XX fueron John Bates, de Columbia; Frank Taussig, de Harvard, e Irving Fisher, de Yale.[34]

Anteriormente, la pobreza comparativa del análisis económico profesional de los Estados Unidos se había derivado de las oportunidades empresariales que habían atraído a la mayoría de los cerebros económicos al sector comercial e industrial. Durante mediados del siglo XIX las universidades empezaron a enseñar economía, pero “la demanda de cursos y libros de texto simplemente originó cursos y libros de texto, y poca cosa más. ¿Acaso no es una muestra de que algo hay de cierto en una de las tesis de este libro, a saber, que la necesidad no es una condición necesaria y suficiente para provocar un avance analítico, y que la demanda de enseñanza produce enseñanzas y no necesariamente logros científicos?”[35]

Muchos economistas estadounidenses que llegaron a ser profesores notables estuvieron muy influenciados por la doctrina de la escuela histórica, que se había enseñado durante las décadas de 1880 y 1980. La *Historia del análisis económico* de Schumpeter ofrece uno de los mejores análisis breves de esa escuela que se haya escrito nunca. Su principio central “puede resumirse precisamente con la proposición de que el economista, al que se consideraría un investigador, debería ser principalmente un historiador económico”. La escuela histórica, bajo el liderazgo de Schmoller, logró un progreso enorme en cuanto a la comprensión que los economistas tenían de los procesos sociales. Schumpeter mencionaba los análisis de esta escuela en materia de clases sociales, gremios de artesanos y comerciantes, crecimiento de las ciudades, política fiscal, crédito bancario, industrias concretas y la división de las distintas funciones entre el gobierno y el sector privado.[36]

Sin entrar en detalles sobre la batalla en torno a los métodos que libraron la escuela histórica de Schmoller y la escuela austríaca de Menger (la *Methodenstreit*), Schumpeter se preguntaba si las controversias científicas no provenían a menudo de malentendidos mutuos basados en diferencias de temperamento y en prejuicios intelectuales. Los trabajadores de cualquier terreno prefieren sus propios enfoques y esta tendencia en sí misma implica una especie de desagrado irracional de los métodos de los demás. No obstante, en el mundo académico este fenómeno podría ser ineludible, debido al hecho de que las escuelas de pensamiento intelectuales “son realidades sociológicas, seres vivos” con “sus banderas, sus gritos de guerra, sus

caracteres y sus intereses tremendamente humanos”.[37]

Después de tomar en consideración los duelos inevitables que se producen entre los partidarios de diversas escuelas, Schumpeter volvía a su serie de apuntes críticos y le concedía un puesto de honor a Léon Walras: “Desde el único punto de vista de la teoría pura Walras es, en mi opinión, el mejor economista. Su sistema del equilibrio económico que conjuga, como efectivamente consigue, la calidad de la creatividad ‘revolucionaria’ con la calidad de la síntesis clásica es la única obra de un economista que soportaría la comparación con los logros alcanzados en la física teórica.”[38]

A la inversa, Schumpeter se mostró implacable en su crítica a los analistas incompetentes. Describió a Herbert Spencer (1820-1903), que fue un escritor británico popular e influyente, del siguiente modo:

> Era un hombre con una eminencia significativa que fue al mismo tiempo y hasta un grado increíble tan profundo e inteligente como estúpido … ninguna otra palabra al margen de “estúpido” podría ajustarse mejor a un hombre que fue incapaz de ver que al llevar el liberalismo clásico al límite de rechazar la reglamentación sanitaria, la educación pública, el servicio público de correos y demás, hacía que sus ideales fueran ridículos y que, de hecho, lo que escribía sirviera a las mil maravillas para hacer una sátira de la política que defendía. Ni su economía, ni su ética (normativa y analítica) merecen la pena.[39]

A lo largo de toda su *Historia del análisis económico* Schumpeter no solo se esforzaba en satirizar los pensamientos pobres sino que también señalaba las bondades de las buenas reflexiones con independencia de su origen. La prueba estaba en la validez analítica y no en la motivación. “El interés de clase más pertinaz puede inducir a elaborar análisis verdaderos y valiosos y la motivación más desinteresada puede conducir a no obtener nada más que errores y trivialidades.” Los motivos no tienen ninguna incidencia y el mero hecho de hacerse esta pregunta resulta peligroso. “La única mente a la que cada uno puede acceder es a la suya propia. Al hablar de la motivación de los individuos a lo mejor no estamos haciendo otra cosa que poner de manifiesto nuestras propias inclinaciones.”[40]

En esencia, según Schumpeter, la teoría económica no es una filosofía política sino más bien “una caja de herramientas”, de acuerdo con la “expresión más acertada que se puede ofrecer” acuñada por la economista de Cambridge Joan Robinson. Al tiempo que admitía que la teoría económica todavía no había alcanzado todo su potencial, Schumpeter observaba que esta crítica a menudo tenía raíces políticas (en gran medida debido a que “los economistas mimaban su fuerte tendencia a hacer incursiones políticas, a vender recetas políticas, a ofrecerse a sí mismos como filósofos de la vida económica y al llevar a cabo estas acciones descuidaban la obligación de declarar de forma explícita los juicios de valores que habían introducido en su razonamiento”). Un resultado desafortunado de esta situación había sido el

descrédito de la propia teoría económica a través del menoscabo de la reputación de las posturas políticas de muchos teóricos.[41]

Schumpeter creía que una de las verdaderas bases de todas las ciencias sociales debería ser la psicología, que analiza los sentimientos humanos "y en cuyos términos deben establecerse todas las explicaciones fundamentales". Schumpeter sabía que Menger y otros miembros de la escuela austríaca habían trasladado la psicología al centro del pensamiento económico de forma implícita al hacer hincapié en las elecciones individuales. Aun así, Schumpeter señalaba con pesar que los economistas no consultaban o no trabajaban por regla general con psicólogos profesionales. En su lugar, preferían inventarse sus propias suposiciones sobre el proceso mental de los productores, los consumidores y las personas en general.[42]

Hay un tema que sirve de hilo conductor de la *Historia del análisis económico* y que se estructura en torno a un aspecto psicológico que Schumpeter ya había apuntado en escritos anteriores: todos los seres humanos han crecido mientras desarrollaban de forma subconsciente un sentido del modo en que funciona el mundo. Todo el que escribe sobre un tema cualquiera, decía, ha experimentado "un acto cognitivo preanalítico que proporciona la materia prima del esfuerzo analítico. En este libro este acto cognitivo preanalítico lo denominó Visión … una visión de este tipo no debe únicamente preceder de forma histórica al surgimiento de un esfuerzo analítico en cualquier campo sino que además puede reintroducirse en la historia de cualquier ciencia reconocida en cada ocasión que alguien nos enseña a *ver* las cosas bajo una perspectiva cuya fuente no se puede encontrar en los hechos, métodos o resultados del estado preexistente de esta ciencia." Schumpeter se vale de la *Teoría general* de Keynes como ejemplo de este último fenómeno. La visión de Keynes estaba basada en su concepto de que el capitalismo británico estaba envejeciendo y debilitándose. Ya fuera esto cierto o falso, esta visión de un futuro lóbrego para la economía precedió el desarrollo de Keynes de su propio sistema formal de análisis económico.[43]

Schumpeter afirmaba que el origen de *todos* los análisis estaba en una intuición diferenciada que es prácticamente ideológica de forma intrínseca. "Engloba la imagen de las cosas según las vemos" y con frecuencia nuestro modo de verlas "apenas puede distinguirse del modo en el que nos gustaría verlas". Esta es una situación peligrosa para los investigadores puesto que tiende a limitar la generalidad de sus conclusiones.[44]

Por otra parte, las normas de la investigación corrigen habitualmente casi todos los errores que se derivan de la ideología. Los distintos investigadores empiezan su tarea con diferentes visiones e ideologías y las conclusiones conflictivas a las que llegan tienden a que unas se anulen con otras. Los

cánones de los estudios llegan a este resultado “de forma automática y con independencia de los deseos del investigador”. A pesar de todo, no hay ningún conjunto de reglas (sobre todo en un campo como la economía donde hay pocos resultados que se puedan demostrar más allá de toda duda) que elimine la ideología en su conjunto, o incluso que prevenga una deshonestidad deliberada. Un investigador puede eliminar pruebas problemáticas sin pensar en que haya algún tipo de falsedad. “La primera cosa que un hombre haría por sus ideales es mentir.”[45]

Más tarde, Schumpeter aplicaría en el libro su idea de “Visión” a los métodos de análisis económico que prevalecieron durante la mayor parte del siglo XIX. Observaba que comenzando por Adam Smith, los economistas clásicos habían utilizado el término “estado estacionario” para describir tanto una situación existente como alguna condición que pensaban que se materializaría en el futuro. En este caso, su visión se convertía en un obstáculo real para el progreso porque no ofrecía explicación alguna del *proceso* de cambio, que Schumpeter consideraba que era la esencia del capitalismo. Y el problema había persistido hasta la época actual bajo la forma de la tesis del estancamiento (la noción de que la era de la innovación hubiera ya terminado, y que el capitalismo “maduro” estuviera al alcance de la mano). Schumpeter creía que esta idea era ridícula.[46]

Para explicar el modo en que los economistas habían seguido un camino tan equivocado, volvió a examinar la primera época del análisis económico sistemático (aproximadamente de 1790 a 1870). Durante ese período, decía, hubo tres visiones importantes de desarrollo económico futuro. La primera de ellas era la de “pesimistas” como Thomas Malthus, David Ricardo o James Mill (el padre de John Stuart Mill). Los pesimistas se preocupaban por los límites al crecimiento que imponía la presión de una población en aumento y de unos rendimientos de la agricultura en disminución. Desde estos presupuestos inferían “un rendimiento neto decreciente en la industria, un crecimiento real de los salarios más o menos constante y un incremento perpetuo (en términos absolutos y relativos) de las rentas de la tierra.”[47]

La visión de los pesimistas revelaba, a los ojos de Schumpeter, una falta de imaginación asombrosa. Mientras escribían, la revolución industrial estaba transformando la vida económica aunque ellos no vieran más que escasez y necesidad. Para ellos, la idea del estado estacionario no solo se convirtió en una herramienta de análisis (el propio Schumpeter la utilizó con este propósito) sino que también era “una realidad futura”. Entre otros problemas, esta visión no tenía en cuenta el “factor de la iniciativa personal”, cualquiera que fuera, que era la piedra angular de las propias teorías de Schumpeter sobre el espíritu empresarial y la destrucción creativa.[48]

Había una segunda visión de principios del siglo XIX que adoptaba un tono optimista y los mejores ejemplos de Schumpeter en este caso eran el economista estadounidense Henry C. Carey y el economista alemán Friedrich List. Carey y List, como el gran economista francés Jean-Baptiste Say, se percataron de los hechos que ocultaba el futuro y que Ricardo y otros pesimistas habían imaginado. A muchos de los optimistas no se les daba muy bien el análisis técnico (Say fue una excepción) pero su visión se ajustaba mucho mejor a la realidad que la de los pesimistas. Schumpeter extrajo un par de principios generales del ejemplo de los optimistas. En primer lugar, la exactitud de una visión económica no siempre concuerda con la habilidad analítica de aquellos que la sostienen. En segundo lugar, las visiones pesimistas sobre cualquier cosa generalmente impactan al público con mayor fuerza, al parecer más eruditas que las optimistas.[49]

La otra visión importante de este período provenía de la imponente figura de Karl Marx. A pesar de sus numerosos errores Marx se percató más claramente que nadie del dinamismo del motor capitalista. Si no hubiera estado tan obsesionado con la lucha de clases y con la explotación de las masas su influencia sobre otros analistas habría sido mucho más poderosa, según Schumpeter.[50]

La falta de voluntad de los economistas convencionales a la hora de modificar su visión para tomar en consideración el papel crítico y legítimo del cambio constante, del espíritu empresarial y de la evolución de las grandes empresas era un error grave que había persistido hasta su propia época, según creía Schumpeter. Y en algunos aspectos sigue siendo un error de la teoría económica predominante incluso en los tiempos actuales.[51]

La vasta discusión sobre el espíritu empresarial que desarrolla la *Historia del análisis económico* constituye la declaración final de Schumpeter sobre un tema que le había fascinado desde el principio de su carrera. Según los conocimientos que tenía Schumpeter, el primer analista que había utilizado el término *emprendedor* había sido el economista francés Richard Cantillon (1680-1734), en un tratado sobre el modo en que funcionan verdaderamente los negocios. Sin embargo, Cantillon no profundizó sus conocimientos muy a fondo. Adam Smith escribiría dos generaciones después que “solo habla ocasionalmente del empresario, del patrón o del comerciante y, si me apuran, no habría negado que ningún negocio funciona por sí solo. Esta es exactamente la impresión global que tiene un lector suyo.” Jean-Baptiste Say llevó el argumento más lejos “en la sucinta afirmación de que la función del emprendedor es la de *combinar* los factores de producción en un organismo productivo”. Sin embargo, Say no pareció darse cuenta de que esta definición tampoco describía mucho más que la rutina normal del negocio diario.[52]

Ni Ricardo, ni Marx desarrollaron los conocimientos profundos de Cantillon y Say. John Stuart Mill dio este paso y generalizó el uso del término emprendedor entre los economistas ingleses y, al analizar la función del emprendedor, fue desde la "superintendencia" hasta el "control" e incluso hasta la "dirección" que admitió que "a menudo no [requería] ninguna competencia común". Sin embargo, ni siquiera la definición de Mill fue mucho más allá de la administración. Y la identificación errónea que Mill hacía del emprendedor y de la persona que toma riesgos "solo sirvió para empujar el coche un poco más por el camino equivocado. Y allí se quedó varado."[53]

Hoy en día, en pleno siglo XXI, muchos economistas añaden el espíritu empresarial a los tres factores de producción que tradicionalmente se habían observado: la tierra, el trabajo y el capital. Esta adición se debe en gran medida al trabajo de Schumpeter. No obstante, hay un gran número de analistas que todavía minimizan esta idea. El espíritu empresarial es difícil de medir y casi imposible de expresar matemáticamente. Por lo tanto, no se ajusta con facilidad a modelos formales. Como señaló Schumpeter, los logros empresariales no tienden "hacia un igualamiento" porque "de ninguna manera se trata de rendimientos permanentes". Al contrario, surgen siempre de un emprendedor que individualmente innova de algún modo importante (y después desaparece mientras la innovación se propaga). Entre tanto han contribuido al crecimiento económico general.[54]

También habían enriquecido al emprendedor porque las ganancias "de los emprendedores casi siempre tienen alguna relación con una fijación de precios monopolista. Al margen de que lo que esté en el origen de estas ganancias debe ser algo que por necesidad sus competidores no puedan emular durante, al menos, ese momento". El mejor ejemplo lo constituye la aparición de un nuevo producto o una nueva marca. Y al menos de forma temporal, "hay medios al alcance del emprendedor de éxito, patentes, 'estrategias', etcétera, para prolongar la vida de su posición de monopolio o casi monopolio y para hacer que sus competidores lo tengan más difícil para aproximársele".[55]

Al ligar de forma tan específica la estrategia al espíritu empresarial en su *Historia del análisis económico*, Schumpeter mostraba que había entendido esta conexión mucho mejor que cuando había escrito *La teoría del desarrollo económico* en 1911. En aquel libro concedía mucha importancia al espíritu empresarial pero no decía nada de la estrategia. La clave de este cambio fue la investigación que llevó a cabo en torno a la historia de las sociedades anónimas para su libro *Ciclos económicos* (1939).

La idea de la estrategia irrumpió de forma relativamente tardía en el

pensamiento económico del capitalismo porque las unidades empresariales con las que realizaban sus hipótesis la mayoría de los teóricos eran de pequeño o mediano tamaño. Este tipo de empresas son incapaces de afectar la conducta de otras empresas o incluso la conducta de su propia industria (que es la esencia de la estrategia), así que este concepto no pudo tener lugar alguno en el pensamiento de estos teóricos. En palabras de Schumpeter: "Los economistas se dieron cuenta de la realidad y de los problemas de la producción a gran escala y, en relación con ellos, de los de las sociedades anónimas, después de que todo el mundo estuviera ya al tanto de ellos." Las mayoría de los teóricos prefirieron trabajar con modelos de competencia perfecta en vez de con la realidad compleja de grandes empresas que seguían un comportamiento estratégico, unas en relación con otras. Schumpeter proponía que "lo llamáramos el principio de la estrategia excluida".[56]

El principio de la estrategia excluida caracterizaba sin lugar a dudas la obra de John Maynard Keynes. En el último capítulo de *Historia del análisis económico* titulado "Keynes y la macroeconomía moderna", Schumpeter analizaba las fuentes y la influencia de las ideas de Keynes y en este proceso de análisis terminaba por exorcizar el fantasma que le había rondado desde 1936.

Schumpeter manifestaba que el problema central de la obra de Keynes derivaba de una "visión [preanalítica] del capitalismo envejecido de Inglaterra y del diagnóstico intuitivo de Keynes (que siguió sin tener en cuenta en lo más mínimo otros diagnósticos posibles): una economía arteriosclerótica cuyas oportunidades de rejuvenecimiento declinaban mientras que sus viejos hábitos de ahorro, desarrollados en épocas de múltiples oportunidades, aún persistían." El resultado de este proceso, según la percepción de Keynes, era un estancamiento del mismo tipo del que había asolado el mundo como una plaga durante la Gran Depresión.[57]

La visión fundamental de Keynes, según Schumpeter, era claramente visible en las primeras páginas de *Las consecuencias económicas de la paz* (libro escrito en 1919) y se volvía todavía más evidente en su *Breve tratado sobre la reforma monetaria* (1923) y en el *Tratado sobre el dinero* (1930), que fue "la aventura más ambiciosa y más puramente intelectual de Keynes. A pesar de que este tratado no hierre en el sentido ordinario del término, recoge una crítica respetable aunque dañina y, sobre todo, no consigue expresar la visión de Keynes de manera adecuada."[58]

Al suceder así, Keynes aparentemente decidió suprimir de su trabajo futuro todas las pruebas o afirmaciones determinantes que pudieran debilitar sus argumentos. "Se concentró en la tarea de encuadrar un sistema analítico que expresara sus ideas fundamentales *y nada más*." El logro supremo de esta

labor sería la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* "que parecía haberle satisfecho completamente, tanto que sentía que había sacado a la economía de 150 años de errores para conducirla al terreno de la verdad definitiva" (Keynes de hecho así lo afirma tanto en esta obra como en su correspondencia privada). Sus numerosos discípulos también compartían este punto de vista, mientras que los críticos con su postura (entre los que se encontraba Schumpeter) consideraban que el libro desacreditaba la obra anterior de Keynes.[59]

La *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* se publicó en 1936 y en los años posteriores a su publicación a menudo se la asoció al servicio de un igualitarismo radical. Schumpeter veía en este resultado una ironía porque el propio Keynes "era bastante conservador en muchos aspectos, sobre todo en asuntos relacionados con la libertad empresarial". El impacto del mensaje de Keynes, que los discípulos ardientes del gran gobierno con frecuencia distorsionaban en relación con lo que Keynes verdaderamente había escrito, "parecía revelar una visión nueva del proceso capitalista no solo (como vimos anteriormente) para el público y los 'escritores marginales' sino también para muchas de las mejores mentes del mundo del análisis profesional". Quienes se sentían más atraídos por el keynesianismo eran los "jóvenes teóricos" mientras que la mayoría de los veteranos de la profesión adoptaron una postura anti-keynesiana.[60]

Según Schumpeter la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* suscitó una sacudida de gran calibre debido a su análisis electrizante además del momento adecuado en el que llegó, un período en el que el mundo se desbrozaba en medio de la depresión. "Como en el caso de Ricardo, su representación intelectual aderezada por su relevancia, real o putativa, en relación con las preguntas candentes de su época le hicieron lograr lo que en nuestro campo no se podría haber alcanzado de ninguna manera por sus propios medios."[61]

Schumpeter admiraba y envidiaba a Keynes al mismo tiempo y veía en él a un personaje que iba mucho más allá del economista académico. "Era un líder enérgico e intrépido de la opinión pública, un consejero sabio de su país". Keynes "habría conquistado un lugar en la historia incluso si nunca hubiera pergeñado una obra especialmente científica: habría seguido siendo el hombre que escribió *Las consecuencias económicas de la paz* (1919) y que adquirió súbitamente fama internacional cuando hombres con conocimientos similares pero menos coraje y hombres de coraje similar pero con menos conocimientos habían permanecido en silencio."[62]

Una vez más Schumpeter comparaba a Keynes con David Ricardo: "Su obra es un ejemplo llamativo de lo que hemos llamado anteriormente el vicio

ricardiano, a saber, la costumbre de amontonar una gran carga de conclusiones prácticas sobre bases endebles, lo que no estaba a la altura; aun así, gracias a su simplicidad, resultaba convincente además de atractivo. Todo este proceso recorrió un gran camino aunque no todo el necesario para responder a las preguntas que siempre nos han interesado: *qué* contiene el mensaje de una persona que hace que la gente la escuche, *por qué* y *de qué manera*." Estos últimos comentarios muestran una parte del tipo de motivación que llevó a Schumpeter a escribir una obra tan vasta. El autor de una crítica admitía que el plan del libro "no tiene precedentes en cuanto a sus ambiciones. Aun así no está claro, o por lo menos para mí no lo está, por qué Schumpeter o cualquier otra persona querría escribir algo de tales dimensiones."[63]

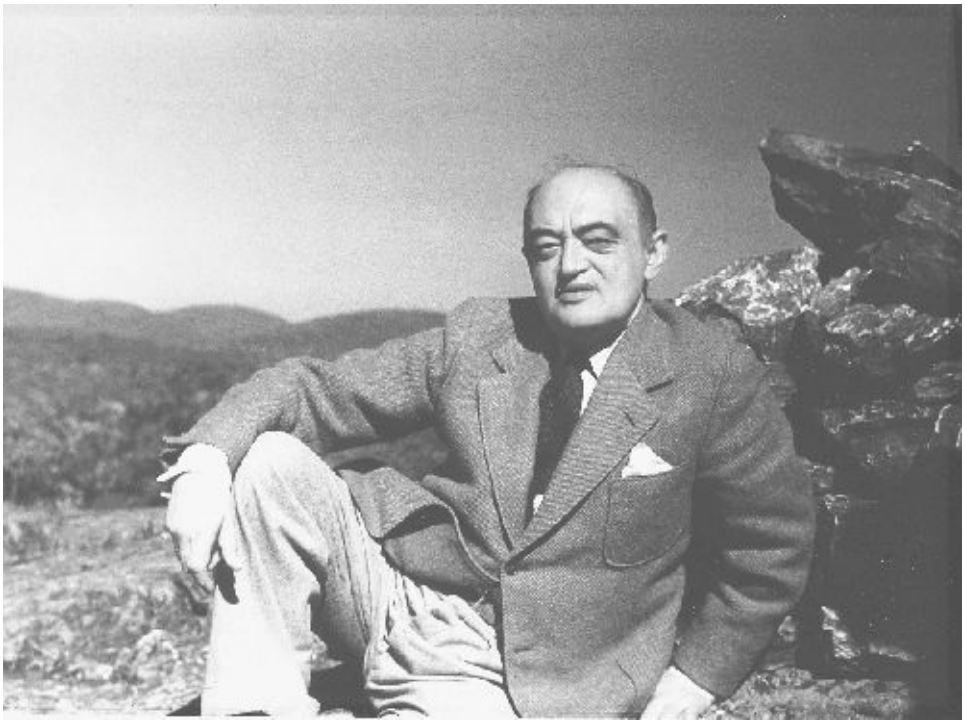
La respuesta a esta interesante pregunta es que *Historia del análisis económico*, según explicaba Elizabeth en su introducción, entrelazaba "los hilos de todos sus ámbitos de interés: la filosofía, la sociología, la historia y la teoría" y después los utilizaba para un abanico extremadamente amplio de asuntos económicos. Schumpeter era un erudito de pura sangre y en ese sentido escribió el libro para satisfacer su propia curiosidad. Esa fue su función fundamental más importante.

A pesar de todo, el libro está repleto de *argumentos* schumpeterianos, como deja entrever su estructura. Expone, por ejemplo, las ideas económicas de los mayores filósofos (Aristóteles, Platón, Santo Tomás de Aquino y muchos otros) y demuestra así una vez más su creencia de que un estudio adecuado de la economía debe apoyarse en todas las disciplinas pertinentes. Realiza prácticamente una ilustración de la famosa definición de Joan Robinson de la teoría económica como una "caja de herramientas". ¿Pero qué otra cosa son estas herramientas más que formas de capital intelectual? Schumpeter retrataba a muchos de los grandes economistas como emprendedores de esta disciplina, que utilizan su capital, su caja de herramientas, de forma adecuada e inadecuada mientras que el capital se va acumulando con el paso del tiempo.

Schumpeter presentaba a lo largo de todo el libro los avances que se habían producido en los razonamientos económicos como si fueran indirectos. Algunos pasos iban hacia adelante, otros hacia atrás. Muchos conocimientos avanzados elocuentes acababan en agua de borrajas y eran olvidados. Los avances de mayor éxito eran como revoluciones industriales de la mente. En esta vertiente la narración de Schumpeter establecía paralelos con el relato presente en *Ciclos económicos* de las revoluciones que forjaron la máquina de vapor, el ferrocarril, la sociedad anónima y la creación de crédito. Y como en el libro anterior, *Historia del análisis económico* ofrecía un rostro humano a

lo que en otras manos habría sido una crónica austera y estéril de ideas abstractas. ¿Quién puede olvidar la descripción que hace Schumpeter de Herbert Spencer como alguien “idiota”? ¿Y su comentario de que para Adam Smith “el glamour y las pasiones de la vida eran simplemente literarias” fundándose en la ausencia de mujeres en su vida? ¿O de su observación de que el retrato de Platón de un Estado perfecto “tiene tanto de análisis como la recreación de una Venus de un pintor de anatomía científica”?

La *Historia del análisis económico* triunfa en lugares donde la mayoría de los escritos económicos de nuestra propia época fracasan al haber sacrificado la desordenada humanidad de su tema en aras del rigor matemático. Por encima de todo, la *Historia del análisis económico* de Schumpeter es una narración épica y analítica. En esta obra encontramos seres humanos reales, anclados en su propio tiempo, que se baten como los personajes de una novela para resolver problemas difíciles. En ocasiones, los problemasceran puramente intelectuales, a veces asuntos de política pública y, a menudo, ambas cosas a la vez. No obstante, lo que Schumpeter intentaba llevar a cabo (objetivo que de hecho logró) era responder a la pregunta aparentemente simple que había formulado en las primeras páginas de su libro: descubrir “el modo en que los economistas han llegado a razonar de la manera en que lo hacen”.



26.1

Tomada en 1947 cerca de Taconic, en la montaña Riga, una de las cumbres más altas de Connecticut; en esa época Schumpeter trabajaba en su *Historia del análisis económico*. Durante este período hay numerosas anotaciones que mencionan la nueva sensación de paz que sentía, aunque a veces, en sus

propias palabras, era una “paz sin alegría”. (Créditos imágenes 26.1)

26.2

Con un invitado en 1948 en Windy Hill donde Schumpeter escribió la mayor parte de *Historia del análisis económico*. Elizabeth está a la izquierda. Ambos sentían un cariño extremo por su setter irlandés. Cuando el perro aún era un cachorro, Schumpeter lo había identificado erróneamente como si fuera un macho y llamó a la perra Peter. Finalmente se quedó con ese nombre. (Créditos imágenes 26.2)

26.3

Biblioteca Baker de la Escuela de Negocios de Harvard donde los Schumpeter pasaron una enorme cantidad de tiempo durante la década de 1940 para llevar a cabo las labores de investigación de *Historia del análisis económico*, en la pequeña biblioteca Kress oculta en la segunda planta de este edificio. (Créditos imágenes 26.3)

Historia del análisis económico fue la obra de Schumpeter más amplia e integralmente reseñada. Hubo varios largos escritos sobre esta obra póstuma que se deshacían en elogios aunque ninguno de ellos omitió comentarios críticos. El tono más común lo establecería Frank Knight, de la Universidad de Chicago, uno de los pocos grandes contemporáneos de Schumpeter que compartió su interés por el espíritu empresarial: "Este libro sugiere un explícito *c'est formidable !* … es verdaderamente estupendo." Y como Knight, casi todos los que escribieron una reseña eran profesionales que estaban a la cabeza de su disciplina.[64]

En un artículo de diecisiete páginas del *American Economic Review*, Jacob Viner escribió con un cierto sentido de admiración:

> Se hace referencia a textos originales de contribuciones a esta disciplina escritas en griego, latín clásico, latín medieval, italiano, español, sueco y holandés, además de, por supuesto, los escritos

> en alemán, francés e inglés. Y lo que es más importante, se trata de una historia de la teoría a gran escala escrita por un economista que fue un teórico original, potente y versátil … No creo que en ningún otro escrito de nuestra disciplina se pueda encontrar, dentro de unas limitaciones de espacio comparables, una exposición de un economista tan brillante y tan modesta, siendo él mismo toda una autoridad, de los logros analíticos de otros economistas.[65]

Hubo tres futuros premios Nobel que expresaron opiniones de carácter elogioso. Simon Kuznets: "Es un libro magnífico y grandioso." George J. Stigler: "Hay una cierta magnificencia en el desdén que Schumpeter muestra hacia aquellos que explican y valoran las teorías por los motivos venales con los que sus autores nutrieron su concepción. Hay una cierta caballerosidad intelectual en sus intentos de divorciar la calidad de los análisis de las políticas con las que estuvieron casados." Friedrich von Hayek: "Nadie debería sacar más provecho [del libro] que los economistas de las generaciones más jóvenes … no hay ninguna obra mejor para mostrar lo que tienen que saber para no ser meros economistas sino personas cultivadas, con la competencia necesaria para utilizar sus conocimientos técnicos en un mundo complejo." [66]

Dos de las reseñas más profundas vinieron de G. B. Richardson de Oxford y de Lionel Robbins de la London School of Economics. Ambos se esforzaron en comparar a Schumpeter con Keynes. Richardson llegó a la conclusión de que *Historia del análisis económico* era "uno de los libros más importantes sobre economía que se han publicado en los últimos cincuenta años". Schumpeter mostraba "todas las apabullantes contradicciones de un genio" y su personalidad "animaba cada página".

> Evidentemente, a uno le asalta la tentación de compararlo con Keynes. Ambos eran claramente brillantes, mostraban autoridad, rapidez y flexibilidad mental y tenían sentido del humor. Ambos parecían reaccionar contra las virtudes burguesas y tenían una fuerte aversión personal al utilitarismo … Pero en otros ámbitos diferían fundamentalmente. Schumpeter era, según debo imaginar, superior a Keynes en erudición, al menos en el campo de la economía … A algunos, la visión de la vida de Schumpeter les parecerá menos limitada por el espacio y por el tiempo, más profunda y más pesimista que la de Keynes, su trabajo era más sistemático y concienzudo. En buena parte se trata de una diferencia de nacionalidad. Keynes era a ciencia cierta extremadamente inglés y un descendiente directo de los filósofos empíricos ingleses.[67]

La crítica de Lionel Robbins, que publicó en un artículo que encabezaba una edición del *Quarterly Journal of Economics*, tenía una extensión de veintitrés páginas y revisaba toda la carrera de Schumpeter. "Nació y creció en una de las sociedades más brillantes y cultivadas de Europa … uno de los principales centros de especulación de la economía teórica. De joven viajó con frecuencia, estudió en muchos otros lugares y entabló contacto personal con muchos de los fundadores del análisis económico moderno en diferentes lugares." Por consiguiente, Schumpeter conocía la teoría "desde el interior, hablaba con la autoridad de un gran profesional. Es más, era un excelente conferenciante y tenía sentido del espectáculo. En nuestra profesión, con la

única excepción de Keynes, fue con toda probabilidad el mejor orador de su generación.” Haciéndose eco de lo que G. B. Richardson había dicho en su propio artículo, Robbins dejaba entrever que la insatisfacción de Schumpeter con respecto a muchos economistas británicos derivaba de lo que consideraba su presunción de regularidad y de progresión suave de la vida económica. La propia perspectiva de Schumpeter del mundo “entrañaba muchas más discontinuidades y convulsiones sísmicas”. En ninguna otra parte esta diferencia se mostraba de manera tan vívida como en su análisis de la obra de Keynes. “Está claro” –escribía Robbins– “que el espectáculo del keynesianismo mucho más contemporáneo inspiró en Schumpeter un desagrado que tuvo que ser algo casi físico. También está claro que le asombraba profundamente la indiferencia ocasional de Keynes por las consideraciones intelectuales, sus juicios excéntricos y con frecuencia injustos de sus predecesores y su evidente ignorancia de una gran parte de los estudios anteriores.”[68]

Cuando Keynes murió en 1946, Schumpeter escribió dos artículos agudos sobre su rival británico, uno de ellos era un largo obituario para la *American Economic Review*. Sin embargo, entre todas las alabanzas, como más tarde señalaría Arthur Smithies, un amigo y colega de Schumpeter, “no atribuye a Keynes ni una sola mejora importante en la técnica del análisis económico … No había ningún compromiso, ninguna pista de una concesión de que Keynes hubiera podido preparar el camino hacia una postura conservadora ilustrada.”[69]

La principal objeción de Schumpeter a las teorías de Keynes, según continuaba explicando Smithies, era que “en su opinión Keynes, en una posición próxima a Marx, cultivaba el caldo intelectual en el que florecían actitudes anticapitalistas”. El peor error de Keynes a los ojos de Schumpeter era que “había hecho que fuera intelectualmente respetable para otros no socialistas ir en una dirección anticapitalista hasta más allá de donde él mismo tenía intención de ir”. Durante la década de 1930, los escritos de Keynes parecían fomentar cualquier tipo de política, por ridícula que fuera, que incrementara el gasto público (una idea extremadamente peligrosa si se introducía en la mente de los políticos). Y la preocupación keynesiana por el corto plazo parecía asumir que el largo plazo se cuidaba de sí mismo. “No debe extrañarnos que Schumpeter protestara. Incluso si las políticas a corto plazo estuvieran basadas en alguna noción del bien común en vez de en el flujo de las corrientes políticas, serían anticapitalistas a sus ojos … La desigualdad a corto plazo es el precio que las masas tienen que pagar por el aumento del nivel de vida que el capitalismo puede conseguir.”[70]

Smithies tenía razón, este era el quid de la cuestión. Schumpeter lamentaba

que el capitalismo distribuyera sus frutos de manera tan desproporcionada (pero del mismo modo que lamentaba que todos tuviéramos que morir). Simplemente pensaba que era una concomitancia inevitable de la eficacia del capitalismo a largo plazo. Según escribió en su artículo de la *Encyclopaedia Britannica* de 1946 uno de los errores más comunes del pensamiento económico del público general "es creer que la mayoría de las personas son pobres *porque* una minoría es rica". Esta creencia procedía casi integralmente de observaciones hechas a corto plazo. Pasaba por alto los enormes cambios a mejor y a peor en la prosperidad de un individuo que se producían a medio plazo, por no hablar del largo plazo. Además, ignoraba los beneficios más amplios de la innovación empresarial, que dependían parcialmente de la inversión de los más ricos.[71]

Además, Smithies afirmaba que "la influencia de Keynes no solo animó a los gobiernos a adoptar una perspectiva a corto plazo sino que contribuyó a liberarles de las restricciones tradicionales importantes de las acciones a corto plazo". De forma involuntaria, Keynes ofreció bases falsas para gastos deficitarios imprudentes, deudas nacionales enormes y tasas de ahorro bajas. Keynes parecía asumir que los gobiernos siempre serían capaces de actuar de forma racional y por el bien del conjunto de las personas. "Schumpeter debió tener la impresión de que todo esto era excesivamente inocente. También tuvo que pensar que considerar el keynesianismo como un proceso reversible era de ingenuos. De manera mecánica, la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* ofrecía una cura tanto para la inflación como para la deflación. Sin embargo, era más dudoso que ofreciera un remedio político." Es decir, los gobiernos podían recortar impuestos fácilmente y promover el gasto para combatir caídas en picado del ciclo económico. Estas iniciativas gozan invariablemente de popularidad entre los electores. Pero por esta misma razón, los políticos ven casi imposible obrar a la inversa: alzar los impuestos y recortar el gasto para enfriar una economía recalentada o para reducir el déficit fiscal. En este sentido, una de las contribuciones de Schumpeter a la economía política "no fue demostrar que Keynes se equivocaba en su concepción de las funciones del Estado, sino mostrar que el modo de llevar a cabo acciones de Estado eficaces era más sinuoso y difícil de lo que Keynes solía suponer."[72]

En los comentarios de Schumpeter a propósito de Keynes había mucho más que análisis académicos. Ambos eran exactamente coetáneos y habían nacido en 1883. Sin embargo, el contraste de las vidas posteriores que llevaron a término era tan agudo como diferentes eran sus visiones del capitalismo, y este contraste no podría haber sido más influyente en la formación de sus puntos de vista.[73]

Keynes creció en el seno de la clase media alta inglesa. La estabilidad doméstica fue una de las tónicas dominantes de su vida y en rara ocasión tuvo razones para sentirse inseguro de algo. Su padre, John Neville Keynes, había sido desde hacía tiempo un respetado economista y empleado de la Universidad de Cambridge; su madre fue alcaldesa de Cambridge; su hermano se hizo con la reputación de ser uno de los mejores cirujanos de Inglaterra. Como era habitual, estudió en Eton y luego en Cambridge. En ambas instituciones académicas su homosexualidad fue aceptada con normalidad. En el grupo de Bloomsbury, el otro hogar intelectual de Keynes (del que formaban parte Virginia Woolf y su marido Leonard, el historiador Lytton Strachey, los pintores Duncan Grant y Vanessa Bell, y los críticos de arte Roger Fry y Clive Bell, entre otros) la homosexualidad era algo que prácticamente se celebraba. Esto no habría sucedido así en Austria, Alemania o Estados Unidos.

En comparación con Keynes, Schumpeter no tenía razón alguna para pensar que la vida fuera algo que una persona podría tener esperanzas de disfrutar automáticamente. Una cosa era crecer en una Gran Bretaña estable, próspera y eternamente victoriosa en sus muchas guerras y otra muy distinta era ser un niño de la derrotada y más tarde desaparecida Austria de la juventud de Schumpeter. Su propia visión de la vida se asemejaba a su visión del capitalismo: un vendaval eterno de destrucción creativa. Desde los cuatro años de edad, cuando murió su padre, se había vuelto todavía más claro para él que no podía apoyarse en nada más que en el amor de su madre y en su propio talento. Durante toda su vida no habían cesado de desmoronarse las piedras bajos sus pies. En la época en que se casó con Elizabeth Boody ya había vivido en nueve ciudades y cinco países (siete países si tenemos en cuenta las fronteras actuales) y se había mudado de casa en veintitrés ocasiones. No resulta sorprendente pues que su visión difiriera completamente de la del sedentario Keynes, así como de las de Smith, Ricardo, Mill y otros economistas británicos. Tampoco causa sorpresa que tuviera sentimientos tan diversos sobre la propia Gran Bretaña. Por igual que admiraba su sistema político y ansiaba el confort y la seguridad que representaba (después de todo su primera esposa había sido una mujer inglesa de la clase alta) también llegó a sentir algo parecido al desprecio, porque consideraba que sus colegas británicos adoptaban una visión provinciana anclada en el estancamiento.

A diferencia de todos ellos, Schumpeter se había reinventado a sí mismo en múltiples ocasiones y había obrado del mismo modo con su trabajo. En cada etapa de destrucción que había sufrido, había intentado convertir su experiencia en una recreación o reinvención de algún aspecto económico. A lo largo de los años la amplitud de su obra es una descripción de la misma

ambición incansable que la alimentaba. Schumpeter fue uno de los mayores innovadores intelectuales de la historia de las ciencias sociales.

La *Historia del análisis económico* por sí misma es un logro espectacular de tal envergadura que suscita la comparación con el *Dictionary* de Samuel Johnson, una obra titánica, cuya erudición resulta casi increíble y que nació de una sola mente. Y no puede dejar de considerarse que Schumpeter tuvo la fortuna singular de que Elizabeth, su devota esposa, poseyera los medios, la determinación y la fortaleza necesarios para llevar esta obra a buen término.

Capítulo 27
Un principio de indeterminación

La carrera no la gana el más veloz, ni es el más fuerte quien triunfa en el combate; el pan no pertenece al más sabio, ni la riqueza al más inteligente, ni es favorecido el más capaz, porque en todo interviene el tiempo y el azar.

Eclesiastés 9, 11

A pesar de todo el trabajo innovador que había llevado a cabo para la integración de otras disciplinas en la economía, Schumpeter todavía seguía buscando a mediados de 1940 una clave para una "economía exacta" en el sentido de una ciencia determinada y predictiva. En su diario hay menciones frecuentes al "VP", su volumen preliminar sobre teoría, una especie de introducción de todo un libro. Sin embargo, hacía pocos progresos. Pasaba la mayor parte de su tiempo con la *Historia del análisis económico* y se esforzaba en utilizar ese proyecto (junto con las matemáticas) como trampolín para una teoría más rigurosa.

Según recordaba Elizabeth:

> Imaginaba una teoría que algún día pudiera sintetizar la economía dinámica, del mismo modo que el sistema de Walras había resumido la economía estática. Al final modificaría este objetivo hasta el punto de escribir, en primer lugar, una breve introducción a la teoría, que supondría para este tipo de teoría lo que la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* había significado para la teoría keynesiana. Leyó los escritos teóricos actuales (fundamentalmente artículos de revistas), ejercitó sus matemáticas y tomó numerosas notas. El resultado de este trabajo se vería reflejado en algunas de las partes finales de la *Historia* [*del análisis económico*], sobre todo en aquellas que hacían un resumen de los progresos modernos.[1]

Después de haber fracasado en su objetivo de lograr una economía exacta en *Ciclos económicos*, podría haberse esperado que Schumpeter abandonara por completo esta búsqueda. Pero no estuvo dispuesto a hacerlo. Como tampoco separó las actividades propias de la investigación de las labores docentes con estudiantes de posgrado. En 1946 publicó un texto breve que tituló *Rudimentary Mathematics for Economists and Statisticians* que escribió conjuntamente con su colega de Harvard, W. L. Crum. Schumpeter le dijo a un amigo suyo que este libro (que englobaba todos los esfuerzos que había desarrollado desde sus primeros años en Boston) llevaría a los estudiantes "de la etapa de arrastrarse a la etapa de andar a gatas".[2]

Schumpeter se ejercitó por su cuenta en cálculo e intentó dominar técnicas avanzadas como el álgebra de matrices. Incluso lanzó la cuestión de un nuevo tipo de matemáticas que recogiera los cambios dinámicos que observaba en el centro del capitalismo. En una anotación de su diario de 1948 mencionaba entre interrogantes "¿unas matemáticas evolutivas?". Estas serían una herramienta que pudiera servir al sistema de Schumpeter del mismo modo que las matemáticas convencionales habían servido al el equilibrio estático de

Walras. Sin embargo, en aquella época no existía tal cosa, unas matemáticas evolutivas en el sentido que Schumpeter tenía en mente, y hoy en día su desarrollo no basta para "traducir a operaciones" completamente el sistema de Schumpeter. Schumpeter sabía que tenía poco talento para las matemáticas, pero siguió desafiándose a sí mismo y disfrutando con ello. Como escribió en su diario: "Al margen de todas las otras ventajas que puedan tener las matemáticas, son sin lugar a dudas el placer humano más puro."[3]

Entre tanto, continuó trabajando en su *Historia del análisis económico*. Como esta tarea seguía de cerca a *Ciclos económicos* y a *Capitalismo, socialismo y democracia* (ambas obras están llenas de giros históricos impredecibles), llegó sin darse cuenta al principio a una nueva fase intelectual. Seguía sin querer abandonar su persecución de una economía exacta con poderes de predicción determinados, pero empezó a empaparse cada vez más de la sociología, de las ciencias políticas y, de manera más destacada, de la historia, con toda su indeterminación. Había pocas probabilidades de que las matemáticas le acompañaran al lugar al que se dirigía en aquel momento.[4]

Desde 1945 hasta 1949 mostró este nuevo punto de vista en una rica serie de conferencias y artículos. Era el mismo período de tiempo en el que sentía que su camino se dirigía a un entendimiento práctico de la economía mixta, con sus metáforas sobre estados anfibios, casas a medio camino y un capitalismo en una cápsula de oxígeno. Sin embargo, en su otro nuevo trabajo escribía más bien como un erudito que investigaba concretamente las razones por las que las personas pensaban como lo hacían y el modo en que este proceso se producía. Creía que estas cuestiones eran las provincias de la historia y pertenecían más al campo de la "sociología económica" que a la propia economía.

En un artículo escrito en 1948 con motivo del centenario de *El manifiesto comunista*, Schumpeter defendió que la sociología económica del documento "es mucho más importante que su vertiente económica". En el *Manifiesto*, Marx y Engels habían apuntado a los problemas económicos como la única fuente de cambios en la estructura social y en la cultura. Pero en la época en que Marx escribía su obras "apenas era un economista, y no lo sería hasta la década de 1850". La "visión social" que Marx desarrollaría en *El capital* (1859) y en sus numerosas obras posteriores "ya estaba bastante formada en el momento en que escribió *El manifiesto comunista*". En otras palabras, la creencia de Marx en el determinismo económico había precedido su estudio de la economía. Los numerosos errores que cometió después procedían de su "visión" original errónea y toda esta secuencia representaba un buen ejemplo de la sociología económica, que incluye en su estudio las mentalidades que

modelan el análisis económico.[5]

Por supuesto, también había una sociología del conocimiento en el trabajo de los historiadores. Schumpeter había llegado a observar que los contenidos de la historia escrita, como sucedía con la economía, no solo dependían de los hechos acontecidos sino que también estaban vinculados a la visión preanalítica del historiador concreto: "Todos los investigadores harán hincapié en lo que más les guste y hay, en este caso como en otros, ecuaciones personales irreducibles, diferencias en la visión de las cosas irreducibles: las personas nunca estarán de acuerdo en quién ganó la batalla de Austerlitz, si fue Napoleón o un sistema social o la nación francesa o un aparato militar y una técnica heredada de la Revolución Francesa." No obstante, la subjetividad evidente de los historiadores "no excluye el análisis científico de esa campaña" o de otros asuntos históricos.[6]

Schumpeter tituló el artículo en el que aparece este pasaje "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship". Lo escribió en 1946 como respuesta a una petición de su amigo Arthur Cole, un historiador económico que en aquella época había propuesto que se estableciera un centro para el estudio de esta materia en Harvard. Naturalmente, Cole deseaba involucrar a Schumpeter, el estudioso más destacado del mundo del ámbito del espíritu empresarial. Y Schumpeter a su vez ayudó a Cole a persuadir a la Fundación Rockefeller de que financiara lo que se convertiría en el Center for Research in Entrepreneurial History, que tuvo una vida productiva en Harvard de 1948 a 1958. Inmerso como estaba en su propio trabajo, Schumpeter nunca lideró el plan de actividades de este centro. Sin embargo, Cole escribió más tarde que "sin su celo y apoyo el Centro podría haberse preparado a 'morir sin haber nacido'." Schumpeter asistió a sus primeras reuniones y presentó algunos artículos muy provocadores.[7]

27.1

Fotografía de Arthur Cole, historiador económico y emprendedor académico, tomada en la década de 1930. Cole enseñó en la Facultad de Economía y después se incorporó a la Escuela de Negocios. Allí, como bibliotecario y profesor, convirtió la Biblioteca Baker en el mejor depósito del mundo de obras para el estudio de la empresa. Con su táctica de presión implacable consiguió después crear el Center for Research in Entrepreneurial History. (Créditos imágenes 27.1)

27.2

Schumpeter en medio de una presentación de uno de sus artículos sobre historia económica a diversos colegas miembros del Center for Research in Entrepreneurial History. (Créditos imágenes 27.2)

En su artículo “Comments” hizo dos afirmaciones chocantes: en primer lugar, que el trabajo investigador de los historiadores podría servir de contrapunto a la influencia de la ideología en la economía y, en segundo lugar, que este tipo de trabajo histórico debería preceder al desarrollo de modelos econométricos y de teorías económicas más amplias. Sugirió que un equipo de estudiosos preparara una serie de “casos históricos cuidadosamente analizados” y que cada uno de estos casos hiciera frente a una lista de preguntas preestablecidas. Las respuestas a estas preguntas “proporcionarían asunciones estratégicas a los teóricos” y les permitirían “prohibir eslóganes”, la pesadilla del análisis económico. De este modo, los investigadores podrían crear un substituto para sus propias ideologías y formar así una guía para las elecciones de los problemas que hay que analizar. Por consiguiente, podrían discernir el equilibrio existente entre las fuerzas históricas impersonales por un lado y las capacidades de decisión humanas por el otro.[8]

La lista de preguntas preestablecidas, escribió Schumpeter, se reducían a “la gran pregunta que hay que repetir en relación con cada país, época, industria y preocupación destacada posible: ¿*quién* actuó así, *de qué manera* y *por qué* y qué efectos se pueden señalar de esta acción?” Los teóricos, que dispondrían de datos comparativos suficientes, podrían entonces “llegar a establecer propuestas científicamente fiables sobre el cambio económico y, por consiguiente, sobre el espíritu empresarial”.[9]

Este tipo de trabajo comparativo que Schumpeter había descrito fue exactamente lo que hicieron los jóvenes estudiosos con más talento del nuevo Center for Research in Entrepreneurial History de Harvard. El mejor ejemplo concreto es el de Alfred D. Chandler, Jr., que en una serie de libros y artículos pioneros abrió el camino a la subdisciplina de la historia empresarial moderna en el modo que el propio Schumpeter había prefigurado en *Ciclos económicos*. En su artículo de 1946, Schumpeter escribió que si se pudiera llevar a cabo con éxito el tipo de trabajo histórico que tenía en mente, “tendría como resultado una nueva ala que se añadiría al edificio del economista”. Y esto fue lo que Chandler y sus colegas historiadores empresariales acabarían por conseguir.[10]

En este mismo artículo Schumpeter también desarrolló con mayor exhaustividad una distinción fundamental que ya había mencionado en *Ciclos económicos*: entre las respuestas que denominaba “adaptativas” y “creativas” de la conducta empresarial. Schumpeter escribió que si una economía, una industria o una empresa reaccionan a un cambio significativo de su entorno

con un mero ajuste de su modo de funcionamiento de ese momento entonces "hablaremos de *respuesta adaptativa*. Y cuando la economía o una industria o algunas empresas de una industria hacen algo … que está fuera del abanico de sus prácticas habituales entonces hablaremos de *respuesta creativa*".[11]

Una respuesta creativa, que nunca puede predecirse y que por consiguiente es indeterminada, configura los resultados a largo plazo de un país, una industria o una empresa. A menudo depende del espíritu de liderazgo de individuos concretos y según defendía Schumpeter "cambia las situaciones sociales y económicas para siempre". Crea nuevas condiciones que nunca se habrían desarrollado sin ella. "Por esa razón la respuesta creativa es un elemento esencial del proceso histórico: ningún credo determinista la supera".[12]

Schumpeter terminaba su artículo confesando que en su mayor parte estaba compuesto de meras deducciones y especulaciones: "No tenemos los conocimientos suficientes para construir generalizaciones válidas o incluso para estar seguros de si hay algún tipo de generalización que se pueda hacer. Así las cosas, la mayor parte de nosotros, los economistas, tenemos diversas opiniones al respecto. Sin embargo, estas opiniones tienen mucho más que ver con ideas o ideales preconcebidos que con hechos firmes y nuestra costumbre de ilustrarlas con ejemplos vagos que han llegado a nuestras manos no es obviamente nada más que un pobre sustituto de una investigación seria." Afortunadamente, había abundante material para tal investigación y "hay una labor grande y provechosa a la espera de la persona o grupo de personas que quieran emprender esta investigación". Schumpeter creía que la profesión académica en su conjunto tenía como mínimo una obligación cívica de aportar más precisión a los numerosos "eslóganes que conforman una parte importante de la economía pública".[13]

En los artículos que escribió para el Center for Research in Entrepreneurial History, Schumpeter defendió hasta la extenuación que la historia podría ser el instrumento que condujera a una especie de reconciliación intelectual: entre la economía exacta, según se manifestaba en la teoría y en la estadística, y otros aspectos de la vida que no se prestaban ni a determinar una teoría, ni ningún tipo de medida estadística. Schumpeter escribió lo siguiente: "Personalmente, creo que hay un flujo incesante, en una dirección y en otra, entre el análisis histórico y teórico y aunque para la investigación de cuestiones concretas pueda ser necesario navegar en un solo sentido durante un tiempo, en principio ninguna de las dos corrientes debería perder de vista a la otra". La combinación de descripciones, cifras y teoría podría servir para ejercitar una competencia que ninguna de las tres podría desarrollar por sí sola. Las teorías son relatos estilizados, pero sin una historia y unas

estadísticas verdaderas que los respalden pierden la mayor parte de su fuerza. Schumpeter finalizaba uno de sus artículos con una frase que ha sido citada a menudo posteriormente y que todavía resuena en la vida académica de hoy en día: “Los historiadores económicos y los economistas teóricos pueden emprender un viaje importante y socialmente valioso, juntos, si así lo desean.”[14]

Schumpeter no solo veía las grandes posibilidades que tenía el estudio de la historia para la revisión de la teoría económica sino que también veía en él un segundo elemento importante que llamó un “principio de indeterminación”. Contrastó este principio tanto con el determinismo económico de Marx como con las prescripciones fiscales de talla única que encontró en la *Teoría general* de Keynes. Schumpeter había llegado a la conclusión de que el tiempo y la fortuna hacían que la mayoría de las predicciones económicas fueran arriesgadas y que todos los determinis-mos fueran fútiles. En las economías capitalistas el tiempo revelaba un flujo incesante de innovaciones económicas endógenas. Y en el mundo en general las guerras y los desastres naturales desbarataban todas las previsiones hasta las más complejas. Así sucedió con numerosos acontecimientos como la afluencia histórica de oro y plata a España procedente del Nuevo Mundo que trajo consigo una ola de inflación monetaria sin precedentes en toda Europa. Debido al tiempo y a la fortuna nunca habrá ningún “credo determinista” (como los llamaba Schumpeter) que pueda ser cierto.[15]

El factor humano del liderazgo era igualmente importante para el principio de indeterminación, era un factor vital de las ideas de Schumpeter sobre la innovación empresarial. En la *Teoría del desarrollo económico* había escrito sobre los “Carusos” de la vida económica, cuyas competencias extraordinarias conducían a cambios estratégicos en las industrias e incluso en los países. Con el paso de los años, Schumpeter haría aún más hincapié en la importancia fundamental de líderes empresariales y políticos como Rockefeller, Ford, Hamilton o Gladstone.

En unas notas que preparó en 1949 para las prestigiosas conferencias Walgreen, Schumpeter le dio el siguiente título a una sección entera: “The Personal Element and the Element of Chance: A Principle of Indeterminateness”. En estas notas escribió que había llegado el momento en que los economistas afrontaran un problema que habían intentado evitar desde hacía tiempo:

> El problema de la influencia que pueden ejercer algunos individuos excepcionales, un problema que casi nunca se ha tratado sin que existieran ideas preconcebidas ostensibles. Sin que nos consagremos a una veneración de héroes o a justamente lo contrario, algo que apenas es más absurdo, nos tenemos que dar cuenta de que, como la aparición de individuos excepcionales no se presta a la generalización científica, existe un factor que, junto con el apartado de los sucesos

> aleatorios con el que podría combinarse, limita gravemente nuestra capacidad de predecir el futuro. Esto es lo que quiero decir en este caso con el término “un principio de indeterminación”. En otros términos, podríamos decir que el determinismo social cuando no puede funcionar es un credo como cualquier otro y no es en absoluto científico.[16]

Finalmente, la búsqueda de una ciencia económica exacta por parte de Schumpeter había acabado. La larga batalla que había librado consigo mismo y con otros economistas (sobre todo con Marx y Keynes) por fin había finalizado, al menos en su propia mente. *Nunca* podría forjarse una ciencia económica con una perspectiva amplia. Sin embargo, con la ayuda de otras disciplinas (de la historia, sobre todo) podía conseguirse un progreso constante. Como en el caso de una piedra que se lanza a medio camino de un muro en una serie infinita de lanzamientos, la economía no podrá alcanzar de ningún modo el muro de la exactitud. Nunca podrá lograr una certeza absoluta, pero podrá acercarse cada vez más.

Schumpeter comunicó el veredicto de su lucha intelectual durante el discurso presidencial que pronunció en la reunión anual de la American Economic Association el 30 de diciembre de 1948 en Cleveland. En ese enclave ofreció uno de los espectáculos más refinados que había dado durante una vida repleta de actuaciones virtuosas. Esta vez era todavía más extraordinario por el riesgo del mensaje que quería transmitir. Hablando de su artículo “Ciencia e ideología”, procedió a acusar a sus colegas profesionales de ceguera con respecto a sus propios prejuicios subjetivos. No cabe duda de que hay pocas personas que deseen oír este tipo de acusaciones y, a menudo, el impulso que sienten es el de matar al mensajero.

Sin embargo, en este caso los asistentes reconocieron tanto la sabiduría del mensaje como la distinción del orador. Y durante la siguiente generación de economistas “Science and Ideology” se convirtió en una afirmación célebre de una verdad fundamental que caracterizaba a todas las ciencias, incluyendo a la economía, al margen de lo “científicas” que fueran sus pretensiones. La conferencia fue publicada en inglés, alemán, español, italiano, japonés, noruego y varias lenguas más.

Schumpeter empezó con Karl Marx (el primer estudioso importante que observó que en el ámbito del análisis económico el resultado “científico” dependía en gran medida de la situación social del pensador individual). Marx creía, según Schumpeter, que “la localización social de los trabajadores científicos … determina su perspectiva de la realidad y por consiguiente lo que observan en ella y el modo en que lo observan”. Y en este punto las ciencias sociales diferían fundamentalmente de las ciencias puras:

> La lógica, las matemáticas, la física, etcétera tratan experiencias que en gran parte no varían con respecto a la localización social del observador y que prácticamente permanecen inalterables en relación con el cambio histórico: una piedra que cae tiene el mismo aspecto para un capitalista y para un proletario. Las ciencias sociales no disfrutan de esta ventaja. Es posible, o así lo parece,

> desafiar sus hallazgos no solo en los mismos terrenos en los que todas las ciencias ven como sus propuestas son puestas en duda, sino que también se desafían en otro terreno en el que no pueden expresarse mejor que las afiliaciones de clase de un escritor y en el que, sin que haya referencias a tales afiliaciones de clase, no hay espacio para las categorías de verdadero o falso.

La mayoría de los economistas deniegan con vehemencia su propia "parcialidad ideológica". "No admiten que sea una maldición inevitable que vicia la economía hasta su esencia". A tenor de esta convicción arraigada, ¿cómo se puede hacer que los miembros de la profesión se vean a sí mismos como realmente son y actúen para poner remedio a la situación? En este momento de su discurso, los asistentes a la conferencia de Schumpeter concentraron toda su atención en las palabras de éste.[17]

Schumpeter se anticipó a la publicación de un pasaje fundamental de *Historia del análisis económico* y dijo a continuación que el primer paso consistía en reconocer que "la percepción de un conjunto de fenómenos relacionados es un acto precientífico. Tiene que realizarse de modo que proporcione a nuestras mentes algo sobre lo que trabajar científicamente (señalar un objeto de investigación), pero no es algo científico en sí mismo … A esta mezcla de percepciones y análisis precientíficos la llamaremos la visión o la intuición del investigador." La visión "es una ideología por naturaleza y puede contener cualquier cantidad y tipo de falsas ilusiones que son fáciles de localizar y que se remontan al lugar social que ocupa una persona".[18]

El segundo paso es un poco más complicado. Schumpeter observó que los economistas, con razón, adoraban hablar de "la construcción de modelos". Él mismo consideraba que el término era muy útil. Sin embargo, añadió que el término "modelo" puede resultar problemático a no ser que se defina con mucha precisión. La construcción de modelos "consiste en elegir cuidadosamente ciertos hechos en vez de otros" para después trabajar sobre ellos para refinar los hechos elegidos y ajustarlos a la luz de pruebas que demuestren lo contrario y colocarlos a todos en un marco teórico. En este sentido, la investigación "fáctica" y "teórica" deberían "proseguir en una cadena infinita de intercambios".[19]

Sin embargo, la división entre los hechos y la teoría no consiste en el establecimiento de una competición entre el pensamiento inductivo contra el razonamiento deductivo. "Los profesores" a menudo lo describen de este modo pero lo que es esencial para la ciencia es el movimiento constante de avance y retroceso que existe entre ambos. Este movimiento recíproco va mucho más allá de la eliminación de la parcialidad ideológica. Los hechos y las hipótesis teóricas pueden revelarse "objeto de demostración, de refutación o ninguna de ambas cosas". Estas pruebas por sí mismas avanzan hasta poner la ideología previa del investigador bajo control. Sin embargo, el problema de

la ideología no puede darse por concluido ahí porque “la visión original, por otra parte, no está bajo tal control”.[20]

Entonces surge una pregunta: ¿qué cantidad de visión ideológica de los pensadores verdaderamente fundamentales sigue sin haberse detectado y sin haberse corregido en el conjunto de sus obras? “¿Y hasta qué punto llega a viciar nuestro propio procedimiento analítico de modo que como consecuencia de ello todavía ignoremos que se ha visto dañado por ella?” Schumpeter enfoca la respuesta a esta pregunta mediante la búsqueda de la parcialidad ideológica de la visión de tres pensadores extraordinariamente influyentes: Adam Smith, Karl Marx y John Maynard Keynes. En ese momento la atención de los asistentes que se encontraban en el salón Cleveland estaba clavada en cada una de sus palabras.[21]

Según Schumpeter la ideología de Adam Smith había sido la menos dañina de las ideologías de estos tres grandes economistas. Smith procedía de una familia de funcionarios y era profesor y también funcionario con lo que tenía los prejuicios comunes a ambos grupos: “Su actitud con respecto a la propiedad de las tierras y a las clases capitalistas era la del observador que ve las cosas desde fuera y dejó bastante claro que consideraba que el propietario (el ‘perezoso’ propietario que cosecha donde no ha sembrado) era una figura innecesaria y que el capitalista (que contrata a ‘personas aplicadas’…) era un mal necesario.” A pesar de todo, el análisis de Smith era objetivo, sólido y no estaba afectado de manera grave por su ideología.[22]

El caso de Marx era totalmente distinto, en ambos sentidos: positivo y negativo. En primer lugar, el aspecto positivo era que “Marx fue el economista que nos descubrió la ideología y que entendió su naturaleza.” El aspecto negativo era que “por extraño que parezca, fue completamente ajeno a sus peligros en cuanto a sí mismo se refería. Fueron víctimas de la ideología solamente otras personas: los economistas burgueses y los socialistas utópicos.” Marx nació en el seno de una familia burguesa próspera de Tréveris, una vieja ciudad alemana situada cerca de la frontera francesa. Fue una persona de firmes convicciones, “un burgués radical que se había apartado del radicalismo burgués. Había sido educado en la filosofía alemana, pero no se vio a sí mismo como economista profesional hasta finales de la década de 1840”, cuando cumplió treinta y un años. Para entonces decía Schumpeter “antes de que su trabajo analítico más serio hubiera empezado, su visión del proceso capitalista ya se había fijado y su trabajo científico se orientaría a desarrollar esta visión y no a corregirla”.[23]

La visión particular de Marx no había nacido con él. “Estaba impregnada de los círculos radicales de París y podía retrotraerse a una serie de escritores del siglo XVIII.” Era una visión de la vida sumamente enérgica, “concebida

como una lucha de clases estructuradas por ricos y pobres, en la que unos explotaban a los otros". Habría "siempre un aumento de la miseria y de la situación de degradación de los pobres, cuya necesidad inexorable desplazaría esta situación hasta un estallido espectacular". [24]

La simple evolución de la historia demostró que algunos elementos de esta visión, en concreto la creciente miseria del proletariado, eran falsos incluso durante la propia época en la que vivió Marx. Sin embargo, "estaban demasiado estrechamente ligados al significado más profundo de su mensaje, demasiado enraizados en el verdadero significado de su vida, para que en algún momento pudieran ser descartados. Es más, eran lo que atraía a sus seguidores y lo que suscitaba su ferviente lealtad." Por lo tanto, los escritos de Marx al final representaban "la victoria de la ideología sobre el análisis: todas las consecuencias de una visión que se transformaba en un credo social y que por consiguiente hacía del análisis algo estéril". La mayoría de los asistentes a la conferencia de Cleveland, que no eran marxistas, estuvieron sinceramente de acuerdo con estas afirmaciones.[25]

Sin embargo, no lo estuvieron del mismo modo cuando Schumpeter trató su tercer ejemplo: Keynes. Schumpeter sabía que corría el peligro de ofender al público asistente que en su mayoría eran seguidores de Keynes. No obstante, no tuvo miedo de continuar su discurso por el camino que había trazado. Afirmó que la visión ideológica de Keynes, como la de Marx, se había formado en una época temprana. No estuvo claramente impresa hasta que Keynes alcanzó los treinta y siete años, época en la que las grandes líneas de lo que llegaría a ser el keynesianismo aparecería "en unos párrafos bien meditados de la introducción de *Las consecuencias económicas de la paz*". Schumpeter aseguró que "estos párrafos crearon el estancamiento moderno". Subrayaban la firme convicción de Keynes de que el sistema empresarial se encaminaba a un estado de inanición permanente. En el futuro próximo las empresas ya no serían capaces de ofrecer buenas oportunidades de inversión. Los fondos que se acumularían fruto de los intereses remunerados no se gastarían. Los salarios serían insuficientes para soportar el incremento del consumo. Sin el estímulo del gobierno el propio capitalismo se estancaría. "Esta visión" –afirmó Schumpeter– "nunca desaparecería". Volvió a aparecer en muchas otras obras de Keynes, pero "no fue desarrollada analíticamente" hasta la publicación en 1936 de la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.[26]

Con una pose que le era característica, observamos a Schumpeter mientras ofrecía el discurso presidencial de la American Economic Association. Tanto por el contenido del mismo como por el modo en que lo expresó este discurso marcó un punto de inflexión intelectual y profesional en la carrera de Schumpeter. (Créditos imágenes 27.3)

En este punto Schumpeter aumentó el tono de su lenguaje todavía más y esbozó lo que creía que había sido un perjuicio grave que un teórico singularmente inteligente había infligido a la ciencia económica: “Una vez más se trataba de la ideología … y no la aplicación analítica lo que en el libro de 1936 resultó atractivo y consiguió triunfar. El libro, por sí mismo y sin la protección que encontraba en el amplio atractivo que le suministraba la ideología, habría sufrido en mayor medida las críticas que se le hicieron casi de una vez … [Keynes] continuó su camino para convertirse en lo que había llegado a ser en 1914, un maestro del arte de la teoría, y por ende fue capaz de ofrecer su visión sin una armadura que evitara que muchos de sus seguidores llegaran a observar de ningún modo el elemento ideológico.”[27]

El resultado de todo esto, según Schumpeter, fue que la economía alcanzó un estado casi extraño en tanto que disciplina. “No hay verdaderamente ningún principio nuevo que haya que absorber. La ideología [keynesiana] del equilibrio del subempleo … puede ser fácilmente vista como algo incorporado en algunas asunciones restrictivas que hacen hincapié en ciertos hechos (reales o supuestos). Cualquiera puede tratarlos en función de lo que piense que es adecuado y, por lo demás, podría continuar por ese camino. Esto reduce las controversias keynesianas al ámbito de la ciencia técnica.” El mensaje de Keynes era tan poderoso, sus dotes de persuasión eran tan irresistibles y su visión del estancamiento estaba tan ligada al eco de la experiencia que se había tenido de la Gran Depresión que casi todos los

economistas se habían vuelto keynesianos en mayor o menor medida.[28]

No obstante, como el centro de atención de estos economistas estaba en las técnicas de la macroeconomía keynesiana (que se plegaba dócilmente a la modelación matemática y que era muy útil para los nuevos métodos de contabilidad de la renta nacional), habían desviado su atención de la visión que subyacía en todo ese aparato. Aunque el credo keynesiano del estancamiento "se había agotado con la situación que lo había hecho convincente" (la Gran Depresión había dado paso a una prosperidad sin precedentes) la mayoría de los economistas seguían estando tan cautivados por la técnica keynesiana que parecían "confinados a dejarse llevar por una de esas posturas de las que resulta difícil distinguir si se basa en la renuncia, la reinterpretación o la malinterpretación del mensaje original". Y al tomar este rumbo, como Schumpeter ya había dicho en numerosas ocasiones con anterioridad, la mayoría de los economistas habían perdido de vista la esencia del proceso capitalista, cuyo dinamismo incesante se oponía al estancamiento keynesiano.[29]

Aunque fueran afirmaciones muy duras para el público al que Schumpeter se dirigía, prosiguió el hilo de su discurso adentrándose en aguas todavía más peligrosas. Acusó a sus oyentes de permitir que sus propias ideologías modelaran su pensamiento en torno a temas como el monopolio, el oligopolio y las grandes empresas en general (*big business*).

Por supuesto, las actitudes negativas hacia los auténticos monopolios estaban totalmente justificadas y databan de, al menos, la época de Aristóteles. Sin embargo, el problema de la época según Schumpeter no era la oposición al monopolio sino el simple desagrado que las grandes empresas despertaban en los economistas, desagrado que justificaban mediante la falaz divisa de hacerlas equivaler al monopolio. "No es este juicio de valor el que merece mi argumentación (a uno pueden disgustarle los negocios a gran escala modernos del mismo modo que pueden desagradarle otros muchos aspectos de la civilización moderna) sino el análisis que conduce a él y la influencia ideológica que revela este análisis" que son algo distinto una vez más. Los hechos prueban que las generalizaciones ampliamente negativas sobre las grandes empresas nunca se sostienen por exámenes profundos. Sin embargo, a la luz de pruebas que demuestran lo contrario numerosos economistas siguen defendiendo "la existencia de una reglamentación antimonopolio indiscriminada y el aspecto interesante es que los que apoyan con entusiasmo el sistema empresarial privado forman un grupo particularmente destacado de estos economistas".[30]

Schumpeter confesó que apenas sabía qué hacer con estas actitudes presentes en supuestos científicos sociales. Deberían saberlo mejor ellos. No

obstante, “no hay ningún argumento que se nutra del rendimiento de las empresas de mayor tamaño, de la inevitabilidad de su aparición, de los costes sociales que supone la destrucción de estructuras existentes, de la futilidad del ideal consagrado de la competencia pura ya que, de hecho, nunca se ha suscitado ninguna otra respuesta que la indignación más manifiestamente sincera”.[31]

Cerca del final de su largo discurso, Schumpeter volvió a tratar el tema de la historia económica. Aducía que en este ámbito la parcialidad ideológica se mostraba de manera más nítida que en cualquier otro apartado de la economía. En los libros y artículos que se escribían sobre desarrollo económico los estudiosos que creían en la eficacia de los gobiernos activos hacían hincapié en el papel de las políticas públicas para lograr un crecimiento sano. Por el contrario, aquellos que pensaban que los gobiernos deberían ser menos competentes en esta materia siempre minimizaban su contribución. En conjunto, afirmaba Schumpeter, “los historiadores económicos han sobrestimado o restado importancia de manera sistemática a esta iniciativa [gubernamental] de una forma que apunta inequívocamente a condiciones precientíficas.”[32]

No obstante, los historiadores económicos se distinguen únicamente por la notoriedad de sus ideologías. Los ejemplos de visiones precien-tíficas que se fortifican hasta forma credos se encuentran en todas las ramas de la economía. Aunque no hizo referencia directa a sí mismo en su discurso, Schumpeter había llegado a darse cuenta de que, al igual que el resto de analistas, tenía su propia visión y la consiguiente ideología. Por supuesto, esto es evidente en sus escritos que muestran que no solo hay una necesidad de explicación sino también de protección del motor capitalista.[33]

Entonces, ¿qué es lo que había que hacer? La respuesta de Schumpeter fue: nada. El paso del tiempo (la propia historia) se ocuparía de las subjetividades ideológicas y terminaría por corregir todos los errores. Mientras reinara la libertad intelectual, la visión sesgada de un economista se vería equilibrada por la visión de otro distinto. De este modo la historia arreglaría las cosas a pesar de la vulnerabilidad concreta de los historiadores a las ideologías. Sería, una vez más, otra forma de destrucción creativa:

> Esto no solo se subsume del hecho de que los modelos sociales cambian y de que por consiguiente todas las ideologías económicas están abocadas a marchitarse, sino también de la relación que las ideologías sufren por parte de ese acto cognitivo precientífico que hemos denominado visión. Como este acto induce la localización de hechos y análisis, y como estos procesos tienden a destruir todo lo que no se ajuste a sus experimentaciones, ninguna ideología económica podría sobrevivir indefinidamente incluso en un mundo socialmente estacionario … Sin embargo, esta situación sigue dejándonos con la consecuencia de que siempre habrá alguna ideología a nuestro alrededor y por lo tanto estoy convencido de que esto sucederá así.[34]

Schumpeter concluyó su discurso afirmando que de forma irónica la persistencia de la visión ideológica no es algo negativo, sino algo positivo porque no podría darse ningún punto nuevo de partida en ninguna ciencia sin la visión que motiva a los estudiosos a realizar su trabajo. “A través de esta visión adquirimos nuevo material para nuestros esfuerzos científicos y algo para formular, para defender, para atacar. Nuestro acervo de hechos y herramientas crece y rejuvenece en este proceso. Y así, aunque por culpa de las ideologías nuestro ritmo sea lento, quizá no actuaríamos en modo alguno sin ellas”.[35]

Después de cerrar su discurso con estas palabras el público asistente se alzó simultáneamente y ovacionó a Schumpeter de forma ensordecedora y prolongada. Se trataba de una expresión espontánea de respeto y gratitud de un grupo de personas de gran inteligencia que raramente se prodigaba en aprobaciones unánimes de cualquier asunto. Sin embargo, sentían que el miembro más erudito de su disciplina acababa de definirles una característica del mar en el que todos ellos se zambullían en su trabajo diario. A diferencia de lo que podrían haber esperado, sus sentimientos, ideologías y visiones individuales del mundo no suponían una barrera para alcanzar algún tipo de verdad final mítica. En su lugar, estas características estaban legitimadas y eran elementos útiles de su propia naturaleza humana. Pocos asistentes podrían haber evitado, de forma inmediata, haber observado su ser interno y haberse preguntado por qué habían elegido estudiar determinados temas y qué tipo de ideas preconcebidas habían introducido en su investigación científica.[36]

Mientras se mantenía de pie ante los asistentes Schumpeter se quedó abrumado por la respuesta entusiasta de sus colegas. Había recibido un gran número de ovaciones con el auditorio en pie a lo largo de su carrera, pero ninguna había sido tan satisfactoria como esta. El alto riesgo que entrañaba hablar de forma tan cándida y tan personal había producido unos rendimientos acordes. Y, ¿por qué no correr el riesgo en un momento de su vida en que los miedos por la salud de Elizabeth y por la suya propia surgían de forma tan amenazadora?

Después de pronunciar este discurso el 30 de diciembre de 1948 (como siempre en momentos en que sentía emociones profundas) Schumpeter volvió a sumergirse en los vínculos que mantenía con Johanna y Annie en su diario:

> El poder de las *Hasen* se manifestó de forma gloriosa. Gracias *Hasen* por apoyarme y concederme uno de los regalos más preciados. Todo el mundo se levantó para aplaudir mi discurso presidencial. Todo el público presente en el salón Cleveland se levantó para aplaudirme. Fue algo grande y opulento. Y sin embargo tan inmerecido. Gracias *Hasen*. ¡Oh Dios, oh *Hasen* dadme fortaleza! ¡Oh Dios, oh *Hasen*! Y dejadme que me acostumbre lentamente a la idea de una muerte voluntaria. ¿Debería decir ayudadme a tener una muerte voluntaria? ¡Oh Dios, oh *Hasen*! Gracias. Bendecid el año 1949 si ese es vuestro deseo. No puedo esperar mucho más que un

año.[37]

Capítulo 28
La consagración

***He ahí la rareza: un economista con un sentido trágico de la vida*.**

Daniel Bell a propósito de Schumpeter

***Las contradicciones culturales del capitalismo*, 1976.**

Al referirse a una muerte voluntaria Schumpeter probablemente no quería decir que estuviera hablando de suicidio. No hay nada en su forma habitual de pensar que apuntara a esa dirección ni siquiera con la perspectiva de una vida sin Elizabeth. En su lugar parece ser que se refería a un espíritu de resignación, de consentimiento, de conformidad. Cuando llegara el momento no se enfurecería porque la luz se fuera apagando. En pocas ocasiones se sintió bien y en enero de 1949 escribió a un amigo que la había insistido para que se fuera de vacaciones al extranjero para decirle que "simplemente no tengo el coraje moral suficiente para ir a Europa porque todo … me mantendría en un estado de indignación que sería muy dañino para mi presión sanguínea". Su predicción de que no le quedaba mucho más que un año de vida resultó ser totalmente exacta.[1]

Mientras tanto, trabajó con la misma gran intensidad de siempre en sus labores de investigación y en sus escritos y todavía tuvo en mente multitud de proyectos para el futuro. Después del grandioso discurso que pronunció en Cleveland volvió a dedicarse a su *Historia del análisis económico*, además de escribir varios artículos. Anotó que "mi [66°] cumpleaños ha sido una verdadera sorpresa, sin desdicha, ni cansancio, ni desesperanza … Haz tu trabajo. ¿Cuál es tu trabajo? La necesidad de cada día. Resulta extraño. Es lo que dijo Goethe." Como siempre la necesidad diaria de Schumpeter era escribir sus libros y artículos e impartir sus clases. Se dedicó a ambas tareas con la misma energía y distinción.[2]

Durante el año 1949 y la primera semana de 1950, Schumpeter publicó o escribió doce artículos (la mayor cifra en comparación con cualquier otro período posterior a la década de 1920). El primero de ellos fue "Ciencia e ideología", el discurso presidencial que había pronunciado para la American Economic Association, que se publicó a principios de 1949, y el último escrito sería una serie de notas para las distinguidas conferencias Walgreen que tenía previsto utilizar en su conferencia de Chicago de la segunda semana de 1950. De los otros diez, el más importante era "La marcha hacia el socialismo", la conferencia que dio el 28 de diciembre de 1949 durante la reunión anual de la American Economic Association y que se incluyó como un capítulo adicional en la tercera edición de *Capitalismo, socialismo y democracia* de 1950. Este capítulo, junto con un nuevo prólogo, supuso su

última declaración en cuanto a su supuesta predicción del derrumbamiento del capitalismo.[3]

Schumpeter predijo de forma explícita el triunfo del socialismo sobre el capitalismo en ciertas ocasiones, pero con mucha mayor frecuencia no hizo tal predicción. A pesar de las contradicciones, siempre quiso decir lo mismo y se afanó en clarificar este significado en este artículo que contenía sus últimas aseveraciones al respecto. Repitió una vez más que veía como las democracias occidentales se encaminaban hacia modelos de economías dirigidas por el Estado, pero negó que esta orientación las llevara necesariamente a finalizar en el socialismo. Ni él ni la mayoría del resto de economistas habían llegado todavía a tener una idea clara de la economía mixta, que todavía estaba en plena evolución a finales de la década de 1940. Era como intentar extrapolar en 1800 los resultados finales de las guerras napoleónicas. El propio Schumpeter dio otro ejemplo: ningún observador competente de la situación de Rusia antes de la I Guerra Mundial hubiera podido predecir el triunfo del leninismo y el estalinismo. Según escribió Schumpeter: “Era una guerra y el fracaso militar y administrativo que siguió a esta guerra originó el régimen bolchevique y ningún tipo de determinismo científico sirve de nada ante esto.”[4]

En cuanto a su propio temor de que el socialismo triunfara, Schumpeter declaró enérgicamente en 1949 “que ni lo ‘profetizo’, ni lo predigo. Cualquier predicción es una profecía fuera de la esfera científica que intenta hacer algo más que diagnosticar tendencias observables” y después desarrollarlas hasta establecer conclusiones lógicas. Sus preocupaciones inmediatas eran la amenaza de la inflación en los Estados Unidos y la persistencia de las intervenciones gubernamentales en Gran Bretaña. Entre estas intervenciones estaba la nacionalización del Banco de Inglaterra, la socialización de la industria británica del acero y “un torrente de reglamentaciones pormenorizadas sobre el diámetro aceptable de las cebolletas y otros asuntos similares”. La nacionalización de los bancos y la normalización de las cebolletas podrían conducir al socialismo, o quizá no. Nada era inevitable.[5]

Durante el último año de su vida Schumpeter estuvo mucho más involucrado en los asuntos diarios que antes de la II Guerra Mundial, además de producir más escritos e impartir más conferencias. Después del trimestre de primavera de Harvard de 1949 escribió en su diario: “La docencia del segundo semestre ha sido estupenda. Es cierto que enseñar me produce felicidad. Como señalaban unos estudiantes griegos: ‘usted mismo disfruta’.” Por otra parte, más adelante continuó su anotación con este comentario: “Tampoco es menos cierto que en los últimos años se ha vuelto algo distinto … Mi creencia en los valores del mundo y en el sentido de las cosas se

extingue.” Se había orientado un poco hacia la religión en busca de consolación interior, sobre todo después de la operación de Elizabeth. “Y qué tal este programa: finalizar cada día con una oración y una petición de concentración.” Ya lo había hecho anteriormente pero en esos momentos dirigía sus ruegos también a Dios y no solo a las *Hasen*.[6]

Elizabeth y Schumpeter pasaron el verano de 1949 en Taconic y renunciaron a hacer un tipo de viaje como el que les había llevado a México el año anterior. Schumpeter tenía previsto ir a París en agosto de 1950 para pronunciar el discurso presidencial de la nueva International Economic Association. No había estado en Europa desde el último viaje que había hecho con Mia Stöckel en 1935. Sin embargo era demasiado pronto para hacer preparativos concretos. Durante la mayor parte del verano estuvo leyendo y afanándose en su *Historia del análisis económico*. Al finalizar el verano escribió en su diario: “Estoy cansado. Me he tomado un día libre que ha sido divertido … Es cierto que Elizabeth está enferma y que después de la operación todo se ha vuelto distinto.” A pesar de todo, Schumpeter tenía un “sentimiento de eterno optimista … En septiembre siempre estoy contento de que comience otra vez el nuevo año académico y espero hacer un buen uso de él. H. s. D. [Que las *Hasen* sean agradecidas por ello]”.[7]

En los meses de otoño tuvo otro trimestre docente lleno de más éxitos y sus escritos también fueron bien. Sin embargo, en aquel momento estaba haciendo frente a una agenda muy apretada y muy cargada. El 28 de diciembre de 1949 tenía que hacer la comunicación de su artículo “La marcha hacia el socialismo” en la reunión anual de la American Economic Association en Nueva York. Después, del 9 al 20 de enero, tenía previsto asistir en Chicago a la serie de prestigiosas conferencias que patrocinaba anualmente la Fundación Walgreen. Ya había escrito la mayor parte de su artículo de Nueva York, pero solo había esbozado algunas notas para las conferencias de Chicago. El trimestre de primavera de Harvard daría comienzo justo después de su estancia en Chicago y una vez más se había ofrecido voluntariamente a asumir una fuerte carga de trabajo docente. Además, se había comprometido a escribir un artículo para el Ministerio de Asuntos Exteriores y todavía tenía que llevar a cabo una cierta dosis de trabajo final para la *Historia del análisis económico*. Así que tenía una gran presión encima.

Justo después de Navidad tomó el tren con Elizabeth para ir a Nueva York. Su comunicación sobre “La marcha hacia el socialismo” fue bien recibida y ambos Schumpeter disfrutaron al reencontrarse con muchos de sus viejos amigos. El día de nochevieja tomaron el tren con destino a Taconic, a 225 km de distancia. Después de llegar Schumpeter se enfrascó en uno de sus

programas de choque de escritura. Trabajó febrilmente en su estudio de la planta superior y finalizó la mayor parte del texto e incluyó las revisiones de la versión para publicación de “La marcha hacia el socialismo”. Además, también trabajó en un esbozo más completo de las seis conferencias Walgreen. Iban a llamarse “American Institutions and Economic Progress” y ya había enviado un breve resumen de las mismas a Chicago el 22 de diciembre.[8]

No mostraba ningún signo de que tuviera ningún tipo de problema grave de salud. Había reservado un billete para el tren de Chicago con salida el domingo por la noche del 8 de enero de aquel año. Durante la mayor parte del sábado 7 estuvo ocupado en su despacho. Después de cenar trabajó un poco más antes de ir a dormir. Leyó durante un rato algunas obras de Eurípides en su versión original en griego. Como era su costumbre dejó el libro abierto en una mesilla de noche cerca de la foto de Annie. Después se durmió. Poco antes de medianoche sufrió una hemorragia cerebral. Elizabeth lo halló en estado comatoso. Vivió durante algunas horas más y murió durante las primeras horas de la mañana del 8 de enero, un mes antes de su sexagésimo séptimo cumpleaños. Nunca llegó a recuperar la consciencia y no sintió dolor alguno. El certificado de defunción señalaba que había sufrido arteriosclerosis durante al menos un año.[9]

Se trataba del tipo de muerte que la mayoría de las personas desearían: sin angustia, sin deterioro físico o mental, sin la lástima de los demás. Uno de los escasos acontecimientos afortunados en la vida de Schumpeter fue el modo en que la abandonó. En la época en que Franklin Roosevelt había muerto (también de una hemorragia cerebral repentina) Schumpeter había escrito: “Un hombre con suerte: ha muerto con plenas capacidades”.

Su funeral se celebró en la iglesia episcopal de Salisbury, en Connecticut. Hubo una fuerte tormenta de nieve que hizo que las carreteras estuvieran impracticables y frustrara el deseo de asistir a él de muchos de sus amigos y colegas de Cambridge. Fue enterrado en el cementerio de Salisbury, a cincuenta kilómetros de Taconic. *The New York Times, The Boston Globe* y otros periódicos del país publicaron largos obituarios junto con su fotografía. La prensa europea y sobre todo la prensa japonesa dieron amplia cobertura del suceso; varios periódicos de Tokio se hicieron eco en artículos publicados en la portada. En 1950 Schumpeter era el economista más ilustre de todo el mundo: fue más famoso en el momento de su muerte que en cualquier otro período de su vida, en un momento en el que probablemente le importaría muy poco su propia celebridad.

Los numerosos homenajes que se sucedieron en Harvard fueron especialmente conmovedores para Elizabeth y sus amigos más íntimos. Un

mes después de su muerte la universidad organizó un servicio en la Memorial Church de Harvard Yard, una iglesia situada a escasos metros de su viejo despacho del Littauer Center. Un grupo de colegas y antiguos estudiantes escribió una larga reseña conmemorativa para este oficio religioso. Sus autores fueron Wassily Leontief, Gottfried Haberler, Seymour Harris y Edward Mason, que encabezaba este grupo. También eran economistas famosos, los dos primeros eran dos europeos a los que Schumpeter había prestado su ayuda para incorporarse a la Universidad de Harvard y los otros dos eran antiguos miembros de su "círculo íntimo de jóvenes economistas". Después de rendir homenaje a "una de las grandes figuras de esta universidad", la reseña conmemorativa pasó a ser una descripción de su mentor y amigo en unos términos que para Harvard eran sorprendentemente personales:

> Aunque llegara a ser uno de los hombres más cosmopolitas que se pueda ser, la experiencia de aquellos primeros años que pasó en Viena nunca llegó a abandonarle verdaderamente. Siempre fue hasta el final un caballero austríaco cultivado, de la vieja escuela … Dotado de una energía sin límites aparentes, Schumpeter hizo un uso fastuoso de ella. Siempre estuvo disponible para atender a las consultas de sus estudiantes y consagró una gran cantidad de tiempo a aconsejar y a guiar a jóvenes estudiosos de todo el mundo. Este exceso de ofrecerse a sí mismo a los demás quizá haya podido contribuir en buena medida a su muerte … Sin embargo, ni él, ni sus amigos habrían deseado que viviera de otra manera. La vitalidad era una parte de su carácter y la prodigalidad y derroche de su energía también era una parte de su característico modo de vida.[10]

Los estudiantes y colegas de Schumpeter tomaron una iniciativa muy poco usual y decidieron dedicarle una edición de la *Review of Economics and Statistics*. Encomendaron quince artículos a estudiosos destacados que publicaron en la edición de mayo de 1951. Estos artículos junto con otros cinco artículos conmemorativos se reunieron (bajo petición de Elizabeth) en un volumen que se tituló *Schumpeter, científico social*. Algunos de estos artículos trataban temas fundamentales o metodológicos de la economía, pero la mayoría contenían reminiscencias personales. Página a página conformaban el retrato más revelador de la personalidad de Schumpeter que nunca antes se había publicado. De los doce artículos, los más personales eran los de Harris, Haberler y Arthur Smithies.[11]

En sus observaciones introductorias Harris escribió lo siguiente: "Pocos insistirán en decir que Schumpeter era un hombre perfecto. Tenía muchos defectos. Y a pesar de todos ellos, Schumpeter era un hombre educado y magnífico. Debajo de las superficialidades había un hombre de un gran carácter, el amigo más leal y devoto, una mente penetrante y creativa, un gran profesor y asesor de cualquier miembro de la profesión que necesitara su ayuda." Según escribió Harris, Schumpeter fue un economista maravilloso aunque "los historiadores y los sociólogos [también] puedan incluirlo en su lista de estrellas". Destacaba igualmente que,

> Resulta significativo que economistas con todo tipo de puntos de vista y opiniones (liberales extremos del siglo XIX, semikeynesianos, keynesianos o marxistas) se hayan unido para rendir un homenaje entusiasta a Schumpeter … Sin lugar a dudas ningún otro gran personaje ha recibido un homenaje similar de economistas de todas las escuelas … Su valoración de las personas se basaba en gran medida en la calidad del trabajo que habían realizado, dadas las predisposiciones ideológicas existentes. En sus relaciones personales prefería con diferencia la brillantez de Marx o de Keynes a la aridez de los conservadores. En una ocasión tuvo esta ocurrencia: "Cuando veo a los que se unen a mi causa [a menudo conservadores] empiezo a cuestionarme la validez de mi postura".

Según decía Harris, muchas personas en Harvard no conocían a Schumpeter tan bien como podrían creer. Lo consideraban de forma errónea como alguien que llevaba la contraria y que nunca quería estar del lado de la opinión mayoritaria "ya fuera en asuntos de política exterior o en la valoración de méritos de un Martini seco".[12]

Gottfried Haberler se hizo eco de este tema. Escribió que aquellos que solo conocían ligeramente a Schumpeter a menudo asumían que su mentalidad independiente "no era nada más que una pasión por la contradicción, por adoptar la postura opuesta … Era muy risueño y se divertía sobremanera con una conversación estimulante, un buena historia o una broma brillante; pero no era un hombre feliz". Había un "abismo inabordable" entre sus "altos y austeros ideales, por una parte, y sus sentimientos e impulsos humanos, por la otra". El propio Schumpeter había sido consciente de ello. Había envidiado a los economistas que no sentían ningún reparo en adaptar lo que sus principios les indicaban que sus oyentes querían oír.[13]

Arthur Smithies (uno de los amigos más íntimos de Schumpeter, que había sido estudiante suyo y un invitado frecuente en Windy Hill) escribió el homenaje más personal y profundo de todos. En parte se debía al hecho de que Elizabeth le dio acceso a los diarios y escritos privados de Schumpeter. Smithies escribió que Schumpeter había llegado a Harvard en 1932 "con un ánimo de resignación más que de entusiasmo". Sin embargo, se dio fuerza a sí mismo mediante un "programa de trabajo implacable e incesante". Además, encontró en su matrimonio con Elizabeth un apoyo inigualable. "Sin su compañía y su devoción únicamente dirigida a él bien podría haber sucumbido a un estado intolerable de soledad y melancolía. Ella le proporcionó en Cambridge y sobre todo en el hermoso rincón de Taconic, en Connecticut, algo que Schumpeter realmente nunca había tenido antes: un hogar."[14]

Smithies creía que la primera etapa de la infancia de Schumpeter, que pasó prácticamente solo con su madre, en aquella época viuda, dio el tono de sus relaciones futuras. Sus amigos más destacados en Harvard fueron Frank Taussig, veinticuatro años mayor que él, y Paul Sweezy, que podría haber sido su hijo. A Smithies le parecía que cuando Schumpeter estaba en compañía de

determinadas personas (sobre todo de personas de su misma edad) “le costaba ser convincente. Podía vencer en cada aspecto de la discusión, pero no conseguía ganar la discusión. Podía fracasar en sus labores de persuasión en asuntos sobre los que otras personas mucho menos brillantes que él habrían sabido imponerse … De hecho, parecía que acumulaba los puntos en contra suya una y otra vez para poder estar seguro de perder con honor.” Estas características pueden explicar la interrupción de su carrera política en Austria y “las paradojas que incluían sus últimos escritos. *Capitalismo, socialismo y democracia* está particularmente plagado de giros irónicos que no reconfortarían fácilmente a cualquiera que estuviera de acuerdo con él. Este libro ofrece a capitalistas, socialistas e intelectuales unos fundamentos emocionales firmes para rechazar su argumento.”[15]

Smithies añadía que incluso ante públicos fascinados de estudiantes Schumpeter evitaba hacer mención alguna a sus propios escritos. Además, “una de las muchas ironías de su vida es que su ferviente apoyo al uso de las matemáticas en la economía llevó a sus estudiantes a apartarse de los campos de esfuerzo intelectual que habían hecho que su propio trabajo fuera tan importante, y produjo muchos resultados que consideraba estériles.”[16]

El mundo de la política y de la programación era un medio en el que podría haber ejercido una cierta influencia. Sin embargo, después de emigrar de Alemania a Estados Unidos nunca buscó adentrarse en este terreno. Smithies señala que fue algo desafortunado puesto que los escritos de Schumpeter tienen una gran profusión de valores prácticos. En 1943, por ejemplo, había vaticinado la prosperidad de la posguerra sobre la base de una demanda enjaulada, también predijo un enorme crecimiento de la renta per cápita y afirmó que todas las reformas sociales requeridas sobrevendrían de forma automática a través de este proceso o al menos serían sufragadas por él.[17]

Quizá el modo más significativo en el que Schumpeter se había marginado a sí mismo en el ámbito profesional fue su rechazo a aprender cualquier cosa importante de Keynes. El keynesianismo se había impuesto en el centro de los debates profesionales durante la década de 1940, pero la actitud de Schumpeter hizo que le fuera imposible adaptar las ideas de Keynes para refinar sus propias teorías. Smithies pensaba que el desagrado mutuo que sentían estos dos economistas ilustres por sus obras respectivas era una verdadera lástima. Los escritos de Schumpeter ofrecían una corrección ideal de la grave omisión que Keynes había hecho del papel importante de la innovación en la evolución del capitalismo. Por el contrario, los propios fallos de Schumpeter se producían exactamente en áreas que las teorías de Keynes aclaraban: casos en que el consumo y la inversión podían considerarse como agregados, casos en los que los analistas podían pensar en términos

macroeconómicos sobre el rendimiento total de las economías nacionales. Se trataba de un aspecto especialmente irónico porque el mismo Schumpeter había sido uno de los precursores del análisis macroeconómico moderno, como Alvin Hansen había descrito en otro artículo publicado en el libro *Schumpeter, científico social*. Hansen era a la vez amigo de Schumpeter y el defensor estadounidense más destacado de Keynes.[18]

La tendencia personal de Schumpeter de adoptar la mentalidad contraria afectó a sus relaciones de amistad y a sus relaciones profesionales con profesores y estudiantes (aunque sus amigos fueran casi todos colegas de trabajo). Smithies observaba que esto fue especialmente cierto durante la II Guerra Mundial, cuando Schumpeter había sido tan desgraciado y había estado tan deprimido. “No solo se sentía derrotado, como siempre, por la inutilidad de la guerra y la destrucción de valores que traería consigo sino que también se alejó de sus amigos mediante la toma de posiciones extremas cuando creyó que se dejaban llevar por las emociones del momento. Ni que decir tiene que sus opiniones de 1940 habrían suscitado una respuesta diferente en 1950”. La necesidad de contar con países fuertes que contuvieran la expansión soviética (incluyendo a Alemania y a Japón) se había vuelto más clara durante esos diez años. Aun así, el aislamiento del que fue objeto en Cambridge durante la guerra fue una herida duradera por mucho que sus rudos discursos lo hubieran provocado.[19]

Asimismo, un propio concepto de sí mismo bastante inseguro también contribuyó a la frustración de Schumpeter. La confusión de identidad que había comenzado durante su infancia nunca terminó por resolverse completamente. Smithies señalaba que “no era ni un aristócrata, ni un burgués”. No se labró unos valores burgueses porque carecían (en palabras de Schumpeter) de “glamour o de pasión”. Smithies conjeturaba en esta ocasión con el hecho de que “hubiéramos encontrado un terreno fértil en el que podría crecer su visión del emprendedor innovador que sí tenía glamour y que no estaba dominado por los valores de la clase media”. Entre los economistas Schumpeter era casi el único que tenía este tipo de perspectiva y esto dice mucho de él y de su profesión.[20]

El economista alemán Oskar Morgenstern escribió que “había pocas personas que inspiraran tanta lealtad como la que inspiraba Schumpeter”. A pesar de sus rarezas, de sus defectos y de la soledad que ocultaba de forma tan desesperada, el genio y la fuerza intelectual de Schumpeter atraía a hordas de estudiantes, colegas y extraños que disfrutaban del placer de su compañía.[21]

De todos los homenajes, el de Wassily Leontief (su brillante protegido, compañero emigrado y vecino de la calle Acacia) es el que mejor evoca cómo era esta compañía:

> La impresión más fuerte que le quedaba a uno después de haber pasado una hora con él en el aula o en una reunión científica, que incluso era más patente tras un paseo tranquilo por la arbolada orilla del lago cerca de Taconic, en Connecticut, donde su casa de campo, era la asombrosa amplitud del horizonte intelectual de Schumpeter. Se sentía igualmente cómodo en campos como la temprana filosofía griega, la historia del parlamento inglés, la literatura italiana o la arquitectura romántica francesa …
>
> Por convicción y por temperamento, era más un pensador que un pragmático … Sin embargo, ¡qué torre de marfil tan inusual se había construido! En medio del tráfico intelectual de nuestro tiempo, y siempre llena de visitantes. Cualquiera estaba invitado a entrar por sus puertas que siempre estaban abiertas, es decir, todo el que tuviera una idea que discutir, ya fuera en el ámbito de la economía, de la sociología o de la historia del arte … Tenía una visión pesimista y escéptica del futuro de nuestra civilización occidental que tanto apreciaba y era un optimista en su fe en el progreso sin límites de una mente inquisitiva.[22]

En conjunto, la historia de Joseph Schumpeter (“esa persona tan complicada” como le describió en cierta ocasión un buen amigo suyo) no podría ser más rica y más variada. Un crítico de *Historia del análisis económico* escribió que “ningún relato sencillo de Schumpeter podría ser cierto”. Se trata de una historia que entraña un periplo de peripecias incesantes, un trabajo tan intenso que resulta casi increíble y un triunfo final que sobresale por encima de su persistente mala fortuna. Es una historia tan europea como estadounidense. Y lo que quizá resulte más chocante: es una fábula que recoge tanto la gloria como el horror del siglo XX, que fue al mismo tiempo el más próspero, el más avanzado científicamente y el más sangriento de la historia de la humanidad.[23]

Asimismo, es la historia de un niño y de un hombre al que rescataron una y otra vez las mujeres que le amaron y que pusieron su bienestar por encima del suyo propio: Johanna, Mia, Elizabeth y, en cierto modo, Gladys y Annie también. Sin ellas Schumpeter probablemente se habría destruido a sí mismo, por culpa de la fiereza de los combates internos que libraban la extraordinaria potencia de su razón y la abrumadora intensidad de sus emociones.

El personaje más noble de esta historia sería el de Elizabeth Boody. Si ella no hubiera protegido a su marido a través de un plan que ella misma concibió y que ejecutó posteriormente de manera impecable, Schumpeter podría haber sucumbido a una depresión desesperada o haber arruinado su vida de cualquier otra forma. Y si esto hubiera sucedido así el mundo podría haberse visto privado de *Capitalismo, socialismo y democracia*, o de los extraordinarios artículos que escribió sobre historia, ciencia e ideología. Por supuesto, *Historia del análisis económico* nunca habría visto la luz de una forma coherente como la que se publicó en 1954. Elizabeth dedicó los tres últimos años de su vida a ensamblar y editar este libro. Vendió la casa de Acacia Street de Cambridge y dedicó una parte sustancial del dinero obtenido a dar forma de libro al enorme manuscrito que tenía. A pesar de que su propia salud se deterioraba, Elizabeth dedicó las energías cada vez más exiguas que le quedaban a este proyecto.

Cuando depositó los papeles personales de su marido en Harvard, parece ser que no retiró ninguno: ni las escasas fotografías de Annie que había, ni las decenas de fotografías de Mia, ni su cartas de amor, ni las de Annie, ni la voluminosa correspondencia con contenido sexual que había mantenido con Mia. Tampoco apartó los diarios de Annie o del propio Schumpeter, que registraban su depresión, sus prejuicios, la infelicidad que con frecuencia sentía en Harvard, ni, sobre todo, su inquebrantable obsesión con las *Hasen*. En su diario hay escasas menciones a Elizabeth incluso después de que se pusiera enferma. Siete años antes de que se conocieran en 1933, Schumpeter había creado un círculo formado por tres personas: Johanna, Annie y él mismo. Elizabeth sabía que nunca podría tener acceso total a este círculo, pero creía de forma tan devota en su grandeza y le quería tan profundamente que estuvo dispuesta a aceptar un acceso auxiliar al mismo.

Murió en julio de 1953 del cáncer que ya había sufrido cinco años antes. Su muerte acaeció un año antes de que se publicara *Historia del análisis económico*, un mes antes de su quincuagésimo quinto cumpleaños. En 1943 le había dicho: “Como no podemos tener un hijo, tengamos entonces este libro juntos”. “¿Por qué no podemos tener un hijo, muchos hijos?” (muchos libros). Y al final eso es lo que sucedió. La *Historia del análisis económico* de Joseph Schumpeter *son* muchos libros en uno y su mujer, Elizabeth, los trajo a todos ellos al mundo.

Epílogo.
El legado

Un científico independiente que merezca la más mínima consideración como científico debe mostrar una consagración por su trabajo que venga totalmente de sí mismo: una vocación que exige la posibilidad del autosacrificio supremo.

Norbert Wiener: *The Human Use of Human Beings*, 1950.

Cuando Schumpeter murió en 1950 muchos de sus amigos creyeron que había trabajado hasta la extenuación. Es cierto que no cabe ninguna duda de su devoción compulsiva por el aprendizaje. Durante casi cinco décadas nunca abandonó su investigación de todos y cada uno de los aspectos del capitalismo: sus puntos fuertes y débiles, sus vertientes sociales, culturales, económicas o personales. Y a pesar de su profundo compromiso con la objetividad científica, habría deseado garantizar que las personas entendieran el modo de mantener su "motor" en perfecto funcionamiento. Para ello Schumpeter creía que tenían que mirar más allá de lo que veían de forma inmediata en frente suyo (la venalidad, la desigualdad, la corrupción) e imaginarse el incremento a largo plazo del nivel de vida que el capitalismo por sí solo podía suscitar en todo el mundo.

La esencia del legado de Schumpeter es su descubrimiento de que la innovación bajo la forma de una destrucción creativa constituye la fuerza motora de todo el progreso material en general, además de serlo del capitalismo. Casi todos los negocios, con independencia de la apariencia de robustez que ofrezcan en un momento determinado, terminan por fracasar y casi siempre por culpa de no haber sabido innovar. Los competidores se afanan inexorablemente en adelantar al líder, cualquiera que sea la amplitud de su ventaja. Los hombres de negocios responsables saben que si pasan por alto esta lección corren riesgos. Todos los días se sienten, según escribió Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia*, "en una situación que sin lugar a dudas cambiará en breve". Están "pisando un terreno que se desmorona bajo sus pies".

Hoy en día, en la época de una innovación que se acelera y de una industria global, los hombres de negocios se sienten más vulnerables que nunca. Nuestra era todavía está en su infancia, y vendrán otros cambios sísmicos como predice el conjunto de la obra de Schumpeter. Ningún país, al margen del tiempo que haya sido próspero anteriormente, puede dar por garantizada una opulencia permanente. Como tampoco puede ninguna empresa asumir que continuará existiendo, como nos recuerdan nombres como Digital Equipment, Pan American Airways, Pullman, Douglas Aircraft o The Pennsylvania Railroad. Cada una de estas empresas personificó en su día tanto la vanguardia de su sector como la de la propia industria estadounidense

en su conjunto. Actualmente, todas ellas están en el cubo de la basura de la historia, junto con cientos de miles de otras empresas de diferente tamaño, que una vez fueron tan fuertes como dinosaurios pero que hoy en día están tan extinguidos como estos animales.

Solo a través de la innovación y del espíritu empresarial una empresa cualquiera (a excepción de los monopolios fomentados por el gobierno) puede sobrevivir a largo plazo. Por supuesto, Schumpeter es el principal defensor y el que más popularidad dio a la palabra "emprendedor" (entrepreneur) que apareció en la edición inglesa de 1934 de su *Teoría del desarrollo económico*. (En la edición original en alemán de 1911 había utilizado el término alemán *Unternehmer*, que nunca llegó a arraigar porque su significado literal es "agente funerario"). El nombre de Schumpeter siempre estará ligado a la importancia del espíritu empresarial y a su modo de escribir sobre él, con tal conocimiento y vigor.

A principios de la década de 1920 Schumpeter dejó claro que el espíritu empresarial se daba tanto en las grandes y medianas empresas como en las pequeñas, a pesar de los obstáculos burocráticos que pudieran existir. A mediados del siglo XX, Schumpeter defendió que la innovación que se encuentra en el seno del caparazón de las sociedades empresariales existentes ofrece un acceso mucho más sencillo a las funciones del emprendedor que el que había existido en el mundo de las empresas gestionadas por sus propietarios. Muchos de los empresarios en potencia de hoy en día no crean una empresa, pero no por el mero hecho de que no poder hacerlo sino porque prefieren el otro método."[1]

Por consiguiente, "las nuevas personas" que fundaban "nuevas empresas" seguían siendo vitales pero ya no eran los únicos agentes de la innovación. En el seno de empresas más antiguas o de mayor tamaño también se podía llevar a cabo esta misma función económica. Los emprendedores todavía presentaban tipos personales reconocibles, pero la innovación podía (y dado el gran tamaño de algunas empresas a veces tenía que ser así) ser el resultado de la acción de equipos de personas. Entre tanto, el flujo continuo de energía que transferían los tipos de empresas de reciente creación que el propio Schumpeter prefería, seguía constituyendo la fuente vital de la creatividad económica.

La historia de la industria de las tecnologías de la información ratifica su pensamiento de una forma especialmente brillante (tanto las jóvenes y deshilvanadas empresas de Silicon Valley que o bien perecían, o bien conservaban su pequeño o mediano tamaño, como las otras empresas que crecían hasta convertirse en gigantes, como Hewlett-Packard, Intel, Oracle, Cisco Systems, Amazon, Google o Yahoo). Fuera de Silicon Valley se puede

aplicar el mismo patrón, evidentemente, a Microsoft o a Dell Computer, fundadas en 1975 y en 1984 por los adolescentes Bill Gates y Michael Dell, respectivamente.[2]

El pensamiento de Schumpeter ha tenido una influencia incalculable en el mundo de los negocios durante los últimos años del siglo XX y los primeros del siglo XXI. El término que acuñó de "destrucción creativa" se ha convertido en un término proverbial. Además, como todo tipo de empresas, de consultoras y de prensa económica han utilizado con tanta frecuencia el término "estrategia empresarial" (o algunas variantes como "estrategia corporativa"), éste ha alcanzado un estatus equivalente al de las finanzas o el marketing. Empresas de todo tipo han desarrollado "estrategias" explícitas para sí mismas, sobre todo desde la llegada de la globalización. Las principales preocupaciones de Schumpeter (la innovación, el espíritu empresarial y la creación de crédito) han tenido un papel destacado en la formulación de estas estrategias, al margen del tamaño más grande o más pequeño de una empresa.[3]

En las universidades la influencia más importante de Schumpeter no se ha sentido en los departamentos de economía sino que ha sido especialmente intensa en los de sociología, ciencias políticas o historia, donde se recomiendas sus obras con frecuencia. En mayor medida que en estas cuatro disciplinas tradicionales, sus ideas se han visto difundidas con mayor amplitud en el programa de las escuelas de negocios de posgrado de todo el mundo. Estas escuelas son mucho más numerosas hoy en día (casi siete veces más) que en la época en que Schumpeter murió y las labores de investigación que realizan se han vuelto mucho más rigurosas. En el siglo XXI todas las escuelas de negocios que gozan de buena reputación ofrecen numerosos cursos dedicados al espíritu empresarial, a la innovación y a la estrategia empresarial, y muchas de ellas albergan departamentos completos dedicados a estas materias.[4]

Schumpeter defendió el capitalismo con frecuencia y también las grandes empresas, al menos del modo en el que él las había conocido. Sin embargo, nunca habría excusado las conductas que se hicieron públicas con los escándalos de la década de 1990 y de los primeros años del siglo XXI: fraudes contables, sistemas de remuneración para los ejecutivos de carácter escandaloso, stock options antedatadas y otros tipos de saqueo de la tesorería de las empresas llevados a cabo por los mismos ejecutivos que se suponía que debían servirlas. Todas estas actuaciones implicaban una negación del sistema que Schumpeter había apoyado. También eran un recordatorio de la necesidad que tienen los reguladores públicos de llevar a cabo unas labores de vigilancia constante y de actuar de forma oportuna (elementos que Schumpeter, junto

con una gran mayoría de sus conciudadanos, subestimó persistentemente).

Ni tampoco habría visto con buenos ojos el déficit imprudente en el que incurrió el gobierno federal estadounidense durante la década de 1980 y, sobre todo, durante la primera década del siglo XXI, a pesar de su filosofía de baja imposición. Como tampoco le habría gustado el fomento del consumismo cortoplacista, ahíto de miles de millones de tarjetas de crédito que suman deudas personales gigantescas. En 2005 los Estados Unidos registraron una tasa de ahorro negativa por primera vez desde la Gran Depresión. Dado el énfasis que Schumpeter ponía en el ahorro y la inversión como carburantes del motor capitalista de la innovación, no habría visto tal evolución con otra perspectiva prácticamente que la de la incredulidad y el fastidio. Había insistido en la creación de crédito, pero no tenía en mente el préstamo de sumas colosales por parte de los bancos centrales de China y de Japón para financiar el déficit del gobierno americano y los excesos de los consumidores. Uno debe esperar que estas aberraciones sean transitorias, como así lo han sido la mayoría de otros episodios parecidos de la historia del capitalismo.

La naturaleza de los asuntos que interesaron a Schumpeter ha evolucionado desde el año 1950 a nuestros días debido a la transición constante que vive el capitalismo. Como profeta del cambio incesante que era, Schumpeter habría sido el primero que hubiera predicho esta posibilidad. Algunos de los problemas sobre los que trabajó (el dinero, los ciclos económicos) son menos acuciantes hoy en día y otros (la innovación, el espíritu empresarial, la creación de crédito) están más de actualidad. Las cuestiones más complicadas (como la naturaleza esencial del capitalismo y la distribución desigual de sus abundantes frutos) siempre merecerán la atención de cualquier persona que reflexione.

Durante gran parte de la vida de Schumpeter hubo dos asuntos cuya silueta amenazante fue particularmente amplia: la “cuestión del dinero” y los ciclos económicos. Hoy en día ambos se entienden mejor que en aquella época y, salvo algunas excepciones importantes, están más controlados. La gestión del dinero ha sufrido grandes cambios que se iniciaron durante la vida de Schumpeter. Los efectos acumulados de estos cambios, junto con el desarrollo de la globalización y de la tecnología informática, han sido poco menos que espectaculares. Hoy en día se mueven de forma rutinaria sumas inmensas de un país a otro de forma instantánea. Hay transacciones diarias que totalizan billones de dólares motivadas por reposicionamientos de empresas de un mismo grupo de una divisa importante a otra (sobre todo movimientos en dólares, euros y yenes), operaciones de compraventa de acciones y obligaciones y movimientos de fondos de gestión alternativa. Ni Schumpeter,

ni Keynes, ni cualquier otro economista de su generación previó movimientos de divisas tan veloces y de tal magnitud. Los bancos centrales de todos los países importantes poseen amplias plantillas de personal especializado que trabajan porque el sistema esté mejor controlado puesto que una gran parte de él es prácticamente imposible de regular. Sin embargo, este modelo de cambio continuo encaja perfectamente en la teoría general de Schumpeter sobre la innovación y la creación de crédito como piedras angulares del capitalismo.[5]

El segundo tema (los ciclos económicos) todavía es un asunto importante, pero en la actualidad ocupa una posición menos prominente que en la época de Schumpeter. El ascenso de las economías mixtas ha apuntalado el poder adquisitivo de todo el mundo industrializado. Todos los países desarrollados utilizan ahora políticas anticíclicas como el aumento y descenso de los tipos de interés por parte de los bancos centrales o el establecimiento de estabilizadores como la seguridad social, la sanidad, las prestaciones por desempleo y otro tipo de medidas. Quizá sea la economía mixta moderna el legado más importante del keynesianismo. Si constituye o no la figura del "capitalismo en una cápsula de oxígeno" o una consecuencia natural de una mayor opulencia no tiene mayor importancia, en 1943 Schumpeter afirmó que implicaba ambas cosas. Lo importante es que la economía mixta ha tendido a aplanar los ciclos económicos.[6]

Al preocuparles menos los ciclos económicos, los economistas han dirigido su atención a otros asuntos: el desarrollo de los mercados emergentes, los problemas de la globalización y el desempleo y una serie casi infinita de temas menos amplios, pero importantes, que se prestaban a una expresión exacta mediante el uso del álgebra y el cálculo matemático. El artículo periodístico conciso que aborda uno o dos pensamientos especializados y profundos ha reemplazado al libro y ha pasado a ser la especialidad de los economistas académicos. El camino general de la economía desde el año 1950 ha escrito un capítulo fascinante que a Schumpeter le habría gustado denominar "sociología económica". A principios de la década de 1960 los economistas pasaron a ser con diferencia los científicos más seguros de sí mismos de todos los que trabajaban en el ámbito académico de las ciencias sociales, aunque también se convirtieran (para su mayor reputación) en los más críticos consigo mismos.[7]

En los departamentos de economía actuales hay personas extremadamente inteligentes que realizan su trabajo cotidiano utilizando técnicas estadísticas y teorías matemáticas muy sofisticadas. Verifican hipótesis desconcertantes sobre cuestiones relativamente modestas aunque relevantes mediante el uso de modelos de investigación inteligentes y el análisis informático de grandes conjuntos de datos. En los programas de posgrado de mejor reputación no hay

ningún estudiante de economía que trabaje sin haber sido formado en el ámbito de las matemáticas avanzadas. A finales del siglo XX una encuesta de estudiantes de posgrado de las universidades de Harvard, Yale, MIT, Chicago, Stanford y Columbia obtuvo los siguientes resultados a la pregunta "¿Qué capacidades consiguen colocar a los estudiantes con mayor probabilidad en una vía de trabajo más rápida?": un 57 % respondió que el dominio de las matemáticas era muy importante y un 2 % lo consideró poco importante. En cuanto a tener un amplio conocimiento de la literatura económica, un 10 % dijo que era muy importante y un 43 % estimó que no era algo importante. En lo que a tener un conocimiento detallado de la economía se refiere, un 3 % respondió que era muy importante y un 68 % que carecía de importancia. Posiblemente, esto no era lo que Schumpeter tenía en mente cuando enarboló la bandera de un uso más extenso de las matemáticas en la ciencia económica.[8]

En el nuevo mundo de la economía académica, ni el emprendedor (*entrepreneur*) de Schumpeter como individuo, ni el espíritu empresarial como fenómeno, atrajo una gran atención. Para los profesores de los departamentos de economía de la mayoría de las grandes universidades, sobre todo en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, centrarse en estos temas, los favoritos de Schumpeter, se ha convertido en una manera rápida de quedarse sin trabajo. Esta evolución de las cosas derivaba de un aislamiento que la propia ciencia económica académica había generado para sí misma con respecto a la historia, la sociología y otras ciencias sociales. Representaba una tendencia que el mismo Schumpeter había vislumbrado y lamentado, pero que se había acelerado rápidamente durante las dos generaciones posteriores a su muerte.[9]

No obstante, una tendencia contraria surgió al mismo tiempo. Algunos economistas empezaron a lanzar investigaciones detalladas sobre la naturaleza de la innovación, el fenómeno en el que Schumpeter había hecho más hincapié. Los economistas que estudiaron este asunto se unieron a sociólogos, politólogos, psicólogos, historiadores y profesores de gestión empresarial de semejante mentalidad que buscaban respuestas a las preguntas que Schumpeter había formulado antes que ellos.

Por ejemplo, ¿qué es lo que empuja a la innovación?, ¿la mera perspectiva de hacer dinero? O, según había defendido Schumpeter anteriormente durante su carrera, ¿se trata de algo más que la "motivación del niño hedonista"? Schumpeter creía que los emprendedores innovadores también tenían un "deseo de conquista … Nuestro tipo de persona [una expresión reveladora que parece incluirle también a él] sale a la búsqueda de dificultades, de cambios que buscan un cambio, de la delicia de la aventura". Los varios cientos de

estudios de casos de innovación que se han realizado a finales del siglo XX y principios del siglo XXI han confirmado la tesis de Schumpeter. Había otras motivaciones más allá del dinero que habían impulsado la carrera de Carnegie, Thyssen o Ford, y lo mismo sucedió con emprendedores posteriores como Akio Morita, Estée Lauder, Andy Grove, Richard Branson, Steve Jobs u Oprah Winfrey.[10]

Una segunda serie de preguntas formuladas implícitamente en los escritos de Schumpeter era esta: ¿Las economías capitalistas tienden a promover los sistemas políticos democráticos y viceversa? ¿Debería preceder el desarrollo económico a la liberalización política como ha ocurrido recientemente en China o ser posterior, como en la India? Y la pregunta más seria de todas, los países que no tienen una fuerte tradición ni de capitalismo, ni de democracia, como Rusia, Ucrania, Egipto, el Congo o Arabia Saudita, ¿podrán lograr algún día competir con las democracias capitalistas? Si hubiera un "choque de civilizaciones", ¿se produciría éste entre por un lado la modernización más extendida (que representa mejor que nadie el capitalismo global) y por el otro lado el radicalismo retrógrado (cuyo mejor ejemplo lo constituye el terrorismo islámico)? ¿O por otro tipo de conflicto aún más amplio?

Por supuesto, no encontraremos las respuestas a estas preguntas en los escritos de Schumpeter. Sin embargo, sí hallaremos abundantes meditaciones enriquecedoras sobre los asuntos que subyacen en estas cuestiones, sobre todo en *Ciclos económicos* y en *Capitalismo, socialismo y democracia*. En palabras de un estudiante suyo, Schumpeter compartía una perspectiva histórica sobre la dinámica capitalista con Karl Marx, pero sus verdaderos ancestros intelectuales eran pensadores todavía más profundos, como Platón, San Agustín y Santo Tomás de Aquino.[11]

Schumpeter consideraba que la "visión" ideológica guiaba todas las elecciones de temas de los analistas y a veces modelaba ciertos tipos de conclusiones. A una edad temprana eligió el capitalismo como su tema central porque llegó a comprender intuitivamente las posibilidades únicas que tenía de promover el crecimiento económico. Y cuanto más trabajó en el tema (cuanto más indagó en sus dimensiones empíricas y comparativas), más convencido estuvo de que los elementos creativos del capitalismo valían más que los destructivos. Aunque la destrucción fuera dolorosa, era el precio necesario que había que pagar por el progreso creativo hacia una vida material mejor. No obstante, la secuencia correcta resulta vital: primero la innovación creativa y después la destrucción de los obstáculos que yacen en su camino.

La profundidad de la comprensión de Schumpeter de este fenómeno se vuelve evidente cuando los líderes desorientados intentan invertir esta

secuencia. Al inicio de la Revolución Cultural de China de la década de 1960, por ejemplo, el eslogan que enarbolaba Mao Tse Tung era: “Destruye primero y la construcción se ocupará de sí misma”. Era exactamente lo contrario a la destrucción creativa schumpeteriana y el resultado fue catastrófico: la muerte de al menos un millón de personas, el desplazamiento de muchas más y una larga lista de otras calamidades que incluyeron la devastación del sistema de educación nacional. Durante toda una década la destrucción irreflexiva de casi todo imposibilitó la creación de cualquier cosa. Únicamente cuando los impulsos creativos de Deng Xiaoping y otros sucesores de Mao destruyeron la propia Revolución Cultural llegó entonces a ser posible que se liberara el enorme potencial humano de China. Y no es algo fortuito que el camino elegido fuera el de una economía de mercado schumpeteriana que promoviera la innovación, el espíritu empresarial y la creación de crédito. Queda por ver si este camino puede perdurar a largo plazo en un entorno de grave represión política y de gran intervención gubernamental.

En el artículo sobre el capitalismo que Schumpeter escribió para la *Encyclopaedia Britannica* dedicó tres de las nueve secciones del mismo a temas que agrupó bajo los siguientes encabezados: “The Class Structure of Capitalist Society”, “Exploitation and Inequality” y “Unemployment and Waste” (“La estructura de clases de la sociedad capitalista”, “La explotación y la desigualdad” y “El desempleo y el desaprovechamiento”). Daba por seguro que los abusos serios eran tan ineludibles en los sistemas capitalistas como en el resto de sistemas. Durante muchos siglos la mente de las personas había “reaccionado con respecto al fenómeno del capitalismo de modo muy parecido a nuestro tiempo. Clamaban en contra de la usura, la especulación, los monopolios comerciales e industriales, el acaparamiento de activos y otro tipo de abusos y los argumentos que utilizaban no eran (tanto por su contenido de sentido común como por su parcialidad) ni mucho peores, ni mucho mejores que los alegatos populares del siglo XX. Los gobiernos reaccionaban de manera acorde a través de la regulación.” Este modelo era natural, predecible y defendible. La interferencia del gobierno se basaba totalmente en el objetivo de mantener intacto el motor capitalista. Schumpeter nunca fue un economista tan meditadamente conservador como muchos de sus contemporáneos creían. Su colega John Kenneth Galbraith lo describió en 1986 como “el conservador más refinado de este siglo”.[12]

Schumpeter consideraba la desigualdad de oportunidades como algo inaceptable pero también sostenía que los resultados producidos por la desigualdad de esfuerzos eran merecidos. En resumidas cuentas, pensaba que la disparidad de ingresos no solo era algo inevitable en la sociedad capitalista sino que además era algo eficaz para el estímulo de la innovación. El dinero no era la única motivación de los emprendedores, pero era una motivación

bastante grande y también era una manera de mantener las distancias entre personas que gozaban de un éxito extremo. “La importancia de la desigualdad en el escalón de ingresos más elevado debe poder advertirse particularmente. Un éxito espectacular único puede atraer a muchos más cerebros y medios a una industria que los que atraería la misma suma dividida de forma más igualitaria. En este sentido deberían modificarse las perspectivas actuales sobre remuneraciones innecesaria o disparatadamente elevadas y sobre el coste total para la sociedad del rendimiento empresarial.”[13]

En este caso Schumpeter afirma algo importante y muy sutil: los beneficios que la sociedad recibía de las innovaciones de peso y los beneficios abundantes que atesoraban los emprendedores que salían vencedores debían también medirse en función de los costes totales de tiempo y dinero invertido en la misma industria por los emprendedores que habían perdido. Estos últimos no recibían ningún tipo de retribución por sus esfuerzos, pero su presión competitiva espoleaba a los ganadores hasta la victoria, para mayor beneficio de la sociedad. Que los ganadores recibieran toda la retribución era un mero detalle, un detalle temporal además puesto que el elemento “que hacía caer la competencia” terminaba por reducir ese beneficio cuando los imitadores copiaban la innovación.

El valor del énfasis que Schumpeter ponía en la innovación, el espíritu empresarial, la estrategia empresarial, la destrucción creativa y un crédito abundante como fuentes de crecimiento económico no llegó a estar completamente claro hasta finales del siglo XX, mucho después de su muerte. Durante sus años de vida no había existido ninguna escuela schumpeteriana como había sido su deseo. Sin embargo hoy en día existe una. No tienen una localización única, ni está confinada a una única disciplina. Muchos economistas, sociólogos, historiadores, politólogos, profesores de gestión empresarial y otros académicos son tímidamente schumpeterianos. Y todos los innovadores capitalistas son schumpeterianos, tanto si son conscientes de ello como si no.

Durante la década de 1980, mientras la innovación y el espíritu empresarial ganaban una mayor prominencia, los escritos de Schumpeter empezaron a hallar un público más amplio y, en las décadas posteriores, esta tendencia se acentuó. El derrumbamiento de las economías controladas del centro y del este de Europa y el destacado rendimiento económico de China, India y otros países asiáticos planteó problemas prácticos intensos sobre la naturaleza de la innovación y el espíritu empresarial y la relación entre las empresas y el gobierno.

Mientras tanto, en los Estados Unidos el incremento espectacular de los mercados de valores durante el final de la década de 1980 y la década de 1990

avivó un nuevo y sostenido interés en la anatomía del capitalismo. Durante la década de 1980 el Dow Jones Industrial Average alcanzó la barrera de 1.000 puntos por primera vez en su historia y a continuación se disparó hasta los 11.000 en 1999. La terminología que anteriormente había sido utilizada por los hombres de negocios (OPV, capital riesgo, mercados emergentes) se convirtió en un tema de conversación de la hora de comer de los ciudadanos corrientes.[14]

En este escenario el trabajo pionero de Schumpeter sobre la innovación y el espíritu empresarial adquirió un interés nuevo y persuasivo. Los periodistas y los estudiosos comenzaron a encontrar en sus escritos respuestas a sus propias preguntas o indicaciones valiosas para nuevos caminos de investigación. En 1983, primer centenario del nacimiento de Schumpeter y Keynes, Forbes proclamó a Schumpeter, y no a Keynes, como mejor guía para seguir los rápidos cambios económicos que asaltaban al mundo.[15]

En 1984 un profesor alemán escribió exactamente lo mismo en la *American Economic Review*. Sostenía que la era de Schumpeter estaba reemplazando la era de Keynes. Pronto hubo numerosos artículos que empezaron a aparecer en publicaciones profesionales sobre este tema y la prensa popular siguió esta tendencia. En diciembre de 2000 *Business Week* publicó un artículo de dos páginas sobre Schumpeter que tituló "America's Hottest Economist Died 50 Years Ago" (El economista estadounidense más atractivo murió hace 50 años). En el siglo XXI las bases de datos informáticas empezaron a registrar más referencias a las obras de Schumpeter que a las de Keynes, una situación que habría resultado inconcebible hacía apenas unos años.[16]

En 1986 un grupo de estudiosos fundaron la International Schumpeter Society. En la primera década del siglo XXI contaba con cuatrocientos miembros de más de treinta países y de al menos media decena de disciplinas académicas. Esta asociación se reúne cada dos años y el fruto de la reunión suele ser la publicación de un libro con artículos de estudiosos destacados. Además, otorga un premio a la mejor publicación que siga la tradición schumpeteriana.[17]

Otro escaparate habitual más es la publicación trimestral *Journal of Evolutionary Economics* que está explícitamente especializada en temas schumpeterianos. También hay artículos con influencias de los escritos de Schumpeter que aparecen con frecuencia en *The Journal of Institutional Economics, Economic Development and Cultural Change, The Journal of Economic History, The Business History Review* y otras publicaciones trimestrales. Las destrucción creativa de Schumpeter quizá sea la metáfora más ampliamente utilizada en la literatura económica contemporánea. (Su búsqueda en Google arroja un número de referencias astronómico). La frase

también ha pasado a figurar en los títulos de obras de ámbitos distintos de la economía y los negocios, como la historia y la literatura.[18]

Después de la muerte de Schumpeter, el departamento de economía de Harvard comenzó a otorgar un premio anual en su memoria a un estudiante destacado, cuya dotación estuvo financiada con el dinero que Elizabeth Schumpeter y los amigos de su marido habían donado. Desde la década de 1990, la Universidad de Graz patrocina una serie de conferencias de carácter anual llamadas las Conferencias Schumpeter, organizadas por un estudioso destacado y en las que han intervenido oradores de muchos países distintos. La Graz Schumpeter Society supervisa este programa y se ocupa del mantenimiento de una página web con sus actividades.[19]

Schumpeter personificaba la humanización de su disciplina quizá más que cualquier otro teórico económico de primera línea. Después de una pugna que duró toda su vida, llegó a la conclusión de que la economía exacta era algo tan inalcanzable como la historia exacta, ya que cualquier historia humana que siga una trama predeterminada no es nada más que una historia de ficción. No existen dos situaciones económicas reales que sean siempre exactamente iguales debido a la combinación infinita de influencias en la conducta humana. Las mejores matemáticas del mundo no pueden producir una prueba económica satisfactoria que sea completamente equiparable a las que existen en la física o en las matemáticas puras. Hay demasiadas variables porque la conducta humana y su indeterminación siempre están involucradas. Según observó el Premio Nobel de Economía de 1944 Douglass North: “El precio que hay que pagar por la precisión es la incapacidad de tratar cuestiones del mundo real”.[20]

A menudo la mejor alternativa para expresar lo que uno sabe sobre el mundo no es una ecuación sino una narración, una historia con personajes reales que afrontan algún tipo de dilema. Los programas de las escuelas de negocio, a diferencia de los programas de la mayoría de departamentos de economía, contienen muchas clases basadas en historias (por lo general, estudios de casos de la vida real) diseñadas para ilustrar puntos concretos sobre la innovación, las finanzas, el marketing, la estrategia, el espíritu empresarial, la ética o la gestión en general. Al final de una formación típica de MBA, al margen de otros defectos que pueda tener, los estudiantes han afrontado cientos de estos casos y el efecto acumulativo es el de haber vivido los dilemas y elecciones que afrontan a diario los hombres de negocios. En este caso Schumpeter también habló de nuevo directamente de la experiencia humana de la vida económica. Puso rostros humanos inolvidables al fenómeno del capitalismo a través de su descripción de la sensación de los hombres de negocios que están pisando un terreno que se desmorona bajo sus

pies y sus retratos de ciertos empresarios (y de economistas concretos).[21]

Justo después de su muerte, uno de los colegas de Schumpeter de Harvard comentó que había tratado las cuestiones económicas más arduas de su época "de una forma que podríamos describir legítimamente como grandiosa". En 1981, treinta años más tarde, Paul Samuelson escribió que "un siglo después del nacimiento de Schumpeter sus escritos nos parecen capitales y los tratamos como contribuciones vivas a un debate contemporáneo". En 1984, otro economista señaló que "hoy, como cualquier otro día que se recuerde, resulta fácil admirar el paladar de Schumpeter para elegir los problemas objeto de estudio". Y más tarde Robert Heilbroner, otro economista, escribiría en su superventas *Vida y doctrina de los grandes economistas* que más que ningún otro gran economista descrito en su libro, Schumpeter "nos habla con una voz que es inconfundiblemente contemporánea".[22]

Schumpeter nunca fue alguien limitado y siempre fue algo más que un economista. Tres de sus libros (*Teoría del desarrollo económico, Capitalismo, socialismo y democracia* e *Historia del análisis económico*) todavía están a la venta en muchas lenguas y en ediciones de bolsillo. Todos ellos y particularmente *Capitalismo, socialismo y democracia*, son libros eternos. Como Schumpeter en ocasiones escribió de modo irónico o contradiciéndose, es imposible estar de acuerdo o en desacuerdo con todo lo que decía. La experiencia de leer sus libros es similar a escuchar las sinfonías de Beethoven o a contemplar las pinturas de Picasso: siempre se cuestionan, a veces de forma irritante, pero nunca sin interés. Da igual el número de veces que se repita esta experiencia, siempre parece que hay algo nuevo por descubrir.

Notas

Se utiliza HUA como abreviatura de Harvard University Archives.

Prefacio

1. Comparación de cifras de ingresos brutos en dólares ajustados según la inflación desde 1800 correspondientes a los Estados Unidos. Los datos de ingresos de los últimos 200 años se han extraído de la siguiente obra: Maddison, Angus: *Dynamic Forces in Capitalist Development*. Nueva York: Oxford University Press, 1991, pp. 6-7, que el propio Maddison ha actualizado en obras posteriores. Se puede encontrar más información en McCraw, Thomas K., editor: *Creating Modern Capitalism: How Entrepreneurs, Companies, and Countries Triumphed in Three Industrial Revolutions*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997, capítulos 1 y 13. Las comparativas de renta per cápita de Alemania, Austria y la República Checa (y de otros 120 países aproximadamente) están disponibles en el informe anual del Banco Mundial: *World Development Report*. Nueva York: Oxford University Press. Los porcentajes mencionados para la República Checa, Austria y Alemania están expresados como diferencias de paridad de poder adquisitivo y no como comparación de los ingresos nominales donde las diferencias serían mucho mayores. Las estadísticas citadas para períodos anteriores al siglo xix proceden de fuentes dispersas, pero suponen las mejores estimaciones que muchos estudiosos de esta materia han podido realizar. Además de las obras de Angus Maddison citadas anteriormente véanse, por ejemplo: Baumol, William J., Batey Blackman, Sue Anne y Wolff, Edward N.: *Productivity and American Leadership: The Long View*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1989, p. 12, o Bairoch, Paul: "Was There a Large Income Differential before Modern Development?", en Bairoch: *Economics and World History: Myths and Paradoxes*. Chicago: University of Chicago Press, 1993, pp. 101-110.

2. La cita en inglés de Marx y Engels procede de la siguiente edición: *The Manifesto of the Communist Party*, impreso en Eugene Kamenka, ed.: *The Portable Karl Marx*. Nueva York: Penguin [Viking Portable Library], 1983, p. 209. Schumpeter escribiría más tarde: "Lo primero que hay que decir sobre la 'adecuación económica' del [*Manifiesto* es que] Marx sacó a la luz un panegírico sobre los logros de la burguesía que no tiene parangón en toda la literatura económica." Véase: Schumpeter: "The Communist Manifesto in Sociology and Economics", en *Journal of Political Economy* 57, junio de 1949, pp. 199-212, publicado de nuevo en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951; la cita aparece en la página 301.

3. Viner, Jacob: "Schumpeter's *History of Economic Analysis*: A Review Article", en *American Economic Review* 44, diciembre de 1954, p. 894.

1ª PARTE
Prólogo: Quién fue y qué hizo

1. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Brothers, 1942, p. 83; Schumpeter: *Business Cycles: A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Proces*s, dos volúmenes. Nueva York: McGraw-Hill, 1939, II, p. 1033.

2. Fitzgerald: *The Crack-up*. Nueva York: Scribner, 1936. La caracterización "tecnorromántica" es obra del escritor vienés Karl Kraus y aparece citada en Timms, Edward: "Images of the City: Vienna, Prague and the Intellectual Avant Garde", en Pysent, Robert B., ed.: *Decadence and Innovation: Austro-Hungarian Life and Art at the Turn of the Century*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1989, p. 3.

3. Cain, Peter: *Economic Journal* 102, 1992, p. 1543, una revisión de la obra: Swedberg; Richard: *Joseph A. Schumpeter: His Life and Work*. Oxford: Polity Press, 1992; libro publicado en Estados Unidos por Princeton University Press en 1991 con el título *Schumpeter: A Biography*.

4. Hay una descripción física de Schumpeter en Galbraith, John Kenneth: *A Life in Our Times: Memoirs*. Boston: Houghton Mifflin, 1981, pp. 48-49.

El comentario de que Schumpeter tardaba una hora en vestirse lo relata Frank Whitson Fetter, hijo del economista de Princeton Frank Fetter, en "An Early Memory of Joseph Schumpeter", en *History of Political Economy* 6, primavera de 1974, pp. 92-94. Para el resto de citas véase el diario de Schumpeter (1932), hojas sueltas y escritos de Schumpeter. HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivo 7, carpeta Ca. 32-33, HUA, que en adelante se citará como Diario de Schumpeter; Allen, Robert Loring: Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter, dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, p. 294; y la carta de Schumpeter a E. R. A. Seligman de 23 de noviembre de 1913, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2.000, p. 53.

5. La evolución de la perspectiva de Schumpeter es uno de los temas de este libro. Véase también: Santarelli, Enrico y Pesciarelli, Enzo: "The Emergence of a Vision: The Development of Schumpeter's Theory of Entrepreneurship", en *History of Political Economy* 22, invierno de 1990, pp. 677-696; y Reisman, David: *Schumpeter's Market: Enterprise and Evolution*. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 2004, cap. 2.

6. Carta de Schumpeter a Galbraith de 28 de octubre de 1948, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 366.

7. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 137.

8. Schumpeter: "Capitalism", en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: En-cyclopaedia Britannica, 1946, v. I, p. 801.

9. La cita es de Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 555. Se puede encontrar un breve debate sobre el espíritu empresarial, con definiciones útiles, en Stevenson, Howard H.: "A Perspective on Entrepreneurship", en Stevenson, H. H., Roberts, Michael J. y Grousbeck, H. Irving, eds.: *New Business Ventures and the Entrepreneur*. Homewood, Illinois: Irwin, 1985, pp. 2-15.

10. Diario de Schumpeter, 30 de junio de 1944, anotación en un diario, archivo 4, carpeta de 1944, 30 de junio de 1944.

11. No es mi intención distorsionar las posturas de Smith o de Marx en este punto; más tarde ambos autores serán abordados en este libro. La perspectiva de Marx, según deja bastante claro el propio Schumpeter en los primeros cuatro capítulos de *Capitalismo, socialismo y democracia*, es que el emprendedor burgués era una persona que había obtenido logros casi milagrosos y que iba a revolucionar el mundo. Sin embargo, en la equivocada profecía de Marx el emprendedor sería a buen seguro destronado por el hombre común a través de la "dictadura del proletariado"; la destrucción del capitalismo era pues una cuestión histórica inevitable. Schumpeter creía que Marx no conseguía distinguir entre verdaderos emprendedores, por un lado, y "expropiadores" capitalistas, por el otro.

12. Schumpeter: *History of Economic Analysis*, p. 1171. Para un análisis clásico de las implicaciones sociales de la transformación de las sociedades occidentales en economías de mercado, véase Polanyi, Karl: *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Nueva York: Rinehart, 1944. Al igual que Schumpeter, que le llevaba tres años, Polanyi era un ciudadano vienés que abandonó Austria durante la década de 1930. Adquirió la nacionalidad británica y enseñó en las universidades de Oxford y Londres.

13. Como era de esperar, hay una bibliografía muy amplia y diversa sobre la materia. Uno de los argumentos más completos y de mayor calidad es el que aparece en Friedman, Benjamin M.: *The Moral Consequences of Economic Growth*. Nueva York: Knopf, 2005. Como muchos otros defensores del crecimiento, Friedman advierte de la mala distribución de la riqueza y de las rentas.

14. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 67-68.

1. Dejando el hogar

1. Después de la creación del nuevo estado de Checoslovaquia en 1921, el nombre de la ciudad se cambió de su forma alemana, Triesch, a la checa, T est', que se pronuncia "Tzescht" o de forma más sencilla para los hablantes de español, "Chescht".

2. Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, p. 8.

3. Kann, Robert A.: *The Multinational Empire: Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy*, obra en dos volúmenes. Nueva York: Columbia University Press, 1950, II, p. 302; Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, pp. 7-14.

4. Iglau, que hoy en día se nombra por su nombre checo, Jihlava, también fue la ciudad de nacimiento de Gustav Mahler. Nació justo un año antes que Johanna en una familia judía empobrecida. Llegaría a ser un compositor célebre además de director de la Ópera Imperial de Viena, uno de los mejores puestos a los que podía aspirar un músico.

5. El piso de Mozartgasse fue su segunda residencia, a la que se mudaron pocos meses después. Mientras tanto vivieron en un inmueble más pequeño.

6. Swedberg: *Schumpeter: A Biography*, pp. 6-8; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 7-14. La nacionalidad de una persona en rara ocasión era un asunto sencillo en el vasto y alargado Imperio austrohúngaro. Un contemporáneo de Schumpeter, Ödön von Horváth, que escribió las famosas *Historias de los bosques de Viena*, dijo en cierta ocasión lo siguiente: "Tengo un pasaporte húngaro pero no tengo patria. Soy una mezcla muy típica de la vieja Austria-Hungría: al mismo tiempo soy magiar, croata, alemán y checo. Mi país es Hungría y mi lengua materna el alemán." Schumpeter podría haber dado una descripción del mismo tipo de sí mismo. Véase la cita de Horváth en Rupnik, Jacques: "Central Europe or Mitteleuropa?", en *Daedalus* 119, invierno de 1990, p. 251.

   El Imperio austrohúngaro de la familia de los Habsburgo no contenía ninguna entidad geográfica que se llamara "Austria" y que coincidiera con las fronteras del país actual. Utilizaré el término "Austria" para hacer referencia a aquella parte del Imperio que antes de la I Guerra Mundial abarcaba todos los dominios de los Habsburgo a excepción de Hungría y para referirme a la pequeña República de Austria después de la guerra para beneficio del lector. También me valdré del término "Imperio" con libertad aunque los estudiosos discrepen incluso en cuanto a si las tierras de los Habsburgo en su conjunto deberían denominarse imperio para diferenciarlas de un reino o monarquía concreto.

7. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 15-18; Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 4 y 78n3.

8. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 17-18.

9. Haberler, Gottfried: "Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 25. Se trata de un volumen que recoge 20 artículos publicados en homenaje a Schumpeter bajo el auspicio de la *Review of Economics and Statistics*, 15 de los 20 primeros aparecieron en la edición de mayo de 1951.

10. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 20-23; II, p. 229.

11. Johnston, William M.: *The Austrian Mind: An Intellectual and Social History*, 1848-1938. Berkeley: University of California Press, 1972, pp. 66-69.

12. Algunos autores han afirmado que el propio Schumpeter era antisemita y se podía llegar a una primera conclusión en este sentido con las observaciones que de vez en cuando hacía y con las anotaciones de su diario. Además había vivido en ambientes antisemitas como el de la Viena en la que había crecido y el que se había encontrado en Harvard. Véase, por ejemplo, Semmel, Bernard: "Schumpeter's Curious Politics", en *The Public Interest* 106, invierno de 1992, pp. 3-16; Reder, Melvin W.: "The Anti-Semitism of Some Eminent Economists", en *History of Political Economy* 32,

año 2.000, pp. 834-856, que construye una acusación bastante fundamentada contra John Maynard Keynes, otra menos sustentada contra Schumpeter y una que no tiene base alguna contra Friedrich von Hayek, los tres economistas a los que acusa de antisemitismo; Medearis, John: *Joseph Schumpeter's Two Theories of Democracy*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2001. Estos tres autores basan su argumentación de manera muy acusada en *Opening Doors*, la biografía de Schumpeter que escribió Robert Loring Allen cuyos juicios son mucho más equilibrados, pero que aún así le llevan a la conclusión de que Schumpeter tendía en ocasiones hacia el antisemitismo. Las propias pruebas en las que se basa Allen proceden principalmente de los diarios de Schumpeter. Estas críticas podrían ser ciertas pero la acusación de antisemitismo es una acusación tan grave que la ratificación de la misma parecería exigir algo más cercano a unas pruebas cuyos resultados "estén más allá de cualquier duda razonable". Ninguno de los cuatro autores, ni siquiera Allen, se acerca de ningún modo a este punto. Ninguno de ellos es suficientemente exhaustivo o imaginativo en sus pensamientos sobre este asunto y todos descuidan un conjunto sustancial de pruebas que apuntan a la conclusión opuesta. Esas pruebas se pueden resumir del siguiente modo: muchos de los contemporáneos de Schumpeter cuando estaba en Viena pensaban que era amigo de los judíos (*Judenfreund*) o que sentía atracción por lo judío. En las esferas políticas de Viena, miembros influyentes del partido sociocristiano y de otros grupos conservadores le consideraban insuficientemente antisemita. Y lo que es más importante, durante toda su vida hubo un gran número de amigos judíos que le proporcionaron un apoyo indispensable en etapas cruciales de su carrera o que, ya fueran estudiantes o colegas suyos, le expresaron su gratitud por el sostén que Schumpeter había supuesto en sus carreras. Entre ellos están Gustav Stolper, Rudolf Hilferding, Emil Lederer, Otto Bauer, Hans Kelsen, Frank Taussig, Wassily Leontief, Wolfgang Stolper, Hans Singer, August Lösch, Paul Samuelson, Seymour Harris, Abram Bergson y muchos otros. Los progenitores de la mayoría de estas personas que le apoyaron o que recibieron su apoyo eran ambos judíos o a veces solo uno de ellos lo era. Algunos practicaban la fe que habían heredado, otros eran agnósticos y algunos se convirtieron al cristianismo. Lo mismo puede decirse de numerosos estudiosos judíos a los que Schumpeter ayudó a encontrar un trabajo después de que emigraran a Europa en la década de 1930.

Por supuesto, hay mucha documentación que confirma que el antisemitismo no es incompatible con relaciones de amistad con algunos judíos concretos. Sin embargo, un modelo profundo y a largo plazo de protección activa, en ambos sentidos, es algo muy distinto. Para una defensa bien documentada (y airada) del supuesto de que Schumpeter no era antisemita, véase Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, pp. 10-12 y 217.

En este libro expongo las pruebas que he encontrado sobre este tema e invito a los lectores a que saquen sus propias conclusiones. En mi opinión, las pruebas muestran que Schumpeter tenía prejuicios (era un elitista que tenía una estima excesiva por los aristócratas, por ejemplo) pero ninguno de estos prejuicios pueden considerarse como antisemitas. Era extraordinariamente tolerante y abierto para su época y estimaba los logros y el talento aisladamente mucho más que cualquier otro factor.

13. Johnston: *The Austrian Mind*, pp. 68-69.

14. Schumpeter: "Ships in the Fog", Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.3, Misc. personal writings and notes, archivo 1, Material for Ships in the Fog, HUA. Este importante documento es extraordinariamente difícil de leer. Está escrito con una letra diminuta a lápiz que a menudo resulta ilegible en unas hojas pequeñas de papel amarillo. Schumpeter escribió estas anotaciones de manera intermitente a mediados y a finales de la década de 1930 y aunque la mayor parte está en inglés hay fragmentos en francés, alemán y el método de taquigrafía hoy en día obsoleto de Gabelsberger. Hay partes del manuscrito (que tiene un total de 32 páginas) que contienen diálogos de amantes, otros que tienen relación con trabajos de negocios o del gobierno que el protagonista ha aceptado o está considerando y algunas listas de escenas estaban escritas a grandes rasgos y aparentemente tenía pensado completarlas más tarde.

15. Ibíd.

16. Samuelson, Paul A.: "Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist" en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, pp. 48-49; Samuelson: "Joseph A. Schumpeter", en *Dictionary of American*

Biography. Nueva York: Scribner, 1977, cuarto suplemento, p. 722. Para disfrutar de una introducción sencilla a la cuestión de la identidad y a algunas perspectivas nuevas sobre la dificultad de conseguir un conocimiento de sí mismo preciso, véase Wilson, Timothy: *Strangers to Ourselves: Discovering the Adaptive Unconscious*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2002.

2. La configuración de la personalidad

1. De entre la numerosa bibliografía académica en torno a Viena y el Imperio austrohúngaro, he hallado especialmente útiles las siguientes obras: Johnston, William M.: *The Austrian Mind: An Intellectual and Social History, 1848-1938*. Berkeley: University of California Press, 1972; Spiel, Hilde: *Vienna's Golden Autumn, 1866-1938*. Nueva York: Weidenfeld and Nicolson, 1987; Schorske, Carl E. *Fin de Siècle Vienna: Politics and Culture*. Nueva York: Knopf, 1979; Janik, Allan y Toulmin, Stephen: *Wittgenstein's Vienna*. Nueva York: Simon & Schuster, 1973; Le Rider, Jacques, traducción de Ralph Manheim: "Between Modernism and Postmodernism: The Viennese Identity Crisis", en Timms, Edward y Robertson, Ritchie, eds.: *Vienna 1900: From Altenburg to Wittgenstein*. Edimburgo: Edinburgh University Press, 1990, pp. 1-10; May, Arthur J.: *Vienna in the Age of Franz Josef*. Norman: University of Oklahoma Press, 1966; Kann, Robert A.: *A History of the Habsburg Empire, 1526-1918*. Berkeley: University of California Press, 1977; Macartney, C. A.: *The Habsburg Empire, 1790-1918*. Londres: Macmillan, 1969; May, Arthur J.: *The Habsburg Monarchy, 1867-1914*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951; Taylor, A. J. P.: *The Habsburg Monarchy, 1809-1918: A History of the Austrian Empire & Austria-Hungary*. Nueva York: Harper & Row, 1965; Bridge, F. R.: *The Habsburg Monarchy among the Great Powers, 1815-1918*. Nueva York: St. Martin's Press, 1991; Sked, Alan: *The Decline and Fall of the Habsburgs, 1815-1918*. Londres: Longman, 1989; Williamson, Samuel R. Jr.: *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*. Nueva York: St. Martin's Press, 1991.

Hay otros libros con información al respecto aunque menos académicos entre los que están: Magris, Claudio: *Danube*, traducción de Patrick Creagh. Londres: Collins Harvill, 1989, que evoca de forma agradable la situación que vivían las antiguas regiones del Imperio de los Habsburgo a finales del siglo xx; y otros dos libros de Frederic Morton: *A Nervous Splendor: Vienna 1888/1889*. Boston: Little, Brown, 1979 y *Thunder at Twilight: Vienna, 1913/1914*. Nueva York: Scribner, 1989. La novelista Sarah Gainham ha retratado muy bien el ambiente de las clases superiores de Viena en ese período en su libro de ensayos *The Habsburg Twilight: Tales From Vienna*. Nueva York: Atheneum, 1979. Asimismo, puede consultarse también la obra de Felix Somary, un amigo de Schumpeter, traducida por A. J. Sherman: *The Raven of Zürich: The Memoirs of Felix Somary*. Nueva York: St. Martin's Press, 1986, caps. 1-10.

2. Esta reconstrucción se realizó para "proclamar", en palabras de Carl E. Schorske, "la relación histórica existente entre la cultura racional y moderna y el resurgimiento de un aprendizaje secular que sucedía a la larga noche de la superstición medieval". Schorske: *Fin de Siècle Vienna*, pp. 8, 26, 38-40 y 46. Véase también: Muschamp, Herbert: *New York Times*, edición del domingo 2 de junio de 2002, p. 30, sección de Arte y Arquitectura, que utiliza el término de Schumpeter de "destrucción creativa".

3. Timms, Edward: "Images of the City: Vienna, Prague, and the Intellectual Avant-Garde", en Pysent, Robert B., ed.: *Decadence and Innovation: Austro-Hungarian Life and Art at the Turn of the Century*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1989, p. 3. En este caso Timms no solo se refiere a Austria sino que también se refiere a Alemania.

4. La película *El tercer hombre*, un clásico de 1949 que discurría en el escenario de la Viena de la posguerra de la II Guerra Mundial, familiarizó al público internacional con la rueda de Ferris.

5. Mahler y Johanna nacieron en el mismo lugar (Jihlava) y prácticamente en el mismo período de tiempo aunque obviamente no se conocieron.

6. Zweig, Stefan: *The World of Yesterday: An Autobiography*. Londres: Cassell, 1943, pp. 21-22.

7. Edward Timms escribió que algunas de las tradiciones del Imperio se parecían "a un intento grandioso por detener el tiempo". Timms: "Images of the City: Vienna, Prague, and the Intellectual Avant-Garde", p. 3. Karl Wittgenstein, padre del filósofo Ludwig Wittgenstein, proporcionó la financiación principal para la creación del Museo Secesionista cuyos muros todavía están adornados con murales del gran pintor vienés Gustav Klimt.

8. Spiel: *Vienna's Golden Autumn, 1866-1938*, p. 150. Véase también Segel, B.: *The Vienna Coffeehouse Wits, 1890-1938*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press, 1993.

9. "En la década de 1890 los héroes de la clase media alta ya no eran los líderes políticos sino los

actores, los artistas y los críticos". Véase Schorske: *Fin de Siècle Vienna*, pp. xviii, 8.

A tenor del recurrente antisemitismo del mundo político de Viena, resulta especialmente irónico que la mayor parte del renacimiento cultural estuviera liderado por los judíos: en la música por Arnold Schönberg y Gustav Mahler; en la política por Viktor Adler y Otto Bauer; en la literatura por Stefan Zweig y Karl Kraus; en el psicoanálisis por Sigmund Freud.

10. Twain, Mark: "Stirring Times in Austria", en *Harper's New Monthly Magazine 96*, edición de marzo de 1898, p. 530.

11. El Emperador generalmente prefería que le llamaran con el nombre anglosa-jonizado de Francis Joseph aunque muchos de sus contemporáneos le llamaran Franz Josef o, a veces, Franz Joseph.

El Imperio austrohúngaro, con sus 620.000 kilómetros cuadrados, era un 15 % más extenso que el Imperio alemán, que tenía 540.000 kilómetros cuadrados. (En comparación, el Estado de Texas en los Estados Unidos tiene casi 700.000 kilómetros cuadrados, la Alemania actual, alrededor de 360.000 kilómetros cuadrados y la Austria de nuestros días, unos 84.000).

El preámbulo de los decretos procedentes del palacio vienés del emperador Francisco José empezaba así: "Por gracia del magnánimo emperador de Austria, rey de Hungría, Bohemia, Dalmacia, Croacia, Eslabona, Galicia, Lodomeria e Iliria, rey de Jerusalén, archiduque de Austria, gran duque de la Toscana y Cracovia, duque de la Lorena, Salzburgo, Estiria, Corintia, Carniola y Bucovina, gran duque de Transilvania, margrave de Moravia, duque de la Alta y Baja Silesia, Módena, Parma, Plasencia y Guastalla, Ausschwitz [sic] y Sator, Teschen, Friaul, Ragusa y Zara, conde real de Habsburgo y del Tirol, Kiburgo, Gorizia y Gradisca, duque de Trient y Brixen, margrave de la Alta y Baja Lusacia y de Istria, conde de Hohenembs, Feldkirch, Bregenz, Sonnenberg, etcétera, señor de Trieste, Cattaro y de la marca de Windisch, gran voivoda de la voivodía de Serbia, etcétera, etcétera."

En relación con el tema de la identidad de algunos de estos dominios, véase Bruckmüller, Ernst: (traducción de Nicholas T. Parsons): "The National Identity of the Austrians", capítulo 8 de Teich, Mikulás y Porter, Roy ed.: *The National Question in Europe in Historical Context*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993, especialmente las páginas 202-204 y 218-219. En este mismo libro véanse los capítulos 9 (sobre Chequia, escrito por Arnost Klíma y traducido por Milan Hauner), 10 (sobre Hungría, escrito por Emil Niederhau-ser y traducido por Mari Markus Gömöri) y 11 (sobre Dalmacia y Croacia, escrito por Mirjana Gross), que también contienen comentarios relevantes sobre el interrogante de las nacionalidades en el Imperio de los Habsburgo.

12. Twain, Mark: "Stirring Times in Austria", pp. 532-533.

13. Deák, István: *Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918*. Nueva York: Oxford University Press, 1990. Deák sostiene que el ejército era mucho más eficaz en esta función unificadora que en la lucha en guerras reales, que lograba mantener una situación "casi milagrosa" de preservación con el uso de una "fuerza mínima" (página 8). Joseph Roth (traducción de Joachim Neugroschel) evoca con viveza la vida militar de las provincias en la novela clásica, *The Radetzky March*. Nueva York: Knopf, 1996, cuya primera publicación tuvo lugar 1932.

14. Crankshaw, Edward: *The Fall of the House of Habsburg*. Londres: Longmans, Green, 1963, pp. 4 y 82.

15. "En la corte de Francisco José no se admitía a los miembros de la baja nobleza. Según la tradición heráldica antigua, para ser admitido en la corte (hoffähig) se debía poseer dieciséis cuartos de nobleza, es decir, se debía tener una línea de antepasados que remontara a dieciséis generaciones que hubieran sido todas ellas nobles … La aristocracia se concentraba en torno a ochenta familias que se habían casado entre ellas tan a menudo que constituían una gran familia." Véase, Johnston: *The Austrian Mind*, pp. 39-40. Asimismo, Steed, Henry Wickham: *The Hapsburg Monarchy*. Londres: Constable and Company, 1913, p. 133, y May: *Vienna in the Age of Franz Joseph*, p. 162.

16. Entre las muchas biografías del emperador Francisco José se encuentra la obra clásica en lengua inglesa de Joseph Redlich: *Emperor Francis Joseph of Austria: A Biography*. Nueva York: Macmillan, 1929. Véase también la obra breve y de una insólita fácil lectura: Beller, Steven: *Francis Joseph*. Londres, Nueva York: Longman, 1996, cuyo primer capítulo ofrece una buena perspectiva histórica de la literatura de los Habsburgo. En cuanto al papel del emperador Francisco José en la

sociedad austríaca, véase también: Johnston: *The Austrian Mind*.

17. Bullock, Alan: *Hitler and Stalin: Parallel Lives*. Londres: HarperCollins, 1991, p. 22; Palmer, Alan: *Twilight of the Habsburgs: The Life and Times of Emperor Francis Joseph*. Nueva York: Grove Press, 1995, p. 270. Véase también, Janik y Toulmin: *Wittgenstein's Vienna*, cap. 2. De entre los muchos libros útiles sobre el antisemitismo austríaco, véanse, sobre todo, los siguientes: Pauley, Bruce F.: *From Prejudice to Persecution: A History of Austrian Anti-Semitism*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1992; Pulzer, Peter: *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*. Londres: Peter Halban, 1988; Wistrich, Robert S.: *The Jews of Vienna in the Age of Franz Joseph*. Oxford: Oxford University Press, 1989, así como la serie de ensayos editados por Wistrich: *Austrians and Jews in the Twentieth Century: From Franz Joseph to Waldheim*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.

18. Sobre Lüger, véase Boyer, John W.: *Political Radicalism in Later Imperial Vienna: Origins of the Christian Social Movement, 1848-1897*. Chicago: University of Chicago Press, 1981, sobre todo las páginas 318, 319, 367, 379 y 411; con posterioridad al ascenso al poder de Lüger: Boyer, John W.: *Cultural and Political Crisis in Vienna: Christian Socialism in Power, 1897-1918*. Chicago: University of Chicago Press, 1995, capítulos 1-4. Algunos críticos han aceptado el intento de Boyer de contextualizar la política antisemita de Lüger mientras que otros lo han considerado demasiado indulgente con Lüger.

19. Ibíd. (ambas fuentes). Véase asimismo, Hamann, Brigitte (traducción de Thomas Thornton): *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*. Nueva York: Oxford University Press, 1999, pp. 273-303, la cita de *Mi lucha* aparece en la página 399.

20. Una de las interpretaciones más profundamente fundamentadas en cuanto a un progreso económico saludable bajo el dominio de los Habsburgo se encuentra en Good, David F.: *The Economic Rise of the Habsburg Empire, 1750-1914*. Berkeley: University of California Press, 1984.

21. Johnston: *The Austrian Mind*, pp. 64-66; Boyer: *Political Radicalism in Later Imperial Vienna*, pp. 318-319, 367, 379 y 411, y Boyer: *Cultural and Political Crisis in Vienna*, capítulos 1-4. En lo tocante a la industria petrolera véase, Frank, Alison Fleig: *Oil Empire: Visions of Prosperity in Austrian Galicia*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005, que analiza de forma brillante los aspectos sociales y culturales, además de los económicos, de la evolución de esta industria.

22. Beller, Steven: *Francis Joseph*, p. 151. En la época en que Mark Twain visitó Austria (en 1897), el Parlamento tenía ante sí dos grandes debates. El primero de ellos era el acuerdo que unía Austria y Hungría mediante una monarquía dual (*Ausgleich*) que estaba en vías de ser renovado como sucedía habitualmente cada diez años. El segundo ponía de manifiesto el eterno problema del orgullo nacionalista de las provincias del Imperio y en el seno de las mismas. Los alemanes, en particular, estaban irritados por una nueva reglamentación que hacía del checo una lengua oficial que podía ser utilizado en documentos públicos, como el alemán, en Moravia y en Bohemia. A pesar de que en esas zonas la población checa fuera mucho más numerosa que la población de lengua alemana, los germanoparlantes protestaron con vehemencia y la nueva ley sería posteriormente derogada. La mayoría de los checos sabía alemán, pero había muchos menos alemanes que supieran checo. Así que si el checo pasaba a ser lengua oficial de los asuntos gubernamentales habría un gran número de empleos públicos que desempeñaría probablemente la población mayoritaria checa. En los países regentados por los Habsburgo, la función pública estaba creciendo de manera muy rápida: desde los casi 100.000 funcionarios que había en 1870 hasta los 400.000 que llegaron a ser en 1910. Por consiguiente, era mucho lo que estaba en juego. Véanse Steed: *The Habsburg Monarchy*, p. 88; Boyer: *Political Radicalism in Later Imperial Vienna*, p. 383. Al término de esta resolución extremadamente controvertida se produjeron disturbios en Praga y en otras ciudades. En la propia Viena estos disturbios fueron frecuentes.

El visitante de Berlín aparece citado en Hamann: *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, p. 119. Hamann afirma además (p. 132) que el propio Hitler asistió con asiduidad al Parlamento entre 1908 y 1909 y que más tarde escribiría en *Mi lucha* que la idea de un gobierno parlamentario "que a primera vista a muchas personas puede parecerles una idea seductora … no deja de contarse entre los síntomas de la degeneración humana", los parlamentarios son "una banda de diletantes, de

personas insignificantes y mentalmente dependientes, tan limitadas como presuntuosas y engreídas.”

23. Mark Twain observaba estas escenas desde la galería superior y le sorprendía mucho más que los delegados encajaran estos insultos sin recurrir a la violencia que la propia enunciación de estos insultos. “Estos hombres no son canallas profesionales, principalmente son caballeros educados y aun así utilizan estas palabras y hablan de ellos en estos términos también. Parece como si verdaderamente no les concedieran ningún tipo de consecuencia. Aparentemente pueden llamarse cualquier cosa que les plazca unos a otros y volver a casa sin sentirse humillados.” Mark Twain creía que esto nunca podría haber sucedido en los Estados Unidos, ni siquiera en un patio de recreo inglés. Véase “Stirring Times in Austria”, pp. 533-537.

24. Boyer: *Political Radicalism in Later Imperial Vienna*, p. 363; en relación con las peleas universitarias, véase asimismo Somary: *The Raven of Zürich*, pp. 7-8.

25. El comentario del profesor de Schumpeter, el célebre Eugen Böhm-Bawerk, es de 1913 y se cita en Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, p. 199; Somary: *The Raven of Zürich*, pp. 14-15.

26. Burke, Edmund: *Reflections on the Revolution in France (1790)*, ed. Thomas Mahoney. Nueva York: Bobbs-Merrill, 1955, pp. 57-59.

27. Los irlandeses constituyeron la única verdadera excepción. Los Habsburgo no intentaron unir sus dominios por la fuerza para formar una única nación como habían hecho los soberanos británicos en el siglo XI y posteriormente (con la anexión de Gales en 1536, de Escocia en 1707 y de Irlanda en 1800). La monarquía francesa obró de forma similar en el siglo XV, los zares rusos en los siglos XVII y XVIII y los reyes de Prusia en el siglo XIX. Sin embargo, los territorios de los Habsburgo aún eran más heterogéneos étnicamente y hubieran podido requerir un enfoque muy firme para unirlos en una sola nación. Este punto es objeto de debate en Stadler, Karl R.: *Austria*. Londres: Ernest Benn, 1971, pp. 56-70, aunque también lo rebate Dominic Lieven en *Empire: The Russian Empire and Its Rivals*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2001, p. 193. El capítulo 5 de la obra de Lieven analiza el Imperio austrohúngaro y sostiene que en 1900 “se dirigía hacia una federación multinacional democrática, capaz de ofrecer a sus pueblos los beneficios económicos de un mercado enorme, un estatus de igualdad protegido jurídicamente y la seguridad que era la gran ventaja tradicional del Imperio”.

28. Somary: *The Raven of Zürich*, p. 120.

29. Samuelson: “Joseph A. Schumpeter”, en *Dictionary of American Biography, Supplement Four, 1946-1950*. Nueva York: Scribner, 1974, pp. 720-723.

3. El aprendizaje de la economía

1. Hay una lista completa de los cursos que estudió Schumpeter y de los profesores que tuvo en estos cursos en la introducción de Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2.000, pp. 3-5.

2. Johnston, William M.: *The Austrian Mind: An Intellectual and Social History, 1848-1938*. Berkeley: University of California Press, 1972, pp. 69-73 ofrece una buena descripción de la rutina universitaria.

3. Schumpeter: "Eugen von Böhm-Bawerk", en *Ten Great Economists: From Marx to Keynes*. Nueva York: Oxford University Press, 1951, p. 148, traducción de Herbert K. Zassenhaus del artículo original publicado en 1914.

En *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, Schumpeter observa que en la Universidad de Cambridge, en la que había enseñado durante muchos años el célebre Alfred Marshall, "no se organizó un *Tripos* en economía y en otras ramas afines de las ciencias políticas hasta 1903. Con anterioridad a esa fecha se enseñaba economía pero no estaba reconocida como un estudio profesional a tiempo completo. Después de esa fecha la enseñanza de la materia se extendió, pero durante todo ese período no hubo nada parecido a una 'Facultad de Economía' de nuestros días" (p. 755n3). Añade que en Alemania y en otros países la tendencia de utilizar la economía como un instrumento de reforma era aun mayor aunque no lo era tanto en la emergente escuela austríaca.

4. Hay muchas historias del pensamiento económico excelentes. El texto más fácil de leer es el de Robert L. Heilbroner: *The Worldly Philosophers: The Lives, Times and Ideas of the Great Economic Thinkers*. Nueva York: Simon & Schuster, 1953; incluye, por lo menos desde su sexta edición (1992), un capítulo consagrado a Schumpeter, uno de los cinco economistas a los que Heilbroner dedica un capítulo entero. Otras obras sobre la materia son Blaug, Mark: *Economic History and the History of Economics*. Nueva York: New York University Press, 1986; Blaug, Mark: *Economic Theory in Retrospect*, 5ª edición. Cambridge: Cambridge University Press, 1997; Roncaglia, Alessandro: *The Wealth of Ideas: A History of Economic Thought*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005; todas ellas hablan de Schumpeter. Warsh, David: *Knowledge and the Wealth of Nations: A Story of Economic Discovery*. Nueva York: Norton, 2006, refleja con esmero el espíritu y la cultura de la economía académica desde la revolución matemática de la década de 1940. La propia obra de Schumpeter, *Historia del análisis económico*, sigue siendo uno de los mejores textos en cuanto del período anterior al año 1949 y, en opinión de muchos expertos, es el mejor libro.

5. Schumpeter: *History of Economic Analysis*, p. 181. Smith, Adam: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Chicago: University of Chicago Press, [1776], 1976. Smith había utilizado la metáfora de la "mano invisible" por lo menos en dos ocasiones anteriores en sus escritos, en contextos que no eran económicos. El término no se acentúa en *La riqueza de las naciones*, sino que más bien surge en medio de un debate sobre el comercio exterior, véanse las páginas 487-490 de la edición de 1976.

6. El destacado economista estadounidense John Bates Clark, que se convirtió en uno de los admiradores y promotores de Schumpeter hizo una declaración semejante en 1890, aunque estaba más relacionada con la fuerza laboral que con la tierra. Las palabras de Clark incluían una cita que se haría famosa entre los economistas: "Deja a un hombre solo en un campo de dos kilómetros cuadrados y medio y conseguirá unos rendimientos importantes [Clark parecía asumir que podría cultivar toda la extensión por sí solo lo que es una presunción cuestionable]. Dos trabajadores en la misma extensión de tierra obtendrán menos rendimientos por persona y si se aumenta la fuerza laboral hasta diez personas, el último de ellos quizá solo obtenga un jornal." Muchos estudiosos consideran a Clark uno de los pioneros más importantes del campo de la teoría de la productividad marginal, de la que este comentario constituye un buen ejemplo. Véase Clark: "Distribution as Determined by a Law of Rent", en *Quarterly Journal of Economics 5*, 1891, p. 304. El ejemplo todavía es pertinente para algunos países en desarrollo como México en los que la tierra se ha dividido en parcelas muy pequeñas.

7. Schumpeter sentía más respeto por el propio Ricardo, que generalmente expresaba sus ideas con cuidado, que por los ricardianos, que seguían los preceptos de su maestro sin llevar a cabo

una revisión obligada. Véase, por ejemplo, Schumpeter: *History of Economic Analysis*, pp. 472-475, en las que Schumpeter otorga amplio reconocimiento al rigor y espíritu de liderazgo de Ricardo y al mismo tiempo sigue construyendo un veredicto crítico general sobre su influencia.

Los rendimientos crecientes son más difíciles de ajustar a modelos matemáticos que los decrecientes y la teoría de precios de los rendimientos crecientes todavía más. Por esta razón a los economistas académicos dominantes les llevó muchos años afrontar de manera eficaz este problema, además de las implicaciones que tenía para las políticas públicas en relación con el crecimiento económico y otros asuntos. Los persistentes esfuerzos de los economistas profesionales por comprender los rendimientos crecientes empezaron a dar sus frutos con el análisis de la industria del ferrocarril, como fue el caso del trabajo de Arthur Hadley y Henry C. Adams durante la década de 1880. Piero Sraffa introdujo este problema en el análisis económico moderno a principios del siglo XX. Entre los muchos pioneros posteriores que escribieron sobre el tema a partir de 1960 tenemos a F. M. Scherer y Richard Nelson, que hicieron hincapié en el progreso tecnológico y en lo que podría denominarse los rendimientos crecientes dinámicos.

En relación con la importancia de la cuestión de los rendimientos crecientes para la "Nueva teoría sobre el crecimiento" de las décadas de 1980 y 1990, véase Warsh: *Knowledge and the Wealth of Nations*, que le da un tratamiento periodístico. Algunas obras significativas de esta búsqueda son las siguientes: Helpman, Elhanan y Krugman, Paul: *Market Structure and Foreign Trade: Imperfect Competition, Increasing Returns, and the International Economy*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1985; Romer, Paul: "Increasing Returns and Long-Run Growth", en *Journal of Political Economy* 94, octubre de 1986, pp. 1002-1037; Romer, Paul: "Endogenous Technological Change", en *Journal of Political Economy* 98, 2ª parte, octubre de 1990, pp. 71-102. El propio trabajo de Schumpeter constituye una parte importante de esta historia, aunque nunca fuera capaz de matematizar su postura.

8. Schumpeter: *History of Economic Analysis*, p. 571.

9. La publicación, fundada en 1871, sufrió algunas alteraciones en su nombre antes de llegar a ser conocida en 1913 por su título abreviado: *Schmollers Jahrbuch* (anuario). Fue y todavía sigue siendo una publicación cuya lectura estaba muy extendida en toda Alemania y Austria; su versión inglesa *Journal of Applied Social Science Studies*, también lo es en los países de habla inglesa. Los comentarios de Schumpeter aparecen en *History of Economic Analysis*, p. 809n4.

10. En la amplia bibliografía que existe sobre este asunto, los estudiosos han hecho equivalentes de manera muy útil la "antigua" y la "nueva" escuela histórica alemana. Véase, por ejemplo, el análisis profundo de Geoffrey M. Hodgson en *How Economics Forgot History: The Problem of Historical Specificity in Social Science*. Londres: Routledge, 2001, pp. 41-134.

Para obtener una perspectiva provocadora que sostiene que la escuela histórica alemana no fue ni alemana, ni histórica, ni una escuela, véase Pearson, Heath: "Was There Really a German Historical School of Economics?", en *History of Political Economy* 31, 1999, pp. 547-562.

11. Schumpeter publicó sus escritos en la revista de Weber, *Archiv für Sozialwissenschaft*, pero no citó con frecuencia la obra de Weber y Weber, que yo sepa, nunca citó a Schumpeter. Sin embargo, existió una influencia mutua. Véanse: Faucci, Riccardo y Rodenzo, Veronica: "Did Schumpeter Change His Mind? Notes on Max Weber's influence on Schumpeter", en *History of Economic Ideas* 6, 1998, pp. 27-54; Shionoya, Yuichi: *The Soul of the German Historical School: Methodological Essays on Schmoller, Weber, and Schumpeter*. Nueva York: Springer Science & Business Media, 2005.

A mediados de la década de 1920, Schumpeter empezó a reconsiderar su propio enfoque de la economía y llegó a la conclusión de que la sociología y la historia tenían mucha más importancia de lo que había pensado. A continuación, escribió un largo artículo titulado "Gustav von Schmoller und die Probleme von heute", en el que ensalzaba la obra de Schmoller por su contribución a la difusión de la disciplina económica más allá de la teoría estéril, hacia lo que Schumpeter denominaba una "ciencia social universal". Enlazó la obra de Schmoller en cuanto a su sistematización de la historia y de las ciencias sociales con sus propios esfuerzos y los de otros por teorizar la economía. Véase: Schumpeter: "Gustav v. Schmoller und die Probleme von heute", en *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deustchen Reich* 50, junio de 1926, I, pp. 337-388.

12. Howey, Richard S.: “The Origins of Marginalism”, en Black, R. D. Collison, Coats, A. W. y Goodwin, Craufurd D. W., eds.: *The Marginal Revolution in Economics: Interpretation and Evaluation*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 1973, pp. 15-36.

La escuela austríaca no ignoró de ninguna manera los asuntos públicos. Los profesores de Schumpeter, Friedrich von Wieser y Eugen von Böhm-Bawerk colaboraron con el gabinete imperial. Además, Carl Menger, tutor del príncipe heredero Rodolfo, hizo hincapié a menudo en la responsabilidad que tenía la aristocracia de dar ejemplo de buenas prácticas, agrícolas y de otro tipo. Véase Streissler, Erich W. y Streissler, Monika, eds.: *Carl Menger's Lectures to Crown Prince Rudolf of Austria*, traducción de Monika Streissler con la colaboración de David F. Good. Aldershot, Reino Unido: Edward Elgar, 1994, p. 183.

13. Walras, Léon: *Elements of Pure Economics, or The Theory of Social Wealth*, traducción de William Jaffé a partir de *Élements d'économie politique pure; ou, Théorie de la richesse sociale*. Homewood, Illinois: Irwin [1874], 1954; Jevons, W. Stanley: *The Theory of Political Economy*. Londres: Macmillan, 1871; Menger, Carl: *Principles of Economics*, traducción de James Dingwall y Bert F. Hoselitz de *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*. Nueva York: New York University Press, [1871] 1981; Clark, John B.: *The Philosophy of Wealth: Economic Principles Newly Formulated*. Boston: Ginn and Co., 1887; Schumpeter: *History of Economic Analysis*, pp. 868-870 y 909-919. Véase también, Johnston, William M.: *The Austrian Mind*, capítulo 4.

En *History of Economic Analysis*, pp. 463-465, Schumpeter reconoce la labor de algunos economistas de principios del siglo XIX que anticiparon ciertos aspectos de la teoría de la utilidad marginal (Jules Dupuit, Hermann Gossen y William F. Lloyd) y la teoría de la productividad marginal (Mountifort Longfield y Johann von Thünen).

14. Jevons y Walras, como otros muchos innovadores, nunca recibieron el tributo intelectual que merecían hasta después de su muerte. Jevons fue una persona tranquila y sencilla que Schumpeter admiraba por su audaz afirmación sobre la indispensabilidad de las matemáticas para la economía.

En cuanto a Walras y la importancia del equilibrio, véase el prefacio de Schumpeter a la edición japonesa de *The Theory of Economic Development*. Tokio: Iwanami Shoten, 1937, publicada en Schumpeter: *Essays on Entrepreneurs, Innovation, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*, Richard V. Clemence, ed. (publicado por primera vez por Addison-Wesley en 1951; hay una nueva edición de 1989 de Transaction, New Brunswick, Nueva Jersey, con introducción de Richard Swedberg, p. 165). La analogía con la Carta Magna aparece en Schumpeter: *History of Economic Analysis*, p. 242.

Schumpeter añadió su reconocimiento al hecho de que “sin embargo, sigue siendo cierto que tanto Walras como sus seguidores subestimaron enormemente lo que se había hecho y lo que quedaba por hacer. La teoría de Walras podría confrontarse con los hechos ordinarios de la experiencia empresarial.” Ibíd., p. 1015.

Algunos autores han explorado la relación existente entre el marginalismo y el equilibrio, como por ejemplo, Shackle, G. L. S.: “The Harvest”, en Black, Coats y Goodwin, eds.: *The Marginal Revolution*, pp. 321-336. El propio Schumpeter escribió: “Los teóricos más modernos, aunque no todos, estarían de acuerdo en que la importancia histórica de la teoría de la utilidad y de la utilidad marginal reside principalmente en el hecho de que sirve de escalera para que estos economistas puedan ascender al concepto de equilibrio económico general, aunque Walras percibía mucho más claramente y desarrollaba en mayor profundidad este concepto que cualquier otro economista austríaco o que Jevons”. Véase Schumpeter: “Vilfredo Pareto”, en *Ten Great Economists*, p. 126, artículo publicado originalmente en 1949.

15. El propio Schumpeter esbozó un breve retrato de Menger en el capítulo 3 de su libro: *Ten Great Economists*, y de la temprana escuela austríaca en su *History of Economic Analysis*, pp. 844-855. Hay una amplia bibliografía sobre la *Methodenstreit* (la lucha entre métodos). Para obtener una perspectiva somera desde el punto de vista austríaco, véase Bostaph, Samuel: “The Methodenstreit”, en Peter J. Boettke, ed.: *The Elgar Companion to Austrian Economics*. Brookfield, Vermont: Edward Elgar, 1994, pp. 459-464.

16. Wieser, que era el hijo de un noble, poseía una combinación distintiva de sabiduría y gravedad artística que para Schumpeter era difícil de describir. Recordaba que en la celebración del septuagésimo cumpleaños de Wieser en 1921 tres personas distintas, incluido él mismo, “lo

compararon, cada uno por separado, con Goethe." Véase: Schumpeter: *Ten Great Economists*, p. 299.

17. El artículo de Schumpeter en memoria de Böhm-Bawerk se volvió a publicar en el capítulo 6 de *Ten Great Economists*, traducción de Herbert K. Zassenhaus a partir del original de 1914, la cita aparece en la página 145. Véase también, Schumpeter: *History of Economic Analysis*, p. 844: la función pública de Böhm-Bawerk "debe tenerse en cuenta al valorar su trabajo científico, del mismo modo que hay que tener en cuenta la afición por los negocios de Ricardo si queremos hacerle justicia. La obra que disponemos ante nosotros no es la obra finalizada de lo que Böhm-Bawerk tenía en mente ya que algunas partes de los escritos publicados fueron escritas apresuradamente y Böhm-Bawerk nunca tuvo la oportunidad de remediar las consecuencias que se derivaron de ello." Además de Wieser y Böhm-Bawerk, el otro profesor de Viena que tuvo una gran influencia en Schumpeter fue Eugen von Philippo-vich, un destacado historiador/economista. Para obtener una visión de la escuela austríaca en su contexto vienés, véase, de forma general, el capítulo 4 de Johnston: *The Austrian Mind*.

18. La definición de Schumpeter (que dio en una conferencia de 1941) se cita en Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, p. 35. Lederer, Mises, y Schumpeter desarrollaron su carrera en la economía académica, Bauer y Hilferding en la política y en las finanzas públicas (ambos apoyarían más tarde la propia participación de Schumpeter en la política austríaca). Algunos escritores han añadido el nombre de Felix Somary a esta lista de estudiantes. Somary fue amigo de Schumpeter y más tarde llegaría a ser uno de los banqueros más importantes de Europa. Sin embargo, participó en el seminario de Böhm-Bawerk un tiempo después.

    Para conocer la crítica que de Marx hizo Böhm-Bawerk, véase *Karl Marx and the Close of His System*, además de los comentarios sobre el análisis de Böhm-Bawerk que realizó Rudolf Hilferding en *Böhm-Bawerk's Criticism of Marx*. Ambas obras volvieron a publicarse con los mismos títulos en un volumen editado por Paul M. Sweezy, un economista marxista y uno de los estudiantes de doctorado de Schumpeter en Harvard. Sweezy añade una provechosa introducción de veinticinco páginas a este libro. Nueva York: Augustus M. Kelley, 1949.

19. Samuelson, Paul A.: "Schumpeter's *Capitalism, Socialism and Democracy*", en Heertje, Arnold ed.: *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after 40 Years*. Nueva York: Praeger, 1981, pp. 1, 13, pássim.

20. La reputación de la escuela austríaca por su oposición vehemente a la intervención gubernamental de las fuerzas del mercado (una ideología que Schumpeter no compartía) se empezó a fraguar fundamentalmente a partir de la obra de un compañero de clase de Schumpeter, Ludwig von Mises, y de un estudiante destacado de este: Friedrich von Hayek. Algunos autores han sostenido que no se debería considerar que Schumpeter pertenezca a la escuela austríaca. Se trata de un debate con interés a pesar de que no sea particularmente importante. Para leer una opinión que lo sitúa plenamente en la tradición austríaca, véase Simpson, D.: "Joseph Schumpeter and the Austrian School of Economics", en *Journal of Economic Studies* 4, 1983, pp. 15-28. Otra referencia que ofrece un aspecto particular del legado intelectual alemán y austríaco de la teoría de desarrollo económico de Schumpeter: Frison, Guido: "Some German and Austrian Ideas on Technologie and Technik between the End of the Eighteenth Century and the Beginning of the Twentieth", en *History of Economic Ideas* 6, 1998, pp. 108-133. En cuanto a la combinación de influencias, véase W. Streissler, Erich: "The Influence of German and Austrian Economics on Joseph A. Schumpeter", en Shionoya, Yuichi y Perlman, Mark eds.: *Innovation in Technology, Industries, and Institutions: Studies in Schumpeterian Perspectives*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1994, pp. 13-38.

21. Schumpeter: "Eugen von Böhm-Bawerk", p. 165.

22. Menger: *Principles of Economics*, pp. 45, 92-94; véase asimismo el comentario a este respecto que publica F. A. Hayek en su introducción a este libro, p. 16. Bajo el punto de vista de Schumpeter, Menger no utilizó tanto las matemáticas como debiera haberlo hecho para todos los resultados a los que llegó y, sin lugar a dudas, no usó las matemáticas tanto como Walras.

23. Schumpeter: "The Common Sense of Econometrics", en *Econometrica* 1, enero de 1933, p. 9. Más tarde, Schumpeter escribiría algo opuesto en relación con los cambios teóricos que se produjeron

durante la revolución marginalista: el nuevo modo de pensar surgía como "una actividad puramente analítica que no hace referencia alguna a cuestiones prácticas". No obstante, en este caso parece estar hablando de cuestiones de política pública y no de práctica empresarial. Véase: *History of Economic Analysis*, p. 888. En relación con el entorno contemporáneo en su relación con el marginalismo, véase Coats, R. W.: "The Economic and Social Context of the Marginal Revolution of the 1870s", en Black, Coats y Goodwin, eds.: *The Marginal Revolution*, pp. 37-58.

24. En lo que respecta a estas cuestiones y a muchas otras relacionadas con el marginalismo, puede consultarse de forma general la obra de Black, Coats y Goodwin, eds.: *The Marginal Revolution*. Herbert Hovenkamp proporciona un estudio del marginalismo como forma de pensamiento aplicada a numerosos asuntos relacionados con el derecho en "The Marginalist Revolution in Legal Thought", en *Vanderbilt Law Review* 46, marzo de 1993, pp. 305-359.

25. El pensamiento que sustenta la idea de un precio justo fue esbozado por los filósofos griegos de la antigüedad y posteriormente fue estructurado a finales de la Edad Media en la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino y otros textos posteriores de los Escolásticos. Hay una breve e ilustrada exposición de esta cuestión y del tratamiento que Schumpeter le da en su *Historia del análisis económico* en de Roover, Raymond: "Joseph Schumpeter and Scholastic Economics", en *Kyklos* 10, 1957, pp. 115-143. De Roover llega a la conclusión, a partir de los escritos de los Escolásticos, de que "de acuerdo con la mayoría de ellos, el precio justo era o bien el de mercado o bien el precio legal. Los textos no dejan lugar a ninguna duda". De manera práctica, la instauración del precio justo (o de cualquier otro método de control de precios a través de la historia) ha sido problemática debido a la existencia de un mercado negro o de otras formas de evadirlo.

Hay numerosas obras que ofrecen ejemplos de la persistencia de la idea del precio justo en los albores del capitalismo, como por ejemplo Walker, Mack: *German Home Towns: Community, State, and General Estate, 1648-1871*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1998; o Bailyn, Bernard: *The New England Merchants in the Seventeenth Century*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1955.

26. Esto podía haber sido más bien el caso de Menger y Jevons que de Walras. Véase Jaffé, William: "Léon Walras' Role in the 'Marginal Revolution' of the 1870s", en Black, Coats y Goodwin, eds.: *The Marginal Revolution*, pp. 118-119.

27. Menger: *Principles of Economics*, p. 127. El capítulo 3 de esta obra fundamental se titula "Teoría del valor" e incluye la siguiente definición: "El valor no es por consiguiente algo inherente a los productos, ni algo que posean, sino simplemente la importancia que atribuimos en primer lugar a la satisfacción de nuestras necesidades", (p. 116).

28. En cuanto a la creación del término "utilidad marginal", véase Howey, Richard S.: "The Origins of Marginalism", en Black, Coats y Goodwin, eds.: *The Marginal Revolution*, pp. 30-32, que parece concederle a Philip Wicksteed el privilegio de ser el primero en haber utilizado este término, en vez de al profesor de Schumpeter, Friedrich von Wieser. Este debate giraría en torno a la traducción de las palabras en alemán y no tiene gran importancia porque la idea ya estaba presente de manera obvia en la obra de Wieser. Hay una breve exposición del concepto en sí en High, Jack: "Marginal Utility", en Boettke, ed.: *The Elgar Companion to Austrian Economics*, pp. 87-91.

29. Schumpeter: "On the Concept of Social Value", en *Quarterly Journal of Economics* 23, febrero de 1909, p. 214. Hay un tratamiento exhaustivo de esta cuestión en Stigler, George J.: "The Development of Utility Theory", un análisis en dos entregas publicado en *Journal of Political Economy* 58, agosto de 1950, pp. 307-327, y 58, octubre de 1950, pp. 372-396.

Para tener más información sobre la propia postura de Schumpeter en cuanto a la importancia de la utilidad en la economía, véase *History of Economic Analysis*, pp. 912-913: "Los conceptos de utilidad marginal y utilidad total están relacionados con los deseos de los consumidores. De ahí que tengan pleno sentido solo cuando se refieren a bienes o servicios cuyo uso satisface los deseos de los consumidores. Sin embargo, Menger añadió que los medios de producción (o como los denominaba él, 'los bienes de orden superior') entran dentro del concepto de bienes económicos gracias al hecho de que también satisfacen al consumidor, aunque solo sea indirectamente, mediante su contribución a la producción de bienes que satisfacen los deseos de los consumidores directamente. Detengámonos un momento para considerar el significado de este análisis que parece tan sencillo o

incluso manido y que, no obstante, es una pincelada de auténtico genio" ya que posibilita la generalización de la "utilidad marginal al conjunto del dominio de la producción y de la 'distribución'." En este sentido: "Todo el sistema puramente económico se encuentra por lo tanto unificado a la luz de un único principio, de un modo que nunca antes se había visto".

30. Schumpeter: "On the Concept of Social Value", p. 231. Véase también Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man.* Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, p. 38, y Heertje, Arnold: "Schumpeter and Methodological Individualism", en *Journal of Evolutionary Economics* 14, 2004, pp. 153-156.

31. De manera más concreta, las industrias que presentan una elevada proporción de costes fijos en relación con los variables. La teoría de la productividad marginal ofrecía un método mejor para calcular los volúmenes óptimos de producción y de combinación de los elementos que se dedican a la producción (fuerza laboral, capital y materias primas). Hubo tres economistas que habían nacido en la misma época que estudiaron en profundidad la teoría de la productividad marginal: los estudiosos británicos Alfred Marshall (nacido en 1842) y Philip Wicksteed (1844), y el estadounidense John Bates Clark (1847).

32. Cuando el ritmo de producción de una fábrica industrial determinada (ya sea de acero, ya sea de casi cualquier otro producto) se acerca al 100 % de su capacidad, las curvas de costes marginales empiezan a ascender ya que se debe utilizar menos equipamiento eficaz para alcanzar el 100 %. La capacidad óptima de utilización de la mayoría de las industrias se encuentra por lo general entre el 85 % y el 92 %.

33. He simplificado este ejemplo de dos maneras. En primer lugar, el coste medio no desciende de manera lineal como en esta ilustración. Ni tampoco siguen necesariamente los costes fijos una verdadera economía de escala como ya había demostrado en 1887 el economista Henry Carter Adams.

34. Los economistas relacionarían este fenómeno con la "elasticidad de precios de la demanda". Como en el caso de la teoría del equilibrio, la mate-matización del marginalismo en sus primeros años de aparición se aplicó de forma más sencilla a sistemas estáticos. Sin embargo, algunos de los primeros marginalistas trataron algunos aspectos de las economías dinámicas aunque hicieran un uso mínimo de las matemáticas, o incluso ningún uso. Para Carl Menger, por ejemplo, en palabras de F. A. Hayek: "La actividad económica es esencialmente una planificación del futuro y su debate en torno al período, o más bien los períodos, en los que se extiende la previsión humana en relación con las diferentes necesidades tiene un eco definitivamente moderno". Véase la introducción que hace Hayek en Menger: *Principles of Economics*, p. 18. Sin embargo, el verdadero salto hacia el pensamiento dinámico vendría de la siguiente generación de teóricos, en especial de Schumpeter y de Ludwig von Mises, que fue el profesor más destacado de Hayek.

    El marginalismo, en general, es demasiado extenso y complejo y va mucho más allá de las ideas fundamentales que he presentado en este capítulo. Abarca toda una horda de variables de los consumidores y de los productores como las posesiones actuales, los conjuntos de presupuestos, los substitutos, los complementos y todo el concepto de competencia monopolística. Tampoco es muy preciso el paralelo que establezco en este texto entre las economías de escala y el establecimiento de precios mediante costes marginales aunque ambos obviamente estén estrechamente ligados.

35. El logro que había conseguido Carnegie era producto de muchos factores: fábricas enormes, progresos tecnológicos significativos (en primer lugar el procedimiento Bessemer y luego el sistema Martin-Siemens), un diseño de fábricas más eficaz para acelerar el paso del producto de una etapa a la siguiente (minimizando la pérdida de calor, por ejemplo, anteriormente el acero se enrollaba en barras y láminas), "intensificación" (uso intensivo del equipo y posteriormente se substituye rápidamente por otra instalación de igual o mejor calidad) y un recorte de los costes riguroso siempre que fuera posible. El propio Schumpeter escribió después sobre estas medidas en la sección que dedicó al acero en su libro: *Business Cycles*. Nueva York: McGraw-Hill, 1939. Hay una descripción breve, pero vívida, de los métodos empleados por Carnegie en Livesay, Harold C.: *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*. Boston: Little Brown, 1975. De la experiencia de Carnegie (de la de Rockefeller con el petróleo, de la de Ford con los automóviles, etcétera) se puede extraer una enseñanza general importante: el incremento de la producción a escala casi siempre

requirió avances tecnológicos que a menudo redujeron aún más los costes marginales.

36. Por supuesto, los costes marginales pueden, y en ocasiones sucede así, incrementarse del mismo modo que disminuyen. Durante la década de 1960, por ejemplo, el coste marginal de la producción de electricidad, después de haber disminuido constantemente durante ochenta años, de repente empezó a seguir una larga curva ascendente debido al incremento del coste del combustible, las reglamentaciones medioambientales, una desaceleración del ritmo de innovación tecnológica de la industria y un coste mucho más elevado de las nuevas plantas de generación de energía.

En aquella época los precios del kilovatio hora que facturaban la mayoría de las eléctricas a sus clientes se diseñaban según "estructuras de tarifas por bloques decrecientes en función del aumento del consumo". Cuanta más electricidad se consumiera, menor sería el precio de cada nuevo bloque de kilovatios hora. Este método que fomentaba un incremento continuo del consumo de electricidad enviaba en aquel momento un mensaje precisamente equivocado a los consumidores. Se hizo necesaria una revolución de los precios que incluyera tarifas diferentes en función del momento del día (para combatir el problema de los picos de consumo que era especialmente grave durante los días de verano calurosos en los que los locales de negocios y los hogares utilizaban a fondo los aparatos de aire acondicionado), además de otras muchas adaptaciones.

Ante esta nueva situación, el pionero más destacado de la promoción de un establecimiento de precios por costes marginales de la electricidad fue Alfred E. Kahn presidente de la New York Public Service Commission, un economista académico (enseñaba en Cornell) muy influenciado por Schumpeter. Después de una intensa pugna con dosis de educación y de lisonja para consumidores y productores de electricidad, Kahn consiguió instaurar de forma brillante una nueva estructura de tarifas que tuvo éxito y que estaba basada en los costes marginales. Dichas estructuras nunca podían ser precisas, pero Kahn formulaba la siguiente pregunta a los empleados dubitativos de su personal: "¿Quieres estar exactamente equivocado o aproximadamente en lo cierto?" Al final, el comité de Kahn tuvo éxito en la implantación de una reforma radical de las estructuras de precios, hasta el punto de que el abanico de precios por la electricidad en Nueva York variaba de los 30 céntimos del kilovatio hora en un día caluroso de verano a los 2,5 céntimos en una noche de invierno: una diferencia doce veces superior. Kahn sostenía que los consumidores (sobre todo los industriales y los comerciales) responderían a estas indicaciones de precios con un uso más eficaz energéticamente del equipo, pasando de un uso en horas punta a un uso en horas de bajo consumo, además de una reducción de su consumo total. Y esto es lo que sucedió efectivamente. Kahn aplicaría más tarde unos principios marginales similares a la industria de las telecomunicaciones de Nueva York y a la industria aérea cuando fue presidente de la Civil Aeronautics Board en 1977. Véase McCraw, Thomas K.: *Prophets of Regulation: Charles Francis Adams, Louis D. Brandeis, James M. Landis, Alfred E. Kahn*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1984, capítulo 7.

37. En palabras de Carl Menger: "la cantidad de bienes de consumo a disposición del hombre está limitada únicamente por el conocimiento humano" por lo que hay "una capacidad de necesidades humanas para llevar a cabo un crecimiento infinito". La cita aparece en Streissler, Erich: "To What Extent Was the Austrian School Marginalist?", en Black, Coats y Goodwin, eds.: *The Marginal Revolution*, p. 165.

38. Los títulos en inglés de los artículos que escribió Schumpeter cuando era estudiante son: "International Pricing", "The Method of Index Numbers" y "The Method of Standard Population". En principio habían sido estudios que tenía que presentar para los cursos de estadística y de historia económica. Los profesores de estos dos cursos, como los otros profesores de Schumpeter, Wieser y Böhm-Bawerk, también trabajaban en el gobierno, en su caso como jefes de la oficina estadística central de Austria. Los tres artículos eran cortos; el más largo tendría una extensión de siete páginas. Todos ellos fueron publicados en *Statistische Monatschrift*, el boletín estadístico austríaco que se publicaba en Viena. El artículo sobre las matemáticas de Schumpeter era: "Über die mathematische Methode der theoretischen Ökonomie", en *Zeitschrift für Volkswirstschaft, Sozialpolitik und Verwaltung* 15 (1906), pp. 30-49.

39. Stolper, Wolfgang F.: "Joseph Alois Schumpeter", en *Challenge* 21, 1979, p. 65.

4. Los traslados

1. Para obtener otros relatos del período de la vida de Schumpeter que se narra en gran parte de este capítulo, véanse Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 13-17, y Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, pp. 56-71.

2. Keynes, John Maynard: *The Economic Consequences of the Peace*. Nueva York: Harcourt, Brace and Howe, 1920, pp. 11-12; Smithies, Arthur "Memorial: Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en Seymour E. Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 11.

3. Schumpeter a John Bates Clark, 2 de mayo y 6 de junio de 1907, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2.000, pp. 39-41.

4. Schumpeter a George Stocking, 19 de septiembre de 1949, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 389.

5. Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, pp. 831-832; Schumpeter dedica un amplio espacio de su libro a Marshall en las páginas 833-840.

6. Algunos de los hallazgos teóricos de Marshall, escribiría Schumpeter después, "eran el resultado de su observación infatigable y comprensiva de la vida empresarial contemporánea, que llegó a comprender como pocos economistas académicos habían llegado a hacerlo anteriormente. Los logros de esta última, en su propia naturaleza, implicaban ciertas limitaciones. La explotación de empresas inglesas de tamaño medio absorbió sin lugar a dudas una parte de su atención de analista más importante de la debida en una exposición que se pretendía ampliamente general. No obstante, dentro de estos límites logra un realismo que sobrepasa en gran medida a Adam Smith, el único ejemplo comparable. Puede que esta sea una de las razones por las que no surgió ningún tipo de oposición institucional en contra suya en Inglaterra." Véase: "Alfred Marshall", en *Ten Great Economists: From Marx to Keynes*. Nueva York: Oxford University Press, 1951, p. 94, un artículo publicado originalmente en 1941.

7. Carrington & Co. a Schumpeter, 13 de agosto de 1907, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers ca. 1920s-1950, archivo 3, carpeta C 1940, HUA. Según ciertas fuentes Gladys tenía 23 años en esa época, según otras 36. Véase Swedberg: *Schumpeter: A Biography*, p. 253n31. Se puede encontrar a dos estudiosos destacados que defienden ambas vertientes del debate: el profesor Christian Seidl tiene pruebas de que Gladys tenía 23 años, mientras que el profesor Yuichi Shionoya alude a una copia del certificado de matrimonio que muestra que Schumpeter tenía 24 años y Gladys 36.

8. La principal contribución de Gladys a largo plazo fue la mejora de sus competencias lingüísticas en lengua inglesa, idioma que hablaron siempre entre ellos con independencia del lugar en el que vivieron.

9. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 67-69.

10. El libro fue publicado por Von Duncker und Humblot, una reconocida editorial de Leipzig.

11. Schumpeter: *History of Economic Analysis*, p. 850.

12. La traducción y la cita proceden de: Schneider, Erich: "Schumpeter's Early German Work, 1906-1917", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 54.

13. Schumpeter añadió que, en su lugar, creía "que había una fuente de energía en el seno del sistema económico que desestabilizaría cualquier equilibrio que se pudiera alcanzar". Con esto no quería desvalorizar la obra de Walras sobre la teoría del equilibrio que seguía creyendo que suponía la mayor contribución que ningún economista había hecho por sí mismo en favor de esta disciplina. Véase: Schumpeter: "Preface to the Japanese edition of The Theory of Economic Development". Tokyo: Iwanami Shoten, 1937, publicada en Clemence, Richard V., ed.: *Schumpeter, Essays on Entrepreneurs, Innovation, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism* (publicado por primera vez por Addison-Wesley en 1951, hay una nueva edición de Transaction (New Brunswick, Nueva

Jersey) publicada en 1989 con introducción de Richard Swedberg), p. 166. Véanse asimismo las tres cartas elogiosas que Schumpeter escribió a Walras, un hombre cincuenta años mayor que él, el 9 de octubre de 1908, el 6 de noviembre de 1908 y el 7 de junio de 1909, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 43, 44 y 47.

14. La palabra innovación no aparece en los escritos de Schumpeter en inglés hasta 1928, aunque la idea esté implícita en gran parte de su obra anterior en alemán. Véase Taymans, A. C.: "Tarde and Schumpeter: A Similar Vision", en *Quarterly Journal of Economics* 64, noviembre de 1950, pp. 613-615 (Taymans fecha erróneamente en 1927 el relevante artículo de "The Instability of Capitalism"). El flujo circular no fue una idea original de Schumpeter. Sir William Petty y Richard Cantillon habían esbozado esta idea en el siglo XVII y principios del siglo XVIII y los fisiócratas franceses la desarrollaron ampliamente a mediados del siglo XVIII.

15. Clark, John B.: *Political Science Quarterly* 24, diciembre de 1909, pp. 721-724. Schumpeter había escrito a Clark (con el que ya había mantenido correspondencia anteriormente) para decirle que estaba "encantado" porque había "oído que mi libro ha tenido el honor de haber sido objeto de una reseña suya." El principal tema de la carta era debatir la revisión de un artículo, "On the Concept of Social Value", que Schumpeter estaba preparando para *Quarterly Journal of Economics*, que se publicó en el volumen 23 de 1909, en las páginas 213-232. Carta de Schumpeter a Clark de 3 de diciembre de 1908. Véase asimismo, carta de Schumpeter a Clark de 25 de marzo de 1909, ambas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 45, 46.

16. Schumpeter: *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, p. vi, pasaje citado a partir de la traducción de Benjamin Hett.

17. Schumpeter: "Neue Erscheinungen auf dem Gebiete der Nationalökonomie", en *Zeitschrift für Sozialpolitik und Verwaltung* 20, 1911, p. 241; Schumpeter: "Meinungsäusserung zur Frage des Werturteils", en *Äusserungen zur Werturteildiskussion im Ausschuss des Vereins für Socialpolitik*, pp. 49-50, publicado en Schumpeter: *Aufsätze zur Tagespolitik*, Christian Seidl y Wolfgang F. Stolper, eds. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, pp. 127-128. Las citas han sido traducidas por Benjamin Hett.

18. Schumpeter: "Die 'positive' Methode in der Nationalökonomie", en *Deutsche Literaturzeitung* 34, 1914, reimpreso en Schumpeter: *Aufsätze zur ökonomischen Theorie*, Erich Schneider y Arthur Spiethoff, eds. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1952, p. 549. El primer pasaje que se cita ha sido traducido por Benjamin Hett. El segundo, por Erich Schneider en "Schumpeter's Early German Work, 1906-1917", p. 58.

19. Carta de Schumpeter a la secretaría de la Universidad de Viena (solicitando que su diploma certifique lo que había hecho y que se expidiera en latín), en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 42; Allen: *Opening Doors*, I, capítulo 5, pássim.

20. Algunos de los antepasados de los hablantes de lengua alemana habían sido trasladados por la fuerza al este para reforzar el control austríaco de la zona. La fundación de la universidad en lengua alemana en la que Schumpeter enseñaría también formaba parte de este objetivo. Después de la I Guerra Mundial la ciudad pasó a manos de Rumanía y se la llamó Cernauti. Después de las negociaciones de Molotov-Ribbentrop, Alemania obligó a Rumanía en 1940 a ceder gran parte de Bucovina a la República Socialista Soviética de Ucrania, que a su vez formaba parte de la Unión Soviética. El nombre ruso que recibió la ciudad fue Chernivtsi. Este tipo de cambios fueron algo común después de ambas guerras mundiales y sus redefiniciones de fronteras nacionales. En relación con las estadísticas de la variación de la población judía de Chernivtsi, véase, Pulzer, Peter: *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany & Austria*. Londres: Peter Halban, 1988, p. 335.

5. El despegue de su carrera

1. Las observaciones de Lincoln, y su contexto, aparecen en Donald, David Herbert: *Lincoln*. Nueva York: Simon and Schuster, 1995, pp. 80-82. Lincoln dio por primera vez una fuerte señal de la profundidad de su propia ambición en el discurso que se conocería como el *Lyceum speech* en el que lamentaba que para las generaciones anteriores de estadounidenses "todos los que buscaban celebridad, fama o distinción esperaban encontrarla en el éxito de aquel experimento [nacional]" mientras que la propia generación de Lincoln afrontaba el transcendental problema de la esclavitud: "Si es posible lo conseguirían [la distinción], aunque fuera a expensas de esclavos emancipados o de hombres libres esclavizados."

2. Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, pp. 97-98. Véase también, Haberler, Gottfried: "Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 27.

3. Allen: *Opening Doors*, pp. 98-99. Schumpeter había recibido clases de esgrima cuando era estudiante de la Universidad de Viena, pero distaba de ser un experto en el manejo de la espada.

4. El libró se publicó originalmente en alemán: *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*. Leipzig: Duncker & Humblot, 1912 [el libro en realidad apareció en 1911]). La traducción en inglés se tituló: *The Theory of Economic Development*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1934. Schumpeter diría más tarde que hubiera preferido que se utilizara el término "evolution" (evolución) en vez de "development" (desarrollo); Entwicklung significa ambas cosas. En el mundo académico de la economía la palabra "desarrollo" está asociada principalmente a los países que empiezan a gozar de un crecimiento económico, pero Schumpeter tenía por objeto realizar un análisis universal del proceso capitalista con su libro. En el análisis del libro que se muestra a continuación he utilizado por conveniencia fundamentalmente la edición en lengua inglesa. Dicha edición salió a la luz en 1934, basada en las ediciones alemanas revisadas de 1926 y 1931. Como se explica posteriormente en este libro, Schumpeter redujo bastante la versión original de *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* y junto con su traductor redujo aún más el texto de la versión inglesa.

En los escritos de Marx los empresarios a veces aparecían como agentes eficaces del crecimiento económico, aunque siguieran apareciendo como capitalistas explotadores. Por el contrario, en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, Schumpeter establecía una distinción entre los empresarios innovadores y los capitalistas que les financiaban.

5. El ánimo teórico de Schumpeter era tan "estable" que extrajo conjuntamente del sistema tanto el interés como los beneficios. Estas afirmaciones, aunque no fueran erradas en la forma restringida en la que las hacía, le perseguirían más tarde. Poco después de publicar el libro se vio envuelto en una destacada controversia con su antiguo profesor, Eugen von Böhm-Bawerk, a propósito del tipo de interés cero y la controversia continuó con los escritos económicos de otros autores mucho tiempo después. Véase, por ejemplo: Samuelson, Paul A.: "Paradoxes of Schumpeter's Zero Interest Rate", en *Review of Economics and Statistics* 53, noviembre de 1971, pp. 391-392, que es a su vez una réplica a la oposición de otro autor a una argumentación anterior de Samuelson.

6. En su introducción a la traducción al húngaro de *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, A. Madarász observa con acierto que "la tensión interna de la obra de Schumpeter procede del viejo debate centenario de la teoría económica y la economía política que nace de la relación entre el análisis lógico abstracto y el enfoque histórico y sociológico". Madarász: "Schumpeter's Theory of Economic Development", en *Acta Oeconomica* 25, 1980, pp. 337-367 (otra publicación en la que aparece la introducción del autor a la traducción al húngaro). Erik S. Reinert expone una postura similar en "Schumpeter in the Context of Two Canons of Economic Thought", en *Industry and Innovation* 9, abril/agosto de 2002, pp. 23-39.

7. *The Theory of Economic Development*, pp. 75-78.

8. Ibíd., pp. 78, 81.

9. Ibíd., pp. 91-94. En "Schumpeter 1911: Farsighted Visions on Economic Development", en *American Journal of Economics and Sociology* 61, abril de 2002, pp. 387-403, Markus C. Becker

y Thorbjorn Knudsen sostienen que Schumpeter había otorgado al emprendedor un papel económico aún más central en la edición de 1911 de su libro que en la traducción inglesa de 1934.

10. *The Theory of Economic Development*, pp. 91-94. En otros escritos, Schumpeter dejó muy claro que el tipo de persona que retrataba no se limitaba al mundo de los negocios sino que podría encontrarse también "incluso en una tribu primitiva o en una comunidad socialista"; Schumpeter: *Business Cycles: A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, obra en dos volúmenes. Nueva York: McGraw-Hill, 1939, I, p. 223. Véase asimismo, Dahms, Harry: "The Entrepreneur in Western Capitalism: A Sociological Analysis of Schumpeter's Theory of Economic Development" (tesis; New School for Social Research, 1993). Israel Kirzner, posterior líder de la escuela austríaca de economía, ofreció un tratamiento influyente del espíritu empresarial en *Competition and Entrepreneurship*. Chicago: University of Chicago Press, 1973. Nicolo De Vecchi rectificó de manera importante el énfasis que muchos escritores habían atribuido despreocupadamente al "heroico" emprendedor de Schumpeter: *Entrepreneurs, Institutions and Economic Change: The Economic Thought of J. A. Schumpeter (1905-1925)*, (traducción de Anne Stone). Aldershot, Reino Unido: Edward Elgar, 1995. De Vecchi subraya los elementos institucionales y financieros del pensamiento de Schumpeter. Otra visión distinta la encontramos en Brouwer, Maria T.: "Weber, Schumpeter and [Frank] Knight on Entrepreneurship and Economic Development", en *Journal of Evolutionary Economics* 12, 2002, pp. 83-105, que asigna características nietzcheanas al emprendedor de Schumpeter.

11. *The Theory of Economic Development*, pp. 155-156. De entre la rica bibliografía cada vez más extensa que existe en torno al capitalismo familiar, véanse especialmente, Jones, Geoffrey y Rose, Mary, eds.: *Family Capitalism*. Filadelfia: Taylor and Francis, 1994, y James, Harold: *Family Capitalism: Wendels, Haniels, Falcks, and the Continental European Model*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2006.

12. *The Theory of Economic Development*, p. 86. Muchos autores han realizado observaciones similares sobre cómo se derriban las formas de pensamiento convencionales. Por ejemplo, John Maynard Keynes en *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1936 o Thomas Kuhn en *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press, 1962. Mancur Olson aborda ampliamente el caso de las instituciones económicas en *The Rise and Decline of Nations*. New Haven: Yale University Press, 1982.

13. *The Theory of Economic Development*, pp. 86, 87 y 133.

14. Schumpeter no menciona estos empresarios por su nombre. La figura que traza en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* corresponde fundamentalmente a una figura ideal y no a individuos concretos. Cambiaría de postura en *Ciclos económicos* (1939) donde señalaría numerosos casos específicos de emprendedores y empresas.

15. *The Theory of Economic Development*, p. 65.

16. Ibíd., p. 66. Un ejemplo de otro estudioso importante que utiliza esta definición muchos años después lo encontramos en Chandler, Alfred D. Jr.: *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Enterprise*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1990, pp. 830-831n1.

17. *The Theory of Economic Development*, pp. 66 y 137. S. M. Kanbur ha señalado con acierto que el comentario de Schumpeter sobre quién corre con los riesgos deja de lado el coste de oportunidad que asume el empresario; véase "A Note on Risk Taking, Entrepreneurship, and Schumpeter", en *History of Political Economy* 12, invierno de 1980, pp. 489-498.

18. Schumpeter también señalaba que era cierto que la compra y venta de acciones y obligaciones en los mercados secundarios (es decir, entre operadores de valores en vez de entre inversores y empresarios) gozaba de una amplia publicidad, como por ejemplo con las cotizaciones diarias de valores de Wall Street. Sin embargo, Schumpeter llamaba a estas operaciones "maniobras intermedias que pueden ocultar fácilmente el aspecto fundamental". En los negocios reales, "la principal función del dinero o del mercado de capitales es comerciar con el crédito con objeto de financiar el desarrollo". *The Theory of Economic Development*, pp. 126-127.

19. Ibíd., pp. 116 y 126. Schumpeter comentaría más tarde que muchos lectores pasaron por alto este aspecto fundamental de su argumentación, cuando publicó por primera vez *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung:* "las críticas se centraron principalmente en ciertos aspectos de la creación de crédito que hoy en día se han convertido en algo común. La proposición verdaderamente controvertida que gira en torno a la relación entre la creación de crédito y la innovación no fue en ningún momento objeto de discusión en aquella época. Ni tampoco lo ha sido en realidad desde entonces. Los debates de la teoría clásica bancaria sobre el hecho de que lo que los bancos financian no es precisamente la innovación sino las transacciones corrientes de materias primas, yerran completamente en la consideración del aspecto más destacado." Schumpeter: *Business Cycles*, p. 109n1. A pesar de todo, Schumpeter lo había dejado bien claro desde un primer momento. La doctrina tradicional del crédito y de la banca, según escribió en *The Theory of Economic Development* (p. 68), "siempre se refiere al mero hecho del ahorro y de la inversión de los pequeños rendimientos anuales que genera este ahorro. Esta consideración no posee nada falso en sí misma, pero deja completamente de lado otros aspectos mucho más esenciales". Para conocer una prueba empírica que apoya la proposición que Schumpeter realiza en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, a saber, que los intermediarios financieros son esenciales para la innovación tecnológica y el crecimiento económico, véase King, Robert G. y Levine, Ross: "Finance and Growth: Schumpeter Might Be Right", en *Quarterly Journal of Economics* 108, agosto de 1993, pp. 717-737.

20. *The Theory of Economic Development*, pp. 70-74.

21. Schumpeter: "Recent Developments of Political Economy", se trata de una conferencia que ofreció en Osaka en 1931 y que se volvió a publicar en el capítulo 5 de Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, p. 296. Para obtener otros análisis sobre la importancia que Schumpeter atribuía al dinero y al crédito para el desarrollo económico, véase Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, pp. 46-51 pássim.

Cuando Schumpeter recalcaba el papel que tenían los bancos en el desarrollo económico, tenía más bien en mente los establecimientos europeos y, sobre todo, alemanes que los británicos o estadounidenses. A diferencia de los grandes bancos británicos como Lloyds o Baring Brothers, que invertían la mayor parte de su capital en el extranjero, los bancos alemanes se especializaron en el mercado nacional. En ocasiones participaban en nuevos proyectos nacionales y, con mucha mayor frecuencia, concedían financiación a empresas innovadoras como por ejemplo al gigante del equipo eléctrico Siemens. Algunos bancos alemanes evolucionaron hasta convertirse en establecimientos financieros de enorme tamaño y carácter "universal" que combinaban la banca comercial (préstamos a empresas y, a veces, a particulares) con la banca de inversión (suscripción de participaciones empresariales o de emisiones de bonos), como por ejemplo Deutsche Bank o Dresdner Bank.

Aun así, las ideas conexas al énfasis que pone en el espíritu empresarial y en la creación de crédito que están presentes en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* se aplican con extraordinario vigor a la experiencia histórica de los Estados Unidos. Cuando Schumpeter finalizó su libro en 1911 todavía no había visitado los Estados Unidos y distaba de tener el grado de familiarización con su sistema financiero que tendría más tarde. En la historia del capitalismo estadounidense los bancos tuvieron un papel mucho menos importante para el desarrollo económico que en Europa, a pesar de la importancia de establecimientos de inversión concretos como J. P. Morgan o Goldman Sachs. Un motivo fundamental de esta diferencia residía en la descentralización extrema que tenía el sistema bancario estadounidense, que reflejaba la desconfianza del país en un poder económico concentrado y la prohibición que existió durante mucho tiempo de crear divisiones o filiales bancarias. El profesor de Harvard B. M. Anderson se percató de esta circunstancia y la mencionó en una reseña que realizó de *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, Anderson: "Schumpeter's Dynamic Economics", en *Political Science Quarterly* 30, diciembre de 1915, pp. 645-660.

Por supuesto, esto no quería decir que los Estados Unidos tuvieran menos espíritu empresarial. Era el país más emprendedor del planeta, pero no gracias a sus bancos. Los nuevos negocios más considerables no se financiaban tanto mediante préstamos bancarios como mediante participaciones "accio-nariales" (acciones ordinarias) de familias acaudaladas y, sobre todo en el caso del ferrocarril,

mediante la emisión de “deuda” (principalmente bonos que se vendían en todo el mundo). Las nuevas empresas que empezaron a crecer en la atmósfera propicia de la prosperidad floreciente de los Estados Unidos se financiaron fundamentalmente a través de ganancias acumuladas. Durante el período de finales del siglo XIX y todo el siglo XX la abrumadora fuente de la financiación empresarial de las grandes empresas fueron las ganancias acumuladas que se reinvertían en la empresa para su continuo desarrollo.

Este modelo general tuvo dos consecuencias importantes. La primera fue el vasto incremento que se produjo en las décadas de 1970 y 1980 de emisiones de bonos de alto rendimiento (“basura”) para financiar el desarrollo de empresas relativamente nuevas. El segundo fue el papel aún más importante de los inversores de capital riesgo en la financiación de empresas de reciente creación (*start-up*) y en la provisión de inyecciones de capital en empresas establecidas para el desarrollo de nuevos productos. Las inversiones de capital riesgo empezaron a principios de la década de 1950 y multiplicaron su actividad en las décadas posteriores. El capital riesgo financió cientos de empresas de alta tecnología; el caso más llamativo fue el de Silicon Valley en California. Asimismo, los inversores de capital riesgo participaron en numerosas empresas de biotecnología situadas cerca de las principales universidades investigadoras de todo el país. La mayor parte de la explosión del crecimiento económico estadounidense de la década de 1990 derivó de las inversiones del capital riesgo. Fue una era de emprendimiento extraordinaria y no fue una coincidencia que fuera una época en la que el término de Schumpeter, “destrucción creativa”, se utilizara de forma mucho más frecuente. Se puede encontrar un análisis en profundidad del papel del capital riesgo en Gompers, Paul y Lerner, Joshua: *The Money of Invention: How Venture Capital Creates New Wealth*. Boston: Harvard Business School Press, 2001.

22. Hubiera podido parecer razonable pensar que en virtud de su título, Teoría del desarrollo económico, *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* tendría o debería haber tenido una influencia poderosa en las estrategias de los países en desarrollo. Esto no ha sido así. Schumpeter pensaba, como escribiría más tarde en *Ciclos económicos*, que los países avanzados industrialmente se ajustaban mucho mejor a un análisis del proceso capitalista y este fue el método que él mismo siguió. Además, como se ha mencionado anteriormente, Schumpeter habría preferido que el término *Entwicklung* del título original se hubiera traducido por “evolución” y no por “desarrollo”.

Existe cierta bibliografía sobre la pertinencia que las ideas de Schumpeter tendrían en los países en desarrollo, pero en su conjunto estas obras son decepcionantes. Dos de los mejores artículos son: Laumas, P. S.: “Schumpeter’s Theory of Economic Development and Underdeveloped Countries”, en *Quarterly Journal of Economics* 76, noviembre de 1962, pp. 653-659 y Wiles, R. C.: “Professor Joseph Schumpeter and Underdevelopment”, en *Review of Social Economy* 25, septiembre de 1967, pp. 196-208.

23. En 1934, Schumpeter escribió a la editorial Harvard University Press, que estaba a punto de publicar la edición en lengua inglesa que “cuando el libro apareció en 1911… tuvo que hacer frente a una hostilidad casi universal”. Carta de Schumpeter a David T. Pottinger de 4 de junio de 1934, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, p. 270. Este comentario no era cierto y Schumpeter añadió en esa misma carta que sus argumentos habían ganado peso y que el libro estaba siendo traducido a varias lenguas.

24. Anderson, B. M.: “Schumpeter’s Dynamic Economics”; Clark, J. B.: *American Economic Review* 2, diciembre de 1912, pp. 873-875. En esta reseña Anderson afirmó que “el marcado contraste que establece Schumpeter entre las masas tímidas y estáticas y los escasos espíritus dinámicos es algo más cierto sin lugar a dudas en Europa que en Estados Unidos. Aquí el emprendedor ha encontrado mucha comprensión y cooperación con las masas”. En general, Anderson considera que Schumpeter ha llevado a cabo una gran labor: “Los economistas se han contentado durante demasiado tiempo con una teoría estática” y el énfasis que Schumpeter pone en el cambio constante “está lleno de significado si se quiere entender mejor la vida económica”. Anderson reprocha a Schumpeter haber escrito un tratado sobre la evolución económica en el que no menciona ni a Charles Darwin, ni a Herbert Spencer.

25. Hansen, Alvin: *Journal of Political Economy* 44, agosto de 1936, pp. 560-563.

26. Véanse las consideraciones sobre *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* y la influencia general de Schumpeter en Elliott, John E.: “Schumpeter and the Theory of Capitalist Economic

Development", en *Journal of Economic Behavior and Organization* 4, diciembre de 1983, pp. 277-308.

27. Seidl, Christian: "Joseph Alois Schumpeter: Character, Life and Particulars of His Graz Period", en Seidl, ed.: *Lectures on Schumpeterian Economics*. Berlín: Springer-Verlag, 1984, pp. 193-195 [en adelante, se citará así: Seidl: "Schumpeter's Graz Period"]; véase también: Allen: *Opening Doors*, I, pp. 117-119.

28. Seidl: "Schumpeter's Graz Period", p. 194. Traducción de la propia autora.

29. Ibíd., pp. 193-195; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 117-119.

30. Seidl: "Schumpeter's Graz Period", pp. 193-195; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 117-119.

31. Carta de Schumpeter a John Bates Clark de 10 de marzo de 1912, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 48-49.

32. Seidl: "Schumpeter's Graz Period", pp. 195-196; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 123-127.

33. Seidl: "Schumpeter's Graz Period", p. 196; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 123-127.

34. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 125-127.

35. El relato que sigue de la estancia de Schumpeter en los Estados Unidos se basa fundamentalmente en Allen: *Opening Doors*, I, pp. 129-135.

36. Carta de Seligman a Nicholas Murray Butler, citada en Allen: *Opening Doors*, I, p. 130.

37. Carta de Schumpeter a Seligman de 23 de noviembre de 1913. A pesar del entusiasmo inicial que despertó Schumpeter en Seligman, pronto empezó a no ser alguien de su agrado. Seligman escribió a Frank Fetter de la Universidad de Princeton: "entre nosotros, si fuera tú no pensaría en aguantar a una persona aburrida como él durante dos días [en un viaje de tren que le habían propuesto]. Nosotros ya estamos completamente hastiados." Carta de Seligman a Fetter de 19 de diciembre de 1913. Ambas cartas están impresas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 53-54.

38. Schumpeter: "The United States of America in Politics and Culture", en *Neue Freie Presse*, 21 de octubre de 1919, en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter: Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, pp. 128-132. Véase asimismo: Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Brothers, 1942, p. 331; y Somary, Felix (traducción de A. J. Sherman): *The Raven of Zürich: The Memoirs of Felix Somary*. Nueva York: St. Martin's Press, 1986, p. 34.

39. Carta de Schumpeter a Hollander de 11 de noviembre de 1913, Jacob Harry Hollander Papers, Ms. 59, Special Collections, Milton S. Eisenhower Library, Universidad Johns Hopkins.

40. Carta de Schumpeter a Fetter de 21 de marzo de 1914, citada en Allen: *Opening Doors*, I, pp. 131-134. Ese mismo día envió cartas similares a otros profesores que había visitado. A Jacob Hollander de Johns Hopkins le escribió: "Dejo los Estados Unidos siendo un admirador convencido tanto de las personas como de los métodos de sus universidades y temo que no volveré a sentirme nunca más tan feliz como profesor y como compañero como me he sentido aquí." Carta de Schumpeter a Hollander de 21 de marzo de 1914, Jacob Harry Hollander Papers, Ms. 59, Special Collections, Milton S. Eisenhower Library, Universidad Johns Hopkins.

6. Guerra y política

1. De entre los numerosos relatos que existen de la I Guerra Mundial, algunos de los más importantes y de más fácil lectura son los siguientes: Tuchman, Barbara: *The Guns of August*. Nueva York: Bantam Books, 1976; Fussell, Paul: *The Great War and Modern Memory*. Oxford: Oxford University Press, 1989; Baldwin, Hanson W.: *World War I: An Outline History*. Londres: Hutchinson, 1963; Keegan, John: *The First World War*. Nueva York: Knopf, 1999; Stevenson, David: *Cataclysm: The First World War as Political Tragedy*. Nueva York: Basic Books, 2004, y Strachan, Hew: *The First World War*. Nueva York: Viking, 2004. Véase asimismo el libro profusamente ilustrado de Susanne Everett, con introducción de John Keegan: *World War I*. Londres: Hamlyn, 1980.

2. Aunque muchas regiones con las que se formó Alemania incluyeran a viejos Estados importantes como Prusia, Sajonia o Baviera, el Imperio alemán (II Reich, el I Reich fue el sacro Imperio romano) no se unificó hasta 1871. En relación con las estadísticas de producción, véase Fear, Jeffrey: "German Capitalism", en Thomas K. McCraw, ed.: *Creating Modern Capitalism: How Entrepreneurs, Companies, and Countries Triumphed in Three Industrial Revolutions*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997, p. 141.

3. Italia cambió de bando y se incorporó a la guerra en 1915 como miembro de los Aliados.

4. Véase, en concreto, Keegan: *The First World War y* Stevenson, Cataclysm: *The First World War as Political Tragedy*.

5. Barkey, Karen y von Hagen, Mark, eds.: *After Empire: Multiethnic Societies and Nation Building. The Soviet Union and the Russian, Ottoman, and Habsburg Empires*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1997. En lo referente a la creación del Oriente Medio actual, véase Fromkin, David: *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East*. Nueva York: Henry Holt, 1989.

6. Baldwin: *World War I: An Outline History*, pp. 156-157; Everett: *World War I*, p. 249; Horne, John, ed.: *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997. Deák, István: *Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps*. Nueva York: Oxford University Press, 1990, proporciona cifras de bajas ligeramente inferiores y tiene bien en cuenta tanto a los oficiales de habla alemana como de habla magiar.

7. Gruber, Helmut: *Red Vienna: Experiment in Working-Class Culture, 1919-1934*. Nueva York: Oxford University Press, 1991.

8. Carta de Gladys Schumpeter a Hollander de 16 de noviembre de 1915, Jacob Harry Hollander Papers, Ms. 59, Special Collections, Biblioteca Milton S. Eisenhower, Universidad Johns Hopkins.

9. Carta de Hollander a Gladys Schumpeter de 6 de diciembre de 1915; carta de Hollander a Joseph Schumpeter de 7 de diciembre de 1915; carta de Joseph Schumpeter a Hollander de 7 de enero de 1916 [copia mecanografiada]; carta de Gladys Schumpeter a Hollander de 16 de enero de 1916; carta de Hollander a Gladys Schumpeter de 21 de febrero de 1916 (en la que le reenvía la carta de Joseph Schumpeter); véase la referencia de la nota anterior para toda esta correspondencia.

10. Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, p. 139.

11. En lo referente a la propuesta del periódico y a otras opciones, véanse las cartas de Schumpeter a Paul Siebeck de 14 de mayo, de 16 de junio (dos cartas), de 5 de agosto y de 10 de agosto de 1916. En esta última misiva Schumpeter accede a ser coeditor de una publicación existente. Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2.000, pp. 61-71.

Un ejemplo de su defensa de la tolerancia aparece en Schumpeter: "Die 'positive' Methode in der Nationalökonomie", en *Deutsche Literaturzeitung* 35, 1914, pp. 2101-08.

La encomienda de escribir un libro sobre la historia del pensamiento económico procedía del gran estudioso alemán Max Weber. El libro apareció como el primer volumen de una serie que Weber

editó en torno a los fundamentos de la sociología y la economía.

Muchos años después, formaría parte de la base de una obra que Schumpeter redactó con maestría: *Historia del análisis económico*, que con sus aproximadamente 800.000 palabras fue su libro más extenso. La serie de Weber se llamó *Grundriss der Sozialökonomik* (Fundamentos de socioeco-nomía). La contribución de Schumpeter se tituló "Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte". Tubinga: J. C. B. Mohr, 1914. Para obtener más información sobre la redacción de este libro, véase la carta de Schumpeter a la editorial de 18 de septiembre de 1912, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 49-51. Cuarenta años después de su publicación inicial, R. Aris tradujo este libro al inglés: *Economic Doctrine and Method: An Historical Sketch*. Nueva York: Oxford University Press, 1954.

12. En una de las dos cartas que envió a Siebeck el 16 de junio de 1916, Schumpeter esbozó un plan a largo plazo y le pidió su opinión. Esta carta es importante porque transmite de manera diáfana los intereses e intenciones de Schumpeter:

> La situación "literal" en la que me encuentro es la siguiente: por encima de todo debo ocuparme de dos grandes obras (junto con el trabajo corriente de escribir artículos y demás), las cuales han sido firmemente apalabradas como "obras completas" y están ya comprometidas en todos los aspectos. A continuación y al mismo tiempo, quiero ahondar mis labores de investigación en temas que me interesan sobremanera, de los que quizá le podré hablar en otra ocasión. Sin embargo, hay un tercer frente de trabajo que me llega en relación con mis actividades docentes y de otro tipo, que resultan ser más bien un esfuerzo vano en los auditorios situados dentro y fuera de la Universidad de Graz e incluso en Viena. A menudo lamento que no se puedan presentar a un círculo de personas más amplio, sobre todo porque en la forma en que se desarrollan verdaderamente serían unas conferencias adecuadas para un público de este tipo. Así, me ha venido la idea de trabajar su contenido en el futuro y publicarlas. Son las siguientes:
>
> 1) Con objeto de ser exhaustivo menciono nuestro plan [ya en curso] de publicar íntegramente un esbozo de la historia intelectual, que tomaré en consideración tan pronto tenga un seminario con este tema.
>
> 2) Ya he presentado en conferencias y discursos diversos una serie de bosquejos de una obra sobre teoría monetaria y política monetaria que todavía no han sido publicados … por consiguiente, se podría ocupar un volumen con las cuestiones más importantes de orden teórico, práctico y jurídico sobre el dinero y la naturaleza del crédito actualmente.
>
> 3) Hace unos años empecé a investigar el problema de las clases sociales y presenté mi teoría sobre las clases sociales en Chernivtsi y en Nueva York durante mis clases. En estos momentos he vuelto a abordar esta materia y voy a celebrar un coloquio al respecto este semestre. En unos meses esta labor podría cerrarse provisionalmente y de igual modo dar como resultado la publicación de un volumen de 15-20 pliegos.
>
> 4) Entre las cosas que más me "ocupan" están algunas partes de mis clases financieras que siempre gustan a los oyentes y que quizá sería adecuado publicarlas por su vivacidad y su interés actual, análogamente en un pequeño volumen titulado "Clases de política financiera".
>
> 5) Tengo a mi alrededor una serie de elementos entrelazados de una historia sociológica de ideas políticas que también podrían constituir una obra completa y que liberaría alegremente de la prisión del volumen de un seminario.
>
> 6) Mis discursos en temas de lo más variado, que siempre desaparecen en el abismo de la nada a pesar de que siempre me preocupe de imprimir mi pensamiento en ellos y de que siempre tengan éxito con el público asistente, se podrían reunir en unos dos tomos, uno sobre asuntos relacionados con la cuestión de la mujer, y otro sobre *de omnibus rebus et quibusdam aliis*, cuyo deseo de publicación puede ser excusado por el hecho de que me han costado tanto trabajo …
>
> Si los dioses son clementes conmigo, habida cuenta de que la mayor parte del trabajo de estos temas ya está hecho, probablemente podría encargarme de realizar un libro de este tipo al año a partir de 1918 (puesto que el próximo año seguramente sea más bien un año perdido para mí por el decanato). No obstante, habrá que tener en cuenta interrupciones apremiantes motivadas por estudios prácticos o psicológicos necesarios o por otro tipo de estudios.
>
> Todavía no he hablado con nadie de estos planes (y le pido que sea discreto al respecto), ni con

mis colegas, ni con otros editores.

Siebeck le respondió en una larga carta con fecha de 16 de junio de 1916, muy alentadora, de acuerdo con los propios intereses de Siebeck de publicar las obras propuestas y que contenía toda una batería de consejos sobre el orden de publicación de los proyectos. Ambas cartas se pueden consultar en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950 [sic], archivo 8, carpeta Mohr-Siebeck, HUA. La extensa carta que Schumpeter escribió a Siebeck el 1 de julio de 1916 está publicada en Hedtke y Swedberg, eds.: Briefe, pp. 64-71.

13. Allen: *Opening Doors*, I, p. 145.

14. Carta de Schumpeter al conde Otto von Harrach de 25 de enero de 1916, publicada en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter, Politische Reden*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1992, pp. 361-363.

Los fragmentos traducidos de la carta se han tomado de Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, p. 189.

15. Carta de Schumpeter al conde Otto von Harrach de 1 de febrero de 1916, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, p. 364, traducción de Christopher Hall. Schumpeter le escribió al menos doce cartas a Harrach, todas ellas están publicadas en *Politische Reden*. Su forma de dirigirse a Harrach (“Su Ilustrísima”) y de referirse al príncipe de Habsburgo (“Su Radiante”) es una muestra de los hábitos aristocráticos de la época.

16. Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 268-269n3 ofrece un panorama del movimiento a favor de la unificación con Alemania según fue evolucionando a lo largo del primer tercio del siglo XX.

17. Carta de Schumpeter al conde Otto von Harrach de 25 de enero de 1916, traducida en Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 190. Hay cartas similares fechadas el 1 de febrero de 1916, el 14 de enero, el 9 de febrero, el 7 de mayo, el 25 de junio y el 6 de julio de 1917 y el 7 y el 19 de febrero de 1918; todas ellas están publicadas en su versión original en alemán en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 55-59, 71-72, 74-81, 82, y 84. Véase asimismo la carta de Schumpeter a Angelo Franz Viktor Eisner von Eisenhof de 14 de enero de 1917, en ibíd., pp. 72-74.

18. Carta de Schumpeter a Lammasch de 21 de febrero de 1916, traducida en Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 173 y publicada en su versión original en alemán en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 59-61. Véase asimismo, Allen: *Opening Doors*, I, pp. 152-153.

19. Este memorando está publicado en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1985, pp. 251-272. La frase citada aparece en la página 271.

20. El segundo memorando está impreso en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1985, pp. 272-289. Los pasajes traducidos aparecen en Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 180-181.

21. Carta de Schumpeter al conde Otto von Harrach de 7 de mayo de 1917, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, p. 368, traducción de Christopher Hall.

22. Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 179n22. El propio Stolper fue estudiante y amigo durante mucho tiempo de Schumpeter. Carta de Schumpeter al conde Otto von Harrach de 16 de julio de 1917, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, p. 372, traducción de Christopher Hall.

23. Véase, por ejemplo, la carta que Schumpeter dirigió al conde Otto von Harrach el 9 de febrero de 1917: “Quizá podríamos conseguir que esta publicación fuera líder en Austria y de este modo establecer un instrumento que navegue con los vientos de nuestro tiempo y que pueda llevar a cabo la gran labor de utilizar la técnica moderna de dominar la opinión pública para servir a las ideas y los intereses de Austria … El lector (y con él su círculo de influencia) deberán ser desde el obispo hasta el hombre de negocios. Tendrá que ofrecerles tanta información como cualquier otro, con objeto de servir al objetivo de conducir poco a poco los puntos de vista conservadores hasta círculos que hasta

entonces les habían sido desconocidos … Deberá hacerse hincapié en la perspectiva específicamente católica de principio a fin, algo que solo podrá ser beneficioso para el éxito del periódico, ya que a menudo este punto de vista existe de forma latente en el subconsciente de los austríacos, incluso en casos en los que no se muestra de forma explícita. Y este periódico podrá allanar el camino a una política gubernamental de éxito." Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, pp. 366-367. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank. Hay otras cartas dirigidas a Harrach en las que habla del mismo tema, fechadas el 4 de junio de 1917 y el 19 de febrero de 1918 que también están recogidas en este libro, en las páginas 369-370 y 374-375.

24. El tercer memorando, que a diferencia de los dos primeros tenía un título (La situación política y los intereses de la monarquía) se ha publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 289-310. Los tres memorandos de Schumpeter son objeto de análisis en Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 177-188; el pasaje citado en este párrafo aparece en la página 184.

    Schumpeter utilizó a conocidos, como el conde Otto von Harrach, para conducir su memorando hasta el ministro de Asuntos Exteriores. Véase la correspondencia de Schumpeter a Harrach de 7 de mayo y de 17 de mayo de 1917, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, p. 368.

25. Los comentarios de Schumpeter sobre las razones de los Estados Unidos para entrar en la guerra fueron publicados en el periódico en un artículo suyo (Los Estados Unidos de America en la política y en la cultura) en *Neue Freie Presse*, 21 de octubre de 1919, reproducido en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, p. 132. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank.

26. Carta de Schumpeter al conde Otto von Harrach de 25 de junio de 1917 y 7 de febrero de 1918: "Solo mediante la coronación en Praga, concesiones adecuadas a los eslavos del sur y una postura contundente con respecto al Reich alemán se podrá salvar la situación. Además, los estímulos para llevarlo a cabo solo pueden proceder del partido conservador y de un gobierno conservador." Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, pp. 370-371 (primera carta) y pp. 373-374 (segunda carta); A Schumpeter le preocupaba la conducta del Parlamento y de la prensa: "Nosotros hemos creado estas instituciones democráticas" –escribió en otra carta dirigida a Harrach el 6 de julio de 1917–"pero a diferencia de la sociedad inglesa no sabemos cómo utilizarlas", ibíd., p. 371. Traducciones de Christopher Hall. Véase también la correspondencia de Schumpeter con Angelo Franz Viktor Eisner von Eisenhof de 14 de enero de 1917, de 2 y 8 de febrero y 22 de agosto de 1918 en la que habla de otras maniobras y opiniones políticas. Todas estas cartas están reproducidas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 72-74, 81-83 y 85-86. Asimismo, hay información de interés en Allen: *Opening Doors*, I, pp. 154-155 y Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 173-174.

27. Se cita a Redlich en Seidl, Christian: "Joseph Alois Schumpeter: Character, Life and Particulars of His Graz Period", en Seidl, ed.: *Lectures on Schumpeterian Economics*. Berlín: Springer-Verlag, 1984, pp. 203-204. Traducción de Seidl.

28. Somary, Felix (traducción de A. J. Sherman): *The Raven of Zürich: The Memoirs of Felix Somary*. Nueva York: St. Martin's Press, 1986, pp. 120-121.

29. Schumpeter también escribió un segundo escrito fundamental en la misma época que también se sigue enseñando en las universidades. Lleva el título de "The Sociology of Imperialisms" y ocupa 98 páginas impresas en su traducción al inglés. Se volvió a publicar en 1955 en un pequeño libro (junto con otro escrito sobre clases sociales) para su uso en cursos universitarios. *Imperialism, Social Classes: Two Essays by Joseph Schumpeter* (traducción de Heinz Norden). Nueva York: Meridian Books, 1955. La tesis que se presenta más abajo está basada principalmente en lo escrito en las páginas 23-54, 73 y 89. Véase asimismo, Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 98-102.

    En "The Sociology of Imperialisms", Schumpeter sostiene que el capitalismo es fundamentalmente anti-imperialista, una afirmación que iba en contra de las creencias populares de la época (incluyendo la interpretación ortodoxa del marxismo) y que todavía sigue siendo origen de debates apasionados. En un pasaje que Schumpeter recalcó en cursiva expone lo siguiente: "Señalar el imperialismo como una etapa necesaria del capitalismo es una mera falacia, como también lo es hablar de la evolución del capitalismo al imperialismo."

Fundamentaba su aseveración con una lectura esmerada de la historia en la que señalaba que el imperialismo había surgido bajo diferentes formas (de ahí el plural “imperialismos” del título de su escrito). Su análisis comenzaba con el Imperio británico y el Imperio alemán más recientes y después se retrotraía hasta los imperios de antiguas potencias como Persia, Egipto o Roma. Estos viejos imperios estaban integrados de tal forma que no podían soportar sus propias cargas nacionales. Por consiguiente, invadieron y se anexionaron otras regiones mediante expediciones de saqueo diseñadas para sostener la marcha de sus economías nacionales. Una vez que se había iniciado, “la política de conquistas conducía inevitablemente a situaciones que imponían otras conquistas”. Este proceso solo se terminaba cuando llegaba a un punto en el que la potencia en expansión rebasaba sus propios límites y sus territorios empezaban a ser demasiado vastos para poder ser administrados.

Por el contrario, Schumpeter defendía que una economía capitalista funcionaba de manera exactamente opuesta. Su preocupación por el espíritu empresarial y el crédito dejaba poco tiempo y extraía todo atractivo a las campañas militares. (No incluía las tesis conocidas de que las potencias coloniales utilizaban sus imperios para tener a buen recaudo determinadas materias primas y para proporcionarles mercados cautivos). La productividad superior del capitalismo generaba bienes y servicios más que suficientes para el mercado nacional y un país capitalista de éxito sería mucho más dado a exportarlos a otras sociedades que a saquearlos de ellas.

Las investigaciones más recientes han confirmado las líneas principales del análisis de Schumpeter, al menos en el asunto concreto de que las colonias le costaban más por lo general al país invasor debido a los gastos de administración y de defensa que lo que recuperaba en forma de nuevas fuentes de ingresos. Por supuesto, los análisis económicos de costes y beneficios no contemplan las cuestiones de arrogancia nacional o de rivalidad en la construcción de imperios. Tampoco pueden decir mucho sobre las percepciones de los diseñadores de políticas. Las refutaciones se basan en que las ventajas de orden militar y de prestigio relativos han constituido el sello de las campañas militares de Francia, Alemania o Gran Bretaña durante el largo período de acumulación previo a la Gran Guerra. En un comentario posterior (de 1946) sobre la relación entre capitalismo e imperialismo, Schumpeter escribió (a propósito de una perspectiva a la que él mismo se oponía) que a pesar de que las objeciones eran obvias, “había tres puntos que, no obstante, debían apuntarse en su favor”: en primer lugar, se trataba de una teoría minuciosa que consideraba “el conjunto del modelo económico, político y cultural” desde 1898, el año en que los propios Estados Unidos se embarcaron en una aventura imperialista ligada a la guerra hispano estadounidense; en segundo lugar, se había “verificado” superficialmente a través de los acontecimientos, es decir, la conducta imperialista de países capitalistas poderosos, y, “en tercer lugar, al margen de que sus hechos e interpretaciones puedan ser erróneos, comienza sin lugar a dudas con un hecho que está más allá de toda prueba: la tendencia hacia la combinación industrial y la aparición de preocupaciones a escala más amplia”. Es decir, el imperialismo había crecido junto con el desarrollo de las grandes empresas y su búsqueda de mercados en el exterior, incluso en el caso de que sus países originarios cerraran sus propios mercados. Sin embargo, a pesar de estas tendencias presentes en la primera mitad del siglo XX, Schumpeter no cambió de idea. Y el aumento del libre comercio y de la “globalización” durante la segunda mitad de ese siglo ha apoyado su punto de vista original. Véase, Schumpeter: “Capitalism”, en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: Encyclopaedia Britannica, 1946, pp. 801-807, reproducido en Clemence, Richard V. ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, pp. 189-210. El pasaje citado aparece en la página 197.

30. Schumpeter: “The Crisis of the Tax State”, en Swedberg, Richard, ed.: *The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 100-101. Un título más descriptivo de este ensayo sería “La gestión de los impuestos en una economía capitalista, con una atención particular a la crisis actual austríaca en período de guerra”. Tuvo su origen en una conferencia dirigida a la Sociedad Sociológica de Viena y se publicó por primera vez en 1918. En este escrito Schumpeter reconocía la labor del sociólogo Rudolf Goldscheid que había “hecho hincapié de forma adecuada en este sentido de considerar la historia fiscal: difundir la verdadera idea de que ‘el presupuesto es el esqueleto del Estado privado de toda ideología desorientada’.”

31. Ibíd., pp. 99 y 113.

32. Ibíd., pp. 114-116.

33. Cuando Schumpeter observó el dilema al que se enfrentaba Austria en 1918, la “crisis” fiscal de su título era un encadenamiento predecible. En primer lugar la guerra por sí misma doblegaría las finanzas de Austria. Mientras tanto, su política se desintegraría debido a los nacionalismos checos, serbios y húngaros y el fermento político resultante alimentaría los movimientos anticapitalistas. Austria, para llevar cualquier tipo de existencia normal, requeriría la reconstrucción de su economía y la cancelación de su deuda de guerra. El gobierno tendría que gastar sumas colosales “en pagos por invalidez, costes de desmovilización, reconstrucción de zonas devastadas y gastos de compensación por daños causados por la guerra”. Ibíd., pp. 117-120.

34. Ibíd., pp. 120-131.

35. Ibíd., pp. 122-125.

36. La comisión estuvo presidida por el conocido socialista Karl Kautsky. Felix Somary escribió que “Hilferding a menudo me hizo partícipe de su asombro por la radicalidad de Schumpeter [en la Comisión de socialización], pero Schumpeter no era en absoluto radical, simplemente seguía las conclusiones apropiadas a las que le conducían determinadas premisas. Creía que si se debía introducir el socialismo al final de la guerra, se debería hacer de forma coherente”. Somary: *The Raven of Zurich*, p. 120.

Según un colega de Harvard de Schumpeter, Gottfried Haberler, a Schumpeter le gustaba bromear sobre su papel: “Si un hombre quiere suicidarse, es bueno que un médico esté presente”. No obstante, uno de los otros miembros de la Comisión de socialización escribiría más tarde que esta observación no era en ningún modo característica de su conducta.

No cabe duda que la presencia de Schumpeter añadió elementos mucho más brillantes y mayor interés a nuestras discusiones internas y a las conversaciones informales que manteníamos fuera de la sala de reuniones. De hecho, Schumpeter se ponía casi siempre del lado de los partidarios más extremos de una socialización inmediata e integral, es decir, estaba más cercano de Lederer que, en aquella época, era bastante radical y doctrinario … y en contra de Hilferding que, como siempre sucedía con asuntos prácticos, estaba más comprometido y era más proclive a doblegarse a los argumentos de sus opositores. En una conversación privada con Schumpeter y con otros miembros, después del cierre oficial de la sesión, manifesté una cierta sorpresa por su postura a lo que me respondió: “Ignoro si el socialismo es o no es una posibilidad práctica, pero estoy convencido de que es algo imposible si no se aplica integralmente. En cualquier caso, probarlo será un experimento interesante.”

Véase, Vogelstein, Theodor H.: “Joseph A. Schumpeter and the Sozia-lisierungskommission: An Annotation to Gottfried Haberler’s Memoir of Schumpeter”, memorando no publicado y sin fecha citado en Allen: *Opening Doors*, I, p. 180, notas 3 y 4. Véase asimismo, Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, capítulo 11.

37. Bauer, uno de los principales líderes del partido socialdemocrático también estaba al frente de la Comisión de socialización austríaca, que estaba basada en el modelo alemán. Karl Renner lideró una vez más el gobierno austríaco después de la II Guerra Mundial.

38. Hay una interpretación del mandato de Schumpeter como ministro de Hacienda en März, Eduard: *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher and Politician*. New Haven: Yale University Press, 1991, capítulo 9.

39. Véase, Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 255-256. Stolper añade que el plan en todo detalle “es cosecha de Schumpeter. Reconoce los hechos como son y no como le habría gustado que fueran: no hay una influencia ideológica en sus soluciones … también lleva la impronta de Schumpeter en su adopción de un punto de vista evolucionista basado en un análisis a largo plazo … El plan recalca la estrecha relación que guardan la política fiscal y la política monetaria algo que en aquella época no era común.” Sus disposiciones en muchos aspectos se asemejaban a las políticas ilustradas que se seguirían años más tarde bajo el influjo estadounidense y británico en Alemania y Japón, los perdedores de la II Guerra Mundial.

40. Para consultar más argumentos sobre el *Finanzplan* y sobre los pseudo-escán-dalos que acosaron a Schumpeter, véase Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 217-293. Stolper proporciona algunos detalles más en "Schumpeter's Ministerial Days", en *History of Economic Ideas* 3, 1995, pp. 93-103.

41. *Neue Freie Presse* de 14 de abril de 1919, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, p. 42. Este comentario incinerador aparece en la prensa vienesa de 21 de marzo de 1919, citado en Allen: *Opening Doors*, I, p. 171. Es probable que los periódicos hayan recogido esta cita de un discurso que Schumpeter pronunció ante la Sociedad Sociológica de Viena y que publicó en 1918. Los términos son similares a las frases que Schumpeter utilizó en el artículo que surgió de este discurso que se volvió a publicar con el título de "The Crisis of the Tax State", en Swedberg, ed.: *The Economics and Sociology of Capitalism*, pp. 125-126. Muchos de los discursos y artículos para periódicos de Schumpeter, junto con informes públicos sobre su cargo de ministro de Hacienda y de banquero, han sido publicados en alemán en tres volúmenes editados por Christian Seidl y Wolfgang F. Stolper: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, 1985, *Politische Reden*, 1992 y *Aufsätze zur Tagespolitik*, 1993. Todos ellos han sido publicados en Tubinga por J. C. B. Mohr, Paul Siebeck.

42. Véanse Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 18-20 y März: *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher and Politician*, pp. 151-163.

43. El 31 de mayo de 1919 Bauer escribió al canciller Karl Renner: "Por el momento no tomaré ninguna decisión, pero después de la conclusión del tratado de paz será inevitable forzar la dimisión [de Schumpeter]." März: *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher and Politician*, p. 157. El 9 de octubre de 1919, *Neue Freie Presse* publicó una exposición equilibrada de los desacuerdos existentes entre Schumpeter y Bauer y otro periódico (socialista) publicó una versión contra Schumpeter, *Arbeiter Zeitung* de 10 de octubre de 1919. Ambos artículos están impresos en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, pp. 273-277. Véase asimismo Seidl, Christian: "The Bauer-Schumpeter Controversy on Socialization", en *History of Economic Ideas* 2, 1994, pp. 41-69. Los comentarios de Schumpeter sobre los deseos de la población de unificarse con Alemania aparecen en una carta de Schumpeter a Victor E. Heller de 30 de abril de 1943, publicada en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 342. En relación con la atroz situación alimentaria en la que se encontraba Viena durante la guerra, véase Healy, Maureen: *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004, en particular el capítulo 1.

44. Con sus disposiciones, el Tratado de Saint Germain (firmado el 10 de septiembre de 1919), que era un tratado similar al Tratado de Versalles que se ocupaba específicamente de Austria, debilitó enormemente la viabilidad económica de Austria. Según comentó la delegación austríaca sobre el borrador del tratado: "Lo que queda de la Austria alemana no podrá sobrevivir. Nuestro territorio constará de los meros distritos alpinos y de la capital, Viena, que con su población de dos millones de habitantes de un total de seis millones se ha visto impactada mucho más que cualquier otra zona del Imperio de su separación del resto de la antigua monarquía. Este nuevo Estado solo podrá producir una cuarta parte de los alimentos que necesita su población, las otras tres cuartas partes tendrán que ser importadas del exterior. Además, estará obligada a adquirir doce millones de toneladas de carbón cada año, mientras que su producción no llega ni siquiera a los dos millones." Stadler, Karl R.: *Austria*. Londres: Ernest Benn, 1971, p. 117. Gustav Stolper escribió la carta citada que aparece en Allen: *Opening Doors*, I, pp. 178-179. Stolper sería más tarde uno de los amigos más íntimos de Schumpeter.

45. Anotaciones del diario de Wieser de 15 de marzo, 19 de marzo y 30 de mayo de 1919 publicadas en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Politische Reden*, pp. 10-11. Traducción de Christopher Hall. Véase asimismo, Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 293. En mayo de 1919 Ignaz Seipel, un destacado político conservador contrario a la unificación, escribió a Heinrich Lammasch, "Mantengo un estrecho contacto con Schumpeter, que tiene mucho coraje" en contraposición con Otto Bauer. Citado en März: *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher and Politician*, p. 155.

46. Fromkin: *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East, 1914-1922*.

47. Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 221, 233, 240, 247 y 263n.

48. Se tardó unos años más en fijar las fronteras finales de Polonia. En el caso de Yugoslavia, el nombre

original del nuevo país fue Reino de serbios, croatas y eslovenos. Los debates parlamentarios llegaron a ser tan disgregadores que en 1928 un miembro serbio disparó y mató al líder del partido campesino croata. En respuesta, en parte, a este incidente el rey Alejando propuso en 1928 que el país se renombrara Reino de Yugoslavia (que significa tierra de los eslavos del sur). En 1934 los nacionalistas croatas asesinaron al rey Alejandro.

49. En los términos del Tratado no se prohibía categóricamente la unificación de Austria y Alemania, aunque de producirse debería contar con la aprobación de la Liga de las Naciones, lo que era una perspectiva muy poco probable.

7. Gran *Rifiuto*

1. Schumpeter: “Should the Reserve Bank Be Established?”, en *Die Börse*, 21 de septiembre de 1922, en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, pp. 53-54. Traducción de Christopher Hall. En sus observaciones Schumpeter comentó el papel de los bancos centrales y uno de sus argumentos era que un banco de reservas más fuerte, a pesar de que fuera esencial, no podría ocuparse de toda la labor. El artículo en su conjunto anticipa muchos de los asuntos evolutivos y complejos de la década de 1990 que acosaron a la economía rusa poscomunista y a otros países del bloque del este que padecían una “terapia de choque”.

2. En lo que a la oferta de Berlín se refiere, véase la correspondencia de Schumpeter a Max Apt de 24 de agosto y de 24 de noviembre de 1919 y de 29 de junio y 28 de julio de 1920; además de la carta de Schumpeter a Arthur Spiethoff de 2 de septiembre de 1921; todas ellas están publicadas en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 87-91 y 94f.

Dos de las mejores fuentes para conocer las actividades que Schumpeter desarrolló entre 1919 y 1925, aparte de la documentación principal citada en este capítulo, son Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, capítulos 20 y 21, y Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, capítulo 10.

3. Para consultar la correspondencia relacionada con este asunto véanse las cartas de Schumpeter al consejero de finanzas Berman de 13 de febrero de 1921 y de Schumpeter a Arthur Spiethoff de 2 de septiembre de 1921, ambas están recogidas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 92-95.

4. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 184-186.

5. “Conversation with Former State Secretary Dr. Schumpeter”, en *Die Börse* de 11 de noviembre de 1920, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 20-22, traducción de Christopher Hall. Allen: *Opening Doors*, I, p. 186. Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 307n3, muestra el detalle de accionistas del Biedermann Bank en 1923 donde se observa que Gottfried Kumwalt, un hombre de negocios estrechamente relacionado con el partido conservador sociocristiano, era el máximo accionista con 95.000 acciones.

Schumpeter probablemente habría recibido unas 25.000 acciones como parte de la compensación por su concesión y en 1923 habría adquirido un paquete adicional de 65.000 con sus propios ingresos. El tercer mayor accionista, con 85.000 acciones, era el Anglo-Austrian Bank, un banco afiliado al Bank of England que era seguramente la fuente de efectivo más fiable del Biedermann Bank. Artur Klein era el cuarto mayor accionista con 76.000 acciones.

6. El propio Schumpeter escribió una especie de escrito técnico en esa época sobre este mismo tema. Schumpeter: “Procedural Difficulties Raise the Costs of the Banking Business”, en *Die Börse* de 23 de octubre de 1924, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 60-63. En un análisis posterior, Schumpeter escribió que “es sabido el modo en que este [tipo de inflación] responde a un período de prosperidad artificial en el que la paz y el orden se preservan de forma sustancial y se evitan, mitigan o aplazan muchos sufrimientos a costa de los tenedores de coronas [depreciadas] o de exigibles denominados en coronas”. Schumpeter: “The Currency Situation in Austria”, en *United States Senate, Commission of Gold and Silver Inquiry, Foreign Currency and Exchange Investigation Serial 9, European Currency and Finance*, 1925, impreso en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 63-70; la cita aparece en la página 64. En cuanto al caso del Deutsche Bank, véase Moss, David A.: “The Deutsche Bank”, en McCraw, Thomas K. ed.: *Creating Modern Capitalism: How Entrepreneurs, Companies, and Countries Triumphed in Three Industrial Revolutions*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997, p. 243.

7. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 186-187.

8. “Bank President Schumpeter–The Girardi [un actor y cantante de comedias coetáneo] of the Financial World”, en *Die Börse* de 28 de abril de 1921, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, p. 17. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank.

9. Poco antes había escrito que Austria se había “recuperado de la situación padecida hace dos

años y aunque todavía no haya un puerto seguro a su alcance en el que pueda anclar, este puerto seguro ya está a la vista". Schumpeter: "Recapitalization and Monetary Value Policy", en *Neue Freie Presse* de 30 de enero de 1924, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, p. 55. Traducción de Christopher Hall.

10. Stolper: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 307. En 1926, dos años después de la marcha de Schumpeter, el Biedermann Bank cesó sus operaciones y acabó con 133 años de historia empresarial. De acuerdo con Stolper, el banco "no hizo bancarrota, ya que todos los acreedores recibieron finalmente el total de las sumas debidas". El comentario de Schumpeter sobre su propio reembolso de deudas está citado en Stolper, p. 317 y la observación de Stolper sobre el honor, en la página 315n22.

11. "A Lawsuit against the Former Finance Minister Dr. Schumpeter", en *Neue Freie Presse* de 11 de julio de 1925, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 95-96. Este artículo del periódico narra el proceso judicial que se emprendió contra Schumpeter y un conocido suyo, Richard M. Braun-Stammfest (el verdadero rufián causante de los problemas económicos de Schumpeter), que interpuso el Wiener Kaufmannsbank (de cuyo consejo de administración formaba parte Schumpeter) en relación con la recapitalización de la empresa de vidrio (Schumpeter también formaba parte del consejo de administración de esta empresa). El problema era un préstamo de 1.900 millones de coronas y el proceso era por impago con intereses. Como Schumpeter había abandonado la sindicación de este préstamo mucho antes del vencimiento del pago y de que se interpusiera la demanda, la acusación contra él era de solo 190.000 coronas más un 8 % de interés por su participación en la concesión del préstamo original.

12. Wolfgang Stolper trata estos asuntos de manera exhaustiva en *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 306-325; la cita de Schumpeter sobre la ruina financiera total aparece en la página 316. Los detalles de este suceso fueron lo suficientemente enrevesados como para manchar su reputación no solo en cuanto a su buen juicio empresarial, sino también en cuanto a su probidad. Véase, por ejemplo, "Involuntary Resignation of President Dr. Schumpeter", en *Die Neue Wirtschaft* de 11 de septiembre de 1924, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 94-95. Se trata de un artículo que critica la conducta de Schumpeter por el escándalo Braun-Stammfest que se publicó en un periódico que, a menudo, no es fiable. "Desde el principio", afirmaba el periódico, "el Dr. Schumpeter garantizó a su amigo íntimo todo incentivo posible. Durante un tiempo, incluso le llegó a proporcionar un asiento en el consejo de administración del Biedermann Bank y apoyó activamente todos sus esfuerzos para hacer que el Biedermann Bank fuera la fuente de financiación para la constitución de todas sus empresas fraudulentas". El artículo añadía, en cierto modo de manera más correcta, que "el peso del nombre de Schumpeter fue decisivo a la hora de que estas aventuras empresariales falsas encontraran ayuda financiera, ya fuera del Biedermann Bank o de otras instituciones crediticias … La situación empeoró aún más para el Dr. Schumpeter cuando se vio involucrado en operaciones especulativas malogradas en francos, no solo a través del Biedermann Bank, sino de otros bancos, particularmente mediante el Handelskreditbank. Aunque se haya liquidado el balance deudor que el presidente [del banco] mantenía en el Biedermann Bank, hay buenas razones para suponer que esta cancelación [de la deuda] forma parte de un acuerdo que se le ofreció al líder de la institución para su marcha", p. 94, traducción de Alison Fleig Frank.

13. Incluso en esta época, en la que trabajaba casi exclusivamente en sus asuntos empresariales, Schumpeter publicó ocasionalmente algunos escritos académicos en los que dejaba entrever, directa o indirectamente, su preferencia por las empresas jóvenes e innovadoras. Véase, por ejemplo, Schumpeter: "Angebot", en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, cuarta edición, vol. 1. Jena: Gustav Fischer, 1923, pp. 299-303, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 132-139. Se trata de una entrada breve de un manual en la que Schumpeter habla de curvas de suministro, efectos de la elasticidad y otras herramientas convencionales de la economía. No obstante, encuentra la manera de dejar implícito que las empresas nuevas y emprendedoras son mejores para la economía general que las tradicionalmente establecidas.

14. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Brothers, 1942, pp. 73-74.

15. Whitehead, Alfred North: *Dialogues of Alfred North Whitehead, as Recorded by Lucien Price*. Boston: Little, Brown, 1954.

16. Mucho antes de haber perdido su fortuna, Schumpeter escribió sobre los efectos económicos venenosos de la guerra: “Las demandas de la clase trabajadora, los excesos radicales y la voluntad de hacer huelga no son la causa sino más bien el resultado de la situación y de la prueba de resistencia que la guerra ha impuesto a [nuestros] nervios y a [nuestra] organización social.” Schumpeter: “World Economic Crisis”, extracto de un artículo publicado en *Die Börse* el 20 de junio de 1921, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 22-29. Véase también, Schumpeter: “Financial Policy and the League of Nations”, en *Neue Freie Presse* de 23 de marzo de 1922, en ibíd., pp. 39-42. Poco después añadía en un análisis más amplio que “el desempleo, las pérdidas de capital y los resquebrajamientos de este período de posguerrra son manifestaciones de la devastación de la guerra, del empobrecimiento de muchos países, de la tensión social actual y, por encima de todo, de los cambios repentinos, estructurales y necesarios de las industrias de todas las naciones para pasar de la producción del período de guerra a la producción del período de paz”. Schumpeter: “Old and New Bank Policy”, en *Economic-Statistical Reports*, 1925, en ibíd., pp. 78-93. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank.

17. Schumpeter: “World Economic Crisis”, extracto del artículo publicado en *Die Börse* el 20 de enero de 1921, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 22-29. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank.

Al profundizar en este tema, insistía en que la crisis no era básicamente una crisis monetaria, como muchos de sus coetáneos afirmaban. Por el contrario, afectaba a todos los elementos de los negocios y no podría remediarse mediante un mero arreglo financiero. Continuó el análisis que había empezado en *Teoría del desarrollo económico* y, entonces, también se basó en su propia experiencia empresarial. Según escribió en 1925: “Lo que caracteriza a un período de prosperidad no es únicamente una mayor actividad económica y una especulación más intensa por los canales habituales. La esencia del fenómeno reside en mayor medida en la creación de nuevos caminos. Aparecen nuevas personas con nuevos objetivos y los poderes productivos de la economía se aplican a nuevas instalaciones y métodos productivos. Hasta un grado abrumador, las innovaciones se producen en nuevas empresas y no emergen necesariamente en las empresas existentes más estrechamente relacionadas sino en estas otras que compiten con ellas … Tecnológica y psicológicamente es muy difícil acometer algo nuevo”. Schumpeter: “Old and New Bank Policy”, en *Economic-Statistical Reports*, 1925, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, p. 87. Schumpeter añadió en este mismo pasaje algunos comentarios sobre los ciclos económicos: “El significado y la función de las depresiones recurrentes es la reabsorción y digestión de nuevas creaciones en el ciclo normal. Puesto que cada período de prosperidad gira en torno a un número limitado de nuevos puntos de vista, el impulso pierde fuerza al cabo de unos años. Y como la nueva creación está limitada de forma concreta, el período de depresión siempre cumple con su tarea en el espacio de unos años”. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank. Algunas partes de estas citas reaparecen casi literalmente en *Ciclos económicos*, el libro que Schumpeter publicó en 1939.

18. “Cuando alguien acomete algo nuevo” –escribió Schumpeter– “que el ciclo económico no había conocido previamente (o si alguien erige una nueva empresa, introduce nuevos métodos de producción, etcétera), entonces generalmente los recursos financieros correspondientes que fueron el resultado de períodos anteriores no están disponibles. Por consiguiente, uno confía en el crédito, pero no en el sentido de crédito que puede darse en el ciclo estático en el que cumple exclusivamente una función técnica de mercado en la esfera de la circulación, sino en un sentido completamente distinto y fundamental”. Schumpeter: “Old and New Bank Policy”, en *Economic-Statistical Reports*, 1925, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, p. 88. Traducción de Christopher Hall.

19. Schumpeter añadió que “se podría decir que el conjunto del Estado sigue la política del taxista que cuando pone las manos sobre un pasajero, le cobra tanto dinero por un solo viaje que el cliente en el futuro evita coger más taxis”. Schumpeter: “Austria’s Credit Problems”, en *Die Börse* de 7 de abril de 1921, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 29-32, la cita aparece en la página 31. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank. Schumpeter: “The Currency Situation in Austria”, en *United States Senate, Commission of Gold and Silver Inquiry, Foreign Currency and Exchange Investigation Serial 9, European Currency and Finance*, 1925, publicado en ibíd., p. 69.

20. Schumpeter: “Current Economic Problems”, en *Die Börse* de 15 de diciembre de 1921, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, p. 38. Se trata de un texto escrito a partir de una entrevista con Schumpeter “sobre el debate en torno al valor real en contraposición con el valor relacionado con la capacidad de generar ingresos de los títulos del mercado”, es decir, si los inversores deberían preferir activos como los inmobiliarios en vez de acciones de empresas durante un período de inflación. Schumpeter: “Financial Policy and the League of Nations”, en *Neue Freie Presse* de 23 de marzo de 1922, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 39-42, la cita se encuentra en la página 41. Traducción de Christopher Hall.

21. Schumpeter: “The Currency Situation in Austria”, en *United States Senate, Commission of Gold and Silver Inquiry, Foreign Currency and Exchange Investigation Serial 9, European Currency and Finance*, 1925, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, p. 70.

22. En 1922 Schumpeter escribió en un artículo de un periódico que Viena corría el peligro de perder su estatus de centro financiero y que el país debía lazar sus esperanzas al renacimiento de un ciclo económico mundial. Schumpeter: “The Big Question Marks”, en *Die Börse* de 4 de mayo de 1922, en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 42-47. Hay un resumen de las políticas económicas de la posguerra de las naciones que surgieron del Imperio de los Habsburgo en Abdelal, Rawi: *National Purpose in the World Economy: Post-Soviet States in Comparative Perspective*. Ítaca y Londres: Cornell University Press, 2001, pp. 155-170.

23. Abdelal: *National Purpose in the World Economy*, pp. 155-170; Teichova, Alice: *The Czechoslovak Economy, 1918-1980*. Londres: Routledge, 1988, pp. 3-18; Teichova: “Czechoslovakia: The Halting Pace to Scope and Scale”, en Chandler, Alfred D., Jr., Amatori, Franco y Hikino, Takashi, eds.: *Big Business and the Wealth of Nations*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997, pp. 433-434 y 439-441.

24. Anotación de 13 de febrero de 1944 del diario de Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivo 4, carpeta 1943-1944, HUA.

8. Annie

1. Véase el texto mecanografiado que se encuentra en el archivo de Schumpeter. Schumpeter Papers, HUG(FP)–66.90, Publisher and Estate Correspondence, archivo 4, carpeta "The Diaries of Anna Reisinger-Schumpeter: A Report", Erica Gerschenkron, HUA. En adelante citaremos este informe sobre los diarios de Anna Reisinger-Schumpeter como Gerschenkron, "A Report". Las páginas 20 a 26 de este documento "Summary of Mrs. Anna Schumpeter's Diaries" constituyen una excelente cronología y análisis de la vida de Annie. Este documento es un punto de partida necesario para cualquier investigación relacionada con los diarios, debido a su idiosincrásica organización. Los diarios en cuestión se encuentran en diez pequeños volúmenes encuadernados con tapas de cuero y son copias que el propio Joseph Schumpeter hizo de los originales de Annie, tarea a la que se dedicó con regularidad durante muchos años. Hay una explicación en las páginas 2 a 6 de Gerschenkron: "A Report". Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, pp. 192-198, ofrece un relato de la relación que tuvieron Schumpeter y Annie basado, principalmente, en el informe de Gerschenkron, aunque está complementado con otras entrevistas.

2. Gerschenkron: "A Report", pp. 20-22.

3. Diario de Anna Reisinger Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG (FP)–4.2. Mostly extracts from Annie's diary, vol. IV, 15 de junio de 1919, HUA. En adelante se citará como Diario de Annie. Todas las anotaciones taquigráficas del diario de Annie se han tomado de la transcripción realizada por Erica Gerschenkron en "A Report", Appended Transcripts I, pp. 27-41 y II, pp. 52-118. Holger Frank ha realizado todas las traducciones al inglés de las citas del diario de Annie que se mencionan en este capítulo, a excepción de algunas de ellas, obra de Erica Gerschenkron, dato que se mencionará en la referencia. El New York Times de 17 de junio de 1919 relataba los disturbios de Viena de la siguiente manera: "El problema empezó cuando 6.000 manifestantes intentaron liberar de la prisión a los líderes comunistas arrestados el sábado. La policía primero lanzó descargas al aire y luego contra las masas. Los manifestantes consiguieron poner en libertad a los líderes comunistas … El disturbio de hoy quizá sea el más grave que ha ocurrido en Viena desde el pasado noviembre desde un punto de vista político … Hoy ha sido la primera vez que los comunistas locales se han alzado contra el gobierno." Para obtener más información sobre la pobreza y la convulsión que había en Viena durante la guerra y en el período inmediatamente posterior, véase Healy, Maureen: *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

4. Gerschenkron: "A Report", pp. 21-24.

5. Diario de Annie, vol. II, fechas señaladas en el texto. La ortografía y la puntuación de Annie son en ocasiones irregulares. En casi todas las citas he mantenido el texto original pero en alguna ocasión he completado los vacíos que deja para aclarar lo que quería decir. Véase asimismo, Gerschenkron: "A Report", p. 21n++ (Gerschenkron señala las notas a pie de página con signos +: la primera nota de una página con +, la segunda con ++, etcétera). Otras anotaciones que sirven de ejemplo:

4 de junio de 1920, vol. IV: Schum escribió de Graz. Espera con impaciencia nuestro encuentro del lunes … Pensar en el lunes me pone nerviosa.

26 de junio, vol. II. Schum ha escrito.

1 de julio, vol I. He respondido a Schum [a la carta de Schum].

6 de julio, vol I. He recibido otra carta de Schumy.

22 de julio, vol I. Cuando dejé la oficina me encontré con Schum. ¿Estará ofendido porque no le respondí? Me da igual.

26 de julio, vol. I. En la oficina me felicitaron por mi santo [la fiesta de Anna Christa, el santo de Annie. Para los católicos austríacos y alemanes el Namentag era un día importante]. Aquellos de los que esperas recibir algún tipo de atención, [no tuvieron] ninguna. Me entristeció mucho que

ni Schum, ni Hansl me escribieran, por lo menos … En casa por la tarde Schum muy repulsivo. No lo olvidaré.

6. Uno de estos chicos, Egon, se sintió especialmente atraído por ella. Annie hizo anotaciones tanto sobre su relación con Egon que continuó hasta que su padre le puso final, como de sus contactos ocasionales con Schumpeter. Véase el diario de Annie, vol. II, 6, 9, 16, 22, 23 y 29 de agosto y 2 y 22 de septiembre de 1920.

7. Diario de Annie, vol. I, 4, 28 y 30 de septiembre y 1 de octubre de 1920. La carta "grosera" de Annie es de octubre (sin fecha) de 1920, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.4, Personal letters, miscellany, archivo 1, carpeta Personal letters–Annie (wife) ca. 1923– 1926, HUA.

8. Diario de Annie, vol. III, 3 de octubre de 1920.

9. Diario de Annie, vol. I, 7, 9, 11, 13, 22, 28 y 30 de octubre y 5 y 19 de noviembre de 1920.

10. Gerschenkron: "A Report", pp. 21-22; diario de Annie, vol. II, anotaciones de finales de 1920 y principios de 1921, pássim; véase también Allen: *Opening Doors* I, pp. 192-198.

11. Gerschenkron: "A Report", p. 22.

12. Diario de Annie, vol. I, 9 de noviembre de 1922; vol. II, 6 de junio de 1923 y 19 de julio de 1923. Véase también Allen: *Opening Doors*, I, pp. 193-197.

13. Gerschenkron: "A Report", pp. 22-23; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 192-198.

14. Citado en Gerschenkron: "A Report", p. 23n++. Diario de Annie, vol. IV, 5 de abril de 1924.

15. Gerschenkron: "A Report", pp. 23-24. Diario de Annie, vol. I, 10 de septiembre de 1924; vol. III, 29 de septiembre y 14, 15, 23 y 31 de octubre de 1924. Véase asimismo, vol. IV, 9 de febrero de 1925, anotación citada en Gerschenkron: "A Report", p. 24n+++.

16. Gerschenkron: "A Report", pp. 23-24. Diario de Annie, vol. III, 23, 26, 27, 28, 29 y 30 de octubre de 1924.

17. Diario de Annie, vol. III. Además de las fechas citadas en el texto, véanse también las anotaciones de 15, 23, 26, 27, 28 y 30 de octubre y de 4, 7 y 9 de noviembre de 1924.

18. Diario de Annie, vol. IV, fechas citadas. Véanse asimismo las anotaciones de 12 y 19 de mayo de 1925. En relación con lo escrito en el diario el 25 de abril de 1925, consúltese también Gerschenkron: "A Report", p. 24n++++.

19. Diario de Annie, vol. I, fechas citadas. El añadido de Schumpeter es de 1933 al acordarse de ese día unos ocho años después. Gerschenkron: "A Report", Appended Transcripts I, p. 40. Los detalles de su discusión con Gerhard L. se mencionan en Gerschenkron: "A Report", p. 25. Además de las fechas del diario que ya se han mencionado, véanse las anotaciones del vol. II de 23, 24, 25, 28 y 29 de mayo; de 1, 2, 4, 5, 12, 20, 21, 27, 28 y 30 de junio y de 1 de julio de 1925. La carta de Annie de 7 de agosto de 1925 se puede encontrar en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.4, Personal letters, miscellany, carpeta Personal letters from Annie ca. 1923-1926, HUA, las traducciones son de Benjamin Hett. No se sabe a ciencia cierta si Annie le contó a Schumpeter que había abortado antes de casarse con él, pero el comentario de Schumpeter que consta en la anotación del 25 de octubre de 1925 sugiere que sí se lo dijo. Lo supo más tarde cuando leyó el diario de Annie pero los comentarios que Schumpeter añadió en su diario no contenían ningún tipo de reproche o enjuiciamiento. Véase la nota 20 más abajo.

20. Diario de Annie, vol. I, fechas citadas. En 1933, en una anotación independiente del diario de Annie, vol. I, de 4 de septiembre de 1925, Schumpeter escribió: "La primera noche que pasamos juntos." Hay más ejemplos del diario de Annie, vol. I, de este período:

6 de septiembre de 1925. [Ilegible]; camino a la Baumgartnerhaus [la pequeña casa de la montaña] y vuelta en el Schneebergbahn – Buchberg – Viena. Comimos juntos otra vez. Adiós.

9 de septiembre. Cita a las 11 en punto; misa. J. está muy callado y muy cansado. Por la tarde fuimos de paseo con mamá.

11 de septiembre. Con Milli [su hermana cuyo nombre a veces escribe “Milly”] y J. en el Burgkino [cine], el camino al poder y a la belleza [probablemente el título de la película] y después al Volksgarten.

12 de septiembre. Viaje con J. y Milli [enumera los lugares que visitaron].

16 de septiembre. [El propio Schumpeter escribe algunas cosas en esta fecha y deja constancia de sus reflexiones en torno al 16 de septiembre de 1933 (Gerschenkron: “A Report”, Appended Transcripts I, p. 41.)] no hay nada escrito en este librito [el diario de Annie], pero fui a verla a Doblhofgasse [el edificio de apartamentos en el que ambos habían crecido], fuimos a la costurera y por la noche estuvimos juntos otra vez y cenamos en el [Hotel] Imperial. Momentos de gran esplendor y de *belleza inconmensurable*.

[Al inicio de esta entrada Schumpeter anotó una serie de pensamientos que forman una especia de poema, conmovedor]:

Noticias jubilosas y una cantidad inmensa de esplendor,

Nos besamos, cuando lo pedimos, pero la despedida y la acogida …
Tenemos que pagar a nuestros acreedores …
Si, Dios lo prohíba, te llegara a pasar algo …
Se me antoja que somos como un estudiante y su novia.

Y en el diario de Annie, vol. III:

1 de octubre de 1925. Jozsi se marcha a Berlín [para su entrevista con el ministro de Artes, Ciencia y Educación Pública].

5 de octubre. Alegría. “Bonn Erobert!”. Cumpleaños de papá. 50 años. Cociné filetes empanados, ensalada y tarta de manzana.

26 de octubre de 1925. [Notas a mano añadidas después por Schumpeter. El día antes, el 25 de octubre, Schumpeter había escrito en el encabezado de la anotación: “¡Revelación!”. En ese día, el 26 de octubre de 1925, el contenido del diario de Annie deja entrever que fue a Linz para abortar. Véase la nota 19 anterior.]

21. Cartas de Schumpeter a Arthur Spiethoff de 30 de junio, 10 de agosto y 9 de septiembre de 1925. Todas ellas figuran en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 100-104; véase también Allen: *Opening Doors*, I, pp. 193-198 y 270. La propuesta para enseñar en la Universidad Imperial de Tokio probablemente surgió por iniciativa del profesor Kotaro Araki, que había visitado a Schumpeter en Viena.

22. Diario de Annie, vol. III, 5 de octubre de 1925.

23. Diario de Annie, vol. III, fechas citadas. Véase asimismo: Gerschenkron: “A Report”, pp. 23-24.

24. La actitud de Gladys quedó patente cuando se enteró de lo que había pasado y empezó a escribir cartas amenazantes a Schumpeter que estaba en Bonn.

25. Diario de Annie, vol. III, 8, 13, 14, 15, 16 y 17 de noviembre de 1925; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 194-198. Hans Kelsen era un abogado constitucionalista de reconocido prestigio no solo en Austria, también en la Alemania de Weimar. De vez en cuando estuvo en contacto con Schumpeter a lo largo de los años y en 1940, por ejemplo, le escribió en nombre de Franz X. Weiss “cuyo destino me suscita el mayor de los temores en el marco de las circunstancias actuales [los nazis]”. Kelsen le pidió a Schumpeter que se pusiera en contacto con Alvin Johnson y le recomendara a Weiss para la New School for Social Research, puesto que su University in Exile concedía puestos de trabajo a estudiosos europeos emigrados, en particular a refugiados judíos. Véase la carta de Kelsen a Schumpeter de 12 de septiembre de 1940, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, archivo 1, carpeta Unidentified 1920, HUA. Traducción de Benjamin Hett.

26. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 192-198.

27. Ibíd., pp. 192-197.

9. Con el corazón roto

1. Hay numerosas anotaciones en el diario de Anna Reisinger (Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.2, vols. I, III y IV, HUA) que describen la vida que llevaron antes y después de trasladarse a la Universidad de Bonn; en adelante citaremos esta fuente como diario de Annie. Hay otras fuentes secundarias: Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, pp. 201-207 y Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 69-70.

2. En lo referente a la relación de estos dos hombres véase, por ejemplo, la correspondencia de Schumpeter a Spiethoff de 2 de septiembre y de 19 de octubre de 1921, de 16 de junio de 1922 y de 17 de abril de 1924. Todas estas cartas están publicadas en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 94-97 y 99-100.

3. Cartas de Schumpeter a Spiethoff de 17 de abril de 1924 y de 30 de junio de 1925, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 99-101. Traducción de Holger Frank. Véase también la carta que Schumpeter escribió a Spiethoff el 20 de marzo de 1925, Documentos de Spiethoff, Biblioteca de la Universidad de Basilea, Handschriftenabteilung. En esta colección hay 18 cartas que Schumpeter envió a Spiethoff entre 1918 y 1925, guardadas con la referencia HA NR 301: Spiethoff. En la recopilación de Hedtke y Swedberg hay ocho de esas cartas. Citaré las que no están recopiladas en esa obra, junto con las cartas de Spiethoff a Schumpeter como: Documentos de Spiethoff, UB Basel.

4. Carta de Spiethoff al ministro de 2 de julio de 1925, Documentos de Spiethoff, UB Basel. Traducción de Holger Frank.

5. Cartas de Schumpeter a Spiethoff de 30 de junio, 10 de agosto y 9 de septiembre de 1925. Todas ellas están publicadas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 100-104. Las sugerencias de Schumpeter para ampliar el catálogo de referencias se enumeran en las páginas 102 y 103. Véanse también las cartas de Schumpeter a Spiethoff de 4 de agosto, 26 de septiembre, 28 de septiembre (telegrama) y 6 de octubre de 1925, todas ellas se encuentran en Documentos de Spiethoff, UB Basel.

6. Carta de Spiethoff al Ministerio de 4 de julio de 1925, Documentos de Spiethoff, UB Basel. Se trata de una carta larga y detallada, un informe intermedio. Traducción de Holger Frank.

7. Stolper y su descendencia fueron las primeras personas de su familia cuya lengua materna era el alemán. Una vez escribió a Schumpeter que “tengo ascendencia judía y nunca podré pensar en intentar ocultar este hecho a los antisemitas”. Sin embargo, no practicaba ninguna religión y su primera mujer había sido protestante. Este tipo de familia no era inusual en una Viena cuyos ciudadanos judíos tenían orígenes distintos, con circunstancias diversas y con objetivos diferentes. Gustav Stolper, por ejemplo, se opuso fuertemente al sionismo. La mejor fuente de información sobre Stolper, además de sus dos escritos voluminosos, es la biografía que escribió su segunda esposa Stolper, Toni: *Ein Leben in Brennpunkten unserer Zeit, Wien Berlin, New York: Gustav Stolper 1888-1947*. Tubinga: Rainer Wunderlich Verlag, Hermann Leins, 1960. Este libro contiene muchas referencias a Schumpeter y a su relación con Stolper.

En Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza) hay una colección de 112 cartas que Schumpeter envió a Gustav Stolper (o a Toni, o a ambos) entre 1918 y 1937. Treinta y cuatro de esas cartas, aunque no sea el caso de la que se cita más abajo, están publicadas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*. La primera carta de Schumpeter, con fecha de 4 de junio de 1918, está escrita poco después de que ambos se reunieran por primera vez y en ella explica que tiene que dar clases en Graz a soldados de permiso y añade que le gustaría volver a verle porque “en Austria no hay tantas personas interesantes como para que uno pueda abandonar a la ligera a una de ellas”. Traducción de Holger Frank.

8. Carta de Spiethoff a Gustav Stolper de 14 de agosto de 1925, citada en Stolper, Wolfgang: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, p. 310. Wolfgang Stolper era el hijo de Gustav Stolper.

9. Carta de Gustav Stolper a Arthur Spiethoff de 22 de agosto de 1925, citada en Stolper,

Wolfgang: *Joseph Alois Schumpeter*, pp. 310-311; la carta está reproducida íntegramente y la traducción es de Wolfgang Stolper.

10. Carta de Gustav Stolper a Arthur Spiethoff de 22 de agosto de 1925, citada en Stolper, Wolfgang: *Joseph Alois Schumpeter*, p. 310, Traducción de Wolfgang Stolper.

11. Carta de Schumpeter a "St" (Gustav Stolper) de 28 de noviembre de 1925, impresa en März, Eduard: *Joseph Alois Schumpeter-Forscher, Lehrer und Politiker*. Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1983, apéndice. Traducción de Holger Frank.

12. Schneider, Erich, traducción de W. E. Kuhn: *Joseph A. Schumpeter: Life and Work of a Great Social Scientist*. Lincoln: University of Nebraska Bureau of Business Research, 1975, p. 29. El propio Schneider fue pupilo de Schumpeter en Bonn. Spiethoff: "Josef Schumpeter in Memoriam", en *Kyklos* 3, 1949 [sic; Schumpeter murió en 1950], p. 290.

13. Schneider: *Joseph A. Schumpeter*, p. 29.

14. Kamp, M. Ernst y Stamm, Friedrich H.: *Bonner Gelehrte-Beiträge zur Geschichte der Wissenschaften in Bonn: Staatswissenschaften*. Bonn: H. Bouvier and Co. Verlag/Ludwig Röhrscheid Verlag, 1969, p. 63, cita y traducción en Swedberg: *Schumpeter: A Biography*, p. 71.

15. Carta de Schumpeter a "St …" (Gustav Stolper) de 11 de noviembre de 1925, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank.

16. Carta de Schumpeter al Ministerio de Arte, Ciencias y Educación de 25 de febrero de 1926, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 108-109.

17. Las anotaciones del diario de Annie, vols. I y II, proporcionan una descripción vívida de su vida diaria, sobre todo de su estrecha relación con los Spiethoff. Todas las traducciones de esta nota y del resto de fragmentos del diario de Annie que se presentan en este capítulo son obra de Holger Frank.
Del vol. I:

16 de noviembre de 1925. El profesor Spiethoff vino a casa.

17 de noviembre. En casa de los Spiethoff. Gramófono, baile, muy divertido.

Del vol. II:

13 de junio. (Domingo) los Volk, Spiethoff, Schulzen y Husserl estuvieron en casa.

23 de junio. Cine, visita de la familia Schulz, la señora Spiethoff es muy agradable …

30 de junio de 1926. Con J. en la barca a Godesberg [Bad Godesberg, junto al Rin, cerca de Bonn], cenamos en el 9 Uhr Hof. Nos encontramos con Beckerat [Beckerath, otro profesor de economía], los Kern y von Ratz.

10 de julio. Viaje en barco de vapor con los Spiethoff a Remagen, ida y vuelta. Mucho calor.

18. Carta de Schumpeter a H[einrich Hoefflinger] de 1 de enero de 1926, en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank. La carta de Gladys, junto con la mayoría de documentos de Schumpeter de antes de 1933, no sobrevivió. Schumpeter pudo haber guardado esta carta y más correspondencia, pero el lugar cerca de Bonn donde almacenó sus libros y documentos fue bombardeado por las Fuerza Aéreas de los Estados Unidos en 1944.

19. Diario de Annie, vol. IV, 4 de abril de 1926, citado en Gerschenkron: "A Report", p. 26, n++; Allen: *Opening Doors*, I, pp. 216-217.

20. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 208-210, 217-218 y 219n33-34.

21. Las anotaciones del diario de Annie son del 18, 21 y 22 de junio de 1926 del vol. II.

22. La carta de Annie se conserva en Schumpeter Papers, HUG (FP)–4.4, Personal letters, miscellany, archivo 1, carpeta Personal letters-Annie (wife), ca. 1923-25, HUA. La traducción es de Benjamin Hett. La carta está fechada en un "miércoles" lo que podría situarla en el 23 de junio de 1926. El

apodo Go-Go figura en el original.

23. Diario de Annie, vol. II, fechas citadas.

24. Carta de Mia Stöckel a Schumpeter de 22 de octubre de 1938 en la que cita una observación que había hecho con motivo de la propia muerte de la madre de Mia, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, archivo 2, carpeta 1938, HUA. Traducción de Benjamin Hett.

25. Diario de Annie, vol. II, fechas citadas. Carta de Schumpeter a Stolper de 1 de agosto de 1926, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 117-120.

26. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 3 de agosto de 1926, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 120. Traducción de Robert Loring Allen y Florian Müller.

27. Carta de Schumpeter a "St" (Gustav Stolper), sin fecha ("agosto de 1926"), publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter–Forscher, Lehrer und Politiker*, apéndice. Traducción de Holger Frank. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 22 de agosto de 1926, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 121-122. Traducción de Florian Müller.

28. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 22 de agosto de 1926, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 121-122. Traducción de Robert Loring Allen y Florian Müller; Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel, sin fecha ("viernes 1926"), publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank. La cita sobre el primer día de vuelta procede de la anotación de Schumpeter del diario de Annie, vol. I, 7 de agosto de 1933. Véase Gerschenkron: "A Report", Appended Transcripts I, p. 39. Traducción de Holger Frank.

29. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 223-224.

30. Carta de Schumpeter a Wesley C. Mitchell de 30 de agosto de 1926, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 126-127.

31. Carta de Schumpeter a Stolper, agosto de 1926, en Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza). Traducción de Holger Frank.

2ª PARTE
Prólogo. Lo que había aprendido

1. Hacía tiempo que Schumpeter se había interesado por los aspectos sociales y culturales del capitalismo. Algunos de sus artículos de antes de 1926 tienen una naturaleza tanto sociológica como económica. Y ya en 1914, durante su estancia en Estados Unidos, uno de sus anfitriones incluyó la siguiente afirmación en una introducción a un seminario de Schumpeter (probablemente estaba escrita por el propio Schumpeter): "Durante los últimos años el interés del profesor Schumpeter se ha orientado de forma muy acusada al campo de la sociología, aunque todavía no haya publicado nada en este campo." Véase la carta de Jacob Hollander a Schumpeter de 7 de febrero de 1914, Jacob Harry Hollander Papers, Ms. 59, Special Collections, Milton S. Eisenhower Library, Universidad Johns Hopkins. Además, en 1941 escribió sobre sí mismo que cuando era joven "se convirtió en un teórico económico después de dejar de lado los primeros intereses sociológicos e históricos". Carta de Schumpeter a Lloyd S. Huntsman de 26 de mayo de 1941, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 333.

No sostengo que en 1926 se produjera una ruptura de carácter repentino de ningún tipo que le llevara de la economía a la sociología, sin embargo, está claro que hubo un cambio en su centro de interés, como mostrarán los capítulos siguientes de este libro. Véase asimismo Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991; Shionoya, Yuichi: *Schumpeter and the Idea of Social Science: A Metatheoretical Study*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997; Reisman, David: *Schumpeter's Market: Enterprise and Evolution*. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 2004, en particular el capítulo 3. Mucho de lo que Schumpeter escribió durante esta siguiente etapa de su vida puede compararse al enfoque que adoptó su colega vienés Karl Polanyi en su influyente libro *Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Nueva York: Rinehart, 1944, que engloba la historia, la economía y la sociología.

2. Young, Arthur: *Political Essays concerning the Present State of the British Empire*. Londres, 1772, pp. 20-21. Robert Fogel, Stanley Engerman y otras personas habían publicado obras de carácter informativo en torno a los costes de la esclavitud en los Estados Unidos. En este caso me refiero a una categoría de costes de oportunidad mucho más amplia y en todo el mundo, durante miles de años de tiempo.

3. Las raíces del capitalismo del bienestar se extienden durante varios siglos pasados, en disposiciones como las Poor Laws británicas. La primera forma claramente moderna se manifestó en Alemania durante el período de gobierno de Bismarck, cuando se requirió a muchas empresas que proporcionaran una vivienda y otras prestaciones a miembros de su fuerza laboral. Gran Bretaña y otros países europeos, a menudo en respuesta a presiones de los socialistas, le siguieron de diferentes formas.

Estados Unidos anduvo a la zaga en este proceso y estuvo especialmente retrasado a la hora de promulgar leyes que constriñeran los negocios y que ofrecieran una cierta asistencia a los niños trabajadores, a los parados y los mayores. En Estados Unidos este movimiento empezó durante la era progresiva (1901-1916), pero no dio grandes frutos hasta la llegada del New Deal de Franklin D. Roosevelt (1933-1938). Estas medidas junto con las que se tomaron durante la II Guerra Mundial, posteriormente y, sobre todo, durante la década de 1960 formaron un corpus jurídico que condujo a la economía mixta moderna de los Estados Unidos. En casi todos los países modernos industrializados se produjo una evolución similar a economías mixtas durante el siglo XX. Aun así, la afirmación de que todos los sistemas capitalistas no son idénticos supone un menosprecio radical.

4. Degler, Carl N.: *Out of Our Past: The Forces That Shaped Modern America*. Nueva York: Harper, 1959, p. 1.

5. Véase, *World Development Report*. Nueva York: Oxford University Press para el Banco Mundial, ediciones anuales, de 1996 hasta hoy.

10. Nuevos rumbos intelectuales

1. La preocupación que Schumpeter sentía por sus deudas está descrita de forma vívida en una veintena de cartas, la mayoría de ellas dirigidas a Ottilie Jäckel, publicadas en März, Eduard: *Joseph Alois Schumpeter-Forscher, Lehrer und Politiker*. Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1983, apéndice. Los comentarios sobre los daños que le producían como profesor proceden de una carta con fecha de 27 de enero de 1927. Traducción de Holger Frank.

Véase también Stolper, Wolfgang: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, algunos capítulos de esta obra recogen con gran detalle las transacciones financieras de Schumpeter y las consecuencias que tuvieron.

2. Utiliza la palabra *Tobsuchtszelle* (una célula con paredes almohadilladas), carta de Schumpeter a Gustav Stolper de 25 de agosto de 1926, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 122-125. Traducción de Holger Frank.

3. Las transcripciones que Schumpeter realizó de los diarios de Annie años después de la muerte de las *Hasen* están llenas de peticiones y la expresión "H s D" aparece con frecuencia en las notas de sus conferencias. Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.2. Mostly extracts from Annie's diary y HUG(FP)–4.62, Lecture notes, 1930-1949, pássim, HUA.

4. También renovó su preocupación por la vida espiritual que se encontraba en estado latente desde su infancia católica. Los documentos conservados en los archivos de la Universidad de Harvard contienen numerosos bosquejos y fotos de catedrales. Véase por ejemplo, HUG(FP)–4.3, Misc. personal writings and notes, archivo 1, carpeta Notebook, HUA.

5. También hubo una cuarta edición en alemán que se publicó en 1935. Véase, Shionoya, Yuichi: "Schumpeter's Preface to the Fourth German Edition of The Theory of Economic Development", en *Journal of Evolutionary Economics* 14, 2004, pp. 131-142, que cuenta con una traducción al inglés de la mayor parte del nuevo prefacio.

6. Morgenstern, Oscar, en *American Economic Review* 17, junio de 1927, pp. 281-282. [El nombre de Morgenstern aparece con otra grafía, "Oskar", en otras publicaciones]. En su revisión Schumpeter eliminó uno de los siete capítulos originales y ajustó los otros seis. Reorganizó completamente el capítulo 2 dedicado al problema fundamental del desarrollo económico. Se trata del corazón analítico del libro que subdividió en otras tres secciones lo que hizo que su argumentación fuera más clara. Suprimió el capítulo 7 que hace referencia principalmente a la sociología de la cultura. No lo hizo porque no fuera un tema que le interesara (de hecho sí que le interesaba y escribió sobre él con frecuencia) sino porque pensó que en este libro distraería a los lectores de su argumentación principal sobre el desarrollo económico.

En el capítulo 6 añadió más texto para comparar su propio punto de vista con el de otros economistas y para rendir tributo al pensamiento de Arthur Spiethoff a propósito de los ciclos económicos. Según escribió, Spiethoff había llevado a cabo "el esfuerzo más exhaustivo que se había realizado en este terreno". También afirmó que tanto Spiethoff como él mismo databan los orígenes del capitalismo moderno en 1821 para Gran Bretaña y en la década de 1840 para Alemania, épocas en las que las situaciones de prosperidad y de recesión se alternaron y empezaron a tener lugar con regularidad. En otras palabras, tanto Spiethoff como él empezaron a considerar el capitalismo en parte debido a la existencia de sus ciclos económicos característicos. Schumpeter desarrollaría este tema completamente en su libro *Ciclos económicos* que publicó en 1939.

7. Carta de Taussig a Fabian Franklin de 31 de diciembre de 1930, Frank W. Taussig Papers, HUG 4823.5, archivo 4, carpeta F 1930-31, HUA. La historia de la traducción inglesa es un poco complicada. En una carta de 18 de junio de 1931 dirigida a la editorial londinense, Allen & Unwin, Schumpeter escribió que Macmillan le había asegurado que Allen & Unwin publicaría la versión traducida y que en esos momentos buscaba aclarar las cosas y liberarse si fuera posible de cualquier tipo de obligación:

Durante años he recibido diversas ofertas de traductores y editoriales de diferentes países tanto para este libro como para otra obra. No he seguido ninguna de estas sugerencias en parte porque pensaba volver a escribir ambos libros y en parte porque estaba absorto en otra obra y me sentía

incapaz de concederle la cantidad de atención que habría sido necesaria … No he guardado copia de mis respuestas, pero lo que realmente buscaba transmitir en ellas es que en ambos casos había que aplazar ambos proyectos hasta que tuviera tiempo para volver a escribir el libro. Las cosas habrían podido permanecer así eternamente si mi eminente amigo, el profesor Taussig, no me hubiera animado durante mi estancia en Harvard de 1930 a traducir el libro tal y como estaba. Es más, tuvo la incomparable amabilidad de encargarse de buscar y probar a posibles traductores, de mantener correspondencia con editoriales, etcétera, mientras estuve de viaje en Japón y en las Antillas Holandesas … Agradecido, dejé todo en manos del profesor Taussig, que naturalmente entabló negociaciones con empresas con las que solía relacionarse. Estoy seguro de que si hubiera estado al corriente de lo que ahora yo he sabido gracias a su carta, la cual por otra parte le acabo de enviar, se habría puesto en contacto con su editorial y habría coincidido conmigo en considerar su inmejorable renombre. Sin embargo, tal y como están las cosas quizá ahora sea demasiado tarde. De todos modos, tan pronto como tenga noticias del profesor Taussig se lo comunicaré por escrito.

Esta carta, escrita en inglés, está publicada en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 193. Taussig asignó 700 dólares a la traducción. Durante todo el proceso de edición de la traducción de *Teoría del desarrollo económico*, la editorial británica Allen & Unwin siguió considerándose insatisfecha y tuvo razón de sentirse así puesto que el acuerdo previo al que llegó Harvard University Press con Oxford University Press para los derechos de los libros de su serie de publicaciones económicas triunfó sobre los intereses de Allen & Unwin. Véase, entre otra abundante correspondencia, la carta de 19 de julio de 1933 del administrador delegado Stanley Unwin: “Ha habido pocos libros en los que hayamos gastado tanto tiempo en redactar largas cartas para aclarar una situación de la que en absoluto somos responsables. De hecho, estábamos tan cansados de todo este asunto que la última vez que escribimos al doctor Redvers Opie le comunicamos nuestra intención de que hiciera las gestiones que considerara oportunas para llegar a un acuerdo con una editorial estadounidense”. Véase también la carta de Taussig a Unwin de 13 de febrero de 1934; en UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter, HUA.

8. Carta de Opie a Schumpeter de 21 de noviembre de 1932, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 8, carpeta R1930, HUA; carta de Schumpeter a Gottfried Haberler de 6 de agosto de 1931, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 196-198; Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction I, p. 278.

9. Schumpeter: *The Theory of Economic Development: An Inquiry into Profits, Capital, Credit, Interest, and the Business Cycle*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1934, prefacio.

10. El artículo original se publicó en *Archiv für Sozialwissenschaft* 44, 1917, pp. 627-715. También se publicó en inglés una traducción del mismo de un amigo de Schumpeter, Arthur Marget, con el título “Social Product and Money Calculations”, en *International Economic Papers* 3, 1953, pp. 148-211. Schumpeter también escribió una serie de artículos en holandés durante la década de 1920 en los que se manifestaba contrario al uso de ciertos tipos de gestión monetaria que tenían por objeto alcanzar la estabilidad de precios. Estos artículos influenciaron al economista holandés J. G. Koopmans. Véase Fase, M. M. G.: “The Rise and Demise of Dutch Monetarism; or, the Schumpeter-Koopmans-Holtrop Connection”, en *History of Political Economy* 26, 1994, pp. 21-38.

11. Carta de Schumpeter a Stolper de 2 de abril de 1930, Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza). Carta de Schumpeter a Gottfried v. Haberler, 20 de marzo de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 239.

Algunos de los admiradores de la obra de Schumpeter no llegaron a ver una publicación parcial del libro sobre el dinero hasta 1970. Pero para entonces la teoría sobre el dinero había progresado tanto que los argumentos de Schumpeter eran ya casi obsoletos. Su libro tenía muchos méritos, pero probablemente tomó la decisión correcta al no publicar una obra con la que él mismo estaba tan poco satisfecho. El libro se publicó en 1970 con el título *Das Wesen des Geldes*, (edición de Fritz Karl Mann). Gotinga: Vandenhoeck and Ruprecht.

En lo referente a la versión del libro de 1970, véanse: Schneider, Erich: “The Nature of Money: On a Posthumous Publication by Joseph A. Schumpeter”, en *German Economic Review* 8, 1970, pp.

348-352; Shah, Parth J. y Yeager, Leland B.: “Schumpeter on Monetary Determinacy”, en *History of Political Economy* 26, 1994, pp. 443-464, y, sobre todo, Messori, Marcello: “The Trials and Misadventures of Schumpeter’s Treatise on Money”, en *History of Political Economy* 29, 1997, pp. 639-673, que expone la historia completa del libro sobre el dinero. Véase también Messori, Marcello: “Credit and Money in Schumpeter’s Theory”, en Arena, Richard y Salvadori, Neri, eds.: *Money, Credit and the Role of the State: Essays in Honour of Augusto Graziani*. Aldershot, Reino Unido: Ashgate, 2004, pp. 175-200. Incluso en noviembre de 1949, dos meses antes de morir, a Schumpeter seguía rondándole la idea de escribir sobre este tema: “Dentro de un año o dos espero escribir un libro sobre el dinero que ofrezca mi último punto de vista al respecto.” Carta de Schumpeter a René Roux de 8 de noviembre de 1949, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 391.

12. Richard Musgrave, uno de los estudiantes de posgrado de Harvard de Schumpeter, es la fuente de la idea de Schumpeter de que Keynes “le habría robado algunas de sus ideas sobre la teoría monetaria” de un artículo de Schumpeter de 1917. Entrevista a Musgrave de Benjamin Hett, entonces investigador asociado mío, de 30 de septiembre de 2000.

    En sus cartas a Keynes, Schumpeter añadió que el libro era un “*tour de force* y le causará la mayor de las satisfacciones. Creo que será un hito en su terreno para siempre.” Poco después Schumpeter escribió a Keynes para contarle que había hablado sobre *Un tratado sobre el dinero* con un profesor clásico muy leído durante un viaje transatlántico largo. Este hombre “se deleitaba con la clasificación de los científicos de su tiempo, ya fueran estudiosos griegos o no, y para la primera clase no daba más que dos nombres: el de usted y el de Einstein. No menosprecie este comentario. Es pura opinión pública.” Cartas de Schumpeter a Keynes de 29 de noviembre de 1930 y de 22 de octubre de 1932, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 180-181 y 224-225.

    La última opinión de Schumpeter sobre el libro de Keynes era que “de alguna manera había errado el tiro … había fallado a la hora de transmitir la esencia de su propio mensaje personal.” Véase Schumpeter: “Keynes, the Economist”, en Harris, Seymour E., ed.: *The New Economics: Keynes’ Influence on Theory and Public Policy*. Nueva York: Knopf, 1947, p. 89. Este artículo se publicó en primer lugar en *American Economic Review* 36, de septiembre de 1946.

13. El propio Schumpeter describió a Keynes como “el teórico más influyente de nuestra época”. Schumpeter: “Keynes and Statistics”, en *Review of Economic Statistics* 28, noviembre de 1946, pp. 194-196.

14. Carta de Schumpeter a Gottfried v. Haberler de 20 de marzo de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 239. En este caso el contexto de Schumpeter era lo que llamaba el “análisis [macroeconómico] agregado”, el principal legado de Keynes en el campo de la teoría económica. Carta de Schumpeter a David McCord Wright, citada en Wright: “Schumpeter and Keynes”, en *Weltwirtschaftliches Archiv* 65, 1950, pp. 188-189; carta de Schumpeter a Werner Richter de 28 de febrero de 1929, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 165.

    De forma más general véase von Beckerath, Herbert: “Joseph A. Schumpeter as a Sociologist”, en *Weltwirtschaftliches Archiv* 65, 1950, pp. 200-214; y el argumento general de Richard A. Swedberg en su obra *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991.

15. Se puede encontrar un relato útil del Departamento de Economía de Harvard en Mason, Edward S.: “The Harvard Department of Economics from the Beginning to World War II”, en *Quarterly Journal of Economics* 97, agosto de 1982, pp. 384-433.

16. Schumpeter: “Gustav v. Schmoller und die Probleme von heute”, en *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reich* 50, 1926, vol. I, pp. 337-388. Véase un debate completo sobre la importancia de esta obra en Swedberg: *Schumpeter: A Biography*, pp. 82-89. La estrecha colaboración entre Schumpeter y el antiguo pupilo de Schmoller, Arthur Spiethoff, su mejor amigo de Bonn, probablemente contribuya a confirmar esta nueva forma de ver las cosas.

17. Schumpeter: “Die Tendenzen unserer sozialen Struktur”, en *Die Chemische Industrie* 51/52, 24 de diciembre de 1928, publicado en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, pp. 177-193. Schumpeter sostiene que un país puede cambiar una de estas estructuras como medio de preservar algo que se aprecia en otra. Como ejemplo cita la revocación en Gran Bretaña en 1846 de sus famosas Corn Laws (aranceles

elevados a la importación de grano). Esta revocación según Schumpeter finalizaba con los subsidios económicos de los grandes terratenientes aunque su verdadero objetivo fuera preservar las estructuras sociales y políticas de la nación. La revocación de las Corn Laws haría que la comida fuera mas barata y por consiguiente prevendría altercados urbanos que minarían el orden establecido que el Parlamento británico deseaba mantener.

18. Schumpeter añadió, de forma un tanto vaga, que los campesinos al tener una tasa de natalidad tan desproporcionadamente alta "se posicionan en una situación especialmente ventajosa" a la hora de suministrar trabajadores urbanos y profesionales. Sin embargo, la mentalidad rural persistía mucho tiempo después de que los campesinos se desplazaran a las ciudades y esta situación se había convertido en una fuente de estabilidad política. Ibíd. Traducción de Florian Müller.

19. Ibíd. Traducción de Florian Müller. Schumpeter destacó en este sentido que los socialistas, cada vez más poderosos, adoptaban una postura progresista en su aceptación de la industrialización. No obstante, aunque no fuera seguro que los socialistas ganaran políticamente, sí que lo era que la vieja cultura de los oficios iba a perder.

20. En el último caso, Schumpeter se refería al nuevo proletariado industrial, en el anterior, a la tradición emergente de pequeñas empresas de la Mittelstand: "Que el número de empresas alemanas que emplean entre 6 y 50 personas se haya incrementado desde las 160.000 de 1907 a las 206.000 de 1925 no es algo que carezca de importancia." Ibíd. Traducción de Florian Müller.

21. En palabras de Schumpeter, en el sector financiero "El, que presta el dinero', el verdadero capitalista, está representado principalmente por el banco en primer lugar y por el, público inversor', en el segundo, cuya forma más pura es el jubilado. Este último tipo no solo se veía terriblemente afectado por la inflación sino que se veía privado cada vez en mayor medida de sus derechos de accionista." Ibíd. Traducción de Florian Müller. Esta afirmación de Schumpeter no solo era por supuesto aplicable a Alemania, sino a cualquier economía moderna. Según escribió en cierta ocasión el crítico estadounidense Edmund Wilson: "Y por encima de todo, Marx no conoció los Estados Unidos." Véase *To the Finland Station: A Study in the Writing and Acting of History*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1940, p. 376.

22. Schumpeter: "Die Tendenzen unserer sozialen Struktur". Traducción de Florian Müller.

23. Ibíd. Traducción de Florian Müller.

24. Ibíd. Traducción de Florian Müller.

25. Schumpeter (traducción de Heinz Norden): "Social Classes in an Ethnically Homogeneous Environment", en *Imperialism, Social Classes: Two Essays by Joseph Schumpeter*. Nueva York: Meridian Books, 1955. Schumpeter había trabajado en este artículo de manera intermitente durante más de 15 años. Lo había empezado bajo la forma de una serie de clases en Chernivtsi en 1910. "Posteriormente" –según recordaba él mismo– "hice una presentación detallada de este tema en la Universidad de Columbia en el invierno de 1913-1914 en un curso titulado 'The Theory of Social Classes'." Lo depuraría aún más para una conferencia que dio en 1926 en la Universidad de Heidelberg sobre liderazgo y formación de clases sociales. A continuación, publicó en 1927 dicho artículo con el título general de "Social Classes in an Ethnically Homogeneous Environment", pp. 106-108. Un título más descriptivo de este escrito hubiera sido "La facilidad de acceso creciente a las altas capas de la sociedad en la era de la industrialización".

26. Ibíd., pp. 109-110.

27. No obstante, puesto que siempre ha prevalecido algún tipo de clase social entre los seres humanos, no existe una fecha específica para su origen. El único origen real de las clases sociales es la familia. Esta "y no la persona física es la verdadera unidad de clase y de teoría de clases". La prueba de ello son las relaciones sanguíneas y en el análisis de las clases sociales la familia puede extenderse hasta los clanes y las tribus. Ibíd., pp. 111-113.

La movilidad económica resultante (y de hecho cualquier tipo de éxito) "presupone una explotación hábil y a menudo despiadada de los recursos de ingresos existentes y la utilización racional de sus rendimientos". Al final, "las fortunas de las dinastías se desarrollaban y se desintegraban de acuerdo con el éxito o fracaso de sus políticas" destinadas a lograr cualquier tipo

de objetivos que sus sociedades valoraran como más preciados. Esto era una clave de la evolución de muchos aspectos de la sociedad occidental: el sistema feudal, el desarrollo de aristocracias a través de explotaciones militares e incluso la selección para los altos oficios de la Iglesia Católica, sobre todo en países como Italia. Ibíd., pp. 114-117.

28. Ibíd., p. 119.

29. Ibíd., pp. 120-122.

30. Ibíd., el énfasis es un añadido.

31. Ibíd., pp. 120-123.

32. Ibíd., pp. 123-124.

33. En Gran Bretaña, mucho más que en Austria, se podía ascender en la aristocracia por méritos o a través de la acumulación de riquezas. Y algunos aristócratas hereditarios se habían adaptado para realizar tareas que tenían al alcance de la mano. En los momentos cruciales, los grandes terratenientes habían estado preparados para adoptar las mejoras agrícolas e "incluso en nuestra época muchos presidentes destacados de compañías ferroviarias inglesas son miembros de la nobleza".

"Los ingleses" –añadía Schumpeter– "siempre parecieron dispuestos a encontrar alguna manera de mantener ocupados a los nobles con talento de manera productiva". Sin embargo, si no podían ser eficaces, perdían sus puestos. Los rangos militares preservados para la nobleza, por ejemplo, "fueron abolidos durante el segundo ministerio de Gladstone" a finales del siglo XIX. Además, la nobleza inglesa permaneció en su posición más tiempo que los nobles de otros países principalmente porque "se convirtió en un agente más que en un gobernador". Parecía seguir estando "libre de realizar cualquier tipo de actividad económica" sin que degenerara en partidismo como sucedió con la nobleza de otros lugares. Una vez que la industrialización se instaló en el siglo XIX, el viejo modelo de patrimonio heredado que perpetuaba las clases no pudo seguir funcionando debido a la aceleración que sufría la historia. La nueva "alta burguesía" de los hombres de negocios líderes les obligaba a mantener su liderazgo empresarial si querían permanecer en la cúspide. "La clase feudal de los maestros constituyó en cierto momento el pináculo supremo de una pirámide social uniformemente construida (este nunca fue el caso de la burguesía)." Por consiguiente, "la familia burguesa en declive abandonaba su clase de manera tan veloz que la propia clase siempre estaba formada por familias que generalmente tenían el mismo grado". Ibíd., pp. 152-163.

34. Ibíd., pp. 160-163.

35. El estilo general del escrito recuerda el de los *Ciclos económicos* de Schumpeter, que se publicó una década después: discursivo, reflexivo, seguro de sí mismo sin resultar ofensivo y dispuesto a admitir que queda mucho por aprender en la materia. También hay una línea de pensamiento que enlaza directamente su libro *Teoría del desarrollo económico* con su artículo sobre las clases sociales. El propio Schumpeter menciona específicamente esta relación con su trabajo anterior. Véase, "Social Classes in an Ethnically Homogeneous Environment", p. 177n4.

36. Schumpeter: "The Instability of Capitalism", en *Economic Journal* 38, septiembre de 1928, pp. 361-386. Este artículo se volvió a publicar en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovation, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951. En este volumen el artículo abarca las páginas 47-72 y el pasaje citado más abajo se encuentra en las páginas 71-72. Schumpeter añade que no se puede asumir que el capitalismo vaya a durar para siempre. Ningún otro sistema económico o social ha durado eternamente y el capitalismo podría ser una etapa transitoria de un movimiento más amplio hacia un orden más igualitario.

En la última frase del artículo, Schumpeter hace una predicción audaz: "El capitalismo, aunque sea económicamente estable e incluso aunque gane en estabilidad, crea, al racionalizar la mente humana, una mentalidad y un estilo de vida que son incompatibles con sus propias condiciones, motivos e instituciones sociales fundamentales y será objeto de cambio, a pesar de que no se cambiará por necesidades económicas y probablemente no se hará sin algún sacrificio del bienestar económico, para ser un orden de cosas que será meramente una cuestión de gusto y de terminología

se llame o no socialismo.” Esta provocativa declaración no constituye el verdadero tema del artículo y parece estar incluido como si fuera una especie de idea que se le hubiera ocurrido en el último momento. Sin embargo, anuncia el desarrollo más detallado de la misma idea que tendrá lugar en la gran obra que Schumpeter publicó en 1942: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Schumpter había sido “corresponsal” en Austria (un contacto profesional local) de la publicación *Economic Journal* durante los años 1920-26 y en Alemania de 1927 a 1932.

Su artículo de 1928 consta de muchas notas a pie de página y hace numerosas referencias al trabajo de los economistas más importantes de todo el mundo. Schumpeter y Keynes mantuvieron cierta correspondencia durante la revisión del artículo. Schumpeter le agradeció a Keynes su “singular generosidad y amabilidad” por sugerirle mejoras de su borradores y añadió que se sintió “profundamente honrado por el hecho de que cualquier escrito mío haya sido objeto de tanta atención por parte de un economista que considero muy superior a mí, por lo que estoy profundamente agradecido tanto por su aprobación de las ideas subyacentes, una aprobación que merece todo mi aprecio, como por sus críticas.” Véanse las cartas de Schumpeter a Keynes de 28 de mayo, 7 de julio y 16 de agosto de 1928, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 146-150, 153-154 y 176n6.

37. La teoría existente, afirmaba, define el progreso económico como una fuente de expansión industrial y de crecimiento poblacional y ambos se desarrollan de manera más o menos predecible. Sin embargo, estos dos fenómenos por sí mismos no logran mostrar el modo en que un “orden” capitalista evoluciona verdaderamente. “Ya que la expansión no es un hecho básico capaz de llevar a cabo el papel de una causa sino que es en sí misma el resultado de una ‘fuerza económica’ más esencial”. Schumpeter: “The Instability of Capitalism”, pp. 61n2 y 62. Más o menos en la misma época escribió una carta privada a un joven economista en la que le decía: “Por supuesto, la construcción de una teoría cualitativa del proceso económico es la gran tarea de esta generación. Y del mismo modo en que tenemos que ajustar nuestros datos para darles un tratamiento teórico, tenemos que adaptar nuestra teoría a la tarea que tiene ante sí.” Carta de Schumpeter a Arthur Marget de 30 de agosto de 1928, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 7, carpeta M1920, HUA.

38. Schumpeter: “The Instability of Capitalism”, pp. 63-64.

39. Ibíd., pp. 64-66.

40. Ibíd., pp. 67-68.

41. Ibíd., pp. 69-70.

42. Ibíd., pp. 70-71.

43. Cartas de Milly Reisinger a Schumpeter de 28 de mayo y de 30 de junio de 1930, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7.5, Miscellaneous correspondence, archivo 1, carpeta Miscellaneous Correspondence Received, HUA. Traducción de Benjamin Hett. El 13 de diciembre de 1938, Milly, entonces casada, volvió a escribir a Schumpeter una vez más para agradecerle “todas las transferencias mensuales” de dinero que había hecho a la familia Reisinger. Ibíd.

44. Schumpeter: “Ships in the Fog”, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.3, Miscellaneous personal writings and notes, archivo 1, carpeta Material for Ships in the Fog, HUA.

11. Política y espíritu empresarial

1. Según Robert Loring Allen, Schumpeter contrató los servicios de Mia por primera vez a mediados de 1927. Allen: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jeresey: Transaction, 1991, I, pp. 233-235. Sin embargo, una de las cartas de Mia que se conservan (Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, HUA) deja bien claro que empezó a trabajar para él en enero de 1926, unos dieciocho meses antes de la fecha indicada por Allen y siete meses antes de la muerte de Annie.

2. Hay numerosas fotografías de Mia en el archivo de los documentos de Schumpeter (Schumpeter Papers, HUG (FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, archivo 1, carpeta Photos of Mia and family, HUA). La eficiencia de Mia se hace patente en las referencias que hay a su trabajo conjunto en las cartas que envió a Schumpeter, muchas de ellas se citarán posteriormente en el capítulo 16.

3. Durante el primer año que Schumpeter pasó en Bonn, sus publicaciones "científicas" más importantes en revistas académicas fueron un artículo sobre el control del crédito y un homenaje al trabajo del economista inglés Francis Y. Edgeworth, que durante largo tiempo había sido editor del *Economic Journal*. Schumpeter: "Kreditkontrolle", en *Archiv für Sozialwissenschaft* 55, 1925, pp. 289-328. El artículo sobre Edgeworth apareció en *Weltwirtschaftliches Archiv* 22, 1925, pp. 183-202. Schumpeter también trabajó en un libro de texto sobre la economía, pero nunca tuvo tiempo para terminarlo.

4. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 25 de enero [de 1929] (no consta el año), publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter–Forscher, Lehrer und Politiker*. Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1983, apéndice. Traducción de Holger Frank.

5. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 22 de septiembre de 1928, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 154-155. Traducción de Holger Frank.

6. Stolper inició su carrera en Berlín en la plantilla editorial del *Berliner Börsen-Courier* (el periódico financiero de Berlín) antes de fundar *Der deutsche Volkswirt* (El economista alemán). La serie de primeras contribuciones de Schumpeter a ambas publicaciones puede trazarse a través de las cartas que envió a Stolper en las siguientes fechas: 17 de diciembre de 1925; 14 y 25 de febrero, 2 de marzo, 29 de mayo, 24 de junio, 1 y 25 de agosto, 7 de septiembre, 8 de octubre y 3 de noviembre de 1926, y 22 de junio de 1927, todas estas cartas aparecen en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 105-108, 110-120, 122-125, 128-132 y 133-140. Además de estas cartas hay decenas de otras cartas de Schumpeter a Stolper (la mayor parte de ellas relacionadas con la publicación *Der deutsche Volkswirt*) que se pueden encontrar en Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza).

7. Schumpeter: "The Future of Gold", conferencia dirigida al Economic Club of Detroit, 14 de abril de 1941, publicada en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter: Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, p. 71. Además, afirmó que "estos problemas son principalmente políticos y depende de ustedes decidir lo que quieren hacer y por lo que quieren luchar, lo que ustedes ensalzarían y lo que destruirían. El economista no tiene una cualificación especial para hablar sobre ese aspecto en cualquier materia".

8. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 22 de septiembre de 1928, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 155; véase también la carta a Ottilie Jäckel, sin fecha (¿1928?; no consta el año), publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter–Forscher, Lehrer und Politiker*, apéndice. Traducción de Holger Frank.

9. El asunto de las reparaciones, que tuvo un papel muy importante y controvertido en la política de Weimar, fue un tema interminable durante los inicios de la década de 1930. Después del impago en el que incurrió Alemania en 1923 por estas reparaciones, se llevaron a cabo ajustes en el calendario de pagos y otros detalles administrativos en el marco del Plan Dawes de 1924, que recibió este nombre en honor del presidente de la comisión, Charles G. Dawes, que era estadounidense. Hubo otro ajuste como consecuencia del Plan Young de 1929 (que se llamó así por Owen D. Young, que como Dawes era un empresario y político estadounidense) que entró en vigor en mayo de 1930. En Alemania los políticos y el electorado estaban profundamente

divididos en cuanto al mejor modo de utilizar los préstamos estadounidenses: o bien reconstruir la infraestructura del país mediante obras públicas y apoyar programas de bienestar social, o bien canalizar el dinero a las empresas (y en este último caso a qué tipo de empresas). Schumpeter estuvo en lo cierto al sostener que al final hubo demasiado dinero que acabó en manos de empresas consolidadas, como las de la industria del carbón y del acero, y demasiado poco se destinó a empresas emprendedoras.

10. Las divisiones del Parlamento austrohúngaro se basaban principalmente en las etnias y los incipientes nacionalismos. Las del Reichstag alemán estaban más bien basadas en las clases, la región y la ideología (esta última regada en ocasiones de exquisitas sutilezas). La bibliografía relacionada con la Alemania de la República de Weimar es extraordinariamente vasta y bastante polémica. Entre otras obras, véanse: James, Harold: *The Reichsbank and Public Finance in Germany, 1924-1933: A Study of the Politics of Economics during the Great Depression*. Frankfurt am Main: Fritz Knapp Verlag, 1985; McNeill, William C.: *American Money and the Weimar Republic: Economics and Politics on the Eve of the Great Depression*. Nueva York: Columbia University Press, 1986; James, Harold: *The German Slump: Politics and Economics, 1924-1936*. Nueva York: Oxford University Press, 1986; Jones, Larry Eugene: *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System, 1918-1933*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1988; Kolb, Eberhard: *The Weimar Republic*. London: Unwin Hyman, 1988; Kershaw, Ian, ed.: *Weimar: Why Did German Democracy Fail?* Nueva York: St. Martin's, 1990; Peukert, Detlev J. K. (traducción de Richard Deveson): *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity*. Nueva York: Hill and Wang, 1992; Balderston, Theo: *The Origins and Course of the German Economic Crisis, November 1923 to May 1932*. Berlín: Haude and Spende, 1993; Mommsen, Hans (traducción de Elborg Forster y Larry Eugene Jones): *The Rise and Fall of Weimar Democracy*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996; Berman, Sheri: "Civil Society and the Collapse of the Weimar Republic", en *World Politics* 49, 1997, pp. 401-429; Caldwell, Peter C.: *Popular Sovereignty and the Crisis of German Constitutional Law: The Theory and Practice of Weimar Constitutionalism*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 1997.

11. Además de las obras citadas en la nota 10 anterior, se pueden obtener más datos estadísticos básicos sobre la economía y una rápida perspectiva de estos resultados electorales en Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (traducción de Ernest A. Menze): *The Penguin Atlas of World History, Vol. 2: From the French Revolution to the Present*. Nueva York: Penguin Books, 2003, pp. 148-151 y 183-185.

12. Fear, Jeffrey: "German Capitalism", en McCraw, Thomas K., ed.: *Creating Modern Capitalism: How Entrepreneurs, Companies, and Countries Triumphed in Three Industrial Revolutions*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997, p. 158. En muchos países hoy en día, Alemania y Estados Unidos incluidos, estas normas están gestionadas fundamentalmente por asociaciones industriales. Algunas veces se han utilizado de manera defensiva como barreras no arancelarias contra la competencia de otros países.

13. Fear: "German Capitalism", en McCraw, ed.: *Creating Modern Capitalism*, pp. 180-182. Como prueba de la enorme importancia que tuvieron en la economía alemana las empresas del Mittelstand consúltese el artículo de Berkhoff, Hartmut: "The End of Family Business? The Mittelstand and German Capitalism in Transition, 1949-2000", en *Business History Review* 80, verano de 2006, pp. 263-295.

14. El punto de vista sobre la "trustification" de Schumpeter (además de otros asuntos) parece estar influenciado por los escritos del economista alemán Robert Liefmann. Liefmann: *Kartelle und Trusts und die Weiterbildung der volkswirtschaftlichen Organisation*. Stuttgart, 1910. En cuanto al caso específico de este proceso en Alemania, véanse Feldenkirchen, Wilfried: "Big Business in Interwar Germany: Organizational Innovation at Vereinigte Stahlwerke, IG Farben, and Siemens", en *Business History Review* 61, otoño de 1987, pp. 417-451; Fear, Jeffrey: *Organizing Control: August Thyssen and the Construction of German Corporate Management*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005, capítulos 13-16; Fear: "German Capitalism", en McCraw, ed.: *Creating Modern Capitalism*, fig. 6.2, p. 220; Chandler, Alfred D., Jr.: *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1990, apéndice C.2, pp. 705-713.

Además de para la “racionalización”, las fusiones también podían utilizarse para explotar las dificultades empresariales temporales, sobre todo durante el período de inflación de los primeros años de la década de 1920 que sufrió Alemania. Por ejemplo, el industrial Hugo Stinnes, “el rey de la inflación”, compró numerosas empresas y descompuso sus activos, además de adquirir decenas de periódicos que pronto empezaron a propagar sus visiones orientadas a la derecha.

15. Véase, por ejemplo, Nolan, Mary: *Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany*. Nueva York: Oxford University Press, 1994.

16. Schumpeter: “Kreditpolitik und Wirtschaftslage”, en *Berliner Börsen-Courier* 58/603, de 23 de diciembre de 1925, artículo reproducido en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 154-158, la cita aparece en la página 158. Traducción de Holger Frank.

La tesis de Schumpeter en este caso es una fórmula profética de lo que en Japón y en Corea, en el marco de sus milagros económicos del período posterior a la II Guerra Mundial, se llamaría “window guidance”: la selección de industrias con alto potencial de crecimiento como receptores preferentes de créditos y ayudas, que se concedían bajo la condición de que estas empresas satisficieran una serie de criterios de resultados señalados.

En un artículo similar, Schumpeter analizaba de nuevo las políticas de subsidios y además de mencionar la Alemania de la posguerra, citaba a Francia, Gran Bretaña e Italia. Afirmaba que no existía un remedio universal y que más bien había que tener en cuenta las circunstancias nacionales específicas. Una vez más adoptaba una perspectiva a largo plazo y hacía hincapié en el desarrollo de nuevos negocios por parte de los emprendedores. Véase Schumpeter: “Subventionspolitik”, en *Handelsblatt des Berliner BörsenCourier*, suplemento 3, 21 de febrero de 1926, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*, pp. 158-162.

17. Encuentra un motivo para los problemas fiscales en la constitución de Weimar que fomentaba la formación de múltiples partidos minoritarios con diferentes programas. Decía que el gabinete adolecía del apoyo del Parlamento porque el propio Parlamento no era más que el mero agente de unos líderes que estaban a la cabeza de numerosos partidos. Estos líderes controlaban el modo en el que se formaba el gabinete y dejaban al primer ministro muy poco margen para formar grupos que pudieran cooperar en el Parlamento. Schumpeter mantuvo cierta esperanza de que en el futuro las nuevas leyes electorales incrementarían la eficacia del Parlamento. Schumpeter: “Finanzpolitik und Kabinettsystem”, en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926, pp. 865-869, publicado en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1985, pp. 70-76. Véase asimismo, Schumpeter: “Finanzpolitik”, también en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/27, publicado en ibíd., pp. 63-70.

Además, señalaba que en la práctica, el éxito de cualquier política fiscal dependía del modo en que se transmitía su contenido al público y del modo en que este público la percibía. Tanto la psicología política como la psicología social estaban relacionadas con ello. Sin embargo, los administradores públicos, los líderes empresariales y el propio público no habían desarrollado bien la percepción que se necesitaba en la Alemania de 1926. Los contribuyentes tendrían que haber gozado de mayor seguridad jurídica de la que poseían en relación con los activos y fondos que eran verdaderamente imponibles. Schumpeter: “Geist und Technik der Finanzverwaltung”, en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926, pp. 1028-1031, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 77-83. En adelante, mencionaré únicamente las traducciones al inglés de los títulos de estos artículos económicos.

Schumpeter añadía que el problema genérico de todos los gobiernos centrales era el modo de crear un “equilibrio” en el que los gobiernos locales puedan ejercer políticas apropiadas para sus propias regiones con un mínimo de fricciones y una justa asignación de fondos. Asegura que Gran Bretaña, Francia y otros países lo habían llevado a cabo óptimamente. Sin embargo, Alemania no podía hacerlo debido a la independencia histórica de las muchas partes que la componían (Prusia, Sajonia, Hannover, Bavaria, etcétera) antes de la unificación de 1871 y a la percepción popular de la época que había en Alemania de que el gobierno central tenía demasiado poder. Advertía contra la aparición de una oposición enérgica, que surgiría como siempre sucede cuando se produce un cambio importante. Schumpeter: “Fiscal Equilibrium”, I, en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/1927, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 84-91.

En la época del escrito de Schumpeter, el gobierno alemán era (como sigue siéndolo en la actualidad) un sistema federal menos centralizado que los gobiernos de Gran Bretaña o de Francia.

Todavía tenía graves problemas de quejas sobre competencia en materia fiscal. En la Alemania actual esta práctica se conoce como "el principio de subsidiariedad", y recuerda en cierta forma a la división de funciones que existe en los Estados Unidos entre el gobierno federal, estatal y local. Schumpeter: "Fiscal Equilibrium", II, en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/1927, en ibíd., pp. 92-99. Véase asimismo Schumpeter: "The Power to Tax and the National Future", en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/1927, en ibíd., pp. 55-63.

18. Schumpeter decía que los gobiernos estatales (Länder) podrían también incrementar sus impuestos sobre las bebidas alcohólicas. "Fiscal Equilibrium", II, en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/1927, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 92-99. Además defendía un incremento de los impuestos generales sobre la venta del 1 % al 1,5 %. Con esto se obtendrían cuantiosos fondos adicionales sin dañar a los consumidores que no cambiarían sus hábitos de compra por un pequeño incremento del impuesto sobre la venta. Asimismo, los impuestos sobre las ventas nacionales no tendrían impacto alguno en los precios a la exportación que eran vitales para Alemania, que dependía de la exportación. Schumpeter llegaba a la conclusión de que en general, los impuestos sobre las ventas dificultaban en menor medida el crecimiento de una nación que otro tipo de impuestos porque no alejaban los fondos que los emprendedores necesitaban, la inversión de capitales. Schumpeter: "Whom Does the Turnover Tax Hit?", en *Der deutsche Volkswirt* 3, 1928/1929, pp. 206-208, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 107-112.

19. Un enfoque complementario sería la exención fiscal de una parte de los ingresos de las personas que no se utiliza para el consumo, lo que redundaría en un rápido crecimiento del capital privado. Para un país rico este tipo de política podría ser en realidad injusta pero para una nación en desarrollo o una con tantos problemas como los que tenía Alemania, este era el mejor camino a seguir según recomendaba Schumpeter, siempre que nadie estuviera murién-dose de hambre. Schumpeter: "What Could a Financial Reform Do?", en *Der deutsche Volkswirt* 4, 1929/1930, pp. 75-80, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 112-123. Schumpeter decía que el modo en que la política fiscal podría lograr estos objetivos estaba explicado en una serie de artículos de Gustav Stolper, que había propuesto una limitación de los gastos futuros de algunas industrias, la introducción de un monopolio del tabaco para recaudar fondos y el incremento de los impuestos sobre el alcohol.

20. Schumpeter sostenía que muchas personas en Alemania consideraban el impuesto sobre la renta como un "capitalismo moderno sin escrúpulos". Las tasas altas no solo eran injustas para los individuos, sino que además reducían el ahorro y, por ende, la inversión (un efecto especialmente inoportuno cuando los proyectos innovadores requieren fuertes inyecciones de capital como era el caso de Alemania en la época en la que Schumpeter escribió su artículo). Schumpeter: "Economics and Sociology of the Income Tax", en *Der deutsche Volkswirt* 4, 1929/1930, pp. 380-385, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 123-132. En cuanto a la evolución del impuesto sobre la renta estadounidense, véase Brownlee, W. Elliot: *Federal Taxation in America: A Short History*. Nueva York: Cambridge University Press, 1996.

21. Schumpeter: "Inheritance Tax", en *Der deutsche Volkswirt* 3, 1928/1929, pp. 110-114, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 99-107.

22. Schumpeter: "World Crisis and Fiscal Policy", en *Der deutsche Volkswirt* 6, 1931-32, pp. 739-742, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 143-150.

23. Schumpeter: "If the Finance Reform Fails", en *Der deutsche Volkswirt* 4, 1929/1930, pp. 695-699, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 133-143.

    Schumpeter resaltó su tema constante de la necesidad de una mayor inversión nacional que solo podría proceder de los ahorros y, en toda lógica, de las clases más ricas principalmente. La situación de Alemania en aquel momento era diferente de la situación que sufrió unos años después Gran Bretaña y, sobre todo, los Estados Unidos, donde había abundancia de capital pero las empresas no querían invertir debido a la debilidad de la demanda. Keynes diagnosticó esta circunstancia de manera acertada al definirla como una "trampa de liquidez" y las políticas que Schumpeter defendía para la Alemania de 1929 no habrían contribuido a solucionar el problema. No obstante, en Alemania había mucha menos liquidez que en Gran Bretaña o en los Estados Unidos.

24. Schumpeter: "Unemployment", en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/27, pp. 729-732, en Seidl y

Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 153-160.

25. Al referirse al teorema económico estándar del salario de equilibrio, Schumpeter recordó a su público que los movimientos hacia adelante y hacia atrás de la oferta y de la demanda de trabajo tendían a estabilizar los salarios. En contra de este movimiento tendente al equilibrio, solo el "progreso" de las nuevas tecnologías productivas y otro tipo de innovaciones podrían llevar a una mayor productividad, a precios menores y, por consiguiente, a salarios reales más elevados. La tesis contraria (la mecanización y la mejor organización de los negocios generan mayor desempleo) describe un fenómeno temporal y por lo tanto no se trata de una base válida para una política a largo plazo. En último término, la demanda de los consumidores se alcanzará mediante una producción más alta y menores costes, lo que estimulará la contratación de más trabajadores. Añadió que en ciertos casos el incremento de los sueldos había reforzado la productividad como tendía a suceder en la industria del automóvil estadounidense. Sin embargo, en la mayoría de las industrias este no era el caso. Una subida de salarios que no vaya acompañada de un incremento de la productividad daña la economía general. Schumpeter resumía estas ideas con la afirmación de que todas las políticas que fomentan el desarrollo económico pueden tener un efecto positivo en los salarios. No obstante, las políticas cuyo único objetivo es el incremento de los salarios como herramienta de desarrollo no funcionarán a largo plazo. Schumpeter, "Wage Configuration and Economic Development", en *Der Arbeitgeber* 18, 1928, pp. 479-482, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 173-185.

26. Hermann Dahl, citado en Feldman, Gerald D.: *The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924*. Nueva York: Oxford University Press, 1993, p. 811.

27. Asimismo, Schumpeter añadió que en la práctica real un pequeño incremento de los salarios lleva generalmente a un incremento relativamente superior del desempleo. A la inversa, una pequeña reducción a menudo conduce a un aumento proporcional de nuevos empleos. Schumpeter: "The Limits of Wage Policy", en *Der deutsche Volkswirt* 3, 1928/29, pp. 847-851, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 192-201. La costumbre característica de Alemania de la cogestión de las empresas en la que la fuerza laboral cuenta virtualmente con la misma voz que la dirección ya había empezado en la época en que Schumpeter escribió este artículo.

28. Schumpeter: "Unemployment", en *Der deutsche Volkswirt* 1, 1926/27, pp. 729-732, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 153-160.

El reconocimiento de Schumpeter de la necesidad de una protección temporal de las industrias infantiles anticipaba las medidas que se tomarían en Japón durante su "milagro económico" de 1953-1973, en el acero, el automóvil, la maquinaria, la electrónica y otras industrias en las que Japón llegaría a ser líder mundial. Más tarde Schumpeter escribiría: "Creo firmemente que de cualquier análisis del efecto de los aranceles proteccionistas desde el punto de vista únicamente de las consideraciones económicas no puede obtenerse nada diferente del desconcierto y la confusión." Hay otros aspectos que hay que tener en cuenta: el impulso de una nación por la independencia y las circunstancias particulares "en las que se echa su suerte". En un mundo ideal, los compromisos universales para el libre comercio (un principio fundamental de la economía ortodoxa) son totalmente correctos. "Sin embargo, no parece tener mucho sentido que se pierda el contacto con la realidad por este mero hecho". Schumpeter: "The Influence of Protective Tariffs on the Industrial Development of the United States", en *Proceedings of the Academy of Political Science*, 29, mayo de 1940, p. 2; Schumpeter: "English Economists and the State-Managed Economy", en *Journal of Political Economy*, octubre de 1949, pp. 371-382, se ha vuelto a publicar en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, p. 320.

En los años que siguieron a estas afirmaciones, son muchos los países que han utilizado el proteccionismo, pero la mayoría no han logrado sus objetivos (India y Brasil durante las décadas de 1960 y 1970, por poner dos ejemplos destacados). La mayor parte de los gobiernos no han tenido la disciplina necesaria para ejecutar correctamente sus programas: en concreto, el requisito de un rendimiento económico elevado como condición para llevar a cabo una protección continuada de las importaciones. Sin embargo, Japón ejerció esta disciplina durante sus años milagrosos, al igual que Alemania durante los años anteriores a la Gran Guerra. Y el modelo de altos aranceles de los Estados Unidos durante el siglo XIX, en palabras de Schumpeter, "presentaba un caso casi ideal" del

argumento de la industria infantil para el desarrollo económico. Bajo su punto de vista, tanto la historia económica de Alemania como la de los Estados Unidos mostraban que la protección no ahogaba necesariamente la innovación. Como muy bien sabía Schumpeter, el auge industrial de Alemania durante el período anterior (1879-1913) había dependido (o al menos había coincidido) con el uso de políticas proteccionistas. Los comentarios sobre el papel del proteccionismo en la historia industrial estadounidense pueden encontrarse en Schumpeter: "The Influence of Protective Tariffs on the Industrial Development of the United States", p. 4.

29. Schumpeter añadía que la investigación de los ciclos económicos (quizá el tema más candente de la profesión económica en la época en que él escribía) debería ser algo especialmente relevante para los hombres de negocios que intentan pensar en el futuro de manera analítica. Señalaba las ondas de seis a once años características de los ciclos económicos que se habían producido durante las décadas que precedieron a la Gran Guerra. No obstante, destacaba que estas ondas "normales" se ven desbaratadas invariablemente por acontecimientos extraordinarios. Mencionaba la Gran Guerra, la inflación de la posguerra y las crisis políticas y sociales, como aquellas que se estaban produciendo en Alemania. El análisis más sofisticado de estas situaciones en su conjunto, en contraposición con el fondo que forman el resto de datos, lo efectúan mejor aquellos que trabajan en la teoría económica de las crisis. Esa teoría se funde de forma natural con la investigación de los ciclos económicos. Schumpeter: "Konjunkturforschung", en *Berliner Börsen-Courier*, 58/137, suplemento 4, 4 de abril de 1926; ibíd., 58/159, suplemento 2, 7 de abril de 1926, ambos han sido publicados en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 163-173.

En este caso Schumpeter apenas menciona de forma explícita los factores psicológicos (las expectativas de futuro que tienen tanto los consumidores como los empresarios). No obstante, está claro que los tenía en mente. Por ejemplo, cuando señalaba que la economía alemana era tan dependiente de las exportaciones que sus hombres de negocios debían prestar mucha atención a los cambios sutiles de los mercados internacionales. En el marco de las condiciones fluidas del capitalismo moderno, los directivos y los inversores ya no pueden confiar únicamente en su "olfato de hombre de negocios" intuitivo (así lo llamaba el propio Schumpeter). Necesitaban datos estadísticos debido a las innovaciones constantes. Schumpeter mencionaba cinco tipos de indicadores significativos: 1) los datos financieros, incluyendo los tipos de interés bancario, las acciones y las reservas de los bancos centrales como porcentaje de los fondos totales y las cotizaciones de los mercados monetarios y de cambio; 2) datos internacionales de varios países que muestren las importaciones y exportaciones, los niveles de precios y otros indicadores similares; 3) información sobre los niveles de producción industrial, sobre todo en industrias clave como el acero, la minería, el cobre y el algodón; 4) datos sobre la aparición de nuevos tipos de industrias, y 5) diferentes políticas nacionales relacionadas con el comercio, los impuestos y los asuntos monetarios. Schumpeter sostenía que estos datos eran el tipo de información más rudimentaria que los hombres de negocios necesitaban gestionar con adecuación en los sistemas capitalistas. Si uno deseaba explotar fuentes de información más sofisticadas, existían herramientas teóricas y estadísticas elaboradas en nuevos modelos económicos que habían desarrollado la Universidad de Harvard, el Cambridge Economic Service en el Reino Unido o un nuevo instituto alemán dedicado al análisis de la situación económica. El propio Schumpeter utilizó datos recopilados por este último instituto que estaba localizado en Berlín. Este instituto ofrecía información abundante de una clase que se había revelado muy útil en otros países, sobre todo en el modo que la habían desarrollado empresas estadounidenses como Babson o Brookmire. Schumpeter decía que las empresas pequeñas y los inversores privados deberían utilizar mucho más este tipo de datos. Hasta entonces, en Alemania solo los bancos habían realizado este tipo de recopilación sistemática de datos. El resto de empresas no había utilizado apenas estos datos incluso cuando tenían acceso a ellos. Schumpeter argumentaba que los "barómetros económicos" también podían mostrarse útiles para anticipar las crisis. Hablaba de los méritos de criterios como el índice de Harvard, el sistema Babson, el índice Spiethoff (que había desarrollado su amigo y que hacía especial referencia a la producción de acero), etcétera. Por último, presentaba un modelo simplificado de un ciclo económico típico. Ibíd.

30. Schumpeter: "Change in the World Economy", en *Der deutsche Volkswirt* 4, 1929/30, pp. 1729-1733, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 218-225. Schumpeter se preguntaba si podría ocurrir que el socialismo ascendiera debido a esta evolución. Decía que podía ser que la tendencia hacia un alejamiento de las formas tradicionales de propiedad (es decir, el

cambio de activos reales como la tierra o el equipo a otros de papel como las acciones y los bonos) crearía un tipo de mundo en el que los términos socialista y capitalista solo serían una cuestión de gustos. A Schumpeter le gustaba hacer declaraciones provocativas como esta y utilizó un lenguaje similar en muchos otros escritos hasta la década de 1940.

31. Las investigaciones recientes sobre el desarrollo de recursos naturales en los Estados Unidos sirven ampliamente de sostén de la tesis de Schumpeter. Véase, Wright, Gavin: "The Origins of American Industrial Success, 1879-1940", en *American Economic Review* 80, septiembre de 1990, pp. 651-688. Schumpeter era contrario a la idea de que los Estados Unidos mantuvieran un monopolio efectivo sobre algunas materias primas que hiciera posible que Europa fuera competitiva. Según Schumpeter esta idea era una interpretación equivocada de lo que verdaderamente era un monopolio. Un auténtico monopolio sobre una materia prima como el algodón en realidad sería tan perjudicial para las empresas y los consumidores estadounidenses como para las europeas. Mientras no hubiera una guerra, las reservas estadounidenses de materias primas no constituían un inhibidor significativo del crecimiento europeo. En cualquier caso, la propia Europa poseía vastos depósitos de las materias primas industriales más importantes así que este argumento, en su conjunto, no era válido.

    Asimismo, Schumpeter exponía la perspectiva de que la industria estadounidense y sus infraestructuras eran muy eficaces mientras que su gobierno, prácticamente a todos los niveles, estaba mal gestionado y su coste era desmesuradamente alto. En relación con todos estos temas, véase Schumpeter: "Change in the World Economy", en *Der deutsche Volkswirt* 4, 1929/30, pp. 1729-1733, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 218-225.

32. En este punto, diez años antes de la aparición de su gran obra *Capitalismo, socialismo y democracia*, Schumpeter se acercaba a una articulación de su famosa teoría de la destrucción creativa. Schumpeter: "Enduring Crisis", en *Der deutsche Volkswirt* 6, 1931/32, pp. 418-421, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 202-210.

33. Schumpeter: "The Function of Entrepreneurs and the Interest of the Worker", en *Der Arbeitgeber* 17, 1927, pp. 166-170, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 160-173.

34. Ibíd.

35. Ibíd.

36. Ibíd., p. 168. Schumpeter utilizaría el mismo dicho dos años después (diría que se trataba de un dicho inglés) en "The Entrepreneur in the National Economy Today", en Harms, Bernhard, ed.: *Strukturwandlungen der Deutschen Wirtschaft*, 2ª edición. Berlín: Reimar Hobbing, 1929, pp. 306-326, publicado también en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, p. 235. Véase asimismo, Schumpeter (traducción de Heinz Norden): "Social Classes in an Ethnically Homogeneous Environment", en *Imperialism, Social Classes: Two Essays by Joseph Schumpeter*. Nueva York: Meridian Books, 1955, p. 129.

37. Schumpeter: "The Function of Entrepreneurs and the Interest of the Worker", en *Der Arbeitgeber* 17, 1927, pp. 166-170, publicado en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 160-173.

38. Schumpeter: "The Entrepreneur in the National Economy Today", en Harms, ed.: *Strukturwandlungen der Deutschen Wirtschaft*, en Seidl y Stolper, eds.: *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, pp. 226-247.

39. Ibíd. Aunque Schumpeter no mencione la política antitrust de forma explícita, está claro lo que tenía en mente.

40. Además, hay una tercera fuente: sus frecuentes alabanzas de William E. Gladstone, un hombre de Estado de la época victoriana. Para Schumpeter era "el representante más destacado y el exponente más brillante" del liberalismo británico. Según escribiría más tarde sobre Gladstone:

    El principio de dejar que los individuos se valgan por sí mismos y de confiar en que su libre interacción tendrá resultados socialmente deseables no puede expresarse mejor que con las tres normas que resumen [su] política: el gasto público debe estar limitado al mínimo requerido por los servicios esenciales ("reducción"); los presupuestos no solo deben estar equilibrados, sino que además deben mostrar un excedente que se aplique a la reducción de la deuda nacional; la fiscalidad

no debe servir a otro propósito que a la recaudación de los fondos necesarios y tendrá un efecto tan escaso como sea posible en la distribución de ingresos y en los canales de comercio, de lo que se sigue que tendrá que ser ligera. El impuesto sobre la renta fue una parte esencial de este programa; no obstante, no fue menos esencial que el hecho de que debe permanecer tan bajo como sea posible para que sea un factor insignificante.

Gladstone, que fue primer ministro durante cuatro mandatos distintos, también fue conocido por la simpatía que sentía por los pobres y su programa fiscal estuvo acompañado de una fuerte carga de legislación social. Schumpeter: "Capitalism", en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: Encyclopaedia Britannica, 1946, pp. 801-807, publicado también en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*, pp. 189-210. El pasaje citado aparece en la página 193.

41. Muchos economistas japoneses habían mostrado una afinidad especial por las obras de Schumpeter. El crecimiento económico había sido casi una obsesión nacional en Japón desde la Restauración Meiji en 1868. *Teoría del desarrollo económico* (1911) de Schumpeter fue uno de los primeros clásicos verdaderos de la teoría del crecimiento. No fue una casualidad que las universidades de Tokio fueran las primeras en ofrecerle un empleo en 1925 después de su desventurado paso por el Biedermann Bank. En 1931, realizó una gira triunfal por Japón en la que dio numerosas conferencias y fue objeto de una gran cobertura mediática. Como deja bien claro su correspondencia personal, sintió tener una especie de parentesco con los académicos japoneses; a algunos de ellos les daría clase en Bonn y en Harvard. Después de su muerte, la Universidad Hitotsubashi de Tokio adquirió su biblioteca y todavía sigue exponiéndola en una sala especial. Véase, para tener una idea general, Bassino, Jean-Pascal: "The Diffusion and Appropriation of Schumpeter's Economic Thought in Japan", en *History of Economic Ideas* 6, 1998, pp. 79-105.

De los once libros que escribió Schumpeter y que publicó en vida o poco después de su muerte, diez han sido traducidos al japonés. (El undécimo es un breve texto que escribió conjuntamente sobre las matemáticas para economistas que preparó para un curso de Harvard). En ninguna otra lengua, ni siquiera en alemán o en inglés, hay tantos libros suyos disponibles. Entre los estudiosos de Schumpeter en Japón uno de los más conocidos es Yuichi Shionoya, tanto por sus libros analíticos como por ser presidente de la International Schumpeter Society. El más prolífico quizá sea Motoi Kanazashi, uno de los muchos investigadores japoneses que se enumeran en la minuciosa guía sobre Schumpeter de Massimo M. Augello: *Joseph Alois Schumpeter: A Reference Guide*. Berlín: Springer-Verlag, 1990, que consta de 353 páginas. Véase asimismo el artículo bibliográfico de Augello que recoge Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, pp. 445-481. Un ejemplo de la considerable bibliografía existente en lengua japonesa sobre Schumpeter es el número especial de *Kei Seminar* 541, febrero de 2000, que está consagrado a su obra y a su pertinencia con los problemas económicos recientes de Japón.

Por supuesto, ninguna economía nacional es siempre puramente keynesiana, marxista, schumpeteriana o hayekiana. Sin embargo, no hay ningún error al reconocer la esencia schumpeteriana del sistema japonés de los años 1953-1973 de su período milagroso de crecimiento, a pesar de la fuerte influencia del gobierno. Los elementos schumpeterianos más importantes fueron los seis siguientes: un despegue sin precedentes del espíritu empresarial, un sistema relativamente cooperativo para la fijación de salarios, una estructura fiscal que hacía hincapié en los impuestos al consumo y que fomentaba el ahorro, una tasa de inversión excepcionalmente alta, el apoyo a industrias con alto potencial de crecimiento y la concesión de créditos generosos a escala nacional, que comprendía una prevención estricta de la fuga de capitales. Estas seis políticas son coherentes con la premisa de Schumpeter de que la innovación, la destrucción creativa y la expansión del crédito son la clave del crecimiento económico. Y estas seis iniciativas fueron promovidas con la misma energía tanto por el gobierno como por las empresas. Uno de los elementos más importantes entre ellos fue el espíritu empresarial japonés al que muchos analistas habían prestado demasiada poca atención.

42. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 5 de febrero de 1927, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter–Forscher, Lehrer und Politiker*, apéndice. En lo que a la oferta de Friburgo se refiere, Schumpeter escribió a Gustav Stolper para decirle que la amabilidad de la facultad excedía a cualquiera que se pudiera encontrar en Prusia: "Por primera vez en mi vida sentí que todo era fabuloso, sin excepción alguna." Carta de Schumpeter a Stolper de 9 de febrero de 1927, Nachlass

Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza). Traducción de Holger Frank.

43. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 5 de febrero de 1927, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter-Forscher, Lehrer und Politiker*, apéndice.

44. Ibíd.; véanse asimismo las cartas de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 26 de julio de 1927 y otra sin fechar [de agosto de 1927], en ibíd. Traducción de Holger Frank. Carta de Schumpeter al Ministerio de Ciencia, Arte y Administración Pública de Berlín, con fecha de 3 de agosto de 1927, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 142.

12. A caballo entre Bonn y Harvard

1. Carta de Taussig a Schumpeter de 27 de noviembre de 1912, en respuesta a una carta de Schumpeter sobre el estado de la economía, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s to 1950, archivo 9, carpeta T 1910; Taussig to Lowell, October 22, 1913, UAI.5.160, Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, archivo Series 1909-1914, carpeta 413, Economics Department–Taussig (Chairman). Todos ellos en HUA.

2. Schumpeter, Cole, Arthur H. y Mason, Edward S.: "Frank William Taussig, 1859-1940", en *Quarterly Journal of Economics* 55, mayo de 1941, pp. 337-363, artículo reproducido en Schumpeter: *Ten Great Economists: From Marx to Keynes*. Nueva York: Oxford University Press, 1951, pp. 191-221; carta de Bernard Baruch a Allyn Young de 19 de diciembre de 1925, UAV 349.10.5, Department of Economics-Correspondence of A. A. Young, Chairman 1925-1927, Departmental Correspondence, 1925-1926, carpeta 1, HUA.

3. Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 870; Mason, Edward S.: "The Harvard Department of Economics from the Beginning to World War II", en *Quarterly Journal of Economics* 97, agosto de 1982, pp. 393-394 y 408.

4. Schumpeter, Cole y Mason: "Frank William Taussig, 1859-1940", en Schumpeter: *Ten Great Economists*, pp. 191-207. A pesar de figurar como obra conjunta, este artículo fue prácticamente escrito en su totalidad por Schumpeter. Durante 40 años, desde 1896 hasta 1936, Taussig fue editor de la prestigiosa publicación *Quarterly Journal of Economics*. Schumpeter escribió en 1931 a propósito de Taussig que "no era un joven, elegante y pequeño judío, sino el famoso economista anciano de 72 años que había hecho del Departamento de Economía de Harvard el que quizá fuera el primer jardín de esta ciencia a escala mundial y en el que enseñó durante casi cincuenta años". Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 5 de enero de 1931, publicada en März, Eduard: *Joseph Alois Schumpeter-Forscher, Lehrer und Politiker*. Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 1983, apéndice. Traducción de Holger Frank.

En los Estados Unidos, como en Europa, ser judío rara vez era un asunto sin importancia y Frank Taussig eligió no identificarse con asuntos o causas judías. (A este respecto puede verse, por ejemplo, el revelador resumen de ocho páginas que Taussig hace de su propia carrera que se conserva en Taussig Papers, HUG 4823.5, archivo 12, carpeta Taussig, Frank W., HUA). Por el contrario, parece poco probable que Schumpeter, que vivió con Taussig durante cinco años y mantuvo innumerables conversaciones con él, no supiera nada de los orígenes de su amigo. La hermana de Taussig se había casado con Alfred Brandeis, hermano de Louis Brandeis, el primer judío que llegó a ser miembro del Tribunal Supremo.

5. Schumpeter, Cole y Mason: "Frank William Taussig, 1859-1940", en Schumpeter: *Ten Great Economists*, pp. 206, 207 y 217. El libro de Taussig, *American Business Leaders*, fue escrito en colaboración con C. S. Joslyn.

6. En lo referente a su contratación para ese año, véase la carta de Allyn Young al decano Clifford H. Moore de 6 de junio de 1927, UAV 359.10.5, Correspondence of A. A. Young, Chairman 1925-1927, Departmental Correspondence 1926-1927. En lo tocante a la designación oficial de Schumpeter, véase, ibíd.; véanse asimismo las cartas de Moore a Lowell de 8 de julio de 1927 y de Lowell a Young de 19 de julio de 1927, UAI.5.160, Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, archivo Series 1925-1928, carpeta 668, Economics Department–Budget for 1927-8. Hay un total de 13 cartas archivadas remitidas desde Harvard o destinadas a Harvard, incluyendo algunas de miembros del consejo de gobierno ("the Corporation"). Casi todas las cartas son borradores. Las actas del Departamento de Economía (de 11 de enero de 1927) registran la decisión de la siguiente forma: "Se ha discutido la cuestión de traer a algunos economistas distinguidos de Europa a Harvard para el año que viene o, posiblemente, para los próximos tres años. El Departamento se mostró favorable a un acuerdo por un año. Se presentaron y discutieron los nombres de los profesores Schumpeter de Bonn, Cassel de Estocolmo y Cannan de Londres. El Departamento pareció tener la intención de no dar paso alguno en este momento para solicitar la incorporación a Harvard de ningún economista estadounidense." Economics Department Meeting Minutes/Records, UAV 349.3, archivo 1, carpeta Economics Dept. Records 1920-27. Todas las fuentes citadas se conservan en HUA.

7. Harvard dejó entrever que si Schumpeter declinaba la oferta, haría una proposición a Gustav

Cassel, un economista sueco destacado. Schumpeter confesó a su amigo Gustav Stolper que no deseaba ir, pero que tampoco quería que Cassel consiguiera el puesto. Cartas de Schumpeter a Stolper de 22 de junio y de 9 de julio de 1927, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 140, 141. Comunicación de Allyn Young a la secretaría para solicitar el envío de un telegrama a Schumpeter, nota mecanografiada, 12 de mayo de 1927, UAV 349.11, Department of Economics Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA; telegramas de Schumpeter a Young de 31 de mayo y 15 de junio de 1927, ibíd. En el curso de Schumpeter sobre dinero y banca, hizo hincapié en la teoría y el funcionamiento de la creación de crédito, del mismo modo que había hecho en Bonn.

8. Carta de Taussig al consejo ejecutivo del Colonial Club de 19 de octubre de 1927: "Es un investigador y un escritor distinguido y este año presta sus servicios en la Universidad de Harvard, lo que redundará en un mayor prestigio tanto para nosotros como para él. Además, es todo un caballero." UAV 349.11, Department of Economics Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA.

9. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 29 de octubre de 1927, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank. Mason: "The Harvard Department of Economics from the Beginning to World War II", p. 413. El verdadero número de estudiantes de posgrado durante el año académico 1925-26 fue de 75 alumnos y el número de estudiantes de grado de 324. Véase Confidential Report on Long-Range Plans for the Department of Economics (Revised Edition), typescript, febrero de 25, 1948, HUG 4795.5, Sumner H. Slichter Personal Papers, archivo 1, Correspondence Relating to Harvard, Special carpetas A-F, carpeta Harvard Correspondence, Old, HUA. Véase asimismo la carta de Paul H. Buck, rector de la Universidad de Harvard, a Slichter de 27 de marzo de 1948, UAV 349.208, Department of Economics, Budget, carpeta Budget 1940/41-1945/46, HUA, en la que cuenta que el informe fue adoptado por el consejo ejecutivo del Departamento el 9 de marzo de 1948.

10. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 20 de noviembre de 1927, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank.

11. Ibíd. Véase también Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, p. 245.

12. Carta de Schumpeter a Harold Burbank (director del Departamento de Economía) de 9 de abril de 1928; carta de Burbank a Dean Clifford Moore de 13 de abril de 1928; carta de Moore a Burbank de 16 de abril de 1928 ("Lamento su retirada pero creo que no sería inteligente oponerse a ello ahora"); carta de Burbank a Schumpeter de 17 de abril de 1928, todas ellas en UAV 349.10, Department of Economics, Correspondence and Records, archivo 7, carpeta Correspondence S, HUA.

13. Carta de Schumpeter a Stolper de 26 de abril de 1928, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 143.

14. Carta de Mia Stöckel a Schumpeter de 11 de enero de 1934, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, archivo 1, carpeta 1934, HUA. Traducción de Benjamin Hett.

15. La atención continua que Mia prestaba a la tumba de Annie queda patente en numerosas cartas que Mia envió a Schumpeter durante la década de 1930, todas ellas en ibíd., archivo 1, archivo 2.

16. Más tarde, después de que Schumpeter fuera a Harvard, esta situación cambió y pasó tres largas vacaciones de verano con Mia.

17. Allen: *Opening Doors*, I, pp. 281-283.

18. Ibíd., pp. 282-283.

19. La cita figura en Wood, Barbara: *E. F. Schumacher: His Life and Thought*. Nueva York: Harper & Row, 1984, comentario citado en Allen: *Opening Doors*, I, p. 258.

20. La cita aparece en Allen: *Opening Doors*, I, p. 258.

21. Cartas de Schumpeter a Ottilie Jäckel, sin fechar (de septiembre de 1929) y de 30 de noviembre de 1929, publicadas en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducciones de Holger Frank.

22. Carta de H. H. Burbank a Schumpeter de 21 de diciembre de 1928, UAV 349.10, Department of Economics, Correspondence and Records, archivo 7, carpeta Correspondence S, HUA; Mason: “The Harvard Department of Economics from the Beginning to World War II”, p. 413. La carta de Burbank decía también: “No es necesario que me extienda sobre la necesidad que tenemos de sus servicios, tema que ya comentamos en numerosas ocasiones el año pasado. Los profesores más antiguos tienen una edad avanzada y el nuevo departamento tiene que construirse fundamentalmente en torno a nuevas personas, esperemos que sean Allyn Young y usted … Deseo ardientemente poder describir la necesidad que tiene de nosotros con tanta viveza como expongo la que nosotros tenemos de usted. Sin embargo, mi opinión, valga lo que valga, es que gracias a nuestras capacidades y logros extraordinarios, lo que Harvard puede ofrecerle no es poco. Se trata únicamente de una cuestión de tiempo el que dispongamos de los recursos adecuados que puedan proporcionar todas las instalaciones necesarias para la investigación y que hagan posible tanto un incremento sustancial de nuestro personal, como una disminución de las responsabilidades docentes. Asimismo, en breve los salarios alcanzarán un nivel superior. Se puede hacer un hincapié excesivo en estas ventajas materiales, ya que conducen al hecho de que Harvard será capaz de avanzar de manera firme hacia una mayor influencia y hacia mayores logros. Estoy seguro de que esta perspectiva le parece atractiva y solo puedo esperar que este atractivo sea suficientemente irresistible.”

23. Carta de Schumpeter a Burbank de 31 de marzo de 1929, ibíd. Añadía lo siguiente: “Ha sido usted muy generoso al subrayar lo que cree que podría hacer por Harvard, pero, por supuesto, Harvard implica muchas más cosas para mí. Podría tratarse simplemente del entorno en el que me gustaría trabajar y enseñar y dudo que, fuera de los Estados Unidos, pueda llevar de ninguna manera a cabo mi plan de investigación: las ideas que quiero desarrollar resultarían estériles aquí mientras que, por otra parte, adolezco absolutamente de esos métodos concretos para tratar todo el material estadístico, con los que podría contar si estuviera en Harvard. Desde siempre he sentido un ferviente deseo de continuar con la gran tradición de Harvard y participar o contribuir al desarrollo de una línea de teoría cuantitativa. La invitación de Harvard para que me una a su equipo me ofrece esta oportunidad. No necesito añadir que, por encima de todo, vivir y trabajar en un entorno tan agradable, rodeado de colegas tan eminentes, me parecería lo más cercano a la felicidad que existe.”

24. Carta de Schumpeter a Burbank de 31 de marzo de 1929, ibíd.

25. Carta de Lowell a Schumpeter de 15 de abril de 1929, UAI.5.160, Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, archivo Series 1928-30, carpeta 476, Economics Department–Schumpeter, HUA. Lowell apeló a las inquietudes multidisciplinarias de Schumpeter y también le escribió lo siguiente: “Me pregunto si suplir esta ausencia puede ser algo atractivo para usted ya que le ofrece una gran oportunidad para prestar un gran servicio a la causa del conocimiento económico … Es más, hay un interés que se acerca a cuestiones relacionadas con la fisiología [sic, el mecanógrafo quiso escribir psicología] por un lado y la industria por el otro, y los muchos aspectos de la vida humana. Seguimos confiando en que conseguiremos fondos para llevar a cabo investigaciones de este tipo y si los obtenemos creo que este tema sería de su interés.” Carta de Schumpeter a Lowell de 8 de mayo de 1929, ibíd. El texto de la carta de Schumpeter también incluye las siguientes frases: “Mi querido amigo Taussig –o el señor Burbank– probablemente le habrá explicado las razones por las que, contra mis deseos, me he visto obligado a llegar a la conclusión de que no podré, sin faltar a mis responsabilidades, aceptar la invitación de incorporarme a Harvard para siempre. Me resultaría imposible cambiar mi decisión en este momento”, pero con la nueva propuesta de que visitara Harvard de forma regular esperaba “ser una pequeña parte de la gran comunidad científica que preside”.

26. Carta de Burbank a Schumpeter de 4 de mayo de 1929: “Tenemos la esperanza de que muchas de las dificultades desaparecerán con la posibilidad de permanecer aquí solo la mitad de cada año … Estará interesado en los avances que hemos hecho en teoría cuantitativa. Pronto dispondremos de nuestros fondos; el trabajo se lanzará con nuestro personal más experimentado y esperamos que se llegue lejos. No obstante, se trata de un proyecto con posibilidades ilimitadas … Su punto de vista y sus competencias serán muy necesarias si se desea que este proyecto alcance el puesto importante que esperamos que logre … Nos resultaría muy útil que pudiera arreglárselas para estar presente en ambos semestres de 1929-1930, pero si es del todo imposible haremos todo lo que podamos en su ausencia con la expectativa de tenerle aquí al año siguiente.” Véase también el telegrama de Taussig

y Burbank dirigido a Schumpeter de 29 de mayo, ambos documentos están en UAV 349.10, Department of Economics, Correspondence and Records, archivo 7, carpeta Correspondence S, HUA.

27. Cartas de Schumpeter a Burbank de 8 de mayo y de 5 de diciembre de 1929, de 25 de febrero de 1930 (telegrama) y de 4 de marzo de 1930; cartas de Burbank a Schumpeter de 4 de junio de 1929 y de 20 de enero y 31 de marzo de 1930, todas en ibíd. Al proponerle que "rebautizara" el primer curso, Schumpeter escribió lo siguiente: "La idea era debatir esas herramientas de análisis económico que son, o se puede esperar que sean, útiles para la 'economía cuantitativa' y revisar las controversias más destacadas de nuestra época". Carta de Schumpeter a Burbank de 4 de marzo de 1930; carta de Burbank a Schumpeter de 31 de marzo de 1930, ambas en ibíd.

28. Burbank le dijo a Schumpeter que el nuevo sistema de casas "podría resultar nada más y nada menos que un cambio muy deseado en las condiciones de vida; puede que termine siendo algo revolucionario en la educación universitaria, no solo aquí sino en todas las instituciones de este país financiadas". (Carta de Burbank a Schumpeter de 31 de marzo de 1930). Véanse también las cartas de Taussig a Chester N. Greenough (Master of Dunster House) de 16 de mayo de 1930 y de Greenough a Schumpeter de 24 de mayo de 1930, todas ellas en ibíd.

29. Carta de Schumpeter a Burbank de 5 de diciembre de 1929; carta de Burbank a Schumpeter de 20 de enero de 1930, ambas en ibíd. Véase también la carta de Greenough a A. Lawrence Lowell de 17 de noviembre de 1932: "Le agradezco su carta de 4 de noviembre relativa al profesor Schumpeter. Cualquier tipo de relación que establezca con Dunster House me complacerá en grado sumo." Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, UAI.5.160, archivo Series 1930-1933, carpeta 45: Economics Department–Schumpeter, HUA. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 17 de septiembre de 1930, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank.

30. Carta de Schumpeter al ministro de 30 de enero de 1930. Véanse también las cartas de Schumpeter a Gustav Stolper de 1 de julio y 30 de agosto de 1930 y de Schumpeter a Keynes de 9 de septiembre de 1930, todas ellas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 170-171, 174 y 175-177.

31. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 18 de octubre de 1930, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank.

32. Carta de Schumpeter a Gottfried Haberler de 30 de noviembre de 1939, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 181-182; cartas de Burbank a Schumpeter de 8 y 15 de diciembre de 1930; carta de Schumpeter a Burbank de 12 de diciembre de 1930, todas ellas en UAV 349.10, Department of Economics, Correspondence and Records, archivo 7, carpeta Correspondence S. Burbank: *Memorandum* [sic], typescript, 22 de diciembre de 1930, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter: "H. H. B. [Burbank] habló con Schumpeter el 21 de diciembre. Expuso su intención definitiva de volver en 1932-33" y dio más detalles específicos de lo que planeaba enseñar. HUA.

33. Al final de la conferencia, Schumpeter se despidió de sus colegas de Harvard y apoyó la decisión de Harvard de contratar a Ragnar Frisch. Según escribió a Burbank desde Cleveland: "Una vez más Frisch me ha impresionado extraordinariamente. Se trata, sin lugar a dudas, de un hombre con dotes inmensas [ilegible] y con una devoción a la ciencia tan determinada que, estimando a Harvard en la manera en que la estimo, no puedo dejar de recalcarles de nuevo la importancia de contar con él, aunque solo sea por un tiempo." Carta de Schumpeter a Burbank de 1 de enero de 1931, UAV 349.10, Department of Economics, Correspondence and Records, archivo 7, carpeta Correspondence S, HUA.

    Se puede encontrar la historia de la Econometric Society, junto con los informes anuales de sus miembros y sus cuentas en la página web de la sociedad: http://www.econometricsociety.org/, (visitada el 3 de junio de 2006). El artículo de Schumpeter se titula "The Common Sense of Econometrics", *Econometrica* 1, enero de 1933, pp. 5-12. En el siglo XXI la Econometric Society cuenta con unos 2.300 miembros que están concentrados en países altamente industrializados, sobre todo en los Estados Unidos (donde residen cerca de dos tercios de sus miembros), el Reino Unido, Alemania y Japón.

34. Carta de Schumpeter a Arthur Spiethoff de 8 de enero de 1931 desde La Playa Hotel en Carmel-by-the-Sea, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 183-186.

35. Carta de Schumpeter a Clifford Moore de 13 de febrero de 1931, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 186.

36. Carta de Schumpeter a Toni y Gustav Stolper de 24 de febrero de 1931; carta de Schumpeter a Seiichi Tobata, un joven economista japonés, de 17 de marzo de 1931, ambas publicadas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 187-189. Véase también Allen: *Opening Doors*, I, pp. 271-272.

37. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 13 de marzo de 1931, publicada en März: *Joseph Alois Schumpeter*, apéndice. Traducción de Holger Frank.

38. Carta de Schumpeter a Ottilie Jäckel de 31 de abril de 1931, publicada en ibíd., apéndice. Traducción de Holger Frank. Carta de Schumpeter a Gustav Stolper de 14 de septiembre de 1931, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 199-200.

39. Carta de Schumpeter a Gustav Stolper de 8 de mayo de 1931, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 189-192. Traducción de Holger Frank.

40. Citado en Allen: *Opening Doors*, I, p. 290.

41. Esta controversia se muestra con detalle en una serie de cartas de Schumpeter: a Gustav Stolper, de 8 de mayo, 30 de julio y 14 de septiembre de 1931 y de 22 de febrero y 8 de julio de 1932; a Stolper, reconstruyendo una carta anterior dirigida a Werner Richter del Ministerio de Educación, de 26 de marzo de 1932, y tres cartas de Emil Lederer, de 5 y 6 de julio de 1932-to-das ellas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 189-192, 194-196, 200, 203-204, 206-211 y 216-219. Véanse asimismo las cartas de Schumpeter a Stolper de 2 y 5 de agosto de 1931, de 5 y 6 de julio de 1932 y otra sin fechar (del verano de 1932), Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza). Traducción de Holger Frank.

42. Carta de Schumpeter a Gustav Stolper de 8 de mayo y 23 de septiembre de 1931, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 189-192 y 200-201. Traducción de Holger Frank. Lederer, socialista y judío, fue destituido durante las purgas hitlerianas de abril de 1933 y abandonó Alemania con destino a los Estados Unidos.

43. Carta de Schumpeter a Richard Thoma de 31 de marzo de 1932, en ibíd., pp. 211-213.

44. Se cita a Singer en Allen: *Opening Doors*, I, pp. 282. En lo referente al comentario sobre la política alemana, véase la carta de Schumpeter a Haberler de 3 de agosto de 1932, en Gottfried Haberler Collection, archivo 31, carpeta Schumpeter, Joseph, Hoover Institution Archives. Schumpeter: "The Whence and Whither of Our Science", en Schneider, Erich y Spiethoff, Arthur, eds.: *Aufsätze zur ökonomischen Theorie*. Tubinga: J. C. B. Mohr, 1952. Este fue el largo discurso de despedida que Schumpeter pronunció el 20 de junio de 1932 ante sus estudiantes de Bonn.

Algunos críticos han utilizado partes de este discurso como pruebas de simpatía con el nazismo y el antisemitismo y su punto de vista es comprensible.

> Nos encontramos ante un poderoso movimiento, único en la historia. Nunca antes una organización había conseguido oponerse a los partidos establecidos. Este poderoso aparato vigoroso es como un monstruo que tiene un impulso infinito y *podrá traer catástrofes o gloria para el pueblo alemán*, en función de cómo se utilice. Sin embargo, *qué importante sería que este coloso fuera asesorado correctamente en asuntos económicos; y si en este aparato hubiera personas que se sintieran nacionalsocialistas y que todavía no contemplaran las técnicas económicas, entonces, ¡qué posibilidades subjetivas tan increíbles se presentarían a un hombre joven!*

Uno solo aporta significados donde nada se ha pensado todavía. Todos los políticos importantes han estado al corriente de que uno debe acercarse a partidos que tienen programas irracionales. Benjamin Disraeli se hizo conservador porque estos encantadores caballeros, que le proporcionaron el movimiento de seguidores adecuado a un hombre con fundamentos, le respaldaron.

Todas las traducciones al inglés son de Holger Frank. El texto en cursiva del discurso ya estaba subrayado en las notas originales que recogieron Cläre Tisch y August Lösch, sobre las que se basó la versión publicada. Tanto Tisch como Lösch eran judías y eran dos de las estudiantes favoritas de Schumpeter, al que tenían bastante aprecio. Sus comentarios probablemente les resultaron chocantes

y extraños, cuando menos, y quizá todavía más por el uso de Disraeli como ejemplo paralelo.

Las observaciones de Schumpeter de no haber previsto el ascenso de Hitler y las razones que le llevaron a emigrar figuran en una carta que escribió el 5 de febrero de 1943 a Waldemar Gurian, otro refugiado europeo, que entonces era editor de *Review of Politics*, carta publicada en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 339. Aunque Schumpeter temía un giro "laborista" en Alemania, el gobierno en ejercicio de la República de Weimar había de hecho empezado a orientarse hacia una derecha autoritaria en 1930, y no hacia la izquierda, al substituir al canciller Müller por el canciller Brüning.

45. La prueba más condenatoria contra Schumpeter que he visto es una anotación en su diario de 1932, escrita meses antes de que Hitler llegara al poder, en una época en la que Schumpeter sabía que se iba a mudar a los Estados Unidos: "Tengo que marcharme. Todos los que están cerca de mí y con los que puedo trabajar están en un solo bando. Y lo que siento en mi fuero interno está cerca de Hitler. Pero, ¿en realidad esto es así?" Véase Allen: *Opening Doors*, I, pp. 285-288. Durante años, los diarios de Schumpeter estuvieron llenos de decenas de declaraciones hamletianas como esta, sobre muchos temas distintos. Escribía una afirmación, a menudo lo contrario de lo que verdaderamente pensaba, y después intentaba esclarecer sus verdaderos sentimientos al respecto. Sin embargo, en esta ocasión este sentimiento es inexcusable, al margen del contexto (30 % de desempleo, gobiernos alemanes débiles durante muchos años, etcétera).

46. Carta de Burbank a Schumpeter de 1 de febrero de 1932, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA. Leontief escribió a Schumpeter el 10 de agosto de 1931 para pedirle que le ayudara a encontrar un trabajo en los Estados Unidos. Leontief no tardaría en llegar a los Estados Unidos y el 7 de octubre de 1931 volvió a escribir a Schumpeter, esta vez con un membrete de la Oficina nacional de investigación económica (National Bureau of Economic Research), que entonces se encontraba en Columbia, para decirle: "Hace poco pasé tres días en Harvard. Todos los economistas fueron extraordinariamente amables conmigo. Se trata sin lugar a dudas de un lugar donde uno puede verdaderamente trabajar. Me preguntaron, de forma extraoficial, si podría estar de acuerdo en dar unas clases sobre cuestiones metodológicas". Ambas cartas se conservan en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 6, carpeta Leontief Only, HUA. Traducciones de Benjamin Hett.

De forma similar, Gottfried Haberler buscó asesoramiento sobre su carrera en Schumpeter y recibió numerosas cartas en las que le sugería los puestos que podría considerar en Europa y, al final, cómo tratar con Harvard, a cuyo claustro Haberler se incorporó a mediados de la década de 1930. Véanse las cartas de Schumpeter a Haberler de 25 de agosto de 1930; de 3 de agosto de 1932; de 20 de marzo y 24 de mayo de 1933; de 23 de julio, de 2 de noviembre y del invierno (sin fechar) de 1934, y de 5 de abril de 1935, todas ellas en Gottfried Haberler Collection, Archivo 31, carpeta Schumpeter, Joseph, Hoover Institution Archives.

47. Carta de Schumpeter a Burbank de 9 de marzo de 1932; cartas de Burbank a Schumpeter de 26 de mayo y 13 de junio de 1932, todas ellas en UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA. Carta de Schumpeter a Stolper de 13 de mayo de 1932, Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza). Traducción de Holger Frank.

48. Diario de Schumpeter, citado en Allen: *Opening Doors*, I, pp. 293-295. En *Persuasión*, la novela que Jane Austen sacó a la luz en 1818, uno de los personajes femeninos manifiesta de forma sarcástica algo muy similar: "A ustedes [los hombres] les sobran adversidades, privaciones y peligros con los que enfrentarse. Siempre están trabajando, esforzándose, expuestos a todo tipo de riesgos y penalidades. Y a abandonarlo todo, el hogar, el país, los amigos. En realidad, ni el tiempo, ni la salud, ni la vida les pertenecen. Sería, en efecto, demasiado duro … que, además, hubiera que añadir a esta lista los sentimientos de mujer."

49. Schumpeter: "The Whence and Whither of Our Science". Traducción de Holger Frank.

50. Carta de Schumpeter al ministro de Arte, Ciencia y Educación Pública de Berlín de 13 de mayo de 1932; carta al ministro Adolph Grimme de 2 de junio de 1932; carta a Toni y Gustav Stolper de 12 de septiembre de 1932, todas ellas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 214-215 y 219-221.

Traducción de Holger Frank.

13. Harvard

1. Véase la siguiente obra ilustrada esplendorosamente, Shand-Tucci, Douglass: *An Architectural Tour*. Nueva York: Princeton Architectural Press, 2001. En 2006 los recursos de Harvard ascendían a cerca de 26.000 millones de dólares. El valor exacto, como en el caso de casi todas las instituciones sin ánimo de lucro, varía en función del precio de mercado de los títulos en cartera y de otros activos.

2. Además de sus programas de grado, Harvard tenía nueve escuelas profesionales de derecho, medicina, negocios, salud pública, administración, educación, teología, odontología y diseño. Estas escuelas profesionales, junto con la Escuela de Artes y Ciencias, acogían a muchos más estudiantes que el total de estudiantes de grado, que era de cerca de 6.500. El número total de estudiantes a tiempo completo en todos los niveles a principios del siglo XX era de cerca de 18.000. Los datos sobre 2010 proceden de *Harvard Gazette*, 30 de marzo de 2006.

3. De entre los estudiantes que procedían de las escuelas preparatorias, un tercio de ellos había acudido a cuatro de ellas: Exeter, Andover, St. Paul's y Milton Academy. Casi la mitad de los estudiantes de grado de Harvard (contrariamente al 1,5 % nacional) venían de familias cuyos ingresos anuales excedían los 7.500 dólares, que era una suma importante durante la Gran Depresión. Véase Keller, Morton y Keller, Phyllis: *Making Harvard Modern: The Rise of America's University*. Nueva York: Oxford University Press, 2001, capítulo 2.

4. En cuanto al sentimiento contrario al New Deal, véase *Harvard Magazine* 107, noviembre-diciembre de 2004, p. 63. En lo referente al antisemitismo, Keller y Keller: *Making Harvard Modern*, pp. 47-51 pássim. Es posible que el antisemitismo fuera más acusado en Harvard que en la Universidad de Bonn, durante el período que Schumpeter pasó allí.

5. *Making Harvard Modern*, pp. 51-59 pássim. Carta de Schumpeter a Stolper de 1937 (sin fechar), Nachlass Gustav und Toni Stolper, N 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza).

6. Keller y Keller: *Making Harvard Modern*, p. 110. La encuesta abarcaba 28 disciplinas académicas.

7. Cuando era un profesor joven de la universidad, el antiguo decano de la Facultad de Artes y Ciencias, John Dunlop, me dijo: "Ser un divo no constituye una barrera para conseguir un puesto fijo en esta universidad. Incluso puede que sea un requisito previo."

8. La relación entre Schumpeter y Parsons continuó durante muchos años y tuvo sin lugar a dudas su importancia por la influencia futura que Parsons tendría en Alfred D. Chandler, Jr., el pionero de la historia empresarial moderna (véase el capítulo 15 más adelante). Schumpeter comprendió tanto la importancia como las limitaciones del trabajo de Parsons. A pesar de todos los méritos que tenía, Parsons tenía un estilo de redacción difícil. En la valoración que Schumpeter hizo del manuscrito de Parsons "Sociology and the Elements of Human Action" a petición del Harvard's Committee on Research in the Social Sciences (Consejo de investigación de ciencias sociales de Harvard) con fecha de 23 de diciembre de 1936, Schumpeter recomendó su publicación y alabó las muchas virtudes de la obra al transmitir los hallazgos de Max Weber y Emile Durkheim al público anglófono. Sin embargo, añadía que el manuscrito era demasiado prolijo y que "ganaría mucho si se reducía su extensión". Además, Parsons "de hecho se ha inmerso tan profundamente en la maraña del alemán que a veces pierde la facultad de escribir claramente en inglés sobre ello y algunas frases solo se llegan a entender completamente cuando se traducen al alemán." Committee on Research in the Social Sciences, UAV 737.32, Combined Correspondence, General and Subject File, 1929-1949, archivo 6, carpeta Parsons' Mss: Criticisms of Readers, HUA. Unos años después Schumpeter y Parsons organizarían un grupo universitario para el estudio de la racionalidad.

9. Esta transformación es uno de los temas principales de Keller y Keller: *Making Harvard Modern*. Véase también Smith, Richard Norton: *The Harvard Century: The Making of a University to a Nation*. Nueva York: Simon and Schuster, 1986.

10. Carta de Taussig al director del departamento Harold Burbank de 15 de julio de 1930, en la que incluye extractos de una carta de Schumpeter dirigida a Taussig de 19 de junio de 1930: "Acabo de recibir una larga carta de Schumpeter en la que habla de sus planes para el próximo invierno y para el período posterior. Hay un par de pasajes de la carta que creo que sería bueno que leyera. Tratan de

algunos problemas del departamento sobre los que tenemos que reflexionar. Le ruego que por el momento trate estos comentarios confidencialmente." UAV 349.10, Department of Economics, Correspondence and Records, archivo 7, carpeta Correspondence S, HUA.

Schumpeter no conocía ni a Lowell ni a Conant, pero su preferencia por los orígenes de alcurnia le hacía tener mejor opinión de Lowell que de Conant, a pesar de que respetara las políticas meritocráticas de este último.

11. Carta de Schumpeter a Lowell de 29 de octubre de 1932; carta de Lowell a Schumpeter de 31 de octubre de 1932, Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, UAI.5.160, archivo Series 1930-1933, carpeta 45, Economics Department–Schumpeter, HUA.

12. En 1932, cuando Schumpeter obtuvo un puesto fijo en la facultad la escala de salarios era la siguiente: profesores titulares: 8.000-12.000 dólares; profesores asociados: 6.000-7.000 dólares; profesores asistentes: 4.000 dólares y un incremento anual de 300 dólares en caso de renovación; instructores: un máximo de 3.000 dólares. Véase: Final Revised Budget 1932-33, UAV 349.208, Department of Economics Budget, carpeta Budget 1930/31-1939/40, HUA.

13. Carta de Moore a Lowell de 7 de octubre de 1930; carta de Lowell a Moore de 9 de diciembre de 1930, Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, UAI.5.160, archivo Series 1930-1933, carpeta 45, Economics Department–Schumpeter, HUA. Fuente de los tipos de cambio: Global Financial Data, una base de datos de Internet, visitada en septiembre de 2004 para obtener los tipos de 31 de diciembre de 1930.

14. Carta de Moore a Lowell de 10 de diciembre de 1930; carta de Lowell a Moore de 29 de diciembre de 1930; carta de Moore a Lowell de 3 de enero de 1931, Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, UAI.5.160, archivo Series 1930-1933, carpeta 45, Economics Department– Schumpeter, HUA. Taussig llevó su defensa hasta el extremo más absoluto y también intentó conseguir que Schumpeter obtuviera permiso para ausentarse durante el "Reading Period" de Harvard, el período que transcurre entre el final de las clases a principios de diciembre y el período de exámenes de mediados a finales de enero. Esto proporcionaría a un profesor de la universidad entre seis y ocho semanas al año para viajar o desarrollar otras actividades. Schumpeter recibió una dispensa para que pudiera iniciar su gira por el este asiático y el propio Taussig las obtuvo bastante a menudo. No obstante, en este caso el presidente Lowell puso los límites al escribir a Taussig: "Creo que le está dando la impresión de que ausentarse en el Reading Period es algo menos restringido de lo que en realidad es. Por supuesto, un hombre de su edad recibe un tratamiento que un hombre más joven no tendría. Me temo que le haya dado la impresión de que por lo general se le permitirá ausentarse, cuando normalmente se le denegará este permiso. Solo se le concederá permiso en ciertas ocasiones por alguna razón especial." Véase la carta de Taussig a Lowell de 28 de septiembre de 1931, en la que formula esta pregunta y en la que adjunta una copia de un informe de Taussig dirigido a Schumpeter; carta de Lowell a Taussig de 1 de octubre de 1931, ibíd.

Cuando Schumpeter se enteró de estas discusiones todavía estaba de viaje por Japón. Escribió desde allí al decano para decirle: "Acabo de dejar Kobe donde ayer recibí su carta de 15 de enero [de 1931]. Les ruego a usted, al presidente y a los compañeros del Harvard College que acepten mi agradecimiento por este signo adicional de buena voluntad, que me resulta todavía más placentero ya que cuando lo recibí fue toda una sorpresa pues no figuraba en los términos pactados … está en lo cierto cuando asume que esto igualará las disposiciones de jubilación con las de Alemania." Carta de Schumpeter a Moore de 13 de febrero de 1931, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 186.

15. En dólares constantes, un salario de 12.000 dólares de 1932 equivaldría a uno de aproximadamente 170.000 dólares de principios del siglo XXI, sin tener en cuenta que los impuestos son superiores, lo que reduciría este último salario en una proporción mucho mayor. Sin embargo, los salarios de los profesores de Harvard han aumentado considerablemente durante este período. A principios del siglo XXI, una persona de la talla de Schumpeter recibiría mucho más dinero que el equivalente directo en dólares constantes, probablemente más allá de los 300.000 dólares. Si así lo hubiera deseado, podía haber aumentado su salario mediante los ingresos lucrativos de las conferencias. Sin embargo, teniendo en cuenta los sentimientos de Schumpeter en relación con esta "prostitución", probablemente tuvo menos disposición a desarrollar estas actividades que la mayoría de profesores de altos vuelos de hoy en día. En esta época mucho más próspera de principios del siglo XXI, su

salario base habría sido nueve o diez veces superior a la media de la renta per cápita antes de impuestos (lo que resulta ser una compensación extremadamente generosa, aunque no sea nada en comparación con el múltiplo de treinta que Schumpeter disfrutó en 1932). Estas cifras proceden del Bureau of Labor Statistics (oficina de estadísticas laborales) de los años en cuestión junto con mis propios conocimientos de las compensaciones de Harvard. En lo relativo a los gastos mensuales para vivir, véase la carta que Schumpeter envió a Gottfried Haberler el 30 de noviembre de 1930, en *Briefe*, pp. 181-182.

16. Carta de Schumpeter a Burbank de 6 de julio de 1932, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1941, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA; carta de Schumpeter a Lowell de 5 de agosto de 1932; carta de Lowell a Schumpeter de 20 de agosto de 1932. Véase también la carta de Taussig al decano Kenneth B. Murdock de 18 de marzo de 1932, que Murdock reenvió a Lowell el 21 de marzo de 1932; carta de Schumpeter a F. W. Hunnewell (secretario de la universidad) de 3 de mayo de 1932; carta de Hunnewell a Schumpeter de 13 de mayo de 1932, todas ellas se conservan en Presidential Papers of A. Lawrence Lowell, UAI.5.160, archivo Series 1930-1933, carpeta 45, Economics Department–Schumpeter, HUA.

17. Durante los cursos de 1932/33 y 1933/34 tuvo el mismo salario que Taussig (24 años mayor que él) y que C. J. Bullock (14 años mayor), que estaba especializado en finanzas públicas. Después Taussig se jubiló. En 1934/35 tuvo el mismo salario que Bullock, que se retiró a finales de ese año. En 1935/36, su salario era idéntico al de Edwin Gay (16 años mayor que Schumpeter, un historiador económico y antiguo decano de la Escuela de Negocios que se jubiló al finalizar ese año). Después, solo Schumpeter tuvo el salario más alto de 12.000 dólares en el Departamento de Economía. Véase UAV 349.208, Department of Economics, Budget, carpetas Budget 1930/31-1939/40, Budget 1940/41-1945/46, HUA.

    En 1932/33, el conjunto de los salarios del departamento suponían 104.528 dólares, junto con otros 25.000 dólares aproximadamente que procedían de otras fuentes y que estaban destinados a personas con otras responsabilidades. El director Harold Burbank, por ejemplo, cobraba 8.000 dólares, más 2.000 por las tutorías (como uno más de los nueve miembros del personal, la mayoría más jóvenes que él, que también obtenían ingresos adicionales por esta atención directa prestada a los estudiantes).

    Durante la Gran Depresión, Harvard fue desde algunos puntos de vista la única universidad de los Estados Unidos que no redujo el salario de sus profesores. Sin embargo, durante la década inflacionista de 1940, el poder adquisitivo de los profesores declinó debido a la célebre avaricia con la que el presidente Conant gestionaba los aumentos. Harvard incrementó el sueldo que pagaba a sus profesores más jóvenes pero mantuvo el techo de 12.000 dólares para los profesores titulares hasta que lo elevó hasta los 14.000 dólares (que Schumpeter recibió) a finales de 1940. Véase, Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, I, p. 234.

18. Samuelson, Paul A.: “Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist”, en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 48; Allen: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, II, p. 45; el comentario sobre el accidente de avión figura en una carta manuscrita que Schumpeter envió a Harold Burbank el 13 de enero de 1937, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA.

19. Galbraith, John Kenneth: *A Life in Our Times: Memoirs*. Boston: Houghton Mifflin, 1981, pp. 48-49.

20. Samuelson: “Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist”, pp. 50-51.

21. Musgrave, Richard, entrevista con el que entonces era mi investigador asociado, Benjamin Hett, 30 de septiembre de 2000; Samuelson: “Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist”, pp. 50-52.

22. Los archivos extremadamente caóticos de Schumpeter se conservan en 132 archivos de la colección de sus documentos, HUG (FP)–4.1 hasta 4.66-90, HUA. En cuanto a su sistema desorganizado, véase el comentario del propio Schumpeter sobre sí mismo en el artículo “John Maynard Keynes”, en Schumpeter: *Ten Great Economists*. Nueva York: Oxford University Press, 1951, p. 273n14.

23. Véase, por ejemplo, la carta de Schumpeter a H. H. Burbank de 18 de febrero de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 231-233, en las que enumera once estudiantes de posgrado, para los que encuentra algo bueno que decir en casi todos los casos. Paul Samuelson, entre otros, a menudo comentaba la generosidad impropia de Schumpeter con las notas.

24. Todos los extractos proceden de los comentarios semanales que Schumpeter anotaba en el diario de Anna Reisinger Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.2, la mayoría de los pasajes proceden del diario de Annie, vol. I, 9-15 y 25-31 de octubre de 1933, HUA. La interpretación de las notas taquigráficas es de Erica Gerschenkron; véase Gerschenkron: "A Report", Appended Transcripts II, p. 66. Durante este período hay anotaciones semanales en el diario, aunque faltan en algunos meses. Schumpeter las escribió mayoritariamente en alemán aunque de vez en cuando incluyó palabras o frases en inglés. Traducciones de Holger Frank.

25. En su diario hace referencia a las interminables comidas y cenas con sus estudiantes y colegas, sobre todo de 1933 a 1936. Se puede ver un ejemplo de su preocupación por las actividades de sus estudiantes de posgrado en la carta que escribió a Harold Burbank el 4 de diciembre de 1935, UAV.349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter 1933-1942, HUA. La cita original es de Sweezy, Paul M.: "Schumpeter on 'Imperialism and Social Classes'", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 124.

26. En 1934, el grupo de los sabios publicó, en un circuito restringido, un pequeño volumen que se tituló *The Economics of the Recovery Program*, que era una crítica de los primeros intentos de la administración Roosevelt. En sus primeras políticas económicas, el New Deal actuó en tantas direcciones distintas que había muchas cosas que se podían criticar desde un punto de vista de incoherencia intelectual. Sin embargo, la aparición del libro fue prematura, fue un proyecto desafortunado de un grupo de críticos jóvenes demasiado entusiastas. Schumpeter no estuvo estrechamente relacionado con este libro, ni su contribución fue una actuación característica, puesto que no le gustaba salpicarse con discursos políticos y nunca más tuvo la dura presión del reembolso de deudas que le empujara hacia el periodismo. "El libro no tuvo gran éxito y no fue un buen libro". Harris: "Introductory Remarks", en Harris, ed.: Schumpeter: *Social Scientist*, p. 5.

27. Allen: *Opening Doors*, II, pp. 4, 27 y 62. El "Premio Nobel" de economía no forma parte de los premios creados en el testamento de Alfred Nobel de 1901 para la literatura, la química, la física, la medicina y la paz. El premio de economía se denomina premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel. Se creó en 1968 y está financiado por el Banco. Por razones de conveniencia, me referiré a este premio como Premio Nobel de economía aunque la designación no sea totalmente correcta.

28. Harris: "Introductory Remarks", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, pp. 5-7.

29. Ibíd., p. 6.

30. Cartas de Schumpeter a Keynes de 3 de diciembre de 1932 y de 19 de abril de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 230 y 245.

31. Haberler, Gottfried: "Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 39; Harris: "Introductory Remarks", en ibíd., p. 6; carta de Schumpeter a Henry Owen Tudor de 28 de septiembre de 1937, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter, 1933-1942, HUA.

32. Harris: "Introductory Remarks", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 6. Véase también Smithies, Arthur: "Memorial: Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en ibíd., pp. 14-15: Schumpeter fue "una persona libertina con el tiempo que pasaba con cualquier estudiante que tuviera el más mínimo albor de una idea".

Siguió intentando mejorar como profesor. A principios de 1933, escribió a Joan Robinson, una economista destacada de la Universidad de Cambridge: "Debo confesar que en mi vejez me estoy volviendo mucho más interesado en la enseñanza de nuestra ciencia de lo que solía estarlo." Le pedía a la señora Robinson que le enviara una copia de su "especie de recopilación de notas sobre la

enseñanza de la economía", de la que le había hablado otro economista de Cambridge. Carta de Schumpeter a Joan Robinson de 20 de marzo de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 242.

33. En lo que se refiere a los resúmenes semanales que anotaba, véase la nota 24 anterior. Al economista Adolph Löwe le escribió a Fráncfort para decirle: "Me siento bastante feliz en Harvard que de hecho es un viejo amor que tenía. Verdaderamente, mi trabajo de investigación está yendo por el momento a la velocidad deseada y mucho más rápido de lo que avanzó en las encantadoras orillas del Rin. No obstante, ahora he descubierto que definitivamente no existe una tarea de enseñanza ligera ya que si los estudiantes están realmente interesados en lo que uno tiene que decirles, entonces estas tareas docentes conllevan una terrible cantidad de tiempo y energía incluso si la cantidad oficial de horas lectivas es más pequeña que nunca. Y aun así, no me gustaría perdérmelas." Carta de Schumpeter a Löwe de 19 de noviembre de 1932. Véase también la carta de Schumpeter a Irving Fisher de 25 de febrero de 1933, en la que afirmaba, sobre su deseo de no ser elegido como futuro presidente de la Econometric Society: "Las exigencias de mi programa de investigación inexorable absorben toda mi energía". Véase asimismo la carta dirigida a Gottfried Haberler a Viena el 20 de marzo de 1933: "Conmigo, siempre se trata de la misma historia. Mi programa de trabajo inapelable consume todas mis energías y casi no queda nada más para el resto de cosas." Todas ellas están en publicadas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 226, 235 y 239.

34. Machlup, Fritz: "Schumpeter's Economic Methodology", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, pp. 95-96; Frisch, Ragnar: "Some Personal Reminiscences on a Great Man", en ibíd., p. 8. Frisch había utilizado un lenguaje similar en una carta que envió a Schumpeter el 13 de octubre de 1939: "déjame que te diga que nunca he conocido a una persona con tu capacidad y entusiasmo para entender el punto de vista de otro colega y hacerle justicia". Frisch escribió esta carta desde Oslo en una "mañana triste" en la que el futuro de Noruega estaba en entredicho debido a las campañas nazis y a la guerra ruso-finlandesa. Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 4, carpeta F1930, HUA.

35. Schumpeter tenía en tan alta estima el trabajo de Frisch que incluso intentó aprender noruego para poder leer la versión original. Admiraba sobre todo la capacidad matemática de Frisch. Véase, por ejemplo, la carta de Schumpeter a Gustav Stolper de 25 de octubre de 1930, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 179-180, en la que alaba el trabajo de Frisch que en aquella época era profesor visitante de la Universidad de Yale. Schumpeter también habló de Frisch a sus colegas de Harvard como una posible incorporación. En cuanto a la invención de la palabra "econometría" por parte de Frisch, véase Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 209n2. Con su típica sensibilidad por el lenguaje, Schumpeter afirmó que "el término se expone a una objeción desde el punto de vista filológico: debería haber sido 'ecometría' o 'economometría'."

    Los econometristas no se mostraron unánimes a la hora de aceptar la postura declarada por Schumpeter. En desacuerdo con Ragnar Frisch, Jan Tinbergen escribió que a la vista de los comentarios que Schumpeter había realizado en su artículo inaugural de *Econometrica*, "resulta chocante, por lo tanto, que tras un estudio minucioso de su mayor publicación hasta la época (*Ciclos económicos*), uno encuentre una actitud mental frente al trabajo econométrico que no solo es bastante crítica, sino que hasta cierto punto le es extraña". Tinbergen: "Schumpeter and Quantitative Research in Economics", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 59.

36. Schumpeter: "The Common Sense of Econometrics", en *Econometrica* 1, enero de 1933, pp. 5-6. Para un intento parcial de matematizar las teorías de Schumpeter y reconciliarlas con el trabajo de Samuelson, véase Ursprung, H. W.: "Schumpeterian Entrepreneurs and Catastrophe Theory, or a New Chapter to the Foundations of Economic Analysis", en *Zeitschrift für Nationalökonomie*, supplemento 4, 1984, pp. 39-69. Entre otros argumentos (sobre todo en las pp. 53-55), Ursprung observa que "no es de extrañar que el principal defensor del método matemático en los países de habla alemana de principios de siglo se haya tenido que contentar con una formulación verbal de sus ideas. Las herramientas matemáticas que existían en aquel momento simplemente no servían en absoluto para cumplir los objetivos de Schumpeter". Véase asimismo el importantísimo trabajo de Richard R. Nelson y Sidney G. Winter que marca nuevos rumbos al respecto: *An Evolutionary Theory of Economic Change*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1982 y los numerosos artículos posteriores de Nelson, Winter, sus estudiantes y otros autores. Un buen ejemplo

lo constituye Winter, Sidney G.: “Schumpeterian Competition in Alternative Technological Regimes”, en *Journal of Economic Behavior and Organization* 5, septiembre-diciembre de 1984, pp. 287-320.

37. Schumpeter: “The Common Sense of Econometrics”, pp. 8-9, 11.

38. Carta de Schumpeter a E. B. Wilson de 24 de mayo de 1934, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 268-269. Schumpeter también trabajó con su colega W. L. Crum y más tarde actualizó un pequeño texto que Crum había preparado para estudiantes de posgrado de economía sobre el uso de las matemáticas. Al cabo de unos años Wassily Leontief se ocuparía de impartir este curso.

39. Cartas de Schumpeter a Wilson de 24 de mayo de 1934 y de 19 de mayo de 1937, en *Briefe*, pp. 268-269 y 306; Samuelson, Paul A.: “How Foundations Came to Be”, en *Journal of Economic Literature* 36, septiembre de 1998, p. 1376. Schumpeter asistió al curso de Wilson en 1935, en 1937 y quizá durante otros años.

40. Haberler: “Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950”, en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 24; Samuelson: “Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist”, en ibíd., pp. 50-52; Tinbergen: “Schumpeter and Quantitative Research in Economics”, en ibíd., p. 59. Los comentarios de que Samuelson corregía a Schumpeter y la reacción de Schumpeter proceden de una entrevista que mi entonces investigador asociado Benjamin Hett hizo a Richard Musgrave (otro destacado estudiante de Schumpeter) el 30 de septiembre de 2000. La mención de Schumpeter sobre la superioridad intelectual de Samuelson se encuentra en una carta que escribió al decano George D. Birkhoff el 1 de febrero de 1937, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.8, carbons of JAS’s correspondence, 1932-1949, archivo 2, carpeta B, HUA.

41. Y añadió: “Doy un curso avanzado sobre teoría en el que las matemáticas se acercan con mucha cautela y mansedumbre y aun así aterrorizan a los asistentes. Además, reúno un pequeño círculo de personas una vez cada quince días por la noche y leo con ellos e interpreto para ellos a Cournot. Obviamente, no basta.” A continuación le formuló una serie de preguntas a Schultz. ¿Debían los profesores más antiguos crear una asociación de profesores que hiciera hincapié en las matemáticas? ¿Debería involucrarse a la Econometric Society? ¿Deberían estar presentes las matemáticas en todos los cursos o impartirse en cursos separados? Aunque muchas personas parecen pensar que debería reservarse a los estudiantes más avanzados, “yo creo lo contrario, los debutantes pueden familiarizarse con los conceptos y métodos fundamentales de forma más sencilla y no sería mucho más complicado que enseñarles física, para la que desde el principio deben tener algunas nociones exactas”. Para concluir señalaba que en Alemania su antiguo estudiante Erich Schneider había intentado aplicar el segundo método “en un instituto y obtuvo excelentes resultados: todos los jóvenes de entre catorce y quince años eran capaces de trazar vigorosamente curvas de demanda al cabo de unas semanas”. Se preguntaba si “no es una sugerencia aconsejable, y no solo para que Chicago o Harvard sigan el modelo, sino con la esperanza de que otras universidades obren del mismo modo”. Carta de Schumpeter a Henry Schultz de 9 de marzo de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 236-238.

42. Carta de Schumpeter a Haberler de 20 de marzo de 1933, en ibíd., p. 240. Schumpeter añadía que hacía unos siglos los que utilizaban las matemáticas y la física habían sospechado mutuamente unos de otros y se habían dicho unos a otros toda una suerte de despropósitos. Sin embargo, en la época actual la física sin las matemáticas sería algo inútil, y los economistas debían por su bien aprender el modo de incorporar las matemáticas a su ciencia como los físicos habían hecho anteriormente.

43. Sweezy: “Schumpeter on ‘Imperialism and Social Classes’”, en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, pp. 119; Samuelson: “Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist”, en ibíd., p. 53. Schumpeter fue un adalid de las carreras de Sweezy y de Samuelson. En 1945 escribió al decano de Harvard, Paul H. Buck, para decirle que Sweezy debía ser ascendido a profesor asociado en vez de John Dunlop, un economista laboral que rellenaría un importante vacío. Schumpeter defendía que este vacío era menos importante de lo que había sido y que había otras razones para preferir a Sweezy: “Cualquier falta de proporcionalidad que pueda resultar de esta decisión se vería ampliamente compensada por la vitalidad acrecentada y la originalidad de su trabajo. Cuando intento hacerme una idea de cómo será el departamento dentro de veinte años, si se permite que prevalezca ese punto de vista … relativo a la supuesta necesidad de una designación en el campo

laboral, obtengo resultados que son verdaderamente melancólicos.” En un informe adjunto de los méritos de Sweezy, Schumpeter escribió que su “último libro, publicado en 1942, poco antes de que se incorporara al ejército, se titula *Teoría del desarrollo capitalista*. Se trata de una exposición magistral del sistema de pensamiento de Marx. Esta tarea, que ha sido llevada a cabo por decenas de economistas de todos los países, nunca se había realizado tan bien.” Al final se ascendió a Dunlop en vez de a Sweezy y realizó una carrera distinguida como profesor, decano de la facultad y secretario de trabajo de los Estados Unidos. Sin embargo, como puro investigador no igualaba a Sweezy. Carta de Schumpeter a Buck de 19 de mayo de 1945, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 5, carpeta 1943-49, Miscellaneous correspondence through department secretary, HUA.

44. Sweezy: “Schumpeter on ‘Imperialism and Social Classes’”, en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist;* Harris: “Introductory Remarks”, en ibíd., p. 5. En 1933 un desilusionado Schumpeter escribió a un amigo suyo que “me siento todavía más amargado por el hecho de que ya no queda y nunca habrá espacio en este mundo para ese conservadurismo [sic] cultivado al que infundiría mi lealtad”. En otra carta de 1937, escribió a ese mismo amigo que no “existe ninguna explicación satisfactoria de la base lógica del conservadurismo … Se trata de una de las paradojas que el conservadurismo nunca ha definido satisfactoriamente para sí mismo”. Véase Stolper, Wolfgang F.: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, p. 35.

14. Sufrimiento y consuelo

1. Como se ha sugerido anteriormente, el problema con el libro sobre el dinero fue uno que ya había marcado a otras obras de Schumpeter, a veces en su propio beneficio: un desagrado por la simplificación de sus argumentos y un gusto por dar excesivos detalles. Además, pocos de los escritos de Schumpeter se prestaban fácilmente a una notación matemática, lo que a menudo resulta esencial en discusiones técnicas sobre el dinero.

2. Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 43.

3. Carta de Schumpeter a Fisher de 19 de marzo de 1936, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 282.

4. Diario de Schumpeter, 19 de octubre de 1936, hoja suelta, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivo 7, carpeta ca. 1936-1937, HUA, en adelante se citará como Diario de Schumpeter; carta de Schumpeter a Fisher de 19 de marzo de 1936, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 282.

5. Anotaciones de Schumpeter en el diario de Anna Reisinger Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.2, Mostly extracts from Annie's diary, vol. II, 21-27 de mayo de 1934; vol. IV, 11-17 de febrero y 5-12 de mayo de 1935; vol. VI, 19-25 de octubre de 1936, HUA. En adelante se citarán como anotaciones de Schumpeter en el diario de Annie. Carta de Schumpeter a Gottfried Haberler de 9 de diciembre de 1935, Haberler Papers, archivo 31, carpeta Joseph Schumpeter, Hoover Institution Archives. Traducciones de Holger Frank. Harris, Seymour E.: "Introductory Remarks", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 6.

6. Carta de Schumpeter a Flexner de 8 de mayo de 1934, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 261-262.

7. Carta de Schumpeter a Frisch de 10 de mayo de 1935, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 278-279.

8. Carta de Schumpeter a Conant de 7 de diciembre de 1936, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 287-288. Tanto en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, como en Department of Economics, Correspondence and Records, UAV 349.160 and 349.11, HUA, hay una gran cantidad de recomendaciones que Schumpeter hizo tanto de mujeres como de hombres para becas y puestos de profesorado. Entre los muchos ejemplos, véanse los tres siguientes: carta de Schumpeter dirigida a Secretary of the Committee on Fellowship Awards, American Association of University Women de 27 de noviembre de 1935, en relación con Betty Goldwasser ("Una estudiante seria y capacitada que merece toda la ayuda que puedan prestarle"); otra carta de 9 de diciembre de 1936, a propósito de Selma Fine ("No puedo expresar con suficiente vigor el hecho de que la señorita Fine posee unas competencias excepcionales que tienen que considerar. Es una excelente economista y su trabajo promete proporcionarnos una contribución importante a nuestro conocimiento de la economía"), y la carta que Schumpeter escribió a Bernice Cronkhite, decana de Radcliffe College, el 11 de febrero de 1937: "El objeto de la presente es apoyar la solicitud de beca de doña Marion Crawford … Ha mostrado sus capacidades ya que a pesar de su experiencia, sigue realizando cursos de grado con extrema voluntariedad y de hecho con mucho mejor resultado que la mayoría de los estudiantes de posgrado, masculinos o femeninos." Todas ellas se conservan en UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter, 1933-1942, HUA.

9. Carta de Schumpeter a Conant de 7 de diciembre de 1936, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 287-288.

10. Ibíd., p. 289.

11. Carta de Schumpeter a doña Pauline R. Thayer, Division of Immigration and Americanization, State House, Boston, de 24 de febrero de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 234. Diario de Schumpeter, sin fecha (1936), archivo 7, carpeta Ca. 1935-1936.

12. Carta de Schumpeter a Keynes de 3 de diciembre de 1932, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 230. Otro ejemplo lo constituyó la fundación de la Econometric Society. Mientras Schumpeter y los otros planificadores decidían a quién invitaban para que se uniera a la sociedad, Ragnar Frisch escribió para decir que algunas de las objeciones de Schumpeter parecían estar orientadas a excluir a socialistas y quizá a judíos, en particular a Jacob Marschak, un economista que había ido a Alemania desde Rusia. Schumpeter respondió: "No. Me hace usted una injusticia … Si quisiera tomar en consideración la opinión política, entonces debería estar muy inclinado a incluir socialistas en nuestra lista de socios. De hecho, debería considerar que sería una buena política obrar así. Ni soy, ni he sido nunca antisemita." Sin embargo, Marschak "es judío y socialista pero de un tipo que usted probablemente no conozca": un correligionario impulsivo cuya "fidelidad a las personas que respondan a estas dos características es tan férrea que … no estará satisfecho hasta que no tengamos a una mayoría de ellos, para lo que desestimará cualquier otra cualificación. Esto será así en caso de dificultad. No obstante, personalmente es una persona que me gusta muchísimo y que tengo en altísima consideración". Carta de Schumpeter a Ragnar Frisch de 3 de diciembre de 1932, ibíd., pp. 227-228.

Schumpeter escribió esta carta en diciembre de 1932, un mes antes de que Hitler ascendiera al poder. Estaba bajo la influencia de una carta que había recibido de Mia Stöckel dos semanas antes. Mia, que todavía estaba inmersa en una etapa antisemita de la que más tarde renegaría, informó a Schumpeter de que en una reunión de economistas que había tenido lugar en París durante esas fechas Marschak "verdaderamente debió de haberse comportado de forma muy impertinente. Esto me molesta. No sé por qué pero tengo la impresión de que estos judíos quieren liderar o gobernar la sociedad que apenas acaba de nacer y eso no estaría bien". Erich Schneider, un antiguo estudiante de Schumpeter, había escrito a Mia para darle su opinión sobre la conferencia de París y para expresarle su preocupación sobre la formación de la Econometric Society. Mia llegó a la conclusión de que "los judíos quieren tener el papel principal por lo que debes intentar librarte de la influencia de Marschak". Carta de Mia Stöckel a Schumpeter de 1 de noviembre de 1932, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, archivo 1, carpeta 1932, HUA. Traducción de Benjamin Hett.

Años más tarde, Schumpeter apoyaría a Marschak intensamente y lo recomendaría a muchos contactos, incluyendo a Alvin Johnson para la University in Exile. A Tracy B. Kittredge de la Fundación Rockefeller, Schumpeter le escribió en 1938 que cuando Marschak "llegó a Alemania procedente de Rusia era un simple novato [sic]", pero que desde entonces había realizado grandes progresos. "Después de la llegada del régimen de Hitler fue a Oxford, donde contribuyó de manera importante a organizar el instituto de estadística que parece dirigir con éxito. Su programa de observación de métodos de investigación política y de estudio de los análisis de series cronológicas y la aplicación del cálculo funcional a la economía son, por supuesto, los temas más en boga hoy en día y no intentan transmitir ninguna idea específica". Para Schumpeter esto era una gran alabanza y una prueba de que había cambiado de opinión sobre el instrumentalismo socialista del ejercicio académico de Marschak. Carta de Schumpeter a Kittredge, sin fechar (septiembre de 1938), UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA. Más tarde, en una carta al economista de Harvard, Sumner H. Slichter, recomendaría que se escogiera a Marschak (por encima de otros dos candidatos) para dar una conferencia en la reunión conjunta de la Econometric Society y de la American Economic Association. Carta de Schumpeter a Slichter de 14 de octubre de 1941, ibíd. Marschak desarrollaría una carrera prominente en los Estados Unidos como uno de los economistas matemáticos más destacados de su generación.

13. Carta de Stolper a Schumpeter de 31 de enero de 1933, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s–1950, archivo 8, carpeta S, HUA.

14. En cuanto a la reactivación económica y otros asuntos de este tipo, véase Klausinger, Hansjörg: "Schumpeter and Hayek: Two Views of the Great Depression Re-Examined", en *History of Economic Ideas* 3, 1995, pp. 93-127. Schumpeter y Hayek adoptaron posturas ligeramente distintas, pero ambos creían que ni la reactivación, ni la estabilización de precios serían efectivas.

15. Carta de Schumpeter a Irving Fisher de 25 de febrero de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 235. En 1934, Schumpeter escribió que "aunque de todas formas hubiera habido una crisis, las causas no económicas son las que están detrás de la profundidad de la depresión". Desde su punto de

vista, la interacción entre la política y la economía había complicado enormemente las cosas, sobre todo por la adopción de políticas monetarias nefastas. Aun así, creía que la "reactivación" del gobierno era innecesaria, a tenor del modelo histórico de recuperaciones más o menos automáticas. Véase la carta de Schumpeter a Seiichi Tobata de 16 de junio de 1934, ibíd., p. 272. Schumpeter también pensaba, según dejó escrito en 1939, que incluso el gobierno de Hitler se había mostrado muy poco dispuesto a llevar a cabo una reactivación debido a la experiencia anterior de hiperinflación que había sufrido Alemania. "El hombre de la calle todavía recuerda lo que sucedió en 1923". Así que, "poderoso como es este gobierno [nacionalsocialista], durante los primeros años tuvo miedo de forzar la divisa porque en Alemania esto habría implicado una tremenda pérdida de prestigio". Carta de 2 de febrero de 1939 de Schumpeter a H. B. Ellison de la publicación Christian Science Monitor, ibíd., p. 314.

16. Carta de Schumpeter a Haberler de 20 de marzo de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 241.

17. Muchos de estos estudiosos, sobre todo aquellos que eran judíos, se dieron cuenta de que se trataba del final de su carrera en Alemania y empezaron a planificar su marcha al extranjero tan pronto como fuera posible. Otros se quedaron durante unos meses o unos años más, esperando que la situación mejoraría. Véase Scherer, F. M.: "The Emigration of German-Speaking Economists after 1933", en *Journal of Economic Literature* 38, septiembre de 2000, pp. 614-626. Entre los eruditos no economistas cercanos a Schumpeter se encontraba el eminente abogado constitucionalista Hans Kelsen, un judío que había sido su padrino en la boda con Annie celebrada en 1925. La carta de Schumpeter a Mitchell es de 22 de abril de 1933 y aparece publicada en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 249-251.

18. Carta de Schumpeter a Fosdick de 19 de abril de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 243: "Me han sugerido su nombre en relación con mi plan para formar una comisión que se ocupe de algunos de esos científicos alemanes que han sido destituidos de sus cátedras recientemente por el gobierno actual por pertenecer a la raza judía o abrazar esta fe … Con objeto de evitar lo que sería un malentendido muy lógico, permítame que le diga que soy ciudadano alemán pero que no soy judío o descendiente de judíos … Mis convicciones conservadoras me hacen imposible compartir la condena casi unánime que el ministerio de Hitler recibe en todo el mundo en general. Se trata simplemente de un sentido del deber con unos hombres que han sido mis colegas de trabajo lo que me mueve a tratar de organizar algún tipo de ayuda para ellos que les permita continuar con su trabajo científico en este país si surgiera dicha necesidad." Carta de Schumpeter a Mitchell de 19 de abril de 1933, ibíd., pp. 246. En su carta continuaba diciendo: "Le adjunto la lista de colegas hebreos de Alemania de la que le hablé. La he construido de memoria", pero podía dar detalles adicionales. "No he incluido en ella, a propósito, a ninguno claramente endeble. Por supuesto, hay grandes diferencias entre ellos. Los más destacados, con diferencia, son Stolper, Marschak y, en su línea particular, Mannheim. Sin embargo, esto lo sabe usted tan bien como yo." La lista de Schumpeter incluía a Gustav Stolper, Jacob Marschak, Hans Neisser, Karl Mannheim, Emil Lederer, Adolph Löwe, Gerhart Colm, Karl Pribram y Eugen Altschul, todos ellos, a excepción de Altschul, consiguieron escapar, la mayoría de ellos en 1933 a los Estados Unidos.

19. Carta de Schumpeter a Hansen de 19 de abril de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 244. Schumpeter añade que él mismo no está de acuerdo con el enfoque de la disciplina de Mannheim, pero que Mannheim "es el exponente más destacado de su línea de pensamiento." Véase también la carta de Schumpeter a Day de 2 de mayo de 1933, ibíd., pp. 251-252.

20. Carta de Schumpeter a Johnson de 2 de mayo de 1933, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 252-254.

21. Carta de Schumpeter a Mitchell de 2 de mayo de 1933, en ibíd., pp. 254-255.

22. Carta de Schumpeter a Mitchell de 19 de abril de 1933; en ella Schumpeter alababa profundamente a Stolper, observaba que había fundado la publicación *Der deutsche Volkswirt*, había trabajado para el Parlamento alemán y hablaba muy bien inglés. En conjunto, era "un hombre notable que hace tres años había estado a punto de tomar posesión del cargo de ministro alemán de Hacienda. Puede ser útil en muchos aspectos. Aunque sea una persona acaudalada, probablemente se quedará sin medios si tiene que dejar el país en contra de la voluntad del gobierno". Véase también la carta que

Schumpeter envió el 2 de mayo de 1933 a Edmund A. Day de la Fundación Rockefeller y la que envió ese mismo día a Alvin Johnson, todas ellas han sido publicadas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 246-253. Carta de Schumpeter a Thomas Lamont de 19 de abril de 1933, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 4, carpeta Jobs or recommendations, HUA.

Stolper había escrito a Schumpeter el 2 de abril de 1933 y le había dicho: "Mi más sincero agradecimiento por su carta … Su sugerencia para el inicio es completamente actual en el sentido literal de la palabra. Le ruego que siga de manera urgente e inmediata todos los requisitos relacionados con este gasto". Stolper estaba hablando de disposiciones que iban más allá de su propio rescate, ya fuera de los fondos que otros investigadores necesitarían o para comenzar con otra revista. Decía que a partir de su experiencia en el mundo de las publicaciones, "para una financiación inquebrantable serían 150.000 dólares. Naturalmente, también movilizaré a las personas que conozco aquí para aportar la mayor parte posible de esta suma. Sin embargo, ahí yace el aspecto más decisivo y difícil. ¿No podría serle de ayuda el profesor Taussig? En cuanto a mi cuestión personal, con las amplias conexiones que tengo de todos modos en los Estados Unidos, creo que será algo sencillo de solucionar". Después le pide a Schumpeter que intente encontrarle un puesto a su hijo Wolfgang, que fue estudiante de Schumpeter en Bonn, "en algún sitio de Boston (en un banco o algo parecido), para que así pueda sufragarse los gastos necesarios que tenga y, por consiguiente, volar con sus propias alas". Carta de Stolper a Schumpeter de 2 de abril de 1933, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 31, carpeta Unidentified 1930 [sic], HUA.

23. Carta de Schumpeter a Haberler de 25 de septiembre de 1933, Gottfried Haberler Collection, archivo 31, carpeta Schumpeter, Joseph, Hoover Institution Archives; Carta de Schumpeter a Esther Lowenthal (Smith College) y a Susan M. Kingsbury (Bryn Mawr) de 26 de mayo de 1933; Carta de Schumpeter a John A. Ryan (Catholic University) de 15 de octubre de 1934; todas ellas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 257, 275.

24. Carta de Schumpeter a Donald Young de 2 de abril de 1935, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 277; la esposa de Zassenhaus era judía, pero Schumpeter no menciona este detalle en su carta. Schumpeter no solo recibió cartas para pedirle ayuda, también recibió cartas de agradecimiento después. Por ejemplo, un antiguo colega le escribió desde Colonia-Braunsfeld: "Le escribo estas líneas en memoria de nuestro trabajo en común a orillas del Rin. El propósito de ellas es agradecerle el apoyo que ha prestado a mi sobrino nieto Georg Halm, de manera tan amable y efectiva que ha podido construirse una nueva vida. Sin su ayuda seguramente le habría sido mucho más difícil encontar su camino en los Estados Unidos y desarrollar una carrera docente provechosa." Carta de __? Eckert a Schumpeter de 31 de mayo de 1937, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 3, carpeta E 1930, HUA. Traducción de Benjamin Hett.

25. Johnson, Alvin: *Pioneer's Progress: An Autobiography*. Nueva York: Viking, 1952, pp. 332-348. Schumpeter intentó durante la década de 1930 y 1940 ayudar a investigadores europeos a que se desplazaran de su lugar de residencia y siempre dio una valoración sincera de sus capacidades. Véanse las cartas de Schumpeter a William L. Langer de 3 de mayo de 1939, en nombre del jurista austríaco Oskar Pisko; a Alvin Johnson, el 21 de noviembre de 1940, en relación con el economista francés Gaétan Pirou y el sociólogo y economista austríaco Edgar Salin; a Edward S. Mason, el 23 de noviembre de 1940, para interceder por el economista austríaco Victor Heller, todas ellas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 317-318, 325 y 327.

Cuando Alvin Johnson, durante un programa de recaudación de fondos, le pidió que respaldara el trabajo de la University in Exile, Schumpeter le envió una carta entusiasta en la que alababa la labor de esta institución y el trabajo de los investigadores que acogía. Véase la carta de Schumpeter a Johnson de 12 de febrero de 1937, UAV 349.11, Department of Economics Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter 1933-1942, HUA. Para otros ejemplos de recomendaciones de otras personas, véanse las cartas de Schumpeter al presidente del Vassar College de 13 de abril de 1938, en la que recomienda al filósofo alemán Julius Kraft; a Robert Calkins, director del Departamento de Economía de la Universidad de California (Berkeley) de 18 de mayo de 1938, en la que recomienda a Wolfgang Stolper; a R. T. Sharpe, secretario del negociado de becas de Harvard, de 20 de mayo de 1938, en la que recomienda a Johannes Schulz, hijo de un destacado profesor de derecho de Berlín que había sido destituido

porque su mujer era judía, todas ellas en ibíd. En cuanto a las propias tentativas que llevó a cabo Harvard, véase la carta de Schumpeter a S. v. Ciriacy-Wentrup de la Universidad de California (Berkeley) de 4 de enero de 1939, en ibíd. Schumpeter no participó mucho en este proyecto que gestionaron los decanos de Harvard, en beneficio de investigadores europeos experimentados.

26. Scherer: "The Emigration of German-Speaking Economists after 1933", pp. 614-616, los resultados que se interpretan proceden fundamentalmente de Hagemann, Harald y Krohn, Claus-Dieter eds.: *Biographisches Handbuch der deutschsprachigen wirtschaftswissenschaftlichen Emigration nach 1933*, obra en dos volúmenes. Múnich: K. G. Saur, 1999. He limitado las cifras a la "primera generación" de emigrantes. Algunos de ellos tuvieron hijos que también fueron economistas.

27. Schumpeter ya había expresado en 1930 su consternación por la calidad de los economistas que habían sido nombrados miembros de la facultad de Viena. En aquella época Schumpeter todavía consideraba a Viena como el centro más destacado del pensamiento económico en el mundo universitario de habla alemana. Véanse las cartas de Schumpeter a Gottfried Haberler de 27 de mayo y 25 de agosto de 1930. En el verano de 1933, escribió a Haberler y manifestó que "su actitud con respecto a una designación alemana [que, en cuanto a prestigio, estaba un peldaño por encima de Ginebra en la escala académica] le acredita a usted, pero supone un perjuicio para nuestra ciencia, esta opinión también la comparten los alemanes expulsados (Lederer y su círculo) que me encontré en Londres". Carta de Schumpeter a Haberler de 21 de julio de 1933. Todas ellas en Gottfried Haberler Collection, Archivo 31, carpeta Schumpeter, Joseph, Hoover Institution Archives.

28. Carta de Schumpeter a S. Colum Gilfillan de 18 de mayo de 1934, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 265. Muchas otras cartas y anotaciones del diario de Schumpeter ofrecen una idea de los meses de verano que pasó en Europa durante esos últimos tres años.

29. Robbins: "Schumpeter's History of Economic Analysis", en *Quarterly Journal of Economics* 69, febrero de 1955, p. 22.

30. Los viajes de Schumpeter están plenamente detallados en los comentarios semanales que escribió entre 1933 y 1935, Diarios de Annie, vols. I-IV. Con respecto a Spa, véase la carta de Schumpeter a Gottfried Haberler de 25 de agosto de 1935, Gottfried Haberler Collection, archivo 31, carpeta Schumpeter, Joseph, Hoover Institution Archives.

31. El expediente académico de Elizabeth está resumido en la edición de 1920 del anuario de Radcliffe, p. 36. La cronología y otros detalles de su vida están ilustrados en los documentos de Elizabeth que se conservan en Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard. Los extensos formularios de empleo que rellenó para solicitar trabajo en el Gobierno federal durante y después de la II Guerra Mundial resultan particularmente útiles. Véase asimismo, Gilboy, Elizabeth Waterman: "Elizabeth Boody Schumpeter, 1898-1953", una memoria y un prefacio de Schumpeter, Elizabeth Boody: *English Overseas Trade Statistics, 1697-1808*. Oxford: Oxford University Press, 1960. En cuanto a "Romaine Boody", véase la carta de John Donovan a Irving Sargent de 25 de enero de 1939, en R. Elizabeth Boody Schumpeter Papers, 1938-1953, A-43, Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard. En adelante se citarán como Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

32. Formulario para la Oficina de empleo federal, sin fecha (1950), de cuatro páginas de extensión, y el informe de su historia personal (Personal History Statement), sin fecha (1950), de trece páginas, con un apéndice de doce páginas más, ambos en Elizabeth Boody Schumpeter Papers. La información que contienen ambos documentos coincide en gran parte y parece ser que fueron rellenados en la misma época.

33. Página 8 del apéndice de su Personal History Statement, ibíd.

34. Página 10 de su Personal History Statement, ibíd. Véase también Allen: *Opening Doors*, II, pp. 29-30.

35. Un fragmento de su ensayo fue publicado en 1960 bajo el título *English Overseas Trade Statistics 1697-1808*. Oxford: Oxford University Press, con una introducción de T. S. Ashton. Las páginas de este libro breve y de gran tamaño se parecen a una gran hoja de cálculo, en la que destacan las miles entradas numéricas que Elizabeth anotó escrupulosamente a mano; no están tipografiadas.

36. Gilboy: “Elizabeth Boody Schumpeter, 1898-1953”, la altura y el peso de Elizabeth Boody alrededor de 1950 figuran en la solicitud de trabajo para el gobierno federal, sin fechar (1950), p. 1 y en su Personal History Statement, sin fechar (1950), p. 2, ambos se conservan en Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

37. Apéndice a su Personal History Statement, p. 4, en Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

38. Las protestas de Mia son inequívocas en su correspondencia de ese período, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, Letters from Mia 1932-1940, archivo 1, carpeta Letters from Mia 1932-1936, HUA. En cuanto a Elizabeth y Taconic, véanse los comentarios semanales de Schumpeter en el diario de Annie, vol. VI y en su propio diario, Diario de Schumpeter, archivo 7, carpetas ca. 1936 y ca. 1936-37.

39. Diario de Schumpeter, sin fechar (6 de abril de 1937), archivo 7, carpeta ca. 1936-1937. Otra anotación de la misma época, prácticamente, también recoge un escrito poético (ibíd.):

> Con fatiga espero el fin de mi día
> como un caballo de posta cansado de trotar
> todo es gris y pequeño
> y mis planes yacen putrefactos
> la fuente de energía ya no fluye
> y estoy lejos de sentirme alegre
> Pero el día pasa
> y una tarea sigue a otra
> por qué debiera de todas formas molestarme …
> ¡No está tan mal!
> Mareado

40. Carta de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter de 8 de julio y 12 de julio de 1937, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.4, Personal letters, miscellany, carpeta Letters from EBF-summer 1937, HUA.

41. Carta de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter de 12 de julio de 1937, ibíd.

42. Diario de Schumpeter, pássim. Elizabeth menciona su enfermedad en una carta a Schumpeter escrita desde el Cosmopolitan Club de Nueva York en verano de 1937, fechada un “jueves por la mañana”: “El doctor en cuya consulta estuve ayer no cree que deba tener hijos. Puedo tenerlos, pero no me lo aconseja. Es por culpa de la diabetes y no de la edad. En todos los demás aspectos gozo de excelente salud. ¿Debemos preocuparnos mucho por esto? Por supuesto, no tenemos que tomar esta opinión como la definitiva. Sin embargo, pensé que debía decírtelo porque tenía otra impresión según lo que me había dicho el médico de Lakeville [cerca de Taconic].” Carta de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter, sin fecha, (1937), Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7.5, Miscellaneous Correspondence, carpeta E-J, HUA.

43. Cartas de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter, sin fechar (verano de 1937) y de 12 de julio de 1937, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.4, Personal letters, Miscellany, carpeta Letters from EBF, HUA.

44. Carta de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter, sin fechar (verano de 1937), ibíd.

45. Carta de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter, sin fechar (verano de 1937), ibíd.

46. Carta de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter, sin fechar (verano de 1937), ibíd.

47. Cartas de Elizabeth Boody Firuski a Schumpeter, sin fechar (verano de 1937), Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7.5, Miscellaneous correspondence, carpeta E-J, HUA. Grabado del anuncio de boda de 16 de agosto de 1937, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 9, carpeta wedding announcement, HUA. Véase asimismo Allen: *Opening Doors*, II, p. 47.

3ª PARTE
Prólogo. Cómo y por qué se aferró a la historia

1. Lambers, Hendrik Wilm: “The Vision”, en Heertje, Arnold, ed.: *Schumpeter’s Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after 40 Years*. Nueva York: Praeger, 1981, p. 114.

2. Viner, Jacob: “Schumpeter’s History of Economic Analysis: A Review Article”, en *American Economic Review* 44, diciembre de 1954, p. 895.

3. Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, pp. 12-13. En una conferencia de 1949 del National Bureau of Economic Research, formuló prácticamente la misma idea a sus colegas economistas: “Si el hada madrina le asignara solo una de ellas, la historia económica o la econometría matemática, entonces para llegar a ser un economista extraordinario deberá dominar el grueso de la historia económica.” Véase, Samuelson, Paul A.: “Reflections on the Schumpeter I Knew Well”, en *Journal of Evolutionary Economics* 13, 2003, p. 465. Uno de los colegas de Harvard de Schumpeter, el distinguido historiador económico A. P. Usher, comentó que “la cuestión vital de la historia es: ‘¿Cómo suceden las cosas?’” y añadió que este era el enfoque que Schumpeter aplicaba a la teoría del desarrollo económico. Véase Usher: “Historical Implications of the Theory of Economic Development”, en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 125. Usher afirmó también que el esfuerzo de Schumpeter de fusionar la teoría, la historia y la estadística era extremadamente original. Casi nadie lo había intentado, a excepción de los marxistas que “sacrificaban la historia en aras de la teoría”. Como escribiría más tarde Wolfgang F. Stolper, antiguo alumno de posgrado de Schumpeter, su “sentido de la historia y su combinación única de historia y teoría económica” marcaron todos sus escritos. Stolper: “The Schumpeterian System”, en *Journal of Economic History* 11, 1951, pp. 273-274. Nathan Rosenberg sostiene en su importante obra *Schumpeter and the Endogeneity of Technology: Some American Perspectives* (Nueva York: Routledge, 2000) que el propio Schumpeter fue fundamentalmente un historiador económico.

15. Ciclos económicos, historia empresarial

1. El título completo de la obra es *Business Cycles: A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*. Nueva York: McGraw-Hill, 1939. El 2 de enero de 1939 Schumpeter anotó en su diario: "¡El 9 de diciembre acabé el manuscrito de mis Ciclos! … dejé de lado el libro sobre el dinero en verano de 1934, así que espero que [el libro sobre] los ciclos económicos esté listo en un año y mi planificación responde a este plazo. Quizá sea estúpido esperar que sea así, de todos modos en relación con el programa ya llevo un retraso (contando de forma académica) de tres años y medio que de otro modo me habría ofrecido una buena oportunidad que ahora ha pasado por delante de mi puerta. Pero nunca podré suplirlos y la miseria, pereza e idiotez periódica que sufro debe aceptarse como tal." Citado en Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, pp. 71-72. Los comentarios semanales de Schumpeter en las transcripciones del último diario de su esposa durante varios años antes de 1939, están caracterizados por una autoflagelación similar a causa de sus retrasos. Véase el archivo Gerschenkron: "The Diaries of Anna Reisinger Schumpeter, A Report", Appended Transcripts II, pp. 176-190, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–66.90, Publisher and Estate Correspondence, archivo 4, HUA.

2. Carta de Schumpeter al Committee on Research in the Social Sciences (Comisión de investigación en ciencias sociales) de 16 de junio de 1937, UAV 737.18, archivo P-Z, carpeta Prof. Schumpeter (Economics), HUA; carta de Schumpeter a Burbank de 17 de enero de 1938, UAV 349.11, Department of Economics Records and Correspondence, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter, HUA.

Ejemplos de grandes proyectos contemporáneos son los dos voluminosos tomos sociológicos sobre "Middletown" (Muncie, Indiana), realizados bajo la dirección de Robert y Helen Lynd; la obra en varios volúmenes del gobierno federal sobre las tendencias sociales, *Social Trends*, publicada durante la época de la administración Hoover, y un estudio exhaustivo de la economía estadounidense completado a finales de la década de 1930 por el Temporary National Economic Committee of Congress (Comisión nacional económica del Congreso de carácter temporal).

En los tiempos de Schumpeter, Harvard contaba con un Committee on Economic Research. Esta pequeña oficina proporcionaba a los profesores algún apoyo, incluyendo el abono de los gastos de asistentes que les ayudaran en sus labores de investigación. Sin embargo, la escala de la financiación nunca fue adecuada, ni por asomo, para la tarea que Schumpeter había acometido en el marco de su obra *Ciclos económicos*. En la década de 1920 y 1930, el incipiente National Bureau of Economic Research (Oficina nacional de investigaciones económicas), que entonces tenía su sede en la Universidad de Columbia y que dirigía un amigo de Schumpeter, Wesley Clair Mitchell, comenzó a recopilar estadísticas económicas hasta ofrecer un programa de publicaciones sistemáticas. Hoy en día, junto a otras organizaciones, patrocina el tipo de proyectos orientados a equipos necesarios para el tipo de trabajo que Schumpeter realizó casi completamente solo.

3. Carta de Schumpeter a Mitchell de 6 de mayo de 1937; carta de Schumpeter a Oscar Lange de 24 de febrero de 1937, ambas en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 295, 301 y 303. Schumpeter ya había escrito sobre los ciclos anteriormente. Véase, por ejemplo, Schumpeter: "Über das Wesen der Wirtschaftskrisen", en *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Socialpolitik und Verwaltung* 19, 1910, pp. 79-132; *Teoría del desarrollo económico* (cuyo subtítulo es: Una investigación sobre los beneficios, el capital, el crédito, los intereses y el ciclo económico); Schumpeter: "The Explanation of the Business Cycle", en *Economica* 7, diciembre de 1927, pp. 286-311 (que era, fundamentalmente, un artículo que revisaba el libro de A. C. Pigou: *Industrial Fluctuations*, 1927; Schumpeter: "The Analysis of Economic Change", en *Review of Economic Statistics* 17, mayo de 1935, pp. 2-10 (que constituye una presentación previa y parcial de la argumentación de *Ciclos económicos*), y Hagemann, Harald: "Schumpeter's Early Contributions on Crises Theory and Business-Cycle Theory", en *History of Economic Ideas* 9, 2003, pp. 47-67 (que se ocupa principalmente del escrito de Schumpeter de 1910).

4. *Ciclos económicos*, I, p. v.

5. Ibíd., I, pp. 169, 173-174. A veces escribió en este libro sobre cinco ciclos y no solo tres. En realidad podría haber aún muchos más, como han intentado demostrar innumerables analistas de mercado. Sin embargo, su argumento general era el que había señalado en su prefacio: los ciclos son la esencia del capitalismo, de lo que se sigue que las depresiones son una etapa ineludible e incluso benéfica para su evolución. En una carta al investigador estadounidense Paul Homan, que escribió en la época en la que estaba finalizando el libro, Schumpeter elaboró un poco más esta idea: "Si uno piensa que los ciclos económicos son la forma típica de la evolución capitalista, y si uno observa esos movimientos, que tienen una amplia duración en el tiempo y que a veces reciben el nombre de revoluciones industriales como una de las especies de los ciclos económicos, entonces resulta natural ligar los fenómenos cíclicos prácticamente al conjunto de la economía y de la sociología de la sociedad capitalista." Carta de Schumpeter a Homan de 2 de abril de 1938, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 309.

6. *Business Cycles*, I, p. 299. Samuelson: "Joseph A. Schumpeter", en *Dictionary of American Biography*, suplemento número cuatro, 1946-1950. Nueva York: Scribner, 1974, p. 299. Esto no quería decir que el esquema de ciclos no tuviera ningún valor o que fuera necesariamente determinista. Véanse, por ejemplo, Rosenberg, Nathan y Frischtak, C. R.: "Technological Innovation and Long Waves", en *Cambridge Journal of Economics* 8, marzo de 1984, pp. 7-24; Rostow, Walt W.: "Kondratieff, Schumpeter, and Kuznets: Trend Periods Revisited", en *Journal of Economic History* 35, diciembre de 1975, pp. 719-753; Oakley, Allen: *Schumpeter's Theory of Capitalist Motion: A Critical Exposition and Reassessment*. Aldershot, Reino Unido: Edward Elgar, 1990; Freeman, Christopher: "Schumpeter's Business Cycles Revisited", en Heertje, Arnold y Perlman, Mark, eds.: *Evolving Technology and Market Structure: Studies in Schumpeterian Economics*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1990, pp. 17-38; Thompson, William R.: "Long Waves, Technological Innovation, and Relative Decline", en *International Organization* 44, primavera 1990, pp. 201-203; Brouwer, Maria: *Schumpeterian Puzzles: Technological Competition and Economic Evolution*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf, 1991, sobre todo el capítulo 1; Lloyd-Jones, Roger y Lewis, M. J.: "The Long Wave and Turning Points in British Industrial Capitalism: A Neo-Schumpeterian Approach", en *Journal of European Economic History* 29, 2000, pp. 359-401, o Keklik, Mümtaz: *Schumpeter, Innovation and Growth: Long-cycle Dynamics in the Post-WWII American Manufacturing Industries*. Aldershot, Reino Unido: Ashgate, 2003.

7. Carta de Schumpeter a Mitchell de 6 de mayo de 1937, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 301-303; *Business Cycles*, I, p. 174.

8. Marschak, J.: *Journal of Political Economy* 48, diciembre de 1940, p. 893; Schumpeter: *Business Cycles*, I, p. v.

9. Evidentemente, hay muchísimo que decir sobre este tema. Sin embargo, siguiendo lo que a Schumpeter le gustaba denominar una "concisión desesperada", limitaré mis comentarios a dos párrafos:

En 1927, la Escuela de Negocios de Harvard creó una cátedra de historia empresarial financiada por la familia de Isidor Straus, el emprendedor que había creado los grandes almacenes Macy's Department Store y que había muerto en 1912, en el naufragio del Titanic. El primer catedrático que se nombró fue Norman S. B. Gras, un economista canadiense que se había formado con Edwin F. Gay, un profesor del Departamento de Economía de Harvard que más tarde sería el decano fundador de la Escuela de Negocios de la universidad. Gras, un año más joven que Schumpeter, escribió una serie de libros útiles sobre historia económica. En el mismo año en que apareció *Ciclos económicos* de Schumpeter, Gras publicó un manual titulado *Business and Capitalism: An Introduction to Business History*. Nueva York: Crofts, 1939 y junto con su experta colega Henrietta Larson sacó a la luz un inmenso libro de casos: *Casebook in American Business History*. Nueva York: Crofts, 1939.

Resulta curioso que existiera tan poca o ninguna comunicación entre ellos y Schumpeter, cuya oficina estaba situada al otro lado de Charles River y quien, además, pasaría innumerables horas en la biblioteca Kress de libros antiguos (situada dentro de la biblioteca Baker de la Escuela de Negocios) mientras realizaba las labores de investigación de su monumental *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954. No he hallado ningún rastro de correspondencia entre Schumpeter y Gras en ninguno de los archivos de documentos privados de ambos, ni tampoco ningún tipo de prueba de que hubieran tenido algún tipo de contacto. En lo

referente a Gras, Larson y sus enfoques sobre la historia empresarial, véase Boothman, Barry E. C.: "A Theme Worthy of Epic Treatment: N. S. B. Gras and the Emergence of American Business History", en *Journal of Macromarketing* 21, junio de 2001, pp. 61-73 y el análisis de la obra de Larson de Mary A. Yeager: "Mavericks and Mavens of Business History: Miriam Beard and Henrietta Larson", en *Enterprise and Society* 2, diciembre de 2001, pp. 687-768. A finales de la década de 1940, Alfred D. Chandler, Jr. (una figura clave del desarrollo de la historia empresarial moderna) era un estudiante de posgrado de Harvard y conoció a Schumpeter; no obstante, la influencia que recibió Chandler de Schumpeter fue principalmente a través de su profesor Talcott Parsons, que había trabajado directamente con Schumpeter. En lo que al rico potencial del trabajo de Parsons en el ámbito de la historia empresarial se refiere, véase Galambos, Louis: "Parsonian Sociology and Post-Progressive History", en *Social Science Quarterly* 50, junio de 1969, pp. 25-45.

10. Se trata de una generalización amplia y me vienen a la mente una serie de excepciones evidentes: la obra de los miembros de la escuela historicista alemana, que contaba con numerosos estudios de industrias y empresas o N. S. B. Gras y Henrietta Larson de la Escuela de Negocios de Harvard. Aun así, todos estos ejemplos carecían en su mayor parte del tipo de rigor teórico característico de los escritos de Schumpeter. En los Estados Unidos, los estudios empíricos de algunos economistas mayores que Schumpeter como Jeremiah Jenks, Eliot Jones, William Z. Ripley, Arthur Hadley o Frank Taussig, estaban mejor fundamentados teóricamente que muchos de los otros que se han enumerado. Sin embargo, habría que ser muy flexible para poder llamar al trabajo de estos estudiosos historia empresarial.

11. Carta de Schumpeter a Edna Lonegan, una estudiante del Brooklyn College de 16 de febrero de 1942, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 339-340. Los vínculos intelectuales entre la obra de Schumpeter y la de Alfred D. Chandler, Jr. (además de otros estudiosos entre los que también se incluye a Marx) están tratados en Lazonick, William: *Business Organization and the Myth of the Market Economy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991, capítulo 4.

    Uno de los primeros investigadores que estableció una conexión entre *Ciclos económicos* y la subdisciplina de la historia empresarial fue Robert J. Wolfson en "The Economic Dynamics of Joseph Schumpeter", en *Economic Development and Cultural Change* 7, octubre de 1958, p. 52n4: "Además de en la obra de [Fritz] Redlich [un emigrante alemán que fue una influencia directa de Chandler], el conjunto del campo de la historia empresarial que se ha desarrollado durante los aproximadamente últimos diez años tiene sus orígenes claramente en Schumpeter." Entre otros comentarios pertinentes véase la argumentación de Yuichi Shionoya sobre la relación entre *Ciclos económicos* y la *Teoría del desarrollo económico* de Schumpeter en "Schumpeter's Preface to the Fourth German Edition of The Theory of Economic Development", en *Journal of Evolutionary Economics* 14, 2004, pp. 131-142; Shionoya: *Schumpeter and the Idea of Social Science: A Metatheoretical Study*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997 y da Graga Moura, Mário: "Schumpeter on the Integration of Theory and History", en *European Journal of the History of Economic Thought* 10, verano de 2003, pp. 279-301.

12. *Business Cycles*, I, pp. 72-73 y 84-102. En este caso Schumpeter recurre a las categorías de innovación que había establecido anteriormente en *Teoría del desarrollo económico* (1911). Asimismo, ofrece un anticipo de su artículo "The Creative Response in Economic History", en *Journal of Economic History* 7, noviembre de 1947, pp. 149-159, que tuvo una influencia importante en los historiadores empresariales.

13. *Business Cycles*, I, pp. 100-102.

14. Ibíd., I, pp. 102 y 103. Schumpeter añade que "las grandes líneas de un análisis económico y social de ambos tipos y de ambas funciones" figuran en *Teoría del desarrollo económico*, en los capítulos 2 y 4.

15. *Business Cycles*, I, pp. 103-104.

16. Ibíd., I, p. 104. Entre los muchos ejemplos que hay de su preocupación por las clases, véanse Schumpeter: "Die Tendenzen unserer sozialen Struktur", en *Die Chemische Industrie* 51/52, 24 de diciembre de 1928, publicado en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, pp. 177-193 o "Social Classes in an

Ethnically Homogeneous Environment", publicado originalmente en 1927 y reimpreso en *Imperialism, Social Classes: Two Essays by Joseph Schumpeter*. Nueva York: Meridian, 1955, traducción Heinz Norden.

17. *Business Cycles*, I, pp. 104-107.

18. Ibíd., I, pp. 105-108 y 291.

19. Ibíd., I, pp. 240-241. Schumpeter no lo recalca suficientemente, pero el uso del reloj fue una innovación vital de revoluciones industriales sucesivas. En vez de utilizar el tiempo solar y afanarse esporádicamente en su hogar, los trabajadores se concentraron en un solo lugar para trabajar juntos bajo un horario rígido. Incluso fuera de la fábrica, el reloj cambió el modo en que las personas reflexionaban sobre la vida en general. Véase Landes, David S.: *Revolution in Time: Clocks and the Making of the Modern World*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1983.

20. *Business Cycles*, I, p. 242. Para una descripción de las ventajas del algodón en relación con la lana, véase Landes, David S.: *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*. Nueva York: Norton, 1998. Como se ha señalado anteriormente, los estudiosos no están de acuerdo con la adecuación del término "revolución industrial", pero Schumpeter creía en él y lo utilizaba con frecuencia.

21. *Business Cycles*, I, p. 242.

22. Ibíd., I, pp. 240-243.

23. Ibíd., I, pp. 243 y 244.

24. Ibíd., I, pp. 240, 241 y 244.

25. Ibíd., I, p. 243. En *Teoría del desarrollo económico* (p. 65), Schumpeter había escrito que las empresas tenían que enseñar a los consumidores a "desear nuevas cosas".

26. *Business Cycles*, II, p. 1035. En cuanto a la importancia del marketing, la publicidad y la comercialización en la economía estadounidense, véanse Marchand, Roland: *Advertising the American Dream: Making Way for Modernity, 1920-1940*. Berkeley: University of California Press, 1985; Strasser, Susan: *Satisfaction Guaranteed: The Making of the American Mass Market*. Nueva York: Pantheon, 1989; Tedlow, Richard S.: *New and Improved: The Story of Mass Marketing in America*. Nueva York: Basic Books, 1990; Pope, Daniel: *The Making of Modern Advertising*. Nueva York: Basic Books, 1983; Laird, Pamela Walker: *Advertising Progress: American Business and the Rise of Consumer Marketing*. Baltimore: Johns Hopkins Press, 1998 y Friedman, Walter A.: *Birth of a Salesman: The Transformation of Selling in America*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2004.

27. *Business Cycles*, I, pp. 270-271. La palabra "calicó" es una degradación de "Calicut". Más tarde los británicos empezarían a suprimir la producción de la India (que había sido líder mundial de la industria textil del algodón) como medio de ayudar a las exportaciones de tela de la madre patria. La industria india no se recobraría hasta el siglo XX.

28. Ibíd., I, p. 271.

29. Ibíd., I, pp. 271-272.

30. Centrarse en las invenciones en vez de en las innovaciones en el curso del análisis del desarrollo económico "solo puede portar a confusión". Ibíd., I, pp. 84-85 y 271-272. En años posteriores esta distinción sería una piedra angular para la subdisciplina de la historia de la tecnología, como evidencia la lectura de casi cualquier tema de la publicación *Technology and Culture*. Dos de las mejoras obras que tratan este tema (entre otras) son Landes, David S.: *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*. Cambridge: Cambridge University Press, 1969 y Mokyr, Joel: *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress*. Nueva York: Oxford University Press, 1990. El libro de Mokyr ofrece una descripción particularmente eficaz (y explícita) del punto de vista de Schumpeter en cuanto a la tecnología.

31. *Business Cycles*, I, p. 272.

32. Ibíd., I, 272. La demanda floreciente de algodón hizo de la máquina para desgranar algodón del estadounidense Eli Whitney (1793) uno de los inventos más importantes de la historia. Esto era cierto en muchos aspectos porque el gran adelanto de Whitney suscitó una tremenda expansión de la esclavitud, que hasta ese momento estaba en declive en las plantaciones de tabaco y de arroz.

33. Ibíd., I, pp. 272-273.

34. Ibíd., I, p. 376. Este proceso ha sido objeto de muchos análisis. Véanse, por ejemplo, Lazonick, William: *Competitive Advantage on the Shop Floor*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1990, capítulos 3 a 5 y las notas de dichos capítulos.

35. Antes y después de que Schumpeter escribiera su análisis de esta situación, hubo una bibliografía inmensa sobre la evolución de la industria textil británica y, en particular, la industria del algodón.

36. Ibíd., I, p. 357. Había otros aspectos de la historia alemana que reforzaban los argumentos de Schumpeter. “La vieja industria de la seda revivió como consecuencia del incremento de la riqueza, pero no mostró ningún tipo de actividad innovadora hasta la llegada de la producción en masa.” Mientras tanto, “el lino había decaído, por la presión del algodón. Tanto en este aspecto como por el avance de las fábricas y de los telares eléctricos, esta industria ofrece un ejemplo particularmente drásticos del modo en que lo Nuevo desbanca a lo Viejo”. En el caso de la lana había sucedido algo bastante similar, aunque su declive no fue tan abrupto como el del lino.

37. Ibíd., I, pp. 433-434.

38. Ibíd.

39. Ibíd., I, p. 435. Por supuesto, el rayón solo fue el primero de una larga lista de fibras sintéticas que se derivarían de la industria química, como se vería más tarde. La más importante de todas fue el nailon, cuya fabricación se desarrolló durante la década de 1930, al mismo tiempo incluso que Schumpeter escribía *Ciclos económicos*. Después llegaría una ola de nuevas fibras sintéticas, todas ellas producidas por empresas químicas (sobre todo DuPont) o por filiales petroquímicas de empresas petroleras. El auge del rayón y del nailon, al que siguieron un vasto abanico de otros sintéticos (orlón, dacrón, poliéster) transformaron totalmente la “vieja” industria textil. Y en cada caso hubo emprendedores concretos que lideraron el camino, Nuevos hombres, aunque en este caso trabajaran en empresas ya establecidas basadas en avances científicos. En la última mitad del siglo XX, los materiales sintéticos derivados del petróleo se ramificaron en todas las economías de todos los países industrializados. Generaron cientos de plásticos nuevos y otro tipo de productos que substituyeron al caucho, la madera, los metales, la pintura, los adhesivos y el cuero natural. La revolución petroquímica fue tan penetrante que invita a su comparación con la de la máquina de vapor y el generador eléctrico. Y no solo suscitó el malestar de un grupo de industrias, también produjo brechas amplias en economías enteras. Dentro de la amplia bibliografía existente en torno a este tema, véanse en particular Hounshell, David A. y Smith, John Kenly: *Science and Corporate Strategy: Du Pont R & D, 1902-1980*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988; Spitz, Peter H.: *Petrochemicals: The Rise of an Industry*. Nueva York: Wiley, 1988 y Chandler, Alfred D. Jr.: *Shaping the Industrial Century: The Remarkable Story of the Evolution of the Modern Chemical and Pharmaceutical Industries*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005.

40. *Business Cycles*, I, pp. 291-292.

41. Ibíd., I, p. 383.

42. Ibíd., I, p. 327. Schumpeter menciona el telégrafo en otras partes del libro, aunque le presta escasa atención.

43. Ibíd., I, pp. 383-388. Schumpeter no hace referencia a todas las ciudades que hemos enumerado aquí.

44. Ibíd., I, pp. 339-341.

45. Ibíd., I, pp. 328-330. Schumpeter en este punto se tomó la molestia de subrayar que lo que afirmaba

no era algo controvertido y que “ha sido recalcado a menudo y nunca se han presentado objeciones” por parte de otros estudiosos. Su argumento en general giraba en torno a la importancia vital que tenía la creación de crédito, que con frecuencia identificaba con uno de los rasgos definitorios del capitalismo.

46. Ibíd., I, pp. 338-339 y 383.

47. Ibíd., I, pp. 303-304.

48. Ibíd., I, p. 247.

49. Ibíd., I, p. 246.

50. Ibíd., I, pp. 244-247.

51. Ibíd., I, pp. 244-247, 280 y 307.

52. Schumpeter no entra en todos los detalles que presentamos. Sin embargo, mientras redactaba *Ciclos económicos* escribió a un colega investigador que había estudiado las sociedades por acciones en Gran Bretaña durante la década de 1830 y le dijo que las series temporales estadísticas eran muy útiles, pero no suficientes. “Por consiguiente, debemos orientarnos a la historia industrial y financiera para encontrar lo que realmente ha sucedido en el organismo económico año tras año. Solo cuando hayamos realizado esta tarea se revelara por sí mismo el verdadero significado de las fluctuaciones que muestran las series temporales. Por esta razón, creo que la historia económica tiene una importancia suprema para poder entender los ciclos económicos e incluso la mayoría de los problemas prácticos contemporáneos.” Carta de Schumpeter a Bishop C. Hunt de 13 de junio de 1935, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 5, carpeta H 1930s, HUA.

53. *Business Cycles*, I, pp. 402-403. La bibliografía sobre el ferrocarril en los Estados Unidos es muy extensa. Un buen punto de partida lo constituyen las fuentes más antiguas como Stover, John F.: *American Railroads*. Chicago: University of Chicago Press, 1961 y sobre todo Chandler, Alfred D. Jr., ed.: *The Railroads: The Nation’s First Big Business*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1965.

54. Schumpeter hizo gran hincapié en el movimiento de fusiones aunque no proporcionó los datos estadísticos que citamos. Tampoco mencionó los nombres de las empresas enumeradas. En cuanto a la ola de fusiones, véase Markham, Jesse: “Survey of the Evidence and Findings on Mergers”, en *Business Concentration and Price Policy*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1955, sobre todo la página 157; Nelson, Ralph: *Merger Movements in American Industry, 1895-1956*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1959 y Lamoreaux, Naomi R.: *The Great Merger Movement in American Business, 1895-1904*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

55. *Business Cycles*, I, pp. 403-404. En la historia empresarial de los Estados Unidos, el período del que hablaba Schumpeter rara vez ha sido superado, si es que alguna vez ha ocurrido realmente, en cuanto a la creación de nuevas empresas importantes. Como mostraron investigaciones posteriores, la mitad de las empresas que más tarde formarían parte de las mayores empresas de la clasificación Fortune 500 de la década de 1990 fueron creadas durante el período de 50 años comprendido entre 1880 y 1930. La mayoría de estas empresas eran empresas de reciente creación que crecieron hasta convertirse en gigantes empresariales a través de procesos de expansión interna. Otras (General Electric, United States Steel, General Motors, IBM) se formaron a través de la fusión de compañías existentes.

A la larga, las empresas más grandes solo prosperaron en ciertas industrias que, en su mayor parte, requerían grandes inversiones de capital: petróleo, acero, automoción, química, maquinaria pesada y otro tipo de industrias que las empresas anteriores representan. Las grandes empresas no funcionaban bien en la mayoría de industrias, como la del mueble, la construcción residencial o la joyería. A menudo eran ineficaces en el sector de los servicios, como en el caso de restaurantes, hoteles y todo tipo de servicios de reparaciones. (Una excepción parcial serían las empresas franquiciadas que empezaron a crecer rápidamente durante la década de 1960 y que combinan aspectos ventajosos de las grandes y de las pequeñas empresas).

Además, en el período sobre el que Schumpeter escribía, muchos emprendedores imprudentes

tomaron caminos sin salida al realizar fusiones que no tenían ninguna posibilidad de funcionar (ya que las estructuras de las industrias involucradas en ellas gravitaban de forma natural hacia empresas pequeñas). Standard Oil es un nombre famoso, pero Standard Rope and Twine pronto desaparecería. National Biscuit (RJR Nabisco) sigue siendo una empresa importante hoy en día, pero National Cordage, National Starch, National Salt o National Novelty han desaparecido del panorama económico. En 1901, United States Steel se convirtió en la empresa más grande del mundo, pero United States Button, cuyos promotores intentaron crear un trust similar para su industria, no consiguió alcanzar el éxito.

La tendencia de las empresas de algunas industrias a crecer hasta formar grandes empresas a diferencia de otros sectores donde no se produce dicha tendencia, ha sido un proceso que rara vez se ha comprendido bien, ya sea hoy en día o en la época de Schumpeter. Ni él, ni la mayoría de los investigadores que han escrito al respecto desde entonces han señalado estos aspectos importantes de la segmentación industrial. (La excepción más destacada es Chandler, Alfred D. Jr.: *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1977). No obstante, los registros históricos muestran que –salvo en los países comunistas en los que los gobiernos colectivizaron a la fuerza tanto la agricultura como la industria y formaron unidades gigantescas– la mayoría de los trabajadores del mundo nunca han ejercido sus funciones en grandes empresas. El empleo total de empresas de pequeño y mediano tamaño siempre ha sobrepasado por mucho al de las empresas que emplean a más de 1.000 personas. La bibliografía económica en torno a la razón por la que las empresas crecen es muy extensa y a menudo controvertida.

56. Esta idea impregna muchos de los escritos de Schumpeter y discurre de forma implícita por el conjunto de las páginas de *Ciclos económicos*. La referencia al viajante aparece en la página 405 del volumen I. En su obra anterior, como en *Ciclos económicos*, Schumpeter señaló a menudo que los emprendedores surgen de todas las clases sociales. Más tarde, en *Capitalismo, socialismo y democracia*, desplegó un ataque agudo contra las denuncias estadounidenses de que las grandes empresas constituían “monopolios”. Además le disgustó particularmente lo que consideraba que era una mala comprensión del asunto por parte de sus colegas economistas.

57. *Business Cycles*, I, 415-416. Chandler, Alfred D. Jr., ed.: *Giant Enterprise: Ford, General Motors, and the Automobile Industry: Sources and Readings*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1964, 1-2 pássim. David A. Hounshell relata la historia convencional de la producción en masa en los Estados Unidos, que contiene gran cantidad de información sobre la industria del automóvil: *From the American System to Mass Production, 1800-1932: The Development of Manufacturing Technology in the United States*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1984.

58. *Business Cycles*, I, p. 415. Sloan, Alfred P. Jr.: *My Years with General Motors*. Nueva York: Doubleday, 1964, capítulo 9; Tedlow: *New and Improved: The Story of Mass Marketing in America*, capítulo 3; Kuhn, Arthur J.: *GM Passes Ford, 1918-1938: Designing the General Motors Performance-Control System*. University Park: Pennsylvania State University Press, 1986; Raff, Daniel M. G.: “Making Cars and Making Money in the Interwar Automobile Industry: Economies of Scale and Scope and the Manufacturing behind the Marketing”, en *Business History Review* 65, invierno de 1991, pp. 721-753.

59. *Business Cycles*, I, p. 416n.

60. Ibíd., I, p. 372.

61. Ibíd., I, pp. 372-373.

62. Schumpeter afirma que Bessemer obtuvo un éxito relativamente rápido, pero no sobre los fabricantes de acero, “el enemigo que había tenido intención de atacar, sino sobre los fabricantes de hierro forjado”. Ibíd., I, p. 373.

63. Ibíd., I, p. 373.

64. Ibíd., I, pp. 373-374.

65. Ibíd., I, p. 388; para más detalles, véase Livesay, Harold C.: *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*. Boston: Little, Brown, 1975.

66. *Business Cycles*, I, pp. 397, 398 y 412.

67. Ibíd., I, pp. 412-413.

68. Ibíd., I, p. 412.

69. Ibíd., II, pp. 771-772. Schumpeter añadía que en números absolutos la cantidad de líneas telefónicas instaladas creció de las 515.200 de 1897 a las cerca de 10 millones de líneas de 1914. El número de teléfonos "automáticos" se incrementó de los 12,7 millones de 1919 a los más de 20 millones de 1920. No consagra mucho espacio, aunque se pudiera esperar lo contrario, a American Telephone and Telegraph Company, que durante muchos años fue la compañía privada más grande del mundo.

70. Ibíd., I, p. 413. Para una perspectiva detallada véase Chandler, Alfred D. Jr.: *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1990, pp. 212-221 y apéndice A.1, p. 642.

Siguiendo el mismo procedimiento que utiliza en toda la obra, Schumpeter compara la historia de innovación de un país con la del otro. En Alemania, "el punto crucial de la empresa eléctrica era la 'energía financiera'". Solo las compañías más grandes podían permitirse la entrada en el negocio de la generación y transmisión de electricidad. Para hacerlo establecieron filiales financieras ("bancos") que subscribieron los sistemas de energía locales como mercados para la empresa madre. Este proceso lo lideraron tres compañías: en primer lugar, el "banco" de los valores eléctricos, con sede en Berlín y asociado con AEG, en segundo lugar, la compañía continental de empresas eléctricas, una filial de Siemens basada en Nuremberg y, en tercer lugar, el "banco" de las empresas eléctricas, que tenía por objeto desde sus inicios los negocios en el exterior y que estaba situado en Zúrich.

"Sin embargo, a diferencia de los Estados Unidos" –señalaba Schumpeter–" Alemania también recurrió a la empresa pública en un primer período comparable. En ocasiones esto acarreó algún conflicto, pero en general esta forma de 'socialismo municipal'" no supuso un agravio para el sector privado. A principios del siglo XX, la mayor parte de Alemania contaba con suministro eléctrico, a pesar de que en comparación con los estándares estadounidenses, las plantas de generación seguían siendo pequeñas.

Algunas empresas alemanas, con plantillas en las que había multitud de ingenieros, tenían una gran ventaja en su orientación a una electricidad de la que podía sacar el máximo rendimiento. Schumpeter señalaba que en Alemania la tecnología eléctrica se había convertido desde entonces "en una ciencia aplicada que se podía aprender y desarrollar en laboratorios y escuelas". Los departamentos técnicos de las empresas existentes estaban tan bien abastecidos de Nuevos hombres que resultó innecesario crear Nuevas empresas. En esta situación de ventaja, "los emprendedores eran principalmente empleados", las empresas alemanas fabricaban en 1913 cerca de un tercio de todos los productos eléctricos del mundo. No menos de tres, de las seis mayores empresas industriales de Alemania, fabricaban equipo eléctrico: AEG, Siemens-Schuckert y Siemens-Halske. Para la cita y otros aspectos de la historia alemana, véase *Business Cycles*, I, pp. 439-441. La historia comparativa, bien documentada, de la electrificación en los Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña es obra de Hughes, Thomas Parke: *Networks of Power: Electrification in Western Society, 1880-1930*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1983. Para más información sobre algunas empresas en concreto, véase Chandler, Alfred D. Jr.: *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*, pp. 463-474 y el apéndice C.1, p. 703. Las clasificaciones se establecen por activos.

Mientras tanto, en Gran Bretaña la fabricación de maquinaria eléctrica se quedó rezagada y ninguna empresa británica compitió eficazmente con los gigantes estadounidenses y alemanes. La mayor parte de su mercado nacional fue abastecido mediante la importación de máquinas de General Electric, Westinghouse, AEG y las dos empresas de Siemens, o por las filiales locales de estas cuatro empresas.

En el proceso de desarrollo de los sistemas de generación eléctrica, el espíritu empresarial privado británico "fracasó de manera notable en una tarea obvia y puramente económica". Así que, a diferencia de lo sucedido en los Estados Unidos, el gobierno tuvo que rellenar este hueco. En 1929 las instituciones públicas eran propietarias de más del 70 % del sistema de suministro eléctrico de Gran Bretaña. "National Grid" se convirtió en un modelo útil de proyectos públicos para otros países. Sin embargo, desde el principio Gran Bretaña no pudo competir con los Estados Unidos o con Alemania en las industrias que suministraban equipo eléctrico. Véase *Business Cycles*, II, pp.

757-758. Esta tesis de Schumpeter se ha visto refrendada por investigaciones posteriores más detalladas. Mientras que tres de las seis mayores empresas alemanas y dos de las diecisiete mayores empresas estadounidenses fabricaban estos productos, la mayor empresa eléctrica de Gran Bretaña ocupaba el puesto cincuenta de la clasificación de mayores compañías industriales del país y la segunda mayor empresa eléctrica, estaba en el puesto cincuenta y cuatro. Ninguna de ellas fabricaba gran cantidad de equipo pesado y se especializaron en su lugar en bombillas y otros pequeños artículos. Las tres empresas eléctricas "británicas" más grandes que seguían en la clasificación a las otras dos, eran filiales locales de los gigantes estadounidenses y alemanes. Al principio de la I Guerra Mundial dos tercios de la producción de equipo eléctrico en Gran Bretaña procedían de las filiales de General Electric, Westinghouse y de las empresas de Siemens. Después de la alteración que supuso la I Guerra Mundial de los modelos de comercio, las empresas británicas se comportaron mejor en cierta medida. Sin embargo, nunca alcanzaron a los gigantes estadounidenses o alemanes. Véase Chandler: *Scale and Scope*, p. 276 y apéndice B.1, p. 671.

71. *Business Cycles*, II, pp. 907 y 1033. La palabra entre paréntesis ("endógeno") está en el original. Schumpeter añadía que si un sistema capitalista existente se estabilizara de alguna forma "habría una desgana creciente a la hora de invertir o incluso de reinvertir, una tendencia a 'vivir del capital', mantener los balances, recrear resultados que se esfuman por todos los medios abiertos a una clase que, aunque entonces fuera económicamente inútil, todavía pudiera, como sus predecesores feudales, retener durante un tiempo los poderes adquiridos y asociados a las funciones que anteriormente desempeñaban. Los desajustes, el desempleo y una infraexplotación de recursos (aunque en ese caso serían de diferente naturaleza), además de un equilibrio neutral, inestable y anormal, podrían por lo tanto perdurar en un mundo que no estuviera en expansión". Esta afirmación, a diferencia de la mayor parte del resto de ideas que contiene la obra *Ciclos económicos*, tiene muchos elementos en común con la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* de Keynes.

72. Neisser: *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 208, marzo de 1940, pp. 205-206; Lange: *Review of Economic Statistics* 23, noviembre de 1941, pp. 190-193; Rosenberg: *American Historical Review* 46, octubre de 1940, pp. 96-99. Rosenberg añadió que a pesar de los muchos méritos que tenía el libro, las pruebas de algunas de las teorías de Schumpeter no eran más que "hipótesis de trabajo estimulantes". En Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 1, carpeta Business Cycles, sin fecha, HUA, hay más comentarios sobre el libro que podrían haberse escrito, como informes para el editor o que tuvieran por objeto darle publicidad. Uno de ellos es de Oscar Lange, que más tarde escribiría una reseña de *Ciclos económicos:* "Las partes más importantes, en mi opinión, son: 1) las partes históricas del libro; se trata verdaderamente del primer compendio sistemático y exhaustivo de la historia de los ciclos económicos que existe en lengua inglesa …, 2) las partes que tratan del modo en que el sistema capitalista suscita la evolución y del papel que tiene el progreso técnico en el ciclo económico, que son prácticamente las únicas que debaten de manera integral este tema en lengua inglesa, por no hablar de su propia originalidad."

73. Simon Kuznets: *American Economic Review* 30, junio de 1940, pp. 257 y 266-271.

74. Richard Musgrave, entrevista con el que entonces era mi investigador asociado Benjamin Hett, de 30 de septiembre de 2000; carta de Schumpeter a Haberler de 30 de septiembre de 1942, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter, 1933-1942, HUA. Véase asimismo, Stolper, Wolfgang F.: "Reflections on Schumpeter's Writings", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 109n27.

75. Si no se ajustaban los datos por los acontecimientos externos, escribió Schumpeter, "sería tan inadmisible como que un doctor dijera: 'Orgánicamente este hombre está perfectamente sano. Si se está muriendo es porque le ha caído un ladrillo en la cabeza'." Carta de Schumpeter a Mitchell de 6 de mayo de 1937, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 301. Una vez más esta afirmación tiene pleno sentido según se ha expuesto, pero también vicia la economía exacta porque no habría un camino a seguir fiable, ni para la selección de acontecimientos externos que requerían ajustes de los datos, ni para el grado de ajuste. Ambos casos son inherentemente subjetivos. Schumpeter añadió en su carta a Mitchell que "creo firmemente que debemos librarnos completamente del prejuicio de que

nuestros fenómenos [cíclicos] son simples y que pueden ser tratados directamente por simples métodos teóricos o estadísticos". Esta reflexión, acertada, representaba un alejamiento de la economía exacta. Antes de publicar la reseña de *Ciclos económicos*, Simon Kuznets le había enviado una carta a Schumpeter para preguntarle las fechas precisas de los ciclos descritos en el libro. Schumpeter le respondió: "Comprenderá, sin embargo, que mis fechas son francamente experimentales y que en muchos casos solo son aproximadas. Estoy bastante seguro, por ejemplo, de que se produjo una nueva ola de desarrollo económico en los tres países estudiados durante la década de los 80 del siglo XVIII … Las fases de Kondratieff [ciclos largos] de la Revolución industrial las fecho de la siguiente forma: [lista] prosperidad 1787-1800, recesión 1801-1813, depresión 1814-1827, recuperación 1828-1842. Las etapas de Kondratieff del período burgués son: [lista] prosperidad 1843-1857, recesión 1858-1869, depresión 1870-1884/5, recuperación 1886-1897. Las fases de Kondratieff del período neomercantilista: [lista] prosperidad 1898-1911, recesión 1912-1924/5, depresión 1926-1938. Sé que me arriesgo al estar tan seguro de un aspecto tan dudoso, pero creo que puedo afirmarlo: en cualquier parte en la que este esquema no funciona, soy capaz de probar con todo detalle la presencia de perturbaciones que a mi juicio son una explicación adecuada de las desviaciones." Carta de Schumpeter a Kuznets de 18 de marzo de 1940, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 321-322.

76. Jacob Viner: "Mr. Keynes on the Causes of Unemployment", en *Quarterly Journal of Economics* 51, 1936, p. 147. Alvin Hansen cambiaría de opinión más tarde y se convertiría en uno de los discípulos más influyentes de Keynes en los Estados Unidos.

77. Reseña de Schumpeter sobre la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, en *Journal of the American Statistical Association* 31, diciembre de 1936, p. 791.

78. Ibíd., p. 792.

79. Ibíd., pp. 794-795.

80. Ibíd., pp. 794-795.

81. Carta de Schumpeter a Lange de 24 de febrero de 1937; ese mismo día escribió a otro economista, Arthur W. Marget: "Soy más pesimista sobre el futuro que usted. No creo ni que los dictadores ni otras personas se equivocaran nunca en la calificación de la estulticia. Pues eso es lo que la humanidad adora. Ante nosotros tenemos un caso concreto, me ha sorprendido sobremanera el hecho de que la mayoría de nuestros mejores jóvenes se hayan vuelto casi fanáticos del libro del señor Keynes y este fenómeno me parece que está bastante generalizado." Ambas cartas están publicadas en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 295-297.

82. *Business Cycles*, I, p. vi. Schumpeter añadía que deseaba "dejar claro que mi análisis no presta ningún tipo de apoyo a ningún principio general liberal".

83. Rothbarth, E.: *Economic Journal* 52, junio-septiembre de 1942, p. 229; Marschak, J.: *Journal of Political Economy* 48, diciembre de 1940, p. 892.

84. Schumpeter le envió a Keynes una copia de *Ciclos económicos* y recibió una respuesta cordial. Entonces escribió a Keynes y le dijo que "no puedo imaginarme que verdaderamente esté navegando por esos dos volúmenes o quizá debería disculparme, no solo por mi concentración egoísta en mi propio discurso (que usted perdona de manera generosa), sino también por el horrible tamaño que ha alcanzado debido a mi deseo de tratar de manera íntegra, histórica y estadística las 16 unidades de lo que llamo el ciclo de Juglar y al señalar afanosamente en cada caso las partes en las que mi esquema se ajusta a los hechos y las partes en las que no". Carta de Schumpeter a Keynes de 3 de octubre de 1939, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 319-320.

85. En los agradecimientos de *Ciclos económicos*, Schumpeter enumera a varios asistentes de investigación y, brevemente, a dos de sus colegas de Harvard, Seymour Harris y W. L. Crum, así como al "profesor Gordon, que actualmente está en la Universidad de California y al doctor Clausing de la Universidad de Bonn"; sin embargo no figuran ni Elizabeth, ni los muchos amigos y colegas que le podrían haber dado consejos útiles.

86. Tobin, prefacio de März, Eduard: *Schumpeter: Scholar, Teacher, Politician*. New Haven,

Connecticut: Yale University Press, 1991, p. ix.

87. *Business Cycles*, I, pp. v-vi.

88. Perkins también editó la mayor parte de la obra de F. Scott Fitzgerald y de Ernest Hemingway. Además de condensar *El ángel que nos mira*, recortó la mitad de la extensión de *Del tiempo y el río*, aunque quizá fuera más bien por razones jurídicas que artísticas ya que la parte extirpada, que trata principalmente sobre la relación que mantuvo Wolfe con la formidable Aline Bernstein, podría haberle acarreado procesos judiciales a la editorial Scribner's. Véase Donald, David Herbert: *Look Homeward: A Life of Thomas Wolfe*. Nueva York: Little, Brown, 1987, pp. 202 y 294-303; véase además, el largo debate presente en las páginas 464-484 sobre el controvertido trabajo de otro editor (Edward Aswell) en relación con las novelas de Wolfe publicadas póstumamente.

89. En 1964, el economista Rendigs Fels of Vanderbilt, un antiguo estudiante de Schumpeter, condensó *Ciclos económicos* en cerca de un cincuenta por cierto, aunque no siguió los modelos que he descrito aquí. McGraw-Hill, la editorial original, publicó esta edición resumida, aunque no tuvo mucho éxito.

90. Si se justificara adecuadamente, un método diferente para exponer *Ciclos económicos* habría podido también ir más lejos y reconciliar el enfoque de Keynes con el del propio Schumpeter. James Tobin escribió en una ocasión que "personalmente no creo que Schumpeter y Keynes sean capitalmente contradictorios. Keynes recalcó la impredecibilidad esencial de la inversión empresarial y Schumpeter dio razones importantes que explicaban por qué debería suceder así". Véase Tobin, prefacio de März: *Joseph Schumpeter*, p. ix.

El propio Schumpeter sostuvo, diez años después de la publicación de *Ciclos económicos*, que "el papel del modelo econométrico (que incluye el elemento estadístico) es implementar los resultados del análisis histórico del fenómeno y prestar el servicio indispensable de describir la mecánica de los agregados". Además reclamaba una investigación detallada del "cambio histórico incesante que existe en las funciones de producción y de consumo". Llegaba a la conclusión de que "el defecto más grave de los estudios modernos de los ciclos económicos es que nadie parece entender o incluso preocuparse precisamente del modo en que las industrias y las empresas concretas emergen y se hunden y el modo en que su auge y caída afecta a los agregados y a lo que llamamos con ligereza las 'condiciones de negocio generales'". Se trata de una crítica reveladora. Véase Schumpeter: "The Historical Approach to the Analysis of Business Cycles", Universities-National Bureau Conference on Business Cycle Research, noviembre de 1949, publicado en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovation, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, pp. 327, 329.

16. Cartas desde Europa

1. Para leer una reflexión erudita sobre el período de 1920 a 1940, véase Parker, William N.: "Capitalistic Organization and National Response: Social Dynamics in the Age of Schumpeter", en *Journal of Economic Behavior and Organization* 5, marzo de 1984, pp. 3-23.

2. En cuanto a la fascinación que el comunismo suscitaba en los intelectuales, véase Furet, François, traducción de Deborah Furet: *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the Twentieth Century*. Chicago: University of Chicago Press, 1999. Durante la década de 1930 la mayoría de los intelectuales de casi todos los países, incluyendo a los Estados Unidos, tenían la inclinación de adoptar un punto de vista favorable con respecto a las políticas de izquierda, a menudo incluso con el comunismo del tipo soviético. Los franceses, en particular, parecían reacios a aceptar la verdad sobre los asesinatos del régimen soviético. Paradójicamente, otros muchos intelectuales franceses se sintieron atraídos por el fascismo. Véase Carroll, David: *French Literary Fascism: Nationalism, Anti-Semitism, and the Ideology of Culture*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1995.

3. Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner, traducción de Ernest A. Menze: *The Penguin Atlas of World History, Vol. 2: From the French Revolution to the Present*. Nueva York: Penguin Books, 2003, p. 139; Mazower, Mark: *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*. Nueva York: Knopf, 1998, p. 18.

4. Citado en Mazower: *Dark Continent*, p. 16.

5. En la Alemania de la República de Weimar solo se recurrió al artículo 48 en 16 ocasiones desde 1925 hasta 1930. Y solo en 1931 se utilizó 42 veces, en comparación con las 35 leyes que promulgó el Parlamento; en 1932, estas cifras fueron de 59 y 5 respectivamente. Véase, Mazower: *Dark Continent*, p. 21. El canciller de derechas fue Heinrich Brüning, que sustituyó a Hermann Müller, socialdemócrata de izquierdas, en la primavera de 1930. Brüning provenía de la derecha del partido católico de centro. Dos de sus principales políticas fueron intentar restaurar la dinastía Hohenzollern y convencer a los aliados occidentales de que Alemania no podía continuar con el pago de las reparaciones. En relación con esta última política (que en sí misma era una buena idea), intentó hacer uso de la desaconsejable política de la deflación, que tendería a empeorar la depresión.

6. Mazower: *Dark Continent*, p. 19. Uno de los muchos e interesantes puntos de vista contemporáneos es el de Rappard, William E.: *The Crisis of Democracy*. Chicago: University of Chicago Press, 1938. En lo que se refiere a estudios historiográficos adecuados sobre la situación europea, véanse los siguientes cuatro artículos, cada uno de los cuales recoge las ideas de varios libros importantes: Hiden, John: "Hard Times–From Weimar to Hitler", en *The Historical Journal* 32, diciembre de 1989, pp. 947-962; Balderston, Theo: "Coping with Catastrophes: Economic Policy, Performance and Institutions in Troubled Times, 1919-1955", en *The Historical Journal* 36, junio de 1993, pp. 455-468; Clavin, Patricia: "The Impact of Inflation and Depression on Democracy: New Writing on the Inter-War Economy", en *The Historical Journal* 38, septiembre de 1995, pp. 749-757, y Bartov, Omer: "Review Forum: Rewriting the Twentieth Century", en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 3, primavera de 2002, pp. 281-302. En el marco de la gran cantidad de bibliografía existente sobre la Gran Depresión, hay un breve y conveniente relato: Kindleberger, Charles: *The World in Depression, 1929-1939*. Berkeley: University of California Press, 1987. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* de Keynes fue la interpretación más importante, con diferencia, de entre todas las que se hicieron en aquella época.

7. Kinder y Hilgemann: *The Penguin Atlas of World History*, vol. 2, p. 184.

8. Carta de Schumpeter a Oscar Lange de 24 de febrero de 1937, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 295.

9. Estas disposiciones se mencionan claramente en las cartas de Mia, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, Letters from Mia 1932-1940, pássim, HUA. Desgraciadamente solo se conservan las cartas de Mia de esta extensa correspondencia entre Schumpeter y Mia porque la parte correspondiente a Schumpeter se perdió durante la II Guerra Mundial. Sin embargo, gran parte de

lo que habría dicho se manifiesta en las respuestas que ella le enviaba.

10. Las remesas que Schumpeter envío a la señora Reisinger constan en la correspondencia que mantuvieron de 1938 a 1939 su secretaria, Catharine S. Bunnell, y P. Firchow, agente en Boston de Hamburg-American Line y de North German Lloyd, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.25, Business Cycles Correspondence, 1937-1938, carpeta Correspondence re: Permissions for Business Cycles. Véanse asimismo las cartas de Milly Reisinger Krassnigg a Schumpeter de 30 de junio de 1930 y de 13 de diciembre de 1938, HUG (FP)–4.7.5, Miscellaneous correspondence, archivo 1, carpeta Miscellaneous correspondence received, HUA. Durante este período el tipo de cambio sufrió oscilaciones considerables y Schumpeter envió cheques por cualquier importe que correspondiera a 200 marcos. Véase también la nota 11, a continuación.

11. Todas estas contribuciones, y muchas otras más, se mencionan en las cartas de agradecimiento que Mia y su familia le enviaron, Schumpeter Papers, HUG (FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, pássim, HUA. En estos documentos de Schumpeter también hay pruebas de los regalos que hizo a los Reisinger, HUG(FP) 4.7.5., archivo 1, Miscellaneous correspondence, carpeta Miscellaneous correspondence received. Además, hay cartas en las que menciona las disposiciones que tomó para enviar dinero a Mia. Para la financiación de los estudios de Mia en Grenoble, véase la carta de Schumpeter al Cónsul de Francia en Colonia (Alemania) de 9 de octubre de 1935, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter 1933-1942. En lo referente al regalo de boda de Mia, véase la carta de 20 de octubre de 1936 de Zimmermann & Foshay, Inc. Investment Securities dirigida a Schumpeter, en la que se indica que han recibido instrucciones suyas y que se enviaría "el regalo de boda [de Mia y Stojan, en Alemania] por una cantidad aproximada de 1.500 Rm. Sin embargo, esta transacción requiere del uso de papel moneda/cupones que a día de hoy le podemos ofrecer a un cambio de 3,33 Rm por dólar o 30 céntimos por marco." (Esta cantidad equivaldría a 450 dólares de la época que serían 6.135 dólares del año 2004. Bureau of Labor Statistics, http://www.bls.gov, página consultada el 6 de octubre de 2004.) Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950s, archivo 9, carpeta XYZ.

12. Carta de Mia Stöckel a Schumpeter de 3 de octubre de 1933, Schumpeter Papers, HUG (FP)–4.5, Letters from Mia, 1932-1940, archivo 1, carpeta 1933, HUA. Traducción de Benjamin Hett.

13. Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5. Archivo 1, contiene cartas de 1932 a 1936, excepto una carta del padre de Mia de 1947; archivo II, las escritas a partir de 1937. La mayor parte de las traducciones de estas cartas fueron realizadas por Benjamin Hett. Durante la mayor parte de 1936 y 1937, Mia escribió en francés; dichas cartas fueron traducidas por Felice Whittum.

14. Schleicher fue el último de una serie de cancilleres que estuvieron en el poder durante breves períodos de tiempo. En concreto estuvo al frente del gobierno en diciembre y en enero, antes de que Hitler fuera nombrado canciller por Paul von Hindenburg, un hombre de 84 años. (Schleicher fue asesinado por los nazis durante la purga Roehm de 1934.) En la primavera de 1932 había habido elecciones presidenciales, que Field Marshall von Hindenburg había ganado a Hitler. En las dos elecciones del Reichstag que tuvieron lugar en 1932, los nazis obtuvieron cerca del 38 % de los votos en julio, más que cualquier otro partido, en noviembre lograron cerca de un 33 %. El ascenso al poder de Hitler mientras su partido cedía terreno fue la consecuencia final de los desperfectos ocasionados por la Constitución de Weimar. El partido comunista progresó ligeramente, 14,3 % en julio y 16,6 % en noviembre. Véase Berghahn, Volker: *Modern Germany: Society, Economy, and Politics in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982, pp. 113 y 184.

15. Con casi toda seguridad, Mia se refería a un artículo que Schumpeter escribió para *Lloyd's Monthly Review* en el que criticaba a Hitler. Véase la carta de Schumpeter a Richard Thoma de 31 de marzo de 1932, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 211-213.

16. Mia utiliza la palabra alemana "Schwanz", que puede significar cola o pene, quizá quiso reflejar este último significado en vez de la más implícita expresión de tener una chica en el regazo.

17. Las sospechas de Mia eran infundadas. Schumpeter intentó repetidas veces que Stojan consiguiera una beca Rockefeller. Carta de Schumpeter a Tracy Kittredge, sin fechar (septiembre de 1938), UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-

Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter, 1933-1942, HUA. Además de sus peticiones a Tracy Kittredge, que se encargaba de las becas, véase la carta de Schumpeter a Oscar Anderson de la Universidad de Sofía (Bulgaria), que era responsable de emitir recomendaciones sobre personas procedentes de Bulgaria o Serbia, se trata de una carta enviada el 13 de abril de 1938, en ibíd.

18. La carta de 8 de febrero de 1941, a diferencia de las otras de las que se han extraído los fragmentos que se muestran, se encuentra en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, 1920s-1950, archivo 1, carpeta unidentified 1940, HUA.

19. Carta de Otto Stöckel a Schumpeter de 1 de mayo de 1947, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.5, archivo 1, carpeta Letter on Mia's death. Schumpeter recibió algunas cartas más de otros miembros de la familia Stöckel, la mayor parte de ellas le agradecían su continua generosidad. Véanse, por ejemplo, HUG (FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 1, archivos unidentified 1930, unidentified 1940, y unidentified no date, todas ellos en HUA. Sirve de ejemplo la carta que Otto Stöckel envió a Schumpeter el 2 de marzo de 1948 (ibíd., archivo 8, carpeta S):

Ayer cumplí 77 años. Al mirar atrás veo que en mi vida solo ha habido problemas, trabajo y con las pérdidas de mi esposa, Mia, Stojan y Toni, un gran sufrimiento. Sin embargo, estoy satisfecho con lo que me ha tocado, los dos hijos de Mia me mantienen joven y saludable y substituyen a sus padres. Son unos niños preciosos que tienen mucho talento. Zora cumplió 10 años el 4 de febrero y Valdo cumplirá 7 el 29 de mayo.

Quiero dejarles mi casa y el jardín. La casa sufrió daños muy graves y hay que restaurarla. Es difícil obtener un permiso y materiales de construcción. Es bien conocido que Jülich fue bombardeada intensamente el 16 de noviembre de 1944 y que se destruyó un 97 % de la ciudad.

Véase otra carta similar de Otto Stöckel a Schumpeter de 29 de mayo de 1948 (ibíd.): "Aunque duerma mal porque siempre pienso en mi esposa, Mia, Stojan y Toni, todavía llego a levantarme con frescura y vigor por la mañana … Los dos hijos de Mia van bien … Estos últimos días llegó un tercer paquete suyo. Mi más sincero agradecimiento por este regalo divino."

Carta de Treschen Stöckel (Frau Dautzenberg) a Schumpeter enviada desde Jülich el 13 de marzo de 1949: "Sus gentiles envíos, con los que una vez más nos ha bendecido esta semana, me muestran que sigue vivo. En nombre de toda la familia me gustaría expresarle mi agradecimiento más sincero. Es usted todo un salvador en un tiempo de necesidad … Hace poco hemos oído otra conferencia en la radio sobre usted". Le adjuntaba una foto de los dos hijos de Mia que había tomado en marzo de 1949. Todas las traducciones al inglés son de Benjamin Hett.

17. ¿Abandonar Harvard?

1. Durante los primeros nueve meses de su matrimonio los Schumpeter vivieron en el número 15 de la calle Ash, a la vuelta de la esquina de la calle Acacia. Las fechas en las que vivieron allí figuran en Elizabeth's Personal History Statement, sin fechar (1950), p. 9, en R. Elizabeth Boody Schumpeter Papers, 1938-1953, A-43, Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard, que en adelante citaremos como Elizabeth Boody Schumpeter Papers. La adquisición de la casa de la calle Acacia está inscrita en el registro de la propiedad del condado de Middlesex (Middlesex County Registry of Deeds), en Cambridge, a nombre de ambos: Elizabeth y Joseph. Elizabeth vendió la casa el 22 de junio de 1950 después de la muerte de su marido, acaecida en enero de ese mismo año.

2. Carta de Elizabeth Schumpeter a J. C. Roraback de 2 de junio de 1939, Elizabeth Boody Schumpeter Papers. Esta controversia se había originado en 1938, después de que Elizabeth hubiera vendido una parte de su propiedad. Elizabeth añadía que sus vecinos podían adecuarse a sus deseos fácilmente. Además también le preocupaba el impacto paisajístico: "El año pasado me había dado usted la impresión [cuando vendió una de las dos casas de la propiedad a los Deknatels] de estar de acuerdo en que el paisaje y los jardines existentes solo podrían ser modificados con mi consentimiento".

3. Además, Elizabeth consagró mucha energía a realzar el terreno de Windy Hill. Asimismo, se ocupó de un pequeño vivero comercial durante algunos años, tanto durante su matrimonio con Firuski como después de su matrimonio con Schumpeter. Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 32.

4. Además le decía: "Déjeme que le dé las gracias por todo lo que creo que personalmente debo a sus contribuciones y a su liderazgo en los debates de nuestro grupo. Estoy completamente a favor de continuar con el trabajo de desarrollar y coordinar el material del que disponemos hasta ahora y también de acometer nuevos retos." Carta de Schumpeter a Parsons de 12 de junio de 1940, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 324. Parsons era 19 años más joven que Schumpeter. El borrador original del grupo sobre la racionalidad figura en una invitación manuscrita de Schumpeter: "T. Parsons y J. Schumpeter proponen crear un grupo de debate sobre 'El significado de la racionalidad en acción' y le invitan cordialmente a que se una a él. La primera reunión tendrá lugar el viernes 27 a las 4 de la tarde en el despacho del Sr. Parson, G23 Adams House: Discurso de Schumpeter en torno a la función de la racionalidad en la interpretación del fenómeno económico. Se ruega dar respuesta y proporcionar [ilegible]." La mayor parte del discurso de Schumpeter se publicó de forma póstuma en 1984 en una publicación alemana. El texto completo, que llevaba por título "The Meaning of Rationality in the Social Sciences", está publicado en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 316-337. No se sabe a ciencia cierta si el texto fue escrito en 1939 o en 1940. El borrador de la invitación carece de fecha y se conserva en una carpeta que contiene correspondencia del Departamento de Economía de 1939. La invitación estaba dirigida a: Dr. Overton Taylor, Dr. Paul M. Sweezy, profesor Leontief, profesor Haberler, A. Bergson, Dunlop [luego hay una línea que separa a estos economistas de otros que escribe más abajo], profesor Crane Brinton, Lincoln Gordon y Dr. Pettie [al menos había dos que estaban en el Departamento de Gobierno]." UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA.

5. Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 801n5.

6. Carta de Schumpeter a Conant de 24 de octubre de 1938, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.8, Carbons of JAS's correspondence, 1932-1949, archivo 2, carpeta C, HUA.

7. Carta de Conant a Schumpeter de 25 de octubre de 1938, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 3, carpeta C1940, HUA.

8. Diario de Schumpeter, sin fecha (finales de la década de 1930), citado en Allen, Robert Loring:

Opening Doors, II, p. 94. Schumpeter creía que los asuntos de Samuelson, junto con un probable antisemitismo, se impusieron a la obvia superioridad intelectual del candidato en el espíritu de los miembros de la vieja guardia. Véanse: ibíd., pp. 94-95 y Swedberg, Richard: *Joseph Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, p. 139. Samuelson aceptó un puesto en el cercano Massachusetts Institute of Technology, donde ayudó a formar uno de los departamentos de economía más importantes del mundo. Entre tanto, con el patrocinio de Schumpeter y otras personas, pasó a ser Junior Fellow en Harvard, un nombramiento de tres años que no comportaba ninguna obligación excepto la propia actividad de investigar y publicar. Durante esos años Samuelson escribió una obra básica: *Fundamentos del análisis económico*.

9. Diario de Schumpeter, enero de 1940, citado en Allen: *Opening Doors*, II, p. 94.

10. El comentario de Aristóteles figura en su *Política*, circa 340 a. de C.

11. Carta de Furniss a Schumpeter de 1 de mayo de 1940, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes, and diaries, ca. 1931-1948, archivo 4, carpeta 1940, HUA. El objetivo de Yale según Furniss "consiste principalmente en fortalecer el trabajo de la escuela de posgrado". Furniss se ofreció a ir a Cambridge en cualquier momento para hablar sobre ello.

12. Carta de Furniss a Schumpeter de 18 de mayo de 1940, ibíd.

13. Carta de Schumpeter a Furniss de 20 de mayo de 1940, ibíd.

14. Ibíd. Allen: *Opening Doors*, II, p. 95, señala que "en junio de 1940, anunció a Harvard su intención de dimitir". No he encontrado ningún documento oficial de dicha notificación, pero hay otras pruebas que sugieren que Schumpeter mostró sus intenciones de alguna forma. Irving Fisher todavía era un investigador en activo en 1940. Durante muchos años hasta su jubilación como profesor de la Universidad de Yale en 1935, ejerció un papel mínimo en el Departamento de Economía. Daba pocas clases y se centró en su lugar en sus muchos programas de investigación. Llevaba a cabo estos proyectos, que desarrollaba simultáneamente, en la gran casa que tenía en New Haven donde trabajaban sus muchos asistentes de investigación.

15. Entre otros, Edward H. Chamberlin, Wassily Leontief, Edwin Frickey, John D. Black, William L. Crum, E. B. Wilson, Alvin Hansen, A. E. Monroe, O. H. Taylor, A. P. Usher, J. H. Williams, Edward S. Mason, Sumner H. Slichter, H. H. Burbank, Seymour E. Harris y Gottfried Haberler. La carta tiene fecha de 3 de junio de 1940 y se conserva en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 5, carpeta Harvard Department Business, 1935-1940, HUA.

16. Esta carta también tiene fecha de 3 de junio de 1940 y se conserva en el mismo archivo. La firman Samuelson, Tobin, Wolfgang F. Stolper, Abram Bergson, Robert L. Bishop, John D. Wilson, Maxine Yaple Sweezy, John T. Dunlop, Richard A. Musgrave, Daniel Vandermeulen, Sidney Alexander, Benjamin Higgins, Shigeto Tsuru, Laughlin McHugh, Herbert Wooley, Marion C. Samuelson, Richard E. Slitor, Heinrich Heuser, Paul M. Sweezy, R. M. Goodwin, Russell A. Nixon, Lloyd Metzler, Julian Holley, William Salant, Wendell Hance y P. D. Bradley.

17. Carta de Schumpeter a sus colegas de 8 de junio, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 9, carpeta Yale Decision, 1940, HUA.

18. Citado en Allen: *Opening Doors*, II, p. 97.

19. Carta de Furniss a Schumpeter de 22 de junio de 1940, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 9, carpeta XYZ 1940; carta de Seymour a Schumpeter de 7 de septiembre de 1940, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivo 4, carpeta 1940, HUA.

20. Carta de Chamberlin a Schumpeter de 13 de septiembre de 1940, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 3, carpeta C 1940; carta de Ferguson a Schumpeter de 16 de septiembre de 1940, ibíd., archivo 9, carpeta XYZ 1940, HUA.

18. A contracorriente

1. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Row, 1950, p. 404.

2. Ibíd., p. 399.

3. Carta de Schumpeter a Jean Paul Hutter de 22 de abril de 1937, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 299-300.

4. La cita con estructura poética procede de una hoja suelta del Diario de Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivo 4, carpeta 1940, sin fecha (1940), HUA; en adelante se citará como Diario de Schumpeter. Los puntos suspensivos figuran en el documento original. Las otras dos citas se encuentran en Diario de Schumpeter, archivo 7, carpeta Taconic 9IV39-5II40 [9 de abril de 1939-5 de mayo de 1940], sin fechar; este archivo y esta carpeta son también la fuente de las notas 5 y 6 de este capítulo.

5. Ibíd., 1 de septiembre de 1939, anotación en un diario.

6. Ibíd., sin fecha, (septiembre de 1939), anotación en un diario y otra hoja suelta también sin fechar (octubre de 1940).

7. Entre la mucha bibliografía existente sobre la preferencia estadounidense por la neutralidad, véanse el autoritario Cole, Wayne S.: *Roosevelt and the Isolationists, 1932-45*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1983 y Doenecke, Justus D.: *The Battle against Intervention, 1939-1941*. Malabar, Florida: Krieger, 1997, un breve volumen que contiene una interpretación de la historia y una serie de documentos originales. Roosevelt pronunció ese discurso en Boston el 30 de octubre de 1940, unos días antes de las elecciones.

8. Esta idea queda bastante clara en Keller, Morton y Keller, Phyllis: *Making Harvard Modern: The Rise of America's University*. Nueva York: Oxford University Press, 2001 y en Smith, Richard Norton: *The Harvard Century: The Making of a University to a Nation*. Nueva York: Simon and Schuster, 1986. Thornton Bradshaw escribió: "Muchos de mis compañeros de clase recaudaron fondos para proporcionar una ambulancia a las fuerzas del régimen. Pero ninguno, que yo sepa, abandonó el país para unirse a la Brigada Lincoln [de voluntarios estadounidenses]" para luchar contra el dictador Franco, al que apoyaban los fascistas. Véase Lant, Jeffrey L.: *Our Harvard: Reflections on College Life by Twenty-two Distinguished Graduates*. Nueva York: Taplinger, 1982, pp. 116, 117 y 137.

9. A pesar de la enorme cantidad de estudios existentes, solo hay un consenso parcial entre historiadores y economistas sobre las causas de la Gran Depresión. Un punto en el que casi todas las autoridades en la materia están de acuerdo es la terrible actuación del consejo de gobernadores de la Reserva Federal de los Estados Unidos, cuyas políticas monetarias empeoraron aún más la depresión de lo que podría haber sido. Además de las fuentes señaladas anteriormente para el New Deal, que tratan todas ellas con mayor o menor detalle la Gran Depresión, véanse las siguientes obras: Bernstein, Michael A.: *The Great Depression: Delayed Recovery and Economic Change in America, 1929-1939*. Nueva York: Cambridge University Press, 1987; Chandler, Lester V.: *America's Greatest Depression, 1929-1941*. Nueva York: Harper & Row, 1970; Friedman, Milton J. y Schwartz, Anna: *A Monetary History of the United States, 1867-1960*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1960; Galbraith, John Kenneth: *The Great Crash: 1929*. Boston: Houghton Mifflin, 1955; Keynes, John Maynard: *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1936; Temin, Peter: *Lessons from the Great Depression*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1989; Eichengreen, Barry: *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939*. Nueva York: Oxford University Press, 1992, y Collins, Robert M.: *The Business Response to Keynes: 1929-1964*. Nueva York: Columbia University Press, 1981.

Durante sus primeros cien días como presidente, Roosevelt convocó sesiones especiales del Congreso para garantizar la promulgación de quince nuevas leyes importantes. Entre otras iniciativas: la ley sobre la banca y el mercado de valores (para detener el declive financiero), la ley de ajuste agrícola (para elevar los precios agrícolas), los programas de empleo público y de

asistencia (para colocar dinero en el bolsillo de los consumidores), el desarrollo de leyes como la ley de la autoridad del Valle de Tennessee (para ayudar a las regiones deprimidas) y la ley nacional de recuperación industrial nacional (una medida amplia que tenía por objeto facilitar la formación de carteles en la industria, la sindicalización de los trabajadores y la construcción de obras públicas). Poner en marcha toda esta legislación requería, en la mayor parte de casos, un gasto deficitario dentro de una escala moderada. En 1935, durante sus segundos cien primeros días en el cargo, la administración de Roosevelt financió otra carga de nuevas leyes que enmarcaron el escenario de la mayor parte de los gobiernos estadounidenses posteriores. Las dos leyes más importantes fueron la ley de relaciones laborales nacionales, que fortalecía el movimiento obrero, y la ley de la seguridad social, que se convirtió en la piedra angular de una forma suave de Estado del bienestar. Asimismo, durante esos segundos cien días se instauró la Works Progress Administration, que creó cientos de miles de nuevos puestos de trabajo públicos, la administración para la electrificación rural, que llevó la electricidad a millones de granjas y la ley de sociedades holding que desarrollan un servicio público (Public Utility Holding Company Act), que puso a la industria eléctrica bajo el control de una mayor reglamentación federal.

La bibliografía relativa al New Deal es muy extensa. Véanse algunos ejemplos representativos de la misma: Leuchtenberg, William E.: *Franklin D. Roosevelt and the New Deal, 1932-1940*. Nueva York: Harper & Row, 1963; la trilogía de Schlesinger, Arthur M., Jr.: *The Age of Roosevelt*. Boston: Houghton Mifflin, 1957-1960: *The Crisis of the Old Order, The Coming of the New Deal* y *The Politics of Upheaval;* Hawley, Ellis W.: *The New Deal and the Problem of Monopoly: A Study in Economic Ambivalence*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1966; Sitkoff, Harvard, ed.: *Fifty Years Later: The New Deal Evaluated*. Nueva York: Knopf, 1985, en el que se incluye McCraw, Thomas K.: "The New Deal and the Mixed Economy" (pp. 37-67), un estudio sobre las políticas económicas y el pensamiento que hay detrás de ellas; Cohen, Lizabeth: *Making a New Deal: Industrial Workers in Chicago*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990; Gordon, Colin: *New Deals: Business, Labor, and Politics in America, 1920-1935*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994; Brinkley, Alan: *The End of Reform: New Deal Liberalism in Recession and War*. Nueva York: Knopf, 1995, y Smith, Jason Scott: *Building New Deal Liberalism: The Political Economy of Public Works, 1933-1956*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006. Para una revisión amplia del conjunto de ese período desde la década de 1930 hasta la II Guerra Mundial, véase Kennedy, David M.: *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.

10. Diario de Schumpeter, sin fecha (junio de 1939), anotación en el diario, archivo 7, carpeta Taconic 9IV39-5II40. Esta carpeta contiene anotaciones escritas a finales de la década de 1930, así como las de las fechas indicadas.

11. Cartas de Schumpeter a Gottfried Haberler de 7 de noviembre de 1934 y de 15 de agosto de 1935, Gottfried Haberler Collection, Archivo 31, carpeta Schumpeter, Joseph, Hoover Institution Archives, Stanford University. Diario de Schumpeter, sin fecha, archivo 4, carpeta 1941-1942 [sic]. Algunos investigadores que han estudiado el New Deal creen que Roosevelt fue un maestro de la política, pero que sus políticas económicas y su filosofía de gobierno fueron tan flexibles que rayaban la incoherencia. Para una exposición concisa de este punto de vista, véase Conkin, Paul K.: *The New Deal*. Wheeling, Illinois: Harlan Davidson, 1992, 3ª edición.

Existe una comparación interesante de la perspectiva de Schumpeter y la de otros contemporáneos suyos (sobre todo Alvin Hansen y Gardiner Means) en Rosenof, Theodore: *Economics in the Long Run: New Deal Theorists and Their Legacies, 1933-1993*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1997.

12. Diario de Schumpeter, anotación en el diario de 24 de junio de 1939, archivo 7, carpeta Taconic 9IV39-5II40.

13. Gottfried Haberler, amigo íntimo de Schumpeter y una fuente fiable, escribió que Schumpeter "realmente recomendó un programa de emergencia de gasto público de 9.000 millones de dólares, una suma muy importante para la época". Haberler: "Schumpeter's *Capitalism, Socialism and Democracy* after Forty Years", en Heertje, Arnold, ed.: *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after 40 Years*. Nueva York: Praeger, 1981, p. 77n; véanse asimismo McCord

Wright, David: “Schumpeter and Keynes”, en *Weltwirtschaftliches Archiv* 65, 1950, p. 195n17 (en el que cita una comunicación de Haberler), y Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, pp. 21, 33n4, que cita comentarios similares que Schumpeter hizo a otros colegas suyos.

14. Las conferencias que impartió en el Lowell Institute están publicadas en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 339-400. En un libro de tamaño convencional tendrían una extensión total de unas 100 páginas.

15. Conferencia Lowell n° 1, en ibíd., p. 340. Schumpeter añadió que existía el consenso de que “la imposición debería mantenerse dentro de unos límites tales que los negocios y la vida privada pudieran desarrollarse de forma muy similar a la que habrían seguido en ausencia total de cualquier imposición. A grandes rasgos este fue el principio de las finanzas de Gladstone”, un sistema que Schumpeter siempre había admirado.

16. Conferencia Lowell n° 1, en ibíd., pp. 341 y 343.

17. Conferencia Lowell n° 1, en ibíd., pp. 343-345.

18. Conferencia Lowell n° 2, en ibíd., pp. 345-347.

19. Conferencia Lowell n° 3, en ibíd., pp. 348-351.

20. Conferencia Lowell n° 3, en ibíd., pp. 349-351.

21. Conferencia Lowell n° 3, en ibíd., pp. 351-352.

22. Conferencia Lowell n° 3, en ibíd., p. 353.

23. Conferencia Lowell n° 3, en ibíd., pp. 353-354.

24. Parte de la antipatía que el New Deal suscitaba en Schumpeter estaba motivada por su sistema fiscal. “Damas y caballeros, no crean que el orador es un reaccionario o un monárquico de la economía. No quiero que me malinterpreten.” Sus quejas no las motivaban los impuestos por sí mismos, sino “la discriminación al ahorro”. A sus ojos esto era un pecado mortal y había denunciado la *Teoría general* de Keynes por la misma afrenta. Conferencia Lowell n° 4 y n° 5, en ibíd., pp. 362, 366-368 y 370.

25. Los políticos, en palabras de Schumpeter, siempre han sentido la tentación de proseguir las agresiones en el extranjero como forma de fortalecer su popularidad en su propio país. “La política exterior es una política nacional y la política nacional es una política exterior.” Las sanciones económicas que se imponen desde el extranjero tienden a unir a las personas de los países afectados. Esto es lo que había sucedido en Alemania, donde las sanciones punitivas del Tratado de Versalles habían generado verdaderos motivos de queja que los políticos pudieron explotar. “La mayoría de las medidas del gobierno de Hitler, por ejemplo, la mayoría de sus intentos de crear un nuevo espíritu nacional, fueron promovidos por el objetivo de un éxito nacional.” Conferencia Lowell n° 7, en ibíd., pp. 382-383, 386-387 y 391.

26. Conferencia Lowell n° 7, en ibíd., pp. 387-388.

27. Conferencia Lowell n° 8, en ibíd., p. 391. Schumpeter no lo sabía pero el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Joachim von Ribbentrop, había escrito a Stalin en 1940 y le había dicho que a sus dos países “les movía de forma similar el deseo de un Nuevo Orden mundial opuesto a las democracias plutocráticas congeladas”. Citado en Overy, Richard: *The Dictators: Hitler’s Germany and Stalin’s Russia*. Nueva York: Norton, 2004.

28. Si la guerra tuviera que durar “no uno o dos años, sino diez”, entonces las tensiones sociales y económicas harían que la democracia estadounidense pasara por una prueba severa. En particular, había el peligro de que las presiones inflacionistas se volvieran prácticamente irresistibles. Schumpeter citó la célebre observación de Lenin: “Para destruir la sociedad burguesa hay que corromper su dinero” y añadió que la inflación traería consigo un grado único de “ruptura moral” en los Estados Unidos, el país más burgués de todos. Schumpeter había presenciado personalmente los

desastrosos efectos que había tenido la inflación en Austria y en Alemania y enumeró una serie de políticas que estaban diseñadas para reducir al mínimo posible la inflación en los Estados Unidos: el fomento del ahorro, el control salarial, la racionalización y el control de los precios, impuestos más elevados y la prohibición de compras a plazos y otros instrumentos de crédito al consumo. Aunque en muchos asuntos fuera conservador, Schumpeter distaba de ser un fundamentalista del libre mercado. Sostenía estas fuertes medidas anti-inflacionistas y, en contra de su escepticismo sobre la voluntad del Congreso de legislar sobre esta materia, casi todas ellas fueron promulgadas durante 1942 y 1943, después de que los Estados Unidos entraran en guerra. Conferencia Lowell n° 8, en Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, pp. 394-396.

29. Conferencia Lowell n° 8, en ibíd., p. 397.

30. Conferencia Lowell n° 8, en ibíd., pp. 397-399. El comentario sobre el carácter dictatorial de Roosevelt figura en la carta que Schumpeter envió a Charles C. Burlingham el 21 de mayo de 1941, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 332. Dos hojas sueltas del Diario de Schumpeter, sin fechar (mayo-junio de 1940), archivo 4, carpeta 1940.

19. El coraje de las convicciones de Elizabeth Schumpeter

1. Schumpeter, E. B., ed.: *The Industrialization of Japan and Manchukuo, 1930–1940: Population, Raw Materials and Industry*. Nueva York: Macmillan, 1940. Véanse, además de su libro, los siguientes artículos que escribió: Schumpeter, Elizabeth Boody: "Manchoukuo [sic], the Key to Japan's Foreign Exchange Problem", en *Far Eastern Survey* 6, 12 de mayo de 1937, pp. 107-112; "Politics and the Yen", en *Far Eastern Survey* 6, 26 de mayo de 1937, pp. 117-122; "Japanese Economic Policy and the Standard of Living", en *Far Eastern Survey* 7, 19 de enero de 1938, pp. 13-20; "The Problem of Sanctions in the Far East", en *Pacific Affairs* 12, septiembre de 1939, pp. 245-262; "The Policy of the United States in the Far East", en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, julio de 1940, pp. 98-106. Durante ese mismo período, Elizabeth también publicó un artículo histórico importante basado en su tesis: "English Prices and Public Finance, 1660-1822", en *Review of Economic Statistics* 20, febrero de 1938, pp. 21-37. Tanto en esta nota como en las notas restantes de este capítulo, transcribo el nombre de Elizabeth del mismo modo en que aparece en el documento citado.

2. [N. del T.] El autor ha utilizado en inglés las transcripciones modernas de Pekín o Mao Tse-tung, en vez de las tradicionales. En español, hemos utilizado por el contrario las transcripciones tradicionales siguiendo las recomendaciones de la Real Academia Española.

3. Elizabeth Boody Schumpeter escribió que envió la mayoría de sus artículos "a Herbert Feiss [sic] del Ministerio de Asuntos Exteriores antes de que se publicaran y obtuvo el consentimiento del mismo en un período en el que actuaban con mucha más cautela". Carta de Elizabeth Schumpeter a David Lawrence, editor de *United States News* (posteriormente *U.S. News and World Report*) de 10 de octubre de 1940. Véase asimismo la carta de Elizabeth Schumpeter a Charles A. Beard de 9 de febrero de 1940: "El profesor [A. Whitney] Griswold de Yale y yo misma, compartimos en gran medida el mismo punto de vista sobre nuestros problemas en Extremo Oriente y nos hemos prestado algún tipo de colaboración, el uno al otro, durante el pasado año"; carta de Beard a Elizabeth Schumpeter de 12 de febrero de 1940 en la que le agradecía la información actualizada que le había comunicado y en la que alababa sus artículos; carta de Walter Lippmann a Elizabeth Schumpeter, sin fecha (13 de febrero de 1940), en la que coincide en señalar que las cosas "nos están yendo de mal a peor"; carta de Elizabeth Schumpeter a Lippmann de 14 de febrero de 1940; a John D. Rockefeller, Jr., el 5 de septiembre de 1939; a David Rockefeller, el 28 de marzo de 1940; carta de David Rockefeller a Elizabeth Schumpeter de 24 de marzo de 1940. Todas ellas están recogidas en R. Elizabeth Boody Schumpeter Papers, 1938-1953, A-43, Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard. En adelante citaremos este archivo como Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

Elizabeth Schumpeter también escribió a John Foster Dulles, que entonces era socio del prestigioso bufete de abogados de Nueva York Sullivan & Cromwell. Dulles le contestó el 8 de marzo de 1940: "Estoy de acuerdo con muchos de sus puntos de vista y a partir de las impresiones que tuve hace dos años cuando estuve en Japón, me parece que si aplicáramos un embargo sería un error. Las acciones que tomemos únicamente nosotros mismos no serán efectivas. Reforzaría la posición del pueblo que respaldaría al ejército, ya que los japoneses serían extremadamente sensibles y reticentes a la presión procedente de las potencias occidentales y podría muy bien servir de pretexto para extender la agresión japonesa hacia el este." Ibíd.

4. *Fortune*, septiembre de 1936. En esta publicación apareció por primera vez el término "Japan, Inc." (Japón S. A.), en la página 176. Hay otros estudios posteriores de la expansión económica de Japón en Asia, entre los que están: Duus, Peter; Myers, Ramon H., y Peattie, Mark, eds.: *The Japanese Informal Empire in China, 1895-1937*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989; Howe, Christopher: *Origins of Japanese Trade Supremacy: Development and Technology in Asia from 1540 to the Pacific War*. Chicago: University of Chicago Press, 1996. Durante el "milagro económico" de 1953-1973 y posteriormente, se publicaron una gran cantidad de libros y artículos sobre la economía japonesa. Para obtener una exposición concienzudamente documentada sobre la historia empresarial japonesa en general, véase Bernstein, Jeffrey: "Japanese Capitalism", en McCraw, Thomas K., ed.: *Creating Modern Capitalism: How Entrepreneurs, Companies, and Countries Triumphed in Three Industrial Revolutions*.

Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997, pp. 441-489.

5. Schumpeter, Elizabeth Boody: “Japanese Economic Policy and the Standard of Living”, p. 20; Schumpeter, Elizabeth Boody: “The Problem of Sanctions in the Far East”, p. 262.

6. Schumpeter, Elizabeth Boody: “The Problem of Sanctions in the Far East”, p. 262. Carta de Elizabeth Schumpeter a Frederick V. Field de 12 de agosto de 1938 y de 4 de octubre de 1939, en Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

7. Schumpeter, Elizabeth Boody: “The Policy of the United States in the Far East”, pp. 99-100.

8. Ibíd., pp. 100-104.

9. Ibíd., pp. 104-105.

10. Ibíd., pp. 105-106.

11. Ibíd.; Gallup, George H.: *The Gallup Poll: Public Opinion 1935-1971*, obra en dos volúmenes. Nueva York: Random House, 1972, I, p. 388.

12. Schumpeter, Elizabeth Boody: “The Problem of Sanctions in the Far East”, hay una transcripción mecanografiada de 17 páginas que envió al editor de *Pacific Affairs* en 1940, en Elizabeth Boody Schumpeter Papers. Las citas aparecen en las páginas 16 y 17.

13. Schumpeter, E. B., ed.: *The Industrialization of Japan and Manchukuo, 1930–1940*. Además de los seis capítulos de Elizabeth Schumpeter, el libro incluye las colaboraciones de E. F. Penrose (7 capítulos), G. C. Allen (11 capítulos) y M. S. Gordon (4 capítulos). De los cuatro autores del libro, Allen y Penrose eran probablemente los mejores cualificados: Allen había pasado tres años en Japón y Penrose, cinco.

14. Schumpeter, E. B., ed.: *The Industrialization of Japan and Manchukuo, 1930–1940*, p. vii.

15. Ibíd., p. 861.

16. Hubo reseñas por lo general favorables de H. F. Angus de la Universidad de British Columbia (publicada en *Canadian Journal of Economics and Political Science* 8, febrero de 1942, pp. 116-119); D. H. Buchanan de la Universidad de Carolina del Norte (en *Journal of Economic History* 1, mayo de 1941, pp. 102-103); J. B. Condliffe de la Universidad de California (en *American Economic Review* 31, marzo de 1941, pp. 126-129), y A. J. Brown (en *International Affairs Review*, suplemento 19 de junio de 1941, pp. 285-286).

17. Véanse las reseñas de John E. Orchard de la Escuela de Negocios de la Universidad de Columbia (en *Pacific Affairs* 14, junio de 1941, pp. 240-246) y de Kenneth Colegrove de Northwestern (en *American Political Science Review* 37, febrero de 1943, pp. 161-162).

18. Crítica de C. R. Fay publicada en *Economic Journal* 52, marzo de 1942, pp. 88-90.

19. Carta de Elizabeth Boody Schumpeter a David Lawrence de 10 de octubre de 1940, en Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

20. Carta de Elizabeth Schumpeter a David Rockefeller de 28 de marzo de 1940. Carta de Elizabeth Schumpeter al senador David I. Walsh de 23 de octubre de 1941: “Podría afirmar que las publicaciones japonesas muestran que los liberales y moderados japoneses han sido desposeídos de toda creencia de que el país no desee establecer ningún tipo de acuerdo en Extremo Oriente y que simplemente está embarrancado hasta que no tenga una marina en los dos océanos. No desean declararnos una guerra, pero ahora creen que los Estados Unidos y el Imperio británico están resueltos a aplastarles finalmente y, por consiguiente, pueden embarcarse en una apuesta desesperada ya que no parece que tengan otra alternativa. Me parece que se nos debería permitir saber lo que estas personas piensan aunque estén equivocadas”. Añadía en su carta que enviaba la misma información al senador Arthur Vandenberg. Véase asimismo la carta de Elizabeth Schumpeter a O. K. Armstrong de 18 de noviembre de 1941. Todas estas cartas se conservan en Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

21. Carta de Elizabeth Boody Schumpeter a Frederick Lewis Allen de 15 de diciembre de 1941, Elizabeth Boody Schumpeter Papers. Conocía a Allen y agregaba que había intentado explicar al

pueblo y al gobierno estadounidense “durante años que estaban subestimando a Japón económicamente”. Entre las obras que tratan la guerra brutal de Japón en el sur asiático, véase en concreto Bayly, Christopher y Harper, Tim: *Forgotten Armies: The Fall of British Asia, 1941-1945*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005.

22. Crítica de Chamberlin publicada en el *New York Times* el 2 de febrero de 1942.

23. Carta de Elizabeth Boody Schumpeter a George Pettee de 15 de diciembre de 1941, en Elizabeth Boody Schumpeter Papers.

20. Alienación

1. Todas las referencias y citas de los archivos del FBI que se señalan en este capítulo proceden del expediente de este organismo dedicado a los esposos Schumpeter: Federal Bureau of Investigation, Freedom of Information/Privacy Acts Section, Subject: Joseph Alois Schumpeter, File Number 100-HQ-32226.

2. El error mecanografiado de Universidad de "Howard" fue corregido a mano en algún momento por "Harvard".

3. El 18 de mayo de 1950, cuatro meses después de la muerte de su marido, el FBI entrevistó a Elizabeth de nuevo para conocer sus puntos de vista. Según el informe del FBI les dijo que "había creído que durante los años 30 los Estados Unidos habían subestimado enormemente las posibilidades de guerra de Japón. Manifestó que había expresado públicamente sus opiniones y que el resultado de estas afirmaciones es que muchas personas habían pensado que estaba a favor de los japoneses. Agradeció al FBI que hubiera llevado a cabo una investigación discreta que no había sido embarazosa para ella. Sin embargo, señaló que se había dado cuenta de que había una investigación en curso durante todo el tiempo que había durado … En ese momento señaló que la historia había demostrado que había acertado con su estimación de que Japón era un adversario fuerte."

En 1951 Elizabeth fue convocada ante la Comisión McCarran del Congreso para testificar durante una sesión ejecutiva en la que se formularon aún más preguntas sobre sus "actividades no estadounidenses". El testimonio que dio el 3 de julio de ese año figura en el volumen 65, páginas 1-18, del informe de la Comisión McCarran. No añade nada nuevo al informe anterior excepto más pruebas de lo desencaminada que estaba la investigación del gobierno estadounidense.

4. Por supuesto, no fueron los únicos. El FBI investigó a varios miles de inmigrantes durante los años de la guerra. J. Edgar Hoover elevó el número de agentes especiales asignados a este tipo de tareas desde los 300 que había a mediados de la década de 1930 hasta los 5.000 de 1945. Además, contrató a otras 7.000 personas para procesar los informes. La bibliografía existente en torno a este programa es muy amplia. Véase, por ejemplo, Stephan, Alexander, traducción de Jan van Huerck: *"Communazis": FBI Surveillance of German Emigré Writers*. New Haven: Yale University Press, 2000, que, en particular, detalla la investigación exhaustiva que sufrió Thomas Mann y su familia. Véanse también los fragmentes correspondientes de las siguientes obras: Theoharis, Athan G. y Cox, John Stuart: *The Boss: J. Edgar Hoover and the Great American Inquisition*. Filadelfia: Temple University Press, 1988; Keller, William W.: *The Liberals and J. Edgar Hoover: Rise and Fall of a Domestic Intelligence State*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989; Graebner, William S.: *The Age of Doubt: American Thought and Culture in the 1940s*. Boston: Twayne, 1990, y Theoharis, Athan G., ed.: *The FBI: A Comprehensive Reference Guide*. Phoenix, Arizona: Oryx, 1999.

5. Carta de Andreas Predöhl a Schumpeter de 28 de mayo de 1940, en Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s to 1950, archivo 8, carpeta P1940. Traducción de Benjamin Hett. Diario de Schumpeter, 28-30 de diciembre de 1941, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1949, archivo 4, carpeta Taconic 6XI41-Taconic 9VIII42, en adelante citado como Diario de Schumpeter. Todos ellos en el archivo de la Universidad de Harvard (HUA).

6. Carta de Schumpeter a Opie, que trabajaba en la embajada británica en Washington, de 13 de junio de 1941, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard: *Joseph A. Schumpeter: Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 334.

7. En el archivo con los documentos de Schumpeter (Schumpeter Papers) hay doce archivos de notas para sus cursos, archivadas por años: HUG(FP)–4.62, Lecture notes 1930-1949, HUA. Su práctica habitual de todos los años era preparar cada curso de nuevo y escribir un esquema de cada clase, a menudo con todo lujo de detalles. Cuando llegaba el momento de impartir la clase, dejaba sus notas en el despacho y daba la clase de forma que los asistentes creyeran que era una clase improvisada.

8. Carta de Schumpeter a William O. Weyforth de 11 de diciembre de 1940, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 328; Diario de Schumpeter, sin fecha (1941), archivo 7, carpeta 1941-

1942. El programa académico de Schumpeter para el año 1941/42 era el habitual:

Economía 103: Teoría económica avanzada. 10:00. Martes, jueves y sábados.

Economía 113B: Historia y literatura económica posterior a 1776 (segundo trimestre), lunes, miércoles y viernes a las 11:00.

Economía 145a: Ciclos económicos y previsión económica (primer trimestre), martes y jueves de 14:00 a 15:30.

Economía 145b: Seminario sobre ciclos económicos y previsión económica, con Gottfried Haberler (segundo trimestre), horario por determinar.

Este es el horario que una secretaria del departamento envió a Schumpeter a Taconic en una carta con fecha de 9 de septiembre de 1941. Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, UAV 349.11, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA.

9. Diario de Schumpeter, 4 de septiembre de 1940, citado en Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, pp. 99-100.

10. Carta de Schumpeter a Montgomery D. Anderson, College of Business Administration, Universidad de Florida, Gainesville, de 5 de noviembre de 1941, publicada en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 336-337. Entre la correspondencia sin abrir de Schumpeter se encontraba la última carta de las muchas que recibió de su antigua estudiante de Bonn, Cläre Tisch. La envió justo antes de que los nazis la detuvieran y la enviaran a la muerte. Carta de Tisch a Schumpeter de 8 de noviembre de 1941, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, Correspondence and other misc. papers, ca. 1920s-1950, archivo 9, carpeta T 1940, HUA.

11. Carta de Schumpeter a Canfield de 14 de abril de 1942, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, UAV 349.11, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph A. Schumpeter 1933-1942, HUA.

21. Capitalismo, socialismo y democracia

1. Muchos de los temas que Schumpeter había apuntado en escritos anteriores se desarrollan completamente en *Capitalismo, socialismo y democracia*. La lista podría ser larga por lo que solo mencionaré los siguientes: su análisis del espíritu empresarial procede de las investigaciones que llevó a cabo para *Teoría del desarrollo económico* (1911), de numerosos artículos que escribió a finales de la década de 1920 y de *Ciclos económicos* (1939); sus comentarios sobre el declive del capitalismo se basan en sus artículos "The Crisis of the Tax State" (1919) y "The Instability of Capitalism" (1928); su análisis sociológico se inspira en su artículo "Social Classes" (1927); la disección de las grandes empresas de *Ciclos económicos*. De forma más reciente, en las conferencias Lowell que dio en 1941 había esbozado varios argumentos del libro.

2. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Brothers, 1942, 2ª edición, 1947; 3ª edición, 1950. La paginación de las tres ediciones es idéntica, no obstante, la segunda y la tercera edición poseen un capítulo adicional cada una de ellas. La tercera edición tiene una longitud de 431 páginas, 50 más que el original.

3. Ibíd., pp. 32 y 44. Para una exposición desarrollada de estos temas, véase Elliott, John E.: "Marx and Schumpeter on Capitalism's Creative Destruction: A Comparative Restatement", en *Quarterly Journal of Economics* 95, agosto de 1980, pp. 45-68.

4. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 15, 16 y 24. Schumpeter pensaba que el origen del hincapié que Marx hacía en la clase trabajadora podía tener su raíz en las circunstancias de la propia historia personal de Marx: era un revolucionario fracasado de la revolución de 1848 y un exiliado en Inglaterra por lo que tenía pocas posibilidades de poder influenciar a otros grupos que no fueran los trabajadores o sus colegas intelectuales desarraigados. Schumpeter hace una valoración similar del internacionalismo de Marx: "Al carecer de país, se convenció a sí mismo con facilidad de que el proletariado no tenía patria alguna." Ibíd., p. 312.

5. Ibíd., pp. 35 y 38.

6. Ibíd., pp. 36-37 y 66-67. Schumpeter señalaba posteriormente en su obra que "la cuota que realmente se incrementa es la de la fuerza laboral en el sistema capitalista". (Ibíd., p. 310.) Marx y Engels no tenían confianza en los sindicatos británicos "ya que se daban cuenta de que esta clase podría adquirir el estatus burgués y adoptar una actitud burguesa". (Ibíd., p. 315.) En los últimos años, sobre todo a partir de la década de 1980, el porcentaje de los trabajadores en los ingresos nacionales totales ha empezado a mostrar un lento declive en muchos países industrializados, sobre todo en los Estados Unidos. No obstante, Schumpeter tenía razón en la época en que escribía dichas líneas.

7. Ibíd., pp. 32-37.

8. Ibíd., pp. 6 y 48.

9. Ibíd., pp. 49, 63 y 64. Schumpeter escribió en muchos otros documentos sobre el fracaso de la banca como elemento clave de la gravedad de la Gran Depresión. El sistema financiero estadounidense, con cerca de 30.000 bancos en general independientes, estaba insólitamente descentralizado (por ley), mucho más que el de cualquier otro país industrializado. En 1949, Schumpeter escribió que "la virulencia de la epidemia bancaria se debía a la existencia de una horda de bancos liliputienses e ineficaces y a una mala gestión de algunos bancos grandes". Véase, Schumpeter: "The Historical Approach to the Analysis of Business Cycles", en *Universities-National Bureau Conference on Business Cycle Research*, 25-27 de noviembre de 1949, reimpreso en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, p. 324. Como casi todos los analistas, Schumpeter también echaba la culpa de manera muy acusada a las políticas a la Junta de gobernadores de la Reserva Federal.

10. *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 61. Schumpeter había utilizado esta fraseología anteriormente. En una presentación que había realizado ante miembros del Ministerio de Agricultura el 18 de enero de 1936, había utilizado esa pregunta para dar título a su conferencia: "El capitalismo, ¿puede sobrevivir?" La frase de apertura de su conferencia era: "No, damas y caballeros, no puede." Los comentarios posteriores que expresó en esa alocución anticipaban algunos de los argumentos que escribiría en *Capitalismo, socialismo y democracia*. Para consultar el texto de esta presentación,

véase Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 298-315.

11. *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 61. Después de formular lo que muchos autores han denominado su famosa "predicción" sobre la incapacidad de supervivencia del capitalismo, Schumpeter perfilaba inmediatamente su significado: "Los análisis, ya sean económicos o de otro tipo, nunca dan como resultado más que una declaración sobre las tendencias actuales en un modelo observable. Y estas tendencias nunca nos dirán lo que sucederá con este modelo, sino que solo explicarán lo que habría ocurrido si siguieran actuando del mismo modo que lo habían hecho en el intervalo de tiempo que estudiaba nuestra observación, siempre que otros factores no injirieran en su curso. La 'inevitabilidad' o la 'necesidad' no pueden ser más significativas que todo esto. Los argumentos que se exponen a continuación deben ser leídos bajo esta condición." A Schumpeter le gustaban las frases sorprendentes y su pregunta y respuesta tan frecuentemente citadas podrían haber sido simplemente una forma de atraer toda la atención del lector.

    Wolfgang F. Stolper, un antiguo estudiante de Schumpeter, señalaba que después de su declaración inicial, Schumpeter también "sugería que al capitalismo todavía le quedaban al menos cincuenta años más para seguir realizando el trabajo que tan bien desarrollaba. En aquella época era una afirmación bastante atrevida, incluso si se toma el número cincuenta de manera literal y no como un simple sinónimo de largo tiempo. En aquel momento el mundo vivía en la angustia de la economía de guerra y sus controles ampliamente extendidos", además del dominio del fascismo y del comunismo en la Europa continental. Véase, Stolper: *Joseph Alois Schumpeter: The Public Life of a Private Man*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1994, p. 105.

12. *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 63. En este capítulo que lleva por título "Plausible Capitalism" (pp. 72-79), Schumpeter responde con esmero a la pregunta de si la atribución al capitalismo del aumento de la producción que tuvo lugar entre 1840 y 1940 estaba justificada o no.

13. Ibíd., pp. 67 y 68.

14. Tobin, prefacio a März, Eduard: *Joseph Schumpeter: Scholar, Teacher and Politician*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1991, p. xiii. Tobin manifestaba que Schumpeter presentó un rico menú de teorías en el cuerpo de su obra: "del Estado, de las clases sociales y del imperialismo, todas ellas con explicaciones contrarias a las de Marx. Al igual que Marx, Schumpeter pretendía relatar de manera objetiva y científica la historia y el futuro inmediato sin añadir sus propias esperanzas o preferencias". Muchos estudiosos, incluyendo a Max Weber a principios del siglo XX y a Walt Rostow en la década de 1960, han querido "dar la vuelta" a Marx. La cita es de Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 81.

15. *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 83. El ejemplo que daba Schumpeter en este pasaje, U.S. Steel, ilustraba muy bien el movimiento de consolidación del que hablaba. Sin embargo, la empresa suponía una elección menos adecuada como modelo de eficiencia que, por ejemplo, General Motors, Standard Oil o Procter and Gamble. U.S. Steel había perdido cuota de mercado de manera constante desde su creación en 1901 a través de la fusión de Carnegie Steel (una empresa extremadamente eficiente y un coloso por méritos propios), Federal Steel y otras muchas empresas. Una parte de la pérdida de cuota de mercado de U.S. Steel seguía una estrategia deliberada, una forma de defensa contra un proceso antitrust. Véase McCraw, Thomas K. y Reinhardt, Forest: "Losing to Win: U.S. Steel's Pricing, Investment Decisions, and Market Share, 1901-1938", en *Journal of Economic History* 49, 1989, pp. 593-619.

    Un investigador, Michael Perelman, ha escrito que el economista estadounidense David A. Wells adelantó las ideas de Schumpeter sobre la destrucción creativa en su libro de 1889 *Recent Economic Changes*. Sobre la base del artículo de Perelman, el lector tiene la impresión de que el autor cree (aunque no lo diga explícitamente) que Schumpeter le debía a Wells mucho más de lo que había reconocido. A pesar de que esta idea sea posible, sigue siendo cierto que Schumpeter fue uno de los economistas más generosos a la hora de reconocer y alabar el trabajo de los demás, sobre todo de sus propios predecesores. Véase Perelman: "Schumpeter, David Wells, and Creative Destruction", en *Journal of Economic Perspectives* 9, verano de 1995, en particular las páginas 195 y 196.

16. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 83 y 84. Véase asimismo McKee, David L.: *Schumpeter and the Political Economy of Change*. Nueva York: Praeger, 1991.

17. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 83 y 84.

18. Schumpeter no acuñó el término “estrategia empresarial”, pero el uso que le dio en este contexto fue muy importante para popularizar esta idea. Uno de los primeros que lo utilizó fue A. C. Miller en “Theory of Collective Bargaining: Discussion”, en *American Economic Association Quarterly*, 3ª serie, n° 10, abril de 1909, p. 42. Durante las tres décadas posteriores el término reapareció ocasionalmente, como en la reseña de R. H. Tawney sobre el libro de Henry Hamilton, *English Brass and Copper Industries to 1800*. Londres: Longmans, 1926, publicada en *English Historical Review* 42, abril de 1927, p. 293; Kreps, T. J.: “Joint Costs in the Chemical Industry”, en *Quarterly Journal of Economics* 44, mayo de 1930, pp. 428, 447 y 454; en otro largo artículo del mismo autor, Kreps: “Profits and Prices in Prosperity and Depression: Paton, Epstein, Mills”, en *Quarterly Journal of Economics* 51, agosto de 1937, p. 689; Lewis, Ben W.: “The Government as Competitor: The Effect on Private Investment”, en *American Economic Review* 29, junio de 1939, p. 296; Dennison, S. R.: “Vertical Integration and the Iron and Steel Industry”, en *Economic Journal* 49, junio de 1939, p. 256; Nourse, E. G.: “The Meaning of ‘Price Policy’”, en *Quarterly Journal of Economics* 55, febrero de 1941, pp. 175 y 190, y Weintraub, Sidney: “Price Cutting and Economic Warfare”, en *Southern Economic Journal* 6, enero de 1942, p. 312. La expresión “factores estratégicos” también aparecía en un contexto empresarial en la importante obra de Chester Barnard, *The Functions of the Executive*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1938, pp. 204-205 y Schumpeter conocía este libro. La expresión “estrategia corporativa” también apareció ocasionalmente en escritos económicos, aunque no con tanta frecuencia como “estrategia empresarial”.

    En las fuentes citadas, la esencia del término evolucionó hasta el significado que le daba Schumpeter sobre todo en los dos artículos de Kreps y en los artículos publicados entre 1939 y 1942, cuando apareció precisamente *Capitalismo, socialismo y democracia*. Es prácticamente seguro que al debatir sobre la estrategia empresarial junto con el espíritu empresarial Schumpeter hiciera una analogía con el ejército. Como escribió en 1946: “Durante mi juventud, por ejemplo, hice algún trabajo sobre historia de la estrategia y de las tácticas para un hombre que estaba considerado como una autoridad. La única cosa que todavía recuerdo es que no existe un tipo unitario de ‘hombre militar’ o de ‘gran general’ y que el intento de construir un tipo así solo da una imagen falsa de la historia militar.” Véase Schumpeter: “Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship”, sin publicar (1946), impreso en Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, p. 426n14.

    A partir del año 1960, los tres libros más influyentes sobre estrategia han sido Chandler, Alfred D., Jr.: *Strategy and Structure: Chapters in the History of the Industrial Enterprise*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1962; Andrews, Kenneth: *The Concept of Corporate Strategy*. Homewood, Illinois: Irwin, 1971, y Porter, Michael E.: *Competitive Strategy: Techniques for Analyzing Industries and Competitors*. Nueva York: Free Press, 1980. Para consultar un relato esclarecedor de la popularidad explosiva del término en las escuelas de negocio, véase Ghemawat, Pankaj: “Competition and Business Strategy in Historical Perspective”, en *Business History Review* 76, primavera de 2002, pp. 37-74 que menciona los “factores estratégicos” de Chester Barnard, aunque olvida la “estrategia empresarial” de Schumpeter o de las otras fuentes citadas anteriormente que aparecieron antes de *Capitalismo, socialismo y democracia*.

19. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 83 y 104-106.

20. Ibíd., p. 189.

21. Ibíd., pp. 78-79.

22. Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 305; Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 79. Como señalaría Paul Samuelson y otros autores posteriormente, los enfoques basados en la teoría de juegos podrían dar frutos en un modo que Schumpeter, a principios de la década de 1940, no podría haber considerado. Lo mismo sucede con algunas técnicas matemáticas más.

23. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 84-86.

24. Ibíd., p. 106. Para una exposición más completa de este punto, véase Rosenberg, Nathan: “Joseph Schumpeter, Radical Economist”, en Rosenberg: *Exploring the Black Box: Technology, Economics,*

and History. Nueva York: Cambridge University Press, 1994, pp. 47-61.

25. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 93, 99 y 100. A propósito de la incapacidad de los estadounidenses de quitarse de la cabeza la idea de monopolio, Schumpeter señalaba que "nada hay tan retentivo como la memoria de una nación". Muchos investigadores han debatido sobre dos interrogantes: la posibilidad de que Schumpeter creyera que la innovación se veía ayudada u obstaculizada por el auge de las grandes empresas y, lo que es mucho más importante, sobre los hechos que conlleva esta proposición y sus implicaciones en la política antimonopolio. La respuesta a la primera pregunta es que el propio Schumpeter podría haber parecido incongruente, pero en los artículos que escribió a finales de la década de 1920, en mayor medida *Ciclos económicos* y finalmente de forma explícita en *Capitalismo, socialismo y democracia* y en varios artículos que publicó durante la década de 1940, Schumpeter sostuvo generalmente que el tamaño de por sí y en sí mismo no excluye la innovación y puede promoverla a través de vías que no utilizarían las pequeñas empresas. Por lo general, no mantuvo que las pequeñas empresas fueran de manera inherente menos innovadoras y durante toda su carrera expresó su admiración por las empresas de reciente creación de los emprendedores.

    En relación con la segunda pregunta se han publicado un buen número de artículos interesantes sobre la mal llamada "hipótesis de Schumpeter" de que las empresas de gran tamaño favorezcan más la innovación. Entre los mejores están Scherer, F. M.: "Firm Size, Market Structure, Opportunity, and the Output of Patented Inventions", en *American Economic Review* 55, diciembre de 1965, pp. 1097-1125; Fisher, Franklin y Temin, Peter: "Returns to Scale in Research and Development: What Does the Schumpeterian Hypothesis Imply?", en *Journal of Political Economy* 81, enero-febrero de 1973, pp. 56-70; McNulty, Paul J.: "On Firm Size and Innovation in the Schumpeterian System", en *Journal of Economic Issues* 8, septiembre de 1974, pp. 626-632; Mayhew, A.: "Schumpeterian Capitalism versus the Schumpeterian Thesis", en *Journal of Economic Issues* 14, junio de 1980, pp. 583-592; Scherer, F. M.: "Schumpeter and Plausible Capitalism", en *Journal of Economic Literature* 30, septiembre de 1992, pp. 1416-1433; Frank, Mark: "Schumpeter on Entrepreneurs and Innovation: A Reappraisal", en *Journal of the History of Economic Thought* 20, 1998, pp. 505-516, y Nicholas, Tom: "Why Schumpeter Was Right: Innovation, Market Power, and Creative Destruction in 1920s America", en *Journal of Economic History* 63, diciembre de 2003, pp. 1023-1058. Algunas partes de este debate son objeto de análisis en Reisman, David: *Schumpeter's Market: Enterprise and Evolution*. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 2004, capítulo 5.

    Un ejemplo de las malinterpretaciones frecuentes de la "hipótesis de Schumpeter" sería la que expresa J. B. Rosenberg: "Research and Market Share: A Reappraisal of the Schumpeter Hypothesis", en *Journal of Industrial Economics* 25, diciembre de 1976, pp. 101-112: "Schumpeter creía que era más probable que las innovaciones tecnológicas procedieran de grandes empresas que de pequeñas empresas" (p. 101). Esta afirmación (y muchas otras similares de otros autores) es inexacta, aunque sea admisible debido a las declaraciones en ocasiones contradictorias de Schumpeter y a su lenguaje ambiguo.

26. Diario de Schumpeter, 6 de noviembre de 1943, Schumpeter Papers, anotación en el diario, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1930-1948, archivo 4, carpeta 1943-1944, HUA.

27. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 101-102, 110. Schumpeter añadía que hacer la distinción entre capitalismo e innovación tecnológica que muchos economistas insisten en hacer es "algo bastante erróneo y bastante poco marxista". Entre sus muchos comentarios sobre el monopolio y la política de los gobiernos, uno de los más claros figura en una carta que envió al profesor George W. Stocking el 29 de septiembre de 1949, recogida en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 387-390. En esa ocasión, una vez más, quedaba claro que debido a las consideraciones políticas y a la propia fijación de los economistas en el modelo de competencia perfecta, Schumpeter dudaba de la capacidad que tenían las autoridades antimonopolio de tomar medidas que pudieran ayudar a la economía a largo plazo.

28. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 129-130.

29. La tesis en su conjunto aparece en las páginas 124-157 de *Capitalism, Socialism and Democracy*.

30. Ibíd., p. 128.

31. Ibíd., pp. 129 y 139.

32. Ibíd., p. 138.

33. Ibíd., pp. 138-139.

34. Ibíd., p. 142. En un capítulo posterior del libro, Schumpeter llamaría a este fenómeno “la evaporación de la substancia de la propiedad”, p. 156.

35. Ibíd., pp. 132-133. Muchos autores han discutido sobre el verdadero significado de lo que Schumpeter quería decir en estas páginas: si el capitalismo, o las grandes empresas, estaba acabando con el espíritu empresarial, por un lado, o si solo estaba haciendo de él una función colectiva, por el otro. Los numerosos escritos al respecto de Schumpeter, sobre todo *Ciclos económicos*, sugieren firmemente la última opción, es decir, que el alcance del emprendedor individual puede estar en fase menguante (aunque nunca desaparezca), pero la función emprendedora sigue estando muy viva en grandes empresas, ejercido en su mayor parte por la dirección.

36. *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 143.

37. Ibíd., pp. 145-147. En un artículo posterior publicado en Alemania en 1948 con el título “Der Kapitalismus und die Intellektuellen” (El capitalismo y los intelectuales), Schumpeter expresaba esta misma idea de una forma bastante amarga, aunque de manera que muchas personas que han pasado cierto tiempo en las universidades podrán reconocer rápidamente, al margen de su orientación política: el caso del capitalismo es uno “que se defiende contra su proceso en frente de unos jueces que ya tienen la sentencia de muerte preparada en sus bolsillos”. “La atmósfera de enemistad contra el capitalismo … hace mucho más difícil formarse una perspectiva razonable de sus logros económicos y culturales de lo que de otra manera podría haberse hecho … la condena del capitalismo y de todas sus actividades es una conclusión que se conoce de antemano, virtualmente, un requisito de la discusión por razones de etiqueta … Cualquier otra postura que se mantenga, se hace como si fuera no solo una locura, sino además como algo antisocial que se percibe como un signo de esclavitud inmoral”. El artículo se publicó en la revista *Merkur: Deutsche Zeitschrift für Europäisches Denken* 2, 1948. Los pasajes citados figuran en las páginas 161-162. La traducción es de Benjamin Hett.

38. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 129-130.

39. Ibíd., p. 331. La comparación podría ampliarse. A excepción de Abraham Lincoln, ningún presidente estadounidense desde Andrew Jackson, cuyo segundo mandato terminó en 1837, hasta Theodore Roosevelt, que ocupó el cargo en 1901, fue un líder verdaderamente impresionante. La lista completa, junto con los ya mencionados, incluye a Martin van Buren, William Henry Harrison, John Tyler, James K. Polk, Zachary Taylor, Millard Fillmore, Franklin Pierce, James Buchanan, Andrew Johnson, Ulysses S. Grant, James A. Garfield, Grover Cleveland, Benjamin Harrison y William McKinley. Por el contrario, otros líderes empresariales destacados del siglo XIX son Cornelius Vanderbilt, Jay Gould, J. Edgar Thomson, Jay Cooke, A. T. Stewart, H. J. Heinz, Marshall Field, J. Pierpont Morgan, Henry Clay Frick, Gustavus Swift, E. H. Harriman y James J. Hill (además de inventores y empresarios como Alexander Graham Bell, George Westinghouse o Thomas A. Edison).

La tesis de Schumpeter también ilustra uno de sus temas preferidos: todas las sociedades sufren una escasez de talentos de primera clase. Había escrito sobre este asunto anteriormente y en la segunda edición de 1947 de *Capitalismo, socialismo y democracia* defiende que en la vida empresarial contemporánea, los problemas jurídicos, laborales, de control de precios y los procesos antimonopolio se han acumulado hasta “agotar la energía emprendedora y gestora”. Se gasta tanto esfuerzo en estos problemas que a un ejecutivo a menudo “no le queda aliento para afrontar sus problemas tecnológicos y comerciales”. Una consecuencia de ello es que, a excepción de las empresas de gran tamaño que pueden permitirse contar con numerosos especialistas, “los puestos más destacados [de la gestión] tienden a cubrirse con ‘personas que localizan y resuelven problemas’ más que con ‘hombres dedicados a la producción’” (p. 388).

40. *Capitalism, Socialism and Democracy*, p. 167. El tema de la ironía ha sido objeto de un estudio

detallado en Muller, Jerry Z.: “Capitalism, Socialism, and Irony: Understanding Schumpeter in Context”, en *Critical Review: An Interdisciplinary Review of Politics and Society* 13, 1999, pp. 239-268, y “Schumpeter: Innovation and Resentment”, capítulo 11 de Muller: *The Mind and the Market: Capitalism in Modern European Thought*. Nueva York: Knopf, 2002. Muchos analistas de *Capitalismo, socialismo y democracia*, que en otros aspectos han extraído unos conocimientos profundos, no han captado la ironía del tratamiento que hace Schumpeter del socialismo. Un buen ejemplo de ello es Gintis, Herbert: “Where Did Schumpeter Go Wrong?”, en *Challenge* 1, enero-febrero de 1991, pp. 27-33. El título completo del panfleto de Jonathan Swift es: “Una humilde propuesta que tiene por objeto evitar que los hijos de los pobres sean una carga para sus padres o para el país, y hacer que sean un beneficio para la comunidad”.

41. No es una coincidencia que el propio Jonathan Swift escribiera en el ocaso de la cultura de tertulias de cafetería de Gran Bretaña. El comentario de Schumpeter sobre el socialismo también tiene mucho en común con una ocurrencia famosa que espetó el conde de Saint Vincent en la Cámara de los Lores británica durante las guerras napoleónicas. El conde había sido Almirante Jervis antes de que su gran victoria naval en el cabo de San Vicente le hiciera ganar el título que ostentaría. Más adelante, durante la guerra, cuando Napoleón concentró una tropa de 250.000 soldados para llevar a cabo un ambicioso asalto de Inglaterra, el antiguo almirante se alzó en la Cámara para recordar a sus compatriotas que disponían del escudo de la Marina Real: “No digo que [Napoleón] no venga. Solo digo que no vendrá por mar.” La única vía adicional que existía era ir por aire lo que, por supuesto, resultaba ridículo en aquella época, como todo el mundo sabía.

42. Machlup: “Capitalism and Its Future Appraised by two Liberal Economists”, en *American Economic Review* 33, junio de 1943, pp. 302 y 318. El enfoque que Schumpeter adopta en *Capitalismo, socialismo y democracia* suscita la comparación con el que adoptó F. A. Hayek (de nuevo otro austríaco) en *Camino de servidumbre*. El libro de Hayek, publicado en 1944, se convirtió en una de las obras más influyentes de finales del siglo XX (fue la biblia del tacherismo en Gran Bretaña y la de muchos economistas de la escuela de Chicago en los Estados Unidos. Hayek, a diferencia de Schumpeter, esquiva todo tipo de sutileza e ironía y construye un asalto directo y frontal contra el socialismo). Está escrito con un estilo de fácil lectura y es un libro que tiene una longitud inferior a la mitad de *Capitalismo, socialismo y democracia*. Asimismo, mientras Schumpeter apenas menciona la Alemania nazi y habla mucho de la Unión Soviética, Hayek obra de manera inversa. En aquella época Hayek enseñaba en la London School of Economics y más tarde explicaría que el público al que iba dirigido su obra era el británico, al que no quería distanciar de su aliado soviético de los tiempos de la guerra.

43. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 186-188.

44. Ibíd., pp. 187, 200 y 219ff. Schumpeter afirmaba que Marx había “injertado” una “ideología revolucionaria” en su “doctrina fundamental”, que no era muy distinta al gradualismo de los socialistas fabianos de Inglaterra. (Ibíd., p. 323). Sin embargo, en Rusia, Lenin se había desviado del marxismo al introducir “la socialización por pronunciamiento en el marco de una situación obviamente inmadura” y obteniendo la “emancipación” no mediante “el trabajo del propio proletariado, sino mediante el de una banda de intelectuales que dirigían la muchedumbre”. (Ibíd., p. 330.)

45. Ibíd., pp. 167, 170 y 190-191. Más adelante, Schumpeter escribiría una declaración más dura: bajo el socialismo “las restricciones automáticas que la esfera política imponía a través del esquema burgués de las cosas” ya no existiría. “La falta de una gestión eficiente traerá consigo la falta de pan” (p. 299).

46. Ibíd., pp. 170-171, 188.

47. Ibíd., pp. 172, 188 y 190. En su capítulo 16, “The Socialist Blueprint” (pp. 172-186), Schumpeter ofrece una extensa explicación de los diferentes modos en que una autoridad central podría determinar “qué y cómo producir”, basándose en normas de conducta racional y en los datos disponibles para ello, incluyendo datos de la era capitalista previa. Cita a Enrico Barone para señalar “al economista que resolvió la cuestión” de si era posible establecer una determinación de tal calibre o no. Asimismo, cita a muchos otros investigadores, entre otros Friedrich von Wieser, Vilfredo Pareto, Oscar Lange, A. P. Lerner, Fred M. Taylor y Herbert K. Zassenhaus. Algunos de estos

economistas eran socialistas y algunos de ellos eran amigos de Schumpeter. Wieser había sido un antiguo profesor suyo de la Universidad de Viena y Zassenhaus había sido estudiante suyo en la Universidad de Bonn. La idea principal que persigue Schumpeter en su caso en cuanto a la viabilidad del socialismo se asemeja al enfoque favorable de Lange y Lerner (centrado en la eficiencia estática) mucho más que a la lógica crítica de sus colegas austríacos Mises y Hayek (eficiencia dinámica). Las citas aparecen en las páginas 172 y 173. Para un análisis adicional y una crítica del tratamiento que Schumpeter hace del socialismo, véase Reisman: *Schumpeter's Market: Enterprise and Evolution*, capítulos 7-9 pássim.

48. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 186, 194 y 202.

49. Ibíd., p. 195.

50. Ibíd., pp. 195-196.

51. Ibíd., p. 196.

52. Ibíd., p. 197-199.

53. Ibíd., pp. 172-187, 200-201 y 219ff, pássim.

54. Ibíd., pp. 204-205.

55. Ibíd., pp. 208-210. En la segunda edición de *Capitalismo, socialismo y democracia* de 1946, Schumpeter escribió: "El poder y la posición social (que es una de las principales razones por las que se valoran los altos ingresos) del directivo industrial [soviético], sobre todo si lidera la unidad local del partido bolchevique, es muy superior al de un industrial estadounidense." P. 382n4.

56. Ibíd., pp. 210-213.

57. Ibíd., p. 214. En Estados Unidos, por ejemplo, a mediados de la década de 1930 la disciplina del empresario ya no contaba con el respaldo de la comunidad. Los organismos públicos habían invertido su actitud a través de un proceso de tres etapas. Se habían apartado de una política de apoyo al empresario hasta adoptar una postura neutral que les llevó finalmente a respaldar a los sindicatos contra los empresarios y los trabajadores individuales que no querían sindicarse. En este apartado Schumpeter se refería obviamente a las políticas laborales del New Deal. Prestó poca atención a los cambios que se habían producido décadas después de adoptar cambios similares en Alemania, Francia, Gran Bretaña y otros países industrializados avanzados. Las nuevas políticas estadounidenses de la década de 1930 no solo incluían la garantía de los derechos de los trabajadores a organizarse en sindicatos y a negociar los salarios y las horas trabajadas, sino que también establecían (por fin) un salario mínimo y abolían el trabajo infantil.

58. Ibíd., p. 215-218.

59. Ibíd., p. 215-217.

60. Ibíd., p. 218. Schumpeter no hace mención de la ola de procesos con fines propagandísticos que tuvo lugar entre 1937 y 1938 durante los cuales los funcionarios políticos e industriales que se estimaba que no ejercían suficiente autoridad contra la fuerza laboral (o incluso con aquellos cuyas cuotas de producción no se habían visto satisfechas) "confesaron" rutinariamente el delito de haber sido "saboteadores" y fueron condenados mediante dichos procesos con fines propagandísticos. Posteriormente muchos de ellos fueron fusilados. Schumpeter menciona a los "saboteadores" (p. 226), pero parece probable que no conociera todos los detalles de estas prácticas ya que escribió esta parte de *Capitalismo, socialismo y democracia* en 1938, según señala en la página 231. En lo referente al "sabotaje" y a los procesos con fines propagandísticos relacionados con él, véase Medvedev, Roy: *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism*. Nueva York: Columbia University Press, 1989, pp. 452-453.

61. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 210, 218 y 225.

62. Ibíd., pp. 219-229. Schumpeter sugería que ya en 1913 Estados Unidos, debido a las grandes empresas que tenía, podría haber estado "más maduro" para el socialismo que Gran Bretaña u otros países. No obstante, citaba a continuación que la Alemania de 1913 habría estado más preparada

para una transición. Llevaban mucho tiempo siendo “un Estado partido, dirigido y disciplinado por la mejor burocracia que nunca antes se hubiera visto”. También tenían sindicatos mucho más fuertes que los que existían en los Estados Unidos.

Al decir “ahora” con respecto a Gran Bretaña, Schumpeter dejaba claro que escribió esta parte de *Capitalismo, socialismo y democracia* en 1938. Afirmaba que no había modificado su texto en respuesta a los cambios que había suscitado la II Guerra Mundial porque deseaba considerar la situación tal y como era, de forma inherente, y no como la había modificado la guerra, que podría hacer que algunos aspectos de una transición al socialismo fueran más sencillos y otros más difíciles.

63. Ibíd., pp. 221-223.

64. Ibíd., pp. 222-225.

65. Ibíd., pp. 226-227.

66. Ibíd., p. 226.

67. Ibíd., pp. 228. Schumpeter finalizaba su discurso con reflexiones sobre la condición en la que se encontraba Gran Bretaña a finales de la década de 1930 y su probable giro hacia el socialismo en los siguientes 50 a 100 años. Por un lado, a su juicio, “la estructura industrial y comercial [de Gran Bretaña] no está obviamente preparada para una socialización con éxito llevada a cabo de un golpe, sobre todo porque la concentración del control empresarial todavía no ha ido lo suficientemente lejos”. Además, “todavía queda una gran cantidad de ‘individualismo’” no solo en la mente de los capitalistas y los directivos profesionales, también en los trabajadores.

Sin embargo, contra estas barreras al socialismo, Gran Bretaña había exhibido durante varias décadas “una disminución perceptible del esfuerzo emprendedor”. Asimismo, debido en parte a la guerra y a las medidas de la sociedad de bienestar, “los ingleses [casi con toda seguridad se refería a los británicos] en su conjunto se han convertido ya en un Estado partido”. Los sindicatos eran fuertes y el funcionariado competente. Además, la clase gobernante “deseaba gobernar, pero estaba bastante preparada para gobernar en nombre de intereses cambiantes”. Después de todo, durante varios siglos había mostrado una flexibilidad asombrosa. Había gestionado el industrialismo del mismo modo que había hecho con el agrarismo. Había gestionado el proteccionismo tan bien como el libre comercio. Había tenido éxito a la hora de ejecutar programas útiles, incluso cuando habían sido promovidos por partidos de la oposición o por personas ajenas a las cuestiones sociales. “Por último, poseía un talento general que no tenía rival para apropiarse no solo los programas de la oposición, sino también sus cerebros”. La clase gobernante británica “asimilaba a Disraeli” y “si fuera necesario, habría asimilado al propio Trotski”.

Por consiguiente, Schumpeter especulaba sobre la posibilidad de que Gran Bretaña pudiera llevar a cabo un movimiento gradual hacia el socialismo. Al tiempo que aislaría a la mayoría de las industrias por un tiempo, nacionalizaría sectores básicos como la banca, los seguros, el transporte terrestre, la electricidad, la minería, el hierro y el acero y la construcción. Después de un largo período de ajuste, otros elementos de la economía migrarían del sector privado al sector público. Más tarde, en relación con este debate, Schumpeter dejaría claro que no deseaba que nada de esto sucediera. No obstante, en tanto que prospección imaginativa del futuro, podía ver escasas razones para que esto no pudiera suceder así y muchas razones de que sí ocurriera. Ibíd., pp. 228-231.

En la nota 4 de la página 231, Schumpeter afirmaba en cuanto a su descripción del modo en que el socialismo podría lograr imponerse en Gran Bretaña y a sus declaraciones al respecto que “no tengo ninguna objeción como economista”, ya que “este no es el lugar adecuado para airear las preferencias personales. Sin embargo, me gustaría que se entendiera que la afirmación anterior está formulada en función de mi deber profesional y no implica que esta perspectiva me deleite; si fuera inglés debería por el contrario consagrar toda mi capacidad a oponerme a ella”.

68. Salin, Edgar: “Einleitung”, en *Schumpeter, Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie*. Berna: Verlag A. Francke, 1946, p. 8. Swift, prefacio a *La batalla de los libros* (1704).

69. Esta sección del libro (Parte IV) tiene 71 páginas de longitud (pp. 232-303) y su estructura es relevante si se quiere analizar su argumentación. Los títulos de los capítulos son “The Setting of the Problem” (capítulo 20, 15 pp.), “The Classical Doctrine of Democracy” (capítulo 21, 19 pp.), “Another Theory of Democracy” (capítulo 22, 15 pp.) y “The Inference” (capítulo 23, 12 pp.).

Como en el resto del libro, cada capítulo esta subdividido mediante subtítulos, de dos a cinco para cada uno de los capítulos de esta sección, sumando un total de 13.

70. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 235, 236, 238 y 239.

71. Ibíd., pp. 242-243. Durante un discurso ante la Cámara de los Lores en 1858, William E. Gladstone, uno de los escasos ídolos políticos de Schumpeter, dijo algo similar al comentario de Schumpeter de que la democracia era un "método": "La decisión por mayoría es tan conveniente como el alumbrado de gas".

72. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 240-242.

73. Ibíd., p. 242.

74. Ibíd., pp. 243-246.

75. Ibíd., pp. 251, 256 y 257.

76. Ibíd., pp. 260-264. En un escrito posterior, Schumpeter afirmó que los economistas se habían percatado de que "el proceso empresarial debe verse desde el punto de vista del interés del hombre de negocios … [pero no se habían dado cuenta de] que el proceso político y por consiguiente las medidas políticas que afectan a la vida económica deben entenderse desde el punto de vista del interés del político … [Muchos economistas todavía tratan] la autoridad política y particularmente al gobierno del Estado representativo moderno como un tipo de deidad que se afana en realizar la voluntad del pueblo y el bien común". Marx había señalado correctamente este fenómeno, pero "solo habría aceptado mi eslogan (la planificación es política) para el mundo viciado de la burguesía". Véase "The Communist Manifesto in Sociology and Economics", en *Journal of Political Economy* 57, junio de 1949, pp. 199-212, reimpreso en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951. La cita figura en la página 300-301.

Schumpeter escribió un texto similar durante la primera semana de 1950: "American Institutions and Economic Progress", para las notas que compuso para las conferencias Walgreen que iba a impartir justo antes de morir: "Todos los grupos exaltan las políticas que les convienen con los eternos principios del 'bien común' que debe salvaguardar un tipo de Estado imaginario. Nadie que no haya entendido que la planificación es política puede alcanzar la madurez política. Los economistas son particularmente propensos a obviar esta verdad." Véase Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, p. 441.

77. *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 296-298.

78. Ibíd., pp. 297-298.

79. Ibíd., pp. 299-300. Una ausencia llamativa en esta presentación de Schumpeter era las referencias a la Alemania nazi. El partido "nacionalsocialista" de Hitler era ardientemente nacionalista, pero según la definición de Schumpeter (o de Marx) apenas era socialista puesto que el sistema empresarial siguió estando en manos privadas. El gobierno nazi sí ejerció un control ajustado de la economía nacional y puso en marcha muchos de los controles laborales que Schumpeter había señalado en el socialismo. Pero al mismo tiempo, Hitler expulsó sistemáticamente a los verdaderos socialistas de la administración y de otros puestos de responsabilidad. El fascismo, desde sus raíces, (ya fuera la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini, la España de Franco o la Argentina de Perón) se diferenció de forma muy acusada tanto del capitalismo como del socialismo.

80. Ibíd., pp. 301-302: "El ministro de la producción no necesita intervenir en el funcionamiento de las industrias más que los ministros ingleses de la sanidad o de la guerra interfieren en el funcionamiento interno de sus ministerios respectivos." Sin embargo, la democracia socialista "sería un caso irremediablemente perdido salvo en el supuesto de una sociedad que satisficiera todos los requisitos de la 'madurez' … incluyendo, en particular, la capacidad de establecer un orden socialista de forma democrática y la existencia de una burocracia con experiencia y estatus adecuados". Como su amigo Wassily Leontief pondría de manifiesto más tarde, la valoración del socialismo de Schumpeter "iba más allá de los límites de la economía técnica". Sus comentarios sobre el impulso que llevaba al socialismo se basaban "en un análisis amplio y penetrante del

funcionamiento interno del conjunto de nuestro sistema social y político. Nada refleja la calidad intelectual del hombre mejor que el hecho de hacer esta predicción al tiempo que desprecia la integralidad del abanico de valores sociales y culturales que la nueva sociedad, según sus conclusiones analíticas, crearía necesariamente." No obstante, al final quedaban pocas dudas de la posición del propio Schumpeter. Según Leontief, "las páginas de '¿Puede funcionar el socialismo?' están aderezadas con observaciones mordaces e ironías que inequívocamente muestran el grado en el que Schumpeter detestaba la mayor parte del sermoneo del socialismo. No solo tenemos su comentario mordaz de la página 208 sobre los sellos de un penique pegados a los pantalones como medallas prestigiosas, hay muchos comentarios más. En la página 212, por ejemplo, escribe que bajo el socialismo 'todos los camaradas se darían cuenta del verdadero significado … de las huelgas … Ya no habría … ningún burgués bien intencionado de cualquiera de los dos sexos que encontrara terriblemente excitante aplaudir a los huelguistas y a sus líderes." Leontief: "Joseph A. Schumpeter (1883-1950)", en *Econometrica* 18, abril de 1950, pp. 103-110.

81. El comentario de Hobsbawm aparece en *Revolutionaries-Contemporary Essays*. Nueva York: Pantheon, 1973, pp. 250-251. Wright, David McCord: "Schumpeter's Political Philosophy", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachussets: Harvard University Press, 1951, pp. 130-135.

Los argumentos de Schumpeter contribuyeron a crear un flujo investigador sobre el tema de la democracia. El clásico de Anthony Downs: *Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper & Row, 1957, una de las obras que suscitó el movimiento de la elección racional (que a la postre desataría una guerra civil virtual en el seno de la disciplina de las ciencias políticas) está en deuda, explícita, con Schumpeter. Aun así, la influencia general de Schumpeter en el estudio de la elección racional y la elección pública no fue muy profunda. Véase Mitchell, W. C.: "Schumpeter and Public Choice, Part I: Precursor to Public Choice?", en *Public Choice* 42, 1984, pp. 73-88 y Mitchell: "Schumpeter and Public Choice, Part II: Democracy and the Demise of Capitalism: The Missing Chapter in Schumpeter", en *Public Choice* 42, 1984, pp. 161-174. Véase también Prisching, Manfred: "The Limited Rationality of Democracy: Schumpeter as the Founder of Irrational Choice Theory", en *Critical Review* 9, 1995, pp. 301-324. En cuanto a la influencia de Schumpeter en el pensamiento político de Latinoamérica, véase Nun, José, traducción de David Haskel y Guillermo Haskel: *Democracy: Government of the People or Government of the Politicians*. Lanham, Maryland: Row-man & Littlefield, 2003.

Para consultar una valoración bastante desfavorable de la postura de Schumpeter con respecto a la democracia, véase Medearis, John: "Schumpeter, the New Deal, and Democracy", en *American Political Science Review* 91, diciembre de 1997, pp. 819-832 y Medearis: *Schumpeter's Two Theories of Democracy*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2001, que contiene amplias citas tanto de los propios escritos de Schumpeter en torno a la democracia como de la considerable bibliografía secundaria sobre estas obras.

82. Joan Robinson, reseña publicada en *Economic Journal* 53, diciembre de 1943, pp.161-175.

83. A. B. Wolfe, crítica publicada en *Political Science Quarterly* 58, junio de 1943, pp. 265-267; William S. Carpenter, de la Universidad de Princeton, escribió que las pruebas con las que Schumpeter apoyaba sus tesis derivaban "de forma prácticamente integral de su experiencia europea". Véase *American Political Science Review* 37, junio de 1943, pp. 523-524.

84. Carta de Wootton a Schumpeter de 2 de octubre de 1943, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1930-1948, archivo 4, carpeta 1943-1944, HUA.

85. Carta de Schumpeter a Wright de 6 de diciembre de 1943, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 343.

86. Arthur M. Schlesinger, Jr., reseña publicada en *The Nation*, 26 de abril de 1947, pp. 489-491.

87. Heertje, Arnold, ed.: *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after 40 Years*. Nueva York: Praeger, 1981. Lambers, Hendrik Wilm: "The Vision", en ibíd., pp. 107-129. En esta colección retrospectiva de artículos, Paul Samuelson abría fuego declarando que Schumpeter había escrito un "libro extraordinario". Samuelson: "Schumpeter's *Capitalism, Socialism and Democracy*", p. 1. Gottfried Haberler, amigo de Schumpeter y colega suyo en Harvard durante mucho tiempo, escribió que aunque Schumpeter nunca lo dijera en *Capitalismo, socialismo y*

democracia, estaba claro que su "verdadera impresión" era que "merecía mucho la pena luchar por el capitalismo o la sociedad 'burguesa'". La previsión de Schumpeter de la caída del capitalismo "ha impactado y dejado perplejos a muchos. Sin embargo, si se prestara atención de forma adecuada a todas las calificaciones, reservas y dilucidaciones que da … el fallecimiento del capitalismo pierde una gran parte de su inevitabilidad". Además, el énfasis que Schumpeter puso en aumentar el resentimiento contra la fiscalidad fue un preludio de la rebelión fiscal estadounidense que empezó en la década de 1970, un movimiento de gran importancia (que ha continuado hasta el siglo XXI). Haberler: "Schumpeter's Vision: *Capitalism, Socialism and Democracy* after Forty Years", en ibíd., pp. 70, 71, 74-75, 83, 84 y 89.

El economista Robert L. Heilbroner valoró *Capitalismo, socialismo y democracia* como una obra profunda y pionera. El propio Heilbroner hacía gala de un estilo de escritura de primera clase y evaluó el libro, en parte, desde una perspectiva artística: "Hay una gran cantidad de ostentación … un regocijo que se expresa abiertamente a la hora de sorprender al lector burgués y de pellizcar en la nariz a los radicales. Aun así, el libro está repleto de 'hallazgos perceptivos' como la observación de Schumpeter de que 'la evolución del estilo de vida capitalista se describe mejor en función de la génesis del traje de vestir moderno', una observación digna de Thorstein Veblen." Heilbroner: "Was Schumpeter Right?", en ibíd., pp. 95, 96, 99-100, 101-102 y 106.

Arthur Smithies, un antiguo estudiante y colega de Schumpeter, vio *Capitalismo, socialismo y democracia* en parte como una reacción al keynesianismo. Schumpeter se había mofado abiertamente de la "tesis de estancamiento" que Keynes había introducido en su *Teoría general*. Esta tesis mantenía que cuando un país se volvía cada vez más rico, las oportunidades de inversión disminuían a pesar de que la propensión al ahorro aumentara. Por consiguiente, el equilibro entre ahorro e inversión solo se daba con altas tasas de desempleo. "Si esto fuera válido" –escribía Smithies– "el argumento a largo plazo de Keynes ofrecería un caso inexpugnable para el socialismo". Sin embargo, Schumpeter observó que el sustento de la tesis del estancamiento estaba en las condiciones atípicas de la Gran Depresión. "Mantuvo su cordura" e insistió en que dichos problemas no eran permanentes, sino cíclicos. En cuanto al interés de Schumpeter por la inflación, los economistas angloamericanos de la década de 1940 habían pensado que era "obsesiva". Sin embargo, la inflación de dos dígitos que golpeó a todo el mundo durante la década de 1970 hizo que el hincapié que Schumpeter había hecho resultara extraordinariamente profético. Smithies: "Schumpeter's Predictions", en ibíd., pp. 130-132 y 145-146.

En una retrospectiva anterior del conjunto de la obra de Schumpeter, algunos de sus colegas de Harvard, aunque la ensalzaran en su conjunto, no se mostraron completamente seguros de la adecuación de algunos análisis concretos. Edward S. Mason, por ejemplo, que tenía 25 años menos que Schumpeter y era íntimo amigo suyo, creía que este hombre mayor que él había proporcionado "una de las críticas más eficaces y drásticas que existían sobre los modelos tradicionales del pensamiento antimonopolio". Schumpeter "posiblemente socavaba los dos grandes pilares de la ideología tradicional: en primer lugar, la idea de que el poder del mercado es el principal objetivo de ataque puesto que dicho poder implica la capacidad de explotación y, en segundo lugar, la noción de que la preservación de la competencia, que conlleva la exclusión de posiciones de poder de mercado, asegura un uso eficaz de los recursos". Mientras que en la doctrina tradicional estadounidense el poder de mercado es algo malo de por sí, "la esencia de la postura de Schumpeter es que el poder sobre el mercado es necesario para que se dé la innovación y que la innovación es la base de una competencia eficaz".

No obstante, Mason señala que Schumpeter no ofrece una verdadera guía útil para la política. Daba por seguro que una estrategia ideal antimonopolio incluiría todos los problemas relevantes, incluyendo un estudio completo de la evolución histórica de determinadas empresas y estructuras de mercado. Un proceso de ese tipo resultaría demasiado farragoso para la toma de decisiones inmediata que requieren las aplicaciones de políticas antimonopolio. Mason tampoco estaba preparado para aceptar la aseveración de Schumpeter de que las grandes empresas en general son buenos actores del proceso de innovación. La mayoría de los estudios empíricos no parecían corroborar esta afirmación y el propio gusto de Schumpeter por las pequeñas empresas de reciente creación, preferencia que había puesto de manifiesto durante su carrera, parecía indicar otra dirección. En cualquier caso, la innovación no se producía automáticamente en las grandes empresas como Schumpeter había considerado en *Capitalismo, socialismo y democracia*. "De todos modos" –esta era la conclusión de Mason– "su vigoroso ataque a los límites del análisis económico estático como fundamento intelectual de una política pública antimonopolio es tremendamente saludable y

profundamente correcto". Véase Mason: "Schumpeter on Monopoly and the Large Firm", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, pp. 89-94.

88. En ocasiones se ha atribuido esta cita a Clemenceau en vez de a Talleyrand.

89. El propio Schumpeter utilizó este símil en su obra *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 975n9. El contexto era el de la definición de "competencia": "Por supuesto, la moraleja de esta historia es que la disección de un fenómeno en sus componentes lógicos y la utilización de la lógica pura para cada uno puede llevarnos a perder el fenómeno en el intento de entenderlo. La esencia de un compuesto químico puede estar en el compuesto y no en algunos o en todos sus elementos".

22. Guerra y perplejidad

1. La Gran Depresión y la desigual distribución de la riqueza y de los ingresos en los Estados Unidos desilusionaron a muchos intelectuales estadounidenses, que se unieron al partido comunista. Véanse, entre la numerosa bibliografía existente: Crossman, Richard H., ed.: *The God That Failed: A Confession*. Nueva York: Harper & Brothers, 1950, una colección de relatos contados en primera persona de cuatro europeos y dos estadounidenses (Wright y Fischer) que es un clásico; Klehr, Harvey: *The Heyday of American Communism: The Depression Decade*. Nueva York: Basic Books, 1984; Koch, Stephen: *Double Lives: Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas against the West*. Nueva York: Free Press, 1994; Kutulas, Judy: *The Long War: The Intellectual People's Front and Anti-Stalinism, 1930–1940*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 1995; Folsom, Franklin: *Days of Anger, Days of Hope: A Memoir of the League of American Writers, 1937-1942*. Niwot, Colorado: University Press of Colorado, 1994, y Haynes, John Earl: "The Cold War Debate Continues: A Traditionalist View of Historical Writing on Domestic Communism and Anti-Communism", en *Journal of Cold War Studies* 2, invierno de 2000, pp. 76-115.

2. Harris, Seymour E.: "Introductory Remarks", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 7.

3. Haberler: "Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en ibíd., p. 138.

4. La anotación de septiembre de 1941 del Diario de Schumpeter aparece citada en Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 103. Las otras entradas proceden de Schumpeter

Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Records, notes and diaries, ca. 1930-1948, archivo 4, carpeta 1942-1943, anotaciones en el diario, 25 de abril de 1943 y sin fecha (17 de julio) de 1943, HUA, que en adelante se citará como Diario de Schumpeter.

5. Gallup, George H.: *The Gallup Poll: Public Opinion 1935-1971*, obra en dos volúmenes. Nueva York: Random House, 1972, I, p. 472.

6. Schumpeter: "The United States of America in Politics and Culture", en *Neue Freie Presse*, 21 de octubre de 1919, publicado en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Schumpeter, Aufsätze zur Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, p. 132. Traducción de Christopher Hall y Alison Fleig Frank. Diario de Schumpeter, archivo 4, carpeta 1942-1943, anotación en el diario, sin fecha (julio de 1943), HUA.

7. Diario de Schumpeter, archivo 5, carpeta 1945-1946, hoja suelta, sin fecha (1945), HUA; Gallup: *The Gallup Poll*, I, p. 337. El paralelo que estableció Schumpeter con la situación de 1815 era cuestionable. El villano en aquella época era más bien el propio Napoleón y no la nación francesa y los tratados de Versalles y de Saint Germain posteriores a la I Guerra Mundial adoptaron una posición mucho más dura con los países que habían perdido la guerra que el Congreso de Viena de 1815.

8. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Brothers, 1942, p. 360.

9. Diario de Schumpeter, anotaciones en el diario, noviembre de 1944, archivo 5, carpeta 1945 [sic]; 14 de abril y 3-7 de mayo de 1945 y sin fecha (noviembre de 1945), carpeta 1945-46, HUA.

10. Diario de Schumpeter, 11 y 14 de mayo de 1945, anotaciones en el diario, archivo 5, carpeta 1945, HUA.

11. Diario de Schumpeter, 3-7 de mayo de 1945, anotaciones en el diario, archivo 5, carpeta 1945; sin fecha (noviembre de 1945); archivo 5, carpeta 1945-1946 y sin fecha (noviembre de 1944), archivo 5, carpeta 1945 [sic].

12. Estuvo menos acertado al predecir que los regímenes favorecidos se inclinarían hacia la izquierda en sus políticas nacionales, que seguirían el modelo "laborista" que había surgido en Gran Bretaña antes de la guerra y que se había visto reforzado por la incorporación de los socialistas al gobierno de coalición de Churchill. Esta conjetura demostró ser válida para Gran Bretaña, pero no tanto para

la mayoría de los otros países. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, pp. 373-374.

13. Diario de Schumpeter, 20 y 28 de febrero y 16 de marzo de 1944, anotaciones en el diario, archivo 4, carpeta 1943-1944; 11 de abril de 1944, hoja suelta, y 11 de mayo de 1945, anotación en el diario, y sin fecha (octubre-noviembre de 1943), hoja suelta, carpeta 1943-1944, HUA.

14. Diario de Schumpeter, sin fecha (febrero de 1941), anotación en el diario, archivo 4, carpeta 1941-1942 y otra sin fecha (enero-febrero de 1945), carpeta 1945, HUA.

15. Diario de Schumpeter, 14 y 25 de mayo de 1944 y, sin fecha (1944), anotaciones en el diario, archivo 5, carpeta 1944 y 14 de mayo de 1945, anotación en el diario, carpeta 1945, HUA.

16. El "bombardeo por zonas" de ciudades finalmente pasó factura a la capacidad alemana de fabricar municiones, pero el coste de esta acción todavía sigue siendo controvertido en nuestros días. La investigación sobre el bombardeo estratégico que se llevó a cabo justo después de la guerra arrojó como resultado que se había producido menos daño a la producción industrial de lo que se pensaba. Otros estudios rebaten esa conclusión. Sin embargo, el razonamiento que llevó a esa campaña es suficientemente claro. Como uno de los historiadores más perspicaces de la II Guerra Mundial ha escrito: "Los almirantes y los generales suplicaron a Roosevelt y a Churchill que libraran a los bombarderos [de las incursiones urbanas] para ayudarles a vencer la potencia armada del Eje en el frente de batalla. Churchill y Roosevelt podrían incluso haber cedido de no haber mediado la presión acuciante de las peticiones soviéticas de un segundo frente en 1942, cuyo bombardeo se utilizaba para sofocar a los alemanes. El bombardeo estratégico surgió como un compromiso importante que no respondía a éxitos operativos probados sino a necesidades políticas. Fue una elección de civiles para su uso contra civiles, a espaldas de la fuerte oposición militar". Overy, Richard: *Why the Allies Won*. Nueva York: Norton, 1995, p. 110. Véase asimismo Stoler, Mark A.: *The Politics of the Second Front: American Military Planning and Diplomacy in Coalition Warfare, 1941-1943*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1977.

17. Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner, traducción de Ernest A. Menze: *The Penguin Atlas of World History: Vol. 2: From the French Revolution to the Present*. Nueva York: Penguin Books, 2003, p. 200. Carta de Otto Stöckel a Schumpeter de 29 de mayo de 1948, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, archivo 8, carpeta S, HUA.

18. Diario de Schumpeter, 10 de junio y sin fecha (1945), anotaciones en el diario, archivo 5, carpeta 1945-1946, HUA. La observación sobre el lanzamiento de bombas atómicas en Japón está citada en Allen: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, II, p. 155.

19. Diario de Schumpeter, sin fecha (1944), anotación en el diario, archivo 4, carpeta 1945 [sic], HUA. El contexto en el que escribió el comentario sobre la democracia bajo bombarderos estadounidenses fue durante el repliegue del oeste desde la India. Su estudiante de doctorado James Tobin recuerda que "una de las escasas opiniones apasionadas de Schumpeter que llegué a escuchar fue su condena al bombardeo estadounidense de Hiroshima". Tobin, prefacio a März, Eduard: *Schumpeter: Scholar, Teacher, and Politician*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1991, p. xiii. En cuanto a las muertes de militares estadounidenses, véase *Historical Statistics of the United States*, obra en dos volúmenes. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1970, II, p. 1140.

El bombardeo de civiles durante la II Guerra Mundial recibió nombres diversos –"bombardeo por zonas", "bombardeo estratégico", "bombardeo en alfombra", "bombardeo por saturación", "bombardeo masivo" o "bombardeo de aniquilación"– y es una de las cuestiones más acaloradamente combatidas de todas las asociadas a la guerra. Hay muchos libros excelentes sobre las campañas de bombardeo de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, entre otros, Shaffer, Ronald: *Wings of Judgment: American Bombing in World War II*. Nueva York: Oxford University Press, 1985; Sherry, Michael S.: *The Rise of American Air Power: The Creation of Armageddon*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1987, o Pape, Robert A.: *Bombing to Win: Air Power and Coercion in War*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1996. Resulta imposible saber con precisión el número de civiles japoneses que mataron las bombas estadounidenses. Mi estimación en este texto es algo menor que la de algunos autores y algo mayor que la de otros.

Uno de los libros que mejor presenta este tema de forma esmerada (y uno de los más críticos con los Aliados) es Grayling, A. C.: *Among the Dead Cities: The History and Moral Legacy of the WWII Bombing of Civilians in Germany and Japan*. Nueva York: Walker, 2006, que contiene la cita de

Curtis LeMay (p. 171). Robert S. McNamara, que más tarde sería ministro de Defensa durante la guerra de Vietnam, trabajó de joven con LeMay y otras personas para planificar la campaña de bombardeos en Japón. Más tarde también diría que si los Estados Unidos hubieran perdido la guerra, habría sido juzgado como criminal de guerra. Grayling establece un total de muertes por el bombardeo por zonas aliado en Alemania y Japón de 800.000. (Algunos autores defienden cifras significativamente más altas). El apéndice de 46 páginas con el que cuenta su libro enumera todas las misiones británicas contra Alemania y especifica no solo las estimaciones de muertos, sino también el desahucio del hogar por extensión que suponían los bombardeos. Por ejemplo, en los ataques a Fráncfort de 18 y 19 de marzo de 1944 murieron 421 personas y 55.000 más se quedaron sin hogar. Los ataques más duros fueron los perpetrados contra Hamburgo, otras ciudades portuarias, Berlín, Colonia, Dresde y las ciudades industriales del Ruhr.

En conjunto, el aspecto más enérgico en favor del bombardeo de civiles era que desviaba los recursos del enemigo para la producción de municiones, interrumpía dicha producción y forzaba al personal militar a contar con miles de soldados al servicio de baterías antiaéreas en vez de luchar contra los aliados en el campo de batalla. El aspecto más concluyente es que una parte tan importante de este asolamiento de civiles se produjo en un período muy tardío de la guerra, cuando los resultados de la misma ya eran seguros, tanto en Alemania como en Japón. A. C. Grayling es un filósofo de renombre y su libro se ocupa de todo este asunto. No obstante, al tiempo que hace una concesión al hecho de que las atrocidades de los alemanes y los japoneses eclipsaban sobremanera las de los Aliados (¿qué episodio de la historia puede compararse al Holocausto?), Grayling llega a la siguiente conclusión: “¿El bombardeo por zonas era necesario? No … ¿Estaba en contra de los principios humanitarios que se habían intentado enunciar como medio de controlar y limitar la guerra? Sí. ¿Estaba en contra de las normas morales de ese tipo reconocidas y convenidas en la civilización occidental durante los cinco últimos siglos o incluso en los últimos 2.000 años? Sí. ¿Estaba en contra de lo que las leyes nacionales más antiguas estipulan sobre el modo de proscribir el asesinato, las lesiones corporales o la destrucción de la propiedad privada? Sí.” Por supuesto, esta es una valoración muy controvertida. Sin embargo, expresa casi perfectamente lo que Schumpeter sintió en 1945.

20. Las cifras que se citan proceden de Murray, Williamson y Millett, Allen R.: *A War To Be Won: Fighting the Second World War*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2000, p. 558. Como señalan los autores, los cálculos que ofrecen pueden estar en la parte baja de las estimaciones y otras fuentes dan cifras más altas, sobre todo para la Unión Soviética. Kinder y Hilgemann: *The Penguin Atlas of World History, Vol. 2: From the French Revolution to the Present*, p. 218, proporciona las siguientes: 13,6 millones de soviéticos, 6,4 millones de chinos (tanto comunistas como nacionalistas), 4 millones de alemanes y 1,2 millones de japoneses; otros autores llevan el total hasta los 26 millones. De entre los muchos libros que tratan la Batalla de Estalingrado, uno de los mejores es Beevor, Antony: *Stalingrad: The Fateful Siege, 1942-1943*. Nueva York: Viking, 1998. En relación con bajas en la infantería comparativas de soviéticos por un lado y de británicos y estadounidenses por otro (junto con las razones de ello), véase Hastings, Max: *Armageddon: The Battle for Germany, 1944-1945*. Nueva York: Knopf, 2004.

21. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York: Harper & Row, 1942, pp. 362n16, 373. Además de las vidas perdidas, la guerra creó el mayor problema de refugiados de la historia. Con las expulsiones y los realojos, cerca de 30 millones de “desplazados” perdieron sus hogares y fueron pasto de la hambruna. Unos 17 millones tenían descendencia alemana (expulsados después de la guerra de Rusia, Polonia, Checoslovaquia y otros países). De forma similar, un gran número de italianos fue expulsado de Yugoslavia y más de dos millones de japoneses de Manchuria. Cientos de miles de polacos y otros europeos del este fueron secuestrados por el Ejército Rojo y enviados a campos permanentes de concentración en Siberia. Mientras tanto, la migración de judíos europeos supervivientes empezó a producirse con cierta determinación y en 1948 se proclamó el Estado de Israel. Véase Kinder y Hilgemann: *The Penguin Atlas of World History, Vol. 2: From the French Revolution to the Present*, pp. 221 y 222; Mazower, Mark: *Dark Continent: Europe’s Twentieth Century*. Nueva York: Knopf, 1998, p. 412. El total enorme de alemanes expulsado de varios países que volvió a Alemania procede de varias fuentes. Además de los alemanes étnicos que Hitler envió durante el III Reich para colonizar el este de Europa en el marco de la política “Lebensraum” y aquellos que se asignaron después del Tratado de Versalles a la “Sudetenland” de la recién creada

nación de Checoslovaquia, esta cifra incluye a aquellos (junto con sus descendientes) que habían sido invitados a la Rusia zarista para diseminar las prácticas modernas de la industria y del gobierno civil o que el gobierno de los Habsburgo había animado a que fueran a probar fortuna en la frontera oriental del Imperio austrohúngaro.

22. Esta suma se ha estimado en 14.000 millones de dólares durante el período comprendido entre 1945 y la muerte de Stalin en 1953. Véase Mazower: *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, p. 280.

23. Diario de Schumpeter, sin fecha (marzo de 1945), anotación en el diario, archivo 5, carpeta 1945, HUA.

24. Las estimaciones de muertes y víctimas de la II Guerra Mundial varían de una fuente a otra, pero en todos los casos se trata de un total enorme. Las cifras citadas en el texto proceden de Murray y Millett: *A War To Be Won*, pp. 554-555 y, con más pormenores, pp. 556-559. Véase asimismo Kinder y Hilgemann: *The Penguin Atlas of World History, Vol. 2: From the French Revolution to the Present*, p. 218, que presenta cinco millones de muertes de militares y un total ligeramente menor de muertes de civiles. Hubo una enorme cantidad de judíos de casi todos los países de Europa que murieron; la mayoría de los seis millones de muertos fueron polacos y judíos.

25. Skidelsky, Robert: "Hot, Cold & Imperial", en *New York Review of Books* 53, 13 de julio de 2006, p. 50.

26. En lo referente al gran papel que tuvieron personas del mundo académico en la Office of Strategic Services, véase Katz, Barry M.: *Foreign Intelligence: Research and Analysis in the Office of Strategic Services, 1942-1945*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1989.

27. Entre otros muchos libros sobre estas iniciativas, véase Borgwardt, Elizabeth: *A New Deal for the World: America's Vision for Human Rights*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005.

28. Carta de Schumpeter a Stolper, Pascua de 1942, Gustav, Nachlass y Stolper, Toni, Nl 1186/31, Bundesarchiv Koblenz (Coblenza). Gallup: *The Gallup Poll*, I, p. 478; un siete por ciento de los encuestados no tenía opinión alguna al respecto.

29. Véase U.S. Bureau of the Census: *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970*, II, p. 1141.

30. La industria estadounidense de la aviación en su conjunto pasó de ocupar el puesto 44 en cuanto al valor de la producción nacional en 1939 hasta el número uno en 1944. Para obtener más información, véase Holley, I. B., Jr.: *Buying Aircraft: Materiel Procurement for the Army Air Forces*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1964; Muelen, Jacob Vander: *The Politics of Aircraft: Building an American Military Industry*. Lawrence: University Press of Kansas, 1991; Cuff, Robert D.: "Organizing U.S. Aircraft Production for War, 1938-1944: An Experiment in Group Enterprise", en Sakudo, Jun y Shiba, Takao, eds.: *World War II and the Transformation of Business Systems*. Tokio: University of Tokyo Press, 1994; Zeitlin, Jonathan: "Flexibility and Mass Production at War: Aircraft Manufacture in Britain, the United States, and Germany, 1939-1945", en *Technology and Culture* 36, enero de 1995, pp 46-79. En cuanto a las cifras comparativas transnacionales, véase Overy, Richard: *Why the Allies Won*. Nueva York: Norton, 1995.

31. De entre los muchos documentos públicos relacionados con la movilización estadounidense durante la II Guerra Mundial, el más completo es U.S. Department of Commerce, Bureau of the Budget: *The United States at War: Development and Administration of the War Program by the Federal Government*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1946.

32. Cuff, Robert D.: "Organizational Capabilities and U.S. War Production: The Controlled Materials Plan of World War II". Boston: Harvard Business School Case no. 390116, 1997. El arquitecto del ingenioso plan de materiales controlados fue el banquero de inversión neoyorquino Ferdinand Eberstadt. Véase Christman, Calvin Lee: "Ferdinand Eberstadt and Economic Mobilization for War, 1941-1943", tesis de doctorado (Historia), Ohio State University, 1971; Perez, Robert C. y Willett, Edward F.: *The Will to Win: The Biography of Ferdinand Eberstadt*. Nueva York: Greenwood Press, 1989.

33. Para una historia general de los Estados Unidos durante ese período, véase Kennedy, David M.: *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945*. Nueva York: Oxford University Press, 1999. Entre los estudios habituales de la movilización de la guerra, incluyendo los programas de racionamiento, están Nelson, Donald: *Arsenal of Democracy: The Story of American War Production*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1946, un relato de primera mano del director del War Production Board; Janeway, Eliot: *The Struggle for Survival: A Chronicle of Economic Mobilization in World War II*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1951, obra de un periodista económico bien documentado; Polenberg, Richard: *War and Society: The United States, 1941-1945*. Filadelfia: Lippincott, 1972, una interpretación concisa de un académico historiador; Blum, John Morton: *V Was for Victory: Politics and American Culture during World War II*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976, libro de otro célebre historiador que además era un veterano de la guerra; Vatter, Harold G.: *The U.S. Economy in World War II*. Nueva York: Columbia University Press, 1985, una perspectiva de un profesional de la economía, especialmente reforzada con estadísticas.

34. Bartels, Andrew H.: "The Office of Price Administration and the Legacy of the New Deal, 1939-1946", en *Public Historian* 5, verano de 1983, pp. 5-29; Mansfield, Harvey C.: *Historical Reports on War Administration: Office of Price Administration*, vol. XV, entre estos informes figura *A Short History of OPA*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1947.

35. En 1936, la Administración Roosevelt introdujo un impuesto sobre los beneficios no distribuidos, una medida muy poderosa que gravaba progresivamente a las empresas que retenían una parte de sus ingresos en vez de distribuirlos a sus accionistas. Esta ley expropió a las empresas tanto como cualquier otra medida del New Deal y fue derogada en 1938 y 1939.

36. Brownlee, W. Elliot: *Federal Taxation in America: A Short History*. Nueva York: Cambridge University Press, 1996; Jones, Carolyn C.: "Class Tax to Mass Tax: the Role of Propaganda in the Expansion of the Income Tax during World War II", en *Buffalo Law Review* 37, otoño de 1988/89 [sic], pp. 685-737.

37. Ibíd. (ambas fuentes).

38. La bibliografía sobre estos temas es muy amplia. Además de las obras que estudian la movilización y que ya se han citado, véanse, como pequeña muestra, Campbell, D'Ann: *Women at War with America: Private Lives in a Patriotic Era*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1984; Milkman, Ruth: *Gender at Work: The Dynamics of Job Segregation by Sex during World War II*. Urbana: University of Illinois Press, 1987; Abbott, Carl: *The New Urban America: Growth and Politics in Sunbelt Cities*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1981; Markusen, Ann; Campbell, Scott; Hall, Peter y Deitrick, Sabina: *The Rise of the Gunbelt: The Military Remapping of Industrial America*. Nueva York: Oxford University Press, 1991; Nash, Gerald D.: *The American West Transformed: The Impact of the Second World War*. Bloomington: Indiana University Press, 1985.

39. Además de las historias generales sobre la movilización de Nelson, Janeway, Polenberg, Blum y Vatter, véase Higgs, Robert: "Wartime Prosperity? A Reassessment of the U.S. Economy in the 1940s", en *Journal of Economic History* 52, marzo de 1992; Rockoff, Hugh: "From Plowshares to Swords: The American Economy in World War II", en *National Bureau of Economic Research Historical Paper* 77, diciembre de 1995; U.S. Department of Commerce, Bureau of the Budget: *The United States at War*.

40. En relación con el racismo estadounidense y japonés, véase Dower, John W.: *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*. Nueva York: Pantheon, 1993.

41. *Review of Economic Statistics* 25 (febrero de 1943), la cita aparece en la portada. El número, que tiene una extensión de exactamente 100 páginas, consta de trece artículos. Uno de ellos está escrito por los matemáticos E. B. Wilson y Jane Worcester y los otros doce por autores individuales: Abram Bergson, R. M. Goodwin, Trygve Haavelmo, Oscar Lange, Fritz Machlup, Jacob Marshak, Lloyd A. Metzler, Paul A. Samuelson, Arthur Smithies, Hans Staehle, Wolfgang Stolper y Paul M. Sweezy.

42. Los artículos de Machlup, Samuelson, Stolper y Sweezy son especialmente interesantes. En general

hay más referencias a la *Teoría del desarrollo económico* de Schumpeter que a cualquiera otra de sus obras. Algunos autores citan artículos que Schumpeter había escrito en alemán y uno alude a *Capitalismo, socialismo y democracia* en una nota a pie de página, libro cuya publicación fue demasiado tardía para que hubiera sido tenido más en cuenta en general, dada la necesidad de un cierto tiempo previo para la publicación de la revista. En la mayoría de los artículos se hace evidente la influencia de Keynes y en uno de ellos, el de R. M. Goodwin, hay un intento explícito de reconciliar las teorías de Keynes y de Schumpeter.

43. Gallup, George H.: *The Gallup Poll*, I, p. 471.

44. Diario de Schumpeter, 14 de abril de 1945, anotación en el diario, archivo 5, carpeta 1945, HUA.

45. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, 2ª edición (1947), pp. 398-399.

46. Ibíd., pp. 398-399.

47. Ibíd., p. 401. Schumpeter no pudo evitar contrastar la complacencia estadounidense y lo que los soviéticos habían hecho con su primera furia ante lo que los nazis habían intentado: "Aquellos que están al servicio de un odio apasionado hacia Alemania o el régimen nacionalsocialista están satisfechos. Con los mismos argumentos que utilizaron como forma de condena y medio de elusión, apoyan ahora la política con Rusia y se sirven de ellos de nuevo como forma de condena y medio de sosegar el caso de la Alemania hitleriana".

48. Ibíd., p. 402.

49. Ibíd., pp. 398-399n31 y 402n32. En este caso Schumpeter establece una analogía entre la URSS y Standard Oil, cuyo negocio estaba tan asentado que ya no necesitaba el genio de John D. Rockefeller.

50. Ibíd., p. 403.

51. Ibíd., pp. 404-405. En la nota a pie de página 37 de la página 404, Schumpeter considera el fascismo como "el método político del liderazgo monopolís-tico en oposición al liderazgo competitivo".

52. En cuanto a Japón y a España, señala en otra nota a pie de página que ninguno de estos países fue "'totalitario' económicamente en un sentido significativo del término", a pesar de admitir que había perdido de vista la economía japonesa desde el inicio de la II Guerra Mundial. *History of Economic Analy*sis. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 1153n1.

53. Ibíd., pp. 1155-1156.

54. Ibíd., p. 1156. Robert Skidelsky confirma esta valoración en los capítulos finales de *John Maynard Keynes: The Economist as Savior*, vol. 2 de la obra *John Maynard Keynes: A Biography*, 3 volúmenes. Nueva York: Viking, 1986-2001. Véase también Garvy, George: "Keynes and the Economic Activists of Pre-Hitler Germany", en *Journal of Political Economy* 83, 1975, pp. 391-406 y Backhaus, J.: "Review Article: Theories and Political Interests: Scholarly Economics in Pre-Hitler Germany", en *Journal of European Economic History* 12, invierno de 1983, pp. 661-667.

55. *History of Economic Analysis*, p. 1156. La persecución de judíos tuvo lugar de forma más tardía en Italia que en Alemania, pero también se produjo.

56. Ibíd., p. 1157.

57. Ibíd., p. 1157.

58. Ibíd., p. 1158.

59. Amis, Martin: *Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million*. Nueva York: Hyperion, 2002, pp. 97 y 121. Amis señala la diferencia de 162 millones contra 170 millones. Conquest, Robert: *Reflections on a Ravaged Century*. Nueva York: Norton, 2000, p. 96, es la fuente de la que se han extraído las cifras citadas. Conquest atribuye 10 millones de muertos debido al hambre y a las deportaciones del total de 15 millones de personas desaparecidas.

60. *History of Economic Analysis*, pp. 1158-1159.

61. Ibíd., p. 1159n11.

62. La bibliografía sobre este tema aumenta rápidamente. Entre los muchos análisis excelentes que existen, véanse Nove, Alec: *An Economic History of the U.S.S.R., 1917-1991*, 3ª edición. Londres: Penguin, 1992; Yudanov, Andrei Yu. [sic]: "Large Enterprises in the USSR", en Chandler, Alfred D. Jr.; Amatori, Franco y Hikino, Takashi, eds.: *Big Business and the Wealth of Nations*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997, pp. 397-433, que muestra de manera extraordinariamente clara el modo en que funcionaba el sistema empresarial soviético, y Overy, Richard: *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia*. Nueva York: Norton, 2005, que proporciona detalles muy valiosos sobre el aparato administrativo del Estado soviético, comparado al de los nazis. En relación con la magnitud de los horrores estalinistas, véanse Medvedev, Roy, ed., traducción de George Shriver: *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism*. Nueva York: Columbia University Press, 1989; Conquest, Robert: *The Great Terror: A Reassessment*. Oxford: Oxford University Press, 1990; Malia, Martin: *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917-1991*. Nueva York: Free Press, 1994; Courtois, Stéphane et al.: *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999.

23. Introspección

1. Diario de Schumpeter, 9 de octubre de 1942, anotación en el diario, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivo 4, carpeta 1942-1943; 3-7 de mayo de 1945, anotaciones en el diario, archivo 5, carpeta 1945, HUA. En adelante, Diario de Schumpeter. Como Schumpeter pasaba cada vez menos tiempo en Harvard y más en Windy Hill, tuvo que solicitar la indulgencia del Departamento para algunas de sus ausencias. Sirve de ejemplo una de las cartas manuscritas que escribió al presidente Harold Burbank desde Taconic el 8 de diciembre de 1944:

Le agradezco infinitamente su considerada invitación a la reunión del departamento en la que se discutirán algunos problemas de gran importancia. Sin embargo, espero que me autorice a excusarme de la misma y a adjuntarle un pequeño memorando para que le ponga al tanto de mis puntos de vista. Estoy prácticamente abandonado a mi suerte aquí debido a la escasez de gasolina y, además, difícilmente podría permitirme los dos o tres días que me llevaría ir hasta allí.

A continuación le informaré sobre el trabajo que estoy realizando y no solo con objeto de excusarme, ya que como amigo y presidente debería saberlo. Además, usted me ha animado de forma tan atenta a que le mantenga informado que me alegro de disfrutar de esta oportunidad para hacerlo.

La carta continuaba con una relación del trabajo que estaba realizando. Véase Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, UAV 349.11, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA.

Durante los años posteriores las cartas de Schumpeter se volvieron menos frecuentes y el tono de las respuestas del Departamento un poco más glacial. Schumpeter cada vez se sentía menos responsable de su trabajo en Harvard y más de sus escritos. No fue un cambio dramático, llevaba caminando en esta dirección desde 1935 aproximadamente. No hubo dejadez en su cuidado por la enseñanza como prueban diferentes fuentes. Sin embargo, la dedicación cada vez más intensa de Schumpeter a la escritura y las normas de Harvard sobre el tiempo requerido en el campus le llevaron a un callejón sin salida. En el borrador de una carta dirigida al decano Paul Buck fechada el 2 de mayo de 1945, Schumpeter solicitaba permiso para ausentarse durante el "Reading Period" de Harvard, del 31 de mayo al 9 de junio. Explicaba que estaba escribiendo dos libros y señalaba que volvería a realizar la misma petición el siguiente año o los dos años posteriores. Hay una carta similar dirigida al presidente del Departamento, Burbank, ese mismo día en la que adjunta una copia del borrador de la carta dirigida a Buck "que adjunto para solicitar su benigno apoyo y consideración". Schumpeter añadía que "la ausencia implica un trabajo mucho menos perturbado y mucho más concentrado que el que podría realizar aquí [en Cambridge] incluso si no hay clases y en estos momentos, una quincena más o menos supone una gran diferencia para mí. A veces creo que nunca podrá ver la HISTORIA [del análisis económico] finalizada, una obra por la que ha manifestado un gran y atento interés". Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.7, archivo 5, carpeta 1943-1948, misc. corr. through Dept. Secretary, HUA.

Después llegaría una lacónica retirada de su petición dirigida al "Sr. Presidente" que también estaba fechada el 2 de mayo, ibíd. Esas cartas de Schumpeter que fueron enviadas a través de la secretaría del Departamento de Economía sugieren que Burbank, siempre tan indulgente, le habría dicho a Schumpeter que escribir al decano Buck no serviría de nada. El problema de las ausencias durante el "Reading Period" surgió en numerosas ocasiones (tanto con Schumpeter como con otros profesores de Harvard). Mucho antes, en las negociaciones originales que habían traído a Schumpeter desde la Universidad de Bonn, Frank Taussig las había propuesto en beneficio de Schumpeter y el presidente Lowell las había rechazado.

2. Diario de Schumpeter, 6 de septiembre de 1941, anotación en el diario; sin fecha (diciembre de 1941-enero de 1942); sin fecha (1941-1942), hoja suelta; 5 de enero, 30 de octubre y 29 de noviembre de 1942, anotaciones en el diario; sin fecha (1942), hoja suelta, todas ellas en archivo 4, carpeta 1941-42. Las elipsis y el guión largo aparecen así en el original.

3. Citado en Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 111.

4. Diario de Schumpeter, sin fecha (octubre-noviembre de 1942) y 23 de noviembre de 1942, anotaciones en el diario, archivo 4, carpeta 1942-1943.

5. Samuelson: “Schumpeter as a Teacher and Economic Theorist”, en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge: Harvard University Press, 1951, p. 50: “Schumpeter tenía un gran sentido del espectáculo. Con toda seguridad habló ante más economistas de todo el mundo que cualquier otro estudioso en toda la historia”, pero “era en su propia aula donde verdaderamente sacaba lo mejor de sí mismo”; *Harvard Service News*, publicado en *Harvard Crimson*, 11 de abril de 1944, p. 1, citando una vieja observación de un novato sobre Schumpeter.

6. Diario de Schumpeter, fechas citadas, anotaciones en el diario y hojas sueltas, archivo 4, carpetas 1942-1943, 1943-1944, 1944 y 1945. Hay una lista de 106 aforismos, algunos de ellos se han citado aquí, en el Apéndice I de Swedberg, Richard: *Schumpeter: A Biography*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 199-206.

7. Diario de Schumpeter, 16 de marzo de 1944, anotación en el diario, archivo 4, carpeta 1944.

8. Schumpeter: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. 185.

9. Schumpeter de hecho pensó en escribir una contrapartida de la *Teoría general* de Keynes, en la que habría presentado su propio sistema de pensamiento económico de forma similar. No obstante, parece ser que pensó en ello como en una obra complementaria más que como una oposición o refutación del escrito de Keynes (a pesar de que pensara que la *Teoría general* de Keynes estaba lleno de defectos. Véase el capítulo 25 más adelante; Diario de Schumpeter, sin fecha (1947), anotaciones en el diario, archivo 5, carpeta 1947; Allen: *Opening Doors*, II, p. 182.

10. Un estudiante cercano a él al hablar de su carrera dijo: “Schumpeter era temperamentalmente reacio al tipo de cosas que un innovador intelectual hace normalmente para granjearse seguidores y propagar sus puntos de vista … abstenerse de ‘escuelas’ de pensamiento es combinar integridad intelectual con inocencia primaria. De hecho, hay escuelas de pensamiento en el seno de las disciplinas de las ciencias sociales y dan buenos resultados”. Elliott, John E.: “Schumpeter and the Theory of Capitalist Economic Development”, en *Journal of Economic Behavior and Organization* 4, diciembre de 1983, pp. 277-308, y en particular pp. 295-298.

11. Stigler, George J.: reseña de *History of Economic Analysis*, en *Journal of Political Economy* 62, agosto de 1954, pp. 344-345.

12. Carta de Schumpeter a Fisher de 18 de febrero de 946, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 356. Anotaciones que sirven de muestra de este período: Diario de Schumpeter, archivo 4, carpeta 1944 y archivo 5, carpeta 1945, anotaciones en el diario, fechas citadas:

2/28/44. ¡Sin *Laune*! [una palabra alemana que significa estado de ánimo] ¡Eso es exactamente lo que no tengo!
2/29/44. ¡Sin Laune! … ¡Desdicha y repulsión, estoy harto de todo!
5/30/44. Por supuesto, aquí se está muy bien [en Taconic], es un lugar agradable aunque … para mí todo resulta sombrío por este sentimiento de derrota.
7/28-31/1944. No tengo felicidad, sino paz. Siguen preocupándome mis miedos y mis aflicciones, aunque de forma más suave, mitigada.
11/¿?/44. Mis éxitos se han basado en la concentración. Mis fracasos, en la falta de concentración.
1/21/45. Al echar la vista atrás sobre estos meses y estas semanas que han pasado y al mirar atrás al curso de mi vida, hay tres cosas que sobresalen:
1) siempre he cometido los mismos errores y he mostrado el mismo tipo de fortaleza y debilidad;
2) la historia podría haberse escrito sobre la base de las oportunidades perdidas (aunque, por supuesto, es un resultado retrospectivo, también hubo aquellas que fueron aprovechadas con la suficiente premura);
3) aun así, no lo lamento: si me he servido de cada una de estas oportunidades, entonces no podría haber hecho un mejor trabajo. Quizá sea incluso al contrario, ya que haber tenido un éxito rotundo con cualquiera de ellas me habría mantenido en una línea concreta y no solo me habría restringido [sino que] me habría puesto en situaciones poco confortables.
2/8/45 [su cumpleaños]. ¡Buenos días amigo! ¿Qué se siente con 62 años? Definitivamente viejo y, sin duda alguna, viejo. Una cosa … humilde gracias a los Estados Unidos … Sin ánimos de

repetir, sin arrepentimientos estériles o pena por este estado de las cosas: resignación más que cualquier otra cosa: ¡podría ser peor!

13. Diario de Schumpeter, 3 de abril de 1946, anotación en el diario, archivo 5, carpeta 1945-1946.

24. Reconocimientos y crisis

1. Massimo Augello detalló los artículos de Schumpeter en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 445-481; los artículos publicados o escritos de 1946 a 1948 figuran en la página pp. 477-480.

2. Morgenstern, Oskar: "Obituary: Joseph A. Schumpeter, 1883-1950", en *Economic Journal*, marzo de 1951, pp. 197 y 198; Smithies, Arthur: "Memorial: Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 15.

3. Carta de Schumpeter a Harold Burbank de 8 de diciembre de 1944, UAV 349.11, Department of Economics, Correspondence and Records, 1930-1961, archivo Robertson-Schumpeter, carpeta Joseph Alois Schumpeter, HUA. Además, en una carta de 10 de julio de 1944 dirigida a su colega John D. Black, presidente del Committee on Research in the Social Sciences de Harvard, Schumpeter mencionaba un "volumen preliminar" de una "obra completa que llevará por título 'The Analytic Apparatus of Economics' cuya finalización todavía llevará algunos años". Informaba a Black del progreso de su trabajo y hacía una estimación del trabajo de investigación que necesitaría durante el año siguiente. Como hizo durante toda la década de 1940, en su carta preveía que su *Historia del análisis económico* "debería estar lista para su envío a la imprenta a finales de este año". Véase Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 346-347.

4. Schumpeter, Elizabeth Boody: *English Overseas Trade Statistics, 1697-1808*. Oxford: Oxford University Press, 1960, con introducción de T. S. Ashton.

5. Diario de Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, ca. 1931-1948, archivos 4 y 5, pássim, HUA, en adelante se citará como Diario de Schumpeter; Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, pp. 149-150 y 193.

6. Citado en Allen: *Opening Doors*, II, p. 234; carta de Schumpeter a Therese Dautzenberg de 20 de mayo de 1948, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, p. 361.

7. Citado en Allen: *Opening Doors*, II, pp. 219-221; al tratar de digerir la conmoción inicial, Schumpeter escribió en su diario: "Una desorganización completa persiste … pero ahora debo considerar que aparentemente nada se viene abajo." Y al día siguiente: "Caos cerebral". Por último, en una fecha cercana a la operación de Elizabeth: "Debo recobrar la compostura". Diario de Schumpeter, anotaciones en el diario, 4, 5 y 13 de septiembre de 1948, archivo 5, carpeta 1948/2, HUA. La operación se realizó en el hospital que había en Sharon, Connecticut.

8. Citado en Allen: *Opening Doors*, II, p. 221.

9. Diario de Schumpeter, anotación en el diario, 25 de junio de 1947, archivo 5, carpeta 1947, HUA. Allen: *Opening Doors*, II, p. 182. Carta de Schumpeter a Tsuru de 10 de agosto de 1949, en Hedtke y Swedberg, eds.: *Briefe*, pp. 386-387. Shigeto Tsuru tenía un pasado muy interesante. Era marxista y se había casado con una prima del emperador Hirohito. Al final de la II Guerra Mundial, después de que rehusaran recibir a la comitiva enviada por los japoneses en busca de una solución de paz con los Estados Unidos que se acercó a la Unión Soviética para solicitar sus servicios, Tsuru encabezó una segunda misión; fue elegido por los diplomáticos japoneses porque creían que su condición marxista podría abrirle puertas. En efecto, los soviéticos recibieron a Tsuru, pero no tuvo éxito con su misión porque su anfitrión deseaba una parte del botín de guerra para sí mismo. Estoy en deuda con F. M. Scherer por el relato de este episodio de la historia.

10. Allen: *Opening Doors*, II, pp. 161 y 238. El propio Allen fue uno de esos estudiantes de posgrado de aquellos años.

11. Samuelson: *Newsweek*, 13 de abril de 1970; Allen: *Opening Doors*, II, pp. 170-171, menciona el relato que Sweezy le contaría más tarde a él.

12. Opinions of Returning Graduate Students in Economics, 1948, UAV 349.448, Department of Economics, HUA. Los estudiantes no clasificaban a los profesores numéricamente. He establecido

unas clasificaciones aproximadas a través de los muchos comentarios que contiene este documento tan informativo como extenso: primero, Hansen; segundo, Schumpeter; tercero, J. H. Williams, y cuarto, Leontief. He hecho constar en el texto todas las citas de Schumpeter que contenía esta sección del informe. Hay otras dos menciones en otras secciones:

El profesor es un orador muy estimulante que posee unos conocimientos amplísimos de muchos campos de estudio diferentes. La información tratada en este curso no fue tan importante como el tener la oportunidad de escuchar a una persona con tanta erudición y con un talento tan extraordinario.

El profesor Schumpeter: un orador muy interesado en su materia, tremendamente versado en ella, dispuesto a debatir los aspectos más difíciles con los estudiantes y con una excelente forma de presentar su discurso.

Las citas proceden de las páginas 36, 39, 41, 43 y 44 de este informe.

13. Schumpeter: "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship", memorando sin publicar (1946), impreso en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 426-427.

14. Allen: *Opening Doors*, II, pp. 172 y 173.

15. Johnson le contó esta historia a Robert Loring Allen que la publicó en su libro *Opening Doors*, II, p. 194.

16. La cifra de un tercio era inferior a la cifra de la mitad del período anterior. Report on Long-Range Plans for the Department of Economics (Revised Edition), HUG 4795.5, Sumner H. Slichter, Personal Papers, Correspondence on matters relating to Harvard University, archivo 1, carpeta Harvard Correspondence-Old, p. 4, HUA. Véase también Paul H. Buck, Provost of Harvard, correspondencia con Sumner H. Slichter, 27 de marzo de 1948, UAV 349.208, Department of Economics, Budget, carpeta Budget 1940/41-1945/46, HUA.

Mientras esto sucedía en Economía, el número de estudiantes de grado en especialización y de posgrado en Historia y Gobierno había crecido también sustancialmente durante el período que trataba este informe:

	1930-1931	1947-1948
Economía		
Grado	397	726
Posgrado	82	264
Historia		
Grado	254	327
Posgrado	138	207
Gobierno		
Grado	130	763
Posgrado	56	129

La creación de la nueva Escuela de Posgrado de Administración Pública de Harvard fue una de las razones del gran aumento del número de estudiantes de posgrado tanto en Economía como en Gobierno.

17. Carta de Paul H. Buck a Sumner H. Slichter de 27 de marzo de 1948, UAV 349.208, Department of Economics, Budget, carpeta Budget 1940/41-1945/46, p. 6, HUA. La comisión creía que Economía había aceptado a demasiados estudiantes de posgrado y propuso un descenso de 264 a 200 que todavía representaba una cifra "dos veces superior al nivel de antes de la guerra". El decimoséptimo

miembro del Departamento autorizado fue Arthur Smithies, un antiguo estudiante y amigo íntimo de Schumpeter, nacido en 1907. Smithies fue nombrado profesor titular en 1949. Ibíd., pp. 15-16.

Uno de los aspectos más impactantes del informe es la relativa antigüedad de la "plantilla fija" cuyas fechas de nacimiento figuran en el informe (ibíd., p. 2). Siete de los dieciséis profesores habían sobrepasado los 60 años y otros cuatro más los 50 (la edad obligatoria para la jubilación era de 70 años). Para el siguiente año académico solo dos de ellos tendrían menos de 49 años: A. P. Usher, nacido el 13 de enero de 1883; J. A. Schumpeter, 8 de febrero de 1883; J. D. Black, 6 de junio de 1883; A. E. Monroe, 2 de agosto de 1885; J. H. Williams, 21 de junio de 1887; H. H. Burbank, 3 de julio de 1887; A. H. Hansen, 23 de agosto de 1887; S. H. Slichter, 8 de enero de 1892; E. Frickey, 20 de agosto de 1893; S. E. Harris, 8 de septiembre de 1897; O. H. Taylor, 11 de diciembre de 1897; E. S. Mason, 22 de febrero de 1899; E. H. Chamberlin, 18 de mayo de 1899; G. Haberler, 20 de julio de 1900; W. W. Leontief, 5 de agosto de 1905; J. T. Dunlop, 5 de julio de 1914.

18. Allen: *Opening Doors*, II, p. 226. El propio Allen fue un estudiante de posgrado y en esta ocasión relataba la visita de Schneider.

19. En 1948, Schumpeter habló ante los estudiantes y el claustro de profesores del Colby College de Maine, en la Universidad de Buffalo y en el MIT Graduate Students' Club de Cambridge. Asimismo, dio conferencias en el Boston Economic Club y, en Harvard, en el Graduate Students' Economic Club, el Social Relations Colloquy y la Young Republicans. En 1949, estuvo en el Harvard Club de Filadelfia, el Boston Economic Club, el Choate Club, el Radcliffe College y el Yale Graduate Students' Club. Fue invitado a declarar ante el Congreso como miembro del Economists' National Committee on Monetary Policy, pero (al considerar que la política no era de su agrado) desestimó la invitación. Muchas de estas actividades figuran en el Diario de Schumpeter. Véase también Allen: *Opening Doors*, II, pp. 187 y 225.

20. El primer Premio Nobel de Ciencias Económicas fue concedido en 1969, de manera conjunta, a Jan Tinbergen y al buen amigo de Schumpeter, Ragnar Frisch. El segundo Premio Nobel, de 1970, fue a manos del antiguo estudiante de Schumpeter, Paul Samuelson.

25. Hacia la economía mixta

1. “Capitalism in the Postwar World”, en Harris, Seymour E., ed.: *Postwar Economic Problems*. Nueva York: McGraw-Hill, 1943, pp. 113-126, reimpreso en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, pp. 175-188. La cita aparece en la página 176.

2. Ibíd., pp. 181 y 182.

3. Véase *The Impact of the War on Civilian Consumption in the United Kingdom, the United States and Canada: A Report to the Combined Production and Resources Board from a Special Combined Committee on Nonfood Consumption Levels*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1945.

4. En 1943, Schumpeter expresó esta idea de la siguiente forma: “Los deseos de los hogares empobrecidos pueden ser tan acuciantes y tan importantes que cualquier caída brusca que trajera la posguerra y que pudiera ser inevitable, daría paso de forma rápida a un boom de reconstrucción.” En “Capitalism in the Postwar World”, pp. 182 y 183.

5. Ibíd., pp. 183-185.

6. Ibíd., pp. 186-187.

7. Ibíd., p. 188.

8. Schumpeter: “Capitalism”, en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: Encyclopaedia Britannica, 1946, pp. 801-87, publicado de nuevo en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, pp. 209-210.

9. Schumpeter, traducción de Michael G. Prime y David R. Henderson: “The Future of Private Enterprise in the Face of Modern Socialistic Tendencies”, publicado de nuevo en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 401-405. Las citas proceden de las páginas 401, 402 y 403.

10. Ibíd., p. 404.

11. La encíclicas posteriores en torno a asuntos económicos, sobre todo las de los papas Juan XXIII y Pablo VI, que fueron escritas en épocas de mucha mayor opulencia en naciones industrialmente avanzadas, tendían a adoptar una postura más crítica con respecto a las empresas. Reafirmaban la legitimidad de la propiedad privada, pero hacían hincapié en las obligaciones sociales de los sistemas capitalistas.

12. Véase el comentario sobre *Quadragesimo Anno* que hace Swedberg en Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, pp. 70-71.

13. Schumpeter: “The Future of Private Enterprise in the Face of Modern Socialistic Tendencies”, en ibíd., pp. 404-405.

14. Entre los experimentos corporativistas que tuvieron lugar en la historia estadounidense encontramos los consorcios ferroviarios del siglo XIX, acuerdos para fijar precios y limitar la producción en una serie de industrias durante el cambio de siglo (petróleo, pólvora, carbón) y la actividad extendida de asociaciones comerciales de la década de 1920, promovida eficazmente por el ministro de Comercio Herbert Hoover. Cada uno de estos experimentos tuvo cierto éxito, pero todos tendieron a violar leyes estatales y federales relativas a “la restricción del comercio” y sobre todo la legislación antimonopolio de los Estados que se había aprobado en la década de 1880, la Sherman Antitrust Act de 1890 y la Federal Trade Commission Act de 1914. En cuanto a la década de 1920, véanse Himmelberg, Robert F.: *The Origins of the National Recovery Administration: Business, Government, and the Trade Association Issue, 1921-1933*, 2ª edición. Nueva York: Fordham University Press, 1993; Hawley, Ellis W.: “Three Facets of Hooverian Associationalism”, en McCraw, Thomas K., ed.: *Regulation in Perspective*. Boston: Harvard Business School Press, 1981, y, de manera más general, Hawley, Ellis W.: “Society and Corporate Statism”, en Cayton, Mary K.; Gorn, Elliott J. y Williams, Peter W., eds.: *Encyclopedia of American Social History*. Nueva York:

Scribner, 1993, pp. 621-636. Para la década de 1930, véanse *Hawley: The New Deal and the Problem of Monopoly: A Study in Economic Ambivalence*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1966 y Brand, Donald R.: *Corporatism and the Rule of Law: A Study of the National Recovery Administration*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1988.

15. Para más información sobre los debates en torno al corporativismo y a la conferencia que Schumpeter dio en Montreal, véanse Solterer, Josef: "*Quadragesimo Anno*: Schumpeter's Alternative to the Omnipotent State", en *Review of Social Economy*, marzo de 1951, pp. 12-23 y el esmerado análisis de Dale L. Cramer y Charles G. Leathers: "Schumpeter's Corporatist Views: Links among His Social Theory, *Quadragesimo Anno*, and Moral Reform", en *History of Political Economy* 13, invierno de 1981, pp. 745-771.

    La bibliografía que trata el corporativismo en general es relativamente vasta. Una buena introducción es Schmitter, Philippe: "Still the Century of Corporatism?", en Pike, Frederick y Stritch, Thomas, eds.: *The New Corporatism: Social-Political Structures in the Iberian World*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1974. Véase también Schmitter, Philippe y Lembruch, Gerald, eds.: *Trends toward Corporatist Intermediation*. Beverly Hills, California: Sage, 1979 y Williamson, Peter J.: *Corporatism in Perspective: An Introductory Guide to Corporatist Theory*. Newbury Park, California: Sage, 1989.

16. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, 2ª edición. Nueva York: Harper, 1947, pp. 376 y 384. Schumpeter estructuró esta sección de 15 páginas del nuevo capítulo de la siguiente forma:

    Posibilidades económicas en los Estados Unidos:

    1. Redistribución de los ingresos mediante los impuestos.
    2. La gran posibilidad.
    3. Condiciones para su realización.
    4. Problemas de la transición.
    5. La tesis del estancamiento.
    6. Conclusión.

17. Ibíd., pp. 382-384.

18. Ibíd., pp. 385-387.

19. Ibíd., pp. 384, 387-388, 389n13 y 390n15.

20. Ibíd., pp. 392-394. En una sección del capítulo titulada "La tesis del estancamiento" escribió que "lo que queda por observarse es lo que para muchos economistas es el problema de la posguerra por excelencia: cómo garantizar un consumo adecuado". Schumpeter mencionó lo que denominaba "la mentalidad de viajante del país" del período de 1920 a 1940 como "la única explicación que puedo dar".

21. Ibíd., p. 395. Schumpeter se refirió a los efectos emocionales de la Gran Depresión como "una explicación psicológica de la ley psicológica keynesiana".

22. Se ha publicado un bosquejo de una de la serie de conferencias a partir del cual Schumpeter construyó su discurso en Swedberg, ed.: *The Economics and Sociology of Capitalism*, pp. 429-437. El material citado figura en las páginas 434-435.

23. Ibíd., p. 436.

24. Schumpeter: "There Is Still Time to Stop Inflation", en *Nation's Business*, junio de 1948, pp. 33-35 y 88-91, se ha vuelto a publicar en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, pp. 241-253. Este artículo podría haber resultado demasiado complejo para un seminario económico dirigido al gran público. Presenta demasiadas referencias oscuras, no establece relaciones con industrias concretas, no contiene suficientes estadísticas y no especifica la duración de los remedios propuestos. Los pasajes citados aparecen en las páginas 241-244.

25. Ibíd., pp. 241. Schumpeter había explicado la anatomía de la inflación (de manera innecesariamente extensa) y había mostrado cómo se aplicaba a la situación del momento de los Estados Unidos. Sus

conclusiones fueron las siguientes:

No es posible detener el curso de la inflación sin crear una depresión que pueda resultar demasiado difícil de soportar para nuestro sistema político. Sin embargo, es posible hacer que el proceso inflacionista se extinga, de tal forma que se evite una depresión de proporciones insufribles.

Los controles directos [de los salarios y los precios] son inútiles, excepto cuando son medidas temporales para casos concretos.

La reducción de la masa monetaria, siguiendo el método de Stalin [de quitar de circulación de manera forzosa la moneda] o mediante un impuesto sobre el capital, es algo impensable. La restricción del crédito es necesaria en el grado que se ha señalado [en el texto del artículo], pero no es suficiente por sí misma. Debe ser complementada con una política fiscal a favor del ahorro y con una actitud de gasto público que esté preparada para luchar por cada dólar.

Si añadimos la cláusula "excepto en caso de emergencia", entonces todo lo que conseguiremos es que los políticos tilden cualquier ocasión de gasto como emergencia … Una de las mejoras frases que Lenin pronunció fue que "para destruir la sociedad burguesa hay que corromper su dinero".

Ibíd., p. 251. Estos párrafos resumen, que no reflejan, el estilo característico de la prosa de Schumpeter, a excepción de la cita de Lenin que había utilizado en otros escritos, y probablemente fueron el resultado de una labor de condensación de su borrador de los editores de *Nation's Business*.

26. Schumpeter: "*Capitalism, Socialism and Democracy"*, en Seidl, Christian y Stolper, Wolfgang F., eds.: *Aufsätze für Tagespolitik*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 1993, pp. 249-250, 251 y 253. Se trata de la conferencia de Haddon House que dio en el Institute of World Affairs, un programa que estaba a cargo de William Y. Elliott, profesor de gobierno de Harvard (el emplazamiento de este programa estaba cerca de Taconic). Que el imperialismo era la última etapa del capitalismo era una tesis básica del marxismo y había sido desarrollada por Lenin, Trotski y los propios antiguos compañeros de clase de Schumpeter, Otto Bauer y Rudolf Hilferding, entre otros.

27. Schumpeter: "English Economists and the State-Managed Economy", en *Journal of Political Economy* 57, octubre de 1949, pp. 371-382, se ha vuelto a publicar en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, pp. 306-321. Las citas figuran en las páginas 309, 312 y 319. Para mayor claridad hemos separado la palabra original de Schumpeter "sadismodeoficina".

28. *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3ª edición. Nueva York: Harper, 1950, pp. 418-419. En el libro, la primera frase de esta cita aparece en cursiva. Elizabeth Schumpeter se ocupó del discurso de su marido para esta publicación a partir de su borrador manuscrito y añadió algunos párrafos breves con conclusiones que se basaban en las notas que ella había tomado y en lo que en alguna ocasión Schumpeter había dicho delante de ella. Véase asimismo el comentario de Schumpeter: "El resultado provisional [de las tendencias actuales] es la casa situada a medio camino del laborismo inglés", en Schumpeter: "American Institutions and Economic Progress", notas tomadas a finales de 1949 o principios de 1950 para las Conferencias Walgreen que habría dado de no haber fallecido. En Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, p. 443.

29. *Capitalism, Socialism and Democracy, 3ª* edición (1950), p. 419.

30. Ibíd., p. 419. Como había hecho muchas veces antes (en Austria, Alemania o Estados Unidos), Schumpeter señaló entonces que la inflación crónica era el talón de Aquiles de los sistemas capitalistas. Enumeró una serie de remedios similares a la lista que había presentado en sus artículos periodísticos alemanes de la década de 1920 y en su texto de 1948 para *Nation's Business:* un impuesto sobre la renta graduado de manera menos abrupta, una reducción de los impuestos de sociedades y un mayor hincapié en los impuestos comerciales. Ibíd., p. 421-424, sobre todo p. 423.

31. Por supuesto, no ha sido estable en el funcionamiento interno de su sistema empresarial; Schumpeter tenía razón al decir que el capitalismo estable era una contradicción en sus propios términos.

26. Historia del análisis económico

1. El único rival que tiene la colección de Kress está en la London University. Los fondos de ambas derivan de la colección Foxwell que reunió un coleccionista privado en Gran Bretaña. Ambas, sobre todo la biblioteca Kress, han aumentado sus fondos considerablemente mediante adquisiciones posteriores. La cita procede del Diario de Schumpeter, 20 de julio de 1943, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, c. 1931-1948, archivo 4, carpeta 1944, hoja suelta, sin fecha (verano de 1944), HUA. En adelante se citará como Diario de Schumpeter.

2. Diario de Schumpeter, citado en Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 99.

3. También anotó que sus compañeros de la universidad parecían albergar dudas "sobre esta historia mía". Diario de Schumpeter, archivo 4, carpeta 1942-43, anotaciones en el diario, 25 de abril y 20 de julio de 1943; archivo 5, carpeta 1945, anotación en el diario, 12 de febrero de 1945. Carta de Schumpeter a William L. Crum de 11 de septiembre de 1945 y a Edward S. Mason de 10 de agosto de 1949, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 353 y 386.

4. Schumpeter, Elizabeth: introducción a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, p. v. El título del libro de 1941 es *Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte* y era un volumen de la serie de Weber *Grundriss der Sozialökonomik*. Elizabeth contaba que el libro anterior de Schumpeter "era un largo ensayo (de unas 60.000 palabras) de algo más de cien páginas que estaba estructurado en cuatro partes o capítulos".

5. Schumpeter, Elizabeth: introducción a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*, pp. v-vi. Véase asimismo Staley, C. E.: "Schumpeter's 1947 Course in the History of Economic Thought", en *History of Political Economy* 15, primavera de 1983, pp. 25-37, que expone una serie de relaciones claras entre el curso y el libro.

6. Schumpeter, Elizabeth: nota del editor a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*, p. 159. Trabajar en la biblioteca Kress produce este tipo de efecto tanto sobre mí como sobre otros muchos investigadores que conozco. Durante la remodelación integral de la biblioteca Baker que tuvo lugar del año 2003 al 2005, la biblioteca Kress sufrió, desgraciadamente, una reconfiguración.

7. Schumpeter, Elizabeth: introducción a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*, p. vi. Carta de Schumpeter a Arthur Smithies, sin fecha (1943), citada en Smithies: "Memorial: Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 14.

8. Elizabeth Schumpeter, introducción a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*, pp. vii; véase también la página 55.

9. Ibíd., pp. vii-viii.

10. Ibíd., pp. viii-ix.

11. Según explicó Elizabeth, el proceso de edición "podría haber continuado indefinidamente". Contaba con una donación de David Rockefeller y con otra beca de la Fundación Rockefeller "que hicieron posible la mayor parte del trabajo administrativo y de asistencia editorial que he mencionado antes". Elizabeth compuso la mayor parte del índice que por sí mismo ocupaba 15 páginas con letra pequeña. Además, añadió una pequeña cantidad de material al texto que dispuso entre corchetes para advertir al lector. La mayor parte de ellos sirven de elemento transicional de una sección a la siguiente. Algunos de los amigos de su marido y de sus compañeros de Harvard también le ayudaron y ella expresó su agradecimiento a todos ellos. Entre estas colaboraciones estaba la de Arthur W. Marget, "la primera persona que leyó el texto íntegro de *Historia* en su versión mecanografiada" y que también prestó consejo en materia de política editorial y recompuso el capítulo sobre el valor y el dinero; la de Gottfried Haberler, que leyó la mayor parte del borrador mecanografiado y ayudó a verificar algunas referencias oscuras, y la de Paul Sweezy, que leyó las galeradas del libro entero, "hizo sugerencias muy valiosas y detectó varios errores que se me habían escapado". Richard M.

Goodwin, otro antiguo estudiante de Schumpeter, organizó la parte final del libro que finaliza con la revolución keynesiana. Otros compañeros de Schumpeter a los que Elizabeth agradeció su ayuda fueron Alfred H. Conrad, William J. Fellner, Alexander Gerschenkron y Frieda S. Ullian. Véase Schumpeter, Elizabeth: introducción a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*, pp. ix-xiii.

La introducción de Elizabeth está fechada en julio de 1952. En otra nota, la editorial añadía que Elizabeth consagró la mayor parte de su tiempo desde la muerte de Schumpeter acontecida en enero de 1950 "hasta las últimas semanas de su larga enfermedad" a preparar el libro para su publicación. Cuando Elizabeth murió en 1953, el grueso del libro estaba finalizado y el índice de autores (que comprende los nombres de unos 1 500 analistas económicos) casi terminado. Oxford University Press también señalaba su "profunda gratitud al profesor Wassily Leontief por ayudar a que esta publicación sea posible". Esta alusión seguramente se refería a una ayuda financiera para sufragar los elevados costes iniciales de impresión de una obra tan larga.

12. *History of Economic Analysis*, pp. 6 y 873. Como en los negocios, la tarea de comprender el fenómeno económico estaba en constante evolución. Schumpeter aducía que los economistas no tenían motivo alguno para la autocomplacencia puesto que "nuestra actividad es, y siempre fue, además de modesta, desorganizada". Tampoco debían los economistas "confiar los unos en los otros para definir el 'estado de la ciencia'" como podía hacerse en el caso de la física o de las matemáticas.

13. Continuaba diciendo que en la historia del pensamiento económico, se habían propuesto muchas ideas económicas muy buenas que después habían perdido fuelle. Este proceso había dañado la capacidad de la disciplina para acumular su progreso, como hacía la física. El estudio de la historia doctrinal revelaría algunas de estas ideas perdidas. De hecho, la economía es una ciencia, aunque sea "un caso particularmente difícil, porque el sentido común se adentra en este terreno hasta lugares más lejanos relativamente que cualquier otro lugar donde este tipo de conocimiento científico habría podido llegar, en comparación con el lugar que alcanza el conocimiento del sentido común en prácticamente cualquier otro terreno". Ibíd., pp. 6, 9.

14. Ibíd., pp. 54-55.

15. Ibíd., pp. 74, 92.

16. Ibíd., pp. 181-182. El último comentario quizá se corresponda mucho más con el propio Schumpeter que con Smith y en cualquier caso no es muy correcto. Una prima de Smith, Jane Douglas, cuidó de su casa durante muchos años y durante una larga estancia en Francia durante los años de la década de 1760, Smith forjó una duradera amistad con varias mujeres que presidían algunos salones.

17. Ibíd., pp. 184-186.

18. Ibíd., pp. 185, 186.

19. Aunque no contuviera ningún avance teórico "incluso respecto a 'predecesores' distantes" (a los que Adam Smith no mostraba un generoso reconocimiento), Smith no tuvo parangón "a la hora de bruñir los hechos hasta que resplandecieran. Los hechos se desbordaban y tropezaban unos con otros … Se ha hecho acopio de más hechos y se han mejorado las técnicas teóricas, pero nadie hasta el día de hoy ha tenido éxito en soldar ambas vertientes (junto con un poco de sociología política) como lo hizo A. Smith". *History of Economic Analysis*, pp. 186-187. En este punto Schumpeter hablaba principalmente del libro IV de *La riqueza de las naciones*, en el que Smith debatía el mercantilismo y otros temas afines.

20. *History of Economic Analysis*, pp. 193-194. Schumpeter precisa quiénes eran estos precursores y enumera sus contribuciones. Tuvo conocimiento de la historia editorial de la obra de Smith a través de la biblioteca Kress de la Escuela de Negocios de Harvard, que contaba en sus fondos con al menos una copia de cada edición conocida de *La riqueza de las naciones* de cualquier año y en cualquier idioma (una colección que vale por sí misma millones de dólares).

21. *History of Economic Analysis*, p. 199. También menciona al asociado de Hamilton, Tench Coxe, que trabajó en la administración fiscal estadounidense, cuya colección de ensayos y conferencias, *A View of the United States*, "está cerca de ser en realidad un tratado sistemático".

22. *History of Economic Analysis*, p. 223.

23. Ibíd.

24. Ibíd., pp. 473-474.

25. Ibíd., pp. 470, 473.

26. Ibíd., pp. 473-474. Keynes aparece citado en Deane, Phyllis: *The Evolution of Economic Ideas*. Cambridge: Cambridge University Press, 1978, p. 83. Deane sostenía que Keynes prefería a Malthus porque Malthus elevaba las preocupaciones morales por encima de la precisión matemática y las asunciones simplificadoras de Ricardo (ibíd., p. 80).

27. *History of Economic Analysis*, p. 382. De todos modos, Schumpeter añadía que las circunstancias de todos estos puestos "dejan claro que este empeño no traería consigo cargos de por vida, ni siquiera que las plazas fueran a ocuparse durante mucho tiempo".

28. Ibíd., pp. 382-383.

29. Ibíd., p. 397. Schumpeter podría haber añadido que el libre comercio y los aranceles eran un tema que dividía profundamente la política estadounidense: los fabricantes proteccionistas del noreste por un lado, contra los agricultores favorables al libre comercio del sur y del oeste, por el otro. Dejando aparte la esclavitud, la lucha entre los defensores del libre comercio y del proteccionismo (que casi siempre ganaban la batalla en el Congreso) fue el problema más espinoso del país durante la mayor parte del siglo XIX. Schumpeter era consciente de todo ello como mostraban sus escritos anteriores.

30. Ibíd., p. 771.

31. Ibíd., pp. 771-772. Schumpeter no menciona a los modernistas, con los que, sin lugar a dudas, se podría haber construido una larga lista con artistas de muchos países.

32. Ibíd., pp. 754-758. En Alemania, "la *Verein für Sozialpolitik* [que simpatizaba con los movimientos obreros y con la reforma laboral] se fundó en 1872, the American Economic Association, en 1885 (the [American] Historical Association en 1884) y la Royal Economic Society (por utilizar el nombre que finalmente adoptaría), en 1890". La Verein tenía un objetivo especial que no era puramente científico y los estatutos originales de la American Economic Association contenían un artículo que declaraba: "Consideramos que el Estado es una agencia cuya ayuda positiva es una de las condiciones indispensables para el progreso humano". Esta afirmación, escribiría Schumpeter, "pretendía comunicar un principio político", pero se abandonó en 1888, presumiblemente para hacer que la naturaleza de la asociación fuera menos política y más científica.

    Durante ese mismo período (sobre todo en la década de 1880), los economistas fundaron nuevas publicaciones profesionales. Schumpeter nombra doce de ellas, incluyendo cinco alemanas, tres estadounidenses, una británica, una francesa, una italiana y otra noruega. Además, surgieron unas instituciones nuevas que de forma específica buscaban el progreso de la ciencia: "Permítasenos mencionar la que es con diferencia la más importante: London School of Economics (1895)".

33. Ibíd., pp. 764, 765-766 y 769.

34. Ibíd., pp. 801-802 y 873. También mencionaba a otros, pero añadía que no habían contribuido en absoluto al análisis "ni mostraron ser maestros de su uso. Sirvan de ejemplo los honorables nombres de Henry C. Adams, [Richard T.] Ely, [Jacob Henry] Hollander, [J. Laurence] Laughlin, [Henry] Seager y [E. R. A.] Seligman". Esta descripción es demasiado dura ya que algunos de ellos sí que realizaron contribuciones de peso.

35. Ibíd., pp. 514-515.

36. De forma más amplia escribió: "Acabar con el mito de que siempre hubo una época en la que los economistas en su conjunto despreciaron la investigación de hechos históricos o coetáneos o en la que los economistas eran puramente especulativos o carecían de razones basadas en hechos es uno de los principales objetivos de este libro". Ibíd., pp. 807-808.

    Schumpeter reconocía que gran parte de la obra de la escuela histórica podría haber sido mediocre. Señala que Henrik Ibsen, un maestro a la hora de transmitir influencias con un par de

golpes rápidos, describía en *Hedda Gabler* al descolorido marido, el Dr. Tesman, como si hubiera "¡acabado de trabajar en la industria del paño de Brabante en el siglo XVI!" Ibíd., p. 810.

37. Schumpeter añadía que varios miembros de la escuela histórica, en concreto Schmoller, "que admitió con toda sinceridad su error posteriormente, asociaba la teoría [por sí misma] con el 'manchesterismo', es decir, con un liberalismo incondicional". Ibíd., pp. 809– 815 y 849.

Además, Schumpeter escribió sobre los tres últimos miembros destacados de la escuela histórica: su propio buen amigo de Bonn, Arthur Spiethoff, que había trabajado como asistente de Schmoller; Max Weber, uno de los científicos sociales más extraordinarios, y el controvertido Werner Sombart, célebre autoridad en materia de capitalismo, que más tarde colaboraría con los nazis y que a Schumpeter no le gustaba en absoluto. Schumpeter escribió sobre el libro de Sombart, *El capitalismo moderno* (que se publicó por primera vez en 1902 y que más tarde vería la luz en una serie de ediciones ampliadas a mediados de la década de 1920), que "había dejado perplejos a los historiadores por la frecuencia de su resplandor insubstancial. No ven en él nada que pudieran llamar verdadera investigación (el material del libro es en realidad completamente de segunda mano) y protestaron por sus muchos descuidos. Aun así, en cierto sentido fue un logro destacado de la escuela histórica y resultaba tremendamente estimulante a pesar de sus errores". En esta condena aderezada de una débil alabanza se hace evidente que Schumpeter sentía poco respeto por las inconexas generalizaciones de Sombart; además escribió que Sombart era en todos los sentidos el autor opuesto al esmerado Arthur Spiethoff. Sin decirlo claramente, Schumpeter sugería que la reputación internacional de Sombart estaba sobrevalorada. No obstante, admitía que Sombart, como Weber, fue menos hostil a la teoría económica que la mayoría de los miembros de la escuela histórica. Ibíd., pp. 815-818. Para consultar una interpretación más favorable de la obra de Sombart que la que ofrezco aquí, véase Chaloupek, Günther: "Long-term Economic Perspectives Compared: Joseph Schumpeter and Werner Sombart", en *European Journal of the History of Economic Thought* 2, 1995, pp. 127-149. Chaloupek fue tan osado como para insinuar que *Capitalismo, socialismo y democracia* estaba inspirado en parte en los escritos de Sombart.

38. Schumpeter también citaba a Walras: "Una vez le escribió a un amigo suyo: 'Si uno tiene prisa en cosechar, debe plantar zanahorias y lechugas, pero si uno tiene la ambición de plantar robles, entonces debe ser razonable y decirse a sí mismo: esta sombra me la deberán a mí mis nietos'." *History of Economic Analysis*, pp. 827-829.

39. Ibíd., p. 773n5.

40. Ibíd., pp. 10-11 y 337n6. Schumpeter sostenía que "los 'abogados defensores', tanto si se les paga, como si no" tienen derecho a oír tantas audiencias como los "'filósofos imparciales' si es que alguna vez ha existido una especie así".

41. Schumpeter alabó a F. A. Hayek por haber advertido del peligro de realizar préstamos indiscriminados de otras disciplinas, a lo que Hayek llamó "cientificismo". Ibíd., pp. 15, 17 y 19.

42. Ibíd., pp. 19 y 27. Durante finales del siglo XX y principios del siglo XXI, se había intentado con frecuencia fusionar la psicología y la economía, algo que los economistas habían considerado favorablemente y en algunos de estos intentos figuran incluso dos ganadores del Premio Nobel. El tratamiento de Schumpeter de la escuela austríaca, que siempre había arrojado un balance positivo, se volvió de manera manifiesta más entusiasta en *Historia del análisis económico* que en otras obras anteriores. Véase Beinsen, Lutz: "Schumpeter's Perception of Austrian Economics: A Comparison between *Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte* and the *History of Economic Analysis*", en *History of Economic Ideas* 6, 1988, pp. 55-77.

43. Ibíd., pp. 41 y 42. Schumpeter escribió que la visión de Keynes está resumida en el capítulo 18 de *The General Theory*, sobre todo en las páginas 249-254.

44. *History of Economic Analysis*, pp. 42-43.

45. Ibíd., pp. 42-43.

46. Ibíd., pp. 561-562 y 570.

47. Ibíd., p. 570.

48. Ibíd., pp. 571-572.

49. Ibíd., pp. 572-573. En la nota 5 de la página 573, Schumpeter compara este fenómeno con la doctrina de la armonía de clases en oposición al antagonismo de clases. “El antagonismo de clases se ha predicado con insuperable vigor y, por otra parte, ofrece una ideología intelectual radical. La armonía de clases nunca se ha manifestado enérgicamente o incluso de forma convincente. Tampoco se ajusta al libro del intelectual radical. Así que el que la sostenga probablemente será objeto de mofa como una especie de Caspar Milquetoast [un personaje de tebeo de la época que aparecía en la tira cómica “The Timid Soul”] y esto resulta tan eficaz o incluso más eficaz que unos argumentos serios.”

50. Ibíd., pp. 573-574.

51. Ibíd., pp. 893 y 897-898.

52. Ibíd., pp. 555-556. Schumpeter añade que “en Alemania el concepto de emprendedor era un elemento familiar de la tradición ‘cameralista’. Y lo mismo sucedió con el término correspondiente *Unternehmer*, que los economistas de ese período [la primera mitad del siglo XIX] siguieron utilizando.”

53. Ibíd., pp. 556-557.

54. Ibíd., p. 897. En este caso Schumpeter se muestra bastante técnico, por necesidad, aunque el pensamiento que quería transmitir queda bastante claro.

55. Ibíd., pp. 893 y 897-898.

56. Ibíd., p. 545. Schumpeter argumentaba lo siguiente: “Y es lógico que la descripción generalizada de los teóricos se vea tremendamente simplificada por la presunción de que un hogar o una empresa individual no pueden influenciar de manera perceptible los precios de todos los productos y “factores”, de ahí que se puedan considerar como asignados”. Ibíd., p. 972. En la nota 4 de la página 973, Schumpeter añadía que el término “competitividad pura” fue introducido por E. H. Chamberlin en *The Theory of Monopolistic Competition* (1932), a partir de una idea de su tesis de doctorado de 1927.

57. *History of Economic Analysis*, p. 1171. El capítulo de Schumpeter todavía estaba en un borrador escrito a mano en el momento de su muerte por lo que aún no había sido mecanografiado, corregido o editado. De todos modos, Schumpeter había escrito sobre Keynes en numerosas ocasiones y este escrito final, aunque se publicó en su primera versión de borrador, era obviamente el producto de una larga reflexión.

58. Ibíd., p. 1171.

59. Ibíd., pp. 1171-1172. Schumpeter mantenía que Keynes contó con una buena cantidad de ayuda para escribir la *Teoría general:* “A continuación debemos apuntar el reconocimiento de Keynes (que en todos los casos se puede establecer independientemente) de estar en deuda con Joan Robinson, R. G. Hawtrey, R. F. Harrod y, sobre todo, con R. F. Kahn, cuya participación en este logro histórico no está muy lejos de poder considerarse autoría conjunta.”

60. Aun así, el verdadero radicalismo de Keynes descansaba sobre otra cosa según Schumpeter. La posición de Keynes sobre la función del ahorro en las economías capitalistas se apartaba de manera concluyente de una ortodoxia que había durado varios siglos. “Sus análisis parecían restablecer la respetabilidad intelectual de las perspectivas contrarias al ahorro y explicó con todo detalle las implicaciones que conllevaba en el capítulo 24 de la *Teoría general*. Por consiguiente, aunque su mensaje científico resultaba atractivo para muchas de las mejores mentes de la profesión económica, también lo era para los escritores y oradores de los aledaños de la economía profesional, que no recabaron nada más de la *Teoría general* que la nueva economía de gasto; para los que recuperaba la feliz época de la Sra. Marcet [Jane Marcet, autora de un libro de texto de economía extremadamente popular que se publicó por primera vez en 1816], época en la que cada estudiante femenina adquiría la competencia para juzgar de cabo a rabo el organismo infinitamente complejo de la sociedad capitalista mediante el mero aprendizaje de cómo utilizar unos conceptos simples.” Schumpeter agregaba en una nota a pie de página, que obviamente era en parte un inciso personal: “Un anciano

estudioso o incluso maduro puede no solo ser víctima de los hábitos del pensamiento que ha forjado su trabajo anterior, también puede beneficiarse de ello". Al margen de las preferencias políticas, "existe algo llamado experiencia analítica. En una disciplina como la economía, en la que la formación a menudo falla y en la que los jóvenes estudiosos con mucha frecuencia simplemente no tienen suficientes conocimientos, este elemento tiene mucho más peso que en la física, donde la enseñanza, aunque pueda resultar poco interesante, siempre es competente". *History of Economic Analysis*, pp. 477N12, 1171 y 1180-1181.

61. Ibíd., p. 1181.

62. "Su *Teoría general*, en cierto sentido, fue una proeza similar de liderazgo. Mostró a Inglaterra, a través de un análisis aparentemente general, su propio punto de vista personal de la situación social y económica, además de su propia perspectiva personal de 'lo que habría que hacer al respecto'." *History of Economic Analysis*, p. 1170-1171.

63. Ibíd., p. 1171. Reseña de George J. Stigler, en *Journal of Political Economy* 62, agosto de 1954, p. 344.

64. Reseña de Frank Knight, en *Southern Economic Journal* 21, 1955, p. 261. Uno de los comentarios más detallados del libro, que contiene prácticamente un resumen de su contenido, fue el de H. Aufricht: "The Methodology of Schumpeter's History of Economic Analysis", en *Zeitschrift für Nationalökonomie* 18, diciembre de 1958, pp. 384-441. En 1994, la History of Economics Society consagró la mayor parte de su reunión anual al cuadragésimo aniversario de la publicación de *Historia del análisis económico* y publicó las conferencias que se dieron en el libro Moss, Laurence S., ed.: *Joseph A. Schumpeter, Historian of Economics: Perspectives on the History of Economic Thought: Selected Papers from the History of Economics Society Conference, 1994*. Nueva York: Routledge, 1996.

65. Viner, Jacob: "Schumpeter's *History of Economic Analysis:* A Review Article", en *American Economic Review* 44, diciembre de 1954, pp. 894-898. Sin embargo, Viner afirmaba que las preferencias del autor destacan en su *Historia del análisis económico*. "La importancia de las diferencias innatas de las capacidades fue una de las convicciones más firmes de Schumpeter. No conozco a nadie importante, a excepción de Adam Smith, que dejara de señalar este aspecto como uno de los usos para una división laboral que permitiera asignar las tareas en función de las aptitudes". Viner sostenía que "la 'guía de lectura' de Schumpeter de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, aunque no esté finalizada, constituye un esquema admirable del 'sistema' o estructura teórica de gran envergadura que se perfila en dicho libro y sería una introducción sumamente útil para cualquier nueva edición que se hiciera de la obra. No obstante, a Schumpeter no le gustaba Smith, ni como teórico, ni como persona, ni en relación con sus puntos de vista sociales … No creo que sea necesario admitir que Adam Smith sea un héroe de nuestra profesión para llegar a la conclusión de que la objetividad de Schumpeter se vio de alguna manera mermada en este caso por el conflicto existente entre la 'ideología' de Smith y la suya propia". Ibíd., pp. 899, 904.

En otro largo artículo, I. M. D. Little declara a *Historia del análisis económico* "el [libro] más importante que se ha publicado nunca en esta materia". El índice de autores "debe contener unos 1.500 nombres y Schumpeter sabía y evidentemente leía en casi todas las lenguas europeas, antiguas o modernas, aunque se disculpa por no hablar ruso". Además, "él mismo era un teórico original de primera categoría" que ofreció "sus puntos de vista sobre el monopolio, las funciones de los beneficios y del emprendedor y el declive del poder del capitalismo, junto con una visión dinámica del proceso económico que han iluminado a muchos y que merecen el título de 'análisis'. Y aun así, … no incluye su nombre en el libro".

Según Little, a Schumpeter le gustaba demasiado el "aspecto de mecanismo" de la teoría económica, representado por las matemáticas, y no respetaba lo suficiente las contribuciones prácticas. La "feroz desaprobación" que mostraba Schumpeter con respecto a los profesionales que se involucraban intensamente en la política "parecía proceder en mi opinión de una visión de la teoría económica demasiado idealista". En este sentido, la desconfianza que le inspiraba la economía política le llevó a un veredicto relativamente descortés sobre los economistas clásicos británicos. En opinión de Little, "una gran parte de la economía desaparece cuando uno realmente quiere mantener su consciencia científica totalmente limpia". Little realizó una observación interesante: "La admiración que sentía Schumpeter por los economistas parece estar inversamente relacionada con el

éxito de sus libros, la amplitud del público que alcanza y su influencia política. No podía apreciar a nadie que obtuviera un elevado resultado en todos estos puntos". Sin embargo, esta crítica solo puede ser parcialmente cierta, dado el tratamiento generalmente favorable que concede a Alfred Marshall y, sobre todo, a Karl Marx, que tuvo un público enorme y una influencia política inmensa, casi máxima, en la Unión Soviética, China y otros países comunistas en la época en que Litte escribía sus comentarios. Véase el artículo de Little en *Economic History Review*, 2ª serie, 8, agosto de 1955, pp. 91-98.

66. Kuznets: *Journal of Economic History* 15, septiembre de 1955, pp. 323-325. Kuznets sostenía que aunque el objetivo declarado de Schumpeter fuera tratar únicamente el análisis, el libro era en realidad "una historia del pensamiento económico, trataba en su mayor parte la ideología económica y la generalización histórica y relativamente menos la 'mecánica' de la economía libre de valores. En mi opinión esto es algo muy afortunado". La política y la economía están tan estrechamente vinculadas entre sí que "las teorías económicas surgen a menudo como ideologías, es decir, cristalizan las posturas de grupo que sirven para la lucha política". Aunque Kuznets no se adscribe a la propia declaración del autor de que si empezara de nuevo haría más hincapié en la historia económica que en la teoría, "sí que creo que Schumpeter fue esencialmente un historiador y un filósofo social y quizá por esa misma razón tendiera a rendir un homenaje excesivo a las herramientas matemáticas y a la teoría formal".

Stigler: *Journal of Political Economy* 62, agosto de 1954, pp. 344-345. El propio Stigler era un historiador del análisis económico y señaló algunos errores para después, como Kuznets, afirmar: "El único comentario de disensión general que podría hacer … es que su admiración por el teórico formalista más importante [es decir, Walras] le conduce a situar a este autor en un pedestal demasiado alto". Hayek: *Studies in Philosophy, Politics and Economics*. Chicago: University of Chicago Press, [1954], 1964, pp. 339-341. V. W. Bladen, un economista canadiense, estaba de acuerdo con el punto de vista de Hayek: "Es un libro extraordinario … Era un gran economista y un gran profesor: a lo largo de todo el libro continúa con su labor de enseñanza de la economía". Bladen: "Schumpeter's *History of Economic Analysis* and Some Related Books", en *Canadian Journal of Economics and Political Science* 22, febrero de 1956, pp. 104 y 111.

67. Richardson aducía que al enfatizar la "visión" del economista, Schumpeter "valora, con una calificación sobresaliente, la doctrina de Marx de la predisposición ideológica, que establece que las ideas y sistemas humanos, al tiempo que se proclaman objetivos, en realidad están distorsionados por los deseos inconscientes de justificar, exaltar, etcétera un interés, una clase o una nación concreta". Al especular sobre las reservas que Schumpeter manifestaba con respecto a Keynes, Richardson decía que "la declaración frecuentemente citada de Keynes de que 'a la larga las ideas y no los intereses creados son más peligrosos, para lo bueno y para lo malo', podría haberle parecido una dicotomía superficial y racionalista que atribuye de hecho a las ideas una autonomía e independencia de nuestros deseos que raramente poseen. En efecto, el hecho de la mayoría de economistas ingleses posean una confianza relativamente imperturbable en su filosofía de trabajo y en sus ideas morales podría haberse interpretado que procedía de un cierto provincianismo y falta de profundidad, a pesar de que quizá envidiara la seguridad más cómoda que se podían permitir".

Richardson añade que *Historia del análisis económico* deja claro que la "aprobación personal" de Schumpeter acompañaba de manera más vigorosa a aquellos que tenían una perspectiva más amplia, "que nos impresionan por la grandeza de sus conceptos más que por su utilidad práctica inmediata". Por consiguiente, Marx y Walras gozan de mejor trato que Ricardo, Marshall o Keynes. Aun así, Richardson señalaba que la amplitud de perspectivas que tanto admiraba Schumpeter tendía a causar rechazo en otros. Keynes, por ejemplo, no podía encontrar "nada [en Marx] que no fuera una controversia caduca". Richardson: "Schumpeter's *History of Economic Analysis"*, en *Oxford Economic Papers*, nueva serie, 7, junio de 1955, pp. 136, 137, 139-140, 141 y 150.

68. Robbins: "Schumpeter's *History of Economic Analysis"*, en *Quarterly Journal of Economics* 69, febrero de 1955, pp. 2-3, 4, 7 y 20-21.

69. Smithies: "Schumpeter and Keynes", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 136. Schumpeter: "John Maynard Keynes, 1883-1946", en *American Economic Review* 36, septiembre de 1946, pp. 495-518; Schumpeter: "Keynes and Statistics–Four Views", en *Review of Economic Statistics* 28, noviembre

de 1946, pp. 194-196.

70. Smithies: “Schumpeter and Keynes”, p. 138.

71. Schumpeter: “Capitalism”, en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: Encyclopaedia Britannica, 1946, publicado de nuevo en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, p. 204.

72. Smithies: “Schumpeter and Keynes”, p. 139. Sin embargo, Smithies añadía que las medidas macroeconómicas de corte keynesiano (es decir, políticas monetarias y fiscales que trascienden todas las industrias) podrían ser las únicas medidas posibles para los gobiernos democráticos puesto que no discriminan, ni favorable, ni desfavorablemente, a ninguna industria concreta. En general, dichas políticas pueden ser “menos anticapitalistas en su significación que cualquier política pública que intente tratar con un problema económico general sobre la base de una industria específica”. Algunas de las primeras políticas del New Deal que obraron de este modo fueron más radicales que las medidas macro que se tomaron después de 1938. “A mí me parece que las políticas acumulativas son el único tipo de políticas que pueden ser coherentes con la empresa privada en el marco de la economía enormemente compleja de los Estados Unidos”. Ibíd., p. 140.

73. Para una breve comparación del término “visión” de Schumpeter y el de Thorstein Veblen (que utiliza la misma definición del término que Schumpeter), véase O’Donnell, L. A.: “Rationalism, Capitalism, and the Entrepreneur: The Views of Veblen and Schumpeter”, en *History of Political Economy* 5, primavera de 1973, pp. 199-214.

27. Un principio de indeterminación

1. Schumpeter, Elizabeth: introducción a Schumpeter, Joseph: *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press, 1954, pp. v-vi. Con respecto al "volumen preliminar", véase la carta de Schumpeter a John D. Black de 10 de julio de 1944, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 347. La obra final iba a llamarse "The Analytic Apparatus of Economics".

2. Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 163.

3. Diario de Schumpeter, Schumpeter Papers, HUG(FP)–4.1, Brief Daily Records, notes and diaries, c. 1931-1948, archivo 5, carpeta 1948/1, anotaciones en el diario, sin fecha (1948); archivos 4 y 5 pássim, HUA; Allen: *Opening Doors*, II, pp. 158, 190 y 231. La ley de Gibrat, que sirve para explicar las estructuras de la industria, había existido desde 1931 y fue un precedente importante de la teoría del caos, útil a su vez para ciertas aplicaciones. Schumpeter la tenía en mente, junto con la teoría de juegos. La aplicación de las matemáticas más importante para los temas "schumpeterianos" llegó con el importantísimo libro de Richard Nelson y Sidney Winter: *An Evolutionary Theory of the Firm*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1982 y los artículos anteriores y posteriores a su publicación.

4. En el volumen en memoria de Schumpeter cuyo editor fue Seymour E. Harris: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, el colega de Harvard de Schumpeter, Edward H. Chamberlin, le reprendía por no haberse percatado (por una vez) de que la economía es algo indeterminado. El punto de partida de Chamberlin era su propio trabajo sobre los oligopolios y creyó erróneamente que Schumpeter no lo entendería o apreciaría suficientemente. El verdadero alegato de Chamberlin no parece que tenga que ver con Schumpeter, sino con las tendencias de la profesión, que describía de manera precisa: "Hasta este punto, la economía no es simplemente una 'ciencia autónoma' (p. 41 de *Business Cycles*) y al final perderá su batalla si pretende serlo. Debe buscar lo indeterminado y lo determinado y evitar cuidadosamente la tentación, en este momento tan popular entre los matemáticos, de ajustar la formulación de sus problemas con objeto de garantizar una respuesta determinada". Chamberlin añadía que Schumpeter se alejaba de su postura en *Ciclos económicos* tan rápido como en *Capitalismo, socialismo y democracia*, publicado solo tres años después. Véase Chamberlin: "Impact of Recent Monopoly Theory on the Schumpeterian System", pp. 84-85 y 87.

5. Schumpeter: "The Communist Manifesto in Sociology and Economics", en *Journal of Political Economy* 57, junio de 1949, pp. 199-212, publicado de nuevo en Clemence, Richard V.: ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, pp. 293 y 305.

Schumpeter señaló en este artículo, como había hecho a menudo en otras ocasiones y lugares, que Marx y otros autores habían cometido un gran error al tener en cuenta solo dos clases sociales: los capitalistas y los trabajadores. En su lugar, deberían haber considerado un abanico más amplio: "Las interacciones cooperativas y antagónicas de, al menos, las clases asociadas con el control de empresas pequeñas, medianas y grandes; los agricultores, que difieren de manera tan acusada de otras clases empresariales que no hay razón alguna para incluirlos en cualquiera de ellas; la clase de los rentistas ('capitalistas' en un sentido menos amplio del término, pero más útil); las clases profesionales; las clases de personal administrativo ('de cuello blanco'); la de los trabajadores cualificados; la de los trabajadores no cualificados". Véase Schumpeter: "Capitalism", en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: Encyclopaedia Britannica, 1946, pp. 801-87, publicado de nuevo en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, pp. 189-210. La cita aparece en las páginas 200-201. Véanse asimismo Jensen, H. E.: "J. A. Schumpeter on Economic Sociology", en *Eastern Economic Journal* 11, julio-septiembre de 1985, pp. 257-266 y, particularmente, Bottomore, Tom: *Between Marginalism and Marxism: The Economic Sociology of J. A. Schumpeter*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf, 1992, que explora las fuentes de las propias ideas de Schumpeter, su intento de fusionar la economía, la historia y la sociología y su relación intelectual con Marx.

6. Schumpeter: "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship", artículo no publicado, Schumpeter Papers, HUA, impreso en Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and*

Sociology of Capitalism. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 406-428. El pasaje citado se encuentra en la página 409.

7. Durante este período, Schumpeter estuvo extremadamente ocupado con su vasta *Historia del análisis económico*, la redacción de artículos y la organización de la reunión de diciembre de 1948 de la American Economic Association que presidía. Estas tareas consumieron la mayor parte de su tiempo durante los 17 meses que transcurrieron entre la fundación del Centro y su fallecimiento, en enero de 1950. En la primera etapa de planificación del Centro, Cole deseaba contar con la participación de Schumpeter de manera especial y en el primer presupuesto que proyectó sugirió unos honorarios de 1.000 dólares para Schumpeter, una suma considerable para la época. Véase la carta de Cole al preboste de Harvard Paul H. Buck de 2 de septiembre de 1947, en la que adjuntaba una larga lista de propuestas bajo el nombre de "Committee for Research in Entrepreneurial History". Papers of Arthur H. Cole, HUG 4290.507, Additional correspondence relating to the Research Center in Entrepreneurial History, 1940s and 1950s, archivo 1, carpeta Buck, Paul H., HUA.

Los líderes principales del Centro fueron Cole, el sociólogo Leland Jenks, el historiador Thomas C. Cochran y el historiador económico europeo Fritz Redlich. La lista de jóvenes investigadores que participaron en las actividades del Centro reúne un equipo estelar de historiadores de la siguiente generación: Alfred D. Chandler, Jr., Bernard Bailyn, David S. Landes, Hugh G. C. Aitken, Douglass North, Henry Rosovsky y John Sawyer, entre otros. Véase Crandall, Ruth: *The Research Center in Entrepreneurial History at Harvard University, 1948-1958: A Historical Sketch*. Cambridge, Massachusetts The Center, 1960; Aitken, Hugh G. C., ed.: *Explorations in Enterprise*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1965, sobre todo las páginas 8-11 y 24-26 que describen las funciones de Schumpeter, y Sass, Steven A.: *Entrepreneurial Historians and History: Leadership and Rationality in American Economic Historiography, 1940-1960*. Nueva York: Garland, 1986. La cita de Cole aparece en su artículo conmemorativo: "Joseph A. Schumpeter and the Center for Research in Entrepreneurial History", en *Explorations in Entrepreneurial History* 2, 1950, p. 56.

8. Schumpeter: "The Historical Approach to the Analysis of Business Cycles", en *Universities-National Bureau Conference on Business Cycle Research*, 25-27 de noviembre de 1949, publicado en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, p. 327; Schumpeter: "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship", p. 416.

"Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship" fue el principal artículo que Schumpeter escribió para fomentar la creación y la vida intelectual del Centro. Arthur Cole lo llamó "una polémica vigorosa en favor de la investigación continua en el área [del espíritu empresarial] y en particular en favor de la creación de un instituto o una oficina central de coordinación". Véase Crandall: *The Research Center in Entrepreneurial History*, p. 8. En su artículo, Schumpeter menciona varios estudios existentes y elogia en particular los de Fritz Redlich: *History of American Business Leaders*. Ann Arbor, Michigan: Edwards, 1941 y Arthur C. Cole y Harold F. Williamson: *The American Carpet Manufacture*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1941, que considera obras ejemplares de la historia empresarial. El 7 de octubre de 1948, Schumpeter entregó al Centro lo que sería su segundo artículo (Cole había ofrecido el primero) con el título: "Economic Theory and Entrepreneurial History", que el propio Centro publicó en *Change and the Entrepreneur: Postulates and Patterns in Entrepreneurial History*. Cambridge, Massachusetts, 1949, pp. 63-84.

9. Schumpeter: "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship", pp. 408 y 424.

10. Ibíd., p. 408. La mayoría de las historias empresariales siguieron careciendo de teoría y de madurez hasta la irrupción de la obra de Alfred D. Chandler, Jr. En una serie de libros y artículos pioneros que fusionaban la economía y la sociología con la historia, Chandler estableció con vigor la rama de la historia empresarial en todo el mundo. Sus libros más creativos e influyentes fueron: *Strategy and Structure: Chapters in the History of the American Industrial Enterprise*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1962; *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1977, que le valió el Premio Pulitzer de Historia y el Premio Bancroft, y *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1990, una análisis comparativo de 860 páginas del modo en que evolucionaron los negocios en Estados Unidos, Gran Bretaña y

Alemania.

Chandler nació unos 35 años después que Schumpeter y se licenció y doctoró en Harvard. Se vieron en alguna ocasión, pero Chandler estuvo influenciado de manera más directa por Talcott Parsons, uno de los sociólogos más importantes del mundo. El propio Parsons, cuando fue estudiante de posgrado en la década de 1930, había estado próximo al círculo de Schumpeter y de otros economistas de Harvard antes de cambiar su interés por la sociología. Más tarde, Parsons traduciría y popularizaría la obra de Max Weber, cuyos escritos habían sido una influencia para Schumpeter unas décadas antes. De este modo, potentes hilos de las tradiciones teóricas y empíricas se entrelazaron en las grandes obras de Chandler. Y ahora estos libros han enseñado al mundo tantas cosas sobre la historia interna de los negocios (sobre todo de las grandes empresas) como la obra de cualquier otro estudioso. Chandler ha reconocido con presteza que él mismo es "un schumpeteriano".

En lo referente a la carrera y a la influencia de Chandler, véase McCraw, Thomas K.: "The Intellectual Odyssey of Alfred D. Chandler, Jr.", introducción a McCraw, ed.: *The Essential Alfred Chandler: Essays Toward a Historical Theory of Big Business*. Boston: Harvard Business School Press, 1988. Para un estudio del campo de la historia empresarial en el que el punto de partida es la obra de Chandler, véase John, Richard R., Jr.: "Elaborations, Revisions, Dissents: Alfred D. Chandler's The Visible Hand after Twenty Years", en *Business History Review* 71, verano de 1997. En cuanto a algunos aspectos de la relación entre la obra de Chandler y la de Schumpeter, véase Langlois, Richard: "Schumpeter and Personal Capitalism", en Eliasson, Gunnar y Green, Christopher, eds.: *Microfoundations of Economic Growth: A Schumpeterian Perspective*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1998, pp. 57-82.

11. Schumpeter: "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship", p. 411.

12. Ibíd., p. 412. Schumpeter manifestaba que una respuesta creativa de manera obvia tenía "algo, ya sea mucho o poco, que ver con: a) la calidad del personal disponible en una sociedad; b) la calidad relativa del personal, es decir, con la calidad disponible para un campo de actividad determinado en relacionado con la calidad de que disponen, al mismo tiempo, los otros; c) las acciones, modelos de conducta y decisiones individuales".

13. Ibíd., pp. 419 y 420. Añadía además que la obra de Veblen "*Theory of the Leisure Class* es un buen ejemplo de lo que quiero decir. Es brillante y sugestiva, aunque sea un ensayo impresionista que no capta los verdaderos problemas relacionados con todo esto".

14. Schumpeter: "The Creative Response in Economic History", en *Journal of Economic History* 7, 1947, p. 149; este artículo es una condensación de otro artículo más extenso que no llegó a publicar, "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship". Schumpeter: "Economic Theory and Entrepreneurial History", p. 75.

15. Schumpeter: "Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship", p. 412; Schumpeter: "American Institutions and Economic Progress", finales de 1949, notas para las conferencias Walgreen que tenía previsto impartir en la época en que murió. Publicadas en Swedberg, ed.: *The Economics and Sociology of Capitalism*, p. 438-444. El pasaje citado figura en la página 442.

16. Schumpeter: "American Institutions and Economic Progress", p. 442.

17. Schumpeter: "Science and Ideology", en *American Economic Review* 39, marzo de 1949, pp. 345-359, se publicó de nuevo en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, pp. 273-286. Las citas figuran en las páginas 275-277.

18. Ibíd., pp. 276-278.

19. Ibíd., p. 277.

20. Ibíd., pp. 277-278.

21. Ibíd., pp. 278-279.

22. Ibíd., pp. 279-281. Schumpeter añadía que la economía de Smith tenía una fecha (la mayor parte de ella es preindustrial) y que "hay una cierta cantidad de follaje semifilosófico de naturaleza ideológica, pero se puede retirar sin dañar su argumentación científica".

23. Ibíd., p. 281.

24. Ibíd., p. 282.

25. Ibíd., p. 282.

26. Ibíd., pp. 282-283.

27. Ibíd., p. 283.

28. Ibíd., p. 283. En 1946, Schumpeter había escrito una breve exposición del modo en que creía que este estado de los negocios extraño había evolucionado: "Mientras los economistas consideraban de forma prácticamente unánime que la austeridad o el ahorro era el requisito principal de la expansión del aparato físico de la industria (la formación de capital) o incluso de todo el progreso económico, el argumento económico más importante y, sin lugar a dudas, un razonamiento importante de la desigualdad era que las personas con mayores ingresos eran las que se encargaban de la acumulación del ahorro y que una nivelación mediante políticas destinadas a compartir las riquezas paralizaría por consiguiente el proceso mismo que operaba el aumento del nivel de vida de las masas. Sin embargo, la unanimidad práctica ya no existe … Durante la década de 1930, un número cada vez mayor de economistas adoptó el punto de vista contrario, a saber, que el ahorro, al retener la expansión de la afectación de los ingresos a bienes de consumo, tenía un efecto depresor en el proceso económico y por lo tanto impedía, en vez de fomentar, la expansión del equipamiento y de los centros de producción". Véase Schumpeter: "Capitalism", en *Encyclopaedia Britannica*, publicado de nuevo en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, p. 204.

29. "Science and Ideology", p. 283. En su artículo sobre el capitalismo publicado en la Enciclopedia Británica en 1946, Schumpeter describía con más detalle la visión keynesiana del estancamiento o de la "madurez capitalista". "Podría también llamarse la doctrina del desvanecimiento de la oportunidad de inversión [y] no pretende explicar el modelo económico y político de la sociedad capitalista moderna en su conjunto. Se limita a sí misma con las proposiciones: 1) el sistema capitalista ha alcanzado la madurez en el sentido de haber agotado substancialmente sus posibilidades de crecimiento, sobre todo, las oportunidades de nuevas inversiones a gran escala, tanto por razones tecnológicas, como por la disminución de la tasa de crecimiento de la población; 2) el conjunto del esquema de la sociedad capitalista, en particular sus hábitos de ahorro, se habían reorientado a la tarea de explotar tales oportunidades y su desaparición gradual daría como resultado una depresión permanente y anémica; en este estado de madurez o estancamiento, el proceso capitalista solo puede mantenerse en marcha mediante una inyección incesante de poder adquisitivo por medio de un gasto deficitario del gobierno. Esta teoría, que estaba enmarcada principalmente por las condiciones insatisfactorias que habían prevalecido en los Estados Unidos (y en Francia) durante la década de 1930, no se veía refrendada por ningún tipo de hechos anteriores a 1932. Sin embargo, su amplio atractivo es comprensible: el público y la profesión económica están igualmente aptos para dejarse impresionar más por peculiaridades reales o supuestas de sus propios problemas y dificultades que por cualquier otra analogía con las condiciones de hace medio siglo." Véase el artículo de la Enciclopedia Británica que volvió a publicarse en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays*, p. 196.

30. "Science and Ideology", pp. 284-285.

31. Ibíd.

32. Ibíd., p. 285.

33. Ibíd. Para consultar una interpretación producto de una investigación esmerada (y a veces agotadora), véase Gottlieb, M.: "The Ideological Influence in Schumpeter's Thought", en *Zeitschrift für Nationalökonomie* 19, enero de 1959, pp. 1-42.

34. "Science and Ideology", p. 286.

35. Ibíd., p. 286.

36. Robert L. Heilbroner trata con gran conocimiento muchos de los argumentos que Schumpeter presentó en "Science and Ideology", en un ensayo de 1983 que conmemoraba el centenario de la

muerte de Marx y el nacimiento de Keynes y Schumpeter: “Economics and Political Economy: Marx, Keynes, and Schumpeter”, en *Journal of Economic Issues* 18, septiembre de 1984, pp. 681-695. Más que la palabra que Schumpeter prefería, “visión”, Heilbroner hacía hincapié en la política. Escribió sobre las diferentes versiones de la vida económica que propusieron estos tres grandes economistas, “cada modelo sirve sencillamente a apuntalar o respaldar los valores políticos del que lo propone”. Asimismo, añadía una observación interesante (compartida por Schumpeter): “En lo que a Keynes se refiere, Marx bien podría no haber existido nunca.”(Páginas 681-683). Por extraño que parezca, Heilbroner no citaba en absoluto “Science and Ideology”, el discurso presidencial de Schumpeter, aunque se sirva de elementos de prueba similares (y en ocasiones más detallados) de *Historia del análisis económico*, libro que Heilbroner cita erróneamente como *Historia del pensamiento económico*. Véanse asimismo Heilbroner: “Was Schumpeter Right?”, en Heertje, Arnold, ed.: *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after 40 Years*. Nueva York: Praeger, 1981, sobre todo las páginas 95-106 y la revisión y el complemento a su punto de vista anterior de “Was Schumpeter Right After All?” que Heilbroner publicó en *Journal of Economic Perspectives* 7, verano de 1993, pp. 87-96.

37. Diario de Schumpeter, citado en Allen: *Opening Doors*, II, p. 221.

28. La consagración

1. Carta de Schumpeter a Herbert von Beckerath de 24 de enero de 1949, en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds.: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, p. 367.

2. Diario de Schumpeter, 8 de febrero de 1949, citado en Allen, Robert Loring: *Opening Doors: The Life & Work of Joseph Schumpeter*, obra en dos volúmenes. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1991, II, p. 235.

3. El segundo era un largo artículo sobre Vilfredo Pareto, el gran sociólogo y economista italiano; el tercero, la reevaluación de Schumpeter de *El manifiesto comunista* en su centenario; el cuarto una reseña sobre "English Economists and the State Managed Economy"; el quinto, un pequeño escrito en alemán, "Der demokratische Kurs"; el sexto, un largo ensayo, "Economic Theory and Entrepreneurial History"; el séptimo, "The Historical Approach to the Analysis of Business Cycles"; el octavo, una panorámica de la economía ("Some Questions of Principle"), un borrador previo de una sección de *Historia del análisis económico*, publicado años antes en una retrospectiva italiana; el noveno, una apreciación y una necrológica de Wesley Clair Mitchell; el décimo, un escrito sobre previsiones y ciclos económicos publicado en *Journal of the American Statistical Association;* el undécimo, el artículo "The March into Socialism". Para las referencias bibliográficas, véase Augello, Massimo M., compilador: "Works by Schumpeter", en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 479-481. El nuevo prefacio a *Capitalismo, socialismo y democracia* en realidad era para la tercera edición inglesa de 1949, pero también apareció en la edición estadounidense de Harper de 1950.

4. Schumpeter: *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3ª edición, Harper, 1950, p. 416.

5. Ibíd., pp. 412, 416.

6. Diario de Schumpeter, 29 de mayo de 1949 y, sin fecha, (finales de la década de 1940), citados en Allen: *Opening Doors*, II, pp. 199 y 236.

7. Diario de Schumpeter, septiembre de 1949 (fechado en el Dia del Trabajo), citado en Allen: *Opening Doors*, II, p. 236.

8. Allen: *Opening Doors*, II, pp. 238-239. Tituló la quinta de estas seis conferencias "The Personal Element and the Element of Chance: A Principle of Indeterminateness"; véase Swedberg, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*, pp. 75 y 438-444.

9. Hay una descripción de la muerte y de los últimos días de la vida de Schumpeter en Allen: *Opening Doors*, II, pp. 238-241; Allen inspeccionó el certificado de defunción del ayuntamiento de la cercana localidad de Salisbury, Connecticut.

10. Las actas fueron registradas en el archivo de la Facultad de Artes y de Ciencias y están publicadas en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, pp. ix-x.

11. Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. El número de mayo de 1951 de *Review of Economics and Statistics* fue el segundo número que esta publicación trimestral dedicó a Schumpeter; el primero había tenido por objeto reconocer su importancia con motivo de su sexagésimo cumpleaños en 1943. Su nombre (*Review of Economic Statistics*) había cambiado durante los años que separaron a este último número del anterior.

12. Harris: "Introductory Remarks", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, pp. 1, 4 y 7.

13. Haberler: "Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en ibíd., pp. 30 y 47.

14. Smithies: "Memorial: Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en ibíd., pp. 14 y 15.

15. Ibíd., p. 16.

16. Ibíd., pp. 14-15.

17. Ibíd., pp. 21-22.

18. Ibíd., pp. 21 y 136. Smithies contribuyó con dos artículos a la recopilación final de *Schumpeter, Social Scientist*. El primero de ellos lo había publicado antes en *American Economic Review*. En el segundo, "Schumpeter and Keynes", Smithies apuró esta comparación como medio de aclarar los defectos y las virtudes de Schumpeter. Véase en particular la página 136. Muchos escritores habían comparado a los dos grandes economistas y muchos más lo harían en el futuro, sin embargo, ningún intento de comparación ha sobrepasado al de Smithies.

    En cuanto al hecho de que Schumpeter fuera un precursor de la teoría macroeconómica, véase Hansen: "Schumpeter's Contribution to Business Cycle Theory", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 79: "La ma-croeconomía tiene su origen en la teoría monetaria y en la teoría de los ciclos económicos. Schumpeter fue uno de los cinco economistas continentales cuya obra sobre los ciclos económicos sentó las bases de la fundación de la macroeconomía moderna." Los cinco "crearon casi todas las ideas verdaderamente básicas de la teoría moderna de los ciclos económicos (la omisión más significativa sería el efecto multiplicador y la función del consumo) y Schumpeter fue "uno de los más brillantes y más originales" de los cinco. Los otros cuatro eran Wicksell, Spiethoff, Tugan Baranowsky y Aftalion.

19. Smithies: "Memorial: Joseph Alois Schumpeter, 1883-1950", en ibíd., p. 15.

20. Ibíd., p. 16.

21. Morgenstern, Oskar: "Obituary: Joseph A. Schumpeter, 1883-1950", en *Economic Journal*, marzo de 1951, pp. 201 y 202.

22. El tributo de Leontief: "Joseph A. Schumpeter (1883-1950)", no apareció ni en *Review of Economics and Statistics*, ni en *Schumpeter, Social Scientist*, sino en la publicación de la Econometric Society: *Econometrica* 18, abril de 1950, pp. 103-110. Las citas están en las páginas 104, 109 y 110.

23. Morgenstern: "Obituary: Joseph A. Schumpeter, 1883-1950", p. 201; Richardson, G. B.: "Schumpeter's *History of Economic Analysis"*, en *Oxford Economic Papers*, nueva serie, 7, junio de 1955, p. 136.

29. Epílogo. El legado

1. Schumpeter: “Comments on a Plan for the Study of Entrepreneurship”, en Swedberg, Richard, ed.: *Joseph A. Schumpeter: The Economics and Sociology of Capitalism*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, pp. 425-426. La idea de espíritu empresarial de los escritos de Schumpeter tendió a variar ligeramente a lo largo de su carrera desde ser el papel de una persona hasta ser la función de una organización.

2. Por supuesto, a esta lista se podrían añadir cientos de otros emprendedores, de muchos países distintos. En relación con la pequeña empresa en oposición a la gran empresa como el lugar más natural en el que se desarrolla una actitud emprendedora, véase la discusión bibliográfica de la nota 25 del capítulo 21.

3. En cuanto a la evolución del término “estrategia empresarial”, véase la nota 18 del capítulo 21.

4. Amar V. Bhidé analiza adecuadamente la proliferación de escuelas de negocio y el aumento de la influencia de Schumpeter, junto con otra gran cantidad de información sobre el espíritu empresarial: *The Origin and Evolution of New Businesses*. Oxford: Oxford University Press, 2000, sobre todo en el prefacio a la obra y en el capítulo 13. La historia de la implantación del espíritu empresarial como tema de estudio en una institución importante queda reflejada en Cruikshank, Jeffrey L.: *Shaping the Waves: A History of Entrepreneurship at Harvard Business School*. Boston: Harvard Business School Press, 2005.

5. En 1944 los negociadores diseñaron un nuevo orden monetario internacional: el sistema de Bretton Woods, llamado así debido al complejo donde tuvo lugar la conferencia en New Hampshire. Este sistema, marcado por unos tipos de cambio semifijos para las divisas nacionales (el “patrón oro de cambio”) duró una generación. En 1971 se derrumbó y su lugar fue ocupado por un régimen de tipos de cambio flotante. El yen japonés, por ejemplo, se había mantenido de forma deliberada infravalorado por las autoridades monetarias internacionales con objeto de contribuir a fomentar las exportaciones japonesas y reconstruir la economía como un bastión contra la expansión soviética. A partir de 1971 “flotó” desde los 360 yenes por dólar hasta unos 100 (un reajuste drástico, pero que tuvo lugar durante varias décadas). Mientras tanto, el euro ha sustituido a las divisas nacionales de muchas naciones de la Unión Europea.

6. En este punto las pruebas no podrían ser más concluyentes. Si se dispusieran en un gráfico los puntos altos y bajos del ciclo económico de los Estados Unidos durante la historia de la nación, el resultado tendría un aspecto radicalmente diferente antes de la II Guerra Mundial y después. Durante los 160 años que transcurrieron entre 1780 y 1940, los puntos altos y bajos eran con regularidad violentos. Hubo recesiones importantes a menudo y depresiones de calado que trajeron vientos devastadores durante la década de 1780, 1810, 1830, 1850, 1870, 1890, 1907-1908, 1920-1921 y 1929-1939. Un gráfico que representara este modelo tendría el aspecto de unas líneas que subirían y bajarían de manera salvaje como el resultado de un test del polígrafo que se le hiciera a un mentiroso incompetente. Por el contrario, después de la década de 1940, el ciclo económico de los Estados Unidos y de otras naciones industriales avanzadas se volvió mucho más suave. Por supuesto, las economías continuaron sufriendo recesiones y eclosiones, junto con ataques ocasionales y graves de la inflación. No obstante, los ciclos económicos en su conjunto estuvieron bajo mayor control. Esto no quiere decir, claro está, que los problemas relacionados con los ciclos económicos ya no resulten interesantes para los investigadores. Sigue habiendo debates al respecto y se publican numerosos artículos sobre este tema. Para un tratamiento particularmente schumpeteriano, véase Montgomery, E. y Wascher, W.: “Creative Destruction and the Behavior of Productivity over the Business Cycle”, en *Review of Economics and Statistics* 70, febrero de 1988, pp. 168-172, que examina el período de 1953 a 1983 y emplea una gran cantidad de notación matemática.

7. La bibliografía existente sobre la materia es muy amplia, pero cuatro ejemplos bastarán; todos ellos los han escrito economistas, aunque con puntos de vista muy diferentes: Solow, Robert M.: “Economic History and Economics”, en *American Economic Review* 75, mayo de 1985, pp. 328-331; McCloskey, Donald N.: *The Rhetoric of Economics*. Madison: University of Wisconsin Press, 1985; Mirowski, Philip: *More Heat Than Light: Economics as Social Physics: Physics as Nature’s Economics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989; North, Douglass C.: *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*. Cambridge: Cambridge University

Press, 1990. De manera más reciente, un ejemplo de este debate incesante entre economistas sería Warsh, David: *Economic Principals: Masters and Mavericks of Modern Economics*. Nueva York: Free Press, 1993 y, en el siglo XXI, la publicación en línea de Warsh: "Economic Principals".

8. Klamer, Arjo y Colander, David: *The Making of an Economist*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1990, pp. 17-18. Esta encuesta se realizó a finales de la década de 1980, pero hay pocas razones que nos lleven a considerar que la situación haya cambiado mucho desde entonces.

9. Entre otros muchos libros sobre la materia, véase ibíd.; también Yonay, Yuval: *The Struggle Over the Soul of Economics: Institutionalist and Neoclassical Economists in America between the Wars*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1998, un análisis de un sociólogo que va más allá del período especificado en su título, y Bernstein, Michael A.: *A Perilous Progress: Economists and Public Purpose in Twentieth-Century America*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2001, una crítica a los economistas por haber abandonado su función social en favor de una alabanza "científica" falta de sentido crítico del "libre mercado". Véase un relato esclarecedor e inusualmente personalizado en Weintraub, E. Roy: *How Economics Became a Mathematical Science*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2002.

La relación entre la economía y las otras ciencias sociales es una historia compleja con dos temas principales y bastante paradójicos. En los departamentos de economía universitarios se han obviado de manera recurrente (y con frecuencia se ha excluido) los cursos de historia económica, de historia del pensamiento económico y de otros temas similares (en beneficio de técnicas matemáticas aún más refinadas). Entre tanto, los métodos matemáticos similares junto con un "imperialismo" general de los economistas (como muchos críticos lo han llamado) han invadido las disciplinas relacionadas como las ciencias políticas, la sociología o la historia económica. Estas tendencias se observan fácilmente al comparar las publicaciones profesionales de la actualidad de cada disciplina con los temas de esas mismas publicaciones de hace unas generaciones. En general, el contenido de las publicaciones actuales es algo casi incomprensible para un lector no especializado. Hace una generación los artículos eran fácilmente comprensibles para la mayoría de los científicos sociales al margen de su especialidad. Por supuesto, este mismo tipo de fenómeno ha sucedido de alguna manera u otra en prácticamente todas las disciplinas académicas, Humanidades incluidas.

10. Schumpeter, traducción de Redvers Opie: *The Theory of Economic Development*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1934, pp. 91-94. Hay un punto de vista singular sobre el propio sentido que Schumpeter daba al modo en que se debía estudiar la innovación (principalmente a través del análisis histórico de industrias y del liderazgo empresarial) en una larga carta que escribió al profesor Rupert Maclaurin el 17 de julio de 1944, publicada en Hedtke, Ulrich y Swedberg, Richard, eds: *Joseph Alois Schumpeter, Briefe/Letters*. Tubinga: J. C. B. Mohr, Paul Siebeck, 2000, pp. 349-351.

Por supuesto, no sería difícil citar cientos de otros grandes emprendedores de la segunda mitad de siglo, de todas las economías de mercado del mundo. Se puede nombrar al menos una veintena de casos simplemente de Silicon Valley. La bibliografía sobre Schumpeter y la innovación es muy amplia y está creciendo rápidamente, tanto en artículos periodísticos como en publicaciones académicas. Este tipo de obras tienden a ser eclécticas y desiguales en cuanto a su conexión directa con Schumpeter, y de una calidad variable. La importancia de todas estas obras en su conjunto es que suponen un amplio reconocimiento a la posición central de la innovación en el desarrollo económico, y entre ellas hay varias joyas. Ejemplos de bibliografía académica, citada en orden cronológico de publicación, son: Universities-National Bureau Committee for Economic Research: *The Rate and Direction of Inventive Activity: Economic and Social Factors*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1962, el informe de una conferencia pionera; Hughes, Jonathan: *The Vital Few: The Entrepreneur and American Economic Progress*. Nueva York: Oxford University Press, 1965; Mansfield, Edwin: *Industrial Research and Technological Innovation*. Nueva York: Norton, 1968; Rosenberg, Nathan: *Technology and American Economic Growth*. Nueva York: Harper & Row, 1972; Mansfield, Edwin; Rapoport, John; Romeo, Anthony; Villani, Edmund; Wagner, Samuel, y Husic, Frank: *The Production and Application of New Industrial Technology*. Nueva York: Norton, 1977; Scherer, F. M.: *Innovation and Growth: Schumpeterian Perspectives*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1984; Mokyr, Joel: *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress*. Nueva York: Oxford University Press, 1990; Scherer, Frederic

M. y Perlman, Mark, eds.: *Entrepreneurship, Technological Innovation, and Economic Growth: Studies in the Schumpeterian Tradition*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1992; Elam, Mark: *Innovation as the Craft of Combination: Perspectives on Technology and Economy in the Spirit of Schumpeter*. Linköping, Suecia: Dept. of Technology and Social Change, Linköping University, 1993; Shionoya, Yuichi y Perlman, Mark, eds.: *Innovation in Technology, Industries, and Institutions: Studies in Schumpeterian Perspectives*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1994; Edgerton, David E. H., ed.: *Industrial Research and Innovation in Business*. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 1996; Christensen, Clayton M.: *The Innovator's Dilemma: When New Technologies Cause Great Firms to Fail*. Boston: Harvard Business School Press, 1997 (un libro dirigido ante todo a directivos que ha sido objeto de varias ediciones revisadas); Bauer, Johannes M.: "Market Power, Innovation, and Efficiency in Telecommunications: Schumpeter Reconsidered", en *Journal of Economic Issues* 31, junio de 1997, pp. 557-565 (en el que el autor considera la posible influencia de Schumpeter en el ámbito de la desregulación); Scherer, F. M.: *New Perspectives on Economic Growth and Technological Innovation*. Washington, D.C.: Brookings Institution Press, 1999 (un breve libro que, de forma inusual, cuenta con multitud de referencias a estudios afines); McFarling, Bruce: "Schumpeter's Entrepreneurs and Commons's Sovereign Authority", en *Journal of Economic Issues* 34, septiembre de 2000, pp. 707-721 (el autor de este artículo intenta combinar los enfoques en torno a la innovación de Schumpeter y John R. Commons); Rosenberg, Nathan: *Schumpeter and the Endogeneity of Technology: Some American Perspectives*. Nueva York: Routledge, 2000; Cantwell, John: "Innovation, Profits, and Growth: Penrose and Schumpeter", en Pitelis, Christos, ed.: *The Growth of the Firm: The Legacy of Edith Penrose*. Oxford: Oxford University Press, 2002, pp. 215-248 (el autor sostiene que Penrose incorpora las ideas de Schumpeter sobre la innovación en su propio pensamiento y las moderniza); Arena, Richard y Hagnauer, Cécile Dangel, eds.: *The Contributions of Joseph Schumpeter to Economics: Economic Development and Institutional Change*. Londres: Routledge, 2002, una recopilación de ensayos de estudiosos franceses que mantienen, en general, que la economía de Schumpeter era institucionalista y evolucionaria y, por consiguiente, no se reducía a la innovación y a la competencia; Keklik, Mümtaz: *Schumpeter, Innovation and Growth: Long-cycle Dynamics in the Post-WWIl American Manufacturing Industries*. Aldershot, Reino Unido: Ashgate, 2003; Lanzillotti, Robert F.: "Schumpeter, Product Innovation and Public Policy: The Case of Cigarettes", en *Journal of Evolutionary Economics* 13, 2003, pp. 469-490; Nicholas, Tom: "Why Schumpeter Was Right: Innovation, Market Power, and Creative Destruction in 1920s America", en *Journal of Economic History* 63, diciembre de 2003, pp. 1023-1058. Aunque la lista pueda parecer larga, en realidad es solo una breve muestra de la vasta bibliografía existente sobre la innovación.

11. Stolper, Wolfgang F.: "Reflections on Schumpeter's Writings", en Harris, ed.: *Schumpeter, Social Scientist*, p. 108.

12. Schumpeter: "Capitalism", en *Encyclopaedia Britannica*. Nueva York: Encyclopaedia Britannica, 1946, pp. 881-887, publicado de nuevo en Clemence, Richard V., ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*. Cambridge, Massachusetts: Addison-Wesley, 1951, pp. 189-210. La cita figura en la página 190. Galbraith, John Kenneth: *A View from the Stands of People, Politics, Military Power and the Arts*. Boston: Houghton Mifflin, 1986, p. 288.

13. Schumpeter: "Capitalism", en *Encyclopaedia Britannica*, reimpreso en Clemence, ed.: *Joseph A. Schumpeter: Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*, p. 204. Schumpeter había descrito este proceso de manera mucho más detallada en *Ciclos económicos*.

14. A principios del siglo XX, menos de medio millón de estadounidenses poseía acciones. En 1929, diez millones de personas estaban "dentro del mercado", veinte veces más. A finales del siglo XX, esta cifra sobrepasó los cien millones: doscientas veces más que en 1900 o un 20.000 % más. La mayoría de los accionistas modernos poseen acciones a través de inversiones en fondos de pensión u otros fondos para la jubilación.

En 1929, el Dow-Jones Industrial Average había alcanzado un techo de 381 puntos, para perder casi un 90 % de su valor en 1932 cuando tocó un suelo de 41 puntos. (Hoy en día es difícil creer en oscilaciones a medio plazo de esta magnitud, después de más de seis décadas con un ciclo

económico plano). Después de la Gran Depresión, el Dow-Jones empezó un ascenso errático, al tiempo que el volumen de negocio se recuperaba gradualmente. A pesar de ello, le llevó 34 años, hasta 1963, conseguir que el volumen de acciones negociadas igualara la cifra de 1929. Entonces la negociación de acciones empezó a dispararse, sobre todo en la década de 1980 y 1990 y con ella el Dow-Jones Industrial Average: de 1.000 puntos a principios de la década de 1980, a 2.500 en 1987 (año en que se produjo otra caída de cerca de un 25 %), para después gozar de un aumento sostenido y acusado durante la década de 1990 hasta alcanzar un nivel máximo de 11.000 puntos en 1999. En aquel momento se ajustó a la baja, en parte debido al estallido de la burbuja de las punto com, y declinó ligeramente durante los siguientes años. En 2006 alcanzó los 12.000 puntos.

Mientras tanto, el NASDAQ Composite Index inició su existencia como reflejo del rápido progreso de las empresas de alta tecnología en el campo de las tecnologías de la información y de la biotecnología y en él cotizan varios miles de nuevas empresas fundadas por emprendedores y respaldadas por el capital riesgo.

15. Drucker, Peter F.: "Schumpeter and Keynes", en *Forbes*, 23 de mayo de 1983, p. 124.

16. Giersch, Herbert: "The Age of Schumpeter", en *American Economic Review* 74, mayo de 1984, pp. 103-109; véase asimismo Giersch, Herbert: "Economic Policies in the Age of *Schumpeter*", en *European Economic Review* 31, febrero/marzo de 1987, pp. 35-52. Whalen, Charles J.: "America's Hottest Economist Died 50 Years Ago", en *Business Week*, 11 de diciembre de 2000.

17. El semanario económico alemán *Wirtschaftswoche*, descendiente directo del *Deutsche Volkswirt* de Gustav Stolper, financia este premio. En la página web de la International Schumpeter Society se puede obtener más información sobre ella: http://www.iss-evec.de. En ocasiones, los volúmenes de la Society tratan de temas que promovió Schumpeter (como la tecnología o la innovación) y en otras ocasiones del propio Schumpeter. Un buen ejemplo de este último caso es Shionoya, Yuichi y Perlman, Mark, eds.: *Schumpeter in the History of Ideas*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1994.

18. *Journal of Evolutionary Economics* se publica en inglés en Alemania. Para otros comentarios sobre la influencia continua de Schumpeter, véanse Cantner, Uwe y Hanusch, Horst: "On the Renaissance of Schumpeterian Economics", Working Paper No. 51, Universität Augsburg, Institut für Volkswirtschaftslehre, 1991; Swedberg, Richard: *Can Capitalism Survive? Schumpeter's Answer and Its Relevance for New Institutional Economics*. Estocolmo: Stockholm University, Department of Sociology, 1992; Fagerberg, Jan: "Schumpeter and the Revival of Evolutionary Economics: An Appraisal of the Literature", en *Journal of Evolutionary Economics* 13, 2003, pp. 125-159.

19. Para la serie de conferencias y otras actividades organizadas por la Graz Schumpeter Society, véase *http://homepage.univie.ac.at/Bernd.Brandl/schumpeterlschumpeter.html*. La primera de las Conferencias Schumpeter, que trataba menos del propio Schumpeter que del objeto del título del libro resultante, fue Metcalfe, J. Stanley: *Evolutionary Economics and Creative Destruction*. Florence, Kentucky: Routledge, 1998. La serie de conferencias que han tenido lugar posteriormente y que se enumeran en la página web citada anteriormente, han tratado un abanico de temas, de manera apropiada, puesto que Schumpeter también tenía una amplia gama de intereses.

20. La declaración de Douglass North se publicó en *The Wall Street Journal*, 29 de julio de 1994, p. B1. North escribió más tarde que "Schumpeter ejerció una fuerte influencia sobre mí." Véase "Douglass C. North", en Breit, William y Spencer, Roger W., eds.: *Lives of the Laureates: Thirteen Nobel Economists*, 3ª edición. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1995, p. 254. North fue un pionero de la "cliometría" (un historiador económico que utilizaba técnicas matemáticas avanzadas). Dadas una serie de presunciones simplificadoras, hay una prueba disponible para propuestas económicas determinadas con precisión. El uso esmerado de técnicas como el análisis de regresión o las ecuaciones simultáneas puede situar al investigador mucho más cerca de la precisión económica que las hipótesis sin probar o los cálculos aproximados. No obstante, al final incluso un conjunto infinito de estadísticas y un millón de ecuaciones no pueden dar un sentido determinado y exacto a un problema económico de gran importancia como los ciclos económicos o el devenir de una industria o una economía nacional (o incluso de una cuestión en apariencia tan sencilla como la importancia del liderazgo en una solución empresarial). El número de variables en todos estos fenómenos es casi ilimitado. La respuesta a cualquier cuestión económica depende inherentemente no solo de la

estadística y las matemáticas, sino también de factores exógenos (guerras, sequías, mentalidades de los participantes) y, sobre todo en las economías capitalistas, de las fuerzas endógenas de la innovación continua.

21. En los departamentos universitarios de economía, los profesores también hablan de "historias". Sin embargo, a lo que suelen referirse es a modelos de conducta estilizados. A pesar de todo, sus generalizaciones más memorables casi siempre son pequeñas narraciones que a menudo contaba a través de metáforas: la "mano invisible" de Adam Smith, el "ejército de reserva de desempleados" de Marx, la "destrucción creativa" de Schumpeter, el "consumo ostentoso" de Thorstein Veblen, la "preferencia revelada" de Paul Samuelson (la mejor guía para saber lo que una persona desea es lo que una persona hace), la "racionalidad limitada" de Oliver Williamson (nadie puede saberlo todo), la "dependencia de la trayectoria" de Paul David (la inercia a menudo impide la innovación) o el aforismo de Lawrence Summers: "Nadie ha lavado nunca un coche alquilado". Sin embargo, incluso estas formulaciones pueden llegar a convertirse en lo que Schumpeter llamaba "eslóganes", substitutos fáciles de toda una verdad, que posiblemente confundan si no se templan con los hechos de situaciones concretas.

22. Usher, A. P.: "Historical Implications of the Theory of Economic Development", en Harris, Seymour E., ed.: *Schumpeter, Social Scientist*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1951, p. 129; Samuelson, Paul A.: "Schumpeter's *Capitalism, Socialism and Democracy*", en Heertje, Arnold, ed.: *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after 40 Years*. Nueva York: Praeger, 1981, p. 21; Winter, Sidney G.: "Schumpeterian Competition in Alternative Technological Regimes", en *Journal of Economic Behavior and Organization* 5, septiembre-diciembre de 1984, p. 287; Heilbroner, Robert: *The Worldly Philosophers: The Lives, Times, and Ideas of the Great Economic Thinkers*, 6ª edición. Nueva York: Hyperion Books, 1991, p. 291. Schumpeter era uno de los cinco únicos economistas a los que Heilbroner consagraba un capítulo entero (los otros son Adam Smith, Karl Marx, Thorstein Veblen y John Maynard Keynes). El autor añadía que la economía se había estrechado demasiado para albergar más "filósofos de talla mundial".

Agradecimientos

Debo expresar mi mayor reconocimiento a Susan McCraw, con quien más estoy en deuda y a quien dedico este libro. Sus profundos conocimientos y sus habilidades editoriales, curtidas durante años de práctica jurídica, han influenciado cada una de las páginas de esta obra y su cultivado ojo artístico ha sido responsable de la selección de las ilustraciones. Lo que no queda patente en estas páginas es la inquebrantable dedicación que ha consagrado a nuestra familia durante tantos años, por no mencionar su apoyo sostenido a mi trabajo, a menudo a expensas del suyo propio. Goethe escribió en cierta ocasión que "la suma de lo que dos personas casadas se deben la una a la otra desafía todo cálculo. Es una deuda infinita que solo puede ser saldada en una eternidad". Y no es una exageración, en absoluto, en mi caso.

Durante la redacción del libro he tenido diversas oportunidades maravillosas de impregnarme del conocimiento sobre la innovación y el capitalismo de numerosos amigos y colegas investigadores, tanto de mi propio campo de la historia como de otra media decena de ámbitos. No obstante, antes de nombrar a estos amigos y estudiosos, me gustaría dejar constancia que he tenido la inestimable buena fortuna de aprender de mis alumnos en la misma gran medida. En la escuela en la que enseño, la edad media de los estudiantes es de veintisiete años y trabajan en casi todo tipo de industrias y organismos públicos de todo el mundo. Al margen del seminario de doctorado, mis clases habituales tienen noventa y cinco estudiantes de veintiséis países, de las naciones más ricas a las más pobres. Algunos de estos estudiantes proceden de familias acomodadas, pero este no es el caso de la mayoría. Sus debates sobre la historia y la naturaleza del capitalismo han sido enérgicos, ardientes y, en ocasiones, coléricos. Cuando uno escucha con atención este tipo de discursos, un día tras otro, un año tras otro, tiene que ser el más obtuso de los profesores que se puede ser para no *recibir* enseñanzas. Como decía el proverbio romano: *Qui docet discet*. El que enseña aprende.

La experiencia ha sido alborozadora y las enseñanzas profundas. Hace mucho tiempo, durante la desintegración de la Unión Soviética, pedí a una de mis clases que me diera una definición de capitalismo. Después de que se divagara durante un rato, un estudiante ruso dijo: "Es un sistema en el que puedes retener lo que ganas". En esta pequeña frase este ciudadano soviético puso de manifiesto dos de los pilares de la sociedad capitalista de éxito: la propiedad privada y el Estado de derecho. Con el paso de los años sus palabras han sonado más ciertas que nunca, puesto que decenas de países, incluyendo el suyo propio, han intentado establecer sistemas capitalistas, con resultados muy diversos.

De entre las lecturas que les asigno, mis estudiantes han valorado sobremanera la obra de Joseph Schumpeter y esta es una de las razones que me animaron a escribir este libro. La reacción que tuvieron ante su análisis del capitalismo (beneficios y costes, efectos creativos y destructivos en sus propios países y en cualquier otra parte) ha sido: "Sí, esto es lo que verdaderamente pasa *ahí fuera*". Cuando empecé a escribir sobre Schumpeter descubrí que muchas personas le habían dicho lo mismo, para su mayor regocijo.

Todos los estudiantes contemporáneos de la vida y la obra de Schumpeter tienen una gran deuda con los estudiosos que les precedieron. Estos predecesores se cuentan por cientos y su mención en mis notas es en sí misma un reconocimiento de mi deuda con ellos. Sin embargo, me gustaría mencionar de forma destacada a cinco escritores: Richard Swedberg, Ulrich Hedtke, Robert Loring Allen, Wolfgang Stolper y Christian Seidl.

El profesor Swedberg es un sociólogo excelente que ha sido una de las personas que más ha contribuido a atraer la atención de un público más amplio sobre la obra de Schumpeter. Escribió una biografía breve y extraordinaria de Schumpeter en la que hizo hincapié en sus aportaciones a la *Sozialökonomie*. Asimismo, se ocupó de la edición de una colección de artículos de Schumpeter y también editó junto con Ulrich Hedtke una valiosa recopilación de cartas de Schumpeter. El profesor Hedtke mantiene una página web en Berlín (www.Schumpeter.info), que es una herramienta esencial para cualquier estudiante serio de la obra de Schumpeter. El difunto Robert Loring Allen escribió otra buena biografía que, aunque a menudo sea desigual en cuanto a su documentación, es bastante útil para confirmar las actividades de Schumpeter y además contiene entrevistas de personas que ya han fallecido. El difunto Wolfgang Stolper escribió otra biografía que se centraba en la vida pública de Schumpeter. De manera igualmente importante, el profesor Stolper (en colaboración con el profesor Christian Seidl, un quinto intérprete perspicaz de la vida y de la obra de Schumpeter) localizó, recopiló y editó de manera conjunta en tres volúmenes un enorme número de escritos de Schumpeter del período anterior a su llegada a los Estados Unidos.

Además de mis colegas investigadores, muchos economistas (incluyendo al menos veinte estudiantes de mi seminario de doctorado) me ayudaron a evitar incurrir en errores técnicos y a entender el lugar único que ocupa Schumpeter en esta disciplina. No puedo nombrarlos a todos, pero manifiesto mi agradecimiento especial a Mike Scherer de Harvard y a Jack High de George Mason. Ambos son economistas experimentados extremadamente perspicaces que leyeron todo el manuscrito y lo mejoraron inconmensurablemente (Mike cuando la primera versión estuvo lista y Jack a través de un largo intercambio

de cartas, capítulo a capítulo). Entre los científicos políticos, Rawi Abdelal fue con diferencia el que más me ayudó. También leyó el manuscrito íntegramente (y algunas partes de él varias veces) y me hizo decenas de sugerencias útiles.

Tres jóvenes historiadores con un talento fuera de lo común me llevaron a entender mejor el Imperio austrohúngaro, la Alemania de entre las dos guerras mundiales y Centroeuropa en general. Alison Fleig Frank me guió a través de la vasta y rica bibliografía sobre la monarquía dual y particularmente sobre Viena. Asimismo, revisó las primeras versiones de las partes I y II del libro y me prestó su ayuda con algunas traducciones difíciles. Benjamin Hett trabajó arduamente y de manera eficaz durante la primera fase del proyecto. Ben es un abogado con experiencia y un historiador de primera categoría y descubrió aspectos cruciales presentes en los primeros escritos de Schumpeter y en los archivos que hemos denominado los Documentos de Schumpeter (Schumpeter Papers). También me ayudó a reflexionar sobre el plan inicial del libro. Un tercer historiador, el joven Jeffrey Fear, leyó todo el manuscrito y compartió conmigo sus profundos conocimientos de la historia económica alemana. Tanto antes de escribir el libro como durante la redacción del mismo, tuvimos numerosas conversaciones en torno a la innovación, la organización industrial y la naturaleza del capitalismo de corte alemán.

Como casi cualquier persona que haya trabajado en la subdisciplina de la historia empresarial, he aprendido más de Alfred D. Chandler, Jr. que de cualquier otro investigador. Ha sido mi guía y un buen amigo durante más de treinta años y tengo una deuda enorme con él, tanto personal como profesionalmente. Lo mismo sucede con las otras tres personas que colaboran conmigo desde hace mucho tiempo en la sección de historia empresarial de Harvard: Richard S. Tedlow, con el que he mantenido numerosas conversaciones sobre este libro durante los últimos seis años; Richard H. K. Vietor, que me expuso sus críticas útiles a las primeras versiones de cuatro capítulos y que trabajó conmigo durante quince años bajo el genial liderazgo de nuestro antiguo decano, John H. McArthur, para formar un grupo multidisciplinar para el estudio de la empresa y el gobierno, y Walter A. Friedman, mi antiguo editor asociado y coeditor de *Business History Review*. Walter, que todavía se hace cargo de esta última tarea, mostró una consideración especial en sus sugerencias para mejorar este libro y con frecuencia sacrificó el tiempo destinado a su propia labor de escritura para revisar mis notas y para ayudarme a localizar materiales de fuentes confusas.

Entre mis colegas de nuestra Entrepreneurial Management Unit, estoy en gran deuda con Howard Stevenson, que fundó y dio alas al grupo y que me ofreció sus comentarios de los primeros borradores del manuscrito; Bill

Sahlman, un investigador pionero en el estudio de las finanzas de las empresas (lo que Schumpeter denominó “creación de crédito”); Tom Nicholas, un joven historiador económico que revisó con esmero el capítulo 3; Teresa Amabile, una estudiante destacada y creativa que ha presidido nuestra Unidad con escrupulosa dedicación, y Geoffrey Jones, mi buen amigo y sucesor en el cargo de profesor de historia empresarial Isidor Straus y una de las autoridades más importantes del mundo en materia de historia empresarial internacional.

Estoy muy agradecido por haber tenido la oportunidad de presentar versiones iniciales de algunas partes de este libro en diversos ámbitos (conferencias, reuniones y artículos), como por ejemplo en el Seminario de historia empresarial de Harvard, en diferentes sesiones de las reuniones anuales de la Business History Conference o la Historical Society, en el Seminario de economía austríaca de la Universidad de Nueva York, en *The American Scholar*, en la conmemoración de los mejores libros del siglo XX de esta disciplina de la Economic History Association (www.eh.net.project2000), en *SternBusiness*, en *Business History Review* y en el Berkley Center for Entrepreneurial Studies de la Escuela de Negocios Stern, donde fui el primer investigador empresarial en residencia.

En cuanto a las labores de colaboración en la investigación y de traducción, debo mostrar mi agradecimiento principalmente a Holger Frank, que trabajó más de dos años con una cantidad masiva de material difícil procedente del archivo de Documentos de Schumpeter (Schumpeter Papers) de Harvard. Holger es originario de Graz, ciudad en la que vivió Schumpeter de pequeño y también cuando fue designado profesor. Asimismo, organizó un viaje de investigación que nos llevó por los lugares de Europa en los que Schumpeter había vivido y enseñado, desde su ciudad de nacimiento en la República Checa hasta Graz, Viena y Bonn y otros muchos lugares. Otras personas que me prestaron una ayuda esencial con la investigación, las traducciones o ambas cosas fueron Kevin Burke, Rustin Gates, Christopher Hall, Takashi Hikino, Susanna Kim, Phil Mead, Florian Müller, David Nickles y Felice Whittum.

Cinco grandes amigos desde hace mucho tiempo (Jim Baughman, Bill Childs, Paul Glad, Hubert McAlexander y Dick Walton) me ayudaron enormemente en diferentes etapas de la escritura del libro, con su lectura de borradores de diferentes capítulos y con sus inteligentes consejos. George Gibson y Michael Aronson, dos de los editores más instruidos que conozco, me dieron también consejos igualmente valiosos.

En ningún aspecto de este libro he sido más afortunado que con su revisión. Además de los muchos amigos y colegas que ya he mencionado, dos

verdaderos maestros de la lengua inglesa, Jeff Strabone y Susan Wallace Boehmer, leyeron el borrador del manuscrito con meticulosidad y esmero y me comunicaron cientos de buenas sugerencias. Susan también veló por la evolución del libro desde la entrega del manuscrito hasta la publicación y mostró tener un criterio excelente e infalible tanto con la obra en su conjunto como con los detalles más sutiles.

Como todos los libros que recurren a colecciones manuscritas, esta obra no se habría podido escribir sin la ayuda de los bibliotecarios y archivistas. Agradezco especialmente la colaboración de Robin McElheny de la Biblioteca Pusey de Harvard, Ellen Shea de la Biblioteca Schlesinger (Radcliffe Institute), Margaret Burri de la Biblioteca Milton S. Eisenhower (Johns Hopkins), Dominick Hunger de la Biblioteca Universitaria de Basilea, Carol Leadenham del Hoover Institution Archives, Manuela Vack del Bundesarchiv de Coblenza y todo el personal de la sección fotográfica de la Biblioteca Nacional de Austria en Viena. También agradezco a cada una de estas instituciones su permiso para citar o reproducir los materiales de que disponen. Asimismo, la División de investigación de la Escuela de Negocios de Harvard me ofreció un apoyo generoso e inagotable durante todo el largo período de investigación y escritura.

Por supuesto, todos los errores e infortunios que aún restan en la obra son propios y me responsabilizo completamente de ellos.

Créditos de las ilustraciones

1.1 fotografía del autor.
1.2 fotografía del autor.
1.3 fotografía del autor.
1.4 fotografía del autor.
1.5 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
1.6 por cortesía de Holger Frank.
1.7 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
2.1 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
2.2 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
2.3 fotografía del autor.
2.4 fotografía del autor.
3.1 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.2 fotografía del autor.
3.3 por cortesía de Library of Congress.
3.4 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.5 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.6 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.7 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.8 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.9 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
3.10 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
4.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
5.1 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena.
5.2 fotografía del autor.
5.3 fotografía del autor.
6.1 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena
7.1 fotografía reproducida con permiso de la Österreichische Nationalbibliothek, Viena
8.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
8.2 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
9.1 por cortesía de Harvard University Archives HUGFP 4.5.
9.2 por cortesía de Bundesarchiv, Koblenz, Alemania.
9.3 por cortesía de Universitäts- und Landesbibliothek, Bonn, Alemania.
9.4 por cortesía de Bundesarchiv, Koblenz, Alemania.
10.1 fotografía de Mia Stöckel, por cortesía de Zora Recker, www.schumpeter.info.
11.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
12.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUP Taussig, Frank William (5a).
12.2 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90p.
12.3 por cortesía de Kevin Burke.

12.4 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
12.5 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
13.1 A: por cortesía de Harvard University Archives, HUP Parsons, Talcott (1a).
13.2 B: por cortesía de Harvard University Archives, HUP Galbraith, John Kenneth, (1a).
13.3 C: por cortesía de Harvard University Archives, UAV 605.270.5p.
13.4 D: por cortesía de Harvard University Archives, HUP Harris, Seymour Edwin (3).
13.5 E: por cortesía de Harvard University Archives, HUP Leontief, Wassily W. (1).
13.6 por cortesía de Bentley Historical Library, Universidad de Michigan.
14.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
14.2 por cortesía de Radcliffe Archives, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard.
14.3 por cortesía de Radcliffe Archives, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard y Bachrach Photography, Boston, Massachusetts.
15.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUD-343.04.
15.2 por cortesía de Library of Congress.
16.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
17.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90p.
17.2 por cortesía de Kevin Burke.
22.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
22.2 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
24.1 por cortesía de *Monthly Review*.
24.2 por cortesía de Harvard University Archives, HUV 175 (2-4).
24.3 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
25.1 por cortesía de MIT Museum.
25.2 por cortesía de Yale University, 10724.
25.3 por cortesía de Harvard University Archives, HUP Smithies, Arthur (2).
26.1 por cortesía de Harvard University Department of Economics.
26.2 por cortesía de Harvard Archives, HUV 1467 (5-2).
26.3 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
27.1 por cortesía de Harvard University Archives, HUP Cole, Arthur H. (1).
27.2 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.
27.3 por cortesía de Harvard University Archives, HUGB S276.90.

Índice onomástico y de materias

Academia Imperial de Ciencias (Imperio austrohúngaro): 97

Acuerdo General sobre Aranceles

Aduaneros y Comercio: 422

Agnelli: 206

Albania: 313

Alemania occidental: 14

Alemania oriental: 51, 418

Alemania: 14, 34, 42, 43, 45, 48, 49, 67, 77, 95, 102, 105-107, 110-114, 116-119, 122-125, 129, 133, 139, 140, 144, 151, 153, 154, 159, 175, 178, 183, 185, 190, 195-203, 205, 209, 210, 217, 222, 225, 227, 229, 231, 232, 237, 247, 257-259, 261-263, 277, 278, 282-284, 288, 289, 291, 297, 309, 311-314, 316-318, 320-323, 326-330, 336, 343-347, 355, 357, 362, 363, 367, 368, 372, 373, 375, 376, 393, 400, 404, 409, 410, 412-417, 419, 420, 422, 427, 428, 430, 431, 442, 465, 466, 471, 472, 491, 507, 532, 533, 549, 556, 560, 562, 573, 580, 584, 587, 589, 590, 600, 605, 606, 611, 613, 615-623, 633, 634, 638, 643, 646, 647, 648, 664, 665, 670, 671, 680, 692, 694-696, 698, 705-707, 710, 722, 726, 728, 736, 746, 751, 754

algodón: 25, 284, 289, 290, 291, 622, 623, 659, 660

Allen, Frederick Lewis: 367, 683

Anschluss: 323

Antillas Holandesas: 366, 607

antisemitismo: 229, 234, 327, 401, 553, 554, 556, 558, 633, 636, 675

Arabia Saudita: 172, 543

aranceles:134, 362, 610, 621, 725

Argentina: 313, 698

Aristóteles: 338, 501, 521, 675

Arkwright: 206, 289, 290, 291

armas nucleares: 404

Austria (República): 14, 19, 28, 30, 31, 41, 42, 44, 49, 64, 67, 85, 97, 101-104, 107, 108, 110-112, 114, 116-125, 128-131, 133-135, 139, 140, 144, 146, 148, 153, 158, 173, 189, 195, 248, 252, 261, 262, 277, 311-313, 323, 326, 345, 413, 414, 420, 422, 424, 442, 472, 507, 508, 531, 549, 551, 552, 555-560, 562, 563, 570, 573, 584, 588, 590, 592, 595, 600, 601, 612, 613, 680, 722, 752

austrohúngaro (Imperio): 29, 32, 34, 44, 45, 49, 52, 86, 105, 106, 111, 113, 114, 123, 286, 552, 555, 556, 560, 707, 751

Banco de Inglaterra: 526

Banco Mundial: 176, 421, 549, 605

BASF: 49, 198

Batista, Fulgencio: 313

Bauer, Otto: 64, 67, 118, 119, 122, 553, 556, 590, 721

Bayer: 49, 50, 198

Beard, Charles A.: 359, 681
Beckerath, Herbert Von: 157, 603, 609, 739
Bélgica: 151, 262, 315, 344
Belgrado: 323, 329
beneficios: 23-24, 52, 69, 73, 74, 89, 119, 124, 178, 187, 188, 191, 196, 202, 204, 205, 256, 286, 292, 295, 297, 352, 379, 384, 387, 388, 390, 391, 394, 506, 545, 560, 574, 587, 655, 708, 730, 750
Bergson, Abram: 421, 554, 674, 675, 709
Bergson, Henri: 351
Berlín: 50, 26, 77, 79, 94, 118, 119, 128, 144, 151, 153-155, 160, 184, 194, 196, 209, 222, 227, 228, 230, 257, 260, 328, 421, 559, 579, 586, 591, 599, 601, 615, 616, 623-626, 635, 650, 664, 705, 750
Berlín, Universidad de: 77, 153, 213, 227, 228
Bessemer, Henry: 299, 300, 569, 664
Bicanski, Stojan: 316, 319, 320, 321, 324, 330
Biedermann Bank: 128-130, 140, 145, 153, 155, 156, 163, 194, 228, 342, 591-593, 625
bienestar social: 202, 467, 491, 615
Bismarck, Otto von: 111, 601
Black, John D.: 337, 675, 715, 717, 733
Blackstone, William: 59
BMW: 197
Bode, Karl: 260
Bohemia: 49, 124, 556, 558
Böhm-Bawerk, Eugene von: 58, 64, 66, 67, 76, 83, 85, 97, 118, 159, 305, 559, 560, 563-566, 570, 574
bolchevismo: 52, 346, 354, 355, 464, 467
Bonn: 7, 9, 144-146, 148, 151-154, 158-160, 162-164, 178-180, 183, 192, 193, 195-198, 207, 209-211, 213-217, 219, 220, 227, 228, 231, 233, 236, 237, 246, 254, 259-262, 264, 314-316, 321-323, 339, 416, 456, 599, 600, 602, 603, 610, 614, 625-628, 633, 649, 685, 727, 752, 754
Bonn, Universidad de: 144, 148, 151-154, 157-159, 183, 194, 209, 219, 222, 225, 228, 230, 243, 259, 263, 342, 600, 636, 668, 695, 712
Bosnia: 106, 124
Boston, Massachusetts: 214, 222, 238, 241, 244, 253, 272, 339, 350, 357, 370-373, 421, 450, 456, 510, 550, 555, 563, 569, 278, 593, 639, 646, 649, 664, 671, 676-678, 684, 708, 718, 719, 736, 741, 744, 745, 754
Boulton, Matthew: 290
Bouvier, Emile: 463
Bradshaw, Thornton: 347, 677
Brandeis, Louis D.: 284, 570, 627
Branson, Richard: 206, 543
Brasil: 172, 313, 621
Brooks, Van Wyck: 410
Brown, D. V.: 241
Budapest: 44, 115, 119, 122
Buffet, Warren: 176
Bukharin, Nikolai: 432
Bukovina: 86
Bulgaria: 106, 313, 422, 672

Burbank, Harold H.: 220, 221, 223, 230, 238, 282, 337, 629-632, 634, 635, 637-640, 655, 675, 711, 712, 715, 717

Burke, Edmund: 52, 559

Business: 178, 213, 417, 546, 547, 550, 551, 563, 564, 569, 572, 575, 576, 578, 587, 592, 596, 602, 608, 612, 616, 617, 621, 625, 627, 654-666, 668, 669, 671, 675, 677, 678, 685, 687, 690, 698, 708, 711, 718-722, 732-736, 739-742, 744-746, 751, 752

Cambridge, Massachusetts: 32, 79, 103, 104, 214, 215, 221-223, 248, 255, 262, 265-267, 269, 314, 334, 335, 338-340, 342, 369, 372, 375-378, 404, 446-448, 484, 494, 528, 531, 533, 534, 549, 550, 553-555, 557, 558, 561, 562, 567, 570, 571, 573-576, 580, 581, 587, 590, 592, 596, 597, 604, 608, 612, 616, 617, 619, 621, 622, 639, 642, 645, 654, 656, 658-664, 667, 669, 672, 673, 675, 677, 678, 682, 683, 687, 689, 690, 698, 699, 700, 703, 706, 707, 711-713, 715, 718, 723, 725, 732-736, 740, 742-745, 747, 748

Cambridge, Universidad de: 72, 308, 365, 453, 491, 507, 560, 641, 709

Canadá: 312, 718

Canfield, Cass: 378, 686

Cantillon, Ricard: 497, 275

capital riesgo: 461, 546, 578, 746

capitalismo sindicado: 431

capitalismo/capitalistas: 8, 13-15, 17, 19, 21-26, 29, 42, 47, 48, 50, 53, 60, 62, 64-66, 68, 70, 74, 78, 85, 89, 90, 92-94, 103, 105, 114, 116, 117, 123, 127, 131, 133, 158, 165, 171, 172, 174-176, 179, 182, 184, 187, 186, 188-191, 198, 203, 215, 275, 277-279, 281-285, 288, 293, 294, 297, 301, 306, 310, 312, 313, 343, 344, 351-353, 359, 362, 379-384, 386-396, 398-405, 407, 418, 423-426, 431, 433, 450, 451, 457, 459, 460-465, 467, 469-476, 479, 490, 492, 495, 498, 499, 506-508, 510, 515, 518, 520, 525, 526, 531, 532, 537, 539-546, 548, 551, 566, 574, 575, 577, 586, 587, 604-606, 612, 613, 619, 622, 656, 661, 686-688, 691, 692, 696, 698, 700, 719, 721, 722, 727, 729, 730, 734, 738, 747, 749, 750, 751

Carey, Henry C.: 496

Carias, Tiburcio: 313

Carlos (emperador): 107, 113

Carnegie, Andrew: 68, 73, 176, 206, 300, 391, 543, 569, 664, 688

Carolina del Sur, Universidad de: 489

carteles: 50, 93, 172, 202, 203, 466, 677

Cartwright, Edmund: 289, 291

católicos: 28, 29, 69, 86, 111, 128, 146, 234, 463, 464, 597

catorce puntos: 123

Celanese: 292

Center for Research in Entrepreneurial History: 511-514, 735

Ciclos económicos: 153, 251, 255, 264, 282, 283, 294, 302, 305, 338, 339, 341, 376, 382, 395, 453, 468, 469, 540, 541, 594, 606, 622, 654, 656, 662, 666, 669, 685, 739, 741, 742, 747

Clark, John Bates: 75, 84, 96, 101, 561, 563, 568, 571, 572, 579

Clark, Tom C.: 375

Clases sociales: 65, 145, 182, 185, 186, 189, 191, 205, 215, 285, 381, 403, 470, 492, 582, 586, 611, 612, 663, 668, 734

Cole, Arthur: 511, 512, 626, 672, 735, 755

Colonia: 146, 151, 194, 650, 671, 705

Columbia, Universidad de: 101, 102, 210, 238, 258, 259, 452, 489, 542, 611, 655, 683

comercio (internacional); *véase también*, aranceles: 68, 134, 313, 354, 362, 446, 610, 621, 725

Comisión aduanera (EE. UU.): 211

Comisión de socialización del carbón (Alemania), véase Comisión de socialización: 119, 403,

588
Competencia perfecta: 382, 385-387, 498, 692
Comte, Auguste: 182
comunismo/comunistas: 21, 22, 70, 105, 137, 196, 197, 229, 258, 312, 344, 352, 358, 359, 366, 391, 404, 410, 413, 413, 418, 428, 433, 466, 475, 479, 597, 663, 669, 688, 706, 731.
Conant, James Bryant: 235, 236, 341, 421
Confederación Alemana del Norte: 111
Confucio: 171
Congo: 543
Congreso de los Estados Unidos: 472
Consejo: 130, 261, 366, 636
conservadurismo: 22, 64, 644
consumidores/consumo: 23, 50, 61-64, 69, 70-74, 83, 89, 91-93, 134, 198, 200, 201, 287, 288, 293, 298, 303, 306, 382-384, 402, 422, 434, 460, 466, 469, 471, 494, 520, 532, 540, 567-570, 619, 620, 622, 623, 626, 659, 669, 677, 680, 720, 738, 741, 747.
Contreras, Eleazar López: 313
Corea: 358, 617, 209
corporativismo: 464-467, 719, 720
Coughlin, Charles: 353
Cournot: 159, 241, 247, 643
Cracovia: 44, 557
crecimiento económico: 22, 48-50, 129, 173, 175, 179, 181, 188, 190, 191, 202, 294, 298, 426, 472, 489, 492, 501, 539, 540, 541, 544, 545, 576, 577, 582, 586, 595, 614, 626, 628, 655, 661, 680, 721, 751
crédito: 23, 28, 94-96, 103, 117, 120, 129, 133, 134, 147, 174, 178, 179, 181, 188, 190, 191, 202, 294, 298, 426, 472, 489, 492, 501, 539-541, 544, 545, 576, 577, 582, 586, 595, 614, 626, 628, 655, 661, 680, 721, 751
cristiandad; véase asimismo, católicos, protestantes: 28, 29, 69, 86, 111, 128, 146, 212, 234, 463, 464, 597
Croacia: 44, 124, 556, 557
Crum, W. L.: 510, 643, 668, 675, 723
Cuba: 313
Czernowitz: 86
Chamberlin, Edward H.: 241, 342, 386, 675, 718, 728, 733, 734
Chamberlin, William H.: 367, 368
Chandler, Alfred D.: 513, 576, 596, 617, 636, 657, 658, 661-666, 690, 711, 735, 736, 751
Chardonnet: 292
Checos: 14, 29, 47, 111, 115, 124, 125, 135, 147, 153, 559, 588
Checoslovaquia: 125, 134, 135, 153, 312, 418, 552, 706, 707
Chernivtsi: 86-89, 96, 98-102, 125, 179, 233, 252, 342, 573, 582, 611
Chiang, Kai-shek: 358, 359, 418
Chicago, Illinois: 47, 238, 279, 293, 306, 375, 443, 526-528, 542, 549, 575, 662, 669, 670, 678, 682, 694, 731
Chicago, Universidad de: 235, 247, 305, 504, 558, 561, 575, 643, 662, 669, 670, 682, 731
China: 14, 21, 22, 175, 358-365, 370, 404, 418, 419, 475, 540, 543, 544, 546, 682, 731
Churchill, Winston: 24, 367, 379, 414-416, 420, 430, 473, 703, 704

Danzig: 184, 287

Darwin, Charles: 61, 579
Day, Edmund: 259, 649
De Voto, Bernard: 281
Degler, Carl: 176, 605
Dell, Michael: 539
democracia: 8, 9, 14, 24, 25, 29, 43, 45, 113, 278-281, 286, 309-312, 334, 342, 343, 350, 351, 355, 358, 375-381, 383, 385, 388, 392, 398, 400-407, 409, 411, 413, 414, 417-419, 423, 427, 428, 460, 435, 437, 441, 445, 450, 459, 463, 467, 468, 473, 483, 510, 526, 531, 534, 537, 543, 548, 551, 613, 624, 663, 680, 686, 687, 689, 690, 693-697, 699, 700-702, 704, 709, 727, 734, 740
Deng Xiaoping: 544
Der deutsche Volkswirt: 194, 195, 199, 260, 615, 618-621, 623, 624, 649
desempleo: 199, 201-203, 258, 314, 349, 395, 402, 422, 474, 476, 541, 544, 594, 620, 634, 666, 701
desregulación: 476, 744
destrucción creativa: 5, 13, 19, 22, 23, 26, 41, 50, 84, 105, 176, 1495, 208, 286, 287, 384, 385, 388, 464, 467, 485, 496, 508, 523, 537, 539, 544, 545, 547, 556, 578, 624, 626, 747
determinismo: 21, 282, 511, 515, 516, 526
Deutsche Bank: 129, 577, 592
Dietzel, Heinrich: 154
dinero: 20, 34, 70, 71, 74, 76, 78, 82, 89, 95, 103, 109, 120, 122, 128-131, 133, 139, 140, 145, 146, 148, 153, 160, 172, 174, 178, 181, 190-192, 194, 196, 202, 204, 205, 210, 215, 217, 219, 237, 238, 240, 251, 253, 264, 267, 284, 285, 292, 296, 298, 302, 304, 314, 326, 329, 349, 370, 374, 396, 399, 415, 426, 438, 484, 499, 500, 507, 509, 520, 534, 540, 543, 545, 547, 576, 577, 582, 595, 608-610, 614, 615, 628, 638, 645, 654, 666, 667, 670, 671, 680, 721, 724
Disraeli, Benjamin: 52, 633
Dow Jones Industrial: 546, 745, 746
Dresde: 417, 705
DuPont (empresa): 191, 661
Durkheim, Emile: 93, 636

East India: 191, 661
Eastman Kodak: 191
Eastman, George: 92
Econometric: 223, 224, 350, 377, 632, 641, 643, 646, 647, 741
Econometrica: 224, 245, 246, 566, 632, 642, 699, 741
economía de estado estacionario: 90
economía exacta: 21, 75, 249, 281, 303, 306, 509, 510, 514, 547, 667
economía mixta: 8, 9, 175, 459, 462, 472, 474-479, 510, 526, 541, 605, 718
Economic: 79, 103, 179, 189, 215, 225, 225, 244, 253, 256, 265, 267, 302, 360, 426, 445, 453, 457, 459, 467, 473, 477, 504, 505, 516, 520, 526-528, 546, 547, 550, 551, 554, 558, 560-567, 571, 572, 574, 575, 576, 578, 579, 582, 589, 590, 594, 595, 604, 606, 608, 609, 612-616, 620, 622, 623, 625, 627, 634, 639, 642-644, 647, 648, 651, 653-658, 660, 666, 668-670, 674, 677, 678, 681-683, 688-691, 694, 698-700, 702, 708-711, 713, 715, 718, 719, 722-737, 739-746, 748, 752
económico, crecimiento; véase crecimiento económico: 22, 48-50, 129, 173, 175, 179, 181, 188, 190, 191, 202, 294, 298, 426, 472, 489, 492, 501, 539, 540, 541, 544, 545, 576, 577, 582, 586, 595, 614, 626, 628, 655, 661, 680, 721, 751
Economist: 194, 359, 374, 546, 609, 690, 710, 743, 746
Edelberg, Victor: 262

Edgeworth, Francis Y.: 79, 80 159, 247, 614
Edison, Thomas: 300, 693
efecto multiplicador: 306, 308, 741
Egipto: 77, 80, 85, 125, 174, 543, 586
Einstein, Albert: 181, 254, 609
Eisenhower, Dwight D.: 421
El Cairo: 80, 82, 128, 148, 252
El Salvador: 313
electricidad: 190, 300, 301, 569, 570, 664, 665, 678, 697
Eliot, T. S.: 181
Encyclopaedia: 23, 463, 506, 544, 551, 587, 625, 719, 732, 734, 738, 745
Engels, Friedrich: 14, 511, 550, 686
equilibrio: 63, 83, 84, 90, 92, 189, 190, 200, 267, 386, 411, 453, 455, 475, 493, 510, 513, 521, 564, 568, 572, 618, 620, 666
equilibrio estático: 83, 510
esclavitud: 172, 573, 605, 660, 692, 752
escuela austríaca de economía: 42, 63, 65, 575
Eslovaquia: 44
Eslovenia: 44, 124
España: 4, 312, 313, 324, 491, 515, 698, 710
Espionage Act: 370
espíritu empresarial: 7, 9, 28, 90, 95, 103, 117, 120, 129, 175, 176, 179, 182, 185, 187, 193, 195, 206, 209, 296, 297, 299, 386, 388, 390, 445, 468, 469, 496-498, 504, 511, 513, 538-540, 542, 544-546, 548, 551, 575, 577, 586, 614, 626, 665, 686, 689, 692, 735, 741
establecimiento de precios según el
coste medio: 72
estadística: 13, 75, 84, 159, 245, 267, 279, 282, 514, 570, 647, 654, 668, 747
Estados Unidos: 14, 19, 28, 30, 31, 33, 44, 47-49, 67, 68, 73, 79, 103, 104, 106, 108-110, 114, 118, 125, 172, 174-176, 190, 191, 195, 196, 198, 199, 201-203, 205, 210, 211, 215, 217, 222, 224, 229, 230, 232, 234, 235, 237, 237, 247, 251, 256, 258, 260-262, 265, 267, 277, 278, 280, 283, 284, 288, 291-295, 297, 300, 309, 312, 314, 316, 318, 327, 329, 345, 346-350, 353, 354, 355, 357-363, 365-367, 369, 370, 372, 373, 375, 376, 382, 387, 388, 391-394, 404, 405, 410, 412, 414-424, 426, 428, 428, 441, 457, 460-463, 466, 467-470, 472-475, 476, 479, 487, 489, 490-492, 507, 526, 532, 540, 542, 546, 549, 550, 556, 559, 577, 579, 580, 585, 587, 603-605, 611, 616, 618, 620, 621, 623, 627, 630, 632, 633, 634, 639, 644, 647, 649, 650, 658, 662-665, 667, 669, 677, 680, 683, 684, 687, 694, 695, 696, 702, 705, 708, 714, 716, 720, 721, 722, 733, 736, 738, 742, 750
Estiria: 100, 557
Estonia: 312, 313, 344
estrategia empresarial: 13, 384, 385, 539, 545, 689, 690, 741
estrategia, véase estrategia empresarial: 13, 384, 385, 539, 545, 689, 690, 741
Etiopía: 256, 346
Eurípides: 32, 528
expansión y contracción: 283

fábricas: 19, 25, 71, 151, 184, 208, 286,-288, 290-292, 295, 296, 317, 397, 403, 424, 425, 469, 569, 660, fascismo/fascistas: 105, 225, 229, 312, 344, 347, 349, 355, 391, 400, 465, 670, 677, 688, 698, 710, Fay, C.R.: 365, 366, 683
Federal Bureau of Investigation: 684

Ferguson, William Scott: 342
ferrocarril: 49, 73, 94, 128, 292-294, 296, 297, 299, 300, 317, 358, 476, 501, 562, 577, 662
Fetter, Frank: 103, 550, 579
Field, Marshall: 68, 672, 693
Filipinas: 363
Finlandia: 344
Firuski, Maurice: 265-267, 371, 449
Firuski, Elizabeth Boody, véase Elizabeth Schumpeter: 265, 271, 371, 653, 674
fiscalidad: 52, 116, 467, 624, 700
Fischer, Louis: 410
Fisher, Irving: 103, 224, 245, 247, 252, 257, 340, 443, 492, 641, 647, 675
fisiócratas: 487, 488, 472, Fitzgerald, F. Scott: 19, 668
Flexner, Abraham: 254, 255, 645
Florencia: 171
flujo circular: 84, 89, 90, 93, 94, 96, 572
Fondo Monetario Internacional: 219, 421
Forbes: 546, 746
Ford Motor: 297, 298, 423, 424, 569, 663
Ford, Henry: 176, 206, 515, 543
Foreign: 562, 592, 595, 681, 707
Fortune: 194, 243, 360, 662, 682
Fosdick, Harry Emerson: 259, 648
Frankfurt, Universidad de: 259, 261
Francia: 34, 43-45, 77, 105, 107, 111, 116-118, 123, 139, 140, 148, 151, 195, 196, 217, 262, 264, 265, 289, 292, 297, 311-313, 315-317, 321-323, 328, 344, 361, 362, 365, 402, 413, 416, 472, 475, 491, 587, 617, 618, 671, 695, 725, 738
Francis, Joseph: 556-558
Francisco José: 44-49, 54, 97, 99, 106, 107, 111, 113, 421, 556, 557
Franco, Francisco: 313, 677, 698
Franklin, Benjamin: 20, 487
Freud, Sigmun: 13, 23, 33, 41, 182, 556
Friburgo, Universidad de: 209
Friedman, Milton: 195, 209, 442, 476, 677
Frisch, Ragnar: 224, 245, 255, 632, 642, 646, 718
fuerza laboral: 71, 185, 186, 203, 349, 397, 400, 464, 465, 473, 476, 561, 568, 605, 621, 686, 695
Fugger: 174
Furniss, E.S.: 338-342, 675, 676
fusiones: 198, 199, 202, 293, 296, 297, 617, 662 663

Galbraith, John Kenneth: 22, 238, 239, 241, 242, 442, 475, 545, 550, 551, 639, 677, 745, 754
Galicia: 49, 124, 155, 556, 558
Gates, Bill: 176, 206, 539
Gates, Melinda: 176
General Dynamics: 296
General Electric: 301, 423, 662, 665, 666
General Motors: 298, 421, 423, 662-664, 688
George, Henry: 492

Georgescu-Roegen: 252, 255
Gillette: 296
Gladstone, William E.: 52, 117, 624, 625, 679, 697
globalización: 105, 539, 541, 587
Goethe, Johann: 41, 357, 525, 564, 749
Goodyear: 208, 296
Göring: 325
Gotinga, Universidad de: 151, 159
Gould: 68, 693
Gran Bretaña: 43, 48, 49, 79, 80, 84, 103, 105, 106, 109, 116, 117, 128, 178, 189, 195, 196, 199, 204, 217, 261, 262, 265, 283, 284, 286-295, 299, 306, 309, 312, 344, 345, 347, 349, 361, 362, 367, 393, 398, 414, 415, 417, 420, 428, 446, 447, 457, 460, 462, 463, 468, 470, 472, 473, 475, 476, 490-492, 507, 508, 526, 542, 587, 605, 606, 610, 612, 617, 618, 620, 661, 665, 666, 693-697, 703, 705, 722, 736
Gran Depresión: 25, 95, 195, 199, 221, 257, 261, 282, 301, 303, 306, 313, 347, 351, 352, 360, 365, 380, 382, 391, 402, 426, 453, 463, 464, 469, 479, 499, 521, 540, 636, 639, 670, 677, 687, 701, 702, 720, 746
Grant, Ulysses S.: 413, 693
Graz: 29-31, 37, 42, 50, 96, 98-102, 125, 127, 138, 139, 146-148, 151, 154, 159, 146-148, 151, 154, 159, 162, 233, 236, 345, 579, 585, 597, 601, 746, 752
Graz, Universidad de: 37, 96, 98, 99, 103, 108-110, 119, 122, 128, 144, 155, 158, 342, 547, 582
Graz, Universidad de Tecnología de:
99
Grecia; antigua Grecia: 266, 313, 379
gremios: 69, 173, 184, 202, 288, 294, 389, 492
Grenoble: 315-317, 320, 322, 671
Griswold, A. Whitney: 359, 681
Grove, Andy: 543
Guatemala: 313
Guerra fría: 14, 280, 346, 427, 462, 479
Guillermo II: 106, 111

Haberler, Gottfried: 229, 241, 248, 258, 260, 303, 308, 337, 410, 451, 529, 530, 553, 573, 588, 608, 609, 631, 633-635, 638, 641, 643-645, 648, 650, 651, 667, 674, 675, 678, 679, 685, 700, 703, 718, 724, 740
Habsburgo, monarquía de los: 42-46, 48-50, 57, 76, 107, 110-115, 117, 124, 134, 135, 175, 195, 311, 552, 555, 557-560, 587, 595, 707
Hamilton, Alexander: *Report on*
Manufactures: 487
Hammett, Dashiell: 410
Hansen, Alvin: 96, 259, 305, 337, 451, 532, 579, 649, 667, 675, 679, 716, 717, 740
Hargreaves: 291
Harper & Brother: 378, 428, 550, 580, 593, 686, 702, 703
Harris, Seymour: 215, 241, 243, 244, 254, 410, 459, 529, 553, 554, 571, 573, 609, 639, 645, 667, 668, 675, 699, 703, 713, 715, 718, 723, 732, 733, 740, 748, 754
Harvard, Universidad de: 28, 31, 35, 95, 96, 101, 148, 178, 179, 182, 183, 210-216, 219-228, 228, 230, 233, 234-241, 243, 245, 247, 248, 251, 252, 254-256, 258, 260-262, 302, 306, 314, 333, 334, 336, 338-343, 347, 350, 370, 375, 383, 386, 410, 421, 424, 426, 427, 435, 447, 449, 450, 451, 453, 455-457, 463, 475, 481, 491, 492, 510, 511, 527, 529-531, 534, 542, 547-549,

553-555, 558, 567, 570, 571, 573-578, 580, 588, 592, 606-609, 616, 617, 622, 625, 628-630, 632, 634, 635, 638, 639, 641-645, 647, 650-654, 659, 660, 661, 663, 664, 667, 668, 673, 675, 681, 683-685, 689, 699-701, 707, 709, 711, 712, 717, 723, 733, 735, 736, 748, 750, 753-755

Hayek, Friedrich Von: 64, 67, 195, 209, 305, 442, 504, 553, 565, 566, 568, 647, 694, 695, 727, 731

Hayes, Rutherford B: 391

Hegel, G. W. F.: 84, 182

Heidelberg, Universidad de: 151, 155, 611

Heilbroner, Robert: 548, 560, 701, 738, 739, 748

Heinz, H. J.: 92

Hellman: 410

Hernández, Maximiliano: 313

Hicks, John: 255

Hicks, Ursula: 255, 262

Hicks, Granville: 410

Hildebrand, Richard: 96-98, 100, 153

Hilferding, Rudolf: 64, 67, 118, 119, 553, 565, 588, 721

Hill, James J.: 68

historia empresarial: 8, 9, 73, 205, 206, 218, 283, 302, 309, 310, 513, 592, 636, 654, 657, 658, 662, 682, 735, 736, 751

Hitler, Adolf: 48, 125, 196, 201, 217, 228-230, 258, 260, 313-318, 321-323, 325, 326, 328, 329, 343-346, 361, 365, 367, 372, 410, 412, 413, 419, 430, 431, 558, 559, 634, 646-648, 670, 672, 680, 698, 707, 710

Hobsbawm: 699

Hoechst: 49, 198

Hohenzollern: 195, 311, 670

Holanda: 151, 171, 294, 344, 362, 475

Holcombe, Arthur: 235

Holmes, Oliver: 350

Holocausto: 351, 706

Hollander, Jacob: 103, 108, 580, 581, 604, 726

Honduras: 313

Hoover, Herbert: 719

Hoover, J. Edgar: 370, 371, 373-375, 684

Horthy: 313, 330

Hungría: 44, 49, 124, 125, 134, 140, 311, 313, 316, 330, 400, 413, 418, 552, 556-558

Iglau: 29, 552
Imperialismo: 428
Imperio otomano (*véase también*
Turquía): 86
impuesto de sucesiones: 201, 348
impuesto sobre la renta: 200, 237, 348, 619, 624, 722
impuesto sobre las ventas: 201
indeterminación: 8, 9, 509, 510, 515, 516, 547, 733
India: 14, 173, 289, 294, 632, 363, 404, 419, 475, 490, 543, 546, 621, 659, 704
industria del acero: 198, 208, 298, 299
industria del automóvil: 298, 476, 620, 663
inflación: 117, 119, 120, 125, 129, 257, 399, 424, 445, 447, 448, 465, 471, 472, 507, 515, 526, 549, 592, 595, 610, 617, 622, 680, 701, 721, 742
informática: 541
innovación; *véase también* investigación y desarrollo: 5, 13, 14, 17, 22, 23, 35, 43, 46, 84, 90, 92-95, 117, 173, 175, 188-191, 195, 203, 204, 206-208, 285, 286, 289-299, 301, 306, 387, 388, 390, 425, 426, 495, 498, 506, 515, 532, 537-546, 548, 569, 572, 576, 621, 626, 658, 659, 664, 690, 691, 701, 702, 743-747, 749, 751
International Economic Association: 457, 527
inventos/inventores: 174, 190, 289, 290, 660, 693
inversión: 120, 133, 134, 137, 200-202, 209, 303, 349, 396, 426, 461, 463, 469, 471, 506, 520, 532, 540, 576, 577, 619, 620, 626, 669, 701, 708, 738
investigación y desarrollo: 191, 425
Irak: 107
Islam: 174
Italia: 34, 44, 45, 405, 107, 113, 124, 146, 217, 256, 262, 266, 312, 313, 321, 323, 346, 347, 353, 372, 404, 413, 416, 419, 422, 430, 431, 465, 472, 475, 491, 581, 611, 617, 698, 710
Iván IV (el Terrible): 352

Jäckel, Ottilie: 194, 214, 215, 219, 22, 225, 603, 605, 614, 615, 626, 627-629, 631, 632
Jackson, Andrew: 387, 692
James, Henry: 311
James, William: 214, 350
Japón: 14, 28, 67, 123, 124, 44, 175, 178, 209, 225-227, 251, 267, 278, 343, 346, 354, 357-375, 415-417, 419, 420, 422, 426, 428, 446, 449, 466, 475, 481, 533, 540, 589, 607, 617, 621, 625, 632, 638, 682-684, 704-706, 710
Jefferson, Thomas: 403
Jevons, W. Stanley: 63, 68, 69, 563, 564, 567
Jobs, Steve: 453
Johns Hopkins, Universidad: 103, 108, 235, 673, 580, 581, 604, 663, 665, 752
Johnson, Alvin: 259-261, 600, 647, 649, 650
Johnson, Harry: 453
Johnson, Samuel: 51, 508
Jordania: 107
Josephson, Matthew: *The Robber Barons*: 284
Journal of Evolucionary Economics: 547, 568, 575, 606, 658, 754, 756
Juglar, Clément: 282, 283

Kahn, Richard: 308, 729
Kaldor, Nicholas: 252, 262
Kay, John: 298
Keats, John: 19, 164
Kéler, Sigmun Von: 30, 31, 33, 47
Kelsen, Hans: 146, 553, 600, 648
Kennedy, John F.: 477, Keynes, John: 21, 31, 32, 78, 95, 124, 125, 181, 182, 189, 209, 215, 22, 244, 256, 302, 304-307, 309, 349, 382, 382, 406, 420, 426, 431, 439, 441, 442, 446, 457, 469-471, 479, 488, 489, 495, 498-500, 504-508, 515, 516, 518-521, 530, 532, 541, 546, 553, 560, 571, 575, 609, 613, 620, 626, 631, 640, 641, 646, 666-670, 677, 679, 701, 710, 713, 725, 728, 729, 732, 738-740, 746, 748
Kiel, Universidad de: 210, 376
Kitchin, Joseph: 282
Kittredge, George Lyman: 235
Klein, Arthur: 105, 128, 130, 591
Klimt, Gustav: 42, 556
Knight, Frank: 305, 504, 575, 730
Kobe: 144, 209, 225, 238
Kondratieff, Nicolai: 282, 283, 431, 432, 656, 667
Konoye, Fumimaro: 366
Kraus, Karl: 441, 555, 556
Kristallnacht: 327
Krupp: 49, 197, 198
Kun, Bela: 400
Kuomindang: 358
Kuznets, Simon: 302, 504, 656, 666, 667, 731

laborismo: 472-474, 476, 479, 722
Lambers, Wilm: 279, 406, 653, 700
Lammasch: 112, 113, 115, 584, 590
Lamont, Thomas: 260, 649
Lange, Oscar: 252, 255, 302, 306, 655, 666, 668, 670, 694, 695, 709
Lauder, Estée: 206, 543
Lawrence, David: 359, 681, 683
Lederer, Emil: 64, 67, 118, 119, 155, 228, 256, 259, 261, 553, 565, 588, 633, 649, 651
LeMay, Curtis: 417, 705, lengua alemana: 28, 29, 82, 84, 86, 95, 108, 111, 559, 573
Lenin, V. I.: 399, 433, 451, 680, 694, 721
León XIII: 464
Leontief, Wassily: 230, 241, 243, 244, 308, 337, 421, 449, 450, 451, 529, 533, 554, 634, 643, 674, 675, 699, 716, 718, 724, 741, 754
Lerner, Abba: 252, 262, 695
Lerner, Max: 410
Letonia: 313, 314, 344
libre comercio: 60, 120, 134, 354, 486, 489, 490, 587, 621, 697, 725
libre mercado: 25, 64, 195, 349, 476, 680, 743
Liga de Naciones: 346
limitación a la libre disposición: 173
Lippmann, Walter: 359, 681

List, Friedrich: 496
Lituania: 344
Locke, John: 304
London Scholl: 78, 79, 254, 262, 265, 504, 694, 726
Londres: 31, 50, 77, 78, 80, 94, 128, 151, 262, 264, 267, 288, 301, 405, 416, 421, 490, 550, 551, 555-558, 560, 562, 563, 573, 580, 590, 596, 605, 628, 651, 689, 711, 745
Long, Huey: 353
Loos, Adolf: 42
Lösch, August: 219, 554, 633
Löwe, Adolph: 261, 305, 641, 649
Lowell, A. Lawrence: 211, 235, 236, 626, 630, 631, 637, 639
Lueger, Karl: 229, 401
Lutero, Martín: 318
Luxemburgo: 151
Lloyd's: 228, 672

Machlup, Fritz: 245, 252, 392, 393, 642, 694, 709
Mahler, Gustav: 43, 552, 725
Malaya: 363
Malthus, Thomas: 489, 490, 496, 725
Manchuria: 346, 358, 363, 706
Mann, Thomas: 91, 684
Mannheim, Karl: 259, 649
Mao, Tse Tung: 359, 363, 404, 418, 475, 544, 681
máquina de vapor: 28, 48, 190, 295, 501, 661
marginalismo: 63, 68, 72, 74, 80, 82, 564, 566, 568
María Teresa: 31
marketing: 49, 288, 298, 355, 387, 539, 548, 659
Marshall, Alfred: 72, 79, 80, 82-84, 247, 439, 488, 491, 560, 568, 571, 731
Marshall, Plan: 120, 418, 422, 472
Marx, Karl: 14, 15, 20, 21, 24, 60, 64-66, 69, 79, 84, 89, 118, 151, 182, 183, 187, 209, 285, 302, 352, 380-383, 392, 405, 451, 459, 464, 466, 469, 472, 479, 488, 496, 497, 506, 511, 515, 516, 518, 519, 530, 543, 550, 551, 560, 565, 571, 611, 644, 658, 686, 688, 694, 698, 731, 732, 734, 738, 739, 747, 748
marxismo/marxistas; *véase también*, bolchevismo; comunismo/comunistas; socialismo/socialistas:
60, 64, 116, 118, 186, 195, 248, 382, 383, 432, 488, 519, 530, 586, 654, 694, 721
Mason, Edward: 215, 222, 241, 243, 341, 421, 451, 526, 529, 609, 626-629, 650, 675, 701, 702, 718, 723
matemáticas: 15, 68, 70, 75, 83, 91, 159, 243, 245-248, 251, 253, 266, 279, 406, 439, 509, 510, 517, 531, 542, 547, 564, 566, 568, 570, 625, 642-644, 690, 724, 730, 731, 733, 743, 747
McIlwain, Charles: 235
Medici, familia: 174
Menger, Carl: 58, 63-66, 68-70, 83, 305, 488, 493, 494, 563, 564, 566, 567, 568, 570
Mercedes: 197
Metaxas: 313
México: 173, 457, 470, 471, 474-476, 527, 561
Michelin: 208

Mill, James: 496
Mill, John Stuart: 61, 62, 496, 497
Ministerio de Hacienda (Austria): 127
Minneapolis: 103
Minnesota, Universidad de: 96, 259
Mises, Ludwig von: 64, 66, 67, 605, 649, 565, 568, 695
Mitchell, Wesley Clair: 164, 258-261, 282, 283, 604, 648, 649, 655, 656, 667, 699, 739
modernismo: 41, 43, 44, 45, 491
monetaristas: 442
monopolio: 93, 145, 202, 286, 295, 383, 387, 388, 498, 521, 522, 619, 623, 690, 691, 702, 730
Monroe, Eli: 337, 675, 717
Monsanto: 296
Montreal, Quebec: 463, 467, 469, 719
Moore, Clifford: 213, 225, 236, 627, 629, 632, 637, 638
Moravia: 27, 35, 49, 124, 557, 558
More, Thomas: 386
Morgan, J. P.: 68, 260, 450, 577, 693
Morgenstern, Oskar: 252, 533, 606, 715, 741
Morison, Samuel Elliot: 235
Morita, Akio: 206, 253
movilidad laboral: 173
movilización: 314, 368, 375, 420, 421, 423, 460, 708, 709
Moynihan: 476
Múnich: 48, 119, 151, 194, 414, 602, 605, 614, 627, 651
Musil, Robert: 42
Mussolini, Benito: 312, 313, 322, 323, 346, 353, 361, 430, 431, 472, 698
nacionalismo/nacionalistas: 29, 43, 45, 50, 51, 115, 197, 134, 312, 358, 359, 410, 417, 418, 465, 590, 706
nacionalización: 395, 461-463, 526
Naciones Unidas: 421, 428
Napoleón Bonaparte: 402, 413, 511, 693, 694, 703
Nation's Bussines: 471, 662, 720-722
National Industry Recovery Act (EE. UU.): 466
National Labor Relations: 461
nazis: 14, 197, 217, 229, 230, 258, 260, 261, 278, 316, 318, 323, 330, 344, 346, 347, 372, 410, 412, 418, 419, 421, 430, 431, 433, 600, 641, 672, 685, 710, 711, 727
Neisser, Hans: 302, 649, 666
neutralidad de valores: 21
Neutrality Acts: 346
New Deal: 234, 347-349, 353, 424, 460, 461, 462, 473, 476, 492, 605, 636, 640, 677-679, 695, 700, 707-709, 719, 733
New Haven, Conn: 224, 560, 668, 705, 708
New School for Social Research:
259, 575, 600
Nicaragua: 313
Nietzsche, Friedrich: 91, 182, 351
nivel de vida: 22, 25, 50, 201, 202, 204, 287, 360, 381, 383, 386, 389, 506, 537, 737

Nixon, Richard M.: 476, 676
Nobel, Alfred: 206, 641
normas industriales: 197
North, Douglass: 547, 742, 747
Novi, Sad: 316, 325-330
Nueva York, ciudad: 47, 50, 94, 101, 215, 259, 272, 348, 378, 450, 527, 528, 549, 550-552, 554, 555, 557-561, 563, 565, 567, 569, 571, 573, 575, 580-582, 586, 587, 593, 604, 605, 609, 611, 616, 617, 620, 624-627, 629, 635, 636, 640, 642, 650, 653, 654, 656, 657, 659, 664, 668, 670, 674, 676-682, 686, 689, 690, 693, 696, 699, 700, 702-711, 713, 7118-723, 730, 732-735, 739, 743-745, 739, 743-745, 748, 752

Office of Naval Intelligence: 370
Office of Price Administration (EE. UU.): 424, 708
Office of Production Management:
386, 420
Office of Strategic Services: 421, 707
Office of War Information: 426
oligopolio: 386, 521
Opie, Redvers: 179, 180, 376, 607, 608, 685, 743
Organización del Tratado del Atlántico Norte: 422, 429
Organización Mundial del Comercio: 422
Oslo, Universidad de: 224
Oxford: 94, 262, 264, 318, 447, 483, 504, 551
Oxford, Universidad de: 32, 79, 104, 221, 490
Pacific Affairs: 359, 364, 681, 682, 683
Pacto de no Agresión Nazi-Soviético: 344
parcialidad ideológica: 517, 522
Pareto, Vilfredo: 159, 247, 351, 564, 694, 739
París: 77, 139, 140, 151, 160, 264, 421, 457, 519, 527, 646, 647
Parlamento (República de Austria):
31, 41, 44, 55, 119, 122, 128
Parlamento del Imperio austrohúngaro: 196, 312, 615
Parsons, Talcott: 215, 235, 242, 334, 557, 636, 657, 674, 736, 754
patrón oro: 60, 742
Pearl, Harbor: 278, 347, 364, 367, 370, 377, 424, 429, 446
Pepsico: 296
Perkins, Maxwell: 309
Perón, Juan: 313, 698
piezas intercambiables: 297, 299
Pigou, Arthur Cecil: 247, 305, 655
Pío XI: 464, 465
Pitt, William (el joven): 117
Pittsburgh, Pensilvania: 293, 300
Platón: 403, 442, 485, 501, 543
plazos, pago a: 298
pobreza: 14, 22, 25, 48, 348, 389, 428, 492, 597
política pública; *véase también*, reglamentación, gobierno: 28, 49, 50, 52, 60, 79, 83, 86, 107,

111-122, 127, 133, 146, 151, 158, 164, 172, 175, 195-197, 200, 201, 203, 209, 211, 213, 222, 229, 230, 235, 237, 242, 257-261, 278, 289, 292, 305, 311-313, 316, 319, 327-330, 343, 345, 348, 349, 352, 357-359, 363, 365, 366, 372, 374, 382, 390, 393, 395-398, 400-402, 410, 413, 415, 419, 420, 423-425, 428, 430-434, 456, 461-463, 465, 468, 469, 471-473, 475, 476, 479, 493, 499, 501, 520, 522, 538, 540, 544, 546, 554, 558, 559, 566, 570, 585, 588, 589, 597, 678, 680, 683, 684, 698, 702, 703, 707, 721, 732, 738, 751

política/ciencias políticas: 15, 75, 183, 261, 279, 510, 539, 560, 699, 743

Political Science Quarterly: *85*, *215*,

572, *577*, *700*

Polonia: 44, 124, 155, 252, 255, 312, 313, 328, 344, 413, 418, 590, 706

Portugal: 107, 311, 313

Postwar Economic Problems: 592, 718

Praga: 27, 44, 115, 212, 559, 585

Praga, Universidad de: 153, 209

Prater: 42

precios: 63, 68, 69-74, 80, 110, 124, 133, 172, 199, 201, 257, 283, 286, 287, 289, 293, 296, 298, 299, 339, 352, 387, 424, 463, 465, 466, 468, 472, 498, 561, 566, 568-570, 608, 619, 620, 622, 647, 677, 680, 693, 719, 721, 728

Precisión analítica. Véase economía

exacta: 21, 75, 249, 281, 303, 306, 509, 510, 514, 547, 667

Premio Nobel: 209, 541, 543, 245, 251, 308, 340, 383, 439, 457, 477, 504, 547, 640, 718, 728

préstamo: 71, 88, 131, 174, 540, 592, 593

presupuestos públicos: 199

primogenitura: 173

Princeton, Universidad de: 235, 579

Princip, Gavrilo: 106

productividad: 21, 134, 184, 202, 394, 425, 445, 447, 586, 620

productividad marginal: 71, 75, 433, 561, 563, 568

productores/producción: 23, 25, 49, 61-64 69, 71, 72, 74, 83, 89, 91, 93, 94, 106, 133, 184, 188, 198, 199, 202-204, 208, 216, 285-292, 298-300, 368, 381, 383, 386, 387, 390, 391, 395, 400, 422-426, 434, 460, 462, 463, 468, 474, 494, 497, 498, 567-569, 580, 590, 594, 595, 620, 622, 623, 659, 660, 663, 666, 689, 688, 693, 695, 698, 704, 705, 704, 719, 738

propiedad privada: 23, 50, 174, 465, 706, 719, 750

proteccionismo: 60, 134, 621, 697, 725

protestantes: 69, 111, 212

Prusia: 111, 151, 152, 172, 560, 580, 618, 626

psicología: 15, 42, 64, 68, 75, 95, 102, 182, 183, 201, 246, 261, 494, 618, 630, 727

Pu-Yi: 358

Qing: 358

Quadragesimo Anno: 464, 465, 467, 719, 720

Quarterly Journal of Economics: 305, 453, 505, 561, 567, 572, 576, 578, 610, 626, 627, 651, 667, 686, 689, 732

Quesnay, Francois: 488

quiebras bancarias: 382

racionamiento: 119, 423, 460, 708

Radcliffe College: 234, 265-268, 342, 359, 370, 646, 651, 652, 673, 681, 718, 752, 754

rayón: 25, 208, 291, 292, 660, 661

recaudación de capital: 120, 122
Redlich, Joseph: 115, 557, 585
regulación, gobierno: 174, 348, 468, 544
Reisinger, Anna: 137, 139, 146, 148, 166, 596, 600, 640, 645, 655
Reisinger, Emily: 139, 192, 614, 617
Reisinger, Franz: 137, 139, Reisinger, Willy: 139
Renner, Karl: 119, 589
reparaciones de la guerra: 195, 228
República Checa: 14, 36, 44, 549, 757
República Dominicana: 313
Rerum Novarum: 464, 465
respuesta creativa: 514, 736
Review of Economic Statistics: 267, 426, 655, 666, 681, 709, 732, 740
Revolución Cultural (China): 544
Revolución Industrial: 48, 61, 72, 187, 287, 289, 300, 496, 659
Ricardo, David: 61, 82, 381, 453, 488, 496, 500
I.A. Richards: 235
Richardson, G. B.: 504, 505, 731, 732, 741
Robbins, Lionel: 262, 504, 505, 651, 732
Robertson, Dennis: 305
Robinson, Joan: 255, 404, 494, 501, 641, 700, 729
Rockefeller, David: 366, 681, 683, 723
Rockefeller, Fundación: 259, 260, 340, 359, 446, 511, 647, 649, 723
Rockefeller, John D., Jr.: 359, 681, Rockefeller, John D., Sr.: 68, 92, 392, 710
Roessle, Karl Friedrich: 157
Roma: 32, 379, 421, 586
Romanov: 311
Roosevelt, Eleanor: 348
Roosevelt, Franklin D.: 31, 229, 234, 236, 347-349, 353, 355, 387, 412, 415, 416, 419, 420, 423-425, 427, 428, 436, 528, 605, 640, 676, 677, 678, 680, 704
Roosevelt, Theodore.: 358, 387, 693
Rosenberg, Hans: 302
Rothschild, familia (banca): 128
Rumanía: 124, 134, 252, 255, 573
Rusia: 45, 86, 105, 107, 113, 116, 119, 172, 229, 230, 241, 243, 311, 312, 323, 343, 346, 347, 351, 354, 358, 362-364, 372, 396, 397, 400, 409, 410, 412, 414, 415, 418, 419, 427-430, 526, 543, 646, 647, 694, 706, 707, 710
Russell, Bertrand: 350, 415
Rutenia: 125

salarios: 22, 71, 72, 89, 134, 185, 199, 201-203, 210, 258, 298, 370, 425, 463, 465, 466, 468, 473, 496, 520, 620, 626, 629, 637-639, 695, 721
Samuelson, Paul: 53, 65, 209, 238, 239, 245, 248, 283, 308, 337, 340, 439, 442, 443, 450, 459, 477, 548, 554, 560, 565, 574, 639, 640, 642-644, 654, 656, 675, 690, 700, 709, 713, 716, 718, 747, 748
San Agustín: 543
Sarajevo: 106
Say, Jean-Baptiste: 496, 497

Schiele, Egon: 42
Schleicher: 317, 672
Schlesinger, Arthur Sr.: 235
Schlesinger, Arthur Jr: 347, 406, 678, 700
Schmoller, Gustav von: 62, 77, 153, 183, 305, 439, 442, 488, 491-493, 563, 610, 726, 727
Schneider, Erich: 219, 456, 572, 573, 602, 608, 633, 643, 647, 718
Schultz, Theodore: 247
Schumacher, E. F.: 219, 629
Seaver, Gladys Ricarde: 80, 81, 145
Securities, Act: 462
Securities, Exchange: 462
Seligman: 101, 259, 551, 726
Serbia: 45, 106, 107, 124, 557, 672
Seymour, Charles: 324
Shakespeare, William: 172, 193, 333
Shapley, Harlow: 235
Siberia: 358, 362, 431, 706
Siebeck: 109, 110, 551, 560, 571-573, 579, 580-585, 589, 591, 600, 601, 604, 606, 610, 614, 615, 618, 628, 638, 645, 655, 659, 670, 674, 676, 685, 692, 703, 714, 715, 721, 723, 733, 739, 743
Siemens, William: 299
Sinclair, Upton: 284
sindicatos: 201, 397, 475, 687, 695, 696
Singapur: 87, 209, 225, 367
Singer, Hans: 217, 228, 554, 633
Siria: 107
Skidelsky, Robert: 420, 707, 710
Slichter, Sumner: 337
Smith, Adam: 24, 25, 59, 60, 61, 82, 95, 1+95, 386, 441, 442, 464, 479, 485, 487, 489, 495, 497, 501, 508, 518, 551, 261, 479, 485-487, 489, 495, 497, 501, 508, 518, 551, 561, 571, 724, 725, 730, 737, 747, 748
Smithies: 252, 255, 478, 506, 506, 530, 531-533, 571, 641, 701, 709, 715, 717, 723, 755
Social Security: 461
sociales, clases; véase clases sociales: 65, 145, 182, 185, 186, 189, 191, 205, 215, 285, 381, 403, 470, 492, 582, 586, 611, 612, 663, 668, 734
socialismo/socialistas: 15, 24, 25, 60, 66, 67, 70, 107, 118, 119, 122, 146, 185, 197, 201, 217, 225, 228, 229, 256, 258, 261, 265, 284, 334, 343, 344, 349, 351, 353, 377, 379, 380, 382, 392-405, 407, 430, 450, 459-461, 463-465, 467, 468, 470, 471, 473-476, 479, 484, 491, 506, 518, 526-528, 531, 575, 588, 589, 605, 610, 613, 623, 633, 646, 647, 665, 693-699, 701, 703
sociedades: 295, 348, 385, 424, 505, 586, 611, 661, 693, 722
    anónimas: 498
    capitalistas: 471
    empresariales: 538
    estados transitorios: 474
    mercantiles: 294, 295
    occidentales: 551
sociología: 15, 59, 68, 75, 90, 102, 154, 160, 181-193, 186, 189, 191, 192, 213, 245, 246, 277, 279, 439, 445, 484, 485, 500, 510, 511, 533, 539, 541, 542, 563, 581, 604, 606, 656, 725, 734, 736, 743

Solón: 171
Somary, Felix: 51, 52, 103, 115, 116, 555, 559, 560, 565, 580, 586, 588
Sombart, Werner: 77, 305, 727
Somoza, Anastasio: 313
Sorbona: 77
Sorel, Georges: 351
Sorokin, Pitirim: 235
Spencer, Herbert: 493, 501, 579, 747
Spiethoff, Arthur: 153-163, 210, 213, 225, 231, 305, 320, 573, 591, 600-602, 606, 610, 623, 632, 633, 727, 741
Stalin, José: 313, 343-344, 362, 415, 416, 418-420, 428-433, 558, 680, 707, 721
Standard Oil: 49, 284, 663, 688, 710
Steffens, Lincoln: 351, 410
Stigler, George J.: 443, 504, 567, 713, 729, 731
Stöckel, Maria: 193, 210, 214, 216, 230, 238, 256, 262, 263, 265, 268, 311, 314, 315, 324, 330, 343, 376, 409, 527, 603, 629, 646, 647, 671
Stolper, Gustav: 153, 155-158, 163, 165, 177, 181, 194, 215, 216, 219, 225, 227, 228, 230, 232, 234, 243, 257, 260, 317, 422, 553, 584, 590
Strukturwandlungen der deutschen Volkswirtschaft (Cambios estructurales de la economía nacional de Alemania): 205, 624
Strumilin, S. G.: 432
Sudáfrica: 419
Sudetenland: 125, 707
Suecia: 472, 475, 640, 744
Suiza: 45, 83, 107, 140, 141, 148, 217, 262, 289, 292, 311, 313, 475
Sun Yat-sen: 358, 359
Suzuki, Toshifumi: 206
Sweezy, Paul: 248, 308, 421, 450, 451, 455, 531, 565, 640, 644, 674, 675, 709, 716, 724
Swift, Jonathan: 380, 392, 400, 693, 697

Taconic: 266, 270, 272, 327, 333-335, 337-339, 363, 374-376, 436, 446-449, 456, 481, 482, 484, 503, 527-529, 531, 533, 652, 653, 676, 678, 679, 685, 711, 714, 721
Taiwán: 209, 358, 418
Talleyrand: 407, 702
Tarbell, Ida: 284
Taussig, Frank: 103, 179, 211-215, 221-223, 230, 234, 236-240, 260, 314, 325, 333, 337, 492, 531, 553, 606, 607, 626-628, 630, 631, 637-639, 649, 658, 712, 754
Taylor, O. H.: 241, 555, 575, 674, 675, 718
tecnología: 24, 49, 134, 174, 203, 291, 297, 306, 387, 395, 425, 541, 578, 660, 665, 746
Texaco: 296
textil, industria: 190, 208, 284, 287, 289-292, 659-661
Theresianum: 31-33, 38, 47, 48, 52, 55, 57, 131, 147, 148, 219, 342
Thünen, J. H. von: 246, 563
Thyssen (acerería): 49, 197, 543
Thyssen, August: 92, 206, 617
Tisch, Cläre: 217, 238, 633, 685
Tobin, James: 209, 308, 348, 383, 477, 668, 669, 675, 688, 704, 705
Tojo, Hideki:363, 373

Tokio: 94, 144, 154, 209, 225, 417, 421, 450, 529, 564, 600, 625, 708
Toyota: 208
Transilvania: 124, 557
Tratado de Portsmouth: 358
Tratado de Saint Germain: 123, 124, 133, 590
Tratado de Versalles: 123, 197, 211, 228, 229, 311, 312, 346, 372, 413, 420, 590, 680, 707
Tribunal Supremo de los Estados
Unidos: 349, 466, 627
Triesch: 27-31, 34, 36, 37, 50, 74, 98, 125, 147, 148, 162, 172, 552
Trotski: 433, 697, 721
Trujillo, Rafael: 313
Truman, Harry: 427
Tsuru, Shigeto: 449, 675, 716
Turquía; *véase también*, Imperio
otomano: 106, 116, 311, 313
Twain, Mark: 44, 51, 312, 380, 409, 439, 556-559

Ubico, Jorge: 313
Ucrania: 44, 86, 543, 573
Underwriters' Laboratories (UL):
198
Unión Soviética: 14, 278, 312, 313, 343, 345, 346, 351, 358, 361-364, 396, 397, 404, 410, 414, 415, 418, 420, 427, 428, 430-433, 435, 436, 472, 573, 694, 706, 716, 731, 749
Usher, Abbot Payton: 266, 337, 654, 675, 717, 748
utilidad marginal: 64, 70, 83, 563, 564, 567

Vargas: 303
Vassar: 265, 650
Vaticano:45, 464
Veblen, Thorstein: 492, 701, 733, 737, 747, 748
Venecia: 171
Venezuela: 313
Vereinigte Stahlwerke: 198, 617
Viena: 28-33, 35, 38, 41-53, 55-57, 60, 63, 76, 77, 80, 82, 86, 97, 99-104, 106, 110-116, 118, 122-125, 128-130, 133-135, 137-141, 143, 145-148, 151, 153-154, 156, 158, 161, 162, 164, 177, 189, 192, 194, 210, 211, 219, 228, 229, 238, 241, 258, 261, 262, 314, 324, 370, 392, 409, 417, 421, 443, 448, 457, 529, 552, 553, 555, 556, 559, 565, 570, 582, 587, 589, 590, 595-597, 599-601, 641, 651, 703, 751, 752
Viena, Universidad de: 31-33, 41, 48, 49, 51, 52, 55, 57-61, 64, 66, 73-75, 77, 85, 86, 112, 118, 137, 144, 147, 155, 158, 214, 230, 233, 248, 258, 319, 342, 349, 573, 695
Viner, Jacob: 279, 305, 504, 550, 653, 667, 730

Wagner, Otto: 42, 744
Walgreen: 515, 526-528, 698, 722, 737
Walras, Léon: 63, 68, 69, 83, 159, 247, 493, 509, 510, 563, 564, 566, 567, 572, 727, 731, 732
Walton, Sam: 206
Watt, James: 290
Weber, Max: 62, 63, 91, 115, 116, 182, 183, 235, 305, 483, 562, 575, 581, 582, 636, 688, 723, 727, 736

Wedgwood, Josiah: 216, 290
Weimar, República de; *véase también* Alemania: 196, 200, 312, 313, 430, 431, 600, 615-617, 634, 670, 672
Westinghouse: 301, 665, 666, 693
Wheaton: 357, 449
Whitehead, Alfred North: 133, 235, 350, 593
Wicksell: 159, 741
Wicksteed, Philip: 79, 567, 568
Wieser, Friedrich von: 58, 64, 66, 84, 85, 123, 159, 305, 563-565, 567, 570, 590, 694, 695
Wilson, Edward B.: 247, 611, 643, 675, 709
Wilson, Woodrow: 123, 211, 387, 420
Williams, J. H.: 337, 675, 716, 717
Windy Hill: 266, 267, 270, 333-335, 338, 447, 456, 478, 503, 531, 674, 711
Winfrey, Oprah: 206, 543
Wolfe, A. B.: 405, 700
Wolfe, Thomas: 309, 668
Woolf, Virginia: 507
Wootton, Barbara: 405, 700
Wright, David: 405, 609, 679, 699
Wright, Richard: 410
Wunderlich, Frieda: 260

Yale, Universidad de: 103, 224, 235, 252, 338-343, 350, 370, 375, 477, 491, 492, 542, 560, 575, 589, 642, 668, 675, 681, 684, 688, 705, 708, 755
Young, Allyn: 214, 220, 626-629
Young, Arthur: 172, 605
Yugoslavia: 124, 134, 312, 313, 316, 323, 324, 328-330, 590, 706

Zassenhaus, Herbert K.: 219, 261, 560, 564, 650, 695
Zhou, Enlai: 359
Zweig, Stefan: 43, 556
3M: 296
I Guerra Mundial/Gran Guerra: 24, 29, 78, 95, 104-106, 111-115, 117, 128, 133, 178, 196, 203, 227, 280, 303, 311, 346, 351, 354, 358, 398, 400, 410, 412, 420, 463, 466, 491, 426, 552, 573, 580, 587, 466, 587, 621, 622, 703
II Guerra Mundial: 14, 25, 86, 87, 105, 106, 123, 242, 277, 280, 315, 328, 344, 351, 380, 391, 404, 409, 413, 414, 419, 420, 424, 426-428, 435, 442, 443, 459, 463, 471, 477, 479, 483, 527, 532, 556, 589, 605, 617, 651, 671, 678, 696, 704, 705, 707, 708, 710, 716, 742

Thomas K. McCraw

Thomas K. McCraw (1940-2012), entrañable profesor durante treinta años en Harvard Business School (1976 – 2006), fue el discípulo, colega y sucesor de Alfred D. Chandler al frente de la cátedra Isidor Straus de Historia Empresarial, y obtuvo el Premio Pulitzer de Historia en 1985. En 2009, la Business History Conference le concedió su más alto premio bianual “por hacer más accesible e influyente la historia empresarial para amplios sectores de la gestión”. La presente biografía de Schumpeter, traducida a siete lenguas, tal vez sea su obra más difundida.

Otros títulos de la Biblioteca de Gestión:

Alfred D. Chandler

La mano visible

La revolución de la gestión en la empresa norteamericana

Daniel A. Wren

Historia de la gestión

Henry Mintzberg

Gestionando

Alfred D. Chandler

La invención del siglo electrónico:

La épica historia de la electrónica de consumo y de la informática

D. Besanko, D. Dranove, M. Shanley, S. Schaefer

Economía de la estrategia

ESADE FONDO

"El siglo XXI será el de Schumpeter. Tom McCraw ha sabido expresar la medida total del hombre en esta nueva y destacada biografía."
Laurence H. Summers, Harvard University, exSecretario del Tesoro de los EE.UU.

"Un libro bienvenido; una biografía realmente penetrante del teórico más influyente del capitalismo financiero."
Edmund S. Phelps, Premio Nobel de Economía 2006

"Este libro, bien escrito y con ritmo ágil, explica no solo el trabajo intelectual de Schumpeter sino también la rápida evolución del capitalismo moderno. McCraw muestra la potencia de las ideas de Schumpeter entrelazando su colorista vida personal con el desarrollo de su pensamiento económico. Un delicado homenaje a un gran pensador."
Harold James, Princeton University

"El retrato más irresistible de un hombre complejo que ha tenido una profunda influencia en cómo pensamos sobre el emprendimiento."
Amar Bhidé, Columbia Business School

"Un libro imprescindible para quienes nos interesamos por la iniciativa emprendedora, el papel social del empresario y la explicación de nuestros actuales problemas sistémicos, al hilo de un hombre fascinante."
Eugenia Bieto, Directora General, ESADE

ISBN 978-84-936162-3-6

Biblioteca de Gestión

Table of Contents

Derechos de Autor

Página del Título

Índice

Prefacio

Primera parte: L’enfant terrible, 1883-1926. Innovación y economía

- Prólogo. Quién fue y qué hizo
- 1. Dejando el hogar
- 2. La configuración de la personalidad
- 3. El aprendizaje de la economía
- 4. Los traslados
- 5. El despegue de su carrera
- 6. Guerra y política
- 7. Gran Rifiuto
- 8. Annie
- 9. Con el corazón roto

Segunda parte: El adulto, 1926-1939. Capitalismo y sociedad

- Prólogo. Lo que había aprendido
- 10. Nuevos rumbos intelectuales
- 11. Política y espíritu empresarial
- 12. A caballo entre Bonn y Harvard
- 13. Harvard
- 14. Sufrimiento y consuelo

Tercera parte: El sabio, 1939-1950. Innovación, capitalismo e historia

- Prólogo. Cómo y por qué se aferró a la historia
- 15. Ciclos económicos, historia empresarial
- 16. Cartas desde Europa
- 17. ¿Abandonar Harvard?
- 18. A contracorriente
- 19. El coraje de las convicciones de Elizabeth Schumpeter
- 20. Alienación
- 21. Capitalismo, socialismo y democracia
- 22. Guerra y perplejidad
- 23. Introspección
- 24. Reconocimientos y crisis
- 25. Hacia la economía mixta
- 26. Historia del análisis económico

27. Un principio de indeterminación
28. La consagración
29. Epílogo. El legado

Notas

Prefacio
Prólogo: Quién fue y qué hizo
1. Dejando el hogar
2. La configuración de la personalidad
3. El aprendizaje de la economía
4. Los traslados
5. El despegue de su carrera
6. Guerra y política
7. Gran Rifiuto
8. Annie
9. Con el corazón roto
Prólogo. Lo que había aprendido
10. Nuevos rumbos intelectuales
11. Política y espíritu empresarial
12. A caballo entre Bonn y Harvard
13. Harvard
14. Sufrimiento y consuelo
Prólogo. Cómo y por qué se aferró a la historia
15. Ciclos económicos, historia empresarial
16. Cartas desde Europa
17. ¿Abandonar Harvard?
18. A contracorriente
19. El coraje de las convicciones de Elizabeth Schumpeter
20. Alienación
21. Capitalismo, socialismo y democracia
22. Guerra y perplejidad
23. Introspección
24. Reconocimientos y crisis
25. Hacia la economía mixta
26. Historia del análisis económico
27. Un principio de indeterminación
28. La consagración
29. Epílogo. El legado

Agradecimientos

Créditos de las ilustraciones

Índice onomástico y de materias

Sobre el autor
Otros títulos de la Biblioteca de Gestión